Obras completas
de
José Sánchez Rojas

Tomo V

Edición de
Gerardo Nieto Arias y
Jesús María García García

La prosa de José Sánchez Rojas se enriquece y embellece cuando trata de paisajes, de ciudades, de comarcas. Tienen sus descripciones un tinte azoriniano en un principio, pero paulatinamente adquiere una personalidad propia como se podrá apreciar en este tomo V de sus Obras Completas.

Se ha elegido un orden de proximidad. Se parte de su pueblo natal, Alba de Tormes, se extiende por Salamanca, Ávila, Burgos, León, Madrid, Toledo, Zamora y otros lugares de Castilla. Esa Castilla amplia, como él la entendía, de grandes llanuras, de gentes serias, constantes, forjadoras de un imperio en el pasado y que definirá en los últimos capítulos del tomo analizando el alma, el temperamento, la naturaleza de los castellanos tal como se entendía la psicología particular de cada región. No podía faltar en esta Castilla y España ni la tauromaquia ni el problema agrario, tan acuciantes en el primer tercio de siglo.

Aunque su centro geográfico y cultural fue Castilla, tampoco olvidó otras regiones que recorrió con curiosidad y ojos fotográficos, cuando no de observador atento de paisajes y personajes. Y cómo no, de Italia en la que pasó un año y se caló de su espíritu para darla a conocer a los españoles en un afán por crear una cultura mediterránea.

Obras completas
de
José Sánchez Rojas
Tomo V

Obras completas de José Sánchez Rojas

Tomo V

Edición de Gerardo Nieto Arias
y Jesús María García García

Edición digital

Alba de Tormes (Salamanca), 2025
Publicación no venal

Diseño de la cubierta: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
Maquetación: Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García
© Gerardo Nieto Arias y Jesús María García García.
Licencia CC BY-NC-SA 4.0. Para ver una copia de esta licencia, visite
https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/

ÍNDICE

CIUDADES Y REGIONES 17

CASTILLA 19

ALBA DE TORMES 19

La corrida de Santiago 19
Cartelones y reseñeros 20
A un paisano metido a censor 20
A Fidel S. y Sánchez 21
Al Ilmo. D. P. Canto 22
A mis paisanitos, los niños de Alba de Tormes 23
El apeadero de Alba 24
Crónica ligera 25
Psicología de Villa-Regia 25
Para los hermanucos de Alba 27
Los Hermanucos cómicos 28
La «Soledad» de mi pueblo 29
Los concejales de Alba 30
El padre González Reyes 31
Los peregrinos 32
Los cómicos 32
Se acabaron las fiestas 33
El distrito de Alba 34
El castillo 34
De elecciones 35
Alba de Tormes 35
Mi tertulia 39
El Tibidabo, Castilla 39
Las elecciones de Alba 41
El retablo de Maese Pedro 42
Dos palabras para concluir 44
El ambiente de un centenario 45
En 1614... 46
Alba de Tormes 47
Mi tertulia 48
Un jardín del Renacimiento 50
El pueblo de Teresa de Jesús 51
Unas horas en Alba 52
El jardín de Isabel 53
La ventana del castillo 54
"El Tormes" 55
Visita a Alba de Tormes desde Salamanca 56
La Soledad 58

Salamanca 59
Para Crotontilo 59
Los charros 60
Los patios de Salamanca 61
Peñaranda de Bracamonte 63
De Salamanca 64
¡La crítica! 65
El secreto de Salamanca 66
Los patios de Salamanca 67
La casa salmantina 70
Peñaranda de Bracamonte 71
De Fray Luis a Galán 72
El alba en las cumbres 73
Una ciudad del Renacimiento: Salamanca 74
Príncipes y estudiantes 76
Otra vez Salamanca 77
El encanto de Salamanca 78
La Casa Salmantina 79
Más sobre la casa salmantina 80
El Ateneo 81
Nuestra "Peña" 82
La calle del Dr. Nogueras y otras calles 82
Ávila-Salamanca 83
La Plaza Mayor 84
El santuario del Cueto 85
Ledesma o la villa del silencio 86
Estampa 86
Un dibujo y una evocación 87
Un bello rincón 88
Las tres ciudades del Tormes 88
Los porches del Corrillo 89
Ciudad Rodrigo 90
Salamanca en Barcelona 91
Todavía más… 92
Salamanca, residencia de estudiantes 93
La Plaza Mayor 93
Anochecer en Salamanca 94
En la calle de la Compañía 95
Una linda ciudad 96
Ávila 97
Madrigal de las Altas Torres 97
A Barco de Ávila 98
En la iglesia del Barco 99
Fontiveros 100
Un paseo nocturno 102
Un día en Ávila 102
El silencio de Madrigal 104
Un paisaje de San Juan 105
Castilla en primavera 106
Ávila y su región 108
Ávila y su región 109
Burgos 110
Impresiones de Burgos 110
Sensaciones burgalesas 110
Una visión de la ciudad 111
A la puerta de la Cartuja ¡Salve!... 112
A la luz de la luna 113
Unas horas en Burgos 115

León ... 115
Más de León ... 115
Astorga y León ... 116
En un lugar leonés ... 118
Visita a León desde Oviedo ... 119
Madrid ... 121
La invasión de los bárbaros ... 121
Turba de bohemios ... 122
Doña Mariquita ... 122
El pueblo de Madrid ... 123
Jueves Santo ... 124
Al llegar ... 125
...Y canta un mirlo ... 125
Alcalá ... 126
Madrid ... 127
Madrid ... 128
Madrid, crisol español ... 129
Alcalá ... 131
Evocaciones de Aranjuez ... 132
Diálogos inocentes ... 133
Del estruendo a la quietud ... 134
Una estampa de Madrid ... 135
Fernando en Aranjuez ... 136
Aranjuez en otoño ... 137
El museo del Hospicio ... 137
Niebla ... 138
De Madrid al Escorial ... 138
Toledo ... 140
Talavera ... 140
Visión de Talavera ... 140
Paseo mañanero ... 141
La fonda de Illescas ... 142
Una visión de Toledo ... 143
Visita a Toledo desde Madrid ... 144
Hacia el Toboso ... 146
Regreso del Toboso ... 146
Meditación en El Toboso ... 147
Zamora ... 149
Zamora ... 149
Del espíritu leonés ... 151
Los dos señoríos ... 152
Zamora, la ciudad del Romancero ... 153
Perspectivas de Toro ... 154
Zamora, la bien cercada ... 155
Otros lugares de Castilla ... 157
Del espíritu castellano ... 157
Paisaje de Castilla ... 158
Apuntes del camino ... 159
Invitación ... 160
A través de la región leonesa ... 161
De la Alcarria de La Mancha y de otras comarcas ... 164
Tierras de Soria ... 166
Valladolid y el campo ... 166
Un domingo en Sigüenza ... 167
Dueñas ... 168
Belmonte ... 169
Sigüenza y su región ... 171
Desde Valladolid ... 171
Visita a Palencia desde Valladolid ... 173

ANDALUCÍA 175
CÓRDOBA 175
Córdoba, la sultana 175
Evocación de Julio Romero de Torres 176
El rosal invertido 177
SEVILLA 178
Meditación en la ciudad 178
Divagaciones sobre las vírgenes sevillanas 181
Sevilla en primavera 182
Sobre la exposición 183
La ciudad de la gracia 184
OTROS LUGARES DE ANDALUCÍA 186
La tierra de la alegría 186
Minas de Riotinto, compañía limitada 186
Estampas de Jaén 188
ASTURIAS 191
Covadonga 191
Rivadesella 192
Oviedo 193
CATALUÑA 195
Una visión de Barcelona 195
Dos Barcelonas 196
El alma de un pueblo (I) 197
El alma de un pueblo (II) 198
El alma de un pueblo (III) 200
Barcelona 202
Dos Barcelonas 203
Plegaria a la Moreneta 204
Visita a Tarragona desde Barcelona 205
España y Barcelona 207
En el Pueblo Español 207
Del Paralelo y del distrito quinto 209
El coro de la catedral de Barcelona 209
Cataluña 210
GALICIA 213
Alma gallega (I) 213
Alma gallega (II) 214
Santiago 215
Vigo 217
Celanova 219
Santiago de Compostela 221
Añoranzas de Galicia 222
Visita a Pontevedra desde Santiago 223
HUESCA 225
En Huesca no hace frío 225
La leyenda de la campana 225
El pantano de Arguis 226
La chepa de los canónigos 227
Geografía espiritual 228
Elogio de Huesca 228
Una plaza y un pastor 230
Un cheso que pasa 231
Visita a Huesca desde Zaragoza 232

PAÍS VASCO 235
Por Vizcaya 235
Las cosas y la nomenclatura 244
Notas de Álava 246
Divagación en Las Arenas 247
Siluetas en San Sebastián 248
Estampas vitorianas 249

OTROS LUGARES DE ESPAÑA 251
Marina i muntanyenca 251
Mar y montaña (TRADUCCIÓN) 252
Notas sobre Extremadura 254
El pueblo de Dorotea 256
Una vieja ciudad 257
Una visión de España 258
En torno a las Exposiciones: Por ciudades 259
Impresiones de un hombre que vuela por primera vez 260
Divagaciones desde la altura 261
Cementerios españoles 262

EUROPA 265
ITALIA 265
Recuerdos de Carducci 265
El colegio de España en Bolonia 268
Vicenza la bella 271
Milán 273
Recuerdos de Ferrara 274
Bolonia 276
Bolonia 278
El alma del hornero 279
Verona, Julieta 281
Padua 282
Fiésole 284
La Arena de Verona 285
Unos días en Mantua 287
Milán, los españoles, la catedral 293
Verona, Julieta 295
Nuestro delegado del turismo en Florencia 296
OTROS LUGARES DE EUROPA 297
Ginebra 297
Ferney–Voltaire 298

MONUMENTOS 301
La catedral de Ciudad Rodrigo 303
En el Palacio 306
Dos templos románicos 307
En la capilla del condestable 308
Remansos palentinos 309
En la catedral 310
En las Claras de Palencia 311
Dos torres en Castilla 312
La colegiata de Toro 313
Monterrey bajo la nieve 314
La Plazuela de San Claudio 314
En la capilla del condestable 315
En la catedral de Sevilla 316
Palacios salmantinos 318
Mesones y paradores 319
Las ermitas de Córdoba 319

PSICOLOGÍA REGIONALISTA 321
Movimiento regional 323
Los latifundios extremeños 324
Regionalismo y agrarismo 325
Castilla y Cataluña 327
Castilla y Cataluña 328
Castilla y Cataluña 329
La autonomía de los caciques 331
La autonomía en Castilla 332
La mascarada regionalista 333
¡Sola, sola entre los campos…! 334
Las tres fases del "Castellanismo" 336
Glosas a "La ciudad castellana", por Julio Senador Gómez 337
La emoción del momento 339
Terres de Castella I 340
Tierras de Castilla I (TRADUCCIÓN) 341
Terres de Castella II y III 342
Tierras de Castilla II y III (TRADUCCIÓN) 343
Terres de Castella IV 345
Tierras de Castilla IV (TRADUCCIÓN) 346
Regionalismo burgalés 348
Terres de Castella VI 348
Tierras de Castilla VI (TRADUCCIÓN) 349
Terres de Castella VII 350
Tierras de Castilla VII (TRADUCCIÓN) 352
Terres de Castella VIII 353
Tierras de Castilla VIII (TRADUCCIÓN) 354
Terres de Castella IX 356
Tierras de Castilla IX (TRADUCCIÓN) 357
Terres de Castella X 358
Tierras de Castilla X (TRADUCCIÓN) 359
Terres de Castella XI 360
Tierras de Castilla XI (TRADUCCIÓN) 361
Terres de Castella XII 362
Tierras de Castilla XII (TRADUCCIÓN) 363
Los pueblecitos 364
El trágico resurgir de Castilla 365
Bilbao y Castilla 367
Tópicos manidos 368
De la España insular 369
Alusiones 370
Hacia la concordia 371
Castilla, madre de pueblos 372
Soliloquio de un castellano 373

POLÍTICA AGRARIA 375
Del señor Velasco, del señor Oliva, de un servidor… 377
Arriba y Abajo 378
Una humilde tragicomedia o la historia de una gran cruz 378
El cacique 379
El meeting en Fuente de San Esteban 380
Lo de Boadilla 381
La emigración y el problema del campo 382
El retablo de Maese Pedro 383
El valor de la tierra 384
Un ensayo de psicología extremeña 385
El problema de la tierra 387
El problema de las rentas 389
La pérdida de la cosecha en Salamanca 390
La catástrofe del campo salmantino 392

Un folleto de Díaz-Caneja ... 393
Labradores y políticos ... 394
La liberación de la tierra ... 395
Los acaparadores ... 397
Peñaranda de Bracamonte ... 397
La tierra ... 398
El problema del campo en Salamanca ... 400
Cierva, el cavernario ... 402
Los grandes de España y la libertad ... 404
La siega ... 406
Ganaderos y labradores ... 407
La República en los pueblos ... 408
La reforma agraria ... 409
La reforma agraria en Salamanca ... 411

TOROS Y TOREROS ... 415

Reaparición de Fuentes ... 417
Cuarto menguante ... 418
Toritos, barbarie ... 419
Tauromaquia ... 420
De toros y de otras cosas ... 421
Del arte y del valor ... 422
Toros en Aranjuez ... 423
Diego, Nicanor y Martín ... 424
Vicente Barrera, torero ... 425
En Plasencia ... 426
Toritos de la tierra ... 427
Los toros y el público… de esta tarde ... 428
A Zamora la bien cercada ... 429
Fe de erratas ... 431
Don Luis de Góngora, torero ... 432
La lidia de Jorge Manrique ... 433
Belmonte, estudiante ... 434
En Villar de los Álamos ... 435
Los Clairac y los Piedras Negras ... 436
Impresiones de Burgos ... 436
Márquez y el público ... 437
Toros en Huesca ... 438
Toros charros en Valencia ... 439
Un romántico en una barrera ... 440
Un torero de Alba ... 441
Novillada trágica ... 442
Toros en el campo ... 443
Lagartijo ... 443
De crítica taurina ... 444
Barrerita se casa ... 445
Sobre la corrida goyesca ... 446
Un proyecto de corrida ... 447
La corrida de la Prensa ... 448
El tendido, observatorio nacional ... 450
El pueblo, público de toros ... 451
Un "mano a mano" y los toros de la tierra ... 452
Andalucía en Salamanca ... 453
Una amiga de Cagancho ... 454
"De re taurina" ... 455
De Joselito a Belmonte ... 456
El arte de Antonio Márquez ... 457
Nicanor Villalta ... 458

CIUDADES Y REGIONES

CASTILLA

Alba de Tormes

La corrida de Santiago

Muy escasos son los espectáculos taurinos en esta villa. El día de Santiago, la Virgen de Agosto, festividad de Santa Teresa y… pare usted de contar.

Eso sí, de los trescientos sesenta y cinco días que tiene el año, digo, sesenta y seis, si es bisiesto, me atrevo a asegurar, sin temor de ser desmentido por ningún indiscreto, que tenemos *trescientas fiestas magnas de iglesias*, con sermones del señor Sánchez de Castro, del P. Cámara, del P. Salvador; con música de Gorriti o Cherubini y exposición de muchos relicarios.

Con esto no me propongo censurar estos actos; lo que quiero es, que en mi pueblo, se armonicen y equilibren más los espectáculos en que se recrea la vista, y aquellos en que el espíritu se ejercita; que oigamos después de un Ave María de Gounod el alegre aire andaluz, o las tristezas y dulcedumbres de la música asturiana.

Y basta ya de exordio.

Voy, pues, a contar, con la venia del corresponsal de este periódico, que según me informan mis amigos, está ausente, la fiesta taurina de Santiago.

Con mucho sol, mucho cielo límpido y azul, y bastantes hermosuras femeninas, se celebró una corrida de toros de la ganadería de nuestro diputado, señor Sánchez del Campo[1].

Con presidentas tan bonitas como las señoritas de Laporta, Perlines y Bordona, era el espectáculo de suyo agradable, sin necesidad de más cartel. ¡Calcúlese, pues, cuál sería el gozo de mis paisanos cuando pudieron notar en el redondel algunas facultades en los muchachos encargados de la lidia!

El primero y único becerro de muerte, que lleva por mote *Michi* por sus pocas libras, era fino, noblote y de muchos pies. De lámina tan bonita, que el público se levanta en vilo al contemplar el hermoso ejemplar de cornúpeto.

En el primer tercio, nada hay que decir, a no ser que el público se empeñe en que yo consigne los correspondientes revolcones, los consabidos canguelos, y el no menor miedo de las madres y familias de los *toreros*.

Con los brindis en verso y aprendidos y recitados dos meses hace, ponen los muchachos los palos; nada de banderillas de *sesgo*, de *cuarteo* o de *castigo*. Un palo en el testuz y otro en el sitio que toda persona bien educada no debe mencionar.

[1] Juan Antonio Sánchez del Campo fue un ganadero salmantino de fama nacional y diputado provincial y nacional. Estuvo siempre políticamente alineado al Carlismo y a los partidos integristas.

Y por último, Salmonete (es, entre paréntesis, el nombre del espada) con algunos pases naturales, da media estocada al cornúpeto, que se acuesta maldiciendo a los que le miran, a los que votaron en las pasadas elecciones y a su amo.

Noticiero Salmantino (26-07-1901)

Cartelones y reseñeros

«Nuevas ferias», «nuevas ferias», gritan con destempladas voces tenderos y no tenderos, para atraer a mercachifles y chalanes de menor circulación a las ferias, que a pretexto de ser hoy la Transverberación de Santa Teresa, se van a celebrar en esta villa.

Y el Ayuntamiento que se agita, y los comerciantes que miran al cielo asombrados de las nubes que amenazan lluvia, y los aspirantes a cargos concejiles que hablan, sin entenderlo, del artículo que Paquito Silvela ha publicado, con añadiduras del *Heraldo* y de retazos de *El Imparcial* servidos, y las señoritas que se disponen a lucir sus vestidos mañana, y los golfos esperando los juegos, como al Mesías los judíos, forman un conjunto abigarrado, heterogéneo, con un millón de esperanzas, de ilusiones, que tal vez alguna traidora lluvia marchite.

Las ferias que este año se celebran son de creación reciente. Yo creo que no van a ser fructíferas. Y me fundo en que en Piedrahíta, Barco de Ávila, Salamanca, Plasencia y Medina del Campo se van a celebrar también.

Pero hasta ahora no corresponde la parrafada al subtítulo de estas líneas. *Cartelones y reseñeros* digo al principio, y de ningún reseñero y de ningún cartel he hablado a ustedes.

La cosa es que, en este pueblo, ha caído en gracia la literatura, que bien podría llamarse *botafumeiro*, de manera que el hablar bien está en relación con el número de epítetos que al hablar se empleen. Al menos, esta es la *moda*, el *sport* entre la gente de curia. Si han leído ustedes algún cartel de las ferias de Alba, habrán visto que los epítetos abundan mucho y no dicen verdad. Si está aquí en Alba un cómico ramplón, que no sabe declamar, un cualquiera, le da el título de actor distinguidísimo, de notable actor dramático; predica un pobre hombre, lleno de virtudes y hueco de ciencias, pues se le extiende el pergamino de insigne orador sagrado; vemos aparecer a una chula sin vergüenza, fea y sin dientes, semi-fosil, y hétela convertida en guapísima e ilustre diva; y así todo, de esa facha.

Sugirióme esta serie de reflexiones la lectura del cartelón de estas ferias, de altisonante e hinchado estilo y en términos pomposos concebido. Yo calculo que allí habrá unos treinta epítetos. Me parece que es una cantidad más que regular. Pero tengan en cuenta los asustadizos que el consabido reclamo está fechado en *trece* y en *martes* por añadidura.

Recuerdo que dice el reseñero *vulgar* del cartelón *vulgar*, vulgaridades tan grandes, tan grandes… Como que allí se manifiesta, pongo por caso, que las dulzainas del país se han hecho para solaz y entretenimiento de los forasteros. ¡Vaya un entretenimiento! ¡Vaya una música! ¡Vaya un redactor!

Pero dejemos en paz por ahora a cartelones y reseñeros; cuando vuelva a escribir en estas columnas, cumpliré con el compromiso que he adquirido con una señora, de hacer un articulito sobre una cosa muy peregrina que me ocurrió en Medina (en verso involuntario) no ha muchos días.

Noticiero Salmantino (28-08-1901)

A un paisano metido a censor

Carta primera

Supe yo que te quejabas amargamente, apreciable amigo y paisano queridísimo; supe yo que te quejabas amargamente, porque te dijo no sé quién que me había salido de los cascos la idea descabellada de poner en ridículo este tu pueblo, en un artículo que publicó el NOTICIERO el 27 de este mes de Agosto.

Así me gusta, chico; me parece de perlas tu hidalgo patriotismo; y aplaudo sin reservas, tu amor al viejo rincón castellano que te vio nacer. El pueblo español pertenece a los pueblos de presente incierto, de porvenir doloroso; pero como tú tengas el amor a la patria grande que has

manifestado en tertulias y corrillos, voyte a incluir en el grupo de regeneradores de esta nación, tan rica en gloriosos pergaminos como en actuales desdichas.

Le ságe entend á demi mot[2], dicen los franceses con sobrado tino y harta razón; pero si a ti lo aplicasen sería una ironía; así son de menguadas tus entendederas y de escabroso tu discurso.

Dices que aludo a determinadas personas, y en envoltura hipócrita de sutilezas y generalidades, asoma más de una vez, la oreja de la censura amarga y seria. ¡Qué penetración la tuya! ¡Si te dijera que estoy asombrado te diría una verdad tan grande! Pero ante todo, calma, amigo mío, calma. Dime, por Dios y por tu ánimo si has leído el articulejo de maras. A esto me respondes que no, y que a ti te lo dijo otro que no lo había leído tampoco, y a este un tercero... *Et sit de coeretis*[3].

Antes de pasar adelante, escucha.

Me dice el P. Coloma, en una de sus novelas más famosas, que a cierto general y caballero se le había ocurrido un procedimiento sencillísimo para echar por tierra una calumnia terrible. Excusado es decirte que a personas de tu calibre cerebral no se las hubiera ocurrido, ni por asomos, un método tan sencillo como el que te voy a contar. Propuso el leal caballero que él referiría al oído a la persona más próxima un cuento, esta a otra, la tercera a la siguiente, aquesta a la inmediata… y la última había de narrar la conseja en voz alta. Y así confrontaban las narraciones del general con las del último sujeto como las ideas de Lerroux y de Mella.

Lo mismo, precisamente lo mismo, que en el caso de mi cuento.

Acostúmbrate ¡oh amigo estimado! a leer por ti mismo, y a no corear las opiniones de indiscretos o malvados, que quieren interpretar verdades con fines torcidos y brutales.

Porque puedo decirte, lo que las coristas del *Dúo de la Africana* al tenor Josepini:

Eso se llama
Meter la pata

Agregas, paisano del alma, que pongo de relieve los defectos de este pueblo. Y como sigues testarudo y obstinado, voyte a referir otra historia.

¡Y va de historias!

Tenía y tengo un amigo más discreto que tú, de mucho talento y discreción sobrada, de quien pudiera haber dicho Campoamor:

...Excepto el juego, el vino y el tabaco
No tiene más pasión que las mujeres.

Pero esta pasión se traducía en odio, en aversión, en malquerencia. En su vida había y hay mucho de excéntrico, excentridad que fabricaran en su espíritu Balzac y Tolstoi. Atrevióse donosamente a llamar la atención a una señorita de *manos largas, brazos descarnados y talle corrido*, que diría Pereda, sobre una prenda de vestir que debieron emplear en la época terciaria las razas de Canstand. Y como la hija de Eva se mostrase asaz malhumorada, mi amigo no pudo menos de exclamar: Señora, no se enfade usted, *no sea que me meta más adentro*.

Evita, amigo mío, evita que alguno, yo por ejemplo, me meta más adentro, y te dé la corrida de la temporada.

Mañana hablaré de la importancia y utilidad de la lectura.

Y además de los inconvenientes de interpretaciones torcidas.

Con que saluda a tus amigos que lo son míos también.

Hasta mañana…

Noticiero Salmantino (01-09-1901)

A Fidel S. y Sánchez

Hace dos días regresé de mi pueblo, y he visto que no progresaba. Siempre los mismos festejos, las bromas de siempre; la *luminaria* que regocija a los charros; los cómicos callejeros, de a dos reales; el torero maleta, ya se llame *Matapozuelos, Sangre-fría*, o *Jumillanito*. Solo hay una cosa buena, predicadores de primera fuerza, así como suena, de primera fuerza: Sanz y Jous, Sánchez

[2] "El sabio entiende con medias palabras".
[3] Frase latina: "Y así el resto".

de Castro, El P. Salvador, y el P. Jiménez Campaña, han predicado en Alba. El célebre carlista señor Manterola, murió entre las bendiciones de mis paisanos, como mueren los santos.

Todos los que han oído y oyen al Padre Campaña, afirman que es un orador erudito y elocuente. Amigo de floreos en el lenguaje, de imágenes brillantísimas, con una facilidad de palabra asombrosa, es uno de los oradores que forman época. De los dos grupos que suelen hacer de los oradores los tratadistas, oradores que convencen y oradores que persuaden, en este último grupo debemos alistar al orador de *marras*. Se dirige siempre al corazón, nunca a la cabeza.

Persuade y se deja de convicciones. Ni desembrolla los *peros*, ni se mete en *consistiduras*, ni analiza los *por qués*, y hace bien, porque así, de este modo, no es letra muerta ni símbolo enmarañado y enigmático, para la mayoría de los oyentes. El tema que desarrolla esos días, *Las virtudes de la Mística Doctora como remedio para las llagas sociales*, es de actualidad.

Y una vez que he hablado del Padre Campaña, diciendo lealmente mi opinión, he de hablar de una idea que hace tiempo debí de haber manifestado. Yo la inicio, otros se encargarán de realizarla. Me refiero a una fiesta literaria. No arruguen el ceño los curiales, pensando en el coste material de tal linaje de agradables entretenimientos. En el 1882 y 1892 yo creo que no llegó a mil pesetas el *generoso esfuerzo* de la Corporación. Vimos desfilar, en nuestra fiesta, poetastros cargados de ripios junto a poetas de verdad, que todo abunda en este mundo *sub lunar*, como dicen ahora los pollos literatos cuando hablan de esta pícara tierra. El hecho fue, y me complazco en reconocerlo, que tuvimos una fiesta agradable.

Y yo, que nada soy y nada valgo ruego al Ayuntamiento de Alba y a sus personas pudientes que traduzcan en hecho mi idea, y no digo *pobre*, siguiendo la rutina periodística, porque no lo es. Que se convenzan mis paisanos; los fuegos artificiales, las cucañas, los bailes, las funciones de teatro y de toros, no son nada. Una fiesta agradable, científico-literaria, es algo. Las cucañas y los bailes no regeneran. La cultura es un elemento, y no secundario, de regeneración.

El lunes pasado terminaron los fuegos con el consabido *toro*. Los charros, apiñados y cogidos de la mano en la Plaza Mayor, huían cuando tenían cerca de sí el figurado animal lleno de bengalas.

¡Ah! –pensé– es nuestro pueblo. Le gusta vivir, vivir y gozar a sus anchas, a obscuras, mascando sus antiguallas como Sancho los manjares, en lo más obscuro y más separado de la cocina.

Viene lo nuevo, da media vuelta y echa por tierra a lo añejo, y se mira espantado al monstruo. A nuestro pueblo le gusta lo suyo, solo lo suyo, no lo que manos profanas inventaran. Y, claro está, se huye del toro, del toro del progreso, porque puede quemar… y quema.

Noticiero Salmantino (21-10-1901)

Al Ilmo. D. P. Canto

¡Oh, elecciones!

¡Yo os saludo desde lo más íntimo de mi ser, y os doy la enhorabuena por lo sanas que habéis sido y la gran justicia que en mi pueblo habéis realizado!

¡Oh, elecciones!

¡Yo os felicito, porque habéis dado vuestro *voto* a personas honradas, dignísimas, que desde pocos días ha, se han sentado en los mullidos sillones de la concejil casa!

Y dichas estas cosas y otras muchas que no se pudrirán en el tintero, voy a comentar a la ligera las elecciones de mi pueblo.

¡Comentar!

¿Pero ustedes saben lo que es comentar? Ustedes si lo sabrán seguramente; pero a mí me resulta que la tal palabreja me huele a incógnita.

Comentar es emitir mi opinión sobre una cosa, indicar mi parecer sobre tal punto, explicar lo que pienso en esotro tema, etc.; los comentarios pueden ser favorables o desfavorables; y como a mí me parece que los concejales que han salido son muy dignos, muy honrados y muy decentes, y a mayor abundamiento

Son defensores leales
de intereses de la villa

según afirma no sé qué comediucha que tuve el disgusto de presenciar, resulta que yo comento *favorablemente*.

Y antes sólo decía *comentar*, a secas.
¡Si va resultando que no sé gramática!

En mi pueblo no existen manifiestos electorales; si los hubiera y en ellos se atropellase los fueros sacrosantos de la gramática encarnecida, me reiría de los humos del manifestante, de sus frases de barro, y sus bombos de cartón, como me reí, allá en mis mocedades de un no menos célebre manifiesto, verdadera enormidad de fondo y forma, que firmaba un *avogado* ¡sí, señores! un *avogado,* donde se elevaba al vulgo ordinariote y común al trono regio, y se trataban las cuestiones más serias, con cierta actitud cómica, con cierta campechana *sonrisa*, muy impropias de personas discretas, formales y de talento.

Señor don Pedro Canto; ¿no le parece a usted que al llegar a este punto, debo decir, en descargo de mi obscuridad, lo que aquel chulo advirtió a unos sevillanos: «¡*Mozitoz mioz*, digan ustéz zó guazonez, el que entienda ezto que arse el deo!»

Y vamos a otra cosa.

¿No sería muy santo, muy justo, muy bueno y muy culto que las personas pudientes de la teresiana villa, fundasen un casino?

¿Acaso no hay medios? ¿Por ventura no existen elementos suficientes para el mantenimiento de un centro de este género?

¿Sí…? Pues manos a la obra.

También se ha pensado, o he pensado yo, en la fundación de un semanario local. Elementos, los hay. De dinero, no se carece. Tampoco de buenas plumas, de escritores elegantes y castizos. La pereza, que nos hace ser apáticos, no debe impedirnos la realización de actos de exquisito gusto, de cultura elevada, de grato solaz y honesto esparcimiento.

Noticiero Salmantino (17-11-1901)

A mis paisanitos, los niños de Alba de Tormes

«Ayer en la iglesia parroquial de San Pedro, tomaron en esta villa Comunión por primera vez, cuatro o cinco docenas de niños».

Esta noticia, mejor o peor dicha, comunicará mi amigo el corresponsal de EL LÁBARO a su periódico, pero las gentes recorrerán las columnas en busca de la captura del Roghí, del balance de mercados, de la entrevista de los oligarcas Maura y Silvela o de zarandajas por el estilo.

Yo nunca he presenciado espectáculo como el de ayer. Hace ya ocho años que marché de mi villa a manejar en un colegio las declinaciones latinas, el verbo *être* y a recitar de memoria, en casillas hechas ad hoc, el nombre científico de animalejos microscópicos, que yo veía, clavados de un rotulejo pedante, en el gabinete de la asignatura… Al volver ayer, en el recuerdo de un día, cuyos contornos eran ya vagos en mi memoria, me sentí hombre, niño otra vez, sin las estrecheces de una atmósfera falsa, como lo es la de la ciencia con *trampa* que han inventado ha tiempo para la caza de los ignorantes.

Volvamos al tema.

Los niños con el lazo en el brazo derecho; ellas, las futuras madres españolas, con el velo blanco para desposarse con Dios antes de casarse con los hombres; las madres llorando, riéndose, recordando cosas íntimas, amores rumiados en el rincón del hogar, trovas rudas oídas al amante que les rondó en otros tiempos, lágrimas perdidas, risotadas locas, el parto, el heroísmo, ¡el desprecio! Tal vez; una multitud que sentía, cual más, cual menos, las gratas impresiones y las mil *cosas* que allí dentro había; los filisteos, en fin, de toda laya cuyo afán es curiosear en boda y bautizos, en caseras intimidades y en llantos ocultos; la *plebe del corazón* que aquí, como en todas partes, prueba la maternidad de la Eva pecadora y curiosa.

Hubo una plática, dirigida a los niños que comulgaban por primera vez. La plática del ilustre sacerdote D. Ignacio Hernández Merás, fue sencilla, breve, hondamente sentida, sin oratorios alardes ni efectismos retóricos.

Alba escuchó ayer, conmovida, algo sentido, algo que salía del corazón. Acostumbrada a torpes floreos de oradores vulgares que gozaban fama no sé de dónde, pudo observar ayer que vale más, mucho más, infinitamente más, una expresión natural, cuyo vigor salta a la vista, que mil párrafos hechos para admirar incautos, que no son clásicos, ni románticos, ni cervantiscos, ni bonitos ni nada; miserables flores de papel, de trapo viejo y quemado que huele a remiendos nocturnos y a componendas de literatura profana *ecléctica*, si es que la palabra puede encajarse aquí.

«Sinite párvulos venire ad me» decía el Sr. Hernández Merás recordando las palabras del Salvador. Sí; Dios se acercará a los niños, pero enfrente de él tendremos la barrera infranqueable de miserias bajas, de serviles adulaciones, de comedia farsante que separa a la niñez de la adolescencia, la inocencia sin desengaño de la estúpida plaga de la *lista juventud*, que es una de las mayores calamidades colectivas de esta patria feliz.

Y para terminar, yo diré a mis paisanos lo que oí ayer a la muchedumbre: *«Sed buenos cristianos, sed buenos patriotas, sed buenos hijos».*

El Lábaro (22-05-1903)

El apeadero de Alba

Para la prensa salmantina

La vieja monotonía de las caminatas ha tenido y tiene su asiento tradicional en la villa de Alba de Tornes. Las compañías explotadoras de las líneas férreas aprovechan cuantas ocasiones pueden, todo aquello que les viene en cuenta, sin que lleguen a sus oídos las protestas de los pueblos débiles.

Alba tiene su Estación, pero a una distancia tan enorme de la villa (nada menos que tres kilómetros), que es molesto y embarazoso cualquier viaje. La gente prefiere el coche que sale diariamente a la capital de la provincia. Con poseer los albenses el medio de locomoción moderno, se les da un ardite del progreso que molesta, del progreso que se paga. En estos tiquis-miquis de buen burgués, les sobra a los catalanes y vascos lo que nos haría buena falta a los hijos de Castilla. De todos es bien conocido cómo el movimiento mercantil e industrial de Bilbao y Barcelona ha sido favorecido por los módicos precios de los ferrocarriles.

Desde hace cinco o seis años, Alba está pidiendo constantemente un apeadero. Huérfana de influencia, porque los políticos de la provincia solo se limitan, en sus programas torpes, a bellas generalidades y a concesiones caciquiles, viene sufriendo la indiferencia de unos, y el supremo desdén de los otros. Que yo sepa, solo el P. Cámara ha tomado cartas en el asunto, con ser la petición tan justa.

Ayer circuló por esta villa una solicitud al director de la línea férrea. La solicitud iba firmada por el alcalde, las autoridades locales, y el pueblo representado por las personas de mayor prestigio, la industria, el comercio y las capas altas de la burguesía local.

Las razones en que se fundaba aquélla no tienen réplica, y voy a exponerlas aquí.

Sabido es que el Sepulcro de la Mística Doctora del Carmelo, Teresa de Jesús, atrae, todos los años, buen número de forasteros. No pasa un día sin que veamos, por estas calles de Dios a personas extranjeras y gente titulada. Como es Alba, centro además, de una explotación agrícola, el transporte de trigos alcanza grandes proporciones. Pero las personas vienen en los coches y el transporte de mercancías se hace en carromatos y otros medios de locomoción más baratos y fáciles.

Todo esto implica, como se ve, no solo una gran molestia para la villa, sino también una pérdida considerable para la misma Compañía explotadora de ferrocarriles.

De desear es que, por esta vez, y después de tanto trajinar, logre el pueblo de Alba lo que de justicia se le debe.

Para terminar, ruego a la prensa local, que tan hermosas campañas tiene realizadas en pro de la justicia y utilidad públicas, a los corresponsales de los periódicos madrileños y a mis amigos de la prensa, que trabajen, que arranquen de los Poderes Públicos, con las razones que aquí dejo esbozadas para que otros las desarrollen con más amplitud, esa apatía e indiferencia de las compañías explotadoras. Es tanto más noble la misión de la prensa, cuanto las campañas son más justas, y cuando en beneficio de pueblos desamparados y huérfanos se realizan.

El Adelanto (30-05-1903)

Crónica ligera[4]

Recibo de mi pueblo noticias tristes. Allí existen, cosas pequeñas y que hacen desgracias grandes.

Y este invierno, con sus nieves, hielos y lluvias monótonas, ha sido, para los pobres, rosario de dolores y de tristezas.

Hijos sin pan, padres de familia sin trabajo, hogares sin calor... Una odisea, un calvario lento que consume los ahorros, que debilita el cuerpo, que ahoga los ideales. Desgracias que rompen la fe en el porvenir. Y, luego, lo de siempre: una cama en el hospital, pequeñuelos que piden una limosna, el hurto de una pequeña carga de leña para no morirse de hambre o de frío, el proceso, el juicio oral en la Audiencia... La larga procesión de los humildes: pobreza encubierta, miseria franca y orgullosa, infamia legal...

Hoy hace un mes, el 7 de Febrero precisamente, asistía yo, en Alba, a una función de teatro. Y por la mañana, cuando aún estaba saboreando las delicias de la función aquella, dijéronme que cinco madres de familia, recorriendo las calles de la población, pedían plañideramente una limosna. Luego, se abrió una suscripción. Arrojaron las sumas «mil quinientas pesetas». Con ellas, se aliviaron las necesidades más urgentes. Pero se consumirá el dinero, se abrirán, por segunda vez, los bolsillos de los ricos y el problema volverá a tener su primitiva gravedad.

Es doloroso lo que ocurre en Alba, lo que ocurre en muchos pueblos, pero no me parece inevitable. Las leyes deben suplir a la caridad y la caridad debe ser reglamentada. Porque no se me antoja la limosna, en estos casos, ninguna cosa del otro jueves. Los obreros, que en las poblaciones castellanas carecen de solidaridad y son carne de cañón en las elecciones y en las rencillas locales, tienen derecho a la limosna. La caridad humilla, hace germinar la soberbia en el corazón del humilde. Las leyes, no.

Los concejales de la Villa Ducal han dado de su bolsillo particular las cantidades que el Concejo no podía consignar a estos efectos.

Y, para terminar, he de decir que no quiero acusar a nadie, aun cuando existe algún patrono señalado por las gentes. Es mejor llorar con los pobres que predicarles la venganza. Y si la culpa existe y los cargos se concretan, ¡bastante penitencia tendrá el culpable!

Mientras tanto, yo deseo ardientemente, ya que no puedo hacer otra cosa, que los obreros de mi pueblo trabajen, y que venga con el trabajo la alegría y la salud a los hogares tristes y enfermos.

El Diario (08-03-1904)

Psicología de Villa-Regia

> «Los liberales de esta población han ingresado definitivamente en las huestes que acaudilla el Sr. Maura, encantados de la elocuencia y altas dotes políticas que reúne su nuevo jefe.
>
> Dentro de muy poco comenzarán en Villa Regia los trabajos pertinentes para fundar un «Comité Maurista», bajo la presidencia de nuestro querido amigo, el Sr. Pérez López»
>
> De «La Voz de Villa-Regia».

I

Villa-Regia, por extraño que parezca tiene su psicología, una psicología de buen tono, aristocrática, indígena, villa-regiense.

La psicología colectiva, –ha dicho Pero Grullo–, es la resultante de las psicologías individuales, y aunque la mayor parte de los habitantes de Villa-Regia no tienen alma, ni cosa que lo valga, en la población se respira un aire peculiar, un ambiente *sui generis* que me ha movido a ahondar en las entrañas del poblachón castellano. Porque rincón de Castilla es Villa-Regia.

[4] Firmado como Jorge de Alba.

Tiene un viejo puente romano, cinco iglesias, cinco fábricas y los restos de un personaje ilustre, que acertó a morir de aburrimiento en Villa-Regia[5]. Estos restos se explotan tanto como los restos del Cid en Burgos. En el movimiento de las fábricas funda su regeneración Villa-Regia, porque como degenerada, sí lo está y bastante.

Y las santas ideas que a cerca de la religión, de la propiedad y de la patria tiene el pueblo, se han forjado con el suave campaneo de las iglesias, el constante sermonear de los clérigos y aquel predicar continuo de los honrados padres de familia a sus hermosas hijas y a sus listos muchachos.

A verborrea serena y apacible, huele Villa-Regia; a verborrea suave y honradota.

Y todo, absolutamente todo, es monótono en Villa-Regia. Nadie desentona y no sobresale nadie. Todo es igual achatado, por el mismo rasero medido. Todos los villa-regienses son correctos y atildados; todos llevan en su caletre buena ración de sensatez y formalidad. Por eso Villa-Regia es un pueblo eminentemente democrático. Se respira en él la democracia de la tontería común.

Las muchachas, las bellas muchachas villa-regienses desprecian profundamente los tenorios alocados. No gustan de los muchachos que estudian en la vida, sino de los que mamaron, desde su más tierna infancia, el amor a las instituciones civiles y canónicas. Los chicos, de su parte, que han adquirido una cultura suficiente para lucirse en Villa-Regia, han sido los modelos que han propuesto los Rectores, al abrirse el curso, a los escolares aplicados. Y los señores, que tertulian apaciblemente en el casino del lugar, son padres de tales hijos. Penetran en las cuestiones más intrincadas de Derecho canónico, juzgan con hermoso sentido práctico los fondos de *La Voz*, apoyan los candidatos más imparciales y sensatos y protestan de todos los crímenes grandes y chicos, políticos y groseros que se cometen diariamente.

En Villa-Regia, no se cometen nunca crímenes. Es incapaz la honrada Villa-Regia de contar, entre sus hijos, autores de asesinatos, homicidios y lesiones. Acaso los encubridores formen legión, pero yo no me atrevo a sostener un aserto tan propio de las malas lenguas. En efecto, nada, ni el sentido común, aparece lesionado en Villa-Regia.

II

Para reconocer la psicología de Villa-Regia, amados lectores, es preciso vivir entre sus hijos, recorrer sus calles, rezar en sus templos, enamorar sus muchachas y tertuliar, los Jueves y Domingos, en el palacio de D. Jeremías, el Diputado del Distrito. Y si queréis observar y observar de firme, borrad diferencias, atended constantemente y postraos en todo como una villa-regiense de raza. Las almas de los grandes no se buscan en las memorias de los grandes, de un Heine, Renan, de un Stuart-Mill. Y aunque los villa-regienses tienen su caparazón, como arma de defensa, para defenderse de los zarpazos de los «andarríos», a lo mejor lo dejan olvidado en los rincones de sus casas. Cuando los encontráis desnudos, haceros fuertes. Villa-Regia desnuda vale muy poco.

Sus hijos, –ya lo he dicho– son finos y atentos. Mezcla de tilingos[6] y de vivos, que diría Grandmontagne, pero con más tilinguismo que viveza, no pocas veces, no merecía, siquiera nuestra antipatía, son sentimientos anodinos y vulgares. Y aquí está el toque; en la vulgaridad, que no es la vulgaridad corriente, sino una característica vulgaridad. Casi estaba por deciros que es vulgaridad aristocrática.

Ellos, los villa-regienses han fundado, para su abuso particular, un sindicato de reputaciones mutuas, que se extiende desde la Plazoleta de O'Donell, donde comienza el poblachón por la parte sud [sic], hasta las cuevas de San Emeterio donde termina por la parte Norte. Todas las reputaciones de Villa-Regia, son, señaladamente indiscutibles. Y todas suben a la misma altura. El que suelta brincos o ejecuta piruetas, está perdido. Es preciso mantenerse en la misma postura, una postura completamente normal.

Las calles son curvas, y es frecuente encontrarse en las viviendas de los reputados, con un escudo nobiliario, lleno de moho, documento tallado en piedra, testigo imparcial y mudo de las hazañas que ejecutaron en vida los amables abuelos de Villa-Regia. Son silenciosas las calles: silenciosas y tristes. No se oye sino de tarde en tarde, el pesado traqueteo de un carretón, la monótona canturria de un desocupado o el esquileo alegre y jacarandoso de una pobre berlina, que pide compostura. En las alegres mañanas de primavera, se escucha, a veces, el canto religioso de un

[5] Los datos hacen suponer que se refiere a Alba de Tormes. El puente románico se consideraba romano entonces, tenía más de cinco iglesias si se consideran las conventuales, pero cinco dedicadas al culto diario, fábricas de curtidos, harinas y electricidad y los restos de Santa Teresa de Jesús, que murió en Alba por azar.

[6] Francisco Grandmontagne escribió un gracioso y curioso libro titulado "Vivos, tilingos y locos vivos" (1901) donde define a los que califica con su neologismo a las personas "sin sal ni miga, fofo, esponjoso, sin hiel ni miel, todo bazo" y el tilinguismo como "la tontería con cascabeles, locuaz, insustancial y aturdida."

Ave-María. Pero lo normal es el silencio; un silencio que inquieta las almas. Entonces Villa-Regia se me antoja un cadáver y su silencio un *Réquiem* continuado, un *Miserere* fúnebre y aterrador.

Los templos de Villa-Regia son obscuros y opacos. Los rostros de las devotas tienen el sello de una sonrisa amarga. Los sacristanes, clérigos, monagos y monjes asemejan almas de otros mundos.

Y en las naves frías de aquellas iglesias susúrranse, rezos apagados, oraciones inconscientes. Villa-Regia, antes de dedicarse a sus faenas corporales, deja en expansión su espíritu devoto, lleno de unción y de fe... muerta, como sus calles.

¿Y las muchachas, las alegres y encantadoras muchachas de Villa-Regia? ¡Pobres! Son Mariucha en el primer acto, un acto más largo que la polvorosa carretera del lugar, un acto que dura toda la vida. Jamás tropiezan con Leones que desgarren sus almitas. Solamente los Césares abundan en Villa-Regia, Césares incapaces de comprender el amor fuerte de una juventud alegre. En Villa-Regia no existe juventud; *juventud*, sí, sostenida por el Estado y los particulares.

Asistid, por último, a las reuniones que da en su casa Don Jeremías a la buena sociedad. Los Jueves y los Domingos. Los electores del flamante diputado admiran a Maura y juegan al tresillo. Las mujeres discuten los últimos modelos del *Primtens*[7] y los méritos de los sesudos pretendientes a la mano de sus niñas. Y los jóvenes no cuchichean, no se dicen, en voz baja, los sentires de su corazón.

Carecen de éste y discuten las hechuras del sastre y los últimos adelantos científicos. Científicos sí. Existe una ciencia latente, prosaica, en Villa-Regia. Necesita un Ateneo para hacerse orgánica.

III

No me preguntéis por los *rebeldes* de Villa-Regia.

Allí carece de ejemplares la adorable casta. Nadie chilla, nadie se rebela. Forman sus habitantes una charanga que toca al mismo compás; nadie desafina.

Os he dicho antes que la normalidad es la característica de Villa-Regia. Cuidado con defender las malas causas, los hechos inauditos, lo desusado, lo churrigueresco. La tropa enorme de los hombres honrados caerá sobre vosotros y os meterá en el manicomio de Santa Clara, la capital de la provincia. Villa-Regia entera es un tontocomio a secas. Y necesita, de cuando en cuando, loqueros de la tontería.

Los villa-regienses, que son por dentro unos pobres diablos, tienen apariencias de tontos; de tontos y de malos. Pero si alguno cae en la maldad, vendrá Villa-Regia extendiendo su manto protector sobre el culpable, ¿Qué se dirá, sino, de la solidaridad de los hijos de Villa-Regia? Pero si caza al anormal, caerán sobre el infeliz todas las plagas de Egipto. ¿Qué se diría, si no, de la sensatez probada, de la honradez característica y del amor a la patria de que ha dado frecuentes ejemplos el viejo poblachón?

Estrujad, lectores, a todas las Villas-Regias del mundo. Zambullidlas en las redes de su maldad, de su hipocresía de sus artificios. Matadlas, y luego, sobre las cenizas del cadáver, sentad el reinado del amor, no sin antes sacar de sus guaridas a los que padecen en el manicomio de Santa Clara.

En Villa-Regia no existen autores nunca; pero encubre todo el mundo. En Villa-Regia no existen canallas siquiera.

Se encubren de formales siempre. Y cometen canalladas no en contra de la Ley sino sirviéndose de ella.

El Castellano (13-05-1904)

Para los hermanucos de Alba[8]

Yo también soy *hermanuco*, queridos lectores de EL CASTELLANO, yo también soy *hermanuco*. ¿Vosotros no sabéis lo que representa esta simpática cofradía en la regeneración de España? Si

[7] Antigua palabra francesa, equivalente a la actual *printemps* (primavera).

[8] Firmado como Jorge de Alba. Los Hermanucos fue una Hermandad creada por gente de Alba de Tormes que pretendía la diversión con meriendas, bailes, capeas, actos culturales,... José Sánchez Rojas recibió las insignias de la Hermandad el 4 de abril de 1904 en una merienda campestre celebrada en Bercimuelle (Salamanca).

hubiéramos seguido los consejos de mis queridos amigos los señores García Narros, Perlines, Clavijo y otros, España no hubiera perdido jamás sus colonias.

«Han vencido los yankees –me decía no ha mucho el colega Ricardo Perlines– han vencido los yankees, amigo Jorge, porque ellos se atracan de carne de cerdos y nosotros, los españoles, comemos patatas y legumbres. La base de la regeneración está en los alimentos. La cabeza no funciona sin el estómago. El plan gastronómico de los Hermanucos es regenerador por excelencia.»

Así es, en efecto. El pícaro escepticismo jamás posa sus alas negras en los estómagos agradecidos. Ríase mi alegre amigo el señor Unamuno de su sistema vegetariano.

Con el calorcillo del Champagne, no existen problemas difíciles ni tristezas desesperantes; lo sé por experiencia.

Los hermanucos de Alba no son, jamás, pesimistas. El pesimismo se queda para otra casta de espíritus. Yo soy, por desgracia, triste, a pesar de ser Hermanuco. Aunque mil dudas me agarrotan constantemente, me alegra el buen champagne, me entusiasman las buenas cacerías, los paisajes bonitos, las muchachas hermosas, las digestiones excelentes y las funciones donde interviene el amigo Lorenzo y donde improvisa el bueno de Machaquito.

Y es que esta vida tonta, donde hay que codearse con tanto imbécil, hay que tomarla en broma, con banquetes y funciones de teatro, como los Hermanucos la toman.

No es cosa de preocuparse seriamente de la vida. Con buen chorizo y unas lonchas de jamón, se pasa deliciosamente este viaje. El gran maestro de la vida (ríanse ustedes de Shopeuhahuer [sic]) es el Hermanuco Cueto.

Y los buenos Hermanucos se burlan con gracia y donosura de los problemas políticos y sociales, solo Briñón y Sánchez, toman con grave preocupación las cosas de Nocedal y Canalejas, respectivamente.

El señor García Narros, enemigo de los análisis, profundo admirador de las síntesis sobre todo en hembras y comilonas, ha resuelto la cuestión de plano: es *carlista-liberal* y amigo de sus amigos. (Dejo este logogrifo para el señor Gil y Robles).

El Castellano (28-05-1904)

Los Hermanucos cómicos[9]

Cómicos, toreros, catadores del buen vino y enamorados de las chicas guapas, los *Hermanucos* se han lanzado a las tablas estas noches de feria, saliendo lucidísimos en su empresa.

En el teatro, unos llenos tremendos; en las plateas, las *tilingas* de la localidad con los *tilingos* de cartel y en las butacas los amables burgueses de Piedrahita, Peñaranda, Guijuelo, etcétera. *La guita* ha sido contante y sonante.

No por galantería, sino porque es la verdad y, además, de justicia, debemos consignar aquí que el éxito alcanzado por la señorita Rubio excede a toda ponderación.

Los aplausos tributados a la bella hermanuca, han sido delirantes. Hizo la otra noche una nieta de su abuelo, que para sí quisieran muchas de las *divettes*[10] que actúan en Apolo. Y conste que yo no sé bombear, y que, si supiera, no lo haría jamás. Vaya, pues, una enhorabuena a la bonita muchacha, y, con ella, nuestro consejo de que debe dedicarse a las tablas, porque sus progresos en estos últimos meses han sido enormes.

También merece aplausos la labor del señor Blázquez que es una especialidad en *viejos verdes*. Y ya que tiene imaginación y soltura para deshacerse de las situaciones embarazosas, debemos recomendarle, si quiere ser un cómico acabado, que no se deje guiar de sus propias inspiraciones y que debe escuchar también las ajenas.

Cantando, se ha distinguido un barítono cuyo apellido no recordamos ahora.

Tiene bonita y agradable voz, y si fijase más su atención declamando, daría muchos lauros a su nombre.

Curto, haciendo su papel de Alcalde en *Los Charros* ha estado inmejorable. Curto no necesita elogios. Si le viera Carreras, en ese papel, le tomaría por modelo.

Muy bien las partes secundarias.

En conjunto, tres veladas agradables.

[9] Firmado como Jorge de Alba.
[10] En francés, corista, soprano.

¡Adelante, hermanucos, en vuestra campaña de alegrar un poquito este pueblo que viviría en perpetua modorra, si no fuera por vosotros!

Y no va más, porque el tiempo apremia.

El Castellano (17-06-1904)

La «Soledad» de mi pueblo[11]

Sermón de la Soledad llaman mis paisanos al que escuchan todos los años en la tarde del Viernes Santo, en la Iglesia de Madres Carmelitas.

El templo está oscuro casi siempre. La desnudez severa de los muros, la cubierta negra de los altares, el simétrico tenebrario con sus velas amarillas apagadas, el salmodioso y nasal canto litúrgico de las monjas, la ausencia de lujosos detalles en el monumento, y, sobre todo, la Soledad, aquel magnífico busto de madera que se exhibe en la parte más visible del presbiterio, encienden el ánimo en religiosa contemplación e incitan a rezar en oración callada, y convidan a verter lágrimas tristes por la Madre que llora la muerte de su Hijo.

Jamás me han convencido estas fiestas mundanas, con detalles chocarreros y profanos, ni me han inspirado recogimiento alguno esos conciertos musicales de las grandes fiestas que, frecuentemente celebran los jesuitas. Pero este sermón de la Soledad que oyen mis paisanos con fervor hondo el Viernes Santo, me llega al alma y aun creo que me sugiere algo de las solemnidades cristianas primitivas, ecos de las catacumbas, oraciones del apóstol, que excitaba a las masas humildes y sencillas.

Yo no sé, generalmente, lo que dice el predicador.

Habla del Calvario y de los sufrimientos de las madres que pierden a sus hijos, para deducir humanamente la pena de María. Se refiere a noches oscuras, a lamentos quejumbrosos, del desquiciamiento de la Naturaleza durante la agonía de su Creador… Yo tengo mi alma puesta en otra parte; mis ojos no tratan de mirar si el orador «acciona o no acciona»: los tengo fijos en la Soledad.

¡Y qué Soledad, Dios mío! Yo no he visto nada más hermoso, ni creo que exageren las beatas cuando dicen que no hay busto como aquél en el mundo. Una mujer hermosa, con la hermosura del dolor en el rostro, con lágrimas que caen lentas de las mejillas rosadas, con los ojos castaños oscuros que piden compasión, con las manos en cruz, con el manto plegado con cierto elegante desaliño…

Yo no sé qué hechizo tiene para mí aquella imagen, ni cómo pudo amontonar tanta ternura el artista en aquella estatuilla humilde, de madera. No se cansan los ojos de mirar y remirar; a cada momento se descubren nuevas perfecciones, y es cosa de estarse embobado todo el santo día de Dios, mirando de hito en hito, sin perder el retoque admirable o el perfil arrinconado; es cosa de tomarse la molestia de averiguar el nombre de aquel artista –italiano por las trazas– que personificó tan maravillosamente el dolor de María.

Cuanto más contemplo la imagen, menos sé definirla ni pintarla. Prodúceme la Soledad de mi pueblo una sensación indefinible, un cosquilleo espiritual que me dura largo rato. Quisiera en aquellos momentos abrazar a la Humanidad en un abrazo de compasión infinita. Se olvidan las pequeñeces, las miseriucas, los odios; nos lavamos en un baño de piedad que deja grata frescura en el corazón… Y me invita a rezar la imagen, no con los aprendidos rezos de siempre, sino con otros más espontáneos, donde las palabras sobran; y es que en aquella imagen hay, por debajo de la angustia de toda madre, la sublime abnegación de María.

Aquel sosiego perfecto, "aquella humildad en la expresión de las quejas" –que diría Eugenio de Castro, el maravilloso poeta portugués– ahogan el espíritu en un mar de dulzura, y aquellas «soledades»" de la mujer sencilla, nos llevan al amor, esencia del cristianismo.

Aquella imagen de mi pueblo inspira devoción. Delante de ella lloran las mujeres; los hombres, desde el cofrade de todas las cofradías, hasta el vicepresidente del comité local republicano, se emocionan a su vista.

[11] *Mundo Gráfico* publicaría, años después, un artículo similar bajo el epígrafe «La Soledad» (O.C. Tomo V, página 58).

Y dicen bien las beatas:
– No hay en el mundo otra Soledad como ésta.
¡No, no la hay!

ABC (28-03-1907)
Gente Joven[12] (22-03-1905)
Alrededor del Mundo[13] (23-03-1910)

Los concejales de Alba

Hasta hoy no he sabido los nombres de los nuevos concejales del Ayuntamiento de Alba de Tormes. El corresponsal de *El Lábaro* afirma que han sido elegidos, todos ellos, por aclamación; así lo creo. Pero a mí se me ocurre poner algunos reparos a la candidatura y cuenta, lector, que en ella figuran personas que me son queridísimas; con alguna de ellas me une un afecto fraternal.

Esa candidatura está formada por personas de holgada posición social. Pertenecen además a la «clase neutra» que tuvo, días ha, el atrevimiento de negar mi amigo Azorín. Detrás de esos nombres, el pueblo no puede ver sospechas ni recelos de cierto género. En ese sentido ha habido un adelanto.

Políticamente, la designación ha sido un desastre. Lo mismo el señor Bordona que el señor Clavijo, el señor Rodríguez Rubio, como el señor García Sánchez, representan la misma pasividad política. Pertenecen a una clase. Son símbolos de una casta. En la candidatura no figuran obreros, ni menestrales, ni comerciantes, ni personas que viven de una profesión liberal –médicos, abogados, farmacéuticos, etcétera–. Y eso es un error formidable. Como es la creencia, muy arraigada en Alba, de que la riqueza presta independencia de espíritu, cuando para tener independencia de esa clase lo primero que hace falta es espíritu.

Además, un Ayuntamiento necesita, aparte de una recta administración, una dirección política determinada, hacia la derecha o hacia la izquierda. En Alba más que en parte alguna. La misión del Concejo en esta villa tiene que ser moral, política, más que administrativa y de expedienteo.

Me explicaré. En mi pueblo el sentimiento de autoridad está absolutamente debilitado. No quiero averiguar las causas: señalo un hecho comprobable. De la higiene no hablemos: aquello es un horror. Del poco sentido práctico de sus administradores no quiero ocuparme ahora. El personal de policía deja mucho que desear. El crédito económico del Municipio anda por los suelos. Los presupuestos se hacen con los pies. A los espectáculos populares no se puede asistir. Por la noche, en los sitios más concurridos, no se puede dar un paso sin oír mil groserías. La recomendación y el compadrazgo no son ajenos, según afirman todos, a la administración de justicia municipal. Una labor de saneamiento moral tiene que realizar el nuevo concejo. Y también de rectitud administrativa: quiero indicar solamente que para esto último hay que luchar tal vez contra los intereses de clase que estas mismas personas representan.

Por las razones apuntadas, no apruebo la designación de concejales, con ser todos ellos de mi simpatía personal. Representan algo hermético, cercado, familiar. En ellos no hay diferencias de criterio político, ni las habrá seguramente, de conducta. Todos pensarán lo mismo, desde un solo punto de vista. Y el Concejo, para ser representación legítima de un pueblo, debe extraerse

[12] En *Gente Joven* su título fue «El Sermón de la Soledad».

[13] En *Alrededor del Mundo* el artículo es algo más extenso y en él Sánchez Rojas sustituye el segundo apartado, esto es, desde "Aquella imagen de mi pueblo inspira devoción…" por "Al día siguiente, temprano, trasladan la Soledad, de la Iglesia al Convento. Es una ceremonia sencilla y breve. Pocas imágenes más veneradas en Alba de Tormes que la Soledad. La devoción que inspira en mis paisanos aquella escultura italiana, es, sin duda, el reflejo del arte limpio, humano, sin trampa ni cartón, en sus corazones sencillos. En Alba de Tormes se conservan –ya lo he dicho– los restos de Santa Teresa. Sin embargo, la imagen de la Mística Doctora es mediocre, sobrecargada de joyas y de dijes, de gusto dudoso y plebeyo. Inspira curiosidad a secas; la "Soledad" en cambio despierta y desata mil emociones latentes en el ánimo.

La Soledad es llevada al Convento procesionalmente. Suenan, en el espacio, el estampido de los cohetes; una charanga inicia una marcha religiosa; los carmelitas, con la cabeza afeitada, y las amplias capas blancas sobre el hábito café, runrunean plegarias. Minutos después, las mojas, con la faz cubierta, reciben la imagen de la Soledad. Y si [se] os ocurre entonces tornar a la Iglesia, notaréis un vacío inexplicable.

Aquellas naves parecen un cuerpo sin alma, un corazón sin ilusiones ni recuerdos. Digo: con recuerdos, sí. Flota en el ambiente, cargado de olor a incienso, de limpieza y de flores, un hálito de tristeza, de abandono, de soledad, de dolor callado; ¡la estela que dejó en el templo la expresión indefinible de los ojos castaños de la Virgen aquella!..."

de todas las tendencias y matices populares. Un solo concejal, de los once que tiene el Municipio, sobraba y bastaba para representar las clases conservadoras de Alba que están reducidas a las ramificaciones de cuatro o cinco familias respetables. Pero aquí eso, que en el pueblo es lo menos, en el concejo es lo más. El desequilibrio y la prepotencia son claros.

Eso sí. A los nuevos concejales se les debe exigir estrecha cuenta de sus actos, ya que no son, de oficio, concejales. Entre ellos hay personas de educación científica, que tienen la obligación de no hacer buñuelos y de enterarse y de pensar por su propia cuenta. Y deben esmerarse en su campaña de saneamiento, para que el frío de su retraimiento anterior, y de su pasividad anterior cuando estallaban las rencillas locales, contraste gratamente con su entusiasmo y con su actividad de ahora.

El Castellano (08-05-1909)

El padre González Reyes

He echado sobre mis hombros la liviana carga de informar a los lectores de EL ADELANTO, diariamente, sobre las ferias que en esta villa se celebran desde ayer con motivo de la festividad de Santa Teresa de Jesús. El corresponsal del periódico se encargará de la nota puramente informativa; por mi parte, me limitaré a un comentario personal y rápido, de la impresión que estos festejos despiertan en mi espíritu.

Hoy, 14, pronunciará su plática de presentación el elocuente orador sagrado padre González Reyes. Ya tuve ocasión de oírle el año pasado. El orador es un sacerdote andaluz, de hermosa presencia, de gestos graciosos y comedidos, de pensamiento alto y robusto y de fácil y abundante palabra. Crea el lector en la sinceridad de mi elogio; si no me agradase el orador, con la misma sinceridad lo escribiría. El padre González Reyes visita con gran frecuencia la corte; son en ella muy estimados y celebrados sus panegíricos y sermones; se comenta con agrado su donaire y flexibilidad; los periódicos de la izquierda la emprenden algunas veces con el orador, y ese simple hecho demuestra que preocupa y atrae a las gentes.

El orador, como buen andaluz, tiene imaginación fresca y lozana; por ende, se deleita con las metáforas y las comparaciones. Pero la retórica del padre Reyes es harto diversa de la de muchos colegas suyos, que gozan, no sé por qué, de gran predicamento. La oratoria clerical, suele ser pobre y manida. Todas las metáforas gastadas, todas las flores de trapo con que adornan tantos y tantos oradores sagrados la pobreza intelectual de sus peroraciones, son armas inservibles y rancias para el elocuente predicador. Sabe –y no debieran olvidarlo nunca los oradores teresianos– que la sencillez es hermana de la gracia, y el padre habla sencilla y graciosamente. Como no se dirige a un público de teólogos, sino de oyentes, no combate herejías que el público no comparte, ni hace gala de esa erudición atropellada que presta una rápida lectura del Lerousse[14] a los oradores de cultura improvisada. Adivina el padre que la religión, más que empeño de cultura, es achaque de corazón, y actúa más de misionero que de impugnador. Conocedor del mundo moderno, no incurre en esos gestos chabacanos de condenar la pompa y la política del siglo.

Él canta a Teresa de Jesús, que fue sobre todo mujer enamorada de su Esposo, y por enamorada sabia, y canta con gracia, con dulzura, con ardor, con arrobamiento, que recuerda, no al erudito, ni al teólogo, ni al sabio, sino al sencillo, devoto y asiduo leyente de *Las Moradas*, de *Las canciones de San Juan de la Cruz*, de *Los nombres de Cristo*, del maestro León, de la *Guía de Pecadores*, del padre Granada, de la pléyade numerosa de nuestros místicos candorosos y geniales.

El padre Reyes es el hombre que ha adivinado el arte exquisito y gracioso de los frailucos humildes, de las monjas sencillas de nuestra edad de oro. No inquiere, no razona; canta y admira, que es mejor. Como la pluma de la Santa, la palabra de su cantor es fresca y cristalina. Como los giros de la Santa son naturales –basta el punto de que Teresa *escribía* como *hablaban* las gentes de su época, de aquí la dificultad de entender ciertos pasajes– el padre Reyes hace metáforas naturales, sin pizca de artificio ni de trampa.

Sabe muy bien que no hay que echar mano de arroyuelos argentados, de ropajes crepusculares de oro y de grana y de otras oquedades semejantes, para hablar bellamente. Y anoche confirmó el padre que siente como artista y que como artista habla.

[14] Parece referirse al Diccionario Larousse –no Lerousse– enciclopédico que corría por España en francés. Hasta 1912 no existió una versión española.

Dos palabras para concluir. El año pasado me dicen que se ofreció un banquete al señor González Reyes, por un grupo de admiradores. Yo propongo que este año se le obsequie con otro, y que se organice con tiempo y con decoro. Y propongo además a las autoridades, y especialmente al alcalde señor Clavijo, que ese banquete tenga el carácter de homenaje del pueblo y de sus elementos oficiales. Podía celebrarse el día 22, día de la octava. De este modo sabría el señor Reyes que si él ha querido distinguirnos una vez más, nosotros se lo agradecemos muy de veras.

El Adelanto (15-10-1910)

Los peregrinos

Y han llegado los romeros de la Santa, gentes humildes de estos pueblucos castellanos, tendidos en la llanura parda, que se abrasa constantemente con el cielo abierto. Han llegado aldeanos de Macotera, de Terradillos, de Valdecarros, de Navales, con sus pañuelos flamantes ellas, con sus anguarinas los romeros. Y han rezado a la Virgen castellana, y han oído los acentos bélicos de un padre jesuita, que considera tan necesario para la salvación de las almas el uso de la oración como el manejo de las pistolas Browing.

Han entrado por el puente romano, una mañana llena de sol y de luz, y presididos por sus párrocos, han oído misa en la Basílica en construcción, en una de cuyas pilastras se adosó un altarcito.

Y sin embargo, el itinerario de los romeros de la Santa es el itinerario menos teresiano. Nada recuerda en él a la Santa. Y hay un paraje verdaderamente típico. Es el de la carretera de Peñaranda, que mira a la humilde iglesia de Santa Isabel. Por él vino Teresa cuando llegó a la villa. Negáronla posada en Peñarandilla; en Santa Isabel encontró albergue Teresa. En él estuvo antes de fundar el convento que luego la sirviera de tumba.

Y en Alba, donde apenas queda en pie otra cosa que el castillo de sus duques, aquel paraje es castizo, y sobre todo, está del modo que lo viera la Santa. En la llanura que besa el Tormes teniendo al fondo la nevada crestería de la Sierra, entró Teresa acompañada de dos madres. Iba pobre y animosa, entre gente del pueblo, que diera riqueza a sus modismos populares y donaire a su estilo personal y suelto. Pensaba, tal vez, en esos reaccionarios, agoreros sempiternos de catástrofes imaginarias, que dificultaron la obra de sus fundaciones.

Unos siglos después, suena el acento guerrero, los clarines bélicos atruenan el espacio y el amor, que es la única arma cristiana, se trueca en intransigencia, en odio y en ardor de combate.

Y los labriegos truecan el arado en escopeta y la contención en acometimiento.

El Adelanto (17-10-1910)

Los cómicos

Comenzaron las funciones teatrales ayer, sábado; la compañía es de género chico. Traen un repertorio arregladito y nuevo; hay una tiple –guapa– que no canta mal. El director es gracioso. Los coros, como todos los coros de estas compañías, andan muy escasos de voz y de indumentaria.

El género sicalíptico ha entrado también en mi pueblo, ¡Dios me valga! y hace sus estragos en el elemento joven. No teman mis amigos que yo me dé aire de moralista y condene orientaciones y gustos tan propios de la juventud. Aplaudo los molinetes de la Monterde; en esos periódicos he elogiado sinceramente a Julita Fons y Amalia Molina; he aplaudido a rabiar los *couplets* de Carmen Andrés en *La corte de Faraón*. Tan natural es en un muchacho husmear unas pantorrillas bien formadas, como en un viejo curarse el reúma, mirar espantado el barómetro y cuidarse la garganta. Pero, amigos míos, el bistek con patatas es un plato que además tiene carne y el género sicalíptico, en estos pueblos, es un bistek de carne sin carne. Me explicaré.

Ese género –moral o inmoral, decente o indecente, torpe o no torpe– necesita para desarrollarse ambiente que le sea propicio. El ambiente no puede ser otro que el de una gran ciudad libre, tolerante con ciertos pecadillos e infracciones corrientes, amiga del bureo y de la jarana, poblada de chicas amables, de estudiantes lejos de la familia, de solterones recalcitrantes, de esposas que hicieron oídos de mercader a los saludables consejos de San Pablo y de viudillos alegres que se encandilan con facilidad con el fru fru de unas faldas de seda cruda, con una carita estucada con polvos de arroz y bermellón y con un contoneo algo provocativo e incitante.

En esos teatros de perdición –suelen perderse en ellos muchas cosas– el ambiente sicalíptico, galante, subido de color y de otros aditamentos, lo da el público y lo subraya el público. La Fornarina sin público canta como una colegiala con él, canta como lo que es ella, como una adorable pecadora rubia. El *couplet* parisiense, al aclimatarse entre nosotros, ha perdido su gracia fina, su *nuance* galante, para convertirse en copla grosera de burdel. El baile típico español, al romper los tablados de extranjis, se ha encanallado y se dan paradojas como la de Charito Guerrero. Antes, bailaba en español; ahora traduce... del francés.

Pues en un pueblo, amigos míos, no puede improvisarse eso. Falta el público, falta el ambiente, no faltan los papás ni las novias, y faltan, sobre todo, las cupletistas. En ese bistek de carne no se puede catar la carne. Luego esas *chanteuses*, *divettes*, *danseuses* y demás apreciables jóvenes, necesitan público, como los toros necesitan piqueros y caballos.

En la dehesa, en la intimidad quiero decir, son honestas y buenas chicas; en el ruedo ¡oh!, en el ruedo, como no se las busque con verónicas, puyas, banderillas de fuego y otras preciosidades y efectismos, se aburren, cabecean como en sus buenos tiempos de hijas de la portera.

Conformaos, amigos míos, con la aproximación, con este género chico, tan popular y tan gracioso. Y vaya por delante mi saludo cordial a los cómicos. Estas compañías ocultan sus penas, acaso comen mal, acaso no saben cómo salir del lugar en que trabajan, pero hacen sonreír a unos novios ante un pasaje escabroso, hacen vibrar la emoción en un espíritu virgen, dan limosnas de arte a estas poblaciones, tendidas en la llanura que no saben ni pueden cantar. ¡Salud, amigos! Acaso el barítono tiene penas, pero se enmascara con la peluca y las barbas de emperador y hace reír. Tal vez la tiple está celosa del bajo y se viste de chula desgarrona y desdeñosa. ¡Brindo por vosotros, bohemios amigos! Sois como los cronistas. También nosotros, en las horas de soledad y de melancolía, cogemos la pluma para disipar recuerdos, nos esperan unas cuartillas blancas como palomas, pensamos un momento y escribimos. En efecto...

El Adelanto (18-10-1910)

Se acabaron las fiestas

Siempre que llegan los días solemnes, me acuerdo de aquellos versos de Leopardi que hablan del perfume del día de fiesta que se marcha. ¿No los conoces, lector? Leopardi escribía desde Recanati; era la suya una vida miserable y anodina; eran sus penas amargas como el agua del mar y sus sonrisas tristes como las nieblas del valle. Pero Leopardi era muchacho, y como muchacho, enamorado, y como enamorado, poeta.

Y llegaba la noche, la *sera* del día festivo. La luna iluminaba con su blancura las planas calvicies de La Marca. Tras de los balcones se vislumbraba el resplandor de la lámpara del hogar. La bella, la musa del poeta, dormía, en dulces ensueños ocupada. Recordaba en ellos las miradas amigas, las promesas del amor. Y cantaba por las calzadas solitarias el artesano que volvía a los suyos, y a los días de fiesta sucedían los días vulgares. Pero todo callaba, y aquel silencio de lo infinito que oyera Leopardi, le encogía el corazón y le hacía oír, con arrobo, la música majestuosa de las esferas.

Este día de la octava, con sus peregrinos, con sus muchachas forasteras, con los amigos de la infancia, tenían para mí, hace algunos años, ese perfume, esa dulzura silenciosa, ese crepúsculo de grana, del día de fiesta que concluye. El pueblo me parecía otro. Las piedras amigas tenían algo del resplandor de los ojos que yo amaba. Y el órgano de las Madres, que rezaba mansurrón, que protestaba airado, que brincaba gozoso, que lloraba triste, que cantaba enamorado, llevaba a mi espíritu la esencia de sus amores, de sus tristezas, de sus goces y de sus iras.

Mientras escribo estas impresiones, el pueblo comienza a readquirir su aspecto norma1. Se marchan los peregrinos de Salamanca en el tren. Por la puerta del Río salen pelotones de romeros a caballo, con el párroco a la cabeza, comentando las agudezas del predicador, la bestialidad de las cucañas y el lujo de los estandartes que han salido en la procesión. Son el ejército aldeano que luchará con las ciudades, que acapara sus granos y sus réditos y sus quehaceres. Piensan, acaso, en el prisionero del Vaticano, que no es tal prisionero; meditan, tal vez, en signos exteriores de la piedad que no son la piedad. ¡Pero no importa!

Allá van a caballo, junto al Tormes, que canta bajito su canción de paz, deleitándose en la vega que alumbra tibiamente una luna deforme, oyendo el trotar de los caballejos contra los chinarros de los caminos vecinales y paladeando, a su modo, la majestad de una noche fría y traidora que hace añorar con vehemencia, con ansiedad, los cuidados caseros.

Y yo torno a mi pueblo. El torreón del homenaje proyecta su sombra chata sobre la aceña del puente, donde brilla el río. La procesión de álamos cabecea tristemente el vaivén del viento. Las piedras blancas de la Basílica rompen la monotonía del color pizarroso, uniforme y venerable de las casucas. Llega un rumor profano de la plaza Mayor; es el eco del tamboril que golpetea y el lamento chillón de la dulzaina que grita.

Y luego, dominándolo todo, apagándolo todo, la campana de los Carmelitas, que es pura y vibrante, dice con donaire su oración de la noche y su timidez contrasta con la procacidad del tamboril que danza y de la dulzaina que chilla.

Y vuelve a mi espíritu el recuerdo de Leopardi, de mi amigo mejor, de mi confidente, de mi hermano en estas soledades y en estas noches frías.

Y como él, por la noche, cuando oigo cómo va muriendo por los senderos algún cantar melancólico, que se va perdiendo despacio, despacio, siento la angustia del vacío y me doy cata de que ya no tienen encanto estos días de fiesta que concluyen, que mueren, que desaparecen para siempre en la marcha tácita del tiempo.

El Adelanto (24-10-1910)

El distrito de Alba

Ahora que están de moda las comisiones, la villa de Alba de Tormes debe salir de su apatía tradicional, trayendo sus organismos vivos a Madrid para solicitar un nuevo distrito en Cortes con todo su partido judicial. Tuve el gusto de laborar personalmente en el informe que con ese objeto se elevó al Ministerio de la Gobernación, hará cosa de algunos meses. En aquel informe, que me costó fatigas, que no mereció siquiera las gracias de mi Ayuntamiento –¡nadie es profeta en su patria!– se estudiaba el problema desde varios puntos de vista. En el político, la demasiada representación supone la carencia de representación. En el económico, los intereses de Sequeros, por ejemplo, son completamente extraños a los de Alba de Tormes. Además, la capitalidad del partido debe formar un organismo electoral aparte. Necesita nuevas vías de comunicación; necesita un apeadero junto a la villa, cerca del puente; necesita el saneamiento de la población, obras todas que consumirán la energía del diputado más activo. Y, ahora con las Cortes abiertas, pudiera pensarse en el oportuno proyecto de ley para la creación del nuevo distrito. Y este es el momento de que Alba de Tormes exponga sus deseos ante Madrid. Un nuevo distrito equilibraría la situación política. Todos deben de proceder con alteza de miras en esta cuestión. Y ya que algunos madrugan demasiado, que piensan en el nombre del bautizado sin que haya nacido la criatura, el partido entero debe proceder con cautela, imponer una orientación, concretar un mandato, que a todos sería conveniente y fructífero.

Ya insistiré sobre el tema si los que deben cuidarse de esta cuestión no se preocupan enseguida y con la urgencia que el caso requiere.

El Adelanto (22-03-1911)

El castillo

Esta tarde, al regresar de paseo, he tornado a pensar que lo que presta fisonomía a esta villa de Alba es su castillo, que sin castillo desaparecerán los rasgos típicos del pueblo. Es el centinela, el pararrayos, la torre civil. En esta villa tan descuidada, donde se ha borrado el culto a la tradición, donde se estropeó para siempre la linda iglesia bizantina de San Juan, donde manos pecadoras tiraron la ermita de la Cruz, donde se deshizo el alcázar de los duques, no por las balas francesas sino por la codicia de los unos y la incuria de los otros, es ocasión de volver a dar la voz de alerta para que recompongan de una vez el castillo, o lo tiren definitivamente en nombre de la seguridad pública.

Hoy constituye un serio peligro. Las piedras se desgarran continuamente de la maciza mole. Además, son un foco de infección, morada de gitanos y de gente maleante. Yo no sé si me harán caso; sospecho que no. Los duques han pagado anualidades crecidas para la reconstrucción del castillo y no se ha tocado el beneficio por ninguna parte. Al contrario; se ha extraído toda la piedra que se ha querido y no sería gratuito afirmar que la mitad de las casas de la villa tienen piedra

del Castillo. Y el día menos pensado, porque nadie lo remediará, sepultará una porción de casas al derrumbarse, aplastando buen número de vecinos.

El Adelanto (26-09-1911)

De elecciones

El pasado domingo fueron proclamados 18 o 19 candidatos para concejales en esta villa de Alba donde escribo. Contrasta la indiferencia de las izquierdas con el entusiasmo de las derechas. Una candidatura, donde figuran personas prestigiosas de reconocidas ideas carlistas, parece que tiende cautelosamente a copar ahora y a dominar en el Ayuntamiento desde principios de año.

Los amigos del señor Pérez Oliva[15], parece que les dejan libre el campo. No quieren la reelección el señor Clavijo, actual alcalde, ni el señor Bordona, ahora que hacían falta en el Municipio, y si no se confecciona a última hora una candidatura francamente liberal, los carlistas dominarán por completo, en vísperas de elecciones para diputados provinciales.

Mi deber, desde este sitio, es llamar la atención de los amigos del señor Pérez Oliva, para que no hagan dejación, no ya de sus derechos, sino de sus deberes.

Algunos candidatos, que no son reaccionarios, dicen que se les ha presentado sin previo aviso y sin contar con ellos. Descontando algunos candidatos sueltos, cuyo éxito es harto dudoso, la mayoría de los candidatos son francamente hostiles a toda política liberal y progresiva. Y no se diga que esto carece de importancia. Si los liberales no vencen ahora en los comicios, tendrán que acatar mañana la fuerza de la mayoría y dejar el apoyo oficial más tarde en manos de los reaccionarios.

Hago un llamamiento al comité liberal, presidido por el señor Zúñiga, para que remedie a última hora consecuencias que deben achacarse a imprevisión. Hace falta una candidatura francamente liberal y afecta al director general de Comercio. Ella puede hacerse enseguida y salir triunfante de toda suerte de obstáculos. Puesto que los enemigos del señor Oliva quieren dar el asalto, defendamos la plaza con tesón y demostrémosles que el triunfo es nuestro. Los carlistas presentan la batalla cautelosamente: aceptémosla de plano, oponiendo a unos nombres otros nombres y unos ideales a otros ideales. Todo, menos dejar el campo libre y lamentarlo después.

El Adelanto (08-11-1911)

Alba de Tormes[16]

En la ribera verde y deleitosa
del sacro Tormes, dulce y claro río,
hay una vega grande y espaciosa,
verde en el medio del invierno frío,
en otoño verde y primavera,
verde en la fuerza del ardiente estío[17].

Así cantaba aquel mozo enamorado y poeta de Garcilaso, allá, en los comienzos del siglo XVI, recordando a su amada doña Isabel de Freyre, de ilustre casa albense, y los torneos y las justas que con inusitada pompa celebraba su amigo el duque don Fernando Álvarez de Toledo. Tanto le encantaba el paisaje a aquel elegante poeta y enamorado caballero, que, pulsando la lira tierna y dulce, seguía cantando de esta guisa:

Levántase al fin della una ladera,
con proporción graciosa en el [sic] altura
que sojuzga la vega y la ribera.

[15] Isidro Pérez Oliva (1864 – 1929). Abogado y político liberal salmantino, diputado en Cortes en las elecciones de 1905, 1910, 1914 y 1918, y senador en las de 1919, 1921 y 1923, desempeñó los cargos de director general de Comercio y fiscal general del Tribunal de Cuentas.

[16] Además de este, Sánchez Rojas publicaría otros dos artículos, con el mismo título, aunque distinto contenido, en *El Sol* (O.C. Tomo V, página 47) y *La Esfera*, que posteriormente incluiría en su libro «Sensaciones se Salamanca» (O.C. Tomo VI, página 338).

[17] Garcilaso.- Égloga II (1041 – 1046) [Nota del autor].

Allí está sobrepuesta la espesura
de las hermosas torres, levantadas
al cielo con extraña hermosura.
No tanto por la fábrica estimadas,
aunque extraña labor allí se vea
cuanto de sus señores ensalzadas.
Allí se halla lo que se desea,
virtud, linaje, haber y todo cuanto
bien de natura o de fortuna sea[18].

Aludiendo a Fray Severo, monje italiano, preceptor de don Fernando, de quien dice Menéndez Pelayo[19] que, «abusando de la confianza del duque de Alba, don Fadrique, engañó miserablemente a Luis Vives, que era el verdadero preceptor que el duque de Alba quería para su nieto», dice Garcilaso.

Un hombre mora allí de ingenio tanto
que toda la ribera a donde él vino
nunca se harta de escuchar su canto.
. . . . . .
Llévole a aquella parte el buen agüero
de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que éste es el nombre de ella, y dél Severo[20].

No ha cambiado la vega verde y deleitosa, y el Tormes, dulce y claro río sigue cantando lentamente su canción de paz. Los álamos siguen bordeando las orillas del sacro río que arrastra pepitas de oro en su carrera. El paisaje –si es en otoño–, es de una infinita tristeza. Chirrían las ruedas de las tenerías y molinos, esquilean las campanillas de los aguadores. Una moza lozana, remangado su brazo blanco y rollizo, dice una canción monótona y larga como la llanura. El puente romano, curvo, remendado a trechos, con piedras blancas en unos ojos y pizarras verduzcas en otros, completa el fondo del paisaje casto. Lo que es harto y lamentablemente cambiado es el castillo de los Duques, amigos del caballero poeta. Anidan en él pajarracos nocturnos; se cae piedra a piedra; sirve de refectorio a chalanes, gitanos y bohemios; se pierden y empolvan los frescos de Francisco Ricci, que adornaban un dormitorio de los gloriosos duques.

En aquel castillo se halla también una pieza donde se representaban, allá por los años del Señor de 1492, las comedias de Juan de la Encina, en el oratorio ducal. El padre de nuestros dramaturgos era de un lugarejo cercano, de Encinas de Abajo, que le dio el sobrenombre. Protegido por don Fadrique de Toledo, primer duque de Alba, hacía sus farsas y autos sacramentales en el castillo, en presencia de don Fadrique Enríquez, almirante de Castilla, de don Iñigo López de Mendoza y del príncipe don Juan.

Y también se pierde la estancia de don Pedro Calderón de la Barca. Es fama que después de las correrías, aventuras y amoríos del famoso ingenio, por Flandes y Milán, se refugió desterrado en el castillo de Alba, para aquietar sus nervios. Su destierro coincidió con la caída del conde duque de Olivares, privado de Felipe IV, allá por el año 1648. En el castillo vivió Calderón de la Barca dos años y medio. Salió de Alba para encargarse de escribir, en 1650, las bodas reales de Don Felipe IV con Doña Mariana de Austria. Un año después obtuvo licencia para hacerse sacerdote. El diablo, harto de carne, se metió a fraile.

Estos recuerdos históricos desaparecen, amigos míos. De su esplendor no quedan más que los regalados versos de Garcilaso y el estruendo que dejó en la historia el coraje de la raza. Porque el derrumbamiento vendrá por lo que vienen todos los derrumbamientos de los edificios castizos de nuestra España; por incuria de todos, por ausencia de ambiente artístico, por… Si, a veces también por engaños y supercherías. Los duques de Alba creyeron, en 1885, que poseían en la villa que dio nombre a los timbres de la casa, un palacio confortable, pagaban una cantidad anual por la conservación del castillo, y se encontraron con que el famoso castillo era guarida de gitanos y de golfos…

Alba de Tormes, «baja de muros y alta de torres», que reza el adagio, es un montón de casitas de tonos claros, que lame el río. Festonéanle, a lo largo de su carrera, una fila de chopos estirados

[18] Garcilaso, ídem (1047 – 1058) [Nota del autor].
[19] Menéndez Pelayo. Antología, t. XIII, pág. 48. [Nota del autor].
[20] Garcilaso, ídem (1059 – 1061 y 1071 – 1073). [Nota del autor].

que de noche se me antojan gigantes que aguantan, a pie firme, las crudezas del invierno o los rigores del estío, para calentar o refrescar, con sus corpachones, el tranquilo pueblo de seculares ruinas. En lo alto, una torre desvencijada, que fue de homenaje, deja al descubierto sus grietas y remiendos. Las sombras de los grandes conventos se proyectan en las calles obscuras. Y muchas veces, en nocheriegos paseos, he visto que las negruras protegen juveniles amores de mozalbetes, que tiemblan de dicha ante las rejas donde aprendieron a ser felices sus abuelos.

Y por las mañanas, cuando se va esfumando la eterna neblina que nos regala el Tormes, a las siete, a las ocho, suenan limpias, como voces infantiles, las campanas de las monjas, sonoras y graves las de los frailes; más reposadas y solemnes aún voltean las campanas de las parroquias. Los fieles madrugan a cumplir sus devotos quehaceres.

Las muchachas pasan ligeras y rápidas las calles con sus toquillas negras. Acude presuroso, a presencia del Señor, el cristiano padre de familia. Y son un dulce despertar aquellos tañidos y estas pisadas.

Sobre un lecho de pizarra descansa el pueblo de Teresa de Jesús. Es informe, rugoso, viejo. No se respeta la estética municipal y las casas, como en Londres, campean por su gloriosa libertad y por su individualismo pintoresco. Cada cual construye donde le viene en gana. El pueblo entero parece un despojo del castillo. Está nutrido de conventos y de iglesias. La más antigua, la de Santiago, fue el concejo primitivo, que oyó los plañidos de las doncellas forzadas, presidió las eternas cuentas de los judíos y asistió al reparto de las tierras del común, reinando el Sabio rey de las Partidas. Otra, la de San Miguel, tiene hermosos enterramientos y un ábside románico. La de san Juan, bizantina de origen, soportó los recamos de Churriguera; manos torpes la enjalbegaron y unos viejos apóstoles de barbas pétreas, presididos por Santa María, bajaron de las hornacinas, sufrieron un ridículo barniz de rojos, azules y amarillos, y pasaron a decorar un altar interior de la iglesia. Luego, mis ojos contemplaron la mayor profanación imaginable. Adosada a los muros del templo, bajo la bóveda, se edificó una hojalatería de tejados flamantes. Otra iglesia, la parroquial de san Pedro, gozó del sagrado derecho de asilo, y unos caracteres en pizarra adosados a su portada, lo indican todavía. Se destruyó la linda ermita de la Cruz. El convento de Santa Isabel, pobre y limpio, sirvió de refugio a Santa Teresa cuando llegó por primera vez a la villa, de la fatigosa jornada de Peñarandilla. El monasterio de San Benito tiene todas las trazas de una casona medioeval; los paredones altos, las ventanas enrejadas, el conjunto austero y sombrío. San Francisco es un convento en ruinas…

Pero las ruinas hermosas son las del viejo convento de San Leonardo, que habitaban los monjes jerónimos. Queda parte del coro de la iglesia, un patio gótico, las bodegas de la ilustre comunidad. Está lejos de la villa, dos kilómetros, enclavado cerca de la dehesa comunal, no lejos del Tormes. Los franceses, después de la derrota de Arapiles, desmantelaron el convento, se llevaron las joyas de valor y saquearon el archivo.

Dejando para en seguida el convento de las Madres Carmelitas, donde reposa el cuerpo de Teresa de Jesús, poco más habrá que añadir al aspecto general del pueblo. Carlos III edificó el Concejo, la Alhóndiga. Hay casas solariegas. Hay un soberbio jardín público, donde se contempla uno de los paisajes más ranciamente castellanos; la vega, el curso del río en zis-zas, el pueblo de pizarra rindiendo homenaje al castillo de sus duques; la llanura monótona, limitada, a lo lejos, por la línea azul de la Sierra de Béjar. Y unas motas blancas que contrastan con el tono de vetustez general: las piedras de la Basílica Teresiana, que levanta la fe a la gloria de Teresa.

El 26 de Septiembre de 1582, a las seis de la tarde, llegó Teresa de Jesús al convento de Carmelitas descalzas, del que fuera ella misma fundadora. Fue llamada por la duquesa, para platicar con la animosa monja y para recibir de ella consuelo en el apurado trance de un parto difícil. La jornada desde Medina, con la venerable Ana de San Bartolomé, fue difícil y penosa, porque la salud de la Madre estaba harto resentida. No llevaron viandas las dos monjas para el camino. Una noche, la Santa estaba febril y hambrienta, pernoctaron en un lugarejo y no pudo llevar a su boca sino higos secos. Las monjitas disponían de cuatro reales, pidieron dos huevos y nadie se los daba. La venerable Ana de San Bartolomé cuenta, con ingenuidad y gracia, tales apuros. En deplorable estado de salud llegó Teresa a Alba; dijéronle los físicos que guardara cama. El día de San Miguel viaticaron a la Santa. Oigamos a otro monja, a la M. María de San Francisco: «Mandaron los médicos se le echase una melecina de aceites de la botica, todos de malísimo olor; y al tiempo de recebirla, se derramó toda por la cama de la Santa, y en este punto acertó a llamar la señora duquesa de Alba la vieja… Congojose mucho la Santa por ver que venía a tan mal tiempo,

por causa del mal olor, y yo le dije: –No tenga pena, Madre, que antes huele como si la hubieran rociado con agua de Ángeles… Entrando la duquesa, se sentó luego y comenzó a abrazar a nuestra Santa Madre, y untarla la ropa, y ella la dijo: –No haga V. Exca. eso, que huele muy mal, con unos remedios que aquí me han hecho. La cual respondió: –No huele sino muy bien, y antes me pesa que la hayan echado aquí olor, que no parece sino que se ha derramado aquí agua de ángeles, y le puede hacer mal…»[21]

Teresa tiene la muerte en ronda. La administran el Viático el día de San Francisco y ella amonesta a sus monjas para guardar la regla, «que no es menester otro milagro para canonizarlas» y «no miren el mal ejemplo que esta mala monja les ha dado y perdónenme». Y al recibir de nuevo la Comunión, sin que las monjas pudieran evitarlo, se levanta de la cama y prorrumpe en exclamaciones que recuerdan las de su hermano en religión, el ardentísimo Juan de la Cruz. «Señor mío y Esposo mío, –decía–, ya es llegada la hora deseada; tiempo es ya de que nos veamos, amado mío; ya es tiempo de caminar; vamos muy enhorabuena, cúmplase vuestra voluntad; ya es hora que yo salga deste destierro, y mi alma goce unida con Vos de lo que tanto he deseado.»

Mandósela callar. Obedeció la Santa. Una vez y otra repetía: «Señor, soy hija de la Iglesia.» Y decía los versos del Miserere, tan hermosos, tan humanos, tan humildes: *Ne propicias me a facie tua… Cor mundum crea in me Deus*. Y falleció la Santa.

Las monjitas contaron haber visto peregrinos y milagrosos acaecimientos durante el tránsito de la Madre de esta vida terrena; estas visiones constan en el proceso, tan curioso, de su beatificación. Unas monjitas aseguraban haber visto con los ojos de la cara, «harto despiertas», una luz que iluminaba un cielo en lo alto de la iglesia, a guisa de estrella grande y resplandeciente. Otras oyeron en vísperas, luego de haber muerto la Santa, un quejido tierno y agradable, el mismo en que exhaló Teresa su póster aliento. Y no faltó tampoco quien viera un rayo de cristal «muy hermoso».

El monasterio de Alba creció de fama. A poco de morir la santa, sus paisanos, los de la noble ciudad de Ávila de los Caballeros, disputaron el cuerpo. El Papa ordenó que se trasladase, y una monja, con un cuchillo de cocina, arrancó el arrobado y dulce corazón…

El convento es, sin embargo, sencillo. Su fachada es del Renacimiento. La Trinidad, en lo alto del lienzo de la fachada, rige los destinos de los hombres; a los pies, muestra sus torres y pórticos la ciudad soñada, Sión, que más parece ciudad italiana, por haber sido italiano, acaso, el arquitecto que la fabricara. El interior está lleno de recuerdos teresianos: el corazón, el brazo, el sepulcro; decora Francisco Ricci los cuadros de los tres altares principales; una Magdalena, con el pelo castaño tendido sobre los hombros (admirable pintura sobre la que debe llamarse la atención de las gentes para que no desaparezca como han desaparecido tantas otras cosas), llora sus pecados abrazada al Crucifijo.

Pero la joya del monasterio teresiano es la Soledad. Una mujer hermosa, con la hermosura del dolor en el rostro, con lágrimas que caen lentas de las mejillas rosadas, con los ojos castaños obscuros que piden compasión, con las manos en cruz, con el manto recogido.

No sé qué hechizo tiene ni como pudo amontonar tanta ternura el artista en aquella estatuilla humilde de madera… No se cansan los ojos de contemplarla; a cada momento se descubren nuevas perfecciones, y es cosa de estarse embobado todo el santo día de Dios, mirando de hito en hito, sin perder el retoque admirable, el matiz sutil, el bravo acierto escondido; es cosa de entusiasmarse con aquel autor anónimo, italiano por las trazas, que personificó tan humanamente el dolor de María. Aquel sosiego perfecto, aquella humildad en la expresión de las quejas, –que diría Eugenio de Castro, el gran poeta portugués–, derrite el espíritu en un mar de dulzura, y aquellas soledades llevan al Amor, esencia del cristianismo.

Y aquí tienes, lector amigo, dejando a un lado farragosas descripciones, lo que da de sí Alba de Tormes, de la que dice el adagio que es baja de muros y alta de torres.

Hojas Selectas (1912)

[21] Escritos de Santa Teresa, tomo II, pág. 394, edición Lafuente. [Nota del autor].

Mi tertulia[22]

A la hora en que aquí arreglamos el país músicos y danzantes, por los pasillos del Congreso, comienza la tertulia de mi pueblo, de Alba. Aquella tertulia se llama el senado por la calidad social de los concurrentes. Acuden de capa, con gorra, aquellos ingenuos paisanos míos, a la misma hora, pensando en lo mismo, con idéntica disposición de espíritu que la noche antes. Lentamente, se pueblan las sillas de la farmacia. Por la plaza Mayor, apenas nadie; una criada, de cesta; un mozo, de ronda; una mujer, de la iglesia. Suena la campana de San Juan. Y los Carmelitas anuncian su descanso.

– Buenas noches, don José,

– Hola, Dieguito.

– Mucho frío ¿eh?

– Sí, mucho frío.

Yo, amigos míos, soy senador por derecho propio. Asisto puntualmente a la tertulia; me permito mis comentarios y hasta mis diatribas. Se habla de la villa, de la provincia, de la nación.

– Ese Lerroux...

– ¡Para talento, Canalejas!

– No; Moret es el hombre más culto de España.

– ¡Qué palabra la de Canalejas! ¡Ayer me mandó Isidro el *Diario de Sesiones*!

Y se habla de política. Allí, vistas de lejos las figuras, se agrandan, se deforman. Aquí, amigos míos, veo a Lerroux, a Canalejas, a Moret. Son como vosotros. Sus disparates son como los de ese Concejo... sólo que es grande. Haciendo la trepanación, en el fondo, sus ambiciones son como las vuestras, un poco mayores; su talento como el vuestro, un poco más echado a perder. Aquí hablamos ahora de lo que vosotros habláis ahora también. Y no creemos en ellos ni en nadie; no creemos en nada. Desdeñamos levemente esos periódicos que vosotros leéis con afán; sabemos que idea es vestidura de codicia; que ideal es sinónimo de cocido.

Y cuando habla Soriano decimos: ¿qué buscará Soriano? Y cuando saca esa trompa que os asusta, aquí nos reímos. Y cuando Lerroux habla de revolución, también aquí nos reímos.

Queridos senadores de Alba: os recuerdo mucho. Y de mejor gana oiría vuestra charla, preñada de sensatez y de ponderación, que estos discursos que ya sé de memoria, que estos gestos que no espantan a nadie, que estos periódicos que se hacen para asustaros y para sacaros –¡bobitos!– la perra chica.

El Adelanto (30-01-1912)

El Tibidabo, Castilla

Mientras desciendo en el funicular del Tibidabo y cabrillean allí abajo, lamiendo los pies de la montaña, las luces de la gran ciudad, durante este anochecer triste empapado de niebla; mientras Barcelona parece un paisaje de ensueño, sin contornos, sin líneas definidas y concretas, luz toda ella, niebla toda ella, envuelta en una extraña gasa gris, parda, de color indefinible y desteñida, mientras desciendo en el funicular del Tibidabo, pienso un momento en mi Castilla y en la niebla de mi Castilla.

Exactamente a estas horas, a las cinco y media de la tarde, rueda la diligencia de Salamanca con dirección a mi pueblo.

Acaso no ha salido todavía de Calvarrasa, que el mayoral yanta a todas horas en los figones, posadas, ventorrillos y colmados del tránsito; acaso rueda ya la diligencia rebotando sobre el guijo helado de la carretera, por el altozano de Los Perales. El mayoral canta, fustiga, espolea los caballejos, se mueve como si tuviera hormiguillo dentro del cuerpo, echa mano de un frasco milagroso que le anima, torna al canto gutural y solemne:

levántate morenita,
levántate resalada,

arrastrando las notas horriblemente con su voz aguardientosa. La alfombra de la calzada, blanca de nieve, tiene ya los surcos negros de las rodajas de los carros.

[22] Con este mismo título, aunque distinto contenido, publicaría otro artículo en la revista *Iberia* (O.C. Tomo V, página 48).

La fuente de Santa Teresa, solitaria, sigue manando su hilillo de agua tristemente. Sombras de monstruos horrendos parecen los alcornoques del monte que se extiende a ambos lados de la carretera. En un repecho se alza un puebluco: Terradillos. Un gañán, jinete caballero, se cruza con la diligencia y saluda las buenas noches. Lleva sobre los hombros la anguarina; en la cabeza, un chambergo digno de Cembraudtf; el mayoral, que no lleva prisa, que no lleva nunca prisa, le pregunta con calma. Viene de Alba de un embargo el tío Pedro de Martinamor, y sin perder minuto vuelve a la capital en busca de un acreedor; tiene confianza de llegar pronto, que es el jamelgo listo y avisado.

Amigos míos: en el rincón de mi Castilla, estas noches de niebla, cuando el viento gimotea tristemente y caen los copos de nieve blanqueando los árboles añosos, veréis de noche un gañán pasar por la calzada. Sus penas le llevan por tales vericuetos a tales horas. No le preguntéis; respetar su aire triste de gran señor; un monarca desterrado parece el tío Pedro de Martinamor. Acepta el vinillo del mayoral; dice todavía con resignación: "¡lo que es la vida!"; pónese de nuevo la diligencia en marcha, pesadamente como un beodo en el sopor de su inconciencia; piérdese la silueta airosa del gañán, a lo lejos, en la boca negra y recta de la vía.

Miremos la diligencia, el interior de la diligencia. Como es de noche y no se cumplen las ordenanzas en las diligencias de mi Castilla, apenas veréis sino bultos.

Un hablar cantarino, claro, transparente, mimoso, rico de flexiones de una mujer.

Una voz grave, profunda, llena, de un hombre; yo, que conozco esa voz, puedo afirmar que es la de un clérigo. Los demás callan. Apenas si asienten, si intervienen en el diálogo más que con un sí o no, breve y cortado, seco. La voz del clérigo concluye un periodo:

– La cosecha ha sido mala. Gracias a que ahora llueve. Al tío Juan le echó el amo de la dehesa. Ya lleva cinco visitas el escribano al pueblo en ocho días. Mal año de cosecha, buen año de curia.

Una voz de vieja exclama:

– Ay Señor, Señor.

Se torna el silencio difícil, embarazoso. Sigue nevando.

Se defiende el cuerpo gracias a unos braserillos asentados sobre la paja del mullido de la diligencia. Una sombra negra, unas luces débiles, mortecinas, el brusco murmurar del Tormes, denuncian la presencia de Alba.

Y dice la vocecita clara:

– ¡Ya llegamos! ¡Que gusto!

Torna a detenerse la diligencia, frente a un ventorrillo. El caminero dice que se camine despacio; está la carretera llena de baches. Un jamelgo escuálido, que ha de morir miserablemente de una cornada al año que viene, en las corridas de Septiembre, resbala sobre el hielo, cayéndose. Pero se repone presto. El mayoral reanima al caballejo con una tonada alegre:

Levántate, lucero

Ahora no camina, sino que se tambalea el pesado armatoste de la diligencia. Tocan a la oración las campanas de la parroquia de San Pedro. El clérigo se descubre:

– *Angelus domini nuntiavit María.*

«El ángel del señor anunció a María». Todos rezan su oración, hasta un hojalatero del comité republicano que apenas ha hablado durante la caminata, porque todo se lo ha dicho el curita. Ya se descubren las luces mortecinas, moribundas, de la Puerta del Rio; brillan entre la nieve, como si también fueran copos, las piedras blancas de la Basílica. Se va disipando la niebla. Rueda sobre el puente la diligencia. Pasa una aldeana sobre un borrico. Silva estrepitosa, escandalosamente el mayoral:

– ¡Jiiiii¡

Detiénese, párase en seco la diligencia. Una vieja, la señora Sebastiana, recoge los bollos de leche; una resma de periódicos recoge un chiquillo, y apenas se ha separado dos metros de la diligencia comienza a vocear: "*¡El Adelanto, El Adelanto!*"

Bajan del coche los viajeros llenos de paquetes y de bultos. Sobre el balandrán lleva el clérigo la capa y sobre la capa una bufanda. Un municipal seco, alto y espigado como don Quijote, curiosea la llegada de los seis viajeros.

El clérigo sube al pueblo con Pepita, la chiquilla del hablar cantarino, transparente, mimoso y rico de flexiones. Unos chicuelos han dado un cantazo a un perro, que pasa aullando junto a ellos. En la Plaza de los Carmelitas, se oye el órgano que llora las tristezas de David. Una voz de bajo dice amargamente: *Et in pecato concepit me mater mea.* (Y en pecado me concibió mi

madre). El clérigo tiembla, sin saber por qué. Pepita se detiene con unas amigas que tornan de la novena y cuenta las novedades de Salamanca: vio en el Corrillo a Luisa con su marido; han puesto una tienda muy bonita en la plaza; allí son más baratos los turrones; Rodríguez –el estudiante– se ha echado otra novia. ¡Cuando lo sepa Juanito!

El clérigo se despide. En la plaza, los cuatro solterones de siempre pasean a pasos rápidos por los portales de arriba; salen los mismos señores graves, discretos y juiciosos de la botica de todas las noches...

Amigo lector: mientras desciendo en el funicular del Tibidabo y contemplo a mis pies, en visión de ensueño, las luces de la gran ciudad, me es dulce evocar en horas apretadas de alegría, otras luces lejanas de mi Castilla, que yo llevo dentro, muy dentro de mi espíritu.

La Basílica Teresiana (15-01-1913)
El Adelanto (16-01-1913)

Las elecciones de Alba

Como era natural, como era inevitable, teniendo en cuenta ciertos antecedentes, mi llamamiento al pueblo de Alba para salir de su apatía y de su aislamiento, no ha sido oído por aquellos que tenían la estricta obligación de escucharme. Respetando la neutralidad de EL ADELANTO, que a su vez respeta las preferencias personales de sus redactores, insistiré nuevamente en el tema. Y hablaré, con todos los respetos, fríamente, con absoluta serenidad, de la candidatura del señor Mosquete[23].

Había en Alba el pensamiento de salir de esta indiferencia política que ha dado lugar a que Alba no estuviera representada por nadie, en la Diputación provincial, durante cuatro años. Muchísimas personas independientes, celosas, no ya de su prestigio personal, sino del decoro de la villa, tenían el pensamiento de convocar a una asamblea, donde se designasen, previamente, uno o dos candidatos; dar cuenta de la designación a Peñaranda; ofrecer apoyo a cambio del apoyo que se prestase; hacer intervenir a todos los pueblos del partido en la antevotación y caminar, sobre seguro, en busca del éxito franco y clamoroso.

Las cosas han sucedido, sin embargo, del modo menos natural. El señor Mosquete se adelantó a toda clase de acontecimientos. Fue al Ayuntamiento y dijo que quería ser candidato, "ya que ningún otro se aprestaba a la lucha".

El señor Mosquete, enemigo político del señor Pérez Oliva, que no ha guardado para el diputado la deferencia elemental de una visita de cortesía, que luchó hace años llamándose conservador, cambia ahora las tornas, se llama independiente y trata de atraer, con inocencia, los sufragios del adversario.

Pero hay más todavía. Hay que el señor Mosquete citó a una reunión, que no asistió a ella nadie de los que podían influir en la lucha; que un amigo suyo, escribiente del Municipio, le proclamó ante las seis personas reunidas y que el señor Mosquete, novato en estas lides, emocionado acaso por creer que se aceptaba su sacrificio, dijo pestes de Peñaranda, comprometiendo imprudentemente el escaso auxilio que sus pocos amigos podían prestarle.

¿Consecuencias? Allá van. Hablan los hechos y yo no pongo el menor comentario de mi cosecha; vuelvo a salvar, de todos modos, la neutralidad de EL ADELANTO, aceptando, como acepto siempre, la entera responsabilidad de mis personales puntos de vista. Digo que las consecuencias se tocan ahora. Los amigos del señor Oliva no pueden apoyar al señor Mosquete.

Como no se ha manifestado una orientación concreta del pueblo en favor de este o del otro candidato, el señor Mosquete es un candidato más, pero no el candidato de Alba. No siendo el candidato del pueblo el señor Mosquete, no representando las ideas de la generalidad, estando en pugna con los elementos que se dicen afectos –más en las palabras que en los actos– al señor Pérez Oliva, corre riesgo descontado la temeridad del señor Mosquete.

[23] Diego Mosquete Mata, abogado, conservador en política a pesar de presentarse como independiente, se ofreció como candidato a la Diputación Provincial con el beneplácito inicial de los olivistas (Isidro Pérez Oliva, liberal y partidario de Romanones), aunque posteriormente le retiraron su apoyo. El candidato Mosquete no salió elegido diputado provincial, si bien obtuvo buenos resultados en votos.

E inevitablemente, fatalmente, Alba se quedará de nuevo sin representante suyo, genuino, en el Palacio de la Salina.

Y yo no cejaré en esta campaña para atajar, en lo posible, el peligro de que hablo. No siento la menor animadversión hacía el señor Mosquete; me parece, por el contrario, un hombre estimable y digno de las mayores simpatías.

Las preferencias personales deben ceder siempre ante la conveniencia común. La política no obedece siempre a la norma de nuestra simpatía. Pero por una ligereza, por una precipitación, hecha, sin duda, de buena fe, no es cosa de que Alba siga condenada a su aislamiento.

El señor alcalde de Alba ha podido atajar este peligro y no lo ha hecho. Acaso por debilidad. Acaso por seguir ajenas inspiraciones de los que mueven el retablo, atendiendo más a sus odios, a sus pequeños rencores, que al beneficio común. Y no se me ha hecho caso por ser yo. Yo, que he dicho siempre cuanto me ha venido a los puntos de la pluma.

Bien está; pero yo no me callo.

Cada cual tiene un concepto de su deber y yo tengo el mío. Como lo que me importa es Alba de Tormes, sobre todas las consideraciones habidas y por haber, por Alba de Tormes quemaré hasta el último cartucho. Tampoco ocultaré que me importa mucho el predominio del señor Pérez Oliva; es un gran amigo mío y no tengo por qué ocultar esta amistad, que ni he aprovechado, ni aprovecho para fines míos personales.

Y así, cada cual hará lo que quiera. Pero yo no me apartaré del camino que me he trazado, pase lo que pase y ocurra lo que ocurra.

El Adelanto (14-02-1913)

El retablo de Maese Pedro[24]

Hablemos de las elecciones de mi barrio: Alba-Peñaranda. La candidatura del señor Mosquete no puede agradar a nadie. El distrito no le ha proclamado; se ha proclamado él solo. Los olivistas no pueden votarlo; el señor Mosquete es amigo de Clairac. El señor Mosquete se llamó, hace varios años, cuando fue derrotado, conservador: hoy se llama independiente. Esta poca formalidad política del candidato le perjudicará a buen seguro.

Al lado del señor Mosquete, en un banquete presidido por el alcalde –alcalde de Real orden, nombrado por el señor Pérez Oliva, liberal– se sentaron dos conservadores, el señor Pascua, y el escribano de actuaciones, señor González, que se distinguió notablemente, a pesar de ser funcionario público, combatiendo a voz en grito la candidatura de Pérez Oliva en aquellas famosas elecciones en que tan mal parado quedó en Alba de Tormes. El resto del pueblo estuvo ausente de la cuchipanda con que el señor Mosquete obsequió a los alcaldes y secretarios rurales. Finalmente –a mí no me duelen prendas– el señor Mosquete ha tronado contra Peñaranda. ¿Por qué? ¿Son, por ventura, los peñarandinos culpables de nuestra apatía? ¿Son los albenses responsables de que el señor Mosquete, anticipándose a toda designación seria y formal, se *sacrifique* por su pueblo?

Y nada más: este candidato fuera está de toda lucha. El articulista no ha de matar mosquitos a cañonazos. No entra eso en sus costumbres periodísticas.

Es de suponer que el señor Pérez Oliva no deje en desamparo a sus amigos. Diego Mosquete es un reto al sentimiento liberal del distrito de Alba. El señor Zúñiga, el señor Clavijo, los señores de Bordona, el señor Perlines, todos los concejales, la mayoría de lo que en Alba supone fuerza organizada, no pueden estar al lado del señor Mosquete.

Si el alcalde no quiere convocar la asamblea pública a que le he invitado desde *El Adelanto,* y se deja comer la partida por la osadía del adversario, yo no podré tener para él aquellas frases de elogio que verdaderamente quiero prodigarle, como desquite a otras bromas sin importancia.

La actitud del secretario de Alba, señor Hernández –tengo derecho a toda censura pública– es digna de sus antecedentes conservadores, pero no de su amistad con el subsecretario de Hacienda, a quien no puede ni debe dejar en blanco. La política tiene su decoro externo. No comienza el despertar de un pueblo por los secretarios de Ayuntamiento: culmina en ellos, más bien. No

[24] Con este título Sánchez Rojas publicaría varios artículos en *La Ciudad* (O.C. Tomo I, página 405; O.C. Tomo III, páginas 60, 61, 64, 76, 77, 79, 80; O.C. Tomo V, página 383), *La Vanguardia* (O.C. Tomo III, página 263) y *La Nación* (O.C. Tomo III, página 266), todos ellos de distinto contenido.

son sus expedientes, su marcha regular puramente mecánica, lo que interesa a los pueblos, sino el ideal que les anima. Quiero decir, en pocas palabras, que esa fuerza no puede tener importancia si las demás no convergen con ella...

Paco Ruipérez, el caballero andante del ideal republicano, el mozo bravo que ha sostenido tan valientes campañas en el concejo peñarandino, se apresta también a la pelea. Significa la protesta viva contra el tinglado, contra el *modus vivendi,* contra el turno pacífico electoral de Alba-Peñaranda. Yo no soy republicano, pero le votaría como albense; sobre todo, como albense. Los Rivero, cautelosamente, sin representar ningún anhelo positivo de la comarca, se han adueñado del retablo.

Ellos lo manejan a su antojo. Paco Liaño, en cuya democracia creía la buena amistad que sinceramente le profeso, nos ha resultado un tanto huido y tumbón. Fernando García Sánchez, listo como la ardilla, renueva la casta y merece, por lo menos, todo respeto. Será posiblemente el primer lugar. Pepe Ávila lucha porque su primo, el diputado a Cortes, que, cuenta, con Santiago Alba, con su honradez política, con su caballerosidad a toda prueba, quiere tener su candidato, como está puesto en razón.

Desenredando, pues, la madeja, Mosquete está fuera de pelea; a Paco Liaño le resentirá su pereza; Fernando García Sánchez seguirá en la Salina; Ruipérez llevará los descontentos y su candidatura prenderá en Alba, Pepe Ávila nos dará la medida del prestigio de su primo.

Pero queda Cobos. Cobos, hoy por hoy, es una incógnita. Y queda Arenillas que trabaja como los topos, en silencio; como buen neo. Y el candidato que surja del pueblo de Alba. No es tarde todavía.

Hablemos más, todavía más, de elecciones; no nos cansaremos, queridos lectores de hablar de elecciones. Los que no somos caciques, ni disponemos de rebaños de analfabetos, de secretarios rurales para abajo, nos hacemos la ilusión –¡pobre ilusión!– de que nuestra pluma independiente puede pegar a las masas, a los rebaños, el espíritu público, cívico, de fervorosa intervención en la vida política de que nosotros nos sentimos henchidos. ¡Ea hablemos de elecciones una vez más! Y puesto que la indiferencia se empeña en hacer de Alba de Tormes el blanco de su predilección, he de decir todo lo que tenía que decir, sin dejar nada en el tintero. Al menos produciremos escozor en la piel de los indiferentes; por lo menos, señor alcalde de Alba, para eso servimos los que escribimos para el público.

El señor alcalde de Alba, al que tengo deseo de elogiar, no hizo caso de mi llamamiento; el *senedrín* [sic] lo calificó de extemporáneo e importuno. Había ya un candidato, que nadie presentaba y que se presentaba él solo; había ya una debilidad del alcalde, alcalde liberal comprometiéndole a apoyar a un candidato conservador que será derrotado; a la falta de valor cívico de deshacer lo hecho, de desandar lo andado, se trataba de tapar acusándome a mí de perezoso y de tardío. «¡Si ese buen señor hubiera escrito antes de la presentación de Mosquete!»

Como mi amor a Alba está por cima de todo, de todo, yo insisto una vez más en mis puntos de vista, la razón es clara. Si *todo* el pueblo de Alba, *todo* él, haciendo sentir con brío una opinión colectiva, no interviniese en la contienda, el señor Mosquete será derrotado y esto es lo de menos. Lo de más es que Alba pagará la deuda de unos cuantos, quedándose sin representante… como siempre. Pero había una solución digna, la hay a la hora de ahora y los que deben precipitarla no la precipitan. La solución decorosa señor alcalde de Alba, la única decorosa –que también la política tiene su hoja de parra– es convocar a todos los albenses, sin distinción de clases ni de partidos, para una reunión: el escribano dignísimo, y los empleados de la secretaría municipal, muy apreciables y una piña de amigos de paseo, ¿son el pueblo de Alba?

En esta reunión, fijar una línea de conducta. Como los pudientes son olivistas, contar –esto es clavo pasado– con el parecer del diputado a Cortes, a quien se ha preferido a la hora en que se ha debido consultar. Si el señor Mosquete resulta sacrificado, séalo en buena hora. En otro caso que se llame, por lo menos, LIBERAL, ya que se apresura a buscar el voto de los liberales. Pero si el señor Mosquete se llama conservador –y se lo llamará siempre, porque yo puedo combatir políticamente su candidatura, pero respeto sus ideas y no creo que vaya a cambiarlas por un acta más o menos problemática, mejor sería decir más que menos– si el señor Mosquete se llama conservador, déjesele en compañía de aquel funcionario judicial que con tanta saña persiguió al señor Pérez Oliva, de los que rindieron parias y buenas cuentas al señor Clairac, y de los escasos, escasísimos –por respetables que sean– elementos conservadores de Alba de Tormes.

Los amigos son los amigos y los negocios son los negocios –dicen los franceses–. Añadamos nosotros que la política es la política. Dignamente, por encima de todo, de los disgustos que me

dé esta campaña, del enfado de los adversarios, de las pequeñas miserias, está el pueblo de Alba, víctima una vez más, de los que en su cumbre, sin poderes bastantes para ello, mangonean, hacen y deshacen, y fabrican tinglados y vuelven a tirarlos, y muestran la espalda a la opinión pública y prescinden del diputado.

De tal modo están poniendo las cosas, que a mí me están dando ganas de organizar un asalto a la Diputación.

Victorioso, renunciaría al acta. Vencido, contaría, por lo menos, con núcleos numerosos de votantes, sin ir más lejos en Peñaranda. ¡Tal vez, tal vez!... Porque lo que pasa es sencillamente intolerable.

En Peñaranda, la presentación de Paco Ruipérez complica la posición de las piezas en el tablero. Pero Paco Ruipérez, muchacho de talento, culto, laborioso, integérrimo, entusiasta de su republicanismo candoroso, y además gran amigo mío, merece, por ambos motivos, un artículo entero: el próximo retablo será para él. Y si Fernando Iscar se presenta en Salamanca, yo confieso que, a pesar de ser conservador… a su manera el querido compañero, siento por él una simpatía que otros *correligionarios* míos –porque yo también soy liberal a mi manera– no me inspiran.

¡Ruipérez, Iscar! Estos ya son valores positivos. Porque hay que decirlo claro, muy claro, muy claro. La generación que vale algo, que tiene por lo menos virtudes y por lo menos defectos, es la nuestra. Y la que ya nos empuja… La de antes –marcha de Cádiz, «todo por y para Salamanca», la elocuencia de Gil Robles– no fue a la clase de Dorado Montero, ni hizo caso de Unamuno, y templó sus armas en la Academia de Santo Tomás de Aquino por las noches y jugando al dominó por las tardes. Nosotros somos nosotros… Y si Salamanca ejerce alguna influencia espiritual en España a nuestros maestros, y a nosotros que les hemos hecho un pedestal de amor, a nosotros lo debe Salamanca. A Fernando García Sánchez –otro candidato– lo llamamos de los nuestros.

Como son de los nuestros también los jóvenes que, sin ser de Salamanca, han venido a dejar en la Escuela su espíritu. Y sangre moza, vigor mozo, *otra gente* –sea la que sea– necesita la Diputación, el organismo más nefasto, más impolítico, más desolador de la casa.

Todo irá saliendo, amigos míos, todo, todo… ¡Qué dulce es batallar por mi Alba, por mi Salamanca –mis dos rincones– desde esta Barcelona, en horas también de lucha y de esperanza!

La Ciudad (15-02-1913)

Dos palabras para concluir

¿Conoce el señor Mosquete *El enemigo del pueblo*, de Enrique Ibsen? No, seguramente no. ¿Y lo conocen aquellos otros que quieren fraguar estos días un ambiente de animadversión contra mí? Tampoco, seguramente tampoco.

Pues léanlo y medítenlo.

He leído el alegato bilioso de usted, señor Mosquete. Muy mal escrito, por cierto. No dice verdad; el señor Pérez Oliva me ha escrito sin sentir por la candidatura de usted los entusiasmos que usted quiere, finge creer que tiene el diputado a Cortes por Salamanca, sacrificado ahora, una vez más, por los mismos que dicen quererle. Y es lo que me duele más.

Como me duele ese monopolio de patriotismo de usted y de los que le empujan a usted y de los que quieren a toda costa crear un estado artificial de hostilidad contra mí. El que tenga que decir algo, que lo diga con la frente alta, con el espíritu sereno, con la verdad en el alma. Porque de todo esto, de esta campaña mía, de esta tristeza mía, tiene la culpa mi amor a Alba de Tormes. ¡Mi amor, sí! Yo no me presento diputado para ensanchar un bufete; yo no sé de rencores, porque en la hora de decirlo todo, dijera el año pasado que en el Municipio sacrificaron a un buen hombre honrado para combinaciones políticas.

Ya lo he dicho todo. Y digo más, con orgullo. Digo con orgullo que yo llevo en mi arte una visión serena de la vega dulce del Tormes, que lentamente murmura su canción de quietud. Esto no lo entenderá el señor Mosquete, pero no me importa. Aquí, en Barcelona –"residente en Barcelona", quiere decir con maldad que resulta inocente ese señor Mosquete Mata–, cuando canto esa vega, hago pasar una visión de luz por el alma de mis lectores. Y digo más, todavía más; digo que aborrezco ese patriotismo chino, que pone murallas, para ahorrar pestes forasteras.

Mi pueblo pagará los vidrios rotos. Todos contra él. El amor protesta contra la farsa, pero no sabe de mentira. Con usted, señor Mosquete, no va nada. ¿Yo disparando cañonazos contra pulgas? No entra eso en mi moral.

¡Pobre Alba de Tormes! Lea el señor Mosquete, y con él los que estos días se sienten indignados por mi simple delito de decir la verdad *El enemigo del pueblo*. Y cubran de pararrayos el tejado. Porque el día de la tormenta, hablaremos todos.

¡Ah, sí! Me olvidaba. EL ADELANTO nada tiene que ver con mis puntos de vista. Es personalmente mía la responsabilidad de mi opinión.

El Adelanto (01-03-1913)

El ambiente de un centenario

Apresurémonos a decirlo, que es un secreto a voces; los padres Carmelitas de Alba han llevado con tesón maravilloso, todo el peso del centenario. Lo llevan en estos días. Lo seguirán llevando. Y aparte de la colaboración de personas sueltas, ellos están solos. ¿Solos? Con la opinión entusiasta del pueblo anónimo que toca las ventajas materiales, con la colaboración silenciosa y eficaz de los que se llaman liberales –aquí los liberales son los no carlistas,– que se han dado cata de la expansión económica que para la villa suponen tantas y tan lucidas peregrinaciones.

Con la hostilidad –hostilidad, no– con el alejamiento sistemático y permanente de otras personalidades, muy respetables, sí, pero equivocadas, que ven con malos ojos el predominio circunstancial de gentes que, como yo, por ejemplo, no les hacen el juego ni convierten el interés general de toda la villa de Alba de Tormes en provecho de una facción que, por asalto, se apoderó en las elecciones municipales de los comicios. Claro está que la política no juega ni jugará papel alguno, pero la cosa se llevó a ese plano y fracasaron los que dirigían el juego entre cortinas, y los Carmelitas se mantuvieron en una actitud dignísima y supieron encontrar colaboradores que, como el señor Corredera, por ejemplo, inteligentísimo tesorero del centenario, logró identificarse con el sentir de todos.

Ello ha sido así y vano empeño sería disfrazar la verdad. A los asaltos, a las molestias, a las dificultades sin cuento, han sucedido éxitos clamorosos. Ochocientos valencianos se colocaron la otra noche confortablemente en un cuarto de hora; buena parte de gloria tuvieron en la empresa los señores Rivas y Salinero. El servicio de comidas se ha verificado con una brillantez y normalidad no conocidas hasta ahora. E insensiblemente, con el hábito educador que prestan a los pueblos estas grandes masas de forasteros, en poco más de cinco semanas, Alba de Tormes ha aprendido, en tan corta docencia, a tener una historia brillante de hidalguía, de hospitalidad, de decoro, de policía, de organización acertada y discreta, sumándose a los Carmelitas y a sus colaboradores.

De las dificultades no hay para qué hablar. Es achaque de todas las empresas vastas y no podía faltar esa nota en esta grata expansión teresiana que ha conmovido a toda la nación. De las molestias personales –y yo he sido de los más castigados– tampoco. Rebotan siempre el despecho y la impotencia contra los muros del entusiasmo y vale más acogerlos con carcajadas que con aspavientos.

Y el centenario se va abriendo camino, bien entre cardos, bien entre flores, y prendiendo cada vez más en los espíritus. Después del ensayo de la peregrinación valenciana, que superó a los mayores optimismos, el centenario entra en una nueva fase de esplendor.

Se preparan dos grandes peregrinaciones de Zaragoza y Sevilla; vendrán otras muy numerosas de Madrid; en París se organiza brillantemente otra de los católicos franceses. Las ciudades enclavadas en la línea del Oeste –Zamora, Astorga, Plasencia, Benavente, Talavera– han de visitar también el sepulcro de la santa. Y puede decirse que aún el centenario empieza, y que hasta Abril de 1915, en que se cerrará el período de fiestas con un acto literario de gran trascendencia para los estudios teresianos, que tendrá lugar precisamente en esta villa, no ha de desmayar el entusiasmo que ha de ir siempre en aumento.

Y de este esplendor de la explosión de un pueblo fervoroso que no se duerme tampoco ante sus legítimos intereses materiales, del despertar colectivo de esta villa, tienen toda la gloria los carmelitas. Son, al fin y al cabo, hijos de Teresa. Y como la simpática Santa llena de quebrantos, fundaba sin más amparo que el de Dios y lograba trocar las dificultades materiales en provecho suyo, ellos también han demostrado que la voluntad puesta al servicio de una causa noble vale más que todas las prudentes previsiones de los que, por temor al fracaso, se retiran del escenario antes de que el público se pronuncie en contra de una obra... apenas ensayada.

El Adelanto (15-06-1914)

En 1614...

En 1614 –hace tres siglos– se celebraron las fiestas de la beatificación de Santa Teresa en Alba de Tormes con toda pompa; un vecino de Alba escribió extensamente la reseña de aquellas fiestas, y en una revista carmelitana, el padre Silverio, de la orden, publica un extracto muy curioso de la memoria. Parece que el tiempo no pasa. Las cosas se repiten eternamente. Queremos poner una glosa actual a la memoria del vecino de Alba que recogiera sus impresiones en 1614.

Habitaba en esta sazón el castillo el duque, don Fernando Álvarez de Toledo. Era el caudillo de Flandes gran devoto de la Santa, a quien admiraba seguramente por referencias de su madre, doña María Colón y Henríquez. La casa de Alba tenía que unirse seguramente al regocijo del pueblo. No tenían entonces los Carmelitas descalzos monasterio o convento en la villa, pero el padre provincial envió cincuenta frailes a las fiestas de la beatificación. Todos ellos habitaron un ala del palacio ducal.

En él guardaban rigurosa clausura. Y en los ratos de esparcimiento cuenta el anónimo cronista que «ocupábanse en hacer poesías, en la lectura dellas y ejecución de otras cosas de ingenio que se preparaban para el ornato de las fiestas, que por tener aquí el cuerpo de su santa madre, tesoro que con razón estima sobre sus ojos, los puso la religión en autorizar esta solemnidad.» En labores manuales pasaban los frailes los ratos de ocio, que no se dedicaban a la oración y a la vida contemplativa. Prepararon los fuegos de artificio que se quemaron durante quince días en la plaza del Castillo.

Esta plaza «tenía su asiento en lo más alto del lugar, con tanta eminencia, que sus fundamentos plantan a nivel de las cumbres de las más altas torres y edificios de la villa».

Y era desde allí divertido el espectáculo de los fuegos.

Del 5 al 12 de Octubre duraron las fiestas; siete días. El 3 –«que era viernes», observa puntualmente el cronista– llegó a Alba el obispo de Salamanca, don Luis Fernández de Córdoba, juez que había sido en la causa de la beatificación de la Santa, obispo electo de Málaga.

Catorce prebendados acompañaron al Prelado. «A todos cuidó don Luis a pan y manteles, durante los días que permanecieron en la villa ducal». Sesenta y cuatro lugares de la diócesis, convocados por el Prelado, asistieron a la procesión magna. Tocaron las campanas todas de la villa sin emolumento alguno de monagos; no se rompieron cordeles de los badajos –el cronista oculta este detalle que ha de adquirir gran importancia tres siglos después– y la aglomeración de fieles es tal en las fiestas, que no caben «en la iglesia de las Madres ni en el compás y calles vecinas».

Bellísima la decoración del templo al decir del cronista. De los muros de la iglesia cuelgan tres suntuosas tapicerías ganadas por el duque don Fernando, «primera espada, después del Gran Capitán» en Alemania y otros países. El pueblo llama a los tapices *Los disparates*. Representan las tentaciones de San Antonio y en ello «se ven en su punto las peregrinas y espantosas quimeras de rara imaginería de Antonio Boscko». El paño que cubría el sepulcro, riquísimo, era regalo de la Duquesa del Infantado. Innumerables velas cubrían las cinco gradas que se alargaban de banda a banda.

Encargáronse de la parte musical los Carmelitas. «Abandonaban –oigamos al narrador– el aire mil agradables ecos de instrumentos y voces que a menudo repetían motetes, acompañados de melodía, primores y armonía de música, quiebros y pasos de clarísima garganta.» En la plaza, al aire libre, representaba el famoso comediante Morales las vidas de Santa Teresa y de San Francisco, con gran regocijo del vulgo.

Aquí concluye la narración. Tres siglos después, tornan a conmemorarse las fiestas y tornan los carmelitas a ver [¿ser?] los héroes de la jornada. De los oidores, Clerecía, corregidor y regidores cuenta el vecino que salieran a las puertas de la villa a recibir al Prelado. Y no los vuelve a mentar en lugar alguno. Si surgiese un cronista del tercer centenario, apenas podría hablar más que del corregidor y de un síndico, los demás fieles a una consigna, no quieren aparecer sin duda, modestamente, para que la historia prescinda de sus nombres en las gestas futuras.

Y es lo que yo he replicado a los que me han advertido que rectifique algunas de las consideraciones emitidas en mi reciente artículo *El ambiente de un centenario*, que miran hacia adelante, que no repitan los sucesos de 1614. Los que trabajan se bastan y se sobran por los que nada hacen. Y los hechos menudos tienen su importancia; así sabemos que los campaneros tañeron gratis.

Y es que, al través de los siglos, todos pasamos, y no sólo queda el tañido centenario de las campanas y el secular encanto de la vega, con las cristalinas aguas del Tormes que canta –¿cuán-

tos siglos hace?– su eterna canción de paz. Quedan los hombres, con sus entusiasmos los más despiertos; con su eterna censura, que no transciende, los remolones. Y el nombre de estos no aparece y el de aquellos se consigna. Leed, leed la narración: Don Fernando Álvarez de Toledo, don Luis Fernández de Córdoba, el comediante Morales, el general de los Carmelitas...

El Adelanto (22-06-1914)

Alba de Tormes[25]

El río inicia su curso en semicírculo antes de llegar a la villa, sirviendo de centro natural a una de las vegas más hermosas de la Península. El paisaje, mimoso y verde en primavera, está recorrido al Sur por las sierras de Béjar, y al Norte, por un otero o altozano, donde comienza la carretera salamanquina. Chopos y negrillos bordean y decoran el claro río cantado por Garcilaso. La villa es un montón de casas claras, con anchas y amplias solaneras, asentadas en un lecho pizarroso. El castillo de los Duques, a la derecha de la villa, muestra su panzudo cuadrilátero, ya carcomido por la inclemencia de los años y el descuido de sus dueños, y solamente conserva, junto al Tormes, el lienzo de la torre del homenaje, que parece una eflorescencia natural de la pizarra.

Alba de Tormes guarda también las huellas de Teresa de Jesús, la dulce fundadora de la descalcez carmelitana. Junto a las ruinas del convento de San Francisco álzase el sobrio y desnudo monasterio de las Isabeles, junto a la calzada peñarandina, donde reposó la Santa en su viaje primero a la blasonada villa. Los escudos ducales adornan la fachada, de un Renacimiento primitivo. El campanil, sobrio y severo, preside un caserón de ventanas enrejadas, de tapias enormes y de huertas abandonadas. El campo, por aquel paraje, es de una uniformidad desoladora; sucédense infinitamente largos los surcos de las tierras paniegas; apenas descansa la vista más que en el viejo jardín de los Álvarez de Toledo, donde es fama que el poeta Garcilaso, huésped de los duques, hablaba de amor con aquella dama rubia, de origen lusitano, doña Isabel de Freyre, oyendo la eterna canción de quietud que canta el río.

Alba de Tormes tiene una tradición brillante. Asilo de poetas –Juan de la Encina, Calderón de la Barca, Garcilaso–, sepulcro de Teresa de Jesús, vivero de independencias municipales, asiento de los mejores mercados de ganados de la provincia, ha ido perdiendo poco a poco su importancia pretérita hasta el punto de que es hoy mercantilmente tributaria de la capital de la provincia. El ferrocarril del Oeste, que se inicia en los Cordales de Plasencia, en las Extremaduras, para morir en Astorga, al poner a Alba en rápida comunicación con otros pueblos dio armas para combatirla ventajosamente a un pueblo novato, el Guijuelo, que inició sus mercados semanales los sábados, aprovechando la feliz coyuntura de ser el centro natural de una comarca feracísima perteneciente a los tres partidos judiciales que la circundan; Alba, Béjar y Sequeros. Políticamente, Alba recibió un porrazo capital con la supresión de su Cámara Agrícola, que enviaba un representante al Congreso de diputados. Con esta supresión, su partido judicial ha quedado hecho una piltrafa, pues sus pueblos intervienen en la elección de cuatro representantes. Alba ha reclamado, y con ella los pueblos todos, para convertirse en un distrito único con todo su partido, y de esperar es que en la nueva demarcación electoral se tengan en cuenta sus aspiraciones legítimas y naturales.

La comarca es preferentemente agrícola, con tierras que producen excelentes trigos y cebadas y con enormes dehesas, cuyos pastos compiten ventajosamente con los extremeños. Las dos terceras partes de la propiedad pertenecen, sin embargo, a dueños absentistas que viven en Madrid. Y como al propietario le conviene más el rentero único que la comunidad de arrendatarios, la villa va perdiendo paulatinamente sus preferencias agrícolas. Ahora bien; la vida industrial es perfectamente nula, pues Alba no cuenta más que con una fábrica de curtidos y con otra de producción de abonos químicos. Sobran brazos para las faenas del campo. Y se ha desarrollado una emigración constante a América, y en los tres años últimos, al Mediodía francés, que en definitiva, es ventajosa, porque la emigración ha luchado con la usura y las familias de los emigrantes han comenzado a defenderse con los pequeños ahorros. Varios pueblos del partido están enriqueciéndose actualmente con el tráfico de los embutidos y jamones. Los más ricos y feraces, allí donde un tímido sentido colectivista preside las relaciones del hombre con la tierra, como

[25] Además de este, Sánchez Rojas publicaría otros dos artículos, con el mismo título, aunque distinto contenido, en las revistas *Hojas Selectas* (O.C. Tomo V, página 35) y *La Esfera*, que posteriormente incluiría en su libro «Sensaciones de Salamanca» (O.C. Tomo VI, página 338).

Gajates, aún se mantienen holgadamente; en otros, los linderos a Peñaranda, cerca de la zona llamada de las siete Villas –Francos, Villagonzalo, Encinas de Abajo– reina una especie de aparcería, en virtud de la cual el rentero cuida de las fincas ajenas como si fueran propias, abonándolas y mimándolas amorosamente, porque los arrendamientos se prorrogan por la tácita durante tiempo indefinido. En otros, y son legión, donde el absentismo domina con mayor imperio, los mismos labriegos pujan y suben el valor de la renta, arruinándose recíprocamente y dando que hacer, con los consabidos desahucios otoñales a la curia de la villa que suele permanecer ociosa durante el resto del año.

Un poco difícil nos parece topar con los remedios que darían al traste con tan angustioso estado de cosas. El castellano es reciamente individualista, y por ende, inhospitalario; no le habléis de las ventajas de la asociación porque no os hará caso. Y, sin embargo, en ninguna parte se impone tanto la defensa de la comunidad agrícola como en esta comarca castellana. La asociación produciría automáticamente una disminución gradual en el valor de las rentas. El clero, con sus sindicatos, ha librado a los agricultores de las garras usuarias; pero no se ha atrevido a atacar el problema en sus raíces. Y el malestar estriba en que ha ido disminuyendo gradualmente el valor de los brazos por la competencia, y también por la competencia de los arrendatarios ha ido aumentando el de las tierras de labor. Unidos los labradores contra los terratenientes desconsiderados, le harían la vida imposible prestamente. Algo se inicia ahora, pero tan poco recio y de tan débil consistencia, que es de presumir que siga imperando la desproporción entre los que trabajan la tierra sin gozarla y entre los que la gozan sin sufrirla, sin trabajarla.

«Quien ve Frades, ha visto todos los lugares» –dice un refrán de la comarca–. Así, el caso de Alba de Tormes, lejos de ser único, es perfectamente típico de la región. Se diría que el castillo, que extiende un manchón negro de sombra por los campos las noches claras de luna llena, proyecta también sombras de abulia sobre los espíritus. Y que por cada señor que nace, brotan cien esclavos, dispuestos a sacrificarle con gusto su hacienda y su vida.

El Sol (24-04-1918)

Mi tertulia[26]

En este pueblo donde escribo, todas las fuerzas vivas son sinceras y abiertamente germanófilas. La fauna es aquí rica en variedades, especies y subespecies. Hay germanófilos atacados de grafomanía como Ruperto, que felicita a Hindenburg todos los meses por conducto del Embajador, recibiendo siempre la respuesta de que las circunstancias no son oportunas para trasladar al generalísimo las felicitaciones de nuestro hombre. Los hay decorativos, como el notario que exhibe en su balcón, al paso de las procesiones, las banderitas de los Imperios centrales. Los hay científicos, como Damián, el médico, que nos habla a todas horas de que los libreros alemanes le rebajan el diez por ciento en sus pedidos. Los hay agradecidos, como esa buena pieza de Andresillo, que no se harta de cantarnos las excelencias del 606[27]. Los hay estrategas, como Julián, que traza en el papel futuras operaciones que no soñaron jamás Alejandro ni Napoleón. Los hay agresivos, como Pepillo, el cura que nos da la tarde con las profecías de Armando Guerra y exhibe los puños cuando su ídolo irritado prorrumpe en exclamaciones clásicas como: «Tragaré saliva», «ya se lo dirán de misas a Foch[28]», o bien: «¡Límpiate D'Anunzio, que estás de huevo!» Los hay entreverados, finalmente, entreverados, pintos o mestizos, como los del comité romanonista, que son anglófobos y americanófobos. Aliados puros, lo que se dice puros, no creo que haya en este villorrio de mil vecinos más que el recaudador de contribuciones, un maestro jubilado, sospecho que el administrador de Correos y yo.

La germanofilia está tan arraigada, es tan connatural con esta gente, que es un dogma sobre el que todos juran y un principio matemático del que nadie se atreve a sospechar la evidencia.

[26] Con este mismo título, algunos años antes, Sánchez Rojas ya publicó un artículo –distinto de este– relativo a la tertulia de la rebotica de la farmacia de Alba de Tormes en *El Adelanto* (O.C. Tomo V, página 39).

[27] El bacteriólogo alemán Paul Ehrlich descubrió un medicamento comercializado en 1910 con el nombre de 606 o Salvarsán (arsfenamina) que combatía entre otras enfermedades la sífilis. Cuentan que al llegar al ensayo número 606 su asistente japonés Hata Shahachiro se convenció de su eficiencia, de ahí el nombre numérico con que fue conocido.

[28] Ferdinand Jean Marie Foch (1851 – 1929). Mariscal francés y comandante en jefe de los ejércitos Aliados durante la Primera Guerra Mundial.

Azpeitua cuenta con cincuenta lectores energúmenos y Armando Guerra con cinco. Fuera de *El Debate* y de *ABC*, los demás periódicos no llegan a la villa. Están formalmente recusados por curas, frailes, usureros y monterillas. Algunas veces, el recaudador de contribuciones se aventura a traer *España* desde la capital de la provincia, y algunas veces también el maestro jubilado se arriesga a leer *El Sol*, sin que nadie se entere. Es indiscutible en el pueblo que, a excepción de don Torcuato[29], todos los demás periodistas están vendidos al oro inglés de una manera escandalosa. *España* y *El Sol*, particularmente, según ha afirmado desde el púlpito el Padre Clemente, están comprados por los yanquis para que les cedamos, después de la guerra, las Islas Baleares y un buen pedazo de Cataluña.

Por la tarde, me reúno con todos estos germanófilos, en la plaza, a la caída del sol. Primero se comenta solemnemente *El Progreso*, periódico de la provincia. Si los telegramas son favorables a los aliados, la hoja se tira con indignación al suelo; si desfavorables, se trazan sobre unos mapas que lleva Ruperto las líneas más extrañas y pintorescas. El romanonista nos dice que él es muy liberal, los ingleses muy *navalistas* y los yanquis muy cerdos. Sigue luego el elogio de Hindenburg, a cargo de Pepillo, el cura. A continuación, Alejandro, que no ha pasado de Calvarrasa, diserta sobre la corrupción de las *medianetas* de París y la honestidad que preside en Berlín a las relaciones sexuales. Luego, invariablemente, se lamenta de que el trigo no se venda cuando menos a treinta pesetas, y a las diez en punto se levanta el campamento en busca del gazpacho y de la cena.

Los primeros días me irritaban y violentaban estos discursos de los germanófilos de mi pueblo. Una leve insinuación acerca del talento de Vázquez de Mella, o de los planes estratégicos de Ludendorff[30], o de la moral sexual berlinesa, era acogida de tal suerte por mis amables y delicados interlocutores, que se me colocaba en las más difíciles situaciones.

– ¿Y eres español? – rugía Pepillo

– ¿Y te las echas de patriota? – clamaba Andrés.

Y el notario me aniquilaba con el recuerdo de Gibraltar. Y el presidente del comité de Romanones con el recuerdo del Maine. Y don Pascasio, el más rico del pueblo, me argumentaba con dilemas, y los dilemas de los más ricos siempre han quedado victoriosos y triunfantes en estos pueblos.

Pero ya les oigo plácidamente en la plaza, a la caída del sol, sentado en el banco de hierro de la acera de abajo, hasta la hora del gazpacho. Ya me voy reconciliando con Otumba, con Lepanto, con San Quintín y con Arapiles, aunque el argumento de Arapiles –tan cercano– no sea precisamente un argumento contra Inglaterra. Ya les oigo con paciencia los comentarios de júbilo que les sugiere el torpedeo de nuestros barcos y los aullidos de gozo con que han acogido aquí la ley de represión contra el espionaje. Los periodistas son los culpables de todo lo que nos pasa, y cuando Alemania hunde nuestros barcos, bien hundidos estarán.

Al fin y al cabo, este pueblo es como toda España y como toda España discurre. La guerra es, para estos excelentes paisanos míos, un deporte taurino, una riña de gallos, un duelo entre jayanotes. El más bruto siempre lleva las de ganar.

Claridades, don Pío y Armando Guerra se disputan el público de aficionados y de inteligentes. El culto a la brutalidad tiene siempre su altar levantado en las entrañas duras de estos pueblos de la meseta, tumbados en la llanada

Y cuando afirman que son germanófilos porque son profundamente castellanos, dicen una gran verdad, cuyo alcance no pueden ellos medir, naturalmente

El germanismo alboreó en Castilla con la derrota de los comuneros en Villalar. Carlos V y Felipe II desviaron la historia natural, orientándola hacia el imperialismo, hacia la conquista, hacia la aventura, hacia la burocracia y el balduque. Lo que se llama castizamente nacional en esos siglos es una importación alemana a secas.

En este pueblo, a la sombra de este castillo feudal, donde reposara don Fernando Álvarez de Toledo a la vuelta de sus correrías de Flandes, los comentarios de mis amigos son muy justos y están muy puestos en sazón. En la escuela, de niños, les enseñaron el culto a la fuerza. Luego, de mayores, se les ha impuesto esta ruda vida pueblerina llena de asaltos, emboscadas y traiciones.

Estos abogadetes, estos ricachos de pan llevar, estos clérigos de misa y olla, han perdido la sensibilidad y jamás la han echado ellos de menos.

Iberia (10-08-1918)

[29] Torcuato Luca de Tena y Álvarez-Ossorio, periodista fundador del diario *ABC*.

[30] Erich Friedrich Wilhelm Ludendorff (1865 – 1937). General alemán durante la Primera Guerra Mundial, partidario de la "guerra total", esto es, de la completa subordinación de la política a la guerra.

Un jardín del Renacimiento

Hacia la entrada del pueblo, por la calzada de la Fontanilla, a mano derecha, hay un jardín abandonado. Nadie le visita jamás. Una puerta de medio punto le sirve de entrada; unos pobres jardineros le cuidan y regalan en la soledad; junto a los anchos cenadores de piedra lucen las lechugas sus hojas verdes y sus sabrosos cogollitos blancos. Luego, entre los árboles frutales, hay columnas de alabastro que sirven de testeros, escudos ducales en los muros, escalinatas de piedra comidas por el abandono y la desidia, un leoncillo de rizada melena que ruge en el silencio y unos graciosos remates de piedra adosados a la casita campesina. El jardín abandonado es el residuo de la residencia veraniega de don Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba y de Piedrahita, gran capitán de los Ejércitos de su majestad católica y cristianísima don Felipe II, de la Casa de los Austrias.

Desde el jardín abandonado se descubre un paisaje familiar a los amantes y devotos de nuestra lírica castellana. Sobriamente lo ha trazado el caballero Garcilaso en su Égloga segunda. Una vega "*grande y espaciosa*" se alza en la ribera verde y deleitable del "*dulce y claro Tormes*". La vega es siempre verde; lo mismo en el invierno frío que en el ardiente verano. Al final de ella álzase una ladera "*de proporción graciosa, en la altura*"; las orillas del río, decoradas y bordeadas de chopos y de negrillos, dan una nota de intimidad y de dulzura al paisaje. De la proporcionada y pizarrosa ladera surge el caserío de la villa de los duques. Garcilaso conoce muy bien este caserío porque lo ha contemplado mil veces, a la puesta del sol, desde el jardín.

Miradlo; aquí a la derecha, sobre la ladera, está sobrepuesta "*la espesura de las hermosas torres*". No son tan estimadas por su fábrica como por el nombre que le han dado sus señores. El campanil de Santa Isabel se destaca vigoroso sobre el horizonte; el de San Martín, después, panzudo y socarrón, sobresale de los aleros y tejadillos de unas casas aldeanas; cuadrada y grande es la torre del Concejo de Santiago, donde plañen sus cuitas las doncellas y se dirimen enojosas cuestiones de usura ante el corregidor.

Más torres todavía: la de San Juan, la de San Pedro, la de San Gregorio[31], la de San Miguel; la graciosa ladera, los patios y cuadras del castillo, enfrente. Más allá, el alto del Carpio, separado del monte del Arapil por el Tormes. La mancha blanca de la Sierra de Gredos, del otro lado; manchones de encinares. ¡Oh, el paisaje de mi infancia, el paisaje de Garcilaso, soldado, caballero y poeta, que se columbra desde el jardín abandonado!

Es la hora de la puesta del sol. Solos en grata comunión con las cosas, hemos venido de paseo esta tarde por la calzada de Peñaranda, ganando luego, en un atajo, el camino muerto de La Fontanilla. Y hemos entrado en el jardín. El leoncillo gracioso, traído seguramente de Italia por los duques, ya no descansa en su soporte de piedra. Se han llevado unos alabastros donde dos angelitos, carirredondos y bobos, sostienen un escudo, alzando sus ojitos infantiles al cielo.

Las barandas de una escalerilla de piedra están desconchadas y rotas. No sombrean las parras en los cenadores del jardín ducal. Hay menos rosas que el año pasado. La tierra negra bebe, sedienta y apelmazada; el jardincito se ha dividido en parcelas –patatales, lechugales–, y pocas, muy pocas, rosaledas.

En esta hora de la puesta del sol, sin embargo, el jardín se anima y cobra su alma pretérita así que se inician las sombras de la noche. Una luna blanca y lechosa platea el paraje. El río, los regatos, las barbecheras, son como focos de luz en la noche. En esta hora de la puesta del sol, Garcilaso abandona las salas del castillo para departir con esta dama rubia y portuguesa, Isabel de Freyre, que se conmueve con la dulzura y la terneza de las trovas que compone el joven caballero toledano. A las veces, se me antoja que les oigo departir. Sobre la frente –todo luz– de Isabel ha estampado un sonoro beso el caballero. Las rimas de Silicio [sic][32] y Nemoroso empiezan a brotar, torpes y balbucientes en el espíritu conturbado del trovador. Desde aquí, desde este pobre jardín ducal, es muy grato releer las églogas de nuestro gran lírico, porque el espíritu libre, sensual y contenido del Renacimiento pasó por este lindo rincón, abandonado hoy a los afanes de unos pobres jardineros. Garcilaso cantó la vega de su juventud. Andanzas de amor y oficiosos cuidados de gentileza a los Toledo trajéronle a ella:.

[31] No se conocen indicios de que existiese ninguna con este nombre.
[32] Por Salicio.

Llevóle a aquella parte el gran agüero
de aquella tierra de Alba tan nombrada,
que este es el nombre de ella…

Y en este jardín queda el perfume de su gracia y de su decoro todavía.

El Imparcial (07-10-1923)
El Sol[33] (25-05-1919)
La Libertad (07-04-1923)
El Imparcial (Puerto Rico) (11-07-1919)
El Imparcial (Puerto Rico) (31-12-1923)

El pueblo de Teresa de Jesús

Para Emilio de Zúñiga

Una noche de insomnio y de fatiga en el vagón del ferrocarril. Luz del alba en tierras extremeñas, Baños de Montemayor, los picachos nevados de la sierra bejarana. La mantequilla y el café con leche de la cantina. Y luego, las tierras paniegas. Fuentes, marcando la división de las Castillas y de Extremadura; Guijuelo, orgulloso de sus jamones y de sus chorizos; las dehesas enormes –con monte y caza– del ducado de Alba... Alba de Tormes... El viajero, después de cuatro años de ausencia, después de haber rehecho –o deshecho– su vida para siempre, torna al pueblo de la niñez. La vieja diligencia con herrajes rotos que le traslada a la villa, los montes de Navales y de Galiana, la dehesa y el río, el castillo presidiendo las casitas bajas, achaparradetas y graciosas del pueblo, espejándose en el Tormes...

El viajero no puede con su emoción, que ya no le cabe en el pecho. Las muchachas –amigas de sus novias– están gordas y son jamonas y caminan lentamente con las facciones abultadas. Los chicos son hombres de bigotes, concejales del Directorio y miembros del «requeté» local.

Aquel señor que saludamos en la tertulia es el delegado gubernativo.

Hay registrador nuevo, juez de primera instancia nuevo, notario nuevo. El viajero es un poco extraño en su propia casa. Abrazos a queridos amigos de la niñez que nos han seguido de lejos –¡muy de lejos!–, a través de nuestros escritos. ¿Y Fulano? Murió. ¿Y Zutano? Marchó a Buenos Aires. ¿Y Lolita? Lolita casó con un ganadero de fuera. Paquito tuvo suerte en tierras extrañas, y manda a sus viejos pesos de oro.

¡Alba de Tormes!... Visitamos la iglesia de Santa Teresa, tan íntima, tan recogida, tan silenciosa, tan llena de paz y de gracia. Y firmamos en el álbum de viajeros como un turista frívolo más que visita los pueblos para comprar postales. Y una monjita nos llama al torno, y maternalmente nos saluda:

– ¡Pepito! ¡Pepito! ¡Pero cuánto recordamos en esta santa casa a tu padre, tan bueno con nosotras, aquel republicano y herejote que está en el cielo...!

La comida en la casa amiga, las confidencias a pleno chorro en el comedor discreto y en la sombra. El sabroso yantar y los amigos leales, eternos, que nos dan una impresión de hogar a nosotros, desterrados del contacto de la efusión. Un paseo por la villa. Gentes extrañas, rostros desconocidos en la casa de nuestros padres; una barbería en lo que fue nuestro despacho, en la ancha pieza donde los libros de Cervantes, de Leopardi, de Manzoni, del Dante, de la Santa, nos regalaban el cerebro y el corazón a manos llenas.

Y el paseo lento, a la caída de la tarde, por el Espolón. Sigue el Tormes con su eterna canción de quietud, que nosotros hemos oído y entendido tantas veces. Sigue la mole ingente del castillo ducal, lleno de grietas y de remiendos, y el feo puente metálico que nos regaló este querido Isidro Pérez Oliva cuando fue diputado, a petición de un alcalde filisteo, y las caperuzas de la sierra lejana llena de nieve y llena de blancura, y una ventana –¡la misma!– hoy cerrada y sin perfume, espejándose en el Tormes.

La noche. Un minuto en el convento con los frailes amigos. El silencio de la huerta con los lechugales, con las rosaledas, con las abejitas zumbando y laborando en el dorado fanal. El organista, que no sabiendo qué decirnos, nos regala con una audición al órgano de un delicioso nocturno de Chopin:

[33] En *El Sol*, *La Libertad* y el *Imparcial de Puerto Rico* (11-07-1919) se publicó bajo el epígrafe: «Un jardín abandonado».

– ¡Estupendo, chico!
– ¡Delicioso, padre Manolo!
La despedida en la puerta del río. Manos amigas que apretamos fuertemente contra el corazón. ¿Para qué palabras, para qué protestas de afecto? El pueblo de la niñez nos da la sensación de una de esas mujeres que hemos amado, y cuyo rostro, al cabo de los años, no nos es desconocido completamente:
– ¿Dónde he conocido yo a esta mujer? ¡Pues no lo recuerdo! ¡Y no está mal del todo, no está mal!

El Liberal (07-08-1924)

Unas horas en Alba

Para D. Luis de Zúñiga

El puente, y el Matadero, y el manchón de encinares de Pelagarcía, y los sotos del Arapil a la izquierda, y Calvarrasa, y la Maza, y Valdesantiago, y Terradillos. Alba: las cuatro de la tarde. El cielo transparente, sin una nube, da a la villa de los duques y de Teresa una diafanidad cristalina. Asoma su panza la mole del castillo; el gracioso torreón sigue oyendo los murmullos del río; las gentes perezosas, asomadas a las barandas del puente, continúan contemplando el plácido curso del claro Tormes.
¡Parece que las cosas no pasan; pero sí pasan! En la Plaza Mayor, rumores de fiesta con rostros desconocidos. Saludos; abrazos a los amigos de la infancia; silencios prolongados, que sobran las palabras y protestas de amistad. Nuestra emoción crece por momentos; entre las ringleras de los campesinos de la Unión Patriótica[34], nos dirigimos al teatro. Las escuelas de nuestra niñez refulgen al sol. Nuevos amigos que no hemos olvidado, viejecitos que dejamos años atrás en el rigor de la madurez. El mitin... Un pedagogo nos habla de su buena voluntad y el señor Hernández Ballesteros repasa la historia de España. Cuando llega a Felipe II, del que tantas perrerías nos contó en su clase el señor Muñoz Orea, abandonamos el teatro por el casino. Buscamos a don Luis de Zúñiga. Sabemos que, indefectiblemente, matemáticamente, está jugando al tute. Embolsa las ganancias del día y tornamos al teatro.
En el teatro, Arenillas evoca la figura ancha, abierta y simpática del gran bohemio carlista don Juan Vázquez de Mella. Y luego, Andrés García Tejado[35], este diablejo presidencial de la Unión Patriótica, borda un lindo cañamazo de ironías a cuenta de él mismo y de los demás. Reímos y aplaudimos. Mientras los concurrentes al mitin reponen las fuerzas con un «lunch», nosotros visitamos a nuestros obreros. Nos muestran los nuevos bebés; todos se han casado; todos hablan –gravemente– de su afán por abrirse paso. La Plaza; el Espolón, con la vega siempre verde, y las ruinas de San Jerónimo a la vera del río, y los manchones azulescos, garzos, de la lejana sierra de Béjar, cerrando el horizonte...
¡Parece que las cosas no pasan, pero sí pasan! ¡Sentimos el corazón desligado del ambiente aquel; en aquella hora pensamos en Madrid, en unos ojos risueños y graves al mismo tiempo, en la puesta del sol desde el Retiro, junto al Ángel Caído! Los recuerdos –¡tristes recuerdos!– nos atenazan al Espolón, y a la torre del homenaje, y a la ermita de Nuestra Señora de la Guía[36], y al olvidado y silencioso camposanto; pero la vida, que es más fuerte que nuestro dolor y que nuestra memoria, nos guiña sus promesas de esperanza y de ventura...
¡La campana de San Pedro tañendo a la oración rompe, al anochecer, el silencio de la vega! Quedamos absortos ante la dulzura del tañido del bronce. Oímos las palabras del Ángel, y vemos a María que cobija en sus entrañas la vida del Dios que ha de nacer de su vientre, claro como el cristal y puro como la nieve, y las tintas azules se tornan obscuras, y el murmullo del río es más claro y perceptible a la sazón.
La tertulia en la botica. Añoranzas, recuerdos, palabras atropelladas, silencios... Un querido amigo nuestro, Serapio Reyes, que purgó con su inocencia en un presidio culpas, codicias y picar-

[34] Partido único instaurado por el dictador Miguel Primo de Rivera.
[35] Andrés García Tejado (1873 – 1952). Presidente de la Diputación Provincial de Salamanca entre 1924 y 1929 e impulsor de la construcción del Hospital Provincial de la capital salmantina.
[36] Ermita que se levantaba a la entrada del puente de Alba de Tormes, en el cruce de caminos en dirección a ella. Ya no existía en estos años.

días ajenas de leguleyos y curiales, nos invita a cenar. El café en el casino obrero. Los amigos de las horas amargas que llegan –todos– a nuestro lado. Ellos buscan papeles, todos los papeles. ¿Y la verbena de la Paloma? ¿Era muy guapa Maruja? ¿Es tan linda como se dice Angelita? ¿Me caso, no me casó? Río; escucho; recuerdo; tengo sueño...

Un sueño varias veces interrumpido por las campanas de los padres, de San Pedro, de Santiago. Me tiro de la cama a las siete. Mi visita última es para Santa Teresa. Allí, en la penumbra del querido templo, pido, de rodillas, a la gran luchadora, temple para las batallas que he de reñir, resignación para los sueños que no he sabido realizar, fortaleza de ánimo para no rendirme ante las contrariedades –tan sabrosas– de la vida. El sacerdote levanta la Hostia del Cordero Inmaculado en aquel instante. «¡Vita, dulcedo, spes nostra: Salve!», digo, más que con los labios, con el corazón. Y animoso, resuelto, lleno de fe y de esperanza, abandono aquella mansión de paz, aquel nido de poesía.

Las ocho... El automóvil me traslada en unos minutos a Salamanca. ¿Para qué prolongar la angustia del recuerdo, capaz de convertirnos en estatua de sal, como a la esposa bíblica de Loth?

¡Parece que las cosas no pasan; pero sí pasan, corazón…!

El Adelanto (18-09-1924)
La Noche (22-09-1924)

El jardín de Isabel

He pasado casi todo el mes de septiembre en Salamanca y en los pueblos más importantes de su provincia: Alba de Tormes, Ledesma, Peñaranda de Bracamonte... Por dos veces he visitado Alba de Tormes, el pueblo de mi infancia; quedan en él mis mejores afectos y recuerdos; es muy grato tornar a visitar la vega del Tormes en que Garcilaso compuso sus mejores canciones y sonetos, al cobijo del castillo de los Álvarez de Toledo; es muy dulce volver a visitar el templo que conserva los restos mortales de la Reformadora del Carmelo, Teresa de Jesús. Y he revivido horas de plenitud y de tristeza, tornando a ver las piedras queridas, contemplando la incesante oleada humana que no se detiene nunca, los rostros desconocidos que ocupan el hueco de los rostros familiares, los hombres que eran niños y las mujeres que eran nenas cuando yo abandoné mi rincón por los tráfagos, baraúndas, quehaceres y preocupaciones de la Corte.

Y he visitado también, en las primeras horas de la mañana, el que fue jardín de los duques, huertecillo hoy, consagrado a los cuidados expertos de un jardinero habilísimo. Este jardín, frente a las ruinas de un viejo monasterio, a la vera de la calzada donde Teresa oteó por vez primera los muros bajos y las altas torres de la villa, conserva restos y vestigios de su gracioso y pasado esplendor. En él amó intensamente el dulce poeta de las Églogas a la rubia dama portuguesa: doña Isabel de Freyre, dama de singular hermosura, tan amiga de Minerva como de Venus, y tan capaz de sumir en dulces melancolías un corazón como de hablar con elegancia el toscano y de pulsar con raro hechizo las cuerdas de la vihuela. En este jardín todo es íntimo y recogido; los cenadores están cubiertos de tupidas parras; por doquier alfombras musgosas, enredaderas, madreselvas y rosaledas; las escalinatas, de gusto italiano, recuerdan los accesos a las "villas" escondidas de Padua y de Verona. Pues bien, cada año que pasa está más desmantelado, más roto, más melancólico, este jardín. Un magnífico leoncillo de piedra ha sido separado de su pedestal de mármol para decorar la entrada de un castillo francés; unos ángeles que sostenían el escudo de los duques desaparecieron de su puesto de honor; unos preciosos medallones romanos han huido para siempre de su recinto; una estatua de la Primavera ha sido despedazada en mil fragmentos que difícilmente pueden soldarse ya.

En los cinco años, bien corridos, que he estado ausente de Alba, el precioso jardín ha perdido, casi del todo, su fisonomía delicada y renacentista. Los dueños, ricos, ocupados en el fomento de la ganadería, han estropeado, por censurable incuria, uno de los jardines más bellos de Castilla; el Concejo, insensible a lo que desconoce y a lo que no puede apreciar, ha permitido el despojo del jardín; la Comisión Provincial de Monumentos, integrada por unos cuantos deportistas incapaces de distinguir al Dante de Cavestany, no se ha enterado siquiera de semejante profanación. Y yo, yo solo, en mi pueblo, en ese pueblo cerrado e impermeable como la pizarra que le sustenta, a la emoción estética, tengo que expandir mi protesta, platónicamente, desde las columnas de este querido diario, lamentando la desaparición irremediable de ese jardín sagrado para los amantes de nuestra lírica y de nuestra mística.

Me dijo el jardinero, muy formalmente, que los señoritos van a arreglar el jardín con tal rumbo, que piensan invertir en ello la suma –fantástica para el humilde servidor– de cinco mil pesetas. Dios ponga tiento en las manos del jardinero y en el gusto de los señoritos. Estoy viendo la muerte de los cenadores, de los graciosos soportes rotos, de las escalinatas, de los floreros de piedra, de los escudos ducales, de las cenefas y cornisas que yacen ahora en los suelos y que decoraron, hasta fines del siglo XVIII, las habitaciones de verano. Estoy viendo la explotación honrada, el cultivo intensivo de las lechugas, de los tomates, de las peras de donguindo. Y el espíritu suave, mimoso y acariciador de doña Isabel, de aquella dama a quien adoraba Garcilaso "por hábito del alma mesma", y el estro divino del poeta de Silicio [sic] y Nemoroso huirán, acongojados, de aquel tibio nido del amor sabroso y oculto. Y ya no nos quedará más que las riberas del claro Tormes, con sus bardales, juncos, chopos y alamillos, para evocarlos y saborearlos a nuestro antojo.

La Voz de Guipúzcoa (02-10-1924)
El Luchador (02-10-1924)
El Pueblo (03-10-1924)
El Noroeste (04-10-1924)

La ventana del castillo

1492

La ventanita da luz al oratorio de los condes. Villancicos se cantan en el oratorio, madrigales de grato sabor y lindos romances del pueblo. Juan de la Encina, el músico juglar, ha venido de Salamanca a pasar las vacaciones con los condes. Le deleita el pueblecito con sus torres altas. Desde la ventana oye el rumor del río, contempla la ladera sombreada de pinares, las huertas de los benditos Jerónimos, el otero, con el santuario de Nuestra Señora, los cerros del Carpio, las cuestas de Galiana, la nieve de los picachos de Gredos.

Con libros y cantares pasa las horas, embrujado, nuestro juglar. Hay un romance del conde de Alba que se enamoró de una pechera, que él ha puesto en música. Tiene graciosas cadencias el cantar. Roja es la faz de la moza, como manzana en sazón; a la puerta de su pecho ha llamado, con el recio aldabón de la impaciencia, el apetito del conde.

Pero la moza resiste el asalto. Las más expertas dueñas de la villa han cercado la belleza rústica; mas ella ama de amor a un ballestero del conde.

¡Conde de Alba, conde de Alba,
más te valiera morir!

El trovero es bien conocido en la villa. A su cátedra de música de la escuela salmantina acuden, en tropel, los escolares. Mozo, y galán, y músico, Juan de la Encina lleva a sus canciones el aroma de los campos en sazón. En ellas se huelen el romero, y el cantueso y el trigo encerado. Y se ven las mozallonas sudorosas y jadeantes de la siega de la recolección en ellas. Y el dialecto leonés tiene en el poeta inflexiones galaicas y mimosas:

Por mayo, era por mayo
cuando facen las calores,
cuando dueñas y doncellas
todas andan en amores.

Y la canción es una queja que alarga momentáneamente su ritmo cadencioso para morir en un suspiro…

Años después

Ahora es Garcilaso, el caballero toledano, el cantor de los ríos –del azul Danubio, del Tajo, quejoso de su cárcel, del claro Tormes, que escapa de las nieves de la sierra para morir en el Duero–, el que se asoma a la ventanita. Es el mismo paisaje de siempre. Con sobriedad lo ha trazado en su égloga segunda. La vega «grande y espaciosa», es verde «en medio del invierno frío», y en la fuerza del verano. La vega del sacro Tormes se le antoja deleitosa. Y se levanta una ladera,

con proporción graciosa en la altura,
que sojuzga la vega y la ribera.

Y la ladera sirve de cimiento a «la espesura de las hermosas torres». Y virtud, linaje y riqueza de toda suerte tienen su asiento en el castillo de la ventanita donde se asoma el poeta.

Ahora este castillo es rudo como una fortaleza, y elegante y risueño como mansión de un príncipe toscano. Los más alegres frescos decoran sus muros. Se han traído estatuas, armas, cuadros, instrumentos músicos de Italia. Hay un jardín, al extremo del palacio, decorado con la más exquisita elegancia. Una dama rubia y temprana, doña Isabel de Freyre, oye los latidos del corazón cuando el caballero toledano se le acerca, risueño y aturdido, a ofrecerle su brazo.

El castillo es mansión de poetas y de filósofos. Un fraile italiano ha llevado al pueblo las inquietudes del Renacimiento. Luis Vives ha venido desde Amberes a solicitar el magisterio y la privanza del hijo de Don Fernando Álvarez de Toledo. La iglesia de Santa María tiene unos pórticos graciosos que recuerdan a Bolonia, y el campanario de San Pedro, que domina la vega, parece una flecha que recuerda la cimera florentina de la Señoría.

1648

Un prisionero se asoma a la ventana; es Don Pedro Calderón de la Barca. A la caída del Conde-Duque de Olivares, los nuevos privados del rey Don Felipe IV le han desterrado a Alba. Y en el destierro, el diablo, harto de carne, es cofrade de todas las cofradías, y devoto de todas las novenas, y madrugador de las misas dichas a la aurora, y sembrador de pesimismos, y galanteador de peligrosos galanteos y aventurero de no muy santas aventuras.

Dos años y medio permanece en el castillo Don Pedro Calderón de la Barca. Los duques abandonan ya la villa grandes temporadas por los placeres de la Corte; los ricos y pudientes trasladan también su residencia a Salamanca. Se despuebla la villa; el concejo va malvendiendo sus tierras comunales; en el jardín han entrado a saco los servidores del duque para llevarse las estatuas desnudas y las amables estampas a Piedrahíta; el fuego ha devorado la iglesia de San Pedro.

Todos son ya guerreros en la villa. La agricultura es un oficio vil; D. Pedro, encerrado en el castillo, compone una crónica de las bodas de Don Felipe con Doña Mariana de Austria. Y marcha a la corte. Y se ordena de sacerdote.

1923[37]

No ha cambiado la vega «verde y deleitosa». El Tormes sigue cantando su canción de paz. Abajo, junto al puente, chirrían las ruedas de las tenerías y las piedras de los molinos. Sobre los barandales metálicos del puente, unos desocupados contemplan las ondas del río, los cerros del Carpio. La torre del Homenaje, horriblemente desconchada, sirve de espaldera a un mesón enjalbegado. De la ventanita van cayendo piedras y más piedras; el lienzo se está resquebrajando y abriendo; los rastrojos de una cortina conciertan su amarillez con la de la piedra rota.

En el oratorio anidan las lechuzas y pernoctan los gitanos.

Y estas ruinas que acaba de pintar Zuloaga sirviendo de fondo al retrato de su actual dueño, están tasadas en el inventario de los señores duques por los señores albaceas en la suma fabulosa de cien pesetas. Os aseguro que la hacienda no puede sentirse defraudada.

La Esfera (01-11-1924)
El Sol (30-08-1918)

"El Tormes"[38]

Mis amigos de Alba de Tormes han tenido la bondad, que les he agradecido mucho, de enviarme el primer número de su flamante semanario local. Un dibujo de la villa –su perspectiva más graciosa y risueña desde el Espolón– con los muros altos que lame el río, y la piedra blanca de la Basílica en construcción, y el torreón del Homenaje al fondo, decora la primera página del semanario. Anuncia buenos propósitos y escribe cosas discretas y ponderadas.

Vaya por delante el sincero deseo de que "El Tormes" goce largos años de vida y que sirva de espuela y de acicate para la inercia colectiva que se ha apoderado, desde hace años, de la villa de Teresa y de los Duques.

Ya el hecho de publicar un semanario en un pueblo donde todo se hace a la sordina y donde gustan ciertas gentes de vivir a la chita callando, merece todas mis simpatías. En Alba el mayor delito es desafinar; por eso me gustan tanto los desafinadores de mi pueblo. Todo lo que no sea

[37] En *El Sol*, donde se publicó con anterioridad, figura 1918.

[38] El 10 de noviembre de 1929 sale a la luz el primer número del semanario albense *El Torme*s para morir el 2 de marzo de 1930.

andar, y nadar, entre sombras, parece pecado gordo y digno del infierno. He aquí por qué tengo que aplaudir el hecho de que unos muchachos salgan al público, con un semanario, a relacionarse con los pueblos vecinos, a ponderar y valorar lo que ellos vean en su limitado círculo de acción, a ejercer la función sagrada de la censura y del aplauso de los actos públicos de sus convecinos. Si algo les supone mi colaboración, cuenten con ella sin regateos. Yo me sumaré con mucho gusto en tan buena campaña a la censura pública, para que desaparezca el comadreo privado.

Alba tiene sus problemas materiales urgentes que resolver: el de la estación, el del pantano, el del arreglo y mejoramiento de sus medios de comunicación, el del adecentamiento urgente de la villa, para ir canalizando y normalizando el ingreso de las peregrinaciones, pero sus problemas morales son más urgentes todavía. Hay que acabar con eso del aislamiento. Alba forma parte de una provincia, de una nación; sus problemas interesan, por ende, a todos los españoles; los que la dirigen entre sombras, deben salir a la plaza pública a responder de sus actos. El hecho de que un hombre goce de independencia económica, lejos de eximirle de deberes, se los aumenta a cada paso. En Alba, la gente del pueblo emigró en proporciones aterradoras, porque no pudo vivir. Esa emigración fue obra del egoísmo, y, sobre todo, de la insensatez ambiente. Allí se aceptaron, a la buena de Dios, gentes que se consagraron a la labor de erigirse un pedestal de arena en un cementerio, y todavía es tiempo de que no se salgan con la suya. "El Tormes" puede hacer mucho ruido. Todo el mundo sabe que es un río que suena cuando quiere sonar.

Estos amigos de "El Tormes" emprenden ahora una labor que debiera estar terminada hace varios años: la de la purificación de la villa.

Basta con hablar en voz alta para que las comadrejas se retiren a sus guaridas y reboticas. A la primera batida estoy seguro de que no tendrán enemigo en frente. Mansamente, buscarán la transacción, el "statuo quo" [sic], la continuación actual del estado de cosas. No se dejen embaucar estos muchachos. Es una batalla que está ganada solamente con salir al campo. Estos entorpecedores de la vida local han vivido sencillamente del silencio piadoso de los demás. "El Tormes" puede limpiar muchas cosas en su corriente. Y los fantasmas se conjurarán, y los más y los mejores ocuparán el lugar del que les desplazaron los peores y los menos.

El Adelanto (16-11-1929)

Visita a Alba de Tormes desde Salamanca

Veinte kilómetros de distancia, estudiante, a la villa ducal. En el tren, desde la estación; en auto de línea, por la carretera. El paisaje casi es idéntico. Pueblucos tendidos al sol en la llanura; manchas de encinares; los oteros del Arapil famosos; el Carpio más allá, vigilando el Tormes.

Bernardo estaba en el Carpio;
el moro, en el Arapil;
como el Tormes está en medio,
non podían combatir…

Pero desde la carretera es más íntimo y familiar el paisaje, y se siguen mejor las huellas de Teresa de Jesús, la monjita andariega que muriera en Alba de Tormes el 15 de Octubre de 1582. Monte, siempre monte... Pelagarcía, Pelabravo, La Maza, Valdesantiago. La fuentecica teresiana a la vera del camino. Y después, al descubrir la vega, la perspectiva total de la villa, «alta de torres y baja de muros», que dice el dicho decidero de la comarca. Torres y más torres; el castillo; la Torre del Homenaje... Sobre un lecho de pizarra descansa la ciudad de Teresa y de los duques. Hay casas con solaneras mirando al río, casitas bajas y achaparradas, un bloque inmenso de piedra de la Basílica en construcción. Y paz. Y quietud. En el cielo –azul– no se divisa una nube, y el Tormes canta a todas horas su canción de paz.

Alba es un remanso. Nadie en las calles. Las campanas siempre tañen en alguna festividad. El canto de los afiladores, de los ajeros, de los hueveros, se prolonga en el silencio, denso y macizo, de la villa. Detrás de unos visillos blancos, estudiante, espiarán tu paso ojos negros de muchachas recoletas del hogar, y un piano desgranará una vieja melodía que te hará sonreír. Tu primera visita –ya lo sé– es para las Madres Carmelitas. Verás las reliquias de la Santa; el corazón que aseguraban nuestros abuelos haber visto traspasado por el dardo de fuego de un Serafín, el brazo, el sepulcro que se venera en el presbiterio. Después, la celda de la muerte de Teresa. No lejos de esta celda, en el patio del convento, un almendro estéril dio flores blancas la noche del tránsito de Teresa al palacio celeste de su buen Jesús. Los ángeles bajaron hasta el monasterio tocando

arpas de armonía inefable. Después te enseñarán la maravillosa Soledad, de Pedro de Mena. Y ya en plena devoción teresiana, remata tu excursión con la visita de las Isabeles.

Atravesarás el pueblo, casi todo el pueblo: la Plaza Mayor, asentada sobre porches que fueron arrancados al palacio ducal; la calle de Manterola; la linda iglesia de San Miguel, con sus ábsides románicos; el monasterio de Benedictinas. Provéete de almendras para tu novia. Allá, en las afueras, ante el jardín del castillo, que algún día sirvió de refugio a Juan del Encina, de escenario de amor a Garcilaso, de destierro a Calderón y de descanso a Lope de Vega, que firma alguna de sus comedias en la villa, se levanta la humilde iglesia franciscana de las Isabeles, que fue la morada de Teresa antes de que Francisco Velázquez y Teresa de Layz dotaran su fundación. Las ruinas de San Francisco al lado. Por la calzada, al castillo. Desde aquel altozano la villa tiene una perspectiva encantadora. La vega es la misma donde iniciaron sus diálogos Silicio [sic] y Nemoroso. Unos álamos bordean las orillas del río, que, a las veces, forma meandros que buscan la sombra y saben cobijarse bajo la arboleda. Desde el castillo, torna al centro de la población por el viejo barrio de los pajes. El escudo en pizarra de los García, hijosdalgos de la villa; «de García para arriba, nadie diga»; callecitas pinas y viejas hechas con los despojos del antiguo esplendor ducal. La iglesia de San Pedro. Un lindo Santo Cristo en ella y un buen cuadro de Morales, el Divino. Como el tiempo se ha detenido desde que entraste en la villa, prolonga tu paseo por la puerta del río; asómate a la Torre del Homenaje y vuelve a la Plaza para almorzar.

Encarga el menú, si te es posible, y visita la confitería de Polique en busca de los merengues. Encarga truchas del Tormes, del Barco, que suele haberlas, y muy frescas, y logra que te condimenten caseramente una perdiz. Manjar de dioses. Al casino después. Suelen tener cerrado el Espolón y las iglesias a estas horas; conviene descansar; la quietud ya se te ha pegado al ánimo, y las manillas del reloj se mueven con un ritmo más lento que en otras partes. Te recomiendo la excursión a San Jerónimo, al remate de la dehesa comunal. Es un delicioso paseo de más de dos kilómetros. En lo que fue iglesia luce todavía gallardamente en los escudos el sol de los Austrias; en las casitas labradoras que circundan el monasterio de los viejos Jerónimos verás losas sepulcrales de colegiales, antecesores tuyos en la escuela del siglo XVI, que descansan su eterno sueño para siempre en aquellos muros. Nueva perspectiva de la villa, que tanto gustó a Garcilaso. Las dulzuras de la tarde de otoño se condensan en un crepúsculo rápido que va coloreando de mil matices diversos el lecho pizarroso en que descansa el pueblo. No dejes de ver, si tienes tiempo, los famosos enterramientos en alabastro de los Villapecellines que se guardan en San Miguel. Y asomándote al Espolón, cuando ya está cuajado y nutrido el paseo dominguero, puedes ganar el tiempo que te queda iniciando un idilio, que te indemnice de la fría ciencia de los libros.

En estos pueblos quietos, que vegetan cansados de vivir, florecen los idilios como las amapolas en los praderales de Abril. Y la ciencia debe estar fuertemente aliada en tu espíritu, estudiante, a la reja de amor. Tu Escuela salmantina te lo dice siempre y a todas horas. En los rojos vítores de los muros escolares, en los bancos de madera, carcomidos por el uso, de la cátedra de fray Luis, hay, trazados con el color de la sangre o grabados pachorrosamente a navaja, frescos nombres de mujer, a la vera de los títulos de los graduandos y de los escudos y divisas de sus casas y Jerarquías. El primer deber del estudiante es vivir altivamente su juventud. En la reja se bebe también la sabiduría en los manantiales perennes de unos labios frescos. Florezcan los idilios en tus viajes, escolar; aprende a tañer una vihuela, a rasguear una guitarra; hazte tuno de ocasión, que vale siempre más ser tuno que bobo; inscríbete en la Tuna de tu Escuela y viaja un poco, como los antiguos capigorrones que hollaban con sus botas zamoranas y sus capas cortas los pueblos de los alrededores, dando serenatas y conquistando bellas. No hay sabiduría sin amor. El que pierde su juventud no podrá nunca almacenar ciencia en los desvanes de su caletre. En estos viejos pueblos todavía conserva el estudiante su prestigio ancestral, y es lógico que lo aproveches para disipar el tedio en aquellas aulas donde os despachan poniéndoos anteojeras como a las mulas, haciéndoos dar vueltas y más vueltas a una noria sin agua, en labor obscura y fatigosa.

Al anochecer, antes de emprender tu vuelta a Salamanca en tren o en auto, la vega del Tormes recobra su serenidad augusta. Lucen algunas fogatas rojas, allá arriba, en los picachos de la sierra de Béjar. Las cuestas de Galiana y de Navales limitan el horizonte; el Tormes reanuda su canción; las luces amarillentas de la villa alargan las sombras de las ruinas en las cuestas y en los altozanos. Hace ya muchos años, en un anochecer de otoño como este, moría en su convento de la Anunciación, en una celdita cuya ventana miraba a la vega, a esta misma vega que tú contemplas ahora desde el otero natural del Espolón, Teresa de Jesús. Ya estaban cerradas las cuatro puertas de la Villa. La de la Torre se abrió varias veces, y por ella se dirigieron al convento pajes y dueñas en busca de noticias. La villa sintió entonces una densa sensación de angustia. Doblaban a muerto,

en la noche, las campanas de Santa Isabel, y de San Martín, y de San Francisco, y de Santa María de los Pajes. Lucían estrellas luminosas como luceros en la noche clara. Y en la villa quedó desde entonces, desde 1582, la huella viva de Teresa pegada a las solaneras de las casas viejas, a los muros altos que lamen el río y a las almenas y fosos y contrafosos del castillo de los Álvarez de Toledo.

Por eso, para que por ti mismo señales la huella viviente de la gran escritora y de la mujer singular en este pueblecito tan cercano a tu Escuela, he insinuado esta excursión. Te sugeriré otras alguna vez: has de asomarte al paisaje serrano de Béjar; has de asomarte a las piedras románicas de Zamora, cuyo silencio está cuajado de las asonancias, cajas, tambores y timbales del Romancero... Regresa ahora a Salamanca. Unos minutos. Terradillos, los montes, la fuente, las cuestas de Pelagarcía, «el alto soto de torres», que cantó Miguel de Unamuno en horas de paz. Las Catedrales se reflejan en el río. ¡Duerme, estudiante, que has ganado el día! Mañana, cuando el cimbalillo universitario rompa tu sueño, verás de nuevo ante la retina de tu corazón la vega de

aquesta tierra de Alba, tan nombrada

que hizo vibrar tantas veces de amor, ante los encantos de Isabel de Freyre, el espíritu inquieto y juvenil de aquel poeta y caballero toledano que se llamó Garcilaso, y que murió, de cara al enemigo, a sus treinta y tantos años, lejos de esta España que él amaba y conocía tan intensamente.

Crónica (15 12 1929)
El Tormes (15-12-1929)

La Soledad[39]

El recuerdo más hondo y más inefable que guardo en el corazón del día del Viernes Santo en la niñez, es el del sermón de la Soledad, en el Convento de Madres Carmelitas Descalzas, de Alba de Tormes, donde se venera el cuerpo de Teresa de Jesús. El sermón se celebra, ya bien entrada la noche, en el Monasterio. Asisten a él los Carmelitas, encapuchados, con sus capas blancas, sus sandalias y sus hábitos café. El Tormes deja llegar hasta aquel paraje el rumor doliente de sus quejas. Los praderales de la vega envían también sus primeros perfumes primaverales a los pies de la Soledad. Y en la noche tibia, y clara, y dulce, por lo común, del Viernes Santo, se quiebran todos los ruidos y todos los rumores en aquella plazoleta de la Santa, que comienza a llenarse de fieles. A las hembras les crujen las faldas de seda, al paso, y los hombres llevan sus mejores galas al sermón.

En la iglesia, ningún adorno superfluo. Los altares están cubiertos de las telas moradas y solamente se deja al descubierto, en el presbiterio, el sepulcro de la Madre Fundadora, rico de plata afiligranada salmantina. Y entre diez o doce hachones, sin más aditamentos ni requilorios, en el centro de la iglesia, la Soledad. Esta dulce Soledad de las Carmelitas es la joya de mi pueblo. Tiene su historia y su leyenda. Doña María de Colón y Henríquez, Condesa de Monterrey y esposa del Gran Duque de Alba don Fernando, la regaló al Monasterio. Dicen que la trajo de Nápoles en sus tiempos de virreina. La imagen, en efecto, es la de una *ragazza* napolitana, tallada en rica madera policromada. De los ojos, ardientes y puros, y absortos a la vez, brotan dos gruesas lágrimas que queman el rostro moreno. La boquita se pliega en un breve rictus de amargura. Las manos en cruz están en actitud de plegaria y el manto, compuesto y armonioso, no descubre un momento de dejadez y descuido. ¡Qué bonita es la Soledad de mi pueblo! Pero la imagen de mujer es también de la Madre de Dios. María presiente la resurrección del Hijo, y en su compostura se advierte el presentimiento de que no puede ser estéril el sacrificio de la Cruz. Y María tiene delante de sí la corona de espinas, que es la corona que mejor cuadra a todas las Madres.

El sermón es siempre breve y patético. Habla de los dolores y de la soledad y del sacrificio de la Madre. Y el órgano lo glosa a continuación. Los Padres, con su voz grave, y con su dejo gangoso y gutural las monjitas, entonan el *Stabat Mater*.

Y las notas del órgano lloran y rugen, y murmuran, y se pierden en dulcísimos trémolos, y vibran después con todos los dolores violentos de la pobre Humanidad en los registros graves, y mueren, y callan al fin, suspirantes y esperanzosas, que mañana resucitará el Justo de entre los muertos, levantando Él mismo las tapas del sepulcro, entre los soldados dormidos.

[39] Años antes, ya había publicado una semblanza similar en *Alrededor del Mundo* y en *ABC* con el título «La `Soledad´ de mi pueblo», y en *Gente Joven* con el de «El sermón de la Soledad» (O.C. Tomo V, página 29).

Y nada más. La ceremonia, breve y sencilla, se ha concluido. Se apaga la vela amarilla que permanece encendida del tenebrario y los diez o doce hachones que en el presbiterio alumbraban la imagen de la Soledad. Resuenan las carracas en los dos coros. Por unos minutos queda la iglesia en tinieblas perfectas. Torna a alumbrarse el rostro de María y desde cerca se ven muy bien en la graciosa talla tres lágrimas que surcan sus mejillas de Virgen morena y maternal. Hace ya muchos años, muchos –¿te acuerdas, corazón?–, nuestra madre nos llevaba de la mano para que nos arrodilláramos ante la Soledad. Y llevaba una velita a casa para los días de las tormentas y para la vigilia de los enfermos graves. Después, en silencio, salíamos a la plazoleta de la Santa. Los Carmelitas, encapuchados en sus capas blancas, silenciosos, solemnes, salían a su convento, que está enfrente del de Santa Teresa, en la misma sugestiva y evocadora y castellanísima plazoleta. Oíamos, camino de casa, la canción del río que decía sus primeras trovas a la primavera y aspirábamos, sonrientes y anhelosos, los primeros olores tempraneros que llegaban de la vega. Ni un rumor, ni un ruido, profanaban el denso y hondo silencio de aquella noche de los Viernes Santos de mi niñez. Y acostados, después de la colación de pescados, de huevos y de lacticinios, pensábamos en las estrofas del *Stabat Mater* que acabábamos de oír y admirábamos las manos ágiles del organista, del Padre Manuel, que en el órgano grande de los dos teclados dobles decía también toda su ternura y todo su amor de hijo ante las horas de soledad de María a los pies de la Cruz, en el Calvario, cuando el Sol se puso, los montes temblaron y las tinieblas se adueñaron de la faz de la Tierra, al presenciar la tragedia del Justo, que había de resucitar.

Mundo Gráfico (16-04-1930)

SALAMANCA

Para Crotontilo[40]

En un artículo nutridísimo que usted publicó ayer en *El Adelanto*, sobre ese inmenso lío de la Universidad hispano-americana[41], quiere que nuestra ciudad ofrezca a nuestros hijos, los americanos, ciencia y amor.

Despacio, amigo mío. Ciencia, no.

Amor, sí; pero amor libre, cancanesco, amor de comediantas y bailarinas. Si los americanos vienen a Salamanca a que les volvamos la cabeza con la Universidad gloriosa y las coplas de Fr. Luis y las disputas teológicas de Melchor Cano, ha de ser cuando les atraigamos con gracias mujeriles, no con terribles discursos de doctores feos.

Salamanca no es bien que siga con su viejo espíritu, de edades que pasaron. Tiene que reformarse del todo, tirando al traste los timbres gloriosos que le dieron unos señores cargantes que hacían silogismos.

No es lícito el vivir miserablemente dándonos bombo; tenemos que descastarnos.

Usted, bondadoso Crotontilo[42], no solamente es lector asiduo del bueno de Emerson; es un hombre *representativo*, que diría él, de la opinión del casino, de la buena fe burguesa, del patriotismo hinchado, y, sobre todo, del salmantinismo ferviente. Cuando me hablan de Salamanca, me acuerdo de sus *indígenas* más castizos; de usted, de don Arturo Núñez, de don Luis Caballero. Ustedes quieren a Salamanca mucho.

Yo, que también la quiero, me rebelo, a las veces; ahora estoy desanimado, del todo, con la Universidad hispano-americana.

Hablemos en serio y dejemos a un lado a William James. Jamás he manifestado en público mis opiniones sobre el asunto, aunque usted me haya incluido en su artículo de ayer, entre los hombres de EL CASTELLANO.

El asunto apenas me interesa. Me preocupa únicamente la pelea de los periódicos. Mi filosofía no es seria, consiste en hacer de todo materia de diversión. "Hay que pasar el rato" es mi lema.

[40] Firmado como Jorge de Alba

[41] Miguel de Unamuno y su entorno estuvieron en contra de ese proyecto de Universidad Hispano-Americana, incluido, como se puede ver, Sánchez Rojas. Crotontilo escribió su artículo el 12 de diciembre en El Adelanto, quejándose de los que ensalzan América del Norte y denigran España después del desastre colonial, sin atender a los genios españoles.

[42] Crotontilo: Seudónimo utilizado por el médico, escritor y periodista José González Castro.

Yo no creo, que los americanos quieran venir a estudiar a España.

Nos aborrecen. Tenemos que conquistarla de nuevo, y conquistarla con muchos versos de Galán, no de otro modo. El doctor Cobos no representa a los americanos, sino a los españoles residentes en Buenos Aires. Ni los americanos han soltado prenda todavía, ni Buenos Aires es todas las repúblicas sud-americanas, sino la capital de una de ellas.

Todas nuestras esperanzas no tienen fundamento alguno. Estamos, a tiempo, de crear atmósfera de solidaridad mutua, nosotros, los españoles, mejor los salmantinos en particular.

¿Cómo? No excluyendo a nadie, en comunión perfecta, sin dogmas, ni conciliábulos.

Si cree Crotontilo que esto es ser anti-patriota, venga Dios y lo vea.

Lo inmoral es lo otro, agitar la opinión, echando las campanas a vuelo en día de trabajo; quien miente a Salamanca, no la quiere.

Todo este movimiento actual no es universitario, querido Crotontilo, nada de eso. Los más interesados en el explendor [sic] y gloria de Salamanca, son los que han trabajado, no dentro de la Universidad, sino fuera sin temor a hacer planchas.

Pero si el movimiento se traduce en algo, que vaya ganando en harmonía. Sin bailarinas no se va a ninguna parte.

Dejémonos de cantar glorias a los americanos, que se reirán de ellas como buenos comerciantes, y ofrezcámosles juergas y bailes.

Propongo a unos cuantos diputados provinciales y a Cortes para arreglar este asunto de las danzas.

El Castellano (14-12-1904)

Los charros

La acogida que, al decir de los periódicos, ha tenido en Madrid la comedia de mi amigo y paisano Sr. Maldonado, estrenada por la señora Concha y el Sr. Morano, en el teatro de la Princesa, con el título de *La Montaraza de Olmeda,* me da tema hoy para hablar de las cosas de mi terruño. Séame lícito variar de motivo.

Apenas es conocida la Salamanca actual, con tener una vida mental, tan rica y tan intensa, que ya la quisieran para sí ciudades más espléndidas, ricas y populosas. Los literatos no conocen sino a Unamuno, y piensan que solamente el ilustre rector de la Universidad charra es el único ciudadano que escribe bien en la bella ciudad del Tormes. Pero si se les agrega que además del Sr. Unamuno, que aparte del Sr. Dorado Montero, hay media docena verdaderamente notable de escritores en Salamanca; que sus periódicos están escritos con una corrección, con una elegancia y con un *savoir faire* tan exquisito, que ya lo quisieran para los días de fiesta otros periódicos más extendidos y admirados, que la estudiantina, además de divertirse, estudia, sabe, trabaja y escribe, y que en toda la población se respira un aire de cultura y de tolerancia, que sorprende al forastero que sabe ver, ya se les dice una cosa insólita y extraña, acostumbrados a poblaciones de casino, de murmuración y de tedio.

Y todo ello, sin embargo, es verdad. Salamanca revive hoy sus mejores tiempos. Todo el mundo quiere saber y oír: hay hambre de ciencia y de cultura. Los estudiantes tienen academias donde trabajan en serio y celebran veladas universitarias que son algo más que mera exhibición de muchachos guapos. De ellas han salido jóvenes escritores de pensamiento robusto, que darán días de gloria a la tribuna, a la ciencia, a las letras y al periodismo. Los obreros confraternizan con ellos y se dejan enseñar. Tal vez la estudiantina, en conjunto, sea muy superior al profesorado de la ilustre y vieja Escuela. Es rebelde, pero estudiosa, indisciplinada, pero segura y firme, a la larga. La acción educativa se extiende al pueblo y no es aventurado asegurar que, después de Barcelona, es Salamanca, la capital, el pueblo de más conciencia política. Esto no se sabe fuera, pero se sabrá pronto algún día.

Salamanca ha llamado a los políticos para enterarse de las cuestiones más candentes de actualidad. Y ha oído al Sr. González Besada, y, recientemente, a Burguete, Cambó y Menéndez Pallarés. No puede acusársela de estrechez de miras. Oye a todos. Quiere enterarse antes de ponerse a obrar. El castellano es hombre de aplomo y tiene una lentitud desesperante. Castilla, por boca de su sede espiritual y de su cerebro, de Salamanca, quiere dejar sentir su influjo en la marcha política general del país. El *castellanismo,* del que ha hablado recientemente el Sr. Alba, para hacer

pasar un mal rato a los catalanistas, y, de paso, para demostrar sus actitudes de estadista, no tiene ningún significado en los labios del elocuente y joven exministro liberal. En cambio, es un estado de opinión en Salamanca, que hoy no va más allá de querer demostrar a Cataluña que Castilla es algo más que el Madrid oficial, que los fondos de los rotativos no representan ningún contenido real de opinión colectiva, y que, al cabo de cuentas, también los castellanos tienen un poder real, efectivo, y que su política es algo más que el expedienteo, la dilación y la rutina.

La literatura tiene briosos cultivadores en mi pueblo. Hay, dentro del género descriptivo y regional que ha servido de marco a *La Montaraza de Olmeda,* del Sr. Maldonado, escritores tan gallardos como Barco (D. Juan), Domínguez Berrueta y García Maceira. Para mi gusto, aunque su labor no sea mucha, está Barco, por la justeza de su colorido, por su precisión y exacta pintura del medio, por encima de los demás. Maldonado, cálido, retórico e impulsivo siempre, siente con más amor la charrería, pero es demasiado exuberante, a las veces, y nos maravilla, no su observación personal, sino la manera de su observación. Berrueta, escritor de pura raza, es más periodista que psicólogo. García Maceira es irónico, original, agudísimo. A todos ellos hubiera superado el gran poeta José María Gabriel y Galán, que supo decir de los campos salmantinos cosas tan admirables como ésta:

> Y cantaba también aquellos campos,
> los de las pardas onduladas cuestas,
> los de los mares de enceradas mieses,
> los de las mudas perspectivas serias,
> los de las castas soledades hondas,
> los de las grises lontananzas muertas, …[43]

Galán era, además de un admirable poeta, un escritor en prosa maravilloso.

No hay en Salamanca solamente escritores regionales. Ella ha moldeado el espíritu de otros que, como Francisco Antón[44], el cronista de *El Liberal,* comienza a llamar la atención del público. Rodríguez Pinilla[45] es otro poeta y periodista, de tan delicada e íntima tristeza en sus versos como de alcance intencional en sus artículos periodísticos, siempre sagaces, burlones y meditados. Y no quiero alargarme más de la cuenta, porque no se crea que quiero hacer un artículo de apreciaciones personales.

Lo que yo he querido hacer resaltar aquí, es que la figura de Maldonado no es única en su patria chica; que es fruto de un ambiente nutrido de ideas y de sano amor al pueblo; que es una muestra de una literatura *salmantina* actual, desconocida en la Corte, y, sobre todo, que al lado de la fachada de encajes en piedra de la más gloriosa y añeja universidad española, vive y alienta un pueblo robusto, sano, revuelto por el ansia de saber, trabajador y sagaz, que, añorando su vieja hegemonía en las lides de la antigua ciencia española, conquista y consigue el cetro de la mentalidad castellana de nuestros días.

Nuevo Mundo (30-04-1908)

Los patios de Salamanca[46]

La casa de las Conchas es uno de los edificios más hermosos de Salamanca. Enclavada al extremo de la calle de la Rua, frente a la iglesia de los jesuitas, llaman la atención del viajero las trece filas de conchas de la fachada del palacio plateresco. A la luz del sol, que dora sus piedras, proyecta sobre ellas hilos de sombras oblicuas que parecen flechas. Y las ventanas, dos partidas en cruz y otras por finísima aguja en forma de ajimez, lucen en sus arcos y antepechos sus menudas labores de gentil bordado.

[43] José María Gabriel y Galán. "El Ama".

[44] Sin duda se refiere al zamorano Francisco Antón Casaseca (1880 – 1970), periodista y poeta, quien estudió en Salamanca y cultivó la amistad de Miguel de Unamuno.

[45] Cándido Rodríguez Pinilla (1856 – 1931). Poeta ciego salmantino. Dirigió el periódico salmantino *El Diario*, que en mayo de 1904 se fusionó, bajo su dirección, con *El Castellano*. Sánchez Rojas, que ya colaboró en *El Diario*, lo haría con asiduidad en esta segunda época de *El Castellano*.

[46] Este artículo tendría continuidad, años más tarde, en otro con el mismo título también publicado en *Alrededor del Mundo*, y más tarde aún en *Diario de la Marina* (publicación decana de la prensa cubana), con los patios de San Esteban, Dueñas, Escuelas Menores y Plaza Mayor (O.C. Tomo V, página 67).

Y el patio es de veras primoroso también. Siempre que voy a Salamanca, le visito como a un viejo amigo. Ya nos conocemos los dos. Aquellos medallones elegantes y esbeltos, aquellas cinco lises del escudo de los Maldonados, antiguos señores de aquella casa encantada, la delgadez de la palma de sus esbeltas y ágiles columnas, han oído más de una vez nuestras confidencias estudiantiles.

Y de nuevo me he asomado al pozo. Aquel patio céntrico tiene una quietud de siglos. Construido según lo más probable en 1512, el ha visto surgir la decadencia de la ciudad gloriosa. Por allí desfilaron los tricornios de cuchara[47] y las amplias capas escolares del siglo XVII. Cerca de los estudios, vecina de la Escuela, la casa de las Conchas, nos cuenta con su silencio, sus enormes pesares. Recientemente, ha presenciado silbidos y protestas. Hoy sirve de tercera en amores. En estas tardes de Mayo, al toque de la oración, desfilan ante ella las buenas salmantinas rezadoras y beatas. Detrás, los estudiantes toman posiciones en el patio de la Clerecía. Y de buena gana la casa solariega de los Maldonados cedería sus lindísimas rejas para esos coloquios que hacen inolvidable la mocedad en las horas de tristeza.

Y otro patio, amigo mío, plateresco también, es el de la casa de la Salina, hoy palacio de la Diputación Provincial. Este patio, visitado por cesantes, por empleados, por diputados provinciales, por periodistas dicharacheros y mal intencionados, tiene un arco grandioso de entrada. Enfrente, sobre la escalera que conduce a no sé cual negociado, arrancan alcobados de altas pilastras, que concluyen en una galería gótica de bordado antepecho. Aquella galería es del gótico más limpio y primoroso. En la galería comienza una serie de enormes ménsulas rellenas de florones por sus dos caras. Sostienen un corredor desde donde asoman los empleados sus caras sonrientes y satisfechas.

Hablemos, para concluir este artículo, del patio de los Irlandeses. En otra ocasión hablaremos de los de San Esteban, Instituto, Dueñas, Universidad y colegios.

El colegio de los nobles Irlandeses es una de las instituciones más curiosas de España. Fundado por Felipe II, tiene una mansión digna del más exagerado gusto aristocrático. El patio –que se ha destinado a sala para la celebración de los Juegos florales que han de celebrarse en Septiembre próximo bajo la presidencia de la reina Victoria– es de dos pisos, y de una amplitud tan extraordinaria que en él caben unos cuantos millares de almas. Es una muestra grandiosa del arte plateresco de la ciudad. Fue construido por Pedro de Ibarra el 1529. El patio de los Irlandeses o del Arzobispo –que de las dos maneras se le conoce– ha sobrevivido milagrosamente, resistiendo, a principios del siglo pasado, el bombardeo del convento de San Vicente, y más tarde, la explosión de una fábrica de pólvora. Pero conserva, intactos, sus capiteles, bustos y medallones. Antiguo colegio mayor, aquel edificio ha servido luego de refugio a los nobles católicos de Irlanda que siguen, en Salamanca, la carrera eclesiástica. No pueden estar quejosos de su mansión. La portada principal es de Alonso de Covarrubias, y aunque pertenece al Renacimiento, nótase en ella ciertas inclinaciones a lo grecorromano. La espaciosa capilla ojival –como el patio– es obra de Pedro de Ibarra, y el retablo de la capilla del famoso Alonso de Berruguete "quien –escribe el Sr. Villar y Macías[48]– según escritura otorgada en 3 de noviembre de 1529, se obligó a hacerle en año y medio... y le fueron anticipados seiscientos ducados de oro."

Las ciudades que han presenciado nuestros cálidos sueños de adolescentes nos parecen tan familiares, tan "nuestras" que solamente lejos de ellas empezamos a quererlas y a admirarlas. Esto me ha sucedido a mí con la hermosa ciudad de los platerescos patios. Cuando he dejado de vivirla como estudiante he empezado a gozarla como aficionado. ¡Pero qué impresiones tan distintas, lector!

Pocas poblaciones tan artísticas como Salamanca y ninguna que haya explotado menos lo monumental de sus edificios, la esbeltez de sus edificios, la historia de sus edificios.

El Sr. Unamuno ha discurseado sobre el tema repetidas veces, y las acertadas y juiciosas razones del ilustre pensador no han hallado eco alguno en la opinión salmantina. Ahora que piensa

[47] Se dice que los estudiantes pobres de Salamanca llevaban en el tricornio o sombrero una cuchara de madera, dispuesta para comer la sopa boba en cualquier convento que les hicieran la caridad.

[48] Manuel Villar y Macías (Salamanca, 1828 – Salamanca, 1891). Escritor e historiador español autor de una voluminosa *Historia de Salamanca* publicada en 1887.

la ciudad castellana en remozarse, en adaptarse a la vida moderna, debe preocuparse del asunto hasta por conveniencia y utilidad colectivas. Muestren a los de fuera las joyas que encierra la ciudad, ocúpense de su explotación artística, fomenten el turismo, sin olvidar otras exigencias más perentorias y más urgentes. Toledo, ciudad muerta, vive de eso y no está Salamanca tan sobrada de vida que pueda prescindir de los rendimientos que la visita a sus edificios pueda proporcionarla. Ya volveré sobre el tema más en sazón. Por alguna campaña noble hemos de estrujar alguna vez la mollera, emborronando cuartillas y haciendo gemir las prensas.

Alrededor del Mundo (09-06-1909)

Peñaranda de Bracamonte[49]

"De Castilla, Peñaranda es la villa", reza un viejo dicho castellano, que saben todos los chalanes, mercachifles, logreros y labradores de estas llanuras. Hoy, Peñaranda es una ciudad flamante, fabricada por el ex-ministro señor Lacierva y Peñafiel, con harto dolor los que vemos, en un simple cambio de nomenclatura, una próxima mudanza de las cosas mismas. Con el permiso del padrino, Peñaranda es villa y muy villa. Villa castellana de soportales, de alhóndigas, de mercados; villa donde las puertas de las casas recuerdan las puertas labradoras, con tosca cruz de pino, doble hoja de madera y fuertes llamadores recios; villa de abolengo feudal, de base agricultora, de fiestas de tradición ranciamente villanas democráticas; villa, en fin, de casonas de fachada adusta, conventuales y sonoras, extendidas en la llanura parda, inacabable, solemne, a dos kilómetros de la antigua frontera de los reinos de Castilla y de León.

No sé si Peñaranda tiene historia, historia llamativa, externa; de la otra, de la mansa, de la insensible, la que se siente en las piedras, en el silencio de las calles, en el tañer de las campanas, en las salas abovedadas de las alhóndigas, en la noble adustez de las mujeres, en el continente de los varones, en las charlas del Casino, está saturada Peñaranda. Dejemos su pasado, mientras el cronista local desempolva los legajos del historiador Sampiro. Y digamos que Peñaranda tiene porvenir.

De los pueblos muertos de Castilla, Peñaranda es el menos muerto. Hijos de su siglo, de su año, los peñarandinos no tienen codicia –esa codicia sorda de los pueblos chicos– sino ambiciones. Hablan, no de enlaces caseros, no de préstamos hipotecarios, no del monótono tema de la caza, sino de política, de arte, de cosas que enlazan su espíritu con el espíritu ciudadano. Los gritos de ideal que vienen de fuera no se ahogan en Peñaranda; repercuten.

Del oleaje de tolerancia, de libre examen, de independencia espiritual que ha surgido de Salamanca, Peñaranda ha sabido preocuparse. Yyo, que soy muchacho, que lo seré siempre, que amo ver hombres nuevos en pueblos viejos, he visto en la villa castellana cómo comienza a separar su espíritu, no su cuerpo, del terruño que la ciñe; cómo empieza, poco a poco, en esta Castilla adusta y agónica, a mirar al cielo y contar inocentemente las estrellas, que son incontables...

Peñaranda ha remozado su cara y ha limpiado y alineado sus calles, endomingándose. Al observador poco cuidadoso se le marcharán esos pequeños detalles, una casa, una fuente, un árbol, un campanario, una voz lejana, un recodo, una plaza silenciosa, un soportal, un convento, un escudo mohoso que animan y dan carácter y relieve a estas curiosas villas castellanas.

Peñaranda tiene esos vestigios. No importa que el viejo solar de los Bracamonte se haya tornado en Colegio de jesuitinas, con el cartel bajo un balcón; no importa que la sugestiva iglesiuca de San Luis, en las afueras del pueblo, metida en una plazoleta típica, esté enjabelgada [sic] fuera de razón; no importa que la curiosa calle de Bodegones –notad cuán de villa castellana son estos rótulos– tenga un fondo importuno de casa flamante de mirador y llamadores dorados. Los soportales de la Corralada, los salientes y asimetrías de la calle de la Luz; el convento de Carmelitas –que fundó la misma Santa Teresa– aquella calle, amplia, larga, anchurosa y alegre de Nuestra Señora, tengo para mí que dan la sensación exacta, precisa y sintética de la villa castellana de labradores, mercaderes y colonos.

[49] Con este mismo título Sánchez Rojas dedicó otros artículos a esta población salmantina, todos ellos de distinto contenido, publicados en el diario *El Sol* y en la revista *España* (O.C. Tomo V, páginas 71 y 397).

Esta provincia de Salamanca, es fecunda en aspectos distintos de sus cosas históricas. Alba de Tormes, que fue asilo de Juan de la Encina y de Pedro Calderón de la Barca, morada de sus duques y sepulcro de Teresa de Jesús, no conservaría hoy, si no fuera por la mole ingente de su Castillo, aspecto de cosa añeja y rugosa.

Béjar, pueblo nuevo, nacido ayer a la vida de la historia, tiene después de la ruina de sus fábricas, del paro de sus telares y del holgar forzoso de sus obreros, la inmensa melancolía de los lugares muertos y despoblados.

Ledesma y Ciudad Rodrigo, nobles y bellos pueblos, están cargados de recuerdos y de añoranzas. Pero Peñaranda, el viejo feudo de los condes de Bracamonte, sin pesares pretéritos, sin fatigas del vivir, tiene la audacia y el vigor de los pueblos adolescentes, sanguíneos. No dice "¡yo he sido!", sino "¡yo seré!". Sabe que en el mercado actual, los pergaminos de los abuelos no salvan del deshonor a los nietos, hidalgos de gotera[50] y de galgo corredor, y que no son válidas las glorias que se nos donan, sino las que se conquistan.

Y Peñaranda vive democráticamente, sin exigencias ni imposiciones, en una perfecta fusión de clases sociales, más atenta a la vara de medir que al titulejo. ¡Oh, sí hace bien! La vara de medir, vista sin prejuicios universitarios y de casta, es más audaz que el sable, que la pluma, que el cupón, que los escalafones y que los buenos entroncamientos.

En Peñaranda hay un ídolo: el maestro de primeras letras don Eugenio Arias Camisón, a quien desde estas páginas envío mi saludo reverente y afectuoso. Esto de que en un pueblo castellano, donde se venera, por lo general, al cacique, al arrivista que casa bien o al funcionario ducho en empapelar en resmas del Juzgado al lucero del alba, se quiera, se respete al maestro, es un detalle curioso, hondamente revelador del carácter del peñarandino.

Y el señor Arias Camisón –cuyo padre fue también maestro, a quien Peñaranda hizo una calurosa manifestación, de afecto, pronunciando con tal motivo Unamuno una de sus más admirables oraciones– es de estos modestos funcionarios que, por su talento, por su conocimiento del alma infantil, por su modestia e independencia mental, merece ese resto unánime, ese cariño –mitad de padre, mitad de viejo amigo– que le tributa su pueblo. Yo visité su escuela; mi admiración era mayor cada vez; los rapaces conocían perfectamente elementos de historia, de geometría, de física, de fisiología, de gramática, mejor que muchos bachilleres y muchos hombres de carrera. No eran las de los rapaces respuestas de loro. El señor Camisón trataba de confundirlos, y los muchachos, firmes, con plena conciencia de lo que sabían, razonaban sus asertos. Mi asombro no tenía límites. Concluyó la lección. Un chico, con la bandera roja y gualda de nuestra España, comenzó un himno patriótico. Y el coro de voces infantiles cristalinas, santas, dijo no sé que cosas de nuestras glorias, de nuestras mujeres, de los muchachos que mueren, a la sombra de la bandera, por un ideal. El maestro mezclaba su voz temblona y desengañada en el canto infantil. Y yo estaba hondamente emocionado. ¡Oh, sí! ¡Hay que cantar la bandera, ser patriota, desde que unos cuantos físicos del modernismo han proclamado de mal gusto el amor a lo nuestro!

El Adelanto (04-06-1910)
Alrededor del Mundo (11-05-1910)

De Salamanca

En mi casa se conservan muchos papeles del malogrado político salmantino Julián Sánchez Ruano, que pasaron a poder de mi padre. Es muy posible que algún día, con el espíritu en calma, los recoja, publique y comente.

Ellos ilustrarán primorosamente la vida política y privada de nuestra ciudad en los años de 1860 a 1871.

En una carta que dirigía el señor Sánchez Ruano a otro político salmantino, decía, sobre poco más o menos, lo que sigue: "Salamanca, como siempre; torpe para la acción, agudísima y certera para la crítica. Todo se proyecta, pero nada se hace."

Han transcurrido cuarenta años. Moceamos los nietos de los que antaño se lanzaban a las barricadas y conspiraban contra el régimen en el Rollo. El juicio de Ruano puede repetirse porque es completamente de actualidad.

[50] Nobleza o hidalguía reconocida como tal en una localidad determinada pero que perdía sus privilegios si su titular trasladaba a otra su domicilio.

Nosotros, los mozos de ahora, somos mejores y peores que los mozos del 68. Mejores, porque estudiamos más, porque conocemos algo mejor el mundo, porque nos hemos asomado a Europa.

Peores, mucho peores que ellos, porque nos falta el coraje, el ardor, el ideal, –bueno o malo– que a ellos les empujaba a la acción. Tenemos sobre nuestros hombros la pesada carga del fracaso de aquel movimiento generoso, y la ironía, cualidad de débiles, el escepticismo, patrimonio de egoístas, la codicia, nos atan y envilecen. Don Quijote no es caballero de la España de hogaño, seducida por una legión de bachilleres, canónigos y sobrinillas insípidas.

¿Qué ha hecho Salamanca, qué ha hecho Castilla en estos cuarenta años? Vegetar a secas. En la política, es provincia la nuestra que no pesa nada; los labradores siguen arañando el terruño con el primitivo arado; en la industria, en el comercio, no hay sombras de espíritu colectivo. Lo que ha ganado Salamanca en población se lo debe a la gente de fuera, al ferrocarril. Lo que ha ganado en espíritu, a un hombre de fuera, a un vascongado, al señor Unamuno. Lo que ha ganado en empresas de alguna monta, a un francés de origen, al venerable señor Mirat. Dos edificios nuevos –San Juan de Sahagún, el palacio Episcopal– los construyó un castellano, no salmantino, el padre Cámara.

Únicamente la Universidad se ha dado cuenta del siglo en que vive. Hora es de decirlo: el tanto por ciento de profesores ilustres que tenga otra Universidad cualquiera, lo tiene Salamanca. Los recientes triunfos de los nuevos catedráticos lo confirman.

No han sido cinco cátedras, sino seis, las ganadas por salmantinos. Pues Cristino Cebrián, nombrado catedrático recientemente, de esa ciudad es y en su Escuela cursó.

Solamente, por excepción, he de citar a Dorado, cuyo nombre, glorioso, pasará a nuestros hijos junto al de los juristas modernos más ilustres. Nuestros escolares son mejores, en conjunto, que los de otras Escuelas; infinitamente mejores, por ejemplo, que los de Madrid. Pero no se ha fundido con el pueblo, ni le ha orientado, ni apenas le dice que existe. Además, necesita la Escuela salmantina alguien que la dirija, que la informe, que organice su actividad. Unamuno es un excelente sembrador de ideas, pero un pésimo hombre de acción. Es capaz de aguar el vino más añejo y generoso.

Carecemos de espíritu colectivo. Hasta en la política puede más, si luchan frente a frente, la codicia rural que el altruismo ciudadano.

En Salamanca no hay ciudad; hay individuos sueltos. Esos dominan la política, la literatura, la industria, el comercio, la agricultura; la gran masa contempla, aplaude o silba, según el resorte que la toquen. Pero detrás de esos políticos, de esos literatos, de esos industriales, de esos comerciantes y de esos agricultores, no hay pueblo no hay contenido.

Nuestros representantes en Cortes no son mejores ni peores que los demás.

A los políticos les da la fuerza el Cuerpo electoral, el partido organizado; nada de eso hay en Salamanca. Luego, a esos representantes se les abruma con pequeñeces, con molestias, con ansias de pellizcar la nacional puchera. No se les deja libres para achaques de mayor empeño. La influencia que pueden gastar en servicios públicos la malgastan, por culpa de los electores sueltos, en menudencias familiares. Y en Cataluña no pasa eso, por ejemplo. Es que no hay electores; hay partidos, que es otra cosa.

Y continuaré estos días. Veremos si Salamanca puede ser menos "torpe en la acción," como escribía Sánchez Ruano, a riesgo de ser menos "aguda y certera para la crítica".

El Adelanto (04-02-1911)

¡La crítica!

En Madrid no nos gobiernan los políticos; detrás de ellos están los periodistas, que son los verdaderos amos del cotarro; en Salamanca no se nos gobierna desde los escaños del Concejo, desde los sillones de la Salina, desde los pasillos del Gobierno civil; detrás de ellos, se nos gobierna desde las mesas del café.

La opinión pública se depura a través del ingenio y del donaire de unos cuantos amigos de café.

Esa es la verdad, toda la verdad del caso.

El espíritu corporativo se forma con el entusiasmo que razona poco y analiza mal; con la fe, que es hermosa cualidad de mujeres, "las mejores almas españolas", que escribía Maeztu; el espíritu corporativo se fragua con la cohesión y el sacrificio. Mas el espíritu aldeano es cominero,

comadril; los inmóviles censuran a un pobre caminante por que tropieza; los cazadores de dotes, a un enamorado, porque se ha buscado un dolor; los mudos, a los que escriben o hablan; los holgazanes, a los que trabajan poco o trabajan mal. En este ambiente vive Salamanca.

Las empresas generosas fracasan, porque detrás de la idea está la persona, y la persona tiene amigos y tiene detractores. No se hacen las cosas en nuestra ciudad para que nadie cargue con la gloria de haberlas realizado. La gente se queda tuerta con gusto para que el vecino de enfrente pierda los dos ojos. Y vive haciendo la trepanación de los proyectos ajenos, de las ilusiones ajenas, haciendo el balance de la caja que no ha de ser nunca suya.

No habiendo más sanción que la protesta de la mesa de café, el que prescinde de ella puede dedicarse, con la mayor impunidad, a mover los hilos del resorte de que ayer os hablaba.

Vamos a variar todos. Vamos a unirnos fijando antes la finalidad concreta de nuestra unión. Vamos a hacer el balance de nuestras culpas, de nuestra pereza, de nuestra inacción, de nuestros fracasos. Vamos todos a elevar nuestro espíritu en aras de los obreros, que son los más perjudicados en esta crisis. Vamos a formar nuestra ciudad. Y con calma, con entero reposo, con absoluta cordialidad, a trazar el nuevo programa redentor.

Y a poner todos sinceridad. El político en sus gestiones; en sus palabras los oradores; los diputados en sus expedientes; yo, en mi pluma. Ahora, espoleando a todos, azuzando a latigazos, si es preciso, las espaldas ociosas; luego, a cantarla en el santuario de mis recuerdos de mozo. ¡Ciudad de mis amores, despierta, despierta!

El Adelanto (08-02-1911)

El secreto de Salamanca

¡Oh, Salamanca! Entre tus piedras de oro,
aprendieron a amar los estudiantes.
(Unamuno, «Poesías»)

Esta dulce, esta apacible y sosegada noche de Septiembre hemos salido a pasear unos cuantos amigos las viejas calles de Salamanca con Jacinto Benavente, el dramaturgo glorioso. El cielo está hosco y gris; por las calles viejas, escondidas, silenciosas de la dorada ciudad del Tormes, no transita nadie; está la noche henchida de placidez y de silencio. Y todos evocamos las viejas piedras con amor, y todos recordamos las aventuras nocherniegas de estudiantes, y a todos nos habla con el mismo lenguaje de mocedad la ciudad doctora. Benavente calla, mira, recuerda otros viajes. El diálogo es perezoso y lánguido; cada uno, entregado a su silencio, envuelve el espíritu gratamente en los recuerdos de su mocedad. Estamos en el patio de Escuelas Menores. Fray Luis, en el centro, diríase que rumia, por primera vez, la callada armonía de la oda al campo. Los viejos muros, llenos de trazos rojos, de recuerdos de novatadas de la escolaresca, encendidos a la caída de la tarde por el sol que nunca se harta de besarlos, descansan de sus horas de luz. Las almenas siguen dando guardia de honor a la fachada plateresca de la Escuela, femenina fachada de encajes, de encantadoras nimiedades, filigrana de piedra roja.

Seguimos nuestro paseo. Llegamos hasta el puente. Sigue cantando su canción de quietud el claro río, a los pies de la Peña Celestina. Mozalbetes pelan la pava a la vera de rejas luminosas. Una iglesia plateresca. Un palacio gótico esbelto, señoril, que parece fabricado en el aire por manos de hadas invisibles. La casa de las Conchas sutil, misteriosa, elegante, con los hierros labrados de sus rejas, mansión de ensueño de príncipes enamorados. Uno de esos jardines abandonados, melancólicos, tristes, que ha evocado el amigo Azorín. Las galerías, los arcos rasgados, las columnas de primorosos capiteles de Monterrey. La pirámide de torreones, oriental, de la Catedral Vieja. La torre del Clavero, gallarda, sirviendo de fondo a la estatua de Colón, en una plaza del Renacimiento. Piedras plácidas y mozas que no nos inquietan, piedras de Salamanca que sirven de escenario a estudiantiles amores, piedras que han sido cantadas a hurtadillas en un madrigal durante las horas robadas al estudio docto y grave de los cánones, van haciendo resbalar esta noche, sobre nosotros, toda la intensa poesía de su elegancia y de su dulzura.

Como ellas saben el secreto de Salamanca y no son avaras de su saber, nos lo van transmitiendo esta noche alegremente, así que ponemos nuestro espíritu al contacto del suyo, en el silencio.

La austeridad, la tristeza, el grave empaque, la pobreza rectilínea del razonamiento castellano, nada tienen que ver con estas piedras, que son versos blancos, floración del Renacimiento en la llanura, eco de Italia que no trajo sólo a Salamanca la ciencia de sus glosadores, sino la elegante sencillez de sus palacios y la ondulante gracia de las pláticas amorosas de sus damas y de sus cor-

tesanos. Advertidlo bien. Cervantes viene a Salamanca y le *enhechiza*. Fray Luis, en el retiro de su quinta agustina de La Flecha, entre el estruendo de las murmuraciones del claustro murmurador que no le perdona su parentesco con Horacio, pulsa su lira pagana y elegante, con estrofas que estarían escritas en Florencia, sino fueran rimadas en Salamanca. Hurtado de Mendoza pone aquí sus pícaros. Sabe que el amor es ciencia de muchas caras, que los letrados pobretones justifican entre rosarios de argucias los achaques del hampa, que la ciudad del Tormes sabe más de picardías que de deberes. Torres y Villarroel sueña aquí todo linaje de enredos, discusiones y disparates. Unamuno, finalmente, en la soledad de su cuarto que parece una celda, empolla sus diabólicas paradojas en la ciudad tranquila, contagiado por el espíritu mozo que le envuelve y agita.

No. Salamanca no es ciudad de doctores, sino de muchachos. Es eternamente moza como sus estudiantes. Sus piedras incuban lentamente sueños de mocedad; están hechas para la confidencia y para el abandono. Notad que Salamanca es el pueblo de las rejas labradas y de los patios; que si sus doctores inician en la ciencia, sus mozas inician en el amor.

Pueblo de amor es Salamanca: contagiadas de muchachez están sus piedras doradas y nobles. Esta noche nos hablan ingenuamente. No en balde aprendió la nigromancia en las cuevas de San Ciprián don Enrique de Villena. Nigromancia para quebrar sin peligros la honestidad de las doncellas, brujerías para que la dueña Celestina no meta en sus arcones los amarillos ducados que tienen los escolares para sus francachelas, arte de magia para sonrosar el cutis, remozar el cuerpo, fortificar el brazo, gozar en toda sazón de garbo y apostura.

Asiento de picardía es Salamanca, pero de picardía moza. Fama de amadores, más que de bachilleres, tienen sus estudiantes. El siglo de oro de la Escuela, llega a nosotros, no solo por los peregrinos argumentos de sus lectores, sino también por el estruendo de risas alocadas que aturden sus patios. La ciencia salmantina es una ciencia de muchachez. Don Diego de Torres Villarroel tiene bastante con las diabluras de su astrología judiciaria para sentar fama de docto, y en su aturdimiento, sóbrale el enredo de hurtar un libraco a un doctorcillo para que éste permanezca silencioso y turulato. Fray Luis no cuenta con la muchachería y es derribado por su alejamiento. Unamuno se sostiene en ella durante las horas amargas de su rectorado. Hay una brisa de juventud que orea Salamanca, desde Sancti Spíritus, hasta San Francisco, desde la puerta de Zamora, al puente Romano. Y esa brisa, ese perfume, ese airecillo penetrante de juventud, es el secreto de sus piedras de oro.

Que nos hablen calladamente al espíritu esta noche. La bella noche otoñal envuelve en su regazo el silencio de Salamanca, silencio de sueño contenido, de mocedad que espera, de anhelo insatisfecho que tiene su premio en el porvenir. Otras poblaciones castellanas, Zamora con sus arcos rotos, con sus murallas desconchadas; Toro, con su soledad y su tristeza; León, con su pátina de vejez y de abandono, nos hablan de austeridad, de pobreza, de tragedia que ha muerto para siempre en la historia. Los patios góticos de Salamanca, sus rejas, los primores y acicalamientos de sus piedras, resumen entusiasmo y brío juveniles. Se dijera que su historia se está tejiendo continuamente por los muchachos, que antes graban a navaja el nombre de sus novias en los bancos de las clases que escriben la reflexión aguda al margen de la lección del texto. Quítesele a Salamanca su apodo de doctora, que es y será continuamente moza. Los estudiantes dan el tono a la ciudad y apenas tienen otra ciencia que la de los madrigales y sonetos, ciencia que si no convence, consuela al menos de haber nacido.

El Adelanto (03-10-1912)

Los patios de Salamanca[51]

Hay en Salamanca, cerca del río, una plazoleta irregular de una hermosura incomparable: la de San Esteban. A la puesta del sol, cuando las piedras pierden su matiz dorado, aquella plazoleta, a donde llega el eco de lejanos juegos infantiles, donde se escucha el timbre agradable de la esquila de la portería conventual que tintinea insistente; hay una paz que llena de dulzura el espíritu, que lo tonifica y conforta.

Allí se alza, imponente y aislada, con sus piedras mates, la portada del convento de San Esteban, famoso en la historia de Salamanca por haber hospedado a Cristóbal Colón. Se trata de

[51] Véase el número 523 (9 de junio de 1909) de *Alrededor del Mundo* donde se describen los patios de la Casa de las Conchas, del palacio de los Irlandeses y de la Diputación de la misma ciudad [Nota del autor]. (O.C. Tomo V, página 61)

un edificio ojival, imponente y sencillo, que tiene por fachada un retablo: tal es su hermosura y riqueza decorativas. Seis áticas, sostenidas en pedestales y zócalos guarnecen los pilares. Los netos están cubiertos de medallones con bustos, repisas y doseletes finamente esculpidos. Así remata el arranque de la arcada que coronan dos cornisas y un friso. Sobre este primer cuerpo se levantan un segundo y un tercero cuadrangulares. El último llega a la altura de las naves del templo. Los pilares terminan en unos remates cónicos, con anillos y labores, por detrás de los cuales se asoman las puntas de cresteadas agujas. Coronando los tres cuerpos, queda un balcón. Una espadaña con una campana en el arco termina la portada, viéndose sobre unos ramos una cruz tallada en piedra.

Junto a la portada, formando un ángulo abierto con él, descúbrese un atrio, sencillo y severo. El atrio da acceso al patio del convento, que es uno de los ejemplares más acabados y bellos del Renacimiento.

El patio dominicano está compuesto de dos galerías, alta y baja, de planta cuadrada y de la misma arquitectura, decoradas, sin embargo, con distinto gusto. Su elegancia estriba en las esculturas y en las tallas, debidas al cincel de Alonso Sardiña. Vense allí graciosamente mezclados y combinados el ojival y el medio punto, dominando este en los arcos; imprimiendo aquel su forma en las bóvedas. No hay en el patio una representación del arte grecorromano, aunque Churriguera, como casi siempre, lograse desvirtuarle y adulterarle.

Cada arco está sostenido por dos pilares, afianzados exteriormente con gruesos macizos botareles. Estos llegan a las cornisas del primer cuerpo. De los pilares se desgarran las consolas, que sostienen manojos de aristones en que descansa la bóveda que remata la galería inferior. Al cruzarse los aristones, determinan en su unión mallas que se convierten en bustos de santos y de mártires.

Cada pilar presenta en su frente un medallón y cada arco está dividido en cuatro compartimientos por tres finísimas pilastras. ¡Qué hermosas son las tallas de los capiteles! Lástima que algunos estén mutilados.

La planta superior es todavía más sencilla. Compuesta por arcos de medio punto, levántanse dos en el espacio que en la planta baja ocupó uno solo. Se cierra con un techo de madera, labrado a cuadros.

Ya os digo que este patio, en su conjunto, es de una graciosa belleza, digno del templo a que pertenece y de sus glorias y tradiciones.

El grabado del patio de las Dueñas que ilustra estas descripciones, os dará, mejor que yo pueda hacerlo, una impresión completa de su elegancia y buen gusto. No he podido ver ese patio todavía. La clausura es rigurosa y rigurosa también la prohibición de entrar en aquel convento. Hará cuatro años, con motivo de la visita de varios príncipes, algunos privilegiados tuvieron la fortuna de ver esta soberbia muestra del arte ojival; entonces también, seguramente, debió obtenerse esta fotografía. Yo no fui de los favorecidos, por no llegar a tiempo. ¡Paciencia!

El patio del Instituto, o de Escuelas Menores, cercano a la Universidad, merece también una mención detenida. Allí no reina el silencio. Por las mañanas, aquello es una bulliciosa colmena de muchachuelos que charlan, gritan, corren y patean. Hay un momento de silencio: la hora de lección. El patio, plateresco, como casi todos los edificios universitarios –la Universidad, el Hospital de Estudios, el colegio de Huérfanos– es un espacio cuadrilongo, cerrado por un pórtico de 28 metros. Los arcos, de cinco curvas, producen cuatro ángulos agudos, que descansan en cilindros bajos y espesos, cuyos capiteles y cuyos pedestales ofrecen ángulos y recortes, reminiscencias del germanismo.

El pórtico –recubierto por un techado– es bajo y termina en una galería de balaustre, entre cuyos pedestales se pueden ver corpúsculos pétreos de contornos graciosos y elegantes.

Abandonamos el patio, en la fachada del Instituto, aparecen esculpidas las armas pontificias de la Universidad. Salimos a la plaza del Maestro León, la plaza estudiantil por excelencia. Los muros están cubiertos de viejas inscripciones y vítores de escolares de edades remotas. En el centro, el fraile agustino, maestro de nuestra lírica paladea –como ha dicho un poeta– los dulces nombres de Cristo. Al frente, la fachada de la Escuela, nos marea con su riqueza, con su color, con la profusión de sus adornos, de sus pormenores, de su prodigalidad decorativa. Tal vez algún

inglés, con el traje a cuadros, alto, con patillas, obtiene instantáneas, mientras busca la "rana" de la fachada, que algún mocosuelo le ha insinuado, sirviéndole de "cicerone".

¿Por qué no hemos de hablar, para concluir este artículo, de la estupenda Plaza Mayor? ¿Acaso no es una plaza monumental, un grandioso, un celebrado patio en la historia del arte, capaz de emparejar con aquel otro, orgullo de los venecianos del Palacio de los Dogos? El Señor Ponz[52] escribió "que es la mejor plaza que vio en sus dilatados viajes"; Cenobio agrega "que excede en belleza al claustro grande del Escorial y al patio de Ripetta en Roma". No faltan, sin embargo, enemigos del estilo romano, que no se conforman con estos elogios, tal vez porque en la plaza salmantina puso sus manos, no siempre pecadoras, Nicolás Churriguera. A una mujer, orgullo de nuestras letras, a la amenísima señora Condesa de Pardo Bazán[53], oí frases de admiración sincera ante un retablo churrigueresco, extrañándose de las injusticias que se cometen con el arquitecto decadente. Hay que ser justo: la plaza mayor podrá tener mala proporción en los cuerpos y hasta mediano gusto en su ornato –un poco presuntuoso– pero la grandeza de su pensamiento capital, las vastas dimensiones de su fábrica, la desenvoltura y desgaire de su ejecución, la absuelven de los lunares, que fueron hijos, más que de la incompetencia de sus autores, del gusto dominante en la época. Es de la segunda mitad del siglo XVIII –la Real Cédula que aprobó el proyecto, firmada por Felipe V, es de 1717– y lo mismo el barroco en España, que el "rococó" en Italia, estaban haciendo de las suyas.

La Plaza Mayor, que a la vista parece un cuadrado perfecto, tiene en realidad –escribe un autor– la forma de un trapecio, porque sus lados son desiguales... La impresión de conjunto es de verdad maravillosa. Sus pórticos romanos, esbeltos y grandiosos; la simetría de los cuatro lienzos que la componen; la luz, la alegría y la animación de aquel paraje –corazón de la ciudad– son parte para que la admiración se trueque en hipérbole y la hipérbole en afecto. Porque a las piedras, como a las personas, nos liga a las veces un misterioso e inefable vínculo. Preguntad a un escolar de Salamanca –por beocio e insensible al arte que sea– su impresión sobre la Plaza. Él desconocerá su historia muerta, quien la hizo, por qué se hizo, cómo se hizo, pero extraerá de sus recuerdos, aún cálidos y fuertes, la historia viva, nuestra personal colaboración en la génesis del alma de las cosas. Y os hablará con maravilla y con fervor, de las muchachas que pasean bajo los pórticos, con el devocionario en la diestra y el rosario a guisa de pulsera y de colgante, a la salida de la misa de San Martín o de las Agustinas; os describirá menudamente cual es la vuelta "de las mujeres" y cual la "de los hombres"; añorará, con estremecimiento, a flor de alma todavía, una mirada que le deslumbró una tarde en la "acera del correo" y la música de una ternura que oyó esotro en "la acera del Crucejo". Y veréis, poco a poco, cómo el alma de aquel mozo, más amigo de los merenderos que de los arcos de medio punto y de los entremeses que de las fachadas platerescas, dejó en la Plaza Mayor sus confesiones más dulces, sus propósitos de ventura más firmes, sus horas de adolescencia, horas de luz que son, luego, el fuego de una existencia y la causa íntima de una vida.

Yo no sé en que consiste, amigos. Será obsesión de mi espíritu; será bloque que se desgaja de la realidad; será evocación de una música lejana que oigo en mis adentros cuando escribo y hablo de Salamanca. Pero no hay en la ciudad del Tormes esa sequedad, esa adustez, ese hálito de muerte de otras, de casi todas las ciudades castellanas. Las fachadas platerescas, las agujas y las torres del Renacimiento, la esbeltez y elegancia de sus palacios y colegios, dan una nota de frescura, de alegría y de mocedad a la noble matrona castellana. En su conjunto, me da una sensación de paganismo. Me acuerdo de Florencia... Y ya que no puedo comparar al Tormes con el Arno, encuentro más doradas las piedras de mi ciudad, y prefiero al "tramonto" toscano, visto desde la explanada de Miguel Ángel, a través del paseo dantesco, esas puestas de sol salmantinas, clásicas, inolvidables, en que se enrojecen, como en una fragua, las viejas piedras y el sol hunde su corona, ante la llanura inmensa, dejando una estela de sangre, envolviendo mansamente la ciudad en una sábana de grana, que se va descolorando poco a poco, a medida que avanza la noche...

Alrededor del Mundo (15-01-1913)
Diario de la Marina (2 y 9-03-1926)

[52] Antonio Ponz Piquer (1725 –1792). Historiador y viajero español, autor de Viage de España, obra extensísima en la que, según palabras de su autor, se da noticia de las cosas más apreciables, y dignas de saberse, que hay en ella.

[53] Emilia Pardo-Bazán y de la Rúa-Figueroa (1851 – 1921). Novelista y periodista gallega, precursora del feminismo en España.

La casa salmantina

Muy interesante fue la conferencia que dio en el Ateneo, el jueves, el ilustre catedrático de Teoría de Bellas Artes de aquella Universidad, D. Ángel de Apráiz.

Versó la conferencia sobre la casa y la vida salmantinas en la época clásica del esplendor de la ciudad –los siglos XVI y XVII– aportando, entre otras cosas, datos muy curiosos acerca de la construcción del Palacio de Monterrey, anterior a1539, y resucitando, con perfecta entonación, el colorido exacto de la vieja ciudad universitaria, todo bullicio y alegría, con el estruendo de su escolaresca, la animación de sus patios, la majestad de sus piedras y la incontención de mocedad grabada en los vítores rojos de las fachadas de sus colegios.

Triunfó como erudito en su trabajo el Sr. Apráiz y venció también como poeta. Como erudito, porque fijó de una vez para siempre las fechas que traían de cabeza a los aficionados a este linaje de cosas, señalando como arquitectos de ese pasmo del arte plateresco español que se llama el Palacio de Monterrey –hoy del patrimonio del duque de Alba– a los arquitectos Fr. Martín de Santiago y Rodrigo Gil de Hontañón. Porque supo encajar el dato y la fecha, y la menudencia anecdótica en la trama de su disertación, dándoles animación y vida. Porque su conferencia, bien ordenada y meditada, abarcó todos los órdenes de la vida social de aquel entonces. Y triunfó igualmente como poeta, esto es, como creador el Sr. Apráiz, porque supo darnos su imagen personal de la ciudad dorada, amapola roja en llanura seca, penetrando en las esencias españolas que hay dentro de las piedras salmantinas.

Yo cerraba los ojos escuchando la conferencia del joven catedrático y evocaba, con temblores de emoción, viejos rincones de la ciudad del Tormes, que descubro de nuevo cada vez que torno a contemplarlos, porque su visión baña de tal suerte en luz al espíritu, que le aniña y le presta siempre frescura. Y Salamanca es un pequeño compendio de toda la esencia española. Allá, junto al río, por las tenerías, oyendo el traqueteo molinero de las aceñas, discurre la vieja Celestina y por unas tapias sobre las que se destacan las líneas elegantes y recortadas de los cipreses, sube Calixto a contemplar los ojos verdes y anchos de la dulce Melibea. Y sobre la casita, en el Colegio de los Verdes o de la Merced, escribió, siglos más tarde, el buen Tirso las andanzas del eterno burlador sevillano. Y junto al colegio, el ángel de la veleta de la Magdalena sonríe a las riberas mimosas del claro río. Y enseguida comienzan las más angostas y quebradas donde pone Espronceda sus escenas de Estudiante. Y una iglesia románica esconde su fachada sobria detrás de otro Colegio. Y por la calle de los Moros, discurre Esperancica, la de La Tía Fingida, con sus dueñas de tocas alongadas. Y las bandurrias, y los cencerros, y las gaitas zamoranas, rompen la placidez del sitio con su estruendo endemoniado. Lo pícaro se funde con lo académico en la ciudad, y cabe a la casa llana, y junto al parador donde viven los capigorrones, yergue su fachada la vieja Escuela de Alfonso IX, envolviendo la vida a la ciencia y la mocedad a la vida.

Pero Salamanca es toda evocación. El puente nos habla del Lazarillo, y más allá del puente, por el Zurguén, cantan sus trovas memas los fingidos pastorcillos del siglo XVIII y como protesta, frente al Zurguén, los cerros gloriosos de los Arapiles recortan la llanura. Pero el puente recuerda también a Teresa de Jesús, y al encendido frailecito de Fontiveros, y al diabólico D. Diego de Torres –predecesor en paradojas del bueno de D. Miguel de Unamuno– que habla a sus amigos, a la hora de la fresca, después del soconusco[54], de las aguas milagrosas que remozan el cutis apergaminado en lides de amor.

Salamanca no es Castilla: es León. Y León tiene la blandura de Galicia, la zorrería lusitana y la sequedad, ya un poco apagada, del suelo de Castilla. Y León en lo urbano produce al salmantino y en el campo al charro. Así, las piedras, que no son más que la proyección del espíritu de la ciudad en la ciudad misma, despista a esos espíritus curiosos que, como mi amigo Pedro de Repide, han ido a Salamanca en busca de la austeridad, de la secura, de la llaneza castellanas. Y Salamanca no es eso. Salamanca es la floración, la eterna floración del espíritu, que no se concreta nunca porque si madurase se agostaría. Y es el anhelo de la posibilidad, frente a otras ciudades que son ya el fruto y la decadencia de una raza que vive de sus recuerdos.

Salamanca vive en eterna gestación. Es la gestación espiritual de una España futura. Si sus piedras hablasen –y yo sé que hablan al encenderse el fuego del sol– mejor cantarían los amores del escolar que la dura experiencia de los viejos. La tradición en Salamanca no se ha roto; de fray Luis va a Unamuno; a Unamuno no sabemos quién le robará el cetro. Y Salamanca es con su

[54] Coloquialmente, chocolate hecho.

Tormes para España, lo que Coimbra con su claro Mondego para Portugal. Y lo que es Florencia con su Arno para Italia.

La Nación (03-04-1917)
El Adelanto (21-04-1917)

Peñaranda de Bracamonte[55]

Puedo elegir dos medios de locomoción para trasladarme desde Alba de Tormes a Peñaranda: el ferrocarril o la diligencia por la capital de la provincia y hay que esperar en ella seis u ocho horas mortales.

La diligencia, con su caja de madera rota, sus caballejos cansinos y su mayoral adormilado, es más pintoresca y más castiza. Arranca de un mesón con olor a aceite, donde una mesonera, pringosa, os cobra el viaje devolviéndoos la vuelta en monedas de cobre húmedas de vino tinto. Prefiero la diligencia que lleva el correo de Extremadura a Peñaranda y tierras de Medina.

Los viajeros son los de siempre. Un gañán de Coca, que ha venido a Alba a tratar con la curia a propósito de un interdicto. Una mujer de Garcihernández, que trae huevos de Garcihernández y que hace de recadera, hembra graciosa, fresca y parlanchina, con una impedimenta de cestos de todos los tamaños de recados para la vecindad. Un viajante germanófilo, de bigotes terribles, aportuguesados y de charla monótona que lee y quiere hacernos leer *El Debate*. Un padre, carmelita descalzo, amigo mío, y yo. Esperamos en el mesón largo rato. Los mayorales no llevan nunca priesa. Engancha los caballejos lentamente y tararea, ¡ay! el cochero, lo del "Soldado de Nápoles", que ha llegado ya a estas latitudes.

En marcha, al fin, calzada adelante, con un sol de fuego, oyendo los planes estratégicos de nuestro viajante, que no calla un solo momento. El escenario de la vega, animoso y lleno de luz cruda, queda ya a la espalda; delante tenemos sarmientos retorcidos de vides, unos patatales, y cebadas, y trigos, harto lucidos y granados. El Tormes corre hacia el Norte, lamiendo los cimientos del Carpio, el monte del romancero; los montes envuelven los pueblecitos de la derecha de los que no percibimos otra cosa que sus torres o españolas. La mancha azulada de Gredos se va ocultando poco a poco; entramos en plena llanura. La carretera, recta y larga, no descubre nuevos horizontes, sino el mismo de siempre de cebadales, centenos y trigales. A medida que nos vamos separando del Tormes, el paisaje pierde su variedad para convertirse en tierra igual y cansina. Las charcas de Coca y los huertos nos distraen unos minutos, pero enseguida tornamos a la tierra negra, jugosa, apelmazada y maternal, que no se cansa de producir los mejores granos.

Al límite de la carretera se perfila ya la torre de Peñaranda; nos falta una breve caminata, sin embargo. La mancha de otro pueblecito, Aldeaseca de la Frontera, señala el límite de los viejos reinos de Castilla y de León. Ya no son estas tierras propiamente leonesas, sino castellanas. Salmantinas por la geografía, son avilesas por su sequedad, por su luz y por su recogimiento. Apenas hay más agua que la de los pozos caseros: las mujeres visten de negro y no llevan los refajos amarillos y los pañolones multicolores de más adentro; la lengua pierde su viveza leonesa y se hace más densa, concentrada y formalota. Atravesamos por una aldea miserable de adobes, dejando a la izquierda el monte de Aranzo, un magnífico coto de caza del señor marqués de Ivanrey, el cacique peñarandino. Los últimos kilómetros. Percibimos ya los tapiales de Peñaranda, sombreados por los álamos que bordean la carretera general a Madrid. Y los caballejos, ante la querencia del pesebre, aprietan la marcha. Y el viajante sigue hablándonos todavía de Hindemburg y de Pradera. Y la diligencia se detiene en otra posada típica, con un patizuelo enjalbegado, cuando suenan las dos en el reloj de la plaza.

Ya conocemos nosotros Peñaranda; hemos venido muchas veces. "De Castilla, Peñaranda es la villa", dice el adagio. Y villa es Peñaranda, sobre todo y ante todo, villa grande, villa rica, aunque un diputado por el distrito haya logrado para ella la nomenclatura de ciudad. Villa por los soportales castizos de sus dos plazas, de un pronunciado sabor castellano; por los lienzos y muestras que cuelgan de sus comercios y prenderías; por las bolitas de cristal que se exhiben en los escaparates de sus boticas; por los colores vivos que adornan las fachadas de sus viviendas; por la catadura de sus señoritos ociosos, que dan vueltas y vueltas en la plaza a todas horas, hablando

[55] Sánchez Rojas publicó otros dos artículos con este mismo título, aunque distinto contenido: uno de ellos en *El Adelanto* y el otro en la revista *España* (O.C. Tomo V, páginas 63 y 397).

de caza y de elecciones. Villa por su fisonomía general con sus fonditas de mesa redonda, sus cafés con mesas vestidas de paño verde para arrastrar al tute, con sus mesones blancos llenos de estruendo y de color, y sus carros con un toro y un "¡biba mi amo!" en letras rojas, y sus muchachas de mantilla, y sus mercados semanales. Villa rica, de suelo agradecido, favorecida por su emplazamiento singular –marca la mitad de la distancia entre Salamanca y Ávila– y centro de una comarca feraz en cereales de fácil transporte, porque tienen una triple salida: para Extremadura, por Alba, para Madrid, por Arévalo y Ávila; para el Norte, por Medina del Campo.

La riqueza de los peñarandinos se advierte pronto: escuelas nuevas, cuarteles flamantes, hospital limpísimo y agradable, sostenido con fondos del pueblo. Y un tono medio de cultura mayor que el de las restantes villas castellanas. Y un relativo bienestar en la clase media, que es también propietaria de sus tierras y de sus yugaditas. El pueblo, sin embargo, padece del malestar general de esta región, aunque no es tan acentuado como en Alba, Ledesma y otras villas cercanas, donde una nube de pordioseros os sigue por todas partes en medio de la indiferencia de la autoridad municipal, que, lejos de perseguirla, la fomenta todos los años con medios indirectos que expolian el ocio.

Peñaranda sueña con el ferrocarril de Ávila. Los cincuenta kilómetros de línea férrea que necesita para unirse con esa ciudad le pondrían inmediatamente en comunicación con la corte, y sería mucho más corta la comunicación de Madrid con Portugal, por Salamanca. La Compañía del Norte, sin embargo, ha logrado que no se activen jamás las obras. Cada vez que un ministro de Fomento se deja seducir por los peñarandinos, tiene que dimitir al día siguiente. Aunque los intereses generales del país recibirían un gran impulso con la explotación de este ramal ferrocarrilero, yo dudo mucho que Peñaranda lograse mayor preponderancia de la que actualmente tiene. Creo más bien que la perdería. En ella remata y concluye hoy un ferrocarril pero mañana sería sencillamente un punto de tránsito como cualquiera otro. Dejarían de concurrir a su mercado pueblos de Arévalo, siendo fácil el acceso a Ávila, y otras villas cercanas, como Babilafuente, serían más favorecidas que la capitalidad del partido por la excelencia de sus aguas medicinales. Se repetiría, en una palabra, el caso de Alba de Tormes, donde el tren mató los oficios que vivían a la sombra de los viejos transportes, sin crear necesidades nuevas. Peñaranda, sin embargo, no ceja en el empeño y acaso tenga razón, porque la vida no va siempre por los mismos carriles que la previsión lógica de los hombres.

Sobre Peñaranda no pesa la historia; acaso no la tiene, aunque su cronista, nuestro amigo D. Luis de Dios hable de unas batallas sospechosas, y de unos guerreros oscuros, y de unos condes feroces que se llamaron de Bracamonte. Santa Teresa habla de un lugarejo llamado Peñaranda, de muy pocos vecinos, y el Sr. De Dios observa que se trata del lugar de Peñarandilla, y que no vale confundir las especies. Realmente, da lo mismo. Mayor timbre de gloria es para un pueblo formarse rápidamente que presenciar su decadencia. También tienen los pueblos la preocupación, un poco inocente, del abolengo. Pero sea una ciudad historiada la de Bracamonte, como cree el Sr. De Dios, o una villa de formación reciente, creada en virtud de su situación geográfica y poblada primitivamente por gentes trashumantes que iban de los mercados de León a Castilla, y viceversa, como yo creo, lo positivo y actual es que Peñaranda es un pueblo rico, activo, trabajador y culto. El día que logre cortar sus amarras con el cacique se convertirá de hecho en ciudad. Porque ciudad es, ante todo, la comunidad de gentes que devuelve en dones espirituales a los pueblos lo que de estos recibe en beneficios más subalternos, y las villas de hogaño apenas son otra cosa que la panera donde se amontona el trigo de todos los pobres gañanes de la socampana. La panera, con el Juzgado y la recaudación.

El Sol (02-07-1918)

De Fray Luis a Galán

Del otro lado de Salamanca, en la rivera derecha del Tormes, la Flecha. El paisaje es aquel donde dialogaban, en preñadísimos diálogos, sobre los nombres de Cristo, Sabino, Marcelo y Juliano, en la quinta agustiniana. A lo lejos se esfuman las torres de la ciudad, las catedrales con su bosque de agujas, el cimborrio macizo de los Agustinos, la flecha pretenciosa de San Juan de Sahagún, los dos centinelas de la Clerecía.

Corta la monotonía del llano con sus tierras pardas, con sus surcos derechos que parecen curvos, la línea azul de la Sierra de Béjar. El río defiende su curso en semicírculo. El campanario de Aldealengua, con sus casucas de adobes apretujadas; las motas blancas de las casas de los

camineros; la silueta de algún gañán que canta alguna tonada larga a pulmón abierto para que impregne el aire y se la lleva apriesa, no son parte para distraer el espíritu de su unción religiosa.

Solamente en aquel paraje, en tarde calurosa de Junio, en mañana fresca de Abril, oyendo el cantar de las aves no aprendido, oyendo las endechas aldeanas, bañándose en el río a la caída de la tarde, en que todos los ruidos de la ciudad se estrellan y agonizan, menos el tañido de alguna campanada grave que estremece la tierra, solamente allí puede olvidar el espíritu agitado las preocupaciones ciudadanas, el mundanal ruido y el fragor de los imperios que se hundieron; solamente en la Flecha, mientras el aire orea el huerto y menea los árboles con un manso ruido imperceptible para el profano, se olvida el aguijón del oro, el peso del cetro imperial y se desea un plato de tosca loza de Alba en rural mesa de pino; solamente en la Flecha puede calmar Fray Luis las violencias de su espíritu, hecho a las peleas del claustro, murmurador y cominero, que no le perdona su intuición artística, su elegancia horaciana y su amistad con Martínez de Cantalapiedra.

Sigue la huerta bien poblada de árboles, puestos sin orden ni concierto. Sigue la pequeña fuente con su hilillo de agua fresca y cristalina. Sigue la alta y hermosa alameda. Sigue torciendo su curso el Tormes por aquella vega. Siguen los mozos sentados en la encina caída, cabe las aguas, gozando de la paz del campo y de la fresca sombra de los chopos amigos.

Tornó a cantar aquella paz y aquel sosiego Gabriel y Galán.

El campo, que es religioso; la llanura que es templo para Gabriel y Galán, habla de eternidad y de vida. Pasan las ciudades, pasan los hombres y queda la llanura fecunda, retoñando cada año y devolviendo con prodigalidad la simiente con que el hombre la nutre. Aquella ansia de perpetuación, de retoño, de paternidad copiosa y patriarcal, ¿no se la insinuó a Galán el campo que le hizo poeta? Galán, que en viendo lo verde, como los pájaros y como su maestro, tiene que hablar o cantar, renueva el gesto clásico en estos tiempos de olvido y de farándula:

> La vida era solemne,
> puro y sereno el pensamiento era;
> sosegado el sentir, como las brisas;
> mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
> austeros los placeres,
> raigadas las creencias,
> sabroso el pan reparado el sueño,
> fácil el bien y pura la conciencia[56]

Y el Tormes, que nos recuerda sucesivamente el desenfado del bachiller, las andanzas de Lázaro, la bobería y artificio de los arcades, la zumba de Don Diego, el estro de Fray Luis y la espontaneidad campesina de Gabriel y Galán, evoca, tierras abajo, los amores del cortesano Garcilaso, la frescura de Juan de la Encina y el empaque de Calderón de la Barca, junto al castillo de los duques de Alba. Allí también, a la sombra del homenaje del mismo castillo, flota el espíritu libre y simpático de Santa Teresa, la mujer andariega y donairosa.

Mirad si habla al espíritu el «sacro río» que añora Garcilaso en sus églogas elegantes y armoniosas, compuestas para ser recitadas calladamente al oído de alguna dama gentil.

La Libertad (01-07-1923)

El alba en las cumbres

Desde Candelario, en las primeras horas de la madrugada, montados en mulos cansinos y escrofulosos, camino de la Sierra. Corre el agua cristalina de las neveras por las callejuelas del pueblecito blanco; ríen las mozas con su jubón, moñito y faldellina; parpadean las estrellas en el cielo, y el camino de Santiago inicia su senderito blanco. Comienzan los pedregales de la falda a decorar el atajo de cabras. Béjar, en una hondonada, se deja iluminar por unas luces temblonas y amarillentas. A la sombra del monte de Cabeza Gorda, Vallejera y Navacarros se unen con las tierras paniegas y con los rastrojos de la meseta.

La ascensión es muy sencilla, a pesar de nuestros prácticos, que pierden el sendero a cada paso. Vegetación pobre, escobillas, pedregales musgosos, curdos y toda suerte de plantas parasitarias son el pobre decorado de la vertiente occidental de la Sierra de las Lagunas. Corretean allá

[56] *El Ama*, I.

arriba unas estrellas, dejando regueros y surcos de luz. Lucen los rastros rojos de una hoguera en la Sierra de Francia. Hacia las Extremaduras, el azul oscuro de los montes se torna negro, y cuando hay más luz en el firmamento, grisáceo, y luego amarillo, con manchones o vetas de violeta.

Comienzan los pasos peligrosos. Los mulos se declaran cansados, y, faltos de pienso los pobres, muerden los hierbajos de la falda furiosamente. Ya en el macizo de la cumbre, oteamos los relieves de media España central. Debajo del puerto de Tornavacas, el valle mimoso de Plasencia deja asomar los campanarios de sus pueblecitos, y el río Jerte es un hilillo de agua espumosa que brinca inquietamente por entre las hendiduras de las rocas. Gredos, en frente, muestra su enorme mole con los misterios del nacimiento del Tormes, que aumenta su caudal, entre chopos y juncales, junto al castro de Barco de Ávila. Brama cerca de nosotros el agua embalsada de las dos lagunas. Canta la nieve derretida que se desprende de las ventisqueras. Soplan vientos fríos en la cumbre, y, lentamente, de las cordilleras vecinas va surgiendo una pálida azulez, y se va borrando la luz de las estrellas, y la luna, en el centro del firmamento, hiere, con reflejos cada vez más plateados y lechosos, nuestros ojos, ávidos de emoción y de soledad.

Sobre el macizo de Gredos se deja teñir por líneas anaranjadas y rojas que ribetean toda la línea alta de la cumbre. Amanece. Antes de salir el sol, los ventisqueros son azules y los pedregales tienen una sucia blancura. Aquí, al lado de la vertiente llamada de la Ceja, que oculta la laguna del Trampal, toda la superficie parece de rosa, y los neveros circulares de la parte alta dejan espacios de vegetación oscura, que nos es grato comparar a los ojos de esta Sierra, ojos que comienzan a cerrarse en un espasmo de pereza, cuando se ilumina Gredos con la luz solar.

Amanece. El sol es primero un disco rojo que tiñe de sangre las alturas, y minutos después, un dardo que las enciende. En haces de fuego se pierden los matices de la aurora, y es muy brusca la transición a la luz plena y cruda. El macizo pedregoso está pelado, y solamente los helechos y los prados de la Sierra rompen la uniformidad grisácea del paraje. No se oye el ruido más ligero en toda la inmensidad. Entre las lagunas y Gredos, el valle de Coneja[57], en tierras de Ávila, exhibe la sombra de sus choperas, el reflejo de sus arroyos, la mota blanca de sus lugarejos y los pañuelos verdes de sus terrones de vega. Solana es roja, y Barco de Ávila, a la vera del cuadrado de su castillo, es azul o verde, según las horas. Del otro lado de la cumbre, a las espaldas del Torreón, inicia sus zigzags el Jerte, y al concluir un vallecito, que corta en toda su extensión la línea blanca de una carretera, comienzan los manchones de unos encinares, que se pierden, densos y apretados, en la lejanía.

Amanece. Cantan las aguas de las lagunas en la hondonada, y ríe infantilmente la nieve que se despeña con alegría, ya trocada en agua, en pelotones espumosos. Y buscamos el cobijo de una cueva para gozar de un «no rompido sueño» en las cumbres, siempre más piadosas con el hombre que la tierra llana.

La Esfera (21-11-1923)
El Imparcial (Puerto Rico)[58] (19-09-1919)

Una ciudad del Renacimiento: Salamanca

– Me parece –dice el turista inglés– que me encuentro en pleno Renacimiento y en una ciudad italiana. Es el color de la piedra, roja de recibir los besos del sol; es la opulencia de estos edificios, con sus torres soberbias y sus primorosos porticados; es el tono, es el ambiente, es el matiz espiritual de esta bella y dulce Salamanca lo que sin duda enhechizaba la voluntad de Cervantes y le ganaba la voluntad para residir en ella. Eso mismo es lo que gana completamente mi corazón…

Llegamos a las orillas del Tormes y cruzamos la calle de San Pablo, cara a San Esteban. Hay una fiesta de luz en el cielo y las piedras se encienden como brasas ardientes a los rigores del sol agosteño que ya declina. Oímos, clara y distintamente, la canción de paz y de quietud del claro Tormes. Por un momento, frente al palacio de los marqueses de la Conquista, quedamos como embobados y embrujados de los hechizos de la hora. Mi amigo, el míster, empareja con don Miguel de Unamuno, que viene a buscarnos, y oye el monólogo inacabable del maestro. Son

[57] Entendemos que se trata de una errata de imprenta y que, en realidad, se refiere al valle del Corneja.
[58] En este periódico se tituló «El amanecer en la sierra».

nuestros días de mocedad y los suyos de madurez. Acaba de componer el rector la «Oda a Salamanca», y a pulmón abierto, en tono litúrgico y salmodioso, va soltando sus estrofas, mientras nos dirigimos a la estupenda galería exterior de San Esteban.

– ¡Esto no ser Salamanca! –comenta tozudo el inglés, rubiote e inteligente– ¡Esto ser Pisa, ser Siena, ser Florencia!

– ¡O ser Coímbra! – añade D. Miguel

– Coímbra y Florencia juntas dan un producto único: este, Salamanca –concluyo yo, con mi petulancia de estudiantillo viajero y cucharón.

– ¡Castilla no ser Renacimiento! –viene a decirse a sí mismo míster.

Y luego añade, buscando nuestra aprobación:

– ¡Pero Salamanca no ser Castilla!

– ¡Claro, es León! –afirma D. Miguel con un gesto imperativo.

Y D. Miguel diserta, diserta a la caída de la tarde, ya en el claustro, mientras salen a vernos los dominicos amigos. Habla del romance, habla de las piedras, habla de la dulce parla leonesa en una admirable digresión lírica este formidable pensador. Las campanas, para llevar el ritmo del pensamiento de D. Miguel, tañen sonoras sobre nuestras cabezas en la soledad del claustro:

– «Ángelus Domini nunciavit María…»

Nos descubrimos. Callamos. Pasa sobre nosotros la sonrisa del Arcángel y el rubor de María, que ya se sabe concebida del Espíritu Santo. Los opulentos ventanales del claustro recogen el tañido de lo alto y nuestro tímido susurro de oración vespertina. Es un momento de una intensa y de una inefable emoción este de las campanadas del Ángelus oídas en el claustro señoril de San Esteban. Yo os confieso que, lírico al fin, sorbo en este minuto todo el perfume de mi niñez, que renace y que vuelve al tañido de unos bronces y al susurro de una plegaria.

Ya en la calle, nos esperan otros amigos. Dorado, con su frente ancha y noble; el doctor Nogueras, cansado de curar y de besar niños; Federico de Onís, con un libro en la diestra. Y continuamos el paseo al anochecer. Desde lo alto del Rollo las catedrales son un soto; más que un soto, un bosque de agujas y de piedras rojas. La torre del Gallo, la pesada de la catedral nueva, el elegante campanil de San Esteban, la espadaña modesta de la Trinidad. Y luego, Sancti Spíritus con el bordado primoroso de su fachada, y la mole sombría de la cárcel, y los porches de la plaza de San Julián, y el patio veneciano que es la plaza Mayor.

Adrede nos internamos por la calle del Prior para gozar del hechizo de las torres de Monterrey. Una luna chata las envuelve en un cerco de claridad lechosa. Blancas de silencio, blancas de luna y blancas de paz están las torres en aquella hora. Las rejas, con las muchachas al cobijo de los hierros, sirven de ronda y de mira al escolar enamorado, que descansa ahora de las fatigas del curso.

Y Unamuno repite los versos de su «Oda»:

¡Allí Teresa, Soledad, Mercedes,
Carmen, Olaya, Blanca, Pura y Lola,
nombres que fueron miel para los labios,
brasa en el pecho!

– ¿Ser novios? –me dice míster.

– ¡Sí, novios!

– ¡Oh, bella palabra! –insiste.

– ¡Muy bella! ¡Novio: nuevo, sin estrenar!

– ¡Comprender!

Y nos reímos del candor infantil del hijo de la vieja Inglaterra. Y tornamos a las catedrales, y buscamos las huellas de la madre Celestina detrás de los Caídos, y yo hago una pequeña maniobra para dar vista al colegio de la Merced, asilo de Tirso de Molina, el fraile mujeriego y sagaz.

– ¡Salamanca –afirma míster, camino del hotel– es ciudad Renacimiento!

¡Indudablemente, míster! El Tormes, como el Mondego y como el Arno, es un río sagrado, porque en sus orillas enamoró Garcilaso a Isabel de Freire, y departieron Marcelo y Sabino sobre los nombres de Cristo al lado de la fontana de la Flecha, y engañó a los bobos Torres Villarroel con sus engañifas y trampantojos, y caminó Teresa en su carrito… ¡Río sagrado, ciudad sagrada: quisiera contemplar la eternidad arropado en tu regazo de madre, junto al oro de tus piedras!

El Liberal (01-08-1924)

Príncipes y estudiantes

La visita del Príncipe de Asturias, a Salamanca, evoca páginas viejas de nuestra vida escolar... El Príncipe D. Juan, hijo de Fernando y de Isabel, vive en Salamanca, en el edificio que hoy se llama posada de las Cadenas. El Príncipe D. Juan es, para algunos exégetas, nada menos que el enamoradísimo Calixto de la Tragicomedia del Bachiller Rojas y Montalbán... Siendo Príncipe de Asturias, visita Felipe II nuestra ciudad, repitiendo su excursión para casarse con la Portuguesa. Del pueblo de Cantalapiedra surge, hace ya más de un siglo, D. Luis de Onís, oficial de secretaría de D. Carlos IV y preceptor del Príncipe Fernando. Y en mis años de estudiante, finalmente, visitó, como Príncipe de Asturias, Salamanca D. Carlos de Borbón, entonces casado con la Princesa D.ª Mercedes y hoy Capitán general de Andalucía, Infante de España y marido de la muy españolísima señora D.ª Luisa de Orleans.

La Salamanca estudiantil tiene, naturalmente, una tradición principesca. Como los hijos de los Reyes eran antaño más dados al ejercicio de las armas que al trato amable de las letras, no acudían a nuestras aulas; pero, en cambio, elegían los miembros de sus consejos y privanzas con mozos educados en nuestros colegios y patios escolares. El Marqués de Villena, para torear acreedores, inventó todas las brujerías de la iglesia de San Ciprián y es el terror de los bobos y de los papanatas. Santillana, el que amó después, en su retiro de Santander, las vaqueras de la Finojosa, rojas como amapolas y frescas como manzanas, estudió también en Salamanca. Es posible que su yerno, Jorge Manrique, Conde de Paredes de Nava, frecuentase también nuestra Escuela, antes de ser el amigo y consejero de la Reina Dª Isabel, que le casa con la bella hija del Marqués, porque es la única capaz de soportar las veleidades, inconstancias y fantasías de este escritor. Aunque Carlos V, el Emperador flamenco y anticastellano, quiere mal a Salamanca y da vil garrote a Francisco Maldonado, elige su Consejo de antiguos alumnos del Colegio de Anaya. Los Condes de Monterrey, de la Casa de Alba por la rama paterna y Colones por la madre, estudian en Salamanca. Felipe II, personalmente, reforma estatutos de los Colegios y funda la primitiva Institución de los Irlandeses en la calle de los Moros, hoy de Cervantes. Y hasta leer las *Novelas Ejemplares*, principalmente, *La tía fingida*, *Las dos doncellas*, *El licenciado Vidriera*, *La ilustre fregona*, *La señora Cornelia* –¡sombra de Bolonia, de Salamanca, desposorios secretos con duquesas, nacimiento anticipado de príncipes y choque de espadas en el silencio de la noche, bajo los pórticos!– para recordar la estirpe aristocrática, principesca, de nuestra vida escolar.

Hoy, con motivo de la llegada del Príncipe de Asturias a Salamanca, recordamos que todos los Príncipes han sido un poco estudiantes en nuestra España, y damos en la flor, a la vez, de aconsejar a nuestros escolares, que en este ambiente de gracia y decoro de nuestra ciudad, ellos están obligados a ser un poco Príncipes. Príncipes en la conducta, en la reja, en la cultura selecta y exquisita, en el asueto y en la alegría atropellada y atrayente de la mocedad. Príncipes en el gesto y en la palabra que antes se insinúa, que se dice del todo. Príncipes en el amor y Príncipes en el estudio. Salamanca está llamada, no a yacer enterrada como fosa del Renacimiento pretérito, sino a renacer como cuna del Renacimiento futuro. Tal vez no quedan ya Melibeas, porque se fueron los Calixtos, Príncipes verdaderos o fingidos, ni las Costanzas reciben hoy homenajes de los Maldonados, de los Rojas, de los Solís y de los Abarcas, porque no mueven el ánimo del marido a compartir la luna de los amores tranquilos con los grandes y sosegados placeres de la meditación y del estudio. Ausencia de calidades principescas, en el fondo, en unos y en otras, inaceptable en Salamanca que es por obra y gracia de la naturaleza y del arte, morada de Príncipes toda ella. Si de los escombros de la tradición surgiera, con motivo de esta visita del joven D. Alfonso de Borbón, un espíritu principesco y de selección, de gusto, de refinamiento, de dominio discreto y ponderado sobre el corazón y sobre la cabeza de nuestros escolares, yo creo que brotaría espontáneamente de entre nuestros mozos un nuevo y pícaro Rojas y Montalbán que sabría cantar el concierto de la reja con el estudio y la santa hermandad de la ciencia con el amor, que en rigor de verdad, son la misma cosa con dos nombres distintos.

El Adelanto (01-10-1924)

Otra vez Salamanca

Para Cándido R. Pinilla

Lo deseo como desea un estudiante las vacaciones largas y sabrosas. Apenas si ya faltan unas pocas semanas de labor diaria y pesada, de amontonamiento de cuartillas, de labor obscura que no me permite apenas el vagar preciso para la colaboración en los diarios. Pero después, en Salamanca, tres semanas, un mes, mes y medio quizás. Muchos días libres, de grato vagar, de trabajo amable y confortador, para escribir unas páginas de «La Guía de Salamanca», que ilustrará Ricardo Marín y para trazar a escape una novela, de ambiente, de asuntos salmantinos. ¿Queréis que os diga que Salamanca está un poco de moda en Europa? ¿Que las cornisas y cenefas de Monterrey se copian hoy por los arquitectos del mundo entero para toda suerte de remates y decoraciones? ¿Que en estos momentos de meditación colectiva, se vuelven hoy los ojos al Renacimiento y a su hogar y asiento naturales, Salamanca?

Ayer almorzaba yo, por ejemplo, con uno de los miembros más ilustres del profesorado español, educado en nuestras aulas, con Eloy Luis André, galleguito, inteligente y despierto, austero, liberal y laborioso. Con ese deshilvanamiento que tienen las conversaciones íntimas entre amigos que se ven de tarde en tarde, el ilustre profesor del Instituto del Cardenal Cisneros recordaba sus años de mocedad en Salamanca. ¿Y aquella Glorieta de Zamora? ¡Pobre Rodríguez Miguel! ¿Y Fulana, y Zutana, y Perencejo? ¡Aquel Dorado, charlando en la botica de Hoyos, a la caída de la tarde! ¡Y don Miguel, enjaulado en París, con las botas polvorientas paseando por los campos Elíseos, siendo el blanco de las miradas de las cocotas! ¡Dios mío, y cómo el tiempo que todo lo envejece y todo lo olvida, también lo remoza y lo recuerda todo!

Queramos o no queramos, amigos míos, el paisaje espiritual de nuestra niñez y de nuestra primera juventud, lo llevamos incorporado perpetuamente al corazón. Teresa se vale de sus murallas de Ávila, de sus torres, de sus cubos y de sus castilletes, para trazar en plena madurez la silueta espiritual de sus moradas, con metáforas guerreras y vocablos locales. Dante, hable de lo que hable, hablará de Florencia y de Beatriz vestida de blanco, paseando con sus lindas amigas por el Puente Viejo. «Clarín» lleva claveteado en el recuerdo la silueta de Oviedo, con su graciosa torre catedralicia y su paseo del Bombé, y sus muchachas de hablar musical y cantarino. Don Armando Palacio Valdés, este viejecito glorioso que nos entretiene por las tardes en el Retiro hablándonos de Pérez Galdós, de Ruiz Aguilera, de Gustavo Adolfo Bécquer, de Julián Sánchez Ruano, de los amores y de los sueños y de los dislates de mocedad de estos grandes y fraternales amigos suyos, habla de Laviana y de Gijón –recordad las páginas de «El maestrante» y de «La Aldea perdida»– y precisa con toda minuciosidad la anécdota más lejana, el incidente más insignificante... Y así nosotros, los salmantinos, llevamos los arcos de la Plaza, y el tejaroz de San Benito, y los claustros de la Universidad, eternamente incorporados al espíritu. Y nuestra ausencia, es, en el fondo, prueba donde nuestro amor se depura y limpia de las pasiones que han roto, alguna vez, el equilibrio de nuestra ecuanimidad.

La prueba más excelente la está dando, en estos días, nuestro querido don Miguel. El hombre se ahoga en París, entre aplausos y humo de gloria que se disipa, y está triste porque no oye con Cándido el trinar de los pájaros en el solitario Campo de San Francisco, uno de los más bellos jardines públicos de España. No oye don Miguel el gotear de la lluvia en otoño, como la Dolorosa de Vera-Cruz, y su corazón, oprimido, siempre es un llanto de niño que le refresca, le lava las entrañas. Hay que vivir habitualmente fuera de Salamanca, para darse cuenta del valor emotivo, de la tragedia íntima que palpita en las palabras, un poco inconexas y atropelladas, del maestro.

Y a todos los no descastados nos ocurre igual. Yo he pasado, en este mes de Septiembre último, momentos intensos de plenitud y de tristeza a la vez. Alba de Tormes, por ejemplo, me ahoga literalmente, y cuando los demás me creían un poco extraño, me daban ganas de gritar que yo seguía oficiando en aquellos altares con más pureza y más amor que nunca. Y eso me ocurría también en Salamanca.

A la caída de la tarde me perdía, adrede, en los claustros de la Universidad y dialogaba con los santos de mis muertos. Veía, de nuevo, a Pedro Dorado, con su hongo color café en la mano, con su ancha frente luminosa al descubierto, hablándome de Leopardi, y de Bolonia, y de María Cavazza, y de Mazzini, el liberal... Y al penetrar en su cátedra, con su busto en bronce honrándole por los siglos, tornaba a ver a Fernando Íscar, con diez y siete años, y gorra japonesa; a Paco Ruipérez, repasando los apuntes de Bedmar; a Aureliano Sánchez Ferrero, dando voces; a Rafael González Cobos, tramando una diablura contra Fidel Olivera. Y sentía la voz de Dorado, contento de nosotros, remozado, indulgente con nuestra tardanza, diciéndonos cariñosamente:

–Pero ¿ya de novia? ¡Eso se deja para la noche!

Y veíamos también a Requejo, que, insensible a esas expansiones que tan maravillosamente justificaba Dorado, quería enturbiarnos la placidez de la vida con el Blanco y Constans[59] y con las legislaciones mercantiles de los pueblos sudamericanos, sin conseguirlo.

¡Querido Cándido: Otra vez a Salamanca! Otra vez Salamanca, «que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado», como escribe Cervantes y como escribiríamos los demás si supiéramos escribir como el genial aventurero. Salamanca enhechiza, embruja y roba la voluntad, como los ojos de una mujer cuando nos enseñan a mirar, a través de ellos, lo infinito. Y es que Salamanca tiene, a su modo, ojos de madre. Y las madres, que todo lo saben, porque lo perdonan todo, atraen, cuando después de unas ariscadas aventuras, en cuyas redes hemos dejado el corazón hecho jirones, anhelamos la paz, casera y el silencio, y los rostros conocidos que nos sonrían.

Salamanca, cantada por Rojas y Montalbán, por Teresa de Jesús, por Miguel de Cervantes, por José Espronceda, por Ventura Ruiz Aguilera, y, en estos días, por el ausente –que nos enseñó a sentirla a todos– bien vale nuestros sueños de reposo, sorbiendo el oro de sus piedras y oteando el bosque de sus torres, al anochecer, cuando el silencio la envuelve en su regazo, para adormirla y besarla como a una niña, que va a soñar con los ángeles y con las vírgenes del cielo.

El Adelanto (11-10-1924)

El encanto de Salamanca

Salamanca es la ciudad española del Renacimiento, la única ciudad renacentista de que gozamos. Hay poblaciones de un solo matiz, de un solo tono, hasta diría de un solo color; Zamora evoca el empaque arisco e individualista del Romancero; Ávila es la ciudad mística encerrada en sus murallas guerreras; Toledo, el archivo de las cosas muertas y pretéritas. Salamanca –con la única excepción de Santiago de Compostela– es renacentista, y es plateresca, y es gótica, y es bizantina, y es románica, y es de transición; hasta tiene trazos de evocaciones churriguerescas.

El color de las piedras es también único e inconfundible. Su tono rojo reúne todos los matices. Besadas por el sol sus piedras a todas horas, el rojo es de lumbre encendida y de brasa en el crepúsculo; dulce y suavemente rosado al amanecer; de oro viejo, amarillo, de peluconas del señor rey Don Carlos III, en los días grises y lluviosos. Salamanca, encendida por el sol o velada por las nubes pardas, tiene el hechizo inconfundible de su matiz, que es exclusivo y único de la ciudad, y que recuerda un poco el de Florencia a los pies del Arno o el de Coimbra arrugada por el dulce arrullo del Mondego.

Salamanca es también como una síntesis o condensación de toda la historia española. Ciudad facciosa, de bandos, fraccionada por los que seguían a los Monroyes o por lo que peleaban bajo el pendón de los Manzanos, todavía su plaza neutral del Corrillo dejaba brotar la hierba hasta hace pocos años, y aún se conserva en pie la casa solariega de Doña María la Brava, la vengadora –hoy palacio de los duques de Gor–, que viene de tierras de Portugal con las dos cabezas de los asesinos de su hijo a depositarlas en la tumba de este. Y luego, la ciudad académica y docta, rezuma ciencia de entre la lumbre de sus piedras, y es además asiento de la picardía con sus tenerías junto al Tormes, y su Peña Celestina, y sus recuerdos de Melibea y de Calixto, y su toro de piedra sobre la Puente que alegra el corazón al pícaro lazarillo del Tormes, y la casa amable y de trato llano, de par en par abierta, donde la tía Brígida muestra a los escolares los ocultos encantos de su sobrina Esperancica. Pero es también Salamanca la ciudad de la mística Santa Teresa, huésped un día del palacio de Monterrey, finca su palomar carmelitano en la ciudad; fray Luis de León susurra los dulces nombres de Cristo a la vera de la escuela, y San Juan de Sahagún apacigua con su dulzura y santidad la violencia y acometividad de las facciones. Y es también una ciudad guerrera Salamanca: hasta hace pocos años hemos visto la puerta por donde Aníbal penetró en la antigua Helmántica, un Cristo guerrero –que llevó el Cid en su destierro consigo–, el de las Batallas, preside uno de los altares de la Catedral Nueva, en la vieja se guarda el sepulcro del obispo

[59] Autor de los libros de texto "Estudios Elementales de Derecho Mercantil según la filosofía, la historia y la legislación positiva y vigente en España y en las principales naciones de Europa y América", dos tomos.

don Jerónimo, nombrado por el Cid arzobispo de las tierras redimidas de Valencia, y dando, en fin, guardia de honor al soto de torres y de agujas de su casco urbano. Salamanca contempla los cerros de los Arapiles, donde los ejércitos de Napoleón fueron vencidos por las tropas aliadas que mandó su jefe, con tanta pericia como fortuna, en 1812, lord Wellington, grande de España, con el título de duque de Ciudad Rodrigo.

El hechizo de Salamanca estriba en el concierto del oro de sus piedras con el oro del trigo del campo que la encincha, con el murmullo del claro río y con el azul cobalto de su cielo que se espeja, ora dulcemente, ora temblonamente, sobre el Tormes.

El Hogar (16-01-1925)

La Casa Salmantina

Y esta noche, cuando llego al Colonial, la peña de salmantinos con la que me es grato conversar de nuestro pueblo y de nuestras gentes, me dicen, con el más fervoroso y sincero de los entusiasmos:

– ¡Hay que hacer esa casa de los salmantinos!

– Por mí no quedará –replico, mientras el camarero Pedro, me hace por milésima vez la consabida pregunta:

– ¿Corriente o expreso?

– ¡ Expreso!

– ¿Con leche?

– ¡Con leche!

Salamanca ha invadido, poco a poco, este café y más de veinte salmantinos se han agrupado en torno nuestro, tomando posiciones en cuatro o cinco mesas. Estudiantes, médicos, abogados, militares, industriales, el núcleo vivo de la futura Casa Salmantina, puede ser y bien, esta numerosa y querida tertulia del café Colonial. Los que llegan de Alba, de Ciudad Rodrigo o de Peñaranda de Bracamonte, también se unen a nosotros. Y como en la peña hay estudiantes y mozos, también caen por este rincón algunas mariposas, que se queman en torno a las luces de la corte.

Aquí he conocido, por ejemplo, a una tanguista de Peñaranda, que fue partidaria de Ricardo Power en las últimas elecciones. Pero tema es este del arribo a nuestra isla de palomas mensajeras que no quiero abordar demasiado, porque puedo romper indiscretamente idilios recios, crecidos o alianzas, ya bien consagradas y cimentadas.

Esta noche hablemos de la Casa Salmantina. Pasan de tres mil los salmantinos que viven en la corte. Los bejaranos tienen una colonia numerosa; publica un semanario «Béjar en Madrid», dedicado a los problemas de la colonia. Pasan de cincuenta las familias de arraigo que viven aquí. La población flotante de estudiantes del doctorado y de opositores pasa seguramente del centenar. Con buena organización, la casa podía comenzar con mil socios efectivos, con una cuota modesta de cinco pesetas para todos nosotros, y otra un poco más modesta de dos para obreros, podíamos muy bien contar con un rendimiento mensual de más de cinco mil pesetas y atender con él a los gastos de instalación de la casa.

Al hablar de salmantinos, es claro que nos referimos, no a los oriundos de la ciudad, sino a los procedentes de la provincia entera. Y hasta podemos adoptar como paisanos, con grata complacencia de todos, a cuantos hayan estudiado en esa Universidad. Nosotros esperamos orientaciones para comenzar la tarea. A los nombres prestigiosos que ya hemos dado, podemos añadir los de Ávila (Eustaquio), Gómez Rodolfo, Olleros, conde de Francos, vizconde de Garcigrande, marqués de Castellanos, Leopoldo Bejarano, doctores Pinilla y Rodríguez Mata y tantos y tantos más que deben trabajar en este intento de dotar a los salmantinos de un hogar común en esta villa y corte. Lo urgente es que unos cuantos nos pongamos de acuerdo para citar un buen día al mayor número de salmantinos. Espero que otros, con más autoridad y más experiencia que yo en estas lides, sean los que se decidan a convocar a todos nuestros paisanos, a todos ellos, distinguidos y humildes, pobres y ricos, a una reunión previa, donde, sin trámites dilatorios, empachos reglamentistas y otras menudencias, nazca, ya con vitalidad y fuerza, esta Casa Salmantina, donde podamos ir todos a recordar a esa tierra, tanto más querida cuanto más alejados vivimos de ella.

El Adelanto (11-02-1925)

Más sobre la casa salmantina

Hasta la fecha, varios salmantinos de notorio prestigio y de conocido amor a la tierra, los señores Beato Guerra y Fraile y el doctor Zúñiga Cerrudo, han tenido la bondad de contestar a mis requerimientos. Para un tan viejo y cordial amigo, como el ilustre Gregorio Fraile, un abrazo fraternal, y para los señores Beato Guerra y Zúñiga Cerrudo, a quienes no tengo el honor de conocer personalmente, las gracias más efusivas y más sinceras. Voy a departir de nuevo, brevemente, con estos paisanos, sobre el tema de la Casa de Salamanca en la corte, que ya va adquiriendo estado periodístico, ampliando, desde luego, una idea, de cuya novedad no tengo para qué jactarme. Y he de decir, ante todo y sobre todo, por qué surgió en mi espíritu la idea de agitar a la opinión salmantina en este asunto.

Al pensar en la Casa Salmantina, pensaba, amigos míos, en Béjar, en sus luchas, en sus conflictos obreros, en la desgracia que se ha propuesto abatir tan noble y simpática ciudad. Pensaba que un Centro Salmantino en Madrid tenía el grato deber de velar por los intereses colectivos de la tierra, de llamar la atención de los gobernantes en las tristezas bejaranas ahora, y en los intereses y anhelos colectivos siempre. Ya ve el doctor Zúñiga Cerrudo cómo no he pensado, ni he podido pensar, en un casino ni en una timba más. Y ya se dará buena cuenta también mi querido amigo el señor Fraile de que la casa solariega que él añora es precisamente la que yo también sueño: un hogar con fotografías de la tierra, presidido por los retratos de Tomás Rodríguez Pinilla, de Julián Sánchez Ruano, de Ventura Ruiz Aguilera, de José María Gabriel y Galán, de Tomás Bretón y de otros muchos; una casa para todos, cerrada a las banderías politiqueras que separan, pero abiertas de par en par para los afectos que unen a los hombres; un centro, lleno de espíritu salmantino, de amor a la provincia entera; una fusión, en fin, de Madrid en Salamanca y de Salamanca en esta villa del oso y del madroño, conveniente para los que ahí viven y para los que aquí tenemos que vivir; hogar y no posada, casa familiar y no hotel de paso, algo que sea una afirmación de la voluntad salmantina para ser escuchada siempre y no ser vejada nunca, como lo es ahora y como lo ha sido siempre.

Dificultades, las hay, y muchas, pero vamos a vencerlas todos con un poquito de... amor, que, a la larga, venceremos. De los jóvenes aquí residentes, no he escuchado más que palabras de estímulo y de aliento. De los políticos, de los hombres que están hablando a todas horas de su amor a Salamanca, y recogen los votos aldeanos para valorarlos aquí, espero también, fundadamente, voces fervorosas y entusiastas, que les acrediten, una vez más, como buenos y amorosos hijos de la tierra.

Ellos han de tocar el pandero, al fin y al cabo, a la hora de la música, y nosotros, pobres hombres, les serviremos de comparsa. Seguramente, Bullón, Ávila, Rodríguez Arias, Oliva, Pérez Oliva, Velasco, Garcigrande, Ivanrey, etcétera, están esperando a que se los llame. Y como se les llamará, yo estoy seguro de su concurso y de su entusiasmo.

No atino a explicarme que Burgos, Soria o Segovia, tengan su centro y que no lo tengamos aún los salmantinos. Pereza, recelo, egoísmo, lo que sea, pero no lo tenemos. El doctor Zúñiga Cerrudo habla, escépticamente, presagiando poca confianza. ¿Por qué, doctor? Vamos de nuevo, un día y otro día, a hacer ver a todos las conveniencias de este hogar común. ¿Que unos han de sobresalir y otros hemos de quedar en la penumbra? Muy bien. Los cargos para los activos. Para los demás... unas cuartillas y un tintero, y una chimenea con fuego, para ver cómo arde la leña, mientras soñamos con aquella Salamanca y su ciudad, con las llanuras peñarandinas, con las riberas del Águeda y del Tormes, con las crestas de las sierras, con el silencio maravilloso de Ledesma y con aquellas murallas, tan lindas, de Ciudad Rodrigo, que cobijaron nuestros primeros sueños de colegiales.

Y todos ustedes, doctores Pinilla, y Rodríguez Mata, y López Prieto, y Zúñiga Cerrudo, y Gregorio Fraile, y Ávila, y Rodríguez Arias, y Pérez Oliva, y GarciGrande, e Ivanrey, y Tamames, Alba, y Francos, y Selva Alegre, y los estudiantes, y los obreros, y los industriales, y los empleados, y los ricos y los pobres, y los nobles y los humildes, tienen ustedes la palabra. ¡Todos! Se trata de una obra colectiva, en la que nunca tiene demasiada importancia el parecer de uno, y menos aún, el propio parecer. No se trata de una Obra de romanos, ni mucho menos.

Y si no nos ayudan los que deben –por deberes de ejemplaridad social– en nuestra empresa, no se extrañen luego de que mañana tampoco les hagamos caso los demás en sus protestas de salmantinismo. Salmantinismo que entonces, en sus labios, o no es nada, o es un tópico manido para embaucar bobos.

Hoy Salamanca –al hablar de Salamanca hablo de su provincia– tiene problemas que necesitan de los que en ella viven y de los que estamos aquí, al lado de los que pueden satisfacerlos

y solucionarlos. Nunca más oportuna la cohesión de la colonia salmantina entera que en estos momentos de anormalidad política, en que se han roto casi todos los contactos permanentes que unían a Salamanca con este Madrid, tan comprensivo y tan cordial, tan simpático: el Madrid de Bretón, de Ruiz Aguilera y de tantos otros.

El Adelanto (22-02-1925)

El Ateneo

Con la venia de este tocayo «Yo», que no contento con haber levantado las estatuas de José María Gabriel y Galán y de Tomás Bretón, quiere levantar ahora los cimientos de un nuevo Ateneo salmantino; con el permiso de Enrique Rodríguez Mata, flamante catedrático de Hacienda y de Economía de nuestra Escuela, yo voy a echar también mi cuarto a espadas en este asendereado asunto de la fundación del Ateneo. ¿He de decir que, por esta vez, voy a votar con las clases conservadoras, al lado de mi entrañable camarada y viejo amigo, el señor presidente de la Caja de Previsión Social, Fernando Íscar Peyra? Suscribo, en todas sus partes, el «dictamen» del señor presidente, que tengo sobre la mesa y que acabo de saborear. «El morrongo perezoso enroscado junto al brasero» es, hoy por hoy, el símbolo actual de nuestra pobre cultura salmantina, cominera y localista, caserita, sin alas para volar y recluida en rebuscas antipáticas y en soliloquios estériles.

El Ateneo, como ya apuntaba Enrique Rodríguez Mata, es, más que nada, como la síntesis de un estado social de cultura. Pero la cultura requiere libertad absoluta de expresión y de pensamiento. El momento para inquietar a las gentes no puede ser más importuno. Tendríamos sobre nosotros censuras que podarían implacablemente nuestras continuas escapadas a la ortodoxia. Y moriríamos de asfixia y de ridículo. Hay que esperar el retorno a la normalidad política, para agruparnos, con casa o sin ella, señorilmente instalados o viviendo a la intemperie, espiando el instante –hoy por hoy, incierto y lejano– en que no tengamos nada que temer, seguros de una tolerancia que hoy había de faltarnos.

Porque aquel Ateneo nuestro no murió de frío, como cree Rodríguez Mata y como niega briosamente Fernando Íscar; murió porque todos nosotros –Elorrieta, Bernis, Martín González, yo mismo– vinimos a Madrid, y porque algunos de los que ahí quedan, como Fernando, pecaron también de retraimiento y de pereza. ¡Días aquellos inolvidables que provocaron la destitución de don Miguel, como rector de la Escuela y que nos ocasionaron a otros sendos juicios de falta y hasta querellas criminales que murieron en flor, las pobrecitas, después de haber llenado con tinta copiosa sendos pliegos de papel de oficio que duermen el sueño eterno en los archivos judiciales! ¿No recordáis aquellos mitins [sic][60] en Fuente de San Esteban cuando éramos esperados en la estación por las charangas pueblerinas? El aldeano se nos entregó en alma y cuerpo. No olvidaré nunca –Francisco Ruipérez y otros amigos pueden atestiguarlo– hasta qué punto habían calado nuestras predicaciones, el alma campesina de esta tierra. El Ateneo actuó, actuó demasiado, y de morir de algo, murió de exceso de vida y de exceso de juventud.

Agrupémonos de cualquier modo, primero, que todo lo demás se nos dará de añadidura. El mismo administrador de los cuartos, apunta –bonachón– que «antes de buscar albergue (el Ateneo), debe empezar a merecerlo con sus actos callejeros y universitarios». Pero para actuar, lo primero de todo es que le dejen actuar. Hoy, ciertamente, no está el horno para rosquillas. Para no poder hablar o escribir con libertad, es preferible consagrarse a hacer solitarios en la camilla, acariciando el morrongo. Un Ateneo –digámoslo claramente– es, antes que una agrupación literaria, una agrupación política y civil, que requiere la más amplia libertad en su vida y en su desarrollo.

La misión del Ateneo salmantino no puede ser otra que la de absorber el campo en la ciudad y que la de hacer sentir el influjo de la Universidad y de sus hombres libres en los más apartados rincones y caseríos de la tierra. Afirmación que yo sé muy bien que no asusta al señor presidente de la Caja de Previsión Social, ni mucho menos. Afirmación que, finalmente, traduce el pensamiento personal de Enrique Rodríguez Mata y de tantos y tantos otros, futuros ateneístas.

El Adelanto (05-03-1925)

[60] Por mítines.

Nuestra "Peña"

Poco a poco, los salmantinos hemos ido invadiendo, después de almorzar, en las primeras horas de la tarde, el flamante café de María Cristina, de la calle del Arenal, y, por las noches, aún con el postre de la cena en la boca, el clásico Colonial de la calle de Alcalá, junto a la Central de Teléfonos. Y esta tarde ya me he encontrado con una grata innovación: nuestras mesas estaban previamente «reservadas» y las gentes, que buscaban sitio, las miraban con un temor supersticioso. Y poco a poco, íbanse poblando de estudiantes, de médicos, de industriales, de «turistas», de salmantinos que necesitamos vernos y cambiar impresiones todos los días.

¡Para que dudemos del éxito de nuestra convocatoria para la Casa de Salamanca, así que tengamos un censo discreto que nos permita presumir que citamos a la mayor parte de nuestra colonia!

Esta «peña» tiene su reglamento, sus horas y sus estatutos, y hasta sus columnas básicas o «inmachacables», que diría Carlitos de Anta. Y hasta sus privilegios y sus prerrogativas, que me place difundir para conocimiento de todos los hijos de Salamanca o de la provincia que vengan a la corte.

El reglamento no permite «señoras» en la tertulia. El que quiera presumir que vaya al Alkázar, o, simplemente, a Molinero. La junta directiva que componemos los tres socios más antiguos. Nemesio Tiedra, como secretario; el doctor Gil (Serafín), como tesorero, y yo como presidente, es, en este punto, completamente inexorable. Cuando nuestra peña estaba en formación, madrileñitas devotas de los charros nos hicieron la vida imposible a fuerza de quejas, de recriminaciones y de halagos para los tenorios que habían bruñido sus primeras armas en la Alamedilla o en la calle de Zamora. Las espantamos y hoy la asamblea es completamente masculina.

Nuestro reglamento consiste en no tenerlo y en no trazar planes. Nos hemos reunido alguna vez a comer en casa del segoviano y nuestras cuchipandas continuarán con el más leve pretexto o sin pretexto alguno. No se habla de política, no se permiten discusiones de campanario, y solo EL ADELANTO circula de mano en mano, después de la hora del almuerzo.

El tema de conversación, en cambio, ha de ser salmantino. Como los muchachos están en mayoría, ¡cómo deben zumbar los oídos a las salmantinas con música de madrigal! Nadie pregunta por los idilios respectivos porque los pacientes llevan en el semblante el reflejo de los acontecimientos íntimos. Por mi parte, separado casi siempre de Salamanca, sé el cumbre de todas las beldades locales, y como presidente, tengo que encauzar la discusión de estos jueces, tan bondadosos cuando han de sentenciar cualidades femeninas.

Nuestras horas seguras, de dos a cuatro en María Cristina y de diez a doce en el Colonial. Se admiten donativos en forma de embuchados de la tierra. Y se acoge amablemente al que llega en cuanto nos acredita su procedencia.

Nuestras prerrogativas son múltiples. Tenemos caricaturistas gratuitos, del fuste del gran Bon; gozamos de entrada en los estudios de los pintores y artistas más famosos; no conocemos el mal humor ni la tristeza en esta lucha por el nombre y por la vida. Y nuestras columnas están forjadas con el entusiasmo, con el amor a la tierra, que nos hace vibrar a todos en una sola vibración de alegría y esperanza.

El Adelanto (17-03-1925)

La calle del Dr. Nogueras y otras calles

Para el señor alcalde de Salamanca

Hubiera firmado con un cariño y con una emoción que hubiera comprendido muy bien mi querido amigo el doctor Firmat, la instancia que éste y otros salmantinos han dirigido al Ayuntamiento pidiendo que una calle de la ciudad lleve el nombre del doctor Enrique Nogueras. Sean estas líneas testimonio de adhesión a la feliz iniciativa de esos amigos. Se las dirijo al alcalde señor Torres, para asombrarme como él, de que a la Puerta de Zamora se la trate de llamar Puerta de Gil Robles. Ese acuerdo municipal es –¿cómo diré yo para no herir demasiado la susceptibilidad de sus autores?– ese acuerdo es un poco incongruente. Lejos de mi la idea de no honrar la memoria de Gil Robles. Fui alumno suyo, me quiso mucho y yo le pagué generosamente, haciéndole rabiar bastante. Pero los acuerdos municipales han de ser discretos, y cuando no lo son, se echan sencillamente abajo.

Pido, pues, la palabra para consumir, en calidad de hijo ausente de Salamanca, un turno en la primera sesión hábil que se celebre. Y voy a decir sencillamente:

– «Señor alcalde, señores concejales. Lo mismo don Enrique Nogueras que don Enrique Gil y Robles merecen la gratitud de Salamanca. Gil Robles fue maestro de su Escuela de Derecho; enseñó en ella a sus alumnos un tradicionalismo romántico, candoroso y perfectamente impracticable; riñó con los obispos; representó en las Cortes el distrito de Pamplona; predicó el odio al parlamentarismo; al feminismo, al semitismo y a otros ismos más que no recuerdo; habló muy bien y fue decoro por su elocuencia y por su talento, de nuestras derechas. Sobrino de Enrique Gil y Carrasco, el autor de «El señor de Bembibre», heredó del tío la imprecisión, la vaguedad y amor a la digresión amena y pintoresca. El autor del «Derecho político» y de la «Metodología jurídica» no debe ser olvidado. Pero su calle está en nuestro barrio universitario, en el espacio comprendido entre la calle de Serrano y la plaza de San Millán. Nada tiene que ver el señor Gil Robles con la Salamanca nueva. Calles hay en ese barrio universitario –la de Serrano, la de Traviesa– que pueden bautizarse muy bien con el nombre y los apellidos del famoso orador carlista. El profesor Gil Robles debe ser recordado junto a la Universidad. En la parte nueva, su recuerdo está un poco desplazado. Realmente, señor alcalde y señores concejales, nada recuerda en la Puerta de Zamora la huella del señor Gil Robles, que fue exclusivamente universitario.

Más reciente es para todos la memoria del doctor Nogueras. En la Puerta de Zamora ejerció su profesión este hombre caballeroso, inteligente y bueno; en la Puerta de Zamora recobraron muchos niños la salud perdida; la casa de nuestro querido doctor oyó bendiciones de madres. Pero Nogueras fue más; fue el alma de nuestra «Gota de leche»[61] y el consuelo de nuestro Hospicio provincial. En los años que ejerció su profesión entre nosotros Enrique Nogueras, disminuyó la mortalidad infantil, casi siempre aterradora en Salamanca. En la calle donde aún se conserva su casa, en la del Hospicio, en la de la escuela de la Merced, donde estuvo «La Gota», encaja perfectamente el nombre de Nogueras. ¿Me permite una sospecha, Emilio Firmat? Si Enrique pudiera elegir ¿no le sería más grato aquel rincón de los Irlandeses, junto a «su» Hospicio, junto a «su» Facultad? Yo me aventuro a creer que sí.

De modo, señores, que pueden y deben armonizarse todas las tendencias. Llévese el recuerdo de Gil Robles junto a su escuela; evóquese la memoria de Nogueras al lado de su casa, de su Hospicio o de su Facultad.

Y aún dispongo de dos minutos. Voy a aprovecharlos. ¿Por qué no se da el nombre de Pedro Dorado Montero a la calle donde vivió siempre? ¿Qué os ha hecho ese hombre, gloria pura de nuestra raza, para ser olvidado? Hace poco honrasteis la memoria del generoso Doctor Jaime Vera y está muy bien; hace años bautizasteis la carretera de Ledesma con el nombre de Cándido Rodríguez Pinilla, y a nadie cedo yo mi admiración y mi cariño por el querido ledesmino. Pero ¿y Dorado Montero? Dos preguntas más. ¿Por qué no tiene una calle «más decente» Ventura Ruiz Aguilera? Ruiz Aguilera nació en palacio de San Boal, como hijo de un empleado subalterno de los marqueses de Cerralbo, que fue a la vez «boletero» de la Casa Consistorial. ¿Por qué no recordamos al doctor Arés? ¿Quieren sus señorías contestar estas preguntas con acuerdos municipales dignos de Salamanca?

Y nada más, señores. He concluido.

El Adelanto (03-05-1925)

Ávila-Salamanca

Conviene que con la próxima e inmediata explotación de este ferrocarril, piense Salamanca en su futuro porvenir ciudadano; conviene que, de vez en cuando, nosotros atraigamos la atención de las gentes hacia estos temas, para que las gentes mediten y tengan una orientación en ellos. Salamanca da el primer paso, con este ferrocarril, para ser la primera ciudad del noroeste de España; pero nada más que el primer paso, que debe ir seguido de actos posteriores para

[61] Fundación inspirada en los "Consultorios de Niños de Pecho y Gota de Leche" franceses en los que se atendía a las madres que no podían amamantar a sus hijos, ofreciéndoles como alternativa la lactancia artificial. En 1904 se funda en Madrid la primera "Gota de leche" española que pronto comienza a extenderse por otras ciudades, entre ellas Salamanca, donde se inaugura en el mes de octubre de 1908 bajo la dirección médica del Dr. Hipólito Rodríguez Pinilla y, posteriormente, del Dr. Enrique Nogueras.

afirmar su posición, verdaderamente estratégica y verdaderamente excepcional en lo sucesivo. Artículos como el publicado recientemente en estas columnas por Antonio del Tormes[62], merecen ser aireados para que las gentes reflexionen sobre estos problemas.

Y tiene razón el articulista. Salamanca será el paso obligado de las mercancías gallegas. Para eso hace falta ayudar a los zamoranos con objeto de que el ferrocarril directo a Orense sea inmediatamente una realidad. Salamanca será entonces insensiblemente, no ya sólo la antesala de Oporto, sino la de Vigo y Coruña. Suprimido el engorro de Medina del Campo, podemos convertirnos en centro obligado de turismo para los americanos. Lo de menos es que los estudiantes de Ávila prefieran nuestros centros docentes a los de Valladolid o a los de Madrid; lo de más importancia es hacernos dueños obligados de todo el tráfico galaico portugués, que ha de pasar necesariamente por Salamanca. Se trata de una necesidad vital para nosotros, que ha de hacer urgente la obra de los saltos del Duero.

Salamanca, por medio de su Ayuntamiento y de su Diputación, debe ponerse al habla con Zamora y con Galicia; por segunda vez, insisto, desde el mismo sitio, en la necesidad de una inteligencia previa en los gallegos y con los zamoranos. No rematar una obra sencilla y verdaderamente nacional, vale tanto como no iniciarla.

Vigo, Coruña, Zamora, se sumarán inmediatamente a nuestra demanda. Y nuestra Cámara de Comercio ¿qué hace? ¿En qué piensan nuestros comerciantes, nuestros industriales? Salamanca se está jugando sencillamente su porvenir, como gran ciudad a cara o cruz; es necesario que, de vez en cuando, salgamos de nuestro localismo y que nos demos cuenta de que sirviendo los grandes intereses nacionales servimos y defendemos mejor a los nuestros.

El Adelanto (20-06-1925)

La Plaza Mayor[63]

Ahora que el Ayuntamiento está tomando más en serio que otras veces el arreglo de la Plaza Mayor, es ocasión oportuna de recordarle que debe preocuparse un poco más del decoro y de la belleza de nuestro gran monumento barroco. Con unas cuantas ordenanzas, sobrias y sencillas, se está al cabo de la calle. Basta, por ahora, con que se uniforme el color de las persianas y con que se prohíban toda clase de rótulos y de letreros en los balcones. No creo que se perjudique en maldita la cosa a los comerciantes e industriales. Nuestra plaza ganaría de esta suerte, en buen gusto y en simetría, y presentaría un magnifico golpe de vista en todo momento.

Por de pronto, eso. Luego vendría también la uniformidad de los letreros en los comercios que hay debajo de los porches o soportales. Se podría pensar en un modelo artístico común a todos los establecimientos comerciales. El azulejo, un azulejo sencillo y decorativo, toledano, podría servir maravillosamente para estos menesteres estéticos. En todo caso, adoptaríamos una decoración única y un motivo sólo para el ornato de los comercios de la plaza. Cualquiera que sea el porvenir de la ciudad, la Plaza seguirá siendo, durante muchos años, el verdadero centro de ella y el paso obligado de todo el mundo. Todo cuanto se haga o se intente para la conservación y el embellecimiento de nuestra Plaza Mayor, será obra duradera y tendrá carácter de permanencia.

En Italia se obliga, por unas simples ordenanzas municipales, a los habitantes de las ciudades artísticas a someterse siempre en sus construcciones, en sus ornatos, a las exigencias estéticas que exige el emplazamiento de sus propiedades particulares.

Así en Bolonia y en Milán, en Florencia y en Roma, en Génova y en Turín. El capricho o la rebeldía de un propietario, están siempre limitados por los dictados del buen gusto y sometido al informe de la Dirección General de Bellas Artes. Yo presencié la restauración del Palazzo dei Nottai, en la Plaza Comunal de Bolonia, donde se encuentran hoy establecidos unos grandes almacenes. La sociedad anónima propietaria de ellos, tuvo que someterse a las órdenes terminantes y precisas del entonces director general de Bellas Artes, Conrado Rica. Es natural que

[62] Antonio del Tormes, sin duda un pseudónimo, escribió "El ferrocarril de Ávila a Salamanca". *El Adelanto* (16 de junio de 1925). La vía ferroviaria Ávila-Salamanca estaba a punto de concluirse. El Consejo Superior Ferroviario contempló un plan de cinco años para mejorar la red ferroviaria en explotación. Antonio del Tormes propone que se mejoren las viejas líneas Salamanca-Astorga y Salamanca-Oporto para que la ciudad del Tormes se constituya en punto de enlace con el turismo extranjero, por una parte y por otra Portugal y Galicia con Madrid.

[63] Existe otro artículo con este mismo título y contenido diferente publicado por Sánchez Rojas en *La Esfera* (O.C. Tomo V, página 93).

todo edificio de una población de arte, se ajuste, en sus modificaciones parciales, al tono general estético que domine en ella.

¡Qué fea está la Plaza con sus letreritos en los balcones, con sus persianas de tonos distintos! Eso, tan al alcance de la mano, puede y debe evitarse con muy poco dinero y con un pequeño esfuerzo de voluntad de los habitantes, inquilinos o propietarios de las casas de ella. En lo otro, en la decoración y en el ornato de los comercios de sus porches o soportales, debe y puede pensarse con más espacio. Es un tema que brindo a la consideración de mi querido amigo Eudoxio de Castro, que, a lo que parece, así que se ha posesionado de su poltrona municipal, lleva la voz cantante en el Concejo. Eudoxio de Castro es, además, vecino de la Plaza, y está obligado a mirar por ella. Basta con saberlo querer y con una pequeña dosis de voluntad en los comerciantes y en los vecinos de nuestro gracioso monumento ciudadano, barroco y dieciochesco, pero siempre armónico y elegante.

El Adelanto (26-08-1925)

El santuario del Cueto

Desde esta ermita de Nuestra Señora del Cueto se divisa y otea un panorama encantador. Los manchones de encinares, primero sombríos, verdinegros en segundo plano, zarcos y azulencos más atrás, se limitan, en la infinita lejanía, por una línea clara y nubosa que tiene todas las apariencias de un mar tranquilo y remoto. Las motas blancas y pardas de las alquerías, metidas en los montes, embutidas y prisioneras en los encinares, rompen, de cuando en cuando, la angustiosa monotonía de la visión en esta tarde clara y soleada, con un viento refrescante que silba alegremente entre las copas y en los troncos del encinar.

La ermita parece, desde lejos, una mansión campesina más. Pero enseguida que nos acercamos a ella, nos encontramos con la sorpresa de un balcón o solanera del siglo XVIII y con la fábrica barroca de una ermita graciosa y esbelta que levantó, seguramente, la piedad de los señores de estas dehesas. Como la iglesia, el presbiterio es de una adorable decadencia. Y con el presbiterio, el camarín, decorado por caritas aniñadas de ángeles, vírgenes morenas, toscas y un poco inexpresivas como estas mozas, y por volutas y columnitas salomónicas y corintias, presididas por dos símbolos del sol y de la luna.

Saliendo del camarín, y a la izquierda del presbiterio, luce una fila de humildes exvotos aldeanos. Junto a la chaquetilla de un húsar, la trenza de una moza, y al lado, unas piernas de cera, y el trajecito de un bebé, y las mantillas de otros, y el gorrito de un tercero. Y presidiendo el sencillo recinto la Virgen morenita, con su manto morado de velludo, con su carita delgada y fina de expresiva montaraza, preside el hechizo del templo.

Templo que se levantó al amparo de una tradición piadosa que se ha venido perdiendo poco a poco, y que se acabará de perder completamente, porque a lo que cuentan, desapareció o se quemó el archivo de Nuestra Señora del Cueto. La Virgen se dignó aparecer, no sabemos cuándo, aunque sospechamos que en los albores del siglo XVIII, o, en todo caso, en las postrimerías del XVII, en el hueco de una encina, tal vez para hacer presencia material de su intercesión entre estos labriegos, levantándose la ermita en recuerdo de su graciosa aparición.

Según me cuentan, las romerías de la Virgen del Cueto han ido perdiendo importancia ante las del Cristo de Cabrera, que es un santuario harto vecino al de este altozano. Un sacerdote, párroco a la vez de Tornadizos, cuya jurisdicción alcanza a once alquerías, cuida, en unión de dos ermitaños, del culto.

Si exceptuamos las fiestas de Pentecostés, es raro acusar la presencia de feligreses en estas soledades, que años atrás se veían siempre pobladas de infinidad de aldeanos que ofrecían sus frutos y primicias y diezmos a la Virgen que se dignó aparecer por estas alquerías. Hoy el encanto del santuario estriba en su soledad y en su abandono. Adosado a la ermita, un cementerio aldeano recuerda que aquí duermen generaciones de labriegos su reposo definitivo. El sol besa las tumbas todas las tardes y un aire purísimo orea y hace fecunda y generosa la tierra en que reposan. Y la campana, la única campanita, al tañer en la paz y en el silencio de los encinares las mañanas domingueras, pone una línea de graciosa espiritualidad evocadora en los hombres y en las cosas.

El Adelanto (02-09-1925)

Ledesma o la villa del silencio

El automóvil de línea, un coche cansino y perezoso, lento, lleno de hombres gordos con cayados de fresno a la diestra; con mujerucas pálidas, enlutadas y de brillantes ojos negros; con chicos pringosos que llevan el zumo del melocotón de la merienda en la yema de los dedos. El soto rojo de las torres salmantinas primero y luego, Villamayor a la vera del Tormes, y después Zorita con sus molinos y fábricas de harina, y Valverdón con sus juncos, sus chopos y sus alamillos; y la calle larga y estrecha de Almenara, y Juzbado en su altozano o prominencia.

Y después los manchones grises de los encinares de la dehesa de Carrascal, y la calzada o carretera que va a los baños, y la torre de Ledesma, en fin, con la mole cuadrada del castro de doña Juana la Beltraneja, y los canchos y pedregales que decoran el austero paisaje ledesmino.

Ledesma, a la vista, una linda, una bellísima miniatura de Toledo, la ciudad imperial. A la entrada del Puente Romano, una sencilla ermita, con su campanil aldeano, la de Nuestra Señora del Carmen, atrae la devoción y el silencio de las mujeres. El río, metido entre barrancos y hendiduras, se queja dulcemente de su prisión, después de encinchar, de envolver, de abrazar apretadamente a la villa de los Beltranes y de los Alburquerques.

El auto, como un beodo, brinca y salta por los zis-zás carreteriles; las torres de San Miguel y de Santa María la Mayor, reciben el beso del sol poniente; los gritos de los niños que cantan en los arrabales los eternos romances infantiles:

> ¿Dónde vas, Alfonso doce, dónde vas, pobre de ti?
> … … … … … … … … … … … …… … … … …
> … … … … … … … … … … … …… … … … …
> Cuatro duques la llevaban por las calles de Madrid.

los romances que añoran los amores de un rey y la figura españolísima y castiza de Mercedes, se pierden y rebotan sobre el silencio denso, augusto, de la villa muerta.

Ledesma es el silencio, un silencio maravilloso como el que advierte don Quijote en casa del Caballero del Verde Gabán, un silencio que hace familiares las voces lejanas, y los pasos de los transeúntes sobre las aceras, y el ruido de las ventanas, puertas y fallebas sobre los quicios. Dentro de la plaza concejil llena de yerba, debajo del primoroso arco rasgado de Santa María, a lo largo de sus calles con sus casucas centenarias y deshabitadas, un manto de silencio de siglos envuelve a la villa de los Beltranes. No nos atrevemos a gritar porque advertimos prestamente que nuestras voces van a quebrase en el vacío; no osamos disimular nuestras pisadas, porque sabemos muy bien que son conocidas de todos los ledesminos. Y hablamos suave, quedamente, de oído a oído y de corazón a corazón.

Y luego la noche, con la cena en la casa amiga, llena de paz. Sorbemos sosiego para toda la vida. El silencio nos ha embrujado tan por completo que ahorramos las palabras vacías de sentido. Y advertimos más en el silencio; advertimos que las palabras precisas cobran aquí, en Ledesma, un sentido nuevo, sentido de eternidad, de gracia, que les hace perder su liviano sabor anecdótico. Y nos damos cuenta de la eternidad del paisaje, de ese ancho, soleado y austero paisaje de Castilla que, al decir de Pedro López de Ayala, hace los hombres y los deshace.

Por la mañana abandonamos Ledesma. Ante la ermita del puente siguen las mujeres haciendo la confidencia de sus dolores ante la Virgen del Carmen, patrona de Ledesma. Nosotros también, hondamente conmovidos, pedimos a la dulce Señora un remanso de paz en nuestros tráfagos y en nuestras inquietudes de luchadores.

El Luchador (30-09-1925)
El Noroeste (01-10-1925)

Estampa

La maravilla de Salamanca la hizo Dios para que fuera contemplada por los ojos en el otoño. Ciudad de otoño es –como Segovia– Salamanca. Pero así como en Segovia el hechizo estriba en el oro de los chopos y álamos centenarios que bordean las orillas del Eresma, así también, en nuestro pueblo, el hechizo es, a la vez, de piedra, de suelo y de cielo. Aquellas cosechas del pensar y del querer, dulces y tranquilas, que cantó el Maestro, allá en el poniente de su mocedad, se

recogen estos días, donde todas las cosas son, a la vez, cumbre, y resalte, y bulto, y tienen la finura de las viejas porcelanas y la transparencia del cristal.

¡Con qué fruición, con qué dulzura besa el sol estos días a nuestro pueblo! Todo el paso del sol por el firmamento es una caricia continuada y un honesto idilio de constancia y de amorosa fe. ¡Y qué colorada se pone Salamanca, la boba!

Cuando no es brasa encendida al mediodía, es amapola recatada, roja, muy roja, que ha brotado en los surcos de un campo de ensueño, esperando unos ojos puros que no la arranquen jamás de donde ha sido puesta, entre los surcos de una rastrojera amarilla que espera días mejores de fertilidad y de abundancia.

Este otoño salmantino, del que no gozaba yo desde mis tiempos de estudiante, tiene embrujados y enhechizados todos mis sentidos. Me parece que no he visto nunca las cosas, o que, lo mismo que en la infancia, las veo siempre por primera vez. Como los prisioneros encerrados en las tinieblas, pido todos los días al buen Dios una mañanita buena y soleada. Y cuando la tengo, salgo como los chiquillos a la calle, a saturarme, a emborracharme de luz, a otear –desde el campo de Salamanca– el cimborrio de las Agustinas y las torres de las Catedrales, o desde el puente viejo, la estampa florentina de Salamanca, arrullada por el río, con las tenerías y las casucas del Arrabal, y los oteros y los sotos lejanos y el esqueleto, formidablemente limpio, de las sierras bejaranas.

Salamanca es toda luz estos días. Luz alegre y sabia que recoge los matices, las entonaciones de un momento para grabarlos –eternamente– en sus piedras. Cada hora tiene su tono. Y yo quiero sorprenderla para revivir momentos que yo creía fugaces y que ahora retornan, de nuevo, más plácidos, más sabios, más tranquilos dejando en mi espíritu toda su gracia y toda su luz.

El Adelanto (04-11-1925)

Un dibujo y una evocación

La pluma segura y elegante de nuestro querido Mucientes –una buena persona y un buen dibujante, al mismo tiempo– traza, para EL ADELANTO, uno de los rincones más netamente salmantinos; la cruz del Rollo, junto a la Puerta de Aníbal, que conocimos en nuestra niñez. El rincón, con sus aledaños, arrabales y dependencias, obsesiona a nuestro amigo, porque ha dibujado también la rampa de la calle de Santiago que mira a la Puerta del Río.

Este rincón salmantino tiene para nosotros un hechizo doble: nos recuerda a la vez nuestras visitas a la ciudad, de niño, y nuestras fervorosas lecturas de los clásicos, de mozo. En aquella diligencia de Alba, después de almorzar en Calvarrasa, entrábamos en la ciudad por el Puente Romano. A la altura del Matadero Viejo, la contemplábamos siempre con embeleso. La visión de las tenerías, de las torres de la Merced, de las Catedrales, de San Esteban, del campanil universitario, quedó grabada para siempre en las honduras de nuestro recuerdo, y con el de las piedras, el de los charritos cebolleros, chalanes, quincalleros, castañeras, que por allí merodean en toda sazón. Este lienzo salmantino, con sus casucas arcaicas, y su peña Celestina, y las márgenes del río que, como los estudiantes, vaca en estío para seguir su curso únicamente en los meses fríos, y su Puerta de Aníbal derruida en mala hora, y su elegante Rollo de piedra, está lleno de sabor y de gracia.

Y nos trae también la evocación de nuestras lecturas mozas. De todas ellas. La Puerta del Río es eminentemente literaria. ¿Quién no recuerda las andanzas de la buena madre Celestina, con sus polvos y sus aguas de magia, para encandilar a los muchachos y hacer picar a las mozas en el anzuelo del deleite? ¿Y la estampa de Calixto rondando la casa de su amada, y los ojos verdes de la enamorada Melibea?

¿Y la salida del Lazarillo con el ciego por el puente de piedra, hurtando el vino de la bota al ciego escéptico y socarrón? ¿Y los viajes de Teresa con sus amigos, los arrieros, y con aquel frailecico bobo, portero del Monasterio de Duruelo, que llevaba en sus bolsillos hasta siete relojes de arena, todos concertados? ¿Y que aquel es el paso obligado de los arcades para el Zurguén?

El Rollo, la Puerta de Aníbal, en este delicioso y salmantinísimo dibujo de Mucientes, evoca cinco siglos de la vida y de la historia de nuestra ciudad. Aquel paraje pone en comunicación nuestro campo con nuestra Escuela por la plaza de San Millán y por la calle de Tentenecios. A la vez nos habla de las mantillas de la infancia salmantina, con la problemática conquista del caudillo cartaginés, y de las murallas desaparecidas, y de las leyendas pretéritas, y de los ajusticiados

que exhiben su lúgubre cabeza a los paseantes las horas de sol. Para nosotros, ya hemos dicho que tiene el encanto doble de nuestros recuerdos de niño y de nuestras lecturas de mozo.

El Adelanto (14-11-1925)

Un bello rincón[64]

¡Y que rincón más gracioso y más salmantino es éste de San Sebastián, en la plaza de Anaya, sorprendido por la agilísima pluma de nuestro admirado Mucientes! La fachada de la Catedral, el viejo Colegio de San Bartolomé, la Normal, el patio con las cadenas, la estatua del obispo agustino y soñador.

Ese rincón ¡evoca tantos recuerdos en nuestro espíritu! Lo contemplábamos desde el claustro alto de la Escuela, en la clase de Unamuno, cuando asistíamos de oyentes por las tardes. El maestro se cansaba de su tiza, de sus voquibles; hablaba; se oreaba su espíritu con una bella digresión lírica. Todos callábamos. Don Miguel escuchaba el tañido de las campanas, que resbalaban sobre la paz de la plazuela de Anaya, entonces desierta.

«¡Qué bien suenan –nos decía– estas campanas! ¡Y qué de recuerdos traen al corazón! ¡Estas campanas han hecho, han afinado el espíritu de la ciudad! ¡Cómo resbalan sobre nosotros!».

Y golosamente contemplábamos el bellísimo rincón. Jugaban los pájaros con los hilos del telégrafo; una lumbrareda roja encendía las piedras catedralicias; la torrecita de San Sebastián, iniciando el paso de nuestra calle más estudiantil, la de la Rúa, seguía rompiendo el silencio con la vibración de sus bronces.

Este rincón evocador, con su plazuela de tunos y de escolares, de canónigos y de soldaditos, no tiene acaso y sin acaso, la prestancia artística de otros templos, pero tiene su perfume casero y familiar para los que, desde hace años, sabíamos contemplarlo y gozarlo desde la clase del claustro alto donde don Miguel nos iniciaba en la formación de nuestro Romance. Ante el dibujo de Mucientes, tan sutil, tan limpio, tan estéticamente honrado, me es grato evocar aquellos días y volver a sentir de nuevo, en mi espíritu, el resbalar del tañido de sus campanas sobre mis recuerdos mozos.

El Adelanto (29-12-1925)

Las tres ciudades del Tormes

Este río, que brotando del manantial de Tormellas, en tierras avilesas, junto al famoso castro del Barco de Ávila, va a engrosar las corrientes del pardo Duero, no lejos de las mimosas tierras de Lusitania, es, acaso, el río más castizamente literario de cuantos tenemos en España. Supera en poder de evocación al Tajo y supera al Guadalquivir. Ya se oye el murmullo manso, la canción serena de sus aguas en el Romancero:

> Bernardo estaba en el Carpio,
> el moro en el Arapil.
> Como el Tormes está en medio,
> non podían combatir.

Juan del Encina lo recuerda también en sus églogas y cantos pastoriles. Junto al Tormes, clamador viejo, que conoce las bacanales de la Roma papal y decadente, se ha enamorado de una doncella temprana, criada de los Álvarez de Toledo, duques de Alba. Garcilaso, a la sombra del mismo castillo que Juan del Encina, en Alba de Tormes sabe gustar la vega salmantina tal vez con más delectación que la vega toledana de su adolescencia. Lope de Vega, también en Alba, viene a ocultar unos amores harto tapados en la Corte, para que no se entere Dorotea. Calderón de la Barca, con todo su empaque de poeta oficial y cortesano, conoce también los lamentos del Tormes, violento en el invierno y dulce y apacible en el estío.

[64] Un dibujo de Manuel Mucientes García, pintor vallisoletano, que exponía por esas fechas en Salamanca en una obra colectiva, ilustraba este artículo.

Pero aguas arriba, cerca ya de Salamanca, la tradición literaria adquiere todo su relieve. El Tormes espeja el torreón de la dulce Melibea, la doncella de los ojos verdes. En sus orillas ama Calixto, y junto a los torreones, en una casita baja y de fácil acceso al transeúnte, la madre Celestina prepara sus mejores menjurjes para acabar con la virtud de las vírgenes de la ciudad. Y después viene Lázaro, el de Tejares, hurtando el vinillo de la bota del ciego, con un agujerillo que rellena de dócil cera, pariendo silogismos y sofismas en el puente, junto al toro de piedra. Y más allá, a la izquierda, en la Flecha, se alza la granja agustiniana, donde reposa Fray Luis de León de las tempestades que levanta en su espíritu jamás sereno las turbulencias de un claustro cominero y mediocre, que no le perdona su elegancia, ni su intuición, ni su sabiduría. Y al lado, en el Zurgén, los árcades bobos del siglo XVIII trocados en Batilos de cartón, cantan a sus Cloris y Filis, en estilo desviado y estrofas amaneradas:

¡Oh, Dios! ¿Qué se hicieron
la paz, las caricias,
y tantas delicias,
y tanto placer?
Veloces huyeron
cual sombra liviana
cual rosa temprana[65].

El Tormes jamás pierde su prestigio literario a lo largo de su curso Teresiano en Alba de Tormes –Teresa funda su monasterio a la orilla del río «porque es de harta recreación mirar la vega»–, es ora místico, ora picaresco en Salamanca. Lo mismo sirve para que los frailecitos sabihondos hablen de los nombres del Cristo junto a la fontana pura «que parecía reírse», como para que Lázaro urda sus tretas en busca del condumio por los recovecos de la urbe, como para que Celestina trate de aproximar, por artes diabólicas, el corazón de dos mancebos que no necesitan de alquimias infernales para fundirse. Ya en Ledesma, el Tormes adopta un aire ceñudo. Ledesma es una fortaleza militar, y el Tormes lame los muros del castillo de aquel trágico prócer D. Beltrán de la Cueva, padre, según las malas lenguas, de la Beltraneja. El río trae aquí los lamentos de Don Enrique el Doliente, y da a Doña Isabel las primeras nociones para unir sobre sus sienes, con un matrimonio, las dos coronas peninsulares. El Tormes comienza con la poesía para rematar en la historia. «El dulce y claro río» de Garcilaso es un pedazo fluvial, bien español, de nuestras tradiciones y de nuestras realidades. Nacido a la vera del castillo primitivo de los Toledo, en el castro del Barco de Ávila, muere lamiendo los cimientos de la casona solariega de los Cuevas. Toda España canta y murmura, para el que sepa oírla, en el cauce y en lecho de sus aguas.

Cosmópolis[66] (Junio 1929)

Los porches del Corrillo

Rasgado el arco de San Martín, sin la escalerilla típica, los porches del bien amado Corrillo salmantino continúan siendo el último refugio de la escolaresca. ¡Viejos colmados del Fraile y de la Obdulia, cuánto sabéis vosotros de los holgorios estudiantiles, cuando el dinero de la mesada, mil veces hurtado a la patrona, riñe su batalla para salir del bolsillo! Vinillo claro de los Villares, plato sabroso de picadillo, hornazos y empanadas recientes. Y después, la excursión a Tejares, los mesones solitarios de las Barcas, el río espejándose en los olmos polvorientos y centenarios de las orillas; la mirada de la moza prometedora que sabe dar alegría para todo el día. Excursiones que en el Corrillo empiezan y rematan en el Corrillo; pegotes barrocos que encinchan la iglesia de San Martín; porches que conocieron los devaneos de Don Diego de Torres y Villarroel y las estadas de los pícaros hartos de la sabiduría rugosa de los libros, el Corrillo salmantino es hermano del Potro cordobés y del Zocodover toledano.

Pocas estampas salmantinas de trazo más claro y de relieve más saliente. En esta plaza ya crece la hierba cuando la ciudad anda dividida en bandos y el pobre San Juan de Sahagún no da paz a la mano y a la lengua tratando de volver la tranquilidad a los espíritus. Muy siglo XVI, esta pla-

[65] Francisco Sánchez Barbero, tatarabuelo de Sánchez Rojas. Cantata.
[66] Nueva época de esta revista cuya vida duró de 1927 a 1931. Conoció otra anterior desde 1919 a 1922 en que también colaboró Sánchez Rojas.

zuela, cuando la fábrica románica de San Martín no conoce aditamentos y pegaduras de épocas posteriores, en ella se celebran las francachelas de los grados y la buena suerte de los favoritos en escalar rejas y besar doncellas a hurtadillas. En el siglo XVII sigue la tradición de sus colmados y tabernas, de sus callejones accesorios y de sus rincones ocultos de la mirada de los ociosos. En el XVII, con D. Juan Meléndez Valdés, solterón y siempre acompañado de la sobrina pacata que conociera Jovellanos, el Corrillo continúa siendo, además del acceso natural a la Rúa que pone en relación el Centro con la Escuela y el paraje más corto para el Colegio del Espíritu Santo de los Hijos de Loyola, el lugar frecuentado por los árcades que van a oír los cursos y alegatos forenses de Don Juan al final de la plazuela y descienden luego las escalerillas, para saludar al clérigo catarroso de D. José Iglesias de la Casa, que vive en la Plaza, a la misma vuelta. En el XIX, los amigos de Toribio Núñez se reúnen bajo los soportales para romper el medallón de Fernando VII y los de Sánchez Ruano y Rodríguez Pinilla –auxiliados por los carboneros de Matilla de los Caños– vigilan a los carlistas en días de revueltas electorales. Y en el XX, la misa de doce de San Martín, oída por las bellas, borda los mejores ensueños estudiantiles al cobijo del arco que se rasgó.

El Corrillo salmantino, más grabado en la memoria de los mozos que el encaje plateresco de su escuela, es, para los que han estudiado y amado en Salamanca, el paraje que más gratamente se recuerda. Hace años, yendo nosotros al frente de una tuna por los pueblos del Nordeste, el alcalde de Bilbao nos recordaba, con emoción sincera, los figones del Corrillo. Y ellos y el café de la Perla, y los billares del Pasaje, y el picadillo de Tejares, y los bailes domingueros, a la caída de la tarde de Villares y de Aldealuenga, ocupaban en su espíritu un lugar al lado de las lecciones de los Arés y de los Dorado, de los Unamuno y de los Gil Robles. Una tempestad de aplausos de los muchachos resonaba en el *hall* del Municipio bilbaíno cuando el alcalde terminó de evocar su juventud. Exaltemos el Corrillo; los cronistas oficiales, que vegetan entre infolios amarillentos a espaldas de la vida, desconocen el Corrillo, acaso porque nunca han tenido juventud. Al lado del goce de las piedras de oro de los palacios y de las casonas hidalgas, hay que conocer un poco el vinillo nuevo del Fraile para gustar del hechizo de aquella ciudad que enhechizaba a Miguel de Cervantes, amigo de las algaradas de los patios y de las aceitunas sabrosas y del vino de Guadalcanal de las tascas y de los figones.

Nuevo Mundo (05-07-1929)

Ciudad Rodrigo[67]

El castillo

Esta vieja ciudad de las Castillas es plaza fuerte y sede episcopal y ciudad fronteriza. Pertenece al grupo de las ciudades episcopales españolas: Plasencia, Astorga, Jaca, Barbastro, Tortosa, Solsona, Guadix… Está encinchada enteramente por una vieja muralla de fosos y contrafosos; tiene su linda catedral románica, y el castillo de los Trastámara preside toda la fortaleza espejando su panzudo cuadrado en las aguas quietas del río, que arrastra pepitas de oro en su carrera. A esta ciudad la llamaron Miróbriga los romanos, y nosotros, los contemporáneos, la llamamos Ciudad Rodrigo. Colocada en la frontera portuguesa, frente a Guarda y Almeida, está envuelta en un dulce paisaje leonés, desvaído y rico en matices, que acusa las vecindades lusitanas. Pueblo prócer, Roma hace pasar por él la calzada de Mérida; el municipio exhibe la columna sagrada del Imperio; en la Edad Media es fecundo en leyendas e historias de toda suerte. Ayuda a los Comuneros cuando la rota de Villalar. Y frente a Francia escribe su página de gloria, después de la concentración de Torres-Vedras. Un lord inglés, Wellington, es el duque de la ciudad, y acuartelado antaño en lo que es hoy palacio de los Montarcos, a la vera del buen general Pérez de Herrasti, persigue y caza a los franceses, echándoles del Oeste, para preparar la rota de los Arapiles.

El castillo es el testigo mudo de tantas hazañas. Sirvió de retiro a Enrique de Trastámara, el rey bastardo, y es de rosa y oro al atardecer, cuando se espeja íntegramente en el Águeda. En un promontorio, cercado de almenas, vigilando el puente romano, se encara con Portugal y preside el arrabal del puente con su caserío parduzco y primitivo.

[67] Desde *Alrededor del Mundo* Sánchez Rojas había dedicado ya otro artículo, con el mismo título, aunque distinto contenido, a esta ciudad salmantina (O.C. Tomo I, página 321).

Las casas

Pero el encanto de Miróbriga, aparte de su catedral y de su estupenda capilla de Cerralbo y de la portada románica de San Andrés, son las casas. Ciudad Rodrigo es un pueblo señorial. Por todas partes, escudos, y tejadillos saledizos, y ventanas labradas, y anchos portones y balconajes suntuosos y espléndidos. Vecina de Salamanca, recibe de ella Miróbriga la gracia y el primor de sus magnificencias plateresca. No hay plazoleta silenciosa ni calleja vetusta que no contenga alguna magnífica casona solariega. Ved aquí, al lado de la catedral, la vieja mansión de los Miranda, hoy de los Velasco y Sánchez Arjona; tres escudos distintos adornan la sencillísima y elegantísima fachada; mirad a continuación la casa de los marqueses de Espeja; hermoso ejemplar del Renacimiento salmantino, tiene graciosos ventanales góticos y un primoroso patio del Renacimiento, de riquísimos medallones de alabastro; mirad otro palacio, a la espaldera de un viejo templo, donde los arcos de la portalada están cortados y el balcón se abre, haciendo juego, a la portalada, en el ángulo del edificio… La casa de los Bumeritos, en fin, al lado de la Puerta del Conde. Pocos palacios más elegantes, más suntuosos, en Castilla. Sirve de lienzo a una plazoleta, y en su contemplación reposan los ojos y el espíritu.

Ciudad Rodrigo es una de las poblaciones menos conocidas de la Península. Pocas más dignas de serlo, sin embargo. Sirvan estas notas trazadas de prisa, de homenaje al patrimonio artístico de esta ciudad, que acaso vayamos describiendo poco a poco en esta páginas hidalgas y acogedoras de LA ESFERA.

La Esfera (27-07-1929)

Salamanca en Barcelona

Dice muy bien nuestro director y quisicosero: Salamanca, y los charros, con sus gorrillas y picotes, no pueden faltar de la Exposición de Barcelona. Ahí, donde el dinero sobra para tantas cosas, no debe regatearse para una exhibición decorosa y sencilla de las cosas salamanquinas en la capital de Cataluña.

Hace pocos días, la Tuna Escolar Salmantina comenzó a organizarse con el pensamiento de visitar Barcelona en los primeros días de Diciembre. Particularmente, y a requerimiento de uno de los tunos, hube de mostrarme francamente pesimista con relación al resultado de ese viaje. Le decía que un cántaro de agua no se advierte en el mar, y que sin más equipaje que la música, la Tuna pasaría perfectamente inadvertida por las Ramblas. Pero la Tuna, unida a otras cosas, puede ser, en cambio, un manantial de éxitos y de satisfacciones para nuestra ciudad. Puede pensarse en una semana de Salamanca como se ha pensado en una semana de Valladolid, sólo que haciéndolo mejor. Nuestros centros charros y nuestras parejas de baile, obtendrían un éxito indiscutible en Barcelona. Pero habría que dar a la embajada de estudiantes, cantores y danzarines, un carácter universitario y salmantino. Tres o cuatro conferenciantes, podían acompañar a los excursionistas. Temas tan sugestivos como los de la divulgación de nuestras bellezas arquitectónicas y de nuestros matices regionales, interesan en Barcelona. Yo hablé tres veces de estos temas, dos en el Ateneo de Barcelona, y la tercera en el Ateneo Enciclopédico Popular, y siempre con el salón lleno. Una fiesta musical en el Palacio del Pueblo Español, a base de las canciones recogidas y armonizadas por don Dámaso Ledesma, atraería seguramente una gran masa de curiosos. Pero la visita podía y debía tener un carácter oficial: la Escuela y la ciudad de Salamanca que van a conocer a la Escuela y a la ciudad de Barcelona.

Todas las Corporaciones oficiales, y el Patronato del Turismo, y la Asociación de la Prensa, están obligadas a estudiar un proyecto viable para que el nombre de Salamanca suene en Barcelona con ocasión de su Certamen. Y me avergüenza que tanto en Sevilla como en Barcelona, nuestra ciudad haya pasado completamente inadvertida. Todavía puede intentarse algo, ya que la Exposición no ha de cambiar de espíritu, sino de nombre y ha de prolongarse hasta bien entrada la primavera. Personas tiene Salamanca que pueden organizar algo decoroso, que no sea precisamente una mascarada más. En algún tiempo, y sin precipitaciones atropelladas que luego pueden perjudicarnos, la Universidad, y la Provincia, y la ciudad deben estudiar un programa que contenga un somero índice de las manifestaciones espirituales de que podemos y debemos hacer gala en Barcelona: Estoy seguro que, si el proyecto cunde, Salamanca y su comarca pueden lograr grandes provechos. Yo sólo puedo aportar una pequeña contribución a la idea. Escribo con gran frecuencia en los diarios catalanes y tengo la pretensión de que soy, precisamente por mi calidad

de castellano, uno de los escritores más familiarizados con los sentimientos actuales de Cataluña. Me convertiría, con el mayor gusto, en divulgador, propagandista y panegirista de la empresa. Realmente, siempre lo he hecho así... En nuestras revistas de arte, no creo que pase mes alguno sin que yo toque o glose, con emoción creciente, algún tema que se roce con Salamanca. Y no he necesitado jamás de sugestiones ajenas, ni he conocido jamás otros provechos materiales que los corrientes de la retribución natural de los trabajos, para esta labor, en la que vengo insistiendo hace años, y con tenacidad y constancia inalterables, durante estos meses últimos.

El Adelanto (27-11-1929)

Todavía más…

¡Sí, todavía…! Todavía más. Siempre más. No hay persona que no regrese de Barcelona que no me venga con la misma cantinela:

– ¿Qué le pasa a Salamanca que está ausente del Pueblo Español?

– Pues pasa –respondo– que Salamanca no existe.

– ¿Cómo?

– ¡Como usted lo oye, querido! Por una casualidad, en la Exposición de Sevilla, no apareció el azulejo que correspondía al pórtico del pabellón salmantino en la Plaza de España, representando a Colón, discutiendo con los atrasados doctores de la Escuela acerca del descubrimiento del Nuevo Mundo. Aquella tontería no prosperó, gracias a las gracias. Pero en el Palacio del Pueblo Español –que lo ha advertido usted– no hay huella del arte renacentista de nuestra Salamanca por ninguna parte. ¿Ignorancia? Quiá. Mi querido amigo, el secretario general de la Exposición, Joaquín Montaner, sabe perfectamente lo que se hace. ¿Entonces? Incuria, pasividad, abandono de la ciudad, es decir, de sus elementos directores. Yo no voy a hacer responsable al señor Rodríguez Aniceto de las fantasías de sus antecesores.

Yo no voy a echar en las espaldas de Eulalio Escudero las culpas de otros colegas suyos que no tuvieron tiempo, con apremios de otra clase, de ocuparse de tales pequeñeces. Pero el hecho es que Salamanca, en Barcelona y en Sevilla, en Sevilla y en Barcelona, ha hecho un triste papel.

Lo que después de todo, querido amigo, nos ocurre siempre. Aquí, en EL ADELANTO, mi director en verso y yo en prosa, hemos dado la nota de alerta. Nadie nos ha hecho caso. Estamos tan acostumbrados a tales pruebas de galantería, que no hemos cometido, ni mi director ni yo, la simpleza de incomodarnos. Nosotros hemos cumplido, en último extremo, con nuestro deber, y las personas a que hemos aludido no han cumplido con el suyo. Ya no hay tiempo de rectificar estas pretensiones.

– ¡Pero, hombre!

– Verá usted… El señor Cambó fue, durante muchos años, Comisario de la Exposición. Yo, que tengo la dicha de honrarme con la amistad de hombre tan inteligente, sé de buena tinta, que, cuando surgió la idea del Palacio del Pueblo Español, se enviaron de nuestra provincia centenares y centenares de fotografías al señor Comisario. Cambó, que ha estado tres o cuatro veces en Salamanca, pensó, naturalmente, en conceder a la ciudad del Tormes la hegemonía artística a que tiene indiscutible derecho. Vinieron otros tiempos, otros hombres… Llegó el momento fatal de las intrigas. Salamanca se durmió como de costumbre. Nada de nuestros monumentos, de nuestros paisajes, de nuestros trajes típicos en la Exposición; nada… Yo mismo, en Agosto, y usted ahora, hemos sentido la vergüenza de este olvido.

– ¡Inexcusable…!

– Ciertamente, inexcusable. Ayer me decía el señor Sangróniz, alma de nuestro Patronato Nacional del Turismo, que Salamanca era, acaso, la ciudad artística más interesante de nuestro país. Y hacíamos planes. Y fraguábamos programas de atracción. Y me hacía la merced de incluir, entre las publicaciones del año, mi título "Las tres ciudades de Santa Teresa", que dedico, por cierto, a tres gentiles señoritas, entre ellas, las señoritas Mary Santiago y María Luisa Mirat. De mí sé decir que no olvido, por un momento, mi procedencia salmantina. Hoy publico en "La Esfera" un trabajo sobre la cátedra de Fray Luis; otros seis u ocho trabajos he escrito estos días para "Prensa Gráfica" sobre asuntos igualmente salmantinos. ¡Pero nadie nos ayuda, señores comerciantes, señores hoteleros, señores industriales de la ciudad! Fuera del Turismo, no sé que nadie, en Salamanca, se preocupe de la propaganda de su riqueza artística.

– ¡Insigne torpeza!

– A todas horas nos lamentamos de ella. Hoy mismo me da usted hecho mi artículo de EL ADELANTO. Reflejaré, con la mayor exactitud, nuestra conversación. Pero ¿apuesta usted algo a que perdemos, una vez más, lamentablemente, el tiempo?

El Adelanto (21-01-1930)

Salamanca, residencia de estudiantes

Con el ascenso al Rectorado de la Universidad de Salamanca del ilustre catedrático de Historia don José María Ramos Loscertales, uno de los más preclaros discípulos de los señores Hinojosa y Menéndez Pidal, vuelven a cobrar actualidad universitaria viejos temas que se habían olvidado con las interinidades y vacilaciones. El pensamiento de dotar a Salamanca de una Residencia estudiantil decorosa torna a agitarse intensamente durante estos días. Y ahora que tenemos un rector y unos decanos mozos, que se han paseado por Europa y saben cómo se aderezan ciertas instituciones en ella, es el momento de pensar en dar cima a este proyecto, uno de los más acariciados por la opinión salmantina.

Se piensa en remozar el viejo Colegio de San Bartolomé, fundado por el obispo Anaya, a la usanza de los que creara en Alcalá de Henares el cardenal Jiménez de Cisneros.

El colegio de Anaya tiene una brillante historia bien unida a la de la Universidad. Sus colegiales eran los más aristocráticos y señoriles de la Escuela. Habían de tener la sangre limpia, no contaminada de ascendencia mora ni judía, y magníficos expedientes académicos. Por cuestiones de etiqueta, más de una vez hubieron de pelearse con los titulares del Cabildo catedralicio. De aquel Colegio salieron muchos cardenales, virreyes, oidores y secretarios de despacho. Suprimidos los Colegios Universitarios en la pasada centuria, el Palacio de Anaya fue, sucesivamente, Gobierno Civil y cuartel. Después ha servido para instalar las oficinas del Rectorado y de la Junta de Colegios. Y en la actualidad se ha pensado que puede y debe dedicarse a Residencia, ya que es propiedad de los Colegios, y que, con ciertos revocos y remozamientos imprescindibles, puede trocarse en Casa de escolares colegiados, ya que Salamanca cuenta con varias docenas de ellos, algunos de los cuales han vivido así hasta ahora, como los del colegio de San Ambrosio.

Nada más espiritual y pedagógico, en efecto, que libertar a los chicos de esas horrendas casas de huéspedes de las viejas ciudades universitarias, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde no hay espacio ni reposo para el estudio ahincado y para la serena meditación. Con esas pesetas que recuperó la Escuela Salmantina durante la Dictadura, y que sirvieron de pretexto a una minoría de claustrales para fabricar un doctorado honorario de duración efímera, debieran adecentarse los viejos edificios universitarios que aún conserva la ciudad y aplicarles a su primitiva condición de posadas y hostales estudiantiles. Bien adecentados, eso sí, y con todos los adelantos que reclaman la urbanización y la higiene de nuestros días, Salamanca podría conservar de esta laya sus mejores inmuebles, ya que dota a buen número de sus escolares, mediante oposición, de bolsas de viaje por el Extranjero, además de costearles todos sus gastos durante la licenciatura y el doctorado de las cuatro Facultades que se cursan en la Universidad.

Mundo Gráfico (18-06-1930)

La Plaza Mayor[68]

Un periodista local, aspirante a genio, ha escrito, evocando los porches de la Plaza Mayor salmantina, que son tres veces interesantes, porque ellos han visto desfilar las huestes del Cid, las hambres de Miguel de Cervantes y los éxtasis de Teresa de Jesús. La afirmación, no menos disparatada que si yo asegurase que Felipe II almorzó en el Palace, me conmovió profundamente. Porque la plaza no se remonta a más allá del siglo XVII en que comenzaron a construirse las Casas Consistoriales. La edificación de la plaza es más reciente todavía, comenzó en 1720, bajo la dirección de Andrés García de Quiñones, al que sucedieron los arquitectos Lara y Churriguera, que trazó el hermosísimo Ayuntamiento. Levantado sobre cinco arcos mayores que sus gemelos,

[68] Existe otro artículo de Sánchez Rojas publicado con este mismo título y distinto contenido en *El Adelanto* el 26-08-1925 (O.C. Tomo V, página 84).

apoya sus extremos en gruesas columnas y tiene pilastras como descansos centrales. Remata en una espadaña muy graciosa, con cuatro estatuas simbólicas que representan la Astronomía, la Ciencia, la Agricultura y la Industria. Otros arcos también mayores poseen la plaza, como el del Toro, que comunica con la castiza plaza de la Verdura, y los que sirven de enlace con el Corrillo –hoy rasgado– y con la plaza de Iglesias. A lo largo de los arcos, y en sus graciosas enjutas, se ven esculpidos los medallones de los Reyes españoles, y de algunos famosos capitanes en los lienzos del Este y del Mediodía. Hay arcos que se llaman castizamente del Toril y del Ochavo, y el estupendo Pabellón Real ostenta una leyenda sobre la construcción de las obras de la plaza en tiempos de Don Felipe V, entre los escudos de la ciudad, con su toro –el toro del Lazarillo del Tormes– y su puente romano.

Hoy, la plaza es el corazón de la ciudad. Apenas si guarda algunas supervivencias del pasado, como el famoso mesón o posada de los Toros, que demuestra que se lidiaron toros y se jugaron cañas en el hermosísimo recinto. Desde el arco del Corrillo se muestra ante los ojos, llena de esplendor, la limpia fachada románica de San Martín. Pero la plaza, al modernizarse, ha dado el ritmo a la vida y a la circulación ciudadanas. Paseo de todos, los días festivos guarda rigurosamente la vuelta de los hombres, que caminan de Este a Oeste, y de las mujeres, que pasean por la dirección opuesta. Aunque don Miguel de Unamuno, hoy más salmantino que vasco, ha calificado a la plaza de noria, es lo cierto que le corresponde una clasificación más poética, porque es, en efecto, la feria del amor, pero no del insensato y violento que se cultiva en otras barriadas, sino del casto y placentero amor, que acaba en la vicaría y que contemplan con deleite las mamás, siempre a la vera de sus retoños. Si las arcadas hablaran, dirían idilios, y no hay estudiante que deba a la plaza menos emociones que a la Escuela del encaje plateresco.

Plaza bellísima, patio italiano trazado por casualidad en la más linda ciudad del Renacimiento de que goza España, yo evoco, en mis horas de madurez, otras plazas de los días dorados de mi ardiente mocedad: la de San Marcos de Venecia, la de la Señoría florentina, la de Bolonia, con su Arquigimnasio y su Palacio Notarial, y su lindo Concejo, que es una fortaleza de la Edad Media. Y no es menos linda la plaza de mi ciudad que estas plazas de ensueño.

La Esfera (12-07-1930)

Anochecer en Salamanca

De buen aire é de fermosas salidas –escribe el Rey Sabio en las Partidas– debe ser la Villa do quisieren establecer el Estudio, porque los maestros que muestran saberes, é los escolares que los aprenden vivan sanos en él, e puedan folgar e recibir plazer en la tarde, cuando se levantaren cansados del estudio. Osuna, Baeza, Huesca, Lérida, Salamanca, Sigüenza –después Alcalá, la Universidad que dotara el arzobispo de Toledo don Fray Francisco Ximénez de Cisneros– son estos lugares en España, de buen aire y de lindos alrededores, donde los estudiantes pueden holgar después de estudiar toda la tarde. Sigüenza, en un altozano, con su Catedral que parece castillo, es una fría y deleitosa mansión. Huesca, la vieja Osca de los romanos, la ciudad baturra, liberal y acogedora, colocada como un anfiteatro sobre el valle del Isuela, está poblada de sombras y de árboles. Baeza se orea entre encinares; en Lérida se inician los primeros alcores del Pirineo catalán; en Alcalá retozan ninfas y sátiros en las feraces riberas del casto Henares...

El Estudio de Salamanca –«Omnium scientiarum Princeps Salmantica docet»[69]–, trasladado desde Palencia, desde los alisos y chopos del Carrión, pierde en árboles con el cambio. Salamanca, hoy –no ayer– Salamanca es la capital legítima de la monda y calva Armuña. La Armuña, la paramera de hoy, fue huerta y jardín ayer –la deleitosa Almunia de los árabes–, y nada menos que vergel de la reina Berenguela. Así reza un viejo cantar infantil que cantan los niños salmantinos. En el Campo de San Francisco lo he escuchado yo más de una vez a la caída de la tarde. Desolación y paramera la ciudad universitaria de hoy, no tiene otros remansos de la Flecha y del Zurguén. Allá, junto a la Ribera, en la fábrica de Mirat, y en frente, en la Serna, tiene otros dos remansos Salamanca. Pero los dos últimos están acotados, y los dos primeros distantes. En cam-

[69] "Los principios de todas las ciencias se enseñan en la Universidad de Salamanca". Lema de la Universidad de Salamanca.

bio, de noche, cobra la ciudad el viejo prestigio de su placidez, y los escolares aman la noche en Salamanca.

Anochece. Contemplad conmigo una puesta de sol desde el Arrabal del Puente. El sol incendia de púrpura las torres ciudadanas y las colinas en que se asienta Salamanca. El rojo es primero brillante; después, intenso; luego, desvaído; finalmente, azulenco y gris. Son muy largas las puestas de sol en Salamanca. Las fiestas de la luz de todas las tardes soleadas se prolongan a las veces hora y media. En seguida la vista clásica de la ciudad desde el puente, con su cuadrilátero de la Merced, y su campanil universitario y la masa ingente de las dos Catedrales, y San Esteban, y la Vega, y el puente metálico sobre el río, se funden en masas negruzcas, desaparece lo pequeño y lo subalterno, las cosas adquieren su relieve según su eternidad. Las Catedrales dominan por completo el paisaje urbano. El Monasterio de la Merced –donde soñó y rimó Tirso de Molina– sobresale sobre una prominencia; en las noches de luna, el campanil universitario es una raya negra y leve sobre el cielo azul. Y nada más. Las torres, informes, pierden su prestancia y gallardía; el Tormes refleja las luces de las tenerías; en la Serna, y más arriba, manchas de álamos y de chopos centenarios en las riberas del río. ¿Salamanca duerme? No. Salamanca sueña. Sueña su pasado esplendor, con sus patios estudiantiles cargados de rumores y de cantares; con los muros de sus palacios, llenos de vítores rojos; con las rejas iluminadas de sus casas, donde asoman el busto las novias, esperando el retorno del estudiante cargado de promesas y de mentiras... ¡Ay, Salamanca! De noche, eres quieto, plácido y codiciadero lugar en la meseta; callan los sofismas de tus doctores y los chismes de tus comadres en los cotarrillos académicos y callejeros; la ciencia –polvo del pasado– duerme, y el amor –semilla del futuro– se enraíza, vigilante, en el corazón de los veinte años.

Un hijo adoptivo tuyo, Salamanca, ha cantado tus noches. Miguel de Unamuno, que tú has prohijado sin que puedas volverte atrás, ha dicho el tono de las cresterías de Monterrey a la luz de la luna, y el reposo del Campo de San Francisco, y la tibieza y claridad de tus rejas de amor.

> Duerme el recuerdo, la esperanza duerme,
> y es el tranquilo curso de tus horas
> como el rodar de las encinas, lento,
> lento y seguro.[70]

ha dicho de tu reposo y de tu esperanza tu hijo bien amado. Yo recuerdo con tristeza al maestro durante este bello atardecer. ¡Vaya mi saludo de salmantino, transmitido por las estrellas del Caminito blanco de Santiago, que llena de claridad lechosa el cielo de esta noche, desde este plácido Arrabal a la quieta Hendaya de la vecina Francia![71]

La Esfera (20-09-1930)
El Adelanto (01-08-1929)

En la calle de la Compañía

Siempre que vengo a Salamanca me place flanear[72] por la calle de la Compañía. Es una de las más típicas y evocadoras de la gran ciudad del Tormes. Empieza en la Clerecía y remata en los muros de las Agustinas. La Casa de las Conchas está enclavada en esa rúa. En ella también la casa de aquel árcade bobo, Meléndez Valdés, que consumía sus ocios cultivando las musas y redactando terribles alegatos para el foro. Y es la calle de las perspectivas la calle de la Compañía. Las graciosas almenas de Monterrey arañan en cielo azul al remate de la calle. Desde el ático de la residencia de los Jesuitas se divisa la fachada señorial de San Esteban, con la huerta conventual en un cerro. La calle de la Compañía sirve de enlace o juntura a la ciudad académica con el barrio señorial. Y a sus espaldas, para que la división sea perfecta comienza aquella zona de la urbe donde asentó para siempre sus reales la vieja picardía. Por aquí fueron las andanzas de la tía fingida y del licenciado Vidriera.

[70] *Mi Salamanca*, vs. 25-28
[71] Miguel de Unamuno volvió a Salamanca de su destierro el 13 de febrero de 1930. Esta copia de *La Esfera* es literal de la publicada en *El Adelanto* cuando aún se encontraba en Hendaya.
[72] Del francés *flâner*. Pasear sin rumbo y observando con detenimiento por donde se pasa.

Hay un rincón en la calle de la Compañía que es acaso el más típicamente salmantino. Me refiero a las dos plazoletas que circundan el atrio o puntal de la iglesia de San Benito. San Benito, recuerdos gratos de infancia. San Benito: tardes luminosas de Enero, retiñar[73] lento del címbalo universitario sobre los tejados, ecos de canciones y romances infantiles en el patizuelo de una escuela próxima, San Benito: mañana de San Antón; caballos enjaezados. Después, gargantillas de San Blas, San Benito: tejaroz toledano; puntada gótica; escudos con el sol de los Austrias; casa de los Maldonados. Las cinco estrellas de los Fonseca en el ángulo de la fábrica, el rincón de las monjitas de la Madre de Dios; el acceso al corrillo, con sus remembranzas de banderías locales.

San Benito, la calle de la Compañía. ¡Delicioso flanear en estos atardeceres otoñales y dulces, de lentas y majestuosas puesta de sol sobre la llanura!... El tañido de las campanas resbala, y más bien rebota sobre estas piedras. Parece que se desprenden los bronces de los campaniles, que ruedan sobre los tejados, que se pegan al oído para no olvidar su vibración secular. El oro viejo, que ha sido rosa por la mañana, es amarillo de pelucona al atardecer. En la plaza de San Benito de Salamanca, a la vera de la calle de la Compañía, los sonidos y los colores tienen ya su pátina, hecha no se sabe si de jirones de historia o de jirones de ensueño.

Mundo Gráfico (31-12-1930)

Una linda ciudad

De sobremesa, en la Hospedería del Turismo, comentamos con este buen alcalde de la población los progresos de Ciudad Rodrigo. Por arte de encantamiento y hechicería, se ha trocado, al rodar de unos pocos años, en la más linda ciudad de Castilla. La magnífica plaza de Béjar, a la vera de la capilla de los Cerralbo, ostenta en su interior un jardincillo urbano, donde reposan el corazón y los sentidos. Las calles son limpias, pulquérrimas, y están decorosamente ataviadas. La puerta del Conde, con sus fosos y contrafosos, con sus almenas, rebosa elegancia y distinción. Hasta las nuevas y flamantes construcciones se ajustan a la traza y sencillez de las antiguas. Nada disuena en Ciudad Rodrigo. El milagro ha florecido precisamente en aquellos años nefastos de la Dictadura. Al pequeño rincón no llegaron las miserias de los tiempos, por la ausencia de las mesnadas a sueldo. El Gobierno tuvo que pechar a la fuerza con lo que le daban. Y lo que le daban, y lo que tenía en frente de la ciudad, era precisamente la gente de buena voluntad, que hacía su política añeja de civilidad y de arte, en todas las situaciones, sobre ellas y a pesar de ellas. Y la transformación urbana culminó, con la sorpresa de todos, cuando los demás pueblos se deshacían y trastornaban, y empezaban a vivir vergonzosamente de la hipoteca y del préstamo.

Ciudad Rodrigo es hoy la ciudad salmantina por excelencia. Su linda catedral es una de las más características del Oeste de España. El coro, tallado por Rodrigo Alemán, aunque está lamentablemente podrido, es una alegre y desenfadada visión de las costumbres clericales de los siglos XV y XVI. La capilla de los Cerralbo es una gallarda muestra del decoro renacentista. Pueblo de señores y de magnates, Ciudad Rodrigo conserva sus palacios y sus casonas solariegas. Circundado por unas murallas gloriosas, que conocieron las granadas francesas y la tenacidad de lord Wellington, que libertó a la ciudad de los horrores de la invasión gabacha, oye el murmullo del Águeda, que discurre, camino de Portugal, por su valles y meandros. La vieja fortaleza de Enrique, el bastardo de Trastámara, vigila la proximidad lusitana de Almeida y de Guarda, y da un matiz guerrero y belicoso al silencio místico y denso de su casco urbano. Los dos arrabales del Puente y de San Francisco, libertados del cincho de las murallas, son el hogar naturalísimo de los labradores y artesanos, que dejan al señorío y al pequeño comercio el tranquilo usufructo del recinto murado. Pueblo de jerarquías, se adivina y masca el respeto de las gentes, más que a la riqueza, a la virtud de calidad. Este hogar de Feliciano de Silva y de Cristóbal Castillejo tiene una tradición viva de civilización y de cultura que no la permite, por innato buen gusto, desbaratar o malbaratar el patrimonio que han ido dejando los siglos en su fisonomía. Sabe que cada tiempo tiene su exigencia, y que con la suma de ellas se construye la ciudad. Y en esta urbe salmantina casan y conciertan dichosamente las viejas casas con las nuevas, y cada rincón, cada plazuela, cada casa, cada palacio, cada iglesia, tienen así su sabor particular, netamente mirobrigense, que convierten a Ciudad Rodrigo en un museo viviente.

[73] Así en el original. Seguramente quiso decir retiñir (resonar un metal).

El siglo XX no ha desquiciado las cosas pretéritas, sino que las ha remozado con su sentido nuevo de higiene y de expansión. Asombra la tarea de este buen alcalde, que ha hecho de su ciudad un nido exquisito de urbanidad y de elegancia. Pero este milagro no se hubiera realizado, a buen seguro, sin la colaboración entusiasta del mirobrigense. Ciudad Rodrigo se ha trocado, de esta suerte, en un relicario de arte y de historia, remanso del corazón y de los ojos.

Nuevo Mundo (12-08-1932)

ÁVILA

Madrigal de las Altas Torres[74]

Desde la carretera divisamos las altas torres de Madrigal, un ancho lienzo de sus murallas derruidas, las ruinas de un convento de Agustinos. Un sol espléndido dora la planicie avilesa. Ni una fuente, ni un árbol, ni una sombra protectora. Cruzamos con la diligencia de Medina, y el pueblo, que nos parece tocar con la mano, está todavía bastante lejos. Nos llevan a él el esplendor de sus glorias y la calidad de sus recuerdos. Buscamos con la imaginación la casa del pastelero, el palacio de Don Juan II –donde naciera doña Isabel– la morada de Alonso de Madrigal, el palacio del cardenal Quiroga... Casucas amarillas y bajas en la peña donde se yergue el pueblecillo, arbolillos en casa [¿una?] explanada, donde se alza un monasterio, los torreones de la muralla terrosa y negra. La torre románica de la iglesia con sus huecos cuadrados se perfila ya en el horizonte, y el gallo de su cúpula preside el hechizo de esta mañana alegre y soleada.

Ya entramos en Madrigal por la puerta de Medina. Una galería desconchada remata el torreón de la puerta; una calle larga y estrecha nos lleva a la plaza del pueblo de doña Isabel. De madera son los balcones de las casucas; son anchos los zaguanes de las puertas; de una respetable antigüedad son estas humildes construcciones. En la plaza sobresale el ábside románico de la iglesia; en frente, un edificio del siglo XVIII –alhóndiga o almacén de granos– extiende su patizuelo por todo un lienzo; solitaria la cárcel del lugar con su balconaje de madera, sirve de vecindad al Concejo flamante; otra iglesia asoma su fachada en un altozano. Nada más típico, nada más castellano que esta plazoleta. Cerrado el atrio de San Nicolás por una hermosa verja de hierro, entramos en la iglesia por la casa del ecónomo. San Nicolás de Bari es la catedral de estos contornos. Tiene un maravilloso coro gótico, allí trasladado desde el convento de Agustinos; en unos bajo-relieves de madera, que sirven de respaldo a los asientos, están esculpidos los barbudos profetas del Viejo Testamento. Hay tablas flamencas muy bonitas en el templo.

Asomados luego en la torre, columbramos un ancho paisaje castellano, monótono y uniforme: Peñaranda, a lo lejos, envuelta en una nube de polvo; las torres de Nava del Rey, el castillo de la Mota, de Medina del Campo; los pueblos de la Moraña: Fontiveros, Cantiveros, Bernuil, Casas del Pozo, Cisla, toda la calva planicie de Arévalo.

Seguimos recorriendo el pueblo. Casucas bajas y anchas de labradores ricos; callejas pinas y tortuosas; escudos próceres rematando las portaladas; un silencio maravilloso –que tanto sedujo a Galdós– envolviendo el pueblo muerto. Salimos a la puerta de Arévalo. Ringleras de olmos amarillentos y desnudos bordean la calzada, unos tapices terrosos limitan el paseo; el enorme convento de Santa María de Gracia, antiguo palacio de los Reyes de Castilla, forma un trapecio que se inicia en el hospital, que forma una laica [¿línea?] paralela a la de las murallas, que se inclina luego a la izquierda y que forma después una soberbia explanada frente al pueblo.

La puerta de la muralla parece del siglo XII; está compuesta de una capa durísima de cantos y tierra, señala un arco imperfecto y luego dibuja un torreón primitivo. La muralla, muy bien conservada en aquel paraje, rompe su uniformidad simétricamente para formar sus panzudos castilletes, con sus enormes boquetes desconchados y rotos. Un señor alcalde de la villa ilustre queriendo ocupar a los obreros durante una crisis invernal, les hizo derruir las murallas por donde ellos quisieron; los obreros dieron gusto al bueno del corregidor y solo respetaron este lienzo, que se conservará hasta que se resuelva otra crisis consultando los precedentes que para estos apuros se guardan en los archivos concejiles.

[74] Años más tarde, en 1918, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título y contenido similar, aunque algo distinto, en el diario madrileño *El Sol* que un año más tarde influiría en su libro «Paisajes y cosas de Castilla» (O.C. Tomo VI, página 238).

Comemos en la casa del Tostado, hoy mansión de un buen amigo nuestro que nos sirve de *cicerone*. Queremos visitar a las monjitas, luego, a prima tarde, para que nos enseñen las preciosidades de su monasterio, donación de Reyes. Nos exhiben un retrato de doña María de Aragón, otro retrato de una parienta de Felipe II, una carta autógrafa de Santo Tomás de Villanueva. En el trascoro de la iglesia lucen los escudos del cardenal Quiroga. En el centro de la iglesia la lápida de sus despojos. Un tríptico flamenco de la Anunciación de Nuestra Señora, está a la entrada de una capillita.

Y tornamos a callejear. Lentamente, Madrigal de las Altas Torres ha ido perdiendo su sabor de cosa vieja, su pátina de pueblo rugoso y apergaminado. Ningún indígena sabe nada de las cosas pretéritas, nuestra ciencia heráldica es harto pobre y solamente por conjeturas vamos descubriendo la calidad de los despojos.

Del convento de San Agustín, donde fray Luis de León fuese a reposar de sus combates académicos, no quedan más que ruinas. Desmantelado está el coro de la iglesia; apenas queda en pie más que un patio, harto descuidado y pobre. La casa del pastelero es una casuca aldeana más; en este pueblo de labradores, atentos a las faenas del vivir diario, no queda una lápida, una leyenda, una tradición oral que nos dé fuertemente la impresión del pasado.

Anochece. La dulzaina con sus gritos agudos, chillones, preludia un aire canallesco, de boga en la corte, pero ya tamizado y purificado en su adaptación pueblerina.

Se celebra un baile en la Plaza Mayor. Las muchachitas pasean con sus atavíos domingueros; los mozos, en corro, a la otra banda, contemplan las beldades locales. La torre proyecta su sombra gigantesca sobre la plaza; suenan las *todas* en el campanario[75]. Y hay en esta danza aldeana algo de rito, de ceremonia solemne, de baile primitivo. Menos rígida que la danza charra, donde apenas juegan más que los pies y las manos, manteniéndose el cuerpo quieto y recto, este baile de Madrigal es expresivo dentro de su continencia y se desenvuelve con una lentitud majestuosa.

Preparamos la marcha.

El coche vuelve a rodar por la puerta de Arévalo. Apenas conocemos la ruta de Fontiveros y está intransitable él camino vecinal. Un viento frío nos azota el rostro; en un bache rompemos los faroles del coche. Tenemos que volver a Madrigal; volcamos frente al Monasterio. Dormimos en la patria de Isabel la Católica. En el Casino presenciamos las disputas entre francófilos y germanófilos; los amigos del Kaiser están en mayoría en Madrigal. Luego, se reanuda el baile del anochecer; la torre sigue proyectando su sombra sobre el lugarejo dormido, el viento silba con rabia, un manubrio horrendo desgrana sus estridencias metálicas.

Y cuando llega el día, a la hora del alba, cuando los objetos tornan a dibujar sus contornos en una neblina azul, orientados ya, proseguimos nuestro camino a través de estas áridas y amarillas llanuras de Ávila. En Cabezas del Pozo entran las mujeres en la iglesia. En ningún pueblo del tránsito tornamos a ver a nadie. Cerca ya de Fontiveros, un sol pálido desgarra la niebla mañanera.

El Adelanto (12-12-1914)

A Barco de Ávila

Desde la Solana.

Desde la Laguna del Duque vamos gateando, por la cuerda de la vertiente, hasta la caseta de la Hidroeléctrica Navarra. Brincan y mugen las torrenteras; los ventisqueros se apelotonan en las crestas y en las faldas; canta un grillo en la mullida alfombra de un praderal. Se multiplican los helechos, las ortigas y los cardos; unos buitres se amontonan en derredor de la carnaza de un asno muerto; unos pastores nos ofrecen en la cuerna agua serrana, que bebemos con deleite.

El descenso es lento y peligroso. Desaparecen los canchos para dar paso el pedregal; torna la superficie pelada y calva; en algunos parajes, el musgo ribetea los enormes monolitos. Reina una paz completa en la solemnidad de las crestas, y el valle del Tormes, al cobijo del macizo de

[75] En muchos pueblos, las llamadas a los oficios religiosos, especialmente la misa, se anuncian con varios toques de campana espaciados y con antelación, y del mismo modo las campanadas de reloj dividido en toques cada cuarto. El último toque para asistir al culto, o para anunciar la hora en punto, (4 cuartos y campanadas de la hora) se conoce como "las todas".

Gredos, deja al descubierto las plantaciones verdes de las judías, los pañuelos amarillos de los garbanzales, las choperas sombreando los arroyos y el rojo caserío del Barco entre alamedas y pradillos, a los pies del cuadrado de su castillo de Valdecorneja.

Anochece. Y el sol se hunde dejando teñido de sangre el fecundo vallecito. No hemos ganado todavía toda la cuerda de la falda. Muge la torrentera con estrépito; las aguas espumosas brincan con más furia que nunca; la casita aparece allá abajo, en la hondonada, como una meta de acceso muy remoto. Bordeamos la tubería roja con decisión. A veces escondemos los pies, deslizándonos suavemente por las hendiduras de las rocas; otras agarramos los canchos con las dos manos, volteando el cuerpo hasta dar con una pizarra musgosa y acogedora; en algún momento pensamos que el instinto vital es más fuerte y poderoso que todos los peligros, y nos entregamos al azar con abandono...

La piel de la montaña tiene la dulzura de la caricia de una mujer. Es suave al tacto y por ella resbalan mimosamente nuestros dedos. Toda la montaña se nos antoja entonces una mujer. Las crestas, plateadas con sus ringleras de neveros, parecen la cabellera, echada hacia atrás; el tórax es la vertiente de la leja con unos senitos de rosa que el crepúsculo apenas insinúa; los pies, firmes y recios, son estas faldas redondas que vamos ganando en vano hace dos horas. La caseta, cada vez más próxima, con su escalón sobre los pedregales, cimentada en roca viva, está siempre más lejana; las aguas refrescan los juncales y nos dan una grata sensación de frescura. Nuestra faz enrojece a los besos del sol y al oreo del oxígeno de la altura; los pies se van derrengando ante la terrible caminata de treinta y dos horas. Brincos, deslizamientos suaves, afirmaciones de la maquilla sobre el suelo. Hemos ganado el valle ya.

La caseta; explicaciones técnicas del ingeniero amigo, ante la maquinaría. Transformadores, corrientes, trifásicas, alternadoras, cintas, indicadores de kilovatios. Una buena mujer nos prepara el sabroso yantar sobre blancos manteles: tortillas de patata, embutidos de Candelario, pollos, tencas y truchas de la laguna. Queso de cabra. Devoramos. Sobre los picachos aparece una luna llena y sangrienta; sus rayos se deslizan entre los chopos agrestes; los grillos redoblan el monorritmo de su cantar.

Hacia el Barco

Hacia el Barco, a caballo, ya de noche, entre sombras de tupido arbolado. Los arroyos van a morir al paso del Tormes. Arriba quedan la mole negruzca de la montaña, con las vetas argentinas y azules de las torrenteras, y el bramido ronco de las aguas embalsadas de las lagunas, y las calvas superficies, con sus manchones acerados de escobillas.

Penetramos en el pueblecito de la Solana al hilo de la media noche. Adivinamos el ábside románico de la parroquia en un otero; los balcones de la casa están decorados con flores; las aguas corren alegremente por las callejuelas; las luces del Barco parpadean a lo lejos. Ya vemos vegetación de tierra llana en la anchura de la vega: cebadales, garbanzales, trigales, centenos anémicos, rastrojos, barbecheras. La luna juega graciosamente entre las sombras; es más sordo y lejano el cantar de las torrenteras; los ventisqueros de la leja son senderitos de plata entre las cuestas.

Tierras del Barco, plantaciones de judías, choperas, cortinas, remansos negruzcos en las curvas del claro Tormes. La tartanita que nos trae desde la Solana abandona la carretera para ganar el puente. El cuadrilátero del castillo, resguardado en su vanguardia por unos álamos, se refleja en las aguas corrientes temblorosamente, avergonzado de su inutilidad; en el campanario de la iglesia, del otro lado, se hacen el amor unas cigüeñas. El pueblo duerme, lleno de blancura y lleno de luna. Subimos por las cuestas de sus callejas; nos entornamos bajo los soportales de su graciosa plaza. Unos amigos nos cuentan, al clarear la mañana, que Goicoechea no tornará a sentarse, por ahora, en el banco azul.

El Sol (03-08-1919)

En la iglesia del Barco

El Cristo negro

La parroquia de Nuestra Señora de la Asunción del Barco de Ávila es una de las iglesias más bonitas y severas y mejor conservadas de Castilla. De traza románica, que puede situarse acaso en el siglo XIII, fabricada durante el periodo de transición, tiene matacanes y almenas, que la dan un aspecto severo de fortaleza.

El interior o recinto de la iglesia es digno de su fábrica exterior. Las cuatro verjas de hierro repujado y sobre todo, la lateral que da acceso a la capilla del inquisidor Ferrán Rodríguez, son un verdadero encanto. Y dentro de la capilla hay una estupenda escultura bizantina de madera, conocida en el pueblo con el nombre del "Cristo negro", que me lleva a la iglesia todas las tardes, porque ese Cristo, que merecía ser de carne, compendia en su contemplación todos lo sombríos matices del ascetismo de la raza.

Es un Cristo, ya muerto, con la cabeza caída hacia el pecho, de brazos agarrotados y esqueléticos. La cabeza pinchada por la corona de espinas, arrastra los hombros hacia adelante y en los ojos cerrados hay el cansancio del hombre sediento de sacrificio, para quien la muerte es la primera liberación. Tiene la escultura esa paz augusta del justo que no ha conocido en la hora de la expiración, el torcedor de las inquietudes y la conciencia del Dios que se sacrifica, libre y alegremente, por los pecados de la humanidad. La muerte, en el Cristo negro del Barco de Ávila, es el tránsito natural a una vida mejor, el acabamiento del cuerpo ante la plenitud del espíritu, el último guiño de la noche ante las primeras luces de la aurora. En la escultura parece que surge la divinidad del exceso de humanidad acaso, y en los momentos de la descomposición orgánica en que pensó seguramente el ingenio escultor, está el sello del sacrificio que se medita y que salva, y la tácita alegría del Dios que sigue viviendo en los cielos cuando todo lo consumaron en la tierra las manos de los sayones.

¡Hermoso Cristo, Cristo negro del Barco, Cristo lívido de mi Castilla, que conoces los dolores, las alegrías y las amarguras de mil generaciones de creyentes que se han postrado ante tu cruz arrullados por una esperanza remota que no se realiza jamás; yo te debo unas horas de calma y de piedad, oyendo los vencejos que anidan familiarmente en las bóvedas de tu capilla solitaria!

La Virgen de alabastro.

Bien pudiera ser esta Virgen de Benvenuto Cellini, dicen que exclamó, hace días, Ignacio Zuloaga, contemplándola con embeleso.

Sí. ¡Bien pudiera ser! Se trata de la tapa de alabastro de un viejo sagrario que hoy está incrustada en uno de los muros de la sacristía. Una mocita florentina, una muchacha de diez y siete años, ha dado de mamar al nene, caribobo, mantecoso, regordete, satisfecho y dormidito. Con el brazo derecho sostiene María el liviano peso infantil. El nene, harto de teta, respira, sopla en el sueño haciendo una comba con los labios y juega con una manita en la inconsciencia, buscando el cobijo maternal.

Y la moza vive la plena maravilla de sus primeras delicias maternales. La niña madre goza sensualmente con el espectáculo de su propia carne reproducida, y deja brezar sus esperanzas en el reflejo aniñado de sus ojos, que miran con valentía y con honestidad la bolita de manteca que no se harta de mamar. La Virgen sueña despierta, como sueñan las madres, en este bellísimo alabastro. Sonríe con los ojos, y con los pliegues de la boca, y con la línea del cuello, y con la graciosa inclinación al nene, y el nene, dormidito, sueña con la mamá, seguro de su defensa en las horas tristes.

¡Bellísimo alabastro el de la sacristía del Barco! María es una muchacha que no sabe del pecado precisamente porque es madre. Más que una plegaria –¡Ave María, gratia plena!– está pidiendo este bajorrelieve que vino acaso a las orillas del Tormes desde el Tíber o desde el Arno, un beso y una caricia. Si yo hubiera estado solo en la sacristía, hubiera hurgado mis dedos en el ombligo del nene, hubiera callado para no despertarle y hubiera dicho a la Virgen que todas las madres son santas como ella cuando protegen en la infancia nuestros sueños.

El Sol (05-08-1919)
La Tribuna (10-05-1924)

Fontiveros

El soto y su donaire

A Fontiveros, desde Madrigal, durante esta turbia y huracanada mañana de Marzo. El cochecillo, abierto, se atasca en los baches, se cuela en los charcos y abandona el camino vecinal a trechos. Largas y sucias cortinas de agua velan el paisaje de este pardo y austero llano avilés. Pueblucos, campanas que tañen angustiosamente, viento marzal que aúlla y silba con estrépito. Tierras barbecheras, terrones grises, aguas, más aguas, silencio y soledad. Tierras de Arévalo y de Barcial. Campanario achaparrado de Bernuy, tapias de adobes de Casas del Pozo, casucas de

soportal y tejaroz, la banderita de la taberna, roja, arriada en un palitroque por el viento. Cantiveros, la misa del domingo, el presbítero que lucha con un paraguas, mocitas de fino perfil, con la cabeza tocada con un pañolón negro.

Y a lo lejos la torre de Fontiveros. Las cortinas de agua son ahora más densas y más grises. Se borran los contornos y los perfiles; no se ven sino los manchones. El pueblecito de San Juan de la Cruz parece la corte de estas aldeas de la Moraña. Dos torres, un molino harinero, un regato. Y tapias, muchas tapias, como en El Toboso, como en Illescas, como en Arévalo; barro con paja, ladrillo rojo, corrales de labor, casonas labradoras, tenadas. Y allá, detrás de la iglesia, un soto, y la mancha negra de unos encinares detrás del soto.

Nos acercamos con emoción al pueblecito. Un muchacho nos guía a la casa de un compañero nuestro de estudios, que vive en el lugar. Allá, sobre la parroquia, se perfila el soto formando un altozano graciosísimo. ¡Ah, el soto y su donaire! A la vista del soto, Gonzalo de Yepes, padre de nuestro encendido poeta, deja la ruta de Medina del Campo para posar sus ojos en los castaños y puros de Catalina Álvarez; la evocación del soto de Fontiveros despertará las más sutiles y peregrinas sensaciones de paisaje...

La soledad sonora

No se oye un rumor en Fontiveros; pero el silencio de Fontiveros es musical. Musical y sonoro. Hay un molino junto a un regato que gime suavemente; hay una campanita –la de la parroquia– que tañe al medio día, derramando sosiego en el espíritu; hay una soledad –grata y dulce soledad en el ambiente– que pone a tono nuestro corazón con las cosas que le rodean. Se dijera que nuestros sentidos se han disuelto, que nuestra alma se ha desprendido de todo para calentarse en la llama de la emoción.

Nos sentimos vivir en el pueblecito, todo sosiego y placidez. Resuenan nuestros pasos junto al atrio de las monjitas clausuradas; en la casa natal del santo hojeamos viejos incunables del monasterio de Duruelo, primero de la Reforma, hoy trocado en una casa de labor; en las rúas del lugarejo, las muchachitas atisban curiosamente nuestro figureo. Y no se oye rumor alguno. Y el silencio se hace melodía. Y la melodía la oímos a todas horas en los versos del encendido y suavísimo poeta.

Subiendo al Monte Carmelo, con Juan de la Cruz, hemos sorbido este silencio en la noche oscura, saliendo, sin ser notados, de la casa llena de sosiego. Por la escala de nuestra imaginación hemos despojado el espíritu de todo vestido sensual, henchidos de fe viva. Luego, en la noche oscura, no nos ha guiado otra luz que la que arde en nuestro corazón, ni hemos oído otro ruido que el aleteo de nuestro yo en el misterio y en lo infinito. La noche ha sido más amable que la alborada. Mientras soplaba el aire de la alameda, la mano pura de la Amada nos hería en el cuello, mientras se meneaban los cedros en el valle.

¡Oh, soledad, soledad sonora de Fontiveros! Nuestros ojos corporales se han cerrado para siempre, pero nuestra alma es toda ojos. Por ese prado preguntamos a los pastores si vieron pasar al Amado. Estos sotos vestidos están ya de su hermosura. La fuentecica, de semblantes plateados, es esa que gime junto al molino. Por ese otero asoma el pobre ciervo asustado. La música callada, la soledad sonora, los levantes del alba, las viñas florecidas, han formado el lecho de nuestro descanso en esta sequedad y en esta tragedia de la meseta.

Al monte y al collado

Fontiveros es uno de los parajes de nuestra lírica castellana. Nadie le visita. Nadie le conoce. Nadie viene a Fontiveros... Juan de la Cruz salió de su pueblo de niño; la madre quedó viuda y pobre; la familia, errante, vagó por esta altiplanicie; muy niño, nuestro poeta sirvió de enfermero en el hospital de Medina del Campo. Pero el paisaje de su niñez; el del soto a la vera del cual Gonzalo dijo su amor a Catalina; el de la fuentecica que gime a la sombra de unos negrillos; el de las eras llenas de verdor –hoy como ayer–, que dan su nota de frescura a la entrada del lugar, fue recordado permanentemente por este poeta que no tiene una realidad, por este poeta que vive en pleno éxtasis y en milagro eterno, por este cantor –el más dulce y el más grande de nuestros líricos– que confunde la Naturaleza con su propio espíritu, ritmo al que parecen sujetarse las cosas todas en su armonía, en su ponderación y en su equilibrio.

La Esfera (10-11-1923)
El Sol (03-05-1919)
La Libertad (06-05-1923)

Un paseo nocturno

Y con dos queridos compañeros de armas y fatigas he salido a pasear de noche en esta Ávila de los Caballeros, preñada de silencio y blanca de luna, por el cerco exterior de sus murallas. Nuestro paseo por la Jerusalén celestial de las Castillas ha comenzado en la plaza del Alcázar. Allí dimos en la flor de pensar que muchas de las metáforas que emplea Teresa en "Las Moradas" están sugeridas por la contemplación de esta fortaleza –los fosos y contrafosos, las almenas y castilletes pueblan de metáforas a lo divino el gracioso libro de la dama andante y guerrera del buen Jesús–.

El panorama del valle del Amblés, dormido en las primeras horas de la madrugada, sin otros signos de vida a la sazón que el grato murmullo del Adaja, nos ha vuelto a traer el recuerdo de Teresa, cuando acompañada de su hermanito Rodrigo busca la palma del martirio en tierra de infieles.

Y este paisaje ancho, llano, abierto de sol y lleno de luz, nos ha explicado una vez más los hechizos de estilo de la gran escritora. Ávila respeta siempre el cielo que la espeja y, amiga de la anchura y de la claridad, es abierta y confiada, porque sabe que el recinto de sus puertas está bien guardado y custodiado. Sin dejar nunca de ser ciudad, tiene el aroma y el recogimiento de una aldea, como en la lengua de Teresa, graciosa y señoril, caben todos los modismos y locuciones populares. Y junto a las torres de sus grandes templos –Santo Tomás, San Vicente, San Andrés, San Pedro– se alzan humildes las espadañas de sus ermitas, donde hacen las cigüeñas su nidal, no de otra suerte que en Teresa, junto a los grandes atisbos teológicos, florecen, densos y repletos de humor, los aforismos y los proverbios de la gente llana con la que Teresa gusta departir y hasta viajar.

En la plaza de la Santa hemos gozado de un espectáculo peregrino. El cielo estaba tachonado de estrellas y la luna daba reflejos de plata a las almenas. Unas estrellas han cegado de luz el firmamento en su carrera y en los cielos se ha levantado polvo de brillantes. Un mozo acompañante, con sus veinte años, ha pensado si aquella estrella era el espíritu de alguna mujer, y "Bon", el gracioso caricaturista de esa casa, aplastado por la belleza del espectáculo, confesaba con pena que el lápiz no sirve para ciertos menesteres. Hemos rodeado después el jardín de los Cepedas, y ganado el torreón de los Benavites y de los Canales de Chozas, hoy reconstruido con su tejaroz y su hornacina, hemos vuelto al puente sobre el Adaja, por la puerta del Carmen.

Este concierto de torreones con ermitas, de almenas con espadañas, de castilletes con torres, truecan lo guerrero en religioso y lo religioso en un eterno anhelo de inquietud y de sobresalto. La misma Iglesia Mayor, la Catedral, es como un quiste o protuberancia que le hubiera salido a la muralla. Templo por dentro y fortaleza por fuera, la Catedral compendia, antes que el fervor místico, el carácter guerrero y ofensivo de la ciudad medioeval. Su capilla de los Comuneros, donde se celebraron las Cortes de Castilla de 1619[76], a raíz de las de Santiago, para oponerse a los gastos de la coronación del rey flamenco y César alemán, sus sepulcros de guerreros guarnecidos de cotas y de mallas, los arcos y arbotantes, le dan el aspecto de castillo de la ciudad. Y en el primoroso panderete de la calle de San Segundo, la parte alta tiene huecos para cañones, y almenas para flechas, y garitas para sortear los peligros del enemigo.

De madrugada tornamos a recogernos. Unas muchachas madrileñas, comediantes por las señas, comentan en voz alta sus impresiones sobre el silencio de la ciudad y las salpican de locuciones cortesanas que hieren nuestros oídos. Nos dan ganas de gritar contra la profanación de aquellas tontas. Nos tendemos en el lecho. Nos quedamos profundamente dormidos, cuando la esquila de San José recuerda a las monjas la hora de maitines.

El Heraldo de Madrid (22-09-1924)
El Pueblo Gallego (29-05-1924)
La Noche[77] (31-05-1924)

Un día en Ávila

He pasado unas horas en Ávila, la ciudad de los cantos y de los santos, la ciudad del silencio y del éxtasis, la ciudad de las murallas, que trueca Teresa de Jesús, andando los años, en moradas y castillos interiores de su ideal y de sus amores con el esposo.

Cuando Madrid me fatiga demasiado; cuando me harta el espectáculo de la calle de Alcalá y de los chismes comineros en este mundo de políticos, gacetilleros y farsantes en que me puso el

[76] Errata de imprenta por 1519, año en que estalló la rebelión comunera contra Carlos I.
[77] En *La Noche* su título fue «Una noche en Ávila de los caballeros».

destino, piano, pianito, por la cuesta de San Vicente adelante, me cuelo en el tren, hablo con los labriegos y con las mujerucas que van y vienen con cantaricos de leche de La Navas, y al filo de la media noche, bien corrida, estoy en Ávila.

La camita limpia en la "Fonda del Jardín", con la estampa de la Virgen del Carmen o de Santa Teresa a la cabecera. El sueño reparador en el silencio denso de la ciudad de los santos. Las campanitas monjiles que me despiertan al nacer el día. Tienen un hechizo indefinible las campanas de Ávila. Son severas y graves; rasgan el silencio invitando a la plegaria. Traen a nuestro recuerdo los días atropellados de la niñez. ¡Santas campanitas de Ávila, y cómo resbaláis por mi corazón, saturándolo de optimismo y de gozo para todo el día!

Y a la calle. Ávila tiene ya su fisonomía mística a la siete, a las ocho de la mañana. Chicas –Rosarito, Carmencita, Teresita– con el hábito del Carmen, con el hábito de los Dolores; un beneficiado que va a decir misa a la Catedral; dos frailes carmelitas –hábito café, capa blanca, cerquillo a la cabeza, sombrero negro– que van a dar la comunión a unas monjitas. Y ese mundo madruguero y simpático de la Plaza del Mercado Viejo; cocineras guapas, asistentes andaluces que andan por los puestos a lo que se caiga, la criadita que vigila la compra, el naranjero, el bohemio que pide paraguas a componer, el requesón de Mohernando, la fresa de Aranjuez, la trucha del Barco, la alubia de la Solana, los tostones y las perdices de Piedrahita. Y el sol, en un cielo radiante y purísimo, alumbra el peregrino espectáculo. Suenan las campanas de la Catedral. Y las de San Vicente. Y las alborotadas y locas de San Juan. Y tornamos a la fondita, por el desayuno, a las nueve de la mañana.

Escribimos unas postales nerviosamente a nuestros amigos, un artículo quizá…, y a la Plaza del Alcázar que hay música –la de Intendencia–, y chicas, muchas chicas, en torno a las cuales giran y contragiran, formando caprichosos círculos concéntricos, los señores cadetes. Conocemos las beldades locales; ya hemos cantado, con emoción, la cabellera rubia y los ojos azules, anchos y misteriosos de nuestra amiga Charito que se confiesa con el Magistral; hoy hemos oteado nuevamente ojos de peregrino mirar, aposturas garbosas y llenas de encanto, cabelleras de ébano que encuadran caritas frescas, sutiles e inteligentes. Son muy guapas las paisanas de Teresa de Jesús y de Pedro de Alcántara. Y del Alcalde Ronquillo, y de este buen señor Amat (don Pascual), que pasea su prestancia de ex ministro bajo los soportales. Toca la banda. Acechan los cadetes una mirada, una palabra, un gesto, al pasar. Y nosotros revivimos con el recuerdo la lumbre de otros ojos…

A comer y al Casino. El Casino de Ávila es muy simpático y llanamente familiar. El buen teniente coronel Dacarrete –profesor de la academia– nos habla de turismo y de una vieja excursión nuestra con él por la sierra de Gredos; don Floro –diputado provincial por Arévalo–, con sus patillas y su bondad, nos habla de achaques electoreros; Torres –nuestro condiscípulo– nos invita a una partida de póker. Nuestros "full-hands", nuestras escaleras de comodín, nuestros tríos, nuestras parejas dobles, no tienen éxito alguno. Perdemos medio artículo. Salimos a la calle.

¿Dónde ir? ¿Al Calvario, a gozar de la hermosura de la tarde? ¿A la Catedral, en busca de fresco y de sosiego y de paz interior? ¿A ver a nuestros amigos, los carmelitas, y dialogar con ellos sobre la Santa? Vamos a todas partes. Vamos al Calvario, y vamos a la Santa, y paseamos con don Floro, y oímos a Dacarrete la estadística de los litros de leche que la provincia de Ávila suministra a Madrid, y vemos –al caer la tarde, junto a un convento, en el camino de la estación– los ojos de Charito, hablando con Teresa y con Gertrudis de la última plática del padre Gregorio.

Y la ingenua niña nos pregunta por Madrid, y por Consuelito Hidalgo, y nos habla de las ilustraciones de "La Esfera", y de Catalina Bárcena, la comedianta del Eslava.

Anochece. Las casas desaparecen a esta hora, y sólo se perciben, desde la terraza del "café de Pepe", donde nos sentamos, los cubos, los torreones, las almenas, los fosos y los contrafosos de esta Jerusalén celestial de mi Castilla que es Ávila de los Caballeros.

Tañen los bronces a la oración: "Ecce ancilla domini: fiat mihi secundum verbum tuum". En esta hora en que las siervas del Señor Dios piden a Este que sea en ellas, todo hecho, según su palabra; en esta hora recogedora y mansa, íntima, toda ella emoción y toda ella idea, del crepúsculo de la tarde, cuando Ávila se desata de su corporeidad para comenzar el ensueño de la noche, Charito y sus amigas se retiran a sus casas. Marchan a la academia los cadetes. Comienza a tocar unos compases del maestro Serrano el cuarteto del "café de Pepe"…

Las murallas refulgen como si fueran de plata. Un lucerito brilla en la noche. Y detrás de él sube nuestro corazón en busca de Teresa…

El Hogar (20-11-1925)
La Tribuna[78] (26-05-1924)
La Libertad (16-01-1923)

[78] En *La Tribuna* y *La Libertad* su título fue «Ávila».

El silencio de Madrigal

Estas nobles y viejas casas de Madrigal de las Altas Torres tienen nombres sonoros y evocadores. Un carrizo que hay junto al altozano donde se yergue Santa María, se llama carrizo del Corregidor. Una plazoleta desde la cual nos atisban, detrás de unos visillos blancos, unas muchachas, se llama plaza de los Caballeros. Y esta la calle de Gabriel de Espinosa. Y la de Isabel la Católica. Y la del Tostado o Alfonso de Madrigal. Y la de Carlos III. Y el callejón de Doña María. Y nuestros ojos asombrados, a la caída de la tarde, de vuelta del pinar, contemplan bien los escudos de un cardenal, bien las ruinas de una casona abandonada, bien la sala de juntas del Hospital, con un melancólico retrato de Don Fernando VI, bien la cruz de la Plaza, donde es fama que se levantó la horca para desollar al Pastelero.

Pero el supremo encanto de Madrigal es el silencio, un silencio maravilloso y profundo, denso, macizo; silencio donde se aquietan los nervios, donde se sorbe el sosiego, donde oímos los latidos de nuestro corazón y el concierto de las voces interiores, y el rumor de las cosas pretéritas, y el rodar de los siglos, que nos salen al paso. Es un silencio el de Madrigal que aquieta el cuerpo y que llena y colma el espíritu de sobresaltos y afanes. Esta aldea, circundada de las murallas más toscas y formidables que puedan verse en Castilla; esta pobre aldea del partido de Arévalo, en la provincia de Ávila, fue antaño, corte, y cuna de reyes, y enconado avispero de conspiradores, y obligado refugio de bastardas reales, que hallan en el Monasterio de Santa María de Gracia el asiento que les niega Palacio, y quinta de primavera de frailes agustinos, y plantel de hidalgos, que vienen desde Medina, desde Tordesillas, desde Arévalo, desde Ávila de los Caballeros, al olorcillo de los infantes desterrados, en los cuales puede tornar el alba de la privanza con el más leve cambio en la corte, o sin cambio alguno. Pues de aquello que fue queda como el perfume en la villa de Madrigal. Quedan de los palacios las huertas, de tapiales inmensos, y de los privilegios de sus señores, las capillas de San Nicolás, y de la fortaleza, los muros, y del paso de Isabel, las huellas de la puerta de Peñaranda, y del fanatismo de los Austrias un Cristo lívido y terrible en el Hospital, y de las bastarditas, unos retratos de mujeres pálidas con ojos encendidos y barbilla saliente, y de Espinosa, el emplazamiento de la horca y la vivienda blanca, que mira al Monasterio, y de Alfonso de Madrigal, la casa, y de los agustinos, las ruinas del convento... Y sobre todo lo que fue, este silencio maravilloso de pueblo muerto, de ruinas evocadoras, de álamos gigantescos, de trigales dorados, de casuchas sórdidas, de huertos, de corrales, de tenadas, de carrizos, de mujeres que no hablan, de niños que no juegan, de labradores graves que vuelven del campo ahora para recogerse al toque de oración.

Madrigal es un aliado de la noche. Cuando el lento crepúsculo de la tarde, rojo de sangre, va tornándose azul, y luego gris, y más tarde negro, las sombras de la iglesia se extienden y se alargan hasta envolver al pueblo en un sudario. Las lucecillas que surgen de los balcones y de los ventanucos son los ojos desengañados por donde mira Madrigal las burlas del tiempo. Su aurora coincide con la de Castilla, y cuando Castilla muere, Madrigal se amodorra, se desmaya y deja de existir. Es la capilla y el portalón del cementerio del reino. Desde el pinar donde hemos pasado toda la tarde saturándonos de resina, o desde la torre de la parroquia, podemos seguir las etapas, las estaciones dolorosas de este calvario, la calle de la Amargura de esta raza que «face homes», como dice el viejo cronista Ayala, para gastarlos. En Ávila adornan con los atributos reales a un muñeco para quemarlo en la plaza, quedando así trocado Enrique IV en un pelele. Y aquí nace Doña Isabel para asegurar, con su matrimonio con el aragonés una realidad nacional que se disipa en un sueño. Y muere aquí al lado, en Medina, y aquí al lado también su hija Juana, en Tordesillas, que se convierte en la nuera de Maximiliano, como España se convierte para siempre también en la nuera del Imperio. El sueño de América se desvanece ante los flamencos. No somos bastante ricos para sostener unas guerras que no nos importan. Un príncipe castellano ha ido a reinar a Bohemia, y un príncipe alemán ha venido a regirnos a nosotros...

A regirnos y a estrangularnos. El hijo de Felipe el Hermoso mientras su madre reza, loca de dolor y de amores, en este Monasterio de Santa Clara, que lame el Duero en su descenso a Portugal, dándonos por regente al cardenal Adriano y por secretario de Finanzas a Xebres el flamenco, arrambla con el dinero de los pueblos, paraliza la vida de los consejos, acaba con nuestras industrias, desarrolla el amor a la pereza y a la aventura, nos trueca de rústicos en soldados, de pequeños industriales en arbitristas y paseantes en cortes, de modestos propietarios en leguleyos y togados. La resistencia de Castilla con sus comuneros muere en Villalar para no retoñar ya nunca. Al amparo de los flamencos nace la picardía, que no es castellana, sino exótica en este suelo. Hay un cambio de valores y con él, una mixtificación que ha de durar ya para siempre en

nuestra historia con Castilla. Acogotada ella por el imperialismo, parece Castilla la imperialista y la aventurera. Cegada sus fuentes de riqueza, agotada su vida municipal, paralizadas sus industrias de Toledo, de Segovia, de Ávila, de Salamanca, parece Castilla la que incita a la holganza, al despilfarro, a la guerra, a la trampa y al expedienteo. Lo que se llama castellanismo en la política del siglo XVI es pura y lisamente germanismo, siendo Castilla la primera víctima de la Casa de Austria, la primera que pierde su tendencia democrática, su amor al terrazgo, sus tradiciones comuneras y municipales.

El sueño de Castilla dura lo que la vida de Isabel y la vida de Madrigal, su pueblo; Madrigal, Medina del Campo, Tordesillas, marcan las etapas de la dolorosa crucifixión de un pueblo por los desaprensivos césares alemanes, que naciendo de un tonto redomado que muere en un deporte, en ese pobre Felipe el Hermoso, hijo de Maximiliano, va a extinguirse melancólicamente en la mirada turbia, en la frente angosta y en los labios colgantes de Carlos II el Hechizado. Y con esta gente extraña que nos domina a los castellanos, Madrigal se despuebla, Medina abandona sus mercados, Tordesillas canta salmos y más salmos por el alma de la última reina castellana, enamorada y loca. Y Castilla se refugia en los conventos con sus místicos, o se traslada a Flandes y América con sus conquistadores... Y el solar queda vacío, y los campos, yermos, y los montes, talados.

Y se llenan, no sus arcas, sino las de sus reyes extranjeros, que necesitan oro, más oro, siempre oro, para saquear Flandes, para devastar la Lombardía, para entrar a saco en Roma, para construir armadas invencibles que deshace el temporal, para conquistar Portugal, para todas esas locuras imperialistas, extrañas a Castilla, que llaman su historia, la suya, estos buenos germanófilos corrientes y molientes de nuestros días.

Revista Popular (01-05-1926)
La Llanura[79] (20-05-1928)
El Sol[80] (26-01-1919)
El Imparcial (23-03-1924)

Un paisaje de San Juan

Nos tendemos en el Inestal, junto a la fuente. Las mozas lavan y cantan. Las tierras paniegas están ya doradas y los tallos de las espigas casi tronchados de puro fruto. El oro tiene matices distintos en estos campos: amarillo el del trigo, oro viejo y rojo el de los centenos, brillante y cegador el de las cebadas. Los surcos se pierden, allá al Sur, entre las líneas zarcas de las sierras de Piedrahíta.

Nos tendemos en el Inestal, junto a la fuente. Y el sol, con solemnidades litúrgicas, lentamente comienza a trasponer el ocaso. Envolviéndole en celajes, las nubes rojas, encendidas, semejan una enorme ciudad dorada, con palacios, con castillos, con torres lejanas y fantásticas. En la ciudad dorada se abre ahora una vía anaranjada; parece el curso de un río. Y se inician después en sus riberas las finas siluetas de unos chopos o negrillos. Y cantan las lavanderas, y los grillos, acostados en los rastrojos, modulan su canción metálica, y oímos el golpeteo de la ropa blanca henchida de jabón contra la madera de los tajillos.

La ciudad celeste va herrando dulcemente sus contornos allá arriba. Ahora son dos gigantes, con brazos como aspas de molino, de piernas monstruosamente largas, con las inmensas cabezotas tocadas por unos yelmos, los que vigilan el trasponer del sol. Sobre la tierra cae hacia Poniente un polvillo de oro, cuyo matiz contrasta con el sangriento y rojo de los lugares que brotan en la llanura. El oro pierde su viveza, lo rojo se trueca en azul y las primeras sombras de la noche vienen galopando desde las cumbres serranas, que rematan en el horizonte.

Este paraje que yo veo durante este atardecer es el mismo que columbraba todas las noches Juan de la Cruz desde Duruelo, desde su estrechísimo y pobre convento de Duruelo, primer monasterio de la reforma carmelitana. "Portalito de Belén" llama Teresa de Jesús a la morada conventual de nuestro encendido poeta. La iglesia era una encendida estancia; sobre la pila del agua bendita había un Cristo de papel pegado a la pared. "El coro –dice la santa– era el desván,

[79] En *La Llanura* –semanario independiente de Arévalo– se reproduciría de forma mucho más reducida, limitándose, casi exclusivamente, al segundo párrafo.
[80] En *El Sol* se publicó con el título «La historia y Madrigal», mientras que en *El Imparcial* lo hizo como «En Madrigal de las Altas Torres».

que por mitad estaba alto, que podían decir las horas; mas habíanse de abajar mucho para entrar y para oír misa." Y tenían dos ermitillas los primeros descalzos, ermitillas donde no podían estar sino echados o sentados, llenos de heno, que era el lugar muy frío. Solamente en la primavera Juan de la Cruz salía al huerto. Y absorto y distraído contemplaba los campos, y las crestas de allá arriba, y los pueblucos de adobes y de pizarra. Y al envolver el campo las sombras de la noche, y al perder todas las cosas sus contornos, el alma enamorada veía huertos, y lomas, y cerros, y oteros celestiales, donde pastaban ovejas blancas, donde el pastor con dulcísimos silbos las volvía a los apriscos, perdiendo el alma todo su cuidado y abriéndose al goce del paraje y la ocasión:

Entrándose ha la Esposa
en el ameno huerto deseado,
a su sabor reposa
el cuello reclinado
sobre los dulces brazos del Amado.[81]

Esta dorada y calva planicie peñarandina, donde León se abraza con Castilla sin una transición brusca que nos deje percibir el cambio; esta inmensa llanura, que tiene sus puntos cardinales en Extremadura, Portugal, Arévalo, Medina del Campo y Segovia, debiera ser sagrada para los españoles. Ella presencia el alba de nuestra mística y también su ocaso rápido y definitivo. Cien veces recorre estas tierras Juan de la Cruz con los mercaderes de Medina, "son sus amigos"; con fray Antonio, el portero de Duruelo, que lleva hasta cinco relojes de arena, "todos concertados", en sus bolsillos por único caudal, con su medio frailuco, el extático Juan de la Cruz, que aquí nace en Fontiveros, que aquí prende en la llama de la caridad en el hospital de Medina, que aquí empieza en Duruelo sus comentarios místicos de iluminado.

Nos levantamos. Los carrascos y las retamas grises del Inestal rompen, con sus manchones, la capa azul que se va diluyendo poco a poco sobre la llanada paniega. Sigue la tierra cantando su promesa eterna de fecundidad.

Allá, en aquellos cerros del Naciente, hace más de tres siglos el poeta chiquitín se asomaba al ventanuco de su ermita del Carmen en Duruelo. Reposaba la pelada cabeza de flequillos en la diestra, miraba las fogatas serranas, se embriagaba con el perfume de las mieses que se amontonan en las parvas de las eras, y escribía lentamente, lentamente, con la frente iluminada y los ojillos encendidos:

Mi alma se ha empleado
y todo mi caudal en su servicio;
ya no guardo ganado,
ni ya tengo otro oficio,
que ya sólo en amar es mi ejercicio.[82]

El Liberal (12-09-1926)
La Esfera[83] (20-10-1923)
El Sol[84] (10-07-1918)

Castilla en primavera

De Piedrahíta a Ávila, en automóvil de línea, camión perezoso de muelles, saltarín y lento. Muy pronto queda Piedrahíta oculto en una hondonada. Pueblos, iglesias, calvarios, mesones... Son más suaves y blandas las faldas de los montes, la luz más cruda y el cielo más azul.

Tierra llana y anémica, horizontes amarillos recortados por la sierra de Gredos, conversaciones de diligencia plácidas y amables. La sabrosa casada que se sienta a mi vera marcha sola hacia Asturias al encuentro del marido. ¿Cómo es Asturias? ¿Conocemos nosotros Asturias? Hablamos de pomaradas, de frutos rojos en fondos verdes, de valles mimosos, de cantos populares. Hemos visto y saboreado a nuestro antojo Villaviciosa, Infiesto, Cangas de Onís, Ribadesella, Covadon-

[81] San Juan de la Cruz. *El Cántico Espiritual,* "La Plenitud de la Unión", Estr. 27.
[82] Ibidem. "Canciones entre el alma y el Esposo", estr. 19
[83] En *La Esfera* se publicó bajo el epígrafe «Sugestiones de un paisaje».
[84] En *El Sol* su título fue «Duruelo».

ga... Allá, nuestros amigos refrescan a todas horas las fauces con la sidra; nos place la fabada gustosa y suculenta. En Ribadesella cuando seamos ricos, escribiremos por el placer de escribir y nuestros ojos se posarán en el azul del mar y en los ojos negros de las mujeres. Nuestra casadita, madrileña de origen, ha vivido muchos años en Ávila pero le gusta más Piedrahíta. Ávila, frío, campanas, hábitos del Carmen y de los Dolores para tirar todo un año con un traje las pobres chicas; novenas, triduos, rosarios, rogativas, procesiones. ¿Nos gusta Ávila? ¿Somos solteros, casados, viudos? ¡Es tan tranquilo, tan reposado, tan dulce el matrimonio!

La casadita nos habla de los traqueteos y vaivenes de la arriscada soltería. Sonreímos. Penetramos en este ingenuo corazón de mujer que no tornaremos a sondear nunca más en la vida.

El paisaje. Calvarios, más Calvarios, campanarios, cantos pedregosos, canchales. El automóvil de línea tiene unos muelles molestísimos. A la vera de los pueblecitos, las vides verdes ya. Con la primavera renace en estos días la alegría del campo. Brota la hoja nueva mientras se espera con ansia el agua que renueve, empape y refresque el terrón.

Cruces y más cruces de piedra, místicos cementerios con algún ciprés solitario que sobresale de los muros. El paisaje tiene aquí una diafanidad cristalina; entre los surcos picotean unos tordos y unos vencejos han hecho su nido bajo el tejado de una iglesiuca que vemos al pasar.

Silencio, y paz, y luz, y un cantar campesino a lo lejos. Una venta; las chicas de la venta saludan familiarmente a la casadita. Y abajo, en la hondonada, un valle delicioso.

Torna el automóvil a ponerse en marcha; concierta con la luz cruda el refajo pajizo de una maritornes ajamonada y pizpireta, que responde al castizo nombre de Celestina. Tiene, como la buena madre del bachiller que allá, en Talavera, en Salamanca o donde sea, concierta voluntades amorosas, los ojuelos pardos y astutos, y de la dulce Melibea, la piel blanca, blanquísima, y los cabellos ensortijados y rubios. Pero, cerrando el horizonte, aparece de pronto una mancha pizarrosa; Ávila de los Caballeros.

La casadita nos describe la vida de la clara y señorial ciudad, que también nosotros conocemos a la perfección: Ávila es la ciudad del silencio, del reposo y de la monotonía. En Ávila no hay más voces que las de la algarabía mañanera en el mercado viejo. Y la de los bronces de las campanas. Y la de los salmos monjiles que rompen, en las plazoletas apartadas la placidez de prima noche. Y la estridencia de los pitos y silbatos de los trenes que pasan. Los cadetes animan un poco la vida de Carmen, de Pacita, de Dolores, de Isabel, de las chicas que oyen los sermones del P. Sebastián por la tarde en la Santa y «La Canción del Olvido», por la noche a la banda de la Academia, en la plaza del Alcázar. Las chicas de Ávila –atestigua la casadita– aleccionadas por una sabia experiencia, no dicen que sí a los pretendientes y galanteadores a las primeras de cambio. Se desprecia lo que no cuesta fatigas conseguir; se ama y se desea aquello que se nos hace difícil y hasta peligroso de lograr. ¡Y luego, los cadetes, mejor aún, los hombres, todos los hombres, militares y paisanos, son tan malos, tan malos, tan malos!

Ávila más cerca... Percibimos ya los cubos y los lienzos de la muralla. El arco del campanil del Carmen dibuja su silueta airosa antes que la torre de la Santa, que la torre de la catedral, que el torreón guerrero e imponente de San Segundo, que los graciosos pórticos de San Vicente. Una fábrica de harinas acusa el curso del Adaja y los primeros ojos de la puente... Sol vivo y renovado de primavera, luz, silencio.

Penetramos en Ávila, revuelo de procesión, cadetes de gala, niñas enlutadas, hábitos del Carmen y de los Dolores. Las campanas de San Juan, la parroquia donde se bautizó Teresa de Jesús, tañen solemnemente y con estrépito. Dos amas gordas, un comandante retirado, el pito del tren que rompe –por unos segundos– la sonoridad de las campanas. San Vicente de nuevo, los equipajes en la fondita... María de la Luz escribe rápidamente nuestros nombres y sonríe.

La Voz de Guipúzcoa (02-04-1927)
El Noroeste (02-04-1927)
El Luchador (02-04-1927)
El Pueblo Gallego (03-04-1927)
La Esfera[85] (22-03-1924)

[85] En *La Esfera* su título fue «Apuntes del camino».

Ávila y su región

La Ciudad[86]

Ávila, ciudad mística, sí, pero también ciudad guerrera. Jerusalén celestial de Castilla, con muros, y cubos, y fosos, y contrafosos. Ciudad de caballeros y ciudad de santos a la vez. Teresa hace de su pueblo una morada celestial y utiliza sus piedras para explicarnos pasajes que solo conoce el espíritu enamorado y creyente. Pero, a la vez, Ávila de los Caballeros, espejándose en el Adaja, teniendo delante de sus ojos de eternidad los manchones zarcos de Gredos, hace de su Iglesia Mayor su primera fortaleza y el templo parece una excrecencia que le ha salido a la muralla, porque acaso no basta solo tener fe en el ideal, si el espíritu no permanece vigilante y si la espada, bruñida, no está previamente afilada para responder de los gastos.

Ávila merece ser cuna de las ciudades cumbres del turismo español. Emplazada en la línea del Norte y apenas separada tres horas de Madrid, se impone su visita al turista ávido de impresiones españolísimas. Asentada Ávila en el feracísimo valle del Amblés, se dijera que los años no pasan ni pueden pasar por ella y que es una limpia imagen de la eternidad y de la permanencia. Graciosa estampa medioeval, la vieja ciudad castellana sorprende lo mismo por los matices que por el conjunto de su traza. Hermosa catedral gótica, deliciosos pórticos románticos de San Vicente, graciosa linterna de San Pedro, ermitas humildes y aldeanas en las afueras, primoroso patio de Santo Tomás, casonas hidalgas de los siglos XV y XVI cuando la ciudad, recién pasadas las turbulencias de los reinados de D. Juan y de D. Enrique, conserva todavía su preponderancia y su vigor, Ávila de los Caballeros, es, acaso, el mejor marco donde se espejó el espíritu castellano durante los años que preceden a la política unificadora de Don Fernando y de Doña Isabel. Las dos manifestaciones del carácter de la raza están aquí plasmadas de un modo indeleble. O la necesidad de la aventura, o el renunciamiento voluntario en la soledad de un claustro. A veces las dos comezones de la aventura y del renunciamiento se dan en una misma persona. Teresa de Jesús, de niña, abandona la casa paterna con su hermano Rodriguito para ir a tierra de infieles a descabezar moros[87]. Y es que Ávila plasma los caracteres así. No basta con la fe limpia: hay que reducir al adversario a la fe de Cristo. Por eso el órgano suena a rebato de clarines en la catedral y la catedral es una verruga que le ha salido a la muralla.

¡Ciudad deliciosa la nuestra para el turismo! Se puede soñar durante un día entero sin temor a que ningún miedo exterior, a que ninguna estridencia callejera, nos lo rompa jamás. Allá, al cobijo de la espadaña del Carmen cerca de la Puerta del Mercado, los parajes teresianos, la casa de Antonio [sic][88] Sánchez de Cepeda y de Beatriz de Ahumada, trocada en Monasterio, con el jardincito donde la nena hace ermitillas con la arena que "luego se le caen" y la iglesia de San Juan, con los escudos de los grandes Condes de Bracamonte, donde fue bautizada Teresita. Y los conventos de San José y de la Anunciación, donde ella pasó sus primeros apuros y preocupaciones de novicia. Y el convento de Santo Tomás, con el sepulcro del lindo y rubio príncipe D. Juan, hijo de los Reyes Católicos. Y el trascoro de la iglesia mayor con un precioso bajo relieve en alabastro de aquel pasmo de erudición que se llamó Alfonso de Madrigal y que fue Obispo de la Diócesis. Y el hechizo románico de la Basílica de San Vicente. Y el prodigio de las murallas, que son de oro cuando las besa el sol y de plata cuando reciben las caricias de la luna y el silencio denso macizo de una urbe por la que no pasa el tiempo y la lenta queja del Adaja que suena a maravillosas asonancias del romancero y a plegarias inefables de órgano claustral. Y el barrio típico de las vacas en declive, ornado de calvarios y de cruces junto a iglesias humildes de espadañas aldeanas. He aquí Ávila de los Caballeros.

Ciudad de paso, pero ciudad indispensable para el turista que quiera conocer España. Su región también merece una visita.

La Cruz (Tarragona) (29-03-1930)

[86] El siguiente artículo de *El Regional* (Diario de Lugo), de 13 de mayo de 1930 titulado «Ávila y su región: La comarca» es complementario de este...

[87] Trastoca la biografía de Teresa de Jesús para sus intereses discursivos. En realidad, iban a ser descabezados, a ser mártires.

[88] Error tipográfico por Alonso, nombre del padre de Santa Teresa.

Ávila y su región

La comarca

Ávila y Piedrahíta, con su palacio de Dª Berenguela –la iglesia parroquial– y su famoso poyo donde aquel taimado estudiantillo Pepe Somoza y Carvajal rebelaba a las muchedumbres contra los gabachos, y el palacio de verano de los duques de Alba, donde Dª María Cayetana platicaba de las novedades francesas con Goya, Meléndez Valdés, Sánchez Barbero y el condesito de Mora, y la iglesia de Santo Domingo, entre pinares, y arroyuelos y árboles frutales.

Y Ávila y el Barco con su iglesia Colegiata de finales del XV o principios del XVI, y su Cristo Regio, y su Virgen de alabastro de la sacristía que bien pudo tallar Benvenuto Cellini y su Castro de los Álvarez de Toledo, hoy trocado en camposanto, y su graciosa prisión a la vera de la Plaza,

Y Ávila es Arévalo. Arévalo, en una llanura triste, amplia, sin el fresco de la arboleda, sin la vecindad del agua, Arévalo mercado cerealista, con su castillo de los Zúñigas, donde Isabel la Católica pasó su niñez de infanta al lado de su madre, y una torre mozárabe de ladrillo, y un puente romano y una casuca hidalga donde piensa en su vocación Iñigo de Loyola.

Arévalo: tierras de Arévalo; Fontiveros, Madrigal de las Altas Torres. Fontiveros tiene fuentes escondidas donde cantan las aguas, y molinos harineros entre chopos y negrillos: en Fontiveros crece Juan de la Cruz. Paisaje del pueblecito: oteros, más oteros. Estos paisajes se incorporan luego a la mística. Por ellos vagan majadas de pastores celestiales; por ellos el cervatillo herido fulgente por las huellas de la Esposa que acaba de besar.

Y Ávila es Madrigal, Madrigal la cuna de Isabel, Madrigal con sus puentes de Cantalapiedra y de Peñaranda, Madrigal con la casa del Tostado, y su iglesia de San Nicolás, y su hospital de Juan II, y su muralla del siglo XII, que parece una lámina arrancada al Romancero. Y su casa del Tostado. Madrigal en la altiplanicie: convento de Agustinos donde muere Fr. Luis una tarde ardorosa del mes de Agosto de 1591, tierras altas vigiladas por el castillo de la Mota de Medina, por el de los Zúñigas de Arévalo y por los primeros montes salmantinos de los Bracamontes, por los pinares segovianos, tierra de resalte, de cumbre, en esta Castilla madre, donde todo es cumbre y resalte.

Y Ávila es Arenas, y en general, Gredos. Arenas con su puerto del Pico, lleno de sorpresas y de recovecos, que conoce, a pocos kilómetros de distancia, la esterilidad esteparia junto al olivo y junto al naranjo, donde se juntan los fríos del Septentrión y las áureas brisas del Mediodía, Arenas, con su castillo de Mombeltrán, y sus pueblos serranos, y sus campesinos de habla cantarina y musical.

Y Gredos. Gredos con su pico del Almanzor, y sus cabras de difícil clasificación zoológica, y su anfiteatro, y hacia el N. O. sus hermosas lagunas del Duque y del Rampal, iniciando las fronteras salmantinas, con las maravillas de Béjar y de Candelario, y las huertas rientes, y el nacimiento de las Extremaduras, con los hilillos del Yeste[89].

Y Ávila es Cebreros. El monte, y el valle, y el llano, y la dehesa. La comarca de Ávila compendia, en su seno, toda la complejidad del riquísimo suelo castellano. Acaso es el corazón de la vieja Castilla esta tierra tan varia de Santos y de encantos. Visítela el turista, deténgase en los calvarios de sus aldeas; fíjese como arañan el cielo azul sus cruces milenarias, perdidas en los viejos senderos, a la vista de las aldeas.

Obsérvese cómo las Extremaduras son una expansión de conquista para no aislar su territorio y para asegurarlo de las asechanzas del moro y de las rapiñas del leonés; dese cuenta de la profusión de sus paisajes. Vea cómo Castilla, tierra de castillos, no quiere tener aquí sus fronteras naturales. Recréese a la vista de sus monasterios, de sus castros, de sus cruces, de sus calvarios, de sus pinos, de sus barbechos, de sus tierras paniegas; advierta, en fin, cómo Ávila –la ciudad y la comarca– es indispensable para conocer España como pueblo y para sentirle como realidad estética y sentimental en este solar de santos y de aventureros.

El Regional (Diario de Lugo) (13-05-1930)

[89] Jerte. Como se aprecia en otros artículos Sánchez Rojas escribe Yerte, forma en uso aunque infrecuente, lo que hace suponer un error del cajista.

BURGOS

Impresiones de Burgos[90]

Esta es la décima vez que visito Burgos. Vine la primera vez el año 12, porque, regañado con los míos, necesitaba dinero y mi amigo Eloy Bullón –que no alardea de Mecenas, ni de apóstol, como otros colegas suyos– me trajo de Registrador de la Propiedad, interino. Estuve aquí tres meses. Torné luego el año 15 un par de semanas. El 19, de cronista de "El Sol", visité casi toda la provincia. Volví el 21 al entierro de una dama de un compañero mío. Después, en excursiones rápidas al Norte, me he detenido tres veces más. El año 26 estuve con la Tuna Salmantina, durante el mes de Febrero. El sábado pasé aquí unas horas. Y hoy, martes, vuelvo a detenerme, con unos amigos que me traen en automóvil desde San Sebastián. Soy, pues, casi de Burgos...

Y Burgos me gusta mucho. Es una ciudad limpia y bella, es una ciudad encantadora. La conozco de memoria. Por si algo me faltaba, me he tropezado aquí con el sobrino del Marqués de Alhucemas, y exdiputado a Cortes por Miranda de Ebro, Diego de Saavedra y Gaytán de Ayala, capitán de caballería y más liberal que Riego, que me ha enseñado el barrio hebreo y el callejón de las Brujas, bajo una lluvia torrencial. Nuestro amigo Villa, hijo del prestigioso banquero del mismo apellido, tuvo que prestarme su gabardina para que no regresara al hotel como una sopa.

De Burgos, que no tiene Universidad, ni apenas Doctores, puede aprender muchas cosas nuestra Salamanca. El "Ómnium scientiarum Princeps, salmantica docet", resulta hoy una pequeña paradoja.

Burgos, al cuidar de su arbolado, hace más por la ciudad del Cid que nosotros, los salmantinos, con todas nuestras campañas sanitarias. Al hombre que tanto hizo por los niños salmantinos, al llorado y entrañable amigo Enrique Nogueras, no se le recuerda apenas ya entre nosotros. Verdad es que no era un figurón.

Y Burgos es... simpático. Simpático, sobre todo y ante todo. No voy a hablar ahora de la Catedral, ni de la Capilla del Condestable, ni de la Magdalena, ni del retablo de San Nicolás, ni de la Cartuja, ni de las Huelgas... Hablo del Espolón, donde paseo, y del hotel confortable en que habito, y del burgalés "cumplido" –como aquel Martín Antolínez, del "Poema del mío Cid"– con el que charlo, y del limpiabotas atento que me bruñe el calzado, y del camarero que me sirve sin pereza, y del baño que me sirven sin calentar el agua, porque siempre está caliente, y del municipal que contesta con educación a una demanda mía... Burgos es una "ciudad" que merece ser siempre apeadero del corazón y de los ojos.

Desde aquí, como desde San Sebastián, Salamanca deja mucho que desear. Y ahora que puede hacerse todo, es una pena que no se haga nada.

El Adelanto (27-07-1929)

Sensaciones burgalesas

No me dejan salir de Burgos todavía estos queridos burgaleses. Excursiones a Lerma, y a Fresdeval, y a Sules, y a Aguilar del Campóo... Esta provincia de Burgos es inagotable, maravillosa. Fina, delicada, señoril, un salmantino, educado en el ambiente renacentista, se hace pronto a ella y se aclimata espiritualmente en seguida. Además, he venido a trabajar; me interesa, para un libro que he de empezar ahora y aparecerá necesariamente en Octubre, con el título de "Jornadas teresianas", fijar el paso de Santa Teresa por esta linda ciudad. Y que he visto su "huella". En la Calera, en las Trinas, a la orilla derecha del Arlanzón que abandonase con pena el Cid en las horas ingratas del destierro, está el palomar místico, burgalés, de la Madre Teresa. Y como en Sevilla lo más sevillano es precisamente el palacio del Carmen, en Burgos, lo más burgalés, es este rincón, fragante y escondido, que eligió Teresa Sánchez de Cepeda y Ahumada, para su Jesús dulce y bueno, para el Esposo de su alma...

Me voy aclimatando en Burgos, precisamente cuando ya estoy con el pie en el estribo para Salamanca. Y he gozado de dos impresiones inefables que ya no podré olvidar nunca: la contem-

[90] El día anterior *El Adelanto* había publicado otro artículo de Sánchez Rojas con este mismo título y distinto contenido (O.C. Tomo V, página 436).

plación de las agujas, de las cresterías, de los pináculos de la Basílica, formando bosque, en una noche lunera, y la del río una noche de tormenta. Burgos recuerda Colonia entonces y el Arlanzón parece hermano del Sena y del Rin. Toda la pintura, toda la delicadeza, toda la gracia de la ciudad del Cid se revela, en estas noches tormentosas de chubascos y de lluvias estivales. Burgos –puente entre Castilla y Álava– es, a la sazón, una ciudad norteña. Su río evoca el mar. Hasta nos trae al olfato las emanaciones de las playas remotas. Esto sabe a Cantabria, y sabe a Vasconia, y la cabeza de Castilla, "caput Castellae", ondea al aire sus cabellos empapados de salitre.

Odio –en Burgos me doy cata de ello– los ciudadanos de una sola ciudad, tanto como los lectores de un solo libro, siempre el mismo monstruo y fatigoso libro.

Estoy convencido que para amar a nuestra ciudad hay que verla, y gozarla, y añorarla, desde las demás ciudades. El que sólo conoce su ciudad, ni su ciudad conoce siquiera. Le falta el término de relatividad, el sentido de ponderación, de ecuanimidad. No podría juzgar de la belleza de las mujeres el que solamente conociese una sola mujer. El hechizo estriba precisamente en la diferencia. Igualmente, el que no sabe salir de su barrio, de su calle, de su casa, de su estancia, es siempre un bárbaro de altar. Lo que se llama patriotería entre nosotros es simplemente eso: ignorancia del ambiente. Yo recuerdo a un prójimo de Alba de Tormes, que siempre hablaba del Castillo, creyendo que era el más hermoso de los castillos existentes. Claro está que no ha visto más castillos que ese, y que si los ha visto, no se ha enterado. Viaja como las maletas, que jamás nos cuentan sus impresiones, que yo sepa.

Viene todo esto a cuento de que en Salamanca padecemos también de un localismo angosto y ridículo. No parece ciudad universitaria muchas veces, sino poblado armuñés. No vemos más que lo nuestro y lo de fuera nos coge siempre con sorpresa. Estoy por decir que solamente pueden gozar del encanto de su ciudad los que no son forasteros en ninguna, porque en todas se renuevan, se llevan parte de su espiritualidad y se dejan en cambio algunas emociones de su corazón, sediento siempre de contrastes y de novedades.

El Adelanto (28-07-1929)

Una visión de la ciudad

En las noches oscuras y sin luna, la ciudad –vista desde la ribera derecha del Arlanzón cuando hemos ganado el río desde las calles –tan Burgalesas– de la Calera y de las Trinas–, parece una ciudad norteña. Nadie diría que estamos en Castilla y en su cabeza, en su capitalidad histórica y natural.

Burgos, que es el paso obligado de la meseta a la montaña y al mar, del llano y de la alta planicie a Cantabria y a Vasconia –un condado burgalés, el de Treviño, se encuentra clavado en mitad del corazón de Álava–; Burgos, en su lado izquierdo, Catedral, San Gil, San Nicolás, Santa Gadea, la Casa del Cordón, el Arco de Santa María, es Castilla, y en su lado derecho ya es Norte. El lado derecho de Burgos, donde se alza el Carmen, fundación de Teresa de Jesús, y la Casa de Miranda, donde asoma sus primeros albores al Renacimiento, parece un trozo de la Rioja o un paisaje alavés. De noche, ganado el puente sobre el Arlanzón, que nos lleva en dos minutos al corazón de Burgos, toda la parte izquierda, el Castillo en el altozano y el bosque de agujas, de flechas y de pináculos de la Basílica sobre los tejadillos y azoteas, es síntesis y es silueta. Todo es conjunto, y las partes y porciones están colocadas para no distraernos y para darnos una visión total de la ciudad de los Condes de Castilla. La catedral, a lo lejos, el castillo encima, y de lienzo, la ringlera de casas de la isla, con el fondo oscuro del arbolado del Espolón. El río tiene entonces reflejos metálicos, y no sé por qué, el Arlanzón, río de frontera que abandona con pena Rodrigo, «el que en buena hora nació, en las horas nefastas de su destierro», no sé por qué, digo, el Arlanzón nos parece que va a morir en el mar cuando, en realidad, se dispone a seguir su curso lento y cansino tierras abajo. Entonces el paisaje, envoltura de la historia, es como una síntesis de historia. Más allá de Burgos, más allá del Arlanzón, no quedará Castilla. Esta es la cabeza, y sobre la cabeza están los cabellos. Y los cabellos se refrescan con las nieves del Moncayo y con el salitre del bronco y pardo mar de los vascos.

El Arlanzón configura espiritualmente Castilla. Más allá está otra cabeza: la de Soria. «Cabeza de Extremadura, Soria pura», que reza el decir decidero. Y Soria pobre, inhóspita, pequeñita, absorbida por Aragón y por la Rioja, ya quiere asomarse a la otra banda del Mediterráneo. Mirando

más arriba, cerca del condado de Treviño, clavado, como ya he dicho, en el llano alavés, no tiene nada en común con la meseta. Y más abajo está Segovia con sus castillos, con sus ciudades y con sus iglesias. Burgos decora el reino de Castilla. Su arte es el más fino, señoril y castizo del riñón de nuestro suelo.

Burgos, toda la comarca o, como hoy se dice, toda la provincia. Burgalesa es la portada de la parroquia de Aranda de Duero; burgalesa y castellana. Burgalesas son las ruinas de Fresdeval. El patio románico maravilloso de Silos es igualmente burgalés. Es algo sonriente, grato, balbuciente e infantil esta arquitectura. No dice del todo las cosas; lo hace mejor: las insinúa. Hay que pararse en estos pueblecitos; en Lerma, en Covarrubias, en Salas de los Infantes, en Villadiego, en Aguilar del Campóo. Es un arte de guerreros que en las horas libres persiguen las perdices y las moras como el marqués. En los sepulcros, junto a las plañideras, hay cetreros, y pajes, y bufones, y buhoneros, y arcabuceros. ¡Castilla la gentil! ¿Por qué te dijo un catalán que te supo querer en tus horas de angustia, el dulce Juan Maragall, que estabas triste y sola, porque no podías ver el mar y te alargabas para verle? ¿No recordó Maragall que al mar te asomas en Santander, que Castro Urdiales es castellano y bien castellano y que tienes tus montes altos no ya para asomarte al mar, sino para otear otras tierras y asomarte a los balcones de lo infinito? ¿Acaso tu llano no te hizo bohemia y aventurera, Castilla?

Burgos, de noche, a la orilla del Arlanzón, es toda síntesis, toda silueta, toda Catedral. El río

A la mar van los ríos,
paloma revoladora;
no pongas el pie delante;
deja que ruede la bola
¡y al aire!

el río que va derecho a su muerte y a su término, como el hombre, abajo, y el bosque de piedra arriba. Nada más y nada menos. Y las ruinas del Castillo en el altozano o prominencia, a cuyos pies reposa Burgos su postura elegante y perezosa, de gran señora. Fuera de aquí todo es frontera ya. Tierras de Palencia y de Valladolid: leonesas; Rioja y Álava; «Soria pura, cabeza de Extremadura»; no tiene más punto de sutura con su historia pasada que en tierras de Segovia. Aquí acaba y aquí empieza Castilla, tierra de castillos. Cuando pasó el Cid, jinete en Babieca, el río y cruzó el Arco de los Condes, sin volver la vista atrás, porque no quería que el Rey castigase a las niñas burgalesas que salían a despedirle llorando,

Grande duelo avían las yentes cristianas,
ascondese el Mio Cid ca nol osan dezir nada,

ya se consideraba prácticamente en el destierro,

Partiós de la puerta, por Burgos aguijava,
llegó a Santa María, luego descavalga,
fincó los hinojos, de coraçon rogaba.

Rezaba Rodrigo al Salir de Castilla, la ingrata.

La oración fecha, luego cavalgava;
salió por la puerta, e Arlançon passaba.

El canto de los gallos quebraba los albores de la primera mañana en desgracia del caballero. Aquí, en San Pedro de Cardeña, amparadas por las monjas, Doña Jimena, Doña Elvira y Doña Sol pedían al Señor Don Jesucristo la vuelta del marido y del padre, cargado de botín, para volver a la gracia del Rey, que sólo transigió con los vasallos que sabían labrar fortuna más allá del Arlanzón.

La Esfera (31-08-1929)

A la puerta de la Cartuja ¡Salve!...

El automóvil nos ha traído, en cinco minutos escasos, desde el Espolón a la puerta de la Cartuja de Miraflores, crepúsculo maravilloso el de este atardecer de Santiago, de retorno de las tierras de Villadiego y de Aguilar de Campóo. El sol dora los árboles, y en la pradera conventual que hay frente a la portada, triscan, impacientes, unas cabras. Los pueblos del solar del Cid se

extienden aquí abajo, en esta dulce vega del Arlanzón. Con las campanitas del Ángelus, el que sabe oír oye también los timbales del Romancero y de los viejos cantares de gesta. Y al tañido de las campanas actuales y de los címbalos pretéritos se une, durante este atardecer cristalino y puro como el corazón de un niño, que dice en esta hora siempre religiosa en que la Naturaleza duerme, las alabanzas de María: Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra, Salve...

¡Salve, sí, Señora! ¡Salve, María! ¡Salve, vida, dulzura y esperanza mía; salve!

La Cartuja, cerrada, hermética, con las armonías del órgano que se filtran ahora por sus muros, ejerce sobre mi espíritu una atracción singular, desde este valle de lágrimas en que las escucho, descubierto... ¡Cartuja de Miraflores, remanso de paz, janua coeli, puerta del cielo, reposo de la carne y deleite del espíritu, donde unos viejos pescadores saludan a María; todo tu encanto lo percibe ahora mi corazón de poeta y de cristiano! ¡Salve, María, refugio de los pecadores, consuelo de los afligidos, salve! Y no soy yo; es el órgano de la Cartuja el que desgrana ahora todas las más dulces y profundas ternuras de mi espíritu, que sabe también –como el de los cartujos– de hondas tristezas y de alegrías inefables.

¡Vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, Madre! Vita, dulcedo, spes nostra..., torno a paladear dulcemente como en los días radiantes de la niñez, que ya no volverá nunca, nunca, nunca...

Después de cantada la Salve –cascada de voces temblonas y varoniles donde se apagaron para siempre los deseos y se fortaleció en vida el recio corazón humano, sima de misterios–; después de cantada la Salve, el hermano organista retoza de momento con el órgano en esta tarde maravillosa del Sennor Don Sant Yago, patrono de las Españas y gala de Compostela, la lluviosa y monumental. Advierto que el espíritu del hermano organista, caballero en el Clavileño de su fe, desciende ahora por las cuevas de Montesinos de su ideal cristiano. Le acompaño en la grata excursión. No nos espera, como al Dante, Virgilio en las puertas del infierno; es María, Reina y Madre, la que nos lleva de la mano por un maravilloso jardín donde las aguas cantan en las tazas de las fuentes, como en los jardines de Verona y en los parques de Sevilla.

¡Hermano organista, muchas gracias! Dime: ¿quién eres tú, hombre o ángel? ¿Eres Pablo Croussac, que abandona París el 15 de octubre de 1915, cuando acaban de fusilar, en los fosos de Vincennes, a tu amiga, la espléndida morena Mata-Hari, estrella de la mañana? ¿Eres aquel marqués, manirroto y sensual, que una tarde, en plena calle de Alcalá, cruza con una fusta vil el rostro de un marido burlado, mientras ríe la bella tu insolencia plebeya y tabernaria? ¿Eres un pobre hombre de penas anónimas que has pasado por el mundo como por un infierno?

Quien quiera que seas, yo te saludo, hermano, hijo de María, Madre de Dios y Madre nuestra.

Anochece. Siguen triscando las cabras en la oscuridad. La luz de la luna baña con un resplandor lechoso las cresterías de la linda cartuja de Miraflores. Se encienden las luces de Villafría del Cid y de Aguascalientes. El bosque de agujas, de torres y de flechas de la Catedral burgalesa se eleva al cielo sobre los tejadillos de la Isla. Anochece... Oigo el rumor de las pisadas quedas de los cartujos que se dirigen a sus celdas. «Morir habemos; ya lo sabemos...» Pero no muere del todo, no puede morir del todo, el corazón del hombre que se refugia en el regazo de María, consuelo de los afligidos. Salve, Regina, mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra... ¡Spes nostra, esperanza nuestra, sí! ¿Y no es el cielo nuestra esperanza última, nuestro anhelo inconfesado, el ideal oscuro, pero latente en nuestro corazón congojoso? ¡Cartuja de Miraflores, que me has dicho tu secreto en un atardecer puro y cristalino, ya no sabré olvidar nunca este momento de poesía pura, de fervor cristiano, que has traído, por unos minutos, a mi corazón, que también sabe de dolores y que quiere tener fe!

La Esfera (14-09-1929)
El Adelanto[91] (30-07-1929)

A la luz de la luna

A la luz de la luna cobra nuevos encantos imprevistos la Catedral maravillosa. Es un juguete de hadas la gentil Basílica a la luz de la luna. Los chapiteles de la iglesia, gallardos y esbeltos, se perfilan precisos y recortados sobre el cielo azul. Y los calados de ensueño que truecan la inmensa mole de piedra en un delicado encaje femenino –tarea de princesitas y de infantinas de nuestro

[91] En *El Adelanto* su título fue «Salve en la Cartuja».

Romancero– arañan el firmamento, y lo destrozan, y lo humanizan, dejándose transparentar en los calados, de tal suerte que no sabemos nunca, en la noche lunera, dónde acaba la piedra y dónde empieza el firmamento. Piedra y éter se funden en un elemento nuevo, inefable e inconfundible. Y la plegaria surge del corazón en la noche silenciosa, noche de Julio,

noche para el amor,
para la rumia de las grandes ideas,

que dijo aquel dulce poeta de Castilla, llamado Gabriel y Galán, tal vez después de contemplar, en la noche lunera, las torres macizas de Salamanca.

Pero la Catedral de Burgos no es de piedra ni de encaje. Sus flechas, y sus agujas, y sus capulinos, y sus pingorotas, y sus cresterías, y sus pináculos y sus estatuas forman un todo, único e indivisible: la antesala celestial. Sobre los antepechos, sutilmente trabajados, con sus picos agudos y sus crestas rizosas, la Catedral de Burgos semeja, en la noche lunera, un cipresal enorme, como aquel que circunda Fiésole, la patria de Fray Angélico, cerca de Florencia, sobre el Arno azul. Y en las copas de estos cipreses de piedra duerme y se detiene el viento para rezar, y con el viento, la sensación del afán diario del espectador poeta. En la noche lunera –noche para el amor–, estos pináculos, y pingorotas, y cresterías, y flechas, y agujas, y alfileres se alargan, se alargan buscando lo infinito, desprendiéndose de la fábrica que los sustenta. Y toda la Basílica, con las dos torres de Juan de Colonia, con el crucero a la vera de la puerta del Sarmental, con la linterna, es un inmenso caballo Clavileño, donde nosotros, los hijos legítimos de nuestro padre D. Quijote, cabalgamos a gusto, y soñamos, y nos desprendemos de la escoria terrena, y penetramos en la cueva del ideal, donde vemos una miniatura de esta Catedral, con sus estalactitas y estalacmitas, y su linterna enana, y sus torres gemelas al alcance de nuestra mano, y su crucero de luz, donde podemos asomarnos al mirador religioso de la emoción, y su bosque azul, donde nos place perdernos, buscando a Dios en las profundidades tenebrosas de nuestro corazón y en los anhelos íntimos de nuestra esperanza callada, que –¡ah!– no llega nunca, nunca...

¡Catedral de Burgos en la noche lunera: no sé por qué me pareces mansión del Cielo mío, Jerusalén nueva de mi patria celestial –de mi visión de la España futura–, durante esta noche plácida de Julio, en que devuelves a mi espíritu toda su mocedad y toda su plenitud! Toda la fe, que fue el espíritu de tu fábrica –se reza lo mismo tallando piedra, que componiendo trovas–, torna a mi corazón infantil en la noche lunera. Aquí, sobre la elegante crestería del ábside, sonríe, desde hace siglos, con sus cabellos azules de puro negros, la divina María de Magdala, de Leonardo. A la vera duerme el Condestable, pariente de aquel marqués de Santillana, que perseguía mozas y perdices en los montes de Reinosa y de Villarcayo. Esta Catedral –tan compleja– es siempre armónica y simple –como una oración o como un beso– en la noche lunera. Asombra el sentido de ponderación, de equilibrio, de serenidad, de justeza, de gracia, de sencillez, de sobriedad –a pesar de la riqueza de los detalles– con que fue pensada, trazada y acabada.

Sin la luz del sol; sin los contrastes, crudezas y violencias del día, que no quiere saber de matices, la Catedral cobra toda su espiritualidad a la luz de la luna, confidente de las novias y de los poetas. No es un palacio la Catedral de Burgos: es un poema pequeñito, lindo, breve como un suspiro o como un dolorido sentir; es un madrigal de piedra la Basílica en la noche lunera. El madrigal de unos arquitectos soñadores, cristianos, a María, Madre de Dios. ¡Ave María, gratia plena, Dominus tecum! Por eso preside la Madre de los afligidos y de los felices, la Madre de todos los hombres que han conocido el suplicio de la Cruz, la fachada principal sobre un nimbo, resguardado por un dosel, que flanquean rizosas pingorotas, sobresaliendo del antepecho hasta subir la crestería con que remata la imafronte por este paraje. El fundador, aquel obispo D. Alfonso de Cartagena, de grata memoria, puso esta estupenda inscripción:

pulcra es / et decora,

y en ella se dice la alabanza de la Virgen y de la Basílica a la vez.

En la noche lunera, la Catedral de Burgos es un inmenso Clavileño de patas multiformes que nos lleva a todas las salas del Cielo de María: Caballeros sobre él, no pedimos a María que venga su reino a la tierra, porque su reino está en ella, rematado por las dos torres gemelas de Juan de Colonia, hechas para encerrar y aprisionar lo infinito, en la noche lunera...

La Esfera (21-09-1929)

Unas horas en Burgos

Desde las tierras caldeadas, inhóspitas, rojas, de Salamanca, a la playa de la Concha, en San Sebastián... Unas horas de reposo en Burgos. Los árboles, la Magdalena de la Catedral, la Cartuja... Burgos deja descansar los sentidos y el corazón. Burgos es, primero que otra cosa, una ciudad simpática, acogedora y cordial, a pesar de las oficinas del Turismo, y de los conserjes de los salones de recreo, y de la informalidad de los hoteleros, que os llevan muy seriamente desde la estación a sus guaridas, para aseguraros después que aquella noche tenéis que dormir forzosamente en una casa de huéspedes y que hasta la mañana siguiente no tendréis vuestro cuarto ni vuestro baño dispuestos... Aun con estas pequeñas contrariedades, que no concebiría un inglés, Burgos merece una parada extraordinaria. Es el punto de sutura entre el centro –la meseta, la llanura– y el norte –la playa y la montaña–. No se caldea como las tierras de más abajo, ni sabe refrescarse como sus vecinas, las ciudades vascas. Burgos –en medio– explica, por ejemplo, a Segovia y explica a Vitoria también. Gótica, y renacentista, y barroca esta ciudad, explica también, por la inclusión de sus garras en el condado de Treviño, ahí arriba, en las tierras alavesas, el pórtico de Santa María la Blanca de los alaveses y hasta los pórticos dieciochescos de la capital. Tiene de llanura y tiene de monte Burgos. Sus cantares son de llano y de montaña a la vez. Burgos, que es Aranda de Duero, es también Salas de los Infantes y es también Miranda. Escarbando un poco, es un poco vasco y un poco riojano Burgos. Es cabeza de Castilla, *caput castellae,* sí, pero también frontera y límite de reino.

El Cid abandona esta ciudad para el destierro, y un poco más allá de Santa María de Cardaña[92], donde los monjes le guardan la rubia Ximena y las hijas Doña Elvira y Doña Sol, se coloca fuera de la jurisdicción del Rey, que no le perdona la jura de Santa Gadea, y de los esbirros y polizontes reales de la ancha e ingrata Castilla. El arco de Santa María, con sus condes barbudos y hieráticos, y su Arlanzón, silencioso y manso, es el último terrón y la última capa pluvial de los castellanos. Detrás hay leoneses –tierras de Campos– y riojanos –los de Sedaño ya se entienden con Logroño y con Haro– y cántabros, que no son del todo de Castilla ni del todo de Cantabria. Briviesca, quebrada y arbitraria, ya no es Castilla, diga lo que quiera el manualete geográfico. Burgos está sola; es cabeza sin brazos y cabeza sin piernas; piensa, pero no se puede mover. Ni aun comunicación con sus salidas naturales tiene, y la tendrá en lo sucesivo, gracias a las gracias. Burgos fue decapitada para que viviera Valladolid. Sin embargo, Álava la mira amorosamente para entenderse con el interior. Y está a punto de resurgir Burgos en cuanto sea el punto de enlace entre los gallegos, astures, aragoneses y catalanes.

Parada muy simpática esta de Burgos. Tarde en la Cartuja y en Miraflores. El llano, disimulado por la arboleda. El Cid que añora el mar... Oyendo esta tarde el órgano de la Cartuja, hemos saboreado el hechizo de Burgos, pueblo de relación, pueblo de enlace, que no puede vivir solitario y suelto, aunque se lo proponga.

Mundo Gráfico (04-12-1929)

LEÓN

Más de León

No sé para qué sirven las comisiones provinciales de monumentos; sospecho que para nada. En León parece que todos conspiran contra la Catedral. Junto a la fachada principal, hay una fuente estúpida con unos angelotes caribobos, de tosca y menguada fábrica, que oculta la perspectiva. ¿Para qué se quieren los barrenos de dinamita? Luego, ocultando todo un ángulo de la soberbia basílica, se agazapan casucas miserables, que deben ser voladas cuanto antes.

Aquella joya, sutil y delicada, merece un estuche y hoy está empotrada en una pocilga. Yo ruego a mis buenos amigos de León, Víctor Said Armesto y Mariano Berrueta, que promuevan una campaña en este sentido. Si el Municipio no tiene dinero, que pague el Estado. Todo menos estos crímenes de leso arte contra la más hermosa y admirable de las Catedrales.

[92] Lapsus de Sánchez Rojas. Parece referirse al Monasterio de San Pedro de Cardeña.

Tampoco lo de San Marcos tiene nombre. En aquel soberbio edificio plateresco, está instalado el depósito de sementales. Yo, que quise visitar el museo arqueológico, que estaba cerrado no sé por qué, tuve que recorrer las cuadras del depósito, admirando la soberbia cabeza y la baticola del Bombita y oyendo las pintorescas explicaciones de un cabo andaluz que me acompañaba. ¿Para qué están Dato, García Prieto, Azcárate, Merino y otros diputados leoneses, sino para construir un cuartel a propósito? Las ventanas de San Marcos tienen la cristalería destrozada a pedrada limpia. Y unas vetustas y toscas estatuas de piedra, una virgen, dos apóstoles, toman el fresco en el patio del cuartel, junto al cuarto de banderas.

Una impresión muy triste se apodera de mi espíritu. El crimen de León es sintomático; en la mayoría de las ciudades viejas españolas, pasa lo mismo. La pereza y la ignorancia de las gentes, unida a la ineptitud de los Ayuntamientos y a la oquedad de los miembros de las susodichas comisiones, van destrozando, poco a poco, el tesoro que nos legaron los abuelos; y con él, el alma de la raza.

El Adelanto (22-09-1911)

Astorga y León

Hora y media en Astorga[93]

Tarde lluviosa y fría. Soldados que marchan a Melilla. La llanura que comienza a iniciarse con timidez, entre álamos, fresnos y tísicos arbolucos. Astorga, la vieja ciudad leonesa, se extiende en un alto, diseminada y pintoresca, luciendo sus torres airosamente, a la derecha, la catedral. Por una cuesta, entre filas de maragatos que acaban de dejar el tren, con la torre de la catedral por meta, visito el pueblo. En una plaza ancha y castellana –la de Santocildes– un piano casero preludia el Ave María de Gounod; una vocecita dulce susurra la plegaria temblorosamente. El reloj del Consistorio deja caer lentamente siete campanadas.

Óyense voces de chiquillos que corretean y juegan. En la plaza, portales castellanos, casucas enjalbegadas[94] de un solo piso, muchachotas espléndidas y sanas. Anochece. Peregrino por la ciudad a la ventura, atisbando rostros desconocidos, callejas estrechas donde suenan mis pasos en el silencio, iglesias pobres, alguna casona destartalada de rancio solar. En una plaza, un monumento: adivino un león que sujeta entre sus garras un pajarraco, que debe ser un águila. Y un edificio gótico, de agudas flechas que negrean al perfilarse, esconde la perspectiva de la catedral. ¿Estoy en Nuremberg, en Maguncia, en Colonia, en Múnich? No; es un edificio novato, pretensioso, descentrado, que profana la sequedad, la severa sencillez de estos pueblos castellanos.

No puedo ver la catedral. Me conformo con pasear por aquellos aledaños, descubriendo la mansión episcopal y una ermita que se levanta a la vera de la Basílica. Luego, en un café, al pedir un chocolate, el camarero me mira asustado. Tarda una hora, y torno a la estación. Una hermosa muchacha despide a su novio, un mozalvón que va para Melilla. Llora la dama; el galán promete traerse todas las cabezas del Riff, y un collar de orejas de moras para su morena. La luna se oculta entre las nubes. Y yo pienso que debiera refrenar mis ansias, viviendo toda la vida en estos pueblos tan quietos, tan melancólicos, tan tristes, paseando por estas carreteras polvorientas y rectas, con el espíritu adormilado, compartiendo la existencia con una pobre mujer que tuviera la virtud del ahorro. Se forma el tren, tiembla el herraje sobre los raíles, y yo siento tristeza y frío sueño.

León. La catedral [95]

Atravieso la calle de Fernando Merino –cómo ha de llamarse la calle mayor de León– para visitar la catedral.

Son las ocho de la mañana. Unas lindas devotas de mantilla me indican el sendero; unos golfillos me persiguen con billetes de la lotería; el inevitable organillo, con el chulo inevitable, preludia el vals de los besos de El Conde de Luxemburgo.

Sigo toda la calle. A la izquierda asoma una plazoleta de rancio sabor castellano. Y descubro la catedral empotrada entre zaquizamís miserables. Una exclamación de gozo sale de mi pecho;

[93] Previamente, en *El Adelanto* de fecha 23-09-1911, y bajo el título de «Astorga», se publicó, con ligeras variaciones, el pasaje que en este artículo Sánchez Rojas dedica a esta ciudad leonesa.

[94] En *El Adelanto* como venía siendo habitual dice "enjabelgadas"

[95] Semblanza publicada anteriormente en *El Adelanto* (21-09-1911) con el título «La catedral de León».

adivino de pronto, abarcando una perspectiva casi total, que me hallo en presencia de una maravilla. Aquel poema del arte ojival cristiano va entrando lentamente en mi espíritu, llenándolo de dulzura, de alegría, de anhelos que no quiebran, antes bien, aumentan y se intensifican con el tañido de una campana, que hiende los aires con gravedad.

¿A qué definiros artísticamente el monumento, amigos míos? ¿A qué hablaros de flancos, de arbotantes, de nervios, de cruceros, de naves, de columnas, de capiteles, de ventanales, de estos estupendos ventanales de la catedral de León?

Es gracia y elegancia todo el edificio. Severidad y donaire. Belleza y esbeltez. Lo construyeron poetas con espíritu de ángeles, que vivían en el cielo desligados de los afanes de la tierra.

Es la catedral una plegaria que se eleva a las alturas, graciosamente soberana, henchida de paz, de abandono y de candor. No anida la austeridad bajo sus bóvedas; no hay pesadez en sus columnas que parecen nervios; no dan sus muros sensación de solidez. A mí me parece, dentro de la catedral hermosa, que me elevo con ella al cielo; que la policromía de sus cristales son la irradiación de lo infinito; que sus paredes se abren, esfumándose, ansiosas de abrazar las nubes y de confundirse con ellas.

Y en la catedral crece el hechizo. Aquello está fabricado para cantar las excelencias de David, para entonar el cantar de los cantares del Rey sabio y enamorado, para estallar en cantos de amor de mozo intemperante y generoso.

Yo no sé, pero tengo para mí que son polífonas aquellas piedras, que aquel recinto es una caja de música, que viejas estatuas de reyes olvidados, ingenuos rostros de vírgenes graciosas, adustas fisonomías de barbas apostólicas, lindas tallas del coro, polícromas maravillas de los cristales, todo el mundo viviente del templo, toman parte en el coro sagrado de aquel poema digno de Dios

Me recojo un momento dentro de mí mismo. Contemplo el sepulcro del Rey Ordoño. Atravieso el coro. En un altar oficia un sacerdote. Los devotos rezan, arrodillados. El monago repica una esquila; el sacerdote murmura *¡Sanctus, sanctus, sanctus!* Y yo siento un escalofrío; las palabras del ritual vivifican su contenido en este alcázar divino; las alabanzas al Dios, tres veces santo, no hallan su eco sino aquí. Porque en esta catedral, dulce como la niebla del valle, ensoñadora como mocica que rumia su primer amor, bella, mil veces bella, amigos míos, aprendemos cuán falaz es el aserto de que el cristianismo está reñido con la vida; soñamos con santos alegres, henchidos de contento íntimo, y sentimos que tornan, con sentido nuevo, del corazón a los labios, los primeros balbuceos de la oración sincera, de la plegaria santa, manantial de consuelo.

Hay catedrales que parecen fortalezas. Son duras, austeras, secas, como el corazón de los guerreros adustos que las levantaron. Otras son petulantes. Esotras pobres. Pero esta, no. Esta es digna del cielo que la cubre, del Dios al que adora, de la idea que la inspira. Es tan graciosa, sutil y delicada, como el sueño de una moza cándida. Es todo un sueño la catedral de León. Sus piedras, como si fueran seres vivos, rezan, cantan, brincan, saltan por ascender al cielo. Y yo os digo, en verdad, que son el cielo mismo.

Hoy he recordado mis grandes emociones: los Alpes, Florencia, las Catacumbas, el Vesubio, Toledo, Mantua... Y hubiera dado la mitad de mi vida para bendecir al Dios que me ha dejado contemplar este asombro, si lo hubiera contemplado en compañía de una mujer amada, cuyo espíritu hubiera vibrado al unísono del mío.

Machaquito. San Marcos.

Quiero ver San Marcos, destierro, como todos saben, del señor de la Torre de Juan Abad, de Don Francisco de Quevedo, residencia de la orden de Santiago en el reino de León. Forma un gran cuadro la fachada de San Marcos. Hay en el extremo derecho de la fachada un estupendo arco, de medio punto, que introduce al patio. Hay nichos pintorescos en la fachada, Hilos de conchas matizan las enjutas del arco exterior. En el fondo del pórtico asoma la portada del templo, muy rica y peregrina. Llamo; nadie me atiende. Insisto; quiero ver el museo. Un cabo andaluz aparece al fin.

–*¡Por aquí, zeño!*

Sigo al cabo:

–*Úté quié ver el cuarté ¿verdá? tenemo lo mejore zementale. Hay un cabayo, Machaquito, que vale un imperio.*

Me dejo llevar, me dejo querer. El palacio de la orden de Santiago es un cuartel de caballería. En el patio plateresco está el cuarto de banderas. Hay estatuas rotas, descabezadas, en el patio. Rotos aparecen también los cristales de la iglesia. El cabo me lleva a las cuadras, magníficas, de la remonta. Caballos normandos, cuadrados, pesadotes; caballos andaluces, esbeltos; corceles

árabes, de testuz como martillo, alborotados, ágiles, nerviosos. El cabo, mi *cicerone*, me dice el valor de aquellas joyas. Y me invita a sobar los lomos de *Machaquito*:

– *Una perla, zeñó, una perla.*

No veo el museo arqueológico; está cerrado. En la iglesia contemplo un instante un magnífico retablo de piedra, representando la Natividad del Niño Jesús. Las salas del edificio están muy abandonadas. Apenas se mantiene el artesonado de la sala prioral. Saco una impresión de abatimiento y de tristeza.

El cabo me cuenta de la vida del cuartel. En el cuartel se goza, se vive:

–*¡E la mejor vida, créame uté!*

San Isidoro. El panteón.

San Isidoro es otra perla de León, su perla bizantina, aunque hay en la iglesia vestigios de otras fábricas y huellas de otros estilos. Las ventanas de las naves baja y principal llevan, en sus jambas, columnas de distintos capiteles; cornisas análogas ciñen, en casi toda su extensión, el exterior de la iglesia. Todavía puede verse, después de distintas reformas, un ábside lateral, bizantino, de no muy grandes dimensiones, pero el principal fue sustituido por una capilla cuadrada, gótica, reforzada de contrafuertes y coronada de un antepecho calado de crestería.

Son tres las naves del templo, sobrias, severas, desnudas. Parecen árabes, por sus curvas, los arcos de la iglesia. Cada cuatro columnas forman un pilar, asentado sobre zócalos, redondos unos, cortados otros.

Debajo de la iglesia, el Panteón de los Reyes. Nada más sugestivo y evocador. Está formado de seis bóvedas bajas, obscuras, sombrías, que descansan sobre dos columnas aisladas.

La invasión francesa profanó aquel panteón de los monarcas del viejo Reino. Pocos túmulos reales, de treinta que había, dejaron los franceses. Rompióse la urna de mármol blanco de la infanta Doña Urraca de Zamora, los panteones de Bermudo II y de Doña Elvira, el nicho de la mora Zaida.

Desmantelado, roto, profanado por la barbarie, está hoy el panteón de San Isidoro. En él parece dormir el silencio de la historia. Adivínase la majestad, la adustez, la fe sombría y brava de aquellos monarcas guerreros, de aquellas infantas varoniles, de aquellas princesas pretéritas, venidas de Franconia, para evitar en cortesanos entronques sangre de batallas.

Y el silencio, la poesía, el hechizo misterioso, inefable, evocador, de las gestas leonesas, duerme para siempre en aquel Panteón. La leyenda del Conde Don García, asesinado por los Velas, resbala por el espíritu mansamente, y nos parece percibir, cerca del nicho vacío de Doña Urraca, la voz traidora de Bellido Dolfos, el gesto del Cid defendiendo a su Rey, los campos zamoranos de Valorio teñidos de sangre generosa...

Mundial Magazine (Julio 1913)
El Adelanto (23-09-1911)
El Adelanto (21-09-1911)

En un lugar leonés[96]

Estoy pasando estos días del mes de Agosto en un pueblecito o lugar de las montañas de León, que apenas tiene relación alguna con el mundo exterior que le rodea. Este lugarcete, a muy cerca de dos mil metros sobre el nivel del mar, está suspendido sobre los montes y encima de las nubes y separado de las aldeas circunvecinas por un atajo de hoz que le hace casi de todo punto inaccesible para los que no tengan la agilidad de las cabras o de los rebecos. Rara vez deja ver sus rayos el padre Sol por estas latitudes; lo frecuente es ver envuelto al pueblecito en una densa y tupida niebla azul, que se trueca en gris y parda durante el anochecer. Y el silencio se rompe a todas horas por el tintineo de las esquilas de las vacas que van a los campos o regresan de ellos y por el tañido de la campana de la iglesia, que recuerda a todas horas a los vecinos sus deberes para con el Concejo y la comunidad.

Porque no hay Ayuntamiento en el lugar de Millaró de Rodiezmo, sino Concejo, Concejo abierto a la vieja usanza leonesa, que suele celebrarse cuando no hay labores apremiantes, en la

[96] En *El Luchador* se tituló «Temas de Vacaciones», mientras que en *La Voz de Guipúzcoa* se publicó bajo el epígrafe: «Temas de Vacación».

escuela si llueve, o en cualquier «campa» soleada y aireada si luce el sol o simplemente si la niebla no aprieta demasiado.

En estos concejos pesa más el parecer de las hembras que el de los varones, menores en calidad y hasta en peso. Casi todas las deliberaciones se refieren al aprovechamiento de los prados y a la aportación personal de las distintas cargas concejiles: arreglo de la hoz, de los pasos y servidumbres. Después de las misas domingueras, suele abrirse el Concejo, previo tañido de la campana; dirígelo el presidente de la junta vecinal, con dos vecinos más, vocales, que forma tribunal a su lado. Y los lugareños todos, sin distinción de edad ni de sexo, aportan al Concejo su experiencia personal, que es oída y valorada en todas sus facetas.

El Concejo con sus incidencias, y los prados, y, ante todo y sobre todo, las vacas: he aquí las preocupaciones típicas y exclusivas de mi lugar. Sobre todo las vacas. Las vacas dan de comer al vecindario y son el único medio de vida de sus moradores. De ellas extraen la manteca que se vende a buen precio en los mercados de Asturias. De ellas, de las vacas, sale purísima y tibia, la leche que les nutre; y los «jetos» que se venden por centenar y medio de pesetas apenas se les separa de la teta maternal, son otra de las rentas anuales de las vacas. Apenas si vale más de cinco duros el pasto de estos animalitos. Con los prados del lugar pueden sostenerse algo más de cien vacas. El valor de ellas oscila en estos mercados, de quinientas a seiscientas pesetas cabeza. Y como pueden figurarse que dan cuadruplicado su valor al cabo del año, el negocio resulta sencillamente enorme para el rústico, que vive de su vaca y para ella, guardándola ternuras y celos, y cuidados, de los que se guarda muy bien de prodigar en el comercio con sus semejantes.

Estos montañeses de León, ladinos, herméticos, de tantas vueltas, recovecos y zig-zag en su carácter como en sus hoces de serranía, son en realidad, un pueblo nómada, que solamente se asienta en el lugar durante los meses de calor. Con el otoño, estos lugareños marchan a las Extremaduras de las que vuelven por los calores de San Pedro. Solamente las mujeres invernan en Millaró. Durante el invierno, la nieve suspende toda vida de relación. Las vacas, encerradas en las «tenas», consumen las forcadas que han ido almacenándose en los establos y pesebres, quedando así asegurada la producción de la manteca.

Y es curioso el escepticismo de estos ganaderos trashumantes y su despego por todo lo que supone riqueza y bienestar. Son españoles porque han nacido en España, pero bien puede asegurarse que hasta ellos no llega ni la migaja más insignificante del Erario público. A fuerza de paciencia, de dinero y de trabajo ellos han abierto el único sendero que comunica con Villanueva, un lugarejo que hay entre Busdongo y Villamanín, a la vera de la carretera de Adanero a Gijón. Ellos, sin acudir al Estado, han levantado la escuela pública. Ellos, sin molestar al ordinario, consiguen que se sostenga en pie la rústica ermitilla del lugar. Y que no se les hable de nada que no sean pastos, ni vacas, ni leche, ni manteca. No comprenden, ni sienten, ni viven más que para su Concejo y para su lugar.

En estas montañas de León, de donde como sabéis, era oriundo aquel famoso cautivo de Argel, que Cervantes hace caminar por los mesones y ventorros de la Mancha, en compañía de aquella hermosísima Zoraida, enamorada de Lela Marien, la Virgen de los nazarenos y de los cristianos, en estas montañas de León, ni suena el pito del tren, ni alarma de bocina del automóvil, ni nos perturba la digestión la lectura de una nota oficiosa. Con el Concejo abierto como en el siglo XIII, como en plena Edad Media, toda la vida es enteramente medioeval. ¡Gracias, tal vez, a las vacas!

El Pueblo (09-08-1927)
El Luchador (08-08-1927)
La Voz de Guipúzcoa **(**07-08-1927)

Visita a León desde Oviedo

De la capital del Principado a la del viejo Reino de León, cuatro horas de ferrocarril. Pocas sorpresas en el camino, o la sorpresa única de la transición lenta, gradual, de la sierra al llano. Mieres, y Pola de Lena, y el Puerto de Pajares, y La Robla, que comunica las tierras leonesas con las vizcaínas. Nieve en las cumbres, paisajes bravos, quintanas y alquerías perdidas en los valles. A cualquiera se le ocurre pensar que Asturias es la cuna de las Castillas. La nacionalidad se forma de Norte a Sur. Visigodos y godos fijan su corte en Cangas de Onís o en Oviedo, en León o en Sahagún, nunca más abajo. Los Concejos de Villamanín y de Cármenes sirven de frontera natural

a las Asturias. Siguen los pueblos ganaderos, y el hablar musical y cantarino, y las vaquiñas rojas y los cantares melancólicos y lentos. Santibáñez. Y las torres de León.

Aprovecha, escolar, para esta excursión, un sábado por la tarde. Sales de Oviedo minutos después de las cuatro, y al anochecer ya puedes estar sentado en la calle de Fernando Merino, a la puerta de un bar o de un café; conviene conocer, de noche, los pueblos viejos para saborearlos mejor de día. Pasea por León de noche. Hay un pueblo flamante y nuevo junto al vetusto y tradicional. La calle de Merino, la plaza catedralicia con el palacio del Obispo, los porches de San Marcelo, nada tienen que ver con las edificaciones de la nueva urbe, hecha al calor de las minas de Villabrines y de las explotaciones de la Robla y de Santa Lucía.

Al día siguiente levántate temprano. Este prodigio de piedra que se llama la Catedral te ocupará toda la mañana. Tendrás que dejar la visita a San Isidoro y a San Marcos para otra ocasión. Poca gente en la calle. Verás lucir geráneos y claveles en la casa de los Guzmanes. Y frente a la ventana de tu hotel, sobre los tejadillos, atraerán tu mirada las agujas cresteras de las dos torres, altas y desiguales, de la Basílica.

Ya estás en la plazuela, ante el precioso pórtico. Las arcadas apoyan su ojiva sobre pilares aislados y redondos. Las estatuas y peanas y doseletes se agrupan, llenos de gracia, bajo el pórtico. Santa María la Blanca, coronada, con su Niño Jesús en el brazo izquierdo, sonríe presidiendo su corte peregrina de apóstoles barbudos, profetas pesimistas, reyes vanidosos y santos humildes, desde su trono de columnas góticas. El adusto ceño de estas estatuas, la expresión, la fisonomía, el vestido, contrastan grandemente con la alegría de la plaza, soleada por un sol de fuego que da a las cosas transparencia de cristal.

Antes de penetrar en la iglesia detente en el testero. Las figuras de este Juicio Final, tallado en piedra, llenarán tu espíritu de emoción inefable. He aquí al Supremo Juez, con su diadema en la cabeza, airado, ceñudo, adusto, con los brazos extendidos, enseñando las llagas de su Pasión en el Calvario, a los protervos y pecadores; he aquí a los Ángeles que le custodian, y a Santa María, y al Discípulo amado, pidiendo al buen Jesús que deponga su ceño y perdone a los mortales que pecaron. Y debajo, ángeles y arcángeles, serafines y vírgenes del yermo, y obispos doctorales, escuchan la sentencia, mientras a la izquierda, espantables demonios arrojan a los condenados en calderas hirvientes. En ellos los tragan y vomitan monstruos horrorosos de muy difícil clasificación zoológica.

Ya estás en el templo, escolar. La luz mañanera entra de lleno en las naves a través de la policromía de las cristaleras. Muy pronto pierdes en la Basílica toda noción de gravedad. Los delgados y esbeltos pilares, las columnas adosadas, los nervios delicados, los rosetones de piedra, parece que se desprenden de la tierra, que no están sustentados en ella, que son de humo, que son de fuego y que ascienden hacia lo infinito, como asciende una Hostia en las manos de un sacerdote en el momento del sacrificio. El órgano llora las tristezas de David zumbando roncamente lamentaciones milenarias, mientras la iglesia, globo de cristal, sube con nosotros a los cielos, depurándonos de toda suerte de escorias terrenales.

Meditamos en esta Catedral de León. Nuestra plegaria, envuelta en el perfume de la emoción, nos lleva a un paraíso de luz y de cristal, donde las cosas no proyectan su penumbra, donde las Vírgenes del Señor nos cogen de la diestra para enseñarnos un camino nuevo. No tiene paredes, no tiene muros, no tiene cimientos la Catedral de León. La piedra en ella no es fruto ni flor. No es piedra. Es anhelo, gloria, ansia de eternidad y de vida.

Y ya no ves, estudiante amigo, ni puedes definir tus impresiones; ya no sabes percibir la elegancia, la esbeltez, la gallardía de sus tres naves caladas, de su bóveda arrogante y desafiadora, de la preciosa galería de su triforio. La línea de las ventanas bajas, coronadas por un antepecho plateresco, es, en estos instantes, una raya cegadora, donde el haz de rayos solares se descompone en vetas rojas, amarillas, añiles, azules, verdes, que encincha la iglesia de cristal, iluminándola, alumbrándola, quemándola, como si el Padre Sol no hubiera venido a la tierra a otra cosa que a besar ardorosamente a su hija predilecta, que extiende, por los hombros de su fachada, ahí fuera, sus cabellos dorados y esplendorosos.

Sentémonos en un banco, gozando de la frescura de la hora y de la grata disposición que presta al ánimo la fragancia del momento. Un clérigo dice misa en uno de los altarcitos laterales. Los canónigos siguen lanzando al aire sus notas, guturales y largas. Una anciana lee en un devocionario atentamente. Unos ingleses, precedidos de un cicerone, curiosean el trascoro de la Basílica.

Sigue diciendo su misa el sacerdote. ¡*Orate, fratres...!* Esta misa, con esta paz, con esta transparencia, con esta luz, es de un hechizo inefable. El sacerdote, contagiado de la hermosura del lugar, da al rito una solemnidad austera y conmovedora. Aquí parece la liturgia hermana de la fe.

Apenas tiene oyentes el sacerdote. La iglesia, a medida que avanza la mañana, va ganando luz, y las naves se encienden en una hoguera que enhechiza los sentidos.

¡Ay! Si no fueras estudiante, amigo, en esta Catedral de León reviviría tu espíritu esta mañana alegrías pasadas, amarguras pretéritas, y ante el sacerdote que pide en este momento misericordia al Cordero inmaculado que borre los pecados de los hombres, te desposarías para siempre, solemnemente, con la fe. Con la fe en algo, con el entusiasmo, con el brío, con la mocedad, con la confianza en una persona, en una cosa. Triste es que tengamos que refugiarnos como Teresa en nuestro castillo interior contra las asechanzas de fuera. Triste cosa es que tengamos que vivir con los ventanales del espíritu herméticamente cerrados a todo linaje de confidencias. La Catedral de León baña el espíritu en aguas frescas de optimismo y de fe.

Permanecemos no sé cuántas horas en la Catedral.

Dejamos para otro día los encantos románicos de San Isidoro, los primores plateresco s de San Marcos, prisión de Quevedo. El tren sale para Oviedo en las primeras horas de la tarde. De nuevo, la calle de Uría, la espiga graciosa de la Catedral, el celaje pardo de las nubes, los valles melancólicos. Pero estamos ambos contentos, tú, estudiante asturiano, y yo, tu amigo y camarada, resueltos a no sé qué, oyendo una voz interior que nos designa una misión: no sé cuál. Fuera, en la plazuela, bajo los portales fronteros a la fachada Norte, un organillo desgrana las notas de una canción picaresca. Pero tú y yo nos hemos saturado de pureza dentro de estas naves, como se saturó Jovellanos cuando amaba en esta ciudad a la hija de los marqueses de Villadangos, como se saturó Clarín, pocos días antes de su muerte, anheloso de ver el cielo en esta piedra que no tiene volumen, que no tiene gravedad.

Crónica (09-02-1930)

MADRID

La invasión de los bárbaros

No aludo al hecho histórico conocido con este nombre; quiero referirme a la necesidad de la conquista de la Corte de las Españas por un ejército de espíritus francos, de almas rebosantes de franqueza, de corazones no contaminantes todavía de los defectos de la civilización. Entristece el espectáculo de estas pandillas, con trazas y vestimenta de varones en lo aparente, con indecisiones femeninas en el carácter y en la voluntad. Nos ahogan las frases corteses e insinceras y las amistades de utilidad recíproca.

Nos prestamos favores, consejos, influencias, servicios y facultades. El desinterés es una vulgar virtud provinciana.

Vendemos el alma al diablo o a los santos de nuestra admiración ferviente, pero no se la entregamos sin préstamo al primero con un pecado, ni se la regalamos a los segundos con el ejercicio cotidiano de las virtudes más singulares. Madrid es una taquilla, una casa de huéspedes, un establecimiento de compra-venta mercantil; no es la casa propia, no es un templo, no es un confesonario.

Recontaba, no ha muchos días, con un amigo leal, espectáculos que la estancia en Madrid nos proporciona. Y mi amigo, contemplando el asunto desde el mismo punto de vista que yo, me respondió al instante:

– Una cosa no he visto todavía en Madrid.

– ¿Y es? –le pregunté.

– Llorar, llorar. No he visto llorar a nadie todavía.

– Ni yo tampoco. Aquí no se llora. Tampoco he visto reír, lo que tú y yo entendemos por reír... eso de reírse sin reservas, en carcajada fresca, a mandíbula batiente.

En Madrid no se llora, ni se ríe. Hace falta corazón para lo primero; se necesita salud, robustez moral para lo segundo.

Dijérase que todos tienen el mismo rostro, y que el rostro está animado por una existencia apagada y moribunda. Muchas veces, cuando llevo impresiones que rumiar, recuerdos, esperanzas, ilusiones, estas muchedumbres que rellenan las calles con sus gritos, estas mujeres empolvadas y estos caballeros irreprochables, me dan la sensación de muertos que salen de sus tumbas; y paz de campo-santo se me antoja esta chillería estridente; y tengo para mí, finalmente, que yo,

yo solo, soy el único que tiene realidad, vida, tacto, en esta contradanza de figuras borrosas y pasajeras.

Hace falta una invasión de gentes que rían de verdad y que lloren de verdad también. Aquí los gustos parece que dependen de un resorte mecánico, que se lleva en el bolsillo y al que se le da cuerda en la hora solemne.

Y todas las horas son aquí solemnes.

El Castellano (24-01-1907)

Turba de bohemios

En el café hay un silencio casi sepulcral. Estudiantes, empleados, mamás y niñas cursis quieren escuchar religiosamente los aires elegantes y campesinos de «La Arlesiana», de Bizet. Lanza sus notas el piano y el violín nos dice dulcemente de amores primitivos, de campesinas cándidas, de murmullos de pájaros, de canciones de rondas, de algo sencillo y reposado que puede ser serenidad amorosa, reposo de aldea o fidelidad conyugal. No hemos estado nunca en Arlés, no hemos oído cantar a ningún hijo de la histórica ciudad francesa, pero recordamos que en Arlés, lo mismo que en las entrañas de nuestro terruño charro, hay emociones idénticas.

Y cuando el violín dice ternezas más hondas, y las niñas cursis recuerdan al aspirante de oficial quinto que les ha caído en la lotería del amor, y, cuando nosotros en fin, un poco escépticos, un poco burlones comenzamos a emocionarnos seriamente, una pandilla de tipos extraños y vistosos como cortesanas de mal gusto, invaden el café, toman asiento en las mesas próximas, demandan el servicio del camarero que dormita, insensible a los halagos de la música, dicen blasfemias, melosidades, frases de una terrible perversión sexual...

Les miramos con la hostilidad con que acoge el novio al amigo importuno que le detiene en el momento de la cita, con el enfado con que se contesta a una criada que nos lleva el chocolate cuando soñamos con escenas de felicidad. La hostilidad, el enojo, el asco invencible se pinta en el rostro de las muchachitas cursis, de las mamás benévolas, de los buenos empleados, de los estudiantes alegres y decidores. Protestamos todos los cursis, todos los que creemos firmemente en un orden moral, de la invasión de los bohemios. Y los bohemios, que parecen haber aplicado a sus caras las brochas de sus pinceles, estrafalarios, con corbatas largas, con melenas bravías, con indumentaria de hembra y de macho a la vez, sin notar la antipatía que les envuelve, hacen del agradable café madrileño una sucursal de la taberna de los *truhands* o de aquellas tertulias parisinas donde los Poetas y los Dioses de la Poesía –todo con letra mayúscula, señores cajistas– exhiben sus amigas tuberculosas, sifilíticas, mozas repugnantes y procaces.

Preguntamos. Son pintores. Y suenan nombres famosos de muchachos audaces y rebeldes a la vieja técnica pictórica. «El de las melenas, aquel, es Fulano. Este otro que parece avergonzado de las demasías de sus compañeros, es el notable dibujante Zutano. Y aquel que se tambalea, beodo, en ese diván de enfrente –usted le admira con pasión– es Fulanito, aquel del cuadro que usted ha ido a ver muchas tardes al Museo Moderno. Ya sabe usted, el de la medalla de oro».

Indago, pregunto, mi amigo se presta a mi curiosidad enorme. Estoy espantado. ¡Por decencia, por decoro nacional, todos los que queremos a la madre, a la hermana, a la esposa, tenemos que matar a tiro limpio a esta turba innoble de canallas! Ellos, olímpicos, petulantes, desafiadores, habían de... Pluma, no sigas.

– ¿Quiere usted conocerlos, quiere usted que le presente? –me dice, con cinismo cruel, el amigo conocedor de la Corte.

– Gracias, amigo. Soy curioso, pero no tanto. Al de la medalla tornaré a verle, a sus cuadros, no a él, y temo que esos lienzos me disgusten. ¡Vaya, tengo sueño, amigo mío! ¡Que usted se divierta! ¡Buenas noches!

El Castellano (27-02-1907)

Doña Mariquita

El establecimiento de doña Mariquita está algo maleado. El público..., el público, amigos míos, no es aquel público de antaño, en que podíamos llevar a nuestras novias a saborear el so-

conusco a la salida de alguna inocente y candorosa piececita de Lara. El público que yo he visto hogaño estaba compuesto de senadores mauristas, tan verdes como mauristas, y de bailarinas contratadas y por contratar.

Y había sombreros de copa relucientes y sombreritos Napoleón, y los *petits chapeaux*, como cestos boca abajo, del presente año de gracia. Y sonrisas por alquilar, y caritas con bermellón, polvos de arroz y ojeras pintadas; y abrigos de pieles que dan cierta elegancia a las distinguidas esquimales; y manguitos; y *boás* terriblemente grandes.

– Desde el 3 trabajaré en el Kursaal –dice a mi derecha una muchachuela delgada que enseña un cuello ni blanco ni redondo.

– ¡Buenas noches, Manolita! Estrenaré pronto –la dice un muchachuelo lacio que escupe cuando habla.

– ¿Lleva el garrotín? –interroga la odalisca.

–Sí, lleva el garrotín –contesta el futuro Arniches–. No pague usted, Manolita. Pagaré el gasto de la mesa.

– Muchas gracias, Paco –observa la indispensable señorita de compañía.

Y sale una criatura con un peinado fantástico, marco de una carita nacarada con profundos ojos negros y tristes. Yo la conozco; vosotros también. Es coupletista y se llama Conchita.

– Manolita –exclama, parándose en seco, frente a la compañera– me voy a Barcelona, al Edén. En el hotel, ya sabes, las dos habitaciones del 30. ¿Te reservan alguna?

– ¡Vamos, Manolita! –gruñe malhumorado el príncipe consorte, con los mostachos rojos a lo Kaiser.

– ¡Espera, chico! ¡Hablo con Manolita! –dice en tono humilde la pobre Concha.

Y despidiéndose iracunda, concluye:

– ¡Hala chica! ¡*Au revoir*!

El consorte, muy digno, atraviesa olímpicamente la salita, calzándose los guantes.

Penetran otras dos señoras. Una, cincuentona; la otra, de edad indefinida. Puede tener diez y ocho años, puede tener veintidós. Miro a la joven al concluir de hojear *El Radical* y corresponde con amplia generosidad a la mirada indiferente mía.

Me sumerjo de nuevo en las metafísicas lerrouxistas.

Una francesita – ¡*pardon, monsieur*! – me dice que la deje sentar a mi lado. Pocos momentos después, en franca intimidad con un respetable varón, habla del *p'tit cadeau*, en puro acento parisién.

El camarero me cobra muy serio una peseta diez por el chocolate y la leche. Incluye, por lo visto, los encantos de la parroquia.

Salgo. Manolita dialoga con el joven autor. La francesita se repone y me dice con el más dulce de sus registros:

–¡*Au revoir mon cher*¡

Salgo. Pienso en el abdomen de Alejandro Lerroux. Y luego, por asociación de ideas, en el perfil de Lina Cavalieri.

El Adelanto (05-01-1911)

El pueblo de Madrid

Del pueblo de Madrid nos habló Jacinto Benavente en la fiesta consagrada a la memoria de don Ricardo de la Vega[97]. Decir que habló Benavente nos ahorra el trabajo de ponderar la gracia, la hondura, el aticismo, la sal y la pimienta de su trabajo. Habló del pueblo para consagrarle. "El pueblo que es pueblo, no hato de canallas", advirtió.

Arremetió a los literatos de la exquisitez y del buen gustó. Arremeter está mal; tratándose de un gato, y será mejor decir que arañó. Pueblo fueron Cervantes, Moliere, Shakespeare, Lope de Vega, Dante, Leonardo de Vinci, Velázquez, todos. El arte que no enraíce en el pueblo, morirá de clorosis.

De Madrid, de su pueblo, nos dijo mil cosas agudas el gato por excelencia. Sospecha que es monárquico el pueblo de Madrid. Se enorgullece de ser corte. Le divierten las galas de la realeza;

[97] Ricardo de la Vega (1839 - 1910). Dramaturgo español, hijo del escritor argentino Ventura de la Vega, autor del libreto de la zarzuela *La verbena de la Paloma*, a la que pondría música el salmantino Tomás Bretón.

admira la sangre de los caballos de palacio; sabe de memoria el nombre de las carrozas, pero se burla –dijo Benavente– de los personajillos que van dentro.

Madrid, añadió el gran poeta, colectivamente, tiene el alma femenina. Como las mujeres son las muchedumbres: admiran a los que aman. Madrid quiere a sus poetas, sabios, militares, siempre que tengan buena pata. La mala pata no la perdona nunca el pueblo este, ingenuo y bueno, que ama el amor y el sol.

Y siguió analizando el tremendo cronista a su pueblo. Es el primer madrileño que lo estudia. Goya pintó Madrid, y Goya era aragonés. A la literatura llevó luego el trazo goyesco Mesonero Romanos, y Mesonero Romanos era salmantino. Benavente, madrileño, sabe de Madrid porque en él ha luchado, cantado, reído. Es su poeta y su favorito. ¡Con qué entusiasmo le aplaudían las mujeres! Es que el arte de Benavente es también, popular, y porque lo es, será eterno.

El Adelanto (27-02-1911)

Jueves Santo[98]

Soleado y alegre se nos presenta hogaño el Jueves Santo en Madrid. Sin el ruido de los carruajes, de los tranvías, de los autos, préstale su mayor encanto el elemento decorativo por excelencia: el mujerío. He recorrido esta mañana las iglesias del barrio de Salamanca. Son frívolas y francesas como sus devotas. Las imágenes, recién compradas, no saben el secreto de las gentes todavía; no han tenido tiempo de enterarse. Y he dejado el barrio aristocrático.

No me susurraban cosa alguna estas hileras de marquesitas que van a la iglesia porque es de buen tono, de tan buen tono como aplaudir la danza de Salomé, ante la cabeza ensangrentada del Bautista.

Por la tarde, he visto las iglesias del Madrid viejo, de la corte de los Felipes. He visitado primero mi parroquia, la de San Sebastián. El viejo *cimenterio* de la iglesia daba a la plaza del Ángel. Una noche el poeta Cadalso, poeta frío, pero hombre de pasiones violentas, quiso desenterrar a su amada, la cómica doña María Ibáñez. La ronda evitó tales desaguisado y profanación.

He cruzado luego por la calle de Atocha, frente al solar del viejo Ministerio de Fomento. Al lado se levantaba la capilla del Ave María. Es fama que en ella rezaban los frailes Trinitarios cuando marchaban a Argel a rescatar cautivos; en la capilla, pues, pidióse a la Virgen el rescate de Cervantes. He pasado por la plaza de Santa Cruz, sin detenerme en una iglesia de ladrillo, petulante, bruñida, sin alma. En la plaza Mayor he creído sentir, el plañido de los encapotados que presenciaban, allí mismo, las hogueras del Santo Oficio, cuando era rey de las Españas aquel idiota de Carlos II el Hechizado. Y he bajado por la famosa escalera, para dar un vistazo a la restauración del palacio del Cardenal Jiménez de Cisneros. Calles angostas, palacios viejos, plazoletas provincianas, forman este Madrid tan pintoresco, tan original, tan desconocido, de los Austrias. Y me he encontrado frente a la Nunciatura.

Entre calles tortuosas, en silencio, levántase el caserón del Nuncio, simbólicamente. No atrae; se esconde entre casucas pobres. Guardándole las espaldas el palacio del obispo, que ya tiene otro aspecto, algo burocrático. Otro símbolo. Luego, viendo a lo lejos el palacio de don Fernando y de doña Isabel, la magnífica cúpula de San Andrés, hecha con la tercera parte del oro que enviaban a la metrópoli los virreyes de Indias. En otra iglesia, escondida, solitaria, Su Santidad Clemente VII, en el siglo Juan de Médicis, me ha concedido cincuenta días de indulgencia por rezar un *Paternoster* por el alma del Gran Capitán o de su mujer, según reza una tablilla de bula que se esconde en el anteportal de la iglesia.

Finalmente, me he detenido ante la iglesia de San Pedro, la única iglesia mozárabe de este Madrid. Fue la iglesia de moda en los [siglos] XVI y XVII. Quevedo asistía a los oficios divinos de esta iglesia. En un romance, dice a las damas que, si pecan, se apresuren a ir a San Pedro para que el monago con el hisopo les saque los diablillos del cuerpo tentador.

Y lentamente he vuelto a Madrid, al mundo, a mí mismo. Aún he saludado las tapias emparradas del palacio del viejo príncipe de Anglona; aún he saboreado la perspectiva de varios palacetes de torrecilla y cruz; aún he contemplado la frente de Diana, la calle de los Mancebos, la del Granado, la de la Morería. Y este Madrid viejo, castizo, pintoresco, evocador, cortesano, me ha

[98] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido publicado el *La Vanguardia* (O.C. Tomo I, página 274).

indemnizado del frívolo de hogaño, tirado a cordel, limpio, bruñido, sin misterios, sin tradición, americano.

Y no me he recogido sin ver al viejo Cristo de Medinaceli, ante el que lloraron tantas generaciones de hidalgos, de aventureros, de mujercitas, de hampones, de capitanes y de poetas. El viejo Cristo, que sabe el dolor de la humanidad, ha sonreído ante mis querellas, que son cosa liviana y deleznable comparadas con las tragedias que él ha oído en tantos siglos, con el fragor de la fusilería que asesinaba a mansalva, cerca de él, el alma aventurera y ensoñadora de nuestra raza, que murió con la *francesada*. Por salvar un monarca ingrato, se suicidó un pueblo generoso.

El Adelanto (14-04-1911)

Al llegar

¡Este buen Madrid!... Este buen Madrid tiene algo de agradable, de dulce, de mimoso, que se cuela dentro del corazón y que no se olvida nunca; este buen Madrid, tan calumniado por los hombres hoscos, tan temido por los respetables padres de familia, es un buen pueblo que tiene todas las virtudes menos la de la constancia. Es agradable pero abúlico; es dulce pero inconstante; es mimoso pero araña a lo mejor como el gato más festejado. Es como esas novias con las que hemos paseado en el Retiro y que han dejado en nuestro espíritu una huella de eterna piedad. Es como esos organilleros que escupen fieros por el colmillo y guardan luego sus arrumacos para las chulas de sus achares. Es como nosotros, los eternos ensoñadores, que vamos dando tumbos por la realidad, despreciando siempre el gesto agorero y pesimista de los hombres cautos.

Se habla de la cautela madrileña por los psicólogos de cabeza de partido; nada más lejos de la verdad. Pocos pueblos más inocentes y candorosos; su alegría tiene mucho de infantil. Es un poco burlón, como los niños, el pueblo de Madrid, pero su burla no es ese miserable gesto de impotencia pueblerina. Necesita un ídolo, Canalejas o la Fornarina, Vicente Pastor o Paquita Escribano, y lo tiene sobre un pedestal, a condición de que el ídolo le mime compenetrándose con él. Pocos hombres más populares que Jacinto Benavente, y es que el madrileño adivina por instinto que el genial dramaturgo es de la casa. Y pocas mujeres más admiradas que la Fornarina, madrileña de raza aunque se criara en Galicia, porque el madrileño, que es tan listo por lo menos como un diputado provincial, adivina en la muchacha primorosa y traviesa el gesto altanero de la raza, la gracia castiza de sus manolas y ese admirable poder de adaptación que hace de la madrileña una mujer cosmopolita. Madrid lo tolera todo, menos "la mala pata". ¡Ah, la mala pata, no! ¡Este pueblo no levantará estatuas conmemorando los discursos de Rodríguez San Pedro[99], las medidas gubernativas de Cierva y los artículos de Morote[100]! Es así. Le gusta el sabio cuando se humaniza. Se burla de la mujer cuando "se echa moños"[101]. Aplaude a un torero cuando se juega la vida cara a cara. Compadece al pobre Larra porque el hombre amaba de todas veras.

Madrid, este niño grande, sonríe con sus teatros abiertos, echa piropos a sus mujeres, hace comentarios para la próxima y movida corrida parlamentaria. Y quiera Dios que este humilde cronista sepa cantaros las delicias de un pueblo que no come por ir a los toros, es cierto, pero que deja de comer también para partir su plato con el vecino. En verdad os digo que el buen Madrid no es egoísta como los pueblos de tierra adentro. Y tiene más golfos que usureros, lo cual es preferible a tener más usureros que golfos, como los pueblos del llano.

El Adelanto (27-11-1911)

...Y canta un mirlo

Aranjuez. Tarde fresca y despejada. Los jardines inmensos, el agua que corre rumorosa, la grata selva, los pórticos del palacio, largos, interminables, simétricos, nos dan la sensación de seguir

[99] Faustino Rodríguez-San Pedro Díaz-Argüelles (1833 – 1925). Abogado y político español, ministro de Hacienda, ministro de Estado y ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes durante el reinado de Alfonso XIII.

[100] Seguramente se refiera al periodista valenciano Luis Morote (1862-1913).

[101] Echarse o ponerse moños: Atribuirse méritos que no se tienen.

una *sartina*[102], allá, bajo los soportales de la Madonna de San Lucas, en Bolonia. Pero estamos en España. Evocamos la sombra del buen Godoy, plebeyo rollizo, y de María Luisa, sabedora de todas suertes de amor, y de Carlos III, pacífico y complaciente, amigo de madrugar, y de los perros, y de los escopeteros, y de los montaraces.

…Y canta un mirlo en un árbol corpulento, secular. Siguen cantando los surtidores en las fuentes. La tierra mollar está fresca y empapada en agua de riego. Alguna parejita amorosa, oculta en los anchos sillones de piedra, que llevan galanamente los escudos reales en el repecho, se arrulla como los pájaros. Un brazo del ancho Tajo, que penetra por los bellos jardines, nos da una sensación de paz. El batelero conduce a las gentes a la otra orilla. El sol parece una naranja; se oculta, dormilón, entre unos nubarrones anillados de rojo. Unas muchachas pizpiretas ríen en el silencio. Desembarcan; hendimos nosotros las aguas del canal. Un servidor de la real casa, atento, cucharón, narra historias viejas. Sonreímos.

– Aquí tienen ustedes –nos dice el hombre– la barca de recreo de doña María Cristina, la Reina gobernadora.

Yo, despacito, me acuerdo del señor Muñoz, el estanquero del Escorial, y del crepúsculo amoroso de la portuguesa amadora; que pintó Vicente López, y de sus brazos rollizos, y de sus labios rojos, sensuales, de la apetitosa escultura de la cuarentona.

¡Aquel bote dice en silencio tantas cosas!

Tornamos a la orilla primitiva de nuevo. Y surge en mi recuerdo una figurita de nácar, pequeña, alegre, reidora: de la gran farandulera Pepita Tudó. Y torno a sonreír. Y pienso escribir un día que la vida me sea plácida, un tríptico Godoy, María Luisa, Pepita...

¡Aranjuez! Es el Versalles español. Ni madame Pompadour luce sus bucles rubios, ni madame Du Barry las hebillas de plata de sus zapatos rojos. Es un Versalles de estanqueros, de cómicos y de extremeños gruesos...

El Adelanto (31-05-1912)

Alcalá[103]

Y la llanura comienza a tapizarse de verde. Y asoma luego, en pleno verdor, la dulce vega del Henares. Una torre, la de la Magistral de la vieja ciudad universitaria; perfila, enhiesta, su aguja en el azul del firmamento. No conocemos Alcalá; tenemos el presentimiento de que ha de ser un pueblo rugoso, mal cuidado, sucio, como Talavera, como Illescas. Bajamos en la estación. El andén está repleto de forasteros, de madrileños que dominguean fuera de la corte. Saludamos a unas señoritas conocidas, a unos amigos, a otros... Parece que estamos en Madrid.

A pie, descubrimos solos la ciudad. Casas de un solo piso, cuidadas, limpias; calles anchas, rectas, tiradas a cordel. Un ridículo hotel mudéjar con un torreón panzudo. Nuevas calles anchas, limpias, flamantes. Una grata sensación de limpieza, de orden, de aseo. Pensamos en Cervantes y no nos perdonamos que este paraje no nos sea familiar, como le son a los ingleses familiares los pasos de Shakespeare, como le son familiares a los italianos las andanzas del Dante Alighieri. Y esta Alcalá ¡que está tan poblada de recuerdos!

Llegamos a una calle larga, llena de soportales, típicamente castellana. Al doblar la esquina, topamos con la plaza del pueblo. Estamos orientados ya. Pocos momentos más agradables que estos en que descubrimos solos, sin guías, una noble ciudad desconocida; son comparables únicamente a esos otros en que vamos descubriendo poco a poco, en el abandono de una charla íntima, en el recodo de un párrafo endiablado de una carta larga, el carácter de una mujer que, desde el principio, nos agrada y nos interesa. Es el momento de las interrogaciones, de las vacilaciones gratas, de los paréntesis que se abren para no cerrarse acaso nunca.

Primero las calles; luego una tapia donde se oculta un jardín; más adelante, una hermosa muchacha fresca; luego estos interiores de iglesia tan sedantes, tan íntimos, donde el corazón no sabe ser extraño. Y para remate de fiesta, el timbre de una campana que no hemos oído nunca y que acaso no tornaremos a escuchar jamás.

En ese timbre de la campana, en esa moza robusta que pasa, en esa tapia del jardín, en esa iglesia donde las devotas oyen misa, está el encanto, el misterio que buscamos, el alma del pue-

[102] Modistilla italiana.

[103] Existe otro artículo con este mismo título, y distinto contenido, publicado en *La Libertad* (O.C. Tomo V, página 131).

blo, algo indefinible, inefable, que se siente y no se expresa, que se apodera vivamente de nuestro espíritu de artistas, el carácter, la nota diferencial, lo que separa las cosas semejantes y lo que iguala y asemeja las tonalidades más extrañas...

Pocos pueblos más evocadores, más llenos, más repletos de cosas pasadas que Alcalá. Esa sola gloria de "cuna de Miguel de Cervantes" es tan pura, tan grande, tan legítimamente española, que nosotros un poco escamados de los prestigios locales, vamos a contemplar un momento la pila del más grande ingenio castellano. La iglesia es grande; está, a lo que presumo, mal restaurada; los cuadros son anodinos, vulgares, de escaso valor... Un monago nos sirve de cicerone; tocamos con veneración la pila.

No se nos ocurre, como a los eruditos, medir el tamaño de la piedra, averiguar el nombre de la cantera, buscar en los archivos algún retrato oculto del clérigo que bautizara al niño, si tuvo barragana, si quebró doncellica, si amó los placeres, si cató el vino ligero, como aquel otro arcipreste que en Alcalá cantase los ayuntamientos con fembra placentera. Pensamos un momento, abstraídos. Marchamos a la escuela. El cordón franciscano del cardenal Ximénez de Cisneros rodea la fachada universitaria. Primero un patio sucio; luego, otro segundo, otro tercer patio. En el fondo, de último, el Paraninfo. Los medallones rezan las glorias de la escuela: Arias de Montano, Santo Tomás de Villanueva, Francisco de Quevedo.

Recordamos las picardías de los escolares, las escenas regocijadas y maliciosas que de sus travesuras en Alcalá, nos cuenta Quevedo en *El Buscón*. Y cuando contemplamos el magnífico techo mudéjar, por las ventanas abiertas, rompe el hechizo del recuerdo un pianillo callejero que preludia estúpidamente el *Ven y ven*...

Salimos un poco mohínos de la escuela. Una procesión nos interrumpe el paso bajo unos soportales. Después de la procesión, antes de seguir husmeando las cosas pretéritas, saboreamos uno de estos paseos provincianos tan inocentes, tan ingenuos, tan iguales todos. Parece que conocemos estas muchachas; parece que han sido novias nuestras.

Y mientras ellas nos envidian, acaso nuestra catadura de forasteros, pensamos nosotros que, de muy buena gana, nos quedaríamos a vivir en el silencio, en la paz, en el enervamiento de estas ciudades muertas. ¿Qué séptima, qué octava abuela de estas muchachas sería doña Dulcinea del Toboso?

El Adelanto (23-08-1912)

Madrid[104]

Esta palabra, Madrid, no suele pronunciarse entre provincianos con pureza de intención. Los catalanes, los vascos, los castellanos, los andaluces, los gallegos, cuando hablan de Madrid piensan en el ministerio que les dilata los negocios, en el abogado que ha cobrado su minuta por el recurso, en las Cortes sede de la garrulería, en el diputado que dice representarles y no les representa, en la fonda sin agua tibia, sin toalla y sin jabón, en la palabra amable y en el gesto ambiguo. Pero, eso, provincianos, ¿es todo Madrid? ¿Es siquiera el aspecto más interesante, más absorbente de Madrid?

Yo, hombre de mi rincón, de mi tierra y de todas las tierras, catalán en Cataluña, vizcaíno en Bilbao, gallego en la Coruña y andaluz en Sevilla, voy a decir enseguida que no. Porque yo he trabado relaciones con muchos aspectos y zonas de Madrid y con algunos de ellos amistad de amor.

Hay el Madrid sórdido de los oficinistas, de los pasillos estrechos y mal olientes, de los despachos regados con colillas y los balduques con manchas de café, del expedienteo, de la intriga, de la demora, de la farsa, de la simonía. ¡Al fuego con él! Y el Madrid espectacular y cortesano de las carrozas de concha, de las plumas, penachos, cintas, placas, espadines, sombreros de tres picos, alazanes, senos desnudos, bigotes cubiertos, pelucas empolvadas, paradas, escarapelas, cruces de Santiago y Calatrava y correos de gabinete. ¡Tampoco me interesa este Madrid! Y el Madrid de la muchacha menudita, ágil, nerviosa, chula, pizpireta, ingeniosa, ingenua, bien peinada, mejor calzada, amorosa, fácil, dulce, y a la vez, llena de desdén ¡Este Madrid me place!

Y hay otro Madrid, el mío, que es el que fuera de Madrid no se conoce o se conoce menos. Físicamente, es muy bonito y es muy llano. Palacetes de cruz y veleta, y porches en la Plaza Mayor

[104] Este artículo publicado en *El Adelanto* y en *La Esfera* con pequeñas diferencias, contiene sin embargo significativas divergencias con el que editamos a continuación con el mismo título publicado en *La Libertad* y *La Publicidad*. Por ello los consideramos distintos.

y tiendecitas aldeanas en la calle de Toledo, y plazoletas admirables como la de San Andrés, y conventos como el de las Trinitarias, y campanitas que tañen alegremente al amanecer, y pintorescos mercados como el del Carmen, y fuentecillas como la Dorada, y puentes como el de Segovia, y barracas, y tíos vivos, y puestos de libros viejos, y olor a churros y a pimentón.

Este Madrid, que es el Madrid madrileño, el Madrid de antes de la Revolución casera del 68, el Madrid del café de Zaragoza, y el de los cocidos suculentos de la calle de Barcelona, y el de los bartolillos de la calle de la Cruz, y el de la ronda de Atocha, y el de San Isidro, y el de las barricadas de Antón Martín, este Madrid de las casas de compraventa, y el de la gente humilde, el de la mecanógrafa que sostiene a la madre, y el del chico del tupi, y el del regente de imprenta, y el de Lola la marchosa, y el de Pepe el federal, y el del señor Juan el portero –Mesonero Romanos, Ventura de la Vega, López Sierra, Arniches–; este Madrid, digo, es ingenuo y simpático, tan víctima como Belchite, como Cuenca o como Tarrasa; del otro Madrid corte, Madrid oficina, Madrid tentáculo, Madrid estómago y Madrid intestino.

¡No, señores míos, no! Hablamos un poco deprisa generalmente. Suele faltarnos casi siempre, el sentido del matiz. ¡Este querido Madrid del Ateneo, de la oficina, de la redacción, de la tertulia grata del *Gato Negro*, de los amigos de *España*, del rincón apacible de la Biblioteca del Congreso, de los *couplets* de Maravillas y de Romea, del correo con los libros recientes y sabrosos de Renacimiento, con las pláticas de Pérez Zúñiga y de Zamacois el andariego, de las casas amigas donde reposamos del trabajo, oyendo a Beethoven y a Chopin, de D. José Soltura, de *Azorín*, de Palacio Valdés, del bistek del colonia1, de los callos de Varela, de la cerveza de la Plaza de Santa Ana, del pote gallego de la calle de la Visitación!

Y por las mañanas, cuando con el ánimo alegre, la faz lavoteada y la mente despierta y el corazón henchido de plenitud busco mi pan de trigo y mi afán diario, me despiertan las campanas de San Andrés y me alegran los ojos del alma los cuerpos, bonitos, los mantones madrileños y los zapatitos relucientes y los moños húmedos de las obrerillas; yo bendigo este Madrid, lector amigo, más mío entonces que las llanuras inhóspitas de mi Castilla y que los rostros inexpresivos de esos coterráneos nuestros que no saben perdonarnos ¡los pobres! el pecado de nuestra inquietud.

El Adelanto (20-01-1922)
La Esfera (15-07-1922)

Madrid[105]

Esta breve y expresiva palabra, Madrid, rara vez se pronuncia con pureza de intención por los hijos de provincias. Los catalanes sobre todo, tenéis una noción poco exacta de la palabra Madrid. Pensáis en seguida en el balduque, en el expedienteo, en las mesas de los negociados repletas de colillas, en la oquedad que se anida en el banco azul… Y achacáis a un pueblo los defectos de sus detractores, que son siempre también nuestros mismos detractores. Confundís lamentablemente el contenido con el continente y el agua con el vaso. Yo que he sido catalán en Barcelona, federal en Suiza, florentino en Italia y castellano irreductible en mi tierra castellana, soy, a mucha honra, madrileño en Madrid, y quiero hoy, brevemente, poniendo alguna emoción en mis palabras, explicaros esta profunda conversión mía, tal vez definitiva y tal vez permanente.

Cuando hablo de Madrid, hablo del pueblo y de la villa de Madrid. Cuando hablo del pueblo hablo de la gente y cuando me refiero a la villa, al casco urbano me refiero. El pueblo de Madrid es encantadoramente ingenuo e infantil. Es curioso y ama la bullanga. Es bravo y hace un culto de la amistad. Es inteligente y penetra en seguida el lado cómico de las cosas. Y las chicas, las muchachitas de Madrid… ¡Dios mío, qué graciosas, qué ágiles, qué bonitas son! Cultivan los pies, las manos, la cabecita menuda y graciosa. Aman a los novios y son fieles al marido. Son burlonas y sus muecas son el castigo de los tontos. Son listas y siempre están de vuelta y al cabo de la calle.

Y el pueblo de Madrid, ¡cómo se burla de su desgracia, de los hombres que le rigen, del tinglado que han puesto los políticos para hacerle antipático al país, de sus concejales, arbitristas, ganapanes, aventureros y cagatintas! "Oye –decía una chica esta mañana a su novio en el tranvía– estás más profundo que el Unamuno". "Tengo un perrito que se llama el Sánchez Guerra" –decía otra modistilla al salir del taller–. "El voto es obligatorio –decía un muñidor electoral a un

[105] Véase la nota anterior.

elector remiso–. ¡Bueno, Gorgonia! –replicó este–. ¿Y cuándo es obligatorio eso de administrar honradamente?"

Yo quiero mucho este Madrid ingenuo de los teatrillos por horas, del cochinillo de Botín, de la cerveza de Álvarez, de los butacones del Ateneo, del "metro", de los tranvías que no llegan nunca y se paran a cada momento; yo quiero mucho este Madrid de los tenderetes de la calle de Toledo, de los puestos de naranjas de Antón Martín, de las lavanderas burlonas y procaces del Manzanares, de los chulillos de la calle de Sevilla, de las tertulias románticas del "Gato Negro", de los sábados horteriles y ruidosos del Colonial, de los clientes estirados y ricachones de Regina, de los cafetines recogidos, fáciles a la plática amorosa y al amoroso concierto; este pueblo, no de chisperos, no de manolas, no de arribistas, sino de menestrales honrados y trabajadores, de muchachitas modosas y bien peinadas, de empleados de poco sueldo que se refugian en las mesas de los cafés ante la ausencia de un hogar confortable, este Madrid que madruga y que trabaja, que espera y que confía y… que es casi todo Madrid.

La villa de Madrid es también muy interesante. Hay quien no sale del centro. Hombres conozco yo que llevan residiendo más de cinco años en Madrid, y que no han visto, todavía, ni San Francisco el Grande, ni San Antonio de la Florida. Yo mismo he pasado cerca de ocho años en Madrid sin asomarme, hasta muy recientemente, a la Prosperidad y a la Guindalera. Provincianos de estos que vienen a alquilar una cocote por horas, a jugar fuerte en el Casino y a beber champaña del más caro –ganaderos de Salamanca, nuevos ricos de Bilbao– tienen una idea muy vaga de Jetafe [sic], del Pacífico, de los Cuatro Caminos.

La misma villa de Madrid es desconocida. ¡Y cuidado que tiene rincones llenos de encanto y henchidos de sosiego! Venid conmigo, una noche de luna por la calle del Sacramento. Mirad la galería risueña y elegante del Palacio de Cisneros. Seguid caminando: he aquí las tapias, los cipreses del palacio de doña Germana de Foix, la parra del Palacio Episcopal, San Andrés, con su cúpula airosa y elegante. La casa de la Santa Cruzada, la cárcel de la Inquisición, la calle de Alfonso XI, la calle de Estudios, la calle Lope de Rueda… Segovia, Salamanca, Toledo no tienen parajes más evocadores… dos siglos nos hablan en silencio de la futilidad de nuestras esperanzas de hoy; el tiempo insensible ha limado nuestros amores y nuestros odios. San Andrés… Callad. Ahí, detrás de esa celosía, doña Clarita de Viedma habla con don Luis el estudiante. Sus ojos negros despiden gusanillos de luz... ¡Buenas noches, doña Clara! ¡Que la luna bese a vuesa merced en la frente con su beso más puro!... Calle de los Estudios… Cervantes viene con una tapada; el chambergo le oculta la faz… Calle de León; mirad al buen Lope, a la puerta de Dorotea, temblando de amor y de desesperanza:

De amores me consumo y de esperanza

Para el otro Madrid, artificioso, hueco, de botarates, de rameras, de arbitristas, de guapos, de timbistas… nuestro desprecio. Para este Madrid ingenuo, confiado y amoroso, nuestra adhesión y nuestro respeto.

La Publicidad (06-04-1922)
La Libertad (03-11-1922)

Madrid, crisol español

La mujer española

Muchas veces he pensado que ya tenemos étnicamente el tipo de la mujer española en la mujer madrileña, y que fue don Francisco de Goya y Lucientes el que lo definió y lo mostró para siempre en su famoso cuadro de la maja desnuda. Aunque fuera una duquesa el modelo del gran pintor aragonés, la maja es pueblo, y es clase media, y es aristocracia a la vez. No es una hembra la maja, sino la hembra española por antonomasia, la de todas las regiones, y la de todos los climas, y la de todas las comarcas de nuestra España. Es un modelo sintético de selección y de fusión de todas las razas y de todos los tipos peninsulares. Tiene la maja la coloración ambarina de la piel de la mujer de Levante y la gracia y la pequeñez de la andaluza, y la corrección de líneas de la castellana.

El milagro se realiza porque en Madrid, más que en parte alguna, se da de continuo el fenómeno del cruzamiento de las razas peninsulares que a Madrid acuden y en Madrid se quedan a luchar y a vivir. Vascos, gallegos, andaluces, castellanos, han dejado su huella en sus brotes o retoños, y en esta mujer fina, graciosa, menudita, ceñida y llena de "souplesse"[106] a la vez, bien peinada y mejor calzada; en esta mujer madrileña, desengañada e ingenua al mismo tiempo, refinada y elemental, ardorosa e irónica, mitad angélica mitad diabólica, se ha logrado la fusión y la síntesis de los caracteres fisiológicos, y tal vez morales, de la mujer de todos los rincones nacionales, formando, por eso la mujer española.

El hombre español

En cambio, en el varón no se ha logrado todavía esta fusión o síntesis. El madrileño no es todavía español; es, a lo sumo, manchego. Pero, a las veces, no rebasa el tipo madrileño los límites naturales del casco urbano de nuestra ciudad, y es del Puente de Vallecas, o chamberilero, o de la parroquia de San Sebastián, de San Andrés, o de San Pedro. Hay el obrero de Cuatro Caminos, el hortera del Hospicio, el barbero del Hospital, el vecino de la Prosperidad de la Guindalera. Un ojo experto y sagaz determina pronto el emplazamiento del domicilio de nuestro hombre. No hablan, ni gesticulan, ni se producen en la vida social del mismo modo los vecinos de los distintos barrios de Madrid.

Junto al Madrid Corte hay un Madrid provinciano. Hay silencio, distinción y buen olor en Salamanca; hay algarabía, ordinariez y tumulto en Embajadores y en el Rastro; hay apartamiento, amor a lo casero y a las cosas sencillas, aficiones al jardín y al huerto en la Prosperidad y en la Guindalera. Empaque mesocrático, amor desaforado al chisme.

¿Qué no? Basta dar un paseo por cualquiera de los tranvías de la villa y corte, en esas horas del yantar cotidiano, en que el apurado conductor lanza el completo y se acuerda de las órdenes de don Millán. En los tranvías de Salamanca se cultiva la discreción y la plática discreta; en los de las Ventas y Cuatro Caminos tenéis que defenderos del gesto agresivo y avinagrado, del frasco de lo tinto, de la cesta pringosa y de la sátira procaz y deshilvanada. Hay público obrero, hampón, mesocrático o distinguido, según los trayectos y las procedencias. Y en todos se da una nota común, un rasgo fisonómico particular: la cazurrería y mala crianza manchegas, la falta de tacto de la provincia, la despreocupación ante la comodidad del vecino, la falta de galantería, el incumplimiento de las órdenes que se han dado para regular la convivencia fugaz en esta pintoresca "carroza di tutti" madrileña.

Madrid, capital de España

Es que Madrid no es todavía la capitalidad de España. No sentimos en Madrid la nación, no vibran en Madrid los ecos y los anhelos y las preocupaciones y las inquietudes de España, sino meramente las ocurrencias y acaecimientos que se producen en todo su perímetro. Todo lo demás se dijera que no existe para el madrileño o para el provinciano que se ha avecindado en Madrid. Parece que Madrid está aislado, por un cordón sanitario, del resto de la Península. En los centros oficiales, sobre todo, se acentúa más este aislamiento e ignorancia peregrinos. En el Parlamento, que debiera estar abierto a todos los vientos y a todos los aires, domina ese olor a humedad de las habitaciones herméticamente cerradas y sin habitantes. Cuando allí se habla de un tema vivo, de un anhelo nacional, de una angustia colectiva, los parlamentarios abren la boca, estiran las piernas y despiertan, molestos, de su modorra, como si se les hablara del cuento de la buena pipa. La política tiene su lenguaje convencional, de argot, en cuyos matices y tonalidades sólo les es dado adentrase a los muy iniciados. La política no rebasa el área de la Cámara Real y el despacho de cuatro o cinco jefecillos o capitostes.

La política se hace en Madrid y fuera de Madrid. Menos aún. Se hace para cuatro o cinco familias tentaculares que usufructúan, como cosa propia, el patrimonio de todos. Los santones son los únicos que actúan en ella y todos los demás se conforman con el papel de comparsas y de espectadores. La Prensa imita a la política. Los temas de nuestros diarios necesitan, por regla general, interpretaciones cabalísticas. Hechos y pensados, no para lanzar un ideal, sino para defender intereses creados, tienen la arquitectura complicada y artificiosa de los que no se proponen levantar monumentos duraderos, sino castillos de naipes que el viento deshará en una tarde de furia.

La Publicidad (03-08-1922)

[106] Flexibilidad, en francés

Alcalá[107]

Unas horas en Alcalá, a comer las almendras de las monjitas de San Diego, y a pasear bajo estos porches y a oír el eco de Madrid desde los butacones del Casino Militar. El pueblo de Miguel de Cervantes es todavía muy bonito. La fachada de la Universidad, orlada con los cordones franciscanos del buen Cisneros, con sus patios y su estupendo Paraninfo; el palacio del Archivo, con sus galerías y artesonados; las ventas y mesones donde discurrió sus tretas el buscón, distraen el ánimo un momento y le mueven a la contemplación.

Estos pueblos castellanos de colegiata y Casino, de Gobierno militar, de timba, de galgos, de almendras y de cuarteles como Alcalá, conservan la estela del recuerdo de sus hijos gloriosos. No queda de Cervantes otro recuerdo que la pila donde fue bautizado, en Santa María, y, sin embargo, todo el pueblo está empapado del espíritu, amargo y andariego, de Miguel. Alcalá no es un hogar, sino una posada. La población mayor está compuesta de trashumantes –militares, empleados de la Galera[108], empleados del reformatorio, personal de los asilos del Concejo madrileño–. Para muchos jóvenes aturdidos y para muchas muchachas vehementes, Alcalá es una cárcel, como para Miguel lo fue Argamasilla, y Sevilla, y Valladolid, y no sabemos si Barcelona e Italia también. El pueblo de Alcalá vive de la beneficencia, al igual de Miguel, que vivió de los coscurros del pan que le tiraron los Lemus y los Béjar. Alcalá, finalmente, goza del sosiego que placía al Caballero del Verde Gabán, y es asiento natural de bachilleres, canónigos y barberillos, que tanto amargaron la vida de nuestro querido Alonso Quijano el Bueno, nuestro hidalgo de lanza en astillero, rocín flaco y galgo corredor.

Don Alonso pudo ser muy bien de Alcalá. En este pueblo, al lado del Archivo, cerca de las márgenes dulces del Henares, en cuyos valles pastan hoy los toritos de lidia, puede situarse muy bien la casa de nuestro hidalgo. No hay tampoco razón alguna para que Antoñita no sea de este lugar. Aldonza Lorenzo puede vivir muy bien en las afueras del pueblo, pendiente de los montones de grano de la panera, sin advertir que levante tempestades en el corazón de los locos.

Pero la huella de Alcalá la veo yo más bien en las novelas ejemplares. Muchas de las admirables mujeres de estas novelas son, probablemente, de Alcalá. Alcalá, con Salamanca, son, durante la arriscada vida de Cervantes, el centro del hampa estudiantil. Los escolares aman las cosas llanas, asequibles y de puerta abierta; las Maritornes, y las Marilonsos, y las Claudias de Meneses son las patronas de las posadas estudiantiles; Esperancica –la mocita morena del partido– trae de cabeza a los futuros sabios de la España de los Felipes. Más que de las Pandectas y del Digesto[109] –tan indigesto para paladares de veinte años– se habla en los patios salmanticenses y alcalaínos de Constanza, la de los ojos verdes, y de Marcela, la novia del estudiante Crisóstomo, y de la rubia Luscinda y de la discreta Dorotea que acepta el remoquete de la Infanta Micomicona para embromar a Don Quijote en la inmortal novela. Sin pretenderlo Cervantes, con la divina inconsciencia de los genios, hay muchos rasgos del Toboso en Alcalá. Tanto monta Alcalá como el Toboso, así en la España de antaño como en la de hogaño, y no hay ciudad entonces, como ahora, con Academia, cabildo y todo cuanto queráis, que no sea fundamentalmente una inmensa aldea. España ha sido, y es, y será, si no lo remediamos, una inmensa aldea, ayer, hoy y mañana.

Viendo cómo se deslizan unas horas en Alcalá, oyendo pláticas de las cosas corrientes a los paisanos de Miguel, se advierte pronto, con dolor, que la temperatura moral de España no ha variado medio grado en tres siglos.

Las ciudades no irradian su influencia fuera, y las minorías selectas no irradian tampoco sus calidades sobre el alma de la ciudad. Al lado de Madrid sigue Alcalá, con sus reclusos, sus golfillos asilados, su empleomanía trashumante y sus beneficiados, que admiran a Pradera. Junto a Barcelona sigue Vich, con sus caseríos, sus seminaristas, sus salchichones y su Balmes. Al lado de la emoción, la calma y la frivolidad. Concertando con el sentido nuevo, inquietante, del misterio que apenas se dibuja en el horizonte social, el buen sentido práctico, pero a ras de tierra, puramente lógico y cominero, del buen filósofo vicense.

Una escapatoria a Alcalá es la sumersión de nuestras quimeras en un baño de agua fría. Una galera de mujeres, que es una vergüenza nacional; unos asilos sin calor de humanidad, donde los

[107] Reproducimos otro artículo firmado por Sánchez Rojas con este mismo título, aunque distinto contenido, publicado en *El Adelanto* (O.C. Tomo V, página 126).

[108] Cárcel de mujeres construida en Alcalá de Henares en el año 1883.

[109] Pandectas (en griego) y Digestum (en latín). Recopilación de la jurisprudencia romana publicada por el emperador bizantino Justiniano I. Por extensión, este término –Digesto–, se aplica también a cualquier compilación ordenada de normas jurídicas.

pobres golfillos aprenden la carrera de quincenarios; por excepción, un Reformatorio de jóvenes delincuentes que conforta el corazón, gracias, no a la vigilancia del Estado, sino a la buena voluntad y al talento de sus jefes. Y los porches. Y las timbas. Y los cafés de camareras, que han pasado antes por San Juan de Dios. Y los cantes jondos, que nos producen dolor de tripas. Y los empleados que vegetan. Y las tristezas de las pobres mujeres que esperan a su príncipe que no llega. Y los altares de la Galera. Y los patios alegres del Reformatorio, con los chicos que juegan al «football» y que trabajan en los talleres soleados. Una España de beneficencia, de cuartel, de cárcel, de asilo, de galera, de Archivo; el pueblo que trajo al mundo a un hombre que, por no soñar y no mirar más que los luceros en las noches estrelladas, anduvo de tumbo en tumbo, de porrazo en porrazo, de caída en caída, de cárcel en cárcel, criado de un cardenal, soldado, recaudador, cautivo, de espaldas siempre a la realidad, entre Monipodios, Maniferros, Chiquiznaques, Cortados, Rinconetes, Carihartas, Claudias, Maritornes, Marilonsos, sin una mano amiga que le curase de la dolencia trágica de sus sueños e imaginerías.

La Libertad (03-11-1922)
La Publicidad[110] (12-07-1922)

Evocaciones de Aranjuez

Huimos, queridos amigos, de la ola de curiosidad malsana que envuelve a Madrid; de los comentarios y glosas policíacos; de la sombra siniestra del patíbulo; de la resaca del crimen, que ha dejado al descubierto, brutalmente, los pingajos sucios de nuestras entrañas podridas.

¿Dónde huir? En un momento lo decidimos. Uno de nosotros vota por los espárragos y por las fresas, El segundo se decide también por la placidez idílica, por el silencio maravilloso de un pueblo cercano a la corte. Votamos por Aranjuez. Allí no oiremos hablar del crimen, ni los organillos nos aporrearán los oídos tocándonos la «Java».

Y henos aquí, en Aranjuez, huéspedes, por unas horas, del que fue palacio del Príncipe de la Paz, de aquel tosco, vulgar y pobre Manolo Godoy, [. . . . C E N S U R A D O . . . .] Encima de mi cuarto, precisamente, están los desvanes donde se refugió entre trastos viejos el pobre botarate a la hora de la desgracia.

Fernando VII, al encontrarle acurrucado, hubo de decirle, aquello de: «C... Manolo, yo te perdono la vida».

El tío Perico, es decir, el conde de Teba y de Montijo, el abuelo de Eugenia la Emperatriz, vestido de alcarreño, al frente de los amotinados a sueldo, pudo evitar que degollaran al valido como a un cerdo.

[. . . . . C E N S U R A D O. . . . . .]

Hoy, después de ciento diez y seis años, apenas podemos recomponer el ambiente de aquel nuestro primer castizo y fecundo pronunciamiento. En esta plácida y dulce mañanita de mayo, el Tajo lame los muros del palacio, se cierra en una presa, riega los macizos de los parques silenciosos y melancólicos, se divide en dos brazos y espeja y hace resaltar, como en una porcelana, los pórticos de la Casita del Labrador. Nada queda de aquella corte añoñadita y anegética [¿cinegética?], de aquel duque de Alagón, truhán y tafurero: de aquella Pepa la Malagueña, guapetona y «cantaora»; de aquel Escóiquiz, que se jacta de no saber francés: de aquellos viajes a Sacedón, y de sus aguas milagrosas, que según el [. . . C E N S U R A D O . . .] Hemos recorrido las galerías, los salones, las estancias, del Palacio real. Por ellos cruza todavía la sombra de María Luías [sic], con su mirada sagaz y descarada. Por ellos pasa la silueta de Alfonso XII, el novio de su prima Mercedes, cuyo cadáver lindo y blanco llevan «cuatro duques» por las calles de Madrid.

Aranjuez: Borbones, querellas de familia, pactos de familia, ambiente casero de cortes italianas, relojes, clavicordios. Aranjuez: un Postdan[111] de una Castilla que no come; un Versalles man-

[110] En *La Publicidad* su título fue «El pueblo de Cervantes».

[111] Ciudad alemana en la que se erige el palacio renacentista con fuentes y jardines de estilo italiano que fue, en su momento, la casa de verano del antiguo rey de Prusia.

chego y socarroncete; una gentecilla de astracán, que espera el Muñoz Seca, que ha de trasladarla a los teatros arrabaleros. Aranjuez nace con un pronunciamiento, se inmortaliza con una fuga [..... C E N S U R A D O. .....]

¡Gratas horas las de esta mañanita de mayo en el Real Sitio! Pero nos alejamos de una tragedia vulgar y nuestros ojos españoles se hunden y abisman en la tragedia, eterna e irreparable, de nuestro pueblo. Sólo el paisaje permanece indiferente a nuestro dolor, libre de las ataduras del tiempo. El tajo murmura lentamente una canción de primavera.

Les estatuas paganas nos muestran serenas su divina desnudez. Salta el agua en las tazas de mármol de las fuentes. El cielo, limpio y azul, preside los resaltes de esta Castilla cortesana, con yeguas y toros que pastan en los predios, tumbados al sol. Aranjuez, Castilla, España: envuelve nuestra tragedia un aire bufo, chocarrero, grotesco, de opereta castiza, con boleros y danzas de candil.

Guiñan las brujas, al compás de las oscilaciones del aceite que se acaba: Carlos IV saluda a Manolo: Manolo se oculta en un desván. En la plazoleta, la plebe aúlla, esgrime los garrotes y pasa, eterno coro de tragedia, delante de las candilejas, aprendiendo la tonadilla del apuntador.

La Tribuna (01-05-1924)

Diálogos inocentes

– Este Madrid está insoportable.

– ¡Del todo, amigo!

– Es más difícil coger mesa en un café público, que mil pesetas en buenas condiciones en casa de algún distinguido usurero.

– ¡Estamos invadidos por provincianos!

– Sí; todos los niños «bien» de Belchite, de Granollers, de Carrión de los Condes y de Aranda del Duero, han caído sobre nosotros, sobre los estables, aplastándonos. Llegan esos pollos inconfundibles, se apoderan de estas pobres peripatéticas tan ligeras de ropa como de vergüenza, las llevan a casa de Camorra o a la Cuesta... y al casino respectivo a contar al registrador interino y al juez municipal, la para ellos sabrosísima aventura de la Villa y corte.

– Sin embargo, y a pesar de oleadas como la de hoy, se ve menos gente en Madrid que otros años, al comienzo del otoño, tan plácido y tan dulce en Madrid.

– ¡Sí! Han desaparecido las fuerzas vivas, esas queridas y castizas fuerzas vivas que venían a la corte a pedir una carretera, un mobiliario escolar o simplemente un banco público para la Avenida de Pérez Gómez, el diputado del distrito, y coincidía siempre, pero siempre su visita, con el debut de Pastora Imperio, con una espantada del Gallo, o cuando menos con alguna revista sicalíptica que se estrenaba. ¡Pobres fuerzas vivas! El taxis [sic] por las mañanas correteando camino de los Ministerios, el almuerzo en la Viña P. con el diputado, la sabrosa cita al anochecer, en Platerías, en el café de Castilla, en El Cocodrilo, con la hembra fácil y complaciente...

Y después, momentos antes de salir el correo, la carta desde el Continental a la costilla «Querida mía: No sabemos cuándo acabaremos; las cosas de los ministros van despacio. Salvatella es muy simpático y me ha dado una palmadita en el hombro: creo que es un pillín. Esta noche iré al teatro, pero a un teatro decente. ¡Qué música, chica; qué escotes; qué desvergüenza; qué asco! Yo pensando a todas horas en mi mujercita.

Besa a los nenes. Ya sabes que te adora tu Tiburcio». Y Tiburcio, que echaba rápidamente la carta familiar en el buzón del 8, y que va libre de cuidados, tomaba el palco discreto para Apolo, Romea o Maravillas... «¡Oh témpora, oh mores!».

– Sí. Eso se marchó. Mira Fornos, mira Maxim's: ni un alma... Ahora invasión de pollos sueltos; retoños de nuevos ricos o recién herederos de provincia. ¡Mira ese! Es el conde de...

– ¡Qué conde ni qué niño muerto!

Es un pobre hombre, que se deja llamar así, conde de... sin advertir que eso cueste bastante caro. Es un majadero, que el día menos pensado hipoteca el aire que respira...

– ¡Y se ve menos dinero ...!

– ¿Menos? Botellas del tío Pepe; los taponazos de la Viuda desaparecieron del todo. La sidra del Gaitero sirve ahora para hacer ruido. Un amigo mío dice que en toda España hay tres mil pesetas, y tiene razón. Mil, en el Banco; mil que le guarda Manolo Brocas a Romanones. Y otras

mil que quedan en los bolsillos de los demás españoles. Observa que nadie te da dinero, sin cheques, letras, papelitos...

Manera discreta de esperar el retoño de esas mil pesetas que andan por ahí circulando de mano en mano...

– También observó menos tanguistas...

– Sí. Crecían paralelamente con el desarrollo de las fuerzas vivas. Ahora se refugian en el cuerpo de coros, que Pepe Campúa y Maño Vitoria, entre otros empresarios, han adecentado bastante. Hoy una corista es naturalmente guapa, como antes era perfectamente gorda, entradita en años y aficionada a los langostinos y al jamón en dulce.

Hoy comen exclusivamente las mamás, y por las que no pasan años ni duros de calamina, mientras las niñas te piden Murattis o Princesses[112].

– Esto está insoportable. ¿Vamos?

– ¡Vamos!

– ¿A Maravillas?

– ¡Bueno!

Maravillas. Cuadros en la Pampa, chicas preciosas tocadas con un gracioso pañolón completamente gauchas y gachonas, pericones… y la Chelito –¡la Chelito aún!– que ya cantaba lo mismo que ahora y tenía la misma edad que ahora, cuando yo entré en quinta...

El Adelanto (21-10-1924)

Del estruendo a la quietud

Desde el estruendo de Madrid, casi sin transición, a la placidez y a la quietud de Salamanca, de este Salamanca de la que decía Cervantes, que enhechizaba la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda habían gozado. Desde la verbena del Carmen, con sus puestos apestosos de churros, con sus faroles de papel, con sus grutas milagrosas, a esta Salamanca, un poco gris, un poco lluviosa, un poco meona, que padece de días invernales en pleno estío. Aflojan los resortes de la voluntad en esta quietud y nos sentimos vivir con más intensidad y con mayor alegría.

Y… ¿qué hay por Madrid? –me preguntan. En Madrid no hay nada –respondo. Absolutamente nada. Madrid va dejando de ser el cerebro, y, desde luego, el corazón de España. Si acaso, es el intestino bajo de la vida nacional. Recoge las materias... mal olientes, pero no las ideas ni las emociones que flotan por el ambiente.

Madrid se acaba como corte. Hoy, es un poblachón más. No sabe más que del Litri y del Niño de la Palma. Su preocupación de cuernos, pantorrillas y deportes encanalla y envenena al pueblo entero. Su escepticismo elegante deja frío en el corazón. Madrid va dejando de ser.

Y luego, ¡se vive tan de prisa! Las cosas, las personas todas pasan por nosotros en absurdo desfile cinematográfico. No hay tiempo de rumiar las sensaciones. Se desdeña lo fundamental por lo anecdótico; se pierde el sentido de la perspectiva por el demasiado cultivo del detalle. La frivolidad embota el sentido de la ponderación, casi siempre, y no tenemos nunca tiempo de recogernos dentro de nosotros mismos.

En estos pueblos, en cambio, volvemos a encontrarnos a solas, siempre cara a cara con nuestra vida interior. Decía Guerra Junqueiro, hablando de Salamanca, que su encanto mayor consistía en que podíamos soñar de pie, por sus calles, sin miedo a que los ruidos exteriores nos rompieran el sueño.

Así, a la vez que nos sirven de sedante, nos sirven de estímulo y de escuela también. Salamanca… Hasta en esta ciudad panera me sorprende una exposición de cuadros más discreta que linda y mejor orientada que ejecutada. Salamanca que ha sido siempre más diestra con la pluma que con el pincel, más académica que artista, torna a preocuparse estos días de que su hechizo supremo estriba en el color y en el matiz.

Pero de estos intentos juveniles, los únicos que aletean en esta modorrera actual, hablaremos más largamente mañana.

El Adelanto (22-07-1925)

[112] Marcas de cigarrillos de la época.

Una estampa de Madrid

Evidentemente, lectores míos, soy un provinciano incurable y melancólico, a quien fastidia el ruido, a quien enojan los tranvías, el metro y los autobuses, a quien molestan los cafés céntricos y las mujeres pintadas. Me encuentro a mí mismo desconocido. Voy a Regina para hablar de Salamanca con Eduardo Aparicio y con Adolfo Núñez; me hospedo en el hotel Meublé –al que llamaré magnífico, a ver si mañana me rebajan la cuenta de mi precioso cuarto– porque tengo al lado a Emilio Alarcos y a Eloy Díez Jiménez y Molleda; escribo tres cartas y las envío con un botones a Isidro Pérez Oliva, a Luis de Zúñiga y al marqués de Selva Alegre... ¡Sí, sí! Estoy, desconocido. Paso por el Colonial para que me hable de sus penas Manolo Fontdevila, y de sus conquistas Pepe Landeiriña, el autor de «Celitos»:

Y yo, fingiendo desdén,
comprendo muy bien
que río para no llorar,

y me cuelo un momento en Saboya para saludar al cuarteto de Julio Romero de Torres, Julio Camba, Juan Cristóbal y Marianito Benlliure. Y no puedo ver las riñas de Indalecio Prieto con el «Cochero» de Bilbao, ni distraerme con los comentarios diversos que hacen mis amigos del Ateneo a los proyectos de finanzas de Pepe Calvo Sotelo, porque los salmantinos me han robado las escasas horas de que dispongo hasta mañana, lunes...

Veo a Madrid con los ojos de provinciano, ni más grande ni más chico de lo que es, un poco como padre de familia –sin familia– que prefiere los cocidos suculentos a los bistés insaboros y las mozas rústicas de colores sanos y silvestres a estas pobres plantas de estatua, cloróticas, que se mueren porque no gozan de las caricias del sol... No, no me divierte Madrid, acaso porque es un libro que conozco demasiado de memoria y me aburro presenciando, con perdón de Pepe Campúa, un sainete en Romea, y el final –unas danzas de la Argentinita, más fondona y gordezuela que el año pasado– me deja un poco sorprendido, porque los ídolos pesan sobre el tiempo, que pone su polvillo impalpable y sucio sobre el oro de nuestras ilusiones. ¡Ay, aquellos tiempos de Consuelito Fornarina y de Pastora Imperio!

Madrid ha sido una posada, no para mi yo actual, sino para otro yo, que ha ido esfumando, borrando, volatilizando el tiempo. Y así como fisiológicamente cambiamos hasta el último átomo de piel en nueve o diez años, así también, espiritualmente, nos renovamos sin cesar. Guardamos, sin embargo, en los hondones de nuestro corazón, la estampa gallarda de nuestro Madrid. El Madrid del Retiro, cuando estudiantes del doctorado esperábamos, al pie del paseo de coches, junto al Ángel Caído, la presencia de una niña que nos hacía temblar de gozo y de tristeza a la vez. El Madrid del Parlamento, con la figura llana de don José Canalejas, que nos daba una palmadita en el hombro, de don Francisco Cambó que nos regañaba porque no escribíamos, del buen Isidro que nos regalaba, fatalmente, un puro largo; de don Magín Morera y Galicia, que nos hablaba con Salvador Albert del inmenso Maragall. El Madrid del Ateneo, con sus mesitas y sus sillones, donde mecíamos nuestros sueños y dábamos rienda suelta a nuestros pensamientos; el Madrid donde traducíamos por cien duros, que gastábamos en unas horas, un libro, donde compusimos «Las mujeres de Cervantes», el «Tratado de la perfecta novia» –escrito por una linda amiga nuestra que hoy pasea un niño muy hermoso por la Moncloa– de los «Paisajes y cosas de Castilla». El Madrid de los editores sórdidos, de los artistas pobres, de las modelitos alegres como cabras, de los seres que trabajan, y sufren, y luchan, y son vejados, y creen en la gloria, una cosa muy vana que no sabe llenar de paz el corazón.

Sobre este Madrid pasamos de largo. Muy de largo. ¿Para qué evocar y resucitar cosas que están –inexorable y definitivamente– muertas? En cambio, hoy... Sí, hoy, estamos como ayer, siempre anhelantes, siempre esperanzosos, creemos que eternamente muchachos, y rebeldes, e inquietos. Hoy, como ayer, sentimos el horror de la sinceridad, de la delicadeza, de la ternura, para con los otros y para con nosotros mismos. Por todas partes, la incomprensión grosera, la mediocridad triunfante, el chismorreo de comadres desocupadas que caen como cuervos sobre las piltrafas de nuestros sueños. Hoy como ayer –y ya concluyo, lectores míos– gritamos tristemente como aquel incorregible soñador gallego, Manolo Curros Enríquez[113],

[113] Manuel Curros Enríquez (1851 – 1908). Poeta español en lengua gallega cuya obra se caracteriza por un hondo contenido social.

¡Ay, d'o que leva un'estrela n'a frente
ay do que leva n'o bico un cantar!

Y los luceritos que aquí brillaban se van extinguiendo y los cantares con que saludábamos su brillo en el firmamento de nuestras esperanzas, nos hemos ido acostumbrando a cantarlos para nosotros solos, por miedo a que nos los profanen los que sólo duermen y no saben soñar.

El Adelanto (12-01-1926)

Fernando en Aranjuez

Este hotel Pastor que mira a los jardines de Aranjuez fue, hace un siglo, el palacio de S.A. don Manuel Godoy, príncipe de la Paz y favorito de S.M. la Reina doña María Luisa, esposa de Carlos IV, de triste recordación. Y en esta casa está el desván donde S.A. se escondió entre colchones en la hora de la desgracia. Y en ese desván pronunció S.A.R. Fernandito, aquellas famosas palabras, castizamente prolongadas por una expresión plebeya y mal sonante: «…, Manolo; yo te perdono la vida».

¡Si este hotel Pastor hablara! Pero las piedras hablan; el toque está en saber oírles [sic]. Este hotel Pastor debiera ser monumento nacional... Aquel tríptico de Manolo, Carlitos y María Luisa parece que vive como incrustado en el silencio y en la primavera de Aranjuez... Carlos IV no se cura más que de los deportes venatorios; María Luisa es una hembra de rompe y rasga –recordemos el retrato de Goya– que no sabe ortografía y que tenía antaño la delicadeza espiritual que hoy poseen algunas cocineras de casa grande. Manolo Godoy era un lacayo, un plebeyo, un villano –en los dos sentidos de la palabra– embrutecido por la servidumbre, por la incultura y por la lujuria. Los tres personajes se comprenden perfectamente. A Carlos IV le place cazar ciervos venados; María Luisa, escribir a Manolo; a Manolo, comer la caza de S. M., en la mesa.

¿Y Fernandito? ¡Ah, Fernandito el Deseado –en Huesca he leído los documentos últimos más curiosos de este reinado recogidos por el señor marques de Villa Urrutia– es un perfecto botarate! Sus amigos Chamorro, el duque del Infantado y el conde de Montijo, unos frescos. Y sus mujeres no pueden soportarle: «¡Qué bestia es! –dice su hija la Princesa, la Reina de Nápoles–; que bestia es Fernandito!». Y la tierna esposa añade: «No puedo con él; no nos entendemos mamá, soy una desgraciada». La segunda mujer piensa como la primera, y la tercera como la segunda. La cuarta, la portuguesa, María Cristina, olvida que ha sido Reina para casarse con un estanquero de Tarancón.

Este hotel Pastor que presenció tantos motines, que conoció huidas de reyes, y escenas de amor en los jardines, y deportes cinegéticos en la Casita del Labrador, y el primero de nuestros clásicos pronunciamientos en la Casa de los Infantes, yo os aseguro que habla…

Habla para el que sabe oírle nada más. Fue la casa de un valido digno de su rey. Verdad es que Carlos IV y luego Fernando VII fueron dignos reyes de tal valido…

Esta España que proyecta sobre la historia el Hotel Pastor de Aranjuez, historia de motines, de intrigas, de camarillas, inicia nuestra política del siglo XIX; historia de sonrisas, de abanicazos, de desdenes mujeriles y de falta de pantalones, la escena de la bofetada la del purito que chupan los ministros después de haberlo fumado S.M. «porque le ha salido bueno», la historia de la crisis del marqués de las Aznarillas, y la de Pepe Botellas, y la de la deportación de Bayona, y la del origen histórico de nuestras conjuras, pronunciamientos, cuarteladas, revoluciones caseras y crisis más caseras todavía.

Ríen rumorosamente las aguas del Tajo; corren los surtidores de las fuentes en los parques; se me antoja ver a Montijo, vestido de alcarreño, revolviendo a los guardias de Corps para sublevar al pueblo. Han pasado justamente 118 años. Y España, esta España nuestra, esta adorada España nuestra, ríe estos días porque espera no derramar más sangres de sus hijos en el Riff…

Pero nuestros problemas fundamentales siguen en pie. ¿Hace un momento o hace 118 años que se escondió entre colchones y debajo de una estera S.A. el señor Príncipe de la Paz?

... ... [CENSURADO] ... ...

Y oigo a Montijo, y al Infantado, y a Chamorro, y a los villanos de Aranjuez, y a los guardias de Corps, y a las turbas traídas desde Madrid, vitorear al Príncipe Fernando, que mañana entraría en la Corte por la Puerta de Atocha, fofo, gordo y narigudo, junto a una mujer que le desprecia.

El Diario de Huesca (09-06-1926)

Aranjuez en otoño

Aranjuez, sábado a la puesta del sol, los álamos dorados, el río canalizado lamiendo los muros del Palacio Real. Noviembre; las campanas de San Antonio tañendo a muerto; melancolía… Y en los parques, silencio y soledad; y en el hotel, dos viajantes aburridos que formalizan sus facturas junto a la estufa; y bajo los pórticos de la Plaza de los Infantes, donde comenzara el motín contra Godoy, a las órdenes del conde de Montijo, vestido de alcarreño, hace ciento diez y seis años, dos parejas de novios indígenas que se defienden de la llovizna y hablan en tono confidencial.

Otoño; Aranjuez; melancolía… Aranjuez es del pasado, y solamente en Aranjuez danzan las sombras… ¿Qué fue de Felipe V y de su rubia mujer, y de las músicas de Farinelli, y de la Princesa de los Ursinos –lasciva y embustera–, y de aquellas damiselas que traían de Parma y de Placencia estampas con relatos de Boccacio, risas del Aretino, suspiros de Petrarca, andanzas y desilusiones de Torcuato Tasso, el enamorado silencioso de Leonor, la de Ferrara? Aranjuez; otoño… Y de Carlos III, ¿Qué fue? ¿Y de Carlos IV, de las pavanas, de las cacerías, del miedo a la revolución que estallaba guillotinando reinas y duquesas? ¿Y de María Luisa, y de su Manolo Godoy, y del clérigo Escoiquiz –vesánico y majadero–, y de Chamorro, el alegre amigo de *Pepa la malagueña*, y del duque de Alagón, y de Fernandito, el príncipe deseado? ¿Y de mamá Carolina, la negra napolitana de Fernandito, y de las azafatas y mozas de retrete venidas de Nápoles, y del conde de Teba, alzaprimando a los palafreneros? ¿Qué fue de Alfonso XII, de su pañosa andaluza, de su reja sevillana y de su prima Mercedes? ¿Y dónde están las sombras de Sexto [sic][114], de Pepe Tamames, de Cánovas del Castillo y de Romero Girón?

Aranjuez: camposanto de reyes y de validos, más tétrico que el imponente catafalco de El Escorial, ¿Dónde están el rumor de los surtidores de tus fuentes, la alegría de tus madrigales, la hermosura de tus duquesas, el bronco resonar de tus cuernos de caza? Nadie, en los jardines de palacio; nadie, en la ancha avenida del patio de armas; ninguna infantita asomada a los balcones del comedor que miran al río… ¡Otoño, Aranjuez; melancolía!... Y la Casa de Infantes cerrada y lúgubre, y la ermita de San Antonio desierta a la hora de la oración, y los *chalets* y las villas en silencio, que sus dueños huyeron en busca de los placeres cortesanos.

¡Y qué hermoso estás así, Aranjuez! ¡Qué hermoso y qué triste sin Reyes, sin Príncipes, sin Infantitas, sin ayas, sin sumilleres, sin guardias de corps, sin palafreneros ni mozos de cuadra! Las hojas –doradas– se desprenden de los álamos centenarios; el Tajo dice su canción eterna antes de anegar en cieno y en limo tus huertas y tus jardines; en el Palacio Godoy –hoy Hotel Pastor– un viajante escribe sus cuentas y un cronista sus impresiones. Y de cuando en cuando, en esta cámara que fue alcoba del Príncipe de la Paz se me antoja ver surgir la figura desgarrada y flamencota de María Luisa, la peluca empolvada de su señor marido, las narices horrendas de Fernando y los ojos azules y la boca fresca de Maruja, Princesa de Asturias, bailando una pavana, danzando un minué y recordando con horror aquel París que ha proclamado la igualdad de todos los hombres y ha llevado al patíbulo a su Monarca, augusto primo de todos estos danzantes y bailarines.

La Esfera (18-12-1926)
La Voz (11-11-1924)
El Adelanto (09-11-1924)

El museo del Hospicio

He pasado la mañana –toda la mañana– contemplando los vestigios del Madrid viejo, que, a guisa de museo y de exposición transitorios, se exhiben en el Hospicio, por iniciativa del duque de Alba y de otros señores de la Sociedad de amigos del Arte. El Madrid que se exhibe en el Hospicio no es el de los Austrias, sino el de los Borbones. Es el Madrid de Felipe V, y el de Luis I, y el de Carlos III, y el de Fernando VI, y el de Carlos IV, y el de Fernando VII, y el de Doña Isabel sobre todo, el de Doña Isabel... El Madrid que es todavía lugarón manchego, y afrancesado, y retórico, y apostólico, y masónico. El Madrid de Chamorro, y de Paca la Malagueña[115], y de O'Donnell, y de González Blanco; el de «La de la Bringas» [sic. por *La de Bringas*] y el de «Misericordia». Vemos, sin darnos cuenta, la fuente monumental de la Puerta del Sol, y las gradas de San

[114] Parece referirse a José Osorio y Silva, Duque de Sesto
[115] Sin duda se refiere a Pepa la Malagueña, prostituta andaluza frecuentada por el rey Fernando VII.

Felipe Neri, y el palacio de Angelita Medinaceli, en el paraje que hoy ocupa el hotel Palace, y la condesita de Teba, en su caserón de la plaza del Ángel, y los conspiradores del café de Zaragoza, y las greñas de Pepe Zorrilla, y el suicidio de Larra, y los números de «El Pueblo» y del «Padre Cobos», y las tenazas, y los fraques, y las amplias corbatas, y los miriñaques, y las faldas huecas y almidonadas de nuestras abuelitas.

Llegamos hasta el Madrid de la restauración, cuando este Madrid ha desaparecido también y ha hecho crisis por el incoloro, inodoro e insípido que ahora padecemos. El Madrid de hogaño, que apenas si tiene quince años de existencia, se ha comido, por ejemplo, al del siglo XIX, dejando subsistente, sin embargo, el austriaco y el fernandino; el austriaco, en sus palacios de cruz y veleta, en sus iglesias, en sus fuentes, en sus plazoletas solitarias, en sus estatuas; el fernandino, en sus costumbres y en su ausencia del espíritu de ciudadanía. Estos tres elementos forman el Madrid contemporáneo y deseamos verle pronto en otro museo con sus mujeres, que parecen hombres, y con sus hombres, que parecen mujeres.

El Adelanto (11-01-1927)

Niebla

Niebla. Niebla en Madrid. Madrid, con sol crudo, es plata, como Toledo es ceniza, y Salamanca, oro amarillo de pelucona vieja. Pero con la niebla, la villa del oso y del madroño, sobre un telón gris que no consiente ni el contorno de las cosas, tiene tonos levemente azulencos. Niebla en Madrid. Han perdido las cosas su solidez, su consistencia, sus contornos. Parecen hechas de espuma y parecen hechas de humo. Cuando no se esfuman o se pierden, flotan. Son masas movibles, huidizas, que escapan como nubes de cielo, como nieblas de valle que se abastan en el lecho de los ríos, como penachos de chimenea hogareña que se escurren, alegres y corredores, en un horizonte plomizo de llano abierto. Niebla en Madrid.

Este granito, duro y frío, que es roca y que es lecho en la villa, es como el vapor de la niebla matinal. Calle Alcalá abajo, hacia la Puerta del Sol, el espectáculo no puede ser más interesante. La ancha vía se ha fraccionado en mil pedazos sueltos. El Banco de España, el del Río de la Plata, el Palacio de Comunicaciones, son pequeñas islas florecientes y misteriosas. Las líneas se han trocado en simples manchones, vistos siempre desde un segundo plano. El Círculo de Bellas Artes es un rompecabezas infantil tejido de gasas y de espumas. Buenavista es una simple telita azul. Las almenas, las torrecillas, las estatuas del Palacio de Comunicaciones, jirones de un sueño plateresco, soñado en Salamanca, a la vera de Monterrey, tienen las proporciones de un gigantesco Duomo, que las nubes, por arte de birlibirloque, han traído de Lombardía o del Véneto a las tierras manchegas de la Corte. Nuevas gasas con espumas de granito frío. Únicamente la Cibeles conserva su solidez, asentada sobre su carro, guiada por los leones, dispuestos a limar sus uñas sobre el bloque de piedra.

El agua refleja el tono plomizo de arriba. Más allá, en estos días de convulsiones, el casco blanco de un guardia. Un automóvil parado. El alegre tintineo de un tranvía. Un simón parado, con el caballejo lacio que añora la pesebrera.

Visto el Paseo del Prado desde la puerta del Banco, es un montón de islotes sin conexión ni enlace. Apenas si advertimos ya la traza itálica del Ministerio flamante de Marina. Todo lo demás se hunde y desaparece en la neblina azul; ganando la esquina con dirección al Ritz, hay un momento en que las agujas de San Jerónimo parecen una graciosa estampa romántica. Todo es ligero, vago, frívolo y huidizo. Un sol amarillento de país nórdico lucha por romper el cerco de plomo que le envuelve. Luces añiles, rojas, azuladas, asoman sus matices, tornando en jaspe el granito madrileño. Niebla en Madrid.

Mundo Gráfico (12-01-1932)

De Madrid al Escorial

Aprovecha tus vacaciones, estudiante, para visitar el Escorial. Ahora, con el advenimiento de la República, al que tanto has contribuido tú mismo con el ímpetu y con la generosidad de tus pocos años, estas piedras y este paisaje adquieren un sentido nuevo. Ya verás cómo y ya verás por qué. La excursión, en *auto* o en ferrocarril. Muy breve y muy bella. La Bombilla, el Plantío, Las

Rozas, Las Matas. El manchón verdinegro del Pardo; el Manzanares, que vaca, como tú, durante el estío; los picachos azulencos de la sierra de Guadarrama. Fondos castizamente velazqueños. Atrás, Madrid; los días velados parece de ceniza, y de plata los de sol. Villalba. Montañas y más montañas. Una montaña nueva de piedra sobre la natural en un altozano o promontorio. Los dos pueblucos, el de abajo y el de arriba, que forman un sólo San Lorenzo. Cuestas. Verdor perenne en los praderales. Robles. Álamos. El Monasterio ya te persigue de lejos, como una obsesión, y de cerca como una pesadilla.

Escorial. Mañana dominguera; muchachitas de trajes claros, grupos de turistas a la puerta de los hoteles; hacia el Monasterio. Mole adusta y seca, rectilínea, sin un adorno y sin un detalle íntimo ni conmovedor. Cuartel, asilo y hospicio en una pieza. Los techos, pizarrosos, te oprimen el corazón. Ventanas y más ventanas en este piquete de la geometría, de la proporción, de la meticulosidad y del orden. Inacabable como una ley de Indias. Melancólico como los ojos turbiamente azules de su rubio fundador. Pero, con oprimirte, el Escorial te atrae cada vez más. Te das cata, poco a poco, de no sé qué secreta relación entre este montón de piedras y el paisaje sobriamente castellano que le envuelve y abraza. Tornas a mirar una vez, y otra, y otra. Ya la sequedad se te antoja sencillez, y la proporción rabiosamente matemática, ordenación y encaje. El edificio todo se va presentando como un símbolo a tus ojos. Es España unificada, devorando concejos y matando hermandades y cofradías, acallando lo pintoresco y lo multiforme del pueblo. Es también el espejo de la dinastía que lo funda. Palacio y Monasterio es, ante todo y sobre todo, un panteón real. Y si hasta hace unos meses era todavía el más triste, macizo, imponente y señorial aposento de los Reyes, es ya una cosa histórica que vigila y guarda el pueblo, para contemplar con horror su pasado y apartarse de él, y estudiar fríamente el destino inexorable de las grandezas de los hombres.

Yo no voy en estos momentos a rectificar al cicerone, que te atosiga con datos y juicios de condición muerta. Acaso el panteón de los Infantes se te antoja de una vulgaridad insigne; seguramente el de los Reyes, con los sepulcros vacíos que esperarán inútilmente despojos que no han de guardar ya, te recuerdan precisamente estos cuatro siglos en que España, viviendo horas de opresión, se ha desviado de sus cauces históricos naturales. En los panteones de León, de Nájera, de Huesca, sientes cierta solidaridad con aquellos muertos. Ves cómo hacen una patria y cómo su majestad es reflejo de la del pueblo, que se abre camino para asentar sus conquistas. En el Escorial te sientes súbdito. Ves, en los Austrias y en los Borbones forasteros, que no tuvieron nada de común con los ideales de tus abuelos. Felipe II es la rigidez; Felipe III, la abulia; Felipe IV, la frivolidad; Carlos II, el fanatismo. La lista se completa con los Borbones que vienen luego. Felipe V es la incomprensión, y Luis I, la melancolía; y Femando VI, la vulgaridad: y Carlos IV, el deshonor, y Fernando VII, la abyección. Solamente Carlos III se sustrae a la cuenta infamante. E Isabel II, fondona y alegre, parece levantarse en jarras de su descanso eterno para reírse del empaque de sus antepasados.

Salas. Relojes. Los lienzos magníficos de la sacristía. Los incunables de la Biblioteca. Los graciosos tapices, las porcelanas. El salón del trono –lleno de sugestiones– de Felipe; la alcoba donde pasea su gota el monarca tétrico; la cama desde la que oye misa. De esa cama pasa a su sepulcro del panteón. Desde entonces nuestros reyes parecen víctimas de una necrópolis fatal. Felipe IV lleva sus escrúpulos de conciencia a sor María de Agreda; Felipe V necesita de la voz de Farinelli para no pensar en espectros; Carlos III no sonríe jamás, y se aparta de los cortesanos en las cacerías para dialogar consigo mismo.

San Lorenzo del Escorial es el resumen de cinco siglos de dinastía extranjera e imperialista. A pesar de sus altares, de sus mármoles, de sus estatuas, de sus patios, de sus cuadros, de sus códices, tiene el aire imponente de un enorme hospicio. Hospicio, que no asilo ni hogar, ha sido siempre, en el pasado, el Estado oficial para los españoles. Visitarás muchas veces el Escorial en lo sucesivo; te familiarizarás con los cuadros del Greco y de Zurbarán, con los tapices de Goya; pasearás por sus claustros, fríos como el soplo de la muerte; descansarás, a la caída de la tarde, en la Casita del Príncipe, y tus ojos sorberán la paz de este paisaje sobrio de la serranía castellana. Pero habrás comprendido, en un día de ajetreo, de visión cinematográfica de tanta grandeza, por qué razones la monarquía era un peso muerto que paralizaba la libertad de movimientos de esta España nuestra, y por qué hoy, ante las interrogaciones del porvenir que se abre a nuestra Historia, hemos recobrado un gesto de ligereza y de alegría que nos permite mirar, cara a cara, estas imágenes que pintara Goya en sus momentos de fiebre creadora, cuando España no se decidía a abandonar para siempre a los amos que la domeñaban, entre cirios amarillos, música de cámara y excursiones cinegéticas...

Crónica (03-07-1932)

TOLEDO

Talavera

Heme fuera de Madrid. He salido por la tarde, con un tiempo nuboso, en un tren sempiternamente tranquilo y parado como una carreta vieja.

Todos vosotros conocéis los alrededores de Madrid. Son una llanura monótona y triste, muy triste, sin un arboluco, sin una fuente. El paisaje no cambia. Illescas recuerda con su torre airosa de aguja, con sus casonas blancas, con el dejo perezoso del acento, la dominación mora. En Torrijos, comienza alguna huerta. Cerca de Talavera, la tierra es más fértil.

Al anochecer, llego a la vieja ciudad de los Reyes Católicos y del padre Mariano[116]. Despacio, os la describiré mañana. Tiene arcos rotos y viejos, una noble colegiata, una alhóndiga, un puente sobre el Tajo, un convento precioso de Agustinos. Y como mañana es el día del Corpus, veré a sus gentes, me llenaré de su noble austeridad, oiré el acento de sus campanas que anoche cantaban gravemente en el silencio de la noche.

Hoy, Talavera es un pueblo como todos. De sus desgracias se lamentaba en el tren un colega. El juego, la pereza, la monotonía de una vida siempre igual, consume las energías de estas gentes. Es natural. En estos pueblos tendidos en la llanura, concluye, por suspenderse, a la larga, la vida del espíritu. A los libros suceden las cartas; a las emociones de la lectura las peripecias del juego; al fragoso trotar de una vida activa, la dulce, infecunda galbana.

¡Estos pueblos de Castilla! Tienen su poesía y su prosa. La prosa consiste en que poco a poco nos dejamos llevar de la corriente en que perdemos los hábitos del trabajo ante la huelga general de los espíritus, con que poco a poco, incomunicados con el mundo, concluimos por ser una gloria del casino y por tolerar que nos admire el conserje. Y concluye el pueblerino por casarse. Y se hunde en lo mejor de su vida. Y se acostumbra a llevar las emociones del corazón a compás. Y concluye dejándose elegir concejal o diputado.

¡Qué aire de vejez, qué sabor de siglo y de leyenda tienen las piedras de este lindo pueblo de la provincia de Toledo! Cerca de donde escribo esta breve impresión, está la plaza del padre Mariano; frente a este lugar, la colegiata con una severa portada románica; en la misma plaza, en el lienzo Oeste, una casa vieja de escudo lleno de moho. Algún día fue grande Talavera. Era el centro de los cortesanos, de los juglares, de los frailes, de los aventureros, cuando Isabel zurció nuestra unidad patria. Los nobles vivían en Talavera. Luego, sin la Corte, Talavera comenzó a vivir de recuerdos. Vivió de su industria de loza y de cristales. Comenzó a vegetar. Sigue vegetando.

Mañana, día de Corpus, la vieja acartonada, pondrá unas flores de trapo en su cabeza. Ahora, sin percalinas, llega más al alma la melancolía de una cosa que fue y que no es...

El Adelanto (16-06-1911)

Visión de Talavera

Y desde este paraje, desde el islote de los Molinos, en la hora crepuscular, cuando las sombras van envolviendo y difuminando en el ambiente la torrecilla grácil de la Colegiata, ensombreciendo los panzudos muros del convento Agustiniano, convidando las cosas al reposo y al silencio, mi espíritu de poeta quiere abandonar las cosas de la tierra y los afanes de la tierra, y, como la naturaleza, pide crepúsculo, silencio y paz. Mirad, amigos. Sobre el fondo añil del cielo, resaltan los edificios altos de la noble ciudad castellana.

Sobre un plano de silencio, murmura sordamente el Tajo, el río a cuyas orillas amara Cervantes, el río de la lava, el río de Portugal, el río de nuestros infortunios. Hacia la zona oriente, una raya de naranja corta perpendicularmente la parte norte de Talavera. Las nubes, en el cielo, forman mil figuras disparatadas y grotescas. En el islote, el verde intenso de los patatales, el más

[116] Se trata de una errata que se corregirá en el siguiente artículo «Visión de Talavera», *El Adelanto* (20-06-1911) que insertamos a continuación. Parece referirse al famoso historiador, natural de la localidad, Juan de Mariana (1536-1624), autor entre otras obras de la conocida *Historia de rebus Hispaniae*.

tenue de la avena, los arbustos escuálidos, los álamos solemnes, van perdiendo poco a poco sus tonos, sus matices. De la tierra mojada surge una canción preñada de misterios. Un sapo salta al estanque, amedrentado, entonando su "crocro" melódico, de flauta, saltando con rapidez automática. Un grillo, a lo lejos, saluda con su canto jovial; los pajarillos, en la huerta, revolotean asustados; tristes desde la puesta del sol, no volverán a cantar hasta el alba. El reloj de la ciudad deja caer lentamente ocho campanadas en la quietud melancólica de la noche.

Afinando el oído, una música vulgar y torpe, la charanga concejil, trae, desde el otro lado del río, desde el fresco arbolado del paseo público, las notas encanalladas de un vals de moda.

Mas la naturaleza se impone al artificio y la charanga calla avergonzada ante la majestad de la hora. La franja anaranjada se torna gris; el Tajo refuerza su murmullo; callan los pájaros y los sapos duermen su sueño en el estanque. Las cosas comienzan a callar. Y emprendemos, un poco tristes, un poco pensativos, un poco absortos, el retorno a Talavera desde los Molinos. Cada cual rumia sus recuerdos. Y sus esperanzas también. Como para la tierra, hay para el espíritu una hora dulce de crepúsculo. El dolor, desde lejos, sin matices, sin su punzante proximidad, mezclado en el paisaje total de nuestro interior, tiene su franja de color claro.

Como en una cuna, nos mecemos en nosotros mismos. Nos identificamos con el Padre Universo, confundimos nuestro ser con el de las cosas circundantes, y como el bobito de Asís, sentimos el dolor de las plantas, el de los insectos, el de las piedras, el de las nubes, el de los pájaros, el de todas las cosas que bendicen y cantan a su Dios como pueden y como saben, sin la petulante entonación humana.

Y descubrimos las primeras casas de Talavera. Poca gente en sus calles estrechas y bajas, en sus plazuelas donde luce el musgo; también medita la vieja ciudad sus grandezas pasadas. Un pobre niño, con el rostro curtido del sol, descalcito, camina delante de mí con una azada al hombro. Un símbolo, símbolo bien triste por añadidura. Un agustino, con las manos metidas en las mangas, con un andar rápido, contento y feliz, vuelve a su casa conventual.

Otro símbolo. Gentes hambrientas de un lado, y de otro, gentes que ven la vida a través de la razón, de una razón seca, que no puede plegarse, que no sabe de emociones, que reparte, desde un alto sitial, hambres y mercedes. Un fraile con las manos en las mangas y un niño que regresa del campo.

Asoman tímidamente unas almenas rematando un lienzo de muralla. Sigue una calle, una plazuela después; en un ángulo típico, han encalado un arco que sirve de puerta a un mesón. Otra plazuela, llena de musgo. La Colegiata. Y su verja que deja adivinar un arco de medio punto, tres castilletes, otra portada románica, la plaza de la Libertad, un palacete del renacimiento, la vieja casona del conde de la Oliva...

Creedme: este es el momento de sugestión de Talavera. Atravesáis la plaza de la Libertad y se inicia otra, estupenda, la del padre Mariana. El viejo historiador talaverano, con la cabeza caída sobre el pecho, en actitud un poco clericalmente cándida, parece meditar sus famosas leyendas.

Y seguís el paseo. ¿Dónde nació el padre Juan de Mariana? ¿Dónde vivió Isabel la Católica? ¿Cómo era la vida de Talavera hace cuatro siglos?

Los actores se fueron, pero queda el escenario con el alma de antaño. Disuenan los actuales vestidos en la vieja ciudad. Está hecha para la encrucijada, la aventura y la sorpresa y no extrañaría el crujido de dos espadas desnudas, ni el paso de un hidalgo fanfarrón, ni la dama enlutada, sabia en las lides del amor.

Entraña de Castilla, esta ciudad taciturna y quieta conserva el viejo sabor castizo y está pidiendo a voz en grito los faroles, y las hornacinas y las rejas con clavos, y el sombrero airoso de nuestros soldados de Flandes, y los pordioseros que murmuran en los atrios de las iglesias, y la litera del noble, y la casaca bordada del corregidor, y el gesto apicarado del corchete.

Talavera, de noche, nos descubre la fisonomía de nuestro pueblo hidalgo, después de habernos hecho soñar un poco con la majestad crepuscular de una tarde de Junio.

El Adelanto (20-06-1911)

Paseo mañanero

Realmente, Talavera tiene un grato sabor castellano; varias veces, desde este sitio, os he hablado de este grato sabor; hoy quiero insistir nuevamente.

Las inundaciones últimas han llenado de légamo, de suciedad, sus calles; un río que atraviesa la población, el Alberche, se ha enfurecido; el pueblo conserva a estas horas vestigios de la

inundación pasada. Nada más hermoso que contemplar el Tajo desde el puente viejo de piedra. Atravesáis viejas casonas; callejas curvas que recuerdan a Toledo os hacen pasar de decoración en decoración. La torre de la Colegiata os sirve de guía.

En una calle, me detiene la admiración. El padre Juan de Mariana medita, frente a un ángulo del Concejo, sus leyendas; una casa de un solo piso, de amplio balconaje, vetusta, da frente al Concejo; al lado, se insinúa un callejón entre unos maderajes, entre unas tapias. Y asoma su corpachón la Colegiata.

Es una fábrica gótica de transición; dentro, es pobre y desmantelada.

Una copia de un cuadro italiano, representando la marcha al Calvario de Jesús, en la penumbra, nos hace transportar un momento a los pueblos de la Emilia, tan viejos, tan vetustos, tan negros. Adosado a la Colegiata está el convento de Agustinos; se llega a la iglesia por unos pasillos largos, encalados, árabes.

Tiene el convento un retablo interesante. A la salida, vemos cómo la hierba cubre sus tejados.

Y en aquella plazoleta, nace la parte más castellana de la población. Las posadas y los mesones tienen un arco, dentro, en el portal; los aldeanos del partido parecen arrancados de un cuadro de Zuloaga; hablan con un cierto dejillo que recuerda la proximidad de Extremadura. Y arranca el puente, curvo también, añoso, muy añoso. Las aguas del río donde murmurara Cervantes sus amores, del río cuyas tristes lamentaciones oyera don Rodrigo en sus andanzas con la Cava, trae un caudal enorme de aguas sucias y pardas. Se advierten depósitos de arena que ha traído el Tajo en su acarreo. Los ojos del puente están a medio cubrir.

Es plomizo el toldo del cielo; el tiempo, inseguro, amenaza acaso nuevas sorpresas. Los murallones panzudos de la ciudad quedan al descubierto al otro lado del puente; descubre sus naves, sus archivoltas; su crucero, el convento de los Agustinos; gallardea la torre de la Colegiata. Y más lejos, hacia la derecha, asoma la aguja de la ermita del Prado.

El tajo [sic, por Tajo] murmura sordamente, hinchado en su lecho, impasible, ceñudo, con su caudal enorme de aguas sucias y pardas.

El Adelanto (22-02-1912)

La fonda de Illescas

– ¿Y cómo viene usted de Madrid ahora? –me pregunta Isabel, no comprendiendo, con sus ojazos cándidos, inocentes, mientras se esboza en sus labios una sonrisa que no se atreve a surgir.

Y luego, cambiando de voz, añade:

– ¿Y se durmió bien anoche?

Hablamos de Illescas. Me han gustado los cuadros de la iglesia mayor. El Greco es siempre admirable. No importa que se rían los profanos de aquellos rostros angulosos, largos, de aquellos pechos escuálidos y míseros, de aquellas fisonomías retorcidas por el dolor, por el anhelo, por la fiebre de eternidad. Así somos en España.

Nuestro catolicismo es trágico. Tendemos a exteriorizar nuestros sentimientos más íntimos con entera plasticidad. Como los escritores llevan un drama en el bolsillo, cada español lo lleva en su corazón. Luego, diríase que tememos a Dios por las penas del infierno. Esos ayes de angustia que lanzan nuestras viejas en las naves de los templos, esos largos siseos que coronan el rezo del rosario, esos plañidos de los entierros, esa voz cavernosa de los que cantan el *Dies irae* en todos los funerales de todos los pueblos españoles, moldean el sentido religioso de la tierra. Hasta Isabel, hasta la gentil Isabel, fresca y lozana mozallona de Illescas, parece alimentarse del terror, porque lanza tristona;

– ¡Ay, Señor!

Isabel me hace curiosear los detalles de la limpia habitación enjabelgada [sic]. Una copia del Cristo de Velázquez figura a la cabecera de mi cama. Encima de una recia cómoda de encina, junto a un vaso ocupado por un membrillo, hay dos retratos. Isabel, de niña; su hermana Rosa, el día de las bodas.

–Ya murió la pobrica –exclama Isabel pensativa. Se me parecía ¿no es cierto?

– Ciertísimo –replico.

Hay en Isabel la fragancia de las rosas silvestres. Con absoluta inocencia, presta, por un momento, sus confesiones al desconocido, al forastero que marchará esta noche. Ella tenía un novio, pero ya no lo tiene. Una amiga, la amiga más íntima, se lo quitó; ¡qué amigas estas! Luego, no ha vuelto a salir otro. En la fonda ayuda al padre; ¡qué le va a hacer una! Y con esa resignación

melancólica de las que saben que contra la vida no hay ni puede haber rebeliones absurdas, es el alma de la casa.

Está en todo y adivina el gusto de cada cual. Y, por las mañanas, cuando nos fregoteamos la cara antes de salir, Isabel canta con una voz fresca y argentina esos disparates de Madrid, que al llegar a Illescas y al ser interpretados por una mozallona inocente, pierden su dejo de picardía, su acre perfume canallesco.

– Isabel, a las ocho téngame la comida –exclamo– ¡Me voy!

– ¡Quédese mañana, que hay baile en el casino –dice!

– ¡Si huyo de eso, precisamente, Isabel!

Y me dice que son muy bellas las chicas; María, Fermina la del boticario, Rosa. A ella le gusta Fermina, rubia, ojos negros, un pelo muy bonito y muy largo, como el de una Dolorosa. Los chicos andan más detrás de María, porque su padre es muy rico, ¿sabe? muy rico. Los hombres son así.

Doy el último vistazo a Illescas. Llovizna. Camino despacio para no caer en los baches. La torre de la iglesia Mayor, esbelta, altísima, me sirve de guía. El reló [sic]concejil deja caer ocho campanadas lentas en la tristeza de la noche fría. El palaciote de los Alba, en una plaza larga, ancha, oye el murmullo del viento que gime sordo. Al atravesar una calle, me detiene una procesión. Primero dos monagos con faroles. Luego una Virgen de las Angustias, enlutada. A continuación unos curas que rezan guturalmente el rosario, y detrás de los curas, unas viejas, muchas viejas, acartonadas, angulosas, llenas de arrugas, con el vientre abultado, con los senos flácidos, gimoteando, suplicando al Rey de los Reyes que alargue sus días suspirosos y tristes.

Torno a la fonda, a Isabel. Me sirve con esmero, departe de sobremesa. No comprende que, en carnestolendas, un muchacho abandone la dulzura de la corte por la placidez de un lugarón.

Y llega el muchachillo de los coches, diligente y avisado. Ruedan mis huesos sobre las piedras venerables.

Espero una hora larga en la estación; el tren –como siempre– trae retraso. El jefe charla conmigo; tiene diez hijos, mucha carga.

Llovizna. A lo lejos, por los montes de Toledo, refulge un relámpago. Un trueno retumba sordamente, a lo lejos. Suena la campanilla. Rechina sus herrajes el tren sobre las agujas. Monto en el tren. Unas chicas madrileñas, para epatarme, cuentan cosas de la Ivanrey, de la Squilache, de la Mina, visitas de casa seguramente, aunque los abrigos, un poco rancios, parezcan desmentirlo al primer examen.

El Adelanto (24-02-1912)

Una visión de Toledo

Toledo, de noche. El puente de San Martín, con el castillo de San Servando o de Cervantes. Luces, matas, canchos, sombras. Y el coche que nos deja adivinar, del otro lado del Tajo, las hondonadas, las huertas y los cigarrales de la parte baja de la vega. Y Zocodover, con su hornacina siempre iluminada, y la cena con las perdices sabiamente condimentadas por Granullaque, y el paseo nocturno, la indispensable «noche toledana».

Nos acompañan los amigos de siempre… Primero la estupenda plazoleta de San Juan de la Penitencia, con la cruz empotrada en el muro; el tejadillo, la sencilla portada conventual y el nacimiento de unos preciosos callejones morunos. Casucas achaparradas; patios de gente humilde; las ventanas con tiestos y macetas del Colegio de Doncellitas Nobles; casonas hidalgas y solariegas más atrás. Una luna redonda y chata platea melancólicamente el altozano del Alcázar, las torres, las espadañas, los tejaroces y las azoteas de Toledo. Brama el Tajo en la hondonada, harto de la misión de su cauce; canta un sereno, con dejo gangoso, las doce de la noche…

El palacio de Don Pedro *el Justiciero* y el campanil gracioso y esbelto de Santa Isabel. Esta tarde hemos oído la novena en honor de la bella y dulce Reina de Hungría, que limpiaba las llagas a los leprosos en los hospitales. ¡Santa Isabel!... Este monasterio de las *isabelas* es uno de los más íntimos y recogidos rincones toledanos. Muchas chicas de Toledo se llaman Isabel. «¿Isabel y de Toledo? –pregunta el dramaturgo del siglo XVI – ¡Pues será guapa y donosa!» Isabel la Católica es la gran amiga de los toledanos. Isabel se llama la mocita a la que adora el toledano Garcilaso, y a la que pone sobre las niñas de sus ojos por la fuerza de la costumbre:

¡Por hábito del alma mesma os quiero!

Isabel se llama la musa del toledano don Francisco de Rojas y Zorrilla; Isabel se llama una de las hermanas de Padilla, el comunero… De este rincón surgen, de noche, los primeros embozados que han de sublevarse contra Carlos, el Emperador; a citas amorosas detrás de una tapada viene de noche el Greco; esta espadaña de Santa Isabel es la más elegante y la más sencilla de todas las espadañas toledanas.

Después, a Santo Domingo el Real… Pensamos en los dos hermanos Bécquer, Gustavo Adolfo y Valeriano, que vienen aquí a rimar sus versos y a trazar sus apuntes. En esta plaza han soñado todos los artistas españoles. Aquí hemos esperado la luz de la mañana muchas veces; aquí hemos visto comulgar las novicias con el alba, vestidas de blanco, novias del Señor que temblaban de dulzura ante la comunicación espiritual con el Esposo; aquí hemos visto esas viejas sarmentosas de Toledo, muy delgaditas, con hábito del Carmen, pedir misericordia al buen Dios por el nieto que está en Xauen peleando con los moros…

Y a la Catedral, rendidos ya de sueño, antes de acabar la noche *toledana*. Juega la luna con la policromía de las cristaleras y con los huecos de la torre. Llueve. Nos recogemos. Como el caballero de la mano al pecho, sentimos la comezón de contar a Santa María todas nuestras dolencias y melancolías de amor, y de esperar la mañana para contemplar, de lejos, a Isabelita Padilla con mangas arrocadas, juboncillo y antifaz, que reúne a los leales en el patio de Santo Tomé, excitándoles contra el flamenco, que ha levantado los rollos en Castilla, y contra Xebrés, el ladronzuelo alemán que ha dejado exhaustos los arcones de nuestros Concejos.

La Esfera (13-11-1926)
El Adelanto (28-11-1924)
El Pueblo (09-11-1924)

Visita a Toledo desde Madrid

José Sánchez Rojas, uno de los mejores y más cultos escritores de la España actual, comienza, con este trabajo, una serie de «itinerarios de excursión», ofrecidos a los estudiantes.
Sánchez Rojas hará partir sus diversos «itinerarios» de los grandes centros universitarios y escolares de España, refiriéndose a las visitas que desde las ciudades en que tales centros se hallan establecidos puedan hacer los estudiantes a lugares no lejanos, donde les sea dado contemplar paisajes, monumentos, tesoros artísticos o sitios de evocación histórica, cuyo conocimiento sea indispensable para la formación de una cultura de español moderno, conocedor de cuánto vale y representa su Patria.
CRÓNICA espera que estos «itinerarios» merezcan el interés de sus lectores jóvenes y les sirvan de guías de excursión.

Yo no acierto a explicarme por qué los chicos de España, que se agrupan en los mayores centros de cultura, no realizan, como los de los demás países, pequeñas excursiones domingueras al alcance de su bolsillo. Precisamente las grandes poblaciones universitarias –Madrid, Barcelona, Salamanca, Santiago, Sevilla– están siempre rodeadas de rincones henchidos de historia y de leyenda. De las ciudades, conocen los cines y los colmados, pero no el paisaje ni los alrededores. En las tardes domingueras presenciamos siempre el espectáculo de grandes núcleos de muchachos apostados en las aceras viendo desfilar tediosamente el día de fiesta, que concluye. Nosotros queremos señalar, y estimular en su día, esas excursiones de nuestros muchachos. Brevemente les señalaremos itinerarios sencillos y bellos. De momento, vamos a suponer que el punto de partida es precisamente el de la sede universitaria. Y es natural que comencemos por Madrid.

La primera visita que se impone al estudiante madrileño –comencemos por la villa y corte– es Toledo. No hay que madrugar demasiado, con ser cosa tan agradable el madrugar. Desde la estación de Atocha a la ciudad imperial apenas si hay más de tres horas de distancia. Un breve primer contacto con Toledo es un feliz hallazgo de todo el gracioso pasado de España. No es cosa de parar mientes en numerosos detalles al realizar esta primera excursión que repetirá el viajero, sino de atisbar el ambiente inefable de la gran ciudad. Un itinerario artístico muy sencillo es este que me atrevo a insinuar, partiendo de la linda plaza de Zocodover, que, poco a poco, va perdiendo, lamentablemente, su carácter. Desde una de las callejas de la izquierda puede otearse el magnífico Alcázar, y ya en él se impone la visita al patio. Luego, poniendo la mira en la torre de la Iglesia Primada, la visita a ésta. La catedral toledana –"magna toletana", dice el famoso verso latino– es todo un gran museo que requiere días y días de estudio y de observación. Ha de tornar a él muchas veces a curiosear el tesoro, a visitar el expolio, a deleitarse ante las capillas, a gozar

del barroquismo del trascoro. ¡Maravillosa plaza donde mira la portada principal de la Primada! El Municipio toledano, con sus torrecillas, recuerda los palacetes de cruz y chimenea del tiempo de los Austrias. Visite luego todas las iglesias que le sea posible. La más humilde suele ser muchas veces la más linda. Vea San Román y el *Entierro,* del Greco; San Juan de la Penitencia; Santo Domingo el Real; Santo Domingo el viejo... llegue al claustro gótico de San Juan de los Reyes y contemple los haces de luz en los muros desnudos de la Sinagoga. Camine por las calles pinas y tortuosas; deténgase en las plazuelas silenciosas y centenarias; baje hasta el Tajo; aproveche bien la mañana, que el que la aprovecha ya dicen bien los libros sagrados que ha ganado el día. Y a almorzar. En una fondita típica. Hay la de Lio, al final de la calle de la Plata; hay otra con sabrosas perdices. Tiene además los paradores, los restaurantes de Zocodover, el comedor del Castilla; si dispone de auto, las deliciosas ventas en las afueras. Y en seguida, nueva caminata: el museo del Greco, alguna iglesia más, por ejemplo, San Pedro Martín, donde se guardan los restos del caballero Garcilaso de la Vega; la ermita de la Vega, con su pequeño y sugerente camposanto. Desde Zocodover puede asomarse todavía al mesón del Sevillano, estancia de Cervantes en Toledo, donde su ingenio puso de posadera a la rubia Constancia, por la que bebían los vientos todos los petrimetres de la ciudad, empezando por Periquito, el hijo del corregidor.

Estas impresiones se irán posando lentamente en el espíritu del viajero de un día. Él mismo sentirá la comezón de analizarlas de nuevo, de aquilatarlas y de ponderarlas. Al desconcierto primero de asombro ante la diversidad y complejidad de los mil elementos que integran y componen la ciudad de Toledo, sucederá después, en el espíritu sorprendido, un segundo plano de armonía y de plenitud. Toledo es un resumen de nuestro arte y, por ende, de nuestro espíritu y de nuestro carácter. Toda el alma atormentada y grande de Castilla tiene en Toledo su cuna y su sepulcro a la vez. Toledo, que por su asiento natural es la fortaleza del Tajo, cuyas aguas se lamentan, prisioneras de la angostura de su cauce, tierras abajo, hasta desembocar en el mar dentro del seno de la dulce Lusitania, tiene el meridiano de una ciudad guerrera. Pero fue la Naturaleza y no el hombre quien le dio este carácter. Sus murallas son las rojas ingentes donde yace cautivo el río, y el castillo de San Servando parece otra eflorescencia natural. Pero con ser guerrera Toledo, es también mística. Sus torres, sus campanarios, sus espadañas, arañando el cielo gris de otoño, son flechas que le comunican con el ensueño y con la inquietud. El Greco se deja ganar del misticismo, y las líneas son llamas de fuego, ardientes y gozosas, que consumen el ánimo en congojas. Y es pícara también la ciudad. Aún Zocodover con todas sus terribles mutilaciones impuestas por el decurso de los siglos; los mesones, las casucas bajas que rodean al Tajo y que disputan al Tormes ser el escenario de los trotes y retrotes de la madre Celestina, definen este carácter de la ciudad. Ambos matices, el místico y el picaresco, se adueñarán enseguida, de la imaginación del viajero bisoño y se fijarán fuertemente en su retina. Picardía y misticismo son los dos factores que integran, con todas sus gradaciones, que no es ocasión de puntualizar aquí, el alma atormentada y compleja del castellano. Por distintas y hasta contradictorias que parezcan a primera vista estas dos zonas de la actividad espiritual, siempre corresponden y conciertan entre sí. Los pícaros son los aventureros que ganan tierras a los infieles y ensanchan los dominios del rey, y los místicos son esos frailecicos de alma encendida y de ruboroso decir –Fray Luis de Granada, Juan de la Cruz–, que son también soldados de la fe y ganan las mejores batallas al Malo, encastillados en su fortaleza interior. Ignacio de Loyola, fraile y soldado a la vez, crea las milicias de Cristo, y los caballeros de las Órdenes militares son monjes seculares que pelean con la espada para extender el respeto de la Cruz. Toledo, mitad mística, mitad pícara, compendia muy bien en sus piedras estos rasgos inalterables y eternos de nuestra historia. Y desde Toledo, por asimilación, por deducción, estimará más el viajero a Madrid cuando regrese, ya de noche.

Comprenderá mejor Madrid. Para muchos escolares, la villa del Oso y del Madroño es –aparte de los barrios de la calle Ancha, de la de Atocha o de la de Farmacia, parajes a los que les ata más la obligación diaria que la devoción consciente– la calle de Alcalá con la Gran Vía y el barrio de Salamanca. El Madrid de los Austrias, el de la Plaza Mayor y la calle de Toledo, y la de Segovia, y los bellos palacios de cruz y chimenea, y las casonas deleitosas y anchas, y la iglesia de San Pedro, y la de San Andrés fabricada con los primeros barrotes de oro que llegan de las Indias, permanece casi completamente inédito. Por estos andurriales descubrirán rincones que son dignos de Toledo y notas de color llenas de sugestión y de poesía. Y el Madrid de los Puentes y el de las Puertas; el del Jardín Botánico y el del Prado, y el del bello Ministerio de Hacienda, que Italia nos envidia, el de Carlos III y el del siglo XVIII, se irá destacando y perfilando ante su vista, después de esta primera ojeada a los cigarrales, al Tajo, a los Grecos y a los mesones de la ciudad imperial. El viajero insistirá muchas veces en la excursión después de las sorpresas del primer encuentro, que dejarían de serlo si nosotros descubriésemos las nuestras menudamente desde aquí. El paisaje,

ya dijo Enrique Federico Aracil[117] que es un estado de alma, y las proyecciones del mismo en la retina de nuestro espíritu cobran su luz ante facetas internas, distintas en cada uno de nosotros. El Toledo de cada excursionista será siempre distinto, y un poco personal. Pero esta excursión obligada tiene la ventaja de que descubre dos ciudades a la vez: la que se visita y la que se deja.

Crónica (17–11–1929)

Hacia el Toboso

El Puente de la Princesa, y el Cerro de los Ángeles, las lomas de Getafe en la mañana lloviznosa y sucia. Cortinas de agua. Luego, la cuesta de la Reina, y la arboleda del Padre Tajo, encinchando Aranjuez. Huella de los Borbones, y de Felipe V, y de una corte de bailarines y de hombres ociosos y de mujeres intrigantuelas y pintadas. Farinelli y la princesa de los Ursinos. Los árboles, dorados, gotean agua y en un paso a nivel esperamos un buen rato la llegada del expreso de Sevilla. Viene de "chauffeur", nuestro amigo el doctor Quintana, que espera impaciente, el acceso al paso de nivel y nos señala los primeros mandilones del bosque de Ontígola.

Ontígola. Ocaña. Sensación de tristeza la del pueblo toledano, sensación de aislamiento, de angustia. Los muros del penal. Y, una placita castellana maravillosa del tiempo de Carlos III. Pueblo de triste burocracia penitenciaria. La parroquia en un altozano. Porches y arquillos. Y ya la Mancha en las afueras...

La Mancha, el llano interminable, monótono, verde a trechos y a trechos rojizo. Las figuras se recortan en toda su nitidez. Don Quijote, Sancho, en Rocinante y en el rucio –las amantes figuras– se nos aparecen ya por estos andurriales. Aldeanos manchegos con el traje típico; chicas con pañolito negro defendiéndose de la lluvia; rucios y caballejos flacos por la carretera de Albacete. Pocos pueblos. Siempre el llano encarándose con el cielo; siempre el cielo encarándose con el llano. Villatobas. Pueblo de vinateros. Magnifica iglesia. Tubos forrados de negro a la puerta de las tabernas. Bodegas. Muchas casonas húmedas. De nuevo el llano inmenso. La villa del Corral. Patios toledanos –nuncios de los cordobeses– en los mesones. Veo a Maritornes en Villatobas. Ojillos rojos de conjuntivitis, pitañosos y chicos; nariz roma; boca grande y desdentada. ¡Salud, simbólica doncella! A su lado, doña Tolosa y doña Molinera, urden los enredos y murmuraciones del lugar. Y después, Quintanar, el pueblo de Juan Haldudo el Rico, que ha dejado cría en la cabeza de distrito que representó en Cortes este buen Lancerdita, amigo nuestro, tan avenido con todos los regímenes, por su afición al Derecho corporativo y a la sociología, ciencias, que como sabe cualquiera, no producen rebeldes jamás. Quintanar es muy grande. Se adivina que, como Ciudad Real, que como Alcázar de San Juan, Quintanar de la Orden es pueblo de juerga, de cabarets aplebeyados y de camareras complacientes. Las quintareñas salen de misa.

Y ya en la calzada del Toboso, luce el sol. Vemos la iglesia con su torre que parece un alminar en la lejanía. Casas blancas, enjabelgadas [sic][118] enormes. El pueblo de doña Ana Martínez Zarco de Morales, es decir, de doña Dulcinea del Toboso, nos sobrecoge un poquitín. Llegamos al pueblo "de ella". Ella es el ideal perenne, la quimera que se quiere y no se logra, el sueño que se disipa cuando las imágenes más lindas brincan de puro gozo en la esperanza de nuestro corazón anheloso. ¡El Toboso! "No te turbes, hijo mío", dice el caballero a Sancho, temiendo que no sepa comportarse cuando llegue con la misiva de su señor a la morada de la Princesa. "¡No te turbes, hijo mío!" Los turbados somos nosotros. Atravesamos el Monasterio de las Trinitarias; llegamos a la casa amiga; esperamos que, de un momento a otro, vamos a toparnos con Miguel de Cervantes...

El Adelanto (04-12-1929)

Regreso del Toboso

– Y usted ¿no se queda por fin? – me pregunta el señor Alcalde.

– No, señor; no puedo –le replico–. He de volver esta misma noche a Madrid. Volveré a Madrid. He estado enfermo y tengo mucho, mucho que hacer. Para la primavera aplazo esas conferencias.

[117] Sin duda se trata de una errata. En realidad, la referencia es al filósofo, moralista y escritor suizo, autor de *Diario íntimo*, Henri-Fréderic Amiel (1821 – 1881).

[118] Por *enjalbegadas*

– ¿De veras?
– ¡De veras!
– Pues entonces celebraremos el banquete de los Panzas en la Venta de Don Quijote. E iremos al Campo de Criptana, patria de Sancho. Y a Argamasilla de Alba, solar del bueno de Alonso de Quijano. Yveremos Pedro Muñoz, Miguelturra, Quintanar de la Orden... todavía más. Bajaremos por las lagunas de Ruidera en busca de los ojos del Guadiana hasta tierras de Jaén. ¿Por qué no se puede ahora?
– Señor Alcalde: he de preparar media docena de conferencias para estas Navidades en los Ateneos de Asturias. Con Linares, el director de "Crónica", tengo el compromiso de honor de enviarle unos originales urgentes. Estoy pendiente de pruebas de libros que están en la imprenta. Me levanto muy temprano y no es tan elástico el día como yo quisiera. Volveré, amigo Martínez de Pantoja, esta primavera. Pero sepa, de antemano, que soy un gran convencido de la tradición toboseña y que creo, a pies juntillas, que Dulcinea del Toboso fue la misma doña Ana Martínez Zarco de Morales, esposa del caballero calatravo don Francisco Pacheco. La explicación de ustedes aclara, por lo menos, algunos ribetes de fina ironía que yo no entendía del todo en el texto del libro inmortal
– ¿Contamos para la Biblioteca Cervantina, con "Las mujeres de Cervantes"? El ejemplar que tenemos está harto sobado; véalo.
– Si lo encuentro, cuenten ustedes con él.
El doctor Quintana prepara el bello "Chrysler" que ha de traernos a Madrid. Llueve; tañen las campanas de la parroquia "¡Con la iglesia hemos topado, Sancho!" Tañen las campanas toboseñas en el silencio de la noche clara y una luna pequeñita ilumina el árido páramo manchego. El almi[n]ar de la iglesia sobresale sobre las casitas blancas del pueblo. Pasamos junto al palacio de Dulcinea. ¡Cuántas veces, cuántas, nosotros, con el libro inmortal, hemos soñado con la placidez de vida de la doncella amada, mientras recibíamos los golpes de yangüeses y de barberillos en nuestros trotes y retrotes por los Campos de Montiel del ideal! No nos importaba midiese trigo; para nosotros el grano rubio era montón de perlas y de zafiros. ¡Ay, doña Ana, doña Ana! Ahora, los españoles no se calientan a la lumbre de tus ojos castos. El rodar de la vida de cada hora, les trae retusos a toda emoción salvadora. Nadie piensa en tus gracias, Dulcinea, sino en las rentas de tu padre. Y no se curan de tus sayas, sino de la levita del autor de tus días, que es su esperanza y su salvación.
Llegamos a Quintanar. Pasamos por Corral de Moguer[119]. Los aldeanos manchegos de Villatobas, bailan su danza en la plaza del pueblo; a nuestro paso. Pasamos por Ocaña y su tristeza se nos pega al corazón. Los bosques de Ontígola y de Aranjuez, el Cerro de los Ángeles, Madrid... En Regina las caras de siempre, con las peripatéticas de todos los días y de las fiestas de guardar. Allá queda el Toboso, dormido y tumbado en la inmensa llanura manchega. Recordamos con deleite las caritas, rojas y sofocadas, de las lindas toboseñas, que, horas antes, tocadas con la medalla de la Milagrosa, salían procesionalmente de la parroquia, cantando avemarías, mientras la charanga del pueblo "atacaba" –nunca mejor empleado este verbo guerrero– los acordes de la cortesana "Marcha Real".

El Adelanto (07-12-1929)

Meditación en El Toboso

En el Toboso; dos días de vacación. Separan de Madrid ciento treinta kilómetros apenas la aldea inmortal donde viviera la princesa más real amada por el más histórico caballero andante de nuestras Españas. Deliciosa excursión en automóvil. Se atraviesan los bosques de Ontígola y de Aranjuez, la tétrica villa de Ocaña con una Plaza mayor característica. Villatobas apenas se inicia el inmenso páramo manchego. Hay que llegar a Corral de Moguer y a Quintanar de la Orden para situarse en plena Mancha. Se advierte, sin embargo, que el corazón de la geografía quijotesca no reside precisamente en el Toboso; allí se inicia para abajo, hacia el Campo de Criptana, hacia Herencia, hacia Puerto Lapiche[120], siguiendo las lagunas de Ruidera, hasta encararse con

[119] Sin duda se refiere a Corral de Almaguer (Toledo)
[120] Actualmente, Puerto Lapice.

los ojos del Guadiana en su Alta Andalucía. El Toboso es nada más y nada menos que el punto de mira, constante y continuo, del corazón del Caballero...

Hemos llegado al Toboso una mañana lloviznosa y sucia. La torre del pueblo, vista desde lejos, parece un alminar. Las casas son altas, grandes, están enjalbegadas y tienen enormes proporciones. Parecen las de un pueblo cordobés o gienense[121]. Un precioso monasterio –el de las Trinitarias– da una fisonomía prócer al pueblo más famoso de la Mancha. Hay muchos escudos de piedra en las casas, con los atributos de la realeza picados, lo que quiere decir que en el pleito entre el Emperador y las Comunidades el pueblo se puso resueltamente al lado de estas últimas que negaban al flamenco los subsidios y tributos no votados legalmente por unas Cortes legales. El pueblo está encinchado de vides y de sarmientos y vive prósperamente de la exportación regional de sus caldos que son de gran riqueza alcohólica y de primera calidad.

Pero ahora aspira lícitamente El Toboso a vivir del turismo, al cobijo de la novela cervantina. Ya debe a la consideración espiritual de ser la patria de Dulcinea un magnífico grupo escolar. Ahora quiere un hotel, que se declare de primer orden el ramal de nueve kilómetros que le separa de Quintanar de la Orden y que se declare monumento nacional la pretendida casa de Dulcinea –habitada en el siglo XVII por Doña Ana Zarco de Morales, novia de Cervantes y esposa del caballero calatravo don Francisco Pacheco– y que a ella se lleve la biblioteca cervantina que ha reunido con singular diligencia el alcalde perpetuo de la villa, don Jaime Martínez de Pantoja, cervantista concienzudo y devoto y toboseño ejemplar y muy discreto.

En El Toboso, la exégesis del Quijote cobra nuevos matices y se presta a sugestiones completamente inéditas. Un paseo por la Mancha nos enseña mucho más que la lectura de cientos de mamotretos. El inconveniente mayor que vemos en la labor erudita de hombres beneméritos por lo demás, como don Francisco Rodríguez Marín, es que no se han atrevido a abandonar por unos días su gabinete de lectura por las incomodidades de un viaje a la Mancha, y se debaten estérilmente en buscar el sentido literal de frases que no explican bien los clásicos y que se hallan todavía en boca de campesinos y de lugareños, tal ocurre con la expresión de duelos y quebrantos, que yo he oído aplicar a los desperdicios de los cerdos, un día de mercado en Talavera de la Reina. Así también a la de "cabello en redecilla" que señalaba la red en que se recogían los cabellos las solteras, vírgenes y mocitas. Otro inconveniente mayor que trae esta manía de no visitar los escenarios de las obras cumbres –el señor Martínez de Pantoja me ha asegurado que jamás ha estado en El Toboso el señor Rodríguez Marín– es que se tiende a medir las emociones puramente estéticas por cánones gramaticales, pragmáticos o eruditos. La tradición toboseña que encarna la figura de Dulcinea en Doña Ana Zarco de Morales tiene, históricamente, una importancia secundaria, pero estéticamente, capitalísima, porque nos descubre una faceta nueva en el espíritu atormentado de Cervantes. Cervantes tenía parientes ricos en la aldea manchega; de joven, los visitaba con frecuencia; en uno de los viajes, quedó prendado de la lozanía, hermosura y donaire de Doña Ana. Los dos estuvieron en relaciones amorosas. Aquellas se rompieron y en El Toboso quedó el recuerdo de que, en el callejón de Mejía, vecino a la casa de Doña Ana, Cervantes anduvo a palos con los criados de su contrincante don Francisco Pacheco. Otros creen que la riña fue un encuentro personal entre ambos rivales. Doña Ana casó con Pacheco y Cervantes no tornó a aparecer más por el pueblecito. Pero pasan los años y se decide a escribir el Quijote. El caballero se pasa las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio leyendo las disparatadas aventuras de los libros de caballerías, se enamora de una mujer que es de El Toboso y que vive precisamente en la misma casa de la novia que tuvo el autor de la novela en sus mocedades. Hija de un doctor graduado nada menos que en el Colegio de San Clemente de Bolonia, prerrogativa de que está orgulloso hasta el punto de unir a su escudo de hijodalgo la barra verde de los Gil de Albornoz, apenas si es en el libro de Cervantes la hija de un modesto y obscuro bachiller.

Pero lo interesante está en que la burla no llega nunca a cogüelmo, porque cuando está a punto de lograrse estalla y se convierte súbitamente en un sollozo. Don Quijote se humaniza siempre que habla con Sancho de su amada. Le llama Sancho hijo, Sancho amigo, Sancho bueno; le suplica que no se turbe ni se ciegue ante el sol de la hermosura de ella; transige y pacta con el socarrón del escudero, firmándole en blanco la entrega de pollinos, o de escudos o de lo que quiera el aprovechado embajador. Vista así Dulcinea a la luz de la viva tradición toboseña, nos encontramos con algo más que un hallazgo arqueológico; nos encontramos con unas pági-

[121] Así en el original por jienense.

nas autobiográficas del propio Miguel. Dolorosísimas y henchidas de amargura, por lo demás. El recuerdo de Dulcinea surge en la cárcel del lugar del que no quiere acordarse Cervantes, a dos pasos de El Toboso. Doña Ana es una dama principal, seguramente casera y formalota, que no conoce más lecturas que la de los libros devotos ni más pasatiempos que los empleados en solazar al esposo y a los hijos. Su placidez de vida contrasta con la inquietud y con la miseria de la vida errante y agitada del escritor. Doña Ana está muy lejos de sospechar que aún queda buen rescoldo en el corazón de su antiguo novio, y es muy posible que no se dé jamás cata del dolorido sentir de aquel arlote que la festejara y cortejara de mozuelo. Y del mismo modo que la Dulcinea de la ficción ignora que el bueno de Alonso Quijano queda haciendo penitencia por su amor en los parajes más apartados de Sierra Morena, así también la Doña Ana Zarco de Morales, de carne y hueso, ignorará siempre que Miguel es huésped de la cárcel de Argamasilla de Alba y que el solaz del prisionero estriba precisamente en el recuerdo de aquel noviazgo tronchado bárbaramente por la realidad, que le impone a ella la boda con un caballero de bienes raíces, y a él la necesidad de peregrinar a otras tierras más hospitalarias en busca del cuscurro de pan.

Esta nueva interpretación de la figura de Dulcinea nos proporciona un rápido viaje a El Toboso y ya es bastante. La visión del pueblo nos familiariza además con el ambiente manchego. La parroquia, donde hay enterrados varios Cervantes, nos recuerda la tremenda ironía del caballero, cuando asegura a Sancho que ha topado con la iglesia, es decir, con una valla que no se puede salvar con los trampolines corrientes ni con los extraordinarios. Dejamos el pueblo de noche; una luna clara ilumina el páramo manchego en toda su infinitud; al remate de la calzada que ha de llevarnos a la carretera general, parpadean las lucecitas de Quintanar de la Orden, patria de aquel Juan Haldudo el Rico, del Quijote. Y solamente en estos parajes se comprende al aventurero que alza sus ojos al cielo para contar las estrellas o al hombre de cortos alcances pendiente de los partos del terrón. Panzas y Quijotes, en proporciones harto diversas, componen la condición humana. Y Cervantes nos enseña que cuando el loco vuelve a la sensatez en el lecho de muerte, el sensato pierde la sensatez para poder alcanzar una vida que le haga olvidar su servidumbre y su esclavitud.

La Voz de Guipúzcoa (08-03-1930)
El Mañana[122] (08-13-1930)
El Noroeste (30-03-1930)
El Pueblo Gallego (12-03-1930)
El Luchador (11-03-1930)

ZAMORA

Zamora

Al gran amigo Francisco Antón, enamorado de Castilla

El autor de estos artículos sobre viejas ciudades de Castilla, recuerda con emoción honda en horas para él de apretada e íntima alegría, sus peregrinaciones de adolescente por esos pueblos, recogidos y quietos, donde palpita el alma de la raza vieja y fuerte. León, Zamora, Cáceres, Plasencia, Ávila, Ledesma, Toledo...

Los visitó de adolescente unos días, pocos tal vez, unas horas, y han dejado una estela de austeridad en su espíritu.

El articulista no sabía entonces de estilos arquitectónicos, ni conocía más historia que la de Don Félix Sánchez Casado. Tal vez se aburría leyendo el Quijote. Los libros de los místicos, que después han sido tan buenos y leales amigos suyos, no le convencían antaño. De Castilla había oído que era "el pueblo de los castillos", y conocía, de referencia, a Sancho Abarca, a un rey comido por un oso en una cacería, y a Don Pelayo. La Cava le gustaba más. Pero él vagaba por plazuelas donde suenan estrepitosamente nuestros pasos solitarios; contemplaba catedrales de piedra raída con imágenes grotescas; era devoto de San Luis Gonzaga, y saboreaba el chocolate conventual con sus confesores, los dominicos; estudiaba y se dormía en las cátedras de la Universidad salmantina; paseaba por Mérida, de noche, pensando en una mujer que había visto la víspera en

[122] En *El Mañana* su título fue «Meditaciones en El Toboso».

sueños; se había detenido un momento en un callejón de Zamora recitando el castizo romance del traidor Bellido Dolfos; se había calado en Santander una tarde de lluvia y, finalmente, Antón amigo, madrugaba en el campo una mañana primaveral y bebía agua cristalina en aquella fuetecica donde es fama que apagaba su sed Santa Teresa, mientras platicaba de cosas santas y de amores divinos con el dulce y plácido Juan de la Cruz, el frailecillo de fuego y de místicos ardores.

¿Zamora?

Me acuerdo de su catedral. Una tarde que llovía mansamente, como el corazón del poeta bohemio, salí a verla. Primero estuve en el casino. En el casino hablaban de Luisa los pollos de la crema. Del casino salimos mi amigo y yo sin paraguas. Dimos la vuelta a la muralla, y a la derecha de la ciudad, en una plazoleta callada, estaba el hermoso templo románico. Recuerdo la media naranja que asoma, gallarda, en la pingorota; y la torre cuadrangular con sus machones panzudos y curiosos en las aristas. Las pilastras que aguantan a pie firme, en las tardes lluviosas, los muros del crucero y del claustro, no me parecieron tan románicas. La fachada del Mediodía, que llaman del "Obispo" –el Reverendo de Zamora la contempla desde los balcones de su casona– es de pura fábrica bizantina. Y el articulista comenzó a gustar lo bizantino en la añeja ciudad episcopal de su colegio. Y en aquella fachada había una Virgen con el Niño Dios, adorada por dos ángeles; y a la izquierda, dos efigies barbudas, indudablemente apostólicas, y luego flores, dragones, fantasías locas y caprichos de sonámbulo. Llovía cada vez más, y penetramos en la iglesia.

Y era la hora grata del coro canónico. Unas voces cantaban los salmos de David y otras respondían armoniosas y graves. Y sonaron las trompetas del órgano, y se estremeció el corazón del viajero curioso, y resonó el "Magníficat" valiente como un himno de victoria, lanzado a pleno pulmón, sobre la montaña, entre timbales, banderas, gallardetes y vocerío de júbilo. ¡Oh Dios, tú eres fuerte como un mancebo y piadoso como el pan de trigo! Y de pronto, deslumbras con un gesto soberano a un mozalbete que comienza a olvidarte ante unas piedras que levantaron para alcázar tuyo unos artífices obscuros y austeros, del siglo XI?, del siglo XII?

Despejó luego –era una tarde bochornosa de Septiembre hace cinco, hace seis, hace siete años–, y mi amigo me llevó a los jardines de Valorio. Era domingo; una banda militar amenizaba el paseo. Después de Dios, veíamos a las mujeres. Si por una mujer pecó Adán, del vientre de otra brotó Jesús. Y las mujeres de Zamora son graciosas, esbeltas y bonitas. Recuerdo una artesana que he visto luego convertida en "madonna", en el museo Pitti de Florencia. Otra, vestida con elegancia, sensual como una virgen gitana, de piel cobriza y de ojos negros y rasgados.

En Valorio discutían los muchachos zamoranos sobre las bellezas locales. Los de la crema defendían su casta; los estudiantinos, que salían suspensos en Junio y aprobados en Septiembre con las amarras de la misericordia, defendían las modistillas y las morenas. Yo no quise terciar, por delicadeza, en la cuestión. Pero coincidía –en algo había de coincidir– con los gomosos. La rubia es más femenina, más mujer, más ideal, más nuestra que la morena. Si ríen unos ojos azules en un rostro transparente y aniñado, desaparece nuestra tristeza por vía de encantamiento. Si lloran –y lloran por una grosería, por una violencia varoniles– somos malditos en el Señor. Rubias son las vírgenes florentinas, rubias son las creaciones del Ticiano. Pero también son rubias las grandes pecadoras –me objetará algún erudito en los grandes enredos de los Príncipes–. ¡Naturalmente! Se puede pecar mucho si se ama mucho: ya lo dijo Lutero, el gran pecador. Y extraía la sentencia de un incidente evangélico. He pensado muchas veces en la Magdalena, que era rubia, cuando ungía los pies del Señor con aquellos perfumes con que antes ungiera sus cabellos de oro, pecadores y flotantes.

Por Zamora, lector, ha pasado Castilla y ha dejado huella permanente en sus callejones, en sus arcos –el de doña Urraca–, en su castillo, en sus palacios mohosos y en sus iglesias melancólicas. Visita Zamora cuando estés en sazón de visitarla. Que no te acompañe más que el Romancero, un cronicón viejo de pergamino, el libro de "Las Fundaciones", o un volumen de ese estupendo evocador de cosas que pasaron que se llama "Azorín". ¡Que Dios saque de los pasillos del Congreso al leal amigo y le torne a las plazuelas de la madre! Más que un diputado adocenado vale un escritor único.

Respecto a la etimología del nombre Zamora, se sabe que no se sabe nada. Hay eruditos que han inventado nombres raros de donde hacen proceder esa palabra, Zamora: Oceleduri, Sara-

bris, Orcelis. También se fantasea bastante sobre la historia zamorana durante la dominación goda. Con Alfonso I se hace ya más luz. Alfonso III amuralló la ciudad y colocó en el Duero las fronteras del reino de León; en Zamora murió este rey. Desde entonces Zamora fue morada de monarcas. En el reinado de Ramiro II se libró, en el siglo X, la sangrienta escaramuza de "la fosa", a las puertas de la ciudad. Almanzor repobló la población de musulmanes. Al repartir Don Fernando sus Estados, un siglo después, dejó a su hija doña Urraca el señorío de Zamora. Su hermano D. Sancho, después de juntar en su cetro, Castilla, León y Galicia, robó el señorío de Toro a la condesa doña Elvira. Doña Urraca, amenazada también, opuso viva resistencia con las armas a la ambición desmedida del Rey. La intervención del Cid en la contienda casera, es harto conocida. Como es conocido el largo asedio de Zamora y la muerte de Don Sancho por el traidor caballero gallego, Bellido Dolfos. En Zamora hay una cruz puesta, según la tradición, por doña Urraca, en memoria de Don Sancho. Y la procesión de Nuestra Señora de la Concha, que se celebra en Pascua de Pentecostés, todos los años, reconoce también ese origen. Al llegar a la cruz, y con la imagen vuelta hacia Zamora, los sacerdotes rezan un responso por el alma del Rey... Luego vienen otros tiempos. Zamora celebra Cortes en 1427, con D. Juan II; luego, un siglo y dos siglos después. Durante el reinado de los Reyes Católicos, suenan a lealtad y valor, sabrosos apellidos de nombres zamoranos: Juan de Pacheco, Francisco Valdés, Castronuño, Juan de Ulloa. Zamora se rebeló a favor de los Comuneros, en el pleito famoso, a las órdenes del revoltoso obispo de la ciudad, D. Antonio de Acuña. Quedó vencida por los imperiales después de la sangrienta jornada de Villalar. Como los demás pueblos de Castilla, Zamora tuvo después sus Capuletos y Montescos, y aún presumo que sus Julietas enamoradas y sus constantes Romeos. En el siglo XVII, Zamora sufrió provocaciones de los portugueses que no llegaron, como es natural, a cumplir sus terribles amenazas, y durante la guerra de la Independencia, Zamora cayó bajo el poder de Francia, después de la batalla de Rioseco.

Hoy Zamora, lector, es un pueblo donde sólo los muertos viven, encerrados en los nichos de las iglesias. Zamora, cansada de luchar, ha dormido y duerme un sueño profundo, dejando a otros pueblos más jóvenes y sanguíneos el tráfico de la industria y de los comercios. Los hijos de los guerreros de esta, como de todas las ciudades muertas de Castilla, no quieren pelear con la vara de medir, ni vestir la blusa del trabajo, ni pasar la vida en las grandes urbes, ahuecando la voz y salvando a la patria. Duermen, duermen y duermen. Romeos siglo XX, no oyen a sus Julietas cantar sus cuitas a la luna, ni son capaces de remover un pueblo por una pasión arraigada. El que duerme no ama: olvida. Romeos vestidos por el sastre del lugar, vestidos como todos, diciendo lo que todos dicen, resignados cuando la resignación es cobardía, no saben cantar tampoco. Y los mercaderes han lanzado sus prospectos en las alhóndigas sustituyendo el madrigal por la factura, la escritura de hipoteca por la carta ingenua, y la caricia reglamentada por el beso robado en plena confesión.

Así es, amigo Antón. Mal hacen los que duermen, pero peor obran los que chillan. Castilla no ha muerto aún, como no ha muerto Don Quijote, ni el hampa picaresca, ni la clerical chocarrería, ni la jaculatoria devota, ni las procesiones de las mujercitas apocadas, ni los Cristos tétricos de los muros de nuestras iglesias desmanteladas, ni esos címbalos que tañen por las mañanas en nuestros pueblos...

Y resucitará Don Quijote y aconsejará, arrepentido, a su sobrina que se enamore locamente de un trovador leal. Y él mismo rondará de nuevo a doña Dulcinea, solterona llorosa, husmeadora de hidalgos pobretones, pero locos. Y morirán, en un ataque de tontería, los bachilleres. Y con ellos, Tartarín, el mamarracho de Tarascón.

¡Ay de Tartarín, el día que le cojamos Don Quijote y nosotros, sus hijos, por nuestra cuenta!

Alrededor del Mundo (14-04-1909)

Del espíritu leonés

Estando tan cerca Salamanca de Zamora, son dos ciudades que parecen no tener analogía espiritual alguna. La floración de lo plateresco en Salamanca es algo exótico en la llanura, que, sin embargo, se nutre de su espíritu; la austeridad de Zamora, la graciosa sencillez de sus monumentos románicos, labrados en piedra tosca y arenisca, su sabor leonés, le dan un carácter eminentemente arcaico. Es una impresión pasajera, claro está, que si acaso puede rectificase en detalles, no creo modificar en conjunto.

En Salamanca, en el patio de las Conchas, en el de la Salina sobre todo, puede recitarse, mejor que al Agustino, al Dante: *Tutti li miei pensier parlan d'amor*[123], y en Zamora, para evocar el alma que labró sus piedras, a la vista del Duero, ante el pórtico de la Magdalena, en la estupenda fachada del obispo de la Catedral, delante del portillo del Carmen, renace el acento, salmodioso y grave, más leonés que castellano, del Romancero.

Zamora, más que León, más que Astorga, más que Benavente, más que Ledesma, más que Ciudad Rodrigo, nos da la sensación leonesa, que –no me cansaré de repetirlo– nada tiene de castellana, aunque en la geografía espiritual española hayamos hecho términos sinónimos León y Castilla.

El espíritu leonés es una fusión de los elementos étnicos que revuelven su periferia; Portugal, Galicia, Asturias y Extremadura. El de Castilla, tierra de hombres, ha resistido el empuje forastero; Toledo, Burgos, Talavera, Illescas… y la mejor página leonesa es esta severa ciudad de Zamora, de la que conservaba una impresión vaga, que he reforzado ahora en esos días de Semana Santa.

Ha dicho un escritor castellano que los pueblos conservan algo así como la fisonomía propia de sus héroes, que sigue flotando en el ambiente a través de los siglos.

Es verdad, Zamora recuerda a doña Urraca, y al Cid, y al rey don Sancho, y al obispo Acuña, y a todo lo que hay de bravío, de altivo y de anárquico en el temperamento regional. Pasead las murallas, encaramaos ante el torreón del Castillo, deteneos ante la fachada de Santiago, husmead las ruinas desportilladas de la mansión de doña Urraca, contemplad esas posadas de la Estrella, de los Momos, que harían brincar de gozo a *Azorín*, el milagro está hecho y realizado.

Ahora parece que la burguesía sin historia se prepara en Zamora a levantar esas casitas anodinas, sin carácter, puliditas, sin expresión, vulgares hasta el cogüelmo, que van acabando poco a poco con un pueblo.

Aquí, donde hay cosas viejas tan hermosas, tan amplias y cómodas, tan señorilmente elegantes, tan nuestras, debe tornarse a la tradición antes que importar esos elementos decorativos, que si están muy bien en Cataluña, por ejemplo, están desencajados y fuera de su sitio en estos pueblos donde la severidad arranca de la entraña de la llanura solemne y uniforme.

Y Zamora debe conservar su tradición que es su porvenir para la explotación de su tesoro artístico, no por poco conocido menos admirable. Que estas piedras tejan su encanto en el silencio y en la oscuridad.

El Adelanto (16-04-1914)
Heraldo de Zamora (11-04-1914)

Los dos señoríos[124]

Dentro de la fisonomía peculiar leonesa, tierra de transición, y de fronteras, y de cambiantes, y de matices, tierra que nada tiene que ver con la sequedad castellana, y que se deja influenciar a todas horas por Galicia, por Asturias, por Extremadura y por Portugal, hay dos ciudades que pudiéramos llamar autónomas y únicas: las ciudades de los dos señoríos de las infantas doña Urraca y doña Elvira: Zamora y Toro. He intentado recientemente, en estas mismas páginas, la silueta de Zamora. He dicho, y torno a repetir ahora, que lo leonés, lo típicamente leonés, está en Zamora, en su románico, en su piedra arenisca y frágil, en sus templos viejos, que tienen el aire de fortalezas, en su dialecto, en su paisaje, en sus gentes y en su río. La cuenca zamorana del Duero con sus afluentes de más importancia, el Tormes, el Pisuerga, el Águeda y el Cericón determinan lo más sutil y lo más específico del terruño leonés. El Tormes, la Flecha, con su Fray Luis de León y Teresa de Jesús con sus viajes fundando palomares místicos, y los Álvarez de Toledo, con sus mesnadas de guerreros que van a Flandes e Italia. El Pisuerga es el río de Felipe II y del conde Peranzules[125], río que conoce la amargura de Colón y los sinsabores de Cervantes y que asiste a la confección de las rimas de Zorrilla, de Núñez de Arce y de Ferrari. El Cericón es el río del Rabí Don Sem Tob, de las coplas de Jorge Manrique y de los troveros de la corte de Juan II, como el Águeda es

[123] Tutti li miei pensier parlan d'Amor (Todos mis pensamientos hablan de amor). Sonetto della Vita Nuova (XIII 8-9)

[124] Unos meses después, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con este mismo título y distinto contenido en *La Voz de Guipúzcoa*, *El Pueblo Gallego*, *El Pueblo*, *El Luchador* y *La Esfera*, donde lo haría bajo el epígrafe «Perspectivas de Toro» (O.C. Tomo V, página 154).

[125] Pedro Ansúrez, también llamado conde Peranzules, (1037 – 1118). Conde de Liébana, Carrión y Saldaña, y señor de Valladolid, ciudad de la que se considera su repoblador.

el de Cristóbal de Castillejo, de Feliciano de Silva y de las andanzas de Julián Sánchez, *el Charro*. El Duero plasma la región y la forma con arreglo a las necesidades y a los caprichos de su curso.

Y el padre Duero, perezoso y lánguido, majestuoso, pardo y olímpico, que desdeña siempre la línea recta por el zigzag y por el círculo, así que abandona el valle mimoso de Valorio, precipitándose sobre tierras lusitanas, entra en razón y se trueca en seriecito y formal así que da vista a las viejas posesiones de doña Elvira. Toro se asienta sobre una peña ingente y no necesita de murallas porque todo el viejo señorío es una muralla perfecta y natural. Y el Duero forma sus jardines, y sus huertas, y sus plantíos, y dora el oro viejo de sus chopos y álamos otoñales, y da fuerza, y vigor a sus viñedos, y surge de su lecho de piedra como una floración natural. La colegiata románica de Toro no puede concebirse más que donde está situada, en el sitio más conspicuo y bravo de la peña, haciendo carantoñas al recortado castillo, desafiando a la gallarda torre municipal, resguardando los tapiales, ya rotos y abiertos a la intemperie, del Palacio de Leyes y de las Ordenanzas, siendo la hermana mayor de estas torrecitas, y de estos campaniles, y de estos cubos toresanos, tan viejos y evocadores.

Porque todo es evocador en Toro, hasta el sabor de cosa rugosa, y el olor del vino bien guardado, y el color áureo y morado de sus viñas. En este atardecer melancólico y lento del otoño en que contemplo la ciudad desde el Espolón, mirando la vega, la ciudad es vega también, y ribera, y río en formación que canta libremente, seguro de la suavidad y hasta de la facilidad de su cauce. Lo que hoy es vega fue ayer monte, monte de todos, propiedad de todos y abrigo esperanza de todos los pecheros y villanos. Hay unos deliciosos pinares cerca de la ciudad, en un altozano denominado Monte la Reina, que pudieron ser muy bien posesión de recreo de la infanta desposeída. Se advierte que el usufructo del monte circundante moldeó la ciudad y que los monasterios, las abadías, los palacios y las casonas solariegas fueron naciendo al calor de las distintas vicisitudes de la distribución del monte y con ella del aprovechamiento del Duero. Toro parece, originariamente, pueblo de hacendados codiciosos de limitar, y separar, y fijar bien por medio de vallas y de fronteras, sus propiedades rústicas. Brota el concejo, acaso del capricho del testamento de un rey, y vienen luego las iglesias –alguna mudéjar– a dar fe de vida de la hidalguía de estos villanos, elevados al más alto rango por la fidelidad debida a la señora natural.

Dentro de Toro, más que dentro de Zamora, advertimos prestamente que la ciudad fue soberana, y libre, y autónoma; todo un Estado con los recursos que le prestaban en su curso las aguas del Duero: el Estado natural del Duero. Hay que recordar a las grandes ciudades andaluzas, a sus enormes cotos de caza, a sus vegas feracísimas y a sus huertas para darse cuenta de la magnitud de estos contornos. Bien vale, hoy mismo, Toro un infantado. Otro país que no fuera el nuestro, más cuidadoso de su mercado y de la presentación de sus frutos, haría de la ciudad zamorana una nueva comarca como la Champaña o la Borgoña. Hoy, para reconocer la estirpe de Toro, para darse cuenta de que la ciudad sirvió de destierro a Lerma, de solaz a don Pedro, de amorosa cárcel a doña Elvira, de peldaño para escalar el mundo a Fray Diego de Deza, hay que volver los ojos a la colegiata y a su maravilloso Pórtico de la Gloria, que sólo pudo prender al lado de los grandes magnates del dinero y del espíritu.

La Semana Gráfica (13-12-1927)

Zamora, la ciudad del Romancero

Zamora; tarde invernal; llovizna y frío. Cúpulas graciosas del Salvador, y de San Andrés, y de San Esteban, y de San Lázaro, perdidas, esfumadas en una turbia cortina de agua. Campaniles románicos, arcadas de San Atilano, plazuelas anchas y silenciosas, la explanada de la Catedral. Y las minas del Castillo, a la vera de la casa de Arias Gonzalo, el buen vasallo, el mejor vasallo de la señora Infanta Dª Urraca.

El padre Duero gime sordamente, queriendo salir de su cauce. El valle mimoso de Valorio ha perdido, en esta hora, su riqueza de matices. De la muralla desapareció estos días el portón del Mercadillo, testigo mudo de la perfidia de Bellido y de la maldición del Cid a los caballeros que sin espuelas cabalgan. Tampoco se advierte, en las cercanías del portón, aquella «torre mocha» desde la cual, según el Romancero, increpaba la Infanta al buen Rodrigo. Pero, a pesar de las profanaciones y de las mutilaciones de hogaño, no hay mejor observatorio que el del Castillo para otear el pasado, y hasta el presente, de «Zamora, la bien cercada». El cimborrio oriental de San Salvador, ya limpio de los adefesios que le tapaban y afeaban, sobresale con toda su gallardía en esta estampa borrosa de la tarde cenicienta y gris. Visto desde aquí, detrás del puente levadizo,

parece una continuación de la misma fortaleza. No se sabe si la iglesia es un castillo más, o si esta misma ciudadela fue en su día algún viejo templo, de Cristos tétricos y de Vírgenes morenas y prietas, como las campesinas de estos contornos.

Y Zamora, en este silencio, apenas interrumpido por el golpeteo de la lluvia sobre las piedras desmanteladas, sigue siendo la ciudad de las asonancias musicales de nuestro Romancero. Sigue sonando a trompetas, timbales y atambores. Oímos todavía los alegres y claros saludos de los quince escuderos castellanos que acompañan a Rodrigo para parlamentar con Arias Gonzalo, seguidos del llanto de la Infanta, que no quiere verse desposeída de manos del mismo bravo mozo que ella armara caballero. Y escuchamos el reto de los zamoranos que no quieren ser tachados de traidores. Y los cantos de los monjes en los funerales del Rey, recordados hoy mismo con la procesión del pueblo de la Hiniesta, que se celebra todos los años en la Pascua de Pentecostés,

Zamora, lluvia, soledad. Soledad y recuerdo. Toda la historia del reino de León está contenida en estos muros rotos y desconchados; en este paisaje, suave y caricioso, que recuerda las cercanías de Galicia y de Portugal; en este Duero que va hacia Lusitania, sirviendo de frontera natural a Castilla la enemiga; en estos portalillos de madera, acceso natural a los más lindos templos arrabaleros que tienen las Españas; en esta Puerta del Obispo de plena cimbra, de cortos fustes cilíndricos y de capiteles de abultadas pero graciosas hojas; en estos contrafuertes y canecillos y ventanas de medio punto de la Magdalena; en el Puente con su Gobierna y sus arcos ojivales; en el bizantino San Esteban; en el remoto San Andrés; en toda la traza, austera y digna, de la ciudad.

Zamora, más que Burgos, y que Ávila, y que Toro, y que Valladolid, es y será siempre la ciudad del Romancero. Por sus campos vemos siempre cabalgando aquellos dos zamoranos de verdes divisas, adarga en el pecho, grueso lanzón en la diestra, que con frenos y espuelas de plata cabalgan en dos alazanes hasta alcanzar aquel repecho donde se alza el real del rey D. Sancho. En su fortaleza contemplaremos los siglos desde la cerca de Almanzor hasta la rota de las Comunidades, y la postrera desilusión del recio obispo Acuña. Y sus calles, y sus palacios, y sus torres, y sus fosos y sus muros han de ser evocados en un sobrio y sonoro romance, si no queremos perder la gracia y majestad de sus piedras, contra las que lucha francamente el agua, en esta tarde invernal, sucia y melancólica.

Nuevo Mundo (25-05-1928)

Perspectivas de Toro

Recientemente he visitado Toro de nuevo, y fue tan honda la impresión que me produjo, que en estos días no sé pensar en otras cosas.

El itinerario es una delicia para el que lo ha saboreado, palmo a palmo como yo. Es el mismo curso del Duero el que seguimos. Tierras apelmazadas, ricas y densas de Coreses; pinares y más pinares; pueblucos siempre con su iglesia interesante y su campanario místico, junto al ejido. Sobre las lomas y altozanos, de vez en cuando, algún castillo. Y detrás de las tierras paniegas y de los pinares, los viñedos. El término municipal de Toro es el mayor de estas comarcas; debe pasar, según advierto a ojo de buen cubero, de las 35.000 hectáreas. El campo se deslíe en una franja que a ratos es morada, y de oro viejo a ratos. La ciudad surge en un otero, y la defiende, naturalmente, su propia prominencia. Al lado de la Colegiata, que es un castillo, hay otro castillo, o castro civil, y la ciudad está salpicada de torrecillas. Toro, con ser más chocho, está mejor conservado que Zamora. Es una hilera de palacios y de viejas casonas la ciudad de Dª Elvira, que parecen surgidos de la misma naturaleza toresana y que son como secreciones de aquel suelo. En Toro se advierten huellas no sólo de la infanta, sino de sus tradiciones municipales y de la época en que fue asiento de leguleyos y jurisperitos, que daban a los pueblos leyes, y pragmáticas, y ordenanzas discretas y curiosas. Y de Zamora tiene la traza, pero localizada, villanizada, como pueblo que desahució a sus magnates y los substituyó por vinateros. Las nobles estancias se han hecho bodegas, y se prefieren los sótanos y entresuelos, a los pisos altos. Eso es Toro; ciudad, o mejor, villa de sótanos.

Y en su Colegiata está todo León. Dejemos a un lado la riqueza de su fábrica y la maravillosa policromía de la portada de la Gloria. La Colegiata no es el palacio de Dios, sino la casa leonesa que se ha levantado a la orilla de la vega, sobre la peña ingente, para adorarle. Es mansión de labradores, casa del pueblo para sus menesteres religiosos. Los vía crucis sobre los muros enjalbegados; las Vírgenes morenas y toscas que trazaron los imagineros ante modelos puramente locales de mujeres toresanas; los altarcitos aldeanos, prestan su hechizo a este templo, que, a pesar de su noble historia arquitectónica, es puramente rural. Dos iglesias mudéjares, una de ellas con

un enterramiento primoroso, y varios conventos, completan los templos toresanos que son puramente civiles. Recuerdan mejor las luchas locales, que las disquisiciones teológicas. Son como la ejecutoria de la barriada más rica o de la facción más poderosa. Síntoma, por otra parte, puramente leonés. Los castellanos se cuidan, ante todo y sobre todo, de su catedral o iglesia mayor; los leoneses, de sus compromisos, o de la historia de su familia, o de la raigambre de su apellido; y así, los templos son coto cerrado para el vecino pobretón y para el adversario impotente.

Pero no acaba aquí el hechizo de Toro. Como a su vecina y en otro tiempo rival Zamora la moldea el Duero y la convierte en ciudad de defensa y de frontera. Cierra sus puertas al curioso y le fisga los pasos desde lo alto de sus tierras almenadas. En la traza de Toro hay como un espejo de recelo o desconfianza de unas casas a otras y de unos a otros monasterios. Lo que es hoy viñedo, fue ayer monte, que después se roturó, y cada toresano, amigo de la Infanta, arrambló con los terrones que pudo, vigilándoles y poniéndoles toda suerte de vallas. Y cuando Toro dejó de ser soberano, autónomo, la comunidad echó las primeras raíces de su democracia, y, temerosa del predominio de los bandos, atizó los descontentos para deshacer a los díscolos en la lucha común.

Conocía yo todas las ciudades leonesas, menos Toro, y al asomarme hace pocas tardes al Duero, desde el Espolón, tuve la clara visión de conjunto de estas tierras. Sin Toro, faltaba una de las facetas más características y nobles de la comarca: la del tipo de ciudad que mira a Castilla, que la vigila, que tiene que defenderse de Medina y de su Mota, y de los mercados formidables de los castellanos. Toro es el enlace de unión por su proximidad a Tordesillas de Toro primero, y por sus relaciones agrícolas con Ávila y Segovia después. Por la vega toresana vienen las primeras ondas de paz con Castilla. Acaso es la Nava del Rey la primera villa castellana que firma su pacto comercial con los toresanos, y Medina la que se encarga de difundir sus vinos y sus caldos. Toro advierte que su riqueza no le basta para vivir, y poco a poco va extendiendo sus tentáculos, convirtiéndose en la ciudad del Duero por excelencia. Mientras Zamora mira para Portugal, Toro abre sus ojos ante Castilla. Y de guerrera se trueca en jurisperita, y de jurisperita, en vinicultora.

¡Suaves tierras estas queridas tierras de León! En Béjar comienza a quebrarse el terreno, y sus paisajes de serranía parecen retazos de flamencos primitivos, con riachuelos de plata y montañas de verdor perenne; Ciudad Rodrigo vigila a Almeida y guarda las fortalezas lusitanas, oyendo la canción del Águeda, que lleva pepitas de oro en su curso; en Tordesillas llora los lamentos de una loca que preconiza la decadencia de una dinastía que ha de temblar ante el infierno con hipos de angustia; en Toro, todavía, León es esplendoroso, y municipal, y autónomo, y villano, y agricultor, y se afana con el trabajo y se estimula en la lucha. Y en la Colegiata dejó los ensueños de su arte, visto a través del tono dorado de sus vides; y en su Palacio de las Leyes, la desconfianza de su propia rudeza y su concepto del bienestar llano, edificado con los réditos de sus terrones y con el caudal de sus aguas riquísimas, pardas y lentas.

La Esfera (13-07-1929)
La Libertad[126] (15-05-1930)
La Voz de Guipúzcoa (28-07-1928)
El Pueblo Gallego (29-07-1928)
El Pueblo (28-07-1928)
El Luchador (02-11-1928)

Zamora, la bien cercada

Primavera de 1884, 1885… Un viajero mallorquín, don José María Quadrado[127], se asoma a la Torre del Salvador de la basílica zamorana, para evocar el pasado y para contemplar el presente de la ciudad de Doña Urraca y de Bellido Dolfos. El viajero es un simpático viejecito de sesenta

[126] En *La Libertad* su título fue «Toro, la ciudad de Doña Elvira». En *La Voz de Guipúzcoa*, *El Pueblo Gallego*, *El Pueblo* y *El Luchador* se publicó bajo el epígrafe «Los dos señoríos».

[127] José María Quadrado Nieto (1819 – 1896). Periodista, escritor e historiador español autor de varios de los tomos en que se dividió *Recuerdos y Bellezas de España* (1865), una "obra destinada para dar a conocer sus monumentos, antigüedades, paisajes, etc.". Por lo que comenta más abajo sobre su visita de hace unos 45 años, Sánchez Rojas se refiere a la reedición posterior: *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia Valladolid, Palencia y Zamora.* (Barcelona: Daniel Cortezo,1985)

y tantos años; tiene una cara ancha y roja, simpática, llena de optimismo y llena de salud; usa bigote y usa patillas; viste una irreprochable levita oscura y unos guantes grises; dotado –indefectiblemente– de un sombrero de copa, el señor Quadrado y Nieto (don José María), después de almorzar en la fondita del Suizo, de la calle de Viriato, se ha detenido un momento en la plaza de la Magdalena, junto al Tránsito, ha escrito unas líneas en su cuaderno de viajes y se ha dirigido a la catedral, ya pertrechado de un amplio permiso del señor Dean, su amigo, para asomarse a la torre y soñar, a sus anchas, durante una hora.

¡Tarde calurosa esta en que el señor Quadrado y Nieto se asoma –hace cuarenta y cinco, cuarenta y seis años– a la hermosa torre románica de la iglesia mayor de los zamoranos! El archivero de la Diputación provincial de Mallorca no puede reprimir una robusta exclamación de asombro. Zamora sigue siendo, como siete siglos atrás lo fuera, la ciudad del Romancero. El mismo padre Duero que se precipita gozosamente hacia tierras de Lusitania, va diciendo los viejos romances en su carrera. Allá, por las ruinas de San Francisco y de San Jerónimo, contempla la ciudad el viejo poeta, tan olvidado hoy, «coronada por las antiguas y numerosas torres de sus parroquias y como principal florón por el bizantino cimborrio de su catedral, asentada sobre cuestas que al Oriente bajan en suave declive y terminan al poniente en quebradas rocas y precipicios, rodeada de arrabales que besan y ocultan su pedestal.» Son aquellas cuestas, cantadas por el juglar, que vieran caminar, en ocasión memorable, a dos caballeros, jinetes en alazanes, con relucientes petos y bruñidas espuelas de plata. Pero dirigiendo su catalejo al puente, don José María desmenuza –por primera vez– la acción laminadora de los siglos. El poético almenaje ha desaparecido ya y las torres se han trocado en dos portales sin carácter, y al informe torreón que resta, se le ha impuesto un pesado chapitel, y por veleta, esa veleta giratoria que llaman "la Gobierna". Pero Zamora sigue siendo Zamora:

De un cabo la cerca Duero,
del otro la peña tajada,
del otro veinte y seis cubos
del otro la barbacana,

o, como dice el Romancero, sustituyendo estos dos versos finales por los que siguen, que pone en boca del rey don Fernando I al legar la ciudad a su hija:

del otro la morería;
una cosa es muy preciada.

Pero Zamora sigue siendo Zamora… en 1884, en 1885. Los muros conservan sus torreones y, muchas veces, sus almenas. El palacio de doña Urraca guarda sus miradores junto al río, debajo de San Pedro y debajo de San Andrés. Junto a la antigua cerca, todavía curiosea Quadrado los restos de la puebla del Valle, y los arrabales de San Frontis, de los cañavales, de Olivares, de Sancti Spíritus y de San Lázaro, apiñados en derredor de los campaniles de sus parroquias de remoto origen, circundan y envuelven los residuos de la vieja cerca, como si temieran quedar lejos de la acción de su defensa.

Nuestro amigo don José María Quadrado y Nieto ha concluido su examen de conjunto de la ciudad. Muchos días ha de permanecer en ella el erudito mallorquín. Lentamente desciende de la torre para perderse en las sombras y en la frescura de la vieja catedral. «El imponente y grave cimborrio del «augusto» templo –así lo califica el viajero– le produce «un placer y una sorpresa» indefinibles. «Cuatro cubos –continúa– flanquean su redondez, terminados en cupulillas y perforados de ventanas que les comunican una ligereza comparable con la de la crestería gótica, con mayor severidad, y se la dan a los curvos entrepaños la continuada serie de aquellas aberturas, cuyos arcos de medio punto sustentan triples columnitas, y las buhardillas o espadañas de forma triangular en que rematan». Pero la calidad porosa de la piedra zamorana es de tal naturaleza que las aguas amenazan con su ruina. Para evitarlo, el señor Quadrado advierte con pena que allí se ha colocado una gruesa capa de argamasa que ha cegado todas las labores. Nada más desapacible e ingrato para el viajero que aquellas «cinco calvas» que otra cosa no parecen hoy las cúpulas que dan remate al celebrado cimborrio. Años y más años han de pelear los amigos de Zamora para que desaparezca este adefesio. Cuarenta y tantos años después ha de oírse la voz angustiada del viajero mallorquín. Cuarenta y tantos años después al trazar nosotros esta estampa de Zamora –de esta Zamora que va perdiendo sus barbacanas, y sus cubos, y su palacio de doña Urraca, y su puerta del Mercadillo o de la Traición–, nos es grato evocar la figura del viajero mallorquín, con su bigote, sus patillas, su faz roja y simpática, sus guantes grises y su levita irreprochable, asomado

a la torre del Salvador, contemplando el torreón de «la Gobierna», al remate del puente, y el conjunto de los campaniles románicos bajo los cuales se cobijan estas piedras amarillentas, frágiles, areniscas y porosas de Zamora, la bien cercada.

El Luchador (07-07-1930)

OTROS LUGARES DE CASTILLA

Del espíritu castellano

Y nuestro amigo nos dice que le hablemos de Castilla. Es hora grata para conversar, y accedemos gustosos a sus deseos.

Y con la pasión, con el fuego, con el entusiasmo con que os pinta el jovenzuelo la figura y gentileza de su primera novia, hablamos nosotros al amigo de los campos yermos de Castilla, de sus llanuras interminables, del canto perezoso y lento del gañán que ara sus tierras, de sus mocitas castas y modosas, sobre todo de sus mocitas. Nuestra Castilla es demasiado alegre; hay luz cruda y rabiosa en nuestros cuadros, aquello no lo han visto Baroja ni Azorín. Somos demasiado dormilones los castellanos para cantar, a pulmón abierto, en la tierra sin horizontes, que tanto se mira en el cielo... Soñamos, al hablarle, con los ojos abiertos.

Yo lo digo entonces, hilando muy delgado en el telar de nuestra historia, que Castilla es casi toda España, casi toda España menos Cataluña, menos Galicia, menos las Vascongadas, menos Asturias, menos Valencia y Murcia. Y hago, además, una exposición, que a mi amigo, nacido en la calle de Jacometrezo, le sorprende: Madrid. Y como él, muchacho listo y avisado, saque a relucir la geografía de Castilla la Nueva, y me hable con arrobamiento natural en él de su capital, yo torno a replicarle.

Le digo que Madrid no es Castilla, sino un cuerpo extraño, exótico, que ha caído sobre ella, desfigurándola y aplastándola.

Las ciudades castellanas, Burgos, Toledo, Ávila, Salamanca, son tristes y recogidas, graves y austeras; Madrid es bullanguero y alegre, y sus hijos de calle y de guitarra.

En los rincones de Castilla hay tonos fuertes, viriles, enérgicos; el mendigo que runrunea limosnas a la puerta de una vieja iglesia; el labriego que embozado en su anguarina os da las buenas tardes; el maestro de cara geométrica, huesudo y anguloso, que os da la pesada sensación de un fuerte volumen de pedagogía. El país castellano es ciertamente masculino. Madrid no es así; la mujer reina y gobierna, el tranvía, la calle, el teatro, el Gobierno, la religión, la política, la casa, el templo, el palacio, el lupanar, todo. El castellano de allá que es casado, es codicioso de las miradas ajenas que caen sobre el palmito de su compañera; la mima, pero la cela; sabe de su beldad, pero gusta de contemplarla en el hogar. Su ideal femenino es la mujer de cocina, no la mujer de salones. Y en esta Castilla de la corte, la mujer satisface una pasión y además sirve de adorno. Nos gusta mucho; pero nuestro gusto es más grande todavía si de él participan los amigos.

La admiración propia es aquí reflejo de las ajenas admiraciones. Se busca una compañera para la vida y para la butaca del teatro.

Y el castellano es casto, cazurro, místico, con posos de rudeza en el hondón; visibles en la superficie también; el de aquí es abúlico, inocente, mundano, con la cortesía del hombre amable que no ha padecido de fuertes sacudidas nerviosas y cordiales.

Proseguimos con nuestra geografía moral, harto distinta de la administrativa, que se ha empeñado en llevar un escritor castizo y bilioso, Antonio de Valbuena, al reino del arte, ya que no al de la psicología.

Castilla tiene sus capas, como un terreno geológico; las más primitivas son Extremadura, primero; Aragón, después; Andalucía, en tercer término; las más sólidas, León, Castilla la Vieja; Castilla la Nueva, por último.

Y asoma el tinte cosmopolita en el riñón –solamente las fachadas en Valladolid son castellanas–, y en Zaragoza me dicen que el carácter emprendedor de sus habitantes va concluyendo con la fisonomía de la ciudad heroica.

Y digresionando, saltando de aquí para allá, con la lógica atropellada y enredosa de toda conversación atrayente, hablamos del espíritu de Castilla, de este enorme espíritu, amodorrado ahora, que personificó un día Isabel, la mujer de Fernando de Aragón, y con ella su confesor,

Jiménez de Cisneros, y más tarde la figura tétrica, pero ardorosa, de Felipe II, resucitado aquél finalmente, hace unos cuantos años con el mismo amor propio ofendido de los viejos comuneros en la figura gigantesca del gran Costa. Castilla es Teresa y es el Greco; pero Madrid es Goya y es Velázquez. Castellano y alegre, de alegría conceptuosa, es Quevedo; pero el humorismo madrileño no pasa del candoroso y atractivo Mesonero Romanos.

Y Castilla duerme, cansada de tanto desinterés, pobre y honrada. ¡Haz que no se despierte, Cataluña! Para ti permanece incomprendida porque está callada. Castilla, en cambio, sabe del espíritu catalán y se empapa de su finalidad, a pesar de la torpeza de los traductores y de los intermediarios.

Pero nuestro amigo, cansado, como yo, de divagar, ya no me presta atención ni yo a él. Y quedamos en hablar otro día, del campo, del campo de Castilla, escenario de nuestra mística, lecho del fraile agustino, padre del reposo y de la quietud espiritual de sus hijos.

El Castellano (08-03-1907)

Paisaje de Castilla

Desde el campanario del pueblo de Isabel la Católica, desde el campanario de Madrigal de las Altas Torres, estoy contemplando, ayudado de unos anteojos, toda la vasta, anchísima, interminable, infinita, amarillenta llanura de las Castillas. Ni un regato, ni un árbol, ni una graciosa ondulación. Los rastrojos secos, los surcos curvos, la tierra pobre y esquilmada. Y salpicando el llano monótono, los puntos oscuros, grises de las villas y ciudades. Arévalo, entre una nube de polvo, allá en la lejanía; más acá, estos pueblucos recogidos, austeros, místicos, silenciosos, de Fontiveros, de Cantiveros, de Cabezas, de Bernuil, de Zapardiel. Y enseguida, los caseríos salmantinos, las torres de Peñaranda, Aldeaseca de la Frontera, el llano leonés. Y en la misma sábana inmensa, los viñedos de Nava del Rey, el castillo de la Mota de Medina del Campo; tierras de Ávila, de Valladolid, de Salamanca de Segovia casi toda la meseta, pobre y desolada, extendida aquí, a mis pies, en esta tarde clara y radiante de otoño.

Nada más desolador, nada más trágico, nada más triste, que esta visión única del paisaje castellano. Aquí la tierra no es un asiento definitivo, sino un lugar de pasada, una morada de transición. El cielo nos está llamando a voces; por instinto, nos despegamos de esta tierra ingrata; ansias locas de quimera, de ensueño, de misticismo, se apoderan de nuestro espíritu. El sol hace de fuego las almas. Todos viven desasosegados, inquietos, poseídos de no sé que locuras innominadas.

La llanura embota los sentidos de la carne, hasta adormecerla, para tener más despiertos los del corazón.

Ningún color suave, ningún tono dulce, ninguna graciosa variedad; ninguna sombra grata, columbramos con los catalejos. Todo es áspero, crudo, pobre, violento, por estos contornos.

Luz cegadora arriba y abajo; los surcos toman un color rojo, de sangre, a la vista del sol; las casucas de adobes se ennegrecen. Castilla –nos dijo López de Ayala– face los hombres e los gasta. Pero hace los hombres sin espíritu gregario, los encara solos ante el destino, rompe en ellos todo lazo de solidaridad humana. El juicio final, la vista del ancho valle de Josafat pesa más en ellos que el juicio de los hombres y que el aplauso de las muchedumbres. Como estos pueblos viven aislados unos de otros, así sus moradores no tienen nada que comunicarse. Viven en el silencio y para el silencio. El diálogo sirve en ellos solamente para disfrazar su pensar. Valor convenido, la palabra no es una efusión cordial, sino un medio discreto de escamotear, de hurtar su juicio ante las cosas y los hombres que les circundan.

Como una losa de plomo pesa sobre los castellanos la aspereza de esta planicie, con sus cambios bruscos de calor irritante y de frío crudelísimo. La vida es tan recia, que tienen que dedicarse a fabricar quimeras. Oíd sus cantos en el campo, cuando mano a la esteva, lanzan a pleno pulmón sus sentires, más ocultos a través de la monotonía de la copla quejumbrosa –celos de amor, esperanza de cosecha próvida, huracán de pasiones que se desborda, narración de codicioso que va pasando revista a sus tesoros– late una fuerza oculta, un renunciamiento generoso, una esperanza de libertad al espíritu de sus trabas naturales. El esclavo dice su estrofa de liberación inconsciente de su poder. Y oídlos en la iglesia al entonar el *Gloria* o en los motetes de las novenas; la voz resuena limpia, poderosa y cálida, porque allí, sin saberlo ellos, dan al aire su doloroso sentir de contemplativos que pugnan por la acción.

Yo he comprendido esta tarde, contemplando estas llanuras, donde se formó la infancia de Isabel la Católica y que ella misma contemplara prisionera desde un torreón que se encara con Medina, todo el proceso psicológico de la doncella para unir las dos coronas de Aragón y Castilla y echar a los moriscos de su último baluarte. Ancha es la tierra, pero uniforme. ¡Allí debe llegar el poder de nuestro brazo donde alcance la visión de nuestros ojos. Una simple codicia de expansión terrena sirvió de cimiento a una solidaridad de pueblos que se sentían en el plano de un interés común.

...Pero el sol se oculta dejando huella de sangre en el llano inmenso. De noche, en el sueño, vive Castilla toda su vida. Muy cerca de aquí, en Duruelo, San Juan de la Cruz compone sus cantos sublimes.

Aquí, al lado, en el convento de Agustinos, fray Luis de León repasa un viejo texto del noble Horacio. Por estos caminos, Teresa, que viene fundando monasterios, que anoche vio el juego de la luna clara con las nubes en Medina, charla gravemente con los viandantes del amor de Dios, anhelando, cuando llegue al aposento de la venta, adentrarse en místicos deliquios.

En otra planicie, ancha y amarillenta como esta, nuestro buen hidalgo Alonso Quijano, alumbrado con el resplandor de los dulces ojos de Aldonza, bruñe las armas inservibles y relee las aventuras de los Amedijes y Esplandianes. Castilla, amodorrada de día, teje los hilos sutiles de sus ensueños durante la noche.

El Adelanto (07-01-1915)

Apuntes del camino[128]

Valladolid

Valladolid, llanura triste y desolada, páramo en la meseta, vías anchas, palacios deshabitados y tristes, templos sin acabar, orillas del Pisuerga y del Esgueva, trampas, bubas, socaliña, lacerías de amor. Soldados y clérigos, y más soldados, y más clérigos, y alcahuetas, y troveros, y pícaros llenos de ingenio, y garduñas de chancillería, y carne de presidio, y cuellos dignos de la horca. Corchetes, estudiantes, bribones venidos de Flandes y de Milán.

Valladolid: portales, plaza del Ochavo. Don Álvaro de Luna, la Casa de los cordones, Rodrigo Calderón, Portacoeli, Cervantes muerto de hambre, Herrera. Valladolid: la España de los Austrias y de las Novelas Ejemplares, de Felipe II y del Alférez Campuzano, del balduque y del coloquio de los perros, de los hospitales y de los cuarteles, de San Llorente y de San Benito.

Valladolid: Gregorio Hernández[129], Berruguete, tierras feraces de Alaejos y de Rioseco, Monasterio de Santa Clara de Tordesillas, castillo de Medina, ruinas de Peñafiel, José Zorrilla, Macias Picavea, Gamazo, Alba, Stampa, trigueros, comités…

Salamanca

Polvillo de oro en las piedras. Luz roja. Floración del Renacimiento en la llanura. León influenciada por la blandura lusitana y por la cazurrería galaica. Fondo de encinares y dehesas para toros. Salamanca: reposo, elegancia, sobriedad, rumbo y grandeza. El Tormes con la Celestina, y el Lazarillo de Tejares, y la quinta del señor Luis, y el Zurgén de los bobos de la Arcadia.

Salamanca: Academia, silogismo, doctores, gravedad asnal a las veces. Sopa boba de conventos, estruendo de erudición en las plazas, baraúnda de cencerros y gaitas zamoranas a las puertas de las bellas.

Salamanca: Fr. Luis cantando la Flecha; Meléndez Valdés escribiendo alegatos para el foro; Torres Villarroel, engañando a los simples con almanaques y predicciones; Iglesias de la Casa, Sánchez Barbero, Doyagüe, cereales peñarandinos, vega de Alba, crestas nevadas de Béjar, murallas de Ciudad Rodrigo, altozanos de los Arapiles, peñascos de Ledesma, Unamuno, Bullón, Esperabé, *El Adelanto*, ganaderos…

Zamora

Se oyen los timbales del Romancero en el silencio de la ciudad. Luz velada, de niebla, de lluvia. Piedra arenisca y tosca, trabajada por manos ingenuas e infantiles. Fondos zarcos, azula-

[128] También publicó un artículo con este mismo título, aunque distinto contenido en *La Esfera* y *La Voz de Guipúzcoa,* donde lo hizo bajo el epígrafe «Castilla en primavera» (O.C. Tomo V, página 106).

[129] Gregorio Hernández, también conocido como Gregorio Fernández (1576 – 1636). Escultor español, máximo exponente de la Escuela Castellana.

dos, de los campos vecinos de Lusitania. Zamora: medio portuguesa, medio gallega, con dulces inflexiones en el acento de sus hijos. El Duero, el padre Duero, con la Peña Tajada, lamiendo los muros de templos viejos.

Zamora: leyenda, muros agrietados, casucas bajas, portillo de traición, torres orientales de la Basílica, portales románicos, polvo de siglos olvidados. Letradillos ociosos, rentistas modestitos y apocados, casonas cerradas, administradores, militares. Ruina de la Casa del Cid, de la casa de Doña Urraca; el solar de los Rodríguez de Sanabria, convertido en mesón plebeyo al rodar de los años.

Zamora: iglesias, monasterios, tejaroces de iglesiucas, sarcófagos, tumbas, cofradías, pasos de Semana Santa. San Atilano, el obispo Acuña, Villergas. Zamora: la Edad Media encintando el siglo XX, León pereciendo a manos del castellano, cuarteles, oficinas, caciques, diputados provinciales.

Zamora: garbanzos de Fuentesaúco, vino de Toro, tierra esquilmada de Alcañices y de Sanabria, castillo de Benavente, elecciones tumultuosas, la sombra de Requejo el bueno, Marrón el malo, perezosos, arbitristas, la mala y el basto, el Casino frente a los Momos.

Palencia

Ruido de telares en la calle mayor la antigua. Luz clara y cruda; tierra con matices anaranjados y verdes, oteros, lomas, orillas del Carrión con magníficos y lentos atardeceres. Palencia: claridad, sencillez, abundancia, ponderación, buen sentido. La realidad imponiéndose a la leyenda, el botín midiendo, pesando, los laureles de la conquista.

Palencia: mesones, la Iglesia Mayor de San Antolín, de exquisita y graciosa fábrica, los yernos del Cid meditando la dote de las bodas, la iglesia de San Lázaro, hosca como una fortaleza desmantelada, plazoletas silenciosas donde juegan los niños al caer el sol, carritos, patizuelos, lo viejo alternando con lo nuevo amorosamente, ausencia de paradojas, de ruidos, de farándulas inútiles. Castilla sin guerreros, ni monjes, sin discreteos calderonianos ni agresividades quevedeñas; la Castilla del tímido burgués apacible y sencillo, que sonríe siempre, sin perder la cabeza.

Palencia: Juan II, Jorge Manrique, esplendor real en los templos pueblerinos, castillos, magnificencia gótica en el más apartado rincón. Saldaña, monasterio de Carrión, Senador cobijado a la sombra de la torre de Frómista, Barrio y Mier, Abilio Calderón[130], Concejo díscolo con alusiones envenenadas de Peñalba, peña del Casino, profesores de Instituto, Pombo comentando una anécdota local, el doctor Navarro mostrándonos un azulejo del castillo de Coca…

Astorga

Frío, cuestas, Municipio churrigueresco, escuelas nuevas, mantecadas, una "torre" construida por Gaudí a la entrada del pueblo. El palacio del obispo –también de Gaudí– frente a la Catedral.

Anchas plazas con soportales, y maragatos en las anchas plazas. Más ladrillo y más adobes que piedra. Un león cantando las excelencias del sitio; lienzos dispersos de las murallas…

(Mantecadas, canónigos, chocolates. El siglo marca una trayectoria que empieza en Santocildes y que acaba en Manolo García Prieto, en Manolín.)

El Sol (01-12-1918)

Invitación

Lector amigo: ¿Quieres acompañarme en una excursión por estas Castillas anchas, abiertas a pleno sol, pajizas y calcinadas, que tú sueles contemplar melancólicamente desde las ventanillas del tren cuando escapas a los puertos de mar por el verano? ¿Quieres acompañarme, amigo lector? Tú no conoces de estas ciudades, de estas villas, de estos poblados, de esta llanura, más que lo que te dicen unos libros un poco confusos y unos escritores un poco arbitrarios: nada o poco menos que nada. Castilla –y nosotros llamamos Castilla a la Vieja y a la Nueva con el lejano reino de León– está casi enteramente por descubrir. Nuestro viaje será, pues, en cierto modo, una terrible y fantástica exploración.

Castilla es como un índice o resumen de todas las tierras españolas. Tiene llanura, y tiene mar, y tiene montaña Castilla. Es compleja y multiforme. No hay un paisaje que la defina; los mares

[130] Ministro de Fomento y de Trabajo, Comercio e Industria con Alfonso XIII.

de enceradas mieses y las pardas onduladas cuestas que cantó Gabriel y Galán, son más bien mares leoneses y cuestas extremeñas. Castilla es páramo, pero es también vega. Y tierra fronteriza, y piel. Pero es corazón, y como es corazón Castilla, a él afluyen corrientes de todo linaje que se entrecruzan y enlazan y modifican, en exósmosis y endósmosis constantes, que explican el ritmo del vivir y la lentitud del pasar de las razas españolas.

Castilla no se siente región, acaso por eso, porque es el compendio, y el asiento, y la mesa, y la tradición de todas ellas. Galicia y Portugal dejan su huella en las tierras maragatas de León y en el vestido de los aldeanos de Bermillo, y en la dulzura sospechosa de las gentes de Alcañices, y en los cantos salmantinos de Fregeneda y de Villarino de los Aires, y en las piedras de Salamanca, que tanto recuerdan las de Coimbra, y en las aguas que arrastran oro del Águeda, hermano del Mondego, y en las turbias y pardas del padre Duero o Douro, cuyo curso es la historia de toda una fraternidad y el canto pretérito de dos gemelos hezados[131] por la misma cuna.

Y Extremadura, esa cosa por adivinar y estudiar amorosamente que se llama Extremadura, fuerte, bravía, viril y hosca, Extremadura modela también a su antojo tierras de Ávila, de Toledo y de Salamanca. Es más dulce la parla en estos pueblos; ciudades hay como Trujillo y Plasencia que son media historia de Castilla con los recuerdos de sus conquistadores y con el estruendo sabroso de sus leyendas. Extremadura quiere decir carácter y fortaleza. Zurbarán y el divino Morales pintan o viven en Extremadura. En un rincón extremeño aprende el César alemán los salmos de los monjes y espera el paso de la muerte. Doña María la Brava, la leona de Monroy que corta la cabeza de los matadores de sus hijos, nace en Plasencia, y en Plasencia nace también aquella Esperancica de la Tía fingida que hace las delicias de los escolares salmanticenses. Una serrana de la Vera enhechiza al mujeriego de Lope. Las Indias empobrecen a Castilla y crean el señoritismo extremeño, que está escribiendo hogaño el último capítulo de sus gracias.

Como no sabemos qué es Castilla, viajemos por estas ciudades, entremos en estos mesones, hablemos con estos campesinos sentenciosos, encarémonos con este cielo que incendia los rastrojos y alumbra en estas almas. Nos tropezaremos con personajes conocidos. Un hidalguillo de tal sitio sueña todavía en enderezar entuertos como Don Quijote; un pobre cura de almas de tal otro tiene el espíritu tierno y de rosa de Juan de la Cruz; esta mujer habla como Teresa; aquella otra –que vemos en Medina, en Toro, en Orgaz– es la sobrinica del buen don Alonso dando cronométricamente retoños al mundo desde que realizó su coyunda con el Bachiller, que es hoy notario, alcalde, juez de paz, que tiene acaparados toda suerte de oficios públicos.

Viajemos por Castilla, amigo mío. Ancha es Castilla y muy pintoresca y larga nuestra excursión. Vamos a revivir viejos tiempos; vamos a vislumbrar los futuros. Descubramos qué hay en el corazón de la meseta. No nos espante el sol, ni nos aburra la monotonía de los surcos, ni nos mueva a engaño la cazurrería y la pobreza de sus moradores. Con el pie en el estribo, digamos ¡adiós! a este pueblecito que oye el eterno murmullo de la eternidad y del reposo...

La Esfera (21-06-1919)

A través de la región leonesa

Las viejas provincias leonesas están delimitadas, como sabe el lector, por Asturias, Portugal, Galicia y Extremadura; así el antiguo reino de León es un reino fronterizo. El maragato participa del gallego; el palentino de las Sierras Albas es un buen montañés que habla con el empaque de un campesino de Pereda en recio y denso idioma castellano; el bejarano viste y piensa con el desenfado y con la pereza de un extremeño; el charro es un viejo señor de Castilla a quien su cinto de media vaca, su camisola plisada, sus calzones ceñidos y su ajustada media recuerda el carácter trashumante, o como diría Unamuno, cainita, de sus abuelos los pastores que transportaban durante el invierno los rebaños de merinas desde los valles gallegos a las feraces dehesas de Extremadura; finalmente, el hijo de Alcañices, de Bermillo de Sayago, de Vitigudino o de Ciudad-Rodrigo tiene algo y aun algos de la dulzura y cazurrería del buen aldeano lusitano. Sería difícil delimitar, en buenas fronteras naturales, el viejo reino que oprimieran siempre los castellanos y cuya epopeya quedó escrita para siempre en los quejumbrosos y viriles romances del rey don Sancho, el traicionado por el gallego Bellido d'Olfos en el famoso cerco de Zamora.

[131] ¿Enlazados, engarzados?

Nada tiene que ver con Castilla el viejo reino, aunque hogaño lo haya suplantado enteramente con sus querellas, con sus pleitos y con sus necesidades colectivas. Casi todos los grandes hombres que habitan la meseta son de procedencia leonesa, y cuando de su pueblo hablan, dan al leyente la sensación, un poco confusa y contradictoria, de que sus amores son neta y exclusivamente castellanos. Pero León tiene una cultura suya, una tradición, unas leyes, un paisaje, unos hombres, que no se dan en Burgos ni en Ávila, en Soria ni en Segovia. Castilla es el empaque, el gesto, el espíritu de sacrificio o el espíritu de dominación. El leonés, más avisado, más cazurro, con más sentido de la realidad en suma, representa el matiz, la *nuance*, el acomodo y el acoplamiento, siempre circunstancial, del espíritu con las pícaras necesidades que le rodean. Hasta ese confusionismo actual de los dos viejos reinos obedece a puras necesidades mercantiles de los mercaderes vallisoletanos y palentinos y al trazado ferrocarrilero del Norte, que ha dejado medio aislada a Segovia, que ha pasado de lejos por la montaña avilesa, que ha arruinado a Soria y que ha logrado que Burgos, una de las mayores provincias de la Península, no se comunique sino con las Vascongadas y con la Rioja y con su región, a pesar de sus viejos fueros de ciudad de los Condes y de *captu Castellae* [sic, por *Caput Castellae*], únicamente a través del Valladolid invasor y enemigo natural de sus riquezas. Pero la cultura leonesa nada tiene de común con la de Castilla. En distintas épocas, puede asegurarse que culmina con Jorge Manrique, el palentino, y con Fray Luis de León, el salmanticense. Las eternas coplas del Conde de Paredes a la muerte de su padre, el comendador, significan la sencillez, la intensidad y la ausencia del énfasis, y la posición del fraile salmanticense en la lírica castellana es la resurrección del espíritu pagano, creado por el renacimiento. Nunca más lejos de Calderón ni de Quevedo que leyendo los versos del enamorado de doña Guiomar o los paisajes que compone el fraile en la Ilecha[132], por el verano, al llegar los calores de San Juan, en la quinta que los agustinos poseen junto al río Tormes. Las leyes son distintas también en los dos reinos. El castellano es nacional, exclusivista; el leonés no sabe más que de su Concejo y de su pueblo. Castilla crea a Carlos V y al alcalde Ronquillo; la contrafigura leonesa es el comunero y el trágico episodio de Villalar. El paisaje es paisaje de río –el Duero lamiendo los muros de una ciudad vieja, el valle, el otero, el altozano, el jardín más o menos arcádico que reúne a los poetas bobos en el siglo XVIII o a los trovadores enamoradizos tres siglos antes– y en Castilla es el erial infinito, trazado surco a surco, entre las inclemencias de la naturaleza, donde el sol al ponerse tiene un tinte de oro y un descenso acompasado y majestuoso.

Los hombres han dejado también huella de su espíritu en las piedras del viejo reino leonés. Mientras en Castilla se da cierto sello de uniformidad a los palacios, a las iglesias, a las casas solariegas, en León domina un régimen más exclusivista, de ciudades. Ninguna ciudad se parece enteramente a otra. Se da en ellas lo bizantino, lo románico, lo gótico, lo plateresco y hasta lo herreriano, tieso y empacado, en la más terrible variedad que puede concebirse. Vive León un viejo régimen de comarcas, que no se conocen y que no tienen, tampoco, una característica común. Se advierte, aún hoy mismo, la formación del reino. La Corte era el asiento más o menos temporal del monarca según las necesidades de la conquista. Se ganaban o se perdían a cada paso ciudades y pueblos. Era Castilla según la leyenda, pero León según la historia, la que se iba ensanchando o achicando ante las sillas de los caballeros. Así, es una plazoleta abierta a todos los vientos y una ciudad abierta, sin puertas, fosos y contrafosos, donde el forastero, al mercar y convalachar [sic] sus productos al cambio de los del país, adquiere los fueros de la vecindad y hasta los de nación en el recto sentido leonés, es decir, en los de nacimiento.

Pocos viajes más interesantes y, sobre todo, más sugeridores, para el viajero nacional y para el hispanoamericano que quiera intuir las virtudes y las flojedades de la metrópoli, que una larga excursión por las cinco provincias fronterizas de Castilla. Yo le señalaría, como punto de partida, ese trágico pueblecito de Palencia, llamado Dueñas, junto al monasterio de los trapenses de San Isidoro, donde, como sabe el lector, se llevó a cabo la unión de las distintas regiones peninsulares con el matrimonio de Isabel la Castellana y de aquel Fernando el Aragonés, que se convierte en pesadilla y fantasma de los sueños del buen secretario de la señoría florentina. El pueblo está sin habitar, las casas rotas, los palacetes cerrados, los viñedos con mildiu[133], el campo en eterna y perenne barbechera... Los ganaderos se hicieron agricultores, los caldos –a merced de un tratado– se consumían en Francia; vino la desdicha y con ella la emigración y la soledad. La experiencia puede repetirse, hasta que se sacie el viajero, a lo largo de estos Campos Góticos, desde los cuales lanza Julio Senador sus truenos jeremíacos y apocalípticos. ¿Más abajo? La misma desolación.

[132] Errata de imprenta, por *la Flecha*
[133] Enfermedad de la vid producida por un hongo microscópico.

Casi toda la parte meridional de la provincia de Zamora es sencillamente inhabitable. Sin medios de comunicación, pueblos hay que permanecen aislados y sin comercio alguno durante la mayor parte de la invernada. Si para completar la visión ascendemos por la paramera de León, junto a Galicia, por la parte de Astorga y de Ponferrada, o por la de Asturias, camino de Riaño, repetimos la experiencia de Zamora. Y no es la vida más agradable en la Sierra de Francia, en la de Candelario o en la de Béjar. Las tierras de labor, poco más grandes que un pañuelo, están cansadas de producir; los huertucos familiares apenas sirven para otra cosa que para el sustento diario; la montaña no da sino jaramagos y escobillas, y las fábricas de Béjar se vienen cerrando, después del breve paréntesis venturoso de la gran guerra.

León no tiene, a la hora de ahora, una orientación fija que le permita sondear su porvenir con calma y sin recelo. Todo lo espera de los Saltos del Duero, la gigantesca empresa que tonificará todo el Oeste de España y convertirá en un edén los pueblos más pobres de las provincias de Zamora y de Salamanca, y de cuyos proyectos hablará en esta Revista una de las personas que más directamente han colaborado en ellos. Acaso el resurgir de la ganadería diese a este pobre rincón español nuevos días de gloria, porque de su viñedo, viejo y enfermo, poco puede esperarse ya. La roturación de los montes, que continuamente se lleva a cabo sin que nadie ponga remedio en el quebranto, está restando medios de vida a las comunidades rurales, ya que la parte cerealista que puede defenderse con el intercambio –la meseta dista mucho de ser el granero de España– se reduce a dos zonas, o a lo sumo, tres, no muy extensas, de las cinco provincias en que administrativamente está dividido el reino leonés. Porque de las industrias tradicionales y castizas queda ya bien poca cosa; apenas si quedan rastros de la orfebrería salmantina; el paño bejarano no se destina sino a una pequeña parte de las provisiones del ejército; la historiada manta con borlas y alamares de los zamoranos ya no se contempla sino en las arcas, olorosas de membrillo, de la casa de algún aldeano ricachón; la industria palentina, salvo el intervalo de estos años de guerra, se ha trocado en casera y comarcana; los vinicultores de Toro y de las tierras vallisoletanas –Nava del Rey y Tordesillas– se han empeñado en no asociarse a los tráfagos de una explotación en grande de sus magníficos caldos, que obtendrían inmediatamente la más lucida clientela; Peñaranda ha perdido del todo su tradición pañera y se ha limitado a enviar cereales y lanas a Cataluña; únicamente en Astorga y en Baños[134] la elaboración de los chocolates ha logrado una discreta difusión por el Norte. Y conviene advertir que León, a costa de Castilla, se ha apoderado de los cauces naturales de ella, trocándose en llave del Nordeste, en tierra de paso obligada para Galicia, Asturias, Santander y Portugal, y que dentro de las limitaciones de nuestra explotación ferrocarrilera domina un buen sentido en su trazado, que se permite el lujo insólito de tener ferrocarriles secundarios, como el que une a Palencia con Villalón, la tierra de los quesos, y a Valladolid con Medina de Ríoseco.

Distinto en sus necesidades, en su psicología y en su historia el reino de León de Castilla la Vieja, hoy se ha fundido completamente a ella, robándole su espíritu y substituyéndolo con el propio en un verdadero alarde de captación y de astucia. Cuando en nombre de Castilla se habla para la galería, es León el que pide remedio para sus cuitas, sin curarse de las del vecino, porque Castilla no tiene voceros y han sido siempre leoneses los que han llevado la voz cantante en esta exposición de memoriales. Así Macías Picavea, leonés, expone el pleito de la tierra de Campos, tierra leonesa, en sus libros y conferencias. Senador, leonés también, convierte en una dolencia general el malestar local de sus jornaleros y pegujaleros palentinos. Gabriel y Galán, en otro orden de cosas, canta un paisaje leonés:

> el de las castas soledades hondas,
> el de las grises lontananzas muertas,

en sus versos espontáneos y encantadores. Finalmente, son leoneses, castizamente leoneses, los políticos –Santiago Alba, Fernando Merino, Abilio Calderón– que hablan, a guisa de mandaderos y procuradores de Castilla, como si Valladolid, León o Palencia hubieran suplantado a Burgos, Ávila o Segovia, en sus explotaciones pinariegas, o en sus problemas exclusivamente técnicos de minifundio, que son, hoy por hoy, los únicos problemas agrícolas de Castilla.

¿Esto es España, esta es la medula, este es el eje, este es el esqueleto de nuestra nacionalidad? ¿Pero nuestro pueblo no es más que una suma de dolores, de fracasos, de intentos que no llegaron a cuajar? Veo los pueblecitos de León con sus rollos que sirvieron para colgar las cabezas de los defensores de sus Concejos; veo sus telares parados, muertos; oigo el címbalo de sus catedrales

[134] Parece referirse a la localidad palentina de Venta de Baños.

rompiendo el silencio maravilloso de sus urbes y me pregunto como Larra antaño, como *Azorín* hoy: ¿dónde está España, qué es España? Y los hombres de la meseta miramos al litoral, a la costa, con mirada intranquila y recelosa, a ver si el Mar Mediterráneo en la quietud de sus aguas azules, el Cantábrico en el espanto de sus galernas o el Océano con sus rutas naturales a los pueblos jóvenes que amamantamos a nuestros pechos, nos traen una respuesta que nos tranquilice y nos sosiegue el ánimo.

Mercurio (07-04-1921)

De la Alcarria de La Mancha y de otras comarcas

Castilla la Nueva no es otra cosa que el viejo reino mozárabe de Toledo, o, lo que es igual, el conjunto de lugares andaluces, extremeños, murcianos, valencianos, conquistados a los moros para unirlos a la vieja corona de Castilla, lugares que, geográficamente, forman la mesa central de Iberia y que están cortados por las tres cordilleras de Guadarrama, Navacerrada y Somosierra, por los breñales de Sierra Morena que la separan de Andalucía y por las sierras de Cazorla, Segura y Alcaraz. Es, pues, tierra de montes la tierra de Castilla la Nueva. El llano clásico de su hermana mayor –llano que más que realidad es un tópico literario en la comarca de la Granja y del Escorial, de Piedrahíta y del Barco, de Béjar y de Sequeros, de los Montes Albas y de Cervera, de Santander y de León– se trueca aquí, en la nueva Castilla, en los dulces valles del Manzanares, en las sabrosas y abundantes dehesas del Henar y del Jarama, pasto de reses bravas y de toros de lidia, en las riberas del Tajuña y en las anchas y plácidas del padre Tajo, asiento de los cigarrales famosos, que después de mover los clásicos molinos de Talavera de la Reina, en la región de la Sagra, sale a morir dulcemente a Portugal.

La fisonomía natural de la comarca mora, cristiana por la conquista, ya que no por el temperamento colectivo de sus hijos y de sus poblados, es un pequeño resumen del territorio total de toda la Península, y es, en otro sentido más alto y espiritual, el itinerario y la ruta del idealismo hispano. La zona baja de Castilla la Nueva la componen los manchegos, gente avisada y lista, colérica y pronta a las reacciones más opuestas de la sensibilidad. Baña la Mancha, de parte a parte, el Guadiana, que, brotando de aquellas lagunas de Ruidera que recuerda siempre con terror el buen Sancho y con fina sonrisa que no llega a traducirse a flor de labio el ingenioso enamorado de la Gloria, culebrea primero hacia arriba y hacia la izquierda, aparece, desaparece, asoma su hilillo pardo con cautela y después con todo desembarazo y gentileza, en los Ojos, antes de divisar el lago. Y estas riberas y estos ríos, estos breñales y estas peñas, estas dehesas y estos pastos, están enclavados en una de las zonas más ricas y más naturalmente feraces de nuestra España. El manchego y el alcarreño son ricos como son pobres, por naturaleza y por falta de patrimonio, el castellano viejo y el leonés, y por ausencia de técnica agrícola, por amontonamiento de propiedad y por un absurdo régimen de explotación terrera, el mísero y resignado extremeño.

Los yacimientos de calamina de Ríopar y los de mercurio de Almadén son la herencia, no mal conservada, por fortuna, de estos viejos lugares moros, que cuentan con una enorme extensión superficial. Su población pasa de dos millones, de los cuales más de uno flamea en la villa del oso y del madroño, capitalidad de Castilla la Nueva y más concretamente de la Mancha, capitalidad que nadie puede disputarle a Madrid, contemplando sus terribles carreteros maldicientes que atruenan los oídos con las injurias de su léxico en la calle de Atocha, con sus barrios de las Delicias, del puente de Toledo y del puente de Segovia, con sus arroyos del Abroñigal y sus chozas de junto al Manzanares, con su calle de los Mancebos y los atrios de San Andrés y de San Pedro. (Viénele su ingenio pronto al madrileño de su indiscutible raigambre manchega.) Y esta población de la Nueva Castilla tiene su gesto. Los pueblecillos se apiñan en derredor de las espadañas moras, gallardas y erectas que se elevan a lo alto, arañando un cielo transparente y azul, oreado por un fino y sutilísimo viento de sierra. Nada de piedra de sillería en sus edificaciones, como en Salamanca o como en Palencia; nada de adobes, de barro, de tierra cocida, como en los lugares zamoranos o leoneses. Casas hechas a toda priesa con cementos de canto y lanchas de sillar, luego manchones –de canto también– con líneas de ladrillo y tenues capitas de yeso. Poco rumbo en la apariencia y en el exterior, como entre moradas árabes. Más de un aspecto de Tánger o de Orán podéis contemplar en Talavera o en Toledo, en Illescas o en Ocaña, en el Toboso o en Alcázar de San Juan. Mirad Illescas con sus enormes tapias y las grandes traseras de sus casonas; contemplad Talavera, a la caída de la tarde, en la puerta del Río, con sus edificaciones de yeso y de pizarra

y las veras azules, rojas y añiles de sus rústicos mesones enjalbegados; salid por el puente de Alcántara en Toledo, a primera tarde, cuando el sol presta una tonalidad de plata a las ermitas y a los monasterios, a las casas con tejaroz morisco y a los hospitales inhóspitos y vacíos; marchad al Toboso, donde el ruido no romperá vuestros sueños, a contemplar los huertos, los sembrados, las dependencias de las grandes casas de labor; deteneos, finalmente, en Oropesa, a la entrada de la cuesta, junto al castillo, y entreteneos en casar el tono pardo de las casas con el gris y melancólico de los barbechos y de la tierra virgen. Hay un elemento nuevo, característico, castizo, que solamente notaréis aquí. El empuje del árabe está contenido por la parsimonia del castellano, pero el tipo de arquitectura, el recato y la sobriedad de la fachada contrastando con la riqueza y comodidad del interior, son exclusivamente moros. Ha desaparecido la sequedad del castellano viejo; el rumbo sucede a la gentileza y el derroche a la cautela y al aseguramiento del porvenir. Es que el optimismo ha fundado su feudo en Criptana, en Moral de Calatrava y en Ciudad Real.

Los vinos han adquirido un precio fabuloso en los mercados; corre el dinero en las cuencas mineras; hay una visión más directa, más plácida y más amplia de la realidad que en el resto de la meseta. El árabe que hay dentro del manchego, ríe a mandíbula batiente del éxtasis de su vecino, se venga de él, le supera y le vence. Porque ya es hora de decir que estamos en unas tierras peligrosas de humoristas y paradojistas. Un espíritu selecto puede simbolizar la finura, el tacto, el ingenio vivaz y pronto, la sutileza burlona y el desenfado risueño y comprensivo de estos hombres: el del alcalaíno Miguel de Cervantes y Saavedra. El espíritu burlón de este gran trotatierras nada tiene que ver con el estirado acartonamiento de un Quevedo o con el estruendo artificioso de aquel gran retórico, Calderón de la Barca.

Notad que la novela picaresca –ingenio y hambre– no ha nacido aquí, sino en la vieja Castilla. Los Lazarillos despiojan sus carnes en el Tormes; Rinconete y Cortadillo discretean con las rameras en el patio de Monipodio en Sevilla; la lozana andaluza exhibe sus carnes de perdición en los atrios de las vías, de las basílicas y de los palacios de Roma. Castilla la Nueva aporta su espíritu al de la nacionalidad en el arcipreste de Hita con sus gozos risueños a Santa María y sus cantos zumbones a las fembras [sic] placenteras y suculentas; con el otro arcipreste de Talavera, no menos alegre, resabiado y pecador que su compadre; con el bachiller Rojas y Montalbán, y su parto de la Celestina, primer monumento a la plasticidad, a la sensualidad del idioma castellano y a la melancolía de lo irreparable y de lo fatal, que no ha de volver a repetirse; Castilla la Nueva, finalmente, aporta a España el Quijote y el espíritu cervantesco, es decir, lo más elevado, alto y puro de su pensamiento y de su sensibilidad. Y todo esto se explica, acaso, porque el pensamiento castellano, dentro del latino, es específicamente distinto por su herencia oriental y africana y porque en el castellano nuevo este aporte, mezcla y confusión de sangre, se da todavía patente y viva en su ambiente general, en lo colectivo y en el individuo.

Castilla la Nueva no ha perdido la fisonomía que trajera al juntarse para siempre a la corona de Castilla y de León, y al trocarse después, cuando Felipe II, cansado de Valladolid, trasladó su corte a las orillas del Manzanares, en centro, además de geográfico, cortesano de su nacionalidad. Es la tierra de los caldos y de los cereales; de los olivos y de la ganadería; de las industrias domésticas y de las aplicaciones discretas de la actividad a las menudas e imprescindibles necesidades de la economía. Ella destina sus albaricoques a la fabricación de los mazapanes, por ejemplo, y no ha perdido la industria de la puntilla de Almagro. La cerámica de Talavera de la Reina, que ha pasado unos cuantos años de estancamiento, torna hoy a los mejores días de su vigor y empuje, imponiéndose en la ornamentación casera de dentro de España y de fuera de España.

Toledo compite con Éibar en achaques de orfebrería. Siguen los caldos de Valdepeñas imponiéndose en toda la región central y la miel de la Alcarria gustándose en todas las mesas, lo mismo que el aguardiente de Chinchón, los mazapanes de Toledo, las yemas de Talavera y de Torrijos. Hoy, como ayer, el valle de la Sagra es el granero central de la Península. El turismo se detiene extasiado en Toledo y en el Escorial, rebusca telas estupendas del Greco en Illescas, recorre los lugares sagrados de Alcalá y del Toboso, se deleita ante las bellezas naturales de Cuenca. Un porvenir espléndido se alza ante esta región, desconocida casi en su totalidad, porque Madrid y Toledo absorben todo el tiempo del curioso. Esta Castilla no es como la otra, la tierra de los castillos y también de los castillos en el aire, sino la del buen sanchopancismo ruidoso y refranero, enamorado del quijotismo –no lo olvidemos– y seguidor de él en los trances de apuro y de dificultad.

Mercurio (05-05-1921)

Tierras de Soria

Tierras de Soria, «cabeza de Extremadura», pinares de Almazán, plazuela con porches de Medinaceli, visión áspera y extraña de Agreda; montes lejanos de Aragón. Y la tierra apelmazada, estéril y fría, y la gente soriana, lo mismo que la tierra, sin fuego en el hogar, con la mismo color del llano…

He aquí dos sorianas, de Aldea del Rey, sorprendidas un minuto por el lápiz sagaz de Ochoa. Están a las puertas de su pueblucho de casucas bajas de adobes; un pueblo que no tiene fuente, que acaso no conoce más que una charca de aguas estancadas y podridas. Las tierras pajizas, en barbecho, viven en un eterno descanso, como las almas; los portones tienen una cruz de pino y un poyo, para los pordioseros, para los caminantes, en el zaguán. La torrecilla de la iglesia está cayéndose desde hace años. Los sarmientos de las viñas, cárdenos y verduzcos, están carcomidos por la filoxera; los trigales y los cebadales, enfermos también, anémicos por la falta de riego, por la ausencia de abonos orgánicos, dan, al llegar el buen sol de Julio, un fruto enclenque que no pesa, unas espigas que caen, como pateadas sobre el surco, aplastadas y muertas, al primer ventarrón que las acaricia.

Estas mujeres de los pueblos de Soria son como las que ha sorprendido nuestro dibujante en un momento de dolor. Los ojos, muertos a toda esperanza, han perdido su fulgor de mocedad; la frente, amplia, es un pergamino lleno de grietas y rincones; la boca se mueve en un eterno rictus de dolor y de angustia. Estas mujerucas han perdido toda feminidad; así, la piel tiene una coloración añil, lo mismo que las viñas, y unas líneas sarmentosas que crepitan al contacto como la leña seca, y unos gestos de dolorosas que ya no saben bucear en el porvenir risueño. Y prefieren los colores pardos y grises de la tierra que les sirve de marco; sayas verdes que fueron negras; altas medias de algodón, pajizas; pañolones de duelo, como para ir a un entierro, como para actuar de plañideras en las frías noches de Noviembre, cuando se cierran las maderas del desván a compás del viento, como para llorar los días cálidos de las primeras tronadas de Mayo, cuando los bueyes se refugian en las leñadas y cae en un minuto la piedra que las ha de arruinar por todo el año.

Nada importa que, a su lado, alumbre la sonrisa de la nieta, ataviada, como ella, con un pañolón más viejo todavía y con un sombrerito de paja, con el que se toca, a mediodía, al llevar la comida a los segadores y a los mozos de la vendimia. Esa muchachita, que ya sonríe como una persona mayor, será, andando los años, una abuela más que, en los secanos de Aldea del Rey, suspirará, como todas, agobiada por las apreturas del Fisco, por las impaciencias del administrador de Almazán y por el silencio de estos hombres que olvidaron las bellas digresiones de los idilios al contacto de los terrones apelmazados y estériles de los pueblos de Soria, «cabeza de Extremadura».

La Esfera (08-12-1923)

Valladolid y el campo

Para José María Vela de la Huerta

Unas horas escasas, la vacación dominguera en Valladolid, patria de Peranzules, el conde del Romancero, asilo de Colón en las horas tristes, cautiverio de Cervantes en los días difíciles del proceso del Caballero Ezpeleta[135], cuna de don José Zorrilla, de Emilio Ferrari, de Gaspar Núñez de Arce... Valladolid, patio primoroso de San Gregorio, torre graciosa y esbelta de la Antigua, Catedral pretenciosa –de Herrera– a medio hacer; museo religioso, con las esculturas de Berruguete y de Gregorio Hernández, las más bellas de España. Valladolid: política albista, comités albistas, artificial cabeza de una Castilla artificiosa, trigueros y arbitristas. Valladolid: tertulias de la Pecera, soportales, juergas en la Rubia, a la caída de la tarde, junto al río.

Hemos preferido el campo a la ciudad para nuestro asueto. La ciudad nos es muy conocida. Hemos deambulado bajo los porches de la plaza del Ochavo, donde halló la muerte infamante, a manos del verdugo, don Álvaro de Luna. La torre de la Antigua, que se eleva al cielo como la

[135] Se conoce como «Proceso Ezpeleta» a la investigación de un crimen ocurrido junto a la puerta de la casa que habitó Cervantes en Valladolid, sobre la persona de Gaspar de Ezpeleta, caballero navarro del Hábito de Santiago, supuestamente acuchillado por tener relaciones con una casada; y que derivó en el ingreso en prisión, durante algún tiempo del autor del Quijote.

palma de una mano femenina, ha sido cantada más de una vez, con emoción, en los días plácidos de nuestra juventud. Conocemos mucho la Catedral, y San Pablo, y San Benito, y las Angustias, y Calderón, y la Pecera, y hasta la Rubia. Hemos preferido el campo.

El campo de Valladolid, en Agosto, tiene matices de oro viejo, tonalidades amarillentas de peluconas de fines del siglo XVIII. Concierta con el ocre de las tierras barbecheras el amarillo de las tierras espigadas. Y las eras, con sus montones de parvas –paja y grano– y sus barriles rojos y sus carritos llenos de mies, y los pobres segadores de sombrero de paja, sudosos y jadeantes, y los trafiques, y las mozas guapetonas de senos que se mueven rítmicamente y de brazos rollizos y carnosos, forman un cuadro en que la figura humana concierta con el reposo, con la majestad y con la calma inalterables de la Naturaleza.

El paisaje de Castilla, requiere siempre una interpretación humana. La Naturaleza no ha sido todavía domeñada por el castellano. Sigue el arado de Roma arañando las entrañas de la tierra. Con una segadora mecánica, por ejemplo, se evitaría la fatiga de tanto brazo, que había de moverse con mayor dignidad, pero si estos brazos descansasen, el hombre se hincaría en sus carnes terrosas y débiles.

El páramo, con las aguas del canal, debiera ser jardín, y las espigadoras hortelanas, pero la propiedad es privilegio de muy pocos que prefieren el barbecho que es descanso, al riego, que es preocupación, y al cultivo intensivo que es técnica y, en último término, cultura. No saquéis al pobre castellano de su mus, de su escalafón, de su comité, de su hembra que le regaña, de su rapaz que le llena de mocos, de sus tres ideas que no son ideas, de sus siestas, de su Ricardo León, de la lectura de su querido «ABC».

En este delicioso retiro de Renedo, entre chopos y álamos, a la orilla del Esgueva, teniendo por escenario al Norte la terrible paramera palentina, y al Sur las tierras pajizas de Segovia, ¡qué grato es esperar y soñar! Pero esperar ¡qué? Soñar ¿qué sueños? Y el cerebro fatigado reposa, y el corazón, que vive en pleno combate, reposa. Y reposan, con el corazón y con la cabeza, los ojos, que no se hartan de contemplar tanta hermosura, y los oídos, que comienzan a habituarse a este silencio, denso y profundo, comprenden, al fin, la armonía del campo y el conjunto de rumores inefables que lo forman y componen.

¡El reposo de Renedo! Reposo animal y espiritual simultáneamente, reposo de plenitud, intervalo donde los recuerdos gratos van tejiendo las gratas esperanzas. Y el silencio, este divino y maravilloso silencio de Renedo, donde oímos, como ante un micrófono del espíritu, los latidos de nuestro propio corazón, que se desdobla, y sale fuera, y se orea, y canta su canción callada e íntima para tornar a enmudecer.

¡Retiro de Renedo, plácido y querido retiro de Renedo!... Eres el oasis de este desierto del luchador que camina, que camina siempre y tiene sed, y le ofreces, un momento, las aguas frescas de tu regato, para que beba en ellas golosamente, antes, de seguir peleando el gran combate.

El Adelanto (15-10-1924)
La Noche[136] (13-08-1924)

Un domingo en Sigüenza

Dios mío... ¡y con qué gusto saboreamos el descanso dominguero! Durante la semana, durante toda la semana, el mismo trabajo fatigoso: el artículo, el ensayo, la traducción hecha de prisa, el editor que marea. Cuando vemos en los diarios publicados nuestros trabajos, no estamos enteramente seguros de que los hayamos escrito nosotros. Cuando corregimos los pliegos para la imprenta, adoptamos una postura indiferente, extraña, casi mecánica. ¿Qué más da? Y cuando oímos un elogio, sonreímos para disimular la vergüenza que nos cubre el rostro…

Pero el domingo es nuestra liberación. Aranjuez, Alcalá, Toledo, Ávila o Sigüenza, son nuestros retiros favoritos domingueros. La merienda en la Virgen del Valle, oyendo los bramidos del Tajo; la visita a la Casa del Labrador, en Aranjuez; las almendras de las monjas de San Diego, en Alcalá; el café de Pepe, en la plaza del Alcázar, de Ávila, o la catedral y los porches de Sigüenza, en cuyo casino nos hablan de las piezas que cobra Romanones en sus cacerías nos prestan nuevas

[136] En el diario bilbaíno de última hora *La Noche* se publicó con el título «Castilla la Vieja».

energías para el tedio de la semana entrante. Y así, siempre. Y así, eternamente. Y así hasta que otros, más inteligentes y más sagaces, nos echen de nuestras posiciones, que el público es como una mujer que no tiene casi nunca memoria y que pocas veces tiene corazón.

¡Bah! ¡Y si en estos domingos, al menos, pudiéramos compartir con alguna persona nuestras confidencias, nuestras esperanzas y también el acíbar de nuestros fracasos! Casi todos nosotros, escritores, dibujantes, pintores, políticos, tenemos rotos nuestros resortes íntimos. A fuerza de vivir y de luchar, nos hemos tornado redomadamente escépticos. No nos sorprenden ni el egoísmo animal ni el sacrificio delicado.

Pasamos por las gentes y por las cosas con toda suerte de reservas mentales y cordiales. Ni nos marea el elogio, ni la censura nos quita, tampoco, la fe en nosotros mismos. Tenemos, a fuerza de estar gastados, intacto el tesoro de nuestra ternura con destino al primer ocupante, y si quedamos burlados, volvemos a esconderlo cuidadosamente esperando… ¿qué sé yo?, una coyuntura que no vislumbraremos, pero que es la razón íntima de nuestros esfuerzos…

Hoy, domingo, en Sigüenza, hemos venido a descansar dos amigos: un caricaturista y yo. A la hora del almuerzo, en el hotel, los que junto a nosotros huían unas horas del tedio de Madrid, estaban pendientes del gesto de sus mujeres y de sus hijos. Nosotros, no; nosotros, modernos Asaveros [sic][137], traíamos con nosotros toda nuestra vida de relación en el bobillo, o en la cartera, todo nuestro capital.

Y almorzábamos tristemente, saboreando la ventura ajena.

– ¿Y por qué… no se casan ustedes? ¿Por qué no se crean obligaciones? –nos decía una madrileña guapetona, mujer de un contable– ¿Por qué?

– ¡Señora mía! –Nos daban ganas de gritarla–. Nosotros jugamos sin trampa el juego de la vida. Sale la carta contraria, y nos resignamos a perder. Sale la nuestra, y damos tales propinas a los que nos rodean, que al día siguiente hemos de volver a tentar la suerte... ¿Usted entiende, señora?

La señora replicaría que no, seguramente. Verdad es que tampoco nosotros nos entendemos. Pero sentimos la angustia de haber fracasado ruidosamente porque no sabemos, o no queremos, o no podemos –¡vaya usted a saber!– crearnos un nido, que sea un refugio en estas horas domingueras de desencanto.

El Adelanto (17-01-1925)
El Luchador (24-01-1925)

Dueñas

El caballejo de la tartana trota sobre el asfalto de la calle Mayor de Palencia. A Dueñas... Tarde calurosa y abrasadora; silencio; modorrera. Castilla; los chopos y los negrillos del Carrión verdean a lo lejos; hay un macizo calvo y pelado a lo largo del sendero; la torre graciosa de Villamuriel pone una nota de sonrisa entre las huertas. El caballejo trota alegremente, ganoso de alcanzar la pesebrera. El monasterio de Calabazanos, al lado de Villamuriel; la musa popular no cree grandemente en la vocación de las monjitas:

Tocan en Tariego,
repican en Baños,
y bailan las monjas
de Calabazanos,
que las casa el Pombo
con los hortelanos…

Tariego, Villacerrato; más lejos Baños, con la basílica del rey D. Recesvinto. Las huertas de Florentino Pombo, sombras, juncos, bardas húmedas y frescas aguas. El monasterio de San Isidro, a la izquierda, parece un inmenso cuartel; la linda portada de la fundación primitiva permanece oculta entre las alas modernas de aquella fábrica; se oye, en el silencio de la tarde, la plegaria de los monjes de San Bernardo desde el coro.

[137] Ashavero (También conocido como Ahasverus, Buttadeu, Larry el Caminante, Joseph Cartaphilus, Juan Espera en Dios, Alvarus Stevenson – Michob-Ader – Samuel Belibeth…). Protagonista de la leyenda del judío errante según la cual este personaje negó un sorbo de agua a Jesús en su ascensión al Gólgota, por lo que recibió el castigo divino de vagar errante por la Tierra hasta la segunda venida de Jesucristo. Desde la ideología antisemita se interpreta esta leyenda como una metáfora de la diáspora del pueblo judío, condenado por Dios como responsable de la muerte de su Hijo.

Tierras de Dueñas; en Dueñas se abrazan el Pisuerga y el Carrión; el canal de Castilla riega también aquella tierra, esponjosa y mollar. Árboles, pinos, agua, fuentes, alamedas umbrosas y grandes; las cuevas del pueblo empotradas en los peñascos. Este prócer pueblecito de Dueñas, donde, al verse y gustarse por vez primera Isabel la de Castilla y Fernando el de Aragón, se asentaron los cimientos de esta España nuestra, que no es todavía una realidad, sino una esperanza; este prócer pueblecito de Dueñas pasa ahora por una crisis terrible e inaplazable. Era un pueblo rico; el vino daba para todo; los tratados comerciales con Francia favorecían sus caldos; el oro entraba por espuertas, los braceros ganaban –antes de la guerra, en los tiempos idílicos y baratos– ocho pesetas diarias, y tenían un borriquillo lucido y alegre para salir de madrugada al campo. Llegó la filoxera y llegó la denuncia de los tratados. Más de quinientas familias del pueblo emigraron a Francia. Apenas quedan más que los señoritos, que estos temibles señoritos de Castilla, por estas calles. No se oye desde entonces cantar en Dueñas; los ojos miran recelosos, y el hambre atenaza los estómagos. Los trémolos de los puses de Frómista –mañana es fiesta en Dueñas– suenan a sollozo contenido en esta soledad.

Dueñas, pueblo grande, lleno de sabor, un hechizo, un encanto de pueblo castellano. Soportales, escudos, aleros, tejaroces, casonas solariegas, anchas plazoletas, donde quedó para siempre el espíritu del pasado. Dueñas es un pueblo que fue. El patio del palacio de los Medinaceli, estropeado y roto. Barbacanas. Murallones. El convento de Agustinos, donde fue elegido provincial de la Orden, en las postrimerías de su vida, Fray Luis de León, convertido hogaño en el Sindicato Social Católico, que ha dirigido este buen señor asambleísta que se llama D. Antonio Monedero, hombre sencillo, que reduce los complejos problemas agrarios a simples sumas en el papel.

El pueblo de Dueñas tiene una preciosa iglesia parroquial. Un estupendo retablo gótico castellano en una capilla solitaria; el enterramiento de los condes de Buendía en el ala derecha del presbiterio; un sarcófago del siglo XI con escenas esculpidas de caza y cetrería, caballos emparamentados, guerreros, jinetes, escudos principescos de la Casa de Suavia[138], yace maltrecho, junto a la escalinata del coro. La sillería, de un gótico decadente, es tan absurda, que llama la atención. En la iglesia, y en esta hora del atardecer, unos clérigos rezan gangosamente el rosario.

Hablamos con el organista unos momentos. Nos ha entendido. Toca primero una plegaria de Mozart, de misa rezada; las notas se ligan con austeridad, gracia y abandono; luego, un aire de Hadyn, para misa nupcial. ¡Oh, el día pleno en que nuestros ojos descansan en la luz de otros ojos de mujer! La melodía suspira, tiembla, se aquieta, reposa, besa; es primero un temblor y luego el chasquido de un beso estampado en la boca de la amada. Y Beethoven, en fin; Beethoven en el silencio de Dueñas, en el recuerdo del pueblo de las sinagogas y de los hebreos; en el pueblo donde fray Luis encuentra amigos de perfil judaico, como él, capaces de entender sus comentarios a los cantos de la morena Sulamita. El organista ejecuta la marcha fúnebre, bajo las bóvedas sin luz de la iglesia, junto al sarcófago, con ornamentos de cetrería, de un remoto príncipe de Suavia. La muerte de Beethoven es, como en Teresa, una liberación, el abrazo con el ideal, la comprensión infinita abrazada al amor infinito. Las notas plenas, plácidas, humanas, de hombre que se ha desposado con el dolor de no contemplarse más que a sí mismo; las notas del sublime sordo oídas en esta hora, en este pueblo, con este reposo, son de una emoción inefable, que mi pobre pluma no sabe analizar.

Volveré a Dueñas a oír el órgano. Fuera, los puses de Frómista, en la plaza, suenan a sollozo contenido en esta soledad de víspera de día de fiesta, donde nada se espera, donde todos los días traen su afán y su pesadumbre, y donde no es posible que haya fiestas jamás.

La Esfera (17-03-1928)
La Libertad (08-04-1924)
El Sol[139] (15-09-1919)

Belmonte

Fray Luis de León nace en este olvidado poblachón manchego, perteneciente hoy a la provincia de Cuenca, el día 15 de Agosto, «festividad de Nuestra Señora», de 1528. Sabemos que su padre es el abogado D. Lope de León; que su madre se llama Dª Inés o Dª Ana de Varela; que se le bautiza en la magnífica Colegiata de la que hablaremos después; que en el pueblo aprende

[138] Casa de Suabia: Ducado alemán en el que entronca Beatriz de Suabia; reina consorte de Castilla y de León entre 1220 y 1235 por su matrimonio con Fernando III de Castilla.
[139] En *El Sol* su título fue «Beethoven en Dueñas».

las primeras nociones con un hermano del maestro Pedro Ramírez –de este Pedro Ramírez que ha de ser testigo en el famoso proceso de la Inquisición–, y que a los seis años abandona, ya para toda la vida, el pueblo natal, trasladándose a Madrid, donde ha de vivir algún tiempo el niño con un tío suyo en la calle de la Cruz, junto a la plaza del Ángel. Nada más. De sus padres se añade que son «nobles y limpios», aunque en la sangre pueda haber reminiscencias judaicas, y acaso por ellas tenga que abandonar el pueblo Lope de León. Los señores eruditos, desde Coster a Bell, pasando por Tamayo de Vargas, por Gil de Zárate, por Nicolás Antonio, por Ticknor y por otros, no saben cosa de más provecho sobre la infancia del glorioso agustino. Digamos de paso que la opinión sustentada por otros acerca del nacimiento del maestro León en Granada queda deshecha por la declaración del fraile ante los inquisidores, asegurando que vio la luz en Belmonte, y que en este pueblo se deslizaron sus primeros años hasta 1534.

Cuando nace el maestro, Belmonte, el lugarón manchego, aumenta prodigiosamente en riqueza y en población. Un siglo antes es un humilde lugarejo, llamado Las Chozas, sometido a la dominación de los Pachecos; cincuenta o sesenta años antes del nacimiento del gran poeta cambia de nombre. En 1459, según los datos de Cuadrado, se transforma la parroquia de San Bartolomé en Colegiata, «por ser ya el lugar insigne y populoso»: el marqués de Villena corre con los gastos de la fábrica. La obra dura muchos años; en el ábside se advierten las gallardías de sus agudas ojivas, y en las dos portadas es ya ostensible la decadencia del gótico. La torre, cuadrada, lisa, presenta unos tapiados ajimecillos. Bocetados pilares, encinchados de anillos y collaretes, sirven de sustento a las tres naves de la Colegiata, entre las cuales descuella, por su altura, por su magnificencia, por su esbeltez, la capilla mayor, alumbrada por la luz que se filtra en los altos ventanales ornados de arabescos. En esta capilla mayor, donde fue bautizado el más alto lírico y el más consciente y seguro de nuestros prosistas castellanos, se admiran, en sus nichos góticos recamados de follaje, las estatuas de Alonso Téllez de Girón y de Juan Fernández de Pacheco, padre y abuelo del marqués de Villena, con las de sus esposas, trabajadas y ejecutadas precisamente en los años en que nace el maestro. En la sillería del coro, que perteneció a la catedral de Cuenca, hay graciosos pasajes de las Escrituras tallados en madera y en la capilla de la pila bautismal llaman la atención dos magníficos retablos y el sepulcro de Francisco Dávila –coetáneo de fray Luis–, donde aparece este bello dístico:

Hic infans fuerat vitale fonte renatus
Hic situs, hic surget quo redivivus ovet.

Pero no todo en Belmonte es la Colegiata, ni su convento de franciscanos, ni la humilde iglesia que levantaron las hijas de Santo Domingo, junto a la Colegiata, cuando fray Luis componía, desde su prisión de Valladolid, los sabrosos y dulcísimos diálogos sobre Los nombres de Cristo. El castillo que preside el cerro, en cuyo regazo se agazapa Belmonte, atrae con más fuerza que su castellanísima plaza, que el patio de la casa natal de nuestro héroe, la atención del forastero. Seis torres colosales, ceñidas con escamas, forman los extremos de su planta gigantesca, describiendo su perímetro tres ángulos en forma de estrella. Los muros aparecen coronados por almenas escalonadas, ora circundando la barbacana, ora sobresaliendo por encima de los torreones, ora suspendidos, a guisa de remate, sobre la puerta de la fortaleza.

Y ya en el interior, dentro del glacis, se ven las escaleras al nivel de los adarves, y las aspilleras para los arcabuces y las ballestas. El patio yace en escombros; el brocal del pozo ha perdido sus espirales; las viejas cuadras se utilizan hoy como establos y retretes. En las salas de arriba, idéntica desolación; unas carecen de pavimento y de techo otras. Unas chimeneas ceñidas de arabescos quedan suspendidas al aire, esperando su desplome inmediato. De un magnífico artesonado apenas si permanece el recuerdo.

En los huecos de las torres quedan sólo vestigios de las escaleras de caracol.

De la fortaleza o castillo de los Pachecos arranca la cerca de Belmonte. El pueblo de fray Luis, cerrado en ella, sin la protección de los Pachecos, es hoy un poblachón más, adormilado, silencioso, entregado por completo a los trajines agrícolas. Su paisaje desolador, manchego, no acertamos a entreverlo nunca en la prosa de fray Luis. Ha de preferir las riberas del Tormes, los barrancos por donde gime el Tajo en la imperial ciudad, la altiplanicie de Madrigal de las Torres. De Belmonte apenas si conserva recuerdos el hijo ausente a través de su vida inquieta y turbulenta, y él, tan amigo de los viajes, no ha de tornar a contemplar el cerro natal, las tierras paniegas, los surcos áridos, polvorientos y monótonos de la Mancha, las casucas de Belmonte, donde Ramírez le enseñara las primeras letras.

La Esfera (28-04-1928)

Sigüenza y su región

He venido a ver el enterramiento del Doncel en la preciosa catedral, fortaleza de Sigüenza, huyendo de la monotonía de los domingos. El camino ya me es familiar y conocido: Torrejón de Ardoz, Alcalá y su Magistral, Guadalajara. En Sigüenza se puede decir que acaba Castilla y se inicia Aragón. Pueblo frío, pueblo viejo, pueblo episcopal, que son los que más sorpresas le guardan al viajero. Mil veces habré pensado detenidamente en él y hasta ahora no he podido realizar mi propósito. Y no me pesa. El antiguo coto electoral del conde de Romanones, está lleno de sugestiones y la catedral tiene una grata prestancia guerrera, que pide a gritos los timbales y las cornetas del Romancero.

Pero con interesarme mucho el pasado de estos pueblos, busco más su presente, para aquietar los nervios a su contacto. Madrid es soportable a condición de que sepamos librarnos de él periódicamente, en períodos de pequeños intervalos. Nuestros nervios están sometidos a muy duras pruebas en la Corte. Vivimos en una tensión perpetua. El cerebro se fatiga de cuando en cuando y se acorcha la sensibilidad. Poco a poco, se va disipando la sonrisa de nuestro rostro y creamos una cara artificial en nuestras relaciones con el prójimo. Entonces debemos huir a Sigüenza o al primer pueblo cercano. La expansión dominguera es más que un placer, una necesidad.

Sigüenza es un pueblo más. Plaza de porches peregrinos; rinconadas típicas; casonas hidalgas; fondita sin caldo artificial. Casino. Muchachas que no se pintan. Hombres graves que comentan ingeniosamente las incidencias de la Corte. Y la catedral, de sedante. Como la de Tarragona y aun la de Ávila, puede servir de castillo a la ciudad. Sigüenza servía de reposo a su cacique mejor: el señor Conde de Romanones. En los bancos de la Plaza platicaba con los indígenas y en los alrededores perseguía a las codornices. Aquí, donde el tiempo no pasa, meditaba en una combinación ministerial o ingeniaba una donosa réplica parlamentaria. Gracias al retiro de Sigüenza, conservaba su agilidad el travieso conde. Cuando ha ido olvidando sus reposos veraniegos, la Corte le ha ido tragando, poco a poco. Ahora se le ve venir. Trama una comedieta y conocemos el desenlace así que vemos a los personajes en las candilejas. Urde algo terrible para tener pendiente al buen público de su actitud y el buen público inicia una carcajada. No da una el señor Conde así que ha abandonado su feudo. Del mismo modo que no damos una los demás sino [sic] acertamos a liberarnos de la servidumbre y de las ligaduras cortesanas.

He pasado una deliciosa mañana en la catedral. En otro sitio consignare mis impresiones. Pero después solo, sin la preocupación de quehaceres urgentes, sin el apremio de las citas a hora fija, sin los cuidados y los chismes y las teclas de Madrid, me he sentido vivir intensamente. He oído charlar con reposo, del tempero y de la sazón, a unos labradores; he visto la salida de misa; he comido condumios caseros y sabrosos. Cuando ha arrancado el tren, deseaba que el breve viaje se prolongase por unas horas. Guadalajara de nuevo, las vegas del Henares, el pueblaco Torrejón, los aduares que anuncian la estación de Atocha. Madrid de nuevo. La gente pasea su tedio por las calles. Tristeza del domingo. Las gentes salen del Alkázar[sic] protestando de la última pirueta de clown de la vanguardia literaria española, Ramón Gómez de la Serna. Huimos con espanto del concurso para que no nos apedreen con las últimas greguerías del incontinente escritor. En Gómez de la Serna y en ese hijo espiritual de aquel "Duende de la Colegiata", que todos creíamos enterrado, César González Ruano, simbolizamos nosotros, después de haber respirado el aire de Sigüenza, toda la oquedad artificiosa de este gran poblachón manchego que hemos dado en llamar la Corte de las Españas.

El Adelanto (13-12-1929)

Desde Valladolid

He aquí vieja casona solariega del señor de la Oliva y marqués de Siete Iglesias, Don Rodrigo Calderón. Al lado de la casona, el monasterio que fundara el valido del más abyecto de los Felipes, y dentro de la iglesia, en el presbiterio, la momia de Don Rodrigo, donde hoy mismo se advierte el tajo del verdugo, al separar de su tronco el cuello del favorito.

Muy temprano me despierta el tañido de las campanas de las monjitas. Las campanas de Valladolid tienen un tañido único, inconfundible; estaba por decir que estos bronces tañen literariamente. Valladolid culmina con los Austrias, con los autos de fe, con los gestos bélicos de los Felipes y con las expansiones de conquista y anexión. Es un pueblo que acaba antes de llegar a su

desarrollo completo. Va para corte, y de corte le queda a Valladolid su traza exterior, la exquisita llaneza señoril de sus hijos, pero no el espíritu. Valladolid es la «cittá dolente» de las Castillas. En Valladolid muere obscurecido, el genovés; en Valladolid se escribe el «Coloquio de los perros»; en Valladolid arrastra una vida miserable Miguel de Cervantes y anda de querellas con la justicia en ese feo asunto familiar del caballero Ezpeleta. Álvaro de Luna y Siete Iglesias proyectan su sombra sobre Valladolid.

Y este tono inconfundible de decadencia, de vieja corte de hampones y de guerreros, es a la vez, la nota más delicada y exquisita de la ciudad del Esgueva y del Pisuerga. Valladolid es, en su traza –San Llorente, San Benito, la catedral–, la crítica más terrible de una Castilla desviada de su cauce natural de trabajo y democracia. Solamente en Valladolid puede escribirse, sentirse, mascarse, «El problema nacional», de Ricardo Macías Picavea[140], el primer escritor que formula conscientemente la crítica del austracismo. Solamente en Valladolid puede ocurrirle tanta desdicha al alférez Campuzano... He aquí los tres puntos precisos de la decadencia de la meseta: Madrigal, Tordesillas, Valladolid…

Estas campanitas, que me despiertan por la mañana, del monasterio de las Calderonas, me recuerdan algo impreciso que no sé definir del todo: autos de fe; lamentos y ayes de condenados a la hoguera; el marqués de Pozas renegando, en el drama de Schiller, de la aristocracia amodorrada; las bubas del hospital de la Resurrección; Miguel de Cervantes hambriento y tratado a empellones por tahúres y corchetes; Rodrigo Calderón viviendo del cohecho como cualquier profesional de la política de hogaño; Álvaro de Luna y la plazuela del Ochavo, las novelas ejemplares y los romances de picarismo y germanía. Las campanas son la expresión personal de cada pueblo, y, por medio de sus tañidos nos dicen todas sus tristezas pretéritas y olvidadas en el rodar de los siglos.

Por el Portillo de los Muertos, a Renedo... Las cuatro de una tarde velada. Hay, a lo lejos, unos montecillos pelados y cálidos, huertos a los lados, y después, ringleras de chopos y de almendros, apretando, limitando el oro viejo y rojo de los viñedos ya vendimiados.

Valladolid es una capa de polvo. La espiga de la graciosa torre de Nuestra Señora de la Antigua tiene la elegancia de una mano de mujer que eleva su plegaria al cielo; se destaca sobre los aleros y tejadillos del casco urbano; es como el sueño de un pueblo que ya fue, y que tornará a ser si arroja al suelo el lastre de su pasado espiritual. La carretera, carritos y más carritos, una vieja de Renedo, en un asnillo que tiene las manos sarmentosas, y con raras coloraciones azules y añiles el sol, que juega con unas nubes plomizas y terrosas. Huertas, viñedos, barbecheras... Allá, hacia tierras de Palencia, por Cabezón, se inicia el páramo palentino, dantesco y terrible; más al Este, por Encinas, comienzan los manchones pardos y verduscos de tierras segovianas.

El sol vence sus batallas en lo alto, y el panorama todo se goza en un reguero de luz. Tiemblan las casas, como si fueran de cristal y porcelana. El oro tiene tonalidades rojas que no pueden llevarse ni a la paleta ni al pincel. ¡Oh, los divinos chopos centenarios de mi Castilla! Frente a los macizos pelados y calizos, son rojos de mies agosteña y en sazón; los que miran a las huertas son más suaves y se esfuman en tres tonos: uno de puesta de sol en Octubre, otro de añil ribeteado de rosa, otro de rosa pálido limitado por rayas blancas. Y los chopos que miran a las viñas en eterna mirada de comprensión, lo mismo los días radiantes que los grises, en las noches templadas y en las que silba el viento como un lobezno perseguido; los chopos que miran a las viñas, y saben del florecer de los almendros, y de la sementera en sazón, y de la lluvia que empapa los terrones, y de la sequedad que ahoga y agosta las raíces que pugnan por calentarse y cobijarse, tienen también un oro de humanidad y de pasión, que se ve en el pelo de las mozas las tardes domingueras que suena la dulzaina, y al mediodía sobre la extensión inmensa, y en la fogata de la lumbre de la cocina los días de sol, y en el color de la meseta cuando sobre ella proyectamos la alegría interior de nuestras esperanzas más calladas.

Los chopos son el hechizo de esta ruta de Renedo del Esgueva, cuando caminamos solos por estos campos, y nos damos cuenta no solo de que el paisaje es un estado de alma, como decía

[140] Ricardo Macías Picavea (1847 –1899). Escritor, geógrafo, periodista y pensador del movimiento regeneracionista español. Su obra, *El problema nacional: hechos, causas, remedios*. 1899, Madrid: Librería General de Victoriano Suárez, constituye una dura crítica, compartida por Sánchez Rojas, a lo que ellos llamaron el «austracismo», esto es al régimen instaurado en España, tras el reinado de los Reyes Católicos, por la dinastía de los Austrias a la que ambos consideraban responsable de la pérdida de las libertades castellanas.

Enrique Federico Amiel, el ginebrino, sino de que las figuras todas son también paisaje, esto es, creación nuestra en esta Castilla donde no hay cimas ni resaltes, porque toda ella es resalte y cima, asiento del espíritu y sagrario –plácido, pleno, maravilloso– del corazón que no espera, ni sabe, ni quiere esperar, porque todo es, para él, actual y presente. ¡Chopos dorados de Renedo: y quien pudiera dormir siempre a vuestra sombra, seguro de que nadie se atrevería a despertarnos!

Reflejos (01-01-1930)
Nuevo Mundo[141] (01-01-1924)
La Libertad (01-10-1922)
España (30-10-1919)

Visita a Palencia desde Valladolid

Dos horas apenas, estudiante, desde Valladolid a Palencia. Pueblucos castellanos dormidos al sol del invierno. Cabezón, Corcos, Cubillas. Después la bella torre de la parroquia de Dueñas, pueblo donde se casó Isabel de Castilla, y donde murió, en una tarde de agosto, después de celebrado un capítulo de su Orden, Fray Luis de León. Venta de Baños y parada de unos minutos. Las rientes huertas palentinas a la vera del Carrión; la espadaña del pueblecito de Villamuriel, gallarda y esbelta; Calabazanos, a lo lejos, con su monasterio de monjitas que popularizó el cantar. Campos góticos; la paramera; el canal de Castilla; el otero del Santo Cristo, dominando Palencia en un llano.

Y Palencia, en fin. Pueblo modesto, pueblo tranquilo, pueblo simpático, pueblo sin falsificar. Pero pueblo castellanísimo. Los siglos viven en Palencia sin reñir unos con otros, en alegre camaradería. Lo nuevo y flamante concierta sabiamente con lo vetusto. Es un pueblo que ha sabido aprovecharlo todo, haciendo fecunda la tradición y haciendo amable el progreso. Los ventanales de la torre de San Miguel, la torre más bonita de Castilla –y eso que tú, estudiante, dejas en Valladolid la maravilla de la torre de la Antigua–, son la mejor glosa del pavimento asfaltado que regaló a su pueblo aquel cacique de ilustre memoria, D. Abilio Calderón y Rojo, ya olvidado ante los favores nuevos: los pueblos, mi querido D. Abilio, son muy ingratos. Ni místico, ni guerrero, ni lírico, el casco palentino, sino simple pero graciosamente burgués. Y en su condimento y composición puso, sin embargo, su mejor salsa la historia. Se adivina que aquellos pecheros que lucharon con su señor natural de Palencia, con el obispo, conde ayer como hoy del Valle de la Pernía, se hicieron a los telares de sus mantas, poniendo sordina al ruido y placidez en la vida. Y, sin embargo, de Palencia, de un pueblecito de al lado, Paredes de Nava, es el buen Jorge Manrique, que llora en coplas inmortales la muerte de su padre como ningún hijo ha sabido llorarla después; de Carrión son aquellos yernos del Cid trapisonditas y mendaces, que apalean a las pobres chicas en un bosque y tratan de abandonarlas cuando imaginan al suegro en desgracia del rey. Y las fértiles vegas del Carrión, con sus chopos, y sus alisos, y sus negrillos, sirven un día de escenario a los galantes trovadores de la corte de Don Juan II. Y en el lindo monasterio de las Claras, al lado del sepulcro de Don Bueso, de aquel Don Bueso que canta el Romancero en asonantes llenos de melancolía,

Camina Don Bueso.
mañanita fría,
a tierra de moros
por buscar amiga:

al lado del sepulcro está el coro gótico donde la dulce tornera Margarita abandonó las llaves en manos de la Virgen que las devolvió cuando volvió la niña con su primera tristeza de amor, y en un rincón, la momia del almirante pelirrojo de Castilla, Don Sancho, hoy convertido en Cristo yacente, del que cuentan las monjitas que le crecen los cabellos y las uñas. El Renacimiento, en San Pablo, dejó las bellas estatuas orantes de los Rojas, de aquellos marqueses de Pozas, indómitos y rebeldes, que escribieron su historia creando obstáculos a Felipe II cuando el turbio negocio del Príncipe de Viana, abriendo procesos del Santo Oficio a sus retoños por relapsos, fundando hospitales y armando pueblos contra tiranos. Teresa de Jesús, que aquí deja su correspondiente

[141] En *Nuevo Mundo* se tituló «Meditaciones desde Valladolid»; en *La Libertad*, «Valladolid»; y en *España*, «Apuntes sobre Valladolid».

palomar místico, alaba la prudencia y la sensatez de los palentinos y compone coplas y tañe panderos para alegría de sus monjitas en la noche de Navidad. La catedral es un museo de arte, de armonía y de delicadeza. Sus ábsides y cornejales dan gracia y proporción a su magnífica fábrica gótica, y en el trascoro y en algunas capillas la historia de la ciudad se trocó en leyenda de piedad y de sacrificio. ¡Bella Basílica la de Palencia, estudiante! Las columnas que sustentan su nave son palmerales, y el problema de la luz lo resolvió el arquitecto en un momento de inspiración celeste. Aquel obispo Alonso II de Fonseca, que echó a reñir las cinco flores rojas octógonas de su escudo con las cinco azules, octógonas también de los díscolos e impenitentes Rojas, llevó sus mejores tablas y sus joyas más ricas a la Catedral, donde guardan en la cripta las remotas cenizas de San Antolín. Y aquel obispo, de la casta de los condes de Monterrey, hijo de aquel arzobispo salmantino que siendo titular de Compostela regañó con el Cabildo y prendió a todos los canónigos en la Basílica del Apóstol durante seis meses, dejó en Palencia, como en el castillo de Coca, como en la casa de la Salina, de Salamanca, su empaque de renacentista sensual y humano. Los cálices, los arcones, los comulgatorios, las ropas de la Catedral palentina no tienen rival en los museos catedralicios de Castilla.

Pero en Palencia –ya te lo he dicho, estudiante vallisoletano– el siglo XX, que va ganando al XIX en sus puritos de destrucción y de odio a cuanto le ha precedido, ha sido prudente con las huellas, con las infinitas huellas que las pasadas centurias dejaron en la ciudad de los obispos generosos y de los almirantes. La calle Mayor Principal, que empieza con la Casa de correos y con la Central de los Sindicatos Católicos que proyectó el buen señor Monedero, y que remata con un bello jardín cerca del cual se alza un puente metálico sobre el río, tiene unos porches encantadores y es el centro normal de la urbe. Después de la salida de la misa dominguera de las doce en la Catedral, se llena de sonrisas y de juventud. Las palentinas son muy guapas; adrede quiero pasearte, escolar, por estos viejos pueblos: Toledo, Tarragona, Alba de Tormes, Huesca, Palencia, León, Córdoba, donde las mujeres son rosas frescas y lozanas, capaces de perfumar para siempre la vida de los forzados, como tú, que han de deslizar su juventud buscando su sentido oculto a la *Instituta,* diagnosticando tuberculosos en las salas húmedas del hospital o siguiendo el humor a un catedrático raro que te enseña el latín, obligándote antes de haberle entendido a que ordenes los términos de tu versión. Estas excursiones domingueras pueden ser tu respiro. En ellas puedes gastar sin cuenta de las rentas de tu juventud que aumentan los caudales correspondientes cuando se emplean pródigamente y sin tacañería. En las horas que preceden al almuerzo, puedes olvidar, bajo estos porches, tus malos ratos e inyectarte de juventud para una semana más. ¡Cuidado con las palentinas! Una de ellas, Dª Gui[o]mar de Meneses, trajo a mal traer, con su tira y afloja, con su toma y daca, a su ilustre novio, el capitán y conde D. Jorge Manrique, hasta que la cauta Isabel la Católica la llamó a la obediencia y la enseñó el camino de la Vicaría. Digan lo que quieran los cortesanos, estas muchachas de provincias son las más duchas en las batallas y querellas del amor, porque viven solamente para él. En las de la corte es un incidente el prometido; en los pueblos quietos, la obsesión única y constante. Mide bien los amores antes de entrar en el combate, no te ocurra lo que al buen conde de Paredes, que llenó su cancionero de trovas lastimeras por haber puesto más coraje en la conquista de los castillos que en los asaltos a la mujer.

Y si te queda tiempo, visita la Trapa de Baños, a tu regreso. Al anochecer, estos monjes que están siempre juntos y que no hablan jamás, cantan la Salve como remate de sus rezos. La Salve, en la Trapa, es de un encanto indefinible. Es una plegaria que tiene en los labios mozos los temblores de un suspiro y en las voces quebradas de los ancianos el halago de una caricia de buen abuelo. En la Virgen compendian estos recoletos todos los anhelos y todas las esperanzas de su vida solitaria, y al cantar, vierten su alma con su chorro de confidencias en la bella oración a la madre de los pecadores. *Salve, Regina, Mater misericordiae; vita, dulcedo, spes nostra, Salve…*

Crónica (19-01-1930)

ANDALUCÍA

CÓRDOBA

Córdoba, la sultana

En el museo cordobés –doy en la flor de sospechar en su delicioso patinillo de entrada, presidido por el busto del patriarca Romero Barros, obra de Juan Cristóbal–, el museo cordobés es la más viva tradición cordobesa de nuestros días. No se remonta más allá de los Reyes Católicos, cuando el museo era un hospital, con su portalón gótico; pero ya es bastante. Porque en Córdoba las tradiciones nacen, pero se pierden, se dispersan, y a la larga no son, como todas las cosas del patrimonio de los humanos. Córdoba, más que una ciudad continuada y perfeccionada por el tiempo, como Sevilla, o como Toledo, o como Salamanca, es un solar de ciudades, que han estado aquí asentadas con distinto espíritu, pero bajo el mismo nombre, o, mejor todavía, una solera. El hombre vale más y persiste más que la piedra. Séneca es de aquí, como lo es Ossío, como lo es Averroes, como lo es Góngora el racionero, como lo son D. Juan Valera y el Duque de Rivas. Hay en ellos una nota común: su estoicismo, su gracia, su gravedad llana, su discernimiento perspicaz, su sentido burlón de las cosas y su conocimiento amargo de las gentes. Árabes pasados por Roma, el arabismo de los cordobeses se castellanizó, y con los guerreros leoneses y castellanos, que vinieron con San Fernando a quitar la ciudad a los califas, Córdoba dejó de ser una ciudad, para convertirse en un enorme poblachón, en el más enorme poblachón de estos contornos. Residencia de ricos y de señores, como Sevilla lo fue de mercaderes, se trocó en panera y granero y bodega, antes que en escuela, en templo y en ejemplo. Mas de la solera le quedó el estilo. Y de la ciudad cantada por D. Luis de Góngora en su famoso y desigual soneto, acaso no sabríamos hoy reconocer las torres, pero sí las sierras de privilegio; ni sus muros más altos, pero sí el granero de su tierra negra y esponjosa...

Esta plaza del Potro, donde está enclavado el museo, nos trae, sin embargo, el eco de los últimos cinco siglos, y es un perfecto resumen de la Córdoba católica y acastellanada. A la vera del museo está la llamada posada de Colón, aunque Marius André nos haya demostrado que el Almirante no fue en Córdoba el aventurero apedreado por la plebe y burlado de la chiquillería, sino el huésped bienquisto de los duques de Medinaceli y el amante de la bella señora Henríquez. Y frente por frente, el mesón cervantino. Sabido es que fue cordobesa la ascendencia de Miguel de Cervantes. Bello punto de mira la plaza para contemplar las casonas de balcones saledizos de la calle de la Feria, está a la vera del río, no lejos de la Cruz del Rastro, y tal vez en el punto de sutura de las dos Córdobas: musulmana y de la reconquista. El prestigio de su leyenda llega hasta nuestros días, y recoge Baroja su último resplandor en *La feria de los discretos*.

Y, gracias al museo, Córdoba ha cobrado conciencia de su valor actual. No se puede penetrar en esta casa sin recordar a Rafael Romero Barros, padre de nuestros Julio y Enrique Romero de Torres. Córdoba se ha conservado gracias al tesón formidable de este hombre, que creó toda una generación de artesanos y artistas en aquellos momentos calamitosos en que las Diputaciones no sabían ver ni oír. Media Córdoba supo conservar el temple de Romero Barros. Por él se restauró la Mezquita; gracias a él se conserva en pie la torre de Calahorra; la Escuela de Artes y Oficios

funcionó siempre, y el romanticismo de aquel hombre, contemporáneo y amigo de los dos Bécquer, se pegó a la ciudad. El museo, obra de su vida y su propia historia de ciudadano ejemplar, es también la historia de sus hijos. Asombra la calidad y cantidad de sus cuadros. Hay lienzos de los Córdobas, y de los Cestillos, y de los Bermejos, y de los Cobos de Guzmán, y de los Villavicencios. Y Zurbaranes, y Murillos, y un Goya, y un Vicente López, y varios magníficos Valdés Leal. La colección de dibujos antiguos, firmada por los dos Castillos, Antonio y Agustín, por Zurbarán, Camarón, Alfao y Verdiguier es también maravillosa. Enrique Romero de Torres ha querido, en fin, continuar la obra de su padre y antecesor con otro museo de arte moderno. No falta, acaso, la representación de ningún pintor de fuste contemporáneo en esta exposición cordobesa. Recuerdo cuadros de Eduardo Cano, de Valeriano Bécquer, de Ramón Casas, de Santiago Rusiñol, de Julio Romero de Torres, de Regoyos, de Domingo, de Baroja, de los hermanos Zubiaurre, de don Antonio Maura.

E Inurria, Julio Antonio, Blay, legaron también sus esculturas y sus tallas.

El Hospital de la Caridad, de antaño trocado en el Museo Provincial, es una de las más bellas mansiones cordobesas. Sus jardines y sus patios son delicia para el corazón y reposo para los ojos. En ellos se formó la infancia de Julio Romero de Torres. El estudio del padre fue después del hijo, y siempre el espejo fiel donde Córdoba se ha contemplado en su propia Hermosura, grave y huraña.

La Esfera (02-02-1929)

Evocación de Julio Romero de Torres

Madrugón en Córdoba durante la mañana otoñal. Antes de la ceremonia de la inauguración del Museo de Romero de Torres, nos deleita pasear solos por estas plazas y por estas callecitas que el pobre «maestro» nos enseñó a ver y nos enseñó a admirar. Desde el hotel, atravesando las Tendillas, nos topamos de manos a boca con la calle de la Feria. No estamos solos. A nuestra vera, tocado con su capa castiza, alto, cetrino, delgado, señoril, nos vamos riendo a carcajada limpia con una ocurrencia de Julio, acaecida ahí precisamente, en esa casita enjalbegada de la esquina. ¡Pues, señor...! Era la noche del Miércoles Santo, y el Ayuntamiento premiaba con quinientas pesetas el altar más florido que hubiera en toda la gitanería. Romero de Torres figuraba, naturalmente, como presidente nato del Jurado. Bien cenado, salió a dar una vuelta antes de husmear los altarcitos, y rogó al juez de Instrucción que le acompañara en su labor crítica. Ver de lejos los gitanos desde sus guaridas a los dos compadres y tirarse por las ventanas de las viviendas, fue obra de un instante. Romero se extrañaba, y el «maestro» juez se reía, se reía. Casi todos aquellos hombres que habían llenado de flores los altarcitos de los patios y corrales de vecindad estaban reclamados por hurto de caballerías.

La calle de la Feria, y luego, la Plaza del Potro. Nueva evocación del maestro. Aquí, junto a la fuente, al lado de la posada donde, según una tradición poco seria, pasó Miguel de Cervantes días de angustia y de penuria –Cervantes fue en Córdoba, por el contrario, huésped del duque de Medinaceli–, transcurrieron la niñez y la mocedad de nuestro querido pintor. A la vuelta está el Rastro, con su cruz de hierro; se oye, en el silencio, la canción del río, y el Puente de las Calahorras se destaca en la mañana nítida y clara, donde las cosas tienen transparencia de cristal. Romero de Torres, a los veinte años, muchachote tímido y huraño, vive preocupado con el problema social y la injusticia de los hombres; lee a Tolstoi y a Dostoyeusky [sic]; pinta el cuadro ¡Mira qué bonita era!, y es un entusiasta del cante jondo. No se encuentra a sí mismo sino años después, luego de buscarse en Italia. No es un actor de la vida, sino un espectador apacible y melancólico. Anda a trastazos con símbolos y estilizaciones. Y comienza a ver, con los ojos del corazón, el *Poema de Córdoba* y *La consagración de la copla*.

Iglesias, plazoletas, «campos» cordobeses, henchidos de luz y de sol. Córdoba. Estamos en la Ajarquía. Por aquí vio Cervantes aquella niña rubia, hija de labradores acomodados, que se llamó Luscinda, y cuyos desengaños, más forjados que reales, lloró el roto Cardenio haciendo penitencia en Sierra Morena; por aquí –barrios de San Francisco y de Santa Marina, barrios de *Lagartijo* y de Rafael Guerra– cazó julio para su estudio aquellas chiquitas: Carmen, María, Rocío, Reyes, Isabel, Amparito, de ojos negros y de carne morena, con irisaciones de olivo en flor. En frente de mí veo a Carmencita, no asomada a su ventana, sino saliendo de Santa Marina, con su velito, pisando recio los corazones de estos chavalillos que la contemplan. Un minuto de delectación, frente a la ancha portalada de las «Rejas de don Gómez»; para Romero, y para mí, que le vi

con sus ojos, esta casona prócer, con sus jardines, es la más linda de España. En el silencio de la mañana, una campanita conventual tañe alegremente en este mes de Santa Isabel.

De nuevo, por San Francisco, al corazón de la ciudad. Pasando el arco, la graciosa calle en zig-zag que lleva, en un azulejo, el nombre glorioso de Julio Romero de Torres. El nombre quiere recordarnos que si Córdoba, ciudad de solera como ninguna otra de Andalucía, moldeó a su antojo la sensibilidad del artista, el artista, a fuerza de sentirla y de estilizarla, la creó de nuevo para el mundo del arte y de la eternidad. Estos pueblos de tradición y de historia, que han sido hechos a fuerza de siglos, parecen, a su vez, circundados por el nimbo de gloria de sus mejores hijos. Ciego será quien no acierte a ver bajo este cielo añil el capote de lujo de *Lagartijo* y la capa española, con embozos de grana, de Julio Romero de Torres. Para descubrir el estoicismo de Séneca, la espada de Almanzor, la luz cegadora de las metáforas de Góngora o la gracia socarrona y apacible de Valera, hay que escarbar más en la superficie; pero lo más reciente está sobre ella y en ella. Lo primero que revela Córdoba es la luz de los cuadros del pintor; después, su melancolía, su encubierto misticismo y sus afanes por el mito y por el símbolo. Y en esta calle está la persona con su ceceo, con su hablar despacioso y comedido, con su gesto tan peculiar de exquisita contención, y, sobre todo, con su ansia de infinito.

No sabemos cómo, nos encontramos en el Patio de los Naranjos de la Mezquita. Penetramos en él; los canónigos salen del coro; aquellos tipos absurdos de chalanes y buhoneros, gente ociosa y amiga de filosofar que sorprendió Pío Baroja en *La feria de los discretos*, siguen allí eternamente incrustados, calentando el cuerpo con el sol y el espíritu con el relato de proezas de bandidos generosos y de hembras de rompe y rasga. Salimos a uno de los ángulos de la Mezquita, para saludar a la Virgen de los Faroles, que pintó Romero, hizo ya tres años, por acuerdo unánime del Cabildo y del Concejo de su ciudad natal. La Virgen de la Asunción nos sonríe con sus grandes ojos tristes y preocupados y con su espléndida cabellera, azul de puro negra. ¡Dulce modelo la de esta Virgencita tan cordobesa! La recordamos, anegada en lágrimas, cuando nos separábamos por última vez del estudio, ya desmantelado, de Romero de la calle de Pelayo, en Madrid. *Camisita* acariciaba la fina testa de *Pacheco*, el galgo que ladraba trágicamente, presintiendo el abandono definitivo de su señor. Mariquilla cargaba con las últimas cajas destinadas al Museo que se ha inaugurado. A Rafael, el hijo de Julio, el dolor le tenía ausente de las incidencias que le rodeaban. *Camisita* es, en este maravilloso cuadro del maestro, la *Assunta* de los venecianos; esto es, la mujer que se eleva a los cielos y que eleva también a los que la saludan con palabras de fe y de esperanza: *¡Salve, Regina, mater misericordiae, vita, dulcedo, spes nostra!* ¡Por el alma inmortal de Julio, Salve, Señora!

Nuevo Mundo (04-12-1931)
El Adelanto (26-11-1931)

El rosal invertido

Ha dicho no sé quién, pero quien haya sido es un artista y un pensador de muy altas calidades al parir esa metáfora, que Córdoba es un rosal invertido. Quiere decir exactamente, a lo que se me alcanza, que la ciudad andaluza lleva las rosas por dentro y las hojas y las raíces al exterior y a la vista. No se puede reflejar mejor la sensación. Córdoba no admite sorpresas, como Sevilla, que está siempre dispuesta para retratarse, lo mismo que la mujer guapa y llamativa, sino que requiere inteligencia y amor, *inteletto d'amore*, para mostrar sus encantos al devoto peregrino. Un beocio cualquiera nada tiene que hacer en Córdoba; a lo mejor, confunde las puertas de la Mezquita con las de una bodega. Con buena vista y buen olfato se apodera uno casi siempre de Sevilla, de la Sevilla aparencial, que de la otra, de la Sevilla eterna, elaborada continuamente por una tradición viva y perenne, hay que hablar con el mayor cuidado, porque es inefable y etérea. Córdoba, rosal invertido, rosal soterrado al cobijo de las distintas civilizaciones que dejaron huella en la ciudad, es pudorosa y recatada; mejor aún, caserita y recoleta, como sus mujeres, y hasta que no se penetra en su entraña no se la saborea, ni se la define, ni se la comprende.

Tiene un hechizo único e inconfundible Córdoba: la luz. Y su momento de belleza plena: la noche. La luz nocturna de Córdoba es siempre de aurora y de amanecer. En Córdoba está siempre rompiendo la mañana venidera. Los grises, los verdes y los negros tienen siempre gérmenes de blancura y de claridad. Producen sombras, recortes de sombras. Y luego, paisajes lunáticos y de ensueño, y zonas de luz insospechada. Y los contornos, y los muros, y los cipreses tienen un más allá, un telón lejano, una perspectiva de vaguedad y, todavía mejor, de infinitud. Sobre el pre-

sente se proyecta el pasado. La ciudad es una inmensa retina que conserva las imágenes de hoy, y que no ha querido, ni ha sabido, ni ha podido borrar enteramente las imágenes de ayer. De un ayer que viene desde Roma hasta nosotros, pasando por la humildad de Jesús y por el ímpetu de Mahoma. Para mí, Córdoba es como una placa sensible de una cámara fotográfica. La imagen última es la que se revela mejor; pero a la vera de ella, encima y debajo y al lado, conserva manchas, borrones de las estampas que reflejara en otras edades y en otras civilizaciones. Con madurez, y con reflexión, y con cultura, naturalmente, con un poco de imaginación, que, después de todo, es la facultad creadora por excelencia, puede desentrañarse lentamente la madeja inextinguible de su encanto y de su poesía. Córdoba se entrega solamente a los amadores que saben de su calidad, que se dan cuenta plena de su belleza, y que no juzgan, a tontas y a locas, por impresiones fugitivas y deleznables.

Se cuenta de un califa cordobés que oyó de lo alto una voz que le decía: «Si quieres amar de veras, amarás a una sola mujer. Si quieres amar poco, amarás a muchas.» Y el pobre califa, que, como buen cordobés, era un poco sensual, se dio a imaginar cómo sería la mujer perfecta, la favorita, reuniendo en ella las calidades físicas y espirituales de todas las hembras de su harén. La tradición no sabe contarnos si con la mujer perfecta fue del todo dichoso el pobre califa de Córdoba. Para mí, ese apólogo no es más que una recatada semblanza de la ciudad. Córdoba, bella entre todas las ciudades que fueron y que son en el mundo, reúne, al lado de los encantos y misterios de Oriente, todas las excelencias y prerrogativas de los pueblos occidentales y cristianos. De ahí su raigambre y su solera. Séneca convive con Góngora, y Ambrosio de Morales o Juan de Mena, con *Lagartijo*. En nuestros días, Valera, y el duque de Rivas, y Julio Romero de Torres nimban la ciudad con su gracia, con su elegancia y con su tristeza sensual y cristiana, respectivamente. Lo que la ciudad presta a sus hijos al parirles para la gloria, torna a recogerlo cuidadosamente cuando los deshace y eterniza.

La imagen de Córdoba es siempre la serie de sus imágenes en el tiempo. El puente de las Calahorras tiene que maridarse con el arquillo de San Francisco, y con el Patio de la Mezquita, y con los jardines de su Alcázar, y con el portón de la Malmuerta, y con la fuente del Potro, en la plaza picaresca y maravillosa, y con los chafarinones de la calle de la Feria, y con San Lorenzo, y con el Rastro, y con la Rivera, y con el río, y con las esbeltas mujeres de ojos negros, para dar la sensación total y completa de Córdoba. Por eso Córdoba es el sueño y la obra del cordobés a través de todos los tiempos.

Esta mañana he contemplado *La Piconera*, de Romero de Torres, en su museo, y después, en un momento de soledad, he leído versos encendidos, llenos de color y de perfume, del buen Góngora, el racionero. Se trata de la misma sensación a través de tres siglos de distancia. Igual a la que daban los poetas árabes al cantar recatadamente el desdén de las huríes. Y he pensado que los dardos de San Rafael son los que, al ser lanzados desde el cielo, quiebran la mañana en sus primeros albores. San Rafael arcángel, el mancebo patrono de Córdoba, es el mago que produce esta luz que a veces ilumina los ojos de la mujer amada o es la huella de una buena obra en el corazón, que nos da agilidad y alegría para soportar las jornadas de adversidad, con las que se burla el destino de nosotros.

Crónica (24-07-1932)
Diario de Córdoba (06-12-1931)
El Adelanto (29-11-1931)

SEVILLA

Meditación en la ciudad

Llevo ya no sé cuántas semanas en esta lindísima e inaprensible ciudad andaluza, y no sé poner en orden y concierto mis impresiones para escribir una página que me satisfaga plenamente. Bien sabe Dios que no es de pereza, sino de recato, mi actitud de espectador pasivo. Tan no es de pereza mi actitud, que pocas veces he tenido los sentidos más abiertos, la inteligencia más pronta a saturarse de las cosas que la rodean y la pluma más suelta, más alegre y más inclinada al retozo y a la divagación líricos; pero...

Pero –¡qué diablos!– Sevilla no es una ciudad como las demás ciudades de España o de fuera de España. No se la define por la razón, ni se la fuerza a mostrar su secreto por la inteligencia, ni

orgullosa de su espléndida pero recatada hermosura se muestra, así como así, a cualquiera hora y con el menor pretexto o sin pretexto alguno. Sevilla es solamente abordable por los sentidos corporatiles. Hay que olerla –toda ella es fragancia– y hay que verla –toda ella es luz– cuando su matiz de cada momento concierta y casa con el matiz interior de nuestro espíritu.

De otra suerte se pierde el tiempo. Pero luego de gustarla y de gozarla con el olfato y con los ojos, requiere del observador que comience a quererla y a dejarse enajenar y privar de sus hechizos. Así se crece el *inteletto d'amore* –para valerme de la bellísima expresión del Alighieri– necesario para catarla. Y como tengo para mi que ya he llegado a este extremo o punto del conocimiento, hijo de la gracia y no de la pobre y seca razón, escribo ahora, por primera vez, mis impresiones de conjunto.

Mala suerte ha tenido, en verdad, con los cantores contemporáneos, profesionales, de sus bellezas. Nos hablan de unos encantos que no tiene, o que están al alcance de los observadores groseros y superficiales de las cosas, y callan seguramente, porque no han sabido verlos o no tienen preparación para verlos, los hechizos ocultos e indefinibles que atesora Sevilla, en una proporción que espanta, dentro de sus entrañas fecundas. Los antiguos la vieron mejor. El viejo marqués de Santillana ya se dio cuenta, en su famoso soneto, de que se las había con una de las primeras ciudades de la tierra. Sin hablar ahora de los ingenios que vieron y olieron a maravilla la ciudad –Miguel de Cervantes, Mateo Alemán, Teresa de Jesús–, estoy a punto de escribir, ciñéndome a los artistas de hogaño, que el que la llevaba siempre en el cogollo del corazón y en la sangre de sus venas, era Gustavo Adolfo Bécquer. Bécquer definía concretamente a su pueblo siempre que soñaba o divagaba. Me dan ganas de saltar desde Bécquer al malogrado José María Izquierdo[142], para hablar de los creadores actuales de emociones netamente sevillanas por medio de la palabra escrita. Luego no sé. Los sevillanistas de hogaño han tomado sobre sus hombros la ingrata tarea de ilustrar las postales de color para uso de las caravanas de turistas que pasan por los pueblos sin enterarse, a pesar de los asteriscos del Baedeker[143], o precisamente por ellos. La Giralda, el bailaor, la peineta, la mantilla, la venta de Antequera, Joselito... ¡Bah! Esta Sevilla de pandereta y de abanico y de tablilla nada tiene que ver con la otra Sevilla, inefable y eterna, que enseñó el secreto del color a Velázquez, su hijo, y el espíritu de renunciamiento a Miguel de Mañara[144], su hijo también. Esas torpes y aviesas palabras de tipismo y de pintoresquismo son sencillamente estúpidas e incongruentes aquí, en las orillas del Guadalquivir. Sevilla es un compendio o resumen del espíritu español, o más concretamente aún, del espíritu castellano del siglo XVI; del siglo XVI, sí, que la moldea y traza a su placer. Sevilla es la primera ciudad española, cuando Valladolid deja de ser corte, y Madrid no pasa de ser un poblacho, y Barcelona lucha vanamente por quitar a las viejas ciudades mercantiles italianas su hegemonía sobre el Mediterráneo. Sevilla, hoy mismo, aunque tenga menos población que otras ciudades, sigue siendo la capital y la corte naturalísimas de España. Y por las trazas, lo seguirá siendo en el porvenir. En Sevilla, el arte y la fe y la gracia y la cultura son eso: cuajo, logro y fruto de ciudad, Paso de siglos que sedimentaron y quedaron en sus calles, en sus plazas, en sus conventos, en sus patios, en sus compases, en su historia y en su presente. Las manifestaciones externas de Sevilla son ciudad, esto es, civilización hecha y definida. Y digo más: digo que Sevilla es España hecha pueblo y cultura, a partir del descubrimiento de América. Todo el espíritu nuestro, no ya el moro, sino el cristiano, sobre todo el cristiano, están aquí, bien a las claras, en Sevilla. Y hasta el eco de Europa y el asiento de Europa, cuando a Sevilla, lonja nacional y depósito de mercancías, venían los comerciantes flamencos, alemanes, italianos, que aquí llegaban y se quedaban y se entrecruzaban con los indígenas. (Mañara, sevillano, procede de Malta; Bécquer es alemán; los Luca de Tena de hoy acusan su procedencia genovesa.)

Y como todo eso y nada menos que eso es Sevilla, su natural complejidad la da, por un lado, la prestancia gloriosa de una urbe de la categoría de Roma, de París o de Florencia, y por otro, una serie de hechizos y de encantos inextricables, en los cuales es facilísimo perderse, como en un laberinto. El tipismo es aquí universalismo, y lo llamado por los ciegos sin tacto pintoresco, es precisamente lo castellano, lo español, y hasta lo humano y universal, si me apuráis. En las sevillanas, por ejemplo, yo no he visto sino las virtudes exageradas y logradas de la raza: pudor, recato,

[142] José María Izquierdo y Martínez (1886-1922) jurista, periodista y escritor sevillano.

[143] Metonimia por la que se conocen a las primeras guías de viaje modernas impresas por el editor alemán Karl Baedeker (1801 – 1859). Estas guías, cuidadas hasta el más mínimo detalle, tenían por objetivo proporcionar al viajero toda la información necesaria para sus viajes, y una de sus características era la utilización de estrellas –tan generalizadas hoy en día– para la identificación de hospedajes de confianza.

[144] Miguel Mañara Vicentelo de Leca (Sevilla, 03-03-1627 – Sevilla, 09-05-1679). Filántropo sevillano, impulsor del Hospital de la Caridad, cuya juventud disipada inspiró –según algunos– a José Zorrilla la figura de Don Juan Tenorio.

fe ardiente, misticismo, que es hijo del amor maternal, anticipado o sazonado. Esas buenas mozas de exportación turística nada tienen que ver con estas hembras. Y debajo del sevillano de casta hay, sobre todo, sépalo o no, un ciudadano de Sevilla, esto es, un hombre que tiene vagamente conciencia de su misión histórica actual y desprecia netamente las interpretaciones que pueda sugerir al que pasa de prisa a su vera para fisgarle y ponerle su etiqueta. El sevillano sabe que su Sevilla es algo grandioso y querido para él, y siente por el «hostes» la misma conmiseración que el señor de Roma por el escita o el gitano de hoy por el payo.

Estoy divagando adrede y no quiero soldar cabos, porque trato de sugerir mi Sevilla sin ánimos de razonarla ni definirla, y mucho menos descubrirla, aunque bien puede afirmarse que, pese a las apariencias, es una de las ciudades más desconocidas e inéditas de nuestra Península. Ataviada por la literatura costumbrista con trajes que no usa, yo creo que ni ella misma se reconoce, a causa precisamente del tipismo y del pintoresquismo consabidos. Se la mira, como a sus patios, por una cancela, mas no auténtica, sino importada, que impide la visión de conjunto. Hay que pensar, sobre todo, en el logro completo y absoluto, repito, de Sevilla para saborearla. Y luego, sin olvidarnos de que nos la habemos con la única ciudad lograda de España, enfilarla así en el tiempo. No es cosa de hablar ahora de los detalles que a uno le deleitan, o de los rincones que uno busca para soñar (callejón de las Aguas, compás de Santa Paula, patio de los Venerables, placita de Santa Marta, reposo del corazón...) Pero la ciudad española es, sobre todo, fe, fe religiosa o creencia política, y Sevilla se refugia en sus iglesias y en sus monasterios primero, como gracia, pero gracia teológica, que rezuma. Y en sus casas después. Y luego en el trazado peregrino, arbitrario y absurdo de su casco. Y en todo lo restante, porque Sevilla, además de sus jardines y parques maravillosos de Murillo, de María Luisa, del Alcázar, de Catalina Rivero, tiene su paisaje interior y para adentro. La Giralda preside al que se ve de prisa; pero el alminar de San Marcos y las espadañas de mil iglesias desconocidas, sobresaliendo sobre los tejadillos y azoteas, presiden otros más puros y sevillanos. Que pueden contarse por centenares. Por fortuna, la ciudad no se pierde ni aun allí donde ciertos arquitectos de la última hornada quieren perderla.

Comprendo que a medida que conozco mejor Sevilla, me siento más dentro de ella; detrás de ella veo mi pueblo y mi raza castellanos y su propia historia, que desde San Fernando y su hijo Alonso, el de *las Partidas*, fundador de una preciosa iglesia en Triana, está hecha precisamente aquí. Por algo fue Sevilla el paso para Indias y la metropolitana de los pueblos descubiertos al otro lado del mar. Ahora comprendo en Sevilla la riquísima aportación andaluza a la historia y la cultura patrias. El archivo de Indias es continuación y explicación del de Simancas. Repasar estas piedras es darnos cata los castellanos de que nosotros las desquiciamos para hacerlas nuestras. Sevilla, por ejemplo, nos enseña a pintar. Y se manifiesta por los dos caracteres que tenemos como peculiares de la nación toda: misticismo y picardía. Hablar de procesiones y de bailes para caracterizar a Sevilla es no caer en la cuenta de que esas dos cosas definen a España. Lo que ocurre es que Sevilla purifica y estiliza lo que coge. Fuera de aquí, ya nos salimos de los linderos de la estética para entrar de lleno en cosas peores. Advirtamos, de paso, la curiosa coincidencia de que Sevilla no acusa el relieve nunca, sino que esfuma los contornos. Precisamente lo contrario de lo que se cree.

Pero ya es demasiado para hoy, y el tema es inagotable, ¿Volveremos a él durante este año que nace ahora, en el que Sevilla va a ser una de las ciudades más observadas de la tierra? ¿No volveremos? *¡Chi lo sa!* Sevilla es una divagación eterna a través de todos los temas. Acaso nuevas divagaciones en torno a la escuela sevillana de antes, o a los pruritos de erudición sevillanista de hoy, o a las perspectivas intelectuales de los mocitos que ahora alborean, o simplemente la descripción de una fuente, de un rincón, de un patio, o de una iglesia, nos llevan como de la mano a completar ciertas insinuaciones que iniciamos hoy sobre el misticismo y españolismo –inefables y únicos– de esta ciudad, madre, tal vez, de una raza y de una cultura.

Nuevo Mundo (08-03-1929)
La Veu de Catalunya[145] (01-08-1929)
El Noroeste (10-07-1928)
El Pueblo (20-06-1928)
El Pueblo Gallego (20-06-1928)
El Luchador (19-06-1928)

[145] En *La Veu de Catalunya* se publicó, con algunas variaciones, y en lengua catalana, bajo el epígrafe «Desde Sevilla: La Ciutat».

Divagaciones sobre las vírgenes sevillanas

Presencié el año pasado, en Sevilla, una tarde radiante del mes de Junio, salir la imagen de la Pastora del lindo compás de los Capuchinos, el mismo que utilizaron los hermanos Álvarez Quintero de escenario para su sainete *Las Flores*. La estampa de la dulce imagen, que iba cargada de joyas y de claveles, es sencillamente la de una sevillana más. Rostros geniales de la virgen sevillanísima podrían verse sin gran esfuerzo en las filas de las devotas que, con mantilla negra y peineta alta, la acompañaban en su exaltación durante aquella tarde maravillosa de las postrimerías de la primavera. Parece ser que la Pastora fue tallada en Cádiz, pero lo fue por un artista sevillano. Como artista sevillano se preocupó solamente de la estética, es decir del arrobamiento y del gusto de los sentidos corporales. Así, estas vírgenes sevillanas promueven el piropo antes que la oración. El sevillano advierte en ellas antes que otra cosa, su belleza castiza y de la tierra. La rivalidad de macarenas y de trianeros con sus dos Esperanzas respectivas, no es, en el fondo, otra cosa que una apreciación estética sobre la belleza de las muchachas de los dos barrios respectivos. Y un poco también, que las tradiciones de la ciudad lejos de perderse van tomando relieve y consistencia con los años la hostilidad de los viejos gremios, hoy trocados en hermandades o cofradías, que se disputan todos los años, en estos días de Semana Santa, la hegemonía de la organización, del entusiasmo y de la riqueza colectivas.

Donde más se advierte este sentido humanísimo, puramente sevillano, de culto a la belleza femenina, es en la imagen más bonita que tiene Sevilla, que se venera por cierto en la iglesia de San Juan de la Palma y que fue tallada por el escultor Pedro Roldán. Se llama la Virgen de la Amargura y es patrona de la Cofradía o de la Hermandad de los Artistas. La Virgen de la Amargura es la estampa auténtica de la lindísima sevillana Luisa Roldán, hija del escultor, que lució su peregrina belleza, sus ojos grandes, negros, maliciosos y tristes a la vez, su cabellera de endrina, su talle espigado y elegantísimo y hasta sus dotes naturales de artista, en la Sevilla de mediados del siglo XVII, muriendo en Madrid en 1704, casada con Luis de los Arcos, actuando de escultura de cámara en la corte de Carlos II el Hechizado. «La Roldana» llama familiarmente el pueblo de Sevilla a esta lindísima imagen. La Roldana es, en efecto, la encarnación artística de ese tipo eterno de mujer sevillana, debido al entronque de las familias flamencas e italianas que vivieron en la ciudad a partir del descubrimiento de América, con los indígenas y que resume lo mejor de la languidez nórdica y de la expresión y gracia meridionales y españolas. Sevilla recuerda a Luisa Roldán en el nombre de una calle y saborea los preciosos angelitos que tallara para el presbiterio del Santo Hospital de la Caridad, fundación de Miguel de Mañara. Luciendo hoy su belleza la Virgen de la Amargura como un paso más de Semana Santa, Sevilla, al loarla con sus cantares y saetas, canta la propia mujer de la ciudad y sus encantos inefables y únicos.

Poco sabemos, en cambio, de las dos Esperanzas, de la de los Macarenos y de la de los Trianeros, pero sabemos lo suficiente cuando advertimos que Triana, a pesar de los pesares, no quiere fundirse del todo con Sevilla, guardando cierta independencia enfrente de la ciudad y añorando los tiempos en que era una población aparte de la otra banda del Guadalquivir, y que el barrio de la Macarena es, en cambio, el más popular y típico de Sevilla, barrio de menestrales y de cigarreras, de obreros y de gentes trabajadoras y humildes. Las cofradías representan, por ende, los elementos más dispares que cobija la ciudad bajo su manto añil. Las dos esperanzas, igualmente, son las más representativas de sus dos clientelas rivales. Más expresiva la Macarena, su rival, la que oye saetas y lamentos de los presos de la cárcel al alborear la mañana del Viernes Santo es, en cambio, más sobria de gesto y de actitud, del mismo modo que una trianera pasea mejor su alma por su cuerpo, y con más disimulo, y con más refinamiento, que una vecina de San Jacinto, que se inflama, sin más ni más, a la más pequeña impresión de ánimo, o al choque más liviano con la realidad. Todo lo otro que se dice de la rivalidad de ambas cofradías tengo para mí que son aviesas interpretaciones de los pintorescos sevillanistas al uso. Sevilla vibra estos días con los primeros ardores primaverales y manifiesta su vitalidad así, del mismo modo que otras ciudades españolas revelan sus preferencias tomando partido por los equipos azules o verdes de las agrupaciones futbolísticas.

Divagando, divagando, podríamos llegar a una conclusión muy pintoresca, y tal vez peligrosa, que más de una vez ha acudido a los puntos de mi pluma, sin atreverse a salir al mundo. Comparando la imaginería romana y la hispalense, por ejemplo, está uno tentado de escribir que pertenece a dos cultos o a dos confesiones religiosas diferentes. Roma viste y decora externamente solo sus imágenes importándole poco que sean, por dentro, un bloque informe de madera, de piedra o de mármol. Roma parece que trata de asustar, de imponerse, de conturbar el ánimo con

lo aparente y con lo trivial. Sevilla, por el contrario, no concibe la fe sino a través de la sonrisa y de la gracia. Su sentido mariano no es el católico que exaltan los obispos, sino la interpretación estética y sensual de los sentimientos religiosos. Escarbando, se advierte prestamente que el culto a la Virgen es nada más y nada menos que el sentido de maternidad más agudo en Andalucía que en cualquiera otra región de Europa. El mismo culto a Jesús es culto de compasión y de piedad por el hombre desgraciado que sacrifica su vida por salvar a los mortales con el martirio del Gólgota. El Jesús del Gran Poder, el que se venera en San Lorenzo, es, para la masa popular, para la saeta que rasga el silencio de la noche augusta como una flecha y muere y se desvanece como un suspiro, antes que el Redentor del mundo, antes, que el Dios Hijo, consciente de su redención dentro del tercer día y de su Ascensión a los cielos a la derecha del Dios Padre, el «mejor de los nacíos», esto es, el más bueno y el más excelente de los hombres, porque Sevilla, repitámoslo, humaniza todo cuanto toca.

Al revés, acaso de Roma. Pero nos llevaría muy lejos justificar ahora estas afirmaciones, glosarlas y probarlas. Digamos tan sólo que, en estos días de Semana Santa, las Roldanas y las Macarenas y las Esperanzas de Triana, hacen sentir a los sevillanos que las beldades del cielo se pasean a su vera, y que algo tendrán aquellas mujeres de maravillosas cuando las coronas de espinas parecen peinetas en sus sienes y cuando los mantos de las Soledades, y de las Angustias, y de las Dolores, parecen, sobre los hombros de las imágenes, mantillas negras o blancas o mantillas festeras de madroños.

La Voz de Guipúzcoa (28-03-1929)
El Luchador (23-03-1929)

Sevilla en primavera

Madrugar con el alba en estas dulces mañanitas abrileñas, tan dulces de dormir, según reza el dicho decidero de mi tierra castellana; madrugar con el alba en Sevilla y atravesar desde casa la Plaza Nueva, e internarse por el barrio de Santa Cruz, y reposar en cualquiera de estas lindas plazoletas tan evocadoras –Santa Marta, Alianza, Desafíos–, con una meditación que rumiar, o un libro nuevo que leer, o un sueño sin contornos que ir dando forma en el silencio, es una delicia, lector, de muy subidos quilates que los dioses, apiadados de mí, me conceden a cada instante. Siempre gozo en Sevilla de una admirable plenitud integral. El espíritu reposa al mismo tiempo que los sentidos. Oyendo, desde el Callejón de las Aguas, el murmullo de las fuentes ocultas del Alcázar; contemplando desde los bancos de la Plaza de los Desafíos la gallardísima silueta de la Giralda; viendo en los recodos de la calle de Santa Teresa alguna linda moza llena de gracia como María en presencia del Ángel, atesoramos ya alegría para toda la jornada. Nos damos a la mañana, y en compensación, la mañana nos entrega sus secretos. Y no cae sobre nosotros la maldición de aquella sentencia bíblica maravillosa: «Quien pierde la mañana, pierde el día; quien pierde la juventud, la vida pierde.»[146]

Realmente, la mañana abrileña en Sevilla nos transporta a los días claros y luminosos y apacibles y hondos de las ciudades griegas. Un escritor que ha penetrado muy bien el alma de Sevilla, Havelock Ellis[147], nos dice con ternura en su libro *El alma de España*, recientemente traducido al castellano, que «en llegando Abril, la primavera entra en Sevilla en una ráfaga de suavidades como de estío norteño.» «Las acacias y otros árboles tempranos –continúa– parecen encenderse de verdor en un solo día inesperado; rompe la flor de azahar en los innúmeros naranjos ciudadanos, y doquiera, en sus macetas, en el tocado y en el pecho de las sevillanas, brillan la rosa y el clavel, flores predilectas de España, que apenas se nos antojan como las meras flores de otros lugares.»

La mañana en Sevilla es la fusión de la naturaleza con la ciudad y de la ciudad con la mujer. Y los tres elementos fundidos se resuelven en fragancia y en esa ráfaga de suavidades como de estío norteño, que advierte muy justamente la pluma sutilísima de Havelock Ellis. Las cosas, recortadas y precisas, tienen una transparencia de cristal. Las cosas –todas las cosas– se definen al concretarse y empiezan a cantar. Viven todas ellas en una fecundación completa y armoniosa, que nos

[146] Sánchez Rojas siempre adjudica esta sentencia a la Biblia a pesar de no serlo.
[147] Henry Havelock Ellis (1859 – 1939). Escritor, sexólogo, médico y activista social británico.

enhechiza y arroba los sentidos. Y el pensamiento, al tejer sus hilitos de oro, en la mañana clara, se perfuma, y arroja su escoria, y su cascote muerto, y su retórica palabrera y manida, y se trueca en oración.

Esta mañana, pasada en el barrio de Santa Cruz, se me ha pegado al corazón, y salgo de ella con la euforia de un novio de veinte años, que acaba de sorprender en los ojos de la mujer amada el secreto desbordante de su dicha. Al pasar, de retorno, al trabajo de cada día, al afán cotidiano cuyo canto sorprendía Leopardi en las fiestas aldeanas,

> un canto che s'udia per li sentieri
> lontanando morire a poco a poco;
> gia similmente mi estringeva il cuore;[148]

al pasar, digo, por la calle de la Susana, y detenerme un momento en el pórtico de los Venerables, y retroceder para saludar el azulejo de Santa Teresa que hay junto a los Jardines de Murillo, llevo la sensación de que una mujer me espera en una ventana, de que una voz de cristal me llama desde lo alto, de que unas breves manos femeninas se trenzan cariciosas en las mías para ayudarme a caminar. Amor, *in abito legger di pellegrino*[149], ha venido del Puente Viejo y ha cruzado el Guadalquivir. La sensación es de una plasticidad tan vigorosa que me hace soñar, mientras camino, con los ojos abiertos. Los naranjos en flor me traen ráfagas de perfume; las acacias estallan en una eclosión primaveral; las campanas de la Giralda –campanas de plata– rompen este silencioso ritmo de mi corazón, trocado ahora en una armonía inefable. Me dan ganas de saltar y de brincar; digo palabras amables al transeúnte que cruza conmigo en los callejones solitarios y estrechos; unos ojos de mujer –gemelos de los de la niña de la ventana que viera Gabriel Dante Rosetti– han cruzado con los míos, cegándolos con su resplandor y con su alegría. La mañana, en fin, ha ganado mi alma, y torno a revivir la mocedad, aquí, en Sevilla, en el barrio de Santa Cruz, una tibia mañana transparente y sonora... Mañanita de Abril…

La Esfera (04-05-1929)
La Prensa (Nueva York) (18-05-1929)
La Veu de Catalunya[150] (10-05-1929)
El Adelanto[151] (22-03-1930)

Sobre la exposición

Si algún visitante viene a Sevilla en estos días del Certamen y te pregunta por lo típico, y por lo pintoresco, y por lo castizo, vuélvele la espalda, sevillano, tú que eres tan juicioso, y tan amable, y tan amigo del forastero. Dile que Sevilla no es eso, y que es mucho más que eso. Dile que tenga respeto por tu ciudad. Tú no tienes la culpa de que Sevilla rime con manzanilla y de que Giralda rime igualmente con gualda y con guirnalda. Dile que las flores que llevan a la cabeza tus mujeres no las llevan por presumir, sino por necesidad estética. Haz con tu ciudad, sevillano, lo que Carducci hacía con su cátedra cuando la veía invadida por gente ociosa que iba a sonreír y a no aprender. «Señores, yo no soy una bailarina.» Y se calaba el chambergo.

Sevilla, con motivo de la Exposición[152], yo tengo la esperanza españolísima de que va a ser amada en lo sucesivo como nunca lo fuera; esto es, respetada, estimada y comprendida. He aquí la tarea urgentísima que se impone al escritor español, y que yo mismo vengo realizando, como sé y como puedo, en estas queridas y acogedoras páginas de las publicaciones de Prensa Gráfica. Sevilla puede ser esposa; pero nunca querida de alquiler. Tomar un poco en broma a Sevilla es burlarse de España y de la huella de Europa en España.

[148] *Canti*: "La sera del dì di festa", vv. 44-46. ("…un canto que se escuchaba por los senderos / y alejándose moría poco a poco / me oprimía ya igualmente el corazón")
[149] "Con hábito ligero de peregrino", Soneto II de las *Rimas profanas y sacras* de Dante Alighieri.
[150] En *La Veu de Catalunya* se publicó con el título en castellano y el cuerpo del artículo en catalán...
[151] En *El Adelanto* su título fue «Primavera sevillana».
[152] La Exposición Iberoamericana tuvo lugar en Sevilla entre el 9 de mayo de 1929 y el 21 de junio de 1930 y su objetivo fue mostrar el hermanamiento entre España, Hispanoamérica, Estados Unidos, Portugal y Brasil. La muestra coincidió en el tiempo con la Exposición Internacional de Barcelona de 1929, y ambas fueron consideradas como la Exposición General Española.

Sevilla es nuestro orgullo, y a medida que la conocemos, y dialogamos con ella en el silencio, y empapamos nuestro espíritu de su gracia severa y de su donaire españolísimo, nuestro amor callado también. Amamos intensamente, apasionadamente, «patrióticamente», a Sevilla. La amamos porque la conocemos, y, a la vez, la conocemos porque la amamos. En estos achaques del amor, le crecen las alas al entendimiento, y en entendimiento vive su plenitud gracias a la exaltación sentimental. El despejo de la mente es muchas veces obra del amor. El Dante conocía una suerte del conocer, *l'inteletto d'amore*, que no es patrimonio precisamente de todos los mortales, que es aquel grado del conocer, desinteresado y puro, que se funde con el objeto que conoce, y lo prohíja, y lo hace suyo, y se funde con él, en un abrazo humanísimo de posesión.

Así es, escritor, como debes hablar estos días de Sevilla ante nuestros hijos de América, y así es, sevillano, como tú conoces a tu ciudad, y sientes el orgullo de haber nacido aquí. Debes coger la pluma, amigo mío, como el sacerdote un objeto sagrado, ahuyentar el ripio y decir tu verdad, con orgullo y con humildad a la vez, cuando hables y escribas de Sevilla. ¡No mezcles, por Dios y por ti mismo, y por Sevilla, que se conoce y sabe sonreír, los vinos de la Venta de Eritaña con los colores de la bandera de España, como hacen tantos! No es motivo de diversión Sevilla, amigo mío, sino de meditación serena y gozosa. La presencia de lo bello eleva siempre el espíritu y levanta el corazón. Y con relación a la gracia sevillana, ya demostraremos algún día, cuando hayamos sorprendido las caricias de la mañana en el parque de María Luisa y la tristeza de las mujeres ante la faz dolorida del Señor Jesús del Gran Poder en San Lorenzo, que se trata, pura y sencillamente, de una virtud teológica, o, lo que es lo mismo, de una calidad celestial. Sevilla es la tierra de María, la Madre de Dios. Y prestó para siempre a la sevillana la dulce Señora aquella sonrisa de gratitud que iluminó su faz, al sentirse madre, cuando recibió el mensaje del Arcángel.

Callen estos días los vocingleros, y los exaltados, y los que no ven más allá de sus narices; callen los ilustradores de tarjeta postal y de caja de pasas; escondan sus ripios en el cajón del despacho, para soltarlos y cobrarlos después. Y dejen tranquila a la sevillana, que es harto casera, y se ruboriza con el más leve pretexto o sin pretexto alguno, por el simple buen gusto de ruborizarse.

Cervantes nos habla, en cierta ocasión, de una sevillana.

Dice que no ha pasado más allá de la puerta de Jerez y que no ha llegado nunca al prado de San Sebastián.

Madruga con el alba y pasa el día regando sus tiestos y sus macetas. A mujeres así conviene no exhibirlas torpemente para que no aprendan a desdeñarnos y a burlarse de nosotros. Calle el tópico estos días. Es un deber elemental, sobre el cual yo haría una urgente nota oficiosa si compartiese con el general Primo de Rivera las responsabilidades del Poder. Yo creo que sería una buena nota oficiosa para la exportación a nuestros queridos pueblos de Sudamérica.

La Esfera (01-06-1929)
El Adelanto (27-04-1930)

La ciudad de la gracia

Para Manolita de Velasco y Sánchez Arjona.

La Gracia

"Toda la gracia –torno a leer en el estupendo librito "Elogios", de Juan Maragall, que, estudiado, y meditado, y rumiado en Sevilla, cobra una luz nueva–, toda la gracia está en un cierto olvido de sí mismo; por eso es cosa esencialmente humana". "La naturaleza inconsciente –agrega el poeta catalán– no puede ser graciosa, porque no sabiéndose no puede olvidarse; y si llamamos gracioso a un animal, a una flor, a un paisaje, es por una especie de antropomorfismo que le atribuimos, por darle metafóricamente un alma como la nuestra. Pues para ser gracioso es menester saberse y olvidarse, porque no es la gracia una absoluta inconsciencia, es un saberse y no saberse que no sé cómo decirlo".

Meditamos una vez más sobre estas palabras, tan preñadas de sentido, que son, por otra parte, como el eje y la médula de toda la estética sevillanísima de José María Izquierdo, y nos detenemos a gozar del silencio y de la paz que nos envuelven en esta deliciosa plazoleta de Santa Marta, del barrio de Santa Cruz. Nadie en la plazoleta durante este atardecer de Junio. Las paredes blancas refulgen al sol; sobre las rejas y las ventanas y las celosías del callejón de acceso asoma su airoso perfil la Giralda, que evoca en mi espíritu –¡vaya usted, lector, a saber por qué asociaciones misteriosas!– el palmito gentil de aquella Lela Merien del "Quijote", la morita conversa. En la cruz blanca del centro de la plazoleta hay grabadas dos palabras, que son una síntesis de gracia: "Ave

María". Y los geranios y los claveles a los pies de la cruz, refuerzan el sentido de las palabras grabadas, y con los geranios y los claveles de las macetas, la cancelita de la casa que tengo enfrente, y el patio que se vislumbra, y las plantas parasitarias que trepan hasta los balcones, y los dos naranjos recién plantados, y las primeras sombras, que galopan, quebrando y tamizando y diluyendo la luz cruda de hace un momento. "He aquí –me digo– una plazoleta graciosa –y la palabra adquiere entonces en mi silencio toda la majestuosa y serena y honda plenitud de que está henchida–. Es una cosa viva que sonríe y evoca; es un gesto de Sevilla esta plazoleta que aspira a ganarme el corazón y que me lo gana". Y torno la mirada errabunda fuera del paisaje interior, y las palabras de la cruz blanca comienzo a verlas, letra por letra, y según las va poniendo Gabriel en ella, bajo el manto azul de este cielo. Graciosamente –otra vez la palabra viva arranca del manantial fresco del corazón–, graciosamente, Gabriel sonríe y calla.

Y ya estoy ganado por la gracia. ¿Por qué no repetir la plegaria que es un poema? ¡Si es tan lindo el poema! ¡Si es tan linda la cruz! "¡Ave María! Gratia plena". ¡Sí, María! El Señor es contigo, y por la gracia de la cruz también conmigo; el Señor es con los dos en esta hora, María; tú eres bendita entre todas las mujeres, como Sevilla es bendita entre todas las ciudades, porque ha sabido comprenderte a Ti, Virgen y Madre, en un gesto de amor. Yo te veo, María, asevillanada, con la color quebrada y el aire melancólico, en la Macarena, en San Juan de la Palma en la iglesia trianera de la O, todas las tardes. Y cuando te olvido, una cruz evoca tu nombre, y el sentido olvidado de la gracia torna a mi soledad.

Porque la gracia, este saberse y olvidarse a sí mismo, además de ser cosa esencialmente humana, y por serlo esencialmente, es también privilegio y patrimonio de la ciudad, cuando la ciudad está conseguida y lograda en el tiempo, como Sevilla. El malogrado Izquierdo, cuyo, espíritu está contigo esta tarde, pedía para Sevilla "una montaña, una torre... para mirar al cielo, y a la tierra desde las cumbres, y verse en su ciudad y sentirse aérea, y rezar; y un espejo –un río, un lago, un mar...– para mirarse así, fuera de sí, en una apariencia fugaz y profunda, y verse diversa, y sentirse fluida, y reflexionar; y un "quid divinum", no sé qué, que sea como la flor de su vida, y le hago ser lo que es y saberse cómo es". Hasta aquí Izquierdo. Pero con la altura y con el espejo se da a los hombres y a las ciudades la gracia por añadidura, a condición, naturalmente, que se ignoren, no ignorándose. Y Sevilla no tiene una atalaya para mirarse, sino muchas. ¿Por qué no añadir al hechizo de la Giralda el de la torre de Don Fadrique, arrogante y señera, en el compás de las Claras, evocando la vida galante del Rey don Pedro? ¿O la Torre del Oro –atalaya y espejo a la vez–, que es de plata por las noches y que sirve a los mareantes de punto de referencia? ¿O los alminares de Santa Marina y de San Marcos, rivales de la Giralda, rematados por, la cruz? Todas estas alturas y otras de menor prestancia hay en Sevilla para un solo espejo –el Guadalquivir–, y sobre el río y el espejo y el alminar y las torres, esta flor de la vida de Sevilla, que no se sabe, al revés de lo que decía Izquierdo literalmente, y que, por no saberse o por saberse olvidándose, que estos dos matices pueden tener la naturaleza de la gracia, como sospechaba y afirmaba Maragall, es Sevilla, más que flor, como ciudad lograda desde hace cuatro siglos, fruto de gracia cuajado, pero inefable e indefinible.

"Divagando, divagando", nos cuenta Izquierdo que "en la mitad del camino de la vida... se halló perdido en el laberinto de las sensaciones peregrinas, en el dédalo de las imprecisas impresiones". Divagando como un niño se quedó dormido y muerto en el regazo de la madre tierra. Un amigo de Izquierdo me ha contado que se murió, como su maestro Maragall, por no quejarse. Pero este divagar gracioso, olvido que no inconsciencia, es el único quehacer divino de todo artista sevillano que se sienta tocado verdaderamente de la gracia, y hasta de todo peregrino que, evocando las "imprecisas impresiones" de Izquierdo en un momento de emoción, acierte a ver a Gabriel grabando en la cruz de la plazoleta de Santa Marta las dos palabras iniciales de su gentil saludo a la mujer que había de llevar en sus entrañas a Dios, manantial y río y fuente eternos de la Gracia.

El Adelanto[153] (19-04-1930)
El Adelanto (28-09-1929)
La Veu de Catalunya[154] (27-04-1929)

[153] Este artículo fue publicado anteriormente en el mismo diario salmantino el 28 de septiembre de 1929 bajo el título «Motivos de Sevilla», dedicado a Fernando Íscar Peyra. Advierte que pertenece a un libro en preparación "Sevilla" que no se publicó.

[154] Se publicó en catalán con el título « Maragall a Sevilla».

OTROS LUGARES DE ANDALUCÍA

La tierra de la alegría

– Esta tierra es la tierra de la alegría, ¿no le parece?

– ¡No, señor!

– Con estas chavalas y este cielo y estos cantos, y estos patios, y este resol, ¿no le parece alegre Andalucía?

– ¡No señor!

– ¡Entonces…!

– No lo sé; pero lo mismo Córdoba que Sevilla, tengo para mí que rezuman tristeza. No se ve una chica por la calle, sino asomada tímidamente a la reja de los patios, esperando al príncipe... que no llega. Hasta en las iglesias están los hombres a un lado y las mujeres a otro. En los ojos llevan la resignación del que ya no espera. Y los cantos son cantos moros, de fatalismo, de anulación de la voluntad, de lascivia melancólica del pueblo que come gazpacho. ¡Y las juergas! Unas pobres mujeres que esperan los cinco duros del inglés o del forastero para encender lumbre en el fogón y para que coman los churumbeles. Y los castizos de las juergas, tíos fúnebres y ritualistas y estirados, y seriecitos, y tiesos, que comen como lobos en los descansos.

– Pero, ¡el sol!

– El sol es molesto, amigo mío, con hambre. Los hombres alegres prefieren la sombra. Hay alegría en los bodegones de Teniero, allá en Holanda; y en los zollos de Vizcaya, allá en Bilbao; y en las sombrías callejas cuando se bebe el vino del Riveiro y las mozas y los mozos resuellan alalás y «aturuxos». Hay alegría en Barcelona, un domingo, cuando los obreros van de merienda al Tibidabo o a Vallvidrera. Hasta en Castilla, los días de Agosto, en las parvas, y por Septiembre, en las vendimias. Aquí no la veo.

– ¿No?

– ¡No! Oigo el eterno llanto de Boabdil, lamentando como mujer lo que no supo defender como hombre. La guitarra me parece una guzla y canto de jarka el cante jondo. No sé por qué se me antoja cosa de presidio, y de requisa, y de cuadras, y de rancho, y de carceleros. Y el amor que en estos cantares se exalta, expansión de tristeza, fracaso sempiterno, celo de macho que estalla, presunción, pero no sacrificio. El amor es confiado, tranquilo y alegre, o no es amor. Pero tanta puñaladita, y tanto cementerio, y tanta desilusión, y tanto fatalismo..., perros que ladran, mocitas que mueren, rastrillos carceleros que se cierran… ¿quiere usted decirme por dónde asoma la alegría?

– Las mujeres ¿no son un sol de bonitas?

– Sí, señor; de bonitas y de tristes. Pero las andaluzas de fuera de Andalucía son de pura exportación como las pasas malagueñas; la andaluza es modosita, honrada, casera, y no sé por qué sospecho que apasionada y sentimental. Las Lolas, Amparos, Carmelas y Soledades que nos sirven los novelistas, no las veo por ninguna parte.

– ¿De modo que Andalucía es para usted...?

– Triste y bella. Acaso yo no vea bien esto por aquello de que el paisaje es un estado de alma, que decía Enrique Federico Amiel, y por aquello otro de que las cosas que vemos son un puro reflejo de nuestra sensibilidad. Pero yo le aseguro a usted que el día que quiera divertirme preferiré ir a comer angulas a un zoilo bilbaíno; «friscandó» a un restaurant de las Ramblas o un pote gallego en Orense. Y Orense, o Barcelona, o Bilbao, tienen más alegría en el ambiente que Córdoba y Sevilla.

El Adelanto (24-12-1924)

Minas de Riotinto, compañía limitada

Nerva.

A tierras de Huelva, en camioneta destartalada y lenta; a estas tierras de Huelva –vueltas hacia Portugal y Extremadura que, desde las carabelas de Palos, tienen la orgullosa pretensión, no solamente de ser *portus maris*, si no también *terrae custodia*. El barrio rumoroso de Triana primero, con su alegre puente, y la mancha de la torre del Oro en una tarde lloviznosa y sucia, y las casitas

blancas de Santiponce a la vera del "mustio collado" que fue Itálica de ayer, y la calle de las Pajarosas, antes de otear los primeros alcores o estribaciones de la sierra de Aracena.

Paisaje de sierra, pero, en este momento, sin el resol, sin la luz, sin el aroma de esta tierra privilegiada y feracísima. Matas de geráneos [sic] y de claveles en algún ventorrillo; trozos de huerta, salpicados de campanillas y gamarzas y otras flores silvestres; campesinos de chaquetón corto y de hablar rápido y cantarín; mocitas y mujerucas cobrizas con flores en el pelo. Y la lluvia persistente y tenaz, y la camioneta haciendo eses por una carretera inverosímil que no conoce la recta, y los manchones cárdenos y grises de los olivares, y pitas, y algún naranjo, y silenciosos cortijos enjabelgados [sic], y las primeras casitas de las Minas del Castillo, con la torre barroca de una ermitilla en lo altozano. Oteros, y el barrio minero del Castillo de los Guardas, simétrico, de una monotonía desesperante e industrial.

Nuevas curvas, zigzagueos inverosímiles, recodos y repechos, cuando la carretera gana los confines de la provincia de Sevilla para internarse en los de Huelva. El paisaje cambia. Los cerros están ya pelados y el jardín se trueca en paramera. Las chimeneas de Riotinto, Compañía Limitada, se consagran, desde tiempo inmemorial, a humillar los fueros de la Naturaleza, desde los Madroños hasta más allá de Zalamea la Real.

Comienza la cuenca minera. Nerva –en una hondonada– es la capitalidad de la comarca. Hecha de prisa y como de mala gana después de un hundimiento de Riotinto, traga los humos de pirita que hace irrespirable su atmósfera, y señala sus barriadas trazadas a capricho y como para ahorrar tiempo. Nadie diría que estamos en Andalucía. No se ven rincones, ni jardines, ni iglesias, ni plazas propiamente dichas, ni las huellas del tiempo que dan el matiz a las cosas. Si algún forastero tuviera la pretensión de estudiar las preferencias políticas o intelectuales de Nerva por los rótulos de sus calles, quedaría perplejo y confuso. Junto a la calle de Pablo Iglesias asoma su prestancia la de don Eduardo Dato e Iradier. Blasco Ibáñez es vecino del general Primo de Rivera, y el ministro de Marina señor Cornejo, reparte alegremente con Carlos Marx la denominación de dos vías céntricas. Cicerón, y Antonio Zozaya también están representados en esta nomenclatura nervense. Así es Nerva: un mosaico incongruente.

Pero si bien lo pensamos, la capitalidad geográfica de las Minas de Riotinto, Compañía Limitada e inglesa, no puede ser de otra suerte. Bloqueada Nerva por cerros, oteros y montecillos, presidida por las chimeneas de la fundición, rodeada de cortas, de vagonetas, de máquinas carboneras, de bocas de minas, de contraminas, está asfixiada física y espiritualmente. No necesita de tradición alguna para ser colonia, almacén o factoría. Finca que Míster Cooper vigila para que no se ensanche, tiene la angostura mental de una aldea.

Riotinto.

Riotinto es una continuación. Con sus barrios del Valle, y del Alto de la Mesa, y de Bella-Vista, y de Buena-Vista, y de Vista Alegre, y del pueblo propiamente dicho. En la prominencia de este, sobre las escuelas y sobre los almacenes, sobresale la atalaya vigilante y protectora de M. R. T. C. L.[155] Son grises los muros de esta atalaya y para penetrar en ella hay que ganar buen número de escalones.

De noche, la atalaya puede confundirse con una fortaleza. Y Riotinto cambia de lugar, de sitio y hasta de población según las necesidades de la explotación minera. Se crean barrios en un santiamén o se vuelan en un instante con unos cartuchos de dinamita. Los ingleses, mejor resguardados, forman rancho aparte en Bella-Vista, allí donde no llega la acción corrosiva de las chimeneas. Habitan sus hotelitos, separados por pinchos y vallas, de la zona indígena. Hay una iglesia para los fervores religiosos de la población obrera. Y sus casinejos, donde se murmura en voz baja, pero cuyo funcionamiento está más que intervenido por los caballeros de la fortaleza gris. Unos almacenes –"made in England"– subvienen a las necesidades nutritivas y suntuarias de los pobladores. El ferrocarril que les transporta a Huelva es el mismo que lleva el mineral, y como los domingos se interrumpe el tráfico, los pobladores se quedan sin correo. Así se dispone desde la atalaya desde tiempo inmemorial. Con chatos y con tapas, oyendo una "soleá" y a la vera de una guitarra, ya es sabido que no protesta nadie.

Las chimeneas, con sus densos y pajizos humos, continuarán envenenando el subsuelo, pelando los cerros, matando los jardines y haciendo, de un oasis, una terrible paramera dantesca.

[155] Minas de Río Tinto Compañía Limitada, explotada por ingleses quienes, efectivamente, vivían en la colonia Bella-Vista, vallada y con una garita de vigilancia a su entrada, la atalaya a que se refiere Sánchez Rojas.

"Lasciate ogni speranza"[156], amigos, desde el poblado de los Madroños hasta dar vista, por el otro lado del valle, a Zalamea la Real, blanca y pulcra como una paloma, con sus huertos, y sus rejas, y sus portalones blanqueados, y su torre de azulejos y ladrillos. Hasta entonces no se acaba de salir del infierno, y allí se olvida –una vez pasado Campillo– la obsesión de la atalaya, destacándose sobre los almacenes y las escuelas...

Andalucía torna, camino de Valverde, a recobrar su graciosa fisonomía, perdida en toda la cuenca minera; acaso por las duras necesidades de la realidad. Yo conservaré siempre un regusto agrio y desagradable de esta excursión hecha un poco de sorpresa, a la que debo una triste visión inolvidable, que no está en ninguna cosa concreta, pero que irradia de todas ellas, constante y abundosamente.

El Noroeste (03-06-1928)
El Luchador (30-05-1928)
Nuevo Mundo[157] (08-02-1929)

Estampas de Jaén

Antaño

Don Francisco Pi y Margall[158], este viajero andarín, incansable, meticuloso, que visita los archivos y todas las iglesias de España y escribe después en una letra pequeña y nítida sus impresiones de observador con prosa clara, sobria y elegante, visita Jaén en los años del Señor de mil ochocientos ochenta y tantos. Las calles tortuosas y pinas de la capital del Santo Reino producen al viajero la más agradable de las sorpresas. En las calles ve don Francisco paredes altas, hermosos balcones recubiertos de pámpanos y de hiedra, recamados otros de madreselva y adornados todos en los ángulos de sus barandillas con jarras de Andújar, cuya agua guardan del polvo paños orlados de encaje. Mucho más ve don Francisco en Jaén. Los frescos y deliciosos patios están alfombrados de vistosas plantas y animados por el murmullo de fuentes que brotan de esbeltas copas, coronadas de flores. En la parte alta de la ciudad sueña despierto sus mejores sueños de resurrecciones pretéritas nuestro querido don Francisco. En la parte alta, revive Pi la vida toda interior de los musulmanes, y hay momentos –¡deliciosos momentos!– "en que se llega a creer que está aún habitada la ciudad por zaides y zulemas".

Y las murallas ya causan menos impresión a este viajero sugestionable. Las encuentra derribadas y las ve lamentablemente confundidas entre casas humildes, que se sentaron en lo alto de sus adarves o posaron desdeñosamente sobre sus escombros. Sin embargo, contempla todavía –hace cuarenta y cinco, hace cincuenta años– grandes lienzos ceñidos de torreones, restos sombríos cuajados ya por el tiempo, de plantas parasitarias, que agita con dulzura el viento. Sobre los arcos ojivales del portillo del Arroyo de San Pedro, ve don Francisco pasar, victoriosas y ufanas, las huestes del El Ahmar y de San Fernando. Los muros trepan por lo alto del cerro, en cuyo torno se agazapa la ciudad hasta llegar al castillo que la corona, defendido por enormes precipicios que van del oriente al mediodía. La fortaleza está ya rota y desconchada, y a medio destruir, cuando la visita don Francisco; sus cuarteles no tienen techo y aparece truncada la cabeza de sus cubos. Apenas si la torre del Homenaje se mantiene en pie. Sus almenas, enclavadas en lo más alto del cerro, presiden las edificaciones del Alcázar. Y recuerdan la historia cristiana del Santo Reino, cuando ya la ciudad sirve de freno a las incursiones de los musulmanes, cordobeses y granadinos, que quieren internarse por las Castillas.

Hogaño

Cuarenta y cinco, cincuenta años después, nosotros, viajeros también impenitentes e incansables, recorremos, durante varias tardes del estío, las calles y las plazas de Jaén. La ciudad andaluza nos parece más bien una ciudad manchega; enormes extensiones de olivares la encinchan y

[156] Verso de la *Divina Comedia* de Dante Alighieri: "Dejad toda esperanza", dice a la entrada del infierno.
[157] En *Nuevo Mundo* el título es solo Minas de Río Tinto.
[158] Toma los datos de *Recuerdos y Bellezas de España* publicados entre 1839 y 1865 en 10 tomos por J. F. Parcerisa y Pablo Pi Ferrer, cuyo tomo dedicado a Jaén, Granada, Málaga y Almería (1850) fue redactado y documentado por Pi y Margall. Si bien por el cálculo que hace de "cuarenta y cinco o cincuenta años después", más adelante, parece haber manejado la edición de 1884 que llevó el título de *España, sus monumentos y artes, su naturaleza e historia.*

sujetan; unos graciosos y típicos mesones, como el de los Tres Álamos, nos recuerdan el resol y el silencio de Manzanares o de Valdepeñas; un olor a mosto manchego rezuma de las bodegas y se expande por las calles. Jaén: calle del Portillo. El convento de las Madres Bernardas, en la puerta de la Barrera. Jaén: Santa María, plaza de la Merced, y del Conde y de San Francisco, Diputación Provincial, flamante y nueva. Una rúa moderna –la de Bernabé Soriano– donde se apiña la gente en bares y casinos. La Catedral, siglo XVIII, con su magnífica portada del Mediodía, que sirve de lienzo a una bella plazoleta provinciana, enfrente del palacio episcopal y a la vera de las casas consistoriales; plazoleta donde pasean las bellas y donde la banda municipal luce sus habilidades en los conciertos de los jueves y de los domingos.

La catedral, esta catedral influenciada por Herrera y por Churriguera, edificada a trozos y en distintas épocas –en 1540, por Juan de Vandaelvira[159]; rematada a medias por Eufrasio López de Rojas en 1667–, no ve concluidas sus capillas, ni hecho su porche, ni rematadas sus torres hasta 1688. Pero hasta 1764 no ve concluido el sagrario, por Ventura Rodríguez, y hasta 1801 no se concluye el atrio, que sirve de gracioso adorno a la plazoleta.

Y esta Catedral, que parece recién acabada, que lo está realmente, da hoy el tono a la ciudad, mejor que las bellas leyendas de zaides y de zulemas, que tanto deleitaban a ese gran cincelador de la prosa castellana que se llamaba don Francisco Pi y Margall. Jaén es hoy nada más, y nada menos, que el humilde caserío que se apretuja en torno a esta gran catedral del siglo XVIII. Y toda la ciudad es un poco –a pesar de las Bernardas, y del Castillo, y del arco de Fernando el Emplazado, y de las calles pinas y tortuosas de su parte alta–, siglo XVIII. El mismo don Lope de Sosa parece un personaje un poco anticuado en ella. Bernardo García López, el recio cantor jienense de las jornadas épicas del Dos de Mayo, encuadra mucho mejor dentro del ambiente de esta ciudad, con sus décimas altisonantes y robustas. Y Monescillo, el buen obispo, que abandona el silencio del palacio de su plazuela por el fragor de las Constituyentes. Y Prado y Palacio construyendo el balneario de Jabalcur para solaz de los indígenas. Y el bondadoso Bernabé Soriano derramando las mieses de su espíritu por el corazón reseco de la ciudad. Y ese distraidote y doctoral Flores de Lemus, haciendo que no ve y que tropieza, para ver demasiado y para no tropezar nunca.

Jaén es hoy lo que su catedral ha querido que sea. Ella le da el tono y el matiz; ella parece haber conformado su cuerpo y también su espíritu. Jaén: olivos, más olivos, siempre olivos... Un tono verde gris y un inmenso lagar. Jaén: las Bernardas, la Magdalena, dos o tres iglesias barrocas, plazoletas de muros blanqueados, mesones castizos, olor a mosto y a aceite; la bella plazoleta provinciana donde pasean las bellas; la Casa de Dios... Las viejas leyendas se perdieron con el paso de Pi y Margall; solamente ante la capilla, constantemente iluminada, donde estuvo una noche expuesto el cadáver de Fernando el Emplazado, podemos revivir, con algún esfuerzo, la tragedia de los Carvajales, despeñados del vecino pueblo de Martos, y las torturas de la regencia de aquella buena Doña María, la reina que temía más a los nobles en la ciudad, que a los facinerosos en el campo.

La Voz de Aragón (04-07-1930)
El Adelanto (20-06-1930)
La Esfera[160] (13-04-1919)

[159] En realidad, se llamó Andrés de Valdaelvira
[160] En *La Esfera* lleva el título «Sensaciones de Jaén» y está dedicado al Doctor Casero. Contiene ligeras variaciones con respecto a las otras dos versiones.

ASTURIAS

Covadonga

Heme aquí descansando en Covadonga, en el Hotel Pelayo, ante una cadena imponente de montañas, al lado de la gruta, ante la fuentecica de la que reza el cantar:

La Virgen de Covadonga
tiene una fuente muy clara;
las niñas que de ella beban,
dentro del año se casan,

junto a la Basílica, junto a la tumba de don Pelayo.

El paisaje. De mimoso y dulce, que suele ser el escenario de Asturias, se trueca en imponente y salvaje. Abruptos peñascales, breñas espesas, bosques de abetos, de castaños, robledales, son sus elementos componentes. Alguna casuca de solera, embutida entre los abetos, hórreos, sotucos, fincas como pañuelos, de maíz o de huerta.

La Basílica está tan hermosamente emplazada, que parece que ha nacido donde está sin artificio alguno como una escrecencia de la montaña. Desde la estación a ella hay dos kilómetros. Súbese por un camino real, en cuesta, en escarpada pendiente. Cabrillean unas lucecillas en la hondura del valle, a los pies de la Basílica; se torna negra la masa montañosa; en el cielo luce el camino blanco del Señor Santiago. Varias estrellas corredoras. Primero la carretera está limitada por un cerco de huerta; luego, dominando una explanada, escalando la pendiente, se llega a una plazoleta; luego se gana la gruta, donde también guiñan melancólicamente unos faroles. Y encerrados materialmente entre montañas, llegamos al hotel. Sentimos una impresión de bienestar y de gozo.

Pensamos un momento en aquellos pretéritos reyes godos que sacaron los sarracenos de estos vericuetos. ¿Cómo sería don Pelayo?

En la gruta hay una estatua de piedra. Empuña con la izquierda una tizona, con la diestra una cruz.

"Inimicus hoc signo vincitur".

Con esta señal se vence al enemigo. Viste almadreñas, al uso del país, nuestro rey glorioso; cruzan unas correas sus duras piernas de roble. En su frente, en su mirada, en su barba tupida, hay algo de ingenuamente bárbaro. Imaginaos la batalla. Se despeña a los enemigos; es una lucha de destreza y de robustez; vence el fuerte primero que el hábil; la Naturaleza, fecunda en precipicios, ayuda la carnicería. Es terrible pensarlo. Un puñado de valientes comienzan una obra de civilización que ha de durar siglos. De monte en monte, de valle en valle, de pueblo en pueblo, se aprieta, se estrecha al sarraceno. El reino de Asturias se expansiona, naturalmente, por León. Después de León viene Castilla y Aragón paralelamente. Nos apoderamos de Toledo, de Cáceres, de Sevilla, de Madrid, Granada, la última fortaleza mora sucumbe también, cerrando la hazaña de los valientes de Covadonga.

El sitio me inspira amor, respeto, emoción duradera y viril. Me descubro ante la tumba del rey remoto. Una madrileña reza en la gruta a mi lado; otras han visitado la fuente por si el cantar acierta. Y rompe el encanto de la hora y del sitio un horrendo fonógrafo de los canónigos que, desde la plaza de la Basílica, canta coplas populares.

El Adelanto (26-07-1911)

Rivadesella[161]

Una faja azul, la del Cantábrico; castañares, sotos, valles, el Sella que muere en el mar... Las ocho de la noche. El quieto pueblo astur, iluminado, parece, en su antepuerto, una caricatura del lago Leman. Suenan voladores y cohetes; un mortero cargado de pólvora produce estampidos horrísonos; una sirena ronca; suena metálicamente la draga del lugarejo. Llega Besada[162].

El cronista pasea a la vera de su amigo, el mar. El mar no se cansa nunca de mostraros sus secretos; tiene un alma traviesa y una carantoña de farandulero. Ahora es manso y sereno el mar. Hay poca resaca. Solamente dos muchachas enlutadas respiran a pulmón abierto la brisa bienhechora. No hay un alma en el puerto. Los notables, los coros del pueblo, esperan la visita del señor Besada.

El señor Besada y sus amigos no acaban de llegar. Besada ha mimado a Rivadesella; consiguió para las obras del puerto tres millones de pesetas; el pueblo, agradecido, quiere tirar las campanas a vuelo. Una marquesa popular en el pueblo, en todo Asturias, la de Argüelles, recibirá a los huéspedes.

El mar, indiferente, sigue poniendo una nota de melancolía al paisaje. Dos montañas cierran la faja del mar. La parte nueva del lindo pueblecito, el Arenal, la avenida de hoteles flamantes y bruñidos, aparece engalanada. La parte vieja, poblada de cuestas, pintoresca, rugosa y accidentada duerme ya.

El mortero resuena con más coraje; los cohetes dejan un reguero breve de luz en el cielo. Una murga comienza un pasodoble.

Y llega Besada. Os advierto que tiene sus razones el viaje. Acaso el cronista pudiera descorrer el misterio contando una indiscreción del salón de conferencias, hablándoos de un recado de Besada a Canalejas, de un dolor de cabeza de Cierva, de cosas que quedaron en el silencio, hace mes y medio, días antes de cerrarse las Cortes. Se habló de una escisión; pesaba demasiado la delegación de Cierva: molestaba la intransigencia desdeñosa de Maura; se quería sacar provecho de la simpatía que Besada inspira a todo el mundo.

Y de pronto, Besada viene a Asturias, con sus adictos e incondicionales, con Pepe Moral, con Puerto-Seguro, con Bugallal, con Cervantes, con Pedro Seoane, con Riestra, con los que más han hablado de separar la suerte del partido conservador de la intemperancia personal de Cierva. En este rebrote del viejo villaverdismo, Rivadesella hace de Meca.

Llegan los autos. Desciende Besada aligerado de carnes y más esbelto que nunca, pasea por el paisaje sus ojillos melancólicos Moral, gesticula Puerto-Seguro satisfecho y nervioso, rasca su barbilla en consulta Gabino Bugallal, al que no vitorean los coros encargados de ello.

Sigue el pueblo a los disidentes vergonzantes. Se multiplican los vivas; se porta bien la gente. El pueblo, en masa, acompaña a los expedicionarios al hotel de los marqueses de Argüelles. Sigo la corriente, confundido en la muchedumbre. En las escalerillas del hotel, espera la marquesa. Con un gesto cortesano ofrece su mano al ex ministro; este deposita en ella un beso sonoro. La gente joven baila en la explanada del hotel. Comienza una verbena a la orilla del mar...

Y dos horas después, sigue la verbena. Las muchachas, todas las muchachas, lo mismo las indígenas que las forasteras, lucen sus trapitos domingueros. Besada, en la terraza, apoyado sobre la barandilla, fuma perezosamente un pitillo. Puerto-Seguro dice lindezas a las señoras. Moral, que es un pollo en estado de merecer y un excelente buen partido –crea mi amigo Moral que el reclamo es inocente y gratuito del todo– diserta a la vera de las buenas mozas.

[161] Escrito así en el original.

[162] Siendo ministro de Fomento, Augusto González Besada y Mein (1865 – 1919) realizó un recorrido por las localidades asturianas que tanto había favorecido. Desde el 2 al 11 de agosto de este año visitó Sama de Langreo, Lena, Llanes, Ribadesella, Luarca y Vegadeo.

Y la gente joven no se harta de bailar. Traduce en sustancia la visita como traducirán los políticos en substancia también las aclamaciones del recibimiento...

Yo medito una entrevista. No me es posible celebrarla porque no quiero soportar el enojo de las presentaciones. Aprovecharé la coyuntura cuando los expedicionarios vayan a Covadonga. Y entonces descorreré el misterio del salón de conferencias días antes de cerrarse las Cortes.

El Adelanto (09-08-1911)

Oviedo

En un día de sol doy con mis huesos pecadores en la vieja capital asturiana. Y el sol me desconcierta como a las brujas. Sueño con la Vetusta de Clarín; veo en mi fantasía la ciudad al anochecer; quiero creer que llueve tenaz y persistentemente; oigo, por anticipado, el traca-traca de los pesados zuecos. Se me figura que, al toque de oración, salen de los palacetes, de las casonas, viejos venerables alumbrados por los faroles, para que no tropiecen con su arquitectura desvencijada en los chinarros de las rúas.

Y estoy levemente desorientado. Es el castigo de todos los que viven más en los libros que en la realidad. El coche del hotel me lleva por la calle de Uría, por el Campo de San Francisco. Se me antoja pensar que me he equivocado y que Oviedo es un arrabal de Gijón. La torre gótica de la catedral, que he visto, a lo lejos, por el valle, desde las ventanillas del tren, me reconforta un poco. Donde hay una catedral, siempre hay que ver algo. Luego descubro murallones rotos de la vieja cerca; después, una casa señorial, espaciosa y grande. La Universidad, con su aspecto de edificio clerical, con su fachada dórica, tiene todas mis simpatías.

Y me dispongo a ver Oviedo con calma, con reposo. Uno de los mayores placeres que puedan saborearse en una ciudad desconocida, es el de callejear. Callejeo a mi sabor. No son ajenas a mis descubrimientos las ovetenses. Un buen edificio humano me interesa más que un buen edificio de piedra. Y así, de Oviedo, las dos notas que persisten en mi espíritu con más viva intensidad son, la visita a la hermosa Basílica y una chiquilla rubia, muy guapa, que marchaba por el paseo del Bombé, a la caída del sol.

La catedral de Oviedo, tan rellena de historia, cuna de nuestro pueblo, uno de los primeros templos que nuestros reyes levantaron, con sus piedras negras, produce, a primera vista, un efecto deslumbrador. El pórtico está formado de tres arcadas negras que se corresponden con las tres naves. Mayor que sus hermanas es la arcada del centro, y más esbelta y airosa, sobresale en los arcos la ojiva; enlaces de aristas en las bóvedas; lindos bordados de piedras reciben el beso del sol en los tres portales de la entrada. Las esculturas no valen cosa mayor; asoman su busto Don Fruela y Don Alfonso el Casto. El interior de la basílica es agradable sin ser grandioso. Muy bonita la sala capitular, y en el archivo, inmediato, nos enseñan y tocamos con cierto respeto varios códices; el libro Becerro, la Regla Colorada, el testamento de Don Alfonso el Casto.

A la salida, torna a sugestionarme la hermosa torre. Arranca de los contrafuertes del atrio y se eleva después, solitaria, desde el segundo piso. Vuelvo a acordarme de Clarín. Me imagino al canónigo Pas, subiendo a la pingorota de la torre, marcando con su robusto brazo en cruz, los hoteles de los indianos del campo de San Francisco. El buen canónigo ríe beatíficamente. ¿Cuál sería el confesionario de la Regenta? ¿Aquel desvencijado de la derecha, que estaba junto a una capilla? ¿Aquél otro, gótico, señoril, estampa inglesa de una novela de Walter Scott, de la izquierda?

Y continúo mi excursión. Son muy típicos los alrededores de la Catedral. La plazoleta que le da frente, con sus portales, con sus casas viejas y simétricas, produceme la impresión de una plaza castellana. Husmeo otras iglesias; el convento de Santa Clara, la iglesia de San Isidoro, de los jesuitas. El antiguo palacio de los Quirós, que es hoy la Audiencia territorial, tiene también un grato sabor castizo, y concluyo mi excursión mañanera en la Universidad.

Pregunto, naturalmente, que dónde explicaba sus lecciones de Derecho Natural Leopoldo Alas. Un bedel satisface mi curiosidad. Luego me hablan de ciencia, de sociología, de seminarios alemanes, de disciplina mental; escapo del chubasco como puedo. Creo fervorosamente en la gloria de la Escuela Asturiana, pero, para que retoñe la sombra de los Jovellanos, de los Campomanes, de los Feijóo, de los Argüelles, de los Toreno, yo pediría humildemente que los profesores no estuvieran dotados del don de la ubicuidad y que viviesen más en el sillón augusto de sus aulas, que en la silla, un poco vulgar, de las oficinas burocráticas.

Después, en días sucesivos, refresco mis impresiones de Oviedo; hago amistad con el conserje del Casino; conozco a unas abonadas que se sientan junto a mi butaca, en el Teatro Campoamor, oyendo operetas a una Compañía italiana bastante mediocre; conozco las horas en que está más agradable el paseo Bombé. Y no vuelvo a ver a la rubia del primer día. Las bellezas locales, como los edificios, debieran estar enclavadas en un sitio determinado, pasear por el centro tantas o cuantas horas y anunciarse previamente. Nada tiene mayor encanto que el resplandor de unos ojos azules que nos acarician unos días y que no tornaremos a ver jamás.

La Esfera (24-01-1914)

CATALUÑA

Una visión de Barcelona

– ¿No conoce usted a ese?
– No.
– Es Pujols.
– De nombre, sí. Leí el *Nuevo Pascual*. Además sé que hace versos místicos. Tiene talento Pujols.
– Mucho. Ahora le tira la filosofía. Intelectualmente, es un cínico
– Ahí le tiene usted solo, delante de su thé [sic].
– Ahora se entretiene haciendo ese periodiquito de escándalo que se llama *El Papitu*, ¿Usted no lo lee? ¿No? Hace bien. Además, no lo entendería; es local. Y aquí tiene usted a Pujols solo, y a Ors solo, y a todos solos. No hay núcleos, agrupaciones en torno a una persona. En Salamanca, tienen ustedes a don Miguel; Dorado tendría un núcleo si saliera de casa. En Madrid, hay, no núcleos, sino peñas: la de Benavente, la de este, la del otro. Aquí ni peñas ni núcleos. ¿Y va usted entrando aquí?
– Sí... creo que sí.
–No, crea usted que no. Aparte de que usted cree que no. A Castilla le tiene sin cuidado Cataluña, pero Cataluña recela de Castilla.

Ningún castellano entra aquí de lleno: es de la otra banda. Y Barcelona... Soy catalán, no estoy encasillado en parte alguna, me dedico a curiosearlo todo –me dice el simpático interlocutor, mozo rico y despierto, que vive con un magnífico sueldo en un Banco– y quiero hablarle a usted de Barcelona. Es la ciudad de los cines, de los tranvías y de los *bars*; la ciudad democrática *bon marchée*, que tiene de la civilización todo lo externo, todo lo que se puede adquirir, pero ninguna de las inquietudes espirituales anejas a las grandes agrupaciones cuidadas. Vea usted las librerías; no hay un libro. Busque usted silencio, reposo para pasear, dentro de Barcelona; no lo encuentra. Advierta usted si la voz del espíritu halla aquí su eco, pues no halla su eco. En cambio, es la ciudad de los 15 céntimos; se come muy bien por poco dinero; se codea la señora bien vestida con la criada que lleva la cesta de la compra. Lo viejo, lo típico de Barcelona está muy escondido; no vale grandemente la pena. Es lo de menos carácter de Cataluña Barcelona, Gerona, Tarragona, Vich, el Poblet, Monserrat, Sitges... muy bien ¡pero Barcelona! *Bars*, cines y tranvías; tranvías, cines y *bars*. Y como Barcelona ha escamoteado el pensamiento de la región, y la política de la región, la gente de la otra banda, ustedes, confunden Barcelona torpemente con Cataluña, como nosotros hemos confundido torpemente Madrid con Castilla.

Barcelona...; yo soy barcelonés, pero he vivido siempre fuera grandes temporadas en París, en Alemania; también he vivido en Roma y Florencia. En Florencia conocí amigos de usted: Beccari, Prezzolini, Schiff... Pues volviendo a Barcelona, vea usted toda la verdad, sépala de una vez. Vivíamos con el arancel, con las colonias, pero se fueron las colonias. El comercio catalán, que no es previsor, gastó el dinero en casas, en esas horribles casas del paseo de Gracia, de la Rambla de Cataluña. Con la pérdida de las colonias vino el desastre comercial. El desastre comercial originó

la política regionalista, panacea de unos cuantos comerciantes ricos, no del pueblo catalán. Aquí se vivía... pues se vivía del contrabando, del negocio a espaldas de la ley; era muy cómodo llenarse de oro de esta manera. Quedose la gente sin una peseta y vino primero la estridencia del clarín: Domenech, Rusiñol, el doctor Bartolomé Robert, tapamos la indigencia con un gesto, al parecer gallardo... Luego la solidaridad, el bombo mutuo, la *auto réclamme*. Bastaba que fuera uno catalán para que le proclamásemos genio. Nadie lo creía, pero se trataba de una habilidad política.

El único que jugó limpio, diciendo cosas puras y desinteresadas, fue el pobre Maragall. Los demás... Ya ve usted, querido Rojas. Esto se ha normalizado, Barcelona está creciendo de un modo prodigioso, se trabaja y se remunera bien el trabajo, se vive y se vive bien, pues… vuelta a la escisión. Hoy, en cambio, todo lo que huele a catalán, nos parece malo. No es que ustedes nos parezcan bien. Digo que nos parezcan y digo mal, porque yo he formado mi espíritu fuera.

Benavente molesta; a Unamuno le quieren todos los inteligentes y todos los inquietos, pero los inquietos y los inteligentes son cero con relación al total de la población que piensa.

Santos Oliver mismo, que vale mucho –usted lo sabe bien– que es director del mejor periódico de España, *La Vanguardia*, que escribe bien y piensa mejor, pues... no goza aquí del predicamento a que tiene derecho. De los muchachos, Ors y Diego Ruiz gozan de un excelente prestigio. Los demás, siendo de fuera... Amigo Rojas, se tolera a *Azorín* por la postura de desdén que adopta con frecuencia frente al centralismo.

En pocas palabras: el ambiente es inespiritual. Vives, para vivir de su arte, tuvo que recibir la consagración de Madrid; como Vives, Borrás, aunque Borrás tiene la culpa de haber vuelto al latiguillo; en el caso de Borrás, y de Vives, y de Guimerá, y de Feliú y Codina, y de tantos otros, está la Xirgu que se ahoga y habrá ya, a estas horas embarcado para América con Thuillier, con la monísima Hortensia Gelabert. La Barrientos pasó por el mismo aprieto. Cataluña –es doloroso decirlo– es ingrata para con sus artistas. Y ha sido Castilla, su Castilla de usted, la que les ha consagrado...

Calla mi amigo. Paseamos por la Rambla de Cataluña. Colúmbranse a lo lejos los matices velados –rosas azules, grises– de la montaña. Estas casas deformes, monstruosas, antiartísticas, parecen una profanación. ¿Dirá verdad mi amigo? Recuerdo las piedras, rojas y encendidas, de Salamanca... También son rojas y encendidas, y reciben como las de mi tierra el diario beso del sol, las piedras de Tarragona, la Imperial...

Callamos los dos. Recito algo en voz alta, en catalán. La vaca es ciega. Sus hermanas, mientras pastan al azar la verde yerba, dejan sonar sus cencerros, en el camino. La vaca ciega recula al topar con la pila del abrevadero. Luego, bebe con calma, bebe poco, bebe sin sed. Levanta al cielo la cornuda testa, trágicamente; parpadea sobre las niñas sin luz y vuelve

orfe de llum sota del sol que crema,
vacil-lant pels camins inoblidables,
brandant llanguidament la llarga cua[163].

– ¡Esta es mi Cataluña! –dice mi amigo– ¡Esta es mi Cataluña!

– Y la mía –replico convencido.

Luego él me recita el *Cant espiritual*: ¡Sia'm la mort una major naixasça![164] Y ambos, contentos, entre las calles ruidosas, alegres, frívolas, nos despedimos y nos citamos para otro día.

El Adelanto (24-02-1913)

Dos Barcelonas[165]

– Ese Tallaví ¿ha visto usted, el pobre? Las damas devotas han publicado una hojita contra él, llamándole licencioso y perverso.

– ¡Hombre, es gracioso!

– Sí, amigo mío, sí. Es tristemente gracioso. El público burgués de Barcelona es de una gazmoñería singular. En francés, en italiano, en inglés, a las compañías extranjeras, a la Duse, a la Borelli, a Tina di Lorenzo, a la misma Vitalieni, que actúa ahora mismo en el Teatro Principal,

[163] De *La vaca cega* de Joan Maragall: "huérfana de luz, bajo el sol que quema, / vacilando por los caminos inolvidables / blandiendo lánguidamente la larga cola."

[164] También de Joan Maragall: ¡Sia'm la mort una major naixença! (¡Séame la muerte un gran nacimiento!)

[165] Hemos localizado otro artículo de Sánchez Rojas publicado, con este mismo título y distinto contenido, en *Nuevo Mundo* (O.C. Tomo V, página 203).

tolera siempre los mayores atrevimientos, no siempre del mejor gusto. Usted conoce el teatro de Pepe Tallaví: *Magda, Los espectros, Los muertos, El obscuro dominio*; nada de teatro puerco, lascivo o simplemente libidinoso. Pues ahí tiene usted la hojita.

– Barcelona –interrumpo a mi amigo– yo no lo sé bien, hago vida de buen muchacho, me parece una de las ciudades más corrompidas de España, mejor dicho, de Europa, sin embargo. Todo eso del Paralelo, del Edén Concert, de la Buena Sombra, toda esta *cocotterie* no ya parisina, sino marsellesa, del Sur de Francia, debe ser feroz. Y luego, Barcelona inunda al resto de España de pornografía: *Nancci, El rojo y verde, el Portfolio del desnudo*, todo eso que veo en los kioskos.

– Y es verdad, amigo Rojas, es verdad. Hay dos Barcelonas. La gazmoña, que aún protesta de la semana trágica, pero que en la semana trágica se metió en la alcoba, una. Otra, esta Barcelona del Paralelo, el *surmenage* de los mozos extranjeros aquí colocados en sociedades, comercios y bancas, la ola editorial de cochinería burda, sin arte, sin grandeza, y casi, casi, sin perversión. Lujuria decadente.

– Es que una puede brotar de la otra –interrumpo–.

– Exactamente, y a eso iba. El más pazguato socialmente es el de conducta íntima y personal más sospechosa. También en los pueblos chicos, en los villorrios españoles, predica de moralidad un abogado, por ejemplo, que tiene el bufete en calidad de ganzúa y de *chantage*, o el médico que deja morir sus enfermos sin asistencia facultativa. Aquí, como en todas partes, esa burguesía a caza de títulos baratitos está podrida.

Las señoras que protestan de Tallaví, sin haberlo visto, son las esposas de los que van a la Buena Sombra en busca de las caricias de una Margot cualquiera. Este público que no se atreve a levantar los ojos ante la Venus de Milo y que habla de *Los espectros* como de una cosa repugnante, es el mismo que aplaude a Raquel Meller cuando se pasa la mano por las narices y que se burla de un madrileño porque guste de Consuelito Fornarina, de la Argentinita o de Pastora Imperio, las tres mujeres, no cochinas, que han pasado por aquí, y que cochinas han parecido a la burguesía dominante. En cambio Nitta Yo, una marsellesa que cobra veinte francos por los cuplés que canta una noche, Raquel Meller. Y ahora la Goya.

Ya ve usted la Goya: tonadillas, Goya y Bombita. Y no hay ni Bombita, ni Goya, ni tonadillas. Pero gusta en Barcelona. Tiene movimientos masculinos, de pelotari, o de muchacha medio loca. ¿Usted concibe a Unamuno de chispero? ¿A Baroja, a Maeztu?... Manolo Bueno es un producto más madrileño, más goyesco, sí...

Raquel Meller es una pieza de diez céntimos, legítima, y Aurorita Goya una peseta falsa... En otra manifestación más alta de arte lo mismo... Le dije un día que este ambiente era inespiritual; hoy le añado que antiartístico... Y sobre todo, antimadrileño, o lo que es igual, amante de lo pesado, de lo tosco, de lo burdo. ¿Usted me comprende?

– Sí. Comprendo a mi amigo y conmigo le comprenderán mis lectores.

Concluye nuestro diálogo. Vamos a ver a Tallaví; entramos en el teatro Eldorado.

Tallaví apechuga con la indiferencia pública, haciendo de Oswaldo... En el cuarto de Tallaví, Francos Rodríguez y Thuillier. Y luego un vallisoletano que habla del talento de Santiago Alba y otro vallisoletano, actor de la compañía, que habla en perfecto argot madrileño.

Pienso en este niño grande, un ser tan poco niño, que se llama Miguel de Unamuno. ¡Ay, si aquí hicieran su Fedra, oiría usted los gritos de indignación –convencionales y falsos, por supuesto, como todas las caretas sociales– en su casa rectoral de Salamanca!

Salimos a la calle y llueve... Nadie... Una *cocotte* rubia, un bigote de azafrán de algún mozo tudesco que pasa. Los kioskos de las Ramblas, llenos de periodiquitos sucios.

El Adelanto (03-03-1913)

El alma de un pueblo (I)

Para Juan Díaz Caneja,

Oro, blanco y azul

Y el oro del sol en la arena de la Playa, y la blancura deslumbrante de las casitas del pueblo costero, en íntimo y espiritual concierto con la veta azul del mar. El pueblecito de Sitges reposa... Allá, a lo lejos, por las costas de Garraf, aparece sobre el lago terso un barquito de vela blanco, blanco... Y tañe la campana de la ermita. Y unos cipreses, alegres y elegantes como los de Fiésole, solitarios como los de las calzadas muertas de Florencia, destacan sus copas limpias sobre las verjas del camposanto. ¡Qué alegre y serena muerte ha de gozarse a su sombra, corazón!

Toda la gracia, toda la plenitud, todo el «seny» de Cataluña están aquí, debajo de este cielo limpio, a la sombra de estos cipreses que recorta el horizonte, a lo largo de esta costa alumbrada con un claror de aurora. La paz del espíritu es un reflejo y un trasunto del absoluto reposo del paisaje. Los tres colores –oro, blanco y azul– son suaves, discretos, y, sin embargo, perfectamente distintos, pero los tres se funden y se penetran y se completan en esas nubecillas blancas con festones de oro que se forman ahora, y en esa torre azul donde asoma una chiquilla rubia, vestida de blanco, y en ese «Mar i cel»[166], en cuyas cristaleras juega ahora el sol sobre un fondo maravilloso de azul de Prusia.

Y aquí, tumbado en la playa, cara a Italia, cara a Grecia, me deleito de nuevo con el «canto espiritual», y yo, castellano, pienso que he oído el rumor de este usar y la cadencia de estas olas en la prosa de un fraile agustino y en las rimas de un caballero toledano, que cantaba, como el fraile, sus añoranzas en las márgenes del Tormes.

En la Catedral

El Santo Cristo de Lepanto. Y la tumba de Jaime el Conquistador.

Y el epitafio de un pobre bufón, que consolaba las tristezas del rey Pedro de Nápoles. Y la linterna, no a la cabecera de la fábrica, ni alumbrando el presbiterio, sino atrás, muy atrás, sobre la cabeza de las muchedumbres angustiadas.

¡Qué hogar para la plegaria el de la Catedral de Barcelona! Es Viernes Santo. Los canónigos, con su toga de armiño, blanco, penetran en el coro. Los oficiantes cantan, se arrodillan, se levantan. «Oremus». «Flectamus génua». «Levate».

La Catedral es una caja sonora. Está retirada y escondida, lejos de los escritorios, de las sirenas de los vapores, del estruendo de las Ramblas, agazapada entre palacios señoriales, por encima de cuyas tapias asoman los cipreses y las palmeras. Y recoge y da musicalidad al silencio de la ciudad vieja. Es como el eco de lo permanente y de lo eterno, la Catedral de Barcelona.

Estos cantos que nacen del coro no se embotan ni se detienen en los muros, antes en ellos se refuerzan. Y se desparraman por el claustro, y por la casa del «Calonxe», y por el jardín del Obispo, y por los patios de la Generalidad; así, yo los oigo en una vieja plazoleta donde tañe sobre el yunque el martillo de un herrero, y torno a oírlos después, moribundos, lejanos, purísimos, ganando la puerta de Santa María del Mar...

Tarragona

La huraña fortaleza de la Basílica con el estupendo rosetón sobre la portada. Casas viejas, huellas de la Madre Roma, el Acueducto, silencio... Brazos robustos de matronas, cabezas serenas de diosas, senos floridos de risueñas ninfas. Y a la salida del museo una tanagra viva y actual, con el brazo derecho en arco, sostiene un cantarico majestuosamente. En el museo acabamos de verla con un ánfora, altiva, desdeñosa, como si no hubiera sátiros en el mundo.

Y otra vez el mar azul, bajo este balcón de la rambla tarraconense tan linda y tan clara, tan luminosa y tan cordial. Y un recuerdo lejano, primero difuso, luego concreto y definido en el espíritu. Este color rojo de las piedras, este matiz de sangre, este polvillo de siglos, ¿no era privativo de Salamanca, de los muros de sus estudios y de sus templos? No. Del mismo color se viste Tarragona en pleno día y Florencia al trasmontar el sol sobre el Arno, cuando los bronces de San Miniato cantan en el bosque...

Cierro los ojos y veo el juego del sol con el rosetón de la Basílica y una nube de sangre –la ciudad– coronando la espumosa azulez del mar de Cataluña, de Italia y de Grecia.

El Adelanto (28-12-1918)

El alma de un pueblo (II)

Para Juan Díaz-Caneja

Recuerdos

«¡Cuidado, cuidado –me dice un «castellá» de Valladolid– cuidado con esos catalanes! No nos pueden ver ni en pintura... »

¿De veras? Heme aquí en esta casa silenciosa y grata del «Ateneu» de la calle de Canuda. Conozco a los jóvenes catalanes: Montaner, López Picó, «Xenius», Segarra, Valenti Camps, Carner, Alzina... Convivo con ellos. Los maestros Santos Oliver, el Viejo Guimerá, Pui y Soler, no son

[166] Toma la expresión "Mar y cielo" de la obra de teatro de Àngel Guimerà y Jorge escrita en 1888.

menos accesibles que los mozos. Santos Oliver, calmoso, risueño, patriarcal, fumando incesantemente pitillos de cincuenta, nos habla de las Cortes de Cádiz y de «El Conciso» que en Cádiz redactaba nuestro pariente Sánchez Barbero; el viejón Guimerá, el autor de «Tierra baja», nos habla todas las noches, en el cuarto del pobre Pepe Tallaví, de su fe liberal en Cataluña; Sunyer, el glorioso pintor, nos lleva a los teatrillos del Paralelo; Joaquín Montaner, el admirable joven poeta, regaña siempre que charlamos con la pobre Consuelo Fornarina porque la deliciosa muchacha es–¡horror!–fieramente centralista. Pero luego se dan las manos...

¿Horror al «castellá»? De los Balkanes acaba de llegar el castellano Martín Granizo: cordialmente se le recibe; Cuello, «el doctor Cuello» –nuestro Eugenio Cuello Calón– es adorado por los estudiantes; el maestro Unamuno –que acaba de decir que en Barcelona no hay más que fachadas– despierta hondos afectos en la juventud; las catalanas se vuelven locas con Calvito y sus latiguillos, con Benavente y sus marquesitas frívolas, con los Quinteros y sus andaluces. La Fornarina trae de cabeza con su D. Procopio a más de un honrado fabricante de tejidos; recelos, hostilidades, enconos, ¡quia!

Nuestros valores circulan. Desde las paradojas de Unamuno hasta los bailes de la Argentinita; desde los gritos de María Guerrero hasta las «espantás» de Rafael –el amigo de Junoy–; desde la solemnidad hueca de nuestras Academias hasta la llaneza castellana de nuestros colmados, todo se acepta. Sólo se habla mal de los políticos. Y se les antepone un artículo como a los carteristas y a los timadores.

El más catalán de todos

El más catalán de todos, el catalán al modo de la leyenda que aquí circula sobre su aspereza, el que habla de la supremacía de la raza, de la superioridad de cráneos, de la cultura mediterránea, es un andaluz, un granadino: Diego Ruiz. El único. Los demás…

Cambó, que está enfermo, es un poco huraño y agresivo; Marcelino Domingo, un buen muchacho, un niño grande, tiene el optimismo y la cordialidad de los luchadores; Santiago Rusiñol, es de todas partes, de París y de Mallorca, de los Cármenes, de Granada, y de la Puerta del Sol, de Madrid; «Xénius», el genial «Xénius», el creador de Teresa, la Ben Plantada, ha dicho sus sueños de amor en castellano a su esposa, una dama salmantina; Vives... ¿nos es extraño Vives, el músico de «Bohemios», de «La balada de la luz»; de «Maruxa»? ¿Y quién encarna mejor las arrogancias calderonianas que nuestro querido Borrás?

No; no logra convencerme mi paisano, el «castellá» de Valladolid. Los catalanes son hombres como nosotros ¡ay! Mejores que nosotros. Son fúnebres –agrega–. ¡Tampoco! El Rusiñol castizo, el de los sainetes catalanes, hace reír a un magistrado del Supremo. El lápiz de Luis Bagaría ¿no retoza como la carcajada de un niño?

El Sr. Bofarull

Este Sr. Bofarull es catalán. Representante. Comisionista. Conservador. Espectaculoso.

Ha sido concejal para ser «cordonista». ¡Ah, esto del cordón! En Cataluña es un honor llevar las cintas de un estandarte. Presidir un banquete. Tener una excelencia. Llevar una cruz. Dirigir un orfeón. Figurar en un duelo. Ser padrino –hay tres, cuatro, seis padrinos– de una boda.

En Cataluña el Sr. Bofarull es un «representatif man».

En Cataluña hay títulos. Y gentiles hombres que duermen con la llave. Y caballeros del Santo Sepulcro que se ponen el uniforme para pedir la entrada en casa de la novia. Y suscriptores de «La Veu» que lo consignan en las tarjetas. Y presidentes de casino que suscitan terribles cuestiones de etiqueta por un quítame allá esas pajas. El Sr. Bofarull es el más castizo representante de la casta.

Pero esta Cataluña espectaculosa, la de los «aplecs» de protesta y de los cordones del pendón, la de las llaves de la gentileza y la de los Marqueses de Casa Bofarull fabricados en Roma sin grandes resistencias, es, con todo, infantil y candorosa. Cada día pierde terreno. El payés, el artesano, el estudiante, el obrero, el capitalista, le vuelve las espaldas con encono

Esa Cataluña, esa parte de Cataluña, mejor dicho, de Barcelona, cuya conversión al albismo cree muy posible nuestro amigo Santander, no me inspira, después de todo, mayor recelo que la fauna equivalente de nuestra «ampla Castella». Y para que la llave no se manche, no se atranca con ella la panera, y para que los timbres de la Casa Bofarull no se aplebeyen, no descienden al socorrido arbitrio de la usura. La vara de medir –más generosa y liberal– conoce otras compensaciones...

La reyna jove

La reina joven es Margarita Xirgu, señores cajistas y no Xirgú como escriben por estas tierras. Margarita Xirgu; reina de un país del ensueño que para ella creyera el viejo Guimerá, se enamora del «leader» de los revolucionarios de su país. Y un buen día –estas reinas de la farándula tienen ocurrencias origínales– se casa con el muchacho, da una patada a la corona y es tan discreta que sacrifica sus vanidades de reina a sus amores de mujer.

Con «La Reina Joven» se presenta Margarita en Barcelona, después de algunos años de ausencia. Ya ha sido consagrada en el Odeón, de Buenos Aires, y en la Princesa de Madrid, Margarita. Recita en Catalán el drama el maestro. ¡Ah, estos cortesanos que se llaman de «vosté», estas «noyes» que sirven de cansaristas a Margarita, estos gentiles hombres que dan la «Emanit» al chambelán de turno! Los dos conservadores y medio que hay en los palcos se relamen de gusto; las siete, las ocho marquesas de Tarrasa que ha hecho la restauración sueñan con un Palacio Real en el Paseo de Gracia…

Margarita es artista solamente en catalán. La aspereza del idioma natal es la expresión de su aspereza; diciendo sus amores en catalán esta muchacha que fue modista en Barcelona y que no salió de Barcelona hasta no tener bien asentada su personalidad artística, desnuda todo su espíritu ¡con una energía, con un brío, con un «seny» de burguesa enamorada!

Haciendo la princesa de Benavente esta muchacha... ¡psé! parece una pantera deformada por la maestra de sección. Imitando los gestos de Madrid, los mohínes y los chistecitos de Madrid, Margarita está descentrada. Aquí, en Barcelona, en este teatro del Bosque, cantando en «catalá» a su novio sus tristezas de reina de mentirijillas, halla el acento rudo, bravo y noble de su propio corazón.

Y los catalanes aplauden a su Margarita. Y siguiendo la costumbre, la hacen hablar. «Grasias, grasias», susurra minuciosamente la reina joven.

Y ha de hablar Guimerá también. El viejo D. Ángel, ciego, tembloroso, aprieta la diestra de la muchacha, la emoción no le deja coordinar las palabras.

– «La meva Margarida» –mi Margarita– dice.

Y estos buenos catalanes no necesitan más declaraciones del poeta:

– ¡Visca Margarida! –gritan los estudiantes y los obreros desde el paraíso.

Y yo también grito «visca» con ellos en catalán. ¡Bah! Si han de darnos su espíritu, nos lo darán, quieran o no quieran en castellano.

El catalán tan dulce para cantar a Margarita, para llorar la ceguera de la vaca, que alza ante la serenidad del cielo sus ojos velados, para decir el ritmo que tiene al andar. Teresa, la bien plantada, no sirve para decir toda la emoción de la nueva España que alborea. Hasta Margarita, para caminar por el mundo, tiene que darnos toda su alma traducida en castellano, aunque traducida deje de ser su alma…

El Adelanto (22-01-1919)

El alma de un pueblo (III)

Para Juan Díaz-Caneja

Recuerdos de un asalto

Un amigo mío, director de un banco de Barcelona, me invita a un «asalto» en su casa. Todos sabéis lo que es un asalto, así en las Ramblas como en el Paseo del Prado, así en la calle de las Sierpes de Sevilla como en el Campo Grande de Valladolid. Unas lindas «senyoretes» ataviadas de chulas o de alsacianas, de zíngaras o de bayaderas orientales, acuden alegremente, en tropel, a una casa amiga y de confianza; los «pollastres» las persiguen sañudamente. Y los anfitriones dejan bailar a las osadas asaltantes y las convidan a una suculenta refacción para reparar las fuerzas malgastadas en el baile. Se baila, se canta el «yorres [sic] morir quando tramonta el sole»[167]; un tenorino de smoking, recién pasado por la peluquería, entona el «Decchie siuaana, sentí» mirando con ojos de carnero degollado a la muchacha que más le agrada; las mamás sonríen beatamente y

[167] Famosa romanza italiana del casi desconocido autor Leonardo M. Cognetti (1878). El verso dice exactamente: Vorrei morir quando tramonta il sole ("Quisiera morir cuando se pone el sol").

el sexo feo[168], entradito en años, fuma por los pasillos y discute las últimas cotizaciones de la Bolsa y el discurso reciente de «Eu» Cambó.

¿Voy, no voy al asalto? La sociedad de mi amigo, el director del Banco, es de burgueses acomodados y ricos y de lo más selecto y empinado de la colonia francesa en Barcelona. Burguesitas de la Lliga y muchachas de París, de Lyon o de Burdeos, serán las bellas asaltantes de la noche. Aquella pequeña sociedad es, pues, un pequeño compendio de la Barcelona conservadora y forastera. Voy... En el Ateneo, otro invitado, un joven poeta, amigo mío, me advierte que al asalto acudirán Isabelita G..., una linda criatura que canta casi todos los vates novecentistas y delicuescentes de la ciudad, y Marta S..., una francesita de París en cuya boquita de rosa florece perpetuamente una sonrisa de ingenua picardía.

Llegamos el poeta y yo a la casa después de media noche. Presentaciones, saludos, reproches irónicos de la dueña de la casa por nuestra tardanza. ¡Son ya las dos de la madrugada, corriditas! Se va a cenar. Luego continuará la danza hasta la hora en que Pedro negó a Jesús. Conocemos a Isabelita vestida de «Carmen», de Carmen de Biset [sic, por Bizet], a pesar de sus ojos azules y de sus guedejas rubias; cambiamos unas palabras amables con Mlle.[169] Marthe, que arrastra y silba dulcemente las eses.

–«¡Oh, monsieur, vous êtes bien aimable, bien gentil! –¡Mon Dieu, que plaisir! ¡Elle est très belle, très douce, Mlle. Isabel!»...

La señora de la casa da unas palmaditas:

–«¡Taisez vous! ¡Taisez vous, mes enfants!»

Callamos. Un pollo se dispone a cantar, Isabelita, Marta, son tan amables que nos ceden un asiento al joven poeta y a mí. Una canción napolitana, un amor primero y, además, ¡oh dolor! desgraciado, una morena que prepara su «vendetta». La canción nos trae el perfume, el color de Nápoles la bella, la limpieza del golfo, el penacho azul del Vesubio, el estruendo de la vía Catalana, de la vía de Toledo. Cuando dice «amore» el cantor, torna sus ojos fúnebres hacia Marta, y Marta, burlonamente, pone un leve mohín de melancolía. Palmaditas, bravos, aclamaciones.

Una poesía. Esta Barcelona de banqueros y de cónsules, de comerciantes enriquecidos y de comisionistas en grande escala, es deliciosamente romántica y tremendamente provinciana. Esta Barcelona llora cuando tose Minis[170] en el tercer acto de «Bohemia», cuando anuncian las campanas de Roma el despertar en «Tosca»; esta Barcelona da sus hijas en matrimonio a los poetas de Juegos Florales, a los Caballeros del Santo Sepulcro; esta Barcelona aplaude a Calvito, sabe de memoria los versos de Rubén, vitorea al Rey en sus viajes, intima con las gobernadoras, envidia en el fondo de su alma que las noches del Liceo no tengan el esplendor de las noches del Real; esta Barcelona oye poesías de Eusebio Blasco a las tres de la madrugada y grita «molt bé», «molt maca» cuando el recitador susurra:

Callad, que no se despierte.

La cena. ¡Alabado sea Dios! Las majas, las chulas, las alsacianas, las bohemias, las gitanas, Carmen con su pañolón exótico, Margarita perseguida por Fausto, la hilandera del Tirol que ha dejado olvidada la rueca donde hilaba el copo de blanco lino, madame Tallier con su túnica republicana sonriendo a la Revolución esclava de su belleza, Minis [sic] con su capota romántica de largos ricitos azules, madame Stael con su turbante gris, la princesita de Lemballe que está muy lejos de pensar en su fin trágico ante las muchedumbres sedientas de sangre aristocrática... todas las bellas asaltantes se disponen a devorar los manjares. Comienzan los diálogos en voz baja, las confidencias que provoca el champaña; estas muchachas barcelonesas me dan, en absoluto, la sensación de unas buenas chicas que juegan a madrileñear. Ellas, que conocen París, que han paseado en los viales llenos de cipreses de Florencia, que han subido a las eminencias del Yungfrau en Suiza, darían todo su porvenir a un señorito ocioso y cortesano que les llevara en dote un título de Castilla y serían perfectamente felices si «Monte-Cristo», ayudado de su trompetilla, les indicase amablemente sus nombres para reseñar las inocencias de este asalto en una crónica mundana de «El Imparcial»…

Y estas mamás otoñales y estos botones de rosa en que han sabido retoñar influyen enormemente sobre los papás, lligueros y conservadores respetables de la ciudad condal. El datismo, el

[168] Los hombres, el género masculino.
[169] Abreviatura de Mademoiselle; señorita, en francés.
[170] Así en el original, por Mimí, protagonista de la ópera *La Bohème* de Giacomo Puccini.

ciervismo, el garciaprietismo barcelonés –del maurismo habría que hablar con mayor respeto– son, en el fondo, manifestaciones de una envidia cortesana, cuando Barcelona puede reírse burlonamente de Madrid; un prurito pseudo-aristocrático de rellenar con el barniz de las mercedes reales la limpieza de una vida que no debiera olvidar nunca la humildad de su origen: algo que es añoñado, cursi, plebeyo y de mal gusto. Y la Lliga no se alimenta tampoco, de otras ansias. La Lliga tornará a vender la primogenitura catalana por un plato madrileño de lentejas. Las chicas y las mamás tirarán de la levita de sus papás y maridos respectivos cuando les vean un poco desmandados porque ellos ya tienen encargado un traje para la recepción en «Capitanía», para el banquete de la infanta –¿y quién sabe, quién sabe?– para una fiesta de gala «allá» en los Madriles, en el Palacio de Oriente.

El recuerdo de este «asalto» barcelonés, que me permitió hablar y conocer de cerca a un sector muy interesante de la burguesía catalana, me enseñó, a falta de otras cosas, que la Lliga no es tan fiera como la pintan por ahí. Su autonomía integral es un cantonalismo infantil para que les permita hombrear en Cataluña a los que no pueden exhibir en Madrid abuelos godos.

Los otros, los de la cáscara amarga, ricos, muy ricos también, son bastante más peligrosos y no suelen marcharse del seguro. Dejemos bailando hasta la madrugada, recitando poesías de Eusebio Blasco y cantando romanzas sentimentales a estos futuros «consellers» y a estas «lligueras» de mañana, y vamos tú y yo, lector, a husmear un poco por esa Casa del Pueblo y por esos antros sindicalistas donde no se bebe champaña, sino peleón, y donde las muchachitas, que consumen la juventud y la alegría en los talleres, se agrupan en línea de batalla para dar otros «asaltos» más serios y más peligrosos a las trincheras de una sociedad que se acaba estúpidamente, sin gloria y sin honor.

El Adelanto (10-02-1919)

Barcelona

"Hont t'en vas Barcelona"…?
(Maragall, Poesies)[171]

Como vosotros, los catalanes, tenéis una idea absurda y parcial de Madrid, los madrileños, los gallegos, los vascos y los castellanos tienen también una idea errónea de Barcelona… Yo me ofendo cuando alguno me habla de Barcelona sin conocerla, con la "oda nova" de vuestro Maragall. Y como él, pensando en vuestra urbe, catalanes, en las horas de paz que os debo, a la sombra de vuestra catedral, en las faldas de vuestro Pirineo, en las riberas de vuestro mar azul, como él, digo:

– Veig alla'l Pirinèu am[b] ses neus somrosades,
i al davant Catalunya tota extesa als seus peus,
i me'n vaig...[172]

Y me desvanezco y sueño, en esta Cataluña honrada y noble, añorada por un castellano desde esta planicie manchega, en una tarde triste, después de ver el tricornio, la banda, la casaca y el espadín de Abilio Calderón.

"E me'n vaig" con el mismo sentido de nuestro dulcísimo poeta:

Es l'amor qui m'empeny cap enfora,
i me'n vaig delirant amb els braços oberts.[173]

¡Barcelona, Barcelona bruja de las ramblas, del mar azul y de las montañas violetas, y de Vallvidrera, Barcelona "encisera"! Como tu poeta, yo te quiero también, con todos tus pecados colectivos. ¡Y te quiero, no a pesar, sino precisamente porque los tienes!...

Eres olvidadiza, cambiable, un poco loca y un poco coqueta, Barcelona; riegas tus calles, llenas de sol y de humedad, con la sangre de tus luchas fratricidas; quemas un convento, te burlas de una monja, gritas en cosas que no crees –porque eres trabajadora y noble, Barcelona– Pero se alza tu catedral de mañana, tu templo de la Sagrada Familia, sobre los techos de tus fábricas, como una promesa y sirviéndote de liberación. Y se acurruca tu catedral de hoy, tu clara, elegante, simétrica y "civil" catedral de hoy, allá, junto a tu Puerto, detrás de tus Ramblas gritadoras,

[171] "A dónde te vas Barcelona". Joan Maragall. Poesies, "Oda Nova a Barcelona".
[172] "Veo allá el Pirineo con sus nieves sonrosadas, / y delante Cataluña entera a sus pies, / y me voy..." . Ibidem.
[173] "Es el amor el que me empuja fuera, / y me voy delirante con los brazos abiertos." Ibidem.

cantándonos, mostrándonos, cómo la fe y la esperanza son la secuela de tu trabajo y de tu ecuanimidad, Barcelona de los Sindicatos y de los crímenes callejeros, y de la impunidad y del pánico.

¡Luces infernales de tus Ramblas pobres llenan de resplandores trágicos tu belleza catalana, Barcelona; los "jazze-bands" de tus cabarets y de tus music-halls te ponen en ridículo, pero tu sentido equilibrado y lleno de ponderación, tu catalanidad triunfadora y expansiva, te salva! Y tu cielo te salva también, Barcelona. Ya te lo dijo tu poeta

mil cops la perdesses,
mil cops més tornaria a tu la pau.[174]

¡Yo pienso en ti mucho, Barcelona gloriosa del Consulado del mar! Te debo horas trágicas, horas de plenitud, horas de tristeza, horas de amor, en fin. Te debo emociones de tus poetas, momentos inolvidables de Tarragona, de Gerona y de Vich. ¡Conozco tu Virgen morena de Montserrat, y he rezado a sus plantas, Barcelona! Y si tuvieras un poco más de piedad por esta Castilla, abandonada de todos y llena de dolor, y si mi Castilla no oyese las voces idiotas de los mercaderes de la política, que quieren deshonrarte sin conocerte… no me dolería tanto este dolor horrible de ser español en una época en que un mundo viejo se deshace y el niño nuevo de una generación mejor cruje ya en nuestras entrañas de pensadores, poetas y cristianos.

La Publicidad (29-03-1922)

Dos Barcelonas[175]

La Veu de Catalunya está resucitando estos días, con un excelente buen sentido histórico, los días gloriosos de la Exposición Universal de 1888. Nada más interesante que leer los trabajos de los veteranos supervivientes de aquel Certamen, nada más curioso que hundir la mirada en las viejas estampas de aquellos tiempos, cuando Gracia era todavía cabeza de partido judicial, Rusiñol no había tenido más que una sola novia y Cambó estudiaba en la Facultad de Derecho la ciencia de las finanzas. Días barceloneses aquellos de Rius y Taulet –el papá del marqués do Olérdola–; de Planas, el cacique; de la fondita ibérica del Pache, de la calle del Conde del Asalto; de la muchachez de Jacinto, el seminarista de Vich; de las primeras armas periodísticas de Miguel Santos Oliver, el mallorquín; del apogeo político y literario de D. Francisco Pi y Margall. Doña María Cristina abre el certamen y habla en catalán a los catalanes. Los escritores tienen palabras llenas de emoción para Madrid y para Castilla. Barcelona, antaño como hogaño, Barcelona «archivo de la cortesía», es el asombro y la admiración de España.

Han transcurrido, de ayer a hoy, cuarenta y un años. Cuarenta y un años en la vida de una ciudad muerta no son nada; pero en un pueblo tan vivo y dinámico, tan biológico, que diría Cambó, como Barcelona, han variado por completo el sentido y hasta los matices de la ciudad. Apenas quedan ya rebrotes de la vieja cortesanía federal y republicana de la gran urbe. Los personajes de Serafín Pitarra se fundieron en el «senyor Esteve», de Rusiñol, y Barcelona, al dividirse en distritos, adquirió enseguida su prestancia de ciudad europea de primera categoría. De Santa María del Mar, ha pasado de un salto al templo de la Sagrada Familia, y de los tranvías con mulas y campanillas, al «metro» y al funicular del Tibidabo. Barcelona ha trabado y fundido los pueblecitos que la circundaban. Hoy es ya la sede de nuestro mercado intelectual con el mundo. Y después de regar las calles con la sangre de sus luchas, contenta del buen sol, que la enciende a cada hora de nueva luz, ha tornado a la paz.

Pero hay una Barcelona eterna, y una, e inmortal, que ya estaba en 1888 y que vive en 1929 su hermosa vida de hermosura. Es la Barcelona gótica y marítima; es la Barcelona mediterránea y aragonesa, catalana. Nosotros amamos mucho a esta Barcelona nuestra, y conocemos sus encantos y sus secretos. Es la Barcelona de la Catedral, y del palacio de la Coronilla de Aragón, y de la casa de los Centellas, y del patio gótico de la Generalidad, y de Santa María del Pino, y del «carrer del Bisbe», y del caballero San Jordi aplastando su dragón, y del Hospital, y de Santa María, y de la calle de Canuda, y del Brusi, y de las *caramellas*. ¡Barcelona encantadora! Hoy, D. Antonio Moreno no se burlaría de D. Quijote con su cabeza parlante, ni le pasearía por las calles con un cartel

[174] "Mil veces que la perdiese, / mil veces más que volvería tu paz". Ibidem.
[175] Previamente, en 1913, Sánchez Rojas había publicado un artículo con este mismo título y distinto contenido en *El Adelanto* (O.C. Tomo V, página 196).

a la espalda, para que riesen los desocupados de la ciudad. Barcelona no tiene desocupados. La montaña de Montjuich es hoy sagrada, y después de haber sido el azote de las inquietudes ciudadanas, se ha trocado en el orgullo de la ciudad. Cervantes contempló con arrobamiento sus cimas antes de alcanzar su gloriosa invalidez en Lepanto. Hoy, las cenizas de Mosen Cinto se orean del tomillo y de la retama de los montes; se perfuman del aire de las rosaledas y se vivifican del salitre del mar, que extiende su faja azul a los pies de la montaña. El monte se ha transformado con el casco urbano. Y allá abajo queda Santa María del Mar, batida por las olas, y la colegiata del Pino en su plazoleta silenciosa y solitaria, y la Catedral con el Santo Cristo de Lepanto, que tiene la cabeza agachada al esquivar un arcabuzazo de los turcos, y la Lonja, graciosísima con su arquitectura delicada y femenina... Y más lejos, entre los humos de las fábricas, la Sagrada Familia. Con un catalejo –en 1929 lo mismo que en 1888– veríamos cómo la burguesía católica besa el anillo del señor obispo los domingos, después de misa, en el claustro de la Catedral, y cómo las familias obreras siguen cantando, también los domingos, al ponerse el sol, por las faldas de la montaña, de regreso a sus hogares, la canción que yo he cantado también en horas de plenitud interior:

Dolça Catalunya,
patria del meu cor,
qui de Cu s'allunya
d'anyorança es mort![176]

¡Si; quien de ti se aleja, dulce Cataluña, muere irremisiblemente de nostalgia!... ¡Viva Cataluña!

Nuevo Mundo (19-07-1929)

Plegaria a la Moreneta

Tierras de Manresa y de Montserrat, al atardecer... Delicioso paseo de cien kilómetros a la orilla del mar. El sol, rojo, incendia el "mare nostrum"; las montañas son primero naranjosas y después moradas. Arriba, en el monte, tiemblan gozosamente las primeras luces. Tañen las campanas al Ángelus, en Cataluña y en Montserrat: "He aquí la Esclava del Señor. Y hágase en Mí según Tu palabra"...

La oración. Montserrat. La Salve. La escolanía, la chiquillería alegre y virginal, dice sus primeros gozos a la Moreneta, madre de Cataluña y madre de España. Mi cuerpo es todo oídos, y mi alma, una llamita azul, azul, como la espiral de un cigarro, como el brazo de una mujer hermosa extendido en oración al cielo. No quiero nada ahora; no pido nada; no deseo nada. Las tristezas han pasado por mi espíritu sin quebrarlo; las alegrías, las inefables alegrías, sin ensoberbecerlo. Soy todo naturaleza; me siento parte del Universo, parte de Dios... Y el paisaje de Montserrat, es decir, de Monte serrado, del monte de la sierra –de la sierra para serrar– se humaniza también. ¿Es el paisaje sueño de nosotros, los pecadores, Moreneta, Reina de Montserrat? Y los picachos de la montaña de Cataluña –dientes, sierras, púas, agujas– son ahora, en la noche, monjes encapuchados, de rodillas, extendiendo los flacos brazos al aire, en oración perenne. La montaña es de una serenidad, de una trasparencia y de una gracia maravillosas. Suenan las campanas, cantan los escolanos los gozos, acompañan los monjes con voces graves y temblorosas. Montserrat es el cielo de esta tierra de Cataluña, de esta dulce Patria de trovadores, y de comerciantes, y de aventureros que siempre han soñado –las Cruzadas, Don Jaime el Conquistador, Lepanto– con las tierras orientales, con la luz... América cortó el sentido imperialista catalán, y el Puerto de Barcelona quedó abandonado por el brazo del Guadalquivir, que desde Sevilla desciende hacia el mar. Pero Cataluña es la rival de Italia, y su Rey Fernando el Católico, conde de Barcelona, al que los florentinos llaman el catalán, es el espejo de Príncipes que quiere Maquiavelo para los Estados de Italia. Barcelona es tan grande como Venecia, y como Pisa, y como Génova. Barcelona –cerebro y alma y corazón de Cataluña– es la ciudad del consulado del mar. Boscán aprende en Barcelona el endecasílabo; Raimundo Lulio y Ausias March, a cantar y a amar a la mujer. La cultura es latina, viene a España por Barcelona, y la trae el mar, con el vaivén de las olas.

[176] Dolça Catalunya / Pàtria del meu cor / Quan de tu s'allunya / D'enyorança es mor… ("Dulce Cataluña / Patria de mi corazón / Cuando de ti alguien se aleja / De añoranza se muere ...") *L'Emigrant*, obra coral con letra de Jacinto Verdaguer y música de Amadeo Vives.

Y cuando Cataluña es grande, Montserrat es el puerto de refugio contra el dinero y contra la especulación mercantil. En Barcelona ama la doncellita y oye las caramellas al amanecer; pero en Montserrat se desposa con el guerrero, con el prócer, con el marino, con el navegante, con el industrial, con el trabajador. La Moreneta cincela el hogar y la familia de Cataluña; planta las viñas, enciende el fuego y levanta los muros de la casa Payral [sic]; aconseja al "hereu"[177] y al infeliz segundón que tiene que buscar escritorio acreditado o beneficio de Iglesia; deja testar en libertad al padre y a la madre; preside la cena de Navidad y la sardana de Pascuas, repartiendo la "mona" entre los pequeñuelos. La Moreneta es la tradición viva, y la poesía, y la gracia, y la fuerza de Cataluña.

Salve. Nuevos gozos, nuevos "goigs"[178]. Por aquí ronda, vestido de ángel y con alas blancas, el espíritu de Verdaguer. El poeta de San Gervasio– San Juan Maragall– reza arrodillado a mi vera entre las sombras, en esta tarde de la Asunción, Reina de los venecianos, de las góndolas y de los canales. ¡Le oigo, Cataluña, dentro de mi castellanía! Reza, naturalmente, en verso:

Muntanyes amansides,
que per damunt hi corre el vent suau,
Campanes de les villes [viletes] escondides,
que tantes hores m'heu tocat en pau...
¡Adeu-siau![179]

"¡Adeu-siau", Moreneta, adiós! ¡Haz de mi España un hogar de justicia, de ciudadanía, de fuerza espiritual, de templanza, Virgen Morena de Montserrat!

El Adelanto (22-08-1929)

Visita a Tarragona desde Barcelona

¡Cuántas excursiones deliciosas, al alcance de su tiempo y de su bolsillo, puede realizar el afortunado estudiante de Barcelona! Barcelona, cuyo asiento natural nada tiene que envidiar al de cualquiera otra población de la Península, está rodeada de ciudades viejas, de pueblecitos blancos y sonrientes, de típicos monasterios y santuarios. ¿Quién no se decide una tarde a conocer la blanca Sitges? ¿Cómo no visitar, en unas horas, los centros fabriles de Tarrasa y de Sabadell? Mayor espacio, y ya puede el estudiante detenerse en Vich, simétrico y claro como el espíritu de Jaime Balmes, su hijo: o rezar ante la Moreneta en Montserrat, oyendo la salve de la escolanía; o perderse por las cuestas de Gerona y gozar de los hechizos de la costa brava; o también visitar esa Tarragona, roja y azul, que espeja su quietud en las aguas del Mediterráneo, mansas y azules, llena de sugestiones y de encantos, que han cuajado en silencios y en matices, inefables y únicos.

Desde el apeadero del Paseo de Gracia apenas si hay dos horas a la ciudad imperial que fue capital de la España Citerior durante la dominación romana, y Primada de la Iglesia durante la época visigoda, honor este último que ha venido disputando a Toledo hasta nuestros días. Muy breve el viaje desde el Paseo de Gracia; apenas dos horas. A las nueve y cuarto de la mañana arranca el tren; unos cuantos pueblecitos costeros, y al filo de las once en Tarragona. ¡Cuántas cosas evoca esta ciudad en nuestro espíritu! Recordamos los famosos conventos jurídicos que aquí se reunían para arreglar los asuntos del Imperio; queremos ver, por todas partes, flámines y soldados y pretores y legionarios, todos con su túnica, poblando las calles de la urbe y hablando en el sonoro y reposado idioma del Lacio. Muchas civilizaciones han pasado por la ciudad. Primero los fenicios, después los cartagineses, luego Roma. Roma la embellece y Cneo Scipión coloca su ejército desde Ampurias al Ebro, fijando su asiento natural en Tarragona. Poco a poco es la ciudad fuerte y el alcázar de los dominadores. Sobre los muros fenicios se van levantando las fortificaciones romanas, de las que hay vestigios por todas partes en la ciudad. Con las luchas de Mario y Sila se inicia la decadencia de Tarragona. En España se dirimen las diferencias de ambos caudillos y sólo con César recobra de nuevo el pasado esplendor.

La Tarragona romana es una gran ciudad de la que apenas podemos hoy formarnos idea ni aun con sus despojos de maravilla. Se levantaba sobre la colina que hoy apenas vemos habitada,

[177] Heredero. En Cataluña, primogénito
[178] Alegrías, goces, júbilo en catalán.
[179] *Altres vistes al mar*, 1901. "Montañas sosegadas, / que por encima corre el viento suave / Campanas de los pueblecitos escondidos / que tantas horas me habéis tocado en paz. / Adiós"

llegando hasta las márgenes del río Francolí, ahora a bastante distancia de la colina. Al Oriente, en la hondonada que hacía el terreno sobre el presidio, estaban los baños, y a continuación de éstos, la serie inacabable de los templos consagrados al culto de los dioses. E inmediatamente, el anfiteatro. Subsisten las bóvedas que sostienen las graderías y se advierte que los arcos iban guardando el declive hacia el interior, para ir configurando y disponiendo las gradas, cuyos restos pueden examinarse todavía. La Arena, escenario primero de gladiadores y altar después de mártires, llegó a ser famosa cuando siendo Emiliano presidente de la España tarraconense, se perseguía en la octava batida general a los cristianos españoles que regaron el circo con su sangre generosa. Del anfiteatro puede subirse hacia la ciudad alta, donde se alzaba el palacio de Augusto, que hoy se llama castillo de Pilatos. Algunas pilastras dóricas con su arquitrabe. Y no lejos, en la parte opuesta, hacia la plaza de las Beatas, todavía subsisten vestigios de la fábrica que ha permitido deducir a los historiadores que las pilastras circundaban el palacio del Foro, donde se alza hoy casi toda la Tarragona alta.

Por todas partes vestigios y más vestigios de Roma. Si dispone de tiempo el escolar, puede visitar en automóvil el famoso acueducto de las Ferreras y el monumento sepulcral de la torre de los Escipiones, a una legua de Tarragona, monumento que se deja arrullar por el mar, y que se encuentra a la entrada de un pequeño bosque. El arco de Bará, uno de los arcos triunfales más hermosos que legó Roma a la tierra hispana, está cerca también de la torre de los Escipiones. Pero la ciudad contiene aún otros vestigios sin necesidad de salir de su recinto. Con los visigodos vuelven a enterrarse el renombre y la grandeza de la urbe.

Los árabes se apoderan de ella el año 719 de la Era Cristiana, asolando y destruyendo bárbaramente sus edificios. Se fortifica de nuevo, resiste el asedio de Ludovico Pío y vuelve al poder de los moros. Los árabes erigen su ermita, y en el año 960 torna a resistir la terrible acometida de Abderramán III. Con don Ramón Berenguer el Viejo no lucen en Tarragona las barras catalanas. Hasta el siglo IX, con Ramón II el Fratricida, y Berenguer de Rosanes, el obispo de Vich, no comienza la restauración de la ciudad. Con el arzobispo San Olaguer el empeño cobra empuje y es una hermosa realidad en pocos años.

Como nuestro estudiante, después de haber visitado los recuerdos romanos y alguna linda iglesia como la de San Pablo, por ejemplo, ha de almorzar, regando su refacción el riquísimo vino del Priorato, deje para las primeras luces de la tarde la visita de la Catedral. Abandone la Rambla, la Plaza de la Fuente y emprenda la cuesta que conduce a la calle Mayor. Muy pronto se encontrará con la preciosa plazoleta que lleva a las gradas de la Catedral. No deje de examinar el conjunto de la bella y recia Basílica. A su derecha, y al socaire de un pórtico que parece medieval, discurren los campesinos, y la calle, irregular y pintoresca, está plagada de tiendecitas. Sobre las gradas, y al fondo del atrio, asoma la mitad superior del frontis, ya que todo desaparece con la distancia, con la elevación de la escalera y con el plano en que se coloca el visitante. El frontispicio de la iglesia está recamado de toda suerte de magnificencias góticas. La portada se compone de dos anchos pilares rematados en pirámide, cuyos extremos se apoyan en el remate. Sobre un banco de piedra los hay más pequeños de relieve. Y comienzan los nichos con las estatuas, refugiadas en doseletes truncados. A pesar de ser toscas las figuras, son de un efecto encantador. La luz roja de Tarragona se ha ido apoderando de aquellas piedras y el ceñudo rostro de los Apóstoles casa perfectamente con ese barniz del sol. Luego, las ojivas del arco, que arrancan de los doseletes, mueren en el ángulo, habiendo en los pilares de los lados graciosos dibujos ojivales que contribuyen al encanto de la contemplación. La puerta, partida en dos, se compone de tres grandes trozos de mármol, presidiéndola una estatua de la Virgen que lleva en sus brazos a Jesús. En las jambas de las puertas hay ángeles con incensarios y encima el ancho dintel con alegorías del Juicio Universal. En la jamba inferior se ven demonios y condenados, y en la superior los ángeles tocan la trompeta, vueltos hacia Jesucristo, que en el doselete más elevado preside todo aquel bello conjunto, sentado entre el sol y la luna. Sobre el segundo cuerpo del frontis, el magnífico rosetón, uno de los más bellos que puedan verse en parte alguna.

Catedral incompleta la de Tarragona, es también fortaleza, y parece la réplica de la Cristiandad a Roma al cabo de los siglos. Va en ella la gracia unida a la solidez, y mezcla de todas las influencias que pasaron por la ciudad en todas sus devastaciones y restauraciones, es romana, y es bizantina, y es árabe, y es gótica.

Normanda la llamó con frase feliz aquel curioso viajero mallorquín que se llamó D. José María Cuadrado[180]. El escolar, después de recorrer sus naves, sus capillas, algunas tan notables como la de San Fructuoso, puede admirar también sus bellos tapices.

[180] En realidad, José María *Quadrado* Nieto.

Y no da más de sí esta excursión. Pero él mismo la repetirá varias veces. El silencio y la luz de Tarragona se le habrán colado corazón adentro, y los añorará más de una vez en el ruido infernal de las Ramblas y en la vida, un tanto inquieta, de su ciudad universitaria. Pocos minutos después, en la estación. Torredembarra, San Vicente, el apeadero de Gracia. Las luces iluminan el paseo, la Plaza de Cataluña. Pero él vuelve de un remanso de quietud y lo trae dentro del corazón. El rosetón rojo de la Catedral de Tarragona torna, de vez en cuando, a su retina y olvida las hórridas asimetrías de los arquitectos de hogaño, que le dan una sensación análoga a la de las orquestas de negros en el cabaret.

Crónica (01-12-1929)

España y Barcelona

Vengo advirtiendo que, a medida que España se da una vuelta por Barcelona –y dentro de unos días haré la comprobación más ampliamente en la ciudad condal– Barcelona se va metiendo, a la chita callando, en el cogollo del corazón de los españoles. Y no en lo que tiene la gran ciudad de universal, de cosmopolita y de europea, sino en lo que conserva de típicamente catalana y provincial. El viajero de tipo medio que llega a la ciudad, se instala en un hotelito de las Ramblas o de sus cercanías y acude a presenciar las maravillas de la Exposición instaladas en el Parque –tan barcelonés– de Montjuich, presiente en seguida, sin que sepa definir y concretar sus sensaciones, que el cuadro es superior al marco. Es primero el emplazamiento peregrino de Barcelona la que le enhechiza: el mar, la montaña, la llanura. Después, la sensación de gran ciudad… Más tarde, las grandes avenidas, las grandes perspectivas del Puerto, de las Ramblas, de la Plaza de Cataluña, de la Diagonal, del Paseo de Gracia, de la Vía Layetana, del Paseo de San Juan… Luego, no sé, no sé. El gótico atrevido y personal de Gaudí, en la Sagrada Familia; el patio de la Diputación, y aquel San Jordi de la calle del Obispo –me place decir, más íntimamente, del "Bisbe"– venciendo al dragón infernal; las palmeras de la Plaza Nueva; el claustro silencioso de la Seo; aquel Cristo agachado de Lepanto, que contempla, con la mirada errabunda, las tierras orientales, llenas de luz…

Y ya está el milagro realizado.

Esa Barcelona de la placita del Pino, de Santa María del Mar, de los canónigos de armiño blanco y de las escolanías, del archivo de la coronilla, enterrada en la otra, tapada por la otra, es la que se cuela, con más intensidad, en el corazón del viajero. Es la Barcelona que amaba Maragall y la que nosotros, castellanos, amamos tanto… La Barcelona que recobra la paz después de cada sacudida, la Barcelona que resurge un poco más luminosa cada vez de sus propios escombros, la Barcelona de las caramellas[181] y de las sardanas; del artesano y del menestral. La Barcelona eterna. Aquella que le hacía exclamar a Cervantes que era el archivo natural de la cortesía y de la gentileza, la que tolera todavía el sueño con los ojos abiertos, cuando paseamos por sus rincones y por sus plazas, el corazón de la urbe industrial, regulador de sus palpitaciones y cronómetro, en la paz, de su ritmo que se diría atropellado y que es, sin embargo, sensatamente, acompasadamente, provincial…

Estoy con el pie en el estribo para presenciar unos días la vida actual de Barcelona… Sé que voy a revivir una temporada muy grata de juventud; sé que me espera aquel silloncito del Ateneo que mira al bello y silencioso jardín interior de la casa; presiento que el crepúsculo, desde lo alto del Tibidabo, va a sorprenderme con nuevos matices, cuando una mancha de color de rosa se asienta en las terrazas urbanas y en las plazas tranquilas… Y estoy contento como un niño…

¡Barcelona, Barcelona, "encisera"[182]! La dulce sombra de Cataluña flota sobre el mar, y sobre el monte y sobre el llano que va hasta Badalona. Barcelona sonríe como una buena muchachota hosca, a la que halagan los piropos de calidad y no quiere dar su brazo a torcer. Y sigue siendo yunque, y martillo sonoro, en este grato alborear mañanero de las posibilidades españolas.

El Adelanto (29-01-1930)

En el Pueblo Español

Toda la tarde de hoy, solo, escapando de tertulias amables y de amigos dilectos y antiguos, en el pabellón del Pueblo Español. Quería verlo a mi gusto, sin la precipitación del mes de Agosto, y

[181] Canciones populares típicas de Cataluña.
[182] Hechicera. Fueron estos tiempos en que se la denominó la Gran Encisera.

sin ningún linaje de sugestiones y de advertimientos. Y esta segunda vez no me ha gustado. Confieso paladinamente que yo no sabría construir una charla lírica a propósito de aquellas plazas, de aquellas callejuelas y de aquellos rincones como el amigo Federico García Sanchiz. Tendría, necesariamente, que acudir a imágenes de talco y a trozos de cartón piedra para construir sobre aquel juguete, arbitrario y parcialísimo, una visión aproximadamente exacta del arte y del ambiente españoles. Al salir, después de cuatro horas, bebiendo un chato en el café cantante cordobés de Peñaflor, contemplando las casonas de Cáceres, de Plasencia y de Toro, tomando café bajo los porches de las casas consistoriales de Valderrobles, que presiden la Plaza, perdiéndome en los altos muros de la rinconada de Arcos de la Frontera, recordando las mansiones altoaragonesas de Graus, de Sariñena y de Alquézar, no he acertado a encontrar a España por ninguna parte. O mejor aún, he visto una España fabricada a propósito para turistas y viajeros de buenas tragaderas...

La razón de mi desencanto es bien notoria y salta pronto a la vista. Un monumento típico es producto del ambiente peculiar de un pueblo. Casa y concierta con otros edificios, con el cielo que lo cubre, con el silencio que lo envuelve, con el rumor de una fuentecica que está a su vera, con el palmito de una moza que camina con su cántaro a la cabeza, con un cantar de amor, acaso, cuyas notas se lleva el aire a toda priesa. Despegado, desclavado de su sitio, ya no dice nada, ya no sugiere nada, "ya no es". En el pabellón del Pueblo Español los organizadores se han atenido a la pintoresca arbitrariedad de querer componer masas homogéneas con elementos heterogéneos. Han pegado unas casas a otras casas y han amalgamado unos edificios con otros edificios, atendiendo a un criterio regional, que en Italia y en España es siempre arriesgado y comprometedor. Hay ciudades artísticas, pero no regiones artísticas. Ahí tenemos la región leonesa, por ejemplo. Ninguna nota común tienen las cinco capitales de sus provincias: Salamanca, Zamora, León, Palencia y Valladolid. San hijas de distintas civilizaciones y su arte presenta caracteres bien diversos. Con Andalucía, pasa lo mismo. Jaén, sufre la influencia manchega; Almería, la de Levante, y solamente Sevilla, Córdoba y Granada, son ciudades artísticamente autónomas. Podría decir lo mismo de Aragón para reforzar la consecuencia de que el criterio regional no vale para las mescolanzas e incongruencias que han creado este pastiche del pabellón del Pueblo Español de la Exposición Internacional de Barcelona. Han debido reconstruirse fragmentos de ciudades, mejor que edificios sueltos y aislados que, al agruparse con otros, han perdido todo su sentido. Desligado de toda sugestión, yo no he conseguido ver esta tarde más que una torpe caricatura en lo que ha podido ser el acierto vivo y el remanso espiritual de este certamen, índice del hondo pozo de tradición y de la visión del porvenir de nuestra raza.

Ha presidido, además, en este pabellón, la tendencia, que no me atrevo a calificar de rastacuerista, de buscar la nota agudamente pintoresca y de sorprender el detalle sin curarse demasiado del conjunto. Como diría el maestro Unamuno, los árboles han impedido ver el bosque[183] a los inspiradores y asesores de este Pabellón. Hay casitas de Arcos, de Ecija, de Valderrobles, del Roncal, de Toro, de Ávila, de Sigüenza, de Graus; de Alquézar, de Segovia, de Morella, de Riaza, de Teruel, de Sariñena, de Cáceres, de Plasencia, pero el ambiente, la fisonomía, "el aire" de estos viejos poblachones no aparece por ninguna parte. El monumento aislado, suelto, no dice nada alejado de la raíz que le motivó y le dio sentido. Hubiera sido mejor, acaso, reconstruir plazas, calles, rincones, en toda su integridad, de una docena de pueblos españoles, sin haber aspirado a la imprudencia de querer abarcar todo. Aquel callejón, enjalbegado y moruno, de Arcos de la Frontera, que nos conduce a la placita catalana, con sus monumentos góticos, claros y armoniosos, nos ha hecho sonreír. Y para curar nuestro malhumor, nos hemos asomado un momento a una de las puertas de salida.

Comienza a anochecer y Barcelona es una mancha rosa bajo un cielo añil. Una lucecita tiembla allá arriba, en el monte, sobre el Tibidabo. Se encienden los juegos de luces de las fuentes. De la cúpula del Palacio Nacional arrancan haces y franjas de luz que van a besar, iluminándolos, los puntos más distantes de la noble ciudad mediterránea. Lentamente, abandono el recinto y camino por la numerosa calle de las Cortes hasta la plaza de la Universidad. Y me cobijo en un café, donde hilvano rápidamente estas impresiones.

El Adelanto (12-02-1930)

[183] Se trata de un adagio germánico del que trató extensamente José Ortega y Gasset (*Meditaciones del Quijote*, 1914). Desconocemos si en algún momento lo usó con anterioridad Unamuno.

Del Paralelo y del distrito quinto

Hasta hace muy pocos años, era Emperador indiscutible del distrito quinto, del Paralelo y de sus arrabales y alrededores, el jefe del partido radical don Alejandro Lerroux y García. Con la guerra quedó vacante el imperio que empieza en Atarazanas, que llega desde las Ramblas hasta Montjuich y que termina en la calle del Marqués del Duero y con la Ronda de San Antonio. En la guerra, el Paralelo, pletórico de vicios y de burlas, se hizo sindicalista, imponiendo el terror al simbólico señor Esteve, burgués de buenas tragaderas y aspirante a regidor en el bello palacio de la plaza de San Jaime. En la noche, hace unos años, era una mancha roja y siniestra el Paralelo. En la calle del Conde del Asalto, sede de los amores fáciles y volanderos de la ciudad mediterránea, comenzaba prácticamente este recinto del proletariado que disparaba pistolas. En la actualidad, el Paralelo se ha tornado plácido y tranquilo. Aquella Lola que se fue a los puertos ha decidido, tal vez, descansar aquí, con el Niño de Marchena, el del Museo y todos los niños que van surgiendo de las entrañas fecundas de la madre Andalucía.

Si Lerroux ha sido destronado del rumoroso Paralelo y de sus cincuenta dancing, sus veinte cabarets, sus dos docenas de teatrillos y de cafés y de colmados, Cambó y Puig y Cadafalch no han logrado hincarle el diente todavía. Ni la sardana de la "Santa Espina" ni "Els segadors", logran hacerse oír por acá. En el Paralelo no está en su ambiente más que "La Internacional", pero el proletario calla y distrae su tiempo con el fandanguillo y con el martinete. Se disfraza de flamenco para disimular hasta que no le dejen entonar la canción que a él le gusta. El distrito quinto, en la Barceloneta novísima de la Exposición Universal de 1930, pasada por la Dictadura y por La Unión Patriótica, que ha logrado definitivamente la muerte eterna a que tenía perfecto derecho, es hoy enteramente autónomo y está esperando el caudillo que sepa domarle y conducirle. Acaso Ángel Pestaña es el que maneja los muñecos, pero los maneja todavía en la sombra y no peca nunca de indiscreto y de parlanchín.

Durante esta tarde del domingo, después de una novillada sosa y monótona, he recorrido, con unos amigos, en un auto, el Paralelo. Apenas he sabido reconocerle. Los soldaditos y las "noyas" que tornan de la Font del Gat, toman sus cervezas y limonadas en las aceras. Marineros de piel de rosa con escamas y de cabellos de color de mijo fuman sus pipas ociosamente al sol. Familias obreras, endomingadas, penetran en los teatros y en los cines cuando se encienden las primeras luces. Las peripatéticas de voz quebrada y de labios pintados, ofrecen al transeúnte sus bobas caricias de alquiler. Grupos de gentes se estacionan ante los quioscos de los periódicos y los taxis y los tranvías suenan sus cláxones y campanas con un ritmo regular. Suenan, a lo lejos, las sirenas del puerto. Y de la montaña surgen las franjas luminosas de la Exposición. Pero en el Paralelo hay esa paz que es la verdadera fisonomía barcelonesa, según Maragall. Las resacas pasan pronto y las cosas vuelven a su nivel normal, y cuando anochece, se formaliza, para desperezarse con presteza así que llega el alba.

El Paralelo ya no es lo que era. Las barricadas pasaron a mejor vida y los recuerdos de las jornadas de la semana sangrienta, han desaparecido de la memoria del obrero catalán. Las brechas que en los muros de las fábricas abrieron los cañones y las ametralladoras, se han tapado cuidadosamente, y el día menos pensado se limpia la gusanera que todavía cubre Atarazanas y su barrio. Las canciones canallescas se han marchado y toda aquella apachería barata de Génova y de Marsella ha debido emigrar de estas latitudes. Ni pistoleros, ni peregrinos de mirada tierna, con su capa de conchas y de calabazas, he logrado ver esta tarde de domingo por el Paralelo. El tipismo barcelonés se va trocando en un tema de literatura pretérita. Barcelona con su Exposición, se preocupó, ante todo y sobre todo, del decoro urbano de su ciudad. Los bajos fondos mediterráneos hay que irlos a buscar, en lo sucesivo, a Marsella o a Génova, porque Barcelona ha acabado con ellos, al menos aparentemente. La vieja sede de la picardía es hoy un lugar de esparcimiento adomingado y barato donde las gentes oyen zarzuelas madrileñas y meriendan plácidamente en las terrazas de los colmados y de las casas de comidas.

El Adelanto (19-02-1930)

El coro de la catedral de Barcelona

Un insigne arquitecto catalán, el Sr. Puig y Cadafalch, se lamenta recientemente de los atentados artísticos de que ha sido objeto Barcelona durante estos últimos años. La nueva fachada de la

Catedral se le antoja, en efecto, y es, una gran blasfemia en piedra. «En San Pedro de las Puellas –agrega el Sr. Puig– con el pretexto de necesidades parroquiales, se ha destruido un tipo de iglesia, único en toda España, que corresponde al arte merovingio francés, y el paraje más viejo de culto cristiano que se guardaba en Barcelona.» Y el Sr. Gómez Moreno, hablando del mismo caso, dice en su libro Iglesias mozárabes, Madrid, 1909, págs. 47 y 48, lo que sigue: «La desgraciada iglesia de San Pedro de las Puellas, que llegó a este siglo más o menos alterada, pero salvándose de estragos importantes, ha caído en manos desaprensivas, que no nos permiten reconocerla. Es una afrenta para la Barcelona culta haber tolerado semejante insensatez.»

Pues ahora quiere transformarse la Catedral, como si no estuviese maravillosamente tal como está. Pocas Catedrales más bellas que la gran Seo barcelonesa. Es una lonja de piedad, graciosa, liviana, proporcionada, con perspectivas que jamás se han resuelto tan elegantemente. Quiere destruirse el coro. El Sr. Puig, ante el anuncio del ultraje, salva su responsabilidad como arquitecto y como barcelonés. «La destrucción –se lamenta– sería un escándalo universal. ¿Qué diríais si en Francia pensaran destruir el coro de la Catedral de Albi, que inutiliza media iglesia, o el coro de Amiens, o en Inglaterra si se quisiera suprimir el de la Abadía de Wetsminster [sic], o el de la Capilla Real de Cambridge? He aquí un tema que brindo a los próximos congresos de Historia, de Genealogía y de Heráldica.»

Destruido el coro, se destruye, evidentemente, la Catedral, ya bastante mal tratada por manos mercenarias y antiartísticas. Puig, como Havelock Ellis, como otros muchos que han estudiado la basílica y han sabido deleitarse con su fábrica, advierte que esta presenta una grandiosidad que no corresponde a sus pequeñas dimensiones. «Este fenómeno, semejante al de los dibujos con perspectiva de exagerado ángulo visual, quedará probablemente destruido. Hoy el espectador no ve los componentes para formar el juicio de las dimensiones, ya que los pilares están tapados y amagados por el coro. Contempla las distintas porciones de la Catedral como un gran objetivo angular de una cámara fotográfica. El milagro desaparecerá desde que toda la Catedral pueda verse desde la entrada.»

De nuevo, nosotros, en La Esfera, que de tener alguna política concreta y definida es precisamente la de la conservación de nuestro gran tesoro artístico, damos la voz de alerta sumándonos a la viril protesta del Sr. Puig y Cadafalch en La Veu de Catalunya, que hacemos nuestra y muy nuestra. Hágase de modo que los monumentos de arte sean intangibles. Declárese, de una vez para siempre, que solamente el Estado puede modificar nuestros templos. Córtense de raíz estos malos pensamientos de suprimir el coro de la Catedral de Barcelona, de trasladar el de Ciudad Rodrigo y de introducir no sé qué modificaciones en el de Palencia. Evítense las profanaciones que se preparan y córtense las que actualmente se están llevando a cabo, «El arte –dice muy bien el Sr. Puig y Cadafalch– está lleno de delicadezas... El arte vive esencialmente de cosas ocultas, de pensamientos velados, de cosas a medio surgir.» Y no podemos, ni debemos, ni queremos tolerar que los filisteos, que no saben de matices, nos destruyan la posibilidad de soñar ante las piedras viejas...

La Esfera (22-02-1930)

Cataluña[184]

– ¿Y cómo no ha ido usted a Cataluña, querido amigo?

– Ya ve usted que estoy muy acatarrado. Cuando hacía una vida desordenada y libre, todo funcionaba bien; ahora que me acuesto a las horas, los bronquios me dan guerra; el insomnio es mi mejor amigo y visito la farmacia más de lo que yo quisiera.

– ¡Síntomas de la vejez!

– ¡Indudablemente! Y en el momento preciso en que el espíritu está más joven. Pero la vida es una eterna paradoja. Así, precisamente, cuando Cataluña vitorea y exalta a Castilla, a esta querida "ampla Castella" nuestra que no puede ver el mar, como decía Maragall, yo, que he pasado toda mi vida hablando a los catalanes de la meseta tengo que permanecer en Madrid… Voy a decirle

[184] También transcribimos otro artículo con este mismo título, aunque distinto contenido, pub licado en *La Veu de Catalunya* (O.C. Tomo VI, página 350).

a usted, sin embargo, que esto de la bronquitis ha sido un pretexto. No he ido, no he querido ir a Barcelona, por orgullo. Yo no podía, yo no quería ir del brazo de antiguos asambleístas que ahora vitorean a la libertad y se quedan tan tranquilos. Yo tenía que presenciar con asco el espectáculo poco edificante de gentes que al llegar el momento de la Dictadura se asociaron a ella y ahora tratan de dar la dedada de miel a los catalanes, suponiéndoles desmemoriados y tontos de capirote. Al lado de ese diablillo de Ossorio, de Albornoz, de Araquistaín, de Bello, de Fernando de los Ríos, por citar algunos nombres; al lado de Ramón Pérez de Ayala, de Ortega y Gasset, yo voy, no sólo hasta el Apeadero de Gracia, sino hasta el fin del mundo. Pero tengo que reservarme demasiado con otras compañías. No quiero nada con técnicos puros, ni con eruditos puros.

Es tentador un almuerzo en Sitges, junto al mar azul; en estos primeros días primaverales; añoro aquellas monchetas de la tabernilla de la Barceloneta y deseo tornar a oír el "Cant de la Senyera" al Orfeó Catalá. Pero... yo digo con Ossorio: "ja hi tornarem". Ya volveremos. Ya volveré en las horas de peligro, que es, precisamente, cuando tengo que ajustar cuentas con el administrador de "La Veu"; ya volveré a elogiar a Rovira y Virgili, cuando las gentes le llamen arisco y destemplado; ya tornaré a escribir, cuando el escribir eso sea impopular, que llevo a Barcelona dentro del cogollo del corazón, y que buena parte de los sueños de mi juventud quedaron en Barcelona...

– Pero ¡sigue usted incorregible...!

– ¡Hasta la muerte, amigo, hasta la muerte! Un día dijo en "El Sol" Joaquín Montaner, que yo era uno de los contados escritores castellanos –Montaner citaba en el mismo lugar a don Miguel de Unamuno, maestro de todos– que tenía el derecho de enfadarme con Cataluña. Ha sido el amor a Cataluña permanente en mi corazón. No he sabido traicionarlo nunca. En 1907 pensaba como en 1919 y en 1919 como en 1930. No tenía, pues, absoluta necesidad de comparecer ahora. Pero en los momentos de dolor yo sé bien que no faltaré a la cita. No me preocupa felicitar a un amigo; pero si cae enfermo, no se separarme de la cabecera de su lecho. Y no me ha preocupado cosa mayor ahora, mi ausencia de Barcelona cuando se ha quemado esta traca de fuegos de artificio.

El Adelanto (28-03-1930)

GALICIA

Alma gallega (I)

Para D. Miguel de Unamuno.

Los gallegos tienen alma, cosa que me he permitido dudar de vez en cuando, de aquellos burgueses, de Villa-Regia, en cuya atmósfera respiró mí espíritu. Y traigo esto a colación, porque es una majadería enorme eso de hablar de almas regionales en España, donde hay muy pocas, y de pintar tonalidades, vericuetos, rincones, callejas y estrecheces, en almas simples y recortadas, como los paisajes austeros de Castilla. El alma nacional es así, de una aridez espantosa.

La comunión de la tierra con los hombres, es evidente.

Conociendo el paisaje de un país, se conocen enseguida sus habitantes. Aquí, el panorama es vario, rico en matices y alegre. Alegres son también los gallegos, pero su alegría sí que es regional, honda, de ojos que saben *ver* en las gentes. Conocedores de la imbecilidad humana, con un alma cansada de pelear en las batallas de la vida, se visten de sano humorismo, de cierta poesía realista. Quijotes fracasados, los gallegos, mueren prosaicamente, en la casa solariega, haciendo legados al ama y la sobrina.

En Castilla hay un adagio triste, revelador de la monotonía del paisaje. «Quien vio Frades, vio todos los lugares» se dice comúnmente. Y de los castellanos puede decirse lo mismo. Iguales son los *notables* de los pueblos, envueltos en su roñosa aristocracia, cañas huecas, hombres sin corazón, gentes que vegetan murmurando de los pequeños crímenes ajenos, como buenas comadres curtidas en el oficio. Iguales son, en mi país, los jóvenes, sin alientos, sin energía, sin espíritu, comiendo la sopa boba de sus padres y entreteniéndose en idilios babosos. Inaguantables con sus pesetas, carnales, groserotes, bastos; inspíranme los representantes del tipo medio castellano profunda lástima. Viven, casi siempre, en un endiosamiento ridículo.

En Galicia observo variedad de tipos. De hombre a hombre hay profunda distancia y sobresalen unos por sus chifladuras, por sus grandezas otros. Tienen, por lo común, relieve, personalidad. Allí están cortados por el mismo patrón. Todos murmuran, todos carecen de gusto y es de buen tono, en asuntos políticos admirar a Maura, o a don Melquiades Álvarez, espíritus profundamente *castellanos*, aunque no hayan nacido en Castilla; el mismo Santo por distintas caras.

Tienen, además los gallegos cierto calor de humanidad y son listos. Aunque se jactan de desdeñar los formalismos, son rigurosamente formulistas. Sin ser desconfiados, se conocen mutuamente, y engañarán, si la situación aprieta, pero no se dejan engañar nunca. Viven siempre sobre aviso, a la defensiva.

No son altaneros, pero son susceptibles. El más leve rasguño les desgarra las entrañas. Inquietos y rebeldes, se mofan continuamente de las cosas. Pero, sobre todo, las gentes son originales. Yo les perdono sus vicios, que los tienen, en gracia a su originalidad.

El matrimonio es la preocupación de los gallegos, porque es un negocio difícil, espinoso, aquí donde los muchachos emigran con harta frecuencia. Ellas, las mujeres, son buenas, espléndidas, amables y guapas. Y conste que no es un reclamo, que de serlo, muy caro lo pagarían. Y como el papel *hombre* es inapreciable por estas tierras, en el mundo humano, a causa de su escasez extraordinaria, aconsejo a los enamorados que me lean, que se den una vuelta por acá, que se

han de ver en palmitas y todo. Yo quiero llevarme de Galicia, además de libros y emociones, el agradecimiento de los papás. Y vuelvo a repetir que son (los suegros), algo menos africanos que en Castilla. Conque a... Orense. Existen, además, buenos capitales, excelentes dotes. Ya me temo una invasión de vivos, recién salidos de la Universidad...

Así es que los casamenteros son legión. También se topa, a las veces, con alguna *comadre de pantalones*, pero el tipo es menos frecuente que por allá. Las relaciones son caseras, razonables, serias; nada de pasiones fuertes ni de juveniles impetuosidades. Dije el otro día en el *Eco de Orense* que «el amor gallego huele a partos». Y no me arrepiento de haberlo dicho.

El clero gallego, *os abades*, pues la palabra *crego* (clérigo) tiene otra acepción, la de borracho, se me antoja también distinto del de Castilla. Y si es verdad que hoy forman los curas una casta profesional, con los mismos vicios de mollera, (asustarse del coco, admirar a Pereda, Donoso Cortés y Balmes, atiborrarse de escolástica, reír las gracias fúnebres de Nocedal, etc., etc.); los de Galicia son liberalotes, francos, burlones, y, además, independientes. Me han dicho que este clero de Orense es un poquito rebelde, y yo he pensado, no sé por qué, que estos hombres, si en el decir son recatados, son licenciosos en los hechos, como en tiempos del Arcipreste de Hita.

De Curros se repiten mucho estos versos, hondamente regionales, versos que dirige a Marcos da Portela[185] (Lamas Carvajal);

E non de coraxe cego
Repoñas ó qu'aqui digo
Que ántes de ter un contigo
Tiven un fillo d'achego.
D'un crego foy; non o nego.
Mais s'ouirás os sermos
D'o abade de Zarracós
Pasarasm'estas loucuras,
Pois, solo as amas d'os curas
Estan en gracia de Dios.[186]

Sí, indudablemente, están en gracia de Dios.

Algo quisiera decir también de los aldeanos. No ha muchos días que me dijo el insigne poeta gallego señor Lamas Carvajal[187] «que acaso, por ellos, se redimía Galicia».

Dejemos para otro día.

Hoy tengo pereza.

El Castellano (03-07-1904)

Alma gallega (II)

Confieso ingenuamente que todos mis esfuerzos por conocer el alma regional, están a punto de fracasar, por mi pereza y desasosiego, y luego, por este traqueteo diario de trenes, coches y fondas.

Sé cómo doblan el espinazo los viajantes, conozco el habla monótona y estúpida de los americanos, la sosería de los ingleses, tipos cosmopolitas todos, los que así tienen que ver con la psicología de estos campesinos que eligen a Bugallal o a Besada por Diputados, como yo con los millones del regordete y mofletudo marqués de Riestra.

Prefiero además un canto de Carvajal, una poesía de Curros o un cuento, más o menos decoroso, de Labarta Pose a un Sales y Ferré, gallego. Como tengo madera charra, prefiero los colores del poeta al dibujo seco del sociólogo. No pienso dedicarme a la sociología hasta que los españoles se aburran por entero de Adolfo Posada, el catedrático de la idiosincrasia metafísica.

El alma gallega rinde culto entusiasta a su patria chica, y a otra patria más chica todavía: el hogar. Estos dos amores se forjan constantemente en ella; el primero, porque el carácter regional es

[185] *O Tio Marcos d'a Portela*. Publicación periódica –escrita íntegramente en lengua gallega– editada por el poeta y periodista orensano Valentín Lamas Carvajal.

[186] "Cartas perdidas" del libro *Aires da miña terra* de Manuel Curros Enríquez.

[187] Valentín Lamas Carvajal (1849 - 1906). Poeta y periodista español en lengua gallega, fundador junto a Manuel Murguía, de la Real Academia Gallega, y, también, uno de los iniciadores del periodismo en gallego.

fuerte, acentuado, y el segundo, porque los gallegos tienen corazón y nosotros, así, sin ambages, no lo tenemos.

¿Qué segador que se tueste ahora con el sol castellano no recuerda, en sus horas de dolor y de trabajo, en vieja aldeúca, el *turreiro*[188] donde luce su palo con porra, el melancólico roncar de la gaita y aquellos *alalás*, que se cantan con toda el alma, al comienzo y que terminan lastimeros, melancólicos, tiernos, quejándose dulcemente de las tristezas de la emigración, de los prejuicios con que son mirados fuera y de la bárbara explotación del cacique y de la usura? Los gallegos sufren y odian, pero el recuerdo de su terriña les amodorra y les redime. ¡Sabrosos cantares de aldeas, melodiosa y santa música la tuya, que conviertes en añoranzas y recuerdos las miseriucas del prosaísmo!

Anoche tuve el placer de escuchar el orfeón de Pontevedra. Por complacerme su presidente, el periodista señor Landin, mozo de empuje y de talento, ordenó a los orfeonistas que cantaran *cosas* de la tierra. Oyendo a aquellos obreros, robados a las tabernas y garitos, dos sentimientos bien distintos embargaban mi ánimo. El uno de entusiasmo, me sentía gallego, con aquello de,

Taina niña, taina niña,
taina niña, tainaná...[189]

y el otro de envidia y de vergüenza, porque en Castilla no se canta... como se canta en Galicia. Y traigo esto a cuento, porque así como en Salamanca no se conoce a Pinilla, a Galán, a Maldonado, a Unamuno, a sus poetas en prosa y en verso, aquí sabe un fabricante de conservas quién es Curros y quién es Lamas. Y lo que es mejor, y a ello venía a parar: entra en el alma gallega una cántiga de sus poetas, un maestro eminente le da música y, enseguida, la canta el pueblo. Muchas poesías de Curros, algunas de Lamas y alguna también de doña Emilia[190], se cantan por el pueblo. Anoche escuchaba yo *Os meus amores* de esta señora, los obreros cantaban con amor, porque ¡es tan dulce! ¡caen tan quediñamente en el espíritu esas evocaciones de su divina tierra! Donde no se hace música es en Vigo. El pueblo de Elduayen[191], el de las cuatro carteras, no piensa más que en sus conservas y en sus millones.

Un pueblo que canta en medio de sus amarguras, que ríe en las treguas que el dolor consiente, no merece esa esclavitud a que está sujeto, ni ese caciquismo a que lo someten sus *padres de la patria*.

Por lo demás, que dijo el otro, hay gentes que confunden Galicia con el Riff. Si así fuera, yo me haría riffeño.

El Castellano (10-07-1904)

Santiago

– Esclavitud... el manicomio de Conjo, –me dice mi compañero de viaje, asomándose y haciéndome asomar a la ventanilla del tren.

– Muy bonito el manicomio, muy grande.

– Es cosa del marqués de Riestra y de Sánchez Freire, el profesor más notable de Medicina de Santiago.

– Pero, observa, –le replico–; que esto es muy grande. En Galicia debe vivir mucho loco.

– Mucho.

– Y seguimos charlando de la vetusta Compostela, de sus calles estrechas y cortas, de su notable Basílica, de su famoso paseo de la Herradura[192]. Luego ¡qué demonios! le pregunto por las chicas compostelanas, por los monumentos *vivientes*. Las muchachas redimen del machaqueo lento, pesado, boyuno de los catedráticos de la Universidad gallega.

[188] Sitios de ferias y romerías [Nota del autor].
[189] Tarareado final de algunos cantos gallegos.
[190] Emilia Pardo-Bazán.
[191] José Elduayen Gorriti (1823 – 1898). Ingeniero y político español, estuvo al frente de distintas carteras ministeriales durante los reinados Amadeo I, Alfonso XII y la regencia de María Cristina. También fue gobernador civil de Madrid, gobernador del Banco de España, diputado en Cortes por Vigo entre 1857 y 1879, y presidente del Senado (1896-1898).
[192] Mirador situado en el parque de la Alameda, en la falda este de la colina de Santa Susana, desde donde se puede contemplar una de las más espectaculares vistas de la catedral compostelana.

Prefiero cualquier Lola al propio don Jacobo Gil Villanueva, civilista notable, decano de la Facultad de Derecho. Lola y don Jacobo, con su charla encantadora la una y el otro con sus disertaciones jurídicas, forman juntos el aroma escolar, que se expansiona, ante la reja, de la esclavitud de la clase y que recuerda en ella las horas al amor abandonadas.

Y vayan sobre ascuas mis votos para que las muchachas, por agrestes y montaraces que sean, venzan a los maestros, así sean solemnes, muy solemnes y sabios, muy sabios, como lo son, según mis impresiones, los doctores que rigen la famosa Escuela de Montero Ríos, de *Santiago*. Y llega Cornes y nos bajamos en Cornes.

Santiago no tiene estación de ferrocarril. Carga con las maletas y con nuestros huesos pecadores, un ripper[193], endemoniado, de áspero traqueteo, que sacude a derecha e izquierda mil odiosos balanceos, no de otra suerte que si fuera un borracho curtido en el oficio. Tiran del ripper dos tísicos caballejos. El mayoral saca de los adentros del pecho un vozarrón áspero, ininteligible, vozarrón de alcohólico.

Rodamos por la aldeúca de Cornes breve espacio. Penetramos luego en Compostela, esa gran fábrica de boticarios.

Se adivina que la Universidad es Santiago y que Santiago es la Universidad. Casonas viejas de huéspedes, mal olientes, kioscos, patronas bigotudas, criadas con las sellas a la cabeza, mujeres pintarrajeadas, tipos achulados, limpia-botas, papeles pornográficos... y edificios largos y vetustos, conventos interminables, portalones estrechísimos. Viento de muerte circula por la ciudad. Es Compostela una página de historia, pero la vida no circula por ella. Solamente, de vez en cuando, chirría un carretón, vocea un vendedor de décimos o canta un ciego, con voz catarrosa, coplas de crímenes...

En el poblachón no circula un alma. Un clérigo gordinflón que pasa, un catedrático, de sombrero de copa, hombre profundo que lleva en el magín profusión de ideas, y que saluda a derecha e izquierda, como una tiple que ha cantado su papel en el teatro. Y en los cafés, los estudiantes castellanos, que han sido colgados en Junio, juegan al dominó, pegando con las fichas golpetazos enormes, en las mesas de mármol.

Visitamos, luego, la Universidad, a la que tengo una prevención tremenda. El edificio es moderno, nuevecito, reciente. Los carpinteros golpean con lentitud arreglando los salones para la venida próxima del Rey.

Los patios son espaciosos y frescos.

Por cima de las aulas nombres de célebres, en lápidas de madera pintadas con, el color de la Facultad a que dedicaron sus estudios.

Huele a pintura aceitosa reciente.

Fuera contemplo cuatro estatuas, que sobresalen del tejado, en la fachada principal.

Se me antojan gigantes y cabezudos. Han reinstaurado la Escuela, con tan mala fortuna, que las dos alas del edificio parecen pegotes. Tienen tan mala fachada, la pobre, que un labriego al contemplarla dijo a un gran amigo nuestro que nos servía de *cicerone* «*Montero ten moito maiz n'o Lourizan é facer eiqui o sobrado*». Los rótulos de las calles excitaron mi curiosidad. Calle d'Azabacheria (en ella, la casa donde vivió el estupendo Brañas), Calle de Zapatería, Calle de Calderería... Eran por lo visto, las calles donde se agrupaban los viejos gremios, en que algunos piensan todavía para asustar ese Coco del socialismo. Santiago, que fue hasta no ha mucho la capital más importante de Galicia, solo conserva de su esplendor histórico esos pobres rotulejos de las calles...

También entré en su notable Basílica, una de las mayores de España. Frente de mí, el botafumeiro[194] me recordaba algunos reporters de Salamanca. Admiré la belleza del pórtico de la Gloria, me detuve ante la Puerta Santa y escuché el triste, el pesado moscardeo de los canónigos que cantaban en el coro, trayendo a la memoria épocas pasadas, cosas muertas.

Monumentos y más monumentos: el Colegio de Fonseca, donde se encuentra instalada la Facultad de Medicina; el Consistorio, que también remozan hoy para la visita de Don Alfonso XIII; el Seminario de San Martín, el Hospital General, la vieja casona que sirve de palacio para el cardenal Martín de Herrera.

[193] Coche de un solo piso tirado por caballerías, competidor de los primeros tranvías, con caja más pequeña que estos y ruedas forradas de caucho con la misma separación entre ellas que las de aquel, lo que le permitía circular por sus railes o por el pavimento.

[194] Incensario de plata que cuelga de unas cuerdas y que va de un extremo a otro del templo, los días de gran solemnidad. [Nota del autor]

Paseamos luego, por la calle de Perguntoiro. Esta calle tiene también su historia, lo mismo que las viejas comadronas. Salen del Perguntoiro dos callejones, uno de los cuales termina en la Basílica del Apóstol, y los peregrinos, allí apiñados, no sabiendo qué dirección tomar, preguntaban por la ruta a los compostelanos; de ahí su título.

Y más tarde, casi de noche, nos aireamos un poquito en el paseo de la Herradura, desde el cual se goza de una visión pintoresca y alegre.

Santiago presenta sus casas alrededor de la Basílica. A lo lejos, pueblecitos prehistóricos, casi con la humilde iglesia en el centro y los hórreos diseminados, ofrecen un conjunto amable; no se olvide que estamos en Galicia y que es todo animado en esta bendita región.

Me extraña que no haya salido por allí algún historiador gallego afirmando seriamente, que Adán y Eva tuvieron aquí su paraíso, y que era cosa naturalísima, corriente, haber pecado en él.

En el paseo, conozco a varios abogados, que me presentan. Todos se preparan en Compostela para algo. Y todos, absolutamente todos, me hablan de la Universidad, admirando sus maestros y cantando sus glorias hasta hoy para mí desconocidas. He notado con pena, que dentro de cada santiagués y aún pudiera decirse que de cada gallego, salvo muy contadas excepciones, se encuentra un furioso universitario. Por aquí se admiran los empollones, se cultivan las disertaciones huecas y se vive, muy a las anchas, con un espíritu bárbaramente académico, que estrecha los cerebros y las conciencias. En Salamanca vamos reaccionando, sacudiéndonos de tales o cuales imposiciones dogmáticas y abogadilescas y saturándonos del espíritu de libre discusión de la época. Y sabido es que la sacudida procede directamente de algunos insignes maestros de su Escuela, que hacen, precisamente, gran cantidad de labor extra-universitaria.

Así, clarito, y el que quiera entender que entienda, que el asunto se presta, ciertamente, a discusiones y polémicas. (Aquí, una risita irónica de los que están enamorados del escalafón).

Vuelta con Santiago. En el paseo toca una banda de música. Las muchachas que, según las crónicas, son las más coquetas de Galicia, pasean, haciéndose las interesantes. Una hermosa niña, de carnes fofas y espléndidas como las mujeres de Rubens, es la niña de moda entre los escolares.

Al acostarme, a las doce, se suceden ante mi imaginación, como si fueran películas de un cinematógrafo, los edificios y las calles de la ciudad muerta. El pesado reloj del Consistorio da una campanada lenta y grave. Son las doce y cuarto. Y yo me duermo, con mil distintas impresiones; acordándome de la Escuela, sonrío, con malicia, tal vez, pensando que la reina actual de los escolares, la niña de los cabellos sueltos y de las carnes fofas, se vengará con ventaja del airecillo de intransigencia que envuelve a la vetusta Compostela, la de los conventos grandes, la de las calles estrechas...

El Castellano (13-07-1904)

Vigo[195]

I

Me entusiasman los puertos de mar y tengo prevención a sus hijos. Cuando la población es de importancia, viven estos amodorrados con sus millones, sin vida espiritual apenas, derrochando dinero y falta de gusto.

Durante el viaje desde Orense, he venido leyendo los *ramiños* del *cieguito*, como se llama en la intimidad al señor Lamas Carvajal. He terminado pronto y heme puesto a contemplar el hermoso panorama desde el ferrocarril. En la excursión nos acompaña el Miño, murmurando dulcemente. Entrando ya en la provincia de Pontevedra, (la Suiza Española), el Miño separa España de Portugal.

El paisaje es idéntico, los mismos hórreos de piedra, las mismas casitas blancas diseminadas, el verde intenso del lino y el menos intenso de los maizales, las mismas vaquitas rojas, los carros del eje de piedra, con su chirrido desesperante. Si yo fuera poeta, entonaría un canto a la primitiva Suevia, sin caciques, ni usureros, ni curiales.

[195] Semblanza de la ciudad gallega publicada por Sánchez Rojas, en julio de 1904, en dos entregas que aquí compilamos en un solo artículo.

Las aldeas de Portugal se distinguen por sus casas pintorrojeadas [sic]. De ellas puede decirse lo que dijo Amicis[196], contemplando Burgos, «esto está pintado por locos en un día de asueto.» Las iglesias huelen a confitería, esa arquitectura que tanto entusiasma a los jesuitas, (la universidad de Deusto, la Residencia de Bilbao etc.) Los *guardiñas* husmean foscamente de un lado para otro. Yo voy pensando que acaso haya algo de portugués en los gallegos. Así lo digo ante mis compañeros de viaje, que son jóvenes de Pontevedra, y claro está que al ser pontevedreses y jóvenes, son, de añadidura, empleados. Militan a las órdenes de Montero, Riestra, Besada, Villaverde, o cualquier santón de la política que turna.

Son ellos, mis compañeros, muchachos colocados en Madrid que van a ver a sus novias, y apunto esto en mis notas, porque el concepto de la mujer entre los gallegos, es el de un mueble bonito, pero nada más. ¡Y como los muebles abundan tanto!

Valença y Tuy, con sus murallas fanfarronas, enfrente una de otra, me hacen el mismo efecto que las escopetas de los niños. El puente internacional separa la población portuguesa de la española.

Pasamos luego por cima de Redondela, una población de primer orden, blanca, resplandeciente, hermosa. El olor salitroso de la ría se nos cuela en el cuerpo, refrescándolo gratamente. Vamos descubriendo el paisaje más hermoso del mundo; la ría va separando sus brazos hasta lo infinito. Los buques mercantes, ingleses, españoles y franceses silban estrepitosamente. Sumergen sus vientres enormes en el agua, dejando al descubierto sus puentecillos. Del otro lado, los *chalets* de los acomodados, los hórreos, el paisaje gallego en todo su esplendor, invitando a cantar un alalá. El sol se pone detrás de Bouzas. Rielan sus rayos en las aguas marinas, recamándolas de reflejos dorados. Algunas barcas de pescadores vuelan por el mar, agitadas por el viento. Y Vigo, la perla de Galicia, asentada en un monte, sonríe, en postura incómoda tal vez, ante aquel delicioso escenario.

Llegamos a Vigo... Ordenamos al cochero que parta como un rayo hacia el Muelle. Atravesamos las hermosas calles de Urzaiz, del Príncipe, la puerta del Sol, observo que los burgueses tienen gusto en las construcciones. Y por las calles, transitan gentes de todas partes; ingleses, rubiotes y secos, cocottes[197] francesas, abates...

En el muelle, se descubren, a la legua, los forasteros de los indígenas. Los primeros con una mujer gruesa vestidos a la *negligé* con niños que molestan a todo el mundo con sus pelotas y aritos. Los padres extasiándose delante del mar, entretenidos con el nada difícil *sport* de adivinar las nacionalidades de las embarcaciones, por el color de las banderas.

Los indígenas pisan en terreno conocido. Las niñas con las pantorrillas morenas al aire, formando grupo; las pollas casaderas, serias y formales, actuando de damas jóvenes en el campo del amor; y las madres, con todo el peso de su experiencia, de sus años y de su personalidad robusta, poniendo los ojos en blanco.

Anochece. De la pescadería de Bebres sale un griterío feroz. Son las sardineras. Se encienden los focos de la población y se engalanan los barcos con sus lucecillas. Comemos.

En la fonda, un americano me suelta una tabarra infernal con Buenos Aires y Washington, ¡aquello es vivir! la España de ustés [sic] está *africanisada*. Yo contemplo desde allí la estatua de Elduayen, más esbelta, más elegante que la del pobre Méndez Núñez[198], el marinero de la honra sin barcos.

Vamos al teatro Tamberlick. Y al día siguiente recorreremos la población, sin aquel bonaerense de la *africanisación*.

II

Todos los puertos de mar, de relativo movimiento, de alguna industria, tienen su casino republicano.

No creo yo, precisamente, que el republicanismo sea signo de vitalidad, pero consigno el hecho, porque revela el carácter de los industriales y descubre su fisonomía mental. Cuando se

[196] Edmondo Mario Alberto De Amicis (1846 – 1908). Novelista italiano autor, entre otras, de *Corazón*, una de las obras más leídas mundialmente y que en España fue utilizado como libro de lectura en muchas de sus escuelas de enseñanza primaria.

[197] Mujeres de vida fácil con un elevado poder adquisitivo que les permitía alternar con las clases sociales más favorecidas de los primeros años del siglo XX

[198] Casto Méndez Núñez (1824 – 1869). Marino y militar español a quien se atribuye la famosa frase de "Más vale honra sin barcos que barcos sin honra".

venden muchas sardinas y sopla el viento con fortuna, creen las gentes que la religión está de capa caída, que los curas son unos pobres diablos y que hay que vestirse a la última, haciéndose republicanos feroces o protestantes insípidos. Sí. Es una monserga eso del movimiento protestante de Vigo.

Allí hay una incultura tremenda (como entre todas las gentes de mar) para permitirse el placer de construirse una concepción religiosa, esta o aquella. Los protestantes vigueses son representantes de compañías británicas de explotación. La propaganda se toma por diversión… Se reparten por las calles traducciones pésimas de la Biblia, que se toman a chacota. En Vigo, se hacen protestantes *por sport*.

Los republicanos son templados y formales, de aquellos a los que llamaría Crotontilo de camisa limpia. Como son ricos, no quieren trastornos ni mudanzas. Les espanta el socialismo. Bastante más retrógrados que muchísimos monárquicos de la cepa conservadora, son estos buenos republicanos que miran con indiferencia a Blasco Ibáñez y con demasiado desdén a Lerroux.

Yo traigo estas cosas a cuento, porque pasaba las horas muertas en aquella Puerta del Sol, donde tiene su edificio la Agrupación Republicana. Los socios tomaban cerveza y leían *El País*. Sus discusiones olían a presupuestos, a buena administración y a sensatez. Oyendo a tirios y troyanos, confirmé mis antiguas opiniones que he formado en Bilbao, en distintas ocasiones. Quizás yo sea injusto, quizás dependa todo de antojárseme insoportable ese equilibrio mental de ciertas gentes; pero tengo para mí que estos apacibles señores de los puertos de mar no saben lo que se pescan.

Aquella Puerta del Sol, limpia y pequeña, era, por otro lado, mi sitio favorito. Está muy concurrido a todas horas. Muchachas esbeltas y elegantes; apreciables criadas con las sellas tradicionales a la cabeza, luciendo sus pechos expléndidos [sic]; señorones graves de levita, militares, ingleses, carruajes, rippers, vendedores de *El Faro* y *La Concordia*, limpia-botas, mocetones curtidos por la brisa, desgarbadas pescadoras soltando tacos como un sargento, cojos con dudosas mercancías, pobres que cuentan la historia inacabable de sus penas, un conjunto abigarrado, lleno de luz, donde se mezclan locas alegrías y pesares infinitos. Junto a gentes que tiran miles de duros en una juerga, pobres diablos que recogen un perro chico. ¡Ojalá que estas puertas nos descubran, mañana, soles de humanidad y justicia!

Cuando quiero gozar algo, llevo siempre en mi espíritu lastre de tristezas. Un pobre paralítico imploraba limosna en un desvencijado carretón, una hermosa mujer, escultural, de mirada dura, pasaba al lado. Y lejos de arrojar una moneda al hombre, hizo un gesto, un mohín de disgusto, como si sus blancos vestidos, adquiridos por la herencia o el amor fácil, pudieran mancharse con las babas de aquel infeliz.

Yo sabía que Vigo era un pueblo sin corazón, de espíritu mercantilista. La belleza del paisaje es tan grande como la fealdad moral de sus habitantes. Un pueblo que gasta más dinero en honrar a Elduayen que a Méndez Núñez, está juzgado.

Respiraré, cuando vuelva, con más fuerza la brisa de su ría incomparable. Me convenceré de que el poeta gallego no quiso asomar a Dios por aquellos andurriales en su *Mirand'o chau*[199]. Pero la imagen de la mujer elegante, de facciones duras o indiferentes, pasará por mis ojos, como un rayo de tristeza...

El Castellano (29 y 31-07-1904)

Celanova

A mi querido amigo Julio Fernández Feijo.

Una noche de las postrimerías del mes de Junio hubo en la plaza de San Rosendo, de Celanova, una conferencia *interesante* entre las muchachas y los pollos del pueblo nativo de Curros Enríquez. Había que organizar algo, había que divertirse en algo. Las veladas en el Casino, con la contera del baile y de la "muñeira" obligados, tenían un ligero inconveniente: al final peroraban largamente los ingenios locales. Se desecharon las veladas. Mejor era una jira campestre. Las copas de los castaños daban una sombra gratísima en aquellos días pesados y largos, el campo estaba

[199] "Mirand'o chau" ("Mirando al suelo") del poeta gallego Curros Enríquez.

eternamente verde, y el apetito se abría a la vista de los castaños seculares. Además, se obsequiaba a los forasteros, y tenían que contemplar el correspondiente "panorama". Por las carreteras en zig-zag chirriaban los carros primitivos, y las virgencitas de la trenza rubia hundían los ojos azules a la puerta de los caseríos. A la puesta del sol, retumbaban las notas de un cantar dulce y soñador y sus notas, arrastrándose, zumbaban allá abajo en la hondura de los valles y cañadas. Luego venía la noche, cantaba el campo su canción nocturna, canción de ruidos, canción de ecos, canción de presentimientos y de fecundidad. En el cielo había festival de astros y lucía, magníficamente, la luna llena y redonda.

Y como se pensó, se hizo. Al día siguiente nos marchamos al campo. Un buen montón de abades alegres confirmaban el dicho de la Madre Teresa de que la tristeza no empareja bien con la santidad. Muchachitas de caras celestiales, ligeramente escotadas, con las blusas transparentes del estío, daban animación y alegría a la caravana feliz. A lo lejos, nos sonreía Celanova con sus casitas de tonos claros. Después las casitas desaparecían, se esfumaban en la campiña verde y reidora, y quedaba el monasterio guardándolas como un centinela celoso del oficio. Y se veía Einibó. Y un punto blanco de la carretera era la ermita de la Virgen del Cristal. Y un pueblo subido en un altozano, con el castillete famoso de la leyenda, Vilanova d'os Infantes. Estábamos en la Meca gallega. Todos los sitios habían sido inmortalizados por un poeta, terriblemente gritados unas veces como un descamisado harapiento, enormemente dulce otras como las primeras lágrimas de la dicha en la mocedad.

Hizo alto la caravana. Llenáronse los estómagos y se brindó con alegre desenfado por todo lo brindable. En todo gallego hay siempre escondido un orador fogoso. Y como los tópicos eran queridos y nadie se enfadaba por un latiguillo más, allí se habló de Macías el enamorado, de la dulcísima Rosalía de Castro, de Doña Concepción Arenal, de todas las gallegas y gallegos que han hecho amar aquel hermoso rincón de tierra española que se llama, no sé por qué, la Suiza Española. Eso es honrar demasiado a Suiza. El articulista, que conoce casi todos los cantones de la pintoresca y desahogada república, recordaba, ante la melancolía de los lagos quietos, ante la soberana majestad de la montaña, recordaba la plácida sombra de los castaños, alguna aldeuca de Pontevedra, la perspectiva de Redondela, la más hermosa de todas las perspectivas.

Celanova, partido Judicial de la provincia de Orense, es uno de los pueblos más interesantes de Galicia. Celanova tiene una industria floreciente y un comercio tan activo y laborioso que puede competir con el de la misma capital. En Celanova está, sobre todo, el Monasterio de San Rosendo, que los gallegos han bautizado con el sobrenombre del "Escorial de Galicia". Es, desde luego, un hermoso edificio del Renacimiento, digno del más detenido estudio.

Las anchas y claras bóvedas de su iglesia, amplia y espaciosa, sonriente; sus patios sencillos y elegantes, la simetría y la esbeltez del conjunto, son parte para que el espíritu más intransigente se deleite en su contemplación y galanura.

San Rosendo es verdaderamente Celanova; al menos, es la casa mayor, la mansión del primogénito, el palacio solariego del pueblo entero. En el edificio está el casino, ha servido de cuartel en épocas de transición y de revuelta; los escolapios han fijado en el monasterio el colegio de segunda enseñanza de la población. Realmente, el pueblo ha nacido para servir de expansión y desahogo, en épocas lejanas, a los riquísimos y comilones monjes. Y no hay casa en Celanova que se atreva a gallear, en altura, con los aleros del monasterio. Domina el pueblo. Por las noches, cuando nos dirigíamos a la ermita de la Encarnación o nos atrevíamos a llegar hasta Vilanova d'os Infantes, únicamente la hermosa torre del Renacimiento, adobada y restaurada, nos decía, que a su lado, se levantaba una villa tranquila y feliz, próspera y alegre.

Ya he dicho que en Celanova nació Manuel Curros Enríquez. La casa del poeta es hoy el cuartel de la Guardia civil. El destino es burlón e irónico siempre, pero hay burlas de burlas, y la que el Destino ha deparado al vate revolucionario e inquieto es de las más feroces y crueles. Enfrente de la casa de Curros vivía el articulista. Por las mañanas, al levantarse, presenciaba siempre el mismo cuadro monótono: unas comadres sentadas sobre poyos en un redondel, y unos chiquillos sucios que gritaban. En el cuartel no había entonces lápida alguna.

Desviaba la vista cansada y entristecía de semejante espectáculo. Poco fuerte entonces en el dulce dialecto de Rosalía, comenzaba a leer los versos de Curros. Me olvidaba pronto del cuartel cercano. Leía con fruición la leyenda de la "Virgen del Cristal", en cuya ermita había rezado la tarde anterior, o "El gaitero de Penalta", que visitaría en seguida. Y me ejercitaba leyendo esas estrofas minuciosas y doloridas que han exaltado tantas veces el pesimismo gallego

Doce malenconia, miña musa,
D'o meu esprito noiva feiticeira
Déixame q'hoxe n'o teu colo dorma
Sono de pedra![200]

Alrededor del Mundo (19-05-1909)

Santiago de Compostela

¡Y cómo se agrandan estas viejas ciudades universitarias, donde un cimbalillo despierta a los escolares, donde los pobres camareros de los cafés borran y tornan a borrar en el rebosado cuaderno de cuentas, donde las muchachas, a la reja, esperan con anhelo la aparición luminosa de un nocherniego galán! ¡Salamanca, Santiago, Valladolid, Padua, Bolonia! Vosotras, viejas ciudades, engendradoras de ensueños mozos, ciudades de patronas gordas y de graves doctores enchisterados, labrasteis mis propios sueños y os recuerdo como se recuerda la primera cita amorosa, el primer beso robado en plena confesión, la voz aquella que nos dejó suspenso el ánimo, la carta aquella que volcó, del todo, vaciándolo, nuestro espíritu.

Santiago de Compostela es una de las ciudades más interesantes de España, y desde luego, la más castiza y típica de la región gallega. Vive en ella la historia de un modo perenne; pueden leerse de corrido, en sus piedras vetustas la sucesión de sus acaecimientos. Los rótulos de las calles recuerdan su organización general; el aire de la ciudad, la Basílica del Apóstol Santiago. Compostela, como Roma y como Jerusalén, fue, antaño mucho más que hogaño, viaje obligado de todos los devotos peregrinos que quisieron borrar sus culpas haciéndose gratos al Señor. Y como en los tiempos viejos eran más austeras las conciencias, y el sentido religioso más fuerte, las calzadas, caminos y vericuetos que en Santiago concluyen, estaban siempre llenos de varones prudentes y de pecadoras mujeres. En todas las literaturas, en la alemana anterior a la Reforma, en la española, italiana y francesa medievales, dejaron su huella de eternidad tales viajes. Leed los novelistas, los poetas. Recordad "Las Florecillas" de Francisco de Asís. Parad mientes en los relatos de los viejos cronicones apergaminados. A la sombra de la Basílica gloriosa creose una suerte de literatura, a medias mística, a medias picaresca en España, revoltijo de galantería y de devoción en Italia, de candor provinciano y malicia mental en Alemania, de fuerte realismo plástico en francesas tierras. Como estos artículos no deben ser nunca refundiciones de Baedecker, de Larousse, sino impresiones personalísimas de gentes que viajan algo y compran mucho, os hago gracia de las descripciones conocidas, que están al alcance de todas las fortunas, y os invito a un paseo por la ciudad una mañana agradable, cuando el cielo, limpio, pierde la color parda y hostil con que casi siempre amanece en Compostela.

La Catedral es, naturalmente, un sitio obligado. La agradable combinación de sus detalles, la profusión de su riqueza plástica, sus dos torres llenas de gracia y de majestad forman, verdaderamente, un conjunto muy hermoso.

A primera vista parece que son distintas las fábricas que integran la Basílica. Estupenda la fachada de la Platería. Su concha eleva a lo alto la mole del costado derecho del frontispicio. Son admirables las dos ventanas que se abren en los dos arcos superiores. La fachada del Reloj, que ilustra todas las guías artísticas de las ciudades monumentales de España, es un revoltijo singular donde no preside ciertamente el mejor gusto ni la mayor armonía.

El interior es una cruz latina de tres naves, que forman un segundo cuerpo de aspecto románico. Muy bonitas las capillas absidales del altar Mayor. Allí reposa el sepulcro de Santiago, en el "campus stellae" allí donde dice la tradición que apareció Santiago Matamoros, a la cabecera de los ejércitos cristianos en la batalla de Clavijo, tradición que arranca del historiador talaverano P. Juan de Mariana.

La plaza adonde mira la fachada principal de la Basílica, es una de las más hermosas de España. Allí se alzan el vasto consistorio, el Palacio del Cardenal y el Hospital General de San Martín, habilitado hoy para seminario.

[200] De *Na morte da miña nay*. "Dulce melancolía, musa mía, / de mi espíritu novia hechicera / Déjame que hoy duerma en tu regazo / sueño de piedra!"

Realmente, toda la ciudad conserva el sabor de la época pasada, de la Compostela vieja. La plaza de los Literarios es interesantísima; uno de los lienzos es un viejo convento; el de las Huérfanas, es grecorromano. El de las Mercenarias es una noble y severa fábrica que tiene un magnífico relieve en su portada, y una primorosa cúpula de piedra. La Universidad apenas si merece mención especial. Más interesante es la Escuela de Farmacia, el palacio de Fonseca, que tanto recuerda los colegios universitarios salamanquinos.

Y desde la Herradura se contempla el bosque de agujas de la Basílica, las numerosas torres de la ciudad, encerrada en un paisaje dulcemente ensoñador. Gallego.

¡Oh, viejas ciudades universitarias, Salamanca, Santiago, Valladolid, Padua, Bolonia! En ellas incubaron sus amores de mocedad cien generaciones. Si sabéis leer en ellas, yo os aseguro que sus piedras siguen cantando un himno triunfante de vida.

Alrededor del Mundo (03-04-1912)

Añoranzas de Galicia

Estos días –aniversario de la muerte de Pedro Dorado Montero, el sabio catedrático de Derecho Penal de la Universidad de Salamanca– recuerdo con emoción una anécdota estudiantil. Dorado Montero me dio matrícula de honor en su asignatura, la primera y la última que diera en los veintitantos años de su glorioso magisterio. Mi padre, orgulloso, me regaló mil pesetas y quiso que con ellas visitara Galicia. La dulce patria de Rosalía y de Curros.

No olvidaré nunca aquel verano de estudiante. Primero Astorga: frío, cuestas, maragatos, la Catedral, las mantecadas. Después León con su Iglesia Mayor que no es de piedra, que es de incienso, y de oro, y de mirra, y de cristal. Después, Orense... Cierro los ojos. Un viejecito, Valentín Lamas Carvajal, para el que me da una carta de presentación Miguel de Unamuno, las Burgas, el Hotel de Roma, una deliciosa excursión a Celanova. Unas muchachas preciosas, el monasterio de San Rosendo, el grato y suculento *caldiño*, la amistad grata y generosa de mi compañero de viaje, Julio Fernández Feijóo[201]... Y la lectura de *A minha nai* y de *A virxe d'o cristal* y las cadencias de Rosalía, y los rumores de pinos, agrestes y salvajes de Pondal[202]. ¡Dios mío! y qué emociones me valió a los diez y siete años[203] mi flamante matrícula de honor. Galicia me llenaba de *saudades* el corazón Hasta tuve unos amores truncados. Hasta me sentí gallego de naturaleza, cuando se me alumbraban los ojos de aquella pícara Paciña que ya se habrá casado y tendrá hijos florecientes y talludicos.

Y después, el encanto de Redondela, y unos días en Vigo, y la perspectiva de la hermosa bahía, y las "¡sardinas frescas!" de las viejucas que pregonaban las mercancías, y la estatua de Elduayen, y la Puerta del Sol y los ojos de una bella joyera –¿Purita?– que me vendió un anillo, ojos azules empapados de niebla, hechos de niebla, que yo veía a todas horas. Y los ecos de un orfeón que oí durmiendo en la cama de un hotel junto al puerto.

Y Santiago, luego. Santiago es siempre un poco familiar para un buen salmantino como yo. Santiago es una Salamanca gris que estuviera azotada por una lluvia perenne. No olvidaré aquellos cafés solitarios durante el estío, aquella Rua d'o Preguntoiro, aquel Paseo de la Herradura, aquel Pórtico de la Gloria, y, sobre todo, aquella plaza de la Quintana. ¿Quintana quiere decir cementerio como en algunos pueblos de Castilla? Plaza más romántica, más bella, de más suave color no la he visto después en mis peregrinaciones por Italia y por Suiza, por Francia y por Alemania: lugar donde puede soñarse siempre, sin temor a que nadie le rompa a uno el sueño, la plaza de la Quintana de Santiago de Compostela se recuerda siempre como un sueño de juventud.

Y después Pontevedra, y la amistad de Víctor Said Armesto, con el que también me relacionó Unamuno, y la puente vieja, y un retrato de González Besada en el escaparate de un comercio en una plazoleta, y una función en un circo, y Prudencio Landín que me presenta al marqués de Riestra, y el silencio de Marín, y una nena –nieta de Montero Ríos, hoy mujer acaso, de un querido amigo mío– que me saca la lengua en la verja de Lourizán. Y la vuelta por Monforte a

[201] Registrador de la propiedad en Alba de Tormes y amigo de Sánchez Rojas.

[202] Eduardo Pondal Abente (1835 – 1917) Poeta regionalista gallego. Las primeras estrofas de su poema "Os pinos" son la letra del himno de Galicia.

[203] En realidad 19, ya que realizó el viaje a Galicia en 1904.

mis tierras pardas, a mi pobre Castilla sin agua y sin niebla, a mi pueblo, tendido en la llanura, soñoliento y dormilón.

No sé por qué se ha dado en llamar a Galicia la Suiza española. Yo, que conozco muy bien Suiza, que he vivido en ella, que he saboreado los placeres de Chamonix y de Lausana, de Zúrich y de Ginebra, encontraría más justa la expresión de llamar a Suiza la Galicia europea.

En estos días turbios y huracanados de febrero, en que tornó a la tierra, para ser arropado por ella eternamente, el cuerpo de mi amigo y de mi maestro Pedro Dorado, me es grato asociar, no sé por qué, a su recuerdo, mis andanzas por Galicia, que muy pronto refrescaré, Dios mediante, en plena madurez.

El Pueblo Gallego (17-02-1924)

Visita a Pontevedra desde Santiago

¡Abandona unas horas, estudiante santiagués, tus porches de la rúa del Villar, tu plaza del Consistorio, tu paseo de la Herradura, por las dulces márgenes del Lérez! ¡A Pontevedra, amigo! Caminata de unas horas en el autobús. Padrón con el recuerdo de Rosalía. La ría. Montes de contorno suave y mimoso. Las islas de Ons; frente a Marín, la de Tambo, protegiendo la urbe. Huertas y jardines. Tierrucas como pañuelos. Pontevedra. *Pontis Veteri*.

Pontis Veteri, Puente Viejo, Pontevedra: ¡tanto monta! Hay en el itinerario de Antonino un poblado, Dúos Pontes, que puede ser muy bien el nuestro. Un pasaje de Plinio, el historiador, se ha interpretado en el sentido de que Pontevedra fue fundada por Tenero, hijo de Telamón, cuando regresó de la guerra de Troya, llamándola sencillamente Helenes. El monarca gallego Fernando II incluyó a Pontevedra en el patrimonio de los poderosos arzobispos compostelanos. Monarcas posteriores le otorgaron toda suerte de privilegios. Es notable su célebre cofradía de mareantes o pescadores que hace el comercio de pescados con toda la Península a partir del siglo XVI, y que levanta, de sus utilidades y monumentos, el gracioso templo de Santa María. Y al lado de los pescadores, mareantes o marineros, protegidos por la riqueza y la prosperidad, van naciendo los señores del barrio de la Monreira. Después se trasladan a la urbe hijosdalgos de Monforte y de Padrón. Y así abundan los escudos en las casonas viejas.

Pontevedra es pequeñita. En un día se la corre muy bien de punta a punta. La primera visita que se impone, naturalmente, es la de Santa María la Grande. La fábrica data seguramente de mediados del siglo XVI, y se compone de tres grandes naves con sus correspondientes capillas adosadas. Asoma el gracioso Renacimiento en sus complicadas nervaduras y en sus menudos detalles; las proporciones son de graciosas nobleza y compostura. La fachada acaba en una preciosa franja horizontal y semeja un majestuoso retablo exterior. El artífice, un cierto maestro holandés, llamado Cornielis o Cornelius, que dejó huellas de su labor en Orense, en Ávila, en Segovia y en Santiago, llevó a Santa María las palpitaciones del espíritu nuevo que latían en Europa por aquella centuria. Hay en Santa María unas preciosas tablas castellanas del siglo XVI, en una de las dos capillas del lado de la Epístola, si no me engañan mis apuntes de viaje, y un bello Cristo, de Ferreiro. Cristo galaico. Cristo de alma de peregrino y de caminante, Cristo henchido de morriña y de *saudade*, pensado y construido en las postrimerías del siglo XVIII. Las capillas, diversas entre sí, están trazadas con el gusto más exquisito, y el arco triunfal es de tan notable esplendidez, lo mismo que las cenefas y crestas que rematan la fachada de la simpática iglesia pontevedresa.

Después de Santa María, a San Francisco. Al templo están adosadas hogaño distintas dependencias que sirven de oficinas públicas. Enorme edificio, reciente y cautamente restaurado, conserva sus tres ábsides, un lindo rosetón y varios enterramientos entre los que descuella la estatua del gran almirante de la Mar, Payo Gómez Charino. Y en los jardines que circundan San Francisco está la fuente que en su *Viaje Santo* elogió aquel insigne polígrafo que se llamó Ambrosio de Morales.

¡No dejes de ver tampoco el *Museo*, estudiante! Es el antiguo palacio de los Monteagudos, edificado en la segunda mitad del siglo XVIII. En él puedes contemplar deliciosos cuadros de Womverman y de Lucas Jordán, Veronés, Carletto, Zurbarán, etc. Estupenda la colección de cruces parroquiales. Hay también estampas de los viejos edificios pontevedreses desaparecidos y una sección, formándose ahora con gran competencia y minuciosidad, de las manifestaciones del arte regional de hogaño.

Pero la más honda impresión de Pontevedra está reservada a las ruinas de Santo Domingo. Yo las he contemplado oyendo el murmullo del Lérez, una noche plácida de verano, y conservo una sensación imborrable. Los ábsides están revestidos de yedra y reciben el beso de la luna clara en la noche clara.

En ellos, enterramientos de remotos magnates ornados de macizos de flores y de rosas.

Miliarios y lápidas romanas en los suelos, capiteles románicos, escudos, piedras que llevan la estampa de insignes linajes. Maravillas entre esos despojos. Aquí la famosa lápida a Diana Cazadora; y la piedra de Treitosende, que es para los sabihondos investigadores de la vieja Iberia la más remota escultura peninsular, y las letras indescifrables del sepulcro de los tres legionarios de la Décima Lerena Gemina, y el San Juan hecho a golpe de martillo en piedra caliza de Coímbra, y los bizantinos capiteles de los Siete Casos. Y a la vera, adosada al Instituto general y técnico, una salita con hachas, bronces, monedas, cerámicas y otros vestigios.

Y ya puede decirse que está vista Pontevedra. Esta visión final de Santo Domingo, una de las más espléndidas que ofrece la inagotable riqueza estética de Galicia al viajero, se completa con el paseo por la Alameda, poblada de robles y de tilos, de plátanos y de álamos blancos y graciosos. Pontevedra es también como el centro de un paraíso para una serie de viajes y de excursiones que requieren mejor calma. Las quintas cercanas a Pontevedra –Sourizán, Monte Porreiro, la Caeyra, la Granja de Salcedo– no son más que el sabroso prólogo de otros paseos más largos. En barca, aguas arriba, por el Lérez, para buscar toda suerte de matices y de gamas de lo verde. Por la ría, a los Placeres y al deleitoso retiro de Tambo. Coiva y Cómbanos son minúsculas aldeas de mareantes y pescadores, con bellísimas ermitas y cruces que inician los senderos. Valles donde pastan vaquiñas rojas. Mansión señorial de Sotomayor. Aristocráticos balnearios de la Toja y de Mondariz. El puente de Sampayo, paraje donde los gallegos abatieron, en las gestas de nuestra independencia nacional, las águilas napoleónicas.

Castillo de Mos...

Pero basta Pontevedra por el momento. El retorno. Los autobuses. Las torres de la basílica compostelana se pierden en la negrura de la noche. Llueve copiosamente. Pisadas de recios zuecos en la rúa del Villar. De nuevo, los libros. Golpea la lluvia los cristales. Ante el piano, una voz cristalina desgrana toda su morriña, cantando unos versos de Curros Enríquez:

Una nena choraba sin tregoas
os desde's d'un ingrato galán.

Compostela. Las diez. Ave María Purísima, gime el vigilante.

Crónica (16-03-1930)

HUESCA

En Huesca no hace frío

A María Teresa Plaza

Una de mis preciosas sobrinas, uno de los afectos, tal vez por recientes, más hondos de mi copiosa, dilatada y florida familia espiritual, me escribe la pobrecita desde Burgos, asustadica y medrosa: «¡Ay, tío Pepe! ¡Te vas a helar de frío en Huesca!» Para que torne la calma a su espíritu, escribo estas líneas asentando este axioma evidente: «Sobrinita: en Huesca no ha hecho, ni hace, ni hará nunca frío.» ¡Eso se queda para Salamanca o para Burgos!

En Huesca, en efecto, no hace frío. El frío de Huesca es una leyenda. Una leyenda como la bravura del «Caballero Audaz». Como el teatro de Pedro Mata. Como el liberalismo de mi querido conde de Romanones. Como el don profético y político de Filiberto Villalobos. Toda una leyenda, absurda y arbitraria, es esta leyenda del frío de Huesca. Yo ando a cuerpo por la calle, de noche y de día. Las noches son primaverales y desde el Casino, en las primeras horas de la noche, vamos a recorrer los típicos rincones y aledaños de la Catedral Oscense. No hace frío, sobrinita, en esta altiplanicie, y los Pirineos nos envían, desde que estoy aquí, sus auras más tibias y más cariciosas.

¡Hay más, sobrinita; hay más! En Jaca, en Barbastro, en Boltaña, donde mi querido amigo el doctor Isaac Nogueras tiene una preciosa quinta de sanatorio para enfermos, han brotado ya las primeras violetas. A mi cuarto me las ha llevado la Pilarín. ¡Dios se lo pague! Y el campo, tibio y mimoso, es nuncio de próximos frutos y la primavera ha comenzado a cantar ya su canción por los montes y por los barrancos.

¡Florece ya la primavera por estos resaltes y por estas cimas del Alto de Aragón, María Teresa! La primavera en la montaña es más bella que en el llano, que en el valle y que en la cañada. Las águilas reales juegan en las alturas; las cabras montesas inician sus primeros idilios; las esquilas de los rebaños suenan dulcemente en el silencio y en la soledad.

Florece la primavera en Huesca cara al Pirineo, preciosa chanita. Si yo te la pudiera llevar a Burgos, te la llevaría. Pero ¿qué falta te hace a ti la primavera? ¿No están brotando continuamente en tu corazón bondadoso y noblote los primeros capullos, los primeros botones de rosa, María Teresa?

El Adelanto (05-03-1926)

La leyenda de la campana

– Aquí, en esta «boveda» –así, «boveda» sin acento– cortó las cabezas de los nobles díscolos y rebeldes el Rey Don Ramiro el Monje.

– No lo creo

– Lo dice la historia.

– Aunque lo diga...

– «Pus» ahí tiene la punta del badajo. De aquí colgó el Rey la Cabeza del Obispo.
– ¡Quiá!
– ¡Sí, señor!
– Eso cree usted...
– Lo dice don Rafael del Arco...
– Aunque lo digan todos los Arcos habidos y por haber. Yo no creo en las leyendas.
– Entonces, usted es un escéptico.
– No, yo soy un pobre hombre, a secas, que se ríe de las leyendas.
– No le entiendo.
– Mira, conserje, yo he estado en Verona; fui a ver el jardín azul de Julieta, era una mala posada que olía a basura.

Yo he vivido en Covadonga, y desde entonces no creo en Don Pelayo. Yo soy de Salamanca y sé que Fray Luis no pronunció la frase que le atribuyen, porque cuando salió de la cárcel de Valladolid, no volvió a explicar su cátedra en la Universidad. Y yo, finalmente, he venido, en viaje de recreo, a Huesca, y no me cabe en la cabeza que, en este sótano, el rey Ramiro cortara tantas cabezas.

– De modo que para usted esta habitación no tiene ningún valor histórico.
– Absolutamente ninguno. Es una habitación pintoresca para explotar la bobería de toda la gente analfabeta de nuestro país.
– Pero el patio sí le gusta.
– ¡Eso sí! Y mucho. Como toda esta parte –realmente maravillosa– de la ciudad. Pero esto es otro cantar.
– Aquí vivió doña Berenguela...
– ¡Ya sé, hombre, ya sé!
– ¿El señor conoce la historia de Aragón?
– El señor conoce muchas historias. Dentro de unos días conocerá las más interesantes: las contemporáneas de la Huesca actual de 1926. Son, en el fondo, las únicas que le interesan. Los eruditos no han podido apolillarlas todavía. Aún no las han chupado la sangre, como ciertos pajarracos a los caballos muertos, cara al cielo...
– ¿Le enseño más?
– No; otro día.
– De modo que para usted don Ramiro...
– Tiene menos interés que los amores de Pepita, la hija del comerciante del Coso Alto. ¡Eso sí que es historia viva, y latente, y humana! ¿Qué, se casa o no se casa Pepita?
– ¡Cualquiera lo sabe! ¡Ni ella misma!
– ¡Va! No sabe si se casa Pepita y quiere ponerme los pelos de punta con un remoto Ramiro que cortó cabezas hipotéticas a unos nobles dudosos. ¡Vaya, buenas tardes, amigo mío!
– ¡Adiós, señor; buenas tardes!

El Noroeste (13-03-1926)
El Adelanto (04-03-1926)
El Diario de Huesca (19-03-1926)

El pantano de Arguis

Mientras Huesca está aproximadamente a 420 o a 430 metros de altura sobre el nivel del mar, el pueblecito de Arguis, al lado del pantano, cuenta ya con una altura respetable de 1.115 metros sobre el susodicho nivel. Esta tarde, en automóvil, con unos amigos, he hecho una excursión al pantano.

Nada más bonito que esta excursión. Conozco, y bien, Suiza y los lagos –Ginebra, Lucena, Lausana, Zúrich, Basilea–; conozco y bien Pontevedra –desde Redondela a Padrón– y las rías bajas. Esta excursión me ha recordado lo más hermoso de Galicia y lo más abrupto de las montañas helvéticas. Hemos pasado continuamente bajo túneles; hemos bordeado las primeras faldas o estribaciones del Pirineo; hemos gozado de la visión de valles espléndidos, de pueblucos deliciosos con campaniles románicos, de cañadas y de bosquecillos.

Pero a la altura de Arguis, desaparece la vegetación; no hay más que helechos y cardos, escobillas. Y el pantano tiene la gracia de un lago de escenografía. Dan ganas de llamar a una rubia,

de rogarla que se suelte la trenza, de suplicarla que se ponga un vestido blanco y que cante con nosotros

Vorrei morir…[204]

o cualquiera otra romanza cursi y sentimental por el estilo.

El aire puro –aire de cumbres– nos ha limpiado el pulmón de los microbios ciudadanos. ¡Cómo se respira, cómo se piensa y cómo se siente en las cumbres, amigos míos! El viento marzal, azotándonos, zumbaba una canción extraña. «¡Oye –nos decía el viento– pero qué pequeños y qué miserables son los hombrecillos que ahí abajo, en esos hoyos infernales, se mueven en los hilos del interés, de la cominería, de la farsa, de la mentira, de la lujuria, del interés creado! Ahí los tienes, zumbando como mosquitos. No les dejan vivir ni gozar los afanes del gozo y de la vida. ¡Pobrecillos!». Y seguía zumbando el viento marzal su canción extraña, en el corazón del Pirineo, tan puro, tan bello, tan consolador...

Y con tristeza he tornado al llano durante el anochecer de esta tarde del domingo.

¿No es preferible la compañía de las águilas reales a la de los sapos? ¿Por qué no creas, dentro de nuestro corazón, dentro de nuestro cerebro, Dios mío, cumbres y cimas inaccesibles a los torpes y pequeños deseos de la llanura, del valle y de la cañada del vivir?

El Adelanto (16-03-1926)
El Diario de Huesca (26-03-1926)

La chepa de los canónigos

– Habrá usted visto que los canónigos de los tres cabildos de aquí, los de San Pedro, San Lorenzo y la Catedral, llevan chepa.

– ¿Chepa?

– ¡Sí, hombre: joroba!

– ¿Es que los eligen jorobados o cheposos adrede?

– ¡Quite usted! Están castigados a llevar la chepa o joroba de alambre, por haber sido todo el clero de la Coronilla de Aragón partidario del antipapa Luna, que, como buen aragonés, era todo un hombre. Le condenaron también a este clero los Papas de veras, los legitimistas o casticistas, a que no pudiera sentarse en el coro durante las horas canónicas. Esta última sanción ha sido levantada por nuestra Santa Madre, la Iglesia Católica Apostólica y Romana, pero subsiste la de la chepa. La verdad es que nuestros canónigos y beneficiados están encantados con ella.

– Parece de alambre la chepa.

– ¡Y lo es!

– A mí me dieron la impresión de cheposos o jorobados legítimos.

– ¡Y a cualquiera!

– ¿Y el clero rural?

– El mosén, el cura aldeano, es delicioso. Mosén Bruno, el amigo de Prim, que salvó la vida del ilustre general una noche de borrasca, haciéndole pasar la frontera cuando estaba deportado en esta provincia, cerca de Sace, era todo un hombre. El obispo de Barbastro andaba de visita pastoral y recaló en su parroquia. S. E. prefería entre los pescados el cerdo, y Mosén Bruno sacrificó en honor del ordinario sus perniles más ricos y sus lomos más sazonados. «¡Adiós, tocino!», dijo al obispo al despedirle. Y como Su Ilustrísima montara en cólera. Bruno le calmó rectificando donosamente: «Su Ilustrísima me ha comido todo el tocino que tenía para el año; me despedía tiernamente de él.»

– ¿Ha dejado cría, Mosén Bruno?

– ¡Sí, hombre! ¡Que se lo digan al obispo de Huesca! Este reprendió a un clérigo fumador:

– Sacerdote –le dijo–, yo no me refiero a usted, precisamente, sino a un amigo suyo que fuma como una coracha.

– ¡Parezco yo mesmico!

– ¡Dígale usted que no fume!

– ¡Se lo diré, señor obispo; pero es durico de cabeza y no hará caso a Su Ilustrísima!

[204] Vorrei morir nella stagion dell'anno / quando è tiepida l'aria e il ciel sereno… (Quisiera morir en la estación del año / en que el aire es tibio y el cielo sereno…) Una bella canción de Francesco Paolo Tosti.

Por lo demás, este clero es bueno, y honrado, y sencillo, y caritativo, y blando como el pan.
– ¿Vamos a la Catedral?
– ¡Vamos!
– ¿Quiere ver mañana el patio de San Pedro? ¿A las cuatro?
– ¡Bien! ¡A las cuatro!
– ¡Entonces, hasta mañana!
– ¡Hasta la vista; amigo mío!

El Noroeste (16-03-1926)

Geografía espiritual

Huesca, más que Aragón, es Alto Aragón. Alto Aragón, es más Cataluña que Aragón. Huesca forma parte del Pirineo. Es Pirineo. Aparte de las riberas del Cinca, del Gállego, Huesca es montaña. Huesca, montaña, se me antoja a mí, viajero curioso y trotatierras incorregible, antesala o punto de partida para Provenza.

No conozco Aragón. De pasada, Zaragoza unos días. De pasada, Calatayud, una tarde. En Huesca llevo ya dos meses y pido a los dioses que prolonguen mi estancia... Pues bien sospecho que Aragón es Teruel, que Zaragoza –pueblo de aluvión– es una ciudad ya sin carácter como Gijón, Vigo o Alcoy, por ejemplo; y que Huesca es... Huesca. Otra cosa. ¿Parte de la Provenza grande de que hablaba Maragall? No sé. Pero esto es algo igual a Pau, a Arlés, a Cerdeña. Estos baturricos son hijos del Pirineo.

No hablo del llano próximo a Lérida... No lo conozco aún. No hablo de Albalate del Cinca, de Monzón, de Fraga, pueblos más catalanes que aragoneses; no. Hablo de las estribaciones, faldas y valles del Pirineo, cerca de la ciudad. El campesino es sagaz e inteligentísimo. La mujer, la dueña, la señora, la señora dueña del derecho forestal altoaragonés, tiene hábitos de mandar y de saberse hacer respetar. Es siempre «siñora». Los trajes de Ansó, de Benasque, de Ainsa, son de «siñora». Y las chicas de Huesca, las elegidas, las selectas –claro está, no todas– no desentonarían en casa de Alba o en casa de Medinaceli. Son distinguidísimas y se hacen querer y respetar al mismo tiempo. Aquí las chicas valen infinitamente más que los chicos.

La llaneza oscense es montañesa, es decir, aristocrática. Como todos sus nobles, nobles aragoneses, aldeanos, ninguno lo parece. No hay título alguno en Huesca, pero hay apellidos ranciamente históricos. Estos hombres que hablaban de tú a los Sanchos y a los Ramiros, que cada uno de ellos valía tanto como el rey y juntos más que una baraja de reyes, tienen la exquisita llaneza del hombre superior que no puede rebajarse, ni alzarse, porque siempre da su talla. Estos títulos pontificios, estos alpargateros enriquecidos de la Restauración acá, son unos patanes al lado de estos queridos baturricos.

Y no sigo haciendo psicología fácil. Estos apuntes son impresiones, rectificables o no con el tiempo. No los doy aire de solemnidad, sacando a colación a Spengler, a Ferrero, a Nitti o a Bergson, porque eso está al alcance de cualquiera. De un De Ors, de un Ortega, de un Jiménez Caballero, de un Salaverría[205]. De un cualquiera. El camelo se cultiva a caño libre por estos señoritos de la Granja del Henar que andan en viaje de ida por las cosas, cuando los demás estamos de vuelta.

Y es que se aprende más echándose novia, por ejemplo, que disertando «ex cathedra» ante un plato de nata, sobre la psicología caldea o el terror milenario. ¡Majaderos!

El Noroeste (30-04-1926)
El Adelanto (28-04-1926)

Elogio de Huesca

Cuando me comunicaron la cesación de mi destierro de la ciudad de Huesca, con la advertencia de que se me ordenaba que marchara inmediatamente a Salamanca, sentí una angustia que no había conocido cuando se me deportó a estas tierras aragonesas. Pedí prórroga para quedar-

[205] Todos ellos filósofos o ensayistas extranjeros y españoles que de una u otra forma explicaban en las aulas o en sus libros la psicología social desde un punto de vista teórico. Sánchez Rojas les tenía una exagerada inquina que muestra en varios artículos, precisamente por su academicismo.

me en Huesca, ya que se me devolvía una libertad que para nada necesitaba yo. Es el peligro de las deportaciones, de los destierros, de los confinamientos, o como se diga oficialmente a esto de permanecer sujeto en una ciudad que no sea precisamente la natal. La víctima llega a encariñarse con la cárcel...

Lejos de mí la idea de llamar cárcel a esta linda y noble, y clara y decorosa ciudad de Huesca. Más que cárcel ha sido, mi hogar. Me he encontrado en ella tan a mis anchas que sé muy bien que el día que la abandone, estaré pensando en volver y en retornar a ella. Porque Huesca es tierra de estar y de volver. Es tierra de estar Huesca; el censo de sus caballeros es el mismo de sus hijos o naturales. El Coso es muy bello, muy gracioso y muy simpático. La Catedral es una linda joya gótica. El claustro de San Pedro el viejo entrechiza [sic][206] y maravilla. La línea azul del Pirineo es grata de contemplar y es un fuerte aperitivo para el ensueño. He soñado, y he trabajado, y he vivido horas plenas de inteligencia y de espiritualidad en Huesca. He escrito en Huesca páginas que han salido de mi pluma, puras y limpias, con la misma frescura que une[207] el agua por un regato o manantial. He vivido horas de plenitud, de alegría y de esperanza en los destinos futuros de mi Patria. En Huesca, en esta tierra maja, me he familiarizado con Antillón, con Mallada, Cuello, con Costa, con López Allué, con "Silvio Kossty". En Huesca he sonreído ante la estatua de Camo.

En Huesca he sentido lágrimas en mis ojos ante el monumento a Manuel Abad y sus compañeros. Más todavía: he corrido el viernes santo para ver a los soldados romanos, he visitado el día de San Jorge la ermita de este nombre y la de Salas, con el soto delicioso a la vera del Flumen.

Muchas otras cosas puede decir mi corazón de suyo agradecido en elogio de Huesca. Las diré algún día: con reposo, con emoción contenida, sobriamente. Porque en Huesca ha vuelto a mi espíritu, como una segunda mocedad, más plácida y luminosa, más tranquila que la primera. He visto Aragón a través de Huesca, y Huesca a través del corazón que es el único modo de percibir y de conocer y de amar las cosas que nos rodean. Casi, casi, he construido en Huesca una teoría sobre Aragón. Aragón, espiritualmente, se me antoja algo así como la zona neutral de España. Los catalanes lo quieren y lo quieren los castellanos. Es muy "majico", es muy simpático este pedazo de cielo patrio que se llama Aragón. Es democrático y selecto a la vez, dos conceptos que, o caminan juntos, o no pueden explicarse sueltos. Se advierte que aquí, en Aragón, la nobleza es pueblo y aldea, y montaña. Tal vez por eso no hay clases sociales. Es familiaridad y llaneza la de los baturros, de altura, como la de las águilas. Se dice en Aragón lo que se siente, y se siente hidalgamente. Por eso, cuando un aragonés sabe cantar su canción da el do de pecho, como lo da Goya pintando o Joaquín Costa mostrándonos al descubierto su corazón lacerado y llagado de titán. A fuerza de ser aragonés el aragonés, resume y condensa y destila el zumo y la savia de lo español. Iba a decir que también de lo humano. Y escrito queda con todas sus consecuencias.

Ha sido Huesca, patria de Mallada y de Costa, y de Abad, y de García López, y de Montestruc, y de los Villacampas, la que me ha hecho querer, a través de su paisaje frío y sobrio, de la cordialidad efusiva y risueña de sus hijos, de la belleza singular y peregrina de sus muchachas tan llanas y tan sencillas, de sus "Miguelas", del patio de su vieja Universidad, de su candor aldeano, ha sido Huesca la que me ha hecho ver, y creo que comprender además, a esta noble tierra aragonesa.

Porque Huesca que es además antesala de la Provenza y toda ella Pirineo, es también vega, y río, y entre la montaña, el Cinca, y el Gállego, la conforman, completan y caracterizan. Es natural que visite ahora libremente toda esa provincia. Porque tengo el deber sagrado de diluir mi loa cuando hable de Ansó, y cuando visite Jaca, y cuando suba a Ainzón, y cuando me detenga ante los porches de Ayerbe, y cuando contemple la vieja Barbastro, y cuando conozca Boltaña, a toda luz y en toda sazón. Y yo os digo, aragoneses amigos del HERALDO, que yo no he sido un desterrado en Aragón, que no puede haber desterrados en Aragón, porque en Aragón viven, como el pez en el agua, todos los sentimientos cuando son nobles y todas las ideas cuando honradamente se profesan y se practican. Y yo tengo el orgullo, o la modestia, de aseguraros, que no he comido nunca de las ideas, y que mis sentimientos me han salvado siempre de las pequeñas amarguras y contrariedades de la vida. Y en Huesca, cara al Pirineo y al contacto de esta querida raza altoaragonesa, tan sagaz, y tan aldeana, y tan señoril, se han fortalecido estos sentimientos y se han condensado y removido aquellas ideas, trocándose en flores, ya que no en frutos de bendición…

Esta tarde me vuelvo a Huesca, para estar allí, a las siete y media, en el Coso.

Heraldo de Aragón (02-05-1926)

[206] Sin duda por enhechiza como dijo Cervantes de Salamanca: "que enhechiza la voluntad de volver a ella".
[207] Tal vez dijo o quiso decir "sale".

Una plaza y un pastor

Una plaza

Graus, un pueblo viejísimo, medio celta, medio ilergete, sepulcro de Costa, estribación de los Pirineos, delicia de los ojos y reposo del espíritu. Gradus lo llaman los romanos por su posición escalonada. Frontera de moros y cristianos, capital Ribagorza, tiene sólida muralla, calles cubiertas y un castillo en lo alto de la Peña del Morral. Iglesia de San Miguel, calles de Salamero y del Barranco, frío, blancura y verdor.

Y la Plaza. Pocas plazas más típicas, más viejas, más sugeridoras que la Plaza Mayor de Graus. No pasa nadie, no transita nadie por ella. Bajo sus porches discurre San Vicente Ferrer, preparando sus famosos sermones de San Juan de la Peña; en su Consistorio se escriben las ordenaciones que prepara el notario Mazona; Bernardo de Villavig, representante del conde de Ribagorza, sale de los soportales para firmar el compromiso de Caspe. Y en esta Plaza, más de una vez, sumía sus meditaciones de patriota dolorido Joaquín Costa y preparaba sus notas y echaba sus rugidos, de leon selvático y calenturiento.

Y esta Plaza es también el presente de Graus, que de corte del más viejo condado alto–aragonés, del de Ribagorza, se va transformando, al rodar de los años, en una humilde aldea montañosa del partido de Benabarre, oyendo, en la soledad, los lamentos del río Esera, que le sirve de espejo y de compañía. Sus porches anchos, húmedos y lóbregos, sus casonas solariegas de tejaroces típicos, su pátina de cosa vieja y rugosa prestan su decoro y su prestancia a esta Plaza hermana de las de Ayerbe, de las de Alquézar, de las de Barbastro. Silencio, tristeza, aire puro, copos de nieve que van cuajándose en los tejaroces y blanqueándolos. Un carro de algún campesino de Binéfar, de Monguillén o del Pueyo de Araguás, abandonado a la puerta del mesón. Solamente, en los días claros y limpios del estío, los aires viriles de una jota rompen el silenció de esta plaza Mayor de Graus, y con el silenció, su mayor hechizo.

Y un pastor

Y este pastor de los Pirineos es también de Graus. Es alto, recio, fuerte, musculoso. Es amigo del agua y del frió, del vendaval y del ventisquero. Habita solamente las cumbres y pocas veces desciende al llano. Ha matado águilas y toda su vida ha transcurrido entre la Sierra de Guara y la cordillera de los Montes Malditos. Sabe de las cortaduras del macizo alto-aragonés, conoce los atajos de cabras y los saltos de los corzos, los regatos de agua pura y los nacimientos de los helechos y de los cardos. Tiene del tiempo la noción justa y de la palabra la sensación caval [sic]. Habla de lo que debe y jamás a destiempo. Con su tremenda maquilla o palitroque para saltar por los obstáculos, su saquito o cartera de piel, sus abarcas y sus medias de recio algodón; este pastor gradense[208], de tipo quijotesco, no sabe, como el hidalgo de la Mancha, de burlas y chancetas, y toda su vida solitaria está llena de pureza y de austeridad.

En este pastor de Graus piensa también Costa, que acaso le conoce personalmente, cuando piensa en el pueblo. En este pastor piensa cuando pide pan para el cuerpo y para el espíritu: despensa y escuela. Cuando llora los males, las estrecheces, las angustias, las tragedias, las amarguras de la gente campesina. En este pastor, que conoce la marcha de los astros, y sabe del tiempo exacto por la carrera del Sol, y de la lluvia próxima por las nubes, que se amontonan en el horizonte, simboliza el notario de Graus al pueblo español.

Pero otros amigos del Pirineo nos han descubierto toda la burda e inefable poesía que anidan en su pecho estos hombres altivos y solitarios. Saben cómo se hacen y se deshacen las tormentas a sus pies; conocen los cantos infinitos del tiempo y las caricias del sol, que tuesta y refresca al mismo tiempo. Este pastor, este pastor de Graus ¿no será, tal vez, el padre de aquella pastorcita que, señalándole las alturas al poeta, le dijo simplemente *lis esteles*, por decirle algo bello y preñado de sentido? ¿Y no fueron aquellas palabras "las más bellas" que oyera Juan Maragall en su vida?

Estampa (27-03-1928)
El Diario de Huesca[209] (30-03-1928)

[208] Gentilicio de Graus. También grausino.
[209] *El Diario de Huesca* únicamente reproduce la primera parte –«Una plaza»– de este artículo.

Un cheso que pasa

Mañanita de Abril, mañanita de Viernes Santo. Coso típico de Huesca, con sus casonas, y sus escudos, y sus saledizos altoaragoneses. Los soldaditos romanos de lanza y de astral. Melodías de pífanos y flautas con ruido de atambores. Ringleras de muchachas guapas recibiendo las primeras caricias de la primavera en la frescura de su tez. Y almendros en flor. Y el cielo azul en la Sierra de Guara. Y aldeanos. Aldeanos de Albalate, y de Fraga, y de Sariñena y de Ansó, y de Benasque, y de Graus. Y un aldeano que pasa.

Un aldeano cheso que es, como todos los aldeanos de esta tierra maja y viril, un gran señor. Camina con un aplomo, con una seguridad, con un empaque, con una prestancia señoriles, que ya las quisieran para sí los cursis de las ciudades. Este buen paisano de Alfonso I de Aragón, este buen caballero, del Valle de Hecho, yo no sé qué será en su tierra, si propietario o colono, si opulento o menesteroso: lo que sé es que es todo un magnate. Camina sin apresuramiento; su chambergo está ladeado graciosamente a la izquierda; la cabeza va tocada y enfundada en un pañuelo negro. La camisa, magnífica, impecable, está bordada de festones negros. Los calzones abiertos dejan al descubierto las magníficas medias blancas, bordadas de algodón, y sus calzas de paño pisan suave y blandamente, pero con seguridad. Saluda y se descubre ante los conocidos. Y sobre la faja, amplísima y vistosa, descubre un pañuelo blanco como el armiño, una recia petaca de cuero y un bolsillo verde de seda.

Este caballero cheso, que ha venido a la ciudad a las fiestas de Semana Santa, contempla familiarmente el grato espectáculo del Coso en estas primeras horas de la mañana. Se da cuenta de que es objeto de curiosidad y se comporta con más naturalidad que un divo o que una peripatética.

Ni se descompone ni se intimida. Huesca es la prolongación de su valle. Pienso, sin saber por qué, en la paradoja curiosa que ofrece este Alto Aragón al viajero, de que siendo una tierra origen de toda llaneza y de toda democracia, su gente toda es lo más naturalmente distinguida y señoril de España. Se adivina que la monarquía fue en ellos sus remotos manantiales de Sobrarbe y de Ribagorza, una monarquía eminentemente labradora y aldeana. El mismo Alfonso I fue, probablemente, un cheso más. Aquel monje altivo de Ramiro II fue, hasta que ciño la corona, un buen propietario rústico, olvidado y trabajador. El mismo infante de Sos, don Fernando, el marido de Isabel la castellana, estaba muy lejos de ser un cortesano, sino un buen pueblerino, pariente de reyes, que estaba educado en el trato general de gentes. Porque nadie es más que nadie en esta tierra. Bien lo pregonan el rostro altivo y la mirada segura de nuestro cheso. No desciende al desgajarse de su valle, sino que cobra posesión del señorío lejano al fundirse con los demás, sin dejar de ser el mismo.

Este aldeano cheso, amigo de la nieve y del frio, del aire que tonifica y del viento que silba y aúlla en las cumbres, no de [¿nos da?] la mejor y más cabal sensación de su noble tierra altoaragonesa y de su derecho, con su hondo respeto a la mujer, a la *siñora*, y su sacrificio por la familia que persiste frente al individuo que desaparece.

Estos hombres tienen conciencia de su continuidad histórica y de su dignidad civil. El mismo traje que ya asoma en las Cinco Villas, más ancho que en el Hecho y que en Ansó, sujeto a la cintura con una anchísima faja, generalmente morada, con las medias blancas o azules de fortísima lana, con las abiertas alpargatas sujetas al tobillo con las anchas trenzas obscuras, acusan un continuo dominio sobre sí mismo y sobre la agilidad de sus movimientos para no caer en el abandono ni en la laxitud. He creído advertir, durante mi estancia en Huesca, que los chesos son acaso los más cuidadosos de su indumento en toda la comarca.

Y lo mismo que ellos, y más que ellos, las *siñoras* de estos hombres rudos y altivos, que tan de cerca conoció, hasta la hora de su muerte, don Joaquín Costa. Intentaré algún día, valiéndome de las observaciones personales que pude hacer entre el Flumen y el Isuela[210], la silueta de la mujer altoaragonesa, llena de feminidad y de encanto, a pesar de su entereza, o tal vez por su misma entereza. En la aldeana tosco será de caletre y bien rudo de sensibilidad el que no se percate de su real superioridad sobre el varón. La basquiña que deja al aire las mangas de la camisa, largas y huecas, para rematar en una gorguera almidonada y plegada, concierta con el bancal que, a guisa de tocal y de velo, cubre la cabeza y las espaldas. Traje de compostura y de respeto, indumento recatado y pudoroso, revela en la mujer su señorío doméstico y su alta preeminencia social. Lo

[210] Ríos altoaragoneses.

mismo que el tocado masculino descubre la personalidad del que lo lleva. Siempre que recuerdo a los caballeros del Alto Aragón –y los recuerdo muchas veces– hago buena memoria de este buen cheso serio y comportado, que presenció, desde el Coso de Huesca, las fiestas de Semana Santa, una bella y tibia mañana primaveral, hace dos años precisamente.

El Diario de Huesca (04-04-1928)

Visita a Huesca desde Zaragoza

Las combinaciones de ferrocarril te permiten, estudiante, visitar Huesca durante el día y tornar de noche a tu ciudad. A eso de las ocho, en la estación del Santo Sepulcro –línea de Lérida–, y poco después de las diez en la *Urbs Victrix Osca* de los romanos y en la corte del testarudo y altivo Ramiro *el Monje*. ¡Pocas sorpresas, muchacho, en el camino,

Pero estas tierras bien amadas de Huesca se me antojan la entraña de Aragón. Zaragoza, donde radica tu Escuela, va perdiendo lamentablemente su carácter, y hoy no es apenas otra cosa para el viajero que el punto medio entre Madrid y Barcelona. Con el crecimiento va perdiendo su carácter Zaragoza. La comarca de Teruel ya es, en cambio, un poco valenciana, y se diría que se acuesta hacia el Mediterráneo. Pero en Huesca y en sus montañas, en sus trajes de Ansó y de Hecho y de Fraga, en sus casas de Boltaña, de Barbastro y de Graus, tengo para mí que subsiste, en su integridad y en su pureza, el alma indómita, y franca, y noble, de tu tierra aragonesa. Acaso me ciegue la pasión, baturrico. Quiero a Huesca como a mi patria adoptiva. Le debo horas de plenitud y de serenidad, y mis ojos descansaban de la lectura de los Costa, y de los Argensola, y de los Gracián, y de los Malleda y Campos, contemplando los picachos albos de la Sierra de Guara, y los rostros hechiceros de sus mujeres en el Coso.

¡Pocas sorpresas en el camino, muchacho! En Tardienta cambias de tren. Vicién en seguida, descubriendo ya la vega donde, a guisa de anfiteatro, se desparrama la gloriosa ciudad de San Lorenzo. En el altozano del anfiteatro, la catedral gótica. La vega, feracísima, rompe su simetría en un otero donde se yergue una ermita. Las casitas bajas, achaparradas, uniformes, circundan la Basílica. Más torres: las Miguelas, San Pedro el Viejo, San Lorenzo. Lindo paseo desde la estación al Coso. El Coso rodea, con pequeñas intermitencias, todo el casco urbano. Hay muchas casonas con portaladas y con escudos. Y calles casticísimas como la del Padre Huesca. Y porches graciosos, como los de Vega Armijo, frente a la Diputación. Ciudad clara, sencilla, soleada, abierta, como el alma de sus hijos, poco a poco se va apoderando de ti, domeñándote, subyugándote, agradándote, estudiante baturrico. Y las chicas oscenses son la gracia, y la sal, y la pimienta del poblachón. En toda la región aragonesa tienen fama de bonitas y de discretas las oscenses. Dijo un gran escritor de aquí, Luis López Allué, el autor de *Capuletos y Montescos*, que esos milagros los obra la fuente de San Lorenzo. ¡Puede ser! Lo cierto es que de Huesca recordarás siempre, estudiante, al lado de los primores del retablo de Froment o de las carátulas de los capiteles románicos de San Pedro, unos ojos llenos de luz extraña, un óvalo finísimo, la gallarda silueta de una chica que camina con la prestancia de Diana la cazadora Coso abajo, sonriendo.

Huesca es la ciudad más vieja de Aragón. Es un libro abierto, y un museo, y un relicario. Es preciso que hojees ligeramente las páginas de esta ciudad, que se te abren de par en par, si caminas con diligencia, en este paseo dominguero. Huesca es, durante el imperio, nada menos que *Urbs Victrix*, ciudad vencedora y triunfante de los demás y de sí misma. La conocemos de entonces el arma más poderosa: la cultura, y su Universidad, fundada por Sertorio, es la más antigua de España. Luego subsiste con estos y los otros nombres, con estos y aquellos intervalos, hasta mediados del siglo XIX, en que desaparece. Los Argensola y Gracián estudian en ella. Como contraste, Calomarde frecuenta también sus aulas. Desaparecida la corte aragonesa, la Escuela elige de morada el palacio de los Reyes. Conserva un gracioso patio, y debajo del Paraninfo está la famosa estancia que pintó Casado del Alisal para el episodio –terrible– de la campana, cuando el rey Ramiro hace frente a los nobles, enseñándoles la cabeza separada del tronco de los díscolos y revoltosos. Cierto o falso el episodio, posiblemente falso, es curiosa la estancia por lo que tiene de evocadora. Tu primera visita debe ser para la Escuela y, naturalmente, para la histórica escalera y para la cámara abovedada del famoso incidente del fiero monje aragonés.

Y de ahí, a la Catedral. Pero has de fijarte antes en la plazuela, donde se alza también el Consistorio y el Palacio episcopal, porque es una de las más bonitas de Aragón. Su fachada de ladrillo,

típicamente regional, acaba y remata en un precioso alero del Renacimiento. Y dos torreones flanquean la galería superior.

La Catedral resume toda la historia oscense. Fue antes templo pagano, basílica y mezquita. De fábrica gótica, lleva, sin embargo, detalles del Renacimiento en su interior. El espléndido retablo de alabastro, que luce en el presbiterio, obra maestra de Damián Forment, es la maravilla de la ciudad. Muy gracioso el retablillo, también de alabastro, en el trascoro, de Gil Morlanes. Recórrase el claustro –ojival y románico– y el púlpito mudéjar. La nave central del templo tiene una notable elevación sobre sus hermanas. Adosados a la Catedral están el palacio del Obispo y una parroquia con un magnífico retablo, que perteneció al monasterio de Montearagón, y que también es obra de Morlanes.

Y desde la Catedral, a almorzar. Un hotel muy típico es el de San Lorenzo, en la calle de Santa Orencia, de cocina muy sabrosa y sazonada. Pide en él, de postre, las riquísimas castañas de mazapán. Atraviesa el Coso, y al Casino. El Casino de Huesca es un soberbio edificio aislado, con una amplia terraza y salones muy cómodos y elegantes. Hay biblioteca, y cuartos de baño, y salones de juego, de música y de conversación. Desde el Casino, estudiantico, a San Pedro el Viejo. Calle de Zaragoza adelante, porches de Vega-Armijo, calle de la Duquesa de Vistahermosa –la duquesa del castillo de Pédrola y del Quijote–, plaza del Mercado: el corazón de Huesca. A la derecha, San Pedro. Es esta iglesia una fortaleza románica, hosca y severa, sencilla como la ciudad y como los hijos de la ciudad donde está enclavada; la corona una preciosa cornisa horizontal, y sus ventanas parecen hechas para disparar flechas y saetas desde su interior. El hexágono de la torre, macizo y fuerte, tiene todas las trazas de un castillete. En el coro, dos tintinábulos románicos. Y en el claustro reposan las cenizas de los dos últimos reyes aragoneses: Ramiro el *Monje* y Alonso el *Batallador*.

Y ahora ya pasea a tu antojo. Si hace sol, llega a la ermita de Salas, o Coso adelante, piérdete por la carretera de Jaca, y sorprende al paso el espíritu de esta ciudad-aldea, tan agradable, tan simpático, tan llano, tan aragonés. Da un vistazo al ábside de las Miguelas, o asómate a la Basílica neoclásica de San Lorenzo, el mártir de Huesca, que, como buen oscense, prefirió que le quemasen y tostasen vivo antes de renegar de la fe de Cristo. Pero temo un poco por tu itinerario artístico de última hora. ¿Qué quieres?

Huesca es un plantel de muchachas bonitas. ¿Quién dijo que aquello sirve para destierro? Ojos grandes y dulces que se te cuelan corazón adentro; ojos azules de cielo agosteño; ojos castaños, verdes, grises. Y palmitos gentiles. Y una llaneza unida a una aristocracia poco común que no se aprende en la vida porque brota de la cuna. Cada oscense es un hidalgo que no teme a nadie. Se advierte que es la capital de la región donde nace naturalmente un derecho consuetudinario, igualitario y democrático, donde cada cual es monarca en su casa y donde la mujer campa por sus prerrogativas análogas y a las veces superiores a las del varón.

Crónica (05-01-1930)

PAÍS VASCO

Por Vizcaya

A mi querido amigo don Cándido R. Pinilla.

I

Quiero reunir en estos artículos mis impresiones sobre este hermoso país de caseríos lóbregos y tristones, de acantilados grises, de montañas altísimas y canciones dulces. Bien sé yo que después de lo escrito por Maeztu en el *Imparcial* sobre Bilbao y sus alrededores, poco me resta que decir a mí. Pero tengo notas, recuerdos, anécdotas, impresiones, materia para artículos distintos. Habrá de todo; *zortzicos*[211], acciones de la Bolsa, política bizkaitarra, música de Wagner, *aurreskus*[212], estrofas del Guernikako, apuntes sobre socialismo local, mujeres hermosas, y mar riente, azulado, plomizo de lejos por el humo de las fábricas de *El Desierto* como el que me sonríe ahora, según emborrono estas cuartillas, satisfecho y orondo, al parecer, de la rudeza y laboriosidad de sus hijos...

Mi galantería es honda. De formulismos sociales conozco muy poco, casi nada. Y de la mujer vascongada, que inspiró a Baroja su Idilio de Marichu, quiero hablar ahora. La corresponde la prioridad por derecho propio.

Es, en lo físico, el tipo femenino de la raza vieja, alto, varonil, hombruno a las veces. Serias, cuando pasean, cuando miran, cuando hablan, enseñando el calzado, taconeando fuerte, las mujeres vascongadas detienen el elogio si algún indiscreto las ensalza. Fuertes, macizas, esbeltas, como castillos de fronterizas plazas, aseguran al hombre que mañana no tendrán celos. Mirándolas, infunden tranquilidad. Y por esto, los matrimonios que en estos desvencijados villorrios se celebran, no huelen a pasión castellana, de fuego, sino al querer casero y continuo, a la fe monótona y distraída que inspira el convencimiento de muchos años. Saben a lo que llamaría el bueno de Balzac, *fidelidad y provincia*.

Y si lo moral a lo físico corresponde, yo no tengo inconveniente en afirmar que conozco a estas mujeres tanto como a las salmantinas. Que no estriba el conocimiento, a buen seguro, en quijotescas aventuras, ni en sospechosas andanzas, sino en el estudio constante, en sentir los razonamientos y en razonar los sentires. Y valga la paradoja, ya que estoy en 1a patria de los hijos que las producen, entre la rechifla de los imbéciles y el aplauso de los discretos.

La mujer vascongada no se apasiona, discurre con el corazón, y los dos polos contrarios del humano mundo, lejos de chocar, se juntan. Son las dos bolas de hierro del péndulo, que cansadamente, repite las horas de su existencia. Sirve para mujer, pero no está educada para novia.

Y ahora pienso, no se cómo, asociando ideas, si aquella frase de Unamuno en su discurso de Orense ha sido sentida aquí por el maestro, y si la nostalgia moral del uniforme y austero espíritu castellano, se la ha recordado con intensidad. Porque yo he pensado también, al topar con estas gentes, en lo mismo. Y aquí sucede que no es la educación lo que arrastra a las vascongadas a su deber maternal, sino el instinto, la idiosincrasia, el temperamento.

[211] Baile popular vasco-navarro..
[212] Danza vasca que se baila a modo de homenaje a personalidades destacadas.

No son místicas ni alegres, de alegría torpe. El histerismo progresa poco, a Dios gracias. Tan distanciadas están de cualquier Caramanchimay[213] de boulevard elegante, como de esas criaturas linfáticas, que arrastradas por dolencia moral irremediable, acuden a los conventos, para llorar, más tarde, su alejamiento del matrimonio.

Son expansivas, francotas, brutalmente francas, quizás. Desconocen la coquetería y los caminos trillados del galanteador de oficio.

Bailan ferozmente, con animación salida de madre. Los domingos adquiere la danza proporciones gigantescas. Me parece una bacanal.

Sigo creyendo que esta gente es alegre y que los andaluces, que se conocen por dentro, engañan por fuera con chascarrillos que quitan el humor por unos minutos.

Si Castilla lograse, dejando prejuicios, entrar por las vías del progreso, encendiendo chimeneas; y si lograse tomar horror a su decantado ombligo histórico; si se hiciera vasca, en lo que los vascongados tienen de bueno, otra suerte correríamos.

Porque no todo es de color de rosa.

Ya lo iremos viendo.

II

No todas han de ser notas alegres de una raza, que cansada de su aislamiento, se asocia y comienza a vivir con otros pueblos. El comercio resulta solamente material. Las ráfagas del intelectualismo llegan muy de tarde en tarde. Si el comercio ha hecho de Vizcaya una de las regiones más ricas de la Península y de Bilbao una ciudad moderna de primer orden con todos los refinamientos consiguientes, su poco contacto espiritual, de barniz tan solo, la debilita y aniquila. Por fuera, con todos los atavíos de la moda, son los vizcaínos, unos señores más lisos, corrientes, tratables, instruidos... como todo el mundo... a quien se conoce ligeramente. Pero estudiándoles bien, se ve muy pronto que son los Iberos primitivos, los montañeses que derrotaron a Augusto, los amigos de leyendas, los que odian el intrusismo, los fanatizados con tantas antiguallas históricas del terreno carbonífero. Gente toda, por consiguiente, de alma inculta, de rudeza virginal.

Es el aislamiento intelectual su mayor defecto colectivo. No faltan hijos ilustres, pero a esos les desconocen sus paisanos. Y los que entre ellos viven, se han contagiado. Dígalo, sino [sic], el señor Echegaray, cronista de Vizcaya, que no puede prescindir en sus trabajos de los asuntos mercantiles. Y hasta del señor Campión[214], navarro de nacimiento, pero vascongado por oficio, sé yo de buena tinta que siente el programa del *Euskalduna* y que admira a los bizkaitarras.

La burguesía bilbaína (y tomo por ejemplo a esta, ya que Bilbao es el foco de la civilización y de los salones árabes concejiles), que vale bien poco, como todas las burguesías, está en absoluto materializada.

Apenas discurre con serenidad más que de operaciones mercantiles, de corridas de toros, de juegos de pelota, de apuestas de balandras, de excelencias de manjares. He observado en los Casinos cuán fútiles son sus charlas. Sueltan discursos cadenciosos y largos para demostrar la superioridad del Rhin o del Champagne, del color azul o verde de las americanas y del volumen y peso específico de los calcetines.

Esto de la indumentaria, del cocinero émulo de Brillat-Severine y del cochero de pura cepa británica que se llame Jhon [sic] y tenga patillas, les trae verdaderamente preocupados.

He podido comprobar, que todas las manifestaciones del pensamiento se reducen, para esta burguesía, a cosas de menú y de pulmones.

Y como el bizkaitarrismo es la mejor síntesis de estas expansiones físicas brutales, hablaré del separatismo vasco. Los periódicos madrileños afirman que se trata de cuatro locos como dijeron antes del catalanismo. Los dos separatismos se diferencian mucho, sin embargo.

El catalán posee una fuerza intelectual enorme; el vasco carece de ella. El ilustre Campión trabaja en escondida labor, haciendo novelas en la 4.ª plana del *Euskalduna*. Los demás *propagandistas* son niños góticos, a juzgar cómo estropean el castellano, metidos a emborronar cuartillas tan malas como las mías. Un *sport* más que cultivan.

Los catalanes no solo vocean, *hacen*. Y es la propaganda artística, a las veces, su medio de combate. Catalanistas son Domenech, los dos Rusiñol, Casas, Iglesias, el ilustre Maragall; la pléyade

[213] Caraman y Chimay son dos localidades belgas. En el siglo XIX recayó sobre la misma persona los principados de ambos territorios lo que les convirtió en príncipes de Caraman-Chimay. Parece asociarlo Sánchez Rojas al lujo y elegancia o tal vez a la infidelidad, incluso a la prostitución.

[214] Se trata de Arturo Campión Jaimebon (1854-1937), uno de los fundadores de la Real Academia de la Lengua Vasca y miembro de la Real Academia Española. Poeta y novelista en lenguas vasca y española.

de tantos hombres insignes en la arquitectura, en la pintura, en la política, en las letras. Aquí no se manifiesta el odio más que comiendo y apostando.

Los catalanes conocen el catalán, aman sus costumbres, sus tradiciones. Han cantado su patria chica en poemas inmortales. Su vitalidad política ha coincidido con una resurrección literaria, de nuevos horizontes. Aquí se les ha pegado por sugestión su bizkaitarrismo. Me han dicho que Sabino Arana[215] apenas conoce el vascuence y que ha sostenido polémicas filológicas con absoluto desconocimiento del asunto. Es claro. Si se les saca de sus cosas de *sport*, ya son inútiles.

Tiene el *bizkaitarrismo*, a falta de otros factores, la fuerza del dinero. Pero lo consumen en un lujo bárbaro. Y hacen bien. Porque los almidonados bizkaitarras, de pechera inmaculada, sombrero guajiro y pantalón blanco, no sabrán manejar fusiles.

Esperémosles con calma.

III

Se ha dicho que el desarrollo físico, en los individuos como en los pueblos, está en razón inversa del desarrollo intelectual. Esto es exacto hasta cierto punto. Los pueblos del interior, dormilones, amodorrados en la producción industrial, no progresan gran cosa en las ciencias ni en las artes. Tampoco están adelantados en sentimientos afectivos. La clase media, con sus estrecheces y escrúpulos, su total carencia de alma, y sus atavismos de la raza que adulase frailes gordos y reyes absolutos, mantiene inconscientemente la incultura popular.

Aquí hay solo desarrollo material. Los poemas que aquí se escriben son de libras esterlinas.

Las chimeneas y las fábricas encapotan medio cielo. Bilbao, en su parte N. semeja un infierno negruzco, pardo, lleno de humaredas. Vocean los chiquillos, en las aceras de las calles y en las puertas de los teatros, en los vagones del ferrocarril y en las playas de los encantadores pueblos costeros, acciones de los Altos Hornos, de la Aurora, del Crédito Vasco-Navarro, del Gijonés, del Banco de Vizcaya, de mil y mil sociedades fabricadas con las maldiciones del que sufre y con las lágrimas del que no puede atender al capricho más ligero de su compañera y al ruego más inocente de sus hijos.

Y vomitan mineral las entrañas de la tierra vizcaína, y suben las acciones de las Compañías Explotadoras de un modo prodigioso, y cárganse vapores y más vapores a Rotterdam y a Newcastle, para Marsella y Hamburgo, y los privilegiados de la fortuna poseen chalets y quintas, automóviles y yates, mucho lujo, grandes comodidades, riquezas fabulosas.

Y los obreros, amontonados en sucios coches de tercera de los trenes económicos, arrojados por la necesidad del lecho, con los ojos inquietos y torvos, profiriendo blasfemias, absorbiendo con agrado indefinible el aire salitroso de la ría, llenan astilleros, hacen de bestias de carga, enrojécense sus ojos con chispas desprendidas del horno caliente, ahóganse porque no respiran a sus anchas, convierten el mineral en hierro, el hierro en acero, el acero en mil instrumentos de la necesidad y del capricho, trabajan para que otros descansen, lloran para que otros rían, no duermen sino en camastrones miserables, para que otros gasten en la crápula sus fuerzas raquíticas.

El que viene a Bilbao visita el Ayuntamiento, la parte humana de las fábricas, los edificios notables donde se derrochan millones, toma cerveza en el Boulevard, porque es el sitio de moda, visita Portugalete y las Arenas. Pero no hace caso de las viviendas de los obreros... ¿Para qué?

Son las excursiones medios de matar el tiempo, torpe y ridícula exhibición en los paseos y plazas públicas. No llevan a sus casas ni emociones nuevas que saborear, ni cosas en que discurrir.

Y, sin embargo, hay mucho que aprender en las viviendas de los obreros. Cuando las contemplo, concibo que haya Tolstois. Lo que no comprendo es que deje de haberlos.

Son Sestao y el Desierto centros fabriles, unidos a Bilbao por cien medios de comunicación (ferrocarril, tranvía eléctrico, vapores). Las fábricas ennegrecen por completo las poblaciones. Y en unas barriadas inmensas, con más ventanucas que una cárcel, viven los obreros. Tienen las barriadas la monotonía de lo simétrico. Está todo cortado al mismo compás, al compás de la miseria.

En los balcones cuelgan ropas viejas y sucias. Un vaho de pesca podrida, alimento de los obreros, obliga a tapar las narices. Las casas todas son de algún «ilustre patricio» o de algún magnánimo filántropo que ha donado tarjetas postales para el Sitio o algún artístico regalo para las regatas del Club Náutico.

Y de noche, mientras las plazoletas se alegran con la algazara de las niñas bailadoras, el obrero cena... cualquier cosa.

[215] Como es sabido, fundador, del partido Euzko Alderdi Jeltzalea-Partido Nacionalista Vasco (EAJ-PNV) por el que llegó a ser diputado nacional por Vizcaya. Inventó la ikurriña, el himno vasco y el término Euskadi.

Todo es silencio allí. De cuando en cuando, se percibe algún sollozo que contrasta irónicamente con la voz de algún burgués, que, desde su villa solitaria, que lame las orillas del Cantábrico, canta algún zortzico o algún aria de una ópera italiana.

Bilbao no es solo la población preferida de los sibaritas y de los gastrónomos.

En Vizcaya hay también miseria.

IV

Cuando observo en este inmenso poblachón que se llama *la provincia de Vizcaya*, limpieza en las calles, prontitud en los servicios públicos, carreteras sin pedruscos, higiene en todas partes; obediencia a concejiles ordenanzas y casi-ausencia de mendigos, tengo para mí, que encaja lindamente, en estas tierras y lugares, la ñoña frase de *menos política y más administración*[216]. Sí, no hay duda. Vizcaya, en lo que más de laudatorio tiene, ha sido la Meca de los políticos hidráulicos. Ella ha inspirado, junto a las hermosas tonadas del indiano que abandona su patria chica en busca del dinero, esa balumba de discursos, recetas, artículos, memorias, informaciones y cataplasmas políticas que componen nuestra sensata oratoria horteril desde la pérdida de las Colonias. Trozos de poesía honda que excita a pensar en las amarguras del destierro, han sacado de la tierra sus propios hijos. Sendos retazos de política vulgar los extraños. ¡Pobre Vizcaya!

No ha sido sueño quijotil el origen de las quiméricas emancipaciones de *Bizkaya* libre (con *b* y con *k*). Han nacido estas cosas de la ambición pancesca[217], del desahogo económico del Municipio y de la provincia. Para la independencia colectiva, como para la individual, se precisa soñar, tener alas de poeta, corazón de artista. Sí. Que sintiese las tradiciones Vizcaya, que las amase, que los poetas cantasen los campos, que se fundase el *bizkaitarrismo* en el amor exagerado y no en el odio a la raza que la hizo grande y que contribuyó a su civilización y la ha sacado del aislamiento en el siglo XIX, y habría que temerlos. Pero son dignos de risa, de risa y de lástima, los sueños de los comerciantes, los desdenes de los gomosos, el orgullo de los admirados y los odios al sistema. Buena es la administración, desde luego. Pero no merece los épicos poemas que la endilgan los enemigos de España, ni es tan inmejorable, que, por sus excelencias, se levanta una bandera, se voceen discursos y se rompan la crisma unos y otros hombres.

Ya lo saben ustedes; los pinitos de independencias, no proceden del amor (mal se quiere lo que se conoce) sino del odio. Carece de principios políticos; los tiene administrativos en abundancia.

Pero la política caciquil tiene bien asentadas sus raíces. También existen alcaldes de monterilla y empachos de expedientes; las ruedas de la máquina política apenas funcionan con seguridad. Y la política electoral está más corrompida que ninguna otra. Ningún país como este para comprar actas y para vender conciencias.

Alguien pudiera decirme que es esto un efecto del centralismo, una consecuencia del régimen. Hasta pudiera argüirse que la política electoral representa una acusación más para los maketos[218] aborrecidos y un gran argumento para los vizcaínos revoltosos. Yo no creo en la bondad ni en la malicia de las instituciones. Me son indiferentes, las tengo por buenas. Los que son incorregibles son los hombres.

En Vizcaya, en efecto, está de moda el soborno, un soborno escandaloso, sin ejemplo en los anales de la política y... de las bolsas.

Una fortuna de las que llamamos buenas en Castilla, no podría soportar, ciertamente, unas elecciones en este país.

Es un derrochar que no tiene fin. Y las comilonas se suceden; los garrotes "no dan paz a la mano"; las charangas tocan, cunde la bulla y los derechos sacrosantos del pueblo, la conquista preciosa de la democracia se convierte en una mercadería.

Hubo una lucha electoral, hace años, que tuvo resonancia, pero no toda la que merecía. Luchaban los señores Chávarri y Martínez Rivas, a cual más opulentos. Cinco o seis días antes de la elección, se pagaba el sufragio a 250 o 300 pesetas. El domingo de la fiesta a 500 y antes de cerrar las urnas, antes de decidirse la victoria, hubo voto que se pagó a 1.000 pesetas.

[216] Frase que al parecer procede del francés Émile Girardin en 1848 y utilizada como excusa por todas las dictaduras o, en momentos de crisis, por las clases adineradas. En España fue usada posiblemente por primera vez en la I República. Fue lema de la Crisis del 98 y de la dictadura de Primo de Rivera.

[217] Este neologismo está sacado de Sancho Panza como personas apegadas a lo material en contraposición a lo quijotil que significaría lo espiritual, lo ideal, lo artístico. Esta contraposición será una constante de Sánchez Rojas durante toda su vida y de un gran número de intelectuales desde el comienzo de la llamada Generación del 98.

[218] O maquetos ya en estos tiempos se llamaba así despectivamente a los emigrantes de otras regiones españolas.

Los obreros que no se decidían, fueron arrojados de los talleres. Los patronos les bloquearon por hambre. Y los socialistas locales, que son muchos y buenos, alcanzaron una cifra exigua.

Se ha culpado a las clases pobres, a los necesitados, de las falsedades y torpezas de la rueda electoral. El señor Costa, en una carta reciente, tan hermosamente escrita como poco democrática, hablaba de votos inconscientes, haciendo, a este propósito, cifras maravillosas. Nada hay más injusto.

El hambre, la necesidad no tiene salidas. Los culpables son los que tiranizan al esclavo a quien dan de comer, los que explotan la miseria.

Todo hombre rico tiene gentes de las que usa y abusa. Las clases, directoras, la burguesía, esas son las ponzoñas.

Y de las últimas elecciones no digamos nada. Los católicos sacaron el Cristo, como vulgarmente se dice. El señor Urquijo, con su cohorte de frailes, jesuitas, sacristanes, curas, niños místicos y *ciudadanas* (a los que defendió más hermosamente de lo que merecían mi querido maestro el señor Gil Robles), salió triunfador por muchos miles de duros, venidos del cielo, quiero decir, de las congregaciones religiosas, que, a lo menos, tendrán comunicación con él.

En Bilbao dice todo el mundo que los jesuitas ayudaron al diputado católico con 30.000 duros.

No es cifra exagerada para ellos, ya que tienen el periódico mejor informado y más sosamente escrito de la región, bellos edificios, cuantiosas mandas, librerías, etc.

Pero acaso sean cuentos de la gente ociosa.

Corramos un velo, que dicen los novelistas púdicos.

V

He alejado mi pensamiento de las cosas feas, de la política barata, del orgullo del burgués, de las chozas míseras de obreros, de las sociedades y de las quiebras. No sirvo para Redentor, y al que sirve, lo crucifican. La tarde es hermosa. El sol se acuesta en los picachos de Santurce. El tren pita a lo lejos. Las Arenas, envueltas en tenue claridad, dan el aspecto de una visión amable, de un sueño de amor, de un idilio continuado entre las selvas agrestes, los jardines de las *villas* y las montañas grises. A la vista de Algorta, el retiro de los indianos ricachones, unos pescadores *salen* a *jibiones*, en multitud de lanchas. Mar adentro, asoma un vapor mercante. Y disminuye la claridad y el *sirimiri*, la lluvia menuda, deliciosa, que anuncia la pesca de la sardina, empapa ligeramente mi chaqueta. Las banderas nacionales del muelle de Portugalete flotan. Estrumpen multitud de cohetes. Los pueblos de la costa se atavían con sus trapitos domingueros. Celebran su patrona, la Virgen de Agosto.

La plaza de la villa está llena de gente. Los forasteros invaden las terrazas de los casinos. Es un conjunto de colores que maravilla y encanta. Mil farolillos, con luz indecisa y temblona, alumbran los edificios públicos. Una banda de música preludia un vals sensual, voluptuoso, de esos que calcinan las pasiones jóvenes. Los viejos (en estos pueblos, todos los viejos son expilotos o excapitanes) sonríen, contemplando la danza infernal. En sus tiempos, de seguro habría mayor honestidad en los bailes, más pureza en las costumbres. Es su vieja canción. Yo, que en los bailes me voy con la gente *sensata*, porque no tengo pasiones o las tengo solo en germen, escucho la misma prédica aquí y allá, en todas partes.

Las niñas bailadoras danzan. Los tenorios las siguen con miradas babosas. Al oído las [sic] soltarán las mismas frivolidades insulsas que en mi país. ¡Qué monótonos son estos galanes!

Oigo, confundido entre la multitud, mil charlas distintas, cien timbres de voz. Los marinos sentados, apoyando los codos en los muslos, fuman. Los vendedores se desgañitan voceando, sin que nadie les escuche. ¡Pobres gentes!

Paseo por el muelle. Quiero salir fuera, al faro, a contemplar la noche. La iluminación figura un túnel. En la penumbra, contemplo el hotel de la viuda de Epalza que ahora disfrutan sus herederos. Es severo, sencillo. En el centro, se levanta una capilla.

Prosigo la caminata. Las boyas, con sus luces encarnadas y azules, permiten descubrir, adivinar, más bien, la fábrica gigantesca del rompeolas. Me creo solo. Todo el mundo quiere fiestas. Un mocosuelo desarrapado se me planta delante y grita: "Caballeros el *Nervión*, *El Porvenir Vasco*, la *Gaceta del Norte*, *La Voz*, el programa de las fiestas de Bilbao."

Me acuerdo, oyéndole la retahíla, de los sacamuelas facundiosos que encarados en lo alto, desbarran en el teso de la feria de Alba. Le compro un periódico. Le pregunto si ha vendido mucho.

– "Hoy ya es fiesta –me responde.– ¡No he de vender, *pues*!".

Comienza a llover fuertemente. A las gotas intermitentes, periódicas de antes, sucede un verdadero chubasco. El suelo de porlan[219], el mar, todo me parece de un color verdoso. Junto a los focos eléctricos, en el suelo, proyéctanse las sombras de los que transitan.

Es una calma, la del Faro, que se me antoja sublime. Enfrente de mí, el Trasatlántico *Alfonso XIII* aparece iluminado y vistoso; a la izquierda el Pico de Serantes con sus fuertes, me evoca recuerdos de la guerra civil que yo leí de niño. El pueblo de Santurce rinde al fuerte pleito homenaje. De espaldas, mirando hacia el Sur, las chimeneas de *El Desierto* desprenden humo. Abajo, en los talleres que se vislumbran, se ven llamaradas rojizas. Es el cuadro, visto de lejos, un simulacro de incendio.

Regreso al muelle. La trompeta del transbordador del *Puente Vizcaya* (el puente colgante que decimos por allá), llama a los pasajeros descuidados. La lucecilla del coche semeja la de una casa flotante, algo así como el *Sporting-Club* que he dejado a la izquierda.

Apenas llueve. Cierro el paraguas. En la portalada de la Casa-Capitular (como llaman los forales a la Casa-Ayuntamiento) se refugian los mocetones vascos con las dulcineas al brazo y la boina en la cabeza. Tiene el amor cierto carácter patriarcal. Charlan en grupos nutridos, como buenos camaradas. Cualquiera creería que se trata de tribus.

A los comienzos de la jota final, sale la gente de nuevo. Los músicos usan boina también y encarnada, por más señas. Parecen carlistas cansados de pelear que celebran una *juerga* en el campamento, después de la victoria.

VI

La exposición de Bellas Artes es el único espectáculo artístico que gozamos por acá. Las paredes de las hermosas escuelas de Albia están repletas de cuadros. Los pintores son artistas de veras, de esos que forman *la jeune peinture espagnole,* según frase de un celebrado crítico francés.

Sin embargo, acude poca gente a la Exposición. Madame Valsis con sus elefantes, la compañía de Lara en los Campos y la de Fuentes en Arriaga, retienen a mucha gente. Además, la perspectiva de las corridas de toros es, ciertamente, una perspectiva hermosa. A las disquisiciones sobre la bolsa, suceden estos días discursos largos sobre verónicas, volapiés, banderillas al quiebro, pases en redondo y de pecho. A la lectura de los artículos mazacotados [sic] y tiesos de *El Economista* y la *Revista Naval*, la de las crónicas taurómacas de don Modesto y de Dulzuras.

Y, sin embargo, la Exposición de Bellas Artes merece ser visitada y estudiada. Tropezar en un pueblo como Bilbao, donde el Ayuntamiento tiene Salón Árabe, con cuadros maestros, es una casualidad dichosa. Sabido es que los pintores vascongados vienen realizando en París una labor inmensa.

Llaman la atención, son discutidos, y Zuloaga, el pintor eibarrés, está a la altura de los mejores pintores europeos. Son nuestra gloria más legítima fuera de los Pirineos, como lo es Sorolla en la Península.

Es una obra original, personalísima; revolucionaria, la que allí se hace. Los campeones se llaman Losada, Iturrino, Uzanga, Regoyos y Guiard. Y Zuloaga, el gran Zuloaga, quiere remitir dos lienzos. ¿Llegarán pronto?

Yo soy completamente profano en estas disquisiciones pictóricas. No espere quien me lea, razones sutiles y demostraciones evidentes. No sé razonar los cuadros, lo siento. Se reducirán, pues, estas impresiones a describir, salga como salga, mejor o peor, las cosas que en lienzos han desarrollado los jóvenes pintores bilbaínos.

Losada, que fue el primero con quien topé en los paredones, me produjo una impresión honda, algo que yo no había sentido hasta entonces. Por vez primera he visto un gran psicólogo junto a un gran realista. Sus *Tipos del País*, firmes, bien trazados, sin que nada quede en la penumbra, me admiraron. Hay dos maneras de ver los hombres, y, por consiguiente, de apreciarlos, de conocerlos enseguida. Una física, fotográfica, perediana, que dibuja el color de la piel, el ángulo craneano, las dimensiones de las orejas y la expresión de los ojos.

Otra, más oportuna, que, con una frase o una actitud, nos descubre, todo un hombre. Es lo que hace Galdós en sus libros y Losada en sus cuadros.

Un lienzo representa *el sino*. La expresión de las figuras es toda una situación psicológica. Dos vascongadas, aldeanas, con el pañuelo plegado a la cabeza, salen de una iglesia. Una de

[219] Cemento de la marca Portland.

ellas, crédula, sencillota, alarga la mano a la gitana, cuyo pelo negro lustroso vale un tesoro. El pañolón sevillano, con florecillas rojas, está bien estudiado. Las dos amigas inmóviles, miran a la gitana, con sonrisa, beata la una, con expresión irónica la otra. Es esta una mujer regordeta, poco espiritual, vascongadota a todo ruedo. En el rostro de ambas se descubre el argumento, lo que ha dicho la gitana, el efecto que ha causado. Por eso digo que en Losada hay psicología. En otro, beben chacolí unos pescadores de tez tostada, ojos negros y manos callosas. El mar se ve a lo lejos. En lo alto de las montañas se descubre una vegetación exuberante. El color produce una impresión amable. Aquí sobrepuja el colorista al dibujante, la perspectiva a las figuras.

Presenta también un retrato.

Mientras enciendo un cigarro, veo un cuadro enorme, de proporciones grandes que se destaca en un paredón. Unos señores, frente a él, discuten gravemente de política. El cuadro es de Marcoartu, la Coronación de la Virgen de Begoña. Me parece una fotografía pintada, un mal cromo del *Petit Journal* de los Jueves.

Iturrino exhibe una buena colección de majas, toreros y toros. Por cierto que veo, junto a un rincón, un lienzo suyo originalísimo. Una maja, de carrillos abultados, encima de un monte, mejor dicho, sentada en él. Las vueltas y pliegues del vestido, un vestido chillón, que hiere a los ojos, son infinitas. Unos hombres, sentados en otras piedras, la miran de reojo. ¿Qué es esto?

La fealdad de la maja está elevada al cubo. Parece cualquier característica, de las que van a un villorrio, haciendo de suegras en el teatro.

Pero no he visto nada. Este Iturrino se complace en pintar cosas feas, muy bien pintadas, eso sí. Todo ello me causa extrañeza. Tres señoritas, con cuellos altísimos, caminan en fila.

Parecen copas de agua boca abajo. Los colores rabiosos. Los cabellos rubios, muy rubios, extremadamente rubios. Los ojos claros. Son anémicas. Sus caras son de éstas que llaman los modernistas en las novelas cortas de *Helios*, lánguidas espirituales. Las espaldas están cubiertas por unas esclavinas o caperuzas. Son, en fin, los ideales poéticos de esos pollos que dicen en el Ateneo "que aman a la luna más que al sol, porque despide, en el Silencio de la Noche (todo con mayúsculas), claridades lechosas."

Vuelvo la vista. Pienso en el talento de Iturrino, en su manera de componer. Un joven de melenas hasta las espaldas, calcetines lagarto, gardenia en el ojal, monóculo en el ojo derecho, chaleco cerrado, corbata de un kilómetro, cuello de media legua y americana amplísima, fuma una pipa filosóficamente. Un pañuelo rojo asoma por un bolsillo. Está mirando un cuadro de Regoyos, un tren minero, color exrojizo, de óxido de hierro, que va a atravesar un túnel. El puente es de tres huecos. Yo sigo mirando al intruso. Quiero contenerme y no puedo. Suelto una carcajada franca por la presencia del joven. Decididamente esta vida es una comedia bufa y Karikato y Xaudaró muy malos dibujantes, pero nada exagerados.

El pollo se encara. Yo miro con audacia su traje. Gira sobre los talones y desaparece. Yo no pienso en Iturrino ni en Regoyos, sino en él. ¡Qué bello marido para las muchachas lánguidas!

Iturrino presenta muchas cosas. Pero el artículo se alarga demasiado y mañana seguiré hablando de sus cuadros.

P.– Entre los cuadros que llaman la atención, figuran: Losada: Tipos del País.– Uranga: Una Maja, Aldeano de Segovia, Sagrada familia, San Jerónimo, En la Reja. Prueba de bueyes en Elgueta, Interior.– Larroque: Una Maja.– Iturrino: Colección de Majas y toreros, Pinturas modernistas.– Berrueta: Un desnudo.– Colín (francés): Retrato de un escolar, Paisajes.– Otornín: Jardinera.– Marcoartu: Coronación de Begoña, Un Guerrero.– Asarte: Pescadores de Ondárroa, Cabeza al pastel.– Guiard: Una niña con un cántaro a la cabeza, Vista de la Ría.– E. García: El Viático.– Bibal: su célebre cuadro «Batalla de flores».– Ferreras: Un retrato de mujer.–Paternina: Paisajes, Pescadores de Venecia, Escultura.– Ubao: Tres yesos de mujer, Hombre tirando a la barra.– Molina: Busto de Bibal.– Basterre: Grupo en yeso. Busto de señorita, Boceto de pedestal para reloj.– Zuloaga: Azulejos. –Durio: Objetos de cerámica.– Paul Gauguin: Apuntes y dibujos.

VII

Una orgía, se titula o debiera titularse uno de los lienzos que presenta Iturrino en la Exposición de Bilbao.

Como yo no puedo hablar más que de mi gusto, confieso sinceramente que el cuadro en cuestión me parece, realmente, una maravilla. Es uno de esos lienzos que *hablan*.

Como las figuras de Goya, las majas y toreras de mi cuento se mueven, se pegan, hacen muecas y contorsiones, agitadas ellas por la lujuria de la hembra de placer, movidos ellos por la borrachera y por el deseo brutal que necesita ser apagado al instante. La escena es un burdel andaluz. Los protagonistas, toreros borrachos y prostitutas baratas. Es preciso ver el cuadro, cerrar los ojos y dejar que la imaginación se enlode en habitaciones inmundas; que los oídos perciban el rasguear de guitarras, la voz que canta coplas indecentes, la que grita blasfemias vulgares; que los ojos contemplen rostros femeninos, ajados prematuramente por el deseo y el hastío, coloretes que chorrean de las mejillas, senos incitantes, abiertos a la lascivia, movimientos que deshonran. Solo así se comprende la intensidad que ha dado a la escena Iturrino. Produce aquello calentura y asco.

Y así como dejan los barcos una estela blanquísima, en medio de las aguas sucias del mar, deja en el alma el cuadro del pintor vascongado una huella de sensación triste, de pena profunda, después de haberse encenagado los ojos en la visión impura.

Iturrino no causa impresión momentánea, fugaz. La impresión dura toda la vida. A mí se me antoja también que sus cuadros tienden, por paradoja, a una moralización artística. Es el efecto hermoso del arte intenso, caliente, hondamente sentido. Iturrino es el Zola de la pintura.

Y no estaría aquí de sobra discurrir acerca de la necesidad de combatir el mal con el mal mismo. Mejor se enseña la virtud, mostrando, no sus excelencias, sino lo feo que el vicio es. Suele objetarse que esta enseñanza produce grandes estragos, sobre todo, en los seres que no tienen experiencia. Pero yo replico que eso de la experiencia es una farsa ridícula, fabricada por la sensatez barata, y que la visión intensa de lo feo, de lo no artístico, de lo que los religiosos llaman pecado, es el arma más terrible y la que más entra por los ojos. Lo otro, los discursos sobre las excelencias, los panegíricos de la virtud, incitan a enterarse en nocturnas callejuelas de cosas que deben predicarse a la luz del día, por padres y preceptores. Mejor moraliza Zola con los enredos de Nana y el hermoso final trágico, que los sermones ñoños de las matanzas de los masones y del impudor de los herejes. Mejor moraliza Zola que el Padre Coloma, sí.

Perdóneseme la digresión.

Ganas tenía yo de, conocer a Regoyos. Ha sido discutido, puesto por las nubes o calificado de badulaque.

Con él se maneja el incensario. Con él se afila el escalpelo. Y es indudable, como dice Acebal, hablando de otro pintor ilustre, de Sorolla «que en pueblos remolones y perezosos, el ser discutido, es signo de valía.»

Ya sé yo que hay grandes diferencias en la manera de ver las cosas. Pero la más original es la de Regoyos. Es un colorista notable y raro. Sus tonos son fuertes; rabiosas las tintas que emplea. Abundan los añiles, los verdes subidos, los encarnados, las variaciones más extrañas, difíciles y desconocidas.

Predomina siempre un color que da tonalidad general al cuadro. Las casas solariegas medioevales, los atardeceres, los paisajes sombríos envueltos en un misterio dulce los bosques del Norte, son los argumentos que Regoyos prefiere. Y todo envuelto en una luz tibia, luz que nace, luz que muere, todo con psicología, con la gran psicología de la naturaleza. En sus lienzos se ve algo, lo restante se adivina. Hay mucho de idealismo en ellos.

Además, tiene bien estudiadas las distancias. Un pueblo se esconde entre unas montañas. Se descubre una torre y casas blanquísimas. El color del campo es rojo porque está lleno de amapolas. Tres mujeres iguales, simétricas, hechas de una pincelada, se encaminan a él. Cualquiera fijaría con exactitud las distancias.

No es el dibujo la característica de Regoyos; es el color. Las figuras, vistas de cerca, son borrones de forma humana. El ambiente, el color del cielo, el alma del paisaje, es su fuerte. Aquellos lienzos hablan al espíritu un lenguaje de soledad y de melancolía,

A veces parecen creaciones hechas durante el sueño. Pero ¿qué es el arte más que un sueño hermoso?

Y crece la ilusión y aparece el sueño de contornos vagos, de esfera inmensa, de realidad desdibujada. Los muñecos fingidos caen al vacío. Nos tropezamos corriendo, corriendo siempre, en carrera vertiginosa, con trenes rojos, con espacios azules, con montañas musgosas, de un verde parduzco, con iglesias abandonadas, escudos nobiliarios llenos de moho, con armas oxidadas, con objetos raros, estrambóticos, con cosas venidas del mundo de la ilusión...

Así están hechos los lienzos de Regoyos. Sobre la realidad el sueño, sobre la copia, el arte, su arte personal.

Y en las disputas entre tirios y troyanos, si yo fuera juez competente, mandaría castigar con mano dura a los fanáticos, a los que se llenan la cabeza de reglas y formulismos, de patrones sistemáticos y de culto a los viejos venerables, que fueron los jóvenes de ayer.

Que se supriman las escuelas forzadas y saldrán estudiantes libres. Que se tenga como dogma el principio de que la mejor regla es no tener ninguna. Y el arte, personal, libre, fuerte, hondo...

Es la Exposición de Bellas Artes de Bilbao una guerra sin cuartel a todo lo académico, un desafío valiente de artistas jóvenes a toda timidez de sectarismo.

VIII y último

Bilbao pude competir hoy con los primeros puertos mercantiles de España. El villorrio viejo y sucio, que amparaba en las mitades del siglo pasado a todo lo que fuese fanatismo e intransigencia, es hoy una ciudad hermosa europea cosmopolita, con calles espaciosas, buenos casinos, magníficos teatros, mucho movimiento, mucho ruido.

A todos ha sorprendido un cambio tan portentoso, tan extraño.

Los bilbaínos, que a falta de otras cualidades, son laboriosos y honrados, han conseguido esta transformación.

Las minas de Somorrostro, la fábrica de fundición de hierros de los Altos Hornos de Vizcaya, la de cristal de Axpe y la hospitalidad que han dado siempre estas gentes a los extranjeros, factores son que explican, en gran parte, el movimiento comercial de Vizcaya.

Tienen, además, los bilbaínos el quijotismo del comerciante, la sed de las riquezas. Casi todas las empresas son negocios redondos y seguros. Los bancos, las sociedades de crédito abundan de un modo prodigioso. Las acciones se cotizan muy altas, y algunas, como las de la Sociedad de fundiciones, de una manera fabulosa.

Es cierto que de tres años a esta parte, ha decaído mucho el cacareado "crédito", los millones escondidos sabe Dios en qué sitio, apenas si tenían garantía sólida con el trabajo diario, con la labor lenta y callada de la hormiga, todo volverá a reponerse.

Y han tenido otra cosa en que debiéramos imitarles; han trabajado por cuenta propia, con fe en sí mismos y para su casa. Vizcaya toda es una manifestación elocuente de lo que pueden el dinero y el trabajo.

Solo ella, yo creo que tiene más ferrocarriles que nuestro reino castellano de León. El hermoso puente de Vizcaya (que por ahí llamamos *puente colgante*,) enclavado entre Portugalete y las Arenas, el rotativo de San Agustín, y todas las líneas de ferrocarriles y tranvías a iniciativas particulares de hijos del país se deben. El gobierno central ha sido innecesario. Sólo habrá dirigido el expedienteo, las jerigonzas leguleyescas que como a supremo inspector le correspondan.

El número de vapores, con la matrícula de Bilbao, es numeroso. Las flotas y casas armadoras indígenas, abundantes. Algunas de tanto renombre como las de Aznar y Sota, Conde de Rodas y Manuel Calvo.

Hoy tiene tanto movimiento como Barcelona. El pasado año, se exportaron, solo de mineral, cinco millones de toneladas para los puertos ingleses y alemanes.

Sabido es el peligro que corrían las embarcaciones en la famosa barra de Bilbao. Además, el cantábrico es, según los marinos, un mar furioso y vengativo. Con él, ha andado siempre la poesía lírica de capa caída. Pero la soberbia construcción del rompeolas, de iniciativa y fondos particulares, como todas las obras de gran importancia, ha alejado el peligro y los buques tienen en él protección segura.

Con esto se dieron alas a la ambición extraña. Porque la barra, ha sido, hasta hace poco (yo he alcanzado a ver la construcción del rompeolas el 1901), un vasto cementerio donde encallaron y se hundieron multitud de barcos, azotados por las borrascas y los vendavales marinos.

Vizcaya es como Barcelona, un trozo de la España nueva, de la España con que sueñan las almas grandes. El trabajo acabará por vencernos a todos y hacernos fuertes.

Algo de anglofilismo veo yo en las costumbres bilbaínas. Los rubios y borrachos hijos de Albión son sus visitantes más asiduos, y han dejado aquí, claro es, huella ligerísima, si no de su gran cultura y de su punzante humorismo, de sus francachelas y de su amor al espíritu... de vino –todo bilbaíno neto está muy obligado a soplar cerveza, ron, wisky [sic] y otros delicados excitantes.

Es indudable que los ingleses prefieren las minas de Sornorrostro a la Giralda y a los ojazos negros de las niñas sevillanas, digan lo que quieran las crónicas del Viernes Santo. Nos llevan ¡ay! el mineral que nos devuelven en cañones y en corazas de buques de guerra, y lo que es más

temible aún, a las veces casan con vascongadas que se largan a aburrirse con la eterna bruma del sucio Támesis.

La población sabe, como he dicho antes, a anglofilismo puro.

¡Lástima grande que se hayan acogido a su bandera hombres insensatos que sueñan locamente con una independencia que llegará muy tarde!

En estos artículos he tratado de dar a conocer a los salmantinos estas costumbres y de apreciar, con independencia de criterio, con absoluta sinceridad, lo que me parecen estas gentes y lugares. No sé si lo habré conseguido.

Podemos sacar, ciertamente dos lecciones provechosas.

Es necesidad urgente el dejarnos de cantar tradiciones y leyendas añejas. Y es también ridículo el cerrarnos a las oleadas de vida nueva.

Y es insensato, en segundo término, hacernos soberbios, con la ruin soberbia que del dinero nace.

Pero no tenemos los castellanos materia prima. Nos molesta el trabajo manual y el otro, el de mollera. Nos viene muy ancha la inacción y hemos consumido todo un siglo en resucitar momias y en admirar toxpiros[220].

El Adelanto[221] (13, 14, 15, 18, 21, 22, 27-08-1903 y 01-09-1903)

Las cosas y la nomenclatura

Vizcaya ¿quiere decir, como afirma Pirala, nada menos que tierra montuosa, altura, montañas de elevación y olas llenas de espumas blancas y caprichosas? La tierra es, en efecto, resquebrajada y abrupta; las montañas verdes; los valles estrechos, angostos y serpenteantes. Pero este sabor de paisaje septentrional –suave, plácido y tranquilo– no es la única modalidad del terruño vizcaíno, que tiene muchos otros matices y tonalidades. Los peñascos y desfiladeros de Mañaria dan a Vizcaya una grandeza dantesca, prestándola una hosca virilidad desconocida. En Ondárroa el Cantábrico canta una canción ronca continua de temores y sobresaltos. Portugalete, Santurce, las Arenas, Algorta –por no citar más que los pueblecitos costeros cercanos a Bilbao–, gozan, en cambio, de una placidez idílica. La vega de Orduña no desentonaría, con sus arboledas, cereales y frutas, de Extremadura y de Andalucía. Vizcaya, chiquitita y feraz, es varia y multiforme, y agazapada en las depresiones de la cordillera que la sirve de esqueleto y osamenta, presenta mil aspectos de estudio en la composición de su paisaje.

Que no todo son hayas, brezos, castaños y robles en su botánica regional, ni hierros en su subsuelo riquísimo. Vizcaya es un pueblo desconcertante. Pensando no sé quién en el vizcaíno ha dicho que, en puridad, no es otra cosa que el alcaloide del castellano. Pensaba sin duda en la raza quieta de lengua y larga de manos que surcó los mares y pobló las Américas. Pensaba también, acaso, en aquella frente del «¿yo no, caballero?» que tan dura pagó el pobre don Quijote. Pensaba en Sebastián de Elcano, en Juan el Vizcaíno, o en algún famoso *arlote* de los tiempos pretéritos.

La cosa es como la nomenclatura, y el paisaje, naturalmente, como el hombre. Vizcaya es todas esas cosas que sospecha Pirala y algunas más, que también el rasero administrativo podó el Viejo Señorío, arrancándole pueblos que hoy forman parte de la Montaña y otros de las Encartaciones que fueron a la férula hermana de Álava. Vizcaya es tierra, y montaña, y llano, y espuma blanca, y mar enfurecido, y galerna, y sirimiri, y valle, y peñasco: mezcla de idilio y de tragedia. El hierro rojo de su suelo casa con sus cereales y con sus manzanas. Es marítima y es agrícola; es fabril y es patriarcal Vizcaya. Y es tan vario el paisaje como sus hijos: santos unos, arlotes y aventureros otros, caballeros, reservadotes, largos de mano y prontos a la cólera, todos. Y hoy decir vizcaíno, en este desierto que es España, vale en el diccionario geográfico espiritual como afirmación de empuje, de virilidad, de fuerza, de coraje, de osadía, y de burlón y tranquilo optimismo.

[220] Manuel Daza Gómez, nacido en 1853, inventó un explosivo al que dio ese nombre y que aseguraba resultados especialmente mortíferos. La prensa le dio excesiva importancia sin que el inventor consiguiera nunca demostrar la eficacia de su invento.

[221] Por su extensión, este artículo se publicó en varias entregas.

Bilbao

Contemplando Bilbao desde las alturas de Begoña, desde Abanto, advirtiendo la estructura forzosa de su ensanche, he llegado a pensar que la villa, capital de Vizcaya, que este Bilbao de San Nicolás y de los sitios, que este Bilbao del Arenal, del Concejo con salón árabe y de los ricachos con pianola y *groom* de color, no es ni más ni menos que la ría, hecha ciudad, esto es, conciencia y civilización. La ría moldea a Bilbao a su antojo, le marca su ruta, le abre su camino, le muestra su limitación, le parte en zonas, le pasea su vanidad de llevar hasta su corazón del Arenal los barquitos exóticos, le señala su casco urbano, le insinúa su mundo fabril con el Desierto, Sestao y los Altos Hornos, y le fija su línea de placer con las Arenas y Portugalete, a la vera del puente colgante.

Hace más la ría con Bilbao: le da su espíritu. Esta ciudad, más que de tierra, parece de agua. Nada de tradiciones fuertes, de capas fijas y sedimentadas en la raíz, sino movilidad, muchachez, cambio, civilización en suma. Es lecho de ría el lecho de Bilbao. Sus negociantes, que hace años hacían sonreír al resto de España, hoy son queridos y adorados, porque en ellos el negocio no es el negocio, sino la aventura, el riesgo, el placer, en una palabra, el juego. No se sueña para negociar, sino que se negocia para soñar. Estos años de guerra han sido una verdadera revelación. Bilbao, dueño de su presente, se afana por un porvenir. Dueño de una riqueza, aspira a ser depositario de una cultura. Se ha creado un *bilbainismo*. Con su pintor: Zuloaga. Con su místico: Unamuno. Con su apóstol: Maeztu. Con su *causeur*: Eguilior. Con sus elegantes: Alejandro de la Sota, y el Marqués de Buniel, y Enrique Careaga. Y con su Mecenas a lo Renacimiento.

Esta preocupación de no vivir tan sólo la vida mercantil le da a Bilbao el sabor de un pueblo de elegidos. Los clubs de sus gentes parecen netamente británicos, o mejor aún, londinenses. Como la apostura material. Como el gusto por la divagación hacia los mundos del ensueño. Bilbao es su propia ría. Toma sus aguas del eterno lecho del mar que la nutre, pero con ellas corretea modificándolas a cada paso, devolviéndolas a la procedencia con nuevos elementos de aluvión. Como hace la ciudad. Cosa más cambiante y movediza no conoceréis jamás en vuestra existencia. Los años locos de las Arenas, los de las especulaciones y divisas monetarias, los de la guerra, han trastornado toda su estructura social, borrando diferencias entre las clases o estamentos. Hay afortunados, no del azar, sino del trabajo cotidiano, en la ciudad-ría, que escalaron los puestos más altos, obreros que escalaron las cimas más inasequibles de la burguesía, humildes escribentuelos que fueron a ocupar los más pingües cargos de la burocracia mercantil. Bilbao vive su normalidad en estas sorpresas.

Por eso yo muchas veces, desde San Pedro Abanto, desde Begoña, viendo allá en los confines la espuma del Cantábrico batiendo los muros de defensa, contemplando las ringleras de hayas, de brezos y de castaños tapando los caseríos de la cien veces secular Euzkadi y de la siempre moderna y siempre futura Vizcaya, pienso que la villa fundada por don Diego López de Haro no es, ni más ni menos, que la ría hecha ciudad, esto es, conciencia y civilización.

Inglaterra y Vizcaya

Hay pueblos en España –los del interior y los de la meseta– que son exclusivamente españoles, comarcas –como Cataluña– que recuerdan a Francia. Vizcaya, en cambio, parece moldeada por moldes ingleses. Mientras el Mediterráneo –mar de Italia y de Oriente– trae palpitaciones latinas, el Cantábrico parece recibir una influencia nórdica. Mientras el catalán tiene algo y aun algos de francés, el vizcaíno nos recuerda a Inglaterra.

Este parecido –el paisaje borroso de la ría, con sus nieblas y sus chimeneas, sus valles y sus macizos lejanos de montañas es un paisaje londinense a trechos– lo ha impuesto recientemente el elemento aristocrático, o si os repugna esta palabra en una villa sin tradición de pergaminos, el elemento director y consciente. El hogar bilbaíno se está transformando lentamente en un *home*. La preocupación de la casa tapa la correría callejera. La casa, confortable, discreta, intima, individual, es un reflejo de los gustos, de la psicología y de las necesidades espirituales de su dueño. Plencia, Portugalete, Santurce, guardan en su seno una buena cantidad de estas moradas encantadoras, pensadas durante un buen negocio en Londres o en Edimburgo, y realizadas a la vuelta en un santiamén, con el concurso de arquitectos y tapiceros discretos.

Esta misma unión en el vizcaíno del trabajador y del gozador, del mercader y del espiritualista, del financiero y del estudioso, ¿no es, por ventura, una cosa bien inglesa? Vizcaya –también Cataluña– suele darnos esta lección soberana a los Quijotes sempiternos del llano y a los bachilleres de las ciudades muertas: que los sueños que no saben realizarse no valen la pena de ser soñados, y que

los ideales que resisten el embate de la realidad son castillos en la arena cuyo desmoronamiento pregona su misma inutilidad. Vizcaya ha querido ser fuerte y de su voluntad ha nacido su sentimiento y su inteligencia. No haciendo de la riqueza fin, sino medio, el trabajo la ha aniñado y robustecido en pocos años. Y con el culto al hogar, con el embellecimiento, con la intimidad del *home* que ha aprendido de Inglaterra, esta dulce tierra vizcaína se liberta del tráfico mercantil con las delicias caseras, y cuando estas le embotan demasiado, sabe curarse de ellas en la fábrica y en el escritorio.

Guernikako arbola

El zorcico es una queja viril, continuada, que no solloza nunca, pero que no se burla nunca tampoco con una pirueta de su propia expansión. Es el canto de una raza milenaria que rinde culto a la timidez, al silencio y al amor. Pero la timidez no excluye la tenacidad, ni el silencio la palabra viva pronunciada a tiempo, ni el amor las exaltaciones pasionales de enojo ante las dificultades que nos separan del objeto amado.

Escuchad el Guernikako, en la aldea, a mozallones robustos, con la boina bien encasquetada en la testa escondiendo cuidadosamente los mechones de pelo, que regresan de una romería, una tarde de julio, allá por San Ignacio, cuando el paladar pide chacolí a cada paso, cuando las manzanas rojas caen de puro maduras en el suelo, cuando el crepúsculo es más lento y las noches cántabras se pueblan de gratos rumores que parecen venir de muy lejos. Es un canto religioso, litúrgico, austero, serio, que tiene, bajo una sola música, mil letras distintas y que reúne en una sola tonalidad los matices más opuestos. *¡Guernikako arbola!* El árbol de Guernica es santo; él cuida de los fueros amados y de las viejas libertades; él conoció el señorío feliz de los abuelos, el señorío de Vizcaya y de las Encartaciones y de Lequeitio, el señorío de pescadores y de pegujaleros, el señorío de las romerías alegres, y de los spatadanzaris, y de los arlotes, y de los navegantes. ¡Salve, árbol santo! ¡Salve! ¡Sigue prestando tu sombra a la villa de Bilbao, a Plencia la silenciosa, a Bermeo la hormiguita, a Marquina la devota, por los siglos de los siglos, viejo árbol de Guernica!

Mercurio (30-06-1921)
La Semana Gráfica[222] (10-03-1928)
Estampa[223] (22-09-1928)

Notas de Álava

Vitoria, castellana

Sí, notas al pasar, apuntes a lápiz escritos nerviosamente en el cuarto del hotel, en la calle, comprobación de viejos datos intuitivos, impresiones de un trotatierras que va perdiendo el gusto a eso que llaman típico y pintoresco.

Vitoria; montón de cristaleras y solaneras que refulgen al primer sol de la mañana, calles nuevas y silenciosas, iglesias como las de Castilla. Proximidad de Bilbao, pero, sobre todo, proximidad de Burgos. Porches. Arquillos. Pórtico de Santa María la Blanca. Cripta de la Catedral. Esculturas religiosas de Gregorio Hernández. Valle, ribera y montaña. Álava...

Pero Álava es un mosaico. El condado de Treviño, enclavado en la provincia, es burgalés. Los pueblos ribereños son riojanos. Y los del norte, perdidos en la montaña, vizcaínos. El *zortzico* alterna con la lenta copla castellana y con otro cantar más agudo, más vibrante, que ya lleva envuelto en su regazo los primeros compases de la jota. La iglesia de Santa María de Estívaliz [sic], cerca de la capital, puede ser muy bien, con la hospedería de los benedictinos a su vera, una hijuela de Santo Domingo de Silos. ¿Y esta Virgencita alavesa, no fue cantada por don Lucas de Tuy y celebrada en las *Cantigas* del buen Alfonso el Sabio?

Así como Álava es la última prolongación de Castilla hacia el Cantábrico, Vitoria se me antoja la última ciudad castellana de tierra adentro. Se oye el tamboril y dice sus quejas chillonas la gaita por estas tierras. La boina no ha sabido o quizás no ha podido desterrar el sombrero del labrador. Las mujeres de la Rioja alavesa llevan la cabeza tocada con un pañuelo. El vascuence se refugia

[222] En *La Semana Gráfica* se titularía «Notas de Vizcaya» y únicamente contenía, con algunas variaciones, los epígrafes "Inglaterra y Vizcaya" (que cambiaría su denominación por "Niebla inglesa") y "Guernikako arbola"..

[223] La revista *Estampa* también reproduciría con ligeras modificaciones la introducción y el epígrafe "Bilbao" de este artículo que allí se publicaría bajo el título «De Vizcaya y de la ría».

en la montaña, pero en el valle se dice un sonoro romance influenciado por el burgalés y en la ribera del Ebro –Miranda, la ciudad cercana, se espeja en las aguas de este río– comienzan los modismos aragoneses. Doy en la flor de imaginar que tres grandes ciudades –Zaragoza, Burgos y Bilbao– tiran, cada una de su lado, de Vitoria. Y que se dividen la influencia de la provincia pequeñita y multiforme. Y que se disputan el predominio de Vitoria.

No importa que Vitoria sea ciudad episcopal. La geografía eclesiástica se conlleva amigablemente entre Vizcaya y Guipúzcoa, pero los pueblos alaveses se reparten entre Burgos y Calahorra. Así, los núcleos aldeanos obedecen la inspiración de los clérigos de Castilla. En cambio, los vascos del mar y del monte tienen un poco lejos su obispo natural, que espera en balde su gran Basílica, su nueva Catedral gótica, encomendada perezosamente no al fervor de los fieles sino a las cargas del Estado. En Vitoria sueña el castellano. Sus sueños naturales fueron siempre feudatarios de Castilla. Vitoria se pronunció contra el emperador Carlos, a favor de las comunidades, y siempre vivió al margen de los problemas del mar. Los fueros se olvidaron, para comodidad de los alaveses, por la legislación común. Y cuando Vitoria despidió el siglo pasado a don Carlos y su corte se vio libre de una pesadilla y tornó a sentirse castellana.

Las modistillas

Las modistillas de Vitoria merecen una mención especial. No son tan hieráticas como las bilbaínas, ni de un sabor francés tan pronunciado como las de San Sebastián; recuerdan mucho las de Santander y muchísimo –¡qué diablo!– las de Madrid. Las preocupa, sobre todo, los pies y la cabeza. Calzan irreprochablemente y harto se advierte en ellas que son muy sensibles a las innovaciones del peluquero. Su castellano es alegre, gracioso y rotundo. Su concepción de la vida, un poco romántica. Se divierten, juegan y bailan sin preocupaciones; hasta creen en los estudiantes.

Yo he conocido a las modistillas alavesas con motivo de una excursión estudiantil. Se han apoderado de los *tunos*, les han bordado corbatas para la bandera y lazos, a guisa de brazales, con un nombre y una fecha. Han hecho más: les han obligado a irrumpir en sus talleres de trabajo y les han paseado con una llaneza y una sencillez encantadoras por toda la ciudad. Bajo los arquillos han florecido los idilios. Vitoria ha sonreído en la cara, en la gracia y en los andares de sus modistillas. El hermetismo vasco no ha asomado su jeta por ninguna parte.

Y mientras sus compañeras de Bilbao aspiran un poco a la autonomía, y las de San Sebastián se dejan ganar por el influjo de Biarritz y de San Juan de Luz, estas chicas alavesas descubren en seguida l[sic] a meta de sus sueños: Madrid. Leen al *Caballero Audaz*, y a Pedro Mata, y a Retana, y, tal vez, a Insúa. Y no se curan más que de aplaudir a la Zuffoli o de pedir a los estudiantes la letra de un nuevo *couplet*.

La Semana Gráfica (07-04-1928)

Divagación en Las Arenas

Y contemplando desde el remolcador del Puente de Vizcaya estos lindos pueblecitos costeros, puestos en el paraje preciso donde el mar sorbe la ría; contemplando desde el Puente de Vizcaya la iglesia de Portugalete en un altozano y los hotelitos de Algorta y de Santurce, pienso que todos estos pueblecitos son también ciudad y la continuación de este turbulento y paradójico y un tantico futurista Bilbao, que se asienta sobre la ría, que es ría todo él hecho piedra, y que descansa en un lecho puramente fluvial. La ciudad comienza realmente en el mismo rompeolas. Vizcaya aprovecha su litoral, reducidísimo, para imponerse y comerciar, Vizcaya, en lo que tiene de monte, es rural, y el enemigo del ruralismo es la propia ría. Advertid, de paso, que a la izquierda del Puente del Piquillo sigue toda la costa elevándose hasta Múzquiz, hasta que en la ensenada de Somorrostro surge la ría. Y otra vez los escarpes, hasta las entrañas del monte de Serantes, cuyas derivaciones, las puntas de Ceballos y de Galea, inician el Abra de Bilbao, que va ganando la costa toda y apoderándose de ella. Y ya con la quebrada aparece la cala de Ciervana, y al pie del Serantes, solamente para disimular, se acurruca Santurce. Más al Este, con Algorta, están la anteiglesia de Guecho y la puerta de San Ignacio hacía Butrón. Y más allá, con la playa natural de Sopelana, el silencio denso y cuajado de Plencia.

Ciudad estos pueblecitos que sirve el Puente de Vizcaya, el puente elegante del cantar de Castilla, como hecho por los «bilbaínos que son muy finos – y muy salados», como el Cantábrico su mar. Expansión natural de Bilbao es toda la ría, hasta el rompeolas. Y si administrativa y judi-

cialmente estos pueblecitos pertenecen a Valmaseda, son siempre arrabales necesarios a Bilbao para que Bilbao no se asfixie tierra adentro.

Y hay en todos estos pueblecitos encantadores –Portugalete, Arenas, Santurce, Algorta, Plencia– un sello de una exquisita distinción. Estos pueblos son el refugio de los ricos y el reposo de los negociantes, de estos negociantes bilbaínos que si ahora vegetan es para soñar menos de libras y de dólares el día menos pensado. El cielo, casi siempre humoso, no es de aquella color parduzca que ofrecen, por ejemplo, el Desierto y Sestao, y los prados tienen tonalidades verdes y esmeraldinas como en Escocia o la Lombardía. Se redimen de las fábricas y de los humos y de las chimeneas estos pueblecitos para que mejor se advierta su contraste con la Vizcaya fabril, que los ha creado; pero manteniéndoles lejos de sus barriadas uniformes y grises. Pueblos burgueses y para burgueses, aman, sin embargo, la decoración sobria, y el rincón oculto, y el *home* huraño y esquivo a las miradas de los que pasan. Aquí el dinero es creador de energía y hasta de emociones estéticas. Nada más bello que estos amplios ventanales espejándose en el Océano, en este Océano de los cántabros que brama y que gruñe, amigo de las galernas y de los temporales; mar duro y recio, que es enemigo del hombre, y que hace, por las necesidades de la lucha, los primeros navegantes y mareantes de la tierra.

Las Arenas, Portugalete, Algorta, Santurce, representan el tesón y la tozudez de Vizcaya frente a las fuerzas ciegas de los elementos. La ría –y aquí, desde el Abra, la contemplamos panorámicamente y en su conjunto–; la ría, repetimos, moldea toda la Vizcaya ciudadana, frente a la rústica y a la montaraz. Si más atrás de esos montes, apenas pueden entenderse las gentes más que en su lengua milenaria que tiene modulaciones y chirridos como el piar de los pájaros, ya, al cobijo de la ría, se oye el palpitar de Europa y se adivinan las costas británicas al otro lado. No está realizado todavía el gran sueño, Vizcaya, en lo futuro, será la gran ciudad que necesita su ría. Y tendrá la movilidad y la juventud con que antaño sorprendieran a la historia pueblos de su misma estructura: Brujas y Venecia, Padua, Bilbao será la fusión de todos estos caseríos, diseminados y bellos, y olvidará su provincialismo para dominar desde el Serantes y desde el Abanto. Yo la veo desde aquí crecer y formarse, mientras divago, con los ojos del cuerpo y del espíritu sorbiendo esta bella perspectiva de las Arenas, tan vizcaína y a la vez tan europea.

Nuevo Mundo (22-03-1929)

Siluetas en San Sebastián

Asuero

"Pistón" sonriente, sano, coloradito, mofletudo, con su boina vasca, despechugado y optimista, es el "clou" en los toros. Y en las calles. Y en las terrazas. Y en el Casino. Y en todas partes. Desplazado Paulino Uzcudun, medio muerto de los trompazos terribles que le sacudió su delicado adversario, es "Pistón" más popular en su ciudad que la Encarna, que la Raquel, que la amiga de Eugenio Rotschild, que Romanones y su adlátere Joaquinito Salvatella –hoy vizconde de Fifiñanes– que Pagés, que Cagancho y que todos juntos. Y "Pistón" parece no advertirlo. Es célebre a pesar de sí mismo y sin saberlo, como aquel personaje de Molière, que llevaba hablando en prosa desde que nació y que no lo sabía.

¿Cura, no cura "Pistón"? Yo conozco a un amigo mío, que, sugestionado o no, ha curado completamente. Y a una modista de Bilbao también curada. Después, después, esas curas en un café madrileño, preparadas, adobadas, espectaculares, insinceras, no muy decorosas para la austeridad y la llaneza de todo hombre consciente de su valer, me han enfriado un poco... No me importa que los médicos digan pestes de Asuero; se trata, sencillamente, de un hombre que viene pegando y reduciendo la clientela de esos figurones desaprensivos y mediocres de Madrid que cobran cuarenta duros cuando les enseñamos la lengua y que nos envían de unos especialistas a otros –todos compadres– para que nos desvalijen por etapas, a traición y sobre seguro. Nadie hable de la inmoralidad de Asuero, que no cobra o cobra muy poco. Ciertos abogados son unos pobres diablos ante ciertos médicos. Y fetiche por fetiche, me cargan los dos, el científico y el del curandero. Un título académico no vale mucho más que el común asenso de cien comadres pidiendo al saludador que las libre de un mal parto. En el fondo, es otra la enemiga contra Fernando Asuero. "Pistón" no es hombre solemne, sino sencillo. Para ser grande hombre en este país de fantasmones, hay que tener la seriedad del burro. Un médico que juega al "foot-ball", que tutea a Cagancho, que conoce y trata a las cocotes de Bayona y de San Juan de Luz, que atiende más a la entraña que a la apariencia de las cosas, que es un "bon vivant", en una palabra, no puede

triunfar a las primeras de cambio. Los imbéciles, que son legión, no perdonan a los humoristas la falta de solemnidad. Cuanto más necio es un hombre, más hueco y solemne es; cuanto más sabio y bueno, más sencillo, natural e infantil. El solemne necesita de su solemnidad para convencerse a sí mismo de que vale algo y no descompone jamás su figura. Está siempre dispuesto para que lo retraten. Se alía con el sastre, con el zapatero, con el joyero, con la manicura, para encubrir su propia desnudez interior. No tiene más prendas que las que lleva por fuera. Fernando Asuero, que es un chico encantador, no quiere comprarse un chaquet, ni un tubo, ni soltar camelos, ni divorciarse de su esposa, para buscar una heredera rica; Fernando Asuero tendrá que abrirse paso a cornadas, como los Piedras-Negras de ayer...

La ciudad

Es la de siempre. Alegre, coquetuela, limpia, clara, sonriente, educada, fina, "municipal y urbana". Se me antoja la bella Easo una linda muchacha francesa del Midivasco, con la cofia blanca a la cabeza, que baila el aurresku y canta sus amores, lentos y melancólicos como estos atardeceres sobre el mar, en un zortzico... La novia de Pierre Loti, guipuzcoana y española, se me antoja San Sebastián. Moderna y antigua –Loyola y el Casino–, seria y sonriente, a la vez, tiene la "politesse" de la dulce Francia vecina y la austeridad del guipuzcoano de la montaña. Se baña en la Concha, trabaja en Éibar, danza en Igueldo, canta en Zarauz...

Yo quiero mucho esta ciudad, que es un poco la mía; a fuerza de ser de todas partes.

¡Deja que ruede la bola
y al aire!

le digo a mi corazón, que va rodando. Rodando, rodando, se cura de sus aristas, de sus púas, de sus sobresaltos, y se va serenando, poco a poco, a fuerza de rodar. Pues, sí; decía que quiero, por igual, estas ciudades –tan diversas– de nuestra España, porque es España, toda ella, y no mi barrio ni mi ciudad solamente, la que llevo dentro del espíritu en estas horas trágicas de amargura. No quiero ser el hombre de la ciudad única, con llevar la mía muy dentro, pero muy dentro del pecho. Mas no vale la pena de decirlo a todas horas. Solo los chulos cuentan públicamente sus amores...

¡Sí, sí! España es Aragón el recio, y Castilla la pobre, y Cataluña la dulce, y Andalucía la señoril, y Extremadura la feraz, y Galicia la riente y morriñosa, y Asturias la brava, y estas provincias vascas, chiquitinas, laboriosas, finas y señoriles a la vez. Tú España, lector, y la mía, es todo eso, fundido, mezclado, combinado, trabado. Y cada elemento tiene su matiz inefable e inconfundible...

Veamos un momento, Salamanca desde aquí, para acabar. Desde la Concha, se me antoja una inmensa aldea que empieza en la Universidad y acaba en la Armuña. Tiene la ciudad la historia, pero no el presente. Prestigios locales, chismes locales, cominerías locales, problemas que no pasan de Pitiegua y de Moriscos, en lo espiritual.

En lo urbano, en lo ciudadano, en lo "político" municipal, en achaques de higiene urbana, Salamanca deja muchísimo que desear, a pesar de los buenos deseos de los corregidores y de los alcaldes.

El Adelanto (25-07-1929)

Estampas vitorianas

Álava, provincia vasca para la Geografía, es un mosaico para el curioso espectador. Los pueblos del Condado de Treviño, enclavados dentro de ella, son burgaleses, y San Vicente de la Sonsierra, con Avalos y Rivas, son riojanos, Guipúzcoa, le lleva un pellizco, allá por el valle de la Gordejuela, y Navarra otro, con Águilas y las Azas. Con ser la capital de Álava, Vitoria, silla episcopal, casi todos los pueblos de la provincia están sujetos, eclesiásticamente, a la administración apostólica de Calahorra. Y en Álava, el monte es Guipuzcoano; el llano, de Castilla, y el valle, ora de la Rioja, ora de Navarra. Álava es Amurrio, sí, pero, sobre todo, Laguardia. Es más notoria, desde luego, la vecindad de Burgos que la de Bilbao. Tambor y gaita por San Vicente de la Sonsierra, y el *zortziko* con el *aurresku* y el *atzesku*[224] por el Norte, y en el Condado, el tamboril con la copla castellana.

[224] Aurresku (mano delantera) y atzesku (mano trasera): Primero y último de los danzarines que protagonizan y dirigen el Aurresku, danza ceremonial vasca compuesta por varios números de baile contiguos.)

La boina no invade del todo la provincia: por la Rioja alavesa tocan su cabeza con un sombrero de fieltro, y las mujeres con los pañuelos.

Y como Álava, mosaico, incongruencia, es también esta clara y sonriente y bella Vitoria, con sus solaneras, y sus calles anchas, y sus plazas luminosas, y sus hermosos jardines, y sus lindas y alegres modistillas. Su carácter vasco, si lo tiene, está como diluido y apagado por la vecindad castellana, y su influencia de vecindad contagiada por la parte montañesa. Hasta su misma graciosa patrona, la virgencita de Estívaliz, que en la estribación de una sierra se deja mecer por las hayas y los brezos de un valle encantador, se canta en el viejo castellano de Don Lucas de Tuy[225]. Y el señor de Álava es a la vez el conde de Castilla, Fernán González. Y la misma calle vitoriana de los Fueros podría llamarse, por su falta de sabor, aquí cerca, en Miranda o en Pancorbo, de la Novísima Recopilación, o en Burgos o Segovia, de los Comuneros, que junto a ellos pelearon contra el emperador los alaveses, mandados por aquel Pedro de Ayala, conde de Salvatierra, de feliz memoria. Vitoria, digámoslo una vez más, nos da la casi sensación plena de no habernos movido de Castilla. Los mismos graciosos arquillos de Santa María, con sus elegantes doseletes, y su virgen y su tropel de santos, y sus ojivas adornadas de estatuas, miran mucho más hacia Burgos, hacia su Puerta de los Condes, hacia su Basílica, hacia su casa del Cordón, que hacia Bilbao o hacia el Cantábrico. Este poema ojival de piedra del segundo periodo gótico; esta Santa María, de hermoso pórtico y de torre esbelta, que es la más linda estampa que los siglos dejaron en Vitoria, es obra de tierra adentro, castellana, porque hasta ella misma bien pudiera haber sido un castillo, como sospecha el mismo Pirala. Y la iglesia de San Miguel, la de la Virgen Blanca, con su grato sabor renacentista, su retablo de tres cuerpos con esculturas del castellanísimo Gregorio Hernández, aunque ostente en la parte exterior del ábside el sitio donde se colocaba el famoso machete vitoriano, con el que se había de cortar la cabeza a los síndicos de la ciudad que no cumplieran fielmente con su deber de respetar las libertades municipales, obedece también al influjo de Castilla, y a sus ideales de expansión y al soplo y a la inspiración de sus artistas, que hacen del señorío refugio grato para sus ensueños e imaginerías.

Castilla se filtra por toda la historia, y, naturalmente, por las piedras viejas de Vitoria. En la parroquia de San Pedro, enclavada en la calle de la Herrería, tornamos a saborear estas reminiscencias: la escultura yacente de Salinas; la Dolorosa, de Hernández; el cuadro de San Francisco, que evoca la escuela del atormentado Ribera. En el convento de San Antonio, y en el de Santa Cruz, y hasta en los arquillos –que tanto presumen de vitorianos– se palpa asimismo la garra castellana. Estos arquillos, balcones y soportales, tan lindos, al nivel de los tejados de la Plaza Nueva, son el hechizo de la ciudad. Vitoria sonríe en los arquillos. Esta galería civil que construyera el arquitecto Olaguibel en 1794, cuando el huracán revolucionario comenzaba a soplar por toda Europa, antes de que Don Carlos de Borbón asomara su boina blanca por aquellos contornos, resume la gracia de Vitoria. Arquillos de romería, de danza, de baile, de amor discreto y confidencia sabrosa y recatada, oyen con el mismo respeto un *zortziko* empapado de melancolía que un cantar riojano, que ya lleva en su seno los compases bravíos de la jota. Y al pasar los ecos de la canción por aquellos pórticos civiles del pueblo, siempre celoso de su libertad, dejan, en el silencio de la tarde lluviosa, dejos de castidad y de pureza, que conciertan a maravilla con el decoro urbano de Vitoria, con los porches de la Plaza Nueva y con el silencio de los parques y jardines que la envuelven.

Vida Vasca (01-01-1931)
Estampa[226] (31-07-1928)

[225] Lucas de Tuy, también conocido por "el Tudense", (?–1249). Historiador y cronista castellano, canónigo de San Isidoro de León y más tarde obispo de Tui (Pontevedra).
[226] En *Estampa* su título fue «Sensaciones de Vitoria».

OTROS LUGARES DE ESPAÑA

Marina i muntanyenca[227]

Medina

Del pla a la costa. Castella, amb els seus rostolls grocs, amb els seus guarets grisos, estén el seu llenç monòton per aquests pobles de la província d'Avila, Fontiveros, Madrigal de las Altas Torres, Berunil. Fa un fred intens, preludi de nevada. Els poblets destaquen en l'horitzó pelat, llurs campanars punxaguts, en torn dels quals s'agrupen les cases de rajols pagesívols. De tant en tant, de lluny en lluny, s'obira un rabada manant els bous en les feines del sembrat. Silenci cenyit, solitud, desert. La taca grisa d'alguna pineda romp la tràgica monotonia d'aquesta planúria avilenca, vallisoletana, amb els seves terres de llaurada com mocadors, amb les seves vinyes moradenques i amoratades, amb els seus camps de blat de coll verd i tendre, amb les seves masies fosques de fang.

Medina del Campo

El ràpid ve ocupat pel senyors ciervins[228] que tornen de Palència d'admirar llur cabdill, tossut i voluntariós, que va contant arreu, àvidament, els desaires que per al seu grupet té aquest Govern, aquest senyor Dato, mel liflu i escèptic, que ara s'està cobrant vells comptes pendents del fadigat senyor Maura, del santó murcià i del maliciós i serrat cacic de l'Alcárria, Unes quantes hores a Medina. Uns bens[229] es topen quan toca l'hora al vell rellotge del Consistori de la Plaça Major. El castell de la Mota, que presencià la mort d'Isabel I, presideix des d'un pujol la ciutat dels Mercats i de les fires. Xuilen els trens, trencant el silenci de la nit.

Medina és molt bonica y conserva traces del seu passat esplendor cortisá. Voltes i porxos castissos, terradets sortints, esglésies primitives, velles casetes pairals, hospitals enormes, immensos. Els senyorets han organitzat a la plaça al clàssic passeig de la sínia, les dones a una banda, els homes a l'altra, manera de deambular que s'adverteix en les velles ciutats universitàries: Salamanca, Valladolid, Compostela. Les noies tot just ensenyen la cara, embolicades en llurs vels y bufandes.

Madrid

És el Madrid de sempre, mes ple, més dens, mes apretat que mai. Les dispeses i els hotels, plens de gent, amb prou feines si ofereixen un recambró, menut i infecte, al transeünt d'unes hores. Passa la Reina, pel carrer d'Alcalà, a migdia, repartint salutacions i somriures. Al Congrés, els discutidors de sempre, estirats en llurs butaques del saló de conferencies, fan càbales i comentaris per tots els gustos. Al «Gato negro», don Ramon del Valle-Inclan ens conta una història horripilant de bandolers andalusos. Al vespre, a l'Eslava. Catarina Bàrcena interpreta deliciosament una

[227] Publicado en catalán. Tanto en este, como en otros artículos posteriores, añadimos su traducción al castellano para facilitar su comprensión.

[228] Tal vez se refiera a los "ciervistas" partidarios de Juan de la Cierva y Peñafiel, ministro maurista y diputado en cortes en varias ocasiones por Murcia.

[229] Creemos que se trata de un error del cajista al confundir *nens* por *bens*.

comèdia de Bernat Shaw, l'Irlandès, davant d'un públic d'empleats i de petits burgesos, que no es donen compte de quan parla el dramaturg seriosament amb paraules de mofa i quan ho fa en broma amb paraules d'absoluta, completa y tràgica formalitat.

El Madrid de nit, amb els seus cafès cèntrics, els seus «music-halls» un xic rústecs i incongruents, amb els seus «señoritos» mal educats i embriacs, amb seves peripatètiques que enyoren l'aigüera i el mercat de la Cebada, amb els seus trinxeraires tristos que devoren el cafè «con la media tostada» en el recó mes propici del bar; el Madrid del Colonial, de l'Universal, de «Nueva España» i de Candelas. A la carrer de Sant Jeroni, al carrer d'Alcalà, al del Princep, quasi tots els balcons apareixen illuminats a altes hores de la matinada: són els cataus de la nova fornada, disfressats amb pompòsos noms de societats regionals o de cultura. El trenta i quaranta i el bacarrat són l'única preocupació que advertim, en aquest món noctàmbul, que res té d'alegre, de la vila de l'«oso y del madroño». No es parla d'altra cosa que del vermell, del negre, del color, de contra-color, de ple y de cavall.

Una nit terrible de veus, de gustos, de patades, d'interjeccions rotundes i agressives, de violents cops de porta, en la fondeta del carrer de l'Arenal. Oh, les fondetes madrilenyes i castellanes, que ha descrit el nostre estimat Azorín! A la que nosaltres havem descendit a falta de cosa millor, no hi manca un sol detall: les fustes del balcons no encaixen, l'aigua corrent no circula en les aixetes, els timbres elèctrics no funciones, les maritornes –«chulaponas» i descarades– vos responen que no està a punt el cafè i que no bull encara la xocolata.

Barcelona

Barcelona, després de set anys, oferix mil novetats al castellà que no s'ha acostat per les Rambles durant aquest temps. La vida corrent, paorosament cara, és molt menys assequible que a Madrid. El catalans donen una mica la sensació de l'home de l'altiplanicie que ballen una dansa de compàs desconegut.

Arribem precisament en els dies de recrudiment dels crims terroristes. La superfície apareix llisa i tranquilla: son els baixos fons els que s'agiten i remouen a cada moment. Que passa aquí? No ho sabem, no encertem a esclarir-ho: la terrible xarada roman sense solució. Es un senzill problema de policia l'extirpació del terrorisme? Creiem fermament que sí. Nosaltres, des de Madrid, havem advertit que a la Cort no serien possibles aquest símptomes d'indefensió, de manca d'autoritat. Els «Poncios» que de[s] Madrid s'han remès a Barcelona, parlen d'organitzacions misterioses i ocultes, impossibles de desbaratar y dissoldre. Però, des de Barcelona, el terrorisme sembla un plet de simple i pura barateria.

Barcelona se'ns figura més cosmopolita, més complexa que mai, i, ensems, més catalana i típica. No encertem mai a separar de la nostra imaginació les cases burgeses del passeig de Gracia i de l'Eixampla de la deliciosa intimitat de les edificacions que s'agrupen entorn de la Catedral. Per Barcelona ha estat sempre la Rambla i el carrer de Sant Sever, la Via Layetana i el carrer del Bisbe, el xalets del Tibidabo i la baixada de la Canonja. Per Barcelona és el punt de confluència d l'estranger que arriba per mar i del pagès que baixa de la muntanya circumveïns.

Barcelona, el mar blau, tranquil i llis com un llac, la muntanya assolellada pel dolç i tebi sol hivernenc, té l'encís per a l'home del pla de tot poble que a desgrat de les seves lluites i de les seves commocions formidables, sap conservar el segell del seu caràcter i la peculiaritat de la seva fesomia. Amb tot i la gosadia dels arquitectes i de les exigències de la urbanització, Barcelona té encara recons on és possible somiar sense que ens trenquin el son. I als claustres de la Catedral, als patis de la Llotja, a la portalada del Palau del Comte de Centèlles, recordem al nostre comú origen llatí i ens donem compte que Barcelona, la pàtria de Boscan, ha estat el cancell obert que inundà Castella de les gràcies del Renaixement: la tranquillitat, la dolçor i la plenitud. El seny català, catalaníssim, que no és altra cosa que el do de fer-se cárrec, és una qualitat simultàniament marina i muntanyenca.

La Veu de Catalunya (07-01-1921)

Mar y montaña (TRADUCCIÓN)

Medina

Del llano a la costa. Castilla, con sus rastrojos amarillos, con sus barbechos grises, extiende su monótono lienzo por estos pueblos de la provincia de Ávila, Fontiveros, Madrigal de las Altas Torres, Berunil [sic]. Hace un frío intenso, preludio de la nevada. Los pueblecitos destacan en el horizonte

pelado, sus campanarios puntiagudos, en torno de los cuales se agrupan las casas de adobes. De tanto en tanto, de tramo en tramo, aparecerá un rabadán conduciendo sus bueyes en las faenas de sembrado. Silencio prieto, soledad, desierto. La mancha gris de algún pinar rompe la trágica monotonía de esta llanura avilesa, vallisoletana, con sus tierras de labor como pañuelos, con sus viñedos violáceos y amoratados, con sus campos de trigo de cuello verde y tierno, con sus casas oscuras de barro.

Medina del campo

El rápido viene ocupado por señores ciervinos que vuelven de Palencia de admirar a su caudillo, terco y voluntarioso, que va contando todo, ávidamente, los desaires que para su grupito tiene este Gobierno, este señor Dato, melifluo y escéptico, que ahora se está cobrando viejas cuentas pendientes del cansado señor Maura, del santo murciano y del malicioso y cerrado cacique de la Alcarria. Unas cuantas horas en Medina. Unos niños salen al paso cuando suena la hora en el viejo reloj del Consistorio de la Plaza Mayor. El castillo de la Mota, que presenció la muerte de Isabel I, preside desde una colina la ciudad de los Mercados y de las ferias. Silban los trenes, rompiendo el silencio de la noche.

Medina es muy bonita y conserva rastros de su pasado esplendor cortesano. Portadas y porches castizos, terracitas voladas, iglesias primitivas, viejas casetas solariegas, hospitales enormes, inmensos. Los señoritos han organizado en la plaza el clásico paseo de la noria, las mujeres por un lado, los hombres por el otro, manera de deambular que se advierte en las viejas ciudades universitarias: Salamanca, Valladolid, Compostela. Las chicas apenas enseñan la cara, envueltas en sus velos y bufandas.

Madrid

Es el Madrid de siempre, más lleno, más denso, más apretado que nunca. Las casas de huéspedes y los hoteles, llenos de gente, apenas ofrecen una habitación, pequeña e infecta, al transeúnte de unas horas. Pasa la Reina, por la calle de Alcalá, a mediodía, repartiendo saludos y sonrisas. En el Congreso, los discutidores de siempre, tumbados en sus butacas del salón de conferencias, hacen cábalas y comentarios para todos los gustos. En el «Gato negro», don Ramón del Valle-Inclán nos cuenta una historia horripilante de bandoleros andaluces. Por la noche, al Eslava. Catalina Bárcena interpreta deliciosamente una comedia de Bernard Shaw, el Irlandés, ante un público de empleados y de pequeños burgueses, que no se dan cuenta de cuando habla el dramaturgo en serio con palabras de mofa y cuando lo hace en broma con palabras de absoluta, completa y trágica formalidad.

El Madrid de noche, con sus cafés céntricos, sus «music-halls» un poco rústicos e incongruentes, con sus «señoritos» maleducados y ebrios, con sus peripatéticas que añoran el fregadero y el mercado de la Cebada, con sus golfos tristes que devoran el café «con la media tostada» en el rincón más propicio del bar; el Madrid del Colonial, del Universal, de «Nueva España» y de Candelas. En la calle de San Jerónimo, en la calle de Alcalá, en la del Príncipe, casi todos los balcones aparecen iluminados a altas horas de la madrugada: son los cubiles de la nueva hornada, disfrazados con pomposos nombres de sociedades regionales o de cultura. El treinta y cuarenta y el bacarrá[230] son la única preocupación que advertimos, en este mundo noctámbulo, que nada tiene de alegre, de la villa del «oso y del madroño». No se habla de otra cosa que del rojo, del negro, del color, de contra-color, de pleno y de caballo[231].

Una noche terrible de voces, de placeres, de patadas, de interjecciones rotundas y agresivas, de violentos portazos, en la fondita de la calle del Arenal. ¡Oh, las fonditas madrileñas y castellanas, que ha descrito nuestro querido Azorín! En la que nosotros hemos caído a falta de algo mejor, no falta un solo detalle: las maderas de los balcones no encajan, el agua corriente no circula en los grifos, los timbres eléctricos no funcionan, las maritornes –«chulaponas» y descaradas– os responden que no está listo el café y que no hierve aún el chocolate.

Barcelona

Barcelona, después de siete años, ofrece mil novedades al castellano que no se ha acercado por las Ramblas durante este tiempo. La vida corriente, pavorosamente cara, es mucho menos asequible que en Madrid. Los catalanes dan un poco la sensación del hombre de la altiplanicie que bailan una danza de compás desconocido.

Llegamos precisamente en los días de recrudecimiento de los crímenes terroristas. La superficie aparece plácida y tranquila: son los bajos fondos los que se agitan y remueven a cada momento. ¿Qué pasa aquí? No lo sabemos, no acertamos a esclarecerlo: la terrible charada permanece sin solución. ¿Es un sencillo problema de policía la extirpación del terrorismo? Creemos firmemente que sí. Nosotros, desde Madrid, hemos advertido que en la Corte no serían posibles estos síntomas de indefensión, de falta de autoridad. Los «Poncios» que desde Madrid se han referido a Barcelona, hablan de organizaciones misteriosas y ocultas, imposibles de desbaratar y disolver. Pero, desde Barcelona, el terrorismo parece un pleito de simple y pura baratería.

[230] Dos juegos de cartas.
[231] Términos del juego de la ruleta.

Barcelona se nos figura más cosmopolita, más compleja que nunca, y, al mismo tiempo, más catalana y típica. No acertamos nunca a separar de nuestra imaginación las casas burguesas del paseo de Gracia y del Ensanche de la deliciosa intimidad de las edificaciones que se agrupan en torno a la Catedral. Para Barcelona ha sido siempre la Rambla y la calle de San Severo, la Vía Layetana y la calle del Obispo, los chalets del Tibidabo y la bajada de la Canonja. Para Barcelona es el punto de confluencia del extranjero que llega por mar y del campesino que baja de la montaña circunvecinos.

Barcelona, el mar azul, tranquilo y liso como un lago, la montaña soleada por el dulce y tibio sol invernal, tiene el encanto para el hombre del llano de todo pueblo que, a pesar de sus luchas y de sus formidables conmociones, sabe conservar el sello de su carácter y la peculiaridad de su fisonomía. A pesar de todo y la osadía de los arquitectos y de las exigencias de la urbanización, Barcelona tiene todavía rincones donde es posible soñar sin que nos rompan el sueño. Y en los claustros de la catedral, en los patios de la Lonja, en la portada del Palacio del Conde de Centellas, recordamos nuestro común origen latino y nos damos cuenta de que Barcelona, la patria de Boscán, ha sido la puerta abierta que inundó Castilla de las gracias del Renacimiento: la tranquilidad, la dulzura y la plenitud. El seny catalán, catalanísimo, que no es otra cosa que el don de aceptarse, es una cualidad simultáneamente marina y montañosa.

La Veu de Catalunya (07-01-1921)

Notas sobre Extremadura

No olvidaré nunca las impresiones que recibí en una excursión realizada por las dos provincias extremeñas durante el verano de 1917, en un momento durante el cual toda España vibraba ante acontecimientos políticos que dieron al traste con la estructura y con el mecanismo de sus dos partidos de turno. Salí de Madrid una tarde de mayo, polvorienta y calurosa, fecunda en chubascos y lloviznas; unos carros interrumpían el tránsito rodado en la calle de Atocha; de la plaza de toros desembocaba la gente entre algaradas, chillidos y estridencias y el barrio de las Delicias era, todo él, un vaho nauseabundo de fritangas aceitosas y de churros pesados. Apenas nadie en la estación. El páramo manchego, las torres de Illescas arañando un cielo lleno de estrellas en la noche fría, el valle de la Sagra con sus trigales dorados henchidos de espiga y sus huertucos verdes y frescos a la orilla del Tajo, y después de unas horas de traqueteo, en la ciudad episcopal de Plasencia, eje de una comarca feracísima y centro natural de las comunicaciones ferroviarias de la provincia de Cáceres. Plasencia, vieja ciudad episcopal, era, en aquellos momentos, una ciudad de leyenda, cuyo espíritu ha dejado en el mío un fuerte aroma de encantamiento. Los torreones del palacio de doña María la Brava, la recia dama salmantina que cortara en un mesón de Portugal las cabezas de los Manzanos, asesinos de sus hijos; las casucas recatadas y picaras que rodean el cerco de la ciudad, y de las que salieron para correr aventuras aquella Esperancica, solaz de estudiantes salmanticenses, que enhechizare a Cervantes, y aquella serrana de la Vera que alegró la mocedad atropellada del buen Lope; los balcones esquinados y los escudos musgosos en las plazoletas silenciosas; el palacio episcopal, amurallado, con su aire de fortaleza y de castillo, Plasencia era, a la luz del alba, una ciudad esencial y castizamente castellana.

En todas las ciudades que visité después, Trujillo, Cáceres, Mérida, Don Benito, Coria, repetía la misma observación. Extremadura era una Castilla más sobria, más acusada, con trazos más dibujados y con perfiles más recios que la región leonesa-castellana. Extremadura, como Aragón, y acaso por el mismo paralelo proceso histórico, resumen y compendian, mejor que todas las restantes regiones y comarcas del país, todas las virtudes y todos los vicios de la raza. Extremeños son los conquistadores Pizarro y Cortés; extremeño es aquel encendido San Pedro de Alcántara que diluye su espíritu en una dulce vida de apostolado; extremeña es la Tía Fingida de Cervantes, emplumada por los corchetes, entre el regocijo de virotes y alcahuetas, en la plaza mayor de Salamanca; extremeño es el atormentado Espronceda; extremeños son Donoso Cortés y Moreno Nieto. Es un pueblo que acaso no produce finas inteligencias perspicaces, pero que produce recios caracteres inolvidables. Y con sus matas de lentiscos, con sus verdinegros olivares, con sus mares dorados de mieses, con las ringleras grises de sus encinares y alcornoques, el paisaje es recio también, y vigoroso, y si cupiera una expresión que matizase exactamente las visiones que conservo de aquel entonces, diría que hijo de la voluntad y de la energía. Nada de medias tintas, ninguna flojedad ni desmayo en la región extremeña; es un pueblo viril, de porvenir espléndido, de escondidas fuentes de riqueza que saldrán a la superficie en cuanto las almas den escape al dolor que les agobia hogaño, aunque actualmente padezca como comarca española no padeció nunca.

El campesino es de una sobriedad angustiosa. A su lado es un pequeño Nabab el castellano. Con su gazpacho, con sus poleas, con sus tomates, con sus pimientos, se mantiene de pie todo el día, trabajando de sol a sol. La anemia le consume la faz, la tuberculosis le roe los huesos, el paludismo le aniquila, la viruela marca en él para siempre el estigma de la miseria y del abandono. Y el extremeño, como un santo de Ribera, que era extremeño, o como un fraile de Morales, que también anduvo toda su vida embadurnando lienzos por las iglesias de los pueblos extremeños, se mantiene en un éxtasis perfecto, sin protestar, con un desprecio a la vida y con un estoicismo tan terrible que recuerda el acatamiento de los viejos *moujiks* a las órdenes del padrecito Zar. Porque la concentración de la tierra llega a límites insospechados lo mismo en Cáceres que en Badajoz. Recuerdo, por ejemplo, que el partido judicial de Navalmoral de la Mata, todo él pertenece a siete propietarios; que cerca de Plasencia hay una dehesa erial en su mayor parte, que contiene 100.000 fanegas de tierra, bajo una sola linde; que de Cáceres a Mérida –setenta y tantos kilómetros de extensión– no se ve la más pequeña aldea, ni el caserío más insignificante. Así no es de extrañar que Extremadura sea una de las regiones españolas que tienen menos habitantes por kilómetro cuadrado. Los pequeños núcleos campesinos son totalmente imposibles con semejante sistema de concentración territorial. Luego se da en la realidad un régimen de subarrendamiento de tal naturaleza que todo el peso de la tierra gravita sobre el que la araña y trabaja directamente. El dueño, absentista y titulado generalmente, uno de estos aristócratas blasonados de Madrid que tiene a gala no conocer sus propiedades y que profesa un santo horror a la vida provinciana, delega todos sus poderes en el administrador, con el que concierta un precio alzado de rentas. El administrador, entonces, subarrienda el suelo a una tercera persona, esta tercera persona subarrienda los pastos a una cuarta, etc., y todo este mundo parasitario vive a espaldas del pobre colono, que, generalmente, en el plazo de cinco años por el que suelen firmarse todos los arrendamientos agrícolas de la región ha perdido todos sus ahorros y toda su salud y tiene que marchar fuera del país.

El régimen de la tierra, contrario a toda parcelación y fatalmente favorable a la improducción, por los rutinarios procedimientos de la agricultura al uso y por la tremenda extensión de las zonas de cultivo, explica luego, perfectamente, toda la vida espiritual y política del país.

El amo es un señor misterioso, que no conoce el país, que no lo conocerá nunca, y que ha delegado todo su omnímodo poder en su administrador, que vive generalmente en un viejo palacio de Cáceres y de Trujillo, lleno de humedad y lleno de sombra, por el que no penetra el sol desde hace acaso varios siglos. El administrador –no hay que decirlo– es el cacique de la comarca y los que con él contratan los subarrendamientos se truecan, como es natural, en sus segundos y lugartenientes, en los caciques de menor cuantía, azote de las aldeas. En estas observé siempre que los cargos concejiles y de justicia municipal estaban vinculados en los pequeños administradores. El campesino, en consecuencia, tiene siempre que capitular para vivir su vida de trabajo de sol a sol y para comer sus gazpachos y sus poleas. La vida ciudadana es un reflejo exacto del régimen económico de la tributación de la tierra.

Pero el día en que Extremadura torne a sus viejas andanzas de vida corporativa y gremial, el día en que los actuales trastornos del mundo penetren en el cerebro impermeable de sus directorzuelos actuales, Extremadura será una de las regiones más ricas y habitables de la Península. Apunta para ella un porvenir espléndido. Con que su suelo produzca lo que naturalmente tiene que producir, Extremadura no solamente se sustentará a sí misma, sino que será un mercado cereal y olivarero de una importancia formidable. A lo que yo he visto, la caza y la pereza dejan improductivas dos terceras partes de la superficie total de la región.

En la parte baja, en Badajoz, asoman ya tímidamente, ante el empuje del trabajador manual, las pequeñas asociaciones de propietarios, no solamente para utilizar las máquinas en el cultivo, sino también para utilizar el crédito en las empresas agrícolas. Comenzará entonces a vivir y a crecer el núcleo aldeano, y el señorito, parásito del todo en esta región, emigrará de la política y acaso de la tierra.

Para la vida del espíritu, Extremadura será siempre un lugar de refugio y de acogimiento. La raza ha dejado en ella huellas indelebles de su pasado esplendor. Un espíritu curioso podía escribir hoy una historia del nuevo descubrimiento de Extremadura en la seguridad de que sus afirmaciones serían novedades para este país, cuyo más terrible pecado es el de desconocerse a sí mismo. Así, Cáceres es uno de los pueblos donde la dominación romana dejó los más encantadores vestigios de su grandeza y de su poder; la vieja Castra Cecilia, capital de cónsules, tiene hoy los puentes, los acueductos, las cloacas que Roma la legara. Mérida es una de las ciudades españolas más ricas en maravillas arquitectónicas; el turismo puede, perfectamente organizado,

ser un venero de riqueza para estas dos ciudades, escondidas en un rincón del Oeste, sin grandes medios de comunicación y con horarios de trenes, absurdos e inasequibles. Plasencia y Coria, tranquilas, silenciosas, episcopales, son museos ignorados en iglesias, en hospitales, en casas solariegas, en retablos y en imaginería. Trujillo conserva la herencia del contacto que tuvieron sus hijos con América, su carácter señoril y sosegado y sus maneras de una gran ciudad que era la bucheta de sus tránsfugas y aventureros. El monasterio de Juste[232], rodeado de uno de los paisajes más abruptos que conozco, y el de Guadalupe, rica joya del Renacimiento, comienzan a atraer ahora la curiosidad universal.

En resumen, yo creo que Extremadura saldrá de esta crisis más lozana y vigorosa que nunca, y que muy pronto podrá borrar de su recinto vergüenzas como las de las Hurdes que son el corolario natural de una larga etapa de vergüenza, de abandono y de ignorancia

Mercurio (08-09-1921)

El pueblo de Dorotea

Esta preciosa fotografía de Paramount es una estampa clásica. La bellísima actriz miss Evelyn Brent, subida en un borrico, a la vera de dos artistas, sus amigos, que peregrinean por los pueblos españoles en busca de emociones fuertes, parece la silueta de una mujer de Romero de Torres. Y el pueblecito, que se extiende a los pies de miss Evelyn, tiene una luminosidad cristalina y la pureza de una madrugada de Mayo. En el altozano, la ermita; ringleras de olmos en la lejanía, casitas blancas, una torre mudéjar, este pueblecito andaluz tiene los hechizos todos de la «leyenda española», y nunca pudiera escoger mies Evelyn más hermoso escenario para sus boutades americanas del Spanish Jade.

Estos pueblecitos de España –catalanes, valencianos, manchegos, castellanos, leoneses, extremeños o andaluces– son más evocadores que sus ciudades viejas y legendarias. En este pueblo andaluz puede nacer muy bien Dorotea, la Infanta Micomicona de nuestra novela inmortal. Las casonas anchas, blanqueadas, que aguantan el resol de todo el día, son casas de labrador. En esas casonas hay cuadras, corrales, cocinas de matanza, bodegas de vino, lagares de aceite, en los pisos bajos. Y en la estancia principal las doncellas entretienen sus ocios con la aguja, la almohadilla o la rueca. Si las doncellas son principales e hidalgas, recrean el ánimo, bien con la lectura de libros devotos, bien tocando el arpa, porque, como muy bien encarece Miguel de Cervantes, «la música compone los ánimos descompuestos y alivia los trabajos que nacen del espíritu». Y el arpa es el comentario más dulce a las palabras de amor, y la aguja a sus silencios, devaneos y fantasías.

Las doncellas de estos pueblos –como Dorotea– van con el alba a la misa de la ermita que está en el altozano; pasean por las tardes, a la hora de la fresca, por los huertos y alamedas que encinchan el pueblecito; se acuestan por la noche al toque de oración, a la hora misma en que se recogen los bueyes bajo las tenadas. Pero no duermen; sueñan. Hay rejas en los pisos bajos, y por las calles rondan con el guitarrito y sin más armas que el bordón y las coplas, los galanes. A las diez, a las once, se rasga el silencio profundo de estos pueblecitos, y las mozas se asoman a la venta:

Rosa: si no te cogí,
fue porque no me dio gana.
Al pie de un rosal dormí,
y rosas tuve por cama;
por cabecera, un jazmín.

Estos pueblecitos, a los cuales se asoma la encantadora miss Evelyn en sus excursiones por España, son los amados por nuestros grandes ingenios. Fray Antonio de Guevara, el sabio obispo de Mondoñedo, no se cansa de loarlos a cada momento. Cervantes hace surgir de estos rosales a claveles tan lindos y tan fragantes como Dorotea, como Luscinda, como la pastora Marcela. Lope de Vega y Tirso de Molina buscan el marco de la Vera, de Olmedo, de Plasencia, para sus más lozanas figuras de mujer. Pereda nos muestra el regusto ácido y agreste de sus flores salvajes. Valera hace dialogar en estos pueblos a Juanita la Larga, a Pepita, la de los ojos verdes, y a D. Luis, el estudiante. Los hombres urbanos, un poco cansados del urbanismo y de sus complicaciones, pre-

[232] Así en el original por Yuste

fieren la mesa humilde, la loza de Alba bien labrada –como el fraile Agustino–, el beso sonoro, el rostro colorado, la palabra ingenua y el casto y sencillo mirar de unos ojos grandes.

Y hay en estas niñas como la transfusión de la luz, del silencio y de la calma del ambiente donde han creado sus primeros sueños. Su figura no es otra cosa que la encarnación de su tierra en un cuerpo de mocita. La misma miss Evelyn ya hemos dicho que parece enteramente, en esta linda estampa que comentamos, no una neoyorkina complicada, sino una chavala de Romero de Torres, abstraída en el ritmo de la copla que compone para ella su galán.

La Esfera (01-07-1922)

Una vieja ciudad

El tren pasa raudo por los primeros vallecicos de la región placentina. Estrellas saltonas en el cielo, el manchón lechoso del camino de Santiago, chispas que se desprenden de la máquina y que trazan círculos caprichosos antes de caer al suelo, pero humeantes y candentes. El tren silba, ronca angustiosamente. Pedregales, olivos y regatuelos, lucecillas de una aldea cercana.

Calor terrible en el tren, rústicos compañeros de viaje, unos aldeanos del pueblecito donde murió Gabriel y Galán –Guijo de Granadilla– discurren sobre política cacereña y parece que se entienden los jefes de los bandos adversos. Y los interlocutores guiñan expresivamente sus ojillos pardos y maliciosos. En Almendral, sube al tren un viajero de guardapolvo, sombrero cordobés, bigotes largos y mirada inexpresiva; lleva a Cáceres, en sendas alforjas de cuero, atiborradas de plata, los dineros de la contribución. Y con los de Granadilla se enfrasca en el tema politiquero de las diferencias locales y de socampana. Y así me entero de los pares que en el valle tiene el señor Cepeda, de que Mariano Delgado se presentará candidato contra el banquero Gamonal «en las próximas», de que el obispo de Plasencia es un orador formidable y amigo de Lerroux y de que en la Vera florece la cosecha como fruto virgen, bravío y tempranero[233].

Me asomo a la ventanilla. Un vientecillo sutil y cortante que sopla desde tierras avilesas, desde el puerto de Tornavacas, hace más agudo y sonoro el continuo silbo de la locomotora.

Y un riachuelo espumoso –¿el Yerte?[234]– se desliza por entre hendiduras azigzadas simétricas. Y unas luces blancas desparramadas aquí y acullá alumbran unas casitas alegres que forman un islote. Y en lo más alto del islote, las almenas de un viejo palacio amurallado. Y la masa ingente y maciza de la Basílica que toma cuerpo entre las sombras. Y unos viejos torreones a la izquierda, y los ojos negros de un acueducto que parece, en la noche, suspendido del abismo. Y olivos, y viñedos, y ringleras de chopos y de sauces en el camino.

Y nuevas luces en la falda del monte. Y la queja del río hendido entre las grietas y comisuras rocosas, que sirven de asiento al islote fantástico de la visión nocherniega.

Plasencia... El coche que brinca sobre los rollos de la calle, patios de mesones alumbrados con candil, vestigios de muralla, campaniles achaparrados de ermitas toscas. El reloj del Consistorio lanza una sonora y lenta campanada: la una.

Y sacudo el polvo del viaje, vagabundeo a la ventura por las calles placentinas en las primeras horas de la madrugada.

Y adrede me dejo perder por estas vías, por estas plazoletas, que ya he visto y contemplado antes de ahora. Nadie en las calles. En este rincón crece la hierba, la fachada sobria y limpia de una iglesia románica está solamente iluminada por el claror lechoso del camino de Santiago. Un convento a la derecha; las rejas acaban en clavos puntiagudos; las ranas croan en el Yerte.

Calle del Melo, plaza de Sosa... Casonas enjabelgadas [sic] con el escudo en el portón; los blasones de la ciudad «placentera a Dios y a los hombres», entre ventanas y rejas; la prisión que mandó levantar –leemos en la fachada– el alto y poderoso señor don Felipe III, rey de las Españas.

[233] La frase "y de que en la Vera… y tempranero" no aparece en *El Luchador* ni en *El Pueblo*.

[234] Así en el original por el Jerte. Aunque no es usual, sí se encuentra escrito así en algunos textos españoles del siglo XIX y principios del XX.

La Plaza. Allá, lejos, la crestería de la Basílica rompe el telón de la tenue blancura que desciende del cielo. Dos lindas iglesias más, una callecita estrecha, el seminario feote y enchafarrinado[235] de rojo, las rinconadas de la iglesia mayor. Y la evocadora plaza episcopal, en fin, que tiene en esta hora un encanto supremo. Un palaciote, de esquinado balconaje, con dobles blasones tallados en piedra, se destaca al fondo; a la izquierda, una vía en cuesta limitada, a lo lejos, por la sombra maciza de dos torreones negros; frente a Santa María; sobre la portada episcopal, lucen dos estrellas alumbrando el clásico sombrero acordonado. Y maúllan unos gatos lastimeramente y una codorniz que se despereza canta en gorjeos secos y rápidos su alborozo mañanero.

Más calles en cuesta, nuevas casonas blasonadas, más conventos en la ciudad de doña María la Brava o de Monroy. Y la puerta de Trujillo, junto al puente, que nos recuerda las andanzas cervantescas, sus busconas eruditas, sus doncellas resabiadas, sus virotes trasnochados y fogosos. De Plasencia es «la tía Fingida», aquella oronda doña Claudia de Meneses que exhiben en una jaula por alcahueta los corchés[236] salmanticenses; placentina es la buena Esperancica, a la que escoltan, pregonando su fingida honestidad, las dueñas de tocas tupidas y de mangas arrocadas; placentino es aquel aventurero don Cristóbal de Villalón que saborea en Italia fuertes y picantes aventuras de mocedad; placentinos son aquellos, taimados Loaysas, diestros en templar guitarreos, escalar viviendas de doncellas tempranas, señalar barajas y dados y embaucar maridos inexpertos. En esta puerta de Trujillo florece la vieja picardía española. Las casitas toscas, viejas, de cuatro siglos, tienen un aire de complicidad misteriosa, y en ellas, Esperancica, primero, y la Serrana de Vera, después, concertaron sus trotes y retrotes de placentero amor.

Seguimos paseando ya fuera de la ciudad. Balconajes de madera, tapias altas, un castillete en el palacio episcopal, amurallado. En un muro, la imagen de una virgen morena, alumbrada por un farolillo, mesones clásicos, el cuadrilátero de la vieja fortaleza de Alfonso VIII. En las estribaciones de la sierra, casitas blancas entre ringleros de olivos, sobre el verde cárdeno de los viñedos. La rayita, cerca del puerto de Tornavacas, azulada como siempre, pero con los reflejos anaranjados del sol naciente que se refractan en el puerto. Y una ermita preciosa, románica, de campanil alegre y campesino, presidiendo la visión mañanera.

Amanece, tañe primero la esquilita de un convento monjil nerviosamente; luego, una campana sonora; después, con más alborozo y resolución, los bronces cardenalicios. Y las viejas acuden a las primeras misas. Y las mocitas, oliendo a agua fresca, con el devocionario y la mantilla, acompañan a las viejas. Y los clérigos marchan presurosos a la sacristía. Y los pobres aldeanos del Valle vienen a los mercados con sus tomates, pimientos y cebollas. Plasencia, se despierta.

El Noroeste (16-05-1925)
El Luchador (15-05-1925)
El Pueblo[237] (20-05-1925)

Una visión de España

Estoy deseando que llegue Abril para marchar volando hacia Sevilla, del mismo modo que he ido volando a la capital de Cataluña. Conozco el Nordeste de España a dos mil quinientos y tres mil metros de altura, y deseo conocer, del mismo modo, el Suroeste español. Desde el espacio se ven muchas cosas que no pueden apreciarse a ras de tierra.

Un paseo dentro de la cabina de un hermoso trimotor, asomado a la ventanilla, pendiente de lo que se ve abajo, en los valles, y en las hondonadas, y en la orilla de los ríos, y en la de las costas del mar, y sobre la cima de los montes, es sumamente curioso y confortador. Nos damos cata, por ejemplo, de que las grandes alturas no marean, sino las pequeñas. Yo, que estuve a punto de marearme asomado en lo alto del campanil de la Catedral de Milán, soporté perfectamente, hace unos días, la visión de Mora de Ebro, con el puente sobre el río, a tres mil metros de altura. Con las pequeñas eminencias humanas sucede lo mismo que con las topográficas. Un Presidente del Consejo de ministros es siempre más asequible que un diputadete provincial de estos de complemento que se han usado y estilado hasta la fecha. Un hombre de talento es siempre más

[235] Posiblemente derivado del verbo chafar en el sentido de deslucir, manchar. No es término exclusivo de Sánchez Rojas ya que se encuentra en otros textos. Por ejemplo "las estrellas de cartón enchafarrinado de purpurina…" (Pascual Millán en *Sol y Sombra*, Madrid 15 de junio de 1905)

[236] Seguramente quiso decir o escribir *corchetes*, alguaciles de épocas pasadas.

[237] En *El Pueblo* se tituló «La vieja ciudad».

sencillo que un majadero cualquiera. Quedamos, señores míos, en que las alturas no marean asomándonos a las ventanas de la cabina del trimotor y que, en cambio, dan la sensación del vértigo torrecillas que, vistas desde lo alto, son juguetitos deleznables y pequeños.

Y se tiene también, desde arriba una visión, verdaderamente trágica, de España. España es un gran desierto. Parece que no habita en ella ser viviente alguno; Guadalajara y Soria, y Teruel, y Lérida, viven azotadas por todos los vientos y castigadas por todas las inclemencias naturales. Los caminos muertos y las veredas de cabras, son mucho más numerosos que las calzadas y las carreteras reales. Pocas líneas férreas. Naturalmente, pocas líneas telegráficas y telefónicas también. La luz eléctrica no ha llegado todavía a muchas aldeas. Y mucho terrón estéril que no aguanta el desgarrón del arado y que es rudo a la fecundación del abono y de la semilla. Vemos pueblos, ciudades, de rara en rara vez. La naturaleza no ha sido dominada todavía por el hombre. Bien pronto nos damos cata, mientras navegamos por los aires a 120 kilómetros por hora, o más, si llevamos viento favorable, de que las grandes ciudades están adelantadas tal vez un siglo a las pequeñas. La comodidad y la civilización son patrimonio exclusivo de las clases ricas: el pastor se alumbra con el aceite del candil o con el sebo de la vela. Esa parte de España es pobre, y, por ende, inculta.

En Teruel y en Soria hay zonas enteras que no han sido holladas aún por la planta humana. Buena parte de nuestros territorios es desconocida y está todavía inexplorada por los españoles. Cuando un hombre de la talla mental del ingeniero aragonés don Lucas Mallada y Campos se decide a caminar a pie por toda la península, puede luego, en sus ratos de ocio y de reposo, lanzar las teorías más originales en torno a nuestra historia y a nuestro temperamento.

En Cataluña se rompe la monotonía del aislamiento y de la soledad. La población comienza allí a ser densa y las masías se multiplican así en el valle como en los alcores y estribaciones de la montaña. Puntitos blancos y más puntitos blancos. Una delicia. Casa y tierra; hogar, familia y patrimonio. Todo el campo, en la frontera de la provincia de Lérida con Barcelona, sobre todo, es un inmenso pueblo, donde no se ve un solo kilómetro cuadrado que esté deshabitado. La tierra catalana es de los catalanes, así como la tierra de Teruel es solo de las águilas o de las cabras. Se comprende que en Cataluña el sentimiento regional sea violento y exaltado y nos percatemos de que en Teruel los que puedan vivir sin grandes esfuerzos se trasladen a los grandes núcleos de población. Desde lo alto, nos damos cuenta de que necesitamos todavía colonizadores animosos dentro de nuestro propio territorio.

El Adelanto (25-02-1930)

En torno a las Exposiciones: Por ciudades

Con muy distinto sentido espiritual, y representando completamente cosas diversas, puede decirse, sin hipérbole alguna, que las dos ciudades que mejor representan hogaño a nuestra España son, precisamente, Barcelona y Sevilla. Hilando muy delgado y sutilizando mucho más, puede afirmarse aun que Sevilla y Barcelona son las dos ciudades españolas por antonomasia. Sevilla es España y es Castilla hecha ciudad desde el siglo XVI, con su tradición ciudadana jamás interrumpida y siempre viva y pintoresca. Lo que sorprende en Sevilla, a los ojos del sagaz y del avisado que sabe ver por su cuenta sin antojeras ajenas, no es la nota fácilmente casticista y comúnmente falsificada de la flamenquería al uso, sino el fenómeno, perfectamente demostrable, de que Sevilla fue el espejo de la España tradicional y castellana. Las mismas procesiones y cofradías de hoy no son más que el eco de los gremios y de las hermandades de ayer. El puerto interior, el brazo del Guadalquivir que baja hasta el mar para hundirse en él, da a Sevilla su prestancia y calidad de ciudad de primera clase. La historia, repito, jamás se ha roto en ella, sino que ha continuado siempre.

La España árabe cede ante la España cristiana de San Fernando, fundador del Monasterio de San Clemente, y, sobre todo, ante la España política, a partir del descubrimiento de América. Es, a la vez, sede peninsular y sede ultramarina. Se adivina que América, recién descubierta, esté mucho más cerca de Sevilla que de la meseta. El Guadalquivir moldea la ciudad, y al juntar sus aguas con el mar, europeíza y universaliza la urbe. Por ser emporio de riquezas, es también emporio de arte Sevilla. Tiene tal vitalidad que *sevillaniza* todo cuanto toca, esfumando contornos y sin acusar relieves, precisamente todo lo contrario de lo que generalmente se cree.

Lo de Barcelona es otro cantar. Mi posición de castellano situado geográficamente entre las dos urbes, y henchido de amor por ambas, me permite, creo yo, verlas tales como son. Barcelona, en los esplendorosos tiempos del reinado de Aragón y de su Condado, mira a Oriente. Es la

ruta de luz, la ruta que persigue Barcelona con sus ondas mediterráneas. Es el paso de Italia, el de Grecia, el de las islas orientales, la empresa de las Cruzadas, el peligro del turco y el desquite glorioso de Lepanto. Si el Cristo titular de Sevilla puede ser muy bien el trianero del Cachorro, obra cumbre de Montañés, el de Barcelona es el Cristo de Lepanto, que tiene la cabeza agachada para esquivar los flechazos y arcabuzazos del infiel. Barcelona ha nacido, en puridad, para sortear y esquivar peligros de toda laya. Urbe de los *Usatges* y del Consulado del Mar antaño, es hogaño la ciudad de unas transacciones que en realidad no hace y de unas afirmaciones o negaciones que, en verdad, en verdad, podemos asegurar que no sustenta. Tiene su lengua que es su espíritu, y todo su sistema circulatorio, pero esa lengua es tan apta y flexible y contemporánea que expresa todos los matices de un pensamiento y varios pensamientos a la vez. La Barcelona «riallera» de Maragall es también la urbe seria, y trabajadora, y acompasada, demasiado acompasada, que danza sus sardanas en el monte. Ciudad del pasado, es, a la vez, ciudad de muchas épocas. Y tiene a la vez –supremo encanto de su catalanidad consciente– y tiene a la vez el hechizo de una aldea. Nada de común tenían las muchedumbres ácratas que cantaban los domingos himnos revolucionarios de vuelta de la excursión campestre, con los grupitos de honestos burgueses que esperan en el patio de la Catedral la llegada del señor Obispo para besarle su pastoral anillo. Barcelona, ciudad de fábricas, es la de su Basílica, que yo veo como una inmensa lonja de su fe, y de Nuestra Señora del Pino, y de Santa María del Mar. Junto al Paseo de Gracia hay una calle de San Pablo. Los siglos están fundidos y mezclados en Barcelona, pero, en las afueras, sobresalen las agujas de la Sagrada Familia. Se rebasa y se desborda a sí misma Barcelona. Es la ciudad «in fieri», por hacer, en tejer y destejer perennes, como Sevilla es la ciudad completamente hecha, lograda y terminada. Ninguna de las dos ciudades es. Sevilla «fue»; Barcelona «será». En Sevilla advertimos lo que hemos sido y por qué hemos sido así; en Barcelona nos asomamos a los abismos, sin orillas ni límites, del porvenir. Sevilla es un recuerdo y Barcelona una interrogación.

Tal vez la característica de ambas Exposiciones es precisamente esa. Pero el tema es largo y tentador. Ocasiones tendremos de entrar en él con más espacio, despejadas estas sensaciones que nosotros tenemos, fuertemente arraigadas, de las dos ciudades.

Mercurio (27-02-1930)

Impresiones de un hombre que vuela por primera vez

A las doce de la mañana, en «auto», al aeródromo de Getafe... La calle de Alcalá, el Banco, el Hotel Ritz, la mole triste y miserable del Hospital General. Estas casuchas sórdidas; estos barracones de madera que encinchan el casco municipal y espeso de Madrid. Una mañana soleada, pero fría; el cierzo corta como una navaja; la carretera de Andalucía está llena de baches; el Cerro de los Ángeles se divisa en la lejanía.

A la vista, Getafe y su campo de aviación. Oigo, desde lejos, el ruido horrísono de las hélices de los trimotores; acaba de llegar el avión de Sevilla; está listo y preparado el que nos ha de traer, en poco más de dos horas y media, a Barcelona.

– ¡Fuerte viento! –dice un compañero de viaje–. Me parece que vamos a tener baile.

Hago de tripas corazón, resuelto a salir airosamente de mi empresa. Puedo venir en el tren, y prefiero el trimotor. ¿Por qué? ¿No tengo derecho a gustar sensaciones nuevas? ¿Qué es eso de viajar por el aire? ¿Qué fisonomía presentan los pueblos de mi España a dos mil metros de altura? ¿Son tan desagradables los baches del aire como los de la tierra? ¿Voy a asustarme por un baile más o menos, yo, que he apurado todas las danzas y contradanzas de esta pícara vida?

Estrenamos el aparato. No lleva bolsas higiénicas de papel, ni tampoco correas para atar a los viajeros. Tomo asiento en mi sillón, y a placer me repantigo, dispuesto a afincarme y a enraizarme en él. Se inicia el vuelo. Tengo la sensación de que es la tierra la que se mueve, pero no el avión. A los dos, a los tres minutos, Getafe se me antoja un juguetito, y la mancha plateada de Madrid confunde su tono con el de las nubes pardas que lo cubren. Resaltes y alcores por el llano. Dijérase que el aparato no se mueve de un punto fijo del espacio. Tierras de pan llevar; monte; las orillas del dulce Henares. Ahí abajo, a la izquierda, Guadalajara. No aparto un momento mis ojos de los cristales de la ventana. Diviso Sigüenza con unos prismáticos, y saludo, desde la altura, su hermosa catedral fortaleza. Tierritas azules, verdes, rojas, como pañuelos; las carreteras y las calzadas son cintas blancas en la llanura gris. Las primeras jorobas; tierras de Aragón... Aldeúcas pequeñitas, juguetitos de cartón que puede destruir un bebé de un manotazo; tonos calientes

de tierra roja y vieja; riachuelos; casitas de adobes perdidas en la inmensidad. ¡Ay! ¿Los primeros baches? Sin duda alguna. Advierto una leve angustia en el estómago. ¿Miedo, mareo? Indudablemente no; es hambre lo que yo tengo. Desayuné en Madrid a primera hora una pequeña taza de café con leche y unos churros calientes; son ya las dos de la tarde. A través de este bello aparato que surca el espacio, comienzo a desinteresarme de esta pobre y mísera zona de Teruel, cierro los ojos y abandono los prismáticos a un compañero de excursión.

Sol en las cumbres; nieve –mucha nieve– en la hondonada. La tierra se va tornando áspera y rugosa; prominencias por todas partes; los picachos zarcos del Moncayo, a la izquierda. El aparato camina con una regularidad perfecta y con una velocidad espantosa; por primera vez, sobre Daroca, aprecio ya, con toda justeza, que la tierra está quieta, en efecto, y que es el trimotor el que corre con una velocidad infernal.

El mecánico abandona su asiento por unos minutos; entra en la cabina; cruza con nosotros unas palabras:

–¿Qué tal el vuelo?

–¡Magnífico, señores! –exclama–. Llevamos un viento favorable. ¡Dentro de una hora diez minutos aterrizaremos normalmente en Prat de Llobregat!

Se me van cerrando poco a poco los párpados y duermo, como un niño, camino de Lérida. A los diez, a los doce minutos, me despierto. Puntos, muchos puntos blancos en el llano y en el otero, en el alcor y en el monte; volamos sobre la dulce tierra catalana. A la izquierda, el Norte, los Pirineos, Huesca, la ruta de Jaca y de Canfranc. ¿Qué picacho será el de Guara? ¿Qué valle de estos corresponderá exactamente a Huesca? Y la franja ancha, infinita, inmensa, del *mare nostrum*, del Mediterráneo, del *mar blau* de las huestes de Jaime el *Conquistador*, de las Cruzadas y de Oriente. Barquitos de vela perdidos en el mar; montañas de agua; espesura en los acantilados de la costa, San Vicente, y dos minutos después Sitges, blanco, muy blanco, con los salientes del Can Ferrat[238] y de Mar i cel, con el pórtico de San Pedro lamido por las olas, con hotelitos y masías extendidos a todo lo largo de la costa de Garraf.

Y Barcelona a la izquierda, extendida sobre un valle, y las alturas de Vallvidrera, y el Tibidabo, y Montjuich... Advierto una aguda sensación de estremecimiento: creo que la tierra sube a las alturas y que danza una terrible zarabanda en torno a mis ojos. Miro hacia el piloto y el mecánico; sonríen; un fuerte viraje, tal vez... Descendemos, aterrizamos; me parece que ya puedo coger con la mano las copas de los árboles; sobre una ringlera de casitas blancas, encerradas en sus jardincillos, leo cuatro letras que me devuelven el sosiego: Prat. Y ya estamos en tierra; las ruedas del trimotor se agarran a ella fuertemente; cesa el ruido de los motores, abrimos la puerta de la cabina y ya sonreímos francamente. Las cosas soñadas valen siempre mucho más que las vividas, y este viaje de Madrid a Barcelona en poco más de dos horas y media, con el viento favorable, me ha enseñado que a mi regreso, también por la ruta aérea, naturalmente, debo almorzar de antemano para no confundir los desfallecimientos morales con los puramente fisiológicos.

Crónica (02-03-1930)
El Adelanto[239] (11-02-1930)

Divagaciones desde la altura

Las grandes distancias no producen mareos ni vértigos; a más de mil metros de altura contemplamos la tierra con la mayor serenidad. Son las pequeñas eminencias únicamente las que dan a las gentes sensación de superioridad. Cuando las nubes, como si fueran copos deshilachados de algodón, juegan a nuestros pies, nos familiarizamos de tal suerte con las cumbres que las vemos como cosa corriente y natural.

He volado desde Madrid a Barcelona, y he vuelto desde la Ciudad Condal a la Villa del Oso y del Madroño. Mi viaje aéreo me ha defraudado bastante. Vale mucho más lo que soñamos que lo que vivimos. Arrellanado en un cómodo sillón de una cabina confortable; contemplando con unos prismáticos a través de los cristales de la ventanilla el paisaje de pinos y viñedos de Cataluña, la sábana blanca y nevada de Aragón, las rugosidades y jorobitas de la tierra llana cuando se inicia

[238] Posible errata del cajista por *Cau Ferrat*.
[239] En *El Adelanto* se publicó bajo el epígrafe «El primer vuelo».

Castilla, no he sentido por un momento la sensación del peligro. Las gentes se complican la vida con demasiada literatura.

Cierto es que hay accidentes y peligros en el aire; pero no son menores los de la tierra llana. Para morir, es lo mismo la impericia de un carrero que la de un piloto. Las rutas aéreas tienen que luchar con menos dificultades que las terrestres, y si los pilotos se proponen buenamente navegar sin lucir sus habilidades, yo creo que tienen que sortear suertes más limpias que las de un *chauffeur* por una ciudad populosa o las del capitán de un barco en un mar revuelto.

Los mismos baches, hijos de la presión, son más fáciles de conllevar que los del baile de un barco pequeñito o los de un cacharro mal compuesto.

El aire está tan sujeto hogaño a la jurisdicción del entendimiento de los hombres como el agua y como la tierra, y solamente nuestra vanidad da importancia a conquistas que se mirarán con absoluta impasibilidad dentro de algunos años.

Y he volado también estos días a poca altura sobre Barcelona. Así he tenido una nueva visión, y con la nueva visión, he cobrado un sentido más agudo de la noble ciudad mediterránea. La Plaza de Cataluña es el corazón, y su sistema arterial está compuesto de las Ramblas y del Paseo de Gracia.

La ciudad vieja, encinchada y rodeada de la nueva, sigue dando su matiz de permanencia y de gracia a Barcelona. Desde Santa María del Mar a la Plaza del Ángel, detrás de la Seo, Barcelona ha sabido conservar su sentido de la proporción, de la luz y de la armonía. La Seo es como una lonja de la piedad que ha dado contenido a la actividad mercantil de la urbe. Allá, en sus altares, sigue agachado el Santo Cristo de Lepanto, mirando como siempre a las tierras de Oriente y añorando las rutas de las Cruzadas. Y Santa María es el hogar común de los pescadores y mareantes. El presente, siempre presidido por la armonía que es la paz, tiene matices populares en el Paralelo o fuertemente burgueses como en las Ramblas y en los alcores de la montaña. Y la ciudad futura se apiñará al cobijo de los sueños de Gaudí, el poeta arquitecto de la Sagrada Familia, que ha sabido plasmar en piedra su Cataluña. Desde lo alto se ven también mejor las ciudades. Los hombres son un afanoso hormiguero que vive pendiente de su afán cotidiano y que pasa con rapidez. Pero queda el sueño que se ha hecho piedra y queda el paisaje. Desde la calle, en un *taxis* [sic], Barcelona es una ciudad de hoy. Y vista desde el cielo, es la ciudad de siempre. Advertimos la misma euforia que sentía Cervantes ante la visión de Montjuich, y ante los primores góticos de Santa María tornamos a sentir las huellas de Jaime *el Conquistador y* de los Cruzados junto al mar azul.

Mundo Gráfico (09-04-1930)

Cementerios españoles

Tarde de domingo de los Santos, víspera de los Difuntos, en los pueblos y en las aldeas de España. Evoquemos un camposanto gallego, por ejemplo. ¡Ea, ya está la dulce visión en la retina! Campos verdes, vaquiñas rojas, ruido chirriante de la carretera, lluvia, la cinta del mar a lo lejos. El camposanto, en Galicia, rodea la iglesia. Los viejos, los primitivos, no tienen cruces, ni monumentos funerarios. Solamente tienen lápidas. En el centro, el crucero. El paraje es el más sonriente del lugar. Ríe la Naturaleza; nadie se asusta de la cincha que envuelve el viejo templo; las lápidas conocen las huellas del mozo enamorado que va de ronda y de la rapaza que vuelve cargada de panojas de maíz. En estos cementerios viejos hay viejos olivos secos. Más recientemente, se pusieron cipreses. Pero el ciprés, en Galicia, es un árbol de prosapia y de linaje. Allí donde asoma un ciprés alza su escudo de piedra la casa solariega. El ciprés es la nota de distinción en el camposanto de Galicia. Los hidalgos quieren la sombra aun después de muertos. No se avienen a la idea de que la lluvia azote sus huesos, ni de que el viento aúlle, las noches que las brujas trenzan sus zarabandas, encima de las tumbas.

Volvamos el catalejo. Miremos hacia las costas catalanas. Estamos en San Vicente, en Sitges, en Villanueva y Geltrú. El mar azul parece un lago; unas velas blancas se deslizan suavemente sobre la superficie tersa de las aguas. En estos pueblos, el camposanto es el huertecito más gentil. Hileras de cipreses sobresalen sobre los muros blancos. Hay capillitas, muchas capillitas, y angelitos de mármol, y tumbas solemnes, y columnas, y cruces góticas escondidas en los cipreses. El Mediterráneo entero sufre la seducción de los camposantos de Génova y de Pavía. La idea de la muerte ha pasado por mil sensaciones y ha llegado a estilizarse industrialmente aun en el rincón más modesto y apartado. El cuadrado del cementerio civil, adosado al confesional, guarda sus

escuadras, sus triángulos y sus compases, como ornamentación obligada de sus mudos habitadores. Sobresalen los colores más rabiosos y destacados. Es un jardín lujuriante el cementerio de Cataluña. En alguno, como el de San Gervasio, se pierde, sin embargo, la idea de jerarquía. Juan Maragall no conserva de su nombre en la tierra más que las dos iniciales. En el del claustro de la Catedral de Vich, una tumba simétrica encierra la simétrica cabeza de Jaime Balmes. En el de la capital, el señor Esteve luce todas sus cintas y no se aviene a morir sin afectación.

Y ahora atravesamos Castilla, en un día de otoño. Tierras y más tierras paniegas, rastrojos amarillos, pueblecitos que parecen verrugas y secreciones del mismo campo labrantío. Aquí, el cementerio es trágico, huraño, feo, pardo, triste, miserable. Es horrible la idea de la muerte por estos contornos. Los ojos están avezados a ella. Los cirios amarillos sirven de mesa expiatoria en las misas domingueras de la parroquia; las viejas tienen una color amarilla en el rostro de tierra; el amarillo decora los muros de las casucas, y son amarillas las vetas de las estancias familiares. Todo es amarillo y terroso en esta llanura abierta. Amarillos los Cristos de los altares; amarillas las Vírgenes aldeanas; amarillos los angelotes de la iconografía local. Pocas lápidas en el camposanto. Una ermita humilde, a la entrada, realmente tétrica. ¡Cómo resuenan los versillos del *Miserere*, las imprecaciones del *Dies irae, Dies illa*, por esta ancha y desolada altiplanicie!

Unos minutos para recordar los viejos cementerios de Madrid. Algunos de ellos, como el de San Martín, están cerrados al público. Lindos árboles centenarios, sauces llorones, cipreses elegantes y esbeltos, hasta castaños, inician las vías y las calles de la *cittá dolente.* Viejas estampas románticas que nos hacen meditar, epitafios tiernos y sensibleros que nos traen la sonrisa a flor de labio. Apariciones lejanas de Larra, con su sombrero de copa, y capa, y perilla; de Espronceda, rimando en el silencio *La canción del pirata*; de Martínez de la Rosa, vulgo «Rosita la pastelera», preparando una crisis en el Congreso, que se la han sugerido en la cámara real. Sacramentales modernas repletas de mal gusto: alguna nota grave, la tumba de Maura, o realmente melancólica, como la de Consuelo *Fornarina*. El cementerio civil, en fin, austero y un poco frío, como si la tierra fuera un poco extraña a la mayoría de los protestantes y judíos extranjeros que duermen su sueño último en Madrid.

Y los cementerios andaluces, que son el punto de enlace entre los castellanos y los levantinos, nos sugieren también un comentario al pasar por nuestra evocación. El de Córdoba está henchido de severidad, y el de Sevilla, de afectación. Las glorias contemporáneas de la ciudad de San Fernando ocupan demasiado espacio. El estoicismo cordobés es más llano y democrático. La muerte allana y suprime todas las distancias. Algunos pueblecitos destacan los muros blancos de su camposanto sobre el matiz verdinegro de los olivares. Ni tan materialistas como los castellanos, ni tan sonrientes como los levantinos, son graves y decorosos, y están compuestos para la idea de un acercamiento lógico de la existencia, que no debe anegarnos en lágrimas, sino sorprendernos con toda placidez. La muerte, que en Andalucía más que en parte alguna es hija del amor, conserva las calidades personales del ensimismamiento y del éxtasis. Las flores alfombran la tierra santa que arropa el cuerpo de los hombres y la luz cruda que baja del cielo claro perfila el contorno de las tumbas y pone una nota de dulzura en las notas familiares de recordación.

Con excepción de los viejos cementerios de Galicia, los de las demás regiones de España son relativamente modernos. Las iglesias, con sus atrios, pórticos y compases, eran los camposantos obligados en los siglos anteriores al XIX y durante una buena parte de este también. La emoción estética hay que buscarla en los claustros catedralicios y en las capillas olvidadas de nuestras colegiatas y de nuestros templos. Catedrales hay también que son, en cierto modo, el panteón de la raza. Granada, con su tumba de los Reyes Católicos; Sevilla, con la de Colón; Ávila, con la del Tostado; Sigüenza, con la del Doncel; la iglesia de las Claras de Palencia, con los huesos remotos del remoto don Bueso el del Romancero; la Catedral vieja de Salamanca, con el epitafio de aquella infantina «que finó por casar», son, en cambio, no tumbas, sino cunas de emoción y de poesía.

Crónica (01-11-1931)

EUROPA

ITALIA

Recuerdos de Carducci

I

Esta tarde, esta soberana tarde de Enero, hemos salido de paseo por los alrededores de esta hermosa ciudad italiana de las cien torres y de las bellas mujeres: hablo de Bolonia. Ya fuera de la ciudad, frente a la puerta Castiglioni, hemos caminado largo rato por la carretera, que, rodeada de lindas *villas,* se deja envolver blandamente en las faldas de los Apeninos. La niebla está baja, y aunque esfuma y hace, apenas, imperceptible la visión de las hondonadas, torno a contemplar, una vez más, esta riqueza tan exquisita de tonos violáceos, grises, azulados y verdes. ¡Qué bello paseo! Allá, lejos, entre la tenue neblina, una gallarda y esbelta torrecita del Renacimiento, rodeada de almenas, me da la sensación de que la ciudad es una incomparable matrona recostada, y que esa torrecita gallarda es su corona real, que sostiene sobre su cabeza. Las murallas de la ciudad están derruidas de trecho en trecho, y son ventanales rasgados que dejan contemplar la ciudad por sus lados más encantadores. Entramos, luego, en los Jardines Margherita. Mujeres graciosas, esbeltas, impecablemente ataviadas, juegan con sus niños; algunos jinetes trotan bravamente en sus caballos de patas finas y de cola larga, aristocrática. Algún endemoniado automóvil, con su ¡taf ¡taf! insolente turba el profundo silencio de estos jardines, recubiertos de nieve. Parejas de estudiantes y de estudiantesas comentan la lección mañanera de Pascoli, de Ciamiccian, de Volaffio [sic]. Y algún profesor saluda distraídamente, mascullando no sé qué proyectos diabólicos contra este aumento de sueldo y esta reforma orgánica de la instrucción superior, que tantas agitaciones produce en estos momentos al profesorado italiano; y algún niño canta gangosamente alguna ingenua canción infantil; y algún oficial del Ejército, contemplando a las buenas mozas, se contempla de paso a sí mismo... Nos acercamos al parque. El lago está helado, con tres dedos a lo sumo de espesor. Mi compañero, un estudiante genovés, me ha traído a ver estos parajes, e incidentalmente, a ver si patina alguna mujer hermosa, porque él ha tenido la dicha de ver patinar allí –según me dice– a las primeras bellezas boloñesas. Hoy no se patina; el espesor del hielo no lo permitiría tampoco.

Retornando por la derecha de los jardines, salimos de ellos. Mi amigo se extraña de no ver en su caballo hoy a su querido maestro, el notable químico Ciamiccian.

– ¡Es singular! –exclama–. Es hombre que hace todas las cosas con un método enorme. Estudia tantas horas, conversa tantas otras, monta a caballo tales días durante tanto tiempo. ¿No conoce usted aún a Ciamiccian?

– No –le contesto.

– Es un hombre –continúa– verdaderamente extraordinario; un niño grande, ingenuo, bueno, y luego de una lógica severa, irreductible. En sus ojos azules, grandes, hermosos y parados, se encierra toda su alma serena e inalterable. El Gobierno le respeta; en cosas de química, él es una autoridad: mejor, un tirano. El nombra y desnombra sus ayudantes, él los pone al frente de los laboratorios y de las cátedras; él, en suma, ordena y manda. En España, los Ministros ¿se meten con los profesores eminentes?

Callo y callo por patriotismo. Pienso en ese buen señor de Rodríguez San Pedro y en los disgustos que daría a Ciamiccian si estuviera bajo sus garras; pienso en vergüenzas recientes que han pasado sin recia protesta, aun de los elementos políticos que más dicen amar a la cultura; pienso en cosas muy desagradables. Callo, me hago el distraído ante la pregunta de mi amigo y le ruego que continúe.

Entramos en la ciudad. Pasamos ante el *chalet* amarillento del profesor Murri, el eminente clínico, la primera autoridad médica de Italia. Hablamos de las vergüenzas del proceso en que aparecieron complicados los hijos del doctor; de la fama sombríamente trágica de la hija adúltera, Linda, y los dos también tenemos un recuerdo de piedad para el ilustre sabio, para el pobre padre. En un momento, acaso porque el sol comienza a ocultarse, tal vez porque la niebla se adueña lentamente del campo, parece que revive, ante nosotros, la víctima inocente del muerto, los conciertos misteriosos de Linda Murri y de su amante para asesinar al marido de aquella; el envenenamiento trágico, la honda sacudida de la ciudad, el dolor del padre deshonrado por una mala hembra. Y luego recuerdo que he conocido, a la puerta del café de San Pietro, a uno de los auxiliares de Linda, a un hombre de facha brutal y siniestra, que me ha hecho pensar en esos dibujos de invertidos que adornan las obras de ese gran farsante de Lombroso.

II

– ¿Quiere usted –me dice mi amigo, después de un largo silencio en que cada uno nos hemos entregado a nuestras propias meditaciones– quiere usted que atravesemos la vía San Giuliano hasta dar en frente de la casa en que vivió Carducci; que tomemos luego la vía Piombo y que nos retiremos a casa por la vía Farini? ¿Le gusta el programa?

Y comienza a hablarme de Carducci, mientras bajamos la suave pendiente que nos lleva a la casa donde el gran poeta viviera tantos años; a la casa cuyo piso inferior ocupa hoy su familia y que el Gobierno ha declarado monumento nacional, con la idea de hacer un Museo de cosas del poeta, que se abrirá pronto al público.

– ¿La biblioteca del poeta?

– Es magnífica. Contiene 40.000 volúmenes próximamente. Ya la verá usted.

Y ante la puerta de la sencilla mansión del poeta siento una emoción honda. Este hombre bajo, de cara llena y un poco pecosa, de ojos penetrantes como punzones, de melenas leoninas que recuerdan las de Mirabeau... este hombre inmortal, Carducci, cantó y amó a su Patria sobre todas las cosas. Y porque la amó no supo adularla nunca, y cuando el vulgo necio recriminaba al poeta, le llamaba vil, como llamó otra vez vil a Italia –él, que tanto la quería– cosa que el *chauvinisme* antipático de la grey conservadora no le ha perdonado –no sé si enteramente– hasta después de muerto. Mi emoción continúa... Él, Carducci, me hizo amar a su tierra desde la mía; él, ahora, es el primero que me hace saborear las armonías de una lengua rica y señoril; el que levanta en mi alma tempestades de fuego, amores recónditos, la soberana pujanza de las pasiones indómitas, el amor vivo a la Patria, el valor de la afirmación sincera y públicamente lanzada a todos los vientos. ¡Salve, oh poeta, salve! ¡Salve, mil veces! Este pobre estudiante extranjero, que hoy contempla tu casa con emoción tierna, te admira, te quiere y te bendice. ¡Salve, cantor de la Iglesia de Polenta; salve, cantor de la Reina Margarita; salve, viril despreciador de *l'usata poesia;* salve, también, cantor de Satanás y de la unificación de tu pueblo! Que tu espíritu surja en mi Patria con frutos de bendición, y que un hijo tuyo azote a latigazos la mesnada brutal, y que de esos cantos surja otra Patria nueva. ¿No hay acaso en los buenos españoles espíritu de tu espíritu y savia de tu savia? El desdén de Unamuno, ¿no es, poeta, tu propio desdén a la chusma? La armonía dura, pétrea, de las estrofas del Rector de Salamanca, ¿no ha vivido, callada antes, en tu propia armonía? ¿Es posible que quien escribió aquello de

> ¡Oh, Salamanca! Entre tus piedras de oro
> aprendieron a amar los estudiantes,

no bebiera, antes, en aquella noble, clásica majestad de tu

> O Miramare, a le tue bianche torri
> attediate per lo ciel piovorno
> fósche con volo di sinistri augelli
> vengon le nubi?[240]

[240] "Oh Miramar, a tus blancas torres / hastiadas por un cielo nebuloso / foscas, con vuelo de siniestras aves / llegan las nubes." *Odi Barbare.* "Miramare".

El genovés medita también. Callamos. Hemos estado veinte minutos ante la gentil casita. Ya, cuando hemos doblado la esquina de la vía Piombo, mi compañero vuelve a informarme:

– Aquí, por vez primera, conocí yo al poeta. Era ya en sus últimos años. Venía solo por aquí, sin Gaudino, sin Bacchi della Lega, sin ninguno de sus fieles amigos de la tertulia de Zanichelli, allá cuando se decía que tuvo sus primeros arrechuchos de imbecilidad. Ya se habrá usted informado de lo que hay de cierto en todo ello. ¿Ha leído usted el *Carteggio* que acaba de publicar Zanichelli?

– Sí –le respondo–; y a propósito, ¿conoce usted a esa señora Condesa Pasolini-Zanelli, a quien Carducci dirige todas sus cartas y a las que parece profesar una admiración tan extraordinaria el poeta?

– Conozco una Condesa Pasolini, que temo mucho no sea esta. Es también una señora muy inteligente, pero creo que no se apellida Zanelli. Posiblemente, esa señora del *Carteggio* será un gran espíritu femenino, aunque Carducci, niño en lides de amor y de amistad con señoras, no gustó siempre lo más delicado y lo más exquisito...

– Carducci –continúa mi amigo, contándome, en el terreno de la más franca cordialidad, todo lo que sabe del poeta, y yo os respondo que lo sabe de muy buena tinta– Carducci fue feliz con su mujer, una buena señora que no tenía más virtud que la del ahorro. Como aún vive esa señora, yo no puedo ser muy indiscreto. El hecho es que Carducci fue amigo de varias mujeres, y que cuando, consagró a ellas por entero su amistad, jamás vio lunares y defectos que estaban a la vista del más miope. Así, pongo por caso, hace algunos años llegó a esta población una aventurera, culta, viajera, no guapa, pero llena de atractivos. Esa señora representó en la Arena del Sole un drama medianejo, que fue silbado y bien silbado, por los espectadores. Carducci, que asistía a la representación, se puso de pie, lívido, indignado y, dirigiéndose a los espectadores, exclamó en voz alta:

– ¡Bellacos! ¡Miserables!

– De su desdén se cuentan mil incidentes pintorescos –interrumpo.

– Y exactos casi siempre, amigo mío –agrega el genovés–. Mil veces se llenaba su cátedra de extranjeros. Cuando Carducci contemplaba esta invasión de personas extrañas, rugía: «¡Yo no soy una bailarina, señores; yo no soy una bailarina»; se calaba su chambergo y salía furioso del aula sin comenzar su lección. Otra vez, allá, por el año 91, protegió el poeta un Círculo monárquico estudiantil, que había de inaugurar Crispi. A los escolares radicales les pareció muy mal esta protección y buscaron a Carducci por todas partes para regalarle con una sonora pita. Fueron primero a la librería de Zanichelli, refugio habitual del poeta, y no le encontraron; vinieron después hacia su casa, y tampoco. Enterados los estudiantes monárquicos de la actitud de los radicales, quisieron tomar a estos la delantera al día siguiente, a la hora en que el poeta daba sus conferencias de Literatura en la Universidad. Pero estuvieron torpes. Al día siguiente la cátedra estaba repleta de radicales furiosos, que acogieron al maestro con silbatos y con gritos de «¡Abajo Carducci!». Este, al encontrarse con aquel zipi-zape, sube a la mesa con un gesto rápido, y en un arranque suyo de infinita soberbia, les grita: – «¡Miserables! La naturaleza me ha hecho demasiado alto para que vuestros gritos me atemoricen. ¡Canallas, imbéciles! ¡Viva Carducci!» Los estudiantes quieren indignarse; el poeta sale del aula por un portillo falso; a la puerta de la Escuela de Veterinaria le aguarda un coche para escapar. Algún escolar se entera, se aproxima al carruaje, grita de nuevo «¡Abajo Carducci!», y el poeta, lívido, le lanza un salivazo en la boca con toda su alma... ¡Era un alma –concluye mi amigo– amasada de desdén! y con parecidas frases acogió las censuras de los republicanos, que encontraron mal la publicación de su maravillosa oda a la Reina Margarita, y con parecidos ademanes acogió las burlas de los militares que le echaban en cara el no haber jamás cogido al hombro un fusil en defensa de la Patria, como si –agrega discretamente mi amigo– no se pudiera defender a la Patria más que militarmente.

Concluye nuestro paseo. Anochece. Entretenidos con la charla, nos encontramos en frente de la negruzca fachada de San Petronio y en el centro de la plaza de Víctor Manuel, «la más hermosa de Italia», según Carducci. Allí nos damos un fuerte apretón de manos y prometemos renovar algún día, pronto, las impresiones de esta tarde memorable.

La Lectura (Mayo-1908)
Nuevo Mundo[241] (06-08-1915)

[241] El artículo publicado en *Nuevo Mundo*, donde se tituló «Recuerdos de Bolonia», es significativamente más corto, y en él se omite, suponemos que por razones de espacio, la casi totalidad del penúltimo párrafo (Desde «Otra vez, allá, por el año 91…» hasta «defender a la Patria más que militarmente.»)

El colegio de España en Bolonia

I

No saben, seguramente, todos los lectores españoles que en Bolonia existe un Colegio Español, que vive de sus rentas propias, en medio del mayor esplendor y magnificencia. Como rueda administrativa, depende del Ministerio de Estado. Como órgano portador de la cultura italiana en nuestro país, ha dado también sus frutos: colegiales fueron Nebrija y San Pedro Arbués: colegial fue asimismo Nicolás Antonio; y Dorado Montero, Cossio, Hermenegildo Giner de los Ríos. Cuello Calón, Diego Ruiz, han sido colegiales en los últimos años del siglo pasado; una buena serie de políticos y diplomáticos conocidos paseó también por los claustros del Colegio de San Clemente: el conde de Romanones, el duque de Tovar, Lacierva, Pérez Caballero, Pérez Oliva, Multedo...

II

Lector, si vas a Bolonia no dejes de pasar por el Colegio de España. Es una isla. Se extiende por las calles del *Colegio,* de las *Flores* y de *Zaragoza;* el ángulo no puede evocar más a España. Un enorme portalón tapiado, con almenas güelfas de corona, te habla de la presencia del Colegio. Sigue tu camino todavía. Pasa bajo unos pórticos. Mira ese rotulejo: *Caffé degli Spagnuoli.* Aquí es. Debajo de esa fachada de estilo florido, pegote del palacio, precisamente. Ahí tienes el escudo de tus reyes. Entra. Tal vez te sorprende esa pintura mural del siglo XVIII con palacios del Renacimiento. Tal vez, si es primavera, te deleita ese cantar atropellado de los pájaros, esos paredones añosos de verde recubiertos, esa luz velada y discreta del patio florido, esas enramadas tupidas, pródigamente tupidas, de los paredones. Llama a la la puerta de nogal. Una esquila conventual repica escandalosamente en un patio vecino, unos pasos discretos se te aproximan señorilmente. Se abre la puerta encantada... Un mocetón rubio, de patillas, tieso, con una sonrisa imperceptible en los labios, altote, te dirá:

– *Cosa desidera lei?*

Tú deseas –hazme caso– ver al rector. Eres español, has caído en Bolonia y quieres ver a los paisanos. El criado, Marco, sonreirá un poco más. Te entenderá bien, no podrá explicarse, y seguirá sonriendo, siéndote grato. Precederá tus pasos con la gorra en la diestra, diciéndote, monótonamente: *Ho capito, ho capito.* Y no te dejará ver el patio estupendo. Subirás unas escaleras, el conde de Romanones te mirará con descaro desde un cuadro, unos bancos viejos con los escudos de España te invitarán a sentarte, unos latines eruditos te distraerán en las paredes. Aquí es. Marco sacude la puerta con los nudillos, una voz adentro gritará: *Avanti.* Estás en presencia del rector. Saludos, frases de cortesía, te gusta Bolonia, el rector agradece tu visita. Habláis de España, de Maura, del bloque, del Colegio, del fundador, de los colegiales, de las boloñesas, de todo. Estás a tu gusto, lector. Quisieras ser colegial del Colegio aquel. Tal vez, es la hora del almuerzo. El rector te invita, te insta, y tú, flaco de voluntad, no sabes negarte. Haces bien. Marco torna a decir inmutable: *A tavola.* El rector gentilmente te cede la delantera, volvéis a pasar por el patio, entráis en la antecámara, te despojas del gabán en un salón de palacio episcopal con sillones de cuero y enormes mesas largas y oscuras de nogal. Entráis en el *fumoir.* Aquello está lleno de retratos: Cánovas, Castelar, Sagasta, Doña Emilia, Pereda, Núñez de Arce, Fray Ceferino González, monseñor Svampa, monseñor della Chiesa...

Conoces enseguida los colegiales. Uno de ellos, catalán, te hablará con rudeza, pero con afecto; otro, valenciano, te hará una genuflexión, discreta y cortesana; un tercero, valenciano también, te dará, adormilado, los «Buenos días». Y el rector se levantará, y tú con él, y los demás con vosotros.

A tavóla... Marco, impecable, correctísimo, de negro, con guantes blancos, te sirve a ti el primero. Luego, te sirves del queso rallado y repites vergonzosamente, pero repites. Declaras, en tus adentros, cocinero prodigio al cocinero del Colegio. Un pescado, y vuelves a repetir. Un fiambre. Carne. Otra cosa. Almuerzas principescamente. Cien postres. Te lavas los dedos de la mano.

Una conversación pintoresca atrae tu cucharoneo. Se habla un español estupendo: *cartolina*, *vaporino*, *birrería*, *conte*, *ducca*, *vaglione*, *villa*, *cuoco*, *salume*, *tessera*. A un gesto del rector, te levantas y tornas al *fumoir*. Un colegial dice un colmo, tararea un aire zarzuelero, fuma perezosamente en una poltrona…

Tomáis un café, cargado, negro. Luego, una copita de cognac. El rector te regala un habano. Y tú, lector, perezoso, tumbado en la poltrona, aciertas a contemplar, entre el humo azul del rectoral cigarro, unos cuadros grises de doctos varones que te miran irónicamente, en el *fumoir*...

III

Y visitas luego el Colegio, con el rector. Las habitaciones de los colegiales tienen poco que ver. Dos cámaras: en la exterior, una mesa de estudio y un diván gris; en la interior, el lecho, una cómoda, un ropero. La Biblioteca es magnífica; huele a pintura y a madera nuevas; hay unos pergaminos, unos incunables de inestimable valor. El rector –hombre erudito– te explica escrupulosamente el valor de los incunables. Sales al jardín. Te sorprende aquel jardín tapiado de añosos paredones, la grata frescura de aquel sitio. Contemplas, un momento, el estanque con los peces de colores. Cerca, oirás una voz fresca y cristalina que canta, al piano, una vieja canción. Es una rubia: la hija de un antiguo prefecto de Venecia. Y no es nada extraordinario suponer que la veneciana salga un momento a la ventana. Y que la saludes, hecho un ovillo, quitándote el sombrero. Y que ella te pregunte si la reina de España es muy bella. Luego, se aproximará a la ventana una monótona coloradota, y también rubia, que lleva un enorme mandilín blanco y que dice cuatro palabras a la señorita. Y casi, casi puedo asegurarte que dos minutos después sale también a la ventana la señora ex-prefecta o ex-gobernadora, que charloteáis un momento, y que madre e hija os despiden con su mohín más gracioso, para que vuestra joven interlocutora reanude, en el piano, su romanza interrumpida...

Y ves el patio. Está restaurado escrupulosamente por un joven arquitecto boloñés. Es un patio del siglo XIII. Sus deformidades aparentes, de escuela lombarda, llegan a serte gratas. Y te detienes ante el pozo central.

Es muy posible que alguno de tus simpáticos compañeros de mesa se divierta, cerca del pozo, en jugar al diávolo. Visitas a los demás en su cuarto. Uno está muy entretenido escribiendo una tarjeta postal a una contessina amiga suya; otro, probándose un smoking que acaba de traerle el sastre; el de más allá, tumbado en la cama y cargando su pipa de tabaco turco; finalmente, hasta hay quien estudia en unos volúmenes grandes y amarillos las lecciones de patología del maestro Muni.

Y ves la iglesia, dedicada al patrono del cardenal fundador Gil de Albornoz. Encima de la fachada está su busto. La iglesia no te gusta cosa mayor, pero en la sacristía – tú que eres hombre inteligente– te detienes con delectación ante un tríptico del Zoppo.

IV

– ¿Quiere usted dar un paseo por Bolonia? ¿Quiere usted ver Ozzano, la *villa* del Colegio de España? –te dirá el rector.

Y tú, hecho ya a la llaneza castellana del rector de San Clemente, le replicas que sí. Y vais a Ozzano. Tornas a ver la calle del Colegio, paseas por una calle roja llena de pórticos, la de Farini, tuerces por la derecha, y hete en el centro de la negruzca y hosca plazuela de Víctor Manuel –la más hermosa de Italia para Carducci–. Te detienes en seco. La enorme mole de San Petronio, sin concluir, llena de bajorrelieves portentosos en la parte baja, y mondada y lisa como una calva en la superior, te atrae como un imán. A la derecha, el Palacio Municipal, fiero y sencillo, oliendo a tiranos y señores, recordando viejas épocas de opresión de la antigua ciudad papal. Entre San Petronio y el Municipio, el Palacio de los Notarios. En frente, el de Potestad. En el centro, presidiendo aquel concierto venerable, un Víctor Manuel II, rechoncho, caballero en su rocín. Se te ocurre gritar que quiten aquello y que no profanen aquel sitio. Y si eres aficionado a cavilaciones y a simbolismos, y te has leído toda la pintoresca literatura patriótica de la *terza Italia,* crees que el buen libertador quiere despedazar a San Petronio.

Y continúas bajo los pórticos del *Paviglione.* Hermosas boloñesas ¿eh? Ellas tienen la culpa de que, a su retorno a la patria, llamen a esos colegiales que tu conoces, *bolonios.* Al menos, eso afirma el señor Sbarbi en un artículo acerca de los refranes y dichos populares. Por mi parte encuentro justificada y justa la frase del señor Sbarbi. Ellas, las boloñesas, quieren bien a los españoles, les convidan a comer, les colman de confituras, dulces, bombones, champaña y menta, les proporcionan excursiones y giras agradables, les alojan en sus villas y palacios, les dan bailes y saraos, organizan conciertos en su obsequio. «O colegial de España o cardenal romano», reza el adagio.

Apenas te enteras, amigo mío, de la vía Mazzini, del estupendo Palacio Isolani del siglo XIII. Las boloñesas te preocupan, te distraen, te conmueven, ¿Y tu mujer o tu novia lejanas? Y el rector, hecho un pollo, te presenta aquellas damas rozagantes y espléndidas. «La condesa A, la marquesa B, la duquesita C, la princesa D». Salúdalas: suelta un disparate; no te amilanes. La boloñesa te dirá, invariablemente, que hablas muy bien, *proprio bene, –sul serio* ¿eh?– el italiano, que eres un bravo joven y que tu amigo, el rector, es también bravo y simpático. Luego te ofrecerá su casa.

E, indiscutiblemente, irás por la noche a tomar el té, a fumarla cigarrillos y a ver escotes de muchachas bonitas.

Sigues tu camino hacia la villa del Colegio. Subes en el ferrocarril: dos o tres estaciones, San Lazzaro, Maggio, alguna otra; contemplas una campiña frondosa y risueña, constantemente verde. Llegas a Ozzano. El rector te cede la derecha de su cochecillo. Atraviesas una calzada. Subes un alto... Aquí es. Un palaciote antiguo, recién lavado; un coto cerrado para el *foof-ball*; portalón inmenso, donde hay sillones de paja, mesitas ligeras, un ambiente fresco y grato. Luego, ves las cuadras, el gallinero, las dependencias de los colonos. Bebes el vinillo de Ozzano. Sin embargo, te sorprende una sola cosa: no has visto libros, más que en el despacho del rector.... Cuando sales de la quinta, te detienes un momento. El rector, salamanquino, es un agricultor entusiasta y entendido. Te ha de hacer la descripción exacta y minuciosa de la labor; tal vez antes, en Bolonia, te ha enseñado los planos ingenieriles.

Y por un momento, el rector y tú calláis. Es la hora del *tramonto.* Una neblina ligera, que empaña y envuelve el paisaje, comienza a adueñarse de la campiña. Y unas campanas de las aldeas vecinas comienzan a despedirse del sol. ¡Oh, el sonido de las campanas aquellas! ¿Dónde se han forjado los bronces aquellos, que rezan, que cantan, que lloran, en la plenitud de su sonido y de su soledad? ¡Bobo, no llores! ¡No recuerdes tu España, tu madre, tu novia, tus hijos quizá! ¡Oh, campanas de Ozzano, cómo envolvíais de pureza y de serenidad mi espíritu! ¡No cantan así, ni lloran así, las campanas que oigo ahora! ¡Tenéis algo de la voz del niño y de la gravedad del órgano de una colegiata de ciudad muerta!

V

Ahora querrá el lector que, para concluir, le informemos escrupulosamente acerca de las condiciones que exige la ley para que un estudiante español sea nombrado colegial del Colegio de San Clemente de Bolonia. El cardenal Gil de Albornoz dejó rentas para dotar «un colegio, cerca de los estudios, capaz para veinticuatro internos, con cámaras decorosas, manutención por cuenta del colegio» y otras cosas más. El Colegio tuvo primero los veinticuatro colegiales; más tarde, doce; ahora seis o siete. Dos plazas las cubren el señor duque del Infantado, descendiente del fundador, y otra el cardenal-arzobispo de Toledo. Las demás se proveen por el Ministerio de Estado. Casi siempre hay una plaza vacante.

Las plazas no son por oposición. Tampoco se atiende al mérito. Nosotros hemos conocido muy de cerca un caso en que solicitaban una plaza de colegial dos estudiantes: uno, cargado de sobresalientes y de matrículas de honor; otro, sobrino de alguien, cargado de suspensos. La plaza fue para el sobrino. De estos casos hay un montón. Los ministros no deben enterarse de tamaños atropellos. Antes, se exigía limpieza de sangre. Hoy, tener malos expedientes académicos, por lo visto.

Y en el Colegio, actualmente, a pesar del celo, nunca bastante loado, de su rector, que ha dado crédito económico al hotel albornociano, no se hace nada, absolutamente nada. Aquello podía ser –como lo fue antaño– un portillo por donde entrase la cultura clásica en nuestro país. Los jóvenes debieran ser elegidos a conciencia por un tribunal de varones doctos. El Ministerio, en un país bien organizado y amante de su muchachez futura, se limitaría a aprobar, sin discutirlas, las propuestas de ese tribunal.

Pero da grima lo que sucede. Hay que llamar la atención de políticos tan rectos como los señores Maura y Allendesalazar para que pongan remedio urgente a tal estado de cosas. Los jóvenes que suelen ir a Bolonia son, completamente, adocenados. Juegan al foot-ball, pero no saben manejar directamente las *Pandectas* o un mero texto italiano sencillo y transparente. Claro es que hay sus excepciones. Pero lo cierto es que del Colegio de Albornoz no sale, apenas, algo aprovechable y útil y que España no está para despilfarros de señoritos ociosos y bailarines.

Los mozos que de nuestra España salen al extranjero (a una liberalidad de la Universidad de Salamanca y de sus Colegios Mayores, que poseen rentas suficientes para echar fuera todos los años unos cuantos estudiantes después de haberse doctorado, debo yo el haber conocido y amado Italia y otros países), viven diseminados, sin guías, sin dirección fija, sin calor de hogar para los momentos difíciles, para los primeros enojosos tanteos. El Colegio de España pudiera muy bien albergar esos mozos que, en reñida oposición, han conquistado esas plazas en la Universidad salmantina. O también podía elegirse un estudiante por cada Universidad del reino con destino al Colegio albornociano: eso sería mejor. O buscar otro medio decoroso y noble, que no nos pusiera en ridículo como el actual acarreo de colegiales de Bolonia nos pone en Italia. Hay

quien sospecha que el Gobierno italiano ha pensado en llamarse a la parte. De seguir las cosas en este *statu quo* vergonzante, tal vez sería mejor eso.

Por Esos Mundos (01-04-1909)
El Adelanto[242] (16 y 19-08-1915)

Vicenza la bella

Hay algo tan hermoso como las ciudades italianas y es la vegetación de sus campos frondosos y alegres, idílicos. De Mantua a Vicenza cambia gradualmente una decoración siempre magnífica y lozana. En Verona, refresca el campo el caudaloso Adije[243] y gana en verdor, en plenitud y en alegría. Se nota la proximidad de los canales. El Adriático, impetuoso como un enamorado inconsciente, salta, atropella, rellena los huecos para internarse por las ciudades muertas y tranquilas del Véneto. Sus intemperancias, llegan, cuando está fogoso, a la misma Vicenza. Y Vicenza, que tiene todos los encantos de la soledad y del abandono, tendida a los pies de los Alpes, que forman, reflejándose en las nubes, mil figuras caprichosas y raras de serpientes, de dragones, de carreras triunfales, aparece eternamente risueña y verde. Bajo los pórticos de la Madonna Dórica, sentí, una tarde de Marzo, eso que llaman los poetas la alegría del paisaje. Mi espíritu inconstante y tornadizo se llenó de paz. A mis labios vinieron unas estrofas que se perdieron en la infancia. Y me confundí de tal modo con la naturaleza, sentí vibrar con tal fuerza el alma de las flores, de los insectos, de la campiña, de la montaña, de los castillos derruidos, de las casonas melancólicas, de los templos abandonados y fríos, de los recuerdos oxidados en los pliegues del espíritu, que por una vez acerté a ver claramente, que no era rey de la creación, sino pedazo del terruño, como el terrón áspero de la tierra o como la corteza añosa de un árbol seco. El sol pugnaba con las nubes para salir, y, enfrente, sobre Vicenza la bella, se refractó su luz en la cima de los Alpes, llenándolas de tonos violáceos y rosados que daban miedo.

¡Qué hermosa es Vicenza, Dios mío!

Así como el fraile agustino pedía una mesa humilde, una cena frugal y la música del regato de la quinta del convento, siempre que escuchara a todas horas el canto de las aves no comprendido, así también yo pediría que Dios me concediese mis horas de descanso y de paz en Vicenza, junto a los canalillos olvidados y muertos. Yo elegiría mi casa. No sabría acertar, a simple vista, con la elección. Porque si las calles están llenas de palacios, barrocos y del Renacimiento, las plazas amplias y desiertas tienen puertas, perspectivas de jardines, parques lejanos, estatuas, edificios algo fanfarrones, pero agradables. Y hay callejones formados de tapias musgosas por donde no pasa nadie, y cafetuchos de aire provinciano donde se murmura y se lee la prensa y se dicen terribles cosas contra Giolitti[244]. En un rinconcito, junto al mostrador, los colegas de Garibaldi cuentan, por centésima vez, la expedición de los mil. Y luego salen a la calle, entreteniendo el tiempo, paseando lentamente, estos vejetes cansados y melancólicos.

Todo es recogido, discreto, íntimo en Vicenza. A la entrada hay un castillo abandonado, metido en lo más recóndito de un jardín florido, donde siguen cantando las fuentecicas. Frente a la catedral, la estatua del libertador no es tan ridícula como casi todas las estatuas con que han ridiculizado a Víctor Manuel II los escultores patrioteros. El palacio del Consejo –la basílica– con sus dos filas de arcadas, tan elegantes como primorosas, ostentan de cimera columnas jónicas, y de sustentación o base, dóricas columnas. Al lado está el Municipio o Palazzo della Ragione, edificio limpiamente gótico.

En el centro, la torre ciudadana parece una flecha dispuesta a hendir el cielo azul para rasgar el telón transparente y bello. En el centro de la plaza está la estatua del arquitecto Paladio, vicentino, que construyó las arcadas que hoy vigilan su recuerdo.

[242] En *El Adelanto* se reproduciría, con posterioridad, dividido en dos artículos publicados en fechas 16-08-1915 (Apartados I al III) y 19-08-1915 (Apartados IV y V).

[243] En castellano, Adigio. Río italiano –el segundo más largo, tras el río Po– que discurre por el noroeste de Italia.

[244] Giovanni Giolitti (1842 – 1928). Político, parlamentario y Primer Ministro italiano en diversas ocasiones, caracterizado por una moderada resistencia a las ideas fascistas de Benito Mussolini.

Y después de la plaza debe verse el Teatro Olímpico. También fue su autor Paladio, aunque no tuvo la fortuna de verlo terminado. Está hecho con arreglo a los diseños y pinturas que nos han dejado literatos y artistas del teatro antiguo. La ilusión es demasiado fuerte; las decoraciones son sencillísimas; al fondo –están divididas– terminan en un arco triunfal coronado de estatuas. Y después del arco, continúa la perspectiva. La orquesta está debajo del espectador que se sienta en bancos de forma circular como en un viejo coliseo romano o en una plaza de toros española.

También hay que dar un vistazo al Museo, y nada más que un vistazo porque en estos museos italianos de cuarto, de quinto orden, se ven siempre reflejos y sombras de sombras. Sin embargo, Vicenza tiene una "Virgen" sobre un altar de nubes, de Tiépolo el delicado; una Piedad de Bonconsiglio y otros cuadros religiosos de grata recordación. Al salir del Museo, que es otro monumento de Paladio, el palacio Chieregati si no recuerdo mal, salen los escolares del Liceo. Pasan por un puentecillo, en el centro de la plaza, sobre un canalillo verde que la divide, gritando y riendo. Y sus vocecillas, su pronunciación rápida y cristalina –el veneciano como el andaluz se come las letras que apetece– nos llenan de buen humor. Vamos todos a almorzar al restaurant más animado. Comienza a lloviznar y apretamos el paso.

En el restaurant hay una chiquilla rubia en trenza que acaricia a un gatito que lleva una cinta rosa en el cuello blanco manchado de motas negras.

– Me voy, señorita, después de almorzar.

– ¿Ha visto Vicenza?

– Sí, señorita.

– ¿Y la Madonna del Monte?

– No.

– Pues vea usted esa Madonna. Y sin dejarme reflexionar me enseña a lo lejos, en el monte de enfrente, una fila interminable de pórticos.

– Por allí se va a la Madonna, señor.

– ¿Y... si me pierdo?

– Pero lleva usted libro.

– ¿Qué libro?

– El Baedecker [sic]. Y se ríe enseñándome unos dientes capaces de trastornar a Rodríguez San Pedro.

– La verdad es que el Baedecker solo, insisto... Si usted...

– ¿Yo? Con mucho gusto, señor, señor ¿qué?

– ¡Español!

– ¡Ah! ¿Español? Bonitos ojos los de las españolas, ¿eh?

– Sí... Pero no llegan a los de las italianas que acarician a los gatitos.

– ¡Embustero!

– Digo la verdad, señorita. Me quedo.

– Puede coger el tren de las 7. Y llega a Venecia de noche... a la hora crítica.

– A la hora crítica... ¿De qué?

– De dar el canalazo ¿comprende?

Y vamos a la Madonna del Monte. Mi amiga es un "cicerone" charlador y risueño. Me pregunta por Córdoba. Yo no he estado jamás en Córdoba, pero la digo lo que me viene a la boca. Llegamos a la Madonna del Monte. Oímos el sonido del órgano y graves cantos canónicos que retumban en las alturas. También se oyen los ecos de las campanas de las aldeas vecinas. Infinidad de riachuelos inundan y platean el valle peregrino. La Madonna es una iglesia en forma de cruz griega. Remata la cruz en una cúpula regordeta y agradable. La iglesia, pequeña, tiene frescos del Montagna[245].

– ¿Qué es esto? –pregunto ante un monumento fúnebre que hay a la puerta de la Madonna.

– Un monumento a la Italia libre. Aquí murieron muchos patriotas, señor.

Y leo la inscripción. Está dedicada a todos los muertos: austriacos e italianos. Está llena de olvido y de perdón. Debió dictarla un buen hombre.

[245] Bartolomeo Cincani –más conocido como Bartolomeo Montagna– (1450 – 1523). Pintor y arquitecto italiano.

– ¡Hermosa inscripción! –digo a mi compañera rubia, realmente conmovido, casi llorando.
– ¡Si lo es! Tan víctimas fueron los soldados de Austria como los nuestros, ¿verdad?
– ¡Verdad!

Y pensando en lo mismo, imaginando los dos un monumento que cante a los muertos propios y a los del enemigo, que una todas las patrias en una patria común y todos los amores locales en el amor a la tierra, descendemos del monte. Las campanas voltean jubilosas y el coro ha comenzado a cantar: "Miserere mei Deus, secundum magnan misericordiam tuam"[246].

Boletín Mercantil de Puerto Rico (01-06-1909)
La Correspondencia Gallega (24-05-1909)
Alrededor del Mundo (12-05-1909)
El Adelanto[247] (03-07-1915)

Milán[248]

– ¿Estoy en Italia? –me pregunto sorprendido, al llegar a Milán, una mañana del mes de Agosto, mientras me pongo a curiosear, sin orden ni concierto, la hermosa, limpia, elegante Capital de la Lombardía.

No veo turistas por ninguna parte. Comercios y más comercios; camiones y automóviles; tranvías eléctricos; horteras, corredores, polizontes, gente activa, falta de tiempo, que camina presurosamente a los despachos, a las oficinas y a los talleres. Son las siete de la mañana y Milán tiene ya su aspecto normal. Y sus calles, simétricas y anchas, a la francesa; su carencia de mendigos y de vagos; las casas modernas y recientes, me hacen pensar en un pueblo sin historia, sin tradición, sin arte, pueblo de "parvenus"[249] y de ricos, donde el café es excelente, confortables los hoteles, y llenos de mujeres fáciles y ruidosas sus teatrillos y lugares de esparcimiento y de recreo.

La capital lombarda me recuerda mucho a Barcelona. Todo es amplio, cómodo, y nuevo. El culto al pasado está envuelto en el afán presente. El arte es un artículo de exportación, para forasteros. Milán considera a Roma como Barcelona a Madrid, con un marcado acento de superioridad risueña, convencida de su dinero y de su trabajo y orgullosa de su dominación positiva.

Milán se considera, desde la fundación de la monarquía, como la capital moral de Italia. Y es, en efecto, una gran ciudad. Y es también –no cabe dudarlo, después de una rápida visita por sus calles– la ciudad que surte de dinero, de trapos, de literatura, de periódicos y de cantantes, a toda Italia. El milanés, trabajador y activo, detrás del mostrador, presta al fiado a sin número de marqueses, de condes, de príncipes y de duques que hay en aquel benditísimo país. Y desde el mostrador domina mejor que los diputados desde sus escaños, las cocotas[250] desde sus landeaux[251] y los artistas desde sus libros. Domina, calla y sigue gordo y satisfecho, comiendo a la francesa, en hoteles feos pero cómodos, sin un buen cuadro, pero con ascensor y timbres eléctricos...

Contesto afirmativamente a mi pregunta, cuando, de pronto, me veo en la Plaza del Duomo. ¡Sí, sí, estoy en Italia! He aquí los cargantes "ciceroni" a la puerta de la famosa catedral, resplandeciente con sus mármoles y sus dos mil estatuas; he aquí los pórticos anchos, elegantes y sencillos; he aquí la graciosa fábrica de la más bella, de la más elegante, de la más esbelta catedral del mundo; he aquí los ingleses en pandilla, con sus Kodaks y con sus Baedekers[252]; he aquí, de nuevo,

[246] "Ten piedad de mí, Dios, según tu gran misericordia".
[247] En *El Adelanto* se publicó bajo el epígrafe «Vicenza, la rubia, el gatito».
[248] Artículo que serviría de base para otro posterior, en el que Sánchez Rojas copiaría párrafos enteros y al que añadiría alguna nueva descripción, que con el título «Milán, los españoles, la catedral» publicaría en el diario salmantino *El Adelanto* (O.C. Tomo V, página 293).
[249] Termino derivado del francés utilizado, de forma despectiva, para designar a aquellos que pretenden alcanzar, o que recientemente han alcanzado, una relevancia social y/o económica. Podría asimilarse a advenedizo, nuevo rico…
[250] Cocottes.
[251] Cochecitos, en francés.
[252] Máquinas de fotos Kodak y las famosas guías turísticas del alemán Karl Baedeker.

estos alemanes miopes, estos pilluelos a caza de una lira, este cuadro siempre igual y siempre pintoresco de turistas, que os distraen en Venecia ante el Palacio Ducal, en Pisa ante el baptisterio, en Roma ante el Vaticano y en Florencia en el Museo Pitti. La Catedral os resarce pronto de vuestras dudas. Aquel montón elegante de flechas, de torrecillas, agujas y cúpulas; aquellos ventanales polícromos; aquellas columnatas y pilastras del más puro Renacimiento, os llenan de bienestar y de entusiasmo. La catedral es obra de mil arquitectos diferentes, que quisieron legar su nombre a las edades futuras. Comenzada en 1385, nuestra generación ha visto poner la última piedra de la soberana catedral lombarda. Galeazzo Visconti, Guiniforte Solari, Francisco de Giorgio, Dolcebuono y Tibaldi, fueron los más famosos arquitectos de la catedral. Obra de todas las épocas y de todos los artistas, hay en ella, sin embargo, una grata armonía.

El interior me produce también una emoción inolvidable de grandiosidad poemática, de mareo. Me dijeron que en aquel interior caben perfectamente 40.000 personas. Curioseo las columnas de granito de la entrada, el monumento de los Visconti, las estatuas de León Leoni, la tumba, de San Carlos Borromeo. Y subo luego a las altas galerías. Desde lo alto de la torre contemplo el panorama de Milán. Y abajo, leo torpemente en aquel libro de mármol, páginas de una exuberancia, de una alegría, de una apostura cristianas. Me creo en un palacio encantado y siento, por primera vez en la vida, el vértigo de las alturas. Microscópicos y raquíticos, los hombres pasean sus afanes por la ancha plaza, repleta de palacios.

Desde aquellas alturas, los hoteles rojos nos molestan y desagradan.

Los ingleses, sin ganas de soñar, obtienen instantáneas y ríen ruborosamente...

Alrededor del Mundo (14-07-1909)
Boletín Mercantil de Puerto Rico (11-08-1909)

Recuerdos de Ferrara

No conozco ciudad más vieja, ni más interesante, ni más curiosa que Ferrara. Hay en sus anchas calles deshabitadas y tristes, en sus palacios comidos por la hiedra que trepa triunfante y señoril, en el sonar opaco de sus fuentes, en el ronco lamento del bronce de sus campanas, en el paisaje triste que la circunda, un no sé qué de vagamente misterioso y trágico que os encoge el ánimo y os induce a la meditación. Y os acordáis que no de otra suerte puede pareceros el teatro, un día bullicioso y desocupado de las crueldades de Lucrecia Borgia, de las trovas del Ariosto y de los amores del Tasso.

Ferrara es, toda ella, una ciudad deshabitada. Es la primera de las que llaman, gráficamente, los italianos "citta morte". Tiene ese gesto inquietante y medroso de las amplias casonas solariegas, habitadas por un solo hidalgüelo pobretón y triste, cuyas fachadas no reciben nunca el abrigo del sol y en donde jamás enternecen las risotadas cristalinas de los niños. Y en Ferrara, en la hueca Ferrara, sin ambiente ni calor de hogar, repercuten estrepitosamente nuestros pasos sobre un fondo de silencio, y se prolonga hasta el infinito el eco de nuestras fútiles charlas de turistas.

Ferrara es todo menos una ciudad, con ser una capital de provincia de cierta importancia en la Emilia, de universidad y arzobispado. Es una pinacoteca o un camposanto. Su tristeza nos cala prontamente el espíritu. De corte espléndida de los príncipes de Este, de escenario favorito de los devaneos de las damas y de los poetas, a mediados del siglo XVI, cuando Alfonso I ceñía la corona ducal con su mujer Lucrecia Borgia y sentaba a su mesa al Ariosto y a Ticiano, se ha tornado Ferrara en una población melancólica, cargada de vestigios de su pasado, lleno todo él de cosas pretéritas, que siguen viviendo intensamente en su recinto, enterrando a las vivas. Notad que Ferrara, capaz de 100.000 habitantes, no alberga hoy más de 20.000. Los nobles de la ciudad, los Prosperi, los Bentivoglio, los Scienajofa, han huido a Milán y a Roma, a Bolonia y a Florencia. Los de gotera han tenido que malbaratar su hacienda. La propiedad urbana no vale absolutamente nada. Uno de los palacios más típicos de Ferrara, el de los Diamantes, fue vendido a su dueño en 40.000 liras. Y se vendió no del todo mal. El Municipio lo pagó con relativa esplendidez para convertirlo en Museo de Pinturas…

El palacio de los Este es el más hermoso de Italia, y, desde luego, uno de los mejor y más cuidadosamente conservados. Es una hermosa, una tremenda fábrica de mampostería, flanqueada

en sus costados por cuatro torres cuadradas, de cestería güelfa. Protegido por fosos, elevase en un extremo de la ciudad, frente a la estatua de Savonarola –el monje quemado por la República florentina–, no lejos de la catedral, insensible al olvido de los años y a la mudanza de los tiempos. En uno de sus calabozos estuvo encerrado el Tasso, que hacía reír a las gentes con sus pretensiones amorosas hacia la gentil señora de sus pensamientos, Leonor de Este. En otra cámara baja, pintó el Ticiano aquella opulenta y sensual duquesita de Ferrara, de apretados senos, macizas y rosadas carnes, humor alegre y gesto expansivo y pródigo. Y en sus anchos patios cortesanos, gratos a los bufones, pajes, reyes de armas, poetas, soldados y hampones de toda laya, organizábanse las mascaradas bizarras y las procesiones brillantes para recibir a los emisarios del Papa, bien para obsequiar a los señores de Módena, sus vecinos, bien para que Lucrecia, rodeada de los magnates y de los trovadores, luciese un hermoso bruto blanco, cuyas robustas ancas estaban cubiertas con ricas telas y brocados. En una de las salas del Palacio de los Diamantes, hoy convertido en Pinacoteca, pintores locales describieron estas escenas en lienzos ya renegridos y rotos.

Hoy, el castillo de los duques de Ferrara es el Palacio de la Prefectura. Un enjambre de empleados y de burócratas invaden aquellas salas, cubiertas de frescos, y sobre las anchas mesas de nogal se apilan balduques y expedientes. El uniforme casero administrativo ha hecho huir el misterio de aquella mansión regia, y sobre las almenas güelfas ondea la bandera tricolor, la bandera grata a los Saboyanos, a cuyo conjuro se deshicieron señoríos y ducados y se cimentó la patria grande y única.

La Catedral, románica, obra del siglo XIII, está custodiada, frente a su fachada principal, por la estatua del Libertador. Dos leones duermen su sueño en los ángulos laterales de la fachada. El interior, modernizado, con los altares adornados de risueñas imágenes francesas, muestran, de vez en cuando, algún buen lienzo de la escuela francesa. ¿Por qué este contrasentido? ¿Por qué no ha de ser aquel recinto sencillo y severo, desnudo de fáciles decoraciones, sobrio, sin teatralerías odiosas y molestas? ¿Por qué un estuche tan delicado y tan tosco, en donde siguen su lectura secular los Apóstoles, de barbas pétreas y continente fiero, ha de encerrar una deleznable fábrica de boro?

Visito la Catedral por la tarde.

El címbalo, sonoro, reúne a los canónigos. En la ancha plaza comunal, que da acceso al templo, no se oye un ruido. Dentro, el órgano preludia fervorosamente los salmos de David, que comienzan lentos y pausados. Y parecen cristalizar en los cantos del profeta los dolores y las amarguras de todos los humanos. Yo os digo que es de un encanto único, inenarrable, oír en Ferrara estas alegrías pretéritas y solemnes, entre cirios que alumbran Cristos viejos y Madonnas opulentas: oírlas una tarde pesada de primavera, en que la vida se detiene, en una catedral muerta de un pueblo muerto, donde la alegría es pecado, y pecado la luz. Donde solamente tienen su asiento las amarguras recónditas y donde disuena el amor, y la pujanza de la juventud, y el grito alocado o inconsciente.

Luego, al cerrar el templo, cuatro mujeres enlutadas, con el libro de rezos en la diestra, han atravesado la ancha plaza sin cruzar con los curiosos transeúntes una mirada amiga.

No hay una casa moderna en Ferrara. Todas ellas son hermosas y todas son distintas. Abundan los palacios destartalados e inmensos. El de los Diamantes, así llamado porque sus piedras están colocadas en facetas, es del primitivo Renacimiento y fue decorado por Garofalo y Dosso Dossí; el Municipal, bizantino, fue reconstruido en el siglo XVIII y está cruzado por una ancha galería; el de Schifanoia, envidiado por D'Anunzio, conserva en la sala principal bellos incunables de canto llano y tiene figuras y lienzos de Francesco Cossa; el de los Bentivoglio, es una casona barroca, recargada de ornamentación imponente a pesar de su prodigalidad desconcertada. Y en las calles típicas, abovedadas, como la vía delle Volte, sorprenden la diversidad y riqueza de sus edificios, su vetustez asombrosa, su hechura recia y firme, el tono de salvaje independencia y de brusco individualismo que les entona y embellece. Pararse a describirlos, sería una tarea abrumadora. Pero reviven de tal modo épocas pasadas, dan tan intensamente al espíritu olvidadas y viejas impresiones, que podemos reconstruir, sin gran esfuerzo, esa bizarra y revuelta historia de los ducados italianos, artística y democrática al mismo tiempo, fanática y viril, que amasa crímenes con gestos de amor y que se rodea de privilegios para cedérselos, luego, en un momento de desorientación, al señor en quien reconcentran toda su tradición y todas sus esperanzas.

Y en Ferrara, como en Verona, como en Toledo, las piedras sabrían dictarnos un sabio volumen indiscreto y curioso, donde las cosas de la república nos mostrarían sus raigambres ocultas y la parte que en su trama tuvieran la pasión, el heroísmo o la vileza de los hombres.

Alrededor del Mundo (19-01-1910)
El Adelanto[253] (17 y 23-07-1915)
La Esfera (02-10-1915)
La Prensa (01-11-1915)
La Mañana (Uruguay) (29-10-1931)

Bolonia[254]

Para Isidro Pérez Oliva

En estas impresiones sobre las viejas, históricas, ciudades italianas no puede faltar, naturalmente, Bolonia. En estas mismas páginas he hablado en otra ocasión –Mayo de 1909– de sus dos célebres torres inclinadas, la Asinela[255] y la Garisenda, y en otra publicación, en *Por Esos Mundos,* he descrito el Colegio Español de San Clemente. Pero no he intentado hasta ahora una impresión total de la ciudad, con ser Bolonia por su historia, por su tradición, por la gloriosa huella de su Escuela famosa y por la singular estructura de sus edificios, una de las ciudades justamente celebradas de la península hermana.

No se ha roto en ella la tradición, ni el tono de la ciudad ha cambiado con esas ridículas y deformes construcciones modernas, gratas a los ojos y a los bolsillos de los *parvenus* y de los concejales. Un enamorado de la arquitectura boloñesa, el caballero Alfonso Rubbiani, ayudado por una pléyade de hombres inteligentes y laboriosos –el conde de Gavazza, el conde Malaguzzi, el crítico Ricci, etc.–, ha restaurado la ciudad, habiéndose encontrado en su labor con la cooperación generosa y entusiasta de los organismos oficiales y del pueblo entero. Ejemplo que bien pudieran imitar, en nuestra patria esas viejas ciudades castellanas y andaluzas que, so pretexto de urbanización, van destruyendo lentamente aquí un arco, acullá una iglesia, al lado una fuente, a la derecha una torre almenada, matando, poco a poco, los vestigios de su pasado, y lo que es más doloroso aún, su propia alma colectiva, tallada en piedras seculares y mohosas.

Bolonia es de origen antiquísimo. Sean los ligures, sean los umbríos[256] sus primeros pobladores, lo cierto es que su origen se remonta a 800 años antes de Jesucristo. Su nombre primitivo, *Felsina,* indica su población umbría, y más probablemente, el paso por la ciudad de los etruscos. Sometida al poder de los galos, cayó luego bajo la dominación de los romanos, que la incorporaron a la Galia Cisalpina, haciendo de ella una *provincia* romana, 200 años antes de la Era cristiana. Después, Felsinda llegó a ser uno de los municipios más importantes de Italia.

Bolonia sufrió, naturalmente, las convulsiones anejas a la caída del Imperio. Fue invadida, asediada, por las hordas bárbaras, principalmente por los visigodos y por los godos (años 408 y 489 de la Era vulgar[257]). Formó parte del Exarcado, cuya capital, fue la vecina Rávena. Después, fue conquistada por los longobardos, hasta que Pepino, rey de los francos, la regaló al Papa en el año 756.

Concluida la dominación de los otones, Bolonia fue una de las primeras ciudades que quisieron gobernarse libremente, y formó parte de la Liga lombarda contra Federico Barbarroja. Hizo prisionero –1249– a su hijo Enzo y lo tuvo en rehenes veinte años, hasta su muerte.

[253] En *El Adelanto* se publicó bajo el epígrafe «Ferrara la triste», y lo hizo divido en dos partes; una primera que alcanzaba a describir el castillo de los duques de Ferrara, y otra que comenzaba con una breve semblanza de su catedral. En *La Esfera* y *La Prensa* coincidiría, solamente, con la primera parte de las dos publicadas en *El Adelanto* y su título fue «Ferrara y Lucrecia Borgia».

[254] Años más tarde, en 1915 y 1924, Sánchez Rojas publicaría otro artículo con el mismo título y contenido similar, aunque distinto, dedicado a esta ciudad italiana en las revistas *La Esfera* y *Horus*, que reproducimos a continuación.

[255] Así en el original, por Asinelli, o A nèla en dialecto boloñés

[256] En el artículo con el mismo título publicado en *La Esfera* (22-05-1915) indica cimbrios. En realidad, creemos que se refiere a los umbros, pueblo itálico primitivo poblador de la región italiana de la Umbría.

[257] Después de Cristo (Expresión masónica).

Pronto comenzaron a sentirse en Bolonia los efectos de la lucha entre la iglesia y el Imperio. Los güelfos y gibelinos se conocieron, respectivamente en la ciudad, con los nombres de los *geremei* y *lambertazzi,* por llamarse así los caudillos de los bandos.

Esta lucha inició el señorío de los Pepoli, uno de cuyos descendientes –la anciana condesa– vive aún. Los Pepoli vendieron la ciudad a mediados del siglo XIV a los Visconti de Milán, los cuales la restituyeron poco después al Pontífice.

Entonces, Bolonia proclama su autonomía. Cae, una vez más, en poder de los Bentivoglio. Uno de estos, Juan I, es asesinado por la plebe en una revuelta callejera. Torna Bolonia al señorío de los Visconti, y vuelve otra vez más a regirse autónomamente. De nuevo los Bentivoglio se adueñan de la ciudad, y si la maldad de Ginevra Sforza, mujer de Juan II Bentivoglio, y la brutalidad de sus hijos, no hubiera detenido el progreso de la ciudad, Bolonia hubiera llegado, como Florencia, Ferrara, y otras ciudades, a su esplendor máximo. No obstante, con Juan II florecieron en Bolonia las bellas artes. Julio II echó a los Bentivoglio de la ciudad; tal vez por eso, agradecida al *Pontífice libertador*, guarda Bolonia su estatua sobre la portada del Palacio Comunal.

Desde el siglo XVI, la dominación de los Papas es estable, definitiva. En 1530, Clemente VII corona a Carlos I de España y V de Alemania, en la Iglesia de San Petronio. Y Bolonia continúa formando parte de los Estados Pontificios hasta las guerras napoleónicas. Fue capital en el "Reino Itálico" del "Departamento del Reno".

El tratado de Viena de 1815 la restituyó a la Iglesia, de la que se separó en las revoluciones de 1831 y 1848. Después, en 1859, hace cincuenta y un año –en virtud del plebiscito de la Emilia– entró a formar parte del Reino de Italia, bajo Víctor Manuel

Muy pronto hará tres años –Febrero de 1907– que murió en la ciudad el cantor más viril de la unidad italiana; el poeta de *Miramazo* y del *Himno a Satanás*: hablo del inmortal Giosue Carducci.

Los pórticos, las torres, denuncian, a cada paso, no solamente a la vieja ciudad pontificia, sino al revuelto municipio bolonés, autónomo a ratos, y a ratos presa de los Bentivoglio y de los Pepoli. Abundan los documentos de los siglos XIII y XIV, tallados en palacios de arquitectura *sui generis,* netamente boloñesa. El Palacio Pepoli, grande como un pueblo, habitado hoy por un centenar de vecinos, se conserva intacto. En el patio de la iglesia de San Francisco, construcción del siglo XIII, con elegante, esbelto y gracioso campanil, se ven al aire libre, bellos sepulcros de los viejos glosadores de la Escuela. Otro palacio de esta época, el de Isolani, deja al descubierto el pórtico que descansa sobre traviesas de encina, de nueve metros de altura, que rematan en el tercer piso de la elegante construcción civil. Hay entre las mil y mil reliquias de los primeros siglos en Bolonia, un edificio curiosísimo: S. Stefano. Se trata de siete iglesias, adosadas, juntas en un mismo edificio, de las cuales ninguna está dedicada al protomártir. "Siete templos aglomerados –escribe el historiador Gozzadini– parecerían mejor un templo panteísta que la casa del Dios único de los cristianos". Pero cuando decayó el ardor de las cruzadas fue general la manía de erigir iglesias, oratorios, capillas, altares, conventos, granjas y beneficios. Pulularon entonces por do quiera presbiterios claustrales, romeros, hermanas de todas cataduras y denominaciones. Una de las iglesias, el Crucifijo, tiene los muros recubiertos de frescos de algún valor; otra, el Santo Sepulcro, de forma octogonal, tiene un sepulcro adornado de bajo relieves, semejante al de Jerusalén; otra, San Pedro y San Pablo –cuyo origen se quiere elevar al siglo IV– está construida con materiales de derruidas edificaciones romanas. Destruida esta iglesia diferentes veces, por los Arianos, por Juliano el Apóstata, por los Húngaros, fue reedificada en 1019. A continuación de la iglesia, el famoso patio de Pilatos. En el centro, sobre un pedestal, hay una pila de mármol de la época longobarda. De las iglesias restantes que componen S. Stefano he de citar, además, la Confesión, subterránea, construida debajo del Crucifijo, llena de columnillas de mármol, con capiteles románicos.

Si fuéramos a describir todas las construcciones religiosas de Bolonia, no terminaríamos nunca. Cuando no nos admira la fábrica entera –San Francisco, San Petronio– nos atrae un detalle peregrino –el porticado de la Madonna dei Servi y de la Madonna de San Lucca–, o bien la primorosa tumba de Santo Domingo de Guzmán, nuestro compatriota, que tanto maravilló a Taine. Y, por todas partes oratorios, capillas, conventos, de todos los gustos, de todas las épocas, de todos los estilos, de severidad bizantina, de sencillez románica, con la pompa pagana del Renacimiento y con el amaneramiento enfático del rococó. Vestigios de una historia revuelta, contradictoria,

fluctuante, que entonan la ciudad, que son la ciudad misma y que sostienen ventajosamente la lucha contra el uniformismo artístico de la tercera Italia, la del eterno caballo garibaldino, la de la panza del buen Libertador…

Alrededor del Mundo (13-04-1910)

Bolonia[258]

Bolonia, la vieja ciudad del rey Enzo y de los Pepoli, la de la gloriosa escuela de los glosadores y juristas, la ciudad de la terracota y de las arcadas y pórticos, es una de las poblaciones más bonitas e interesantes de la Italia septentrional.

Remotos y oscuros son los principios de su historia. Parece que sus primeros pobladores fueron los ligures. Los cimbrios y los etruscos la embellecieron y ensancharon seiscientos años antes de Cristo. Los romanos, al convertir en provincia la Galia cisalpina hicieron de Bolonia sede de uno de los Municipios más importantes de Italia.

Al surgir y acentuarse la decadencia del imperio romano, Bolonia sufrió las consecuencias de las irrupciones bárbaras. Sufrió varios asedios de los visigodos en el año 408 de la Era Cristiana. Formó luego parte del Exarcado con Bolonia, siendo ocupada por los Longobardos, hasta que Pepino, rey de los Francos, se la cedió al Papa en la mitad del siglo VIII.

Al concluir la dominación de los Otones, se convirtió en una ciudad libre, formando parte de la Liga Lombarda contra Federico Barbarroja. Combatió después Bolonia contra Federico II y en la batalla de la Fossalta (1429) venció a su hijo, el rey Enzo, al que tuvo prisionero hasta su muerte, acaecida veintidós años después.

No podía sustraerse el espíritu boloñés, fuertemente individualista y revoltoso a las luchas intestinas que asolaron a las ciudades italianas durante la Edad Media, los güelfos y gibelinos, capitaneados respectivamente por las familias boloñesas de los Geremei y de los Lambertazzi, dieron lugar a la dominación de los Pepoli, cuya última descendiente, anciana y paralítica he conocido yo declinar lamentablemente su vida en el viejo palacio almenado. Los Pepoli vendieron la ciudad a los Visconti, señores de Milán, los que tornaron a restituírsela al Pontífice en 1360.

Volvió Bolonia a su libre régimen municipal; los Bentivoglio sucedieron a los Pepoli, y en distintos azares de la suerte, disputaron su dominio los Visconti, hasta que el Pontífice Julio II concluyó con los Bentivoglio para siempre. En 1530, el Papa Clemente VII coronó a nuestro emperador Carlos I de España y V de Alemania, en la iglesia de San Petronio. Bolonia continuó formando parte de los Estados Pontificios, hasta que a fines del siglo XVIII, se convirtió en la República del Reno.

El tratado de Viena de 1815 la devolvió a la iglesia, hasta que en 1859, después del plebiscito de la Emilia, formó parte del actual reino de Italia.

Pocas ciudades más sugestivas. Pocas piedras más evocadoras y parlanchinas. Sus azares históricos, sus calidades académicas, su tradición clerical, hasta sus esfuerzos de independencia, han quedado para siempre grabados en su recinto. Y las inquietudes de su espíritu actual han encontrado enamorados cantores –los Carducci, los Pascoli– que han dado fecundas orientaciones al sentido civil de la historia contemporánea.

Sus calles, sus anchas y abiertas plazas, son una sucesión interminable de lindos y graciosos pórticos. En su plaza comercial, conserva el viejo palacio de los Bentivoglio, y no lejos de allí, el palacio del Podestá, edificio de los albores del Renacimiento y prisión del rey Enzo. San Petronio ocupa todo un lienzo de la Plaza Comunal, con su fachada hosca e incompleta. No lejos de San Petronio, en la calle de Máximo de Azeglio, se levanta uno de los ejemplares más exquisitos de la arquitectura Toscana del Renacimiento; el palacio Bevilacqua, en cuyas estancias se celebraron varias sesiones del concilio Tridentino. Sus puertas y ventana adornadas con alegres esculturas, el hechizo que da a su fachada los tarugos simétricos de su cantera, la estupenda elegancia del conjunto, el patio con su magnífica verja, hacen de este edificio uno de los monumentos italianos más notables.

[258] También publicado, con el mismo título, aunque distinto contenido, en el semanario *Alrededor del Mundo* (O.C. Tomo V, página 276).

No es posible pasar revista en un breve artículo, ni a las más notables iglesias de la ciudad: San Esteban, Santo Domingo, San Pedro, Santa María de los Siervos, ni a sus monumentos civiles: el Colegio de España, el Hospital Mayor, la Pinacoteca, los jardines de la Montañola, el catálogo innumerable de sus palacios. Cabe, tan solo, en las estrecheces y angosturas con que el articulista tiene que luchar en una revista de las proporciones de LA ESFERA, apoderarse del ambiente, del conjunto de una ciudad deliciosa, evocando sobriamente sus impresiones vivas.

Bolonia, como todas las ciudades italianas, tiene fisonomía suya inconfundible. ¿Dónde encontrarla? ¿En el tono rojo de la terracota? ¿En la ringlera interminable, elegantísima de sus pórticos y de sus arcadas? ¿En las dos torres, Asinela y Garisenda, que arañan el azul del espacio con un gesto trágico de abatimiento? ¿En las alfombras musgosas de sus tapias y de sus almenas? ¿En la elegante sencillez de sus patios, que descubren lindas perspectivas de jardines, con reposo de sombras, con murmurar de ocultas fontecicas? ¿En la esplendidez de sus mujeres suntuosas que llenan de gracia, de abandono y de blandura el espíritu romántico de la ciudad? ¡Oh, Bolonia, Bolonia!

Desde estas áridas llanuras de Castilla, a medida que van discurriendo las horas de mi tedio, evoco tus divinos atardeceres tendido allá en las faldas de los Apeninos, en San Michele in Bosco.

El tañido dulce de tus campanas resuena en la hondura de tus valles. Tornando a la ciudad por los jardines Margarita, las risas alocadas de tus muchachas y el rumor alborozado y alegre de tus escolares, desafía el gesto trágico de tus despojos medioevales.

Y como los poetas, sabe Bolonia, que la noche se ha hecho para soñar y no para dormir, como han dado en la flor de asegurarnos los amadores vulgares.

La Esfera (22-05-1915)
Horus (Montevideo) (23-12-1924)

El alma del hornero[259]

Hay en la plaza de San Marcos, de Venecia, un fanal encendido constantemente. De noche, deja ver en el fondo un cuadro de Madonna y un altarcito callejero. Y cuando a la salida del teatro Goldoni, de un cine, de una excursión gondolera por el Canal, acertamos a pasar por la magnífica plaza, nos distraen un momento el altarcito, el cuadro y el fanal...

A cada esquina hay una tradición en la ciudad de los ensueños. Los caballos de bronce de la Basílica nos hablan de viejas piraterías de la República mercantil y avara. Los palacios de mármol, extendidos a lo largo de los canales, nos hacen recordar un soneto lapidario de Heredia, unos ojos verdes y un cuerpo alto rematando en un busto coronado de amplios cabellos de oro. El *ohé* del gondolero que guía su ligero penacho, cubierto del *felse* protector, una escondida aventura amorosa de dos seres felices, y los violines que lloran viejas canciones, los focos de la plaza del Lido, los reflectores eléctricos de las embarcaciones hospedadas una noche en el puerto divino, nos inundan de una melancolía tan dulce que, sin saber cómo, nos ponemos a cantar los extranjeros una cosa aprendida en la infancia y sentimos que una corriente de lágrimas sube del corazón a los ojos.

Pero esta noche, lector, yo te aseguro que Venecia me ha parecido triste, huraña y melancólica como nunca. Estos viajeros alemanes ruidosos, felices, atronadores, seguros de sí mismos, estos viajeros de alegría infantil me han llenado de una profunda, de una íntima tristeza. Y contagiado, he padecido despierto una pesadilla singular que he sufrido después una tarde de otoño en París, dentro del Bosque de Bolonia, cuando las muñequitas de pelo oxigenado parloteaban y el ¡taf, taf! insolente de los automóviles republicanos rompía la paz de mi pensamiento.

Porque figúrate que en Venecia, durante una noche espléndida de Marzo, doy en la flor de caminar que mis hermanos, los hombres, son muñecos automáticos sin alma –sin amores y sin odios– resortes ridículos sin alma interior que les anime ni les mueva. Y en aquel concierto de mascarada, doy también en imaginar que yo sólo entre todos tengo alma, más tarde que no la tengo, que soy sombra, reflejo de una luz lejana, eco apagado de una voz vibrante, espectro de un Dios que lo llena todo. ¿Concibes pesadilla más atroz, mientras en los cafés de la plaza de San

[259] En abril de 1926, *El Adelanto*, *El Diario de Huesca* y *El Noroeste* publicarían un artículo con este mismo tema, pero de menor extensión titulado «¡Acuérdate del pobre hornero…!» (O.C. Tomo III, página 487).

Marcos estallan besos de enamorados y «¡hurras!» de alemanotes rubios, satisfechos y caribobos que han ido a vitorear a su Kaiser.

Sigo paseando sin miedo al chapuzón seguro, bautizo de los distraídos, atolondrados y ligeros. Y la sombra negra de los mármoles mojados, las canciones que se pierden allá lejos en el canal, las emociones que ahogan mi espíritu cansado, vuelven a sumirse en la murria incurable. ¡Ah, castellano, castellano! ¡Aquí no vive tu Cid, ni tu Cervantes, ni tu Teresa de Jesús, ni tus llanuras son las aguas verdes del Adriático! ¡No te canses, corazón, que el reposo viene después de la lucha, y la victoria detrás del canto, y la paz definitiva es cortejo inseparable del trajín continuo! El anillo de los Dogos, anillo nupcial del desposorio de esta ciudad sin contornos con el mar inmenso, no lo encontrarás si no te desesperas antes.

Pero he aquí que de pronto, sin darme cata de ello, estoy ante un altar. Sin querer me descubro, rezo a la Madonna triste y la dolorosa tradición veneciana acude a mi memoria cargada de fantasmas. Porque sucedió hace tres, hace cuatro siglos un crimen inaudito en la ciudad. Un caballero gentil, que poseía mantos de oro, y amantes hermosas y deseadas, y esmeraldas, y rubíes, y perfumes, y estatuas, y jardines, y fuentes, y parques, y bufones, y libros ricos en librerías de nogal, y bodegas repletas de vinos generosos, fue vilmente asesinado en esta misma plaza.

Los corchetes y esbirros de la República alcahueta y vengativa, prendieron un hornero que cruzaba por la plaza. Y el hornero estuvo en las prisiones, y en la góndola carcelaria salió Puente de Suspiros arriba, a que el mar abrazase su inocencia.

Pero un día, en un palacio, murió un príncipe. Y en la pesadilla postrera, entre sudores agónicos y retorcimientos de angustia, confesó el crimen por el que había sido ahogado el hornero. Y el Senado lo supo. Como ya no podía arrepentirse de la sentencia fatal, acordó rezar siempre, antes de sus deliberaciones, tres *pater noster*, además, el secretario comenzaba las sesiones con la frase sacramental: «¡Acuérdate del pobre hornero!» Y la piedad de los procuradores alumbró este fanal, hizo pintar este cuadro ennegrecido y levantar este altarcito callejero...

Aún estoy descubierto. El crac crac de los esqueletos que viera danzar Saint Säens en su baile macabro, se acaba ya. El sol extiende por el Oriente sus cabellos rojos y son rojas también las aguas verdes del Adriático. Una sirena canta insidiosamente al oído atormentado del poeta. El azul oscuro de la plaza se hace más claro cada vez y los palacios del Lido comienzan a dibujarse claramente. Los pillicelos cortan las amarras de las góndolas. Las palomas del Municipio vienen a mis pobres manos febriles de emoción. Los caballos de San Marcos en eterna actitud de trotar, aguantan resignados un nuevo día. Una veneciana de mantón cruza con sus pies menudos y ligeros. Y antes de retirarme conmovido ante el espectáculo hermoso del amanecer, digno solo de ser compartido con la mujer que todos esperamos, oigo una voz femenina que canta sobre las aguas quietas, con voz de cristal, un aire popular que empieza:

¡Che l'amor e bello
che l' amor e puro
che l' amor e lume
nell' oscurita!

– «El amor es lumbre en la oscuridad» –repito en la Riva degli Schiavons adormilado, dispuesto a recogerme en el hotel.

– ¿*E poeta Lei*? ¿Es usted poeta? –me dice el ridículo maniquí de frac que aguanta tieso a la puerta refregándose los ojos.

– ¿Yo? ¿Y por qué?

– Porque el señorito no ha venido hasta ahora a recogerse por ver el amanecer sobre los canales.

– ¿Eso hacen los poetas?

– Eso, señor.

– Y también hacen eso los locos, amigo mío. Un mi pariente, Don Quijote de la Mancha, del que acaso habrás oído hablar.

– Sí, señor...

– Bueno, pues ese que era de mi familla y de mi raza, pasaba las noches de claro en claro.

– Por amor...

– Sí, por olvidarle, por no estar a solas. Y una mañana montó en un rocín flaco, en Rocinante...

–Con Don Panza, señor.

– Sí, con Don Panza. ¡Pareces un catedrático de Liceo! Pero no llenó las alforjas de viandas, y pasó hambres, y lloró burlas de venteros y de mozas alegres. Y se levantó temprano, mejor dicho, no se acostó. Y se quemó los cascos, llanuras de Montiel adelante, cuando salía el sol.

– Pero esa mañana es eterna, señor, y os hace eternos a los españoles.

– Pues, mira; no había caído en eso.

– Y de esa mañana se acuerda usted y me acuerdo yo, y, en cambio, los dos olvidamos, compadecernos a los buenos señores que se acuestan en Venecia a las nueve de la noche y roncan desaforadamente a las nueve y media.

– ¡C'est just, garçon! ¿Pero tú eres también poeta?

– Algo de eso tengo, señor. En esta ciudad ¿quién no es poeta?

Y me despide, abro la puerta del cuarto inundado de luz blanca y duermo de un tirón hasta que suena la campana de la *colazione*.

La *colazione*, el almuerzo, sobre el gran canal, es una terraza. La mole de la Madonna della Salute, a la izquierda. Bandas alemanas en el canal. Allá lejos, muy lejos, Trieste. Y no lo ven mis ojos –no, no diviso aquel puntito gris– pero lo adivina mi corazón.

La *colazione* en la terraza. Mary, la rubita inglesa, dice al piano las frases de la *apassionatta* de Beethoven. Sobre mi espíritu cae la cascada de notas como agua de Mayo en los sembrados resecos. Escribo unas postales; me trae el correo noticias de mi España, fumo... Y no cambiaría mi suerte por la del Káiser.

Ahora toca al piano la rubita una balada escocesa...

El Adelanto (30-06-1915)
Alrededor del Mundo (21-04-1909)

Verona, Julieta[260]

– ¿Qué lees, compadre? –grito a mi amigo. Eduardo García Comy[sic][261], *attaché* a la embajada de España en el Quirinal– en un cuarto oscuro y pintoresco, italianísimo, del hotel de la *Colomba D'Oro*, en Verona, una noche tibia de Abril.

– El Baedecker. Esta Verona no se concluye nunca. Tenemos tarea de largo. Y tú, ¿qué lees?

– *Romeo y Julieta*. Estamos en el pueblo de los grandes, de los sublimes, de los eternos enamorados. ¡Viva el amor, amigo!

– Aquí está una tumba apócrifa, seguramente invención de los ingleses tiernos y sobones. Y la casa de Julieta; sospecho que igualmente *pour rire*[262].

– Y, ¿qué más da? –arguyo encogiéndome de hombros–. Y volviendo a mi lectura, a mi Shakespeare, releo aquella inmortal escena segunda del acto segundo. Y, ensimismado, abstraído, veo a Romeo en el jardín de Capuleto. Su figura gentil entra cautelosamente en el jardín de la amada, bañado por la luz blanca de la luna. Ni un rumor. Duermen las iras de los rivales de Verona y solamente velan dos enamorados. Romeo se ciega ante la luz de una ventana: es el rostro iluminado de su Julieta. La luna palidece de envidia, y Julieta buena, pura, inocente y confiada, lanza ante los muros del jardín sus amarguras.

–¿Romeo, mi Romeo? ¿Por qué causa te pusieron Romeo? ¡Olvídate de tu padre, amor! Reniega de tu nombre, de los tuyos. Pero si tú me juras amor, yo, tu Julieta, dejaré de llamarme Capuleto, que mi nombre eres tú».

Y Romeo enardecido, apasionado, tembloroso de emoción, responde santamente a Julieta. Y los cabellos de oro de la amada flotan en los aires; su rostro palidece y refleja las emociones que agitan su alma de virgen, y su cuerpo comienza a temblar. Y Romeo reniega de su nombre, y deja de llamarse Romeo, y rasga su apellido ante el litigio de su dicha. Y los novios comienzan a sentir el peligro que les envuelve, y la aurora está a punto de hacer su salida por los Alpes cercanos, llenos de luz levemente roja. Pero Romeo encuentra que es preferible una muerte odiosa a manos de un deudo de los Montescos que seguir viviendo sin el amor de su Julieta. Y se despiden los novios entre juramentos y promesas, más dulces a su paladar que la miel del Himeto.

Cierro el libro. Apago la luz. Y pensando que estoy junto a la casa ideal y junto al jardín azul, me duermo profundamente en la ciudad santificada por el amor de los dos muchachos.

Estupenda, en verdad, es Verona, amigos míos. No dejéis de visitarla cuando vengáis a Italia; no dejéis de visitar tampoco la tumba de los dos infelices amantes.

[260] Con este mismo título Sánchez Rojas publicaría con posterioridad un artículo similar, con el que comparte párrafos comunes, pero con distinto desarrollo, en *Nuevo Mundo* y *El Correo de Galicia*) (O.C. Tomo V, página 295).

[261] En realidad, Eduardo García Comín.

[262] Por diversión, por broma.

Visitadla en las primeras horas matinales, cuando el sol no hiere de plano vuestro rostro, cuando los pájaros traviesos cantan contentos en el ciprés de la tumba y el jardín no se ha llenado todavía de turistas germanos, de gafas, libro rojo, maquinita Kodak y exclamaciones alternativas de «¡ooohhh! ¡aaahhh!, ¡aaahhh!, ¡ooohhhh.

No hay nada más desagradable que ver abrir la boca de un semejante del Rhín.

Tú, déjales con el *cicerone*, consultando citas y parentescos. Trázate la leyenda shakespeariana a tu antojo, con el alma pura y el corazón joven y alegre. Afirma que las leyendas –digan los sabios de Berlín lo que digan– tienen a ratos más verdad que la historia, y que la leyenda de Romeo y Julieta es la más exacta de las historias todas. Ya sabes la causa que, según Homero, dio lugar a la guerra de Troya: las caricias de la rubia Elena. Y si por la mirada de una mujer hermosa ardieran dos pueblos, ¿no es lógico suponer que un pueblo chico, como Verona, se encelase por la pasión de dos mozos, hijos de dos rivales encarnizados?

Pero los hijos fueron buenos. Y el amor les ocasionó la muerte, pero normalizó la vida de la ciudad. Y Romeo murió envenenado y Julieta de tristeza, junto al cadáver de su dueño, suicidándose.

Aquí reposan sus cuerpos, en el jardín silencioso y apartado. ¿Que no es verdadera la fábula? Consulta, consulta con tu corazón, amigo. ¿No hay a todas horas en tu calle, junto a tu casa, dentro de ti tal vez, una amargura íntima, un dolor callado, el recuerdo dulce de una esperanza rota, rota para siempre? ¿Y no es esa esperanza tu Julieta muerta? ¿Y no es tu vecino, tu hermano, no eres tú mismo el Romeo que un tiempo estuvo enamorado, y escaló los jardines de la dicha, y habló a la luz de la luna con la sombra pálida de una doncella que huyó para siempre ante tu cobardía, ante tu apellido, ante tu bienestar? ¿Ves, ahora –¡oh, viajero de Verona!– que Shakespeare simbolizó en su drama, no el amor de dos muchachos, sino las ansias de la humanidad entera?

Y la ciudad está llena de feriantes rusos, austriacos, alemanes y suizos. La feria de caballos de Verona es de las primeras de la Europa meridional. El sol, la alegría, el movimiento, el ruido de los cafés y de las cervecerías, nos hace creer, por un momento, que estamos en un populoso poblachón de Andalucía o Extremadura. Los pórticos romanos de las viejas Basílicas, los jardines de Giusti, las ruinas de la maravillosa Arena digna de competir con la de Roma, nos vuelven de pronto a la realidad. Y seguimos caminando por las viejas calles, bajo los arcos visigóticos, junto a las ruinas de la época de Teodorico el Grande. El Adije divide la ciudad en dos bandos desiguales que llena de frescura sus orillas. La plaza del Erbe, con el león alado de la República, reclama una vez más nuestra admiración. Y pasamos distraídos por la calle de San Sebastián.

– ¡Oye, la casa de Julieta! –dice mi amigo.

– ¡Pues, adentro! –exclamo yo resuelto.

La casa de Julieta es hoy una inmunda posada de truhanes y de pícaros. Los pisos bajos son las cuadras de la hostería. Huele a estiércol.

– ¿Y el jardín, buen hombre? –preguntamos al ventero.

– ¡No hay jardín! –responde malhumorado y grosero.

– ¿Cómo que no hay jardín? –insistimos.

Y no hay jardín. De noche, a la luz de la luna, se transfigura la casa, y solamente los ojos del poeta ven unas tapias, los cipreses, una luna de plata y una figura blanca asomada al balcón de nuestras ilusiones de muchachos... De noche se transfigura la casa de Julieta, cuando hay niñez en el espíritu y se oye el canto de la alondra, allá, en el rosal más oculto del corazón.

El Adelanto (02-07-1915)
Diario de la Marina[263] (14-02-1932)

Padua

A las dos horas de pasear por Padua, de recorrer sus calles tortuosas y estrechas, de contemplar con embeleso sus hermosas mujeres, recuerdo que yo he visto, no sé dónde, aquestas mujeres y aquellas calles.

En las regiones del ensueño, acaso. Acaso, no. Pero no quiero devanarme los cascos.

[263] En el *Diario de la Marina* se publicó, ya fallecido su autor, bajo el título «Las Huellas de Julieta».

Ninguna ciudad italiana se parece a otra. Cada una tiene su arquitectura particular, su fisonomía propia, su ambiente inconfundible: hasta su dialecto. Pero Padua es una ciudad porticada como Bolonia. Y como Bolonia austera, trágica, negra. Es una ciudad la de San Antonio –el suave poeta portugués– que no está en armonía con el siglo. Disuenan, ofenden a la vista los anchos sombreros franceses de las mujeres y los hongos de los pacíficos transeúntes que paseamos bajo sus pórticos.

En Padua, aprovechando la media docena de horas de que dispongo para gozar la ciudad, quiero ver, cuando menos, la Basílica del Santo y los frescos del Giotto que se conservan en la Madonna dell'Arena. Sin preguntar a nadie, con el paraguas abierto –llueve– a través de una plaza anchurosa, me dirijo a la Basílica. Acierto porque San Antonio –el San Antonio a quien se encomiendan nuestros novias para que salgamos bien de los exámenes– guía, seguramente, mis pasos, ¡Dios te lo pague, Santo *benedetto*! Frente a la puerta principal, me detiene una estatua ecuestre de Donatello: se trata de Erasmo de Narvi, que mandó los ejércitos venecianos de mar y tierra en la primera mitad del siglo XV. Y comienzo a contemplar la Iglesia. Ocupa una extensión enorme: es espléndida, grandiosa.

El primer golpe de vista es realmente extraordinario. Es una construcción amplia, en forma de cruz latina, almenada por siete cúpulas esbeltas y graciosas. La torre central, en forma de aguja, sin la pesadez de sus hermanas, es de una grata frivolidad femenina. Junto a mí una inglesita muy rubia, muy rubia:

tan rubia es la niña que
cuando hay sol no se le ve,

–que diría el bueno de Amado Nervo– casi blanca, dibuja nerviosamente, en su libro de apuntes, las luces del grandioso templo paduano.

Entro en la iglesia. Quiero ver la tumba de San Antonio; curioseo los cuadros de los altares. A la derecha de la nave principal, hay un lienzo muy hermoso de Boselli: la Virgen, en un trono, rodeada de San Pedro, San Pablo, San Bernardo y San Antonio. Recuerdo también un monumento dedicado al general Cornelio, con cariátides y prisioneros.

Pero no veo la tumba del Santo. Están restaurándola. Oigo los golpetazos de los martillos de los carpinteros que rompen el silencio de la Basílica grandiosa. Anochece... Salgo a la plaza llena de pórticos bajos y desiguales y me pierdo adrede en los rincones, en los *viccoli* más apartados de la sugestiva ciudad del Véneto.

Padua, lo mismo que Vicenza, lo mismo que Venecia, está surcada por canalillos recogidos y quietos que lamen palaciotes viejos.

Padua es la ciudad del silencio. Un grito agudo resuena, invade toda la ciudad. Una romanza cantada ante un piano casero, una canción amorosa, las voces de los chiquillos al salir del Gimnasio, retumban y el eco flota y se prolonga en el ambiente de la ciudad dormida. Yo visité, paladeándolos, todos estos rincones de quietud una tarde lluviosa del pasado mes de Marzo. Me acuerdo de un sendero en cuesta resguardado por dos jardines. Al concluir el sendero, se alzaba un palaciote del siglo XVII, con gigantes musgos [¿musgosos?] de piedra...

Y un sacerdote pasaba por allí, murmurando sus oraciones, con el libro abierto. Cuando yo me retiraba hacia el centro se destacaba vigorosamente la silueta del presbítero en la senda. Su enorme sombrero de teja, sus melenas blancas, su aire apostólico y recogido, daban la sensación de que aquel sacerdote paduano era un admirable filósofo, enamorado de la obra de Dios, que sabía hablar con Él en el gran templo de la Naturaleza. Porque en aquella hora todo tenía la suavidad y el reposo de las cosas sagradas. El palacio parecía un altar. El fondo verde de la campiña, adornada de flores, salpicada de regatos, con el mar columbrándose a lo lejos, ante el telón azul de los Alpes, no lejanos, era la mejor alfombra para arrodillarse ante él. La luna luchaba con los jirones negros de los nubarrones pugnando por salir; y unos chiquillos de unas lavanderas cantaban a la vuelta de un sendero.

Con luz artificial, momentos antes de salir para Módena, vi los frescos del Giotto en nuestra señora de la Arena. Serían ya las siete y media bien corridas de la noche. Frente a la Universidad, que no se por qué llaman los estudiantes el *Buey*, me detuve admirando las arrogantes esposas y los tiernecicos retoños tempraneros de los oficiales y jefes de la guarnición.

La capilla de Nuestra Señora de la Arena está rodeada de un jardín, que ocupa precisamente el solar de un viejo anfiteatro romano. Los frescos son abundantes y bellísimos. Representan la vida de Jesús y de la Virgen, según los Evangelios apócrifos y el nuevo testamento. Lo primero que veo es un Juicio Final: la figura de Jesús fina, escrupulosa, magistral, henchida de espíritu y de amor, es, sin duda, de la mano de Giotto. También pueden serlo la de algunos ángeles. El resto, no. Es seguramente obra de sus discípulos e imitadores.

Maravillas de escrupulosidad, de honradez artística, de limpieza, de odio a las socaliñas perezosas del *metier*, de observación aguda, de amor al detalle, son los frescos de la Presentación y del Nacimiento de la Virgen. Me gustan también «La entrada de Jesús en Jerusalén», «La huida de Egipto» y la «Traición de Judas», vigorosos y emocionantes frescos.

Pocas horas después estoy en el ferrocarril. Asomado a la ventanilla, veo por última vez las cúpulas graciosas de la Basílica y las lucecillas que se reflejan, temblorosas y bailadoras, en las aguas de los canalillos solitarios de la ciudad dormida.

El Adelanto (05-07-1915)
Alrededor del Mundo[264] (02-06-1909)

Fiésole

Tan bellos como Florencia son sus alrededores. Yo, que había gozado una puesta de sol desde la explanada de Miguel Ángel, sobre San Miniato en Monte; que conocía el convento de San Salvador y había oído las armonías de su órgano entre la espesura de un bosque cercano; que conocía, palmo a palmo, el Viale dei Colli, donde me había llevado un amigo, recitándome estrofas del Dante y hablándome de la eterna Beatriz de nuestros sueños de mozo; yo no creía que hubiese nada más hermoso en Italia y en el mundo.

¡Oh, mis días de emoción en Florencia! Adormilado y tempranero, subía en un tranvía, entre turistas ingleses –¡brava y simpática gente, los ingleses!– que se emocionaban y daban gritos como un mocosuelo ante un juguete recién comprado. A medida que avanzaba el tranvía, dejábamos a Florencia en un hondón, coronada de rosas, con la maravillosa aguja del Palacio Viejo sirviéndola de cimera. Estaba anubarrado el horizonte y llovía abajo, en los valles de la Toscana...

Mis ojos no se hartaban de contemplar tanta hermosura. Continuaba el tranvía su caminata por el país de las hadas; Florencia, cada vez más bella. El sol, al salir, la daba un brillo de oro; al ocultarse y jugar con los nubarrones que se cernían cada vez más trágicos sobre los valles, la coloreaba a su antojo en mil matices diferentes. Y seguía el tranvía su marcha, a lo largo de las villas encantadas, de los jardines de rosas frescas y húmedas, de las verjas doradas con escudos de príncipes... Y seguíamos ascendiendo. Dejabamos los montes abajo. Florencia era ya un montón abigarrado de palaciotes hoscos. Los valles toscanos estaban repletos de pueblecillos encantadores. Y sonaban a nuestros pies campanas de aldea, retozonas y alegres, de timbre purísimo.

Descendimos en la plaza de Fiésole. Unas chiquillas nos ofrecieron cestas de paja, primorosamente tejidas:

– Recuerdos del país, baratísimos. Por una lira ofrecemos a usted dos cestas.
– No quiero cestas, muchachas.
– Para la novia, ande, para la novia…
– No tengo novia.
– Entonces para la mujer...
– Estoy soltero.
– Para mamá.
– A mamá no le gustan las cestas. ¡Dejadme!
– Entonces, postales. Tendrá que escribir a alguien...
– ¡No conozco a nadie! ¡Dejadme en paz!

Imposible. Un montón de chiquillas, de vendedoras de postales, de *ciceronis* nos sigue asaltando:

– Si nos coge algo le enseñamos «gratis» la ciudad.

[264] En *Alrededor del Mundo* su título fue «Padua: la ciudad de San Antonio».

– A ese precio la veré yo solo.

– Pero la ciudad hay que verla con uno del país –replica una chiquilla vivaracha, descalza, de ojos negros, de un perfil tan perfecto, tan limpio, tan puro, que inmediatamente la reputo nieta de algunos de los modelos de ángeles de Fra Angélico, que nació y pintó en Fiésole.

Y me separo, casi a empujones, del hampa fiesolana, tan simpática y tan castiza. Y como pienso permanecer todo el día en Fiésole, y el pueblecillo puede verse en un par de horas sosegadamente, me dedico a curiosear el aspecto de esta aldea, que tiene el inusitado lujo de permitirse un obispo, una docena de canónigos y una Catedral.

Y tocan las campanas de la Catedral. Es la hora de la misa dominguera. En la plaza estamos una docena de vendedores, y dos inglesas y yo a la puerta de un cafetucho tomando pastas y café. Las inglesitas acarician un chucho horroroso; yo escribo unas postales. Lentamente salen de sus casucas los paisanos del divino Angélico, el pintor de la Encarnación. Ellas llevan la *sciarpa* sobre la cabeza; ellos unos chambergos amplios y unas corbatas llamativas. Todos viven de la industria de la paja trenzada con la que fabrican sombreros, cestas, abanicos, etc. Tales productos adquieren una regular exportación en las aldeas toscanas por el primor con que están fabricados.

———

Las inglesitas quieren ver el teatro romano cuanto antes.

– ¡Tiene piedras etruscas! –me dice pedantescamente en un italiano graciosísimo, la menos fea.

– Veamos esas piedras etruscas –replico del mejor humor a mis compañeros de tranvía.

Entramos en el teatro romano, uno de esos museos italianos al aire libre con piedras enigmáticas ante las que se extasían los profesores con lentes.

Hay, primero, unos escalones: los del anfiteatro romano; luego los restos de unas termas; detrás, encerrándolo todo, unas murallas repegadas y recosidas hasta la saciedad.

Las inglesas oyen, con devoción infantil, al custodio. Yo me subo a un altozano. Desde él a la derecha, veo la famosa villa Palmiere, antiguo palacio del conde de Crawford, donde Bocaccio puso los héroes de su *Decamerón*. Y más lejos, oculta entre los cipreses, cerca de los famosos muros etruscos que admira la inglesita menos fea, la quinta Mozzi, residencia de Lorenzo de Médicis, en el encuentro de dos calzadas.

———

A la hora del almuerzo charlo con las dos inglesas largo y tendido. La excursión ha resultado maravillosamente cómoda. Hablamos de los cipreses.

– El ciprés –exclamo– lo explotan en mi tierra los poetas llorones y cursis.

– Pues yo estimo –replica una de mis compañeras– que el ciprés es, además de elegante, alegre.

Así es, en efecto.

Las colinas toscanas están llenas de cipreses. Y ponen en ellas una nota de dulzura de serenidad y de alegría reposada e íntima.

El Adelanto (07-07-1915)
Alrededor del Mundo[265] (23-06-1909)

La Arena de Verona

Marzo, 1908.

La plaza en que está enclavada la Arena de Verona es, ciertamente, una plaza extraña, absurda. Imaginaos un bulevar parisino, una ancha vía milanesa, una enorme plaza simétrica y flamante, y, dentro de ella, un coliseo romano, desconchado y grietoso, de dos pisos superpuestos, lleno de claros, de huecos, agujereado y a medio caer.

Y entrad en Verona una noche fría de Marzo, inundada por el pálido claror de una luna naciente. La más grande sorpresa se apodera de vuestro ánimo. Vosotros que pensáis en una plazoleta vieja, donde no llegan los ruidos ni las estridencias de la ciudad, que soñáis con unas ruinas abandonadas y melancólicas, os encontráis a disgusto en una plaza moderna, ancha y espaciosa,

[265] En *Alrededor del Mundo* su título fue «Fiésole: la ciudad de Fra Angélico».

con focos eléctricos, mercaderes, señoritos ociosos y militares. Y para contera de este prosaísmo, no lejos de la Arena, en la misma plaza monumental, frente al palacio del Municipio, arden unos fuegos de artificio –fuentes luminosas y castillos de estética concejil–, suenan bandas militares y vocea el buen pueblo, satisfecho del espectáculo.

¿Os diré que se me cae el alma a los pies? Aquello no es lo convenido en esos sueños que preceden a nuestros viajes por las ciudades históricas. Verona comienza a desagradarnos visiblemente. Nos dan ganas de huir y de tornar a gozarla lejos del «mundanal ruido», en horas de quietud y de sosiego, cuando sorprendemos con familiaridad casera lo desconocido, y podemos asomar las narices cucharonas en los viejos monumentos rotos.

Al día siguiente entramos en el famoso coliseo veronés, de espléndida fábrica romana, fecunda en monumentos civiles, como fue la griega diestra en levantar soberanos edificios religiosos. El coliseo de Verona, muy semejante al romano, pero no tan amplio como él, es muy anterior a este y a los anfiteatros que aún pueden estudiarse en otras ciudades italianas. «Fundado por Diocleciano –dice una guía de la sabihonda pero tosquísima Germania[266]– doscientos noventa años antes del Cristo, se compuso primitivamente de cuatro pisos, recubiertos exteriormente de fuertes capas de mármol.» Una descripción muy alemana; doscientos noventa años, cuatro pisos, fuertes capas de mármol...Tantos metros de ancho por tantos de largo. Y de la emoción que aquellas piedras dejan en el recuerdo, nada. Y sigue la pintura del distinguido bávaro: «En sus enormes pasillos pueden verse todavía las piezas que se destinaban a las fieras para que estas lucharan con los gladiadores.»

Producen aquellos calabozos obscuros, malsanos y húmedos una impresión de dolor que no se borra fácilmente. Uno de estos calabozos donde esperaban los esclavos el momento de ser despedazados por las fieras sedientas de sangre, uno de estos calabozos convenientemente adecentados, constituye hoy la habitación del conserje. El conserje os habla de la maravilla veronesa mientras os entrega el billete y os vende fotografías y tarjetas postales. Ya conocéis vuestros compañeros de visita.

Son las inglesitas rubias de sencilla falda de merino, blusa blanca y sombrerito de paja; son los rebaños alemanes, con el *herr professor* miope a la cabeza de la pintoresca banda, cargada de sabiduría; es el matrimonio argentino o chileno diciéndose ternezas; es el comerciante de Chicago, sensiblero y cursi, que hojea su guía con solemnidad artificiosa, ceremoniosamente, viendo si concuerda su libro con las explicaciones del cicerone, un pilluelo veronés que se divierte sacando de quicio a todos en general y en particular a los alemanes.

Desgraciadamente, el interior de la Arena está lleno de gente que «tira al blanco». También en Italia, que vive de sus monumentos y de su historia más que de su industria, se consienten semejantes profanaciones.

Comenzamos a escalar las gradas de piedra, levemente roja, que da un tono desolador al cuadro. Abajo, en la gran pista, siguen los señores tiradores haciendo de las suyas, molestando con el tiroteo incesante. A un lado de la Arena, hacia el promedio de las gradas, enfrente del chiquero por donde salían los esclavos a divertir a los patricios y a sus matronas, se conserva todavía el palco imperial –*podium*–. Y de trecho en trecho, manchadas por puntos negros, se ven las infinitas puertas de salida de aquel *Coliseo*, donde cabían cómodamente treinta mil espectadores.

A pesar del estado deplorable de la Arena, su interior se conserva casi intacto. Desde lo alto de las gradas se contempla uno de los paisajes vénetos más bellos. El Adije, que es un ancho y espacioso río, se encoge entre aquellos peñascales abruptos por donde anduvo errabundo el Dante, rumiando para sí solo las miradas de su Beatriz, antes de llegar a la casa de sus amigos los Escaligeros. He aquí el cuadrilátero levantado por la incomprensión austriaca contra la libertad de un pueblo noble y bueno, el castillo de la ciudad –vecino al rio– los templos románicos y los jardines, que dan una nota de dulzura y de mansedumbre en aquel cuadro de grandeza serrana y dantesca.

El Adelanto (10-07-1915)
Alrededor del Mundo (23-02-1910)

[266] Sin duda se refiere a la famosa guía alemana de Karl Baedeker.

Unos días en Mantua

I

De Mantua apenas tengo noticias. Para mí es una ciudad completamente desconocida. Aún no he hojeado las escasas páginas que debe dedicarle el Baedecker, este Baedecker pesadote, alemán, y, sin embargo, tan útil. Sé que circundan la ciudad unos lagos, que sus viejos duques era los Gonzagas, siempre nobles y altivos, que de Virgilio cuenta la tradición que nació en Mantua y que es una población llena, en las estaciones calidas, de mosquitos.

He oído también *Rigoletto*, la opera de José Verdi, y el duque corrompido, el que sedujera a la hija de su bufón, el que canta esa canción canallesca:

La dona e mobile
Qual piuma al vento
Mutta d'accento
E di pensiero,

que han aporreado todas las señoritas en sus pianos, es el duque de Mantua.

¿Cómo será Mantua? En el tren nos acompaña un viajante, taciturno y silencioso. Y él nos habla de Mantua. Es un pueblo imposible para los negocios, peor aún que Ancona. No se puede contar con nadie. No es como Bolonia donde el comercio tiene un desarrollo progresivo, pero lento, ni como Florencia, donde la *plasa* [sic. Seguramente *piazza*] comienza a moverse, ni como Verona que, al fin de cuentas, sigue su caminito de andadura, pero su caminito. Nuestro amigo, milanés él, no consigue meter sus sedas –a precios arreglados, por supuesto– en la ciudad de los Gonzagas, de los mosquitos y de los lagos. Y además se come mal. La condimentación francesa no ha hecho estragos todavía en el estómago de los paisanos de Virgilio. Todo esto, es natural, le parece rematadamente atroz a nuestro viajante y nos aconseja que no nos detengamos en Mantua.

– La ciudad –agrega– ¡es claro! es una ciudad italiana, y siendo italiana, se comprende, es bonita, es bella, pero no vale la molestia de ser visitada. Ciudad que no entra en la senda de la civilización, es una ciudad que muere. ¿No?

¡No, hombre, no! Pero le decimos que sí a todo ¿Para que incomodarle? Nosotros hemos de detenernos en Mantua de todos modos. Seguramente, desde la nebulosa, ningún hijo de Alba de Tormes ha hollado esta población ¿Qué contaremos mañana en la botica, ante nuestros apacibles amigos, tan discretos, tan sosegados, tan veraces?... Y luego sospechamos que un viajante, que es milanés y que vende sedas de Friburgo, no tiene obligación de sentir la belleza de una ciudad para nosotros desconocida; desconocida y, por lo tanto, misteriosa.

El viajante, silencioso y taciturno del principio, se torna charlatán incorregible. Parece –¡oh, santa afinidad de razas!– parece paisano nuestro.

Nos dice que está casado, que es republicano de los de Napoleón Colajanni y que gana dos mil quinientas liras, con los viajes pagados: tres cosas que no comprendemos la relación que puedan tener, pero que deben tenerla, y muy grande en la cabeza de nuestro amigo, cuando las cita seguidas, como si hiciera el reclamo de las sedas a sus clientes. Luego el viajante –moreno, de mirada altiva, de bigotes cerdosos, de cejas pobladísimas, de ademanes oratorios finchado como un portugués y cursi en el indumento es como un colega de Sabadell o de Tarrasa– nos habla de Cavour, de Garibaldi, de Víctor Manuel, del pobre Sonnino, de los austriacos y de los progresos de la Italia septentrional. Es un buen patriota el milanés y le felicitamos.

El tren se ha detenido en una estación cualquiera. Llueve a cántaros. Las gotas de agua golpean furiosamente los cristales de la ventanilla. El tren no se decide a partir. Nos impacientamos.

– Italia –nos dice el buen viajante– tiene mal este ramo todavía.

– ¿Qué ramo? –le preguntamos.

– El de los trenes. Y un pueblo que no cumple con el horario, es un pueblo perdido.

El viajante es dogmático; sienta principios inconcusos, evidentes como cualquier profesor de Derecho Natural, de esos que pulverizan a Rousseau en mi España. Tal vez allí fuera el viajante profesor de Derecho; aquí no pasaría de bedel en Padua. Mantua no es civilizada porque él no vende sedas; Italia no es civilizada porque los trenes se retrasan diez minutos; Rousseau es un majadero, porque el contrato social es una quimera que rechaza el consenso de los siglos,…

Nos aburrimos del viajante cerca ya de Mantua. Es de noche, las siete, y la hora de cenar. Estamos ya en Mantua.

– *¡Bona sera!* –decimos cordialmente al milanés.

– *¡Bona sera!* –contesta– y vayan ustedes al Sénerer: se come bien y es barato.

Y vamos al Sénerer. Rodamos unos minutos por las calles de la vieja ciudad; llueve a cántaros. Paramos frente a una puerta grande, donde, hay un arco voltaico en la calle del Correo: es el hotel Sénerer.

Abrimos los paraguas; llueve a cántaros. Una mantuana espléndida, rubia, señoril, tropieza con nuestros paraguas, dejando allá abajo, al descubierto, unas primorosas botas altas y algo más que unas botas altas, igualmente primoroso.

– ¡Pase usted, señorita!

– ¡No, no, pasen ustedes! –responde con una voz dulce, pero sospechosa por su inflexión.

– ¡No, no; ruego a usted!... –insistimos

– ¡Que no, que no: ustedes primero! –insiste ella.

Pero pasa y nos acaricia con su mirada más sabia. Está bien la aventura, pero no podemos vanagloriarnos de ella; eso se queda para ciertos colegiales de San Clemente de Bolonia, eterno regocijo de las damas.

El *ramo* este no está mal, aunque no le feriemos, digan lo que quieran los viajantes descontentadizos…

II

En el comedor del hotel, una sola persona que a mi amigo Comin y a mi nos sorprende. Los dos la conocemos mucho. Pero ¡no es posible! Sin embargo ¡es su cara, su figura, sus ojos, su gesto agrio, pero tan afectuoso e íntimo que a nosotros, sus discípulos, no nos da miedo! ¿Conocéis al venerable señor Azcárate[267]? Si nosotros no hubiéramos leído ayer –hemos pasado el día en Módena– que había pronunciado hace tres o cuatro días un discurso en el Congreso, creeríamos que había tenido la humorada –incomprensible en un político, gente grave y acartonada, por lo general– de venir a Mantua para reposarse de los malos ratos que le proporcionan sus inquietos correligionarios... ¡Se parece tanto, pero tanto este hombre al buen don Gumersindo!

Ha cesado de llover. Decidimos vagar un rato por las calles. Es muy temprano: las ocho de la noche y el cielo se ha despejado ya.

Poca gente. No es Mantua ciudad universitaria, industrial o de placer y carece de vida nocturna. Vemos muchas mujeres que caminan graciosamente y con soltura por el suelo enfangado. Las que acertamos a ver cerca de la luz son guapas, muy guapas, altas, airosas y esbeltas como palmas. De la ciudad, de su aspecto, descubrimos esta noche poco. Está llena, como todas estas ciudades, de palacios del Renacimiento que concluyen en almenas gibelinas. Las casas son negras y obscuras; dominan las tapias, los jardines abandonados y los *viccoli*, los rinconcitos o callejones estrechos y sin salida que comienzan en un arco sencillo. Delante de una iglesia hay varias personas: ¡es un cinematógrafo! Yo he visto viejas iglesias que se han convertido en casas particulares, en municipios, en alhóndigas, en cuarteles y en escuelas; pero esto de que en una iglesia se exhiban las *Aventuras de un hombre gordo* que no puede quitarse los pantalones, *El milagro de San Roque* y *El viaje a la luna en una bala de cañón*, para recreo de los niños y demás personas candorosas, no se ve más que en Italia. Decidimos por unanimidad coger *secondi posti* –entradas generales–. Allí van las sartine –las modistillas–. La aristocracia Mantuana se decide por las *poltrone*, por las sillas.

Como es sábado, la antecámara del cinematógrafo está llena. Abundan las modistillas y los militares. ¡Qué algarabía arman las simpáticas chicas, santo Dios! Ellos, los del Kepis, imprimen a las manos movimientos sabios y a los ojos miradas de melodrama. Y ellas, las muy bobas, ante el brillo de los sables relucientes y de las capas azules, se dejan deslumbrar. ¡Oh, militarismo! ¡Oh, clericalismo! ¡Cuán grande es vuestra fuerza! El día que yo me sienta antimilitarista o anticlerical –cuando vaya a Berlín o a Viena, seguramente– no caeré en la simpleza de hablar de los gestos que ocasiona la paz armada, por ejemplo, o de decir groseros errores contra el dogma. La fuerza está en el traje. Predico contra el Kepis y la guerrera del militar y contra la sotana púrpura del cardenal galante. ¡Negocio hecho si desaparece el uniforme! ¡Mientras haya mujeres en el mundo, habrá Reyes y Monarquía por el esplendor de las Cortes; cardenales romanos e iglesia por la

[267] Gumersindo de Azcárate y Menéndez (1840 – 1917). Catedrático de Economía Política y Estadística en la Universidad Central de Madrid, político de ideología republicana, jurista, pensador e historiador español, fue uno de los fundadores de la Institución Libre de Enseñanza.

belleza de las sotanas y suavidad felina de los gestos; militares y ejército por la brillantez de los sables y bonita lámina de los caballos de parada!

A las siete de la mañana –«quien pierde la mañana, pierde el día» dicen los libros sagrados– estamos ya en la calle. Y Mantua, apenas hemos abandonado nuestra vía del Correo y tomado otra que parece ser por sus dimensiones la arteria de la ciudad, nos cautiva, nos entusiasma, nos sorprende más y más con cosas imprevistas. Mantua ya no se parece a Bolonia porque tiene muy pocos pórticos, ni a Módena porque carece de su luz y de su claridad. Es más austera y triste aún que la primera y más recogida y quieta que la segunda. Portales de arcos asimétricos y cuadrados, cuyas columnas o soportes parecen arrancar de las entrañas de la tierra; casas ennegrecidas, sencillotas, con sus escudos musgosos, sus ventanas y sus almenas; plazoletas solitarias, cerradas y grandes, formadas de palaciotes del siglo XVIII, con los consabidos gigantes a la puerta –por ejemplo, el Palacio Episcopal donde estuvo de obispo el hoy venerable Pío X–; callejones estrechos y sucios que parecen formados por las traseras de todas las iglesias de la ciudad; calles donde cada casa marca el nacimiento, por su amplitud y soledad, de otras callejas secundarias; iglesias románicas del Renacimiento o barrocas, a cada esquina... Y concluido este vagar sin rumbo, un campo triste, verdoso, todo el palacio ducal dominando una llanura fértil y rica, los lagos malsanos y un puente viejo, ruinoso, digna entrada de ciudad muerta y melancólica.

Apenas se conoce que sea domingo.

¡Suena tan mal esta palabra, que es asueto para el estudiante, alegría para el hombre de negocios, descanso para el trabajador y plática para los enamorados, en esta Mantua tan hondamente rellena de tristeza y de silencio!

Algunas mujeres del pueblo venden sus frutos en el mercado, en esta estupenda plaza del Erbe. Pero no hay animación, no hay vida en esta ciudad que ya nos es familiar, ceñudamente familiar. Se diría que también nosotros somos Mantuanos, si no lleváramos de la mano el Baedecker denunciador.

Los Mantuanos no deben verse sino de año en año. Están en sus palacios los señores y en sus casuchas los artesanos, añorando sus viejas tristezas, recordando sus tiempos de esplendor ducal, hoscos, tristes, entre tanto despojo y tanta ruina.

Todo está fuera de quicio; los arcos rotos, desconchadas y grietosas las paredes, negruzcas las casas, asimétricos los portales, deshabitados los palacios, sin alegría las caritas chupadas por la fiebre que emana de los lagos sucios e inmóviles malsanos.

Y, por todas partes despojos, recuerdos de saqueos, de batallas, de guerras, de brutalidad. Aquí sembraron el terror mis españoles. Napoleón, los austriacos, todos. Los Mantuanos han heredado el terror de sus abuelos. Hay un soplo trágico, un hálito misterioso y melancólico en estas plazas llenas de niebla, en estas torres graves y macizas, en estas campanas que quieren tañer esta mañana dominguera y os suenan a muerte, lloronas y tristes. ¡Debieron ser las mismas que tañeron el saqueo de mis españoles y la entrada de Napoleón! Aquí estuvo también Maximiliano; creed que fue en Mantua donde por primera vez pensó que también los reyes mueren. Cuando durmiera en su cámara se despertaría asustado; aquí, aquí en esta plaza *Sordello* y dentro de ese palacio real que visitaréis ahora conmigo, tuvo seguramente el pobre Emperador de Méjico la visión en sueños, de unos fusiles que le apuntaban al pecho, de unos ojos que se cierran, de un pueblo que se desploma bañado en su propia sangre humeando de la viudedad de la dulce y rubia emperatriz Carlota, la pobre loca errante por los castillos belgas llamando todavía a su Maximiliano...

¡Oh, Mantua, Mantua, das miedo!

III

El palacio ducal de los Gonzaga es como una síntesis o condensación de la ciudad.

Atravesáis unos callejones mal olientes, sucios. Torcéis a la izquierda. Dais la lira reglamentaria al custodio. Subís una escalera dividida en mil tramos. De pronto, os interesáis en una habitación llamada de *los retratos*, porque de sus paredes cuelgan los de los viejos duques de la ciudad. Todos los lienzos os son familiares; el viejo señor canoso, pulcro y socarrón; el jovencito pálido y mujeril; la gran señora enlutada, beata, y, sin embargo, corrompida y sabia en lances de amor. En el salón, tres sillones rotos, con los frescos borrosos, ennegrecidos, allí donde la mano del hom-

bre, más piadosa, no arrancó de cuajo la pintura entera. Luego, una habitación desmantelada; una segunda; una tercera; una desolación, una ruina...

Un lecho estilo Imperio, en otra cámara deshabitada...

– Aquí –dice el custodio– durmió Napoleón que arregló el palacio a su gusto para habitarlo tres días, en 1812; al lado, el dormitorio de su hijastro, Eugenio de Beauharnais, muy cerca el del emperador Maximiliano, cuando la ciudad estuvo dominada por los austriacos. ¿Qué maldición es esta? No vivís en el mundo; os cansáis de recorrer galerías, cámaras, salas, gabinetes a medio destruir, completamente destruidos. Queréis huir de semejante sitio de maldición. Mantua comienza a embriagaros. Este palacio real, esta *Reggia* inacabable, infinita, os desalienta y os desanima. Comenzáis a ver frescos de Julio Romano, el pintor de los Duques, a mediados del siglo XVI. Luego decoraciones clásicas, cargadas de dorados, pesadas, de las habitaciones donde vivieron en el siglo XVII, la emperatriz María Teresa y José II. Luego, la cámara de los ríos, donde están pintados alegóricamente, por Anselmi, todos los que rodean a Mantua; después, la sala del Zodiaco; más tarde, frente al comedor ducal, soberbio, enorme, un jardín silencioso, abandonado, de esos que ha sabido buscarse –en Aranjuez, en Tarragona, en la Alhambra– nuestro Rusiñol. No tengo más que una impresión de conjunto de esta maravilla y no hace aún dos horas que le he visitado.

Llegamos al *Paraíso*. El Paraíso está formado por las habitaciones donde moró Isabel de Este, esposa del duque Francisco José II. ¿Recordáis el retrato que pintó de esta gentilísima y maravillosa señora el Tiziano y que hoy se conserva en la galería imperial de Viena? ¿Recordáis aquellos ojos claros, serenos –capaces de inspirar un nuevo madrigal a Gutierre de Cetina– aquella boca fresca y pequeñita, aquel gesto de infinita gracia y aquellas manos leves y pálidas? En este gabinete hacia la duquesa su *toilette* mañanera. El gabinete es pequeño, de roble tallado. La entrada está rodeada de bajo relieves de marfil, de labor finísima y meticulosa. Recuerdan los albores del Renacimiento. Hay candidez y simpleza primitivas en los asuntos, pero están ejecutados con una delicadeza insuperable. Y aquella monada de cámara ducal, donde una duquesa protectora de los poetas y de los pintores y amiga de los músicos, vestía los primores de sus encajes flamencos y de los hilos viejos de oro de sus túnicas, podéis asomaros a una ventana, a su ventana favorita. Contempláis de nuevo el paisaje desolador, el puente dormido, las almenas del castillo y su gran mesa amorfa y negruzca, los lagos malsanos de las aguas tranquilas.

No habéis concluido vuestra visita. Habéis visto una cuarta, una quinta parte del palacio castillo. Vuelta a internaros por corredores, por habitaciones nuevas; vuelta a contemplar las fantasías de Julio Romano, sus mujeres morenas y encendidas, –en Mantua hay mucha morena– sus creaciones vigorosas y cálidas. Y tenéis pronto una visión completa, acabada, de la magnificencia, del esplendor de estas cortes señoriles de las viejas ciudades ducales e italianas. La Venus de este cuadro era, tal vez, la camarera de Isabel de Este, amiga de Julio Romano, el pintor favorito; ese Marte, de rostro terroso y de ojos saltones y vivos, un paje de José Francisco, marido de la camarera. Ahí arriba, sobre la testa, descubre los signos infalibles de su paciencia... Julio Romano odiaba, quería, era un hombre; perpetuaba sus amores en estos frescos, como Petrarca perpetuaba en sus rimas:

> Or vedi, Amor, che giovinetta donna,
> Tuo regno sprezza e del mío mal non cura,
> E tra duo ta'nemici è si secura.[268]
> (CANZONIERE, Son. CXX; parte prima)

La eterna Laura de nuestros sueños... Aquí tenéis el patio del castillo. En él caben holgadamente los 24.000 habitantes de Mantua .

Esta sala, con el techo caído, amplia, desconchada, ruinosa, era de la guardia de honor. Más bien que un palacio, esto es una población inmensa. Pero antes de salir os espera una emoción, primero pintoresca, luego triste y melancólica.

Bajad conmigo esta escalera estrecha, limpia de adornos, que fue del servicio subalterno de la casa. Tened cuidado, agachaos siempre y mirad. ¿Quiénes vivieron en estas estancias de baja techumbre, que parecen construidas para muñecas? Apenas cabéis en ellas.

– Aquí vivieron –os dice el custodio del palacio un hombre parlanchín, bajito, regordete y simpático– los enanos jorobadillos y bufones.

[268] "Ahora ves, Amor, que esta joven dama / tu reino desprecia y de mi dolor no se cuida, / y entre sus dos enemigos se siente segura."

Se os encoge el alma después de haber mirado aquello con sorpresa y os apartáis enseguida con horror. ¡Triste cosa, en efecto, es vivir de la burla y del cinismo, triste cosa vivir de una joroba para que sonrían los hartos! Verdad es que no hemos progresado mucho, también el pueblo de hoy, hijo de la revolución, danza ante los grandes como el oso de los húngaros. Más repugnante que el gran señor es siempre su lacayo. A la larga se corresponden admirablemente el uno y el otro.

Pienso, sin saber por qué, en el gran jorobado, en el enclenque y enfermizo Leopardi; recito entre dientes sus versos:

¿Silvía, rimembri ancora
Quel tempo della tua vita mortale
Quando beltá splendea
Negli occhi tuvi ridenti é fuggitivi
E tu, lieta e pensosa, il limitare
Di gioventú salivi?[269]

Me encuentro de pronto en la plaza Sordello y torno a la vida real. Tengo un apetito enorme, la cabeza cargada de tantas cosas como he visto y el corazón agitado. Me esperan los sabrosos *tallerini,* la chuleta milanesa, la pesca de Ancona y el riquísimo queso de Parma. Con esto y unos tragos de Chianti o de Marsala, volveré a proseguir esta tarde mi peregrinación por esta ciudad, cuya enorme melancolía ya se me ha entrado en el alma.

IV

El viajante milanés es un hombre práctico, positivo. Se come muy bien en el Senerer y el precio no deja de ser arregladito. Estamos nosotros y el señor que se parece a don Gumersindo de Azcárate. Entablamos conversación con él. Queremos salir a las nueve de la noche –llevamos ya unos días en el pueblo de Virgilio– y tenemos aún que ver el Palacio del Té, la iglesia de San Andrés y el Duomo. En ello invertiremos dos horas largas. Luego podremos callejear a nuestro antojo:

– ¡Cuidado, mucho cuidado, egregios amigos, con las mantuanas! ¡Son una atrocidad de guapas, *troppo belle, troppo belle*! –me insinúa el buen señor.

Y agrega:

– Yo, a pesar de ser italiano y veronés por añadidura, sé muy poco de arte. Gusto de él pero no entiendo ni una sola palabra y no sé distinguir una época ni un estilo. En Mantua los primeros edificios son las mujeres...

– Nosotros –apuntamos tímidamente– venimos de Bolonia y nos parece que allí...

– No transijo. Las mujeres de Mantua. ¡Dios mío! son maravillosas. Ya las verán ustedes. Y esos diablos de los militares se casan con las más guapas.

Esta tarde nos esperan gratas emociones al decir del veronés.

– Señorita...–decimos a la puerta de un tenducho de la plaza Sordello a una chiquilla rubia, de ojos azules y ensoñadores, hermosa, todo un *amore* como tan bonitamente dicen los italianos en casos tales. –Señorita...

–¿Qué desean? –Y comienza a enseñarnos unos dientes blanquísimos y una lenguecita roja que asoma a sus labios continuamente.

– El Palacio del Té...

Hace memoria. Para hacer memoria –gentil manera– lleva un dedo a los labios. Medita...

– El Palacio del Té... dices que el Palacio del Té... ¡*Ecco*!... Siguen ustedes el Corso Príncipe Humberto, atraviesan a la derecha, dan en una plazuela, en una plazuela... ¡Ecco, gia! Siguen hasta una puerta y a cien metros de ella, ya en el campo, está el palacio del Té. ¿Qué más quieren saber?

– ¡Oh, nada más, nada más, *signorina*!

Tenemos un piropo a flor de labios. Resbala sin salir, y nos limitamos a darle las gracias.

– ¡Señorita, qué gentil es usted! –exclamamos a la italiana–. ¡Gracias, y después, gracias!

– ¡Prego, prego! –responde riéndose.

[269] "Silvia ¿recuerdas aún / aquel tiempo de tu vida mortal / en que la belleza resplandecía / en tus ojos risueños y fugitivos / y tú, alegre y pensativa, el umbral / de la juventud ascendías?"

Ante aquella graciosa paisana de Laura, de Beatriz, de Julieta, que canta en vez de hablar, que da a cada palabra la música de una estrofa, paréceme que el armatoste negruzco de esta ciudad desarruga su ceño y sonríe. ¡Santa sonrisa de las doncellas!

Unos chiquillos limpitos, rubios y hermosotes, de familias burguesas, nos llevan al Palacio del Té. El Palacio fue construido para que los duques pasaran en él las estaciones de calor. Aquí, en Mantua, todo se hacía en grande. Cada familia construía un pueblo en vez de una casa. Los duques, los Gonzagas, bien podrán permitirse la vanidad de tener un palacio suntuoso para el veraneo.

Es de una sola planta el Palacio del Té y de un puro Renacimiento, simpático y sencillo. Fue la residencia del duque Federico II que lo construyó y que encargó a Julio Romano y a sus discípulos la pintura de los muros. Las salas son frescas, claras y cómodas; recuerdo la de los *caballos*, donde están pintados los siete nobles brutos, favoritos del duque Federico; la sala de *Psiquis* con un techo magnífico que representa una bacanal, y, sobre todo, la sala de los gigantes, una fantasía colosal de Romano, donde aquellos escalan el Olimpo. El fresco, enorme, abarca las cuatro paredes y el techo, y las figuras se destacan tan vigorosamente de los lienzos que la habitación pierde, a simple vista, la simetría. Allí contempláis gigantes de brazos colosales, de espaldas inconcebibles, de ojos feroces que se estrellan contra los peñascos, que se desgajan de las montañas. Es algo salvaje y grandioso, que produce escalofríos este fresco del Miguel Ángel de Mantua.

Os encontraréis luego en una espléndida *loggia* de magníficos bajo relieves, delante de un jardín abandonado, donde hay una gruta. Antes de abandonar el palacio os enseñan el baño ducal, mejor dicho, el sitio del baño ducal, la armadura; con el baño cargó el de siempre: Napoleón.

Vemos luego San Andrés, una de las más bellas iglesias del Renacimiento, donde hay frescos primorosos de Mantegna y la Catedral, el Duomo que os da la impresión, con sus mujeres desnudas y sensuales, de templo pagano.

Y ya estamos libres de cuidados. Hemos visto lo que teníamos que ver. Ahora comenzamos a callejear a nuestro antojo. Los rostros ya nos son conocidos casi todos. Nosotros somos también los forasteros del día en este pueblo que aún no ha sido castigado con la única plaga que le falta: la de los turistas.

Comienza el paseo dominguero. Las *sartine*, las modistas no loquean como en otras ciudades; van circunspectas y formalitas; parece que han reñido con el novio el día anterior. Y las señoras, estas altivas y orgullosas señoras de Mantua, se dignan también salir a la calle y codearse con el pueblo. ¡Dios se lo pague! Ambas clases, la aristocrática y la popular, merecen toda nuestra admiración de extranjeros. Seguimos el Corso Humberto, volvemos a desandar lo andado, a emprender de nuevo la caminata, y así sucesivamente.

Pero el pueblo se agolpa hacia una plazoleta. La banda militar interpreta *Norma*, la ópera que tanto gusto dio a nuestros abuelos. Gemma, Cechina, Mimma, María, todas las mantuanas burguesas, se apoderan de las ventanas y de los balcones de las casas amigas que dan a la plazuela. Los pollos mantuanos brillan por su ausencia. No gustan del amor a la intemperie. Aquí es desconocida toda la sencilla poesía de nuestros noviazgos españoles... (Entre paréntesis; al cabo de los siete años, no acierto a ver por ninguna parte esa poesía de reja... tolerable en la muchachez. Los muchachos mantuanos están en lo cierto).

Y en esta hora sagrada de la puesta del sol, en esta plazuela vieja de ciudad muerta, ante este público que escucha con unción la música de Bellini, hay una nota íntima, de puro sabor provinciano, que nosotros, forasteros de unos días, sorprendemos al pasar...

Anochece. Vuelta a la plaza Sordello. Los paseantes regresan a su casa, silenciosos, formando una hilera, enfrente del Palacio Ducal, sin precipitaciones, sin ruidos. Aquí no hay ese perfume de alegría del día de fiesta que concluye; aquí no hay fiestas; aquí no hay tampoco, acaso, días, noción del tiempo. ¡Qué lejos de la Moncloa, del Retiro, de la dehesa de Amaniel! Mejor dicho, ¡qué lejos de mi Tejares, de mi carretera de Zamora, del padre Miguel de Unamuno, de la orden de Predicadores, de Cándido Pinilla, de todos mis amigos, de mi puente romano sobre el Tormes, del paisaje casto y limpio de mi vega de la infancia! ¡Qué lejos del despacho silencioso de don Pedro Dorado! ¡Qué lejos de Madrid, de *Azorín*, del salón de sesiones, de las parlas y de las garrulerías de nuestros prohombres! ¡Maestros amigos: me acuerdo de todos vosotros!

Esta muchedumbre callada, esta ringlera de hombres y de mujeres que parecen volver del entierro de un hijo, me llenan de angustia. La ciudad ha moldeado a su antojo a sus hijos tristes y cavilosos...

Nos despedimos de Mantua con un cielo estrellado. Con el tren dejamos la mesa negruzca de palacios derruidos y de torres ruinosas. Desde la ventanilla saludamos a los lagos, que reflejan quietos y mansos, sin hacerlas resbalar, las estrellas de la noche clara.

El Adelanto[270] (28, 30-07-1915 y 04, 05-08-1915)
La Esfera[271] (03-05-1924)
Prometeo (01-07-1911)
Alrededor del Mundo (07-07-1909)
Por esos Mundos (01-01-1916)
Vida Intelectual (01-01-1908)
Diario de la Marina (21-02-1932)

Milán, los españoles, la catedral[272]

–¿Estoy en Italia? –me pregunto sorprendido al llegar a Milán una mañana, del mes de Agosto, mientras me pongo a curiosear sin orden ni concierto la hermosa, limpia y elegante capital de Lombardía.

No veo turistas por ninguna parte. Comercios y más comercios, camiones y automóviles, tranvías eléctricos, tintineo metálico, horteras, corredores, polizontes, gente activa, falta de tiempo, que camina presurosamente a los despachos, a las oficinas y a los talleres. Son las siete de la mañana y Milán tiene ya su aspecto normal. Y sus calles simétricas y anchas, a la francesa; su carencia de mendigos y de vagos; las casas modernas y recientes me hacen pensar en un pueblo sin historia, sin tradición, sin arte, pueblo de *parvenus* y de ricos, donde el café es excelente, el tabaco de contrabando, confortables los hoteles, higiénicas las casas y llenos los teatrillos y lugares de esparcimiento y de recreo.

La capital lombarda me recuerda mucho a Barcelona. Todo es amplio, cómodo y nuevo. El culto al pasado está envuelto en el afán presente. El arte es un artículo de exportación, para forasteros. Milán considera a Roma como Barcelona a Madrid, con un marcado acento de superioridad risueña –no exenta de otro linaje de envidias, sin embargo– convencida de su dinero y de su trabajo y orgullosa de su dominación positiva.

Milán se considera, desde la fundación de la monarquía, como la capital moral de Italia. Y es, en efecto, una gran ciudad. Y es también –no cabe dudarlo, después de una rápida visita por sus calles– la ciudad que surte de trapos, de dinero, de literatura, de periódicos y de cantantes a toda Italia. El milanés es trabajador y activo. Detrás del mostrador, sentado en el despacho de su oficina, en una breve visita mañanera al Banco, presta al fiado, al sin número de marqueses, de condes, de príncipes, de duques, de caballeros y de comendadores que hay en este benditísimo país. Y desde el mostrador domina el milanés mejor que los diputados desde los escaños de Montecitorio, que las damas desde sus *landeaux* por los paseos de Florencia, que los cardenales desde sus palacios silenciosos y tranquilos y que los escritores desde sus libros. Domina, calla y sigue gordo y satisfecho comiendo a la francesa en hoteles feos pero cómodos, sin un buen cuadro, con ascensor, timbres eléctricos y completo servicio para duchas.

La galería de Víctor Manuel es un lindo paseo encristalado. Allí los escaparates –muchos escaparates– de los libreros millonarios Hoepli y Treves; allí los muestrarios de Bisleri y de Maggi, los grandes farmacéuticos conocidos en toda Europa; allí artistas, poetas, estudiantes, soldados,

[270] En *El Adelanto* se publicó en cuatro entregas, mientras que *La Esfera*, *Alrededor del Mundo* y *Prometeo* lo hizo de forma extractada.

[271] En *La Esfera* y *Vida Intelectual* se tituló «Mantua»; en *Alrededor del Mundo*, «Mantua la hermosa»; en *Prometeo*, «Visión de Mantua»; en *Por esos Mundos*, «La ciudad de los Gonzagas»; y en *Diario de la Marina*, «Mantua, la ciudad romántica».

[272] Previamente, Sánchez Rojas había publicado otro artículo, bajo el epígrafe «Milán», con un contenido similar y con el que comparte párrafos comunes, en *Alrededor del Mundo* (14-07-1909) y *Boletín Mercantil de Puerto Rico* (11-08-1909) (O.C. Tomo V, página 273).

curas; allí la parla rumorosa y el gesto tan expresivo de esta raza; allí muchachitas de todas partes, hasta españolas, sugestionadas por el *bel canto*, por la gloria lírica, por la sugestión de la fama y del dinero que la fama suele traer consigo.

Me siento en una cervecería. En un puesto de periódicos compro *El Imparcial*. ¡Si vierais qué absurda parece la prensa española desde lejos! El patriotismo se exalta como un sentimiento delicado; nos da vergüenza de que nos descubran ciertos afectos. Estocada del Machaco... El Machaco, visto frente al Duomo, frente a la Catedral de Milán, nos produce cierto rubor. Doblemos la hoja. «El señor Maura está insultando los sentimientos liberales del país.» Yo no soy maurista, pero estas cosas no pueden escribirse sin protesta de los que somos, de los que nos sentimos liberales y españoles, hombres. Se acabó *El Imparcial*; los diarios españoles se acaban pronto. Todos dicen lo mismo, y ante un acontecimiento se sabe la postura que han de adoptar necesariamente. Se acabaron el señor Maura y Rafael Machaquito. En la mesa inmediata, en el velador inmediato, contemplan *El Imparcial*, ya olvidado en una silla de hierro, dos muchachitas y un estudiantón que las acompaña. Advierto que tienen deseos de dialogar conmigo.

– ¿Ustedes quieren el diario? –les digo en italiano.

– No nos atrevíamos, sí; con gusto –me dice en castellano una de aquellas muchachitas.

– ¿Son ustedes españoles?

– Sí

– ¿Y usted?

– Ya lo creo

– Estudian música ¿verdad?

– Sí, señor –responde con tristeza una morenita vivaracha, de ojos negros, muy expresiva y nerviosa.

– Cuatro años llevamos aquí –agrega la otra, más parada, pero de una dulce fisonomía.

– No, cuatro años y medio, Carmen, agrega el estudiante que me parece hermano de Carmen, la paradita.

– Tienes razón, Pepe; estamos en Agosto; vinimos en Febrero del 4.

– ¿Serán ustedes ya artistas consumadas?

– ¡No, señor; mujeres explotadas! –dice con ira la morenita.

– ¿Y eso? –pregunto, realmente interesado.

– No quiera usted saber, paisano –dice el hermano de Carmen, pudorosamente–. Nuestra vanidad, los empresarios, la locura de no vivir en España que no hemos debido salir de Madrid y sobre todo... ¡esta loca –dice encarándose con la morena, que desvía la vista del compatriota locuaz.

Gente llena de ideales, gente que anda a testarazos con la vida. ¡Pobres españoles, pobres hermanos míos! Voy a la frontera suiza, con algún dinero; no me atrevo a... Voy a pagar mi cerveza y la de ellos; la mía está también pagada.

– ¿Nos veremos? Voy a la Catedral; dispongo de poco tiempo. ¿Nos veremos después, eh?

– Esta tarde estudiamos.

– Y esta tarde me voy yo, a las siete.

– ¿Volverá pronto a España?

– Sí, allá para Noviembre.

– ¡Quién pudiera irse! –dice casi llorando la morenita.

Cambiamos tarjetas. Prometemos escribirnos alguna vez. Nos despedimos hasta Madrid. ¡Pobre gente, digna y sufrida, hidalgos y artistas al mismo tiempo! No confían su corazón al primero que pasa y... hacen bien.

Y no he vuelto a saber nada de Pepe, ni de Carmen, ni de Purita la morena. ¿Han fracasado? ¿Han triunfado ya? ¡Pobres españoles, pobres hermanos míos, perdidos con sus dolores en Milán!

Contesto afirmativamente a mi pregunta, cuando al salir de la galería, me veo en la plaza del Duomo, en la plaza de la Catedral. ¡Sí, sí, estoy en Italia! He aquí los cargantes *cicerones* a la puerta de la famosa Catedral, resplandecientes con sus mármoles y sus dos mil estátuas; he aquí los pórticos anchos, elegantes y sencillos; he aquí la graciosa fábrica de la más bella, de la más airosa de la más elegante, de la más esbelta Catedral del mundo... Y he aquí también las inglesitas con sus trajes sencillos y los ingleses con sus prismáticos y su cara fresca y fregoteada; he aquí los alemanes, con sus Baedeckers, con su Kodak, con su miopía, detrás de un erudito, en rebaño como los carneros; he aquí estos pilluelos vivarachos, inteligentes, dignos de ser españoles sino [sic] fueran italianos, a caza de una lira, con postales, con estampas, con álbums [sic], con bombones.

– *¡Per la mamma, signore; per la moglie; per la lidanzata, signor giovanotto!* (¡Para la mamá, señor; para la mujer; para la novia, señor muchacho!)

– ¡Callaos, ilustres golfos!

Risa, cuchicheos golfiles. ¡Los alemanes les hacen una gracia! Una inglesita quiere dibujar la pelambrera de un diablejo; dos liras, se cierra el contrato a mi presencia.

– ¡Pero anticipadas, señorita!

– ¡Claro, hombre! ¡Toma!

Y el diablejo se apaña la moneda. Sirve de modelo al sol. La inglesita afila su lápiz y saca su cuaderno de apuntes...

El Adelanto (30-09-1915)

Verona, Julieta[273]

– ¿Qué lees, compadre? –grito a mi amigo, en un cuartito oscuro y pintoresco, italianísimo, del Hotel de la Colomba d'Oro, en Verona, una noche tibia de Abril.

– El "Baedecker". Esta Verona no se concluye nunca. Tenemos tarea de largo. Y tú, ¿qué lees?

– "Romeo y Julieta". Estamos en el pueblo de los grandes, de los sublimes, de los eternos enamorados. ¡Viva el amor, amigo!

– Aquí está una tumba apócrifa, seguramente invención de los ingleses tiernos y sobones. Y la casa de Julieta, sospecho, que igualmente "pour rire".

– ¿Y qué más da? –arguyo, encogiéndome de hombros.

Y volviendo a mi lectura, a mi Shakespeare, releo aquella inmortal escena segunda del acto segundo:

"¡Romeo, mi Romeo! ¿Por qué te pusieron Romeo? ¡Olvídate de tu padre, amor! Reniega de tu padre, de los tuyos. Pero si tú me juras amor, yo, tu Julieta, dejaré de llamarme Capuleto, que mi nombre eres tú."

Pero los hijos fueron buenos. Y el amor les ocasionó la muerte, pero normalizó la vida de la ciudad. Y Romeo murió envenenado, y Julieta, de tristeza, junto al cadáver de su dueño, suicidándose.

Aquí reposan sus cuerpos, en el jardín silencioso y apartado, ¿Que no es verdadera la fábula? Consulta con tu corazón, amigo. ¿No hay a todas horas en tu calle, juntito a tu casa, dentro de ti, tal vez, una amargura íntima, un dolor callado, el recuerdo dulce siempre? ¿Y no es esa esperanza tu Julieta muerta?

Eyes, look your last!
Arms, take your last embrace![274]

"¡Ojos míos: miradla por última vez! –dice el poeta– ¡Brazos: apretadla por última vez contra mi corazón!"

¿Y no es tu vecino, tu hermano, no eres tú mismo el Romeo que un tiempo estuvo enamorado y escaló los jardines de la dicha, y habló a la luz de la luna con la pálida luz de una doncella que huyó para siempre ante tu cobardía, ante tu apellido, ante tu bienestar?

Where is my lord?
Where is my Romeo?[275]

¿Ves ahora –¡oh, viajero de Verona!– que Shakespeare simbolizó en su drama, no el amor de dos muchachos, sino las ansias de la humanidad entera?

Y la ciudad está llena de feriantes rusos, austriacos, alemanes y suizos. La feria de caballos de Verona es de las primeras de la Europa meridional. El sol, la alegría, el ruido de los cafés y de las cervecerías nos hace creer, por un momento, que estamos en un populoso poblachón de Andalucía o de Extremadura. Los pórticos romanos de las viejas basílicas, los jardines de Giusti, las ruinas de la maravillosa Arena, digna de competir con la de Roma, nos vuelven de pronto a la realidad. Y seguimos caminando por las viejas calles, bajo los arcos visigóticos, junto a las ruinas de la época de Teodorico el Grande.

[273] Reproducimos otro artículo con este mismo título y contenido similar, aunque distinto, publicado en *El Adelanto* en julio de 1915 (O.C. Tomo V, página 281).

[274] ""Ojos, miradla por última vez / Brazos, abrazadla por última vez." Romeo y Julieta, acto V, esc. III

[275] "¿Dónde está mi dueño? / ¿Dónde está mi Romeo?" Ibidem.

El Adije divide la ciudad en dos bandas desiguales que llenan de frescura sus orillas. La plaza del Erbe, con el león atado de la República, reclama una vez más nuestra admiración. Y pasamos distraídos por la calle de San Sebastián:

– ¡Oye! ¡La casa de Julieta! –dice mi amigo.

– ¡Pues, adentro! –exclamo yo, resuelto.

La casa de Julieta es hoy una inmunda posada de truhanes y de picaros. Los pisos bajos son las cuadras de la hostería. Huele a estiércol.

– ¿Y el jardín, buen hombre? –preguntamos al ventero.

– ¡No hay jardín! –responde malhumorado y grosero.

– ¿Cómo que no hay jardín? –insistimos.

Y no hay jardín. De noche, a la luz de la luna, se transfigura la casa, y solamente los ojos del poeta ven unas tapias, los cipreses, una luna de plata y una figura blanca asomada al balcón de nuestras ilusiones de muchachos... De noche se transfigura la casa de Julieta, cuando hay niñez en el espíritu, y se oye el canto de la alondra allá en el rosal más oculto del corazón.

Bul trust me, gentleman, I'll prove more tue
Than those have more cunning to be estrange...[276]

"Créeme –dice la novia a su amado–. Créeme, noble Romeo. Te seré más fiel que las que saben ocultar sus impresiones".

Nuestro corazón debe preferir siempre el canto de las alondras al de las sirenas.

Correo de Galicia (02-01-1922)
Nuevo Mundo (09-12-1921)

Nuestro delegado del turismo en Florencia

Cuando regrese de su viaje por Italia el delegado regio del Turismo de Salamanca, mi amigo el señor Pérez Cardenal, y me lo encuentre este verano bajo los porches de nuestra Plaza Mayor, he de reprenderle cariñosamente por una terrible blasfemia que ha lanzado desde las orillas del Arno, deseando desde la ciudad más bella del mundo, nada más que salud y pesetas a los lectores que asistimos a la narración de su interesante viaje. Si hay alguna ciudad en el mundo que nos aleje de las preocupaciones del pan cotidiano y de las no menos cotidianas pesetas que los hombres necesitamos para vivir, esa ciudad es, precisamente, Florencia.

Desde Florencia, querido Pérez Cardenal, solamente un sentimiento invade plenamente el corazón. Puede soñarse con la gloria ante la sombra veneranda de un Leonardo o de un Guirlandajo[277], con el poder ante la evocación de Lorenzo de Médicis o de Nicolás Maquiavelo, con el amor ante el recuerdo de Victoria Colonna o de Beatriz Portinari, pero de ninguna manera con la salud material ni con el bienestar económico. Por eso me han sabido a blasfemia, a terrible blasfemia, las palabras del señor Pérez Cardenal.

Florencia es el cielo de la tierra. En Florencia el cielo es más intensamente azul, y las mujeres huelen eternamente a rosas. En Florencia estuvo el Paraíso Terrenal. Las torres son como manos cariñosas de una madre o como palmeras esbeltas que se elevan a lo alto en actitud de plegaria. En Florencia vivimos el sueño pleno de nuestra fantasía y de nuestra esperanza.

Sus piedras, y sus agujas, y sus cimeras, y sus pórticos, y sus flores, sus cipreses, y sus colinas, y sus jardines silenciosos, y el rumor de sus aguas, y los cantos de sus fuentes, y el murmullo de su río, forman una deliciosa melodía que embriaga el corazón. Una puesta del sol desde San Miniato o una conversación con una florentina en los bancos del palacio Pitti, son el espectáculo más gracioso de la tierra. Las florentinas no hablan: cantan, y su decir tiene un ritmo y una armonía que se pegan para siempre al espíritu y que vuelven a oírse solamente en esos momentos en que nuestro corazón se abandona enteramente a las delicias del pensar y del querer.

¿Pesetas? Pero ¿quién se acuerda de las pesetas en Florencia? En Florencia se puede soñar con el anhelo insatisfecho, como Savonarola soñaba, o en una sola mujer que nos redima, como Gibelino, o en la esperanza de que nuestra patria sea templo abierto de la justicia y de la gloria.

[276] "But trust me, gentleman, I'll prove more true / Than those that have more cunning to be strange". Acto II, esc. II
[277] Domenico Bigordi o Domenico Curradi, apodado Ghirlandaio, fue un pintor italiano del quatrocento.

¡Pero, en el dinero, no! Hay algo superior al dinero en el mundo: la huella de Florencia, que nos hace enteramente mozos y que nos hace amar enteramente la libertad.

Antes gibelino que millonario; primero, ciudadano del reino de la belleza, que tiene en Florencia su corte natural, y después, mucho después, contribuyente y dueño de la tierra o del goce del cupón.

Con el dinero se puede comprar hoy... casi todo, ya lo sé, pero la emoción de gozar de la ciudad más bella de la tierra y de sentirse enamorado y subyugado de ella, no se paga con los millones de todos los Bancos, hoy tan dados a la quiebra y a la prestidigitación. Allá cada cual con sus preferencias.

En Florencia el espíritu es señor y el dinero es un simple lacayo de la hermosura.

En Florencia, todavía hoy, el cheque se siente avergonzado ante la inteligencia y ante la gracia.

Todos tenemos nuestro sueño en la vida. El mío sería volver a Florencia del brazo de una mujer y sentir en unos ojos puros reflejado el verdor de los cipreses, la gracia de las colinas y la majestad y el decoro de sus palacios güelfos.

Y, allá, por la tarde, ascender a San Miniato, oír el toque de la oración, aspirar de nuevo la fragancia de aquel paraíso, y sentir el rumor del órgano cantando la salve entre las espesuras del bosque donde el Alighieri siguió la huella blanca y las trenzas doradas de la hija de Portinari:

Amor mi disse [sic] che mi fa parlare...[278]

El Adelanto (24-06-1925)

OTROS LUGARES DE EUROPA

Ginebra

Me preguntaba no ha muchos días un lector de **Alrededor del Mundo**, el porqué de mi silencio al no consignar, en estas impresiones, las que me sugiriera mi viaje por Suiza durante el verano pasado. Al pronto no supe qué replicarle. Es, en efecto, singular, a primera vista, que hayan dejado en mi espíritu huella más profunda y duradera, un poblachón castellano, una ciudad muerta de Italia, o simplemente, unas ruinas –de iglesias, de castillos, de palacios– que esas otras poblaciones francesas y suizas donde viví algún tiempo, y cuyos planos dominé como el del pueblo que me sirvió de cuna.

En Ginebra, pongo por caso, viví tres meses largos. Y si cierro los ojos y me pongo a recordar, no se menudamente más que del lago Leman, eternamente quieto y eternamente melancólico. Pero Ginebra, como Lyon, como Marsella, como Barcelona, como Bilbao, como todas las poblaciones nuevas y flamantes, me da una impresión absoluta de uniformidad y de monotonía. Veo unas calles largas y limpias tiradas a cordel: unas mesas de mármol a las puertas de los cafés; unos edificios cómodos y desagradables que se llaman "Hotel de Ville", "Université". "Ecoles publiques", teatro de tal o cual cosa. Y después, en las afueras y aledaños de las flamantes urbes, no acierto a ver si no jardinillos alisados y simétricos, villas rojas y cuadradas con los eternos miradores y los pabellones de siempre.

Y para que la impresión sea más borrosa todavía, llevo grabada en mi mollera la imagen de unos bulevares anchos donde discurren coches, automóviles, carros, bicicletas, camiones; puestos de anuncios con los nombres de los diarios más acreditados, de las mejores drogas y de las cocottes de más cartel; restaurants con los eternos maniquíes de frac y las mismas frases odiosas, e iguales vueltas de moneda falsa; los mismos platos con las mismas salsas; las cocottes de antes con las pinturas de antes y el olor de antes; idénticos personajes anodinos y correctos, y para remate, el mismo caballero de industria, afeitado y pulcro, que gira la manezuela de los caballitos del casino, y el mismo compadre que apaña los luises del tapete verde ante la ansiedad de los jugadores de todas partes.

[278] Amor mi mosse, che mi fa parlare ("amor me mueve, lo que me lleva a hablarte"), *La divina comedia*: Inferno. Canto II.

No obstante de todo esto, y a su pesar, Ginebra es una ciudad encantadora que difícilmente se olvida luego. Separada por el Ródano en dos partes, la sirven de unión magníficos puentes, como el del "Mont-Blanc", que empieza en la calle del mismo nombre. A la derecha del de "Mont-Blanc" está la famosa isla de Juan Jacobo Rousseau, con una estatua del fundador ejecutada por Pradier. Por otro puentecillo, también sobre el Ródano, se llega a la famosa Isla, desde donde se goza una de las vistas más estupendas de la ciudad libre y tolerante con todos los credos. En la isla hay bancos y sobre los bancos lectores con indumentarias extrañas; Ginebra es una ciudad enteramente cosmopolita. Desde allí podemos contemplar –repito– perspectivas espléndidas. A la derecha de la isla, el famoso "Mont-Blanc", coronado de nieves eternas, los valles de Saboya, el famoso Castillo de Monnetier, antigua residencia de los duques, la enorme montaña del Petit Saléve y el gran Saléve con sus mil trescientos metros de altura. Debajo, la banda derecha de la ciudad con las dos agujas de la catedral protestante de San Pedro en el fondo, parques y hoteles. Y en frente, por el SO, las montañas francesas del Jura, el Léman replegándose hacia el cantón de Vaud, de entonación variada según la hora, las relojerías elegantes, la terraza mundana del Kursaal, la tumba de Brunswick, plagio de la de los Scalgeros de Verona. Piérdense en la isla los ruidos de la patria de Calvino. Vuestros compañeros, indiferentes, siguen leyendo sus libritos exóticos y Rousseau, sentado, con sus ojillos desvergonzados y cínicos, parece recibir, de mala gana, el homenaje póstumo de su ciudad, no lejos de la plaza donde el verdugo quemó su "Emilio" y sus "Confesiones".

Hay que saber buscar en Ginebra, los edificios viejos si queréis hacer algo más que pasear por el lago, comprar unos relojes baratos en la avenida del Kursaal y ver las bolas doradas de la iglesia rusa que parece una reluciente fábrica de conservas.

Rodeando la catedral, hay un montón de ejemplares de castiza arquitectura ginebrina. Son casonas ennegrecidas y austeras, simétricas, cuadradas, imponentes y sencillas como una aldeana calvinista; callejones estrechos con arcos; torreones de muros panzudos y mondados; iglesias austeras con ventanales multicolores, toda una vieja ciudad de gente removida por problemas de fe, hecha para soñar, sentarse y recogerse. Las plazas de esta ciudad, ya muerta, tienen portales sucios, puestos de hortalizas, vendedoras viejas y faroles del antiguo régimen, a la entrada de los arcos puntiagudos. De noche procuraba ver con la imaginación a los viejos Ginebrinos. Pasaban serios, huraños, discutiendo el misterio de la Trinidad. Hablaban de la independencia de su espíritu y de la independencia de su ciudad. Los abuelos de estos relojeros gordinflones y sonrientes de hogaño, instigados por Calvino, pedían al día siguiente a los consejeros de la ciudad que Miguel Servet fuese quemado en la plaza pública.

Y aquellos hombres, que tanto odiaban a la inquisición, y a los jesuitas, presenciaban la cremación del famoso médico español entre cantos a la libertad y a la patria.

Alrededor del Mundo (30-06-1909)

Ferney–Voltaire

De Ginebra, la linda capital del cantón suizo a Ferney, la histórica aldeuca de la vecina Francia, hay escasamente una distancia de seis kilómetros. La agencia de Cook –de ese eterno, invariable, monótono Cook, que os persigue por donde quiera como una pesadilla cargante– os preparará su viaje correspondiente, *"bon marché"* por supuesto, en una pesada diligencia con cuatro mulas escuálidas al simpático pueblecillo que fundó Voltaire en los últimos años del siglo XVIII. Prescindid de Cook para visitar a Ferney. No toméis tampoco el tranvía que desde Ginebra os lleva, en veinte minutos escasos, al pueblecillo del famoso enciclopedista francés. Aprovechad un domingo, una vacación cualquiera, un día de descanso y caminad a pie.

Salís de Ginebra en las primeras horas de una mañana dominguera. En el embarcadero del jardín Inglés, en el lago Leman, comienzan a gruñir, broncos, los vaporcitos que salen para Montreux y para Laussanne. En el lago azul las gaviotas descansan profundamente enroscadas en sus largos cuellos perezosos. Entráis en el puente de Mont Blanc. La ciudad ha despertado antes que vosotros. En los jardines juegan ya los niños junto a sus madres, que cosen en los bancos de piedra o leen libros amarillos de intricadas peripecias galantes. Seguís vuestro camino. Junto a la estación de Lyón, siempre llena de estruendo y de vocerío sordo, se alzan los arrabales de Ginebra.

A los hoteles franceses, espléndidos y bruñidos, de la población judía, suceden casones austeros, inmensos, de sequedad calvinista donde viven los obreros de las fábricas. Y empiezan los bosques tupidos, de grata penumbra, donde quiebran, enrojeciéndose, los rayos del sol; y comienzan los chalets, recogidos y mansos, blancos como las palomas y como las palomas limpios; y se inician también los paisajes humildes y sencillos, limpios y alegres, de Suiza.

Estáis en plena Arcadia. Suenan las esquilas de los rebaños; la campiña, verde, está salpicada de motas blancas; aldeúcas de aguda flecha por campanario. A lo lejos, al Norte, de las hondonadas la crestería nevada de las montañas del Jura. Ahí abajo queda el lago, la torre ceñuda de Saint Pierre, el Ródano, que se encoge entre peñas ocultándole, los *bars* de mujeres empolvadas y fáciles, el pueblo de los relojeros, un poco fantástico y decorativo, pero simpático y obsequioso con sus huéspedes, los extranjeros.

Atravesáis varias aldeas. El pueblo acude a rumiar gangosamente los versículos bíblicos a los templos aldeanos. Hay en el ambiente ese perfume de día de fiesta que tiene cielo diáfano, buen sol, rumor de besos y perspectiva de holganza. Estáis en la frontera. Los bandoleros de la confederación de la república de los francos se vigilan de cerca amorosamente, como buenos colegas, dispuestos a tolerarse sus mutuas debilidades. Los almacenes de las aduanas, llenos de flores, muy limpios, acusan su familiaridad con manos femeninas. Un carabinero francés, de largos mostachos, rubio y fornido, os dice sonriente:

– *¡Bon jour, monsieur!*

Le replicáis contentos. Estáis en Francia. Cerca, a la derecha, entre jardines y bosquecitos, se descubre una hilera de casas: es Ferney-Voltaire. Una campana tañe presurosa en la mañana azul. En un altozano se divisa un castillo. Llegáis a Ferney.

Y he de deciros que vuestra primera impresión en el pueblo del autor de Cándido es de una ternura inenarrable. ¡Oh, como se ríen los siglos del buen Voltaire! En la plaza municipal, llena de gente, se disuelven los grupos. Hay dos iglesias vecinas: la católica y la calvinista. Unos entran en aquella para oír su misa; otros se dirigen a esta para cantar los oficios y oír la palabra del pastor. Y no hay, entre los parciales de las dos confesiones, ese gesto irritable de intransigencia, de fanatismo de odio secular, que un espectáculo semejante produciría en España, en Francia, en Italia. Por encima de la idea está el respeto mutuo a la creencia ajena. Antes del dogma está la tolerancia. Torno a presenciar encantado, lleno de emoción intensa, de alegría apretada, el espectáculo de la salida. Vuelven a emparejarse católicos y calvinistas. El amor cristiano, la humildad franciscana que de Cristo nace ha vencido a la brutal agresividad de Calvino, el verdugo de Servet; ha contenido suavemente el gesto canallesco de Juan Jacobo y rectificado la mueca helada y desconcertadora de Voltaire.

Veis el pueblo, que se conoce pronto. En una plaza se alza la estatua del fundador. El teatro de la aldea, el hospital, el castillo y una iglesia que junto al castillo se levanta, recuerdan asimismo el nombre de Voltaire. El origen del pueblo vale la pena de ser referido. Sucedió, allá entre los años 1780 y 1790, que los habitantes de Ferney, trabajadores artesanos en su mayoría, sufrieron las consecuencias de una terrible crisis agrícola. El suelo, mísero, agotado, se cansó de producir sus frutos allí enclenques y anémicos más que en comarca alguna. El hambre, con su cohorte de vergüenzas y de crímenes, extendió sus reales a las puertas de Ferney. El aldeano cayó en las garras del usurero, que se apoderó de sus útiles de labranza, cargó con sus tierras e hipotecó sus fincas. Voltaire había construido un palacio en Ferney... Al conocer el malestar del pueblo, lo remedió. Presto sin interés dinero a los habitantes y les regaló cien casas, un hospital, una escuela, un teatro y una iglesia. El pueblo se redimió y se consagró por entero a bendecir la memoria de Voltaire. Gracias al famoso escritor, el pueblo miserable conoció la riqueza. Hoy es un aldea coquetona, con industrias, activa y culta.

En Ferney, que agregó a su nombre el de su protector generoso, vivió Voltaire sus últimos años. Él, que había gozado de la amistad de Catalina de Rusia y de Federico el Grande, prefirió morir entre labriegos toscos, que decían a su paso una oración de agradecimiento y de piedad. El sarcástico viejo, con su bastón en la diestra encorvado, envuelto en su casaca, con su sombrero de tres picos, su amplia corbata de seda y su calzón azul, vivía en Ferney meditando sus libros y sus acometidas. Para los labriegos aquel anciano que tanto ruido levantaba en París, era un santo y un alma de Dios. De noche, cuando Ferney dormía, Voltaire mojaba su pluma de ave, apilaba los folios de su *Diccionario enciclopédico* y de su *Historia de Catalina de Rusia* en su mesa de trabajo, y reía, reía siempre, con carcajadas que profanaban, rompiendo el silencio de la noche.

"Tout est possible méme Dieu"[279] pensaba el viejo y reía… Tenía que ponerse al día siguiente una inscripción en la iglesia que regalaba a Ferney: "Esta iglesia es digna de Dios y de mí", exclamaba entre dientes Voltaire, topando la frase buscada en el almacén de su mollera y seguía riendo…

Hoy Voltaire –y no es ciertamente un asustadizo el que escribe estas páginas– ha perdido mucho de su pasado prestigio. El pensador aquel de maza de hierro, risa de conejo y lógica inexorable, que ensalzaron nuestros abuelos, ha quedado reducido, ante la crítica contemporánea, a las proporciones de un gran escritor elegante, burlón, fácil y osado, lo que no es poco ciertamente. Mundos enteros del pensamiento y de la poesía se cerraron herméticamente para Voltaire. Sus ironías fueron más bien corticales y de ingenio que profundas y de intuición. En el fondo era un inquisidor, que no hubiera tolerado más libertad de conciencia que la suya. De Voltaire a un agitador de almas actual –un Loisy, un Tyrrel, un Newman– hay una distancia enorme. Acaso en Roma hubiera besado piamente Voltaire las sandalias del Pontífice…

Y leeréis en el pueblo del enciclopedista, en Ferney, el mejor comentario a sus burlas y a sus doctrinas. Aquella campana atropellada y alegre que esquilaba, a un tiempo para la misa católica y los oficios protestantes, en la clara mañana dominguera, se burlaba con donaire, discretísimamente –como se ríe una muchacha guapa de un sabio que la corteja– del báculo, de la casaca, de los libros y de la risa de conejo –mitad de judío, mitad de sátiro– del buen Voltaire.

La Ciudad (17-08-1912)

[279] Todo es posible, incluso Dios.

MONUMENTOS

La catedral de Ciudad Rodrigo[280]

En la provincia de Salamanca, vigilando la frontera de Portugal, en una campiña siempre risueña y alegre, bañada por el Águeda, levántase Ciudad Rodrigo, la vieja Miróbriga de los romanos, encintada en sus murallas medioevales, enfrente de las plazas fuertes lusitanas Almeida y Guarda. Acaso es una de las ciudades más típicas del viejo reino de León, y acaso, es también uno de los rincones más olvidados y desconocidos de esta España, que con tan dolorosa inconsciencia desconoce su patrimonio moral, su fisonomía, el color de sus piedras, el tono de sus cantares, el alma pretérita de su raza, la historia viviente, en fin, que no se interrumpe nunca y que para nosotros se ha reducido siempre a un catálogo muerto de trebejos de desván, de rótulos de bichos disecados, amantes de monarcas, nombres sonoros de batallas, *palabras* y *palabras* del enigmático Hamlet.

A Ciudad Rodrigo le perjudica acaso su vecindad. Salamanca atrae la curiosidad del turista, sorprendido de toparse, en plenas llanuras castellanas, con una ciudad donde cantan las piedras, con una ciudad del Renacimiento, donde lo plateresco, elegante y pagano, triunfa y tapa la austeridad y vetustez del ambiente. Y deseoso el turista de visitar las encrucijadas toledanas, los cármenes granadinos, los Velázquez y Goyas de la corte de los Felipes, no se detiene en la dulce vega de Alba de Tormes, donde Garcilaso hiciera discretear a Nemoroso y Salicio, ni la preciosa Ledesma, solar de D. Beltrán de la Cueva y escenario de escándalos en tiempos de Don Enrique IV el *impotente*, ni los estupendos alrededores de Candelario, donde perdura la tradición del traje y del majestuoso continente femenino de la raza, ni, en fin, la catedral de Ciudad Rodrigo, resquebrajada por los cañones franceses de 1810. Y el alma de España está, sin embargo, en estos poblachones muertos, silenciosos, apartados, que no han hollado aún las plantas del turismo y de la frivolidad cosmopolitas.

Dice un amigo mío, hecho a trotar por los pueblos castizos, que los más interesantes son aquellos que tienen obispo y que carecen de gobernador. Sigüenza, Plasencia, Alcalá y tantos otros, Ciudad Rodrigo entre ellos, tienen una historia atractiva y simpática. Que fue ciudad romana de cierto fuste y esplendor, no cabe duda. Cuenta entre sus vestigios columnas, el puente, un trozo de la secular vía Meritensis y otras muestras de sabrosa e indudable estirpe. Luego vienen esas lagunas que no colman nunca los eruditos perezosos y los cronistas locales, una laguna de once siglos, que apenas ha logrado disimular el Sr. Nogales Delicado en su historia de Ciudad Rodrigo. Fernando II parece que repobló la población para contener las intemperancias vigorosas y juveniles del vecino Portugal. ¿Por qué la ciudad no se llamó Ciudad de Fernando y sí Ciudad de Rodrigo? ¿Quién era Rodrigo? No lo sabemos. A los pueblos convienen orígenes legendarios, como a las mocedades luces románticas. La ciudad tuvo su obispo; ya había sede episcopal bajo la dominación goda.

Y un obispo no podía vivir sin catedral, a menos de repetirse la paradoja de la corte de la nación de las catedrales, donde ya quisieran una harto modesta para un remedio. La construcción de las catedrales castellanas es algo épico. La arquitectura religiosa encarna en el sentimiento popular, que la da forma y calor de vida, espíritu. La tercera parte del portazgo, de la moneda, de las multas o quintos, de las reales rentas de la ciudad y socampana con los diezmos y primicias de los

[280] Posteriormente, el 16 de marzo de 1918, Sánchez Rojas publicaría, con este mismo título, otro artículo de menor extensión en la revista *La Esfera* en el que describiría de forma casi literal este templo mirobrigense

monasterios, dedícanse a la dotación de la catedral. No le valió al salmantino la protesta contra la desmembración de su sede. La voluntad del monarca decidía las contiendas, sin necesidad del moderno balduque, tan arbitrario como aquella; y el metropolitano de Santiago consagró al obispo electo, Domingo, quien inauguró la segunda etapa del episcopologio mirobrigense, extinguido por el Concordato de 1851 y que luego tornó a aparecer con obispos sufragáneos desde 1885.

Acumúlanse privilegios sobre la catedral naciente, que despiertan rencores de otros pueblos. Hay un pasaje harto gráfico en la *Crónica General*: «E el rey Don Fernando, –dice– tomando exempro de la cibdad de Salamanca e de su puebro, por menguar la lozanía de Zamora, tomó él ende el cuerpo del rey Don Ramiro, que yacie hi enterrado e llevó'l dende a Astorga e enterró 'l en la igresia catedral... Empos esto en Salamanca et en Zamora levantóse otrosí contienda sobre la puebra que dicen Cibdad Rodrigo.»

Las discordias civiles de los tiempos alcanzan a Ciudad Rodrigo, que, por su posición estratégica, necesita defenderse del vecino. Cuando Alfonso I de Portugal llega a los alrededores de la ciudad, le ataja en el paso Fernando II, derrotándole en los campos de Alberguería de Argañán. Después, en el siglo XIII, llenan de privilegios a la ciudad Don Fernando el Santo, su hijo el rey legislador y Doña María de Molina.

Alfonso XI celebra sus bodas en la ciudad Castellana. Las riñas de Don Pedro el Cruel y del Bastardo tornan a llenar de luto a la ciudad. Los mirobrigenses se inclinan por Don Pedro. Aprovechando las disensiones, Portugal conquista la ciudad, que torna al cetro castellano con Enrique II, quien levanta en ella las murallas y el alcázar para hacerla inexpugnable.

Después Ciudad Rodrigo sirve de cuartel a los ejércitos castellanos que van a deshacerse en Aljubarrota. El año 1432 se convierte en corte estable de Don Juan II. La ciudad pasa al poder de la reina Doña María, quien al morir la lega a la corona.

La invasión portuguesa de 1475, atajada en la ciudad, fue premiada por Don Fernando y Doña Isabel con un mercado franco semanal. Contra el emperador Carlos V, Ciudad Rodrigo defiende las comunidades. La emancipación de Portugal en tiempos de Don Felipe IV trae como remate la ocupación de la plaza durante un año. Finalmente, para concluir estas rápidas notas de historia retrospectiva de Ciudad Rodrigo, diremos que en 10 de julio de 1810 capituló la plaza ante los ejércitos franceses de Massena, después de una resistencia de cuarenta días, cuando las casas eran un montón de ruinas y había perdido la esperanza en el socorro su gobernador don Andrés Pérez de Herrasti. En 1812, lord Wéllington rescató la plaza, valiéndole el título de duque de la ciudad.

La joya de Ciudad Rodrigo es su catedral, coetánea a su restauración, contando, por lo tanto, ocho siglos de existencia. La ciudad, rica en casas señoriales, en escudos musgosos, en piedras viejas, es de un tono discreto e íntimo. Más que el detalle, sorprende el conjunto; más que la riqueza de un edificio determinado, el sabor de las calles angostas, de las plazas silenciosas, de toda la ciudad. Dominando el caserío de este curioso poblachón del siglo XII, sobresale el Alcázar de Trastámara, cuadrado y panzudo, que refleja su adusta fisonomía en las aguas del Águeda, y la torre de la catedral, acribillada por las balas de cañón, abollada por los franceses hace un siglo.

Visitemos la catedral, que ya nos ha revelado sus secretos en esas dulces mañanas pretéritas de la adolescencia, en que íbamos a meditar bajo sus bóvedas, al arrullo de las notas solemnes del órgano y de las salmodias litúrgicas de los canónigos. Detengámonos en la puerta de las Cadenas. Abierta en el brazo meridional del crucero, es pura, limpiamente románica. Románicas son estas columnas con capiteles de follajes; románicas son las figuras del Salvador y de los Apóstoles, San Pedro con las llaves, con libros tres Evangelistas. Sobre el arco de medio punto en que se encerró la puerta, entre dos pilares estriados que flanquean el arco, corren nichos, que parecerían ojivales si no estuvieran adornados de florones, de dientes, de clavos, de pormenores bizantinos, donde encuadran doce estatuas, con apóstoles, un rey, una reina con cogulla y un monje. Al lado de la entrada, en otra hornacina, otra Virgen de la época. La restauración del siglo XVI, que rehizo la pared del crucero y abrió una claraboya, respetó las figuras vetustas. Una y otra nave conservan las primitivas ventanas. Del conjunto severo, destacase una importuna capilla barroca.

La fachada principal mira a Poniente. Carlos III levantó en medio de ella la torre, que muestra, entre pilastras, dos ventanas de medio punto con balaustrada, cúpula y linterna de remate. El cuerpo bajo de la torre, cancel de la iglesia, tiene el ingreso con frontispicio triangular y columnas corintias, que sorprenden y desaniman al primer golpe de vista. Pero no; en el fondo del cancel se levanta una estupenda portada bizantina, que no disuena, antes casa y corresponde con el tono de la plazoleta, llena de casonas viejas con escudo. La más cercana a la portada es un primor. De noche renovando hace pocos meses en aquel paraje mis inconscientes y atropelladas

impresiones artísticas de colegial, dábanme ganas de recitar algún romance viejo de nuestros anónimos juglares castellanos del Romancero. En la portada del Poniente, Apóstoles. La repisa es un capitel de imágenes toscas, más bellas en su tosquedad candorosa y primitiva que estas imágenes de ahora, bruñidas y limpias, simétricas, sin expresión ni carácter. Sobre la columna que divide la puerta en dos arcos de semicírculo, la Virgen, con el Niño en brazos, preside dovelas de grupos con figuritas de medio cuerpo, ángeles, demonios, caprichos desconchados y borrosos. Y hay en este sitio de la catedral mirobrigense algo de la fe de roca primitiva, algo del sentimiento en la divinidad, incorporado en su fábrica siete veces secular. En las iglesias italianas, por ejemplo, el arte nos ata a la tierra, a la forma, a la serenidad pagana, a la gozosa expansión triunfal del Renacimiento. En las catedrales españolas, no; esta Virgen con el Niño, hermana de las viejas esculturas en madera de las Vírgenes morenas, tímidas y graves de tantos y tantos pueblos españoles; estas barbas pétreas de los recios bizantinos rostros, son esencialmente cristianas y nacionales, como los Cristos sanguinolentos, los monjes de Zurbarán y las fisonomías angustiadas del Greco.

No es tan pura la fábrica de la catedral mirobrigense por la parte Norte. Los pedestales y los fustes, del siglo XVI, alteran la sencillez y severidad de conjunto. El frontis de la fachada forma ángulo con la parte exterior del primoroso claustro, y hacia el Este resalta la capilla mayor entre los ábsides primitivos, con su ventanal gótico, su corona balaustrada y sus machones.

La catedral, comenzada en los últimos años del siglo XII, debió terminarse en poco más de un siglo. Puede calificarse como monumento que entra de lleno en las trazas generales del segundo período románico; la ojiva, desenvuelta con amplitud, los arcos de comunicación, las ventanas de la nave parecen dar razón al arquitecto Sr. Lampérez y Romea, que encuentra un románico distinto en algunas catedrales leonesas y castellanas de la parte occidental de España, –Plasencia, Astorga, Ciudad Rodrigo, la catedral vieja de Salamanca–. Acaso la nave central no tiene el desahogo, la altura de las otras de este período de transición. En la intersección del crucero con la nave falta el espléndido cimborrio de otras catedrales de la época. Mas la elegancia de las bóvedas, la solemnidad y sencillez del templo, son parte para que el ánimo celebre y admire aquella suntuosa exteriorización de fe ruda de las generaciones pasadas.

Las cuatro arcadas que componen el cuerpo de la iglesia hasta el crucero, terminan en capiteles, marcadamente de transición. Las ventanas de la nave mayor son góticas, y en cambio las naves laterales, compartidas de tres en tres, siendo mayor la del centro, son enteramente bizantinas. Los arcos de la esbelta galería que comienza en la puerta principal, se reproducen más tarde en los brazos del crucero.

La capilla mayor desentona un poco de la sencillez del siglo XII, que creó la fábrica. Desnuda de cuadros de valor, objetos artísticos, de enterramientos, –en los que es tan fecunda la catedral vieja de Salamanca–, la de Ciudad Rodrigo cuenta algunas estatuas yacentes. Pero hay un cuadro terrible, de curiosa leyenda, que inquietó más de una vez mi curiosidad infantil. Un obispo mirobrigense, D. Pedro Díaz, que vivió allá por los años del Señor de 1343, escandalizó la ciudad con su vida harto licenciosa y liviana. El obispo, devoto de San Francisco, del que cuenta la tradición que estuvo en Ciudad Rodrigo en 1214, mientras se edificaba la santa Basílica, obtuvo, por intercesión de su patrono, el ingenuo poeta de Asís, que resucitara en el momento en que se celebraban las exequias por su alma. Levantose del féretro el obispo, y aprovechando los veinte días de prórroga que Dios le concediera para enmendar su vida, diose a todo linaje de penitencias, macerando sus carnes con el cilicio, haciendo obras de caridad, predicando la palabra divina con singular eficacia. El cuadro representa el momento de la resurrección del prelado. Sin que vayamos nosotros ahora a analizar las fuentes de la leyenda, sí diremos que ella armoniza muy bien con el ambiente trágico y adusto de la ciudad castellana. Detengámonos un momento en el coro. Las sillas, primorosamente labradas en el siglo XVI por Rodrigo Alemán, que también había labrado el coro de Plasencia, son de las más notables que puedan verse.

Las sillas inferiores contienen mascarones y animalillos fantásticos, en el respaldo de los asientos; las superiores, labores y doseletes de caprichosos arcos en agujas. Una de nuestras fotografías reproduce menudamente la deliciosa arquería, calados góticos sobre friso plateresco, que rodean, elegantemente, la cerca del coro.

La maravilla de la catedral es, para mi gusto, el claustro, que en la actualidad se está restaurando, luego de haberse declarado monumento nacional la catedral castellana. Son distintas las cinco grandes ojivas del claustro. La occidental, que por todas las señales es la más vieja, divide sus arcos en tres de forma de trébol por medio de columnas de capiteles románicos. El lienzo del Mediodía es posterior. No son ya tan gruesos los capiteles; las estrellas, recortadas entre sus encajes, completan de lejos la perspectiva. Las salas del Norte y del Este, trazadas con arreglo a

la ornamentación gótica, tienen arcos con pilares sin capitel, los calados son inferiores a los de los otros lienzos y los contrafuertes exteriores rematan en botateles de crestería. Las bóvedas de arcos, como los demás cruzados, son también inferiores. En los muros hay nichos, vacíos generalmente, aunque en la restauración que ahora se está realizando se ha descubierto una ingenua y tosca Virgen bizantina. Fuera del claustro florece un jardín que embalsama el ambiente silencioso, donde, de vez en cuando, van a morir las cadencias del órgano de la catedral y el murmullo lento de los cantos canónicos, que lloran las desdichas de David y el supremo dolor del rey sabio.

Para concluir: en España existen infinidad de rincones primorosos, de los que no se habla porque no los ha descubierto el turismo. Hace pocos días hablaba yo con el Sr. Menéndez Pelayo, de Cáceres, uno de los pueblos donde dejó más hondo surco la dominación árabe, casi tanto como en Toledo, y, sin embargo, Cáceres permanece todavía perfectamente inédito. Cerca de Madrid tenemos Aranjuez, Alcalá, El Escorial, y ¿por qué no se visitan con la misma devoción parajes tan ranciamente evocadores, tan enormemente sugestivos, como Illescas, Talavera, Plasencia?

Labor de patriotismo sería esta a la que yo pienso consagrar, modestamente, todos mis entusiasmos.

Hojas Selectas (1911)
La Esfera (16-03-1918)

En el Palacio

– Los señores traerán permiso de la Intendencia –nos pregunta un servidor de la real casa, en cuya gorra, galoneada, aparecen las flores de lis de los Borbones.

– ¡Ay, no! No traemos los permisos del señor intendente. Una distracción, sin duda, pero eso se arregla pronto. Alargamos un cigarro al fiel servidor; después exhibimos un carnet de la Prensa.

– ¡Ah! ¿Pero los señores eran de la Prensa?

Claro que sí. Entramos en el real Palacio de Aranjuez por un pasillo estrecho. Estamos frente a la escalera de honor. Un busto de don Felipe V preside el primer descanso de la escalera. Un hermoso retrato de don Alfonso XIII, pintado por Díez de Tejada, conduce a las habitaciones. Dejamos nuestros bastones para entrar en las cámaras reales. Desaparece el fiel servidor de la flor de lis y entra en escena un cicerone sin gorra, un catálogo hecho hombre por obra y gracia del turismo.

Una habitación vulgar, para la gente de alabarda. Después otra habitación Luis XV, con cuadros, con un magnífico piano regalo de la emperatriz Eugenia. Admiramos los cuadros: Rafael Mengs, un Teniers de bastantes dimensiones, baile aldeano en la aldea flamenca. Unos cuellos blancos, unos rostros angustiados de Guido Reni. Un magnífico Cristo con la cruz de espinas. Nos apoderamos del *cicerone* y le obligamos a callar. Somos dueños del campo. Entramos en las habitaciones íntimas de los Reyes. Curioseamos los sillones, los relojes italianos, las consolas, los bargueños, las mesillas, los espejos. Nos atraen, de nuevo, unos lienzos de Ferrant. Entramos en el salón amarillo de baile; han desaparecido unos tapices; los huecos de los clavos aparecen al descubierto. Entramos en el comedor de gala. Luego, en las habitaciones de la reina. Desde una ventana, nos asomamos a los jardines. Contemplamos el salón de figuras de loza construidas en la fábrica del Retiro.

En el *fumoir*, cuadros y más cuadros. Hay una riqueza artística incalculable. Nos detenemos mirando relojes, todos parados, acaso desde el año del cólera, acaso antes.

La figura bondadosa de don Francisco de Asís, el marido de doña Isabel II, nos contempla, curiosote, con el manto blanco de Calatrava, unas figurillas chinas, finísimas, en pequeños cuadritos, cubren los muros de otra habitación. Y momentos después, el comedor de los trece.

– Aquí estuvo don Alfonso XII almorzando cuando vino a socorrer a los coléricos.

– ¿Vienen mucho los Reyes? –pregunto.

–Sí, pero un momento, sin detenerse, sin hacer aquí jornadas, en automóvil.

– Pues aquí debe estarse muy bien –afirmo.

El *cicerone* calla. Acaso no es muy saludable Aranjuez; es húmedo en invierno; en el verano, palúdico. La estación grata es la primaveral. Se goza de una temperatura templada y plácida; quiebran los árboles los rigores del sol; en las selvas vírgenes apenas penetra la luz. Viene mucha gente desde Madrid, sobre todo los domingos. Desde los balcones de palacio, vemos a los paseantes perderse entre las calles de árboles...

Seguimos nuestra visita. Estamos un poco fatigados. Nos detenemos un momento en la capilla. Luego, ante un Cristo de marfil que está a la cabecera del dormitorio del Rey...

Y salimos... Y tornamos a perdernos entre los jardines. Descansamos en los anchos bancos de piedra. Nos deleita la contemplación del río. El canal está dispuesto artificialmente para recrear la vista. Sobre anchas pizarras, colocadas en plano inclinado, en pronunciado declive, salta el torrente de las aguas. Corren algunas fuentes, como día festivo. Unos gigantes aguantan sobre sus anchas espaldas la bizarra carga de Narciso.

Unas ninfas adorables se entretienen en bañar las blancas espaldas de un mancebo gentil.

Las bocas de unas ranas de piedra arrojan continuamente el precioso licor. Es el agua el verdadero soberano de los jardines de Aranjuez, el agua pura, casta, alegre y cristalina que cantara San Francisco. Rezunga levemente en los surtidores; escapa y se filtra, empapando la tierra, por las hendiduras y grietas de los tubos; canta con majestad en el canal y en las fuentes mayores.

Y cantan los pájaros locamente, gozosos de la hermosura del día. Y esos rumores de los días de fiesta, se estrellan a lo lejos. Y por todo el jardín encantado se nos antoja que sople un airecillo de frivolidad.

Es que por aquí anda errante el alma de Felipe V, de doña María Luisa de Parma, de Godoy, de la reina gobernadora. Aquí los Reyes dejaron de ser absolutos y comenzaron a ser constitucionales. Aquí la democracia rompió absurdos sueños principescos.

Y ¿qué se le va a hacer? Los Borbones, los Aujon, eran franceses, un poco mundanos, un poco escépticos, un poco frívolos. Esto no recuerda España. Aranjuez es un grotesco remedo de Versalles. Está un poco mejor que Postdan [sic], me dice un amigo, pero la majestad germánica es tan mantecosa, tan pesada, tan plebeyota.

El Adelanto (05-06-1912)

Dos templos románicos

Vayan por delante estas breves notas sobre dos templos románicos, muy notables, de Zamora; servirán de explicación a los grabados que publica La Esfera. Más adelante, pero muy pronto, hablaré con reposo, en estas mismas columnas, de la ciudad que baña el Duero, de Zamora, donde se reviven las viejas hazañas del Romancero y donde las piedras toscas y areniscas resucitan toda una gloriosa historia pretérita de la más ilustre ciudad del viejo reino de León.

Contemplad estas fotografías de la estupenda Basílica zamorana. Fundose la Iglesia en 1151, reinando D. Alfonso VII el Emperador. Consagrose la Catedral veintitrés años más tarde, siendo obispo Esteban. Estamos en pleno siglo XII. Años después un incendio destruye la Iglesia. Quedan el ábside románico-bizantino y la capilla mayor; todo lo demás se reedifica.

Describamos, brevemente, esta Iglesia. La parte antigua –que es la más interesante– tiene todos los caracteres de la época de transición de lo románico a lo ojival, no bien definidos, no bien caracterizados todavía. Pues de esa época es la Catedral de Zamora, el ejemplar más notable en España y acaso en Europa. El estilo románico campea ya con toda su lozanía; apunta levemente la gallardía, la delicadeza, la filigrana de la ojiva. Une el crepúsculo de un arte con el alba naciente de otro, esta "perla del siglo XII", que dijo D. José María Cuadrado.

Tres naves tiene la Iglesia. Es la más alta la del centro. Las de los lados se sostienen en ramilletes de ligeras columnas apoyadas en rectángulos. Aparecen adornadas las enjutas de los plintos. Y son almenados los capiteles.

Sobre el crucero se alza la cúpula que parece un oriental ensueño. Se alza sobre las cuatro arcadas; la línea de arranque se eleva sobre el cierre de los arcos. Y lo cruzan nervios que se unen en la altura... ¿Esta cúpula es de luminosas tierras de Asia? ¿Estamos junto al Bósforo? ¿Acabamos de perder de vista a Constantinopla?

Describamos, para concluir, la Puerta del Obispo, la portada románica más bonita que se conoce. Dejemos la palabra a Cuadrado: «Vese –escribe en sus *Recuerdos y bellezas de España*– sobre una escalinata, la puerta de plena cimbra, los cortos fustes cilíndricos, los capiteles de abultadas hojas... En los medios puntos de los arcos colaterales, resaltados relieves; a la derecha, la Virgen con el Niño Jesús en su regazo y adorado por dos ángeles; a la izquierda, dos figuras que representan sin duda a dos Apóstoles... Sobre dichos arcos, se abre una estrella lobulada dentro de cuadrada moldura; sobre el ingreso corre una galería con cinco ventanas... Encierran esta portada dos anchas columnas de anchas estrías y capitel alminado, a cuya altura avanza la cornisa

de arquería trilobulada que continúa a lo largo de las naves, y en el remate se diseña, entre dos menores, un grande arco con una ventana en el centro.»

He aquí, brevemente, una impresión muy vaga de conjunto.

Otro templo románico, muy bonito, de Zamora, es el de Santa María Magdalena. Puede ser de los albores del siglo XIII. El templo es de planta rectangular. En ella se esboza un crucero y en este se hallan encajados dos singulares baldaquinos.

Alta y estrecha es la nave; las columnas son muy altas; al ábside se penetra por un arco apuntado que arranca de dos altísimas columnas. Estupendo el hemiciclo. Se cubre con una bóveda cortada por cuatro fortísimos nervios.

El exterior, con todo, es más bello. El crucero apenas se acusa. La puerta del Sur es otro ejemplar maravilloso del arte románico.

Tiene cinco bellísimas arquivoltas sobre capiteles acabados. Algunos de estos capiteles son en la portada vegetales; en otros aparecen decoraciones muy extrañas. Son animales monstruosos con cabeza humana a ratos, con cabeza de dragón otras, en postura violenta, terminando la figura –escribe el peritísimo Paco Antón, que ha estudiado en una linda monografía esta iglesia– "en una larga cola que se toma en cuello largo con una cabeza humana y esta cola-cuello se trenza con otra de otro monstruo igual."

Las otras puertas son inferiores...

Mas no concluye en esta Iglesia la riqueza románica de Zamora. Hemos de volver a ocuparnos de estas Iglesias con mayor holgura.

La Esfera (12-12-1914)

En la capilla del condestable[281]

Doña Mencía Mendoza de la Vega.– Don Iñigo López de Mendoza, primer marqués de Santillana, y padre de doña Mencía, condesa de Haro, es palentino, como sabe el lector, porque nace en Carrión de los Condes. Don Iñigo es muy poeta y es muy rico. Piropea a las mozas coloradas y fuertes de sus vasallos y pecheros, y gasta alegremente su fortuna en empresas de amor y de caballería. El amor para el marqués es un deporte agradable:

Pero en esto es engañada
en pensar por tal razón
que yo faga mi morada
donde no es mi intención,
ca de cuerpo e coracón
me soy dado por syrviente
a quien dice que non siente
mi trabajo e perdición.

La caballería es para Don Iñigo achaques de montería mayor y menor, que a toda suerte de piezas lanza el poeta sus venablos.

A los diez y ocho años, se casa nuestro marqués con la hija del maestre de Santiago, doña Catalina de Figueroa. A los diez años firma en Ocaña sus capitulaciones matrimoniales; dos años después se desposa; las bodas con Catalina –rumbosas y memorables– celebradas en Salamanca, en los primeros días de junio de 1416, Santillana anda de un lado para otro, sin hacer caso mayor de Catalina. Intriga en la corte de Castilla por el infante don Enrique; tiene amores tapados en Tordesillas; anda por tierras de Burgos enamorando mozas:

Yo loé las de Moncayo
e sus gestos e colores
de lo qual non me retrayo,
e la moquela de Bores;

pelea en Villalba, en Talavera y en Montalbán. En Guadalajara, un poco más reposado, le nacen las hijas y los versos a Don Iñigo López de Mendoza...

[281] Existe otro artículo con este mismo título y distinto contenido publicado en *La Esfera* (O.C. Tomo V, página 315).

La hija del poeta, doña Mencía, enterrada en esta capilla con su marido, es fuerte, morena y varonil. Ama la caza, los perros, los caballos, las trompas y los hurones. Mocita, se le muere el padre, y Catalina, que está aún harto hermosa y harto desengañada del marido, se enamora fuertemente del condestable de Castilla, D. Pedro Fernández de Velasco, con el que contrae segundas nupcias. A Mencía le va mejor con el padrastro que con el papá.

Doña Mencía, doña Catalina y don Pedro levantan esta capilla; encargan de sus obras a Simón de Colonia: traen de Italia la divina Magdalena. Y sin acordarse para nada de D. Iñigo los tres, no pueden evitar que la gracia de este enterramiento sea obra lejana del espíritu del poeta. El perrillo, que vigila el sueño de su señora, es un alegre can de caza que persiguió mozas y codornices con el dueño...

El Imparcial (Puerto Rico) (01-11-1919)

Remansos palentinos

¡Ave María!

Hay una capilla en la catedral donde se venera una imagen llamada por los palentinos la Virgen Blanca o la Virgen de las Nieves. Una doncella graciosísima y esbelta sostiene, con sus manitas largas y finas, el Niño Dios... Sonríe... La boquita de la doncella permanece entreabierta, con un vago y dulce bienestar físico. Viste una larga túnica, que parece una de esas batitas caseras y holgadotas que nos dan la sensación de la casa, de la familia y de la paz de corazón.

¡Qué bonita, qué graciosa, qué ponderada, qué tranquila y castellana es esta Virgen Blanca o Virgen de las Nieves, esta Santa María de la catedral de Palencia! Decid ante ella un Ave María, cuando en las tardes, después de haber abandonado el coro los canónigos, vayáis a reposar vuestros sueños a la capilla solitaria. Nadie. Los rayos de sol se diluyen a través de la cristalería polícroma de los cornejales. Da el reloj de la basílica cuatro campanadas, vibrantes y argentinas. María la Blanca sonríe a su bebé, bolita de carne, bolita de nieve, caribobo y estético, ante la divina fragancia maternal.

«Santa María, madre de Dios»... Orgullosa la hija de Joaquín y de Ana de nuestro saludo, os corresponde satisfecha y contenta. Se anima la preciosa escultura. «Ruega por nosotros, los pecadores»... Rogará a su bebé por nosotros; nos dice con el gesto que acaba de rogarle; sus ojos, francos, nobles y abiertos, acaban de sellar la promesa con nuestro corazón, «Ahora y en la hora de nuestra muerte»... Pensamos en una muerte dulce, acostados en su regazo, mimados por ella, y nos sentimos niños que cambiaríamos gustosos la tumba por la cuna.

¡Buenas tardes, Santa María de las Nieves, de este grato remanso de quietud palentina; buenas tardes! Acógenos, dulce señora; bebamos del agua de tu fuente, de la nieve de tu sierra, de la brasa de tu fuego, amoroso y maternal. Haznos como el ángel Gabriel, Santa María, para que podamos ungirte –mujer madre, virgen– cuando nuestro espíritu se aísle de lo contingente, al contacto de tus alas, que son las alas de lo infinito...

Doña Inés

Doña Inés de Ossorio fue una dama palentina que fabricó a sus expensas, con la plata de su vajilla, con la seda de sus vestidos, con los frutos de sus tierras y de sus huertos, las obras del crucero de la basílica.

¿Quién fue doña Inés? ¿Alta, rubia, enamorada, dulce? ¿Fue como aquella princesa Mafalda, enterrada en la catedral vieja salmantina, que finó por casar en Salamanca, año de 1221, no sabemos si de la tristeza de la soltería o del gozo de la virginidad? ¿Fue como esa princesita alemana, cuyo sarcófago hemos visto en Dueñas, que no sabemos quién es, ni a qué vino, desde los remotos estados de María? ¿Quién fue la dama palentina doña Inés Ossorio de Castro?

¿Y no queremos saber quién fue esta señora? ¿De qué vale la labor erudita sin la emoción? ¿Es que nos dicen algo un nombre, una fecha, extraídos de un viejo pergamino rugoso?

Nosotros soñamos a doña Inés alta, fuerte, morena, gran señora, sobria de gestos y discreta en el hablar. En esta Palencia plebeya, resignada y tranquila, de los tiempos pretéritos, sometida al obispo, conde de la Pernía y de la ciudad, doña Inés Ossorio de Castro paseaba mucho, de moza, por la Huerta del Guardián, por Allende el Río, camino de las Puentecillas, durante estas tardes otoñales, que tienen en Palencia una diafanidad cristalina.

Una tarde, doña Inés conoció un nuevo desasosiego: el desasosiego del amor. El caballero que la requebraba marchó un día a una guerra; no volvió más el caballero; nuevas llegadas de Flandes relataban la desgracia acaecida.

¿Fue así, no fue así? Para Cejador, por ejemplo, este modo de discurrir sería intolerable. Para nosotros es el único.

¿Acaso las cosas no son porque nosotros no queramos que lo sean? ¿No creamos a nuestro gusto y fantasía las personas que amamos? ¿No son las cosas todas un reflejo del ritmo de nuestro corazón sobre ellas?

La Libertad (07-10-1922)
España[282] (16-10-1919)

En la catedral

Al anochecer, en la Catedral, junto a las caladas y airosas celosías de la capilla del Sacramento, contemplando un sepulcro de una de las viejas y remotas protectoras de la Basílica. Palencia es un remanso de quietud para el corazón cansado, y la Iglesia Mayor de San Antolín, el mejor hogar de la plegaria. Fuera, un sol de Agosto calcina las piedras; ni un ruido. La vieja ciudad de los Enríquez modorrea su sueño estival. Bajo estas bóvedas, conversando con las cosas y las personas que fueron, con el espíritu serenado por la emoción tranquila, gustada gota a gota, como si fuera agua corriente de manantial, se oye el rodar de los siglos, y nos damos cuenta de lo eterno y de lo permanente y de lo que sabe hurtarse a lo temporal y a lo transitorio.

Estas catedrales de Palencia, de Burgos, de Ávila, son, como el Romancero, la epopeya viviente de la raza. Rezuman entusiasmo, generosidad y brío. Las gentes se superan a sí mismas en un anhelo de idealidad. ¡Viejas catedrales de Castilla! Camposantos de guerreros, como D. Jerónimo, el que «atorgaba las primeras feridas» en las batallas, a la vera del mío Cid el de Vivar; camposantos de Princesas lejanas y rubias –doña Blanca, doña Dulce, doña Constancia, doña Leonor– que dejan huella de eternidad en un romance anónimo; camposantos de señoras beatas, como esta buena doña Inés, que cede todas sus ropas para la construcción de las capillas absidales; estos templos son venero inagotable de emoción y de fe. La Catedral es como la Casa del Pueblo de la Edad Media; todos llevan a la piedra, al arco, a la ojiva, a la bóveda, al tríptico, algo de su ritmo y de su vibración personales ante el dolor y ante el amor, las dos razones supremas de la vida y de la muerte. Estas catedrales son solemnes e íntimas a la vez; hablan a los sentidos y dan el matiz de la abstracción y de la eternidad al que las contempla con pureza desligada de livianos intereses subalternos. Y la sensación postrera –¡grata sensación para el espíritu del hombre!– de cómo la emoción es el roce de la eternidad sobre las alas del espíritu.

¡Catedral de Palencia, y cómo reposa en tu recinto lo que hay en mí de hombre y de ángel, en esta grata sazón! ¡Cómo refrescas y haces correr aguas que fueron estancadas! ¡Cómo me dejas oír los ecos de las generaciones que te labraron, los sollozos de los penitentes que se disciplinaron ante tus Cristos, las esperanzas de amor y de vida que han puesto estas mocitas y las madres de estas mocitas, y sus abuelos y las abuelas de ellas, a los pies de tus Vírgenes candorosas y castellanas! Este retablo flamenco del trascoro, con el Obispo que se ofrece a la Santa María, y los paisajes dulces, lejanos y verdes de Flandes, y la piedad mezclada a los estruendos de los Fonsecas, son sensaciones que siempre fijó en la eternidad el suave pincel del artista que trazara estas escenas. Y las celosías de la capilla de doña Urraca tienen algo de la permanencia al sabor leones sobre el rodar del tiempo inexorable. Y las puertas recientemente abiertas, del más puro gusto español, la huella del renacimiento penetrando por los entresijos de la liturgia para ahogarla…

Las ocho… Las ocho en la Catedral de Palencia, ocho golpes argentinos musicales, melodía de cristal en un jardín de otoño, ruido de fuentes parleras en páramo que tiene sed. La luz muriente se va reflejando, diluyendo, apagando en las ventanas absidales de la Basílica de San Antolín. Hay luces verdes, amarillas, blancas de leche, añiles, rojas, que llenan de matices las sombras postreras de la tarde, que van despojando de claridad a las bóvedas. Una lamparilla de aceite ilumina un Santocristo en una capilla solitaria. Tornan a tañer las ocho; dentro de la iglesia se repiten los tonos musicales, que conciertan con la voz grave y sonora de otros tañidos que

[282] En la revista *España* su título fue «Sensaciones».

descienden pausadamente de la torre. Cantan unos chiquillos; se oye el trepidar de un coche; oímos las campanitas de las monjas del Asilo…

Palencia, remanso de quietud; muchachas guapas, pueblo quieto, claro, decoroso, que no se afana por vivir demasiado, que no se estremece oyendo el ruido de los telares de sus mantas. Aquí, en la Catedral, he pasado una hora inefable, que algún día cantará dentro mi corazón como cantó aquella alondra que oyó Julieta en Verona, al separarse de los brazos del mozo que dejó el amor por las caricias de la muerte.

La Esfera (02-09-1924)
El Imparcial (Puerto Rico)[283] (28-10-1919)

En las Claras de Palencia

La capilla de D. Bueso

Aquel Infante D. Bueso, que cantó nuestro romancero, montado en un caballo, a caza de amiga, por tierra de moros; aquel tierno mozo, del que no dice jamás nuestra epopeya con qué carga de amarguras tornó de la morería, está enterrado en esta capillita, oscura y sombría, de las Claras, de Palencia. Hemos venido a verlo en una tarde de lluvia. Muere la tarde dulcemente. Las gotas de agua golpean sobre los cristales, y oímos el rodar lejano de un coche que se acerca. Nuestro amigo D. Bueso fue amigo y protector de las monjitas Claras de Reinoso; dotó y protegió un monasterio para que vivieran; el monasterio primitivo fue talado por guerras, asolamientos y correrías; las Claras vinieron a Palencia, y piadosamente trajeron consigo los huesos de aquel dulce hermano de Rosalinda, que todos hemos amado desde nuestra niñez:

"Camina Don Bueso,
mañanita fría,
a tierra de moros,
por buscar amiga…"

La capillita de D. Bueso es muy pobre y está desprovista de todo ornato, en medio de las magnificencias de este estupendo templo gótico, regalo de reyes y morada de almirantes. Dentro del altar de la capilla, donde se guarda la urna de los huesos remotos, no hay una sola inscripción con el nombre del arriscado mozo que devolvió la felicidad a la princesa, que lavaba y cantaba en un regato de tierra de moros. ¡Oh, príncipe Don Bueso de Palencia, cuyo perfume de tristeza llega a nosotros después de siete siglos! ¡Oh, princesa Doña Mafalda, de la Catedral vieja de Salamanca, que finaste por casar, año de 1212! ¿Quiénes sois que gozáis permanentemente de eterna mocedad? ¿Cuánta gracia es la vuestra, si al pie de vuestro sepulcro sonreímos de tristeza porque se nos antoja que las alas de vuestro corazón tapan piadosamente nuestras cenizas con sus cenizas?

Camina Don Bueso, –mañanita fría–. Y camina para no tornar jamás, para reposar eternamente en este claro convento, oyendo las gotas de agua que golpean lentas, pertinaces, los cristales de la capilla. –A tierra de moros – por buscar amiga... Ya la encontraste, D. Bueso, en los brazos de la muerte. Pero tu muerte tiene la misma triste dulzura de tu vida. Y un día al año, unas ingenuas vírgenes del Señor que cantan gangosamente recuerdan un príncipe lejano que ellas conocieron cuando cantaban de niñas, en los corros, tu romance, con el de Blanca-Flor y con el de Delgadina:

La más pequeña de todas,
Delgadina se llamaba,

La reja de Margarita

Palencia: 1870, Revolución; Constituyentes; D. Víctor Junco; mocedad de Matías Barrio y Mier en Carrión de los Condes; ruido de telares; groserías de Martínez Villergas; francmasones; pintorescos discursos de los Taladriz, de los Martínez y de los Villalumbrales en las logias; Emilio Castelar, 1870, "Dios es grande en el Sinaí"; los curas que se entusiasman con D. Vicente Manterola; Roque Barcia; Sánchez Ruano; Eugenio García Ruiz; Esperabé, senador de la Económica; Olmo, detrás del mostrador, leyendo folletos inocentes y terribles. Nuestros papás juegan al marro, y

[283] Se publicó bajo el epígrafe «Sensaciones palentinas».

nuestros abuelos a los comités. Sombreros de copa, levitas largas, corbatas negras; perillas, metáforas, muchas metáforas. Libertad; himno de Riego; el conde de Reus diciendo impertinencias de cuartel desde el banco azul; la huella de Dª Victoria, la italiana, dando de mamar su propia leche a los niños de las lavanderas. Federales y carlistas. Se bautiza D. Abilio Calderón. A Florentino Pombo ya le han salido los primeros dientes; los canónigos, asustados, van por las puentecillas al soto, y hablan de Balmes y de Valdegamas a la sombra de los tapiales de allende el río.

Un poeta melenudo ha llegado a Palencia; tiene voz sonora y recia, perilla, ojos brillantes y febriles, malas cuentas. Sus padres viven cerca de la ciudad, y prefiere el cultivo de las musas a la exégesis del Digesto. Viste una larga levita, y escribe cartas a nuestras abuelas, llamándolas huríes, perlas orientales, jardines risueños y regatos saltones, parleros argentinos. El poeta melenudo se llama Pepe. Los encontronazos rudos del vivir no han hecho mella en el espíritu aturdido y generoso de Pepe Zorrilla.

Pepe Zorrilla viene una tarde a las Claras. Cantan las vísperas las monjitas; las voces virginales y limpias estremecen de tristeza la quietud y solidez de las gallardas bóvedas. Pepe Zorrilla se recuesta en la reja que da acceso al lindo coro capitular. El muchacho rumia unos versos. Alarcón, el señorito bien de los tiempos pretéritos, el tenorio de Palencia, percibe el fulgor de unos ojos negros que rasgan, por un momento, las tinieblas de su espíritu embotado por la lascivia y la mezquindad. Es la dulce tornera Margarita. Gestos de melodrama; una carta; la mocita que reza a la Virgen; el rapto por las tapias del Monasterio. María sonríe ante la inocencia de la tornera. Y la substituye en el torno, y recoge sus llaves, y la abre los brazos al tornar de los brazos del seductor.

Pepe Zorrilla, que ha venido a Palencia huyendo de un acreedor de Valladolid, acaba de crear el poema de Margarita. Reza una Salve, se arrodilla, y la Virgen comprende y perdona las andanzas y correrías del aturdido bohemio, cristiano y español.

La Esfera (10-05-1924)

Dos torres en Castilla

La torre de la Antigua.

Valladolid. Frescura del Campo Grande, Calle de Santiago. Plaza Mayor con el Concejo, decorado por Gargallo. Plaza del Ochavo con la huella de los lamentos de Don Álvaro de Luna. Noche de Julio, abrasadora... Valladolid, Santiago, la Magdalena. San Gregorio, San Pablo... Valladolid, bohemia de hogaño. José Zorrilla, estrofas campesinas de Ferrari, discreto pesar burgués y oficinesco de don Gaspar Núñez de Arce, hogaño. Y antaño, las andanzas amorosas de Peranzules, el conde del Romancero, y las bubas de los hospitales y las urracas que se escapan con los baúles de los alféreces, y Colón pasando hambre, y Felipe II, soñando en la construcción del Escorial, y Cervantes encerrado en el feo proceso del caballero Ezpeleta... Valladolid, Muro, sombra de Santiago Alba, sombra de Royo, dando mítines en la calle contra Cambó, sombra del Stampa electorero, sombra de Pérez Solís, arengando a los obreros, que hoy le vuelven las espaldas.

En estas primeras horas de la madrugada, en Valladolid, la torre de la Antigua es como la corona ideal de la ciudad castellana. Torre monumental, formada de cuatro cuerpos, que desafía gallardamente la admiración de ocho siglos, es una espiga de piedra, llena de fruto en su pingorota, que, tronchada bajo el peso de su gloria, se eleva al cielo en un anhelo de altivez. Se me antoja una mano breve y primorosa de mujer en actitud de plegaria y de súplica. Torre de Peranzules, torre del Romancero, bañada por la luz lechosa y blanca de una noche de Julio, sabe redimir al pueblo hermano del empaque que la dieron luego los Austrias y de la aparatosa solemnidad que la infundió después Herrera a sus obras no concluidas.

La torre de San Miguel.

Palencia. Primeras horas de la mañana. Sueño profundo y denso de Abilio Calderón, de Florentino Pombo y de otros palentinos no menos lígrimos y castizos. Porches de la calle Mayor, murmullos lejanos y dulces del Carrión, entre juncos y bardales. Palencia, y el Rabbí Don Sem Tob, y las estrofas de Jorge Manrique, el de Paredes, para el que los amores, pero también los desdenes son

Como las verduras
en las eras

Palencia. Corte de Enrique IV, con sus poetas cortesanos y sus palentinas placenteras. Leyenda del Cristo del Almirante, enterramiento en las Claras del Infante Don Bueso

Camina Don Bueso,
mañanita fría,
a tierra de moros
por buscar amiga,

leyenda de Margarita la Tornera, que se escapa del convento a ver al novio, sin que se enfade la Virgen. Palencia, pinceles del río, huertas, «hortolanos», escudos de los Poza en San Pablo y en el Hospital, cigüeñales de la Iglesia Mayor. Y, sobre todo, la torre de San Miguel, espejándose en el río.

La torre de San Miguel es aérea como un sueño, y graciosa, y ligera, y arrogante como un cisne. Más que torre es una tribuna y un mirador. Las ventanas, colosales, tienen los lados partidos en dos o tres arcos por otros arquitos más pequeños, bordando el cierre con un rosetón calado. Y sobre la cornisa, asoman los arranques de un cuerpo que, tal vez, se rebajó. Conjunto de almenas coronadas, remate de castillo o fortaleza, es esta torre «civil» de San Miguel donde los pecheros de Palencia se hicieron fuertes contra el Obispo Conde, señor de media ciudad y de todo el Valle de la Pernía, reclamándole privilegios y derechos ciudadanos.

A la luz indecisa del alba, la torre de San Miguel es un castillo de leyenda, de maravilla. Hasta los que no somos poetas, balbucimos estrofas inconscientes que nos bañan el corazón en una rociada de ternura.

El Adelanto (07-08-1927)
Heraldo de Madrid [284] (14-08-1924)

La colegiata de Toro

Toro, la ciudad zamorana de la Infanta doña Elvira, está situada en un promontorio pizarroso, en una de las zonas más feraces de Castilla. Toro es ciudad fronteriza. Vive muy cerca de Tordesillas en zona de viñedos, al lado de su rival Zamora y no lejos de aquellos pueblos como Nava la del Rey y Medina del Campo, que la disputan sus productos y la arrebatan sus mercados. Toro, sin embargo, hoy mismo es ciudad única, inconfundible, y conserva todos los atributos de su vieja y decantada autonomía. Es un encanto contemplarla una de estas templadas tardes otoñales, entre su Duero y sus vides, integrada por sus estupendas casonas solariegas, cuyos sótanos ha ya tiempo que se convirtieron en bodegones; en el silencio de sus plazuelas, a las que preside compasivamente, a guisa de atalaya la torre de su reloj.

Y Toro es una ruina y un recuerdo perenne de sus buenos tiempos de señorío y de potente municipio fronterizo. Su término es uno de los mayores de estos andurriales. Debió ser, al comienzo de su formación, una comunidad de señores, encerrados en sus castillos, que se acechaban mutuamente y que vigilaban sus estados, acechando cuidadosamente la codicia y la rapacidad de sus vecinos. Castigados por el Monarca, que veía quebrantada su autoridad, fueron cediendo el suelo a los monasterios, a estos simpáticos monasterios toresanos que tienen el aire de granjas, y que viven, como buenos labriegos, del fecundo pasto de la tierra que les circunda. Y celosos de los monasterios, los clérigos seculares levantaron iglesias, que fueron tantas como sus gremios y sus clases sociales. En la traza extensa pueden distinguirse hoy mismo las preeminencias, y la riqueza o la modestia de sus adeptos y feligreses. Y hay en esta geografía de los templos de Toro como una determinación clara de las distintas etapas de formación por que ha ido atravesando la ciudad a lo largo de su desarrollo, hasta culminar en la famosa Colegiata, que es como la iglesia mayor de la bella y sugestiva ciudad zamorana.

La Colegiata es como un compendio o síntesis de Toro. Más que un edificio religioso, es un monumento civil. Sirve, en el otero más alto, a la espalda de su municipio, de fortaleza y de castillo. Aquellas piedras bizantinas, caldeadas por el oro que hace ricos y dulces a sus caldos, se deja amoratar, en las últimas horas del atardecer, por las irisaciones del trasunto, que ora la torna de añil, ora la pinta de zafiro, ora la presta fuertes tonalidades ocres y rojas, como si se gozara con el espectáculo de un incendio único y fantástico. En estas horas imponderables la Colegiata

[284] En *Heraldo de Madrid* se publicó con el título «Dos torres»

toresana semeja un alcázar medieval iluminado. Y lo extraordinario de la sensación, el goce estético, queda suave y perfectamente definido por el concierto de todas las cosas y de los elementos todos que componen el paisaje: el curso del río, que se bifurca y quiebra en la vega; el tono de las viñas; la blanca capucha de los rústicos caseríos que se ocultan a lo largo de la llanura; los pinares lejanos de San Román y del monte de la Reina; los campaniles graciosos de los conventos de las monjas, que, ansiosos de espacio para volar, abandonan el casco urbano y extienden sus brazos hacia los arrabales. Entonces se diría que la fisonomía espiritual de Toro ha surgido por la necesidad imperiosa de hacer guardia de honor a su Colegiata, y que toda ella, es como una secreción de la peña ingente y pizarrosa que sirve de lecho y de asiento naturales a la que fue triste prisión de doña Elvira, la princesa desposeída por su padre, el ambicioso rey de las Castillas.

La Esfera (28-01-1928)

Monterrey bajo la nieve

Ha nevado esta noche intensamente en Salamanca, para amanecer y desperezarse con un cielo limpio y azul, que da a las cosas una transparencia de cristal. Las cresterías de Monterrey aparecen, como las novias, vestidas y tocadas de blanco. Sus festones, sus remates, sus chimeneas, sus arcos elegantes y esbeltísimos, las barandas de sus balcones, han jugado con la nieve, y la nieve ha besado estas piedras de oro, que son las más graciosas, aladas y femeninas de mi ciudad.

¡Qué contraste de oro y de plata ofrece Monterrey en estas primeras horas de la mañana! Sus encajes, drupas y quimeras, revestidos, han sido respetados por la nevada, que ha formado sobre ellos una segunda capa que deja entrever los medallones, los escudos, los símbolos de estos Monterreyes, hechos nobles y grandes por disposición de aquel liviano y sensual Conde Duque de Olivares, que casó en este palacio, para morir, de miedo, años después, cuando se le acabó la hora de la privanza y de la arbitrariedad.

Monterrey, revestido de plata, sonríe esta mañana, linda y cristalina, de diciembre. Sonríe y canta a la vez. La amarillez áurea de su fábrica remata con hilos y festones argentinos. Y la nieve, un poco gris, un poco parda, se va derritiendo lentamente en los aleros y tejadillos y cobra como una pátina de vejez y de respeto al arropar en su blancura este palacio caricioso, donde una Santa, Teresa de Jesús, descansa de sus terribles duelos por la paramera castellana, y donde una duquesa manola, doña María Cayetana de Silva, oye requiebros de poetas artificiosos y madrigales amasados con rosas y flores de papel.

Más bello está Monterrey bajo la nieve que en las noches de luna llena. Si a las ventanas que dan a la plazoleta de las Agustinas se hubiera asomado esta mañana, como hace siglo y medio se asomaba, don Diego de Torres y Villarroel, habría sabido callar y sonreír de puro gozo. De tristeza hemos sonreído nosotros esta mañana, pensando melancólicamente que un poeta que supo cantar este palacio vestido de azul y dibujarlo cuando los gatos maúllan sus amores, durante las noches de enero, sobre sus cresterías, no puede contemplarlo hoy mimoso y plateado, cubierto coquetonamente de nieve.

Estampa (14-02-1928)

La Plazuela de San Claudio

La plazuela de San Claudio de Olivares, en Zamora, bajo la lluvia… Tapias caídas., casitas bajas y enjalbegadas, escarcha con hierbajos en el suelo… Y el estupendo ábside románico, aunque descascarillado y roto, con toda su gloria y con todo su poder de evocación. El campanil, rematado por la cruz latina, araña el cielo sombrío y amenazador, cargado de nubes pardas. Los capiteles y los fustes y los estriados del magnífico portal bizantino tienen figuras de perros y de leones que ladran y rugen desde hace siete siglos. Y los arcos de San Claudio, sostenidos por dos columnas parejas, reproducen monstruos y centauros que, en esta mañana fría del Viernes Santo, parecen deponer su gesto ante la inclemencia de los tiempos y la indiferencia de las gentes.

Plazuela de San Claudio de Olivares, en Zamora, una mañana helada y lluviosa del Viernes Santo. Nadie en el arrabal. Los devotos han oído sus oficios en la Catedral, en la Magdalena, en el

Tránsito. Fuera aúlla el viento sobre las almenas de la ciudad. El pardo Duero, en su dulce asiento hacia las tierras de Lusitania, dice también su pena por la muerte del Redentor en esta hora. Aquí, en el arrabal, ante esta vetusta parroquia que llama el vulgo de los Olivares, apenas si pasa, de tarde en tarde, alguna mujeruca arropada en su sayagüesa, o algún rústico gañán de tierras toresanas, con su capa parda, su ancho chambergo y su vara de fresno en la diestra, que acude al yantar de la casa amiga. El alboroto y el barullo y el estruendo son en el centro de la ciudad. Esta Semana Santa zamorana, la más típica y pintoresca de las dos Castillas; con sus bocinazos y sus plañidos y sus ringleras de sanabreses, de sayagüeses, de maragatos, de toresanos, por la plaza de la ciudad, que del templo van al mesón en retahíla, y del mesón vuelven cogidos de las manos a las Siete Palabras o al Descendimiento, quiebra su eco al topar con la piedra arenisca y porosa de la humilde plazoleta y del ábside portentoso de San Claudio. San Claudio no quiere ya nada con los tiempos que corren.

Solamente nosotros, en la plazoleta evocadora, nos damos cuenta de que la Zamora del *Romancero* y de Dª Urraca y de los Arias y de Bellido Dolfos acaba en estas tapias caídas y en estas casucas de adobes y en estos balcones corridos de hierro tosco, que exhiben, o la palma del Domingo de los Ramos, o ristras de ajos y de cebollas. Tantos siglos seguidos celebró San Claudio en su recinto los oficios del Viernes Santo, ante caballeros y soldados de la ciudad, que ya no siente impaciencia por los modernos esplendores. Teme que los poetas de ahora no sepan cantarlos en romance. Y deja que la escarcha se filtre por los poros de su piedra arenisca y liviana. Y los dragones y los centauros y los canes y los leones de su maravilloso portalón bizantino mantienen sencillamente sus actitudes fieras para que nadie profane aquel recinto que rima acordadamente con el frío y con el hielo y con la escarcha de esta memorable mañana de un Viernes Santo en Zamora.

Mundo Gráfico (27-03-1929)

En la capilla del condestable[285]

Don Pedro Fernández de Velasco, condestable de Castilla, guerrea contra los moros en Granada –1482–. Su mujer, Dª Mencía Mendoza de la Vega, hija del marqués de Santillana, el de los cantares y el de las serranillas, con el marido ausente, comienza la fábrica de esta Capilla, una de las más bellas y evocadoras de la Cristiandad. El marido está lejos, guerreando y amando en aquella expedición, de la que cuenta Navajero, y más recientemente Croce, que es más empresa de amor que de caballería, porque cada galán pelea para ganar la sonrisa de su dama, que lleva en su corte la rubia y sagaz Dª Isabel de Castilla. El padre de Dª Mencía hace ya un cuarto de siglo que murió en Guadalajara. Recuerda Dª Mencía del padre sus ires y venires, sus luchas con los nobles y sus cacerías madrugueras, sus galgos de caza, finos y corredores, y sus serranas, mozas y frescas, que dieron más de una desazón, cuando ella era niña, a la recoleta marquesa, su madre. Doña Mencía ha vivido en Santillana y en Cogolludo, en Salamanca y en Guadalajara. En Salamanca conoció A Don Pedro el condestable, conde de Haro, y casó con él. El marqués, poeta y cazador furtivo de liebres y guapas mozas, hizo mil zalemas al novio, que ya gozaba en la corte de gran predicamento. El marqués ha muerto abuelito, viejo, optimista, sereno y glotón... A los sesenta y siete años –abuela también– Dª Mencía, mientras su marido, el señor virrey, y conde, y condestable, asalta los últimos reductos del moro en el santo reino de Jaén y en las cercanías de Granada, consume sus ocios construyendo a sus expensas esta Capilla. Encarga de las obras a Simón de Colonia. Doce años tarda la construcción de la fábrica.

No voy a descubriros ahora los relieves del trasaltar, ni el coro, ni la reja –estupenda y maravillosa– de la Capilla del condestable de la Catedral de Burgos. Dejemos a un lado cenefas de la crestería, y las archivoltas, y los festones, y los zócalos, y la verja. Detengámonos, en cambio, unos minutos ante el sepulcro de los condes, D. Pedro y Dª Mencía. Las estatuas yacentes de Juan de Borgoña, son de riquísimo mármol de las canteras de Carrara. Don Pedro Fernández de Velasco, «virrey destos Reinos por los Reyes Católicos», duerme su eterno sueño a la vera de su mujer. Su armadura guerrera recamada está de finísimos encajes; la empuñadura de la espada es una maravilla del escultor. Doña Mencía tiene un semblante sereno y tranquilo de buena esposa y de

[285] Previamente, con este mismo título, aunque distinto contenido, Sánchez Rojas había publiado otro artículo en el diario puertorriqueño *El Imparcial* (O.C. Tomo V, página 308).

alta señora: los guantes de la mano, los calados y encajillos del vestido de corte causan asombro al visitante. A sus pies, olfateando alegremente, vigila un perrito de caza... Un perrito de caza, sí. El acierto del artista no puede ser más definitivo. A los pies de la hija de Don Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana, señor de Cogolludo, cazador del Moncayo y sabueso de las pecheras de buen ver, no puede descansar más que un perrito de caza, un galguito corredor. ¿Cuántas mozas, cuántas perdices, cuántas liebres ha unido este can en Cogolludo, en Reinosa, «faciendo la vía Calatraveño»?... Este perrito evoca un hombre, y una poesía, y un arte de bien decir, lleno de gracia y castellanía. No sé por qué, recuerdo en estos momentos a un hijo espiritual del marqués de nuestro mismo siglo; hablo, lector, del caballeroso y pulquérrimo Enrique de Mesa... Todo el hechizo, todo el encanto de la capilla burgalesa reside para mí en estas nalgas, y en este olfato, y en estas orejas del canecillo que vigila el sueño eterno de la condesa de Haro.

Este canecillo evocador y españolísimo y este divino lienzo de Magdalena –siempre la sonrisa de Italia y del Renacimiento en estas capillas castellanas– son las dos notas inefables de la capilla singular. ¡Qué brazos los de la dulce pecadora! ¡Qué cabellera de ébano, perfumada y fresca, recubriendo el seno incitante, armonioso, que recuerda las blancas palomas de la Esposa del Cantar de los Cantares! ¡Qué delicioso peinado el de María de Magdala! Milagro del genio de Leonardo, si gustáis, o lo que es más probable, influencia de Leonardo en el pincel de Sebastián del Piombo, la maravillosa mujer morena –«que pecó mucho porque amó mucho»– nos atrae con su boquita cerrada como para besar, con sus ojos que ya se han desposado con lo infinito, con sus manos, sabias para la caricia antaño, y que hogaño, suavemente, ungen de ungüentos y de perfumes los pies llagados del Redentor.

Interpretación más cristiana, menos italiana, de esta dulce figura del Evangelio, no la vieron jamás ojos humanos.

Hay en el arrepentimiento leal y honesto; hay en el retorno a la fe en plena juventud, una feminidad más honda, una gracia más exquisita, que en el candor de la doncella temprana y de la virgen inconsciente. No pecar a sabiendas es más cristiano que no pecar por ignorancia. La interpretación española de la conversión de la Magdalena –recuérdese nuestro viejo poema de «Santa María Egipciaca»–, que ha dado sus brotes recientes en una linda composición de Juana de Ibarbourou, se me antoja más humana que la más blandengue y sensual del Renacimiento itálico. Pero este lienzo de Burgos es el punto medio entre las concepciones de ambos pueblos. El seno de esta María de Magdala va a conocer el sayal, y sus manos, finas, y largas, y delicadas, que abrazaron al hombre en amoroso deliquio, van a conocer la cuerda que hace saltar la sangre y los pinchos que llagan las muñecas. Y en la penitencia –manos humanas que llevaron el deleite a los sentidos– se purificarán y se trocarán en lirios y azucenas en holocausto del buen Jesús, que perdona siempre, que no sabe más que perdonar...

La Esfera (02-11-1929)

En la catedral de Sevilla

La Catedral, como todos o casi todos los monumentos sevillanos, no se percibe, cata o aprehende, por los sentidos, así al primer golpe y con un vistazo somero y superficial. Ya he dicho, hablando de esta tierra, y torno a repetir ahora, en estos días inefables de Semana Santa en que la actualidad nos pide que hablemos de Vírgenes y de Cristos, de procesiones y de templos, que el conocimiento viene después del trato y de la familiaridad, y, sobre todo, del amor. La expresión dantesca "inteletto clamare", de no haber sido inventada por el Gibelino en Florencia, hubiera nacido de todos modos aquí, en las orillas del Guadalquivir. Esta Catedral de Sevilla fue planeada y concluida hace más de cinco siglos. En 1401, el Cabildo acordó levantar una Basílica tan grandiosa, de proporciones tan colosales, que las generaciones futuras le tuvieran por loco y por orate. Asombran verdaderamente las proporciones. Fuera de San Pedro, en Roma, la Catedral sevillana es el mayor templo cristiano de la tierra. Mayor, que el Duomo, de Milán, mayor que Santa Sofía, de Constantinopla, los arquitectos alemanes que la trazaran pensaron, seguramente, en lo colosal y en lo grandioso. Exótica y extranjera, bajo este cielo –nada más extraño que el gótico a la entraña sevillana– me voy dando cuenta, sin embargo –y en mis primeras visitas a la Catedral no acertaba a definir esta impresión– de que la iglesia tiene vida, que Sevilla ha moldeado al fin su Iglesia Mayor a su imagen y semejanza, y que la ciudad, bajo la lima y el pulimento de los siglos,

"asevillana", al cabo y a la postre, lo gótico, infundiéndole su gracia y su sentido de la luz y de la proporción. Me explicaré.

Generalmente, las grandes Catedrales góticas de Francia, de Alemania, de España y de Italia, tienen muy otra disposición. Adoptan la forma de la cruz y el brazo derecho es siempre el más cuidado, armónico y luminoso. La vida refluye al Oriente, que es el paraje donde se alzan el Presbiterio y el Coro capitulares, y donde, por lo tanto, se celebra el Sacrificio de la Misa. Así la Iglesia permanece en la penumbra para que el Altar –iluminado por la linterna– rebose de luz. Sevilla, que era la primera ciudad española y tal vez europea, cuando edificó su Basílica, trazó su iglesia Mayor como su lonja de piedad y de plegaria. Se las arregló para que en la Basílica cupieran miles y miles de fieles, que pudieran seguir, desde cualquier sitio, los ritos del culto, y consiguió su propósito maravillosamente. La Iglesia tiene forma oblonga, carece de cruceros salientes y voladizos, y, fundamentalmente, no posee más que un sólo ábside. Mirando el interior cuidadosamente, se advierte en seguida que el Coro, en el centro de la Iglesia, tiene una pequeña inclinación al Oeste y que el Presbiterio deriva, por el contrario, al lado opuesto. Esta observación, que ya había hecho Havelock Ellis, en sus magníficos ensayos sobre "El alma de España"[286], acabo de comprobarla ahora yo también. Más aún: entre el Coro y la Capilla Mayor, bajo la Cúpula, hay un pequeño espacio para que el pueblo presencie las ceremonias tradicionales: el lavatorio del Jueves Santo, la bendición de los óleos, las danzas de los seises en las octavas del Corpus y de la Purísima. Así, el Coro y el Altar Mayor forman como una pieza aparte y la vida religiosa puede concentrarse en el centro. La sensación de lo inefable, de lo augusto –de lo religioso, en una palabra– no se logra por la distancia, sino por el ambiente de luz y de claridad, y por la altura y gallardía de las bóvedas y de las columnas. Por eso he dicho que Sevilla ha logrado captar lo gótico, y hacerlo suyo, y vestirlo a la sevillana, e infundirle su gracia y su donosura. Se tarda, tal vez, unos meses en darse cuenta del milagro, pero el milagro no es menos cierto y evidente cuando hemos logrado aprehenderlo de una vez para todas.

El encanto de este edificio estriba, precisamente, en que se muestra –por algo es sevillano– harto esquivo de sus bellezas. No es, sin embargo, un modelo gótico: estamos muy lejos de Burgos, de Toledo, de León o de Barcelona. "Es una iglesia –traduzco del libro de Havelock Ellis– muy bien iluminada, con equilibrio de luz entre la claridad de las lucientes Catedrales norteñas, que tanto espacio roban a lo misterioso, y la trágica penumbra de los templos castizamente meridionales de Perpiñán y de Barcelona, donde la impresión de la oscuridad dominante merma el vigor de lo accesorio". Realmente, no se puede decir mejor. Y a continuación agrega: "La media luz que reina en este vasto recinto se compone de distintas luces repartidas, de intensidad sabiamente graduada; de suerte que la atmósfera es parte de la sensación de la armonía arquitectónica". Digamos Sevilla, señor Havelock Ellis, y lo diremos todo de una vez. Lo decorativo, lo ornamental, la luz que sabe tamizarse en claroscuros, y las perspectivas luminosas y aéreas que parten de los ventanales velados y corridos, la intuición de la esbeltez, la maravilla de la Giralda, el Patio de los Naranjos, el Caimán disecado que hay en la portada interior del patio, bajo los porches moros, y hasta la piedra extraída de mil canteras diferentes, áspera, y rugosa, y negra. Hablemos también de la discreción, y sumando estos elementos, y añadiendo aquella porción de lo inefable y de lo indefinido que aporta Sevilla a todo lo que toca, obtendremos la gracia.

Porque más que bella –y concluyo– la Catedral sevillana es graciosa. Superviviente de la ciudad metropolitana, capital de las Indias, evoca, en nuestro espíritu, sin saber por qué, olores salados y ultramarinos. Nos habla de las especias, y de las perlas, y de los granos, y de las flores, y de los loros, y de los papagayos, y de las riquezas de toda laya que se empeñaba en ver Colón en las tierras descubiertas, y que no cesaba de loar a Isabel y Fernando. Es el mejor monumento y el que mejor nos descubre la Sevilla que fue rival de Génova y de Pisa, de Amberes y de Brujas. Y pensando no en el túmulo de aquel pobre rey que murió comido de miseria en su celda frailuna y desnuda del Escorial, si no [sic] en la Iglesia que encerró aquel túmulo, me dan ganas de exclamar con Miguel de Cervantes, que tanto merodeó en sus días de penuria bajo estas bóvedas: "¡Vive Dios, que me espanta esta grandeza!"[287]

El Adelanto (16-04-1930)
La Veu de Catalunya[288] (15-05-1929)

[286] Ver el artículo de Sánchez Rojas «Alma de España», publicado en *La Voz de Guipúzcoa* (O.C. Tomo IV, página 468); apareció también en *El Noroeste*, *El Luchador* y *La Mañana*.

[287] El poema cervantino dice "¡Voto a Dios…!"

[288] En *La Veu de Catalunya* este artículo se publicó en catalán bajo el título «A la catedral».

Palacios salmantinos

El Palacio de Albaida

El palacio del marqués de Albaida, en la calle de San Pablo, es una de las casas más bellas del Renacimiento salmantino. Su castillete y su galería alta son graciosos y alados; magnífica la portada plateresca. El balconaje de hierro, muy castellano, presta cierta severidad a las líneas de la fábrica, y en sus muros hay vítores rojos que recuerdan viejas andanzas de escolares extremeños.

El emplazamiento de la casa de Albaida no puede ser tampoco más acertado. Esta vieja calle de San Pablo, que ha comunicado siempre los arrabales con el centro, ha sido la vía aristocrática de la ciudad. La casa de la Salina está unos metros más arriba, enfrente, la torre del Clavero, vieja propiedad de los condes de Monterrey, donde es fama que se custodiaban los tesoros ducales; casonas de hijosdalgos con sus escudos sobre las portadas evocan la vieja prestancia de sus moradores; otra preciosa casona –de los Clairac– exhibe su magnífico balcón esquinado frente al palacio de los Albaida. Y está envuelta en callejas del siglo XVI; alguna, como la de *Pan y Carbón*, recuerda las aventuras del Licenciado Vidriera en Salamanca… Y otras fueron abiertas para menesteres escolares y catedralicios. Por aquí merodean, en pasadas centurias, los colegiales de San Bartolomé, orgullosos de sus becas azules y de las preferencias que les da el protocolo en cañas y procesiones; las mozas del calibre de Estrella, que traen a mal traer los licenciados mujeriegos y de malas cuentas; los dominicos que acompañan a las aulas al padre Vitoria, imposibilitado y paralítico; los truchimanes de toda condición que viven al calor de las revueltas escolares, cuando la escuela está dividida en bandos o naciones y los corchetes y esbirros no dan paz a la mano.

El palacio de Albaida es de una elegancia castizamente salmantina. Está pensado, trazado, pensando en Siena, en Florencia; pero las líneas toscanas tienen su mejor asiento en esta ciudad, donde las torres forman un soto, encinchada a la llanura parda. Alguna vez, el palacio de los Albaida ha dado que hacer en los anales de la historia salmantina del siglo XIX. En él hubo nobles que se sumaron a las aspiraciones populares y la Gloriosa se preparó en Salamanca con armas que llegaban de Trujillo, que se guardaban en los sótanos y que de allí salieron para decorar, en el breve acto de zarzuela de aquel movimiento, los hombros de los muchachos que fueron voluntarios de la Libertad.

El palacio de Almarza

Y no muy lejos de la casa de los Albaida, otro lindo palacio, cuya portada se ha destruido recientemente: el de los marqueses de Almarza. Cruzáis la torre del Clavero, calle de Caldereros, abocáis a una plazoleta que unía a San Esteban y el palacio. Hoy es un colegio de monjitas dedicadas a la enseñanza de las doncellas, pero un día floreció la leyenda en este palacio. Hubo una epidemia en la ciudad y amortajaron viva a la marquesa. Un ladronzuelo trató de apoderarse de las joyas de la muerta, evitando la profanación un viejo servidor de la casa. Tornó a la vida la marquesa y repartió sus bienes entre los pobres de aquel barrio. Las doncellas casaderas tienen derecho a una dote de la fundadora, que hoy mismo alcanza a una cifra no desdeñable, ciertamente.

El palacio era un pueblo. El patio pregona su grandeza con sus dimensiones. Adosado por uno de sus ángulos a la iglesia del hospital viejo, que ha sido hasta no hace muchos años Facultad de Medicina, descansa sobre preciosos porches, que servían antaño de sustento a las dependencias subalternas del palacio. Hoy está cambiado totalmente, pero conserva su holgura primitiva y su robusta fábrica de piedra sillería. Estos Almarzas, emparentados con los Cerralbo y con los Villalobos de Salamanca y de Ciudad Rodrigo, fueron los últimos grandes señores demócratas de la ciudad. Traen a nuestro recuerdo las tertulias caseras del siglo XVIII, con su rosario y sus refrescos, sus pavanas y sus lecturas de libros devotos y acaramelados. Estas casas representan la tradición, como la de Montaner simboliza la reforma en las costumbres y en los trajes. Cuando los Aguileras, los Maldonados, los Céspedes pedían en sus capillas que las malas costumbres de la Francia no descendieran Pirineos abajo, una duquesita viuda y morena, María Cayetana, comentaba en Monterrey, con los intelectuales de la ciudad, los cuentos escabrosos de aquel libertino, amigo de Federico de Prusia, que al lado de Ginebra enterraba una sociedad vieja y podrida, entre carcajadas y sarcasmos.

Nuevo Mundo, (18-07-1930)

Mesones y paradores

Tornamos a la vieja tradición de nuestras ventas, de nuestros mesones, de nuestras posadas, de nuestros paradores, de nuestras hosterías. El Patronato Nacional del Turismo ha levantado en Gredos un parador para los amigos de la montaña. En Oropesa, y en el que fue delicioso castillo de los duques de Frías, acaba de inaugurarse un magnífico hostal. Dentro de la Universidad complutense, a dos pasos de Madrid, se ha compuesto amorosamente una graciosa hostería estudiantil a la vieja usanza. Ciudad Rodrigo utiliza para su hotel del turismo la preciosa fortaleza del bastardo de Trastámara. Toledo tiene ya su residencia de artistas. En el barrio de Santa Cruz, de Sevilla, en el callejón de las Aguas, frente a los muros floridos del Alcázar, levántase la bella residencia de América, uno de los más deleitosos retiros sevillanos. Es de esperar que el ejemplo cunda rápidamente entre nosotros. Se trata, naturalmente, de conservar nuestras viejas residencias, modificando esencialmente su traza y estructura internas. El baño, el teléfono, la buena cama y la buena mesa son necesarios al trotapueblos cucharón, que no se resigna a dejar de ver los rincones más típicos de nuestra España. En Italia también se adecentan las famosas tratorías y viejos hostales célebres; como el llamado del peregrino, que alojase al famoso abate Casanova en las postrimerías del siglo XVIII, se ha trocado hogaño en uno de los mejores hoteles boloñeses. Viejos castillos de la Picardía y de la Provenza, en Francia, sirven hoy también de confortable refugio a los viajeros. Y de Suiza sabe todo el mundo que sus cantones son un inmenso parador para el turista.

España conserva hoy casi todas las posadas y sus ventas. Son muy típicas, ciertamente, pero están reñidas con las necesidades más elementales del *confort*. La famosa posada de la Sangre, de Toledo, conserva, por ejemplo, chinches de nuestra gloriosa edad de oro, bien cebados y gorditos los miserables. Dentro del mismo Madrid, y en la Cava Baja, los arrieros de Ansó, y de Cervera, y de Sigüenza, y de Burgo de Osma, y de Macotera; los buhoneros, y afiladores, y tratantes, y quincalleros de toda España, duermen en los mismos camaranchones que sirvieron de reposo a sus tatarabuelos. Hasta media docena de posadas típicas, con nombres tan sugestivos como la de la Merced, la de la Villa, la de los Dragones, la de San Isidro, exhiben todavía, en la Cava Baja, ante la mirada atónita del visitante, sus patios con balaustradas de madera, sus estancias obscuras y sin ventilación, sus carros desuncidos y la atalaya del ventanillo del cuarto del mozo que vigila las idas y venidas de los huéspedes transeúntes. Barcelona conserva también, en los barrios populares que sirven de acceso al Paralelo –calles de Barberá, del Conde del Asalto, de Santa Madrona–, los hostales del hampa, familiarizados con la visita sagaz del policía y duchos en las artes del crimen, de la trampa y de la tahurería. Córdoba tiene, en la plaza del Potro, dos o tres posadas aureoladas con el prestigio de la leyenda y de la poesía populares. Salamanca convierte en solar estos días el parador de los Toros, pero conserva el famosísimo del Clavel, junto a la torre donde guardaban sus dineros los claveros de la Casa de Alba. León guarda, por la parroquia de San Marcelo, hostales y mesones característicos. En el centro de Jaén se alzan hoy mismo preciosos hostales con gráficos primitivos, grabados en los recios muros. Pero estas guaridas no son, ciertamente, aprovechables para el turismo. Salamanca construyó de nueva planta un magnífico hotel cuando algunos eruditos, descontentadizos del lugar, querían acoplar edificios viejos a las necesidades del día. Otras ciudades monumentales seguirán, sin duda, el mismo ejemplo. La piqueta se impone inexorablemente, y es preferible que ganemos en salud lo que perdamos en tipismo.

Quedan, sin embargo, paradores y hostales en algunas ciudades de Cataluña y de Andalucía que son un milagro de luz, de claridad, de limpieza y de arte. Paradores enjalbegados de Andújar, de Ronda, de Ecija; patios silenciosos y claros, cámaras anchas y espaciosas. He aquí esta bella escalera de un parador gótico de Monistrol, en la dulce Cataluña. ¿No es el mejor pórtico de un hogar señorial, donde la vida transcurre lenta y noblemente, bañada de sol, de paz y de silencio?

Mundo Gráfico (01-10-1930)

Las ermitas de Córdoba

Están las ermitas en los primeros alcores o en las estribaciones primeras de la serranía cordobesa, cerca de la ciudad. Sorprende su conjunto y maravilla su hechizo. Sus capillitas, sencillas, de pobreza y humildad franciscanas, con un pequeño campanil que araña el cielo azul, con unos altaritos y unos santos, en medio del silencio y de la paz del campo. Las ermitas

cordobesas –visitadas solamente por los indígenas cuando se organizan «peroles» o con motivo y ocasión de una sonada romería– tienen su ermitaño, o su eremita, digno de las viejas estampas de Santa María Egipcíaca: hombres sencillos, barbudos, hirsutos, que actúan como santeros en las vidas de relación, y luego son, en la soledad y estrechez de sus celdas, santos eremitas, de cuerpo sano y de ánimo tranquilo, que padecen sus buenas tentaciones, como San Antonio en el Desierto. No es el Desierto el paisaje que envuelve las ermitas, sino una visión encantadora de serranía, poblada de árboles silvestres, de flores y de vegetación abundosa y exuberante, con un fondo verdinegro a la caída de la tarde, y morado o azulenco con la fuerza del sol. Las ermitas cordobesas se alzan no lejos del emplazamiento que tuvo, con sus baños, sus palacios, sus parques, sus estatuas y sus fuentes, la Medina Zahara de los árabes. Al lado de las ermitas tuvo una linda mansión de verano Almanzor, y al lado de ellas también, el racionero de la catedral cordobesa, D. Luis de Góngora y Argote, tuvo su quinta de verano, donde supo componer sus mejores romances y sus letrillas más lindas.

Flor de romero. Olor a nardos. Paz idílica. Paisaje de serranía cordobesa, en los primeros alcores de Sierra Morena, antigua guarida de bandoleros generosos y de mocitas marchosas que se iban, a la grupa del caballo de ellos, a la buena ventura. Ventorrillos y tabernas donde saciar el hambre y la sed los viandantes para tierras de Bélmez y para el santuario de la Virgen del Camino, que hay al final de la Sierra, al lado de Andújar, en tierras jienenses, hasta los campos siempre famosos y feraces, de Bailén y de Santa Elena. Las ermitas cordobesas son el símbolo de la piedad cristiana de la ciudad, y subsisten desde que los cristianos, apoderándose de la ciudad al mando del santo rey Fernando, padre de Alfonso el Sabio, quisieron desagraviar al Señor de los Señores con la oración, cuando ya sobre los alminares de la Mezquita no sonaban los muecines, ni se cantaba la oración de la tarde, ni se proclamaba, con los estandartes juntos, desde las azoteas de los palacios, la guerra santa a los perros cristianos.

El cristianismo cordobés pasa por varias fases. Primero es la humildad franciscana de estas ermitas de serranía; luego, los bellos templos: San Lorenzo, Santa Marina, San Hipólito, San Nicolás de la Villa. Y estas ermitas despiden todavía su perfume y su gracia primitivos.

La Esfera (27-12-1930)

PSICOLOGÍA REGIONALISTA

Movimiento regional

No he presenciado la reunión de labradores de los partidos de Salamanca y de Alba de Tormes[289], pero confieso que por las trazas, por el aspecto externo, esta reunión me ha seducido completamente.

Son temibles, muy temibles, las reuniones en que interviene el señor diputado del distrito. Los notables –y en Castilla lo son todos–, preparan sus discursos, estudian los ademanes en el espejo de la señora y de la hija casadera, tiran de los relucientes puños hasta destrozarlos y condenan al señor diputado, ¡pobre señor diputado!, a que admire su oratoria de notables indiscutibles. Y de estas famosísimas reuniones no quedan otros restos que una retórica insoportable y unas vanidades de pueblo, satisfechas.

Pero esta reunión del miércoles, sencilla, sin ostentación alguna, genuinamente charra, merece todas las simpatías y todos los respetos del articulista. Estos hombres de calzón corto, de sombrero pavero, largos en obras, parcos en palabras, apuntan bien y dan en el blanco casi siempre. Vienen de sus aldeas, de sus faenas del campo, a pedir protección para la agricultura y a estrechar sus medios de defensa con los otros labriegos comarcanos. Asisten a una asamblea, oyen religiosamente a don Isidro, toman sus acuerdos con perfecta unanimidad de pareceres y después de redactar una protesta y un amplio voto de confianza al señor Pérez Oliva, vuelven a sus pueblos, esperanzados, contentos, porque son muchos y con tal fuerza y tal unión que sus peticiones no pueden ser desamparadas.

Me parece un poco prematuro, un poco hiperbólico, hablar todavía de "movimiento regionalista", apropósito de la reunión de marras. Es, sin embargo, el primer movimiento campesino de empuje, un anhelo consciente de la charrería de hacer sentir su peso cerca de los poderes públicos, un esbozo de vida colectiva, ganas de conocer la vecindad y de vivir con ella, castizamente, "a la recíproca" en santo amor y compaña.

Este es un hecho, que, por su misma excelencia, merece ser anotado y estudiado en la prensa diaria de la región. Castilla es un pueblo que rechaza la solidaridad. El egoísmo es el constante lema de su pasado histórico y de su existencia actual.

"Cada vecino en su casa y Dios en la de todos" es el apotegma de la codicia, del aislamiento y del individualismo que priva entre nosotros. En cada prójimo hemos visto un enemigo y un intruso; socialmente, se nota idéntico fenómeno con la familia o familias forasteras que se establecen en Castilla; son siempre algo aparte que no se funde con la masa indígena. Y es hora de encarrilarnos por otros senderos y no adoptar otra posición distinta, para que la región castellana no se condene por sí misma a esta especie de *capitis diminutio*[290] política, en la que ha vivido postrada tantos años, sin rebelarse una sola vez siquiera.

No digo que la reunión del miércoles sea el principio de una era nueva para nuestros agricultores y para nuestra provincia en general, pero debiera serlo. Al fin y al cabo, se trata de un movimiento que obedece, no a las exigencias de una comunidad política, sino a las necesidades

[289] El 25 de julio de 1906 se reunieron en la capital alcaldes, secretario y labradores de Salamanca, convocados por iniciativa de Isidro Pérez Oliva para mostrar su disconformidad con las admisiones temporales de trigo extranjero.

[290] Capitis deminutio. Expresión latina que viene a significar: prescripción, pérdida de derechos, disminución de la capacidad…

económicas que son siempre las más atendibles y las más diestramente defendidas. Y lo primero que se defiende es la bolsa, porque se obedece a un instinto innato de conservación.

Los "señores de la ciudad" –como decía con inocente ironía el poeta– deben imitar a nuestros labriegos del campo. Salamanca –hay que decirlo con orgullo, aunque nos tachen de vanidosos– es la sede de la mentalidad castellana y ella debe formular concretamente, antes que ciudad alguna, las aspiraciones, los anhelos y las demandas de la región. Y no se me diga que olvido aquello de "Quod natura non dat, Salmantica non præstat"[291] porque tan exhaustos andamos de ideales, tan poco calor cordial ponemos en nuestras empresas colectivas, que de Salamanca tiene que salir un empréstito de entusiasmo, de fe en nosotros mismos, de energías directoras, que alcance a toda Castilla y por toda Castilla se extienda, si no queremos que nuestra labor regional dure lo que la luz de un cohete en el espacio.

El Castellano (30-07-1906)

Los latifundios extremeños

Notas de un viaje

En el semanario "España", correspondiente al 2 de agosto pasado, publiqué un artículo con el epígrafe de "Un ensayo de psicología extremeña", que me valió grandes denuestos y violencias de la prensa de aquella región. Con datos nuevos sobre el mecanismo de aquellos latifundios, quiero contar en Cataluña cómo vive una región española. Recientemente, con motivo de un breve viaje a Cáceres, he tenido ocasión de comprobar enormidades que indignan al espíritu más frío y optimista. Estos datos los he coleccionado en unas rápidas, brevísimas notas de viaje, que quiero dar aquí en toda su cruda desnudez.

Releyendo esas breves notas que he tomado en Extremadura el mes pasado, encuentro afirmaciones como las siguientes. Leo y copio: "Navalmoral de la Mata. –Cáceres–. Todo el partido judicial pertenece literalmente a cuatro propietarios. El piadosísimo marqués de Comillas tiene en Navalmoral "veintisiete" dehesas en números redondos. Entre ellas, está el magnífico coto llamado La Cabeza, con el palacio que se ve al paso del tren de la Transversal. La señora marquesa de Mirabel, casada con el señor duque de Bailén, hermano del señor marqués del Vadillo, tiene una sola dehesa, dividida en bastantes cuartos, que se conoce con el nombre de San Benito. San Benito tiene –datos oficiales del Registro de la Propiedad– "sesenta mil fanegas de tierra bajo una sola linde". Don Tomás de Beruete, diputado a Cortes, contra viento y marea, de Talavera de la Reina, distrito cercano al de Navalmoral, es dueño de dos dehesas enormes, pero enormes, que siguen en importancia a la de San Benito, que es la mayor de Extremadura y acaso de toda España. A los herederos testamentarios de don Santiago Angulo pertenece toda la feracísima cuenca del Ibor, repleta de olivares".

Cambio de página en este cuaderno de apuntes y sigo leyendo: "Hace tres años, en 1914, siendo ministro de Gracia y Justicia del Gabinete Dato –de ese Gabinete Dato que quería hacernos creer que tenía un sentido moderno de los problemas de la propiedad– el señor, marqués del Vadillo, se dirigió oficialmente al señor presidente de la Audiencia de Cáceres, "para que se reprimiesen con toda severidad los hurtos de leña en la dehesa de San Benito, propiedad de su cuñada". Me da estos datos don N. N., juez de primera instancia de….., datos que, por otra parte, puede consultar cualquiera en los archivos de Cáceres y Navalmoral". Sigo leyendo: "Arrendamientos en Cáceres y Badajoz. Partidos judiciales de Mérida, Don Benito, Navalmoral de la Mata, Jarandilla, Plasencia, Cáceres, etcétera. El arrendamiento tiene un mecanismo sencillísimo. Los administradores arriendan la finca a B., pero B., arrendatario, subarrienda a C., que aprovecha los pastos. Y D., subarrienda a F. la labor y F., finalmente, cede la finca, en pequeñas parcelas a los pobres colonos, que han aguantado ya "a seis" intermediarios. La vida de tales zánganos gravita naturalmente sobre los colonos".

Nosotros nos dolíamos, en efecto, de semejante sistema de arrendamiento, que es sencillamente, criminal. Y estudiábamos la feroz incultura que se desprende de la tolerancia de estas cosas. Y protestábamos de que, en Extremadura, la prensa no tuviera tiempo de combatir el caciquismo, formado por los administradores y abogadetes de los señores propietarios que viven en la Corte, aullando de lujuria hasta ante la Chelito y tarareando los cuplés de Raquel Meller. Los

[291] Locución latina: Lo que la naturaleza no da, Salamanca no lo concede.

sonetos a San Dimas, nacido en la Capadocia, y las "Rápidas" de los señores literatos cacereños, sino fueran de mal gusto, serían intolerables, habiendo cosas tan urgentes de que ocuparse. Pero sigo copiando cosas bastante peregrinas, cuya comprobación está al alcance de cualquiera: "Cláusulas de arrendamiento que conciertan los administradores de Comillas en ambas provincias extremeñas. Los subarrendatarios de pequeñas parcelas –el último mono se ahoga siempre– no pueden cortar, "en ningún caso", leña de la finca. Si hay daños, los valoran dos peritos, nombrados uno por el administrador de Comillas y el otro por el colono. Pero si no hay avenencia –y no la hay jamás– decide, en última instancia, un guarda jurado del santo marqués de la Trasatlántica".

Para concluir, notas políticas. "En Cáceres, domina ahora un bloqueo idóneo –maurista - integrista - garciapretista - jaimista, que lleva al Congreso a Sánchez de la Rosa, el de la casa de banca. "La Montaña" es el órgano de este bloque. Parece que se va con Santiago Alba, Sánchez de la Rosa.– En Hervás, donde los conservadores se han hecho liberales y los liberales conservadores –¡tanto monta!– tachando los apodos en los rótulos de los casinos respectivos, el vizconde del Pontón compró el acta en noventa mil duros, y, muerto Chaves, nadie se mete con él. Los Delgados en Plasencia sostienen el cacicato con la Alcaldía de uno de los hermanos en Plasencia, Alcaldía que supone la administración del Colegio de San Calixto. Garay, otro latifundioso, gastó en Alcántara ochenta mil duros la otra vez, pujando los pueblos enteros y derrotando a un sobrino de Muñoz Chaves.– Rivas Mateos, hoy Director General de Primera Enseñanza del Gabinete renovador que nos gastamos… el de los pasteles de crotón a los notarios encargados de vigilar su elección en Coria, luchando con el viejo doctor Camisón y antiguo concejal lerrouxista barcelonés, sostiene en Coria el imperio de la habilidad y de la picardía viejas. Es un pequeño Maquiavelo este boticario.– Badajoz-Mérida es patrimonio de los Pachecos, etcétera, etcétera, etcétera".

Sobre la guerra, en fin: "No he hablado con un solo aliadófilo. En Plasencia hay tres aliados: el Deán –¡"rara avis"!– un profesor y su hijo. Únicamente en Cáceres he topado con una simpática tertulia francófila en la redacción de "El Noticiero", presidida por el director del Instituto, señor Castillo. Se discute la guerra como un mero accidente de lidia. Se habla de Hindemburg después de citar a Belmonte, entre mano y mano de tute."

Y pudiera decir mil cosas más. ¿Para qué? Cuando mis avinagrados contendientes me demuestren que los datos que aporto son, no ya falsos, sino simplemente exagerados, rectificaré con mucho gusto. Realmente, no se arregla la propiedad en Extremadura con que "La Montaña" escriba expresiones de mal gusto, que debe reservar para los taberneros que se hagan remolones al votar al señor Sánchez de la Rosa. El amo no ha de tener gran empeño en que se hable demasiado de los latifundios. Por lo demás, mi patriotismo –si es que en la Extremadura intelectual pueden casarse ambos conceptos de patriota y aliado– consiste precisamente en decir que están muy mal las cosas, que no tienen remedio. Y este coto inmenso de Extremadura, madriguera de colonos hambrientos y de señoritos ineptos, que corren galgos, difícilmente se salva, si no rompe violentamente con este retablo de los latifundios que sostienen desde allá, con el celo de criados bien retribuidos, los abogadetes, y desde acá, las viejas oligarquías turnantes en el estupor del poder y que comienzan a descomponerse –¡bendito sea Dios!– de puro podridas y de puro torpes. ¡Amén!

La Publicidad (24-01-1918)

Regionalismo y agrarismo

De vez en cuando, por las columnas de los periódicos, en los discursos políticos de los profesionales de la farsa, en las reuniones de las deliciosas fuerzas vivas que padecemos; de vez en cuando, periódicamente cuando se niega algún crédito, se inaugura una escuela pública, o aparece la langosta, circulan estos terminachos en Castilla. Cada vez que los oigo, me echo a temblar como un azogado. Esos términos tienen en Castilla una significación especial, riquísima en matices y locuciones puramente provinciales y locales. Y me pongo en guardia contra ellas. Y, cumpliendo mis deberes de ciudadano y de publicista, procuro también poner en guardia a las gentes contra esas palabras de cuño sospechoso.

Así, la palabra regionalismo ha sido empleada, que yo sepa, en Valladolid, en Burgos y en Salamanca. En cada pueblo significa una cosa distinta. Hace veinte años, por ejemplo, regionalismo o Castellanismo era el pendón que exhibían los trigueros amigos de Gamazo. Cada recrudeci-

miento castellanista implicaba automáticamente la subida del pan. Aquel banderín de enganche lo recogió luego D. Santiago Alba. Dentro de la ideología albista *(passez le mot)* la Castilla para los castellanos quería decir que los mandatarios de los pueblos habían de ser albistas necesariamente. Este castellanismo era esencialmente electorero. Había Comités encargados de sostener la pureza de las doctrinas. Contaba entre sus apóstoles y propagandistas a D. Antonio Royo Villanova, en lo político, y a D. Federico Santander, en lo sentimental y literario. Había que hablar mal de Barcelona, decir unas cuantas perrerías sobre los aranceles, y obligarse a no vestir paños de Tarrasa. Y, barajando lo del conde Ansúrez, lo de los Comuneros y lo de Villalar, era necesario llegar a las conclusiones de que Castilla se bastaba a sí misma. El paisaje era único, «pardo como el sayal de sus monjes». Sus tierras, «el granero de Europa». Sus hombres, «discretos, recios y leales; bravos como los mastines».

Pero el castellanismo hizo su aparición años después, en Burgos. Burgos, que es, como saben los lectores, la cabeza de Castilla, *caput Castellae*, quería sacudir mansamente la hegemonía de Valladolid. Y salió un diputado provincial, que no lograba venir al Congreso, el Sr. Zumárraga, a ventilar el banderín del castellanismo, que se estaba apolillando. La Diputación provincial, molesta con el Sr. Aparicio, se declaró castellanista. El castellanismo en Burgos quería decir, *tout simplement*, que los diputados provinciales eran muy quienes para trabajar por la provincia, prescindiendo de los de Madrid. Pero Burgos vive precisamente de las migajas del poder central: cuarteles, Audiencia territorial, Arzobispado. Los caciques amenazaron, y Julio Senador se burló de los comuneros redivivos. Y se disipó como un sueño el ardor regionalista burgalés.

Recientemente, por las vendimias, como fruto tempranero de otoño, hizo en Salamanca su aparición el castellanismo, coincidiendo con la gripe. Lo llevaba en la maleta un diputado idóneo que ha sido director general de Primera Enseñanza, D. Eloy Bullón Fernández. Al destaparse en el paraninfo de la Escuela, este regionalismo traía una novedad; no era un regionalismo simple, como otro cualquiera, sino todo un regionalismo docente. La sorpresa nos hizo abrir desmesuradamente los ojos cuando los maestros, los inspectores de Primera Enseñanza y los graves catedráticos universitarios –nada más que dos o tres para ser exactos– aplaudieron el descubrimiento. Este regionalismo bulloniano, con mucetas académicas, octógonos doctorales, palmeta y catón, a pesar de ser un poco grotesco, no es tan inocentón como parece. Vanidosillo y espectaculoso, con iniciativas docentes o sin ellas, bizarro y un si es no es carnavalesco, va derechamente a su labor. Recién nacido, tiene ya dientes y colmillos el rapaz. El regionalismo docente quiere decir en el léxico del Sr. Bullón autonomía, y autonomía en Salamanca puede ser hegemonía de neos, acordonamiento sanitario de Unamuno, Dorado Montero y profesores mozos que empujan, mascaradas académicas, caciquismo universitario y claustro de doctores mediatizado por los idóneos, por los romanonistas, o por ambos a la vez.

Y lo que pasa con este castellanismo tan pintoresco, sucede con el agrarismo también. Se trata, igualmente, de una palabra sospechosa en este viejo reino. En Benavente y Valladolid la emplean los harineros; en Zamora y en Salamanca, los terratenientes absentistas y los ganaderos; en la Rioja, los fabricantes de pimientos; en Haro y en Toro, los vinicultores, en grande escala; en Soria, los amigos del señor vizconde de Eza, y en el pueblo donde escribo, estos queridos amigos míos, germanófilos –*ça va sans dire*–, que se dedican al honrado negocio de la usura. El agrarismo es el respeto al orden establecido... en los contratos de arrendamiento. La intangibilidad de las rentas. La casa [¿caza?], sistematizada y regulada, de los morosos. La cruzada contra las tasas del Sr. Ventosa. El toreo a las guías flamantes, la tercería de los gobernadores civiles complacientes. El agrarismo es el vértice donde convergen y se funden las aspiraciones de abogados y curiales de toda suerte, laneros, trigueros, harineros, usureros, fabricantes de abonos, vinicultores y acaparadores.

Y muchas veces pienso que ambos términos, regionalismo y agrarismo, son simplemente dos nombres que corresponden a la misma cosa. Al menos, tienden los dos al agarrotamiento del societarismo agrícola, de la democracia rural, del pan y de la cultura del pueblo. Porque todo el mal de Castilla estaría resuelto con Concejos libres dueños de bienes comunales. El hambre de tierra que tienen los colonos se aquietaría con la parcelita que les asegurase el modesto sustento familiar. Pero frente a esa hambre de siglos, mal expresada y apenas comprendida, disimulada con habilidad por los sindicatos católicos, hay el hambre de dehesas que sienten los agrarios, que son también regionalistas, o los regionalistas, que dicen profesar el agrarismo; tanto monta.

Por eso, y por otras cosas que ya irán saliendo en estas páginas independientes, cuando alguna de estas palabras suena en el silencio de estos viejos, desventurados y queridos pueblos de mí pobre Castilla, pienso si me subirán el pan o si me echarán de mi casa para adehesarla con

objeto de que pasten unos cuantos toritos. ¡Y si el pan fuera blando y sabroso! ¡Y si los toros de lidia –estos toros que echan a los hombres de las tierras de labor– resultasen bravucones y codiciosos al castigo!

Pero el pan tiene centeno y los toritos están pidiendo banderillas de fuego a todas horas. Son unos pobres bueyes, criados para el arado y para la trilla, que, separados del labrador, braman de tristeza y de melancolía en esos circos de barbarie.

El Sol (11-11-1918)

Castilla y Cataluña[292]

Nos interesa hacer constar que EL ADELANTO, pensando que este problema de la autonomía puede remover profundamente el estado presente de la opinión salmantina, haciéndola intervenir en los grandes problemas políticos que agitan y conmueven a la nación, manteniendo viva una conversación, un diálogo de ideas en serena y ecuánime postura, interesa a cuantos salmantinos sientan la inquietud del momento, que sus opiniones serán acogidas con beneplácito en estas columnas.
Opiniones adversas y encontradas –decimos y requerimos– porque creemos con absoluta fe que es más fácil obtener un sentido de inteligencia en la discusión que en el silencio.
De modo que esta sección que brindamos a todos los hombres de buena fe y de patriotismo, no es, no puede ser un coto cerrado de orientación, definida en un sentido predeterminado y parcial.

Sr. D. Fernando Iscar-Peyra[293].

Mi querido Fernando: Los dos artículos que llevas hasta la fecha publicados sobre el problema de la autonomía, han tenido la eficacia –tus escritos la tienen siempre– de resucitar en mi ánimo viejas convicciones sobre Castilla, que los dos hemos compartido en silencio, y que estamos obligados hoy a lanzar a los cuatro vientos. Cuando el noble pueblo catalán no había mandado todavía sus memoriales a los organismos apolillados de Madrid, procuraba yo, en las columnas de «El Sol», poner en guardia a los lectores contra ese fantasma del «castellanismo» que, de vez en cuando, hinchan nuestros amigos de Valladolid. Sobre ese regionalismo escribía en el número del 11 de Noviembre[294]: «Hace veinte años, por ejemplo, regionalismo o castellanismo era el pendón que exhibían los amigos de Gamazo. Cada recrudecimiento castellanista implicaba automáticamente la subida del pan. Aquel banderín de enganche lo recogió luego D. Santiago Alba. Dentro de la ideología albista «(passez le mot)», la Castilla para los castellanos, quería decir que los mandatarios de los pueblos habían de ser albistas necesariamente. Este castellanismo era esencialmente electorero. Había comités encargados de sostener la pureza de las doctrinas. Contaba entre sus apóstoles o propagandistas a D. Antonio Royo Villanova en lo político, y a D. Federico Santander en lo sentimental y literario. Había que hablar mal de Barcelona, decir unas cuantas perrerías sobre los aranceles y obligarse a no vestir paños de Tarrasa. Y, barajando lo del conde Ansúrez, lo de los Comuneros y lo de Villalar, era necesario llegar a la conclusión de que Castilla se bastaba a sí misma. El paisaje era único, «pardo como el sayal de sus monjes». Sus tierras, «el granero de Europa». Sus hombres, «discretos, recios y leales; bravos como los mastines».

Pues al mes de escrito ese artículo con la más santa e inocente de las intenciones, aunque otra cosa crea Federico Santander, el «castellanismo» aparece empuñando el pendón morado, arrodillado en el umbral de Santa Gadea, y pasando procesionalmente bajo la puerta de Santa María, ante los ojos asombrados de Fernán González y de Laín Calvo. Y los leoneses aclaman a Fernando Merino, y a Calderón los de Palencia, y a Villanueva los riojanos, y a Santiago Alba nuestros vecinos de Valladolid. Y en nombre de Castilla, y de los Comuneros –¡pobres Comuneros!– se desata Royo, un aragonés, contra Garriga y Massó en los pasillos del Senado, y Abilio Calderón nos lanza su programa «todo por y para Castilla», –y Santander, un madrileño, supone a la rica Barcelona con veleidades cortesanas–, y Zorita pone letra a la Marcha de Cádiz, y Pepe Ávila y Pepe Méndez

[292] Con este mismo título y contenido distinto Sánchez Rojas escribió, al menos, otros dos artículos publicados en *El Adelanto* y en la revista *Iberia,* que insertamos a continuación, y también un opúsculo en el que reproduciría el contenido de una conferencia suya sobre este tema (O.C. Tomo VI, página 165).

[293] Fue Fernando Iscar Peira quien inició este debate en *El Adelanto* con dos artículos de opinión bajo el mismo título en las fechas 5-12-1918 y 7-12-1918, a los que siguieron estos de Sánchez Rojas y otros de diversos autores: Ángel Ledesma, Cándido Rodríguez Pinilla, Miguel de Unamuno, Máximo Gim, César Real, David Rayo…

[294] "Regionalismo y agrarismo", *El Sol,* de 11 de noviembre de 1918 (O.C. Tomo V, página 325).

nos hablan, enardecidos, de separatismo y de filibusterismo, como si el primer deber de todo español no fuera ser filibustero y separatista de los Calderones, de los Merinos, de los Albas y de los Villanuevas, de las tradiciones que dicen precisamente lo contrario de lo que aseguran sus intérpretes oficiosos, y de ese centralismo madrileñista, plantel de ineptos y vivero de cotorrones que ha borrado nuestra personalidad histórica del concierto de los organismos regionales que integran nuestro país.

El problema que plantea Cataluña no puede ser más oportuno, desde el momento que certifican de su importunidad manifiesta los políticos de tanda. En el pleito que Cataluña sostiene contra Madrid, la conciencia de Castilla ha de sentirse notoriamente perturbada. Antes que el Principado, sufre nuestra región de todos los males y peligros de un odioso centralismo. Con Carlos I de España y V de Alemania, Castilla abandona sus libertades, sus concejos libres y prósperos, su democracia campesina, las industrias de sus ciudades, su agricultura y sus cortes.

En las de Santiago, convocadas por el emperador, para arramblar con las arcas concejiles, acaba la autonomía castellana. Con el movimiento de las comunidades y de la Junta Santa de Ávila, pierde Castilla sus ganas de pelea. Los rollos levantados a las puertas de las villas dan al traste con el último grito de libertad. Se despueblan las ciudades, truécanse los labriegos en señoritos y aventureros, los rebeldes se tornan pícaros y místicos, entronizamos el balduque, el expedienteo y la rutina, las hogueras del Santo Oficio iluminan los últimos resplandores de un pueblo que se resigna a no vivir. Y durante estos cuatro siglos, los Austrias escamotean el espíritu de Castilla y le hacen odioso y despiertan el recelo de las regiones hermanas contra él, y le convierten en patrimonio de sus privados y en coto cerrado a toda renovación y sacudimiento espirituales.

Lo lamentable, querido Fernando, es que a estas horas no pueda Castilla abrazarse a Cataluña y reanudar la historia, borrando, de una plumada, la captación sufrida desde los albores del siglo XVI, hasta la hora de ahora.

Pero su conciencia política determina claramente una trayectoria, un camino que recorrer. El de la autonomía municipal es el primer paso para libertarse; el de la autonomía municipal con Concejos libres y ricos, con «tierra libre», con intervención de todos los vecinos en la administración de los bienes de la comunidad. Pero esa autonomía, sinceramente implantada, daría al traste con la organización caciquil actual. Los «amos» de los distritos serían, sencillamente, sus mandatarios y servidores. Las clases y las clientelas políticas acabarán lamentablemente la carrera de sus errores y de sus culpas. Y Castilla, que no fue más que una federación municipal, frente a los nobles y frente al Rey, dejaría de ser la primera víctima de su abandono para convertirse en un organismo vivo, capaz de salvarse ella misma y de salvar a los demás.

Ante las peticiones de Cataluña, Castilla, más tarde o más temprano, tomará posiciones contra sus caciques, formulará ella también sus agravios –¡que los tiene, y muy hondos del Poder central!– sacudirá la dominación de los ineptos y hará de una historia, que no es la de su esplendor sino la de su esclavitud, cestos de papel para la hoguera de su fiesta de libertad y de redención.

El movimiento ficticio y artificioso de hoy acusa un miedo lamentable y una falta de sentido histórico absoluto en las que se dicen sus clases directoras. El deber moral de todos los que nos llamamos y sentimos castellanos consiste, pues, en encender el corazón de todos en fuego de protesta y de inquietud.

Lo de menos es que ellos, los separatistas del centralismo, los filibusteros de los feudos, nos acusen de traidores. ¡Bah! Nuestra España no es la suya, ni podrá serlo nunca. La imagen que ellos nos muestran de Castilla está falsificada y no la reputamos auténtica. Una Castilla sin democracia, sin libertad, sin cultura, una Castilla como la actual, cantando el aria nacional bajo la batuta de la incomprensión, no puede ser el hogar de nuestros sueños.

Te felicita y te envía un fuerte apretón de manos tu amigo de siempre,

El Adelanto (11-12-1918)

Castilla y Cataluña[295]

A la misma hora en que escribo estas impresiones con un poco de pena y con un poco de vergüenza en el corazón, unos señores diputados provinciales castellanos, ignorantes y analfabetos, se reúnen en Burgos, cumpliendo concienzudamente sus deberes de domésticos de los caciques,

[295] Distinto a los artículos publicados bajo este mismo epígrafe por *El Adelanto* (O.C. Tomo V, páginas 327 y 329) y también al opúsculo en que se dio a conocer la conferencia que con este mismo título Sánchez Rojas pronunció en el Círculo Mercantil de Peñaranda de Bracamonte el 30 de diciembre de 1918 (O.C. Tomo VI, página 165).

para oponerse a las legítimas y santas reivindicaciones autonomistas de Cataluña. Allá ellos con sus bobadas y con sus osadías, si no se permitieran hablar en nombre de Castilla. Pero Castilla no puede ser representada por unos cuantos botarates que la ponen en ridículo. Los diputados provinciales de Burgos, de Zamora, de Soria, de León, no son representantes ni mandatarios de una región que actualmente no está definida ni delimitada, sino criados y administradores de los caciques del centralismo que les mandan y azuzan desde Madrid. Los Merinos, los Albas, los García Prietos, los Calderones –toda esa falange de ineptos y de déspotas– han ordenado ese movimiento, para que no se resienta el patrimonio que ellos usufructúan. Ni más ni menos. Y es idiota, es criminal, que ellos usurpen el nombre de unos labriegos que les odian, de unos empleados que se ríen de ellos, de unos catedráticos y escritores que no les estiman mentalmente, de unos pequeños propietarios a quienes ellos escarnecen y paralizan a todas horas con las trabas del balduque y del expedienteo.

¡No, no, no! Castilla –y he de gritarlo estos días fuertemente en *El Sol* para que se enteren los sordos– no puede sumarse, y de hecho está ausente hogaño, en esta nefanda mascarada caciquil y centralista, Castilla, lo mismo que Cataluña, es otra víctima de los yernos de Madrid, de los políticos de Madrid, de los errores y botaratadas de los gobernantes de Madrid. Les odia como vosotros. Como vosotros, catalanes, se ríe de ellos Castilla. Como vosotros, queridos amigos míos de Cataluña, está harta. Pero es pobre, y es más resignada, y más inculta, y más atrasada, y menos civil que Cataluña mi pobre Castilla. Ha dejado diluir su personalidad, ha consentido el escamoteo de su representación parlamentaria, ha dejado que le falsifiquen su historia, ha callado cuando confundían los errores de Castilla con los yerros históricos de los Austrias y cuando cargaban a la cuenta de su vieja hegemonía –¡no ha sido mala hegemonía!– las infamias de las dinastías extranjeras, las rapacidades coloniales y militaristas de la Monarquía flamenca que mató nuestras comunidades y colgó de los rollos de las villas las cabezas de nuestros Padillas y de nuestros Bravos.

¡No, no y no, queridos catalanes! Nosotros, los obreros, los industriales, los escolares, los escritores, los que discurrimos y sentimos, no tenemos nada que ver con esos Alonsos y con esos Gómez, y con esos Pérez que, desde la cima de su inconsciencia de diputados provinciales, decretan que Cataluña no tiene lengua sino dialecto, y que vuestros paños son inferiores a sus harinas, las que vosotros les compráis. Esa linda reunión de Burgos no tiene más valor que el cómico de los oradores que a ella acuden y de los discursos que en ella se pronuncian. En Castilla todos estamos en el secreto, secreto a voces. Es una maniobra más que se perderá en el vacío.

El día que suprimamos las Diputaciones provinciales, que licenciemos al noventa por ciento de nuestros parlamentarios, que tengamos nuestros representantes, que infiltremos al labriego la noción de una tierra libre, aquel día, sí, llevaremos también nuestro pleito autonomista a Madrid. Históricamente, tenemos nuestros condes, nuestros fueros, nuestros ordenamientos, nuestros concejos, nuestras comunidades para pesarlas en la balanza. Mientras tanto, ¡ayudadnos, vosotros, catalanes, a desembarazarnos de lo que nosotros, pobretucos y callados, no queremos, no sabemos, o mejor aún, no podemos todavía desprendernos, hoy por hoy, sin auxilio ajeno!

Iberia (14-12-1918)

Castilla y Cataluña[296]

A D. Francisco Ruiperez

Mi querido amigo: En esta pública discusión que en EL ADELANTO sostienen unos cuantos hombres de buena voluntad en torno al problema de la autonomía, es de notar con agrado que coinciden en la apreciación de los problemas más fundamentales aquellos que se hallan atados también por viejas y hondas ligaduras de afecto y camaradería. Y todos aportan su grano de trigo al acervo común. Y algunos, como tú[297], sugestiones muy dignas de tenerse en cuenta, y otros, como Ángel Ledesma, corrientes de cordialidad que no pueden desdeñarse en problemas que son honda y principalmente afectivos, y otros, en fin, como el querido poeta Cándido R. Pinilla, preocupaciones culturales en torno a la lengua –expresión del espíritu de los pueblos– que conviene tener muy a la vista en el momento oportuno.

[296] Además de este, encontramos otro artículo del mismo título y distinto contenido en este mismo periódico –*El Adelanto*– y en *Iberia* (O.C. Tomo V, páginas 327 y 328) y un folleto que recoge el contenido de una conferencia de Sánchez Rojas sobre esta misma temática (O.C. Tomo VI, página 165).

[297] "En torno al problema catalán. La autonomía de Cataluña. El castellanismo". *El Adelanto*. 21 de diciembre de 1918.

Así, tú dices, y dices muy bien, a mi juicio, que la guerra que acaba de terminar ha producido en España la derrota del frente centralista. Yo diría más; yo diría que de la guerra ha surgido exclusivamente el problema... tal y como está ahora planteado. La lucha entre centralistas y autonomistas es la forma actual del divorcio entre germanófilos y aliadófilos. Los liberales caen del lado de la autonomía y del lado del poder central los lisa y llanamente reaccionarios. La situación de Cataluña lo comprueba. Cambó que parece el jefe, no pasa de ser el prisionero de una corriente, que ya no se limita a los de la Lliga, sino que riega otros campos donde la plutocracia tiene mucho que perder.

El mismo Cambó tendrá que tragarse sus palabras de judío mezquino cuando la violación belga y comprenderá más tarde o más temprano, que el sentimiento actual autonómico de Cataluña es más hijo de Wilson que de Prat, y primero una invasión del espíritu europeo en aquellas cuatro provincias que un recrudecimiento del malestar regional ante las presiones madrileñas.

Sin la guerra, el catalanismo acaso hubiera encauzado por los carriles del conservadurismo más abyecto. Con ella y por ella, el catalanismo es una expresión de una democracia naciente y europea que no puede, es claro, ponerse a tono con la esclavitud política de otras regiones que, como Castilla, no han sentido la guerra y no están capacitadas tampoco para oler el hondo españolismo que puede haber... hasta los gritos más agudos y al parecer más criminales…

La pugna no es, pues, de intereses materiales sino de ideas, o mejor aún, de sentimientos o de afectos. Yo, liberal, me hallaré siempre más cerca de un catalán que lo sea, que de un reaccionario de mi pueblo y vecindad. Yo, aliadófilo, tendré que preocuparme de una Cataluña que ha vibrado durante cuatro años con el corazón de Francia –cuna de la dignidad– y me desentenderé bonitamente de los gritos de unos cuantos dependientes del escritorio del señor Sota, que, bajo la misma bandera de la autonomía, van a fines bien distintos en Bilbao. Todo lo que quiere decir que nuestro problema, lejos de ser casero y de fronteras acá, no es más que el eco de una inquietud política universal, hondamente humana, que se ha de solucionar ahora, queramos o no queramos. Todos los problemas, absolutamente todos los problemas políticos han dejado de ser nacionales, ganando en extensión y en intensidad a la vez. La guerra nos ha mostrado que antes que españoles, franceses, rusos, etc. somos hombres y que antes que la patria y sobre ella está sencillamente el derecho de un sólo individuo que quiera ser libre y merezca serlo. Por todas estas razones, los que aquí, en Castilla, han usurpado el nombre de ella para organizar toda suerte de mascotadas grotescas con música de Marcha de Cádiz, han desbarrado lamentablemente al juzgar de Cataluña y de sus gentes.

Los juristas, y los políticos, sobre todo, han batido el «record» de incomprensión. Desde Royo, que quiere sujetar las expansiones ideales a las fórmulas de un manual de Derecho político, hasta esos legistas que quieren explicar el catalanismo por sus antecedentes históricos, caminan de tumbo en tumbo. Hay que ir al hecho de la guerra y partir de ella para dar con el sentido y con la plenitud de la hora.

Por estar Cataluña más cerca de Francia –ha dado doce mil voluntarios a los ejércitos de la República– por ser una región costera y marinera, por no ser extraña a su tragedia y a su triunfo, ha sido la primera en plantear claramente su posición frente a un Estado, como el nuestro, que lejos de ser expresión de una soberanía, es la fórmula más acabada de una servidumbre.

Yo no soy catalán y juro también que en estos cuatro años me he sentido, no solamente extraño, sino hostil al ambiente espiritual y jurídico de mi pueblo. Y se comprende muy bien que al liquidarse la cuenta de fuera, los liberales catalanes ajusten la de dentro a los que hablan de una soberanía que ellos han sido los primeros en convertir en un pingajo ante los ojos atónitos de Europa.

Y como el movimiento es liberal e idealista, no puede ser de secesión ni de desmembramiento. Antes al contrario, resultará a medida que España vaya cobrando conciencia de lo que ha pasado por ahí fuera, que los separatistas serán los patrioteros y los hondamente españoles los que quieren incorporar a un nuevo Estado de hombres libres las ideas de libertad y de justicia que comienzan a incorporarse al patrimonio espiritual de los pueblos.

¡Y cuántas sugestiones puede prestarnos la historia de esta pobre Castilla nuestra en este respecto!

Lo que se llama castellano, castizo nuestro, es el elemento de exportación flamenca y alemana. Carlos I nos trae el virus de la «germanía» en los dos sentidos de la palabra. La risa fácil del Arcipreste es mueca amarga en Miguel de Cervantes. Lo que sabe a terrón removido y huele a mejorana en Juan de la Encina, es flor de trapo en Calderón de la Barca. El siglo de oro es de cobre y bien de cobre.

Los Austrias, todos ellos; los dos Carlos y los tres Felipes, son extraños a nuestro espíritu. Los catalanes nos invitan a desprendernos de cuatro siglos, de esas vergüenzas que llaman glorias los manuales. Y nos asusta la libertad que, para nuestra raza, supone sencillamente la reincorporación a nuestra verdadera y plena personalidad. En estos cuatro siglos se nos ha gobernado por extraños que han falsificado, escamoteado, recortado y domesticado nuestra fiereza y bravura de campesinos recios y libres.

Y a la hora actual, y durante las de guerra, de nuevo, en nombre de Castilla y poniendo de pantalla sus intereses, se ha jugado a su espalda, para apretarla y encadenarla más en esa monstruosa secuestración en que ha vivido desde 1520, cuando en La Coruña el obispo de Palencia, Alonso de Burgos, decía, ante el asombro de nuestros procuradores, que la libertad de un pueblo es la gracia que le otorga su Señor. Tal vez sea harto explicable la postura de nuestro caciquismo.

Con tan hondas raíces en el tiempo, con tan viejas costumbres de simulación, es natural que se vista de patriota y de españolismo. Así se lo han enseñado. Hasta las escuelas han contribuido en Castilla a esta terrible modorra, que ahora queremos sacudir.

Estas y otras divagaciones, querido Paco, surgen, al correr de la pluma, de la lectura de tu alegato a favor de otra Castilla que rompa sus cadenas y se ahínque en sus municipios y renueve su soberanía, más fecunda que la anterior, por basarse antes en pragmáticas de reyes y hoy en fueros naturales de humanidad. Veremos qué sale de todo esto...

Tu amigo,

El Adelanto (26-12-1918)

La autonomía de los caciques

Hoy se reunirán en Segovia, la tierra de Juan Bravo, los diputados provinciales castellanos que siguen las inspiraciones de don Santiago Alba, para confeccionar, ellos también, un estatuto de autonomía, que no todo va a reducirse ni a limitarse a confeccionar elecciones. Dirige el cotarro ese un señor Riolova, presidente de la Diputación de Burgos, que habla de la consustancialidad de España con el Rey, y otros respetables terratenientes de poco pelo, abogados de secano, administradorcillos y gentecilla iletrada e insolvente en la zona de la cultura, que, en nombre de unas Castillas que les odian, les desprecian y les temen, van a definir la actitud espiritual de la meseta y del llano frente a la del litoral.

La mixtificación es tan burda y la osadía tan insolente, que nosotros, castellanos, castellanísimos, vamos a glosar, entre carcajadas, en un diario liberal de Cataluña, el idearium españolista de esos caballeros, nietos de aquel alcalde Ronquillo, que el emperador Carlos metió en Ávila, la de los cantos y de los santos, para tronchar en flor las rebeldías de los Concejos y de los Gremios que hablaban alto al Monarca en los albores del siglo XVI.

Esos señores diputados provinciales, fruto montaraz de nuestras Facultades de Derecho, señoritos viciosos y germanófilos impenitentes, van mucho más lejos que nosotros en este pleito de las autonomías. Nos han ganado –justo es decirlo– el "record" de la velocidad. Quieren, ante todo y sobre todo, lo que nosotros, autonomistas, y federales, no queremos todavía para nuestras Castillas: la autonomía regional. La autonomía regional, entiéndase bien, sin resurrección de las vivas comarcas históricas, con la continuación de este armatoste uniformista de nuestras provincias, con la continuación –eso, sobre todo, que tal es la consigna de los señores Alba, Royo, Matesanz y Compañía– de las Diputaciones provinciales. La autonomía regional impuesta de arriba abajo, es decir, de Madrid a Valladolid, de Valladolid a las capitales de provincia y desde estas, a las ciudades, villas y aldeas de las dos Castillas. Y una autonomía regional con Parlamento, con mucho Parlamento, funcionando en Valladolid por supuesto, y con un Tribunal Supremo también vallisoletano, con magistrados nombrados por Alba, y un Gobierno castellano también en el pueblo que repobló Peranzules, y "El Norte de Castilla" trocado en Gaceta regional. Nada de variedades, nada de adaptaciones en el funcionamiento de esta autonomía. Todos los pueblos ibéricos vestirán el mismo traje. Autonomía con la misma dosis, con la misma medida, con el mismo patrón, para todos. ¿Qué es eso de preferencias para Cataluña? "¡Vade retro!" Todos los pueblos tienen la misma edad, el mismo temperamento, la misma estatura, el mismo grado de evolución. Las Diputaciones provinciales seguirán cobrando el barato a los Concejos, resolviendo recursos, celestineando con los gobernadores, amenazando con la revisión de cuentas, y, además, nombrando una especie de delegado en el Gobierno regional. Las Cortes –"Ça va sans dire"– serán unas Diputaciones "en grande". ¿Son o no son autonomistas los asambleístas de Segovia?

¡Ah! Y la autonomía municipal completa, abierta, amplia, soberana, respetando, es claro, la soberanía "inmanente" de la nación. En esto de la autonomía municipal conviene no quedarse

cortos en las Castillas. En las aldeas, Concejos abiertos, con las "tías" concejalas. En las villas, concejales de gremios. Más gremios y más concejales en las ciudades. Unamuno no puede quedar descontento, por este lado, de los abogadillos de por acá. Ante todo y sobre todo, la autonomía municipal. Y se otorgará a la misma hora, en el mismo día, y, a ser posible, con los mismos concejales que ahora disfrutamos. Los compinches del señor Riolova, el de la consubstancialidad de España con el Rey –claro está que con este Rey– no se asustan por autonomía más o autonomía menos. ¿Está claro?

Hasta aquí la farsa que comienza en Segovia. Pero tan hedionda es y tan cómica sería –si los momentos no fueran tan soberanamente trágicos, por la inconsciencia, insensibilidad e incomprensión de los tales botarates– que toda la opinión sana y liberal de Castilla se ha decidido ahora a lo que no se ha decidido nunca: a salirles al paso y a cortarles la retirada. Claro está que la prensa de Madrid, con excepción de "La Jornada", de "El Sol" y de algún otro periódico, está dispuesta a ocultar este estallido de asco, de protesta y de enojo que la reunión de los caciques en Segovia ha provocado en los espíritus. Pero en Salamanca, el día 27 –lunes– se reunirán todas las inteligencias y corazones de Castilla para desautorizar a estos mascarones. Catedráticos, comerciantes, industriales, médicos, abogados, publicistas fijarán y concretarán sus inquietudes espirituales en un programa mínimo. Y comenzará en seguida la predicación intensa y la acción, que vale más.

¡Que se sepa en Cataluña, amigos! Las Castillas no sienten hostilidad alguna por ese viento de santas rebeldías que brota de vuestras ciudades costeras. Por el contrario, quiere incorporarse a este movimiento. Pero nuestro camino es áspero y largo. La autonomía municipal sin la liberación de la tierra, sin el cambio de estructura en la naturaleza de los contratos de arrendamientos de fuerzas rústicas, sin la substitución del contrato dominical por un contrato de sociedad entre amos y colonos para la explotación de la tierra, la autonomía municipal, sin todo eso, será la más cínica y brutal de las burlas que nos infieran los abogados. La autonomía regional, sin la supresión de nuestras Diputaciones, sin la selección de nuestros Poncios, sin la modificación de nuestras provincias, sin la resurrección de un fuerte municipalismo, sin la extinción de nuestros distritos rurales para agruparlos en circunscripciones, sin la eficacia del secreto y de la libertad en la emisión del sufragio, una autonomía regional de esta naturaleza será una batalla ganada en regla por los tentáculos, cada día más sutiles y extensos del caciquismo. Que sepa eso Cataluña y que piense que si nos movemos en distinto plano que ella, vamos al mismo fin y nos alienta el mismo espíritu.

No nos asusta nada. No sentimos recelo alguno ante la autonomía integral. No olvidamos que las izquierdas en este momento han quitado a este movimiento lo que podía tener de exclusivista. No maldecimos "Els Segadors", sino que estamos preparando nosotros una buena traducción castellana para cantársela, a guisa de trágala, a nuestros orondos abogadetes, administradorcillos, usureros, leguleyos, corchetes y galeotes. ¡Nuestros aldeanos aprenderán también el "bon cop de falç!"[298] Afilaremos, si Dios nos da salud, sus hoces brillantes, bruñidas y afiladas y les enseñaremos su manejo, mientras croan los sapitos de la charca. ¡Oh, el "bon cop de falç" va a ser también el grito libertador de las Castillas, amigos catalanes, alejados de nuestros barbechos amarillos y del dolor de nuestra servidumbre!

La Publicidad (28-01-1919)

La autonomía en Castilla

En Salamanca se han reunido ayer políticos, profesores, escritores y gente moza para dar la batalla a los caciques.

(*Crónica telefónica de J. Sánchez Rojas, publicada por «El Sol»*.)

SALAMANCA 27 (11 M.).- En este momento llego a la ciudad del Tormes, citado por Juan Díaz-Caneja, que ha hecho el viaje desde Palencia; por Oscar Pérez Solís y otros amigos de Valla-

[298] En catalán: "Buen golpe de hoz". Es una de las estrofas de "Els Segadors", himno oficial de Cataluña.

dolid y de Segovia; por escritores y catedráticos de esta Universidad –Francisco Bernis, Demófilo de Buen, Rodríguez Pinilla, Ledesma–; por políticos y jefes de distintos partidos locales –Villalobos, Felipe, Iscar, Santa Cecilia y otros–. A la misma hora en que los grotescos y serviles diputados provinciales de esta "amplia Castilla", tocados de levita y castora, se reúnen en Segovia para llenar de recelos y cargar de tempestades el ambiente político, unos cuantos hombres de buena voluntad procedentes de distintos campos, que aman a Castilla, que la conocen y la estudian amorosamente desde hace mucho tiempo, se reúnen también en Salamanca y se preparan, como Don Quijote, a la segunda salida por los llanos de Montiel, sin curase de las pedradas, cachetes, mordiscos y hasta coces que en la primera recibieran de los arrieros, yangüeses, venteros, pacíficos, galeotes, bachilleres y mozas alegres.

¡Todo sea por Dulcinea! La reunión tendrá, hoy por hoy, un carácter preparatorio, caserito, familiar, antes de lanzarnos a la predicación, y a la acción, que vale más, queremos trazarnos una línea de conducta. Por eso nos reunimos hoy en Salamanca todos los que en Castilla sentimos la necesidad de formular una protesta y de exteriorizar una inquietud.

En el tren he venido con unos cuantos pobres hombres del partido de Béjar que marchan en busca de pan a Francia. Hablamos de la cosecha, que se presenta espléndida; del dinero que se gastó el año pasado en los votos de Peñaranda, de las rentas que suben y que suben. Y un secretario, letradete y leguleyo, que con nosotros venía, muy patriota, se dolió de esos "separatistas" catalanes, ensalzando, naturalmente, el gesto grave de los diputadetes que hoy, en Segovia, aludirán a Lepanto y a San Quintín, a Doña Isabel la Católica y al Cid Campeador para que los catalanes "no se vayan".

– ¡De que nosotros nos vayamos, echados por el hambre, de la tierra, no protestan jamás esos señores! –dice un emigrante que no ha vuelto a despegar la boca. (Amigo Senador: apunte usted esa frase para a segunda edición de *La ciudad castellana*.)

Llegamos a la estación. Mis labriegos se despiden de sus mujeres, graves y afables, en medio de su dolor. Les estrechamos las manos, deseándoles toda suerte de venturas. En la estación nos esperan otros amigos que vienen, como nosotros, de sus pueblos tristes, de sus villas amodorradas, a romper esta costra de hielo que tiene yertos los corazones.

La ciudad roja, besada por el sol, que arropó de escolares nuestros sueños, parece que tiembla con nosotros de inquietud en esta mañana diáfana y transparente de enero.

El Día de Palencia (29-01-1919)
El Sol (28-01-1919)

La mascarada regionalista

Castilla ha tenido, indudablemente, una personalidad regional; pero no es menos indudable que la ha perdido. Actualmente es una cosa incolora y sin relieve la región leonesa y castellana vieja. Comienza por no tener representantes. En nombre de sus intereses hablan siempre los acaparadores y los harineros. Sus ideales históricos han sido continuamente escamoteados por los gobernantes de Madrid, que tienen sus feudos y clientelas en León, en Valladolid o en Palencia.

Sería la más donosa de las burlas que, en nombre del Cid, hablase Santiago Alba, que se atribuyese la representación de los trovadores de Juan II Abilio Calderón, el palentino, o que el señor conde de Sagasta levantase la bandera de León frente a los burgaleses de Aparicio, frente a los zamoranos de Rodríguez o de Pérez Marrón o frente a los salmantinos que representan tan pintorescamente en las Cámaras, el señor Bullón o el Sr. Sánchez y Sánchez (D. Jesús).

El acto de los diputados provinciales, delegados de los caciques, reunidos en Burgos, es una maniobra de tan torpe hilaza que se descubre ante el examen más ligero. Los caciques castellanos, ante el problema de la autonomía catalana, presienten que la finca que ellos han venido usufructuando durante tantos años, sin protesta de nadie, puede imponer censos y limitaciones a los usufructuarios. Y no se avienen, sencillamente, a soltar la presa. Pero sus argumentos son tan ridículos como chocarreros. La unidad de la patria nada tiene que ver con la universalidad de sus feudos y colonias. La soberanía nacional no se agarrota porque los diputados provinciales dejen de ser soberanos efectivos en los Gobiernos civiles, en los pasillos de las Diputaciones y en las covachuelas de Tribunales de Justicia. Los condes godos, Rodrigo y Jimena, Fernán González y Laín Calvo, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, no han de otorgar su representación a estos mandaderos y administradores de los señoritos madrileños, con feudo en la región, que han

fracasado estrepitosamente y cuyo fracaso bastaría explicar, aparte de otras razones históricas, la actitud de los catalanes.

Y es curioso advertir que las Diputaciones provinciales, que tienen la osadía de definir credos y de adoptar actitudes en nombre de Castilla, son perfectamente impopulares en la región. Máquinas inservibles y enojosas, que entorpecen y paralizan la vida municipal, nadie lloraría su total y completa desaparición del escenario regional. Los diputados son, en la práctica, simples lugartenientes de los caciquillos que tienen actas rurales. Las Comisiones provinciales no se distinguen, precisamente, por la rectitud de sus fallos administrativos, sino por todo lo contrario. Con estos antecedentes, ante el silencio de los Ayuntamientos que no han delegado en ellas, las Diputaciones provinciales castellanas y leonesas tienen la osadía, ellas que son un organismo muerto, de permitirse el lujo de opinar ante un problema vivo para cuyo estudio no están capacitadas mentalmente.

El primer acto de la mascarada regionalista castellana ya se ha deslizado suavemente, a espaldas de la verdadera opinión, que es indiferente, y de la opinión inteligente, de la minoría que ve con asco y con rabia que Castilla no puede todavía plantear sus querellas ante la opinión pública porque necesita previamente licenciar a sus parlamentarios, jubilar a sus caciques, cerrar sus Diputaciones provinciales e infiltrar una corriente y sana democracia en los núcleos vivos del país; vuestro problema es el contrario precisamente del que han planteado esos señores representantes de las provincias. Tierra libre, Concejos fuertes, conciencia agraria, democracia, en fin… Y eso supone el licenciamiento definitivo de los oradores de Burgos y el cierre de esos establecimientos hospicianos de las Diputaciones provinciales, organismos de los que decía graciosamente José Zahonero, "Que como el bazo, la ortografía y la forma poética, están llamados a desaparecer".

El Sol (06-02-1919)

¡Sola, sola entre los campos…![299]

Sola, sola en mig dels camps,
terra endins, ampla es Castella
y està trista . . . . . .
. . . . . .
Parleu-li del mar, germans![300]
(Joan Maragall)

Ayer, en uno de estos incidentes de la lucha que contra el vil caciquismo castellano de abogadetes, usureros, labradorcillos codiciosos y acaparadores que llevan el Corazón de Jesús en la solapa y solamente en la solapa, hemos emprendido unos cuantos hombres de buena voluntad –en una asamblea de Concejos reunida en este pueblo donde escribo para pedir la autonomía municipal y protestar contra esa mascarada hedionda y bellaca de Segovia–, me levanté a hablar para dar un sentido puramente democrático y municipalista a aquella reunión política donde predominaban los campesinos y colonos. Les hablé del mar y de las inquietudes del mar; de la faja costera mediterránea y del olor a pinares y almendros que de allí nos viene. Callaban y oían. De pronto, tomando pie de un telegrama que había tenido la bondad de enviarme el señor Ventosa, dije un elogio de Cataluña...

Y un fuerte rumor envolvió mis palabras. Un abogadete fosco, coleccionista de derrotas políticas y usurero al por mayor, mala persona e inteligencia de trapo, uno de estos malos hombres que todo lo truecan en lucro, capaz de vendernos a todos por un plato de lentejas, se levantó como un maniquí para decir unas palabrotas; unos cuantos trigueros que con él estaban protestaron también. Y volví a la carga y entonces ya sin eufemismos completé todo mi pensamiento. Los

[299] El dilectíssim Josep Sánchez Rojas, a quin caliu de ploma, varíes voltes hi hem rendit tribut desde nostres modestes columnes, ens parla sentidament dels nobles castellans, dels bons castellans, dels castellans que han de ser nostres amics, i ho seran, mal pesi a tots els devastadors i explotadors dels pobles. Nosaltres, com a prova de germanor, copiem amb gust l'article.- N. de la R. [El dilectísimo José Sánchez Rojas, a cuya cálida pluma hemos rendido tributo desde nuestras modestas columnas en varias ocasiones, nos habla sentidamente de los nobles castellanos, los buenos castellanos, los castellanos que deben ser nuestros amigos, y lo serán, mal que les pese a todos los devastadores y explotadores de los pueblos. Nosotros, como prueba de hermandad, copiamos con gusto su artículo.- Nota de la Redacción.]

[300] De *Una voz*. "Sola, sola en medio de los campos, / Tierra adentro, ancha es Castilla. / Y está triste, / ... / ¡Habladle del mar, hermanos!"

colonos se percataron de lo que pasaba. De Cataluña protestaban los abogados que les estafan y los acaparadores que les llevan el trigo de las rentas. Luego si ellos odiaban a Cataluña, Cataluña no era tan mala como se les decía.

Había que ir en adelante con tiento al hablar de Cataluña. Por de pronto, en aquella reunión, Ventosa se asociaba a sus pretensiones de autonomía y de independencia políticas. Los que me hicieron el favor de interrumpirme hicieron más con su protesta que yo con mis palabras. Si ellos me hubieran aplaudido, la causa de Cataluña hubiera perdido toda suerte de simpatías en el corazón de aquellos pobres labradores.

Y traigo a colación este incidente para que se advierta que, en Castilla, en esta pobre Castilla que "no pot lleure els mars llunyans"[301], tienen interés en separarnos de vosotros únicamente aquellos que son vuestros tributarios económicos. Los que viven de Cataluña, de las complacencias de vuestros comerciantes y de vuestros industriales, son los que chillan por acá y dicen fuertes palabras de desdén, y siembran a boleo el encono y el odio entre los corazones vírgenes.

Les ayudan en la labor esos periodiquitos de Madrid –desde el analfabeto "ABC" hasta el no menos grotesco y aplebeyado organillo de Rafael Gasset[302]– y los propietarios terrícolas a los que metió antaño en cintura el señor Ventosa. Si Cataluña quiere tener sentido de aproximación cordial a los demás pueblos hispánicos, debe procurar redoblar su antipatía contra los tales protestantes y voceros. Es el modo de ganar el corazón del llano y de penetrar amistosamente en los campos de Castilla.

Aquí no hay, repito, hostilidad. En todo caso, hay el mismo estado de espíritu que reina entre ciertos sectores de la opinión catalana con respecto a los castellanos. Estamos todavía a tiempo de entendernos unos y otros. Y de esa falta de inteligencia, de esa ausencia de cordialidad, de ese acordonamiento y aislamiento mutuos, tenemos la culpa todos, catalanes y castellanos, los castellanos y los catalanes que ansiamos una España mejor y que anhelamos una fuerte corriente de protesta contra estas oligarquías que suplantan, escamotean y falsifican la representación de los pueblos.

¡Con qué honda amargura he vuelto a releer estos días el admirable libro del señor Rovira y Virgili, «El nacionalismo catalán» ! A todas horas la misma palabra: Castilla, la España castellana, los detentadores castellanos, los caciques y políticos castellanos. Eso no es justo. Castilla no existe, Castilla no es, Castilla no detenta nada, ni caciquea nada. La pobre Castilla "sola en mig dels camps" falleció como región hace cuatro siglos, en Villalar, a manos de los Austrias y de un unitarismo vergonzoso y extraño que ha venido suplantando su alma continuamente. Todo lo que el señor Rovira y Virgili llama espíritu castellano es espíritu alemán y austracista, suplantación de Castilla y agarrotamiento de Castilla. Castilla murió al secarse, en las Cortes de Santiago y de la Coruña, la savia de sus raíces comuneras y municipales. Acabó su sentido democrático con el César alemán. Dejó de actuar entonces. En castellano se dijeron desde entonces las cosas más anticastellanas y exóticas. La Monarquía absoluta, lejos de entronizar en España el espíritu de la meseta, lo suplantó lindamente y se sirvió de él para prostituirle, no de otra suerte de lo que hoy hacen esos tenderillos, administradores y escritorzuelos de casa y boca y a mantel puesto que se permiten hablar en nuestro nombre y poner en pie un pobre cadáver contra el alma viva de Cataluña.

Castilla está sin descubrir. Los que Rovira y Virgili llama tiranos y detentadores son también detentadores y tiranos nuestros. Los farsantes que odia Cataluña figuran también en la colección de nuestros odios. Lo que hay es que Cataluña no tiene ante sí un grave problema de propiedad rústica y Castilla, por el contrario, no es dueña de su suelo. La linde es sagrada por acá. Cada coto de caza que se crea, cada nueva ganadería que pasta por estas tierras, echa a miles y miles de campesinos del solar común y los expulsa a América; actualmente a Francia. Así, en Castilla no hay espíritu libre. A Cataluña le importa, sobre todo, la resolución de un problema político que no admite esperas. Castilla, antes de pensar en autonomías políticas, tiene que apoderarse del suelo que le han robado los señoritos que dicen representarla. Tirar las lindes, afilar las hoces del odio popular, encauzar este sentimiento de protesta que será fecundo en afirmaciones democráticas.

¡Y amigos catalanes! Habladnos del mar. Hablad del mar a Castilla. Traedla ambiente de resina y de salitre para que respire y se mueva. Está triste Castilla, sola y pobre. Y callada No tiene libertad de movimientos porque la atenaza la preocupación del pan de cada día. No la exijáis que

[301] El verso de Maragall dice "no pot veure els mars llunyans" (no puede ver los mares lejanos).

[302] Rafael Gasset Chinchilla (1866 - 1927). Periodista y político español, propietario y director del periódico madrileño *El Imparcial*, y ministro de distintas carteras durante la regencia de María Cristina.

piense si no contribuís primero a que coma. No cometáis, sobre todo, la injusticia de confundir su voz con la de sus amos. Contribuid a desembarazadla de ellos. Ayudarnos. ¡En verdad os digo, catalanes, que seríais dignos del apóstrofe del Dante, que darías la muestra más mezquina de "avara povertá" que vieron los siglos, si no os acercáis a estos labriegos que pueden ser –no lo olvidéis jamás– vuestros mejores amigos y colaboradores, ya que vuestros enemigos jurados, son los mismos, pero absolutamente los mismos!

Renovació (09-02-1919)
La Publicidad (06-02-1919)
El Progreso (Santa Cruz de Tenerife) (21-02-1919)

Las tres fases del "Castellanismo"

1908-1912.– Lecturas de *La voluntad* y de *Castilla,* de Azorín; del *Camino de perfección,* de Pío Baroja; de los versos de Gabriel y Galán. De todos los seminarios de Castilla brotan imitadores del poeta salmantino; todos los escritores de la meseta imitamos a Azorín. Literatura, literatura, literatura. Llanos inmensos, vuelos de abutardas [sic], barbechos amarillos, campesinos resignados, campos yermos, pueblos dormidos, señoritos, hidalgos..., nada, nada, nada. Regionalismo comarcano, menos aún, de socampana y arrabal; de pueblo y de barrio. Y cantos a la austeridad, a la tristeza mansa, al colono que no come. Cultivo de lo pintoresco, de lo diferencial y de lo reaccionario.

Escepticismo político, ausencia de curiosidad, ligereza palabrera, atropellamiento de muchachez. ¡Dorados veinte años en Salamanca, en Burgos, en Valladolid, en Palencia! Solamente en las cátedras de Unamuno, de Dorado Montero, de Bernis, aprendemos, con las delicias del pensar, la inquietud del mundo.

No tenemos otras inquietudes que las plácidas y confortadoras de la reja. ¡Ay, y cómo concierta nuestro optimismo candoroso con la dureza de costra de la tierra amada! ¡Dios mío: Las revistitas que fundamos aquí y allá! Torre Ruiz, Antón Alonso Cortés, Medina Bocos, Illera Medina redactan *Castilla* en Valladolid; Íscar, Federico de Onís y yo, para asustar a las suegras, escribimos *La Ciudad* en Salamanca; Luis Maldonado publica sus cuentos, y Rodríguez Pinilla, sus poesías.

Y nace el castellanismo. Inventa la palabra Santiago Alba. Ni él ni nosotros sabemos lo que significa esa palabreja. Unos hablan de pinos rumorosos; otros, de crepúsculos de sangre: Alba, de los hombres de capa parda y de calzones cortos. Algunos, como Federico Santander, abusan enormemente de la eutrapelia. En la hoja literaria de *El Norte de Castilla* publica un viaje sentimental, o una guía espiritual, o un paseo por las Castillas. Alba llega a ministro, Eza llega a ministro, Merino llega a ministro. Las cigarras siguen cantando y Castilla despoblándose. Estas castizas *fuerzas vivas* suben el trigo, los colonos se hacen la competencia, los propietarios van a gusto sobre el machito, los caciques no se descuidan.

Y todos nosotros, después de dar una vuelta por Europa, nos refugiamos en la cátedra, en la política, en el periodismo. Al volver a Salamanca, a Valladolid, a Palencia, nos sentimos extraños al ambiente. Nuestras novias se han casado durante la ausencia. Solamente Unamuno, Dorado Montero, ya con hijos talludos, son los únicos lazos afectivos que nos atan a los tiempos pretéritos, a la ciudad amada, a los recuerdos estudiantiles... Buceamos los clásicos y reñimos con el alcalde en el casino. Y nos vamos a Madrid.

1912-1917.– El llano "pardo como el sayal de nuestros místicos" –es la frase obligada– deja de ser, para todos los que hemos abusado de la frase, una pueril preocupación literatesca, y se convierte en un dolor vivo y angustioso que nos lacera las entrañas. Al pensar en el llano, y pensamos en él a todas horas, pero a todas horas, hasta las ideas nos duelen en el cerebro. Los hijos de los hidalguetes, protagonistas de nuestros cuentos pintorescos, son toscos e insensibles. Los "amos" de Gabriel y Galán, unos bachilleres; las Dulcineas, Aldonzas Corchuelos que no han visto correr las estrellas en una noche clara; los "sufridos" labradores, unos cazurros embrutecidos por la codicia de tierra...

Castilla deja de ser una realidad para trocarse en una esperanza. En 1914 sentimos las primeras llamaradas de la guerra en el barbecho. "¡Cómo pegan esos tíos!", oímos al más rico de nuestro pueblo. "¡Que se fastidie Bélgica!", gritan los compinches del más rico. El registrador de la propiedad nos recomienda la lectura de *Armando Guerra.* Perico, el secretario del Juzgado, asegura, entre codillo y codillo, que el *marinismo* inglés es una cosa llena de peligros para la

patria; Don Jesús, el facundioso senador del Reino, que mueve sus brazos como los molinos las aspas, se descubre ante un retrato del Emperador de Europa que saca de la cartera...

Y las llamaradas de la guerra nos dan conciencia de la hora. Prusia, Castilla: tanto monta. El duque de Alba es hermano de Ludendorff. El marqués de Santa Cruz es pariente espiritual de Von Tirpitz. Austria es a Trieste lo que España a Flandes. Carlos V, desde Yuste, dirige a los emperadores. El sentido de rapiña, de conquista, de opresión, de tosquedad psicológica de la Castilla centralista y unitaria, de los Austrias, de los privados, es lo que está quebrando y lo que quebrará.

Aún luce el sol en las bardas del espíritu de Cervantes, que extiende la fe de vida a nuestra Castilla de duques y barberos que se burlan de Quijano el bueno; Teresa de Cepeda, nacida para la acción, tropieza con los nuncios y con las princesas de Eboli en su camino; Fr. Luis de León, desde su celda del santo oficio en Valladolid, reconstruye el paisaje de Madrigal cuando la tormenta arranca del suelo una polvareda gris; Calderón, solemnemente, en su calidad de poeta de casa y boca, diserta sobre el origen divino de los reyes; el siglo XVI –todo él– es una mala vergüenza para las Castillas.

¿Para las Castillas? Hasta el Renacimiento, hasta Isabel y Fernando, Castilla ríe con el Arcipreste, ama con el marqués de Santillana, vive con sus merinas, y con sus prados, y con sus montes, canta con sus romances, trabaja con sus telares y con sus hilados, asegura la leña de sus bosques para calentar los miembros ateridos de sus pobres, trata con sus reyes en un plano de llaneza e igualdad. Castilla sufre un dolor crónico de cuatro siglos. Y el escamoteo más trágico de su sentido histórico que jamás viera pueblo alguno.

Y las llamaradas de la guerra nos dan conciencia de la hora. Se agudiza el malestar agrario; Cataluña grita. Los caciques nos hablan de soberanía inmanente, y nosotros, que no podemos ahogar a nuestros caciques, alzamos los hombros y nos refugiamos en nuestro dolor...

1919.– ¿Qué le traerá a Castilla el año que acaba de salir de las entrañas misteriosas del tiempo? ¿Disolverá su costra de hielo ante el calor de nuestros pobres corazones anhelosos de sacrificio? ¿Se limpiará de su pasado como de una roña? ¿O avanzará el proceso de su descomposición fatalmente, irremediablemente?

No lo sé, no lo sé; pero lo temo. Si se grita en Castilla, no se oye. Si se oye, no se escucha. Si se escucha, no se entiende. Sí se entiende no se siente. Si se siente, se enjuga una lágrima uno, y ¡a dormir! Con la siesta y la baraja, tiene bastante Castilla.

A la hora de ahora, solamente gritamos los de siempre. Díaz Caneja, en el pueblo de Abilio Calderón, pide una tea para las Diputaciones provinciales; pero en Palencia, un hombre que pide eso, ¿no puede ir a la cárcel con harto mayor motivo que González Carreño, que se ha limitado a reírse de cualquier Abilio, más o menos Antúnez, de estas tierras paniegas? Pérez Solís, en Valladolid, acomete como un toro acorralado; pero en Valladolid todas las cosas públicas son del patrimonio de Alba. Los muchachos de Segovia se mueven activamente; pero Segovia, que estuvo a punto de elegir diputado a Vitorica –facturado después para Cáceres–, se conformó con un Rodríguez Avial, desconocido y lejano. Ledesma, Íscar, Villalobos, Ruipérez chillan en Salamanca; pero en Salamanca, los toros, las ovejas y los conejos gozan de más derechos constitucionales que los hombres.

¡Amigos catalanes: un poquito de cordialidad y de comprensión para esta *ampla Castella,* compadecida por Maragall, que quiere oír, que puede oír, si vosotros nos ayudáis, la canción del mar de Cataluña, del mar de Italia, del mar de Grecia!

El Imparcial (Santa Cruz de Tenerife) (27-03-1919)
El Sol (11-02-1919)

Glosas a "La ciudad castellana", por Julio Senador Gómez

El vampiro.

Recuerda Julio Senador las palabras que dijo un loco a Zarathustra a las puertas de la Gran Ciudad: "Aquí se corrompen todos los sentimientos nobles. Aquí solo se oye el chasquido de las pasioncillas resecas. ¿No humea esta ciudad con los vapores de los espíritus sacrificados? ¿No ves las almas colgadas como pingajos sucios?"

Senador confiesa que de todas esas cosas lleva cicatrices en el corazón. Las villanías y explosiones de barbarie que ha presenciado le acongojan y entristecen. Y nos habla de su dolor, del dolor de todos los españoles que nacimos a la vida del espíritu cuando la catástrofe de nuestras

colonias. Todo, todo nuestro prestigio, nuestra riqueza, nuestra industria, era mentira en España. Barquitos de madera, periodistas hueros, políticos sandios, caricaturas grotescas, Weyler, Pelavieja, Rizal, el "Oquendo", el "María Teresa", Montero Ríos, Cuba, el desastre. En las ciudades castellanas nos creíamos invencibles. Allá, en el colegio de mi niñez, todos gritábamos también contra Maceo y contra los "mambises" y contra los tocineros de Chicago.

Entonces, jugando al ajedrez en los cafés solitarios de Palencia, terminaba su carrera de Derecho Julio Senador. Era como todos: un muchacho más. No quería el pan regalado, pan de sangre, según la frase terrible de Vélez de Guevara. El hastío de las horas perdidas comenzó a preocuparle. En la ciudad nadie trabajaba. Bancadas de señoritos ociosos acampaban en la calle Mayor. La pequeña ciudad laminaba a los muchachos, les mataba y aplastaba.

¡Ay del que tenía espíritu! Los hombres de una generación que sufrió esa tortura permanente –escribe Senador– como hoy la siguen sufriendo otros, parece que llevan en la cara todo el terror del que alguna vez ha visto levantarse ante él un cadáver. ¡Llenos de inteligencia, de nobleza y de vigor, apenas han servido luego para nada y andan por ahí encogidos, desperdigados, asustados y castrados! ¡Ay del que tenía espíritu! Se lo comieron, lo cocieron vivo. "Esta es Castiella. Conde, que faz los omes e los gasta." En este ambiente de memez densa, sólo han flotado los bachilleres, a los que esa pobre imbécil de Antoñita Quijano les ha cortado las alas para siempre.

La nube negra.

La ciudad castellana de nuestro amigo –ya lo habrá advertido el lector, diligente y atento– es una bella elegía en prosa, cantada por un esquivo solitario sobre los escombros de la meseta... Se habla en esa elegía del agua, de la tierra, de la linde, de la propiedad, del trabajo; pero es, ante todo y sobre todo, el diario de un alma que no puede dialogar. El libro debiera llamarse "El dolor de un alma que vive en Castilla".

La nube negra. Y las pobres ciudades –Soria, Burgos, Ávila, Segovia, Zamora, León– mudas y quietas, "afrontando con valor la certidumbre de una muerte inevitable". No se defienden. No quieren vivir más. La luz se desvanece en reflejos de oro contra los vidrios de los miradores. Entremos en estas ciudades con Julio Senador. Primera esquina, lápida nueva. "Calle del Excmo. Sr. D. Juan Pérez Fernández". "Aquí huele a letrina". Adelante. El clamor de una campana, "que rebota sobre los tejados". "Produce –comenta Senador– el efecto de una aparición macabra con cara de risa". "Es igual que si el sonido hiciera muecas." Un transeúnte, calles sin adoquinado, apretadas matas de yerba.

Caritas pálidas, rizos negros, bucles dorados de mujercitas. El estudiante, a la esquina. O nadie. Ojeadas rápidas, resueltas, y a la vez, profundas. El bastidor, los bolillos, el encaje, el prosaico calcetín. Los ojos interrogan y esperan, a la vez, al posarse sobre las cosas. Nuestras pobres novias de antaño leen, tal vez, un novelón. Pasa un beneficiado, taconeando fuerte, que va de coro. Y luego nadie, nadie. El beneficiado que torna, un carro que chirría, los niños que salen de la escuela. ¡Nadie, nadie! Y con los deditos pinchados, y la faz hermosamente triste, las pobres niñas, detrás de los visillos, esperan la llegada del mago que las liberte del hastío.

Tristitia rerum.

"No tardará en venir a sorprenderos la catástrofe –canta el profeta de Frómista– porque, entretanto que dormís y holgáis, se oye más claro cada vez el aleteo de la muerte que esgrime su guadaña sobre la mísera ciudad de alegre cielo y triste suelo."

Y luego prosigue: "En el tranquilo ambiente perfumado por las acacias de los huertos vibra un estremecimiento cálido y nupcial, y en todo el ámbito del cielo, cabrillea una alegría serena y profunda como el mar en calma; sonriente y pueril como la aurora."

Es que una pareja de gorriones gozosos y enamorados, van a jugar sobre una gárgola que se destaca de un alero. Y en la gárgola se miman y se arrullan y se contemplan con embeleso. Y antes de abandonar su tálamo de piedra los gorriones "evacuan simultáneamente cierto sucio recuerdo de su paso", que se desliza a lo largo de un pináculo, resbala sobre un capitel, rebota sobre una cornamusa y cae a plomo sobre una estatua incrustada en el muro.

Y abajó, en la ciudad, nada. Nadie en ninguna parte. Sol, silencio, polvo, "sosiego hediondo como el del agua corrompida". Arbolucos que se agostan en la plazoleta, viejos caserones que en polvo se deshacen, la campana que torna a llamar a coro, el conserje del casino que prepara las seis tazas de café, el "croupier" soñoliento que hace sonar los timbres a los botones, el encaje de bolillos que reanuda la niña pálida, el cimbalillo que sigue trenzando su melopea sobre los teja-

dos. Y el recuerdo del paso de los gorriones que cae en el ala del chambergo de un buen señor que va leyendo un artículo de Royo Villanova, camino del Comité garciprietista. Y el buen señor que no se entera.

El Sol (30-03-1919)
La Libertad[303] (16-05-1924)
El Pueblo (08-02-1925)
El Adelanto (20-01-1925)
El Noroeste[304] (24-06-1926)

La emoción del momento

La tertulia, la rebotica de todos los días, y D. Juan el usurero, y D. Pedro el teniente alcalde, y D. Ladislao el cacique, y D. Guillermo el notario, y Perico el abogado, que habla de todo lo que no sabe, y Miguel, el que acaba de casarse con una vieja. Y las caras alargadas, y los hocicos ceñudos, y las palabras venenosas, y las miradas inexpresivas, y los corazones vacíos, y los cuerpos inclinados hacia la tierra, encorvados y perezosos. La tertulia de mi pueblo y la de todos los pueblos de Castilla, lector. Las seis de la tarde... Míralos; caminan, embutidos en sus bufandas, como ancianos de un asilo. Son las fuerzas vivas, los elementos directores. Los que viven del pacto de retro[305], los que apañan el reparto de consumos, los que imponen sus fallos al juzgador, los que redactan en prosa de cemento armado los compromisos que arruinan a los labriegos, los muñecos de estopa que se agitan hablando de justicia en los tribunales, los cazadotes que vegetan a la sombra de la jamona imbécil.

Y van llegando lentamente a la rebotica. Tosen, escarban el braserillo, hablan. Hablan de la guerra y de la paz. Perico el abogado falla que Wilson llevó su pueblo a la guerra para adueñarse de Europa; los demás, sonríen convencidos. Don Juan, el usurero, se exaspera asegurando que París es un foco de corrupción; D. Guillermo, el notario, diserta sobre el navalismo inglés; Miguel, el que acaba de casarse con una ninfa de cincuenta primaveras, se permite una ironía sobre Clemenceau –dicho así. Cle-mence-a-u–; D. Ladislao, el cacique, se extraña de las protestas francesas. Y nuevas cabezadas afirmativas. Y toses, imprecaciones, carcajadas, groserías. Y se levanta el campo a las ocho, hasta mañana. Y las frases de estos hombres se repiten al día siguiente en los pueblos y forman su credo y su idearium.

¡Ay! Castilla no siente la emoción del momento. Para los pueblos de Castilla –¡oh noble espíritu del Sr. Ortega y Gasset!– no cantan apriesa los gallos, ni quiebran los albores del nuevo día. Todo seguirá lo mismo, lo mismo, lo mismo; D. Juan, cobrando el catorce con hipoteca; D. Pedro, viviendo de los caudales concejiles; D. Ladislao, libertando a los asesinos y encarcelando a los colonos que roban del monte un haz de leña para la lumbre; D. Guillermo, tejiendo trampas para cazar incautos; Perico, haciendo contorsiones de farsante en el Juzgado, y Miguelillo, comiendo la renta de la costilla. El sol no saldrá por estos picachos nunca para alumbrar los llanos. La conmoción del mundo no tocará una piedra de estos pizarrales. La sangre derramada no se ha vertido para purificar a los castellanos. Cautivos en sus muros de hielo, sin oír, sin ver, sin enterarse, seguirán adorando la fuerza sobre la razón, la "listeza" contra la equidad, el éxito material sobre el intento puro.

¡No se oyen los cantos de alborada en Castilla, no se oirán en mucho tiempo! No tiene pan, no tiene cultura, no tiene sensibilidad, no tiene esperanza. El ángel no ha batido las alas por aquí. Alonso Quijano, el abuelo, está bien enterrado, y sus nietos tienen sangre de bachilleres y de memas. Entre muros de hielo se apagan, poco a poco, los entusiasmos mozos, aíslan al inteligente y al bueno como al apestado: la burla lugareña hiela en flor las rosas del entusiasmo. Y si habláis

[303] En *La Libertad*, *El Pueblo* y *El Adelanto*, su título fue «La ciudad castellana».
[304] En *El Noroeste*, donde se publicó con el título «La tristeza de Castilla» únicamente se reproducirían los epígrafes «El Vampiro» y «La nube negra», omitiéndose, por tanto, el correspondiente a «Tristitia rerum».
[305] Pacto de retrocesión: venta de un bien con derecho a recuperarlo. El vendedor recibía un dinero por el bien vendido que luego recuperaría con pagos aplazados si podía. Naturalmente, el valor fijado era menor al real y si no se recuperaba, el comprador salía beneficiado. Si se recuperaba, el dinero invertido en la venta se recuperaba con intereses.

fuerte, no os escuchan, y si decís palabras nuevas, no os entienden, y si abrís los brazos para perdonar, os rechazan. ¡No, no lucirá el sol por estas bardas!

¡Locos, creyentes de la nueva fe, cruzados del momento que se avecina: a esta "cittá dolente" de Castilla no vengáis de peregrinos, que hemos enterrado a Beatriz entre carcajadas de incomprensión, y hemos cerrado su caja a cal y canto para siempre! No queremos vivir un ritmo más acelerado, una vida más intensa. No queremos dejar de ser esclavos; no queremos justicia ni queremos libertad. Nos va muy bien con nuestros amos. No nos habléis de conmociones, que no sirven más que para turbarnos el sueño. Que nadie nos rompa la neutralidad de la cazurrería. Nada hay nuevo en el mundo que merezca nuestra atención.

Y así estamos bien, muriéndonos poco a poco, plácidamente, sin que nuestros gritos rompan los muros maestros de nuestra indiferencia. No queremos ser otros, ni vivir de otra manera. ¿Para qué? Detrás de esa alborada que presentís vendrá la noche, y en la noche, las aves agoreras romperán el silencio del corazón que teme. Sois unos ilusos y no sabéis morir sin protestar como nosotros que morimos de hambre, de hambre corriente y moliente, a la que, unos cuantos pedantes llaman gripe, para que no nos asustemos, ¡como si nosotros nos asustáramos o tuviéramos esperanza de alguna cosa!

El Sol (20-04-1919)

Terres de Castella I

I. La terra

¿Fins a quin punt pot parlar-se de preocupacions regionalistes a aquesta Castella estesa al solo del seu en sopiment? ¿Fins a quin punt podem parlar d'una afinitat espiritual de les preocupacions del pla amb les ànsies de les terres de la costa? ¿Fins a quin punt Castella viu una vida política, és a dir, ciutadana?

Castella –ho deia jo no fa gaire temps al senyor Cambó, tan enamorat, i fa bé, d'una política de realitats– comença de sentir ara, vivament i amb intensitat, el problema de la detentació, de l'agabellament i de l'acordonament de la terra. Castella té, doncs, una preocupació econòmica prèvia que paralitza la seva evolució en un o altre sentit polític. Fins que els homes no acorralin els conills, fins que els camperols no s'alliberin de les urpes del «señorito» i de l'administrador, fins que no desapareguin aquests pobles de senyoriu on els masovers no tenen davant del dret altra denominació que la de coses, és un absurd i és una burla parlar d'ànsies autonomistes al planell castellà. El problema de l'autonomia només ha pres a les entranyes d'uns quants esperits selectes, als quals se'ls diu regionalistes, sense que ni ella ni llurs adversaris s'hagin proposat fixar ben bé l'abast i la significació del mot.

El problema de Catalunya gairebé no té de comú amb el de Castella altra cosa que l'odi i la por al paperam i l'expedienteig; que el menyspreu –diguem-ho clarament– a Madrid, a les organitzacions artificioses de Madrid. Perquè a Catalunya, en les multituds hi ha sempre una consciència política definida, i aquesta consciència no es dóna mai a Castella. El problema de la llengua, amb totes les aportacions sentimentals i afectives que la llengua comporta, tampoc es dóna entre nosaltres. Els pagesos viuen bé i a plaer amb ei règim de la propietat catalana, i en canvi, els camperols de Castella es preparen per a la modificació radical i absoluta del seu.

El moment actual de Catalunya, finalment, és el terme d'una evolució en la consciència política de la gent i el moment d'ara a la meva Castella és una preparació i una ànsia difusa, que a estones tradueixen molt bé alguns escriptors –Macias Picavea, Senador– però que encara no tenen prou eficàcia per a produir una sotragada, que sols pot venir –i de seguida– per preocupacions económico-socials i no merament polítiques.

A Catalunya, el sentiment col lectiu culmina netament en un concepte clar de regió per uns i de nació per altres. A Castella, en canvi, no existeix el sentiment regional. La llengua que entre catalans diferencia i concentra l'esperit, entre castellans confon i esborra. En aquest sentit, té raó el senyor Cambó en assegurar que per ell Castella és també Astúries, i Andalusia i Extremadura i les terres aragoneses; i encara fóra més just sí ens confongués amb tots els pobles sudamericans que parlen la nostra llengua. En un mot, volem afirmar que Castella, avui per avui, no sent sinó un sentiment polític intens: el de govern del *concejo*, el municipalista. I el sent per les preocu-

pacions del règim de la propietat de la terra a què ens havem referit abans. L'autonomia municipal, en el fons, és per la gent un problema de col lectivisme agrari i d'aprofitament individual de coses comunes: el «prao de todos», la devesa on pastura el bestiar de càrrega de tots els veïns.

El castellà, doncs, se sent veï, fill de Toro, de Medina del Campo o de Piedrahíta, però tant se li endona de la província artificiosa que li ha mort la seva comarca natural, i encara se li endona menys la regió, que li sembla una cosa freda, fosca, dibuixada malament i de pressa.

En aquestes pàgines de LA VEU DE CATALUNYA aniré delimitant, tan bé com sàpiga i pugui, quin sentiment real pervinc a descobrir al pla. Això no es tasca per a ser improvisada ni tractada de rellisquentes. Els catalans no coneixen gaire més els castellans que aquests a ells. Hi ha recels, tòpics mutus, que cal esvair, i és un honor el fer-ho. Jo conec bé aquest confusionisme, perquè a Barcelona, posem per cas, he sentit jutjar Toledo quan jo vivia la vida de Barcelona, i perquè a Toledo em dolia dintre el cor la meva Castella. Avui Castella no té cap idea per aportar al concert ibèric. Quan sembla que pensa, és que crida i es dol del dolor de sa terra, dolor que en altre temps trobà un ressò d'acolliment en la noblesa –tan humana i tan catalana– de vostre Maragall.

Ja ho anirem veient.

La Veu de Catalunya (27-06-1919)

Tierras de Castilla I (TRADUCCIÓN)

I. La tierra

¿Hasta qué punto puede hablarse de preocupaciones regionalistas en esta Castilla extendida en el surco de su sopor? ¿Hasta qué punto puede hablarse de una afinidad espiritual de las tierras de la costa? ¿Hasta qué punto Castilla vive una vida política, es decir, ciudadana?

Castilla –se lo decía yo no hace mucho tiempo al señor Cambó, tan enamorado, y benefactor, de una política de realidades– comienza a sentir ahora, vivamente y con intensidad, el problema de la detección, del acaparamiento y del cerramiento de las tierras. Castilla tiene, pues, una preocupación económica previa que paraliza su evolución en uno u otro sentido político. Hasta que los hombres no acorralen a los conejos, hasta que los campesinos no se liberen de las garras del «señorito» y del administrador, hasta que no desaparezcan estos pueblos de señorío, donde los caseros no tengan antes el derecho a otra denominación que la de cosas, es un absurdo y es una burla hablar de ansias autonomista en la llanura castellana. El problema de la autonomía solo ha tomado cuerpo en las entrañas de unos cuantos espíritus selectos, a los que se les llama regionalistas, sin que ni ella ni sus adversarios se hayan propuesto fijar exactamente el alcance y la significación de la palabra.

El problema de Cataluña apenas si tiene de común con el de Castilla otra cosa que el odio y el miedo al papeleo y al expedienteo; que el menosprecio –digámoslo claramente– de Madrid, de las organizaciones artificiosas de Madrid. Porque en Cataluña, en la mayoría de la gente hay siempre una conciencia política definida, y esta conciencia no se da nunca en Castilla. El problema de la lengua, con todas las aportaciones sentimentales y afectivas que la lengua comporta, tampoco se da entre nosotros. Los payeses viven bien y a placer con el régimen de propiedad catalana, y en cambio, los campesinos de Castilla se preparan para una modificación radical y absoluta de sí mismos.

El momento actual de Cataluña, finalmente, es el término de una evolución en la conciencia política de la gente y el momento actual en mi Castilla es una preparación y un ansia difusa, que en algún momento tradujeron muy bien algunos escritores –Macías Picavea, Senador– pero que ahora no tienen suficiente eficacia para producir una sacudida, que sola pueda venir –rápida– por preocupaciones económico-sociales y no meramente políticas.

En Cataluña, el sentimiento colectivo culmina netamente en un concepto claro de región para unos y de nación para otros. En Castilla, en cambio, no existe el sentimiento regional. La lengua que entre los catalanes diferencia y concentra el espíritu, entre los castellanos confunde y difumina. En este sentido, tiene razón el señor Cambó al asegurar que para él Castilla es también Asturias, y Andalucía y Extremadura y las tierras aragonesas; y aún sería más exacto si en ellos incluyera a los pueblos sudamericanos que hablan nuestra lengua. En una palabra, afirmaremos que Castilla, hoy por hoy, no siente sino un sentimiento político intenso: el del gobierno del *concejo*, el municipalista. Y lo siente por las preocupaciones del régimen de la propiedad de la tierra a las que nos hemos referido antes. La autonomía municipal, en el fondo, es para la gente un problema de colectivismo agrario y de aprovechamiento individual de las cosas comunes: el «prao de todos», la dehesa donde pastan los animales de carga de todos los vecinos.

El castellano, pues, se siente vecino, hijo de Toro, de Medina del Campo o de Piedrahíta, pero nada le importa la provincia artificiosa que ha matado su comarca natural, y aún menos le importa la región, que le parece una cosa fría, oscura, dibujada mal y apresuradamente.

En estas páginas de LA VEU DE CATALUNYA iré delimitando, tan bien como sepa y pueda, que sentimiento real queda por descubrir en el llano. Esto no es una tarea para ser improvisada ni tratada de pasada. Los catalanes no conocen mucho más a los castellanos que estos a ellos. Hay recelos, tópicos mutuos, que hay que desvanecer, y es un honor hacerlo. Conozco bien este confusionismo, porque en Barcelona, por ejemplo, he oído juzgar a Toledo cuando yo vivía en Barcelona, y porque con Toledo me dolía dentro el corazón de mi Castilla. Hoy Castilla no tiene ninguna idea que aportar al concierto ibérico. Cuando parece que piensa, es que grita y se duele con el dolor de su tierra, dolor que en otro tiempo encontró un eco de acogida en la nobleza –tan humana y tan catalana– de vuestro Maragall.

Ya lo iremos viendo.

La Veu de Catalunya (27-06-1919)

Terres de Castella II y III

II. El «Concejo»

Heu's aquí l'únic sentiment de fonda arrel espiritual al planell: el sentiment del «Concejo». Però del «Concejo» lliure sense traves centralistes, sense paper segellat, sense dilacions cançoneres i embafadores, sense advocats, sense cúria, i àdhuc –encara que tan respectables funcionaris creguin el contrari, que moltes vegades fingeixin només que ho creuen– sense secretaris municipals.

«Concejo» amb caixes municipals, amb «pòsit» del terrer, amb vara de regidor i signatures flamants de síndic solemne; «concejo» a l'antiga guisa de Lleó i de Castella, «concejo», en una paraula, amb prat i devesa de veïns i amb una bona caixa curulla de monedas de plata.

«Concejo» que és ciutat, vila, poble o llogarret, de molts veïns o pocs, és potser l'única expressió política de què té plena consciència el poble castellà. El castellà se sent veí del seu poble, és d'Alba, d'Orgaz, de Murias, de Paredes o de Ríoseco, però mai estén la seva activitat espiritual més enllà del casc urbà on neix o on pastura. No sent la província, i menys la regió, ni tampoc la comarca natural, encara quo és en camí d'anar-la sentint. Nostre regionalisme, és. doncs, «concejismo», municipalisme. Arribem a l'agregació circumstancial, mai a la fusió íntima, i no hi ha més cera que aquesta que crema a la ideologia castellana, ni tot el restant de què es parla o de què s'escriu és gran cosa més que l'ombra d'una fantasma o del ressò d'una veu que ja naix morta del ventre que la parí. L'altre regionalisme, el del programa de les Diputacions provincials, el de la cridòria de les Lligues Agràries de les quals fan mans i mànegues els administradors dels amos absents, i el castellà vell del pintoresc senyor Carretero, atacat d'una mania persecutòria, i el vallisoletà dels poetes deliqüescents que es daleixen per un petit destí a Madrid que els proporcioni el bon cor d'en Santiago Alba, i el lleonès dels republicans de «La Democràcia», son uns regionalismes enginyerils, metafòrics i antimerinistes, respectivament. Fet i fet, «nada entre dos platos», amb tot el respecte degut als plats, quan son de pisa de fina qualitat. Municipalisme, municipalisme i municipalisme: res més ni res menys. No som ciutadans; en tenim prou amb ser veïns d'una localitat. Amb els més pròxims ja estem a mata-degolla pel pretext més lleu o sense pretext si cal No ens relacionem i som hermètics. El de Toro no sap el que potser passa a Béjar, i el de Béjar té una noció molt remota del que esdevé a Aranda de Duero. Aquesta és la veritat. Municipalisme i unió de municipis és el crit de la Junta Santa d'Avila, de primer, i de les comunitats després. Castella és això històricament: una quantitat de municipis, uns interessos municipals que topen i entrecreuen en unes Corts comunes, una legislació de furs per a veïns.' Mai no hi ha castellans, sinó burgalesos, salamantins, avilesos o segovians. Tenen més o menys privilegis, segons gaudeixin de l'estada més o menys llarga de la realesa, en llur recinte. L'ódi al foraster és tant de Castella, com el de Roma al barbre o al vençut.

El sentiment del «Concejo» és una derivació immediata del sentiment de la térra. El veïnatge dóna dret, sobretot entre camperols, a gaudir o usufructuar certs beneficis materials. Hi ha pobles on es donen pasturatges gratuïts per als ramats dels propietaris i cabalés indígenes. A d'altres, hi ha terres, prats d'aprofitament comú. El veïnatge dóna als pobres, almenys, dret a l'assistència mèdica o facultativa gratuïta. Sempre, aquest sentiment del «Concejo» és real i efectiu perquè és material i tangible, per tal com és familiar, afectiu i limitat. Quan el poble diu «Concejo» demana apotecari i metge; demana pasturatges i aprofitaments i demana terra lliure. Tot l'indigenisme descansa en aquest suport del sentiment municipal. Com expressió política el municipi, immediatament lligat a la natural i civil expressió de la família, avui es va desviant del seu endegament natural i aliant-se instintivament amb les exigències espirituals dels temps nous. Municipalisme a Castella vol dir també pa a bon preu i terra lliure.

Ja ho anirem veient a poc a poc.

III. El mar

«Castella no pot veure el mar» –ha escrit el nostre subtilíssim i estimat amic i mestre Azorín–. «Castella no pot veure el mar». Oblidava, al clar i límpid escriptor (el primer que ens donà una sensació artística del planell que després hem anat rectificant, ampliant i polint poc a poquet) les costes cantàbriques i santanderines i àdhuc les asturianes, pulmons i respiradors d'ambdues Castelles, d'aquest planell on no hi ha cims ni ressalts, perquè tot és ressalt i cim. Vostre Maragall, pensant en terres de terra endins, manifestava, en aquest sentit, una esperança; l'esperança que vosaltres, els catalans, ens parlaríeu, a nosaltres els camperols de la vèrtebra central de les Espanyes, de les preocupacions marines:

«Parleu-li del mar, germans!»

El mar, Castella! Parlem del mar, germans! Tot l'esperit castellà, tot ell, procedeix del mar i ha vingut pel mar. Pensem en qualsevulga cosa per a fortificar aquesta asseveració i despullar-la d'un caràcter que qualsevulga maliciós podria dir-ne líric. Sento les «serranilles» del Marquès de Santillana, «el rumor de las fuentes en invierno bien frias y en veranos calientes» del sensual Arxiprest; les raons de la vella mare Celestina quan desperta el doler de la dolça Melibae pels encisos d'aquell pobre minyó de Salamanca que hagué per nom Calixt. I bé, doncs: aquests ecos, tan castellans, tan castellaníssims, són ecos d'Itàlia i del Renaixement.

Salamanca no es concebeix sense les tombes a l'aire de San Domènico i de Sant Francesc, de Bolonia, on descansen els ossos dels glossadors Silicio [sic] i Nemoroso neixen a la riba del Danubi, del Po, del Rose, per a sentir llurs primers plors amorosos a la vora del Tormes. Els nostres, «pícaros» riuen després' d'haver-se atipat a tot plaer a les estovalles de tes posades de Nàpols, de la Toscana i de la Romànya. Els coquins de l'hostal es deliten llegint amors, i adulteris florentins. Joan de la Encina va i vé de Roma. Fr. Lluís de Leon veu a Crist a través de Virgili i d'Horaci. Sant Joan de la Creu coneix bards foraster i llegeix Descartes en la llengua original. Què més? Itàlia, Grècia, França, no es relacionen amb Castella a través de la faixa de costa catalana? Les espigues no es mouen sempre gronxades pels vents litorals? La sotragada que ve de la perifèria no sacseja a tothora la nyonya de la plana?

El mar, Castella: no es tracta de termes antagònics, estimat «Azorín»; Castella és filla del mar; el mar és pare i no padrastre de Castella. Sense el mar no tindríem tradició, ni tampoc tindríem història. Sense el mar, però, potser tampoc tindríem errors ni vergonyes. Es una frase purament sense contingut, una frase literària, per al «Blanco y Negro», aquesta frase de «Castella no pot veu re el mar».

Ara mateix rebrota el vell aventurerisme que ens dugueren els Austries a les entranyes, com més va més despertes, de la raça. Així com ens van treient, de la terra tancada i repartida en deveses, ens anem replegant cap al mar. Castella està pendent de la lletra que arriba de Buenos Aires, ,de Mèxic o de Nova York. Tots emigren, tots se'n van. La visió del mar amplia els horitzons de vida futura en els camperols. Hom viu del treball transatlàntic dels fills. El diner de les rendes surt. en la proporció d'un noranta per cent, per als senyorets de Madrid que parlen malament de Catalunya i que aplaudeixen i atien les buidors d'un Royo Villanova. A Castella torna, en canvi, el cinquanta per cent de l'import del treball dels seus fills que s'escampen pel món. Els vaixells són portadors del benestar relatiu de la pobrissalla a mig jubilar.

Castella pot veure el mar. I el veu. El veu a Santander, el veu a Gijón, el veu a Llanes, el ven a Santillana. Mercès al mar, respira i es va eixamplant Castella. I en el mar, finalment, tenim posats, enguany, els ulls de l'esperança.

Ja tornarem a parlar del mar, germans!

La Veu de Catalunya (11-07-1919)

Tierras de Castilla II y III (TRADUCCIÓN)

II. El Concejo

He aquí el único sentimiento de honda raíz espiritual de la planicie: el sentimiento del «Concejo». Pero del «Concejo» libre sin trabas centralistas, sin papel sellado, sin dilaciones negligentes y empalagosas, sin abogados, sin curia, y aun –aunque tan respetables funcionarios crean lo contrario, que muchas veces fingen sólo que lo creen– sin secretarios municipales.

«Concejo» con cajas municipales, con «pósitos» del terruño, con vara de regidor y firmas flamantes de síndico solemne; «Concejo» a la antigua guisa de León y de Castilla, «concejo», en una palabra, con prado y dehesa de vecinos y con una buena caja llena de monedas de plata.

«Concejo» que es ciudad, villa, pueblo o aldea, de muchos vecinos o pocos, es tal vez la única expresión política de la que tiene plena conciencia el pueblo castellano. El castellano se siente vecino de su pueblo, es de Alba, de Órgaz, de Murias, de Paredes o de Ríoseco, pero nunca extiende su actividad espiritual más allá del casco urbano donde nace o donde pasta. No siente la provincia, y menos la región, ni tampoco la comarca natural, aunque está en camino de irlo sintiendo. Nuestro regionalismo, es, pues, «concejismo», municipalismo. Llegamos a la agregación circunstancial, nunca a la fusión íntima, y no hay más cera que la que arde en la ideología castellana, ni todo lo restante de que se habla o de que se escribe es otra cosa más que la sombra de un fantasma o del eco de una voz que ya nace muerta del vientre que la parió. El otro regionalismo, el del programa de las Diputaciones provinciales, el del griterío de las Ligas Agrarias en las que meten mano y manejan los administradores de los dueños ausentes, y el castellano viejo del pintoresco señor Carretero, atacado de una manía persecutoria, y el vallisoletano de los poetas delicuescentes que se relamen por un pequeño destino en Madrid que les proporcione el buen corazón de Santiago Alba, y el leonés de los republicanos de «La Democracia», son unos regionalismos ingenieriles, metafóricos y antimerinistas, respectivamente. En definitiva, «nada entre dos platos», con todo el respeto debido a los platos, cuando son de loza de fina calidad. Municipalismo, municipalismo y municipalismo: nada más ni nada menos. No somos ciudadanos; nos basta con ser vecinos de una localidad. Con los más próximos ya estamos a degüello por el pretexto más insignificante o sin pretexto si es necesario No nos relacionamos y somos herméticos. El de Toro no sabe lo que quizás pasa en Béjar, y el de Béjar tiene una noción muy remota de lo que acontece en Aranda de Duero. Esta es la verdad. Municipalismo y unión de municipios es el grito de la Junta Santa de Ávila, primeramente, y de las comunidades después. Castilla es esto históricamente: una cantidad de municipios, unos intereses municipales que chocan y entrecruzan en unas Cortes comunes, una legislación de fueros para vecinos. Nunca hay castellanos, sino burgaleses, salamantinos, abulenses o segovianos. Tienen más o menos privilegios, según disfruten de la estancia más o menos larga de la realeza, en su localidad. El odio al forastero es tanto de Castilla, como el de Roma al bárbaro o al vencido.

El sentimiento del «Concejo» es una derivación inmediata del sentimiento de la tierra. La vecindad da derecho, sobre todo entre campesinos, a disfrutar o usufructuar ciertos beneficios materiales. Hay pueblos donde se dan pastizales gratuitos para los rebaños de los propietarios y todos los vecinos. En otros, hay tierras, prados de aprovechamiento común. La vecindad da a los pobres, al menos, derecho a la asistencia médica o facultativa gratuita. Siempre, este sentimiento del «Concejo» es real y efectivo porque es material y tangible, por cuanto es familiar, afectivo y limitado. Cuando el pueblo dice «Concejo» pide boticario y médico; pide pastizales y aprovechamientos y pide tierra libre. Todo lo oriundo descansa en este soporte del sentimiento municipal. Como expresión política el municipio, inmediatamente ligado a la natural y civil expresión de la familia, hoy se va desviando de su encauzamiento natural y aliándose instintivamente con las exigencias espirituales de los tiempos nuevos. Municipalismo en Castilla quiere decir también pan a buen precio y tierra libre.

Ya lo iremos viendo poco a poco.

III. El mar

«Castilla no puede ver el mar» –ha escrito nuestro sutilísimo y querido amigo y maestro Azorín–. «Castilla no puede ver el mar». Olvidaba, el claro y límpido escritor (el primero que nos dio una sensación artística del llano que luego hemos ido rectificando, ampliando y puliendo poco a poco), las costas cantábricas y santanderinas y aun las asturianas, pulmones y respiraderos de ambas Castillas, de este llano donde no hay cumbres ni resaltes, porque todo es resalte y cima. Vuestro Maragall, pensando en tierras del interior, manifestaba, en este sentido, una esperanza; la esperanza de que vosotros, los catalanes, nos hablaríais, a nosotros los campesinos de la vértebra central de las Españas, de las preocupaciones marinas:

«¡Habladle del mar, hermanos!»

¡El mar, Castilla! ¡Hablemos del mar, hermanos! Todo el espíritu castellano, todo él, procede del mar y ha venido por el mar. Pensemos en cualquier cosa para asentar esta aseveración y despojarla de un carácter que cualquier malicioso podría llamar lírico. Siento las «serranillas» del Marqués de Santillana, «el rumor de las fuentes en invierno bien frías y en veranos calientes» del sensual Arcipreste; las razones de la vieja madre Celestina cuando despierta el dolor de la dulce Melibea por los hechizos de aquel pobre muchacho de Salamanca que tuvo por nombre Calixto. Y bueno, pues: estos ecos, tan castellanos, tan castellanísimos, son ecos de Italia y del Renacimiento.

Salamanca no se concibe sin las tumbas al aire de San Domenico y de San Francisco, de Bolonia, donde descansan los huesos de los glosadores. Silicio [sic] y Nemoroso nacen en la orilla del Danubio, del Po, del Rose, para sentir sus primeros llantos amorosos a orillas del Tormes. Nuestros, «pícaros» ríen después de haberse hartado a sus anchas en los manteles de las posadas de Nápoles, de la Toscana y de la Romaña. Los coquins del hostal se deleitan leyendo amores, y adulterios florentinos. Juan de la Encina va y viene de Roma. Fr. Luis de León ve a Cristo a través de Virgilio y de Horacio. San Juan de la Cruz conoce bardos forasteros y lee a Descartes en la lengua original. ¿Qué más? ¿Italia, Grecia, Francia, no se relacionan con Castilla a través de la faja de costa catalana? ¿Las espigas no

se mueven siempre mecidas por los vientos litorales? ¿La sacudida que viene de la periferia no sacude a todas horas la modorra de la llanura?

El mar, Castilla: no se trata de términos antagónicos, querido «Azorín»; Castilla es hija del mar; el mar es padre y no padrastro de Castilla. Sin el mar no tendríamos tradición, ni tampoco tendríamos historia. Sin el mar, quizá tampoco tendríamos errores ni vergüenzas. Es una frase puramente sin contenido, una frase literaria, para el «Blanco y Negro», esta frase de «Castilla no puede ver el mar».

Ahora mismo rebrota el viejo aventurerismo que nos llevaron los Austrias a las entrañas, cada vez más despiertas, de la raza. Así como nos van sacando, de la tierra acotada y repartida en dehesas, nos vamos replegando hacia el mar. Castilla está pendiente de la letra que llega de Buenos Aires, de México o de Nueva York. Todos emigran, todos se van. La visión del mar amplía los horizontes de vida futura en el campesinado. Se vive del trabajo transatlántico de los hijos. El dinero de las rentas sale, en la proporción de un noventa por ciento, para los señoritos de Madrid que hablan mal de Cataluña y que aplauden y atizan la vacuidad de un Royo Villanova[306]. En Castilla vuelve, en cambio, el cincuenta por ciento del importe del trabajo de sus hijos que se esparcen por el mundo. Los barcos son portadores del bienestar relativo de la pobreza a medio jubilar.

Castilla puede ver el mar. Y lo ve. Lo ve en Santander, lo ve en Gijón, lo ve en Llanes, lo ve en Santillana, Gracias al mar, respira y se va ensanchando Castilla. Y en el mar, finalmente, tenemos puestos, hoy en día, los ojos de la esperanza.

¡Ya volveremos a hablar del mar, hermanos!

La Veu de Catalunya (11-07-1919)

Terres de Castella IV

IV. La dona de Castella

Ha de permetre'm, senyor Director, que de tant en tant reposi de les inquietuds d'una labor literària constant.

D'ençà d'uns mesos el meu esperit no troba repòs. Després d'una intensa campanya electoral contra els cacics i acaparadors de la «meseta», les atencions de «El Sol» em permeten descansar algun temps per aquests pobles i ciutats de Castella. No hi ha manera de poder pensar assossegadament. En aquestes fondetes, en aquestes diligències, en aquests casinets, en els pobles petits, l'atenció es dissipa en desmesura. Serveixi, doncs, a la bestreta aquesta excusa per als llegidors que amablement em demanen que continuï la col laboració damunt les pàgines de La Veu.

Havem ja parlat de la terra, havem parlat ja del «Concejo» i de la mar. Però hi ha encara un altre factor molt interessant per estudiar la psicologia actual de l'ànima castellana. Aquest facto és, precisament, la dona. Llegia fa pocs dies en el roquisser de Pesquerela de Piedrahita aquelles pàgines tan formoses de don Josep Somoza sobre les seves lluites polítiques a la ciutat, quan les nostres àvies usaven «polissó» i els nostres avis duien «traveta» a les calces.

El sentiment de respecte i amor a la dona palpitava fortament en aquelles pàgines d'una ànima exquisida. La musa no s'hi descobria, sinó que hi era oculta. Aquell pobre home, no podent perpetuar-se en fills de carn, deixava els fruits perennals de la jovenesa de son esperit per a delectació de les generacions futures.

Y aquesta dona, a la qual mai no anomena don Josep Somoza, el solitari de Piedrahita, se m'afigurava a mi que era la nova Dulcinea que els Quixots del segle passat llegaren al present. Antonieta Quijano, la neboda ridícula de don Quixote, la devota melindrosa que porta hàbit del Carme per passar amb un sol vestit totes les temporades, la gateta que esgarrapa el cor dels homes per anar-los eixalant a poc a poc, va perdent naturalment terreny en els actuals moments tràgics per a la vida castellana. Es clar que la bona Antonieta encara es marida. Que infanta cada any, i a lo millor un parell de bessons, que porta molt bé els comptes del marit i que és prou capaç de prescindir de dues mil pessetes quan aquest es presenta diputat provincial per Vitigudino o per Grijota. Encara els homes de la meva Castella pequen força de batxillers i admiren més als homes raonables que als cavallerívols. I és natural que sigui d'aquesta manera, car la vida és molt feixuga i no poden tolerar-se certes rebel lions contra el pa, si no es té un esperit molt fort i molt atent a totes les palpitacions del moment.

A Castella no existeix ja –fora d'excepcions determinades– la dona aristocràtica. Es trasllada a Madrid per a lluir-hi el seu escot i, de vegades, més que el seu escot, en els cursileries del Palace o

[306] De él y de su anticatalanismo desaforado hablará años más tarde en un retrato publicado en la serie "Figuras del Parlamento" de *Mundo Gráfico* (01-12-1931) (O.C. Tomo II, página 176).

del Ritz. La dona de la classe mitja és precisament l'Antonieta Quijano del conte d'En Cervantes i del nostre propi conte. L'ànima camperola, no res menys, posseeix certs exemplars curiosos, l'afortunada troballa dels quals m'ha estat oferta corrent per aquests mons de Déu.

Fa molt poc temps que jo explicava amb una gran angunia al senyor Cambó que no trobava joves enlloc. Tots són raonables, massa raonables, potser. No pensen sinó en l'escalafó. Juguen a la timba, passegen «galgos» les tardes caloroses per la devesa de la família, parlen de dones amb un to impertinent i agressiu que gela el cor, llegeixen a Felipe Trigo i, de tant en tant, quan es tracta d'alguna xicota acabalada, pensen en el matrimoni, sense renunciar a veure aqueixa abominable Chelito, que va corrompent la puresa de tota la jovenalla castellana: i és que no hi ha joves, perquè tampoc hi ha noies. Aquestes són nades per ser monjes o ésser promeses, mai per ésser dones. Nomes els interessa la frivolitat o el simple càlcul. I a Castella no s'escapen tantes noies com a Catalunya, com a Galicia o com a Bascongades. Que no s'esveri el llegidor i segueixi atentement la fi del meu discurs. No s'escapen, per la senzilla raó que no necessiten escapar-se. Les pobretes igual que ells, han estat castrades i no han sentit mai dintre llurs entranyes el vagit del fill futur que ha de redimir-les de llur ensopiment.

A Castella no se somnia; a Castella no s'enraona, a Castella, naturalment, tampoc s'odia. Totes les coses es mouen amb un ritme que mai no ha estat avençat. Aquí, a Palència, on escric, em refereixen un fet antic d'aquesta ciutat, que constitueix l'únic moviment passional produït a la «meseta». Veu's aquí que un noi es declara a una noia. La noia el carabassejà. Als pocs dies, l'home s'envania entre donotes de lloguer d'haver gaudit dels favors íntims d'aquella honrada damisel la. Cosa que era falsa, perquè la presumpció, i no l'amor, l'havia embolicat en aquella empresa; i suc ceí un dia que la noia li escrigué una lletra, citant-lo una tarda a una casa de mala anomenada. L'afavorit ensenyà el document a les tardes dels cafès, convidant els amics a presenciar l'aventura d'amagat. A l'hora convinguda arribà en efecte una dama tota tapada, sinó que era la germana del «tenorio» palenciá, parent espiritual d'aquell Ruiz de Velasco que seduí amb engany la dolça tornera Margarida al convent de Santa Clara, sense recordar el malaurat que encara al món hi ha verges que emparen els nostres somnis millors.

Castella no necessita encara estadistes; no necessita tampoc polítics, escriptors, ni homes assenyats que li parlin d'estadístiques ni de xifres. Necessita només poetes i agitadors del cor, perquè l'estany no mourà mai les seves aigües quietes i estancades si no és a l'embat d'una fona que agiti la llisor de la superfície. No hi ha més que un sol credo per a la meva Castella en aquestes moments de tants i tant greus perills. Em refereixo a les cartes que a Maria adreçava, en les seves hores de tristesa, aquell somniador, home de negocis també, que es digué Vicens Wenceslau Querol. Amb aquestes paraules vull acabar, avui per avui, aquestes impressions de tristesa, recollides en un dur viatge, durant el qual no he trobat encara cap ànima de jove que sàpiga vibrar, el que se'n diu vibrar. Diuen així els versos del poeta:

Siempre el poeta ama
algo ajeno a esta vida transitoria;
tu olvidarás la dicha por la fama;
la rival de mi amor llámase Gloria.
La Gloria? –exclamé entonces–;
Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
mi amor más duradero que los bronces,
en versos más eternos que el granito

A Castella no se sap encara allo que digué el Dant, en separar-se de la seva Beatriu a la Glória: que l'amor és l'únic impuls que mou el sol i les altres estrelles...[307]

La Veu de Catalunya (06-09-1919)

Tierras de Castilla IV (TRADUCCIÓN)

IV. La mujer de Castilla

Debe permitirme, señor Director, que de vez en cuando repose de las inquietudes de una labor literaria constante.

[307] Dante Alighieri. *La divina comedia*. "Infierno".

De unos meses acá mi espíritu no encuentra reposo. Tras una intensa campaña electoral contra los caciques y acaparadores de la «meseta», las atenciones de «El Sol» me permiten descansar algún tiempo por estos pueblos y ciudades de Castilla. No hay manera de poder pensar sosegadamente. En estas fonducas, en estas diligencias, en estos casinejos, en los pueblos pequeños, la atención se dispensa con desmesura. Sirva, pues, por adelantado esta excusa para los lectores que amablemente me piden que continúe con la colaboración en las páginas de La Veu.

Hemos ya hablado de la tierra, hemos hablado ya del «Concejo» y del mar. Pero hay aún otro asunto muy interesante para estudiar, la psicología actual del alma castellana. Este hecho es, precisamente, la mujer. Leía hace pocos días en el roquedal de la Pesqueruela de Piedrahíta aquellas páginas tan hermosas de don José Somoza sobre sus luchas políticas en la ciudad, cuando nuestras abuelas usaban «polisón» y nuestros abuelos llevaban «trabilla» en las calzas.

El sentimiento de respeto y amor a la mujer palpitaba fuertemente en aquellas páginas de un alma exquisita. La musa no se descubría, sino que estaba oculta. Aquel pobre hombre, no pudiendo perpetuarse en hijos de la carne, dejaba los frutos perennes de la juventud de su espíritu para deleite de las generaciones futuras.

Y esta mujer, a la que nunca nombra don José Somoza, el solitario de Piedrahíta, me la imagino como una nueva Dulcinea que los Quijotes del siglo pasado legaron al presente. Antoñita Quijano, la sobrina ridícula de don Quijote, la devota melindrosa que lleva hábito del Carmen para pasar con un solo vestido todas las temporadas, la gatita que araña el corazón de los hombres para irlos tallando poco a poco, va perdiendo naturalmente terreno en los actuales momentos trágicos de la vida castellana. Claro que la buena Antoñita aún se casa. Que pare cada año, y a lo mejor un par de gemelos; que lleva muy bien las cuentas del marido y que es lo suficientemente capaz de prescindir de dos mil pesetas cuando este se presenta a diputado provincial por Vitigudino o por Grijota. Aunque los hombres de mi Castilla pecan más de bachilleres y admiran más a los hombres razonables que los caballeros. Y es natural que sea así, pues la vida es muy dura y no pueden tolerarse ciertas rebeldías contra el pan, si no se tiene un espíritu muy fuerte y muy atento a todas las palpitaciones del momento.

En Castilla no existe ya –fuera de contadas excepciones– la mujer aristocrática. Se traslada a Madrid para lucir en ella su escote y, a veces, más que su escote, en las cursilerías del Palace o del Ritz. La mujer de la clase media es precisamente la Antoñita Quijano del cuento de Cervantes y de nuestro propio cuento. El alma campesina, igualmente, posee ciertos ejemplares curiosos, el afortunado hallazgo de los cuales me ha sido ofrecido frecuente por estos mundos de Dios.

Hace poco tiempo que yo explicaba angustiado al señor Cambó que no encontraba jóvenes por ninguna parte. Todos son razonables, demasiado razonables, tal vez. No piensan sino en el escalafón. Juegan a la timba, pasean «galgos» las tardes calurosas por la dehesa de la familia, hablan de mujeres con un tono impertinente y agresivo que hiela el corazón, leen a Felipe Trigo y, de vez en cuando, cuando se trata de alguna novia acaudalada, piensan en el matrimonio, sin renunciar a ver a esa abominable Chelito, que va corrompiendo la pureza de toda la juventud castellana: y es que no hay jóvenes, porque tampoco hay chicas. Estas han nacido para ser monjas o ser prometidas, nunca para ser mujeres. Solamente les interesa la frivolidad o el simple cálculo. Y en Castilla no se escapan tantas chicas como en Cataluña, como en Galicia o como en Vascongadas. Que no se alarme el lector y siga atentamente hasta el fin de mi discurso. No se escapan, por la sencilla razón de que no necesitan escaparse. Las pobrecitas igual que ellos, han sido castradas y no han sentido nunca dentro de sus entrañas el vagido del hijo futuro que ha de redimirlas de su aletargamiento.

En Castilla no se sueña; en Castilla no se razona, en Castilla, naturalmente, tampoco se odia. Todas las cosas se mueven con un ritmo que nunca ha estado a la vanguardia. Esto, en Palencia, donde escribo, me refieren un hecho antiguo de esta ciudad, que constituye el único movimiento pasional producido en la «meseta». He aquí que un chico se declara a una chica. La chica le da calabazas al instante. A los pocos días, el hombre se pavonea entre mujerzuelas de alquiler de haber disfrutado de los favores íntimos de aquella honrada damisela. Cosa que era falsa, porque la presunción, y no el amor, la había enredado en aquella empresa; y sucedió un día que la joven le escribió una carta, citándolo una tarde en una casa de mala reputación. El favorecido enseñó el documento por las tardes en los cafés, invitando a amigos a presenciar la aventura a escondidas. A la hora convenida llegó en efecto una dama toda tapada, pero era la hermana del «tenorio» palentino, pariente espiritual de aquel Ruiz de Velasco que sedujo con engaño a la dulce tornera Margarita en el convento de Santa Clara, sin recordar el desgraciado que todavía en el mundo hay vírgenes que amparan nuestros sueños mejores.

Castilla no necesita aún estadistas; no necesita tampoco políticos, escritores, ni hombres sensatos que le hablen de estadísticas ni de cifras. Necesita sólo poetas y agitadores del corazón, porque el estanque no moverá nunca sus aguas quietas y estancadas si no es al embate de una honda que agite la tersura de la superficie. No hay más que un solo credo para mi Castilla en estos momentos de tantos y tan graves peligros. Me refiero a las cartas que a María dirigía, en sus horas de tristeza, aquel soñador, hombre de negocios también, que se llamó Vicente Wenceslao Querol. Con estas palabras quiero acabar, hoy por hoy, estas impresiones de tristeza, recogidas en un duro viaje, durante el cual no he encontrado todavía ningún alma de joven que sepa vibrar, lo que se dice vibrar. Dicen así los versos del poeta:

Siempre el poeta ama
algo ajeno a esta vida transitoria;
tu olvidarás la dicha por la fama;
la rival de mi amor llámase Gloria.
La Gloria? –exclamé entonces–;
Gloria fuera, mi bien, dejar escrito
mi amor más duradero que los bronces,
en versos más eternos que el granito

En Castilla no se sabe aún aquello que dijo el Dante, al separarse de su Beatriz en la Gloria: que el amor es el único impulso que mueve el sol y las demás estrellas ...

La Veu de Catalunya (06-09-1919)

Regionalismo burgalés

Hay en Burgos un sector de opinión, bastante numeroso y nutrido, compuesto en su mayor parte por elementos indígenas de la industria y del comercio, que siguen ciegamente las inspiraciones del ex diputado a Cortes Sr. Zumárraga. Estos elementos se llaman –yo no acierto a saber por qué– regionalistas. Su regionalismo, según el órgano público de expresión que tienen en la prensa, *La Voz de Castilla,* protesta contra el ciervismo burgalés que simboliza la no muy robusta mentalidad del Sr. Aparicio y contra el bilbainismo triunfante que otorga los sufragios en un distrito de la provincia al señor marqués, o conde, o duque, o lo que sea, de Arriluce.

El combate al ciervismo está siempre bien; D. Juan es mucho toro; a mí me hace su política el efecto de un continuo topetazo de un carnero que se empeña en romperse los cuernos contra un muro de granito. Lo de ir contra el bilbainismo, ya no está tan bien. En nombre de Castilla, es preciso amparar al forastero contra el indígena, redimir los votos gañanescos a fuerza de cuartos y acabar con esa compra vitalicia del sufragio que aprovechan para sus truhanerías nuestros caciques regionales.

El regionalismo burgalés si no tiene, a lo que presumo, un contenido ideológico, posee, en cambio, una diafanidad y una pureza de conducta que merece ser alabada en estas notas. A Zumárraga y a los suyos le combaten los diputadillos provinciales porque fue, siendo diputado por Burgos, a la Asamblea de Parlamentarios. Le persiguen los señoritos «bien», porque los señoritos «bien» dejan de serlo cuando se trata de dar caza a algún destino de plantilla. Le persiguen los curas porque toda esa monserga de la unidad de la patria les sigue perturbando la digestión. Le combaten, en fin, los políticos profesionales porque han oteado en el *soi-disant* regionalismo burgalés una fuerza futura que puede dar al traste con todos los artificios politiqueros.

El regionalismo de Burgos significa sencillamente la invasión de elementos sanos y honrados en la política de la capital castellana. Peca, acaso, de un exceso de ingenuidad. Mantiene buenas relaciones, aunque poco frecuentes, con Cataluña. No usa sombrero de copa, ni recuerda demasiado al Cid, ni abusa demasiado del tópico ese de las Navas de Tolosa. Anda reñido con Alba, con Merino, con Calderón y con Aparicio, y sueña en una España viva, en medio de esta paramera donde todo está muerto y sepultado.

España (18-09-1919)

Terres de Castella VI

VI. El paisatge

A Castella no hi ha un paisatge general, uniforme i sintètic. S'ha fantasiat molt sobre el particular: Azorín i Baroja són culpables d'haver influït damunt del públic afirmant que la planura es una immensa cosa d'un color, grisenc i palla, oberta a la crua llum solar, «bruna com l'hàbit dels nostres místics» i uniforme com un terrible erm infinit. «La voluntad», de Josep Martínez Ruiz i «Camino de perfección», de Pío Baroja, són els dos llibres moderns que ens donen una impressió desolada del paisatge de Castella. Els dos il lustres escriptors recorren, junts o simultàniament, les terres de Toledo –Illescas, Talavera. Torrijos, Herencia, Orgaz– i escriuen una impressió molt falsa i molt parcial de la planura. Llegint atentament aquests dos escriptors, s'adverteix que Azorín coneix millor Castella pels llibres que per la realitat actual, i que Pió Baroja careix d'aquella pau objectiva que és la qualitat mes preciosa de tot paisatgista serè.

No hi ha un paisatge de Castella, com no hi ha un paisatge de Catalunya, ni d'enlloc. Hi ha, sí, molts paisatges parcials, que no concerten ni lliguen entre ells i que no poden, per tant, sotmetre's a una síntesi general que els comprengui i aplegui tots. No hi ha, tan sols, un paisatge d'una comarca, ni d'una regió natural. Les coses de la realitat són concretes sempre, úniques i dissemblants, i no é s possible altra sensació honradament estètica que no la d'un paisatge concret en un moment determinat, tota altra cosa és perdre llastimosament el temps. I així com Barcelona, per exemple, té visions tan dissemblants com les muntanyes de Prats de Llussanès i de Vich, i les costeres de Sitges i de Vilanova i Geltrú, i ¿es agrícoles del Penedès, i les del pla, i 1es d'Arenys, així també Zamora és erm a Alcañices, i vall i riu a Valorio, i encís natural amb llacs encisadors a Sanabria. I a Salamanca es dóna l'alta planicia de Peñaranda, i la serra de Candelario, i la conca del Duero a Vitigudino. I a Palència, on escric, al costat mateix de la ciutat, cinglant-la, abraçant-la mimosament, hi ha els joncs i els pollancres de Carrión a la vora del paratge d'Allendebrio i el cim pelat i sec que domi ai la muntanya del «Santo Cristo del Otero».

Castella es vària i complexa, i no hi ha cap factor comú estètic que resumeixi. completi i determini el seu paisatge. Ara, que la recorro de llarg i de través, en santa pelegrinació devota, em faig cabal d'aquesta veritat que temps ha ja venia sospitant insistentment. Es pot parlar, repeteixo, del paisatge gallec, però mai del paisatge castellà. No hi ha manera honrada de generalitzar. El que passa és que cada escriptor acostuma a tenir davant dels ulls del cor, quan escriu, el paisatge de la infantesa que li obrí els primers finestrals de la sensibilitat a la contemplació de la terra. Exemples: Macias Picavea redueix la seva visió, gairebé sempre, a Palència i Valladolid; Unamuno, a les terres de Salamanca, on viu; Gabriel i Galàn, al poblet extremeny de Guijo de Granadilla; Lluís Maldonado, a les deveses salamanquines que freqüenta; jo mateix, quan escric quelcom inconcret, utilitzo elements d'Alba de Tormes, elements d'aquella contrada delitosa del «sacro río» que mig encisà a Garcilaso, la llum del qual il luminà la meva passada adolescència.

Castella no té un paisatge comú, com no té una psicologia comú, com no té una aspiració comú, com no té, tampoc, un passat comú. Castella, volguts catalans, «no és», encara que fou i encara que serà. Fou, primer que vosaltres, victima de les seves pròpies energies, i serà. amb vosaltres, –molt després, ai! que vosaltres– propulsora de les energies i de les aspiracions de les races ibèriques. «Castella mare» la nomenen enguany els poetes insípids que la descriuen sense estimar-la. Jo la sento millor com a filla, jo somio més el que ha de venir que el que ja ha passat, jo la prefereixo noia a vella presumida i moridora. I així la veig des d'aquest recó palencià de quietud, així la veig, com si nosaltres, els jovençans, fóssim els encarregats per Déu de nodrir-la, d'educar-la i de besar-la. Castella mare, no. Castella filla. Castella nena. Castella que comença ara de barbotejar la seva paraula interior. La contemplació dels seus paisatges donen a l'esperit aqueixa serenitat, aqueixa tendresa, aqueixa puresa, aqueixa fe, aqueixa esperança que exigeix al cor, quan comença d'alimentar els seus somnis, amb els peus a la terra i els ulls al cel. ¡Castella, filla meva, filla nostra, filla de tots, filla de vosaltres també, nobles catalans, en la trista comunitat de la desgraciat!

La Veu de Catalunya (18-09-1919)

Tierras de Castilla VI (TRADUCCIÓN)

VI. El paisaje

En Castilla no hay un paisaje general, uniforme y sintético, Se ha fantaseado mucho sobre el particular: Azorín y Baroja son los culpables de haber influido sobre el público afirmando que la estepa es una inmensa cosa de un color grisáceo y pajizo, abierta a la cruda luz solar, «morena como el hábito de nuestros místicos» y uniforme como un terrible baldío infinito. «La voluntad», de José Martínez Ruiz y «Camino de perfección», de Pío Baroja, son los dos libros modernos que dan de ello una impresión desolada del paisaje de Catilla. Los dos ilustres escritores recorren, juntos o simultáneamente, las tierras de Toledo –Illescas, Talavera, Torrijos, Herencia, Orgaz– y escriben una impresión muy falsa y muy parcial de la meseta. Leyendo atentamente a estos dos escritores, se advierte que Azorín conoce mejor Castilla por los libros que por la realidad actual, y que Pío Baroja carece de esa paz objetiva que es la cualidad más preciosa de cualquier paisajista serio.

No hay un paisaje de Castilla, como no hay un paisaje de Cataluña, ni de cualquier otro lugar. Hay, sí, muchos paisajes parciales, que no conciertan ni casan entre sí y que no pueden, por tanto, someterse a una síntesis general que los comprenda y reúna a todos. No hay, ni siquiera, un paisaje de una comarca, ni de una región natural. Las cosas de la realidad son concretas siempre, únicas y disímiles, y no es posible otra sensación honradamente estética si no la de un paisaje concreto en un

momento determinado, toda otra cosa es perder lastimosamente el tiempo. Y así como Barcelona, por ejemplo, tiene visiones tan dispares como las montañas de Prats de Llussanès y de Vich, y las costas de Sitges y Vilanova y Geltrú, y las agrícolas del Penedès, y las del llano, y las de Arenys, así también Zamora es yermo en Alcañices, y valle y río en Valorio, y hechizo natural en los encantadores lagos en Sanabria. Y en Salamanca se da la alta planicie de Peñaranda, y la sierra de Candelario, y la cuenca del Duero en Vitigudino. Y en Palencia, donde escribo, al lado de la ciudad, ciñéndola, abrazándola mimosamente, están los juncos y los chopos de Carrión al borde del paraje de Allendelrío y la cima pelada y seca que domina la montaña del «Santo Cristo del Otero».

Castilla es varia y compleja, y no hay ningún factor común estético que compendie, complete y determine su paisaje. Ahora, que la recorro de largo y de través, en santa peregrinación devota, caigo en la cuenta de esta verdad que tiempo ha ya venía sospechando insistentemente. Se puede hablar, repito, del paisaje gallego, pero nunca del paisaje castellano. No hay manera honrada de generalizar. Lo que pasa es que cada escritor suele tener ante los ojos del corazón, cuando escribe, el paisaje de la infancia que le abrió las primeras ventanas de la sensibilidad a la contemplación de la tierra. Ejemplos: Macías Picavea reduce su visión, casi siempre, en Palencia y Valladolid; Unamuno, en las tierras de Salamanca, donde vive; Gabriel y Galán, al pueblecito extremeño de Guijo de Granadilla; Luis Maldonado, a las dehesas salmantinas que frecuenta; yo mismo, cuando escribo algo inconcreto, utilizo elementos de Alba de Tormes, elementos de aquella comarca deliciosa del «sacro río» que medio cautivó a Garcilaso, cuya luz ilumina mi pasada adolescencia.

Castilla no tiene un paisaje común, como no tiene una psicología común, como no tiene una aspiración común, como no tiene, tampoco, un pasado común. Castilla, queridos catalanes, «no es», aunque fue y aunque será. ¡Fue, primero que vosotros, víctima de sus propias energías, y será, con vosotros, –mucho después, ¡ay! que vosotros– propulsora de las energías y de las aspiraciones de las razas ibéricas. «Castilla madre» la nombran hogaño los poetas insípidos que la describen sin amarla. Yo la siento mejor como hija, yo sueño más lo que ha de venir que lo que ya ha pasado, yo la prefiero chica a vieja presumida y mortal. Y así la veo desde este rincón palentino de quietud, así la veo, como si nosotros, los recién casados, fuéramos los encargados por Dios de nutrirla, de educarla y de besarla. Castilla madre, no. Castilla hija. Castilla niña. Castilla que empieza ahora a balbucear su palabra interior. La contemplación de sus paisajes dan al espíritu esa serenidad, esa ternura, esa pureza, esa fe, esa esperanza que exige al corazón, cuando comienza a alimentar sus sueños, con los pies en la tierra y los ojos en el cielo. ¡Castilla, hija mía, hija nuestra, hija de todos, hija también vuestra, nobles catalanes, en la triste comunidad de la desgraciada!

La Veu de Catalunya (18-09-1919)

Terres de Castella VII

VII. Els cacics

Del caciquisme castellà se'n parla molt. I encara se n'hauria de parlar més. Hi ha, en efecte, distints cacics a les terres castellanes. Els de Palència no són iguals als de Valladolid, ni els de Valladolid als de Sòria, ni els de Sòria als de Salamanca, ni els de Salamanca als de Zamora, ni els de Zamora als de León. Cada terra presta als seus cacics determinades qualitats característiques. No sé com me les hauré de compondre per parlar del caciquisme castellà, en un sol article. El tema és tan llarg, que exigeix un volum tan gros, almenys, com el que ha compost el nostre amic, l'enginyer segovià senyor Carretero, per parlar d'un regionalisme de Castella la Vella, que només existeix en la seva imaginació.

Ara, per exemple, a Palència, tothom em parla del caciquisme del diputat a Corts per aquesta capital i ministre de Foment, N'Abili Calderón i Rojo. Però, malgrat el meu contacte i la meva simpatia pel sector de les esquerres polítiques espanyoles, noblement he de confessar que no aconsegueixo veure en lloc el caciquisme de què es creuen víctimes. Jo no sé si algun malpensat sospitarà que faig aquestes afirmacions perquè el senyor ministre tingué la bondat de convidar-me fa pocs dies a una festa que se celebrà a una horta seva, a la vora d'aquesta població. Mai no m'han preocupat les suspicàcies dels altres. El que jo dic i sostinc és que N'Abili Calderón, un xic sorrut, un xic gruixut d'espiritualitat, no s'ha enriquit amb la política. El que jo dic i sostinc és que N'Abili Calderón ha omplert aquesta província de carreteres, afavorint-la i embellint-la. El que jo dic i sostinc és que en l'assumpte del senyor González Carredo s'ha d'absoldre o s'ha de condemnar tothom, des d'un pla moral superior, el mateix al cacic, que al processat, que als magistrats. El que jo dic i sostinc, finalment, és que el calderonisme és un cas natural de lacaisme col lectiu d'aquestes terres. Ningú no té dret de tirar la primera pedra contra el senyor Calderón,

perquè en molts dels seus adversaris es nota la influència del despit i de la desconsideració personals. Al meu entendre, els càrrecs que s'addueixen contra el senyor Calderón resulten, si fa no fa, de la mateixa grandària que un gra d'arena.

Ben altrament esdevé a Valladolid. Força informat, massa informat potser, crec sincerament que el gran cacic de la capital del Pisuerga, En Santiago Alba, és molt superior a tots els seus acòlits, agents de negocis, advocadets i empleats de tres mil pessetes en avall. L'Alba és certament molt ambiciós i es poden advertir en la seva carrera tares polítiques, que jo mateix he dissimulat menys que ningú en les meves campanyes periodístiques d'«El Sol». El senyor Royo i Villanova, no tan lloctinent del senyor Alba com es creu, és un cas precís i concret d'incomprensió política. Es un home que cada vespre es fica al llit pensant en les maquinacions de la Lliga. En Cambó és l'àngel dolent i l'home que té la culpa de totes les desgràcies nacionals que ens afligeixen. Si al senyor Royo no li fan bé un vestit, és que la roba és catalana. Si En Ventosa se'n va a Paris a reposar uns quants dies, En Royo sosté al casino l'afirmació que el seu viatge obeeix a algun emprèstit de la Mancomunitat. Si a En Royo no se li posa bé una taça de cafè, el catedràtic de dret administratiu de la Universitat de Valladolid us dirà de seguida que acaben de servir-li xicoira catalana. L'home pateix d'aquesta mania, ben disculpable i divertida pels altres. Això és el que es mastega en l'ambient de Valladolid, que és una ciutat en la qual qualsevol niciesa aconsegueix aviat la seva difusió extrema, mercès al «Norte de Castilla», de les campanyes del qual jo sé que ha protestat fins el mateix Santiago Alba. Jo, poso per cas, tinc de cobrar-me un compte públic amb aquests senyors que el redacten. Com tothom sap, resulta que jo he fet sempre i sistemàticament campanyes antialbistes, molt fortes i violentes, amb tot i que En Santiago Alba és un volgut amic meu, la vida privada del qual em mereix avui, com ahir, tota mena de respectes. Quan les eleccions últimes de Peñaranda de Bracamonte, jo vaig posar-me obertament al costat d'un albista: de Ricard Power. I no hi havia incongruència en fer-ho, baldament existís en el poc senderi i en l'esperit de lacaisme dels Srs. Allué i Santander. Jo vaig elegir entre dos mals el menor. En Ricard Power lluitava contra la usura, contra el pacte de retro i contra els «señoritos-bien» de Salamanca. L'altre candidat, el mauri, simbolitzava tot allò i representava també els administradors dels marquesos analfabets que concedeixen mes importància als conills que ais pobres comparets. «El Norte de Castilla» sortí amb la vulgaritat de què hi havia contradicció entre les meves campanyes d'«El Sol» i el meu fervor albista, que era precisament antialbista. L'incident produí un disgust seriós a En Santiago Alba, i els seràfics redactors d'«El Norte de Castilla» es venjaren de mi innocentment, retirant-me el periòdic. Es clar que no l'hé trobat a faltar, perquè no l'obro mai i va de dret al cistell dels papers.

Doncs aquest «Norte» és l'expressió espiritual de l'albisme vallisoletà. Atacs a Catalunya, però a una Catalunya fantàstica de minyons que no s'han passejat mai per les Rambles, i que coneixen la llengua catalana amb tanta de perfecció com la japonesa: exemple, el mateix senyor Royo, antic director d'«El Norte». La Castella d'aquest diari és una Castella de comitès, políticament. Literàriament, és l'oficina dels llocs comuns que circulen per la «meseta» castellana. Econòmicament, és la defensa dels bladers i dels grans propietaris contra els petits i contra els masovers. Odia «El Norte» a Palència, perquè és més neta que Valladolid; a Salamanca, perquè és més rica i més intel ligent que Valladolid; a Burgos, perquè es va deseixint de la seva tutela; i a Logroño, perquè les vinyes no depenen precisament dels blats. El castellanisme d'«El Norte» és una fotesa tan sense suc ni bruc que no hi ha manera de combatre-la ni d'admetre-la. El pontífex màxim de la literatura d'aquest diari és En Frederic Santander, un madrileny, i el definidor polític, N'Antoni Royo, un «baturro».

Encara em queden per dir algunes coses sobre l'albisme, i adverteixo que, almenys, hauré de dedicar un altre article als nostres estimadíssims cacics. Acabo, doncs, aquí. El tema és llarg i temptador. Hauré de seguir parlant de les distintes fases per les quals ha passat l'albsime polític d'En Santiago Alba i dels albistes, quo són dos albismes diferents i una sola equivocació veritable, i hauré de parlar un altre dia del vescomte d'Eza, a Sòria, del rastre del pobre senyor Requejo, a Zamora, dels automòbils del comte de Sagasta. a León, i del distingidíssim home públic i representant de l'ètica pública a Salamanca, l'ex-tinent, ex-mobilitzat dels ex-voluntaris de l'ex-Cuba, En Dídac Martin i Veloz, flor de la valentia, de la bravesa i del patriotisme que enguany gaudim per aquestes terres.

La Veu de Catalunya (05-10-1919)

Tierras de Castilla VII (TRADUCCIÓN)

VII. Los caciques

Del caciquismo castellano se habla mucho. Y aún se debería hablar más. Hay, en efecto, distintos caciques en las tierras castellanas. Los de Palencia no son iguales a los de Valladolid, ni los de Valladolid a los de Soria, ni los de Soria a los de Salamanca, ni los de Salamanca a los de Zamora, ni los de Zamora a los de León. Cada tierra da a sus caciques determinadas cualidades características. No sé cómo me las voy a arreglar para hablar del caciquismo castellano, en un solo artículo. El tema es tan largo, que exige un volumen tan grande, al menos, como el que ha compuesto nuestro amigo, el ingeniero segoviano señor Carretero, para hablar de un regionalismo de Castilla la Vieja, que sólo existe en su imaginación.

Ahora, por ejemplo, en Palencia, todo el mundo me habla del caciquismo del diputado a Cortes por esta capital y ministro de Fomento, don Abilio Calderón y Rojo. Pero, a pesar de mi contacto y mi simpatía por el sector de las izquierdas políticas españolas, sinceramente he de confesar que no consigo ver en el lugar el caciquismo de que se creen víctimas. Yo no sé si algún mal pensado sospechará que hago estas afirmaciones porque el señor ministro tuvo la bondad de invitarme hace pocos días a una fiesta que se celebró en una huerta suya, cerca de esta población. Nunca me han preocupado las suspicacias de los demás. Lo que yo digo y sostengo es que don Abilio Calderón, un poco huraño, un poco grueso de espiritualidad, no se ha enriquecido con la política. Lo que yo digo y sostengo es que don Abilio Calderón ha llenado esta provincia de carreteras, favoreciéndola y embelleciéndola. Lo que yo digo y sostengo es que en el asunto del señor González Carredo se debe absolver o se condenará a todos, desde un plano moral superior, lo mismo al cacique, que al procesado, que a los magistrados. Lo que yo digo y sostengo, finalmente, es que el calderonismo es un caso natural de servilismo colectivo de estas tierras. Nadie tiene derecho de tirar la primera piedra contra el señor Calderón, porque en muchos de sus adversarios se nota la influencia del despecho y de la desconsideración personales. En mi opinión, los cargos que se aducen contra el señor Calderón resultan, más o menos, del mismo tamaño que un grano de arena.

Más bien lo contrario viene a suceder en Valladolid. Mucho más informado, demasiado informado quizás, creo sinceramente que el gran cacique de la capital del Pisuerga, Don Santiago Alba, es muy superior a todos sus acólitos, agentes de negocios, abogadetes y empleados de tres mil pesetas para abajo. Alba es ciertamente muy ambicioso y se pueden advertir en su carrera taras políticas, que yo mismo he disimulado menos que nadie en mis campañas periodísticas de «El Sol». El señor Royo Villanova, no tan lugarteniente del señor Alba como se cree, es un caso preciso y concreto de incomprensión política. Es un hombre que cada noche se acuesta pensando en las maquinaciones de la Liga. El Sr. Cambó es el ángel malo y el hombre que tiene la culpa de todas las desgracias nacionales que nos aquejan. Si al señor Royo no le hacen bien un vestido, es que la ropa es catalana. Si el Sr. Ventosa se va a París a reposar unos cuantos días, el Sr. Royo sostiene en el casino la afirmación de que su viaje obedece a algún empréstito de la Mancomunidad. Si al Sr. Royo no se le pone bien una taza de café, el catedrático de derecho administrativo de la Universidad de Valladolid le dirá enseguida que acaban de servirle achicoria catalana. El hombre sufre de esta manía, bien disculpable y divertida por lo demás. Esto es lo que se mastica en el ambiente de Valladolid, que es una ciudad en la que cualquier necedad consigue pronto su difusión extrema, gracias al «Norte de Castilla», de cuyas campañas yo sé que ha protestado hasta el mismo Santiago Alba. Yo, pongo por caso, tengo pendiente una cuenta pública con estos señores que lo redactan. Como es sabido, resulta que yo he hecho siempre y sistemáticamente campañas antialbistas, muy fuertes y violentas, y con todo y eso Don Santiago Alba es un querido amigo mío, su vida privada me merece hoy, como ayer, todo tipo de respetos. Cuando las elecciones últimas de Peñaranda de Bracamonte, yo me puse abiertamente junto a un albista: Ricardo Power. Y no había incongruencia en hacerlo, desgraciadamente consistía en la poca capacidad y en el espíritu de servilismo de los Sres. Allué y Santander. Yo elegí entre dos males el menor. Don Ricardo Power luchaba contra la usura, contra el pacto de retro y contra los «señoritos-bien» de Salamanca. El otro candidato, el maurista, simbolizaba todo aquello y representaba también a los administradores de los marqueses analfabetos que conceden más importancia a los conejos que a los pobres compadres. «El Norte de Castilla» salió con la vulgaridad de que había contradicción entre mis campañas de «El Sol» y mi fervor albista, que era precisamente antialbista. El incidente produjo un disgusto serio a Don Santiago Alba, y los seráficos redactores de «El Norte de Castilla» se vengaron de mí inocentemente, retirándome el periódico. Claro que no lo he echado de menos, porque no lo abro nunca y va derecho al cesto de los papeles.

Pues este «Norte» es la expresión espiritual del albismo vallisoletano. Ataques a Cataluña, pero a una Cataluña fantástica de muchachos que no se han paseado nunca por las Ramblas, y que conocen la lengua catalana con tanta perfección como la japonesa: ejemplo, el mismo señor Royo, antiguo director de «El Norte». La Castilla de este diario es una Castilla de comités, políticamente. Literariamente, es la oficina de los lugares comunes que circulan por la «meseta» castellana. Económicamente, es la defensa de los trigueros y de los grandes propietarios contra los pequeños y contra los renteros. Odia «El Norte» Palencia, porque es más limpia que Valladolid; Salamanca, porque es más rica y más inteligente que Valladolid; Burgos, porque se ha desasido de su tutela; y Logroño, porque

las viñas no dependen precisamente de los trigos. El castellanismo de «El Norte» es una nadería tan sin sustancia ni gracia que no hay manera de combatirla ni de admitirla. El pontífice máximo de la literatura de este diario es Don Federico Santander, un madrileño, y el definidor político, D. Antonio Royo, un «baturro».

Todavía me quedan por decir algunas cosas sobre el albismo, y advierto que, al menos, tendré que dedicar otro artículo a nuestros queridísimos caciques. Termino, pues, aquí. El tema es largo y tentador. Tendré que seguir hablando de las distintas fases por las que ha pasado el albsimo político de Don Santiago Alba y los albistas, que son dos albismos diferentes y una sola equivocación verdadera, y tendré que hablar otro día del vizconde de Eza, en Soria, del rastro del pobre señor Requejo, en Zamora, de los automóviles del conde de Sagasta, en León, y del distinguidísimo hombre público y representante de la ética pública en Salamanca, el ex-teniente, ex-movilizado de los ex-voluntarios de la ex-Cuba, Don Diego Martin y Veloz, flor de la valentía, de la bravura y del patriotismo que este año disfrutamos por estas tierras.

La Veu de Catalunya (05-10-1919)

Terres de Castella VIII

VIII. Més sobre els cacics

A dir veritat, és possible que tingui raó el nostre amic Oscar Pérez Solís quan es queixa dels estralls que ve causant l'albisme a la capital del Pisuerga, però és possible també que exageri completament la nota quan ens parla de l'albisme de fora Valladolid. Perquè d'albisme a Castella no n'hi ha. El segovià En Marian Matezans em sembla que suma dos enters comptant amb En Ricard Power a Vitigudino i a Peñaranda, car és sabut que aquest senyor va aconseguir, sense suborn de cap mena, dues actes en les darreres eleccions generals. A En Royo el derrota un regionalista a Valladolid, el senyor Garran. A un altre amic de l'Alba, el marquès de Buniel, el derrotaren també a Burgos. Al cap el derrotaren a Zamora i es va veure negre per sortir a Valladolid. Aquí, a Palència, va ser derrotat també l'albista senyor Arroyo pel mauri senyor Cuesta. L'albisme és format per bilbaïns i andalusos. En la legislatura passada, l'Alba representà un districte andalús que li regalà En Natali Rivas. Potser, potser, l'albisme és una manifestació perfectament andalusa de la política espanyola.

Per allà corre, també, entre les fredes pinedes que cantà l'excels Antoni Machado, quan estava de professor a l'Institut de Sòria, l'estirat, emmidonat i planxat senyor vescomte d'Eza, cantant les delícies de l'agricultura vistes per un temperament de senyoret ric, al qual no espanten els comptes de les obres, ni les morositats dels masovers que no poden pagar a dia fix. Ara la gent de Sòria està preocupada pel traçat d'un ferrocarril directe, que, segons sembla, ha de passar per aquella població. El seràfic cacic sorià es desentén de l'aspiració general dels seus representats i no rep una comissió que va a veure'l a la Cort, perquè ha de pendre el tè amb unes dames de l'ambaixada del Japó. El caciquisme del vescomte, que s'imagina endegar la qüestió agrària castellana fent xifres del despatx estant de la Presidència de l'Institut de Reformes Socials, és un caciquisme de «señorito-bien». Caurà a la primera guspira d'intel ligència i de sagacitat collectives que es produeixi entre les pinedes de Sòria i d'Almazàn. Realment no és gaire perillós el caciquisme del senyor vescomte d'Eza. Pot destronar-se amb una ventallada entre les voltes d'uns rigodons.

A Salamanca ha substituït l'innocent i cavalleresc Isidre Pérez Oliva, sots-secretari que fou de Foment en el darrer gabinet del comte de Romanones, En Dídac Martín Veloz, home molt ardit, que resol les qüestions a bufetades o a trets. Algunes vegades li ha fallat la «carabina de Ambrosio» que aquest valent acostuma portar a la butxaca. Encara és viu l'Indalecio Prieto i es passeja tot sol impunement per Bilbao. Encara és viu el senyor Layret. Encara visc jo, eixint sol de casa, per aquests carrers de Palència. És clar que la vida dels tres és curta i efímera i que el dia més impensat trobarem les urpes de la Parca al revolt d'alguna cantonada. Parlaré, per tant, del senyor Martín Veloz amb tot el respecte i amb tota l'admiració que em mereix i amb tota l'admiració que em mereix la seva bravesa. El senyor Veloz ha escrit pàgines admirables de la seva valentia a Cuba, a Santander, a Valladolid, a Palència i fins a Salamanca. Ara és definidor d'una nova ètica política que desenrotllen, entre consulta i consulta de llur bufet d'advocats, els senyors En Rafel Cuesta i En Manuel Campos, diputats provincial triomfants per l'article 29 de la molt feliç i inflada llestesa salmantina. En Didac compta fins amb la premsa de la ciutat. Té converses amb el ministre de la Guerra, i el seu diari «El Adelanto» conta al convençut llegidor «que el señor diputado a Cortes por la capital *exigió, como él exige ciertas cosas*, que se construyan cuarteles

nuevos en la población». Quan el maleït d'En Prieto tingué la gosadia parlamentària de dir al nostre admirable diputat que confonia el roig dels escons de la Cambra amb el verd de les taules de bacarrat, l'opinió sensata, alarmadíssima, protestà de la intemperància del diputat bilbaí, amb uns plecs i unes firmes que jo no sé pas que arribessin al destinatari. Quan En Layret cregué que el nostre valent no hi sentia prou, l'opinió salamantina de la cúria, escandalitzada, es posà les mans al cap, planyent-se que el senyor Martín Veloz no fos cregut per la seva paraula. Finalment, quan el senyor Martín Veloz tingué per mi la bondat de donar-me una bufetada i de dir-me que la meva actuació política li repugnava, vaig tenir la satisfacció, que no oblidaré mai, de trobar-me amb certs velocistes que cuitaren a negar-me la salutació, cosa que ja venia d'ençà de la meva naixença, perquè encara hi ha classes.

El velocisme és la flor de l'academicisme salmantinenc. La trajectòria va des de Fra Lluis de León, perseguit pels inquisidors, a propòsit del Cantar dels Cantars, fins a En Didac de Torres Villarroel, mig clergue, mig jugador i mig «torero», i des d'En Torres Villarroel a En Didac Martín Veloz, espill i gala del patriotisme i de la valentia. Aquest home admirable ha creat una ètica 1 està a punt de crear una estètica. Nosaltres estem commoguts davant l'aparició d'una figura tan brillant i el saludem militarment i quadrats, anant-nos-en, amb permís d'ell, per la nostra via.

Del caciquisme a León en tinc molt poques dades. Demés, soc un amic entranyable del fill del comte de Sagasta, diputat que ha estat pel districte de Riaño, en aquella província. Com que no tinc pas ganes d'incomodar-me amb En «Carlitos» Merino Sagasta, i com que, a més a més, no tinc grans detalls personals del merinisme, decideixo no parlar-ne per ara. En certa ocasió, quan vaig dir que els castellans havien de portar al cadafalch a En Merino, a En Santiago Alba, a N'Àbili Calderón i al malcarat d'En Miquel Villanueva, En «Carlitos» m'escrigué una carta molt alarmant dient-me si m'havia proposat acabar amb el autor dels seus dies, al qual jo vull i reverencio molt per ésser pare del tal fill. Lluny de mi tal pensament! Quedem que En Merino no és bo ni dolent, fins que sapiguem, per informes fidedignes, quina mena de política sosté aquest home a León. Per avui avenço als llegidors catalans que s'assegura, no sé amb quin fonament, que l'obert i divertit senyor comte de Sagasta és molt amic dels seus amics, i que és l'home que gasta més gasolina en època d'eleccions, cosa que, naturalment, incomoda als candidats de l'esquerra, que amb preus feines disposen d'una tartaneta.

Resta a Zamora la petja d'aquell pobre senyor Requejo, que fou un bon cacic amb tota l'extensió de la paraula. Jo puc afirmar que mai no recomanà coses brutes als Magistrats. Els fills, pel que es veu, no s'assemblen a llur pare. Per aquí corre un senyor Rodríguez, ex-diputat Corts per Zamora, que, cansat dels «sablazos» dels seus amics i admiradors, s'ha retirat a la vida, ni envejada ni envejosa, que cantà el mestre Agustí vora de la Flecha, no lluny d'una altra finca, on el Sr. Martín Veloz cria uns sementals, molt grassos i lluents, que guanyen el premi a tots els concursos pecuaris, o «pecuniaris», com diu un amic seu, de la roja i volguda ciutat del Tormes.

La Veu de Catalunya (08-10-1919)

Tierras de Castilla VIII (TRADUCCIÓN)

VIII. Más sobre los caciques

A decir verdad, es posible que tenga razón nuestro amigo Óscar Pérez Solís cuando se queja de los estragos que viene causando el albismo en la capital del Pisuerga, pero es posible también que exagere totalmente la nota cuando nos habla del albismo fuera de Valladolid. Porque de albismo en Castilla no hay nada. El segoviano Don Mariano Matezans me parece que suma dos enteros contando con Don Ricardo Power en Vitigudino y en Peñaranda[308], y sabido es que sin soborno de ningún tipo, va a conseguir dos actas en las últimas elecciones generales. Al Sr. Royo le derrota un regionalista en Valladolid, el señor Garran. A otro amigo de Alba, el marqués de Buniel, le derrotaron también en Burgos. Al jefe le derrotaron en Zamora y se va a ver negro para salir por Valladolid[309]. Aquí en Palencia va a ser derrotado también el albista señor Arroyo por el maurista señor Cuesta. El albismo está constituido por bilbaínos y andaluces. En la legislatura pasada, Alba representó a un distrito andaluz que le regaló Don Natalio Rivas. Posiblemente, posiblemente, el albismo es una manifestación perfectamente andaluza de la política española.

[308] Ricardo Power Zabala se presentó y obtuvo acta por los distritos de Peñaranda y Vitigudino en las elecciones de 1 de junio de 1919. Tuvo que renunciar a la de Vitigudino en noviembre de este mismo año.

[309] Santiago Alba se presentó también por Granada y Valladolid y obtuvo acta en los dos distritos.

Por allí, también, corre entre los fríos pinedos que canta el excelso Antonio Machado, cuando estaba como profesor en el Instituto de Soria, el estirado, almidonado y planchado señor vizconde de Eza, cantando las delicias de la agricultura vistas por un temperamento de señorito rico, al que no asustan las cuentas de las obras, ni las morosidades de los caseros que no pueden pagar a día fijo. Ahora la gente de Soria está preocupada por el trazado de un ferrocarril directo, que, al parecer, tiene que pasar por aquella población. El seráfico cacique soriano se desentiende de la aspiración general de sus representados y no recibe a una comisión que va a verlo a la Corte, porque tiene que tomar el té con unas damas de la embajada de Japón. El caciquismo del vizconde, que piensa encauzar la cuestión agraria castellana haciendo cifras desde el despacho de la Presidencia del Instituto de Reformas Sociales, es un caciquismo de «señorito-bien». Caerá con la primera chispa de inteligencia y de sagacidad colectivas que se produzca entre los pinares de Soria y de Almazán. Realmente no es muy peligroso el caciquismo del señor vizconde de Eza. Puede ser destronado con un vientecito entre las vueltas de unos rigodones.

En Salamanca ha sustituido al inocente y caballeresco Isidro Pérez Oliva, subsecretario que fue de Fomento en el pasado gabinete del conde Romanones, Don Diego Martín Veloz, hombre muy osado, que resuelve las cuestiones a tortas o a tiros. Algunas veces le ha fallado la «carabina de Ambrosio» que este valiente suele llevar en el bolsillo. Aún vive Indalecio Prieto y se pasea solo impunemente por Bilbao. Aún vive el señor Layret[310]. Aún vivo yo, saliendo solo de casa, por estas calles de Palencia. Está claro que la vida de los tres es corta y efímera y que el día menos pensado hallaremos las garras de la Parca a la vuelta de alguna esquina. Hablaré, por tanto, del señor Martín Veloz con todo el respeto y con toda la admiración que me merece y con toda su valentía en Cuba, en Santander, en Valladolid, en Palencia y hasta en Salamanca. Ahora es definidor de una nueva ética política que desarrollan, entre consulta y consulta de su bufete de abogados, los señores Don Rafael Cuesta y Don Manuel Campos, diputados provinciales triunfantes por el artículo 29 de la muy feliz y engreída inteligencia salmantina. Don Diego cuenta hasta con la prensa de la ciudad. Tiene conversaciones con el ministro de la Guerra y su diario «El Adelanto» cuenta al convencido lector «que el señor diputado a Cortes por la capital *exigió, como él exige ciertas cosas*, que se construyan cuarteles nuevos en la población». Cuando el maldito del Sr. Prieto tuvo la osadía parlamentaria de decir a nuestro admirable diputado que confundía el rojo de los escaños de la Cámara con el verde de las mesas de bacarrá, la opinión sensata, alarmadísima, protestó de la intemperancia del diputado bilbaíno, con unos pliegos y unas firmas que yo no sé que llegaran al destinatario. Cuando el Sr. Layret creyó que a nuestro valiente no se le escuchaba allí suficientemente, la opinión salmantina de la curia, escandalizada, se puso las manos a la cabeza, quejándose de que el señor Martín no fuese creído por su palabra. Finalmente, cuando el señor Martín Veloz tuvo la bondad de darme una bofetada y decirme que mi actuación política le repugnaba, tuve la satisfacción, que no olvidaré, de encontrarme con algunos velocistas que se cuidaron mucho de negarme el saludo, algo que ya venía desde mi nacimiento, porque todavía hay clases.

El velocismo es la flor del academicismo salmantino. La trayectoria va desde Fray Luis de León, perseguido por los inquisidores, a propósito del Cantar de los Cantares, hasta Don Diego de Torres Villarroel, medio clérigo, medio jugador y medio «torero», y desde el Sr. Torres Villarroel a D Diego Martín Veloz, espejo y gala del patriotismo y de la valentía. Este hombre admirable ha creado una ética y está a punto de crear una estética. Nosotros estamos conmovidos ante la aparición de una figura tan brillante y le saludamos militarmente y cuadrados, retirándonos, con su permiso, por nuestro camino.

Del caciquismo en León tengo muy pocos datos. Además, soy un amigo entrañable del hijo del conde de Sagasta, diputado que ha sido por el distrito de Riaño, en aquella provincia. Don «Carlitos» Merino Sagasta, y como, además, no tengo grandes detalles personales del merinismo, decido no hablar de ello por ahora. En cierta ocasión, cuando dije que los castellanos debían llevar en el catafalco al Sr. Merino, a Don Santiago Alba, a Don Abilio Calderón y al malcarado de Don Miguel Villanueva, Don «Carlitos» me escribió una carta muy alarmante diciendo si me había propuesto acabar con el autor de sus días, al que yo quiero y reverencio mucho por ser padre del tal hijo. ¡Lejos de mí tal pensamiento! Quedamos en que el Sr. Merino no es bueno ni malo, hasta que sepamos, con informes fidedignos, qué tipo de política sostiene este hombre en León. Hoy avanzo a lectores catalanes que se asegura, no sé con qué fundamento, que el abierto y divertido señor conde de Sagasta es muy amigo de sus amigos, y que es el hombre que gasta más gasolina en época de elecciones, cosa que, naturalmente, incomoda a los candidatos de la izquierda, que apenas disponen de una tartana.

Queda en Zamora la huella de aquel pobre señor Requejo, que fue un buen cacique con toda la extensión de la palabra. Yo puedo afirmar que nunca recomendó cosas sucias a los Magistrados. Los hijos, por lo visto, no se parecen a su padre. Por ahí corre un señor Rodríguez, ex-diputado en Cortes por Zamora, que, cansado de los «sablazos» de sus amigos y admiradores, se ha retirado a la vida, ni envidiada ni envidiosa, que cantó el maestro agustino a la vera de la Flecha, no lejos de otra

[310] Francesc Layret i Foix, de ideología nacionalista catalana y republicana, diputado a Cortes por Sabadell en las elecciones del 1 de junio de 1919, fue asesinado en 1920 sin que se descubriera por quién.

finca, donde el Sr. Martín Veloz cría unos sementales, muy grasos y relucientes, que ganan el premio en todos los concursos pecuarios, o «pecuniarios», como dice un amigo suyo, de la roja y querida ciudad del Tormes.

La Veu de Catalunya (08-10-1919)

Terres de Castella IX

IX: Les rendes

«Aquest poble està molt agitat –em diuen avui en una carta particular–; aquest poble està molt agitat. Els «señoritos-bien» ens desprecien amb tota l'ànima, hi ha una veritable tempesta d'odis per part dels «propietarios» contra les nostres humils persones. «Jo en frueixo, noi!», acaba el meu noble amic.

Què passa en aquest poble? Quina tempesta agita i rulla les seves aigües encalmades i quietes i, per regla general, enllotades? Què hem fet nosaltres –pobrets, innocents, miserables!– per merèixer aquest ferotge aburriment, aquesta terrible inquina dels senyors «propietarios»? Ah! el problema de les rendes entra, com tots, en una fase de revisió aguda. Es discuteix el preu de la renda i els masovers es mantenen ferms. Aquests en alguns pobles, se l'han donada a no pagar altre import de rendes que el que resulta del líquid imponible; en aquests pobles, els senyors «propietarios» –els que detesten Catalunya i que llegeixen els articles d'En Royo Villanova a l'«ABC»– han estat agafats en llur pròpia trampa. En altres, de pobles, es demana, sistemàticament i tossuda, la rebaixa del 30, del 40 i fins del 50 per cent a l'amo. En els atres, de pobles, els masovers han format un cordó sanitari al volt d'aquests col legues que s'han limitat a prorrogar llur contracte d'arrendament. Comença, en un mot, la tempesta amb tot l'esclat escènic que requereix la seva importància. Brillen els primers llamps, al cel cendrós, sobre l'erm gris i sedejant dels cors; «el ruido con que rueda la ronca tempestad»[311] desvetlla els més dormilegues i indolents. Fins a Carrión de los Condes, fins a Villalón, fins a Vitigudino, flor d'usura i seient de l'ensopiment més abjecte, es perceben els clams i la fragor dels cels colpits per la inquietud! Ah!, les rendes, les rendes, les rendes!...

Aquesta és la maledicció apocalíptica per als pobres i mesquins de cor i de cervell. Tornen a aquesta «Castiella que hace los omes e los gasta»[312], les èpoques milenàries i la terror infinita del salt dins les tenebres. Romandran les terres incultes? Hauran de treballar els «señoritos-bien», hauran de guanyar-se la vida, com ens a guanyem tots, amb la pau de cor més alegre? Tiraran un carro els desvagats, eixarcolaran llavors de cebes els diputats provincials, quedaran, en quadro les rengleres dels usurers? No serà un negoci el dot de l'Antonieta Quijano? Farem la revisió dels aranzels bladers? No podran caçar els magnats de la Cort a les deveses extremenyes i salamanquines? Y *chi lo sa*, volguts terratinents meus, *chi lo sa!* «Tout es possible, même Dieu», digué, amb la mofa del que mai no ha sentit l'infinit en l'esperit seu, aquell etern vell de Voltaire. Tot és possible, fins que vosaltres hagueu de treballar per mantenir-vos!...

Es una desgràcia, una terrible desgràcia la vostra; ja ho comprenc, però... En aquests dies autumnals, cendrosos i freds, els mossos es lleven amb l'alba perquè vosaltres jugueu al bacarrat, i jugueu al «tresillo» amb els cacics. A l'ístiu, quan vosaltres us arruïnen estúpidament al Casino de San Sebastian o feu l'amor a una mocosa pintada, hi ha una verge baldada a les eres, davant l'amenaça d'un mal temps, una verge que vosaltres, en acabat, feu captar de porta en porta, i que ha de socórrer després «un bilbaí». A la primavera, quan vosaltres xaleu a base d'apostes i de carreres de goços, ells, els pobres, no han pogut matar el garrí perquè va car i la tuberculosi es va apoderant de llur organisme debilitat i treballat. I ara –tot és possible– i ara sembla que els torns poden anar canviant...

Però no canviaran, encara, en alguns anys, volguts propietaris de Castella, sepulcres buits, ànimes blanques i aixerreïdes, pous de tota la misèria i de tota la injustícia d'un Codi bàrbar fet per advocats, administradors i usurers. El món, no-resmenys, avança, avui sense vosaltres i demà

[311] Aliteración en *La tempestad*, de José Zorrilla.

[312] Tópicas palabras que dijo Alfonso Fernández Coronel a Juan Alonso de Alburquerque antes de ser aquel ejecutado por orden de Pedro I.

contra vosaltres. Atengueu la veu d'alerta que dóna la sentinella dins la foscor de la nit, una estona abans de cantar el gall, quan s'insinuen les primeres fulgors de l'aurora. Avui el món, tot el nostra món, Vitigudino, Carrión de los Condes, Villalón, Ledesma, ja discuteix les rendes vostres. Ai de vosaltres, si no voleu mirar i si no hi voleu sentir!

La Veu de Catalunya (17-10-1919)

Tierras de Castilla IX (TRADUCCIÓN)

IX: Las rentas

«Este pueblo está muy agitado –me dicen hoy en una carta particular–; este pueblo está muy agitado. Los «señoritos-bien» nos desprecian con toda el alma, hay una verdadera tormenta de odios por parte de los «propietarios» contra nuestras humildes personas. «¡Yo me alegro de ello, chico!», termina mi noble amigo.

¿Qué pasa en este pueblo? ¿Qué tormenta agita y encrespa sus aguas calmas y quietas y, por regla general, enlodadas? ¿Qué hemos hecho nosotros –¡pobrecitos, inocentes, miserables!– para merecer este feroz aborrecimiento, esta terrible inquina de los señores «propietarios»? ¡Ah! el problema de las rentas entra, como todos, en una fase de revisión aguda. Se discute el precio de la renta y los colonos se mantienen firmes. Estos en algunos pueblos, han comenzado a no pagar otro importe de rentas que el que resulta del líquido imponible; en estos pueblos, los señores «propietarios» –los que detestan Cataluña y que leen los artículos del Sr. Royo Villanova en el «ABC»– han sido cogidos en su propia trampa. En otros pueblos, se pide, sistemática y tercamente, la rebaja del 30, del 40 y hasta del 50 por ciento al dueño. En los demás pueblos, los colonos han formado un cordón sanitario al contrario de esos colegas que se han limitado a prorrogar su contrato de arrendamiento. Comienza, en una palabra, la tormenta con todo el estallido escénico que requiere su importancia. Brillan los primeros rayos, el cielo ceniciento, sobre el páramo gris y sediento de los corazones; «el ruido con que rueda la ronca tempestad» desvela a los más dormilones e indolentes. ¡Hasta Carrión de los Condes, hasta Villalón, hasta Vitigudino, flor de la usura y asiento del sopor más abyecto, se perciben los gritos y el fragor de los cielos golpeados por la inquietud! ¡Ah!, ¡las rentas, las rentas, las rentas! ...

Esta es la maldición apocalíptica para los pobres y mezquinos de corazón y de cerebro. Vuelven a esta «Castiella que hace los omes y los gasta», las épocas milenarias y el terror infinito del salto dentro de las tinieblas. ¿Permanecerán las tierras incultas? ¿Tendrán que trabajar los «señoritos-bien», tendrán que ganarse la vida, como nos la ganamos todos, con la paz de un corazón más alegre? ¿Tirarán de un carro los ociosos, escardarán las semillas de las cebollas los diputados provinciales, cuadrarán las columnas de números de los usureros? ¿Dejará de ser un negocio la dote de Antoñita Quijano? ¿Haremos la revisión de los aranceles trigueros? ¿No podrán cazar los magnates de la Corte en las dehesas extremeñas y salmantinas? ¡*Ychi lo sa*, queridos terratenientes míos, *chi lo sa*! «Tout es posible, même Dieu», dijo, con la mofa del que nunca ha sentido el infinito en su espíritu, aquel eterno viejo de Voltaire. ¡Todo es posible, hasta que vosotros tengáis que trabajar para manteneros!...

Es una desgracia, una terrible desgracia la vuestra; ya lo comprendo, pero... En estos días otoñales, cenicientos y fríos, los mozos se levantan con el alba para que vosotros juguéis al bacarrá, y juguéis al «tresillo» con los caciques. En el estío, cuando vosotros os arruinéis estúpidamente en el Casino de San Sebastián o hagáis el amor a una mocosa pintada, hay una virgen baldada en las eras, ante la amenaza de un mal tiempo, una virgen que vosotros, finalizada la tarea, haréis que pida limosna de puerta en puerta, y que tenga que socorrer después «un bilbaíno». En primavera, cuando vosotros os divirtáis a base de apuestas y de carreras de galgos, ellos, los pobres, no habrán podido matar el lechón porque está caro y la tuberculosis se va apoderando de su organismo debil y trabajado. Y ahora –todo es posible– y ahora parece que las tornas pueden cambiar...

Pero no cambiarán, aún, en algunos años, queridos propietarios de Castilla, sepulcros vacíos, almas blancas y resecas, pozos de toda la miseria y de toda la injusticia de un Código bárbaro hecho por abogados, administradores y usureros. El mundo, al menos, avanza, hoy sin vosotros y mañana contra vosotros. Atended la voz de alerta que da el centinela en la oscuridad de la noche, un rato antes de cantar el gallo, cuando se insinúan los primeros fulgores de la aurora. Hoy el mundo, todo nuestro mundo, Vitigudino, Carrión de los Condes, Villalón, Ledesma, ya discute vuestras rentas. ¡Ay de vosotros, si no queréis mirar y si no queréis oír!

La Veu de Catalunya (17-10-1919)

Terres de Castella X

X. La política

Té Castella preocupacions polítiques, ciutadanes? Castella ha d'oposar algun punt d'obir als punts d'obir del litoral i de la faixa costera? Hi ha, com ha escrit algunes vegades el senyor Rovira i Virgili, una Espanya castellana –quietud, ensopiment, peresa, vacil lació– enfront de l'altra Espanya nova i Jove de Catalunya, de Llevant i de les Bascongades? Més concretament: Castella té una noció exacta, clara, del passat, del present i de l'esdevenidor de les Espanyes?

Moltes vegades em faig aquesta pregunta i mai no arribo a contestar-me amb la deguda claretat. Si em contesto afirmativament m'adono de seguida que confonc els petits nuclis vius amb la «meseta» morta. Si afirmativament, m'abelleixo aviat a sospitar que, demés d'haver generalitzat massa, perquè Castella és encara una expressió geogràfica sense arribar a expressió espiritual, no hi ha manera de reduir a fórmules concretes els anhels difusos, les inquietuts vagues i indeterminades, les preocupacions inconscients de la gent de la «meseta» castellana. Castella no acostuma a vibrar i acostuma, demés, a viure al marge de les coses, de totes les coses. La guerra no ha preocupat sinó als nostres farinaires; el sindicalisme es un tema que no desfloren els concurrents a les tertulietes dels casinets. El problema viu de Catalunya és una farsa de la Lliga i de tres o quatre escriptors castellans –Díaz Caneja, Pérez Solís i jo– que positivament hi estem venuts. La dissolució de les velles partides polítiques és un fenomen transitori, car saben els professionals que l'equilibri serà restablert. Finalment, les inquietuts agràries són coses que s'arrangen amb el bastó, amb qualsevol general La Barrera[313] i amb els articles atapeïts i espessos d'En Torcuat Luca de Tena. No cal, per tant, preocupar-se de minúcies de cap mena.

Castella, o millor, els estaments pseudo-íntel lectuals i pseudo-polítics de Castella, actualment no han de fer cap afirmació Monarquia, república? Pressupostos, classes passives, escalafó. Estat-hospici i Estat-asil. Socialisme, sindicalisme? Tant-se-val; es penja a cinc esgarria-cries i no s'hi ha de pensar més. Nacionalisme», centralisme? Tant-se-val, també. Anhels, aspiracions legítimes de les classes populars? La gent guanya diners; Castella sap, per mitjà del cervell d'En Salaverría. que els minaires d'Astúries beuen xampany i que s'imposa l'estalvi dels miners. Desviacions, esquitxos de la guerra en la íntima contextura social? Bah, bah!, ganes de matar el temps; les coses són eternes i incommovibles: el castellà creu, pels distres, com Nietzche [sic], l'abúlic exaltador de la força que no té, en l'eternal retorn de les coses... Amb les cartes, censos, Codi i guàrdies civils s'aclareixen totes, allò que es diu totes, les maltemprades.

Que mesquí, que esquifit, que apolític és, Déu meu, aquest ideari politic castellà! Nou retaule de «Maese Pedro», el titellaire d'enguany, que antany fou lladre i «Ginesillo», és un cadafalc de fusta podrida que al buf primer se'n va en orris. Es ment la força, es ment l'organització, es ment la disciplina, es ment en tot. L'amistat particular i el comparatge són les normes de l'organització política. Bon punt apareix un Quixot qualsevol, si té acometivitat i agilitat mentals, desmanega el cadafalc i els ninots del cadafalc. El que se'n diu força pròpia reposa, sense excepció, en la debilitat dels altres. Per Salamanca corria un Duc que gallejava molt i es va trobar de bones a primeres que el districte en pes no l'admetia. A Palència, he notat també que si al senyor Calderón li toca viure unes quantes anyades al desert sense repartir favors, tot això del calderonisme, que és una suma d'agraïments personalíssims, es desfarà a la primera empenta seriosa pels que no saben esperar. A Valladolid, l'albisme val lisoletà –que és diferent de l'albisme en general, com l'albisme genèric és cosa a part d'En Santiago Alba– rep fortes escomeses de les esquerres socialistes i de les dretes, tan fortes escomeses que es troba en ple període de descomposició. A Avila, tota la poderosa armatosta conservadora, de la qual tant es presum, s'apoia en la sort d'En Pasqual Amat, que es un bon home. Zamora és un vedat que es disputen a punys closos l'Alba i En Romanones. León –el segon Bilbao– és el vedat futur dels que han guanyat diners amb els carbons. I, en tant, la «meseta» no se situa, no es defineix, va, simplement, tirant.

No hi ha gairebé cap símptoma de que aparegui el Parlament espanyol, ben definida, una política castellana, com hi actua, per exemple, una política catalana. I a vosaltres i a nosaltres ens interessa que Castella digui el que té per dir. Parlem honradament per a entendre'ns. La inquietud agrària és la primera preocupació política de Castella; abans d'arribar a l'autonomia del seu esperit, ha d'arribar a l'autonomia del seu terrer. Abans de filosofar, de pensar, ha de viure i de menjar. Però, enfront de Catalunya, de la vostra Catalunya, de la dels regionalistes i

[313] Seguramente se refiere al General de Brigada Manuel de la Barrera, Director General de Seguridad (1916).

nacionalistes, Castella ha d'oposar també, cordialment, els seus punts d'obir. Quins? El primer de tots podria ésser el de culparvos d'incomprensió. Així com En Royo generalitza massa en parlar de Catalunya, també... En Ro vira, per exemple, –i jo no soc pas sospitós d'odi al nacionalisme– generalitza massa quan parla de Castella. Voleu autonomia integral, plena, absoluta, sobirana? Molt bé: plantegen el problema dins de Catalunya i fora de Catalunya també. Eixiu de les vostres tendes ,ajudeu-nos, porteu a tota la política, a la política general, la vostra nota catalana. Andalusia, Castella, Galicia, tenen llurs problemes previs per a resoldre abans de plantejar un problema anàleg al vostre. Porteu al vostra credo solucions per a l'agrarisme, per als «foros», per a la caciqueria, per als latifundis: deu-nos, a més a més de la vostra visió particular del problema de casa vostra, el vostre punt d'obir general del problema espanyol. Conqueriu-nos en castellà, sense preocupar-vos massa de l'accent, que, si son paraules cordials i efusives, tota la gent s'adonarà de la vostra, emoció i amb emoció pagarà el vostre accent amorós. Com que sou forts, ensenyeu a tots els espanyols la vostra fortalesa; sigueu, en bona hora, catalans de la vostra Catalunya, però sigueu així mateix els catalans de les Espanyes.

Jo crec que hi ha, a Catalunya, una consciència política en les masses i afirmo, de passada, que a Castella no hi és. Ajudeu-nos a crear-la- El que de vegades pugui semblar opinió col lectiva de la «meseta», és una terrible i tràgica suplantació dels seus detractors i tirans. Guanyareu i mereixereu la vostra Catalunya, quan hagueu merescut i guanyat tota Espanya, la viva, la que pateix, la que atuïda pel dolor no pot parlar, la que no vos coneix i, tal vegada, no ha pensat en estimar-vos perquè vosaltres, directament, no haveu arribat al seu cor. El plet de la vostra autonomia, jo us dic, en veritat, que es guanya a Valladolid, a Logroño, a León i a Salamanca al mateix temps que a Barcelona, que a Lleyda, que a Terrassa i que a Vilanova i Geltrú. Conqueriu, annexioneu intel ligències a la vostra labor col lectiva; sigueu una mica, en el terreny ideal de la propaganda, els imperialistes del vostre regionalisme i del vostre nacionalisme, perquè aquests «hidalgos» de Castella no vos culpin, com el florentí, d'aquella dura «avara povertà», que fou també patrimoni de lígurs i ho és avui-de gals i de bretons.

La Veu de Catalunya (19-11-1919)

Tierras de Castilla X (TRADUCCIÓN)

X. La Política

¿Tiene Castilla preocupaciones políticas, ciudadanas? ¿Castilla tiene que oponer algún punto de vista a los puntos de vista del litoral y de la faja costera? ¿Hay, como ha escrito algunas veces el señor Rovira y Virgili, una España castellana –quietud, consternación, pereza, vacilación– frente a la otra España nueva y joven de Cataluña, de Levante y de las Vascongadas? Más concretamente: ¿Castilla tiene una noción exacta, clara, del pasado, del presente y del porvenir de las Españas?

Muchas veces me hago esta pregunta y nunca llego a contestarme con la debida claridad. Si me contesto afirmativamente me doy cuenta enseguida de que confundo los pequeños núcleos vivos con la «meseta» muerta. Si afirmativamente, siento el deseo pronto de sospechar que, además de haber generalizado demasiado, porque Castilla es todavía una expresión geográfica sin llegar a expresión espiritual, no hay manera de reducir a fórmulas concretas los anhelos difusos, las inquietudes vagas e indeterminadas, las preocupaciones inconscientes de la gente de la «meseta» castellana. Castilla no suele vibrar y acostumbra, además, a vivir al margen de las cosas, de todas las cosas. La guerra no ha preocupado sino a nuestros trigueros; el sindicalismo es un tema que no desfloran los concurrentes a las tertulietas de los casinejos. El problema vivo de Cataluña es una farsa de la Liga y de tres o cuatro escritores castellanos –Díaz Caneja, Pérez Solís y yo– que positivamente estamos desorientados. La disolución de las viejas partidas políticas es un fenómeno transitorio, pues saben los profesionales que el equilibrio será restablecido. Finalmente, las inquietudes agrarias son cosas que se arreglan con el bastón, con cualquier general La Barrera y con los artículos farragosos y espesos de Don Torcuato Luca de Tena. No hay, por tanto, que preocuparse de minucias de ningún tipo.

¿Castilla, o mejor, los estamentos pseudo-intelectuales y pseudo-políticos de Castilla, actualmente no tienen que hacer ninguna aseveración sobre Monarquía o republica? ¿Presupuestos, clases pasivas, escalafón, Estado-hospicio y Estado-asilo, socialismo, sindicalismo? Lo mismo da; se cuelga a cinco aguafiestas y no hay más que pensar. ¿Nacionalismo, centralismo? Lo mismo da, también. ¿Anhelos, aspiraciones legítimas de las clases populares? La gente gana dinero; Castilla sabe, por medio del cerebro del Sr. Salaverría, que los mineros de Asturias beben champán y que impone el ahorro de los mineros. ¿Desviaciones, salpicaduras de la guerra en la íntima contextura social? ¡Bah, bah!, ganas de matar el tiempo; las cosas son eternas e inconmovibles: el castellano cree, para sus

adentros, como Nietzche [sic], el abúlico exaltador de la fuerza que no tiene, en el eterno retorno de las cosas... Con las cartas, censos, Código y guardias civiles se aclaran todas, lo que se dice todas, las destemplanzas.

¡Qué mezquino, qué raquítico, qué apolítico es, Dios mío, este ideario político castellano! Nuevo retablo de «Maese Pedro», el titiritero de este año, que antaño fue ladrón y «Ginesillo», es un escenario[314] de madera podrida que al primer soplo se va a pique. Se miente sobre la fuerza, se miente sobre la organización, se miente sobre la disciplina, se miente sobre todo. En un buen momento aparece un Quijote cualquiera, si tiene acometividad y agilidad mentales, y descompone el retablo y los muñecos del retablo. Lo que se llama fuerza propia que se basa, sin excepción, en la debilidad de los demás. Por Salamanca corría un Duque que alardeaba mucho y se encontró de buenas a primeras que el distrito en masa no lo admitía. En Palencia, he notado también que si al señor Calderón le toca vivir varios años en el desierto sin repartir favores, todo esto del calderonismo, que es una suma de agradecimientos personalísimos, se deshará con el primer empujón serio de los que no saben esperar. En Valladolid, el albismo vallisoletano –que es diferente del albismo en general, como el albismo genérico es cosa distinta de Don Santiago Alba– recibe fuertes acometidas de las izquierdas socialistas y de las derechas, tan fuertes acometidas que se encuentra en pleno período de descomposición. En Ávila, todo el poderoso armatoste conservador, del que tanto se presume, se apoya en la suerte de Don Pascual Amat, que es un buen hombre. Zamora es un coto que se disputan a puños cerrados Alba y el Sr. Romanones. León –el segundo Bilbao– es el coto futuro de los que han ganado dinero con los carbones. Y, mientras tanto, la «meseta» no se sitúa, no se define, va, simplemente, tirando.

No hay casi ningún síntoma de que aparezca en el Parlamento español, bien definida, una política castellana, como existe, por ejemplo, una política catalana. Y a vosotros y a nosotros nos interesa que Castilla diga lo que tiene que decir. Hablemos honradamente para entendernos. La inquietud agraria es la primera preocupación política de Castilla; antes de llegar a la autonomía de su espíritu, tiene que llegar a la autonomía de su terruño. Antes de filosofar, de pensar, ha de vivir y comer. Pero, frente a Cataluña, a vuestra Cataluña, a la de los regionalistas y nacionalistas, Castilla debe exponer también, cordialmente, sus puntos de vista. ¿Cuáles? El primero de todos podría ser el de culparos de incomprensión. Así como el Sr. Royo generaliza demasiado al hablar de Cataluña, también ... el Sr. Rovira, por ejemplo, –y yo no soy sospechoso de odio al nacionalismo– generaliza demasiado cuando habla de Castilla. ¿Deseáis autonomía integral, plena, absoluta, soberana? Muy bien: plantead el problema dentro de Cataluña y fuera de Cataluña también. Salid de vuestras tiendas, ayudadnos, llevad a toda la política, a la política general, vuestra nota catalana. Andalucía, Castilla, Galicia, tienen sus problemas previos que resolver antes de plantear un problema análogo al vuestro. Llevad a su credo soluciones para el agrarismo, para los «foros», para los caciques, para los latifundios: decidnos, además vuestra visión particular del problema de vuestra casa, vuestro punto de vista general del problema español. Conquistadnos en castellano, sin preocuparos en exceso del acento, que, si son palabras cordiales y efusivas, toda la gente se dará cuenta de vuestra emoción y con emoción os pagará vuestro acento amoroso. Como sois fuertes, enseñad a todos los españoles vuestra fortaleza; sed, en buena hora, catalanes de vuestra Cataluña, pero sed asimismo los catalanes de las Españas.

Yo creo que hay, en Cataluña, una conciencia política en las masas y afirmo, de paso, que en Castilla no está. Ayúdadnos a crearla. Lo que a veces pueda parecer opinión colectiva de la «meseta», es una terrible y trágica suplantación de sus detractores y tiranos. Ganaréis y mereceréis vuestra Cataluña, una vez que haya merecido y ganado toda España, la viva, la que sufre, la que abatida por el dolor no puede hablar, la que no os conoce y, tal vez, no ha pensado en amaros porque vosotros, directamente, no habéis llegado a su corazón. El pleito de su autonomía, yo os digo, en verdad, que se gana en Valladolid, en Logroño, en León y en Salamanca al tiempo que en Barcelona, que en Lleyda, que en Terrassa y que en Vilanova y Geltrú. Conquistad, anexionad inteligencias en su labor colectiva; sed un poco, en el terreno ideal de la propaganda, los imperialistas de vuestro regionalismo y de vuestro nacionalismo, para que estos «hidalgos» de Castilla no os culpen, como el florentino, de aquella dura «avara povertà», que fue también patrimonio de ligures y lo es hoy de galos y de bretones.

La Veu de Catalunya (19-11-1919)

Terres de Castella XI

XI. Incomprensió, peresa

Altra vegada al meu poble, a casa meva, sentim contar a la gent les ocurrències esdevingudes durant els darrers mesos d'absència. I no ha passat res, com sempre. I, com sempre, ha restat tot. I, com sempre, continuen els exegetes a comentadors materialistes atribuint a mesquineses

[314] Creemos que la mejor traducción es esta acepción de escenario, retablo o tarima sobre la que se representan los títeres de Maese Pedro en el *Quijote*.

i cobejances inconfessables de la gent, tot el que succeeix i tot el que esdevé, si no de teulades amunt, al menys d'estrelles en avall.

Comprenc aqueix pessimisme desesperant, aqueixa por al buit, a la incomprensió i a la peresa que de tant en tant s'apodera de tots els lluitadors del pla i de la qual es feia ressò recentment el nostre amic Oscar Pérez Solís, condemnat aquests dies per l'Audiència vallisoletana a tres anys i mig d'exili per injúries al senyor Alba. Mai no es pregunta el per què de les coses, sinó el per a què. No es comprenen els moviments inicials de l'esperit; sinó a instàncies d'un guany més o menys immediat. Ni la supèrbia. ni tan sols la vanitat, no trobem explicació en el procés mental que s'opera dins el magí d'aquesta gent. El poble que tragué de les seves entranyes el Quixot, ha oblidat completament el «caballero de la Trista Figura». Ni l'orgull de no merèixer el procés, ni la placidesa de l'abandó, ni les agradívoles compensacions de la soledat més densa, no troben explicació en aquestes «mesetas». En la vida la gent no acostuma moure's desinteressadament.

Pregunto per aquest fecund i intens moviment agrari que, a la curta o a llarga, acabarà desfent el retaule de «Maese Pedro», que és el caciquisme que patim. No hi ha manera d'avançar cap pas en el camí de l'organització. Els mateixos, a llaor dels quals havem cremat –estúpidament, tal vagada– encens i mirra, vacil len una mica respecte el quixotisme de les nostres intencions. El xafardeig i les trapelleries comencen d'enverinar i endurir llur cervell. Àdhuc i deure llur posició política a un simple moviment de desinterès, comencen ja de creure, enganyats per un miratge indispensables i que deuen solament a llur agilitat l'ascensió a la cucanya. I, entretant, els d'abaix ens esguarden de fit a fit, amb els ulls ben oberts, en muda i constant interrogació: – I, doncs, ha -acabat la vostra tasca? Teniu l'optimisme dels enganyats o el cinisme dels mentiders? Era això tot el que ens oferiau?

Es comença qualsevol tasca, a Castella, però aviat ja no hi ha manera de continuar-la i, encara menys, d'acabar-la. La gent es cansa de seguida. O s'actua a empentes i rodolons, sense cohesió de cap mena, o no s'actua mai. Anàvem preparant, en aquests pobles, l'esperit públic per guanyar les eleccions municipals, i ara, amb motiu del nomenament de Jutges, s'està matant criminalment un anhel que hauria donat, en definitiva, fruits de benedicció. Perquè jo no ho sé, ningú no ho sap. Potser per que la continuïtat de l'esforç exigeix massa atenció. Potser, perquè al fons de tot moviment castellà, el lluitador es cura més del botí que de la glòria. Potser, perquè, personalment, algun deia directors del moviment aconseguí ja la fita. De totes maneres, és ben de doldre que cada dos per tres s'hagi de tornar a començar i que tot sigui sembrar i mai collir en els camps d'experimentació política i social de la nostra Castella.

Els que encara conservem l'optimisme, la fe i la confiança en nosaltres mateixos, no sembla sinó que ho conservem en qualitat de desenganyats i de pessimistes i precisament perquè ho som. No es tracta, certament, d'una paradoxa. Vull dir que el despreci per la gent porta al major entusiasme per les idees, les quals, àdhuc i essent filles dels homes, són, en certa manera, indiferents a llurs cobejança i interessos. Molts dels fracassos que reputem ideològics són purament personals; altres, que atribuim a la nostra inhabilitat, obeeixen al marasme i quietud espirituals de la gent.

Peresa, inanició, calma ensopida, Castella. Clams en el desert. I no és preferible tot al silenci?

La Veu de Catalunya (25-11-1919)

Tierras de Castilla XI (TRADUCCIÓN)

XI. Incomprensión, pereza

Otra vez en mi pueblo, en mi casa, sentimos contar a la gente los sucesos acaecidos durante los últimos meses de ausencia. Y no ha pasado nada, como siempre. Y, como siempre, permaneció todo. Y, como siempre, siguen los exégetas como intérpretes materialistas atribuyendo a mezquindades y codicias inconfesables de la gente, todo lo que sucede y todo lo que acontece, si no de tejados arriba, al menos de estrellas abajo.

Comprendo ese pesimismo desesperante, ese miedo al vacío, a la incomprensión y a la pereza que de vez en cuando se apodera de todos los luchadores del plan y de los que se hacía eco recientemente nuestro amigo Óscar Pérez Solís, condenado estos días por la audiencia vallisoletana a tres años y medio de exilio por injurias al señor Alba. Nunca se pregunta el porqué de las cosas, sino el para qué. No se comprenden los movimientos iniciales del espíritu; sino a instancias de una ganancia más o menos inmediata. Ni la soberbia, ni siquiera la vanidad, no encontramos explicación en el

proceso mental que se opera dentro de la mente de esta gente. El pueblo que sacó de sus entrañas el Quijote, ha olvidado completamente al «caballero de la Triste Figura». Ni el orgullo de no merecer el proceso, ni la placidez del abandono, ni las agradables compensaciones de la soledad más densa, no encuentran explicación en estas «mesetas». En la vida la gente no acostumbra a moverse desinteresadamente.

Pregunto por este fecundo e intenso movimiento agrario que, a la corta o a larga, acabará deshaciendo el retablo de «Maese Pedro», que es el caciquismo que padecemos. No hay manera de avanzar ningún paso en el camino de la organización. Los mismos, en loor de los que hemos quemado –estúpidamente, tal vez– incienso y mirra, vacilan un poco respecto al quijotismo de nuestras intenciones. El chismorreo y las trapacerías comienzan de envenenar y endurecer su cerebro. Incluso debiendo su posición política a un simple movimiento de desinterés, empiezan ya a creerse, engañados por un espejismo, indispensables y que deben solamente a su habilidad la ascensión a la cucaña. Y, entretanto, los de abajo nos miran fijamente, con los ojos bien abiertos, en muda y constante interrogación: – ¿Y, entonces, ha terminado vuestra tarea? ¿Tenéis el optimismo de los engañados o el cinismo de los mentirosos? ¿Era eso todo lo que nos ofrecíais?

Se empieza cualquier tarea, en Castilla, pero pronto ya no hay manera de continuarla y, aún menos, de terminarla. La gente se cansa enseguida. O se actúa a trompicones, sin cohesión de ningún tipo, o no se actúa nunca. Íbamos preparando, en estos pueblos, el espíritu público para ganar las elecciones municipales, y ahora, con motivo del nombramiento de Jueces, se está matando criminalmente un anhelo que habría dado, en definitiva, frutos de bendición. El porqué, yo no lo sé, nadie lo sabe. Quizá porque la continuidad del esfuerzo exige demasiada atención. Quizás, porque en el fondo de todo movimiento castellano, el luchador se cura más del botín que de la gloria. Quizás, porque, personalmente, alguno de los directores del movimiento consiguió ya su objetivo. De todos modos, es muy de lamentar que cada dos por tres se tenga que volver a empezar y que todo sea sembrar y nunca cosechar en los campos de experimentación política y social de nuestra Castilla.

Los que aún conservamos el optimismo, la fe y la confianza en nosotros mismos, no parece sino que lo conservemos en calidad de desengañados y de pesimistas y precisamente porque lo somos. No se trata, ciertamente, de una paradoja. Quiero decir que el desprecio por la gente lleva al mayor entusiasmo por las ideas, las cuales, incluso siendo hijas de los hombres, son, en cierto modo, indiferentes a sus codicias e intereses. Muchos de los fracasos que se reputan ideológicos son puramente personales; otros, que atribuimos a nuestra inhabilidad, obedecen al marasmo y quietud espirituales de la gente.

Pereza, inanición, calma soporífera, Castilla. Clamores en el desierto. ¿Y no es preferible todo al silencio?

La Veu de Catalunya (25-11-1919)

Terres de Castella XII

En aquesta Castella dels meus pecats, les institucions parlamentàries van perdent tot llur prestigi. Abans s'obrien els periòdics per aturar-se en les deliberacions del Congrés; el que deien els oradors tenia una ressonància enorme a la «meseta»; es conservaven amb tota mena de miraments els diaris de Corts; una interrupció d'En Prieto, un discurs d'En Lerroux, una intervenció parlamentària d'aquest o de l'altre prenia vol, s'encarnava en la llegenda popular, ingressava al catàleg de les frases corrents i feia créixer l'enorme cabdal popular de dites i modismes.

Avui, però, s'obren els diaris i a ningú no se li acut furgar dins de la tramoia política, potser perquè els fils i els ninots que els mouen són massa coneguts fins dels més allunyats de les bateries. Hi ha un corrent social –a Castella i tot!– molt més interessant que la migrada actualitat política, que sembla estar renyida amb l'emoció elemental. El castellà no fa política, contagiat per un pessimisme incurable. Tots els que avui viuen admirablement ben avinguts entre bastidors, sol licitaren algun dia els sufragis populars i, acabat que els els foren atorgats generosament, no tornaren a recordar-se de l'entusiasme momentani que desvetllaren en el cos electoral.

Els exemples, a Castella, es repeteixen fins a l'infinit. L'Alba, que va donar els seus passos primers amb En Costa i En Paraíso dins de la Unió Nacional, tronant contra el pressupost de Marina, assisteix, per primera vegada, a la Cambra règia com a ministre de Marina. En Silló, que combat l'Alba al Parlament, s'entén amb ell a tothora, així que la circumscripció de Valladolid és un vedat albista, i renyeix amb l'Alba, quan aquest vedat se li desfà, mercè a la tasca admirable dels socialistes. L'Amat, a Avila, fa tota mena d'equilibris per a conservar, sense mals de cap, el

seu districte d'Arèvalo. En Merino, a cada col legi de León, fa una política diferent, entenent-se al Nord amb l'extrema dreta, i al Sur amb l'extrema esquerra. I si fan això els polítics de talla, calculeu amb quina llei de combinacions, trapelleries, trampes, tramoies i farses han de viure aquells que no han arribat a la cima i no passen de la «aurea mediocritas», de l'alçària normal i corrent que aquí assoleixen la majoria dels professionals de la política.

Però, ja ni es comenten llurs anades i vingudes ni llurs dansés i contradanses. Castella s'adona que, per morir de fam, no necessita estendre la mà demanant almoina, i que per viure, si té ganes de viure, tot el restan se li donarà com a escreix. Par això es gira ara tranquil lament d'esquena davant l'espectacle polític. Solament En La Cierva, amb els seus cops de geni, aconsegueix algun crèdit entre les classes ultraconservadores. Els que han seguit a En Maura parlen de l'home d'abans, del de l'any 1919, per què el d'ara no els sembla pas continuació d'aquell. El partit republicà viu malparat i és patrimoni dels homes que fadrinejaven l'any 1868, i que avui són ja vells i avis respectables. Els anomenats lliberals no tenen altra ocupació i desig que el d'anar darrera del santó en demanda d'un sou, si no lucratiu, almenys regular i constant. El poble escolta, mira i calla i el sindicalisme comença de temptar-lo, de tant simplista que és, com una redempció.

Les primeres hores de la tarda les passo a un Casino obrer. S'hi llegeixen gairebé tots els periòdics i revistes d'esquerra: «El Sol», «El País», «España», etc. L'únic periòdic de dreta que s'hi llegeix és «ABC». Observo els llegidors. Ni un de sol satura a les informacions i comentaris de la política diària. El «Diario de Sesiones» roman, així mateix, en el més cruel dels abandons. Hi ha per tot això un desviament evident. Sembla que entre la gent hi ha la convicció que la política no existeix i que és una simple fantasia dels diaris desvagats.

Arriba la noticia de crisi. Diuen que no sé quin senyor ha rebut un telegrama amb la noticia. Es fa el buid entorn del que acaba de portarla. Ni una censura, ni un elogi: – De manera que els obrers demanen cinc pessetes a Valdemir que…[315]

I continua la conversa, que dóna la sensació justa que els homes es fan personalment llurs normes de justícia perquè existeixin i per atemperar-s'hi.

La Veu de Catalunya (09-12-1919)

Tierras de Castilla XII (TRADUCCIÓN)

En esta Castilla de mis pecados, las instituciones parlamentarias van perdiendo todo su prestigio. Antes se abrían los periódicos para detenerse en las deliberaciones del Congreso; lo que decían los oradores tenía una resonancia enorme en la «meseta»; se conservaban con todo tipo de miramientos los diarios de Cortes; una interrupción del Sr. Prieto, un discurso del Sr. Lerroux, una intervención parlamentaria de este o del otro emprendía el vuelo, se encarnaba en la leyenda popular, ingresaba en el catálogo de las frases en uso y hacía crecer el enorme caudal popular de dichos y modismos.

Hoy, sin embargo, se abren los periódicos y a nadie se le ocurre escarbar dentro de la tramoya política, tal vez porque los hilos y los muñecos que mueven son demasiado conocidos hasta los más alejados de las baterías. Hay una corriente social –¡en Castilla incluso!– mucho más interesante que la reducida actualidad política, que parece estar reñida con la emoción elemental. El castellano no hace política, contagiado por un pesimismo incurable. Todos los que hoy viven admirablemente bien avenidos entre bastidores, solicitaron algún día los sufragios populares y, una vez que fueron otorgados generosamente, no volvieron a acordarse del entusiasmo momentáneo que despertaron en el cuerpo electoral.

Los ejemplos, en Castilla, se repiten hasta el infinito. Alba, que dio sus pasos primeros con el Sr. Costa y el Sr. Paraíso dentro de la Unión Nacional, tronando contra el presupuesto de Marina, asiste, por primera vez, en la Cámara regia como ministro de Marina. El Sr. Silló, que combate a Alba en el Parlamento, se entiende con él a todas horas, así que la circunscripción de Valladolid es un coto albista, y riñe con Alba, cuando este coto se le deshace, merced a la tarea admirable de los socialistas. Amat, en Ávila, hace todo tipo de equilibrios para conservar, sin dolores de cabeza, su distrito de Arévalo. El Sr. Merino, en cada colegio de León, hace una política diferente, entendiéndose en

[315] Creemos que es una errata de imprenta y que se refiere a un pueblecito cerca de Alba de Tormes llamado Valdemierque.

el Norte con la extrema derecha, y al Sur con la extrema izquierda. Y si hacen eso los políticos de talla, calcular con qué ley de combinaciones, travesuras, trampas, tramoyas y farsas tienen que vivir aquellos que no han llegado a la cima y no pasan de la «aurea mediocritas», de la estatura normal y corriente que aquí alcanzan la mayoría de los profesionales de la política.

Pero, ya ni se comentan sus idas y venidas ni sus danzas y contradanzas. Castilla se da cuenta de que, para morir de hambre, no necesita extender la mano pidiendo limosna, y que para vivir, si tiene ganas de vivir, todo lo demás se le dará como de sobra. Por eso se gira ahora tranquilamente de espalda ante el espectáculo político. Solo el Sr. La Cierva, con sus golpes de ingenio, consigue algún crédito entre las clases ultraconservadoras. Los que han seguido al Sr. Maura hablan del hombre de antes, del de 1919, porque el de ahora no les parece continuación de aquel. El partido republicano vive maltrecho y es patrimonio de los hombres que polleaban en 1868, y que hoy son ya viejos y abuelos respetables. Los llamados liberales no tienen otra ocupación y deseo que ir detrás del santón en demanda de un sueldo, si no lucrativo, al menos regular y constante. El pueblo escucha, mira y calla y el sindicalismo empieza a tentarlo, de tan simplista que es, como una redención.

Las primeras horas de la tarde las paso en un Casino obrero. Se leen casi todos los periódicos y revistas de izquierdas: «El Sol», «El País», «España», etc. El único periódico de derechas que se lee es «ABC». Observo a los lectores. Ni uno solo se ocupa de las informaciones y comentarios de la política diaria. El «Diario de Sesiones» permanece, asimismo, en el más cruel de los abandonos. Hay por todo ello un desvío evidente. Parece que entre la gente existe la convicción de que la política no existe y que es una simple fantasía de los diarios ociosos.

Llega la noticia de la crisis. Dicen que no sé qué señor ha recibido un telegrama con la noticia. Se hace el vacío en torno al que acaba de llevarla. Ni una censura, ni un elogio: – De modo que los obreros piden cinco pesetas en Valdemierque...

Y continúa la conversación, que da la impresión exacta de que los hombres se hacen personalmente sus normas de justicia porque existen y por adaptarse a ellas.

La Veu de Catalunya (09-12-1919)

Los pueblecitos

Una visión de la aldea castellana

Aquí, en este grato reposo de la Biblioteca del Instituto de Estudios Catalanes, estoy releyendo con fruición un libro del claro, sencillo, justo y exacto "Azorín". Estamos en un pueblecito de la provincia de Ávila: en Riofrío. El cura, un espíritu curioso y angustiado, mitad pícaro, mitad místico, un verdadero espíritu castellano, nos describe las intimidades de la aldea. Los hombres son toscos y sabios; no tienen otros placeres que los placeres del yantar. Ningún placer espiritual les permite la limitación de su mollera. Son estos hombres pastores que pasan tumbados en el campo todo el día o labradores que arañan la tierra para ganarse el mísero sustento. El pueblecito, frío, tiene sus casas como chozas. Las inclemencias de la estación azotan de continuo estas viviendas campesinas. Metido en un barranco el pueblecito cuya parroquia regenta este curioso cura Bejarino, apenas se ven en él las estrellas corretear por el espacio infinito durante las noches de verano y de primavera en que aprendemos a soñar.

Desde Cataluña, veo con la imaginación estas pobres, trágicas aldeas de mi Castilla en este crudo invierno de 1921. No se come el pan fresco más que dos veces a la semana..., donde se come. Cada tres o cuatro días, con el cocido, se cuece un mísero trozo de oveja anciana. Abunda el vinazo espeso y fuerte. No hay más placer que el de la brisca durante las tardes domingueras. Aúlla el viento, silba, dentro de la tejavana de las casucas de adobes. No cruza una idea, una emoción, en el alma campesina. No se canta, como antaño, a la caída de la tarde. La niebla envuelve estos aduares que tienen el color de sus hombres, como los hombres tienen el color de su tierra.

En estos pueblecitos castellanos no puede vivir hogaño el jornalero. Ya no mata el cerdito que le sustentaba. Conoce los agobios y los apremios de la usura que aprieta. Su alma se ha cerrado a toda expansión de piedad. La vida dura le ha hecho hosco, altanero y hermético. La aldea castellana es hoy inhospitalaria y agresiva, escéptica. Nido de hambrientos ganapanes, se va despoblando lentamente, porque sus hombres siguen la ruta del mar lejano.

Muy pronto desaparecerán algunos de estos pueblos. Hace falta espacio para los cotos de caza y para los toritos de lidia.

En Cataluña

El tren cruza por los campos de Tarragona. Casitas blancas, cómodas, espaciosas; el payés sonriente, colorado, mofletudo, desciende en la estación y monta en su tartanita. Día claro, cielo diáfano, radiante; a lo lejos, el mar azul, en calma, nos da la sensación de un lago inmenso. Más pueblecitos; masías anchas, gritos de mujeres, algarabía de niños ante la tibieza del buen sol.

Escuelas blancas, la casa parroquial con su huerto a la espalda, torres... Todo payés es un pequeño propietario que ha realizado su negocio; seguramente tiene su ahorro en el Monte de Piedad; el huerto le da legumbres; las bodegas están repletas de caldos; se nutre de carne, de leche, de huevos; acaba de votar a su antojo al diputado; la ciudad le sirve de solaz de cuando en cuando. Para comunicarse con ella, tiene su teléfono; en la escuela pública no hocican los cerdos la basura; un filántropo ha legado un pequeño hospital al pueblecito.

Barcelona, costas de Garraf, Sitges. Todo es blanco y azul, bajo este cielo, a la vera de este mar, sonrisas de mujeres, juegos de niños, esperanzas, alegría, sol. Cataluña come y Castilla ayuna. La periferia vive y la llanura perece literalmente de angustia. Sus hombres, sí, nos gobiernan a todos, pero son tan extraños allá como por aquí. El pueblo vive alejado del Estado. Si automáticamente se paralizase todo el engranaje oficial, Cataluña descansaría y Castilla sentiría la sensación de un vaso de agua cristalina en la garganta de un sediento.

Greco y Rembrandt

Actualmente el payés está reclamando a gritos la paleta de un holandés sensual y festivo. El payés ama la vida y sabe reflejar este amor en su rostro. Mientras el obrero va declinando su esplendor, mientras la pobre clase media va pereciendo lentamente ante la agitación económica que trastorna el mundo, él es el dueño de la situación. Ama, canta, danza, discretea y es feliz.

El aldeano de Castilla no es dueño sino del palmo de tierra que ha de cubrirle. La propiedad se va concentrando cada vez más. Y así está el de espigado y ojeroso; como un caballero del Greco que, teniendo fiebre de inmortalidad, de ensueño, ha de pelearse a diario, cada momento, con las cabras, con los conejos, con los toritos de lidia, que son en unión de otras especies zoológicas, los caciques, los únicos que disfrutan de fueros y de privilegios en esta pobre altiplanicie que no puede asomarse al mar.

La Publicidad (19-01-1921)

El trágico resurgir de Castilla

La Castilla en escombros, que vislumbró y profetizó el amigo Senador hace algunos años, es ya hoy una realidad angustiadora, aun en las provincias más ricas, como Salamanca y Valladolid. Castilla no es dueña de su suelo, ni lo será durante algún tiempo. Mientras los pueblos y las ciudades aparecen amodorrados y quietos, en la gárrula charla de sus casinejos y a la sombra venerable de sus catedrales vetustas, en las aldeas, alquerías y cortijos se opera una reacción de malestar y de protesta que puede dar, y que dará, seguramente, al traste con el *statu quo*. Unos pueblos, como Cerralbo, cerca de la frontera portuguesa, van, poco a poco, autocomprándose, para que no se repita el caso de Camposerrado[316] y de otras aldeas, donde la concentración de la tierra disolvió la parroquia y el concejo. En otras partes, en el partido de Béjar, por ejemplo, pueblos enteros han obligado a los dueños de las dehesas a firmar contratos colectivos de arrendamiento y aparcería. En las provincias de Valladolid y Salamanca, y en la de Cáceres, donde radican los mayores latifundios del Oeste, se alzan ya, pujantes y amenazadoras, muchas sociedades agrarias, que no se proponen otra cosa, al principio de su actuación, que el reconocimiento de sus estatutos colectivos por parte del señor. Y en la Castilla de los comuneros y de los fueros municipales, donde había una intensa vida corporativa antes del entronizamiento de los Austrias, en los pueblos del reino de León, donde el Concejo, tradicionalmente, fue siempre como el rector y el eje de toda la vida gremial, se torna a una preocupación activísima por los problemas municipales, con el sentido modernísimo de considerar a estos como mera expresión de las necesidades familiares y económicas de las pequeñas comunidades.

Castilla es hoy una mera expresión geográfica, donde se carece hasta del más rudimentario sentido regional. La preocupación vallisoletana de considerar a los castellanos y a los leoneses

[316] Errata de imprenta por *Campocerrado*

como formando parte de una sola comunidad histórica y a Valladolid como la capitalidad de esa novísima expresión, no pasa de ser un sueño de unos cuantos literatos ociosos, de unos cuantos políticos aprovechados y de unos cuantos comerciantes que quieren concentrar, en las riberas del Pisuerga, toda la actividad económica de las provincias limítrofes.

El castellano siente exclusivamente el municipio, y a lo sumo, la comarca, que nada tiene que ver con la geografía administrativa al uso, sino que obedece a razones más profundas y eternas de accidentes del terreno. Acaso por este fuerte sentido individualista, que hace considerar a veces como enemigos a los vecinos de los distintos barrios de una misma ciudad, los problemas de Castilla no aparecen a la superficie, con la uniformidad de las contiendas contra los foros, que se dan, por ejemplo, en Galicia, o de la protesta contra el poder central que se observa en los municipios catalanes.

Pero el problema de Castilla, digámoslo ya de una vez, para volver al tema, desde el terreno, de cuando en cuando, en las páginas de esta revista, que se propone recoger por lo visto los latidos vivos de la altiplanicie, son exclusivamente hoy de tierra, de malestar económico, de dificultades de explotación de la tierra, de procedimientos técnicos para robar al suelo sus tesoros. Castilla vive hoy desplazada con el absentismo y es tributaria del parasitismo más arbitrario que haya padecido nunca. No nos sorprendan venideras conmociones; no nos llamemos a engaño, si cualquier día, en un vulgar motín de subsistencias, o más tarde, cuando en mayo o en junio sus jornaleros, vueltos de Extremadura de la cosecha temprana, se alcen en un formidable movimiento de rebelión contra los absentistas. Si en 1917 y en 1918 el problema de Andalucía fue la pesadilla y la amenaza, es muy posible que en 1921 o en 1922, el agro castellanoleonés reclame toda la atención pública. Como en todos los problemas vivos, sus características han de ser tan diversas como los lugares en que se planteen estos. Mientras en Burgos, en Soria y en la mayor parte de la provincia de Ávila, prescindiendo de la comarca de Arévalo, se tiende al minifundio y la medula de la solución estriba exclusivamente en una cuestión técnica de explotación pinariega, en las provincias leonesas, Salamanca y Valladolid, y con menos extensión en Zamora y Palencia, se discutirá nada menos que el derecho a la tierra y a la explotación colectiva y corporativa de ella. Yo conozco pueblos enteros, enclavados en la zona triguera más rica, Armenteros, La Umbela, Valdecarros, Larrodrigo, Horcajo Medianero, en la frontera castellanoleonesa, cuya vida quedará resuelta el día en que los señores de las dehesas asocien a la explotación los vecindarios limítrofes.

En otras regiones, en la peñarandina, por ejemplo, la vida labradora depende exclusivamente del aprovechamiento de los bienes comunales que lentamente ha ido apropiándose el Estado. Cada localidad tiene su dolencia específica agraria con su terapéutica también específica. Algunos casos, el de Cepeda, comido el pueblecito por una finca improductiva; el de Robliza de Cojos, que no es dueño de su propio solar; el de algún otro perteneciente al señorío de los duques de Valencia, son más agudos y urgentes que los generales. Pero lo terrible del caso es que toda la meseta está sencillamente aplastada por las dificultades del vivir de la gente campesina.

La emigración está creando, para la cosecha próxima, la dificultad insuperable de la carencia de brazos. Emigran familias enteras y hasta pueblos enteros. Algunos de ellos en masa han propuesto y pactado su éxodo con los gobiernos sudamericanos. Cuba y los Estados Unidos son, hoy por hoy, las tierras preferidas para los emigrantes. A las grandes zonas mineras españolas –Vizcaya, Asturias– también afluyen hoy los campesinos castellanos. Apenas se inicia el invierno, todos los años, asaltan los Gobiernos civiles, en busca de pasaporte, la mayoría de los brazos descolocados y aun los que intervinieron en las faenas agrícolas estivales, porque a excepción de los mozos mayores que tienen su colocación fija en casa de los amos durante todo el año, el resto de los jornaleros no cuentan con más ingresos fijos que los miserables de la escarda y los no muy pingües y lucidos de la recolección. No creo que lleguen a cien jornales fijos y seguros los que obtiene el obrero del campo durante el transcurso de todo el año. Con semejante régimen económico, fácil es prever las amarguras, los sinsabores, las dificultades de toda laya, que son la cohorte obligada del vivir campesino en la meseta central española...

Me invitaba la revista MERCURIO a hablar en sus columnas de los valores espirituales de Castilla en el momento actual. ¿Valores espirituales, sentido espiritual, orientaciones espirituales de la meseta en la hora de ahora? Eso implica, en último caso, a mi modo de ver las cosas, la resolución previa de los problemas materiales. *Primero vivir, filosofar después.* Castilla no puede vivir todavía la vida del pensamiento, porque tiene que resolver previamente aquellas premisas que la pongan en el caso de pensar. El viejo pueblo de conquistadores y de santos es hogaño una turba de

mendigos amenazadores y trágicos, víctimas de sus caciques, de sus conejos [¿concejos?], de sus terratenientes, de sus balduques, de su incomprensión, en suma, para la vida social y de relación.

Pero Castilla resurge ...

Mercurio (04-02-1921)

Bilbao y Castilla

Conozco, desde hace más de veinte años, la invicta villa. De adolescente, mi padre, todos los veranos, me llevaba a Portugalete, y allí, sobre la terraza del Hotel, cara a la ría, a la vera del puente colgante, oyendo el sordo murmullo del Cantábrico, leía mis libros de adolescencia: Eça de Queiroz, Flaubert, Guy de Maupassant, Pereda, Palacio Valdés, Alarcón, Lamartine, Balart. Y a la primera impresión que tales libros dejaron en mi espíritu, va unido el recuerdo de la iglesia de Portugalete en un altozano, del hotel rojo de Martínez Rivas en las Arenas, de la capilla de la viuda de Epalza en la discreta obscuridad.

Luego, de hombre, he vuelto algunas veces a Bilbao. Hará pronto tres años, la última vez. Descansaba, por entonces, de una áspera y ruda campaña agraria que inicié entre los campesinos de mi Castilla. Y a la vista del Abra, del silencio de Plencia, del encanto de la isla de Chacharramendi, de las bocas negras de los Altos Hornos, del suave y dulce panorama que se divisa desde Begoña, mi espíritu encontró descanso en los contornos vagos y mis ojos frescura en el sirimiri calabobos de la villa que estos días ha conmemorado el recuerdo de los mártires de sus sitios contra los carlistas.

Achicharrado, caldeado todavía por el sol agosteño de mi ingrata meseta, Bilbao me pareció un oasis. Recorrí Vizcaya, casi toda Vizcaya, de punta a punta, en automóvil, al lado de queridos amigos que habían sido mis compañeros en aquel intento de liberación de la conciencia campesina. El paisaje bilbaíno se me antojó entonces británico, nórdico, blando, sin resaltes, rico de colorido y de vaguedad. Y la línea parda del mar lo limitaba allá, a lo lejos, en una veta desvaída, en una línea medio borrosa, que lo llenaba de encanto y de misterio.

Esta ciudad –pensaba– este Bilbao de los *nouveaux riches*, de Trueba el pueblerino, de Unamuno el universal; este Bilbao de los navieros y de las tierras enrojecidas con la sangre de su hierro, esta villa, ruidosa y recogida a la vez, cosmopolita e íntima en una pieza, es el corolario de su ría, y la ría la línea que la pone en comunicación con los caminos del mundo. Bilbao es nuestro órgano de relación con Europa. Las ideas y las modas de Inglaterra llegan al Boulevard antes que a la Carrera de San Jerónimo y antes también que a la Rambla de las Flores. Los hogares tienen ya la facha y son el trasunto de los *homes* ingleses. El bilbaíno acusa una más recia individualidad, una originalidad más honda que el madrileño, el barcelonés o el sevillano. El carlismo y la intransigencia que surgieron más allá de San Pedro Avanto, que minaron las aldeas y los caseríos, se detuvieron al llegar a la ría, avergonzados. Como yo espero que ante la ría se detenga Castilla también, la hermética de las paneras y del pacto de retro, del caciquismo montaraz y de los caciques absolutos. La liberalización completa y futura de Bilbao vendrá cuando se imponga a Castilla con el empuje de su frescura y con la osadía de sus cheques. Paralelamente, la liberalización de mi Castilla vendrá, si es que viene alguna vez, cuando no se detenga en la ría y sepa hollar las aguas del Cantábrico, mar arriba.

El campesino de Castilla ha comenzado a soñar en mejores tiempos gracias al dinero de Bilbao. Yo he defendido y seguiré defendiendo en estas columnas de mi querida ESPAÑA, la intrusión del bilbainismo audaz, franco y travieso, en los comicios castellanos. Es preferible que el colono mande a paseo por veinte o por treinta duros al terrateniente sórdido que estar atado a este a perpetuidad. La turbina de los bilbaínos ha ido arrastrando, con su frescura, muchas de las porquerías tradicionales en la meseta. Antes de que corran las ideas, tienen que correr los billetes tierra adentro. Y nosotros hemos sembrado a voleo el socialismo entre los campesinos castellanos, gracias a Bilbao.

Pero en Bilbao, paralelamente, se impone la transfusión de la gravedad y de la austeridad del espíritu castellano. En el fondo, D. Quijote siempre se ha entendido a maravilla con el caballero vizcaíno, sencillamente porque es caballero. El duelo entre ambos combatientes ha de trocarse muy pronto en alianza y en consorcio. Ahí están esos sueños, que serán pronto realidad, de los saltos del padre Duero. El río de nuestro Romancero, de Bellido Dolfos el traidor, de Sancho, del Cid, de doña Urraca y del Cerco de

Zamora la bien cercada,

llevará, en sus ondas, muy pronto, el bienestar y la alegría a nuestros pobres aduares zamoranos y salmantinos. ¿Y quién ha agitado más los posos de la conciencia castellana que este buen D. Miguel de Unamuno, bilbaíno, que sería mucho más de su tierra si fuera tan largo en los actos como corto en las palabras? ¿Y no hay en Zuloaga, al lado de la tradición castellana, la osadía del buen Bilbao?

Castilla es conservadora y retardataria porque se asienta en tierra, que es pereza y es limitación. Paneras, juzgados, pactos de retro, contratos criminales de arrendamiento, odio al mar y a la aventura, quietismo, son hogaño sus características acentuadas. Bilbao, en cambio, es invicta y es liberalísima, porque es medio fluvial y medio marítima. El surco ha encanallado a Castilla, pero la ría y el Nervión han moldeado el esqueleto y el sistema nervioso de los bilbaínos. Castilla es tosca, y es insensible, y vive acorchada, porque no se ríe, porque no canta, porque no se lava y porque no goza. Bilbao es fino; y es sensible, y es sagaz, porque contrapone gustos contra gustos, ideas contra ideas, sensaciones contra sensaciones, guarismos contra guarismos Y fue la ría, la santa, la parda, la roja ría, la que detuvo las partidas montaraces, que siguen aún cobijadas en Vitigudino y en Arévalo, en Segovia y en Peñafiel, en Alba de Tormes y en Medina del Campo, capitaneadas por Silió[317], por Martín Veloz, por el conde de Sagasta; y fue el mar, el mar de los Cántabros, el que sorbió el aldeanismo de los clérigos toscos, de los ganapanes y bachilleres de toda laya, de los administradorcetes y de los letradillos, de las legiones inciviles y bárbaras que quisieron llenar de porquería las aguas pardas y rojas de la ría.

Pensando en esto, hace tres años, al cobijo de la amistad, en una tregua de la lucha para saturar de resina y de salitre los pulmones de mi pobre tierra castellana, de mis labios brotó una sentida oración civil. Bilbao fue el hogar de mis primeras lecturas de juventud; Bilbao es la cuna de Miguel de Unamuno; Bilbao es, tal vez hogaño, a pesar de su depresión momentánea, la sede de una nueva civilización que se ha ido apoderando del dinero, que es un medio para ganar y libertar el espíritu, que es la suprema aspiración civil. Y bendecía sus almacenes, sus fábricas y sus chimeneas para maldecir las parvas y las paneras de mi Castilla. Y exaltaba en mi corazón doliente el alma aventurera de sus industriales frente al espíritu cominero y abogadesco de los seráficos terratenientes que padecemos tierra adentro, sesteando con el *ABC* y con la timba y con las novelas de Felipe Trigo. Y bendecía la ría para maldecir el surco de los panes que los señores comen y los esclavos ayunan. Y cantaba, finalmente, a los mártires de los Sitios gloriosos de la invicta Bilbao –invicta porque no la vence la holganza– que fueron los primeros hijos criados al calor de los besos de su ría.

España (06-05-1922)
La Tribuna (14-05-1924)

Tópicos manidos

En un periódico de la noche, «Heraldo de Madrid», don Ernesto López Parra[318] se ha dedicado a descubrirnos Castilla a los castellanos. No conocemos una mente más hundida en el confusionismo que la del joven escritor talaverano. Sin duda él quiere decir algo, lleno de enjundia, sobre las ciudades y el campo de Castilla; pero no lo dice. Y cuando actúa de descubridor descubre López Parra verdaderos Mediterráneos. Así, recientemente, hablando de Santa Teresa, nos aseguraba que él da a conocer al público, por vez primera, el delicioso retrato que hizo el padre Rivera de las perfecciones y gracias físicas de la reformadora del Carmelo, cuando esa pintura encantadora del rostro moreno, de los ojos negros, grandes y habladores, y de los lunares que decoraban el guapísimo rostro de la Virgen de Ávila, aparece en todas [las] biografías y es casi un tópico entre la inmensa falange de teresianos, devotos y entusiastas.

Varios retratos del Padre Rivera nos ha descubierto estos días don Ernesto López Parra, paisano del Padre Juan de Mariana, del que no se ha pegado, ciertamente ni el sentido crítico ni la

[317] César Silió y Cortés (1865 – 1944). Periodista y político conservador español, diputado a Cortes, senador y ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes en dos ocasiones durante la Restauración.

[318] Esta crítica tan dura dice bastante más de lo que a primera vista parece. Efectivamente Ernesto López Parra venía escribiendo en *El Heraldo de Madrid* varios artículos sobre Ávila y por tanto de Santa Teresa (4, 10 y 19 de julio y 2 de agosto) con el título genérico «De Castilla». Y más adelante «Mujeres de Castilla» (9 y 14 de octubre de 1924). Estos temas, tan trillados por Sánchez Rojas, tan suyos, parecen una burda imitación y debieron despertar en él cierto malestar. Creemos que, a pesar de callarlo, ese resentimiento se trasluce en la dureza del artículo.

discreción, histórica. Recientemente acusa a los castellanos de no haber sabido formular el problema actual de Castilla, pendientes de divagaciones líricas y de escarceos puramente literarios. Lo que desconoce el Sr. López Parra lo niega bonitamente con el mejor de los humores. Decir eso de una región que ha parido a hombres como Ricardo Macías Picavea, que formuló «El problema nacional», es decir el más pintoresco de los dislates.

Y no hablemos de Julio Senador, con su «Castilla en escombros» y su «Canción del Duero»; de Juan Díaz de Caneja, literato y jurista, planteador del problema de los arrendamientos; de Federico Santander, sutil y delicioso cronista de una «Guía espiritual» por las ciudades y villas castellanas; de Gascón, especializado en los problemas de técnica agrícola; de Luis Carretero, segoviano, que ha escrito una sagaz monografía sobre la fisonomía espiritual de las tierras leonesas; de Fernando Iscar Peyra, mi entrañable y fraternal amigo, desde las aulas universitarias, historiador de la literatura contemporánea regional y espíritu exquisito y buceador de los más recónditos panoramas espirituales de Castilla; de Paco Antón, de Torre Ruiz, del marqués de Lozoya, del doctor Rafael Navarro –estudios[o] de las enfermedades del llano–, de Filiberto, Villalobos, el doctor inquieto y generoso, [que] ha llevado a la charrería la preocupación agraria, etc., etc.

Vea, pues, el señor López Parra, cómo no puede afirmarse que los escritores castellanos se consagran, como él, a la divagación lírica y al tópico manido. Si exceptuamos a Cataluña, antes que Galicia, antes que Aragón, la Castilla actual tiene conciencia de su misión histórica y de su actuación política en los tiempos actuales. Yo mismo, desde 1919 estoy insistiendo machaconamente, pesadamente, sobre las placas [plagas] de la usura, del señorisino, de la tafurería, de la cría de toros de lidia y de otros temas que son exclusiva y preferentemente políticos.

Tampoco puede escribirse, como ha escrito el señor López Parra, que los escritores castellanos no han sabido espejar en sus escritos el paisaje, y menos, que Antonio Machado, el querido poeta y fraternal amigo, se haya empeñado, «inútilmente», en dar un sentido nuevo a sus visiones del llano.

Afirmar esto de Machado es una sandez, y escribir lo primero, es desconocer en absoluto la literatura regional de hogaño. ¿Conoce el señor López Parra los cuentos de Luis Maldonado, los versos de Cándido Rodríguez Pinilla, los ensayos de Paco Cossío, los repertorios musicales de Dámaso Ledesma y de Ontañón? ¿Ha leído el señor López Parra «Tierra de Campos», la novela de Macías Picavea; las narraciones «El carro» y «El misericordioso», de Mariano Domínguez Berrueta; los cuadritos castellanos del sutilísimo Federico Santander y Ruiz Jiménez? Pero si desconoce a Machado el señor López Parra, si el señor López Parra no ha sentido sensaciones nuevas ante los poemas de Antonio Machado; ¿cómo vamos a pretender que haya leído con reposo y delectación espirituales los libros actuales de una generación de escritos [escritores] abnegados y sobrios que, desde su respectivo rincón, ofrendan a Castilla los mejores frutos de su corazón y de su cerebro?

Olvide esos escarceos el señor López Parra. Si ha de continuar escribiendo sobre Castilla, prepárese antes con largas horas de lectura, de estudio y de meditación. Los frutos del espíritu no se improvisan: se maduran. Hoy no se puede divagar cuando se habla de temas concretos y determinados: lo prudente, lo discreto, es enterarse. Antes de hacer blanco, los buenos tiradores suelen afinar la puntería primero y asegurarse de la carga de la escopeta después.

El Porvenir Castellano (27-10-1924)
El Adelanto (10-10-1924)
La Noche[319] (27-08-1924)

De la España insular

Mientras viva y aliente este querido amigo nuestro que se llama León de las Casas, este hombre a quien llama Cambó dinámico por la movilidad y por la inquietud de su espíritu, el problema de Canarias llegará a preocupar a todos los españoles como un problema obsesionante, urgente y de solución inaplazable. Antes de que se cree el Estatuto Provincial y de que el señor Calvo Sotelo acabe de adoctrinar a los generales del Directorio con el ardor fanático de los buenos chicos que han ganado en las universidades sendas matrículas de honor, León de las Casas prepara sus baterías para que nadie le gane la delantera. Las Islas Menores son el amor de nuestro amigo, por nada del mundo consentirá que se las moleste y que se las visite. Él ve el problema de

[319] Se publicó bajo el título «Castilla y los castellanos».

Canarias en su totalidad y como un sector de avanzada de la metrópoli. Sus islas, perdidas en el Océano, son en realidad, unas e indivisibles, como una e indivisible es toda frontera, sobre todo la marítima. Nada por consiguiente, de concepciones locales y de luchas intestinas. Hay un solo problema, el insular que ha de enfocarse íntegramente y de una vez para siempre.

Su conferencia del miércoles en la Real Academia de Legislación y Jurisprudencia, fue una batalla más, ganada ante la opinión, en el momento preciso en que se ha planteado el problema provincial. Lo que en las provincias de la metrópoli, continentales e interiores, es un pleito de tacto y puramente administrativo, se trueca en Canarias en un problema de soberanía. Visto así el problema, como lo vio acaso antes que nadie, don Juan Sol y Ortega, es claro que todas las islas han de formar un organismo homogéneo. La isla de Palma, en lugar de sumarse alternativamente a Gran Canaria o a Tenerife, ha de ser como centro natural de las demás islas menores, las antiguas de señorío –Lanzarote, Fuerteventura, Gomera, Hierro– integrado por los cabildos mancomunados, que han de moverse en un holgado y amplio régimen federal.

Régimen federal que no se opone a una concepción unitaria del problema, tal como Casas lo ve y lo formula. Y como pinto a la España continental, hay también una España insular, es natural que para ella nazca y se establezca, el lado de un nuevo derecho, un nuevo régimen, esencialmente canario. Preocuparse de las islas, es, después de todo, reforzar la soberanía española, dotarla de nuevos elementos de defensa, hacer sentir al mundo entero que ese pedazo de tierra africano es el primer jalón de nuestra tierra. Al cobijo de estas nuevas inquietudes de León de las Casas, encontrará seguramente forma el nuevo regionalismo insular que ya está despertándose y que llevará la preocupación española a un problema como este, que antes se había desdeñado, sencillamente porque las Canarias estaban muy lejos y adoptábamos para ellas la ética un poco sospechosa que llevamos a Cuba y que llevamos a Filipinas.

El Pueblo (08-03-1925)

Alusiones

A Lázaro Andrés[320]

¡Querido Lázaro Andrés; yo no conozco la Sierra! Yo no conozco Sequeros, ni Miranda, ni la Alberca, ni las Batuecas. Es una de esas excursiones que siempre he querido realizar, la de la Sierra, y que nunca he realizado. Ahora, con el pie en el estribo para asentar estos meses de calor en la dulce Salamanca mi campamento, ahora que precipitadamente doy remate a trabajos urgentes para pasar todo el verano en esa tierra, a la sombra de las encinas y al cobijo del silencio augusto de esas piedras, que tantas cosas pretéritas y futuras dejan resbalar sobre el corazón que siente –recuerdos y esperanzas– veré la Sierra. Y con mil amores recogeré tu alusión, y sobre el terreno, en estos periódicos de Salamanca y de fuera de Salamanca, una y mil veces, con machacona insistencia, hablaré de ese ferrocarril que proyectáis y procuraré atraer la atención de las gentes hacia nuestros problemas y hacia nuestras necesidades colectivas.

¡Sí, señor ingeniero, sí! Con mil amores estoy siempre a tus órdenes, amigo, y a las órdenes de los bravos hijos de la Sierra, tus paisanos. Mi Salamanca empieza en la ciudad y acaba, en Cantalapiedra, de un lado, y en Puerto de Béjar de otro. Políticamente, Salamanca es algo más que su provincia, un poco arbitraria y un poco artificial. Zonas enteras de Cáceres, de Ávila y de Zamora están plenamente sometidas a nuestra influencia espiritual y material.

El día que Salamanca tenga conciencia de su futuro, se aliará con Zamora, y con Cáceres, y con Ávila, para la solución de problemas comunes. Salamanca va creciendo mucho; si no se tuerce, será la reina del Oeste. Marcará, con Santiago y con Sevilla, los tres puntos de la cultura y de la riqueza occidentales de nuestro pueblo, y ha de ser el ferrocarril quien la aparte de su aislamiento, de su apatía y de su indiferencia esquiva y huraña.

Yo veo vuestro ferrocarril de la Sierra, y el de Ledesma, y el de Ciudad Rodrigo o Gata, y hasta el de Béjar por Piedrahíta, se alargue o no hasta Castejón, como remate de una política ferroviaria extensa, en la que debe hipotecar sus amores Salamanca. Ante todo, el ferrocarril de Ávila por Peñaranda. Luego el de Zamora a Orense, hasta Vigo. Con este triángulo, Salamanca es la

[320] Alcalde de Valero (Salamanca) en ese momento e ingeniero electricista, junto con otros alcaldes tratan de promocionar la Sierra de Francia con un camino y un tren. Lázaro Andrés escribió en *El Adelanto* (11-03-1925) un artículo con el título "¿Un ferrocarril por la Sierra de Francia?" que es al que contesta Sánchez Rojas.

dueña de todo el tráfico gallego, de todo él. Recogeremos, con el provecho material, las miradas y la presencia del forastero, del turista y del estudioso. Será una gran ciudad muy pronto Salamanca, que pasará de cien mil habitantes. Recibiremos los productos enseguida y cambiaremos y venderemos a buen precio los nuestros, enseguida también. Vigo, automáticamente, acortará su distancia a Madrid, más de 120 kilómetros, enlazaremos y relacionaremos Galicia con el corazón de España, y se recorrerá la distancia que va desde Madrid al más hermoso puerto del Atlántico en doce horas, y no en más de veinte que se invierten hoy.

Y en derredor de esos dos trazados, Ávila-Salamanca y Zamora-Vigo, vuestros ferrocarriles. Pero ayudad y empujad lo grande para que se os dé lo pequeño. Tened, antes, una visión total del problema que, luego, indefectiblemente, os perfilarán los detalles y los pormenores. Primero el corazón; luego vendrá el sistema arterial. Veo con gusto, veo con simpatía, tus aldabonazos y los del querido amigo don José Manuel Bartolomé, en pro de Ledesma, y los de los mirobrigenses y abulenses en pro de sus menesteres respectivos, pero, por vosotros mismos, por Salamanca –entendiendo por Salamanca la totalidad de su expresión geográfica y espiritual– por España, subordinad lo pequeño a lo grande y lo accesorio a lo principal.

Si mi pluma sirviera, que no sirve, para sembrar inquietudes a voleo en el alma de los salmantinos, yo cogería por las solapas a este inteligentísimo García Tejado, y le diría: «Mi querido presidente. Te ha tocado dirigir la provincia en un momento difícil, pero esperanzoso. Todos se mueven, todos se agitan, todos piden. Invítalos a todos ahí, en Salamanca, en el teatro más grande, en la plaza de toros, en la Plaza Mayor, un día de sol. Poneos de acuerdo. No cejéis hasta que esto de Ávila concluya, hasta que esto de Orense se inicie».

Hablemos, escribamos todos. Los que son técnicos y los que no lo somos. Vamos a salir una vez de este marasmo. Vamos a pedir grandes cosas, que ya habrá tiempo de regatear. Vamos a cubrir de redes ferrocarrileras nuestros encinares, nuestros valles, nuestros ríos, nuestras aldeas. Vamos a interesar a todo el Oeste, a Vigo, y a Orense, y a Zamora, y a Cáceres, y a la Moraña, en nuestro pleito, que es el suyo. Formemos –¿por qué no?– nuestra Mancomunidad. Tú tienes espíritu, querido presidente, tú tienes talento, tú tienes palabra intencionada y aguda. ¿Por qué no comenzamos por el principio?

Querido Lázaro Andrés, amigo don José Bartolomé, presidente de la Diputación de mi provincia: ¡hay mucho que hacer y no hemos empezado todavía! Yo os digo, como siempre, toda mi verdad. Pudiendo ser los directores de toda una política ferrocarrilera occidental de España, es vergonzoso que sólo pidamos calderilla suelta. Y nuestro sueño es el sueño de Galicia. ¿Queréis oír ahí, en el Paraninfo, en el teatro Bretón, al hombre ilustre que mejor ha estudiado estas cuestiones, a don Eloy Luis Andrés, catedrático del Instituto del Cardenal Cisneros? Yo estoy seguro de que no sabría, ni podría, ni querría negaros su concurso. Muchas veces me lo ha dicho él, cuando los dos, al atardecer, por el Retiro, soñamos, él con «desarrinconar» su Galicia; yo, con soñar para mi Salamanca un futuro que dé cruz y raya a su pasado.

El Adelanto (13-05-1925)

Hacia la concordia

Cuando aún no se ha apagado del todo el eco de las fiestas de confraternidad celebradas en Barcelona[321], a mediados del mes pasado, entre intelectuales catalanes y castellanos, el espíritu dinámico e inquieto de don Francisco Cambó lanza al público su nuevo libro *Per la concordia*, que es la mejor glosa de aquel acontecimiento ejemplar. Lo que llama el señor Cambó «el hecho diferencial de Cataluña» puede y debe quedar resuelto en la zona de la cordialidad y de la inteligencia. Nada de estridencias. Los intelectuales no suelen gobernar, pero nutren de ideas a los gobernantes, sobre todo en los momentos de los cambios políticos. Lo que llama el señor Cambó «el hecho diferencial» de Cataluña no es otra cosa que el reconocimiento de su lengua. Con eso y con que España considere que a Cataluña se le debe cierto mínimum de autonomía, el problema actual entrará en vías de ser resuelto, y se resolverá a la larga.

La incomprensión entre las dos regiones ha sido, en realidad, mutua hasta la hora de ahora. Castilla pareció creer por un momento que Cataluña era la sede de la inespiritualidad. Por su parte, Cataluña pareció creer que Castilla hacía suya la incomprensión burocrática y centralista. La

[321] Se celebraron el 23 de marzo y acudió lo más granado de la intelectualidad española.

Dictadura abrió los ojos a unos y a otros, a los hijos de la meseta y a los de la costa, y el diálogo de inteligencia se ha iniciado. En Cambó, hombre de precisiones, este momento del diálogo estaba descontado, y destaca su importancia en estas páginas admirables de *Per la concordia*. Se diría que el ilustre catalán recela más por parte de su banda que de la nuestra. Quiere que Cataluña agudice su sensibilidad para percibir todos los ecos de amor que le llegan de los distintos pueblos peninsulares. No importa el desacuerdo si hay cordialidad. Lo que se requiere, en suma, dentro de todas las sociedades políticas, es inteligencia. Plantear bien un problema –y el hecho de plantearle supone su reconocimiento– vale tanto como tenerlo virtualmente resuelto.

Yo no sé por qué he visto en el libro de Cambó, que Barcelona está leyendo con fruición estos días, una continuación de la obra hábil y serena del señor Prat de la Riva[322]. Ni estridencias separatistas, ni hipocresías locales. Pueblo que habla su lengua y que tiene su derecho, aspira a convivir con aquélla y con éste en el concierto peninsular. He aquí una aspiración clara y neta. Ha bastado que un golpe de Estado hiriese los sentimientos más íntimos de Cataluña para que los hombres inteligentes de la Península suscribiesen su protesta. Ha bastado que Barcelona, con ocasión de su certamen internacional, se haya visto poblada de visitantes españoles, para que se rectificase el juicio sobre el espíritu de la gran ciudad. Empezamos a dialogar, esto es, a entendernos. Cambó ya indica con el título de su libro que no queda más sendero que el de la concordia para arreglar el pleito secular. Ese libro, así que aparezca en castellano, explicará a los españoles todos muchos puntos obscuros de la política regionalista durante estos últimos años. Y no todos los desacuerdos –volvamos a insistir– han arrancado de la meseta. Así lo reconoce noblemente el líder catalán. Esperemos ahora a que España recobre toda su normalidad para que pronuncie el fallo. Para nosotros, es evidente que Cataluña sólo puede decir sus íntimos pensares y sus pensamientos mejores en lengua catalana. Oigámosla en silencio y con el corazón abierto a todas las concesiones compatibles con la dignidad y con la existencia de España, rica en matices y en tonalidades regionales.

Mundo Gráfico (21-05-1930)

Castilla, madre de pueblos

Lo mismo don Fernando de los Ríos que don José Ortega y Gasset, en sus admirables discursos en pro de la totalidad del proyecto de la Constitución, han definido, más bien por omisión que por declaración explícita de sus pensamientos, su actitud espiritual en torno al problema de los Estatutos. Don Fernando de los Ríos ha cantado el genio político de Castilla y nos matizó su emoción describiendo las piedras glorificadoras que él ha visto en Méjico de los conquistadores del siglo XVI. El señor Ortega y Gasset nos habló, al pasar, de España, de «nuestra» España. Y en aquel momento, su palabra, henchida de precisión y de posibilidades, yo la traducía por Castilla, por nuestra Castilla, madre de pueblos y forjadora austera, tenaz y silenciosa, del espíritu nacional.

Traigo a cuento el recuerdo de estos dos magníficos discursos parlamentarios para decir enseguida que nosotros, los castellanos, no comprendemos que ahora, con la República, se hable de aflojar unos lazos que nosotros ataríamos más fuertemente que nunca. Entendámonos: para nosotros, República quiere decir España o no quiere decir. No vea nadie en estas palabras un ataque a la postura federal. Federales, unitarios, lo que nos interesa a los castellanos en esta hora es aunar y juntar esfuerzos, no desviarlos ni apartarlos tirando cada uno por la calle del medio.

Hemos soñado, hemos querido la República porque esperamos de ella el milagro que no supo hacer la Monarquía: la creación de un sentido nacional y español. La Monarquía, desde Carlos I, fue matando en flor el espíritu y la autonomía de todos los pueblos españoles, Castilla es el primero que sufre las iras del cesarismo con Carlos I, el emperador. En las Cortes de Santiago de 1519, Castilla deja de ser Castilla. Luego surge la Junta Santa de Ávila, y de aquella Junta nace el tesón de las Comunidades, con la consiguiente rota de Villalar y la muerte de Padilla, Bravo y Maldonado. Castilla nada tiene que ver, desde entonces, con la política de los reyes y de los validos. El absolutismo de los Felipe es ajeno en absoluto al espíritu de Castilla, sojuzgada antes que

[322] Enric Prat de la Riba fue un político y escritor considerado el padre del nacionalismo catalán. Además de otros muchos artículos y libros escribió *La nacionalitat catalana* (1906), donde expuso sus ideas sobre las relaciones de España y Cataluña.

Aragón y antes que Cataluña. Queda en el reinado de Felipe II un buen residuo de la política flamenca y rapaz del Emperador, y Felipe II gobierna él, sin importarle gran cosa los intereses de los peninsulares, que son siempre vasallos de Su Majestad, carne de cañón y de horca, verdaderos peones de los que él sólo puede disponer para sus juegos. Aragón sucumbe luego y Cataluña después, con la llegada de los Borbones. La política española, con las dos casas reinantes en estos cuatro siglos y medio, ha sido la de los intereses familiares de las dinastías. El pueblo habló bravamente en 1808, y cuatro años después, en las Cortes de Cádiz; nada más. El pecado de la Restauración, que ha hecho consistir con gran agudeza histórica don José Ortega y Gasset, en gobernar aplastando las regiones peninsulares, aprovechándose de sus debilidades, y oponiéndose al espíritu ciudadano con todas las lacras de la pasividad rural, ha sido, en definitiva, el pecado de todos los Austrias y de todos los Borbones. Por eso conviene recordar siempre que el advenimiento de la República fue un acto de humildad provincial. Se fue todo el armatoste cuando las provincias, puestas en pie, quisieron que se marchara.

En las urnas hablaron el 12 de Abril todos los labriegos y todos los apartados de la cosa pública.

Castilla dijo entonces toda su fe y arrastró en la empresa a todos los demás pueblos.

Pero en la República han visto, naturalmente, una base de inteligencia para la construcción de una nueva España, cuya soberanía ha recobrado el pueblo, todo él, y cuyos destinos históricos van a ser discutidos y fijados cordialmente por la comunidad de gobernantes: es decir, por todos los españoles.

Así ha visto también el momento actual de España don Fernando de los Ríos, cuando acierta a ver ahora una nueva actuación del espíritu castellano, que es; en definitiva, el único pueblo peninsular que tiene el sentido de la responsabilidad y el hábito de la ponderación y de la disciplina.

Lo que Castilla aporta es su colaboración, sin pedir, sin exigir nada.

Ese Estatuto manchego y el mismo Estatuto andaluz –y si tuviéramos tiempo demostraríamos cómo, para estos menesteres políticos, Andalucía es una prolongación de Castilla– no son sino pintorescas entelequias.

Castilla, madre de pueblos, sabe muy bien que su misión en esta hora republicana es servir de punto de unión y de sutura a los demás pueblos, para formular una España de sentido universal y europeo. Por eso su lengua es hoy uno de los mejores y más extendidos instrumentos de la cultura mundial.

Nuevo Mundo (18-11-1931)

Soliloquio de un castellano

Cuando hablamos de castellanos no nos referimos a los españoles nacidos en las seis o siete provincias de Castilla la Vieja, ni en las de Castilla la Nueva, ni en la del viejo reino de León. Hablamos también del aragonés, y del extremeño, y del andaluz, y del murciano, y hasta del alavés dentro de las provincias vascas. En general, cuando decimos Castilla casi queremos decir España. Incluimos en la palabra Castilla algo más que una faja más o menos extensa de nuestra geografía peninsular: incluimos una cultura. Y Castilla es Boscán dentro de Cataluña y el mismo Maragall de los Elogios; y los Argensola, y Gracián, y Costa, en Aragón; y Fray Luis de Granada, y Luis de Góngora, y Juan Valera, y el duque de Rivas, y Bécquer, en Andalucía; y Rosalía –¡la dulce Rosalía!–, y Concepción Arenal, en Galicia; y Querol, y Llorente, y Blasco Ibáñez, en Valencia; y Unamuno, y Zuloaga, y Pío Baroja, y San Ignacio, es claro, en Vasconia. Decimos todo eso porque Castilla es historia, y es pasado, y es presente, y es porvenir, y es hoy la República, aunque no fuera ayer la Monarquía. ¿Entendéis? No; no me digáis que tengo preocupaciones de aldea, de barrio o de arrabal, a pesar de mi castellanismo o, mejor, de mi salmantinismo alguno. No es verdad. Casi toda mi vida la he pasado fuera de Castilla. De mozo, en Italia y en Suiza; después, en Madrid; casi siempre –que llevo conmigo la casa y el equipaje como el caracol– en todos los pueblos y en todas las ciudades de España. He oído las caramellas al amanecer en Barcelona, y he cantado con los catalanes el cantar

Dolça Catalunya,
patria del meu cor

he amado en las Ramblas de muchacho; he visto una noche de Mayo, sobre la calle de Castilla, en Triana, el regreso de la Romería del Rocío; he filosofado alegremente bajo los pórticos de la rúa del Villar, en Compostela; he pasado temporadas en ciudades extremeñas y manchegas; viví unos meses, bajo la Dictadura, en esa noble Huesca del Alto Aragón –¡sierra de Guara, catedral gótica, patio de San Pedro el Viejo, muchachas del Coso!–, de la que soy un poco el hijo pródigo y ausente. Ningún matiz de mi España me es extraño. Habladme de Córdoba o de Toledo, de Sevilla o de Granada, de La Coruña o de Tarragona; yo os demostraré que, al pasar, quedó algo de su fisonomía espiritual en mi corazón. Y he amado todos los libros y conocido todas las literaturas peninsulares; he oído el rumor de los pinos en Pondal, y he sentido las punzadas del corazón sangrante en Rosalía, y he visto las torres sevillanas con los gemelos de José María Izquierdo, y las callejas cordobesas con los ojos de Julio Romero de Torres, que fue para mí un hermano mayor. No; no sé de barrios, ni de arrabales, ni de aldehuelas. El lugar donde nací, y la nación –España– con cuya lengua pienso, y hablo, y odio, y quiero. Y ahora, no sé por qué, siento temblores infinitos, y me parece que quieren romperme esa unidad dentro del espíritu, y tengo en carne viva mi pobre sensibilidad de republicano esperanzado.

Yo, que sueño ahora, ahora sólo, con la España grande, no puedo, en verdad, soportar estas discusiones aldeanas y familiares, estos diálogos de casinejo, estos tópicos del aislamiento y de la pequeñez. Señores; la República no son los negros, los amarillos, los blancos o los azules; somos todos. La República es, ante todo y sobre todo, historia, cultura, espíritu. La República es el Arcipreste, y el Bachiller Rojas, y Cervantes, y Santa Teresa, y Velázquez, y Goya. La República es la continuidad del pensamiento, del dolor y de la esperanza de España. No ha venido espontáneamente, que se ha elaborado durante siglos y siglos, en el subsuelo de nuestra historia. La República es las Cortes de Aragón y de Castilla, y la deposición en Ávila del Impotente[323], y las Comunidades, y las germanías, y los ministros de Carlos III, y las Cortes de Cádiz, y Riego, y la abyección fernandina. Y el 57, y el 62, y el 69, y el 73, y 1909, y la huelga de 1917, y el eco lejano de la Gran Guerra, y el 14 de Abril. Pero una fecha es una anécdota; dos, una relación cronológica, y muchas, toda una historia y una filosofía de la historia. Para mirar al porvenir nos enfrentamos con el pasado y vemos perfectamente una corriente cada vez más densa y cuajada de opinión que desemboca en lo que estamos viviendo ahora. Los frutos populares se engendran en siglos, en siglos crecen y en una hora plena fructifican y maduran. Para saber dónde vamos, hay que aprender de dónde venimos y conocer el lugar exacto que conocemos en el instante de la reflexión. Hay un tesoro que salvar. Ese tesoro se llama España, y esa España es la República. España regida por España, los destinos españoles en manos españolas.

Nos hemos hecho mayores de edad, y todas esas disputillas del momento parecen cosas de chicos que no se atreven a administrar una herencia que antes la administraba la Monarquía sin el menor escrúpulo. Vamos de lleno a darnos la mano todos los de la meseta, los del litoral, los del Norte, los del Sur, los de abajo y los de arriba, para caminar juntos y recorrer juntos la senda que nos espera. Ese tesoro que recibimos hemos de legarlo algún día, y no es cosa de andar en partijas testamentarias. Todos para España, y España para todos. Se abre una lucha de emulación, una pugna de civilidad entre todas las distintas comarcas hispanas. El triunfo será de los que jueguen con mayor limpieza. Los catalanes tienen que conquistar, con su mercado material, el espiritual también. No nos enojará jamás que venzan si se ajustan a las reglas y normas del deporte. Vamos todos a fusionarnos, mejor que federarnos, para crear una unidad política superior que sea la expresión común a todos. Los castellanos, encantados. Esta tarde, por ejemplo, han hablado en la Cámara un vasco, Unamuno; un gallego, Castelao; y un catalán: Alomar, y no tenemos nada que oponer ni a sus convicciones ni a sus amores. A nosotros nos toca callar y soportar con gusto la carga que vosotros digáis.

Nuevo Mundo (02-10-1931)
El Adelanto (28-10-1931)
La Voz de Guipúzcoa (23-09-1931)
El Luchador (22-09-1931)

[323] Enrique IV, rey de Castilla.

POLÍTICA AGRARIA

Del señor Velasco, del señor Oliva, de un servidor…

Si yo no conociera lo que conozco, y si no quisiese lo que quiero a don Clemente de Velasco[324], escribiría de él a todas horas, como de otros políticos escribo, en mis conversaciones casi diarias con el público salmantino.

Y hoy si hablo de él, no tengo yo la culpa. La tienen un error lamentable de don Cecilio González Domingo[325], una ligereza de *El Adelanto* y un lapsus de vosotros, queridos amigos de La Ciudad. Yerro de don Cecilio, porque no es él, seguramente, el llamado a quejarse de ciertas pretericiones, y mucho menos cuando son imaginarias.

Discretamente lo apunta Eloy Bullón en *El Adelanto*. Ligereza de este periódico y pecado vuestro, porque los periódicos madrileños, algunos de los más leídos, *El Mundo*, *La Correspondencia de España*, *El Imparcial*, *La Noche*, han dado el nombre del señor Velasco en la reseña que escribieron para referir los trabajos de los diputados castellanos sobre el mercado triguero. Y en el periodismo es un delito el tan socorrido no enterarse.

Ningún diputado salmantino podía ser más útil a esa comisión que don Clemente de Velasco. No es un aficionado a las cuestiones agrícolas; es, sencillamente, un agricultor que labra sus tierras. Y al defender los intereses de la región, defiende los suyos y los de sus hijos.

Y es curioso que la prensa local no se haya enterado…

Ahora que se trata de una competencia sólida, en que podrían, sin quebranto de la sinceridad, echarse las campanas al vuelo, don Cecilio reclama. Que se espere a reclamar para cuando torne a representar, con aplauso de todos, la tronada Cámara Agrícola de Alba de Tormes. Cámara que ya no existe más que en la fantasía y en los membretes de cartas de don Miguel Perlines.

No hay, pues, que hablar de pretericiones. Si existiesen, ya estoy yo aquí, en Madrid, para decirlo. Que no me duelen prendas.

Pero el señor Pérez Oliva nada tiene que ver con determinadas posiciones, y en este asunto ha procedido con una eficacia digna del mayor aplauso. De los nuestros, de los salmantinos, partió la idea de que se federasen los diputados castellanos para la defensa común de los intereses regionales.

Y nadie vea en estas líneas el afán oficioso de conceder a la amistad lo que debe ser patrimonio de la justicia serena.

Sobre el señor Velasco no he escrito nunca. Si lo hago ahora, más bien es para reparar errores ajenos que deseos propios. Si defiendo al señor Pérez Oliva, es porque no tiene, que yo sepa, el honradísimo director de Comercio, el monopolio de las equivocaciones. Continuamente, en

[324] Clemente Velasco y Sánchez Arjona (1860 – 1941). Político liberal, alcalde de Ciudad Rodrigo (1906 – 1909), diputado a Cortes (1910 – 1923), presidente de la Federación de Sindicatos Agrícolas y director general de Agricultura, Minas y Montes (1919).

[325] Cecilio González Domingo (1846 – 1912). Catedrático en la Facultad de Ciencias de la Universidad de Salamanca, arquitecto, ingeniero, editor del periódico salmantino *El Fomento*, diputado en Cortes en 1896 y presidente de la Diputación provincial de Salamanca entre los años 1903 y 1906.

Alba –Oliva lo sabe, y yo no lo oculto– estoy en frente de los que se dicen sus amigos, que hablan de olivismo cuando a ellos les conviene, y le dejan derrotar cuando no le conviene a Oliva.

Si en esta cuestión de la secretaría, de que ha hablado LA CIUDAD, no me constase –como me consta– a pesar de las declaraciones de los que no saben responder de sus actos– la absoluta y caballerosa neutralidad del señor Pérez Oliva, yo hubiera escrito contra esto todo lo que me hubiera venido en ganas. Pero lo de Alba fue obra exclusiva del caciquismo local, de la cobardía ambiente que en aquel, como en todos los demás pueblos, se respira.

Y que no se querellen contra mí los paisanos. No hablo de todos: hablo de unos cuantos. Y el amor al propio pueblo –en mi pecho arde– no se demuestra adulando, sino diciendo la verdad.

Sépanlo los señores que me escriben anónimos que me vienen como anillo al dedo para el water-closet de mi casa, que, como de patrona, está poco surtido.

La Ciudad (20- 01-1912)

Arriba y Abajo

Abajo, en el salón, no ha pasado nada. Es mentira que Maura quisiera el poder. Es mentira que hubo rumores de crisis. Es mentira todo. Hasta la oposición de los republicanos fue mentira.

¡Ya lo sabíamos!

Arriba, lo de los trigos. Allá fue Bullón, con los lentes calados; Eza, con su gesto impecable de *gentleman*; Velasco, nervioso y bajito; Maldonado, satisfecho, aburguesado, sonriente; Ávila, apuntalando las traviesas guías del mostacho; Paco Liaño, haciendo gesticulaciones de conformidad; Navarro Reverter, a recibir el homenaje de los agricultores; López Chaves, añorando quizás una cita amorosa; Arenillas, diciéndole a Eloy que si Bacon, que si Descartes...

Se habló de trigos. Matesanz habla de rebaja de tarifas de ferrocarril. Velasco, acurrucado, como siempre, en un rincón, leyó un proyecto de inspección de aduanas, pagadas por las Diputaciones provinciales, proporcionalmente a la potencia productora de trigo. El señor Victoria, presidente de la Diputación de Valladolid, meticuloso como buen castellano, quiere dejar las cosas en su punto. Eza, amablemente, en tono familiar, da explicaciones.

Y se va llenando de diputados el salón. El hombre de Palencia, don Abilio Calderón; diputados de Segovia, de Ávila, de Zaragoza...

Los paisanos acuerdan trabajar sin descanso. Y hablamos con Maldonado de un cuento, con Arenillas de la autocracia, con Liaño, de las campañas del famoso Pepe Ávila.

El Adelanto (27-01-1912)

Una humilde tragicomedia o la historia de una gran cruz

La historia de la granja agrícola de Salamanca, acaso por ser de Salamanca, es una de las historias más pintorescas y regocijadas que pueden referirse.

Nuestro amigo y casi correligionario don Nicolás Oliva[326], presentó en el Senado un proyecto de ley que fue aprobado para crear en esta ciudad una granja; los demás representantes secundaron al señor Oliva en su actitud.

Como las cosas de palacio van despacio y las del Ministerio que mandará por poco tiempo Rafaelito, son la misma pesadez, las corporaciones populares no ofrecieron terrenos para la instalación, y pasaron meses y meses, y llego el de Marzo, sin que las gestiones de don Basilio dieran resultados positivos.

El Adelanto, fiel a sus tradiciones, se dedicaba a hinchar el perro, y Ciudad Rodrigo, cautamente, viendo que la ciudad mayor del Tormes no daba de sí otra cosa que los sueltos de la prensa ministerial de casa, quiso que la granja fuera cabe el Águeda, que decimos los clásicos, o junto del Águeda, que escribe un diputado provincial.

[326] Nicolás Oliva Rodríguez (1864 – 1930) Abogado y político liberal salmantino, fue elegido diputado a Cortes por el distrito de Béjar (Salamanca) en las elecciones de 1901, 1903 y 1905 y, posteriormente, senador por la provincia de Salamanca en 1910, 1914 y 1916.

El Ayuntamiento de Miróbriga la bella, cantada por tantos ingenios, desde fray Diego González a Benito Valencia, ofreció terrenos suyos o que de particulares recabó para la instalación de la granja; el de Salamanca, los terrenos que periódicamente se inundan en la Aldehuela.

Un ingeniero, el jefe de la región, que visitó con don Ramón Gil los terrenos ofrecidos por las dos ciudades, encontró mejores las 100 hectáreas de Miróbriga, que las 12 vergonzantes de Salamanca.

Creímos que se iba a informar en este sentido y el buen excatedrático municipal, señor Pequeño, que había marchado solo a Ciudad Rodrigo y con cierta cautela, con la misma cautela que nuestras fuerzas vivas visitan en Madrid los cines alegres de última hora, tuvo a bien informar que no; que los terrenos de Miróbriga eran muy malos, que la Ciudad, con C grande, debía tener la Granja, que la centralización debía de imponerse en este asunto, que era preferible arrendar 12 hectáreas de terreno en los páramos de San Jerónimo, con la contera de los terrenos que se inundan, a utilizar en pleno dominio, por cesión gratuita, 100 hectáreas, parte de ellas regables en las ricas vegas del Águeda, pero en las cuales, por razón de la distancia, no podía ser cómoda la económica intervención de los pequeños y la técnica inspección de los humildes. Glosa, al fin de cuentas, era su informe, el informe de Pequeño del tan acreditado "todo por y para Salamanca". Y pasan unos meses.

Y el señor Pérez Oliva trae a Salamanca al señor Arche, jefe del personal de Fomento, y parece que el asunto entra en una nueva fase de actividad.

La figura de don Basilio García Polo[327] no aparece en el escenario, acaso por su humildad, hasta la fecha. Únicamente le vemos rondar por Madrid, del brazo de nuestro querido don Antonio, cuando la comisión de las fuerzas vivas va en demanda de favor para la Cenicienta.

El único gran cuidado del labrador más humilde entonces, es el de hablar bien de los conservadores y bien de los liberales, para que no le birlen lo de la Comisaría Regia de Agricultura.

Y por Madrid circula estos días una carta del propio don Basilio entre los diputados, rogándoles que pidan para él, para el humilde, una gran cruz con ocasión de los servicios prestados en la granja agrícola.

Se conoce que quiere estar a bien con el dicho bíblico de que los humildes serán ensalzados.

Fervorosamente rogamos a nuestros diputados que atiendan el ruego de don Basilio. Por nosotros que le den hasta una corona. Después de don Jesús, no puede ni debe haber pretericiones de ninguna clase.

Don Paco, escriba a Melquiades; don Luis, escriba a don Augusto, don Isidro, un coche y a Castellana 24 para que Álvaro lo recomiende de veras. ¡Si Álvaro quiere!

La Ciudad (27-01-1912)

El cacique

Acabo de releer la memoria del malogrado don Joaquín Costa sobre la "oligarquía y el caciquismo". Cada día sospecho más que la mentalidad del señor Costa era puramente "literaria". Me parece que el estupendo jurisconsulto aragonés adivina más por instinto que por reflexión. Acertó intuitivamente al decir que el problema de España era un problema de cultura, pero no acertó a concretar los términos del problema.

El problema del caciquismo, entre nosotros, depende no tanto de las clases directoras como de las dirigidas. Las multitudes tienen necesidad de un amo, como los rifeños de un santón. Dicen que se arrodillan ante el más fuerte, ante el más taimado o ante el más bruto. Goza infinitamente más el pueblo en obedecer que el cacique en ser obedecido.

Los pueblos delegan su acción en el más activo, su inteligencia en el más ilustrado y su empuje en el más fuerte. El pueblo que no tiene su cacique adivina que vive sin cabeza y se presta a infundir su ayuda al que demuestra tener más osadía. Los pueblos son como las chulas. Quieren tanto más al "hombre" cuanto más les pega y se aprestan con gusto a levantar el carrillo, para que suene el guantazo.

El caciquismo no me parece, como a Costa le parecía, que es una imposición que va de rechazo al pueblo, para debilitar sus energías, sino que arranca de sus mismas entrañas. No hay más que vivir en la vida real para confirmarlo.

[327] Jefe de Fomento y presidente del Consejo Provincial de Agricultura y Ganadería de Salamanca.

Toda la vida política española se reduce a una organización maravillosa del caciquismo. De la solidez del cacique depende el bienestar de sus adoradores. Cuanta menos inteligencia tiene un pueblo, tanto más adora al ídolo que ha sentido la necesidad de levantar sobre sus hombros. Allí donde apunta la inteligencia, asoma la disgregación, y con la disgregación, se disuelven las clientelas de intereses y de amigos que forman las piñas caciquiles. Y así se advierte que los dos pilares del caciquismo son la ignorancia y la pobreza.

Este, naturalmente, echaba la culpa de esta pobreza y de aquella ignorancia a las clases directoras. Lo sano era para Costa el pueblo y lo podrido las clases gobernantes. Nosotros, que nos vamos dando cuenta de que los principios democráticos van a la completa bancarrota, porque todas las experiencias de la democracia son un perfecto fracaso y una perfecta burla –el Jurado, el sufragio, el Parlamento, la responsabilidad política– creemos que tan podrido está lo de arriba como lo de abajo. Y así, el caciquismo es algo de estanque y flor de muladar.

El Adelanto (02-08-1912)

El meeting en Fuente de San Esteban[328]

Hubiera llevado de cabeza, el domingo pasado, al encinar de Boadilla, a los diputados y senadores españoles, para que hubieran presenciado un espectáculo nuevo, imprevisto, en esta Castilla nuestra de la apatía y de la indiferencia.

Los obreros del campo se asocian mansamente, sin ruido, para defenderse.

Ese espectáculo en Cataluña, en Asturias, en Galicia, en cualquiera parte que no hubiera sido Castilla, Salamanca, sería natural y corriente.

Aquí es un aviso.

Es un aviso para los propietarios que destruyen pueblos enteros, que convierten en cotos de caza, que no respetan la vida del derecho, ante un apetito, que destruyen con el desahucio colectivo parroquias, juzgados y ayuntamientos, que convierte en terreno de labor el perímetro del cementerio del pueblo suprimido, que tratan luego de crear ficciones de consejos para cobrar las rentas de unas láminas municipales.

Es un aviso para esos otros señores de horca y cuchillo, que ejecutan sus renteros por 22 pesetas, que alzan periódicamente las rentas por una tierra empobrecida, anémica y cansada de producir; que tratan de provocar testarudamente la despoblación sistemática de lugares enteros; que se niegan a toda suerte de transacciones justas con colonos tolerantes; que no tienen maldito el apego a su tranquilidad, que van sembrando, con su conducta, odios prontos a estallar ante la primera chispa. (Boadilla).

Es un aviso para esos sociólogos de gabinete, a la usanza de Gasset, que hacen literatura cursi con los dolores del gañán, que legislan en abstracto para necesidades imaginarias, que no quieren romper con la antigualla del Código Civil, que reparten el dinero de todos, no con arreglo a las calamidades, sino a la calidad del cacique donde aquellas ocurren; un aviso para toda esa mentira de la política democrática que nos hace vivir dentro de un régimen capitalista, sin entrañas, de una ley que se convierte en pistola que dispara contra el ignorante y en juguete infantil en las manos del fuerte y del prepotente.

Es un aviso para nosotros, que tenemos un deber urgente que cumplir: denunciar esos contratos usurarios, donde se consigna, como en el partido de Vitigudino ha ocurrido, la obligación que tiene el deudor y sus hijos mayores de edad, de votar a favor de un candidato determinado.

Organizar estas huestes hambrientas por un sendero de justicia, para cortar las violencias siempre peligrosas convirtiendo una política de cartón en otra orgánica y viva, que tenga una finalidad concreta.

Encauzar este movimiento, no para alzar pedestales, sino para derribar organismos podridos que sostienen la cobardía y la rutina.

Preocupémonos, no de sueños líricos, sino de estas cuestiones locales, de la propia casa, que la farándula corriente no quiere descubrir ante el gran público.

[328] Reunión de las asociaciones agrarias de Boada, Boadilla, Muñoz, Sepulcro Hilario y Fuente de San Esteban que tuvo lugar en este último pueblo y en el que participaron como oradores Sánchez Rojas y otros compañeros universitarios.

Advertid a todos que si el socialismo agrario crece, y extiende sus ramificaciones por todos los partidos de la provincia, y vocifera rabiosamente en una conmoción que sorprenda a los dormidos, ya damos la voz de alerta a tiempo.

Que no pueda seguir Salamanca con esta emigración creciente, con esta despoblación aterradora del campo, con este absentismo de señoritos aburridos, preocupados con el *ven y ven* de la Goya[329], mientras sus renteros no tienen más caricias de la civilización que la visita del escribano y del alguacil que les embarga periódicamente.

Que nadie tiene derecho a poseer grandes extensiones de terreno sin labrar, sin producir, a las puertas de lugares miserables.

Que, finalmente, las fórmulas de caridad y de resignación han venido un poco tarde a una comarca como esta donde nadie se resigna y donde nadie se muestra generoso.

Detrás de los siete pueblos federados del partido de Ciudad Rodrigo, vendrán otros pueblos y otros partidos, y ya saben cómo vencieron los esclavos de Roma a los patricios.

Un día se juntaron por las calles de la ciudad.

Todos vestían el mismo atavío y no hicieron más que recostarse. La victoria fue naturalmente, consecuencia del número.

La Ciudad (07-11 1912)

Lo de Boadilla

Pasado mañana hará dos meses que unos cuantos amigos redactores de *La Ciudad*, Cándido R. Pinilla, Eudoxio de Castro, Marcelino Martín González y yo, marchamos a Fuente de San Esteban a la celebración de un mitin agrario. Dejando a un lado la división del pueblo, las diferencias locales que no nos preocupaban cosa mayor y que no queríamos excitar ni avivar bajo ningún pretexto, pudimos advertir que el espíritu de asociación, planta exótica en esta provincia, comenzaba allí a dar señales de vida. Que entre los labradores había algo así como un instinto societario, sino [sic] francamente socialista, que asomará muy pronto la jeta ante el más pequeño conflicto agrario. Que el caso de Boadilla[330], que todos conocéis, pasa, precisamente ahora, por un periodo agudo de franca excitación y de enconos mal reprimidos. Y –finalmente, señores graves, que habéis afeado nuestra actuación, sin enteraros de lo que dijimos– que era un deber urgente de nuestra juventud y de nuestro amor al pueblo, impulsar esa unión, encauzándola, para que no se perdiera estérilmente entre protestas vacías.

Aquí, en este rinconcito de AVANTE, he de decir serenamente, sin acritud, que nosotros, los jóvenes salmantinos, queremos hacer algo que sea sonado en ese caso de Boadilla.

No nos conformaremos solamente con escribir, señores graves y tiesos, que creéis una satisfacción vuestra de más valor que la lágrima de un gañán que pasa todo el santo día de Dios, mano a la esteva. No os asustéis. Nada de socialismo, ni de comunismo, ni de colectivismo. Nada de mote, nada de política, nada de trampolín para cazar actas, ni de cayada para pastorear rebaños de electores. No somos tan bobos. ¿Hay una opinión en España? Agitaremos esa opinión ante la exigencia de un señor duque, que no contento con duplicar, con triplicar el precio de sus rentas, quiere matar de hambre a un pueblo, negándose a toda transacción decorosa y discreta. Llevaremos la cuestión a la prensa de Madrid y haremos –para ello nos estamos documentando pacientemente– que tenga estado parlamentario. El terreno está preparado. Las tierras no pueden permanecer incultas ante el hambre humana, a pesar de los peregrinos olvidos del Código Civil, porque es más elemental el derecho a la vida de una muchedumbre, que el tesón de un caballero.

Hablaremos de expropiación forzosa, la justificaremos, diremos todo lo que hay en el fondo y no ha salido todavía a la superficie de ese enojoso problema agrario. Y nos oirán los sordos. Como nosotros piensan desde los socialistas a los curas. No vamos a deshacer nada, sino a renovar el verdadero valor del principio cristiano. Os aseguro que no nos cazarán en un renuncio.

¿Que por qué nos metemos en tales andanzas quijotescas, sin acordarnos de los apaleos y golpes del pobre Caballero de la triste figura? No tenemos cosa más urgente que hacer. Lo ur-

[329] Aurora Purificación Mañanós Jauffret, cupletista conocida por su nombre artístico La Goya, que popularizó la famosa canción "Ven y ven y ven".

[330] El mitin al que se refiere Sánchez Rojas tuvo lugar en septiembre de este año de 1912 en Fuente de San Esteban. En agosto los jornaleros unidos en un grupo societario (agosto de 1912) habían invadido las tierras del Duque de Valencia en Boadilla cuando fueron desahuciados de las mismas doscientas familias.

gente es lo de cada día. El pan de cada día, no el del mes, pide el creyente a Dios, y no podremos arribar al problema de mañana sin resolver previamente el de hoy. El de hoy, en Salamanca, es el de Boadilla. Atajándolo a tiempo, es posible que un problema local no llegue a ser el de la comarca mirobrigense entera.

Nuestra primera salida por el campo de Montiel tuvo también origen en aquellos alegatos maliciosos de cierto señor, que jugaba a los despropósitos con motivo de las casas obreras del arrabal del Puente. Con muy poco trabajo –ya lo recordaréis– deshicimos el tinglado; era de madera carcomida, que se deshizo en polvo. Ahora, veremos. La fe plena en nuestra misión no nos llevará a la derrota; apaleados, con la punta de la espada del enemigo apuntando al corazón, confesaremos que Dulcinea es la más hermosa dama manchega y sus ojos los más bonitos que jamás contemplaran caballeros andantes.

Avante (03-11-1912)

La emigración y el problema del campo

Castilla se despuebla lentamente: de mi provincia de Salamanca llegan continuamente a las redacciones de los periódicos noticias de que han emigrado ochenta vecinos de tal aldea, cuarenta y cinco de tal otra.

El éxodo de los pobres gañanes es continuo y desesperado. Los partidos de Ciudad Rodrigo, Ledesma y Vitigudino son los que dan mayor contingente a la emigración.

Castilla se despuebla lentamente.

Y no se van los gañanes a las Américas; los echan. Hay un pueblo, Boadilla, que tendrá que emigrar en masa, si Dios no lo remedia.

Los vecinos del pueblo –todos los vecinos–, son renteros de una dehesa. El señor único ha ido doblando las rentas sin que la producción haya doblado, sino menguado, a fuerza de esquilmar y apurar el jugo de la tierra cansada y anémica. La cosecha del año último ha sido muy mala. Es difícil, si no imposible, que se llegue a una transacción entre el dueño, el señor Duque de Valencia, y los vecinos de Boadilla. No es este el único caso agudo del problema agrario en mi provincia de Salamanca. Un pueblo –el de Campocerrado– desaparecido también; el dueño lo convirtió en un coto cerrado; en otros sitios los conejos y las perdices echan a los hombres.

Y en todas las aldeas, el mismo apuro. Fueron primero los gañanes los que se hicieron la competencia; con tal de explotar una dehesa o una yugada, ellos mismos subieron el valor de las rentas y el dueño, naturalmente, aceptaba la proposición más ventajosa que le ofrecían los solicitantes. Es muy castellano el refrán de «quédeme yo tuerto con tal de que se quede ciego el vecino». Los labradores que se perdieron de tan peregrino modo no tienen número en los anales curialescos de la provincia. Como la tierra disminuye de valor, como el mundo produce más trigo del que se consume, como en el mercado hay alzas y depresiones artificiales cuyo secreto no conocen los gañanes, unos años con otros, los de la buena y mala cosecha, ha ido acentuándose visiblemente la crisis.

Y luego el absentismo de contera. Y de contera también el administrador, de peor entraña que el amo, y el abogado del amo, de peor entraña que el administrador. Y un Parlamento, como el nuestro, formado como sagazmente me dice el querido maestro Unamuno en una carta, «de ricos que son los menos malos, de administradores de ricos que son ya peores y de abogados de ricos que son los peores de todos»; un Parlamento que no se entera de nada, que legisla para la Puerta del Sol, que evitó –en su contextura espiritual– que Canalejas llevara adelante sus reformas sociales cuando Canalejas podía haber sido –dice también Unamuno– el Lloyd George[331] español.

Y una opinión muerta, preocupada solo de si Romanones sigue tirando en el poder unos cuantos meses, de si la Goya canta mejor el "Ven y ven" que la Paquita Escribano, de si Azcárate vuelve o no vuelve a Palacio. Y de contera también –esto no lo dejo en el tintero– un socialismo obrerista como el nuestro, hermético, cerrado a toda renovación, que se cuida del problema del taller y de la fábrica, pero que no conoce el del campo, que tolera que en el partido de Vitigudino, provincia de Salamanca, gane el obrero agrícola ¡treinta y cinco céntimos! por varear la aceituna desde el alba hasta la una de la tarde:

[331] David Lloyd George (1863 – 1945). Primer ministro británico entre los años 1916 y 1922.

¡Para ganar siete perras
con la aceituna,
te pones con el alba
y hasta la una!

que permite que en Andalucía coman los obreros ese gazpacho negruzco, duro como la piedra, que exhibió el señor Salillas en el Congreso… ¿Dónde estará la salvación de mis gañanes de la provincia de Salamanca, de los pobres gañanes de las provincias castellanas, extremeñas y andaluzas – que yo hablo concretamente de mi barrio que es lo que mejor conozco?

Como reacción, como defensa, asoma y apunta ya un socialismo agrario, que comienza tímidamente, pero mucho me temo que parará en una expansión anárquica.

Observo con atención los primeros balbuceos de este sentir del campo. Es resignado y sombrío el gañán; tiene algo de fatalismo del árabe; cree que ha nacido para bestia de carga y soporta todos los golpes sin exhalar una sola queja. No veáis, amigos míos, en mis frases, sino amargura. Esta amargura rezuma en las pastorales del señor Obispo de Ciudad Rodrigo, diócesis agrícola, cuando trata valientemente de estos problemas; el Obispo nacido en tierras catalanas, el doctor Barbera y Boada, es un santo varón cristiano y docto, que advierte todos los peligros que empiezan a amenazar.

Los obreros se asocian y se federan; nada tienen que ver estas asociaciones con la organización socialista oficial: sacerdotes, profesores, escritores y periodistas –entre los que tengo la dicha de contarme– hemos sido los primeros en dar la voz de alarma, en evitar que la unión aldeana sea síntoma de violencia, en encauzar y dirigir estas defensas naturales, para bien de todos. Pero no nos hacen caso. Es más; nos motejan de disolventes y enredadores. Y cuando estalle, por excesiva presión, la caldera, se nos dirá que hemos sido nosotros los que hemos atizado el fuego.

Bien está: no nos importe. La conciencia del deber cumplido indemniza de todos los malos ratos. Pero me place trasladar a la noble y austera Cataluña estos ecos de dolor, estos aullidos de protesta sorda, de mi tierra castellana. Fuera de la metrópoli, los emigrantes engrosarán las filas de los descontentos y de los fracasados. Y ellos se sumarán, después, a esas torpes expansiones antiespañolas de todos los majaderos que no nos conocen.

Del favor oficial… ¿qué cabe esperar? El señor Gasset –uno de los ministros más ruidosos que hemos tenido, el que asistió a más banquetes, el que colocó más primeras piedras–, resolvió una vez la crisis de un pueblo salmantino, de Boada, que quería marchar en masa, con el médico y el cura a la cabeza, a la República Argentina, cediendo a los gañanes que querían irse campos para experimentación agrícola. No necesitaban experimentaciones los pobres labriegos, sino tierras, que es otro cantar.

De aquel pueblo que quiso marchase, no se enteró el público hasta que Ramiro de Maeztu, desde Londres, denunció el caso a la vergüenza pública. El señor Gasset, que habló de la emigración castellana el año pasado en la Cámara de Comercio de Madrid, equivocando, en lo que a Salamanca se refiere, todos los datos, hasta el punto de considerar como despoblado y solitario uno de los pueblos que gozan de mayor pujanza, Gallegos de Argañán, del partido de Ciudad Rodrigo, resolvió de tal suerte el pleito. Y yo no supe qué hacer, si reír o llorar, ante solución tan estupenda. Solución que era, además, simbólica.

La Ciudad (22-03-1913)

El retablo de Maese Pedro[332]

Trae hoy La Vanguardia un telegrama de la tierra; lo firma Pepe Sánchez Gómez. Ha habido un mitin agrario en Valdecarros, asistieron –dice el telegrama– cuatro mil labriegos. Tratan de fundar una sociedad para acaparar el trigo y venderlo más barato.

Parece que la semilla prende, amigos míos. Y al abrir, horas después LA CIUDAD, saboreo una advertencia de Juan D. Berrueta: "haréis algo por lo que tengáis de poetas y de místicos, no por lo que tengáis de sociólogos".

Y pensando en esto, Ramblas abajo, al empezar mi trabajo mañanero en el Ateneo Barcelonés, relaciono el telegrama con el consejo del fino y sutil Berrueta.

[332] Con este título Sánchez Rojas publicaría varios artículos en *La Ciudad* (O.C. Tomo I, página 405; O.C. Tomo III, páginas 61, 64, 76, 77, 79, 80; O.C. Tomo V, página 42), *La Vanguardia* (O.C. Tomo III, página 263) y *La Nación* (O.C. Tomo III, página 266) todos ellos de distinto contenido.

¡No nos lo haremos todo, todo, nosotros solos, por eso, porque tenemos un rector que es de la vieja cepa de los místicos castellanos y porque es él mismo un poeta; porque somos nosotros también un poquito locos, un poquito poetas y un mucho Quijotes!

Iremos con la buena nueva por esos campos de Dios, como iba San Francisco por los campos de la Umbría. No nos reiremos de los gañanes, les llamaremos hermanos. En el campo de fuego, ante los surcos infinitos, les diremos «Hermanos: Tenemos que conquistar el reino de Dios en la tierra. Tenemos que meter en la cueva a los malsanos. Vosotros y nosotros –labriegos de espíritu– no tenemos cosechas, no por falta de fruto, sino porque los perros nos muerden la mies. Os diremos guerra, pero entended vosotros paz. Os diremos fuego, pero entended bálsamo vosotros. Os diremos exterminio, pero mirad que queremos fundar la Ciudad Ideal, para todos, sobre el solar de las vergüenzas de la actual explotación agraria».

¡Bah! Risas a nuestro alrededor. Un terrateniente que dice al oído del ministro "Ese Unamuno es anarquista…" El murmurador de café, el chismoso profesional que advierte "Elorrieta, los Pinillas, Marcelino, Rojas, ¿que buscan?" Buscamos eso; desmoronar la tabla podrida de nuestro falso retablo político; buscamos la siembra de ideales en el corazón de las gentes, buscamos que cese la explotación de los gañanes, sobre los que descansa –por paradojas de la realidad–, el imperio de los señoritos que no tienen ninguna comunidad espiritual con nuestro suelo. Buscamos una palabra, la conquista del campo por Salamanca y su Escuela. Estamos –no os asustéis–, buscando un sentido nuevo a eso de "todo por y para Salamanca". Antes era pabellón para tapar vanidades, negocios, aventuras de Tartarín a los Alpes hispanos-americanismos [sic]. Todo eso era antes. Ahora es bandera; la empuña en la diestra recia don Miguel de Unamuno, castellano de adopción y de espíritu, padre de todos los locos que por aquí pululamos abrasándonos en inquietudes; le seguimos nosotros, soldados bisoños, pero no cobardes.

¡Y adelante, amigo Berrueta! Pondremos nuestra poesía, nuestro misticismo a prueba; perfectamente de acuerdo. No somos sociólogos, ni queremos serlo. Aquí ha servido ese mote de sociólogo para que lo pusiera en sus tarjetas, hace seis, ocho años, ese Práxedes Zancada, que ahora hace de subsecretario con Romanones. En todo sociólogo –y no lo digo por el querido amigo Pérez Oliva– hay en germen un subsecretario. Parió la sociología un materialista: es ciencia escéptica y ruin; aquí no la toman en serio más que los camellos.

Es fruta de esos otros tartarines de Oviedo que acabaron con el retablo ese de la gloriosa Universidad, cuando aquellos costados fueron apañándose destinos –muchos destinos– todos compatibles entre sí. Conocemos la clase de lo sociólogos y con la sociología no se conquistan gañanes. Se conquistan solamente sueldos, emolumentos, dietas y gratificaciones, cosas que parecen distintas pero que son iguales entre sí.

De vivir nuestro amigo Maese Pedro hubiera vendido el retablo de la venta, y se hubiera puesto a colaborar con don Antonio Posada en el Instituto de Reformas sociales. Y el bachiller Sansón Carrasco, con el cura y el barbero, hubieran hecho también sociología. La edición se la hubiera dedicado a los duques y hubiera hecho de editor aquel canónigo sociológico, graduado en Sigüenza, que habló con don Quijote cuando volvió maltrecho y molido a su aldea el glorioso caballero. Y el primer capítulo hubiera tratado de *La enfermedad de don Quijote; la degeneración de don Quijote*, con citas de Sergi y de Max-Nordau, los dos ilustres camellos.

Es usted muy discreto, amigo Berrueta, y yo alabo su excelente buen sentido y su exquisita ponderación. Más por exceso de buena prudencia, en nombre de un alto sentido conservador, sin ir más lejos, se impone esa tarea nuestra de ir por los pueblos, a remover el alma de los labriegos que son también poetas y que son también místicos. No se trata sino de casar nuestro misticismo con el suyo para que vibren los dos al mismo tiempo. Y esta, no otra, es la misión cristiana de los jóvenes de Salamanca, de los universitarios de Salamanca, con los pobres gañanes que eligen de senador –¿qué se yo? – al marqués de Ivanrey, pongo por marqués, y por senador, y por representante de gañanes.

La Ciudad (05-04-1913)

El valor de la tierra

En el último Congreso Agrícola celebrado en Soria, un representante de la Diputación provincial de Salamanca, el señor Villalobos, presentó una moción para pedir a las Cortes que se creara una ley reguladora de las rentas. El tema, por su originalidad, por la valentía y el acierto con que está desenvuelto en la Memoria entonces leída y ahora publicada, mereció los plácemes

de la Asamblea. Y se acordó que en el Congreso Agrícola que se celebrará en Ávila durante el próximo mes de Septiembre de 1914, se trate preferentemente del tema que propuso a la consideración de los asambleístas el señor Villalobos y González.

Las corrientes socialistas urbanas y obreristas que han tomado carta de naturaleza en las Cortes españolas y en los organismos electivos del pueblo español, han descuidado completamente el problema agrario. Fuera de los estudios de Jovellanos, de Costa y de la simpática propagandista Fermín Caballero por las provincias andaluzas, a nadie ha preocupado verdaderamente eso. A nadie. Las Cortes –compuestas de terratenientes, de administradores de terratenientes y de abogados de terratenientes, como ha dicho Miguel de Unamuno–, son menos refractarias a estudiar el problema de las fábricas que el del campo. Un solo intento de más acertada distribución de los productos de la tierra valdría tanto como echar abajo el caciquismo rural por un lado, el espíritu del Código civil por otro y la prepotencia de la clase burguesa que nos viene gobernando desde la revolución francesa hasta la hora de ahora.

Y no se trata en este proyecto de una ley reguladora de rentas, de atacar para nada el principio individualista de la propiedad. No van por ahí los tiros. Los disparos apuntan a mejor y más deleznable blanco. Los riesgos en Castilla son de exclusiva cuenta del colono; el propietario nada tiene que ver con ellos; si la cosecha se pierde enteramente, si el arrendatario tiene la desgracia de no poder recoger en su panera un solo grano de trigo o de cebada, no disminuyen por eso los ingresos de las rentas en el bolsillo del propietario. Además, el colono carga casi siempre con los gastos de la contribución; él responde de todas las gabelas que pesan sobre la finca; el oficio del terrateniente, en Castilla, se reduce solamente a firmar un buen contrato de arrendamiento y esperar al mes de Agosto para renovarlo, si puede, en las mismas o mejores condiciones.

Pues el señor Villalobos tiende a una cosa justa y generosa; a que, dado el valor de la finca, apreciado justamente por los procedimientos de investigación fiscal, se regule el máximo de la renta. Esta ha aumentado en Castilla, desde hace algunos años, pero de un modo bastante artificial porque ya no puede sostenerse; los mismos colonos se hacían la competencia ellos mismos; vino la ruina de ellos; descendió el valor de la tierra; los grandes terratenientes, a la desesperada, se impusieron. Y vino la desaparición de pueblos enteros –como el de Campocerrado– por desahucio del propietario, desapareciendo una comunidad municipal, y pueblos en masa que emigraron a la Argentina, y aldeas enteras que dejaron en colonia fincas que llevaban secularmente para cederlas a un solo rentero, que al propietario, si ha de cobrar cinco mil pesetas, le importa más recibirlas de un solo colono de garantía, que recibir doscientas cincuenta pesetas de cada uno de veinte colonos pobres que no tienen más garantía que la que les presta su honradez y la clemencia de la atmósfera.

El señor Víllalobos, en su Memoria, da con el dedo en la llaga. En el Congreso de Ávila, seguramente, ha de manifestarse, en los representantes de los organismos oficiales y sociedades agrícolas de la región, una corriente favorable a los intereses de los agricultores, que son los únicos, verdaderamente vivos, de las dos Castillas, de Galicia y del reino de León.

Ahora mismo, en las elecciones generales que prepara el Gobierno que preside el señor Sánchez Guerra –la presidencia de Eduardo Dato no pasa de ser una metáfora– los grandes terratenientes absentistas están afilando y bruñendo las armas para estar preparados en las contingencias y escaramuzas futuras.

Y es curioso que venzan apoyándose en los hombros de los colonos, cuyos intereses son opuestos a los suyos, y pintoresco que sea el señor Dato el que se valga de los latifundios para preparar su vasto plan de reivindicaciones sociales… a la inglesa. ¡Todo pura broma!

El Adelanto (19-02-1914)
La Actualidad (14-02-1914)

Un ensayo de psicología extremeña

Tierra de cotos

Esta tarde he venido desde Cáceres a Mérida.

Un fresquecillo muy agradable, que me azotaba el rostro, me permitió venir asomado a la ventanilla durante las dos horas y media que dura el viaje. El paisaje es bastante monótono. Planicies amarillas, espigas agavilladas y recién segadas; ringleras de alcornoques, lomas, oteros, nada más.

Y ni un pueblo, ni un vegeto, ni una aldeúca, ni una simple alquería en los setenta y tres kilómetros que señalan la distancia entre ambas poblaciones extremeñas. Dehesas y más dehesas;

dehesas siempre. Las casitas blancas de los montaraces, al cobijo de las lomas, rompían, muy de tarde en tarde, la monotonía de la visión amarillenta. Y en Plasencia, en Trujillo, en Cañaveral, en Navalmoral de la Mata, en cuantos sitios me he detenido –y sospecho que dentro de unos días en Badajoz–, he observado cómo Extremadura, toda ella, es un coto único e inmenso.

Estos días últimos, vividos en ese páramo que se llama Cáceres, pueblo por donde puede aventurarse que no han pasado ni una idea ni una emoción jamás, recorriendo las calles sinuosas de su parte vieja –torreones con matacanas, casas de blasón, palacios y más palacios, nidales de cigüeñas y de búhos–, me dijeron que allí no vivían más que los administradores de los grandes terratenientes que habitan en Madrid.

Las rentas, todas las rentas van a parar a dos o tres señores blasonados. El pueblo vive, a la sombra de los administradores, perfectamente amodorrado. Ni un soplo de vida mental circula por allí. Las sociedades literarias organizan bailes. Los poetas escriben sonetos al buen ladrón de San Dimas «que nació en la Capadocia». Los impresionistas escriben *rápidas* todavía. Los gacetilleros se insultan como verduleras agrias en el estruendo de los mercados. Los gañanes se sustentan con un gazpacho para todo el día. Pueblo de cotos y de dehesas, Extremadura vive a la zaga de toda la nación, al margen y fuera de ella, y por algo son las Hurdes, geográfica y espiritualmente, la piedra negra que la separa de tierras de León.

Cotos, cotos y más cotos. Cotos siempre. Los conejos roban el espacio que los hombres necesitan para vivir. Extremadura está literalmente deshabitada; debe ser la región de España que tenga menos habitantes por kilómetro cuadrado.

Y es que la propiedad no cambia de manos jamás. La propiedad es el patrimonio de los señoritos, de los holgazanes y de los juerguistas. Dehesas hay que tienen varias leguas de perímetro. El que no es hacendado tiene que luchar a dentellada limpia con la vida; pero como el clima es crudísimo, la tierra abrasa y, el sol tuesta los campos caldeados, el trabajo no florece por estas tierras de pan llevar. Y el caciquismo es un corolario directo de la absurda distribución de la tierra. Así es que el hampa electorera ha sentado por acá sus reales. Dos, tres nombres dominan por completo Extremadura, la sujetan a su imperio, la domeñan y mueven a su talante a estos pobres muñecos anémicos, consumidos por las fiebres palúdicas y por la tuberculosis.

Cotos, cotos y más cotos. Cotos siempre. Media provincia de Cáceres y otra media de Badajoz pertenecen, por ejemplo, al ducado de Fernán Núñez, al marquesado de Mirabel o al condado de Torres Mayorazgo. Como el absentismo, idéntico fenómeno he advertido en la provincia de Salamanca con los grandes de España que caciquean[,] como el absentismo, digo, obra siempre por delegación, que es lo menos expuesto, lo más cómodo y hacedero, los administradores de esas casas o de otras análogas –que no es nuestro propósito personalizar ahora– se encargan del andamiaje del cacicazgo. Diputadillos provinciales, abogadetes, escribas y fariseos pululan en derredor de estos intermediarios. Y mandan a las Cortes a los abogados que son sus servidores y mangoneadores. Tal vez pensando en Extremadura ha dicho mi querido D. Miguel de Unamuno que nuestro Parlamento «está formado de ricos, que son los mejores; de administradores de ricos, que son ya malos, y de administradores de administradores de ricos, que son los peores de todos...» *(Hispania,* Londres, Enero de 1912)

Cotos, cotos y más cotos. Cotos siempre. Tierra de juego de ruleta, de bacarrat y de monte, de monte sobre todo. Tierra de usura y de pacto de retro. Tierra de miseria, donde la hija se somete a la servidumbre de la prostitución con la misma fatalidad que el hermano al servicio de las armas. Literatura huera, sonetos a San Dimas, *rápidas,* crónicas donde «los puestos de refrescos deambulan a la luz mortecina del crepúsculo tramontano» *(La Montaña,* diario maurista de Cáceres), artículos de sociología barata *ad usum virginorum,* donde la propiedad no puede cambiar porque así, en su forma de hoy, la estableció Dios en el Paraíso; elecciones donde un candidato antiguo concejal lerrouxista, hoy monárquico fervoroso, Marcelo Rivas Mateos, al luchar contra el Dr. Camisas en el distrito de Coria, inyecta jalapa o aceite de crotón en unos pasteles que hace comer a los notarios para que no puedan levantar acta de los chanchullos electoreros que se preparan, a fin de asegurar el triunfo.

Dehesas, dehesas y más dehesas. Dehesas siempre. La preocupación espiritual está sometida a las duras trabas de la mantenencia. Los movimientos del estómago anulan siempre los cerebrales. Las ciudades viven de un puro artificio. Así, por ejemplo, nosotros hemos visto cómo Plasencia gira en derredor del Colegio de San Calixto, fundación benéfica del marqués de la Constancia, de la que son patronos el obispo, el deán –que ha renunciado–, el alcalde y el síndico del Concejo placentino. Cuando el obispo se larga a veranear, los patronos hacen de las suyas. Cien pesetas ha costado algunos años el calzado de cada alumno, un calzado de munición; con el dinero del Co-

legio han hecho los conservadores obras municipales; los cargos cambian al turnar las banderías políticas. Se crean cargos al iniciarse el período electoral; se amortizan cuando ya no hay que pucherear en los comicios. Y como Plasencia vive de San Calixto, Coria vive de su obispado, Cáceres de su audiencia territorial, Mérida de sus excavaciones arqueológicas y Badajoz de sus militares. Y son pueblos ricos, feraces; los olivares están repletos de aceituna; las espigas se tronchan al peso de su fruto; las huertas dan para la exportación del pimiento, del tomate, de la cebolla, de las cucurbitáceas en grande escala; hay muchos y abundantes manantiales; los alcornoques pueden sustentar en las invernadas a toda la cerda española. Pero... pero los propietarios de Extremadura pueden contarse con los dedos.

Cotos, cotos y más cotos. Cotos siempre. Esta tarde, cuando regresábamos de contemplar el estupendo brazo de la estatua rota de Proserpina que preside las ruinas del Teatro Romano, la Plaza Mayor de Mérida estaba llena de segadores jóvenes que contrataban en ella sus jornales campesinos para la semana. Todos llevaban impresas en su rostro –comido por la anemia– las huellas estúpidas de la resignación. Mujeres ha habido que ganaban cincuenta céntimos de jornal al día por varear aceitunas doce horas. Ahora, por lo que veo, tienen un pequeño gesto de rebeldía estos gañanes, no tolerando que bajen segadores de Galicia y exigiendo un jornal de cinco o seis pesetas diarias. No hay que decir que los comités liberales están asustados contra estas demasías. El socialismo agrario extremeño tiene que estallar necesariamente por aquí de un momento a otro. Solamente así podrá redimirse esta pobre Extremadura, esta pobre Extremadura tan rica.

Dehesas, dehesas y más dehesas. Dehesas siempre. Ni un pueblo, ni una aldeúca, ni una alquería en esta trágica excursión de setenta y tres kilómetros a Mérida. Usura, germanofilía, neutralidad. Amigos de Dato, amigos de García Prieto, amigos del conde de Romanones. Las gracias de *El Mentidero* a todo pasto, las chabacanerías de Cirici Ventalló, las adivinanzas proféticas de *Armando Guerra,* los discursos de Vázquez de Mella. Lectores de Ricardo León... allí donde se lee. Papelerías, tiendecitas de libros con las últimas exploraciones sicalípticas de Joaquín Belda o de Alberto Insúa. Lujuria triste de gente que cena gazpacho. Las clases intelectuales, agrupadas en torno al bilioso de Villanueva o en contra de él, a propósito de las majezas de los garcía prietistas en esta semana de memez colectiva. Admiradores de Burell y admiradores de Sánchez Guerra. Perezosos, esto es, eruditos en las capas altas de la mentalidad regional, dedicados a desempolvar las murmuraciones pretéritas de Cestra Cecilia-Cáceres o de Emérita Augusta Mérida. Nada, nada, nada.

Dehesas, dehesas y más dehesas. Los hombres emigran para que vivan los conejos, y las ovejas, y las cabras, y las yeguas, y los toros. Y a pesar de los pesares, Extremadura tiene un recio espíritu viril no muerto, pero adormecido. Un fuerte sabor españolísimo se refugia por estos olivares. Por algo son extremeños Doña *María de Monroy la Brava*, Hernán Cortés, Espronceda. Y quiero creer que esta postración es transitoria, para no renegar de la casta.

España (02-08-1917)

El problema de la tierra

Un diputado reformista salmantino, señor Villalobos, que ha venido al Congreso representando el distrito de Béjar, nos ha anunciado que ha de presentar a la Cámara un proyecto de ley regulando la cuantía de las rentas. No conocemos todavía las bases ni las orientaciones que ha de dar a su labor el señor Villalobos; pero como lo que él conoce es lo mismo que yo conozco, la provincia de Salamanca, me parece conveniente exponer en estos artículos el estado en que allí se encuentra la propiedad rústica, origen de todos los males, de la emigración que aumenta todos los años, de la pobreza del colono y hasta del mecanismo del sufragio en aquellas enormes dehesas donde el toro vale más que el hombre, donde un propietario, el señor Cobaleda, suprimió un pueblo, el de Campocerrado, para convertirlo en coto de caza, y donde hasta hace poco, el señor duque de Alburquerque cobraba el derecho de tránsito por el puente de la villa de Ledesma.

La propiedad rústica se encuentra en poder, casi toda ella, de absentistas, que viven en la Corte y pertenecen a las casas más linajudas y viejas de la nobleza española. El duque de Alba percibe en grano, en los partidos judiciales de Alba de Tormes y Peñaranda de Bracamonte, más de veinte mil fanegas de trigo. En el caso del duque de Alba se encuentran, Mena, Sotomayor, Cerralbo, Medinaceli y otros. Las tres cuartas partes de la riqueza agrícola viene a parar a Madrid.

Buena parte de estas fincas estaba arrendada a pueblos enteros; pero como al señor le conviene más la unidad de colono y de renta, han sido varios los casos de desahucios colectivos. Así, el del pueblo de Campocerrado por el señor Cobaleda, el de Cespedosa por el duque de Alba y el de los pueblos de Boadilla y Fuente de San Esteban por el de Valencia. Los de Cespedosa se han defendido atacando los arrendatarios posteriores hasta que han logrado que la dehesa colindante quede sin arrendar, los de Boadilla y Fuente están en vías de imponerse al propietario haciéndole la vida imposible, y en cuanto a los de Campocerrado, han emigrado a América y a los pueblos próximos, porque el Ayuntamiento y la Parroquia desaparecieron, sin que el Poder público se defendiese contra este abuso insólito de la propiedad.

El problema es muy complejo porque la tierra es de distinta calidad según los parajes. Alba, Peñaranda, Salamanca y buena parte de Ledesma son tierras ricas y fecundas; estériles y cansadas para el cultivo las de Béjar, Vitigudino, Ciudad Rodrigo, Sequeros. En estos partidos domina la pequeña propiedad y en los otros la grande. La usura florece en todos. Vestigios de agrupaciones de resistencia hay apenas en Ciudad Rodrigo. En las grandes dehesas de Alba, Salamanca y Peñaranda, los enemigos son los propios arrendatarios, que, en su afán por quedarse con las tierras, pujan y elevan el precio a unas alturas inverosímiles, evitando la concurrencia en el concurso y haciendo imposible la cooperación social para toda suerte de colonias. Automáticamente, en un espacio que oscila de quince a veinte años, ha habido fincas que han doblado y triplicado el valor de su renta, y como no han subido en la misma proporción ascendente los productos, la ruina de los colonos ha sido inevitable y hasta justa por la ceguera con que han procedido en sus relaciones económicas con la tierra.

Los contratos suelen firmarse por cinco años y generalmente se renuevan y prorrogan por la tácita. El duque de Alba, en Peñaranda y en la zona llamada de las Siete Villas, sigue con sus colonos un sistema más justo y razonable. Los contratos de arrendamiento se prorrogan indefinidamente de padres a hijos y los colonos, en cierto modo, consideran las tierras como suyas. En un espacio largo de tiempo, hay posibilidad de doblar las producciones y así miman, mejoran y fecundan con los abonos sus parcelas. En los contratos cortos de concurrencia, el colono, en cambio, esquilma la tierra, porque sabe que si la mejora, los beneficios serán para su sucesor, o, en todo caso, para el dueño, que se aprovechará de la esplendidez del colono, sin tenerla en cuenta, rechazándola cuando se encuentre con ofertas más elevadas de un tercero.

En una provincia como la de Salamanca, donde la propiedad rústica está organizada de esta guisa y donde es agrícola exclusivamente la riqueza de su suelo, resulta, de hecho, que el dueño de la tierra es el único que puede imponer sus leyes a la comunidad. Con ceder la tierra a unos les capacita para la vida y con quitárselas a otros les priva de elementos de defensa para la vida social. Pero la relación de propietario a colono pasa siempre o en la mayoría de los casos por la intermediación de los administradores, que son, de hecho, los que, a espaldas del señor, se aprovechan de la inmensa fuerza de este en las relaciones políticas, económicas y sociales. Y así la libertad política en su manifestación más sagrada, la de la pura emisión del sufragio, vive hipotecada por el administrador. Y la codicia aldeana, tozuda y verdaderamente miserable, vive espoleada y zaherida por el administrador. Y este se trueca en el moderno señor de la horca y cuchillo que dispone de haciendas y de vidas, contra el cual no cabe más defensa que la de la emigración a sitios menos ingratos, donde la tierra sea más libre y menos desdeñosa.

No quiero, en estos breves apuntes trazados con el exclusivo objeto de dar a los lectores una idea bastante cercana a la realidad de la vida económica del agro castellano, exponer hasta qué punto hace falta una ley reguladora de rentas, que prescriba, de hecho, la igualdad jurídica de ambos contratantes y que garantice la defensa eficaz del colono contra el propietario. Pensar, en esos momentos, en una reforma del Código civil, me parece un hermoso sueño sin realización inmediata posible. Unas Cortes como estas y como las otras, formadas por administradores, abogados y propietarios, rechazarían con horror toda innovación en los contratos de arrendamiento. Más bien, de momento, habrá que acudir a las leyes fiscales y tributarias para garantizar la independencia del colono. Yo sospecho que tanto el señor Villalobos como la minoría reformista a que pertenece han de tener la suficiente destreza parlamentaria para ir presentando gradualmente la batalla a los elementos conservadores, sin que estos se aperciban de la táctica del adversario.

Por lo demás, se trata de un problema totalmente olvidado por las fuerzas socialistas, para las que se diría que no existe más problema que el del obrero de la ciudad, ni más relaciones contractuales que las de obreros y patronos. Mientras nuestro socialismo no se cure del todo de demostrar a la clase media que su posición económica es la misma del obrero, que sus relaciones económicas del Estado son las mismas de aquel con su patrono, y de la vida mísera del obrero

del campo, que sin organización ni cultura alguna, es víctima de todos los embates, el socialismo conservará, bien a pesar suyo, ese carácter exclusivista que hoy tiene por la fuerza de las circunstancias, y que le impide aproximarse a ciertos sectores de la opinión que, de seguro, le acogerán amorosamente.

La Publicidad (14-04-1918)
El Impuesto Único [333] (01-01-1919)

El problema de las rentas

Los lectores de EL SOL se han enterado del proyecto de ley que ha presentado a la Mesa del Congreso el diputado reformista D. Filiberto Villalobos, que ha venido a estas Cortes representando un distrito salmantino: el de Béjar. En este proyecto, el Sr. Villalobos fija la duración de los arrendamientos de las fincas rústicas en veinte años; considera nulos aquellos contratos donde se grave a los colonos con el pago de las contribuciones ordinarias y extraordinarias; castiga con el quíntuplo de la contribución territorial a los propietarios que tengan convertidos en cotos de caza sus tierras laborables; exime a los colonos del pago de las rentas ante las catástrofes fortuitas; etc. La intención es noble, y el propósito, excelente. La suerte que corra en las Cámaras el proyecto del Sr. Villalobos, ya es otro cantar. Al articulista, que se ha propuesto reflejar en estas impresiones la fisonomía espiritual de Castilla, le interesa únicamente explicar las razones políticas que han impulsado a Villalobos a presentar este proyecto, porque su teatro de operaciones está encuadrado en la provincia de Salamanca, donde yo vivo, y en mi pueblo, que es el de Villalobos, y porque las aspiraciones de unos cuantos, que cristalizan hoy en un proyecto de ley, se iniciaron años atrás, en el campo salamanquino, con predicaciones agrarias de Unamuno, de Elorrieta –actual diputado de la mayoría–, de Bernis –el profesor de Economía política de la Universidad de Salamanca– y de un grupo de publicistas, estudiantes y agricultores, entre los cuales tengo la suerte de encontrarme.

No es uniforme la geografía de las rentas en la provincia de Salamanca. Sus tierras son de muy diversa calidad. Tierras laborables excelentes radican en los partidos de Salamanca, Alba de Tormes, Ledesma y Peñaranda de Bracamonte, los más ricos de la provincia; la propiedad está más subdividida en las de Vitigudino, Béjar, Sequeros y Ciudad-Rodrigo. El absentismo es más agudo en los primeros y más templado y dulce en estos últimos. La aristocracia española, avecindada en Madrid, es dueña de las tres cuartas partes de la propiedad rústica de los cuatro primeros, mientras que en los últimos –a excepción de Béjar, donde el aspecto industrial se sobrepone al agrícola– puede sentirse la presencia de muchos labradores indígenas, propietarios de pequeñas parcelas, para los que la modificación de los contratos de arrendamiento es una necesidad menos imperiosa.

Y el problema de la tierra tiene también facetas bien distintas. En Vitigudino hay pueblos que se están autocomprando, porque pertenecen o han pertenecido a un señor único, como el de Cerralbo, propiedad del marqués de este título; otros han pertenecido a fundaciones religiosas, como las tierras que aun hoy se llaman de abadengo. Pueblos ha habido en la provincia que desaparecieron con su Concejo, Parroquia y Juzgado municipal, ante un desahucio colectivo de su propietario, el Sr. Cobaleda, como el de Campocerrado, porque a su dueño le urgía convertirlo en tierra de pastos; y el Estado se cruzó de brazos ante semejante enormidad. El arrendamiento colectivo va también desapareciendo, porque el propietario pretende la renta única con el rentero único, ya que la contabilidad es más sencilla, la administración más cómoda y el desahucio menos comprometido y llevadero. El pueblo de Cespedosa, en Béjar, era rentero de una dehesa enclavada en aquel término municipal, perteneciente al señor duque de Alba, y los pueblos de Boadilla y Fuente de San Esteban se defienden contra otro propietario. El señor duque de Valencia, dueño de otras yugadas de tierra en análogas condiciones. Los de Cespedosa se las han arreglado de tal suerte, molestando al sustituto, que la dehesa del señor duque de Alba permanece improductiva; los de Boadilla y Fuente se pelean, después de muchos años, con el ducado de Valencia. Ellos dieron ocasión a la campaña agraria de que hablé al principio, y que valió al señor Unamuno el enojo de los aristócratas terratenientes cuando el Sr. Maldonado interpeló al Sr. Bergamín sobre la destitución de aquel en el rectorado de la Escuela.

[333] En *El Impuesto Único* se omitieron los dos últimos párrafos.

Los colonos ricos han comenzado, ellos solos, a hacerse la competencia. Ellos mismos pujan el valor y la cuantía de las rentas, viviendo los propietarios en el mejor de los mundos. Como el contrato dura cinco años, y el rentero necesita el máximun de producción, el colono esquilma la tierra, sabiendo desde luego, en el noventa por ciento de los casos, que al finalizar el contrato será reemplazado por un mejor postor si él, a su vez, no se presta de buena voluntad, al aumento de las rentas. Así, yo he visto en Alba labradores que fueron ricos sumidos en la miseria, y he observado que en aquel Juzgado de primera instancia apenas vive la curia de otra cosa que de los desahucios otoñales. La usura vive rozagante a cuenta de tales bobos, y gracias a la Caja de Crespo-Rascón, que funciona en Salamanca para prestar cantidades a los labradores, la usura no hace mayores estragos. Pero son muchos, sin embargo, por la psicología natural del castellano. Prefiere un préstamo silencioso en malas condiciones, a uno público con responsabilidad hipotecaria en las más suaves y tranquilizadoras a largo plazo. Luego, la existencia de los toros bravos de lidia requiere la de grandes zonas de tierras para pastos y la disminución de las laborables. Y todos estos factores, juntos, vienen a agravar el problema que quiere mitigar y resolver el Sr. Villalobos con su proyecto de ley. El cual, dígase lo que se quiera, no perjudica a los propietarios. El señor duque de Alba es un testigo de mayor excepción. En el territorio llamado de las Siete Villas, en aquella provincia, y que antaño fue íntegramente de la casa ducal –Villoria, Villoruela, Cordobilla, Moríñigo, Babilafuente, Encinas de Abajo y Huerta–, el señor duque prorroga indefinidamente el contrato de arrendamiento con los colonos, pasando de padres a hijos a través de varias generaciones. Y el arrendatario considera como de su propiedad aquellas fincas. Yo he visto unas disposiciones testamentarias de un pariente mío, rentero del señor duque, donde divide por igual entre sus hijos las fincas que lleva en colonia. Pregunté, extrañado de la singularidad del caso, y me dijeron que era lo normal y lo corriente en aquella zona. Y todas aquellas tierras están abonadas, cuidadas y mimadas con esmero, y el rentero, sin los ahogos del presente, puede pensar en el mañana, dejando una fortuna modesta al morir, ya que en esta especie de aparcería con el duque viene a establecerse de hecho una comunidad de deberes y rendimientos recíprocos, donde se funden los intereses del dueño de la finca y los del que la cultiva.

La presencia de estos hechos, entre los que no quiero callarme el de que los ganaderos han sentido tal apetito de tierra, que se han dedicado, como graciosamente afirma Unamuno, a "coleccionistas de dehesas" –su ambición estriba en tener una más, por lo menos, que el pariente, amigo o deudo– han impulsado seguramente a Villalobos a la presentación de su proyecto de ley, apenas creadas estas Cortes. No creo que muera el proyecto ante la resistencia de los propietarios, administradores y abogados, que disponen de un buen montón de actas. El Sr. Alba en un mitin electoral reciente, que dio en Peñaranda para favorecer la candidatura de su amigo el Sr. Power, abogó por una política agraria, tronando contra la usura y los grandes terratenientes; como el Sr. Alba es un hombre de honor, apoyará ahora, seguramente, las aspiraciones del joven diputado reformista. Y los diputados gallegos, extremeños y andaluces, donde la dolencia de la tierra es bastante más grave que en Salamanca, es de creer que no se opondrán al estudio de una cuestión que puede ser fecunda en orientaciones para ir resolviendo sin estridencia el problema de la propiedad. El malestar del campesino es enorme; la razón que le asiste, indiscutible; los abusos del absentismo, complejos y muy variados. Y la protesta, inaplazable, puede ser violenta y hasta revolucionaria. Cortada a tiempo, se evitarán trastornos, de cuya gravedad no se tiene la menor idea en Madrid.

El Sol (26-04-1918)

La pérdida de la cosecha en Salamanca

(Crónica telegráfica)
Alba de Tormes, 4 (12 m.)

El pesimismo que ayer reflejábamos en nuestra crónica, se va acentuando a medida que se van conociendo, por los relatos de los labriegos y por las informaciones amplísimas que la Prensa local dedica a este asunto, nuevos detalles de la catástrofe de los campos. Es más ancha su zona de lo que creíamos ayer, y, naturalmente, los daños son de bastante más consideración. Suponen sencillamente la ruina de toda la comarca de la Armuña, una de las más ricas en cereales de toda la nación, y de una buena parte de los pueblos de señorío del partido de Ledesma, a los que vi-

sitaré muy pronto para seguir estudiando, en estas columnas de EL SOL, el problema de la tierra en Salamanca.

A lo que parece, la nube inicial (que partió del pueblo de Calzada de Don Diego, término municipal que ha pertenecido hasta hace pocos años a la Casa Ducal de Tamames), tuvo dos ramificaciones importantes. La primera, entrando por Doñinos, fue a parar a la Armuña, arrasando, entre otras, las dehesas de Porteros y de Zaratán; la segunda, saltando por Doñinos, llegó a Robliza, donde no destruyó toda la cosecha, sino que la mermó extraordinariamente, y a Matilla de los Caños, donde arrasó los sembrados por completo.

En el partido de Ledesma, cuyos granos se creían salvados, los efectos han sido tan terribles como en la Armuña; así el pueblo de El Arco ha quedado en la miseria. Los patatales y melonares del pueblo de Aldearrubia fueron también destruidos totalmente. En Parada de Rubiales no quedó un grano en todo el término municipal, calculándose las perdidas en 700.000 pesetas. En el Arroyo, dehesa de la vizcondesa viuda de Garci-Grande, no quedó rastro de barbechera. En Villaverde de Guareña, y en Tarazona de Guareña, y en la Orbada, y en Orbadilla, se perdió toda la recolección.

Me he detenido con tan prolija minuciosidad en la descripción de la catástrofe, porque deseo, como periodista y como salmantino, que llegue a los Poderes públicos la sensación de la catástrofe y del estado de miseria en que quedan miles de hogares en estas tierras salmantinas. Se impone, por de pronto, la visita de peritos a estos campos para que tasen las pérdidas ocasionadas por la nube del día de San Pedro. Se impone asimismo el perdón de las contribuciones a los pobres labradores damnificados. Y se impone, finalmente, una revisión del artículo del Código civil que trata de los contratos de arrendamiento, en el sentido que inicia en su proposición de ley el diputado a Cortes Sr. Villalobos, proposición que no ha tomado en consideración el Gobierno que disfrutamos.

Porque es verdaderamente vergonzoso que el propietario esté siempre a riesgo de los accidentes fortuitos y que ellos no eximan a los colonos del pago de sus rentas en condiciones extraordinarias como las actuales. Las dehesas de más importancia de la provincia, los pueblos de colonia, han sido precisamente los más castigados el sábado. Nunca mejor que en estos momentos podría reproducir su proposición de ley el amigo Villalobos, apadrinarla el gobierno y votarla las Cámaras con la misma premura que dieron estado legal a los deseos de los militares. Porque las subvenciones extraordinarias del Gobierno, el peritaje de los daños causados, la condonación de los tributos que pesan siempre sobre los colonos y jamás sobre los propietarios de las tierras, además de requerir incidencias dilatorias para llegar a su término, ni remedian el mal con la urgencia que necesita, ni lo abarca en su totalidad. Estamos, en una palabra, frente al eterno problema de la tierra, que no se resuelve sin llegar a una revisión crítica de los valores de la propiedad.

La situación de los pobres colonos y de los pequeños propietarios de buena parte de esta provincia es, sencillamente, desesperada. Uno de los diputados provinciales de Alba-Peñaranda, el señor González Cobos, ha propuesto que se pida al Estado un anticipo reintegrable para que los labradores puedan restablecer sus haciendas dislocadas y rotas por el accidente atmosférico. Perfectamente de acuerdo. Si el Estado quiere anticipar dinero, puede recodarse al Sr. Cambó que los huertanos de Valencia recibieron, en tal concepto, este invierno, al helárseles la naranja, sesenta millones de pesetas; ya puede, por lo tanto, el señor ministro de Fomento ampararse en los "precedentes" de rigor.

Y otro diputado provincial, que a la vez es un escritor notabilísimo, D. Fernando de Íscar Peyra, representante de la zona dañada precisamente, propone que "es indispensable tomar un movimiento poderoso de opinión en la Prensa, que lleve a Madrid la inmensidad de la catástrofe". Muy bien, pero ese movimiento de opinión no puede detenerse en las redacciones más que momentáneamente, sino marchar derecho a la sala de sesiones de ambas Cámaras. Y repetimos que puede cristalizar muy bien en la proposición de ley del diputado salmantino Filiberto Villalobos, que, si de algo peca, en mi opinión, es de poco radical y maliciosa. Para atajar la catástrofe de Salamanca, no encuentro cosa mejor que la reforma del Código. "Ante accidentes fortuitos que arrasen en su totalidad las cosechas, los propietarios no podrán exigir a los colonos el pago de las rentas estipuladas. Cuando el daño sea parcial, las rentas se rebajarán en la exacta proporción del daño causado." Bastaría con aprobar un artículo que dijera eso. Y en la proposición de Villalobos se formula una tesis bien parecida.

El Sol (05-07-1918)

La catástrofe del campo salmantino

(Crónica telegráfica)
Alba de Tormes, 5 julio.

Proponíame ayer acabar con esta información de la terrible catástrofe que ha sumido en la miseria a la más rica región agrícola de Salamanca. Pero cada día se conocen nuevos detalles, que ponen crudamente al descubierto la gravedad de la crisis. Más de un millón de fanegas de trigo apedreó la tormenta del 29 de junio. Se trata, pues, de una catástrofe muy seria, que puede tener, que tendrá probablemente, derivaciones tristísimas en el problema de las subsistencias.

Toda la región esta conmovida ante el triste sino de estos pobres y sufridos labriegos armuñeses. La Diputación provincial ha tomado la noble iniciativa de poner al habla a propietarios y colonos, para resolver, de común acuerdo, el insoluble problema de las rentas, bien con el perdón absoluto de las mismas, bien con una rebaja que se pagará en anualidades sucesivas. De otro modo, este invierno se despoblarían los campos, tomando la emigración caracteres aterradores.

Afortunadamente, sin vanas palabrerías, y sin efectismos provincianos, y sin Comisiones de fuerzas vivas que vayan a Madrid, la opinión se manifiesta de acuerdo respecto a los medios que puede plantear el Estado para hacer frente a la situación. Una vez tasados los daños por los peritos que nombre la dirección de Agricultura, se pedirá un anticipo reintegrable que ponga a los perjudicados en condiciones de adquirir semilla, útiles de trabajo, ganados, etc., y de hacer frente a la próxima sementera. Los labradores nos piden que razonemos esta pretensión en EL SOL, como si su simple enunciación no ganase de antemano el corazón de sus lectores. Aquí, donde hay anticipos reintegrables para la Prensa y para la industria, bien pueden concederse a la agricultura, mucho más importante que aquellas. Luego estos pobres labriegos son los mejores pagadores del mundo. A la cabeza de las provincias que mejor tributan figura Salamanca. Obligación que garanticen los hombres del campo, será obligación cumplida. El Estado puede tener la seguridad absoluta que todo concierto será legítimamente respetado.

¡Pobres hombres! Como la agricultura es la única fuente de riqueza de esta región, la miseria de los labradores ha producido un trastorno tan general, que cuantos se dedicaban a las faenas del campo han quedado automáticamente en la calle. Tampoco pueden vivir cuantos se dedicaban a oficios manuales en los pueblos y en las aldeas. Un plan completo de obras públicas a desarrollar inmediatamente, Sr. Cambó, aminoraría con toda eficacia el malestar reinante. Apertura de caminos vecinales, continuación de ferrocarril de Peñaranda a Ávila…; el señor ministro de fomento tiene, si quiere, donde escoger para remediar tanto duelo.

Y pocas regiones piden tan justamente como ésta, siendo, como es, la que con más solicitud contribuye a las cargas nacionales. Salamanca, que no tiene caciques, como Zamora, como Valladolid, como Palencia, ha sido sistemáticamente desamparada por los Poderes públicos. A pesar de la situación estratégica de la capital, no hay cuarteles, y cuando los pide Salamanca, sienta el Estado la peregrina teoría de que las obligaciones de esta naturaleza deben pesar sobre el Municipio y sobre la provincia. Las oficinas públicas son dependencias universitarias, por las que el Estado jamás ha pagado una sola peseta de renta. Se nos tiene en tal abandono, que cuando el centenario de Arapiles[334] no se nos concedió un solo céntimo, después de repartir millones a troche y moche en conmemoraciones históricas más o menos sospechosas. Ahí está, en fin, sin construir ese ramal de Peñaranda a Ávila, que pondría a Madrid a seis horas de Portugal, facilitando enormemente la comunicación de la corte con todo el Oeste de España. Pues allá se está el expediente terminado en Fomento, esperando el sueño de los justos.

Para concluir; no por humanidad, sino por estricta justicia, el Estado debe socorrer inmediatamente a los labradores salmantinos. Con toda urgencia, con todo decoro y sin tacañerías. El sufrimiento y la resignación tienen sus límites. Y lo que hoy puede atajarse fácilmente, mañana no tendrá remedio alguno. Las luchas obreras serán juegos de chiquillo el día que el campo estalle en una protesta violentísima. Y ese día se acercará sin remedio en Castilla si no se la atiende ahora.

El Sol (08-07-1918)

[334] Centenario de la Batalla de Arapiles contra los franceses celebrado en 1912.

Un folleto de Díaz-Caneja

Con el título de *El contrato de arrendamiento de fincas rústicas en el Código civil español* acaba de publicar el abogado y ex diputado a Cortes palentino D. Juan Díaz-Caneja la conferencia que pronunció en San Sebastián con motivo del Primer congreso de Abogados, celebrado en aquella ciudad en septiembre de 1917. Unas palabras de Pío Baroja sirven de lema a Díaz-Caneja para su meritísima labor. "Hay en mi alma, entre zarzales y maleza –escribe el autor de *César o nada*– una pequeña fuente de Juvencio. Diréis que el agua es amarga y salitrosa, que no es limpia y cristalina. Cierto. Pero corre, salta, tiene rumores y espumas. Eso me basta". Eso le basta, en efecto, al Sr. Díaz-Caneja para afirmar su juventud, para irritar a estos graves señores castellanos de rocín flaco y galgo corredor, para clamar por la vergonzosa situación de los colonos de Castilla, para separarse gallardamente de los idóneos que le dieron su acta en las pasadas Cortes, y para sostener un criterio anticonservador en esta conferencia. Conferencia que, dicho sea de paso, se deja leer de un solo tirón, proporcionando su lectura un fuerte encanto.

El problema de la tierra no existe para el Código civil. Las míseras reglas que este establece en torno a la vida del colono, al derecho, llevanza, adquisición y mejoras de la tierra, no saben diferenciar los efectos sociales que producen la pequeña y la grande propiedad, ni tienden a otra cosa que a sujetar al colono para que pague la renta siempre y en todas ocasiones. Adrede desdeñan nuestros legisladores los factores económicos en la vida jurídica de relación. La herencia romana pesa en el patrimonio mental de nuestros legisladores. El dominio es siempre absoluto y el trabajo no puede ser título legítimo de propiedad. Tales principios impiden las disposiciones que regulan el arrendamiento de los predios rústicos. Sin la tenencia de la tierra, sin la seguridad del colono, sin la indemnización por las mejoras, el colonato rural será siempre la más baja y vergonzosa de las servidumbres sociales. De tal modo expuesto y concebido el problema por el Sr. Díaz-Caneja, llega a varias conclusiones y orientaciones como consecuencias de su labor. Así, pide que el Código civil prohíba los pactos especiales de los contratantes que renuncian a la reserva cuando ocurran los casos de que habla el art. 1.575; del mismo modo exige la revisión del Código para asegurar la tenencia de la finca al rentero que paga y cultiva, finalmente, rindiendo culto a la más estrecha equidad, aboga para que se indemnicen al colono las mejoras hechas en la finca durante el transcurso del contrato.

Naturalmente, estas aspiraciones, bien molestas, son las aspiraciones mínimas de un georgista[335] tan convencido como el Sr. Díaz-Caneja. Pero no hay que perder de vista que hablaba para abogados; que los abogados son asustadizos, y que con lenguaje más rudo o más franco no hubiera conseguido el conferenciante la aprobación de sus conclusiones por los señores asambleístas. Aprobación que era, en aquel momento, la finalidad única de la conferencia.

De un lindo proemio va precedida ésta. En él sitúa y localiza el problema, con más precisión que en el cuerpo del folleto, en la meseta castellana. La paz profunda del espíritu que vio *Azorín* en Castilla –sobre el aire una picaza que revolotea para abatirse sobre un montón de piedras– está muy en la superficie y muy a flor de piel. El silencio huraño y hermético, la soledad recelosa no son precisamente las cualidades de la paz. Los colonos, los menestrales, los cachicanes sufren y callan el latigazo del cacique, la burla del señorito ocioso, la imposición del brutal administrador. Para que les duela el corazón de veras, propone el señor Díaz-Caneja que enconemos todos su tristeza. La regulación de las rentas es un paso. Otro, el salario justo y fijo. Pero no basta. Hay que ir siempre más allá y no detenerse nunca. Tierras libres; Concejos libres, con medios propios; una inmensa federación agraria que sustituya a ese artificioso organismo regional. Removiendo, organizando al obrero, llenándole de anhelos y de inquietudes, enseñándole que si la tierra da trigo es a golpe de azada y a surco de reja, cree el Sr. Díaz-Caneja que debe plantearse inmediatamente el problema de las reivindicaciones campesinas.

Y es curioso advertir cómo esta preocupación por el problema de la tierra desciende a los encinares salmantinos, a las pobres tierras de Zamora y a las ricas y feracísimas de Valladolid desde la Tierra de Campos. En la Tierra de Campos, cobijado a la sombra de la estupenda iglesia de Frómista, escribe Julio Senador su *Castilla en escombros*. En la Tierra de Campos, el obispo señor

[335] Partidario de las ideas del economista estadounidense Henry George (1839-1897) fundamentadas en el principio de que a cada hombre le pertenece todo lo que sea capaz de crear o producir, pero que todo aquello que provenga de la naturaleza, en particular la tierra, es propiedad común de la humanidad. El georgismo propone la abolición gradual del latifundio, así como la propiedad estatal o comunal de la tierra y su entrega a pequeños aparceros en arrendamiento vitalicio.

Barberá y Boada, que en otras diócesis escribió furibundas pastorales contra el absentismo y la despoblación del campo, regala una huerta episcopal y la divide en parcelas entre pobres jornaleros palentinos. Y en la tierra de Campos, este Díaz-Caneja, que iba para subsecretario idóneo y que se curaba de Abilio Calderón y de sus andanzas, se recluyen en su casa o sale a la montaña palentina, lejos del Gobierno civil y de esa hórrida Diputación provincial, decorada con tal cual gusto, a hurgar el dolor campesino para que se rebele y estalle.

Esa grata apacibilidad de Palencia, ese aire modosito y casero de sus hijos, no es incompatible, por lo visto, con las inquietudes espirituales, que hacen dignos de irritación y de enojo, como dice Anatolio France, a los que no las sienten. Y está bien que sea Palencia la que dé esa nota de preocupación agraria en el concierto regional. Zamora no tiene nada que decir en este momento. Burgos está muy atareada con unos Juegos Florales. Valladolid produce acaparadores y poetas, y Salamanca, que murmura contra sus ganaderos, administradores y terratenientes, les lleva a las Cámaras, sin perjuicio de disertar luego irónicamente de sus ires y venires y danzas y contradanzas.

El Sol (20-08-1918)

Labradores y políticos

Un periodista muy activo e inteligente, el Sr. Sánchez Gómez, corresponsal de EL SOL en Salamanca, ha expuesto en estas mismas columnas, recientemente, el hecho de que los labradores de la Armuña rechazan el mezquino auxilio que el Estado les concede para la compra de semilla, con motivo de la destrucción de sus cosechas en el pasado mes de junio. Pero lo que no se atreve a decir el Sr. Sánchez Gómez es que Salamanca obtiene siempre el mismo trato, burlón y compasivo, de los Poderes públicos. Es que no tiene políticos, sencillamente. Es que sus políticos, privados del sentido del matiz, ponen el mismo denuedo en la petición de un crédito que en la demanda de una credencial de peón caminero. Es que sus políticos se conforman con el apretón de manos del ministro, con el guiño cariñoso del subsecretario y hasta con la carta obsequiosa y cortés del mecanógrafo de turno. Es que los diputados y senadores salmantinos desconocen el ambiente oficial y tienen un miedo horrible a la exhibición parlamentaria, aun tratándose de casos que la requieren con toda premura. Y no se dan cata de que el régimen de conciliábulos, tertuliejas y telegramitas prometedores ha muerto definitivamente.

Cuando ocurrió la catástrofe de la Armuña, nosotros, los que escribimos para el público, llevamos a la gran Prensa madrileña la sensación de la desgracia. En varias crónicas telegráficas publicadas en EL SOL contamos a los lectores de este periódico nuestra impresión personal de los campos arrasados que recorrimos de cabo a rabo por entonces. Contrastando con nuestra actitud de alarma y enojo, los parlamentarios salmantinos hablaban del problema a primera hora en las Cámaras, en esa seráfica primera hora de ruegos y preguntas, para disputarse luego, en la Prensa local, encarnizadamente, la intervención personal de cada uno, y en el número de visitas de cada uno, el grado de influencia del jefe de cada uno. El más interesado en las demandas agrícolas, Villalobos, estaba enfermo en Cestona y acababa de abandonar las Cámaras, por disciplina política al votarse y aprobarse la ley contra el espionaje. Los demás parlamentarios…

Sí. Los demás parlamentarios, aunque representan distritos agrícolas y pertenezca a ese grupito de diputados que ha fundado el buen humor del señor vizconde de Eza, en su calidad de terratenientes, propietarios y harineros –que de todo hay en la viña del Señor–, tienen intereses personales muy distintos a los de los colonos, y la liberación de estos supone sencillamente el rompimiento del retablo de Maese Pedro que los sostiene y que le lleva al Parlamento. Las cosas, claras. El Sr. Villalobos, por ejemplo, al redactar su proposición de ley sobre las rentas, no recibió alientos más que de un solo representante de la provincia, el Sr. Velasco, diputado por Ciudad Rodrigo, hombre muy de su tiempo y de una exquisita ponderación intelectual, que le lleva a fundar sindicatos, a dotar las asociaciones agrícolas de su comarca de instrumentos modernos de cultivo y a gastar el dinero en empresas como la de los Clásicos castellanos y la Biblioteca pedagógica de *La Lectura*, de cuya sociedad es fundador y gerente. Pero en todos los demás distritos, sin excepción, la representación genuinamente agraria no acertamos a verla por ninguna parte. Los acaparadores, en cambio tienen sendas actas en dos distritos. Los absentistas y terratenientes forasteros cuentan con otro y con las dos terceras partes del sufragio de Ledesma. Con parlamentarios de esta calaña, es lógico que no prosperen las demandas de los armuñeses y que el capítulo

actual no sea más que uno de los tantos –no el último– del continuo despego y de la sistemática indiferencia con que ve el Estado las necesidades salmantinas.

Porque siempre, siempre, viene ocurriendo lo mismo. Ya es clásica en la comarca la observación de que cuando un ministro de la Corona se compromete a servir algún interés general, dimite al día siguiente. Asimismo es sabido que cuando algún político quiere venir a Salamanca, una gran desgracia se lo impide inevitablemente. Nuestros políticos, amigos del ruido, con ruido bastante limitado y castizamente provincial, se conforman con hacer que hacen y con fingir tremebundos conflictos que no tienen realidad más que en su impotencia. Y lejos de rebelarse virilmente, se resignan a la farsa una vez más. Y no saben tener un gesto de rebeldía.

Lo triste es que la suerte de los pobres armuñeses está ya jugada y que el éxodo a las tierras de Francia y América comenzará este invierno. Sin embargo, es de suponer que algunos parlamentarios de la tierra, como el señor Bullón, o como el Sr. Sánchez y Sánchez, lancen terribles anatemas contra el Gobierno porque no sabe encauzar y contener las corrientes emigratorias de nuestros pobres campesinos. Hasta es posible que Salamanca, conmovida, aplauda la oratoria ondulante y bizarra de ambos caballeros, reproduciendo en su Prensa local los discursos que entonces se pronuncien.

Y no es dudoso que, entre unos y otros, consigan lo que ya consiguieron del Sr. Gasset cuando la famosa emigración de Bobadilla; campos de experimentación de cultivos para unos labriegos que no tenían campos que cultivar ni terrones que remover. Y ahora la medida va a llegar tarde, que para el invierno ya no quedarán ni labradores.

El Sol (01-10-1918)

La liberación de la tierra

En la raya de Martinamor

Dehesas y más dehesas –Martillán, Matamala, Revilla, Velaviejo de Arriba, Velaviejo de Abajo– rodean estos miserables pueblecitos, a la derecha del Tormes. El fondo gris de los encinares concierta con la amarillez de los barbechos y con la tonalidad roja de una tierra dura, impermeable y estéril, asentada en un lecho de pizarra. El aire, tiene una transparencia de cristal. Ni regatos, ni árboles, ni fuentes por esta paramera. Ni un alma viviente por la calzada. El grato sol de enero ilumina con reflejos y cintas de oro estas lomas y estos cerros, cementerios de hombres que huelen a tierra y a tierra saben, encorvados ya como el arado, sedientos de terrones, de muchos terrones que les liberten de una esclavitud de siglos.

Los municipios de estos pueblos –Valdemierque, Martinamor, Buenavista, Terradillos,–serán autónomos dentro de unos días. Tendrán concejo abierto y en las decisiones municipales se oirá la voz de los viejos y de los patriarcas. Libres de la presión de las Diputaciones, sin la maza de los contingentes, los dineros que salen del pueblo al pueblo volverán para arreglar el camino de la fuente y la vereda del ejido, se enjalbegarán los muros de la escuela, se repondrán las goteras del Concejo, se revocará la fachada de la alhóndiga, se cortarán a pico las terribles salientes de la pizarra en el suelo de las calles. En las asambleas que se celebren los domingos en la plaza, a la salida de la misa cantada, habrá aldeanos que hilen muy delgado cuando se hable de tributos, derrames y "reparticiones". Un chusco ajustará, tal vez, las cuentas al secretario y una animosa mujer, en el cotarro de las comadres, explicará cómo han sido rectificadas, achicadas, comidas, las lindes del prado del concejo por otros vecinos, propietarios de tierra, que fueron "de justicia". Saldrá la gusanera al sol. De las ocho, de las diez mil pesetas con que vivía la comunidad, más de cuatro, más de cinco tal vez, se esfumaban por arte de encantamiento. Y el plus llevaba camino de la villa, camino de la "ciudá" a engordar las arcas de unos señores tiesos y serios que les hablaban con dureza y que a cajas destempladas les despedían, después de haberles desvalijado y acosado.

Estos pueblecitos se gobernarán a sí mismos. –¡Oh, Arcadia feliz!– Pero en este monte cercano, Revilla, pastan unos toretes de lidia. En el monte años atrás apareció la langosta. "Saltigallos"[336] les dijo el amo que abundaban en el monte y les ofreció la comida del sabroso insecto para henchir el papo de sus gallinas. Así pasaron dos, tres años. La nube del insecto se hizo más densa y un ingeniero les hizo la triste revelación. Los insectillos picaban, devastaban, destruían las espigas. Asolaban los centenos y los trigales por donde pasaban. Aquello era la langosta. Y los pueblecitos,

[336] En Salamanca, saltamontes. Admitido por la RAE como tal.

a toque de campana, bajaban al monte, perseguían a escobazos el insecto y lo quemaban a la sombra de las encinas…

¿Por qué no roturar el monte? ¡Ay, no! El monte era del señorito, no quería labrar; él tenía sus yerbas para que pastaran sus toritos de lidia. Y los pueblos no podían obligar al señorito a la roturación. Los toritos son en esta paramera más sagrados que los hombres y que los Municipios.

Estos pueblecitos se gobernarán a sí mismos. Masas de colonos de un solo dueño las componen. Hay, sí, pequeños propietarios de una tierra mísera esquilmada por la langosta. Su vida, toda su vida agrícola, depende de la extinción del insecto. Pero el insecto es sagrado y el monte no se rotura –la ley es ley– y los toritos siguen pastando a la sombra de las encinas.

Autonomía y tierra esclava

Ciudadanos, pero colonos de un amo, bueno o malo, que les manda a todos y que a todos los ata por igual. Hacienda municipal que puede imponer sus tributos pero aquí no hay más que tierra, y los tributos sobre ella –lo dice el contrato de arrendamiento– los paga siempre el que la lleva y no el que la posee. Democracia directa, referéndum, derecho de los vecinos todos a participar en los negocios comunales, pero intangibilidad de los contratos de arrendamiento, intangibilidad de la tierra, intangibilidad de los toros, de la langosta, de los señoritos...

Moraleja de Huebra

"Quiero escribirle –me dice un amigo desconocido, un estudiante–. Usted lo perdonará porque bien sabe lo angustioso que es para un espíritu joven que vive, que se siente vivir en la quietud silenciosa de estos pueblos del agro, no poder dar libertad a la corriente cordial de sus sentires". Y añade esta carta: "Estos días pasados quise escribirle a usted desde un pueblo en ruinas que visité, de paso para otros pueblos cuyas ruinas no vi, pero que de seguro tienen. Este pueblo es Moraleja de Huebra".

¿Y qué pasa en Moraleja de Huebra? ¿Que hay en este pueblo que haya excitado la atención de mi amigo desconocido, el joven estudiante "que se siente vivir" aquí donde nadie vive, lo que se llama vivir de veras? "Es la eterna historia –agrega–. Hace siglos unos hombres fundaron sus hogares sobre unos campos. Se sucedieron varias generaciones al amparo familiar de una iglesia humilde. Un día el amo creyó que era hora de subir las rentas a sus colonos. Se hizo. Pasaron los años y el amo creyó necesario subir más el valor de las rentas. Se hizo. Los labriegos se resignaban y trabajaban con más esfuerzos, unos esfuerzos atroces… que la tierra no resistía. Y entonces el amo pensó que sus campos darían más producto criando reses para los circos de España. Dicho y hecho; los hombres aquellos, dejando en aquellas tierras suyas a todas sus familias anteriores y sus fuerzas primeras, mendigaron al amo. El amo les echó como a perros sarnosos y siguieron mendigando. Ni una rebeldía ni un gesto fiero se vio en aquellos surcos".

"Y ahora –dice dolorosamente mi amigo–, he visto las casas arruinadas, rotas y deshechas. Entre ellas vive un cura como una sombra de presagios horribles y se alza una iglesia como un gesto de llanto y de maldición. Alrededor pacen los toros indiferentes. Nada más".

¿Nada más? ¡Oh, sí! Ahora el señor Maura, el señor Alcalá Zamora, el señor Pradera y el señor Alba, concederán la autonomía a Moraleja de Huebra. Y los toros, indiferentes, magníficos, con la testuz al sol, con los cuernos brillantes y firmes, se tumbarán sobre la tierra de los abuelos de aquellos aldeanos que no supieron rebelarse. Y el amo se reirá de los abogados que no han sabido ver que en ciertas regiones de España, solamente los toros gozan de una cabal y completa autonomía.

Robliza de Cojos

En el Gobierno civil de Salamanca. Verano de 1918. Comisiones que vienen a tratar con el gobernador de cosas de abastecimiento y de mantenencias. Unos hombres de Robliza de Cojos; el alcalde, el secretario, los concejales, buscan a alguien que les lleve a presencia del gobernador. Mi amigo, el diputado provincial Fernando Íscar Peyra, me habla de aquellos hombres, se dispone a acompañarlos y me dice:

– Entra con nosotros. Tú conoces al gobernador, ¿verdad?

Los hombres se lamentan ante Íscar de su miseria. Necesitan trigo, lo necesitan todo. El alcalde –un aldeano con facha de hidalgo–, me va contando las desdichas de la aldea:

– El pueblo está rodeado por las fincas de un solo dueño. Muchas casas del pueblo también le pertenecen. Poco a poco nos va asfixiando, reduciendo por el hambre. Le molestamos atrozmente. Todas las cosas que se venden en el pueblo nos las compra este dueño. Se apodera de una casa

y la deja que se caiga; compra una cortina, un prado, una tierra y borra las lindes que separan estas nuevas posesiones suyas de la yugada que rodea al pueblo. Todos somos colonos de este señor. Más de la mitad del pueblo se va cayendo miserablemente. Todos los años despide a colonos que le sobran, quedándose o con otros que llegan al pueblo, o con los de aquí que tienen codicia de grandes colonias. En América, de seguir las cosas como van nos veremos todos dentro de poco.

Los que acompañan al alcalde, dan fuertes y expresivas cabezadas afirmativas. Íscar me dice qué este pueblo desaparecerá como han desaparecido otros, dentro de muy pocos años. En aquellos hombres hay una resignación trágica; no han puesto jamás en tela de juicio los derechos del amo:

–Cualquier día vamos a este pueblo –me dice Íscar–, y nos enteraremos al detalle. Y llevaremos a la Prensa la tragedia de estos infelices.

Y yo me encojo de hombros, como ellos. ¿Para qué? Ciegos y sordos pueblan las Castillas; los abogados y los señoritos las han copado del todo. Hoy, aprovechando la inquietud catalana, tratamos de que nos oigan. ¿Nos oirán? Esos seráficos señores de la Comisión extraparlamentaria, ¿no se han dado cata de que no puede haber hombres libres en una tierra esclava?

La Publicidad (19-01-1919)

Los acaparadores

En la villa donde vivo, señor ministro, está la vida imposible; hay trigo en abundancia. Y los acaparadores de este cereal, señor ministro de Abastos, ante el último decreto de subsistencias, se están frotando las manos de gusto, porque saben que, como siempre, burlarán la ley.

Sus paneras, en efecto, están casi exhaustas; los acaparadores –y en esta región el acaparador de granos es el intermedio, el que por aquí llaman triguero o renovero– declaran, real y efectivamente, las existencias que tienen sin que los delegados puedan oponer la más pequeña objeción. En la panera central de los trigueros o renoveros queda, en efecto, poco grano, pero luego, en las paneras de la comarca, tienen existencias enormes, que aparecen como de propiedad ajena. Y cuando llegan las demandas de trigo, el renovero manda a sus criados a ocho, a diez depósitos de las aldeas, y cuando el pedido es grande, facturan a la vez en tres o cuatro estaciones próximas lo vendido, a nombres distintos, para que la salida del cereal no llame demasiado la atención de las gentes. Y los pobres colonos se prestan a esta farsa, sin darse cuenta de que son ellos las primeras víctimas de la carestía. Y los alcaldes campesinos hacen la vista gorda, mientras el pueblo no come.

Cuando envíe usted los delegados a esta región, señor ministro –y están ya tardando demasiado– ordéneles que no se dejen fiar de las apariencias. La mayor parte del grano que hay en las paneras de estos seráficos propietarios y de esos benditos colonos, pertenece, sencillamente, a los renoveros. Y los renoveros, acostumbrados no a la amenaza, sino al amago de ella, caerán, con un poco de discreción, de continua vigilancia, en la trampa ratonera, que la codicia rompe el saco y por acá ya está agujereado e imposible desde hace tiempo.

Progreso (21-03-1919)

Peñaranda de Bracamonte[337]

Uno de los escritores jóvenes más cultos y castizos –desde luego, el más sensible, después de «Azorín», a la vida y paisaje de Castilla–, José Sánchez Rojas, ha escrito un breve y jugoso estudio, todavía inédito, titulado «Cómo se ha libertado el distrito de Peñaranda de Bracamonte», alusivo a las recientes elecciones generales. De él entresacamos la siguiente pintura magistral de un pueblo español que hasta ahora vivió largos años sometido al caciquismo. En esa pintura pueden verse reflejados millares de pueblos españoles.

Todos vosotros conocéis seguramente Peñaranda de Bracamonte. «Peñaranda: mírala y anda» dice un adagio de la tierra. Allá, sobre la llanura pajiza, entre centenos y trigales, se destaca con

[337] Además de este, Sánchez Rojas dedicó a esta localidad salmantina otros dos artículos publicados, con el mismo título, aunque distinto contenido, en *Alrededor del Mundo* y *El Adelanto*, y en el diario madrileño *El Sol*, respectivamente (O.C. Tomo V, páginas 63 y 71).

vigor la torre de su iglesia. Alrededor de la torre, formando un manchón terroso, hay tapízales de adobes y casucas pintarrajeadas y enjalbegadas. Aquel pueblo, ciudad flamante por Real decreto hogaño, no parece que tenga hondas raíces en el suelo de la historia, aunque su cronista, D. Luis de Dios, se empeña en todo lo contrario. Posiblemente, Peñaranda, nació a la vida por necesidad estratégica, como paso de Ávila y de las tierras de la Moraña a las de Medina, Madrigal y Valladolid. En Peñaranda, tierra de paso, primero mesón y luego feudo de los Bracamontes, acaba el reino leonés para comenzar la altiplanicie de la vieja Castilla. Es tierra fronteriza Peñaranda como Aldeaseca y Zorita, y bien colocada, centro de un mercado natural de granos de una comarca feracísima y rica.

Esto, en lo que se relaciona con su vida material. Espiritualmente, Peñaranda es una ciudad, o mejor, una villa castellana; esto es, la panera, el juzgado y el comercio de los pueblos circunvecinos. Políticamente, esta simpática, y desde el domingo espiritual villa castellana, ha sido... lo que son todas estas villas: el coto, la finca de recreo de los señoritos de mentalidad estéril, el coto de los administradores cazurros, el coto de esta curia de pan llevar, azote del campesino y asiento de la más hórrida tosquedad que quepa en el espíritu. De Peñaranda se apoderó, a fuerza de dinero, un marqués, el de Ivanrey; montó su tinglado caciquil y con él han vivido los peñarandinos hasta el domingo sin darse cuenta de que el tal tinglado era de arena deleznable y de papel de estraza.

¡Oh, el tinglado peñarandino! Ha funcionado admirablemente durante veinticinco o treinta años. Aullaban siempre los mismos perros, con aullidos diversos, pero con el mismo collar. El benemérito marqués que no se entera jamás de nada delegó en el lugarteniente, y el lugarteniente delegaba por turno en un familiar o deudo suyo. Hasta nuestros serapios liberales se prestaban al juego. Hoy era uno y mañana otro el designado; el diputado llevaba librea y siempre apuntaba el mismo Maese Pedro, desde la concha siempre; pero siempre variaban los nombres pero la casaca permanecía inalterable. Peñaranda era uno de los bienes inmuebles con propiedad y usufructo gozado de un prócer de la Restauración que se dignaba visitar a los conejos todos los veranos, observando complacientemente hasta qué punto se guardaba la veda de la caza. Ya la vez observaba que discretamente se le administraba todo aquello ya que su buen dinero le costó.

Lo de discretamente es una frase un poco metafórica. Los jueces municipales eran los colonos del intermediario, y alcaldes los hermanos de los colonos, y los concejos hechuras de la pobretería de los alcaldes y de los jueces, y Peñaranda estaba literalmente en el bolsillo.

Todo iba como una seda. Y allá en Peñaranda, a la sombra de la torre, y allá en Alba de Tormes, a la vera del castillo, no se oía jamás una voz más alta que otra. Había que resignarse. La política penetraba en los juzgados; fallaba pleitos, nombraba asesores y hasta se prestaban a la asesoría los más firmes pilares de la garrulería parlamentaria de la provincia. No se podía ni heredar sin permiso del que Unamuno llamaría el mastín. Las ovejitas balaban; balaban en las curvas carreteras de tierra llana. En las cabezas de partido se había dado la consigna de no perturbar este orden tan admirable. De allá, de Madrid, los señoritos de talega, blasón, acta y automóvil, los de la peña de última hora del casino, los que admiran a Maura y se solazan con las criadillas que se guisan en Murcia para justificar el espíritu de la raza, se valían de sus montaraces, renteros, criados y capadores de toda guisa para engrosar las filas de los silenciosos. De vez en cuando crujía alguna maderita del retablo. La inquietud de Pepe Ávila unas veces, la acometividad de Luis de Dios, la piedra que tiraba en el lago Paco Ruipérez, alguna caricia mía en los papeles o alguna estridencia casinera de la «menguada tropa de rebeldes» –frase de *La Acción* transmitida por un peñarandino que admira a Niceto– eso, que no era nada, pompa de jabón, tempestad en un vaso de agua, procuraba una temporada de bilis a la familia del padre guardián.

España (03-07-1919)

La tierra

Tierras de Salamanca:

Garcihernández, llano, encinares, yugaditas de poco precio. El campo está lleno de barbechos y rastrojeras. En los pueblos se recoge el grano en las parvas. Segadores, mozos de labor, criados de *temporá,* barriles rojos. No hay cantos de trilla, no puede haberlos, no los hay este verano. Se masca el odio, se masca el descontento, se acerca el fin de la tragedia campesina. Los Gobiernos mudos –esos Goicoecheas achulapados, y esos Ciervas llenos de soberbia y de analfabetismo, y

esos Mauras que se sobreviven a sí mismos– tienen aquí la delegación de un Marqués madrileño que hace de gobernador y que tiene el don de no informarse nunca o de informarse mal de lo que le dicen. Ayer se movilizó la Guardia civil por estos cebadales. Los braceros ganaron la partida. Pedían de comer. Desayuno, garbanzos con carne, caldo de alguna substancia. Los señoritos de la villa fruncían el ceño y hablaban de somatén y denunciaban a troche y moche y mentían como es su costumbre, en las covachuelas y guaridas oficinescas.

Tierras de Coca, de Peñarandilla. Aquí los colonos van a pagar el pato, si Dios no lo remedia, que no lleva trazas de remediarlo, para Septiembre. Surgió espontáneamente una Sociedad. Los mozos de labor querían imponerse a los pejugaleros[338], obligándoles a no trabajar de propia cuenta. Se llegó, por humanidad de los de abajo, a una transacción discreta. El mismo silencio de muerte en las eras; las mulas no saben trotar alegremente sobre el grano que se está trillando. El cura, que no lee más que el Perrone y *El Mentidero*[339], ese organillo de la procacidad de los señoritos bien, escribe unos alegatos terribles, en forma de anónimos, al puesto más próximo de la Guardia civil. Los refrenda, también anónimamente, el secretarillo entre codillo y codillo, después de sobar a las buenas mozas.

Los montes de la Navilla, de la querida Navilla de Sotrobal. Ya han conocido la cárcel los miembros de la Junta directiva de la Sociedad de resistencia. Los mastines del marqués de Ivanrey, que presentan ochenta denuncias en el Juzgado al año por infracción de ley de caza, los mastines que ladran siempre y que muerden cuando les es posible, envenenan una contienda sencillísima. Se abrió un proceso. Se mandaron jueces especiales; se cuenta que sobre el de primera instancia pesaron presiones que supo rechazar valientemente con su independencia y con su talento. No hubo modo de meterse con los antiguos esclavos de la Navilla. Todo el mundo salió de la cárcel. Desde el Gobierno se hacían coacciones, que, por acá, la justicia es meticulosa cuando los propietarios son amigos de Maura y un tanto remolona cuando no lo son. El humo de virutas se disipó en el cielo radiante del encinar...

Cantalapiedra, Palacios Rubios, Paradinas, pueblos ricos, iglesias de sillería, casonas labradoras anchas y sonoras de portón de roble, campanarios graciosos, espigas de piedra que recuerdan al cielo el dolor del llano. Esto marcha, *ça va* qué dicen los francmasones. Brotan las agrupaciones como los cardos, porque lo da la tierra. Excelentes comidas al mediodía y a la puesta de sol. Se canta alguna vez. También andan los mastines al acecho de las piltrafas. Es un oasis esta altiplanicie fronteriza del viejo reino de León. Se van libertando de *La Acción,* del *Mentidero,* del *Siglo Futuro;* algún número de *El Sol,* de *El Socialista,* de esta querida ESPAÑA, soñada por unos cuantos muchachos a quienes vuelan las ideas en la cabeza y en el corazón, llegan de la ciudad. Se lee ávidamente en las eras. ¡Ah! El mundo sigue más allá de Salamanca; es tan grande que ni siquiera concluye en Vitigudino…

Horcajo, Galinduste, Armenteros, Anaya, Éjeme... Pueblos de braceros, carreteras que son una burla, dehesas incultas que son una infamia. Perico estuvo en Burdeos durante la guerra y Juan Manuel llegó hace quince días de Buenos Aires. Crujen los cimientos de las cosas. Llegaron también braceros de Extremadura; segaron en Llerena; segaron en tierra de Barros; se ajustaron un domingo de Mayo en la Plaza de Mérida por la primera temporada. El instinto vital se ha hecho curialesco y detallista. Contratos escritos, que la palabra de los amos no deja rastro jamás. La recolección sigue su marcha normal con algún chispazo suelto. Valdecarros, Monterrubio. Al presidente de Monterrubio; a Ricardo Sánchez, un gañán que se atreve a militar en el partido socialista, en ese partido cuyo jefe tiene hoteles en El Escorial, en ese partido donde Prieto –según dice el cura– está comprado por los navieros en cien mil duros al año, a Ricardo Sánchez, le apaleó la Guardia civil en San Pedro de Rozados con motivo de una huelga. Ricardo enseña humildemente sus cardenales, sin protestar.

¡Tierras de Salamanca, queridas tierras esquilmadas por la usura, y el pacto de retro, y el amo que no se entera; y el administrador que vive de los dineros, y el abogadillo que hace de la Diputación una ganzúa para forzar la bolsa del labriego, y el curialillo, que anda de taberna en taberna, en calidad de chulo jurídico, inventando cartas de favor que los jueces no le escriben o falsificando las firmas de los documentos de crédito que los desgraciados le entregan para su cobro; tierras de Salamanca, manchones de encinares, barbechos amarillentos, rastrojeras de

[338] Así en el original por pegujalero: Labrador (o ganadero) que tiene poca siembra o labor (o poco ganado).
[339] Se refiere a la obra teológica del jesuita Giovanni Perrone y al semanario satírico, dirigido por el monárquico-católico Manuel Delgado Barreto de 1913 a 1922.

color de acero, negrillos a la orilla de los ríos ¡despertáis! El dolor del parto embarga nuestras entrañas fecundas. Este silencio, esta paz augusta, esta muerte que no acaba de morir, van siendo ya tópicos de amena literatura que hemos de desterrar definitivamente para siempre.

España (07-08-1919)

El problema del campo en Salamanca

De vez en cuando, de algunos años a esta parte, hase venido hablando en los diarios de tumultos y de conflictos agrarios, acaecidos en la provincia de Salamanca. Pero tales conflictos estallaban de pronto, y de pronto también se apaciguaban y calmaban. En 1919 aparecieron los primeros gérmenes de agrupaciones y Sociedades campesinas de resistencia en los partidos judiciales de Alba de Tormes y de Peñaranda de Bracamonte, tierras donde domina el latifundio y el coto cerrado, donde los conejos tienen una consideración civil de más consistencia que la de los pejugaleros [sic] y jornaleros, y donde, en fin, se ha seguido una política de acaparación y de detención de fincas. Muchos años atrás veníase elaborando el malestar en silencio. En Ledesma, donde hay tierras de señorío, los pueblos se rebelaban contra el señor y deshacían los tinglados electorales, tirando por la borda los administradores que, en calidad de tales, les pedían los sufragios en la Diputación provincial. En Vitigudino, el pueblo de Cerralbo, se libertaba del marquesado de este título, autocomprándose en magníficas condiciones, pagando con las rentas el precio de su liberación colectiva. También en Vitigudino, las tierras de abolengo se liberaban.

En cada rincón de la provincia, había un problema local, completamente distinto del que tenía que resolver o con el que tenía que apechugar el vecino. Así, un pueblo cercano al de Fuente de San Esteban, rentero totalmente de un señor, obligaba a este a vendérselo por completo y a no tolerar desahucios, para convertir las rentas de vecinales en individuales. Fenómeno parecido de protesta se daba con el pueblo de Cespedosa, en cuyo término municipal está enclavada la dehesa de Muño–Pepe, que ha pertenecido hasta hace dos años a la casa de Alba.

Algunos pueblos desaparecían de cuajo, con parroquia y Concejo, con la emigración en masa de sus vecinos a América. Y eran Alba y Peñaranda las comarcas que más tarde se revolvieron airadas, las que entonces callaban y dejaban pasar un estado de cosas que fatalmente las empobrecía.

Cosa que tenía su explicación para el conocedor de la psicología de estos lugares. Los pueblos de Peñaranda son generalmente ricos, y los Concejos donde no se da el tipo de propietario puro, sino el del gañán que labra tierras propias y tierras de renta a la vez padecen, en general, un yugo muy suave. Así, por ejemplo, los términos municipales de las llamadas siete Villas –Moríñigo, Babilafuente, Cordovilla, Huerta, Villoria, Villoruela y Encinas de Abajo– pertenecen, en gran parte, a la casa de Alba, pero la casa de Alba respeta escrupulosamente los arrendamientos, y los actuales colonos vienen perpetuando la colonia a través de varias generaciones.

La tierra la consideran, en parte, como suya, y el lanzamiento no se da sino en casos muy contados, contra los morosos o los retrasos al cumplimiento de las cláusulas de arriendo. Yo conozco colonos del duque –en mi familia los hay– que al morir reparten entre sus herederos los *cuarticos* de la colonia, que la administración suele respetar escrupulosamente. Patrimonios más recientes o más improvisados tienen, sin embargo, menos complacencias. Pero, en general, en esta comarca de Peñaranda, donde el patrono agrícola es a la vez obrero de su propia industria, donde la mano de obra antes de 1919 era barata y asequible, no se advertía la contaminación andaluza ni extremeña, ni el malestar social que se ha ido acercando de la ciudad al campo, porque en la ciudad el obrero vive mejor que nunca, y muchas de sus reivindicaciones han obtenido un éxito rotundo y definitivo.

En Alba de Tormes tampoco se advertía malestar alguno, y si existía, era tan débil y quebradizo, que rara vez transcendía a la superficie. La tierra rentaba cada vez más, y a la elevación de rentas eran, por lo común, ajenos los dueños de las grandes fincas. Eran, por lo común, los mismos colonos los que pujaban en reñidas solicitaciones. A trueque de dejar ciegos a los competidores, no les importaba cosa mayor quedarse tuertos para toda la vida. Los primeros brotes de malestar los trajo la política local de los caciquillos, administradores, intermediarios o abogadetes de los grandes señores, que, muchas veces, ya que no siempre, obraban a espaldas de estos y contra sus advertencias y consejos, y los hombres comenzaron a correrse con el trazado de los caminos vecinales más absurdos que se puedan imaginar. Los caminos vecinales eran exactamente las distancias más cortas entre las dehesas y más largas entre los pueblos que los pagaban. Y se comenzó a

abusar del desahucio. Y la usura floreció como industria única y predominante. Y escaseó la mano de obra y el obrero de la recolección, que solamente durante la recolección trabaja, comenzó a pedir y a exigir con el ceño duro y con la mano alzada.

Yo presencié este despertamiento de la conciencia campesina, y de las causas de su despertar acaso me pude dar entera cata. Fueran estas muchas y muy complejas. Muchos de los campesinos que antes emigraban periódicamente a América fueron a Francia, y de allí tornaron con ahorros. Se les hizo entonces dura e insoportable la servidumbre. Otros marcharon a las siegas de mayo de la Extremadura baja, y allí les exigían los campesinos –del problema del campo en Extremadura se hablará muy pronto, acaso el verano próximo, con el mismo respeto y con el mismo miedo que del problema del campo en Andalucía– que se asociaran en sus pueblos de origen, para poder trabajar y alternar en las faenas agrícolas con ellos.

Sin este requisito eran devueltos a Castilla sin remisión. Y por eso nacieron las primeras agrupaciones campesinas salmantinas, y solamente por eso nacieron. Yo contribuí personalmente a fundar y crear muchas de ellas. No invocaban otra razón de existencia, ni eran socialistas, comunistas, amarillos, ni de ningún color. Se fundaban, a secas, para poder dar un "carnet" al campesino que marchaba a Extremadura y esta primera fase, inocente, infantil, que no podía asustar ni sobrecoger a nadie, no fue entendida por los politiquillos al uso que padecemos. En las covachuelas del Gobierno civil de la provincia, comenzaron a circular pánicos regocijantes, y no se aprobaban reglamentos de estas pobres Sociedades, que tenían que vivir en la interinidad, en la clandestinidad y en la rebeldía legal.

Al pánico se unió la incomprensión por parte de todos. Cayeron sobre Salamanca propagandistas preocupados, ante todo y sobre todo, de sumar esas fuerzas incoherentes y disgregadas a la Casa del Pueblo de Madrid. Se creaban reglamentos únicos, invariables, rígidos para Sociedades que tenían problemas concretos, específicos y hasta opuestos. Cada pueblo, cada grupo de campesinos tenía su problema y se asociaba por causas muy diferentes. Unos, para poderse ganar, como ya he dicho, en la Extremadura baja, el jornal de la recolección temprana, antes de los calores de San Juan y de San Pedro. Otros, para pedir en bloque a los grandes y pequeños propietarios una alimentación adecuada y conveniente durante la siega, porque la mayor parte de los contratos no se hacen allí como dicen en seco, es decir por una cantidad alzada, sino que los gastos de alimentación durante la temporada, corren de cuenta del patrono agrícola. Otros, para recabar de los terratenientes de la socampana la colonia en común. Por eso se procuraba no crear antagonismos, sino armonías entre los pequeños propietarios y los jornaleros. Unos y otros tenían intereses comunes y se procuraba dar elasticidad a los reglamentos, por un lado, y por otro, seguridades a la opinión de que el movimiento no era peligroso, ni violento, encauzándole, adaptándole a las necesidades de cada lugar, y vigilando, con equidad y con mano dura al mismo tiempo, las demasías de unos y de otros.

Pero ya he dicho que no se entendió así. El señorito castellano, este insoportable señorito castellano de querida y galgo, lector de Felipe Trigo y recuso a la más pequeña emoción espiritual, inventó la palabreja bolcheviquismo, y logro sacar de sus cuartos a las parejas de la Guardia civil. Estallaron, naturalmente, huelgas, ¡pero qué huelgas! Por las operaciones de escarda, que duran de sol a sol y por las que se abonaban en aquella época 75, 80 y 90 céntimos a los hombres y de 30 a 50 a las mujeres, estalló una con la pretensión –¡pobrecitos jornaleros!– de que se aumentase la soldada individual en 25 céntimos por cabeza. Se ganó en unas partes, se perdió en otras. Luego, ya entrado junio, con los panes en el campo, había paros simultáneos para mejorar la calidad de las comidas: se pedía una libra de pan y un cuartillo de vino y un cuarterón de carne. Se transigió por el momento, pero luego, acabado el verano, se iniciaron las represalias.

Las elecciones generales se celebraron, precisamente, en el momento preciso en que empezaban a fomentar estas inquietudes campesinas. No ocurrió nada en apariencia. En Peñaranda, un amigo del señor Maura fue reemplazado por un amigo del señor Alba, y en Alba de Tormes, que vota con la capital, con Salamanca, apareció triunfante en los comicios un hombre bizarro y turbulento, que impusieron los atolondrados señoritos para defenderse del peligro rojo, que los ilusos consideraban próximo e inminente. Un pobre saldo mirado desde Madrid, pero muy importante visto desde su madriguera natural. Porque el maurista era terrateniente y administrador, y el albista, forastero e industrial, sin tierras en aquellas tierras. La votación fue formidable. Votaron los ricos a un lado y los pobres, todos los pobres, a otro en Peñaranda.

Mil votos contra nueve mil. Al maurista no se le derrotaba por maurista, sino por terrateniente, y al albista no se le elegía por pertenecer a la izquierda liberal, sino porque en la lucha significaba la oposición contra el señoritismo y contra el apocamiento inteligente. En Salamanca

se invertían, en apariencia, los términos, pero el resultado era idéntico. Se imponía una política de terror, de acometividad y de bizarría para contener la tormenta. Y la inquietud campesina, aparentemente, se calmaba, con la regocijada pretensión de los vencedores de orear cuarteles y llevar tropas a los pueblos, propósitos descabellados y absurdos que no fueron escuchados, naturalmente, en Madrid.

Desde el invierno del 19 hasta la fecha, el malestar es mucho más hondo, pero como es más callado, se le silencia adrede y hasta sirve de tópico, de burla y de expediente de merecimiento para los que se creen su dique y su freno. Grave error. Porque en esta época de persecución de los que hace dos años eran inocentes agrupaciones y Asociaciones agrarias, se va incubando en ellas un contenido social, una protesta sorda, no ya contra las formas de la propiedad, sino contra sus raíces y cimientos.

El comunismo campesino castellano –lo digo a tiempo todavía– es una secuela y un eco del comunismo ruso. En el año 1919 dije varias veces al entonces gobernador de Salamanca, señor marqués de Hazas, que teníamos que hacer esfuerzos inauditos para evitar la propaganda rusa que se colocaba, no sé cómo, por aquellos intersticios. Se la exportaba de Córdoba y de Cáceres, pero a Cáceres y a Córdoba iba desde Barcelona, y en Barcelona se recibía de Italia, importada allá por los *Soviets.* Consistía la propaganda en postales y en folletos. Las postales contenían grabados que representaban a dos campesinos, alemán el uno, y ruso el otro. Más acá de la frontera, se labraban tierras serviles, y más allá tierras liberadas. Los folletos eran discursos de Lenin, de Trotsky, fragmentos de obras tolstoyanas, leyes y decretos de los *Soviets.*

El campesino en Castilla vive bajo la obsesión de Rusia. Las enseñanzas de la guerra para él se reducen al hecho cierto e indiscutible de la victoria del comunismo ruso. Que no lo olviden los que no deben de olvidarlo.

Por mi parte, me he limitado a trazar unas líneas, breves y claras, de un movimiento que he visto nacer, y que, ahora mismo, sigue su evolución natural, más hosco, más desesperanzado y más hermético que nunca. Hace falta una revisión de los contratos de arrendamiento en un sentido igual o parecido al que sustentan las proposiciones que han sometido a la deliberación del Parlamento los señores Ossorio y Gallardo y Villalobos.

Hace falta una persecución fiscal a los cotos de caza y a las tierras incultas. Hace falta obligar a los terratenientes de los grandes predios a las colonias colectivas, cuando la pobreza de los términos municipales en que aquéllos radican, lo exijan en imperativos de justicia y de equidad. Hace falta todo eso, prestamente, sin equívocos y sin vacilaciones.

Porque el fuego se propaga. Ya en Cáceres, las organizaciones campesinas han logrado, en los últimos veranos del 20 y del 21, una consistencia formidable. En las estadísticas que publica el partido socialista figuran miles de campesinos militantes en el partido, que no son tales socialistas más que de momento y para aprovechar las ventajas de una organización ya formada. El castellano, más apático, menos durativo, no se cura de patentizar conversiones ni de resellar bautismos, sino de prepararse sordamente para el zarpazo que le asegure su victoria. Y en la lucha, en lo más enconado de ella, calla, y es el silencio, siempre, en su psicología, el precursor de su inquietud y de su fuerza.

Algún día volveré al tema. Hoy expongo, sencilla y brevemente, lo que ocurre, y digo mis temores de lo que puede ocurrir.

Nuestro Tiempo (Diciembre-1921)

Cierva, el cavernario

Plantear los problemas agrarios –decía el mastodonte del señor Cierva en la sesión del Congreso de los Diputados del día 18 de mayo de 1922– es «remover lo que está tranquilo; plantear problemas que en el resto de España no se sienten. Y de eso es de lo que yo más me he quejado muchas veces y ahora me he de quejar otra; de que, para el juego de la política, se traigan problemas que no son de realidad; que se inventen los problemas; que a quien está tranquilo, a quien vive relativamente feliz, como en este mundo puede vivirse, trabajando y obteniendo lo necesario para la subsistencia, se le envenene el alma y se le diga «la tierra es tuya» y se realicen esas propagandas, que no son sino un pretexto para escalar el Poder, aunque hay otras escalas que se preparan». *(Congreso.* Extracto oficial.– Número 40.– Pág. 16.)

He copiado las frases literales de este hombre, o lo que sea, porque, en verdad, os digo que no tienen desperdicio. No hay problema del campo, de la tierra en España.

Los jornaleros andaluces, gallegos, leoneses, castellanos y extremeños, viven, trabajan y obtienen todo lo necesario para la subsistencia y viven relativamente felices «como en este mundo puede vivirse». Las propagandas, no ya de los comunistas ni de los socialistas, sino de hombres tan templados como los señores Villalobos y Ossorio y Gallardo y como los agrarios católicos de buena fe, no se proponen sino «envenenar el alma a los campesinos», y buscar un pretexto «para escalar el Poder, aunque hay otras escalas que se preparan». Y no se sabe qué admirar más en las frases de Cierva; si su ignorancia enciclopédica; si su cinismo de berebere; si su insidia de abogadete zafio incapaz de encararse con una cuestión jurídica que no sea meramente procesal; si su carencia absoluta de ternura y de emoción ante la terrible tragedia de los campos españoles.

El señor Villalobos contestó, con menos rudeza de la que merecían, los desplantes y botaratadas del hombre de la substancia militar. A la Arcadia feliz de que hablaba el señor Cierva. «En Castilla y en Extremadura –decía literalmente el diputado reformista por Béjar– tiene una constitución especial la propiedad de la tierra, porque esta se originó en su gran parte en la rapiña de los caudillos de la Reconquista, a la forma absurda y funesta para el país de la desamortización de los bienes del Clero y de las manos muertas, y al oro de los indianos que adquirieron vinculaciones rústicas en la provincia de Salamanca. Se da el caso curioso y estupendo de que cuarenta propietarios tienen más riqueza imponible en la provincia de Salamanca que los 500.000 habitantes restantes, y así pudo ocurrir que en menos de medio siglo hayan desaparecido 52 Ayuntamientos en esa provincia, y actualmente, en la semana pasada, ha sido desahuciado y eliminado un pueblo en el que había 58 habitantes. A los propietarios de los pueblos de señorío de la provincia de Salamanca les interesa mucho más que haya un solo colono que la piedad de dejar en la tierra en que nacieron a aquellos hombres, después de llevar siglos las mismas familias cultivando la tierra, de la que se les arroja.»

Y añadía Filiberto Villalobos esta pintura local sobre el mecanismo de arrendamientos que justifican el optimismo cavernario del santón de Murcia:

«Y hay más, señores diputados. Para que conozcáis el régimen de arrendamientos en la provincia de Salamanca y la necesidad que existe de legislar sobre el problema de la tierra para convertir a los colonos de esclavos en hombres, voy a leer una de las órdenes dadas por uno de los propietarios de la provincia de Salamanca, dueño de cinco pueblos de señorío. Los colonos de uno de estos pueblos se dirigieron al propietario para que les arreglase la iglesia, y el propietario dispuso lo siguiente, que aquí consta, en documento original: «Se compondrá la iglesia, haciendo una tribuna por el estilo...» Aquí señala un pueblo que no nombro, porque a mí lo que me importa son los hechos y no las personas, y no quiero que por los nombres de los pueblos se pueda deducir quién es el propietario. Lo que me interesa es consignar los hechos y que a ellos se ponga remedio. «...y debajo de ésta, o sea donde hoy está la pila bautismal, hacer una sacristía, dejando dentro de esta la referida pila. El coste de estas obras se pagará con 500 pesetas que abonarán los renteros anualmente, y si no alcanzase esta cantidad se suspenderán las obras hasta que entreguen los colonos otras 500 pesetas. Hechas que sean estas, se dará la preferencia para la inversión del resto de los fondos que en este concepto se vayan reuniendo, a cerrar de pared de piedra, al uso, las rayas de toda la finca.»

Pero si salimos de Salamanca y entramos en las Extremaduras, la tragedia del campo adquiere allí caracteres más agudos. El partido de Navalmoral de la Mata, en la provincia de Cáceres, está en manos de media docena de propietarios. El sistema arrendatario es una cadena ininterrumpida de pequeños subarriendos, que dan lugar a la creación de una serie de intermediarios que viven sobre el pobre colono. Pues no digamos nada de Córdoba, ni de Sevilla, ni de Granada, ni de Murcia, patria de Cierva, donde este hombre, aprovechando la influencia política que sólo puede tener en un pueblo de botarates como el nuestro, esquilma a sus arrendatarios, sorbiéndoles y esquilmándoles todo el producto de su labor.

Claro es, por lo demás, que no en todas las comarcas españolas se presenta el problema del campo con los mismos caracteres. En Burgos, en Segovia y en Soria, el problema es de minifundios y de explotación técnica de la tierra, problemas de cultivo; en Salamanca y Extremadura, de adehesamientos y pastos; de redención foral en Galicia. En Cataluña, en cambio, apenas hay problema. Pero los distintos males producen un solo dolor, una angustiosa tragedia, que ya no se calma, que ya no puede calmarse con que el legislador señale un plazo más largo a los arrendamientos, con que desaparezca del Código civil esa enormidad de que sobre el colono graviten

los riesgos en el caso de pérdida de cosecha, con el establecimiento de la aparcería y hasta de la colonia vitalicia. El tiempo nos lo dirá muy pronto. Pero yo no me proponía estudiar el problema del campo en este artículo, sino glosar las palabras del Sr. Cierva, como ejemplo de incomprensión, de tosquedad, de insidia y de cinismo. Y lo más trágico del caso es que este hombre, que en un país bien organizado no hubiera pasado de secretario rural, o, a lo sumo, de portero de un ministerio, volverá a gobernar –una vez más– esta siempre desventurada España.

España (27-05-1922)

Los grandes de España y la libertad

Para escandalito movido y sensacional, el perpetrado en nuestra Cámara Alta en la sesión del 28 de junio último. La crónica parlamentaria nos ha contado el sintomático incidente con todos sus pelos y señales. El senador albista Sr. Chapaprieta, advirtió que había que ir a la reforma fiscal en términos radicales, porque así lo imponen las exigencias de la Hacienda pública. «Si no se hacen de grado esas reformas –añadió el Sr. Chapaprieta– serán arrancadas violentamente por presión de las turbas en la calle.» No pudo acabar de expresar su pensamiento el senador liberal. Los grandes de España, los gentiles hombres, los caballeros del Santo Sepulcro, los superiores de las Órdenes militares, apostrofaron durísimamente al orador. La crónica parlamentaria ha conservado el nombre de los escandalosos: son éstos el conde de Plasencia, el marqués de Herrera, el marqués de Santa Cruz, el conde de Casal y el duque del Infantado.

El duque del Infantado –el duque de las aguas de Santillana, el prócer que hablando del pueblo tuvo para él aquella frase tan espiritual de la «chusma encanallada»–, el duque ese apostrofó al Sr. Chapaprieta, preguntándole en tonos vivísimos y descompasados: «¿Pero es que puede decirse eso en nombre de la libertad?» Y como los liberales replicasen que todo eso y mucho más podía decirse, los grandes imitaron a los palafreneros y mozos de cuadra en el griterío y en el gesto. Y aquella mansión de la modorrera y de la ancianidad fue, durante buen rato, algo así como el campo de Agramante o como un motín de la chusma en la plaza de la Cebada.

¡Pero, sí, señor duque del Infantado! Todo eso y mucho más puede decirse en nombre de la libertad. Puede decirse que la Grandeza se acabó por descomposición. Puede decirse que sus títulos de propiedad están sujetos a revisión y que no son legítimos. Puede decirse que la Grandeza no tiene ya razón de existir como casta, no solamente porque se ha curado mucho de aliar los blasones con las talegas de los nuevos ricos y de los usureros viejos, sino porque ha imitado a la mesocracia más ordinaria en saltar a la torera los artículos del Código civil, y a las veces, del Código penal.

Nuestros más despiadados terratenientes no son los usurerillos de tres al cuarto, sino los condes, duques y marqueses de más abuelos godos y de más litros de sangre azul. Por ahí anda el duque de Valencia, que quiso desahuciar, hace siete u ocho años, a los pueblos de la Fuente y de Boadilla, que llevaban como colonos en renta, colectivamente, una dehesa suya. Por ahí anda el duque de Santo Mauro, que hace todo lo posible para que emigren sus colonos a América y les paga el viaje con tal de adehesar sus tierras, cotos y yugadas. Por ahí anda el duque de Medinaceli, con su finca de Valverde, improductiva en buena parte, al lado de pueblos miserables –Iñigo Blasco, la Umbela, Horcajo Medianero– que no tienen qué comer. Por ahí anda la señora duquesa viuda de Bailén, dueña de una dehesa extremeña que tiene más de cien mil fanegas de tierra bajo una sola linde, sometida a un mecanismo escandaloso de subarriendos de intermediarios que viven todos a cuenta del sudor del pobre gañán. Por ahí vive otro seráfico marqués –el de Ivanrey–, que lleva a la cárcel al pobrecillo que le roba un conejo o que le corta una encina, y que le desahucia por el delito de no oír misa los domingos y fiestas de guardar. Por ahí anda otro conde que descuenta a sus renteros una cantidad para que le construyan una tribuna en el coro de la parroquia. Hasta hace muy pocos años la casa ducal de Alburquerque ha cobrado el derecho de peaje a todos los que transitaban por el puente de la villa de Ledesma, valiéndose de no sé qué pergamino rancio.

La aristocracia, la liberalidad, el espíritu sobrio y selecto de estos señores, ¿dónde se encuentra, señor duque del Infantado? Rentas caras, atroces; obligación por parte del colono de pagar *todos* los impuestos presentes y *futuros* que el Estado, la Provincia o el Municipio impongan

sobre la tierra; trigo de calidad y de primera aunque el terrón sea de cuarta; obligación de llevar el grano a la casa lejana del administrador; ninguna concesión en caso de pedrisco o de pérdida de la cosecha. ¿No son estos, señor duque, los contratos que firma la Grandeza con los gañanes que les mantienen sus queridas, sus palacios, sus automóviles y los escudos de sus abuelos godos?

La aristocracia en otras partes conserva el tesoro artístico que la legaron sus antepasados. ¡Aquí, ni eso! ¿Dónde están los palacios, los castillos, de los Alba? El castro de Barco de Ávila es hoy el cementerio del pueblo; el palacio de Villagigedo, en Ramales, está medio derruido; el castillo de Alba de Tormes es madriguera de gitanos, de vencejos y de lechuzas. ¿Qué conserva la casa de Osuna de su patrimonio artístico? Los incunables están decorando hoy las bibliotecas de los eruditos yanquees; el archivo acaba de venderse por un puñado de pesetas a la Biblioteca Nacional; los tapices están a la venta en casa de los chamarileros. ¿Qué ha hecho Medinaceli de su palacio de Dueñas? ¿Que ha hecho del suyo el Duque de Peñaranda de Duero? ¿Qué los Superundas de sus posesiones de Bracamonte?

España es un montón de ruinas. En Francia exhiben, por ejemplo, los más hermosos azulejos del castillo de Coca, que legaron los Fonsecas a los condes de Lemus. Los duques de Arévalo han dejado caer piedra tras piedra el castillo de su casa solariega. La de los Men Rodríguez de Sanabria es hoy un humilde mesón zamorano. Todo lo que era signo de distinción, de prestancia, ha sido destruido por la incuria de nuestros grandes. ¡Como los castillos y los palacios no producen...!

Las tierras, en cambio, las han esquilmado, saqueado, esterilizado, empobrecido. Han llegado, por todos los medios, al rendimiento escandaloso. Andalucía, Extremadura, Castilla –las dos Castillas– y León están, literalmente, en manos de dos docenas de casas de la Grandeza española. Medinaceli, por ejemplo, tiene en Córdoba y Sevilla leguas y leguas de tierra sin labrar. Los cotos de caza, sin embargo, los pagan con demasía los renteros de las tierras paniegas.

¿Es que no puede decirse, en nombre de la libertad, que hay que ir a la reforma fiscal, urgentemente, para que las turbas no se amotinen? ¿Pero qué antojeras tienen en la vista, que telarañas en la cabeza y en el corazón los que piensan y sienten como el señor duque del Infantado?

Pero los grandes, aunque esquilmasen a los colonos, aunque perdiesen el patrimonio artístico de sus mayores –los nobles ingleses conservan sus castillos, los condes italianos habitan sus *villas*, los próceres húngaros viven en sus posesiones– podían cumplir, al menos, con aquellas leyes de beneficencia anejas en estricto derecho a sus títulos y sinecuras. Sus abuelos, como Juan de Robres, hacían los mendigos pero levantaban los hospitales para darles un lecho en qué morir. Ahora les dejan en la calle. ¿Cómo cumple sus compromisos el patrono del Hospital de Afuera de Toledo, que tiene la obligación sagrada de sostener unas plazas de asilados que no sostiene y de proporcionarles unas raciones que no les proporciona? ¿Cómo andan esas querellas del duque de Arión con sus colonos toledanos? ¿Qué hacen los nietos de los Álvarez de Toledo con el patronato del Hospital de Santiago Apóstol de Alba de Tormes? Sería curioso averiguar todo lo que se embolsa la Grandeza a cuenta de los pobres de Toledo, de Ávila, de Córdoba, de Madrid, de Salamanca, de Granada.

Unos cientos de pesetas a unas monjas, un premio a la virtud entre los servidores más honestos o más serviles, otro premio a un escritor bufo y sainetesco que cante las excelencias de la Grandeza: he aquí las cargas económicas que se impone la nobleza a cambio de sus prerrogativas, tierras, sinecuras, honras y pragmáticas. Bien poca cosa, nada. Ya cambio de eso, se imaginan que cumplen con todos sus deberes de ciudadanía.

Claro está que los próceres del Senado –los señores senadores por derecho propio y por sudor ajeno– no se indignaban precisamente con el Sr. Chapaprieta. Se indignaban porque se están oliendo la tormenta y porque comienzan a perder su pleito irremisiblemente. Las cañas se les tornan lanzas y en los Juzgados de instrucción ya no hay modo de tomar en serio las viejas y polvorientas titulaciones.

Unos renteros –los de Castro-Nuño– de la casa de Alba se han negado a pagar las rentas.

Desahucio del dueño; los renteros replican pidiendo que se revisen los títulos. El Juzgado de Arévalo atiende, naturalmente, la demanda y no hay modo de identificar la enorme dehesa. «La tierra tal linda con la vereda A por el Norte y con la fuente B por el Mediodía». Pero como no

existen la fuente ni la vereda, la tierra no puede identificarse. «El prado B linda con la calzada S y con el charco Z», pero el charco se cegó, la calzada se ha borrado y el prado no aparece.

Eso le duele a la Grandeza y por eso arma el jollín senatorial. Pero como el caso de Castro-Nuño se van a plantear ciento en España, así que el ejemplo cunda. Y no hay modo de contener la avalancha. A la simple promesa de que la Coalición Liberal va a poner sobre el tapete el problema de la tierra, los próceres ofrecen sus fincas a los compradores. Los pueblos, cautelosamente, comienzan a autocomprarse, a adquirir el suelo que pisan. Así se está disolviendo el patrimonio de Cerralbo, de Tamames, de Galisteo y otros que no recuerdo.

¡Señor duque del Infantado: los abuelos godos dirigían ejércitos y mesnadas! Mataban dos moros y adquirían, en cambio, veinte leguas de tierra. Pero ahora los descendientes apenas si guían otra cosa que motos y autos. La Grandeza se acabó porque no ha habido Grandes: esta es la verdad. Y es inútil dar coces contra el aguijón.

Hoy la misión de los señores grandes es puramente decorativa. Sus miembros llevan la toalla, el jarrón y hasta la vela en los bautizos de los Infantes; cenan en Palacio de cuando en cuando; visten de cangrejos o de comendadores; nada más. Pero nada más. Las clases inteligentes se burlan de la Grandeza; los ricos de nuevo cuño se alían con ella, si así lo estiman, mediante tantos o cuantos fajos de billetes de banco; las clases campesinas la aborrecen y odian a muerte.

El escándalo del Senado nos ha dado la sensación de un movimiento convulsivo, tal vez el último, tal vez el postrero, de la grandeza española, de esta grandeza que trataba a puntapiés a los Reyes cuando era fuerte, que se llamaba democrática cuando era pobre, que lleva cuando está en descomposición las velas en los bautizos de los Infantes para que les sirvan de luminaria grotesca en su chochez cómica y decadente... ¡No van las aguas por ahí, señor duque del Infantado y señor marqués de Santillana! ¡Cómo se reiría su abuelo el poeta que amó tanto a las hijas del pueblo, a las pecheras y vaqueras de la Finojosa, de los aspavientos y de las palabras de sus retoños!

España (08-07-1922)

La siega

Por esta época, con motivo de la siega en tierras de Badajoz-Mérida, Villafranca de los Barros, Los Santos, comienzan a advertirse los primeros síntomas de malestar entre los campesinos de Castilla. Los segadores que desde Salamanca, Ávila o Zamora marchan a la Extremadura Baja a las primeras faenas de la recolección, no pueden segar allá, si, previamente, no están inscritos en las sociedades de resistencia campesinas de los pueblos de que proceden. Así, necesitan un carnet que les acredite de miembros de tales sociedades, sin cuyo requisito se les despide y devuelve al pueblo de origen. Por eso, automáticamente, durante esta época, se forman sociedades de resistencia, más o menos clandestinas, que funcionan, de espaldas a la ley y al Gobierno civil, hasta que terminan por completo, allá, en agosto, todas las labores propias de la recolección.

El fenómeno, desde el año 1919, se repite todos los años, sin variación alguna. Los mozos que marchan a Badajoz se reúnen en el pueblo, se proveen de un sello, de unos carnets, de unos reglamentos, de un certificado de la Junta Directiva que ellos mismos improvisan para tales menesteres, y con eso y el hatillo con un par de mudas, toman el tren del Oeste y aparecen en Badajoz. Pero en Badajoz las sociedades de resistencia son cosa seria, ya que en tres años casi han triplicado el importe de los jornales de siega. Ante semejante espectáculo, los mozos de Castilla se preguntan si no deben imitar el ejemplo de sus compañeros de Extremadura cuando vuelvan por San Pedro al enganche de la recolección. Y les imitan. Y las sociedades, legalmente autorizadas o por autorizar, comienzan a minar la estúpida resignación de los aldeanos. Y son las mujeres las más decididas y valientes defensoras de estas sociedades.

Así nacieron todas las agrupaciones campesinas que yo conozco en Salamanca y en Ávila. Así nacerán todas las que se formen ahora. Comienzan por juntillas y clientelas familiares, clandestinas y localistas, y se truecan, al mes de estar funcionando, en sociedades formales de resistencia ante la hostilidad del ambiente. Porque los seráficos señoritos, los hijos del amo, los abogados que cobran el barato del Código civil, los administradores que imponen al ventero y al colono la cría del cerdo, y la leche, y el tostón, y las cestas de huevos, y el pavo de Navidad, y las lechugas, y los ganchos subalternos de los Juzgados, se echan la mano a la cabeza y enconan y agravan y dan

un sentido de rebelión a unas sociedades que, originariamente, no se proponen otra cosa que trabajar para que sus miembros resistan un poco mejor la inacción forzosa del invierno.

Y así que funciona la sociedad viene la denuncia. El Gobernador –que suele ser un botarate– delega en el teniente del puesto de la Guardia civil, y este teniente, que, muchas veces es de cuchara y ha escalado las estrellas de oficial por antigüedad en el servicio, acude a los procedimientos expeditivos de cerrar el centro y de mandar a la cárcel a sus directores. Pero el juez, que no suele hallar fundamento a tal exceso de celo, devuelve a sus casas a los denunciados. El rencor, latente y siempre vivo en el corazón del aldeano, estalla, al fin. Se acusa al *soplique* de turno: un usurero melancólico, un ladroncete que ha formado su patrimonio a base de pacto de retro, un *justicia* –un concejal– que ha ido comiendo las lindes del terreno comunal para aumentar sus tierras. Y viene el conflicto. Y estalla la huelga por nada, con motivo o sin motivo. Y cuando se ajustan los mozos para la siega, por San Juan o San Pedro, bajo los porches de las plazas de Alba o de Arévalo, de Peñaranda o de Santa María de Nieva, de Medina o de Olmedo, los campesinos, aleccionados por los extremeños, o por nosotros, ya saben lo que tienen que pedir. En seco, por toda la siega, hasta quinientas pesetas: para rebajar hay tiempo.

Y si no es en seco, si entra la alimentación en los honorarios y jornales de siega, se tasa, desde luego, la calidad y la cantidad del condumio. Habrá dos comidas formales, desayuno y merienda. Una libra de pan reciente se dará en cada comida y un cuartillo de vino del lugar. Los garbanzos serán de buena calidad, con chorizo, morcilla, tocino y un cuarterón de carne sin hueso. Los amos ponen el grito en el cielo, pero acaban todos transigiendo por temor a que los panes se queden sin segar.

Los amos transigen más en apariencia que en realidad. Muchas de las cláusulas quedan sin cumplir. Acuden al juzgado municipal los perjudicados y en el juzgado no les dan la razón. Apelan entonces. Pero cuando apelan, el señor juez propietario está veraneando, y el suplente, que suele ser un abogado o un labradorcete, confirma la sentencia del suplente. Nuevos enconos. Un domingo se deshace el baile entre una lluvia de palos. Otro día han matado el caballo favorito del amo en la calzada. Un día cualquiera las mujeres se han arañado, y detrás de ellas se han enzarzado los niños, y luego, los hombres, han dirimido las diferencias, con una muerte quizás. Persecución de las sociedades. Nuevas denuncias. El botarate del gobernador cesó ya ante la crisis, y el teniente de cuchara del puesto de la Guardia civil acaba de dar un bando que desechan, por igual, amos, jornaleros, patronos y segadores. Siempre el mismo *ritornello* en esta canción de la siega.

Pero hay más. El trigo está ya en la panera. Llegan las primeras lluvias de otoño. Comienzan las venganzas. Los amigos del cacique proponen un somatén; sus lugartenientes predican el evangelio de las venganzas, el sermón de la llanura. Los pobres jornaleros, sorbiéndose las lágrimas, no se amilanan por eso. Intrigan, cabildean, se defienden, asaltan los concejos, vigilan los bienes de propios... Y llega la primavera, y viene mayo, y ¡vuelta a empezar un año y otro año!

Una rectificación. - El senador albista señor Chapaprieta, ha tenido la bondad de escribirme una carta hablándome del artículo *Los grandes de España y la libertad* que apareció en el número 328 de este semanario. «Para volver por la verdad –escribe– y a fin de que tenga conocimiento exacto de ella, considero mi deber decirle que el señor marqués de Santa Cruz para nada intervino en el revuelo que se produjo con motivo de alguna de las afirmaciones que hice en mi discurso. Es más, precisamente, al terminar la sesión, hube yo de significar a dicho senador que me había complacido mucho la actitud por él observada durante los momentos de apasionamiento del debate». Considero yo también un deber hacer públicas las manifestaciones que privadamente me hace el señor Chapaprieta. Incluí el nombre del señor marqués de Santa Cruz en la lista de los próceres levantiscos y revoltosos porque así lo consignaban varios diarios de la noche, entre ellos *La Voz*.

España (22-07-1922)

Ganaderos y labradores

Yo creo que la diferencia fundamental que separa a un campesino castellano del gallego o del astur es que el primero es, racionalmente, terrícola o labrador, y los otros, ante todo y sobre todo, ganaderos. La tierra, ya se sabe, es poco amable y apenas renta en la altiplanicie, oreada y

castigada por todos los vientos, del dos a tres por ciento; cuando más, el cuatro. Y hay que contar siempre, además, para recoger el fruto, con las inclemencias del cielo y con los riesgos y variaciones del clima. Un pedrisco en Junio puede matar, y mata muchas veces, en efecto, todos los afanes del labrador durante el año. Así, el labrador de Castilla es receloso y desconfiado. Lo espera todo del azar. Es siempre fatalista. Sabe que ante una nube tormentosa no cabe más expediente que el de encogerse de hombros, y acostumbrado a las paradojas de la meteorología, cree por fuerza en todas las paradojas.

El ganadero gallego, astur o del Norte de la provincia de León ya es de otra suerte. Tiene su porvenir atado a la vaca. Su vientre es siempre más fecundo y da más sorpresas agradables que el de la tierra. La vaquiña le da de comer a diario con el producto de la leche de sus ubres; le proporciona manteca; le regala crías que se venden bien si se venden en sazón. Una ternura contenida le brota en sus cuidados y en sus relaciones constantes con el animal. En el arte contemporáneo de nuestra España ha quedado bien plasmada esa ternura. Recordemos el formidable cuento de Clarín *¡Adiós cordera!* Recordemos la estatuilla policromada de Bonome *O tesouro.* El campesino conoce la vida de la vaca, de la cabra, del ternerillo recental, en sus más íntimos detalles. Sabe de sus efemérides y de sus amores. Espía los progresos de su estampa y se cura a todas horas de sus galas y de sus adornos. La tierra es muda y es hosca; pero el animal, no. Sabe de amores y sabe agradecerlos. Y como económicamente no limite la codicia de su dueño, crea con él una relación interesada, susceptible de todos los matices del afecto.

Ved aquí, en los alrededores de la dulce Compostela, una aldeana con su aijada en lo alto, conduciendo su yunta. Harto se nota en la fisonomía de ella su relación constante y diaria con sus bueyes. Relumbra un sol velado sobre los maizales; el campo tiene todas las tonalidades y gamas de lo verde; allá a lo lejos arañan el cielo pardo las torres de la Basílica del Apóstol. A un simple gesto de la diestra de ella, ha parado la yunta; en los ojos de los bueyes, espejo del verde esmeralda de los praderales y del color ceniciento del nuboso y morriñoso cielo galaico, hay toda la mansedumbre resignada del que trabaja para los demás. Y el amor que sentía Josué Carducci por el buey piadoso

io t'amo, oh pío bove![340]

es el mismo que yace soterrado en el corazón de nuestros campesinos ganaderos.

Mundo Gráfico (03-09-1930)
Céltiga[341] (10-10-1930)

La República en los pueblos

El cambio de régimen me sorprendió en un pueblo castellano –panera, rebotica, casino – cara al agro y cara al campesino. Estupor en los primeros días; acomodamiento, acoplamiento, flexibilidad después. Visitas al Gobierno civil, renovación de Ayuntamientos y selección de Juntas gestoras, los primeros mítines en una tierra donde no se ha hablado nunca. En Alba de Tormes nos advierten que desde el año 1868 no se ha dado un mitin, un solo mitin de propaganda republicana. En Macotera, las mujerucas, sentadas en los poyos de las viviendas, tomando el sol, nos reciben con manifiesta hostilidad. En una aldea pequeñita, Naz[342] de Sotrobal, donde los jornaleros del campo han derrotado como socialistas a sus señores y patronos, vimos, en cambio, frases encendidas de amor a la República y el tamboril y la dulzaina, bien ensayados, vierten en la paz de los campos las notas agudas y vibrantes de la Marsellesa. Hay más en esta aldea: el cambio de régimen se lleva a cabo con un auto de fe de la litografía concejil del Borbón. En él intervienen las mujeres y los niños. El pueblo habla y canta hasta el amanecer del 16 de Abril y se reparten los poderes y el gobierno de la aldea las gentes más humildes, que dan desde el primer momento, un sentido social al advenimiento de la República.

Digámoslo pronto y de una vez; un solo problema preocupa en estos pueblos de Castilla, donde mis achaques me han tenido recluido durante unos meses: el problema de la tierra.

[340] "¡Yo te amo, o piadoso buey!". Josué Carducci. *Il Bove*.
[341] En *Céltiga* se omitió la casi totalidad del último párrafo.
[342] En todos los periódicos se transcribe mal el nombre. Debía decir Nava de Sotrobal.

Todo el caciquismo monárquico, todo el sentido de servidumbre ancestral en estas pobres gentes, todo el tinglado político y social, y religioso, de estos pueblucos tendidos en la llanura, dependen del absurdo régimen de propiedad.

El dueño era y es el terrateniente, de intermediario sirve el administrador y el pueblo es siempre, prácticamente, el sojuzgado. El problema tiene mil matices diferentes y opuestos que nunca pueden reducirse a unidad. En la comarca a que aludo, en la que ya se inicia el latifundio que sigue en progresión creciente hacia el Sur, por tierras de Cáceres, y de Badajoz, y de Sevilla, y de Jaén, y de Huelva, y de Córdoba, en la comarca a que aludo, el sistema de propiedad imposibilita y rechaza la intervención del pueblo en los asuntos públicos.

Hay tierras de señorío donde el dueño obliga a los colonos a comulgar en Pascua florida y a otorgar el voto a determinados candidatos. Hay zonas enteras donde el suelo y las edificaciones pertenecen a un solo señor que se va desprendiendo de los indeseables, suprimiendo poblados enteros para acotarlos y adehesarlos. Hay regiones donde el conejo y el toro de lidia, tienen, de hecho, mayores garantías jurídicas que los colonos. La solución no es uniforme, ni mucho menos, en cada caso. Con la conversión de las colonias individuales en colectivas se resuelve el problema en unos pueblos. En otros, hay que ir contra la raíz misma del derecho de propiedad, entendido y concebido a la romana, y entregar a los campesinos enormes lotes de terreno inculto para que puedan sustentarse. Con el alargamiento del arrendamiento, a grandes plazos, ya no se resuelve nada o casi nada.

Un gran señor de estos contornos, el duque de Alba, tiene sus tierras –términos municipales enteros– en manos de colonos que se vienen sucediendo en el cultivo de la tierra desde hace siglos, y el malestar no se mitiga. La República tiene una misión sagrada que cumplir si quiere extenderse al agro y es la de crear millares y cientos de millares de pequeños propietarios. Todo lo que no sea ir a eso, prudentemente, sí, pero con valentía y decisión, equivale a tener media España, la de los pequeños centros de producción, apartada de la emoción, de los problemas y la responsabilidad del momento histórico en que vivimos, tan henchido de promesas.

En los cuarenta y tantos días de República que yo he vivido fuera de Madrid, he advertido que el campo espera la solución de su pleito secular para decidirse a intervenir. Conviene añadir que si hoy no es aún republicano, antes tampoco ha sido monárquico. El pleito de la forma de régimen, o no ha sido para ellos nada, o ha sido siempre compañero de un cúmulo de vejaciones y pretericiones de las que ya se siente cansado. No hay otra manera de ganarles para la República que irles dando, cada vez con mayor firmeza, la sensación de la asistencia de la ciudad en todos sus problemas.

Por eso, se me antoja de perlas esa prisa que parecen tener los gobernantes en estudiar, modificar y alterar substancialmente el problema del campo, que es acaso, el único del que depende la total y completa consolidación republicana en tierras españolas. Si no hay el más lejano peligro, ni siquiera la más remota posibilidad de una restauración monárquica, urge, en cambio, que incorporemos a su obra a los ocho o diez millones de campesinos que labran el suelo para sustentarnos a todos. El tope para las exigencias comunistas está en el campo, pero en el campo también hay unos gérmenes de anarquismo difuso que pueden desarrollarse al calor de la inercia y de la incomprensión. El remedio es vario, y en cada lugar distinto: la geografía agraria es de tal naturaleza que requiere el más exquisito cuidado en la aplicación de normas que varían a cada paso con la idiosincrasia y con la topografía de la zona que se estudie. Labor de técnicos, sí, pero, ante todo y sobre todo, previa información de campesinos. Acaso la solución estriba en que ellos mismos fueran los médicos de su propia dolencia, rodeándoles de aquellas garantías técnicas y de aquellos auxilios intelectuales de que están necesitados, para poner freno a su vehemencia y para ir apagando, poco a poco, sus inquietudes y hasta sus injusticias de esclavos de tantos siglos.

La Voz de Guipúzcoa (02-06-1931)
El Luchador (01-06-1931)
El Pueblo Gallego (04-06-1931)
El Diario de Huesca (04-06-1931)
El Noroeste (14-06-1931)

La reforma agraria

Una rápida visita a Salamanca, en estos días de anuncios sobre la reforma agraria, me ha dado ocasión de confirmar la creencia, que se había contrastado muchas veces, de que no son

los grandes terratenientes, ni siquiera los medianos, los que se oponen siempre a toda evolución, sino esos seráficos propietarios de tres al cuarto, de los que apenas si tienen un par de labor, y sustentan a un solo criado, siendo tan pobres y a las veces más pobres que el tal criado. En Salamanca, provincia a la que afecta la reforma agraria, el panorama político no puede ser más curioso ni interesante en estos momentos. El señor Gil Robles, hombre completamente extraño a esa provincia, ha formado un bloque con ganaderos y señoritos, ofreciéndoles que gobernará con Lerroux, y que ni el régimen de propiedad particular ni el Código civil, en lo que se refiere a las cláusulas de arrendamiento, sufrirán en las Constituyentes modificaciones esenciales. Los grandes propietarios –el duque de Alba, el de la Roca, el de Medinaceli, el marqués de Castelar–, que ya han visto grandemente mermadas sus rentas este verano, están dignamente al margen de la contienda, sin provocar conflictos y anhelando transacciones de toda suerte. Una fracción poco interesante del obrerismo local, que se ha desgajado del socialismo ortodoxo, predica por los pueblos las más absurdas y pintorescas innovaciones y preconiza los repartos más caprichosos y acomodaticios. Mientras las fuerzas de la Conjunción permanecen calladas, destacándose solo por su actividad el diputado a Cortes señor Marcos Escribano, muchacho de pro, harto familiarizado con los problemas de crédito agrícola, en los que es muy competente, los agrarios, dirigidos por Gil Robles, un catedrático; por Casanueva, un notario y rico de Madrid, y por Lamamié de Clairac, gestor administrativo de los intereses de la Compañía de Jesús, en la que tiene un hermano, organizan mítines en los pueblos donde pueden predicar todavía sin que peligre la integridad de sus personas, agrupando a la vez, en una Liga Monárquico-conservadora, pegujaleros de poco fuste, ganaderos de más capital que sesera e hijas de María, que forman el más gracioso conglomerado que hayamos visto nunca. La propaganda comienza en el púlpito, se desparrama en el periodiquito que insulta groseramente a los gobernantes y procura acabar reclamando para sí los favores oficiales en los despachos y antecámaras del Gobierno civil.

Y lo que acaece en Frades sucede también, según el dicho decidero de la comarca, en los demás lugares. Lo que sucede en Salamanca sucede en las restantes provincias a las que afecta la reforma agraria, y en toda la región, tan parecida, de Extremadura. Con ese remoquete insolente de agrarios o agrícolas –estaría mucho mejor, por más de un concepto, escribir agrestes, y yo lo escribo más de una vez al escribir de estos temas–, las antiguas fuerzas caciquiles conservadoras salen como los lagartos, en estos días de invierno, al sol, a extender sus anillos verdinegros por el campo y ejercitar sus músculos para continuar viviendo alegremente del jugo o de la savia ajenos. No tienen un programa definido, ni saben lo que quieren, ni a dónde van; a sus electores les hablan de haber conseguido la exportación de la lenteja, cosa a la que nadie se ha opuesto nunca, y aseguran tener ahora en el telar el pleito batallón de la tasa del trigo, que no depende de fenómenos localistas sino del engranaje todo de la economía mundial. Han caído estas gentes alocadas en un mesianismo peregrino. El señor Gil Robles, abogado de turno –esto es, hombre que defiende lo que le dan hoy, sin perjuicio de sostener mañana la tesis opuesta– juega con su inconsciencia de seminarista poco culto el juego más peligroso que se haya jugado nunca en estos pueblos de Castilla, tan ponderados y tan serenos siempre. La tormenta está preparándose subterráneamente. En la superficie no se advierte cambio mayor; las fábricas de abonos han despachado sus pedidos normalmente, y la más importante de toda la región, la de los señores Hijos de Mirat, sé de buena tinta, por el propio gerente, que ha agotado por completo sus existencias. En el campo se ha sembrado con toda normalidad. En los Juzgados de primera instancia hay cientos de expedientes de revisión de contratos. Se crean Pósitos, que tienden a fundirse y a unificarse, para formar entre todos un verdadero Banco provincial o regional. El duque de Alba, que cobraba setecientas mil pesetas de renta, cobrará solamente ciento setenta mil en el año venidero. Medinaceli, Roca, Villagonzalo, Castelar, Perales, Garci-Grande y otros terratenientes de mayor escala, han sufrido mermas parecidas en sus rendimientos. Los toritos de lidia van a tener que contenerse un poco en sus pastos, para que los campesinos puedan vivir con mayor desahogo a su vera. La vergüenza de los pueblos de señorío –y en Salamanca subsisten todavía media decena– desaparecerá por completo gracias a la reforma. Propietarios como el duque de Medinaceli tendrán que abrir sus dehesas de Valverde a las necesidades de las aldeas circundantes –Horcajo, Medianero, La Umbela, Armenteros–, y montes de caza, como el de Aranzo [Arauzo], del marqués de Ivanrey, tendrán que roturarse para que no emigren los aldeanos de Navilla de Sotrobal, que tiene un bravo Concejo socialista, y de Ventosa del Río Almar, que apenas si cuenta con otro propietario en su término. Dicho de otra manera: la reforma afectará solamente a docena y media de marqueses y de duques, que son dueños del suelo de las dos terceras partes de la provincia. Los propietarios indígenas aguantarán mayor recargo, como es justo, en sus tributos y

contribuciones. A los labradores modestos les beneficiará, en todos los sentidos, la reforma, que es de esperar y de desear que se apruebe íntegramente en las Cortes, de acuerdo con las bases bien meditadas que contiene el dictamen de la Comisión.

Por eso el fenómeno político de incomprensión de los pequeños propietarios es harto significativo y bien patente y notoria la ceguera de los que les dirigen y azuzan con el texto de unas encíclicas papales que no son del caso y con la opinión de unos tratadistas que escribieron para otros tiempos y para otros lugares. Decía Unamuno en sus inolvidables predicaciones por el campo salmantino, hace veinte años, cuando, del brazo de unos cuantos muchachos, despertaba en nosotros la sensibilidad aguda del aldeano de Castilla, que peor que el amo es siempre el administrador del amo, y cien veces más abyecto que el administrador, el abogado o vocero a quien paga para que justifique sus desmanes y atropellos. Si yo fuera malintencionado, diría, para concluir, que esa minoría agraria, que ha venido a perturbar los pueblos de Castilla, es un plantel o asilo de abogados, de voceros. Cuando se les oye ahuecar la voz, ponerse solemnes y adoptar gestos en consonancia con el momento, presumimos que no creen en sus propias razones. Ese es su mayor pecado, y dentro de unos meses veremos que ese será también su mayor castigo.

La Voz de Guipúzcoa (10-12-1931)
Política (13-12-1931)
El Pueblo Gallego (11-12-1931)
El Luchador (09-12-1931)

La reforma agraria en Salamanca[343]

No descansa sobre el régimen de latifundio toda la propiedad rústica de la provincia de Salamanca, ni todos sus pueblos son tampoco de señorío. Sin embargo, cerca de doscientas mil hectáreas comprende aquel, y los términos municipales de los pueblos de un solo señor o dueño comprenden noventa y ocho mil, faltando, como faltan, para la computación precisa, datos de más de setenta pueblos. Los duques de Medinaceli y de Alba son todavía los señores de más cuenta. Del primero habrá que intervenir sus posesiones de Valverde, de las que ya hablé en otro artículo anterior, porque parceladas, o al menos, arrendadas en comunidad, suponen el bienestar y la riqueza de varios pueblos, cuyos vecinos tienen que emigrar por carecer de suelo donde asentarse. El duque de Alba, que antaño fue dueño de todas las fincas que circundaban el río Tormes, posee, vinculadas al título ducal, varias dehesas cuyo valor en renta se ha «quintuplicado» en veinte años –por ejemplo, La Sancera, Castillejo y Monasterio, en el partido de Alba de Tormes– es propietario de casi siete términos municipales, del de Peñaranda de Bracamonte –a saber; Moriñigo, Babilafuente, Cordovilla, Villoria, Villoruela, Huertas, Encinas de Abajo– y posee los más lindos palacios y castillos de la provincia. Una finca suya, junto a Cespedosa, lugar perteneciente a Béjar, ha originado no pocos disturbios y conflictos en el campo. Arrendada al pueblo de ese nombre, el administrador creyó oportuno entenderse con un solo colono solvente mejor que con los pobres cabeceros. Varios arrendatarios murieron asesinados, misteriosamente. El duque ha tenido que vender la finca al pueblo. Recientemente ha intentado hacer lo mismo con los términos de los pueblos a que más arriba hacemos referencia. Unos intermediarios querían comprar a plazos y revender después a los colonos actuales. La sucia operación no prosperó porque el duque, que es un caballero, fue avisado a tiempo. El mismo puje de rentas yo sé de buena tinta que era cosa del administrador, de acuerdo con los mismos colonos, capaces de quedarse tuertos con tal de ver ciego al vecino.

Los pueblos de señorío han disminuido también considerablemente en los últimos años. No olvidemos que la antigua provincia de Ciudad Rodrigo –hoy partido judicial– era, toda ella, tierra de señores, consulte el que se interese por estos problemas el libro «El Bastón»[344] publicado por Constancio Bernaldo de Quirós y editado por el Ministerio del Trabajo, relativo a estas tierras. En Ledesma quedan varios pueblos, como Calzada de Don Diego, propiedad del duque de Tamames, dueños de las casas y del suelo del pueblecito. Queda también Matilla de los Caños, cir-

[343] Nos parece dudoso que este artículo pertenezca a José Sánchez Rojas por el estilo y la forma de tratar el asunto. Al igual que el publicado en este mismo periódico con el título «El Secretario» (O.C. Tomo I, página 243) o «La crisis de la industria lanera» publicado en la revista *Mercurio* (O.C. Tomo III, página 417).

[344] *Departamento de El Bastón, de L. M. N. y M. L. Ciudad, de Ciudad Rodrigo*, prologado por Constancio Bernaldo de Quirós, Ministerio de Trabajo, Comercio e Industria. Junta de Colonización Interior, 1929.

cundada de tierras de pastos para toros de lidia. Queda La Sierpe, Cerralbo, en Vitigudino, se ha ido autocomprando para sacudir la servidumbre del último marqués. Algún pueblo más, como Campocerrado, desapareció con Parroquia y Concejo, emigrando los vecinos en masa, para que su dueño lo acotase y adehesase. En estos pueblos, la servidumbre política era una consecuencia natural de la esclavitud económica. Se ordenaba el sufragio en el tablón de edictos de la Casa Consistorial, simplemente «de orden del amo» y también «de don Fulano, administrador del amo». Por estos pueblos fueron diputados muchos años José María Gayoso de los Cobos, duque de Tamames y de Galisteo y don Juan Vicente Rojas, conde de Montarco. Cuando el dueño del pueblo o la señora del dueño eran devotos, obligaban a sus colonos en el contrato –nadie crea que estoy contando un cuento oriental– a oír misa los domingos, a comulgar y confesar en Pascua Florida, y a las veces, a levantar a sus expensas la tribuna de la iglesia, que amenazaba ruina; el señor duque de la Roca no me dejaría, seguramente, por embustero. Toda la terrible organización caciquil –lo mismo que pasa en Cáceres, donde se da idéntico fenómeno de régimen de propiedad– era más fuerte que todas las leyes y que todas las prevenciones para que se cumplieran y ejecutaran. Yo he visto un recibo de préstamo fechado en Vitigudino, que me exhibió hace años el Registrador de la Propiedad don Julio Fernández Feijoo, donde además de consignar el crecido interés usurario, se obligaba al pobre deudor a votar perpetuamente él, con su hijo y su cuñado, a la persona que le indicase «D… Fulano de Tal». El administrador, por su parte, ordeñaba sin piedad las misérrimas ubres de estas pobres bestias campesinas. La leña del fuego, los cerdos de la matanza, las perdices de caza y los pavos de navidad, con el corderito para el niño, eran tributos obligados, silenciado o no por el contrato de arrendamiento. Y no se quería –en el empeño pusieron, ya que no su piedad cristiana, sino sus compromisos de curial y de notario, respectivamente los diputados agrarios señores Gil Robles, Lamamie de Clairac y Casanueva y Gorjón– que la provincia de Salamanca, con las extremeñas, las manchegas y las andaluzas quedase dentro de la reforma agraria Hizo falta todo el tesón y todo el entusiasmo de mi noble amigo don Tomás Marcos Escribano, Presidente de la Diputación y diputado a Cortes por la provincia, para que la criminal abstención no se llevase a cabo.

Por eso pusieron el grito en el cielo los que en la tierra charra, donde escribo, llaman ciegos y sordos de nación, o lo que vale igual de nacimiento. Son los propietarillos que hacen de intermediarios y que de la intermediación viven a espaldas del dueño que nunca sabe nada de nada; son los curialetes de pan llevar, abogados melancólicos y ociosos que iban para diputados provinciales y se quedaron en el camino; son los ganaderos de reses bravas que tienen pleitos de notoria urgencia con las aldeas circunvecinas; y los clérigos; y las niñas bien, a las que hablan sus confesores, los que están organizando a la orden de ese pollo de Gil Robles, una cruzada para ir a ensangrentar mi tierra si el gobierno no dice seriamente a sus representantes que se desprendan de la vergonzosa tutela de los diputados agrarios, que inventan conflictos donde no los hay y que hace poco más de un mes produjeron, con sus intemperancias, los asesinatos del pueblo de Palacios Rubios. Públicamente ruego, escudado en mi conducta republicana y en mi alejamiento de las luchas de mi tierra, al señor ministro de la Gobernación que se informe sobre qué clase de predicaciones y qué género de insultos han dirigido a los gobernantes los diputados agrarios en los pueblos de Ledesma y de Peñaranda de Bracamonte. Desde el periódico digo también al señor Lerroux que esos agrarios alardean ir de acuerdo con él y hasta presagian determinados tratos de favor para el día que el caudillo de la vieja guardia radical se encuentre al frente de un Gobierno. Hoy por hoy se organizan tés domingueros en el Grand [sic] Hotel con propietarias guapas a las que discursa Gil Robles, o Gilito como ellas le llaman familiarmente, reuniones de modistas y obreras reclutadas con la promesa del reparto de bonos en las Conferencias de San Vicente de Paul y del ropero y mítines monárquicos donde unos cuantos energúmenos se despachan a su gusto, sin que nadie les llame al orden. Claro está que este monarquismo no es tal monarquismo; el deportista de Fontainebleau les tiene a todos perfectamente sin cuidado; lo que se quiere es que subsista un régimen de propiedad que haga perdurar una esclavitud de la que se comienzan a sacudir bravamente estos pobres aldeanos, ordeñados por el duque, y el administrador del duque, y el procurador del administrador, y el subalterno del curial, y el amigo del subalterno, así, en cadena continua e irrompible. Yo presencié, y es más contribuí poderosamente, en 1919 –a gala lo tengo y con orgullo lo recuerdo– al alzamiento en masa del distrito de Peñaranda contra los propietarios absentistas de la comarca, que barrimos literalmente de sus posiciones políticas, deshaciendo de un papirotazo el caciquismo de un administrador analfabeto y rencoroso del marqués de Ivanrey que tenía a todos los aldeanos en un puño. Nos bastó hurgar en las llagas

de estos desdichados para que se alzasen como un solo hombre contra sus tiranos y les ganasen la partida. Con la reforma agraria, tal como está concebida, la liberación de este suelo va a ser una grata novedad en muy poco tiempo. Aprueben la Reforma con urgencia nuestras Cortes Constituyentes; automáticamente, democratizarán y republicanizarán precisamente esa España aldeana que no tiene fe en los gobernantes, porque ellos no conocen del Estado más que la curia, y el fisco, y el recaudador que les lleva los cuartos, y la orden del alcalde que les saca al hijo para la guerra y para el cuartel.

El Luchador (06-01-1932)
El Diluvio (07-01-1932)

TOROS Y TOREROS

Reaparición de Fuentes

Amigo *Timbalero*[345]: sepa vuesa mercé que me va ganando la afición a los toros. Voy a la plaza a emborracharme de luz, de colores vivos, de mujeres guapas, de suertes, de capotes, de verónicas; voy enriqueciendo mi léxico taurino. Y al reaparecer Fuentes en el ruedo nacional, ya puede comprender vuesa mercé, señor crítico, que yo no podía faltar a esa consagración. A fuerza de hablar mal los extranjeros de los toreros, he llegado a dar todo el valor que tienen a Machaco, a Vicente Pastor, a Gaona, al Gallo. Me gustan más que los boxeadores y que los *aviateurs*. Son más elegantes. Son más arrojados. Son, sobre todo, españoles.

Esta tarde reaparecía Fuentes. Fuentes es una institución consagrada, histórica. Es el torero ceñido, clásico, parado y seguro. Arrastra y pesa bastante una de sus piernas. Con todo, verle torear es algo así como hojear el Quijote en estos tiempos de Felipe Trigo y de José María Carretero. Toreaba con Bienvenida y Gaona.

Fijaos bien: tres toreros que son tres escuelas, o para hablar con más precisión, tres temperamentos psicológicos distintos. En Fuentes hay intuición, conciencia de su arte. Conoce la belleza plástica, la agilidad de movimientos, la sobriedad, la justeza. Ama la forma, pero no es esclavo de ella. Obedece siempre a una idea capital, la de dominar el toro, a fuerza de arte, de buen gusto, de sobriedad. Su momento culminante es el de las banderillas. Fuentes parece un viejo gladiador romano. Alargando los brazos, dejando firme y recta su figura elegante. Fidias no se desdeñaría en eternizarla con el buril.

Bienvenida ya no es clásico, ni romántico. Es un inconsciente y un miedoso. Cuando acierta, acierta porque sí. Desconfiado, receloso, huraño. Bienvenida más parece una bailarina de cine que un torero. Se descompone, pierde toda noción estética, todo arrojo de valor. Cuando está bien, recuerda viejos modelos. Carece de personalidad; es un ripio andante Bienvenida.

Gaona, el niño mejicano –o como escriben los pedantes mexicanos– es al toreo lo que Rubén Darío es a la forma poética. Es grandioso a veces, pero siempre es ondulante y serpentino. Carece del sereno valor castizo, pero tiene toda la salvaje fogosidad india. Salta, corre, se escurre, desaparece: es un alarde de nerviosidad y de bravura.

Eso sí, no han podido lucirse los toreros esta tarde, amigo *Timbalero*. Para comer liebre, hace falta liebre; para una corrida, se necesitan toros. Y bueyes indecentes metió el marqués de Guadalest en el bolso de la codicia de Mosquera[346].

Fuentes tuvo algún momento, algún momento, algún chispazo, alguna ráfaga de su arte gracioso y elegante. Bienvenida, como siempre, descompuesto. Gaona, receloso, dejó para mejor ocasión sus atrevimientos...

El Adelanto (27-06-1911)

[345] Seudónimo utilizado por el redactor de *El Adelanto* –y amigo de Sánchez Rojas– José Sánchez Gómez en sus artículos de temática taurina.

[346] Indalecio Mosquera, empresario taurino arrendatario de la antigua plaza de toros madrileña de la carretera de Aragón.

Cuarto menguante

– Etoy enamorá der Gayo; e un torero con zu puro y zu camiza floha y m'a dao mil achare er tío eze –decía con su ceceo gitano la simpar Imperio, hace poco más de diez meses, bien ajena a que sus padres tuvieran que comprarla un buen fonógrafo para calmarla sus amarguras de amor.

Pero los celos no le dejan vivir al Gallo. Tiene varias quiebras eso de casarse con una mujer guapa, aunque, si bien se mira, comenzamos a reparar en la belleza de la novia o de la mujer propia cuando gustan de ella los demás. Cuando la hembra es además bailarina, la quiebra es mayor y todas las precauciones son pocas. Vi al flamante matrimonio hace medio año, en Junio, en un palco del Príncipe Alfonso. El torero, con su enorme calva reluciente, se adormilaba plácidamente. Ella, la bailarina, aplaudía una zambra gitana y los ayes angustiosos de Amalia Molina. Se la iban los ojos, los hermosos ojos orientales, negros y tristes, detrás de las tablas. Y con los ojos, el alma. Yo me di cata, y conmigo un compañero que se sentaba a mi lado, que la Pastora añoraba sus garrotines y que más tarde o más temprano, tornaría a sus bailes y a sus danzas, castizas como una media estocada del Guerra, como una soleá de Juan Brieva o como un rasgueo de guitarra de la Adela Cubas.

Son muy justos los celos del Gallo. Es muy justa la resistencia de Pastora. Se arregle o desarregle el matrimonio, el problema quedará en pie. Está bien la coyunda para los seres vulgares, alcaldes de barrio, fiscales municipales u oficiales quintos de Hacienda. Un torero, una bailarina, una diva, pertenecen al público, a su público. Las ternuras del hogar, el beso que comienza a hacerse monótono, la fidelidad que empieza a hacerse insoportable, no les compensa el escalofrío del público que aplaude una romanza, el aullido de lujuria que resuella la bestia humana ante un baile, el aplauso sonoro y entusiasta que arranca a la multitud una lucha noble y artística ante un hermoso toro.

Al torero no le ama una sola mujer; le aman muchas. El catálogo de amadores silenciosos de la Imperio puede contarse por millares como un censo de población. El amor diario no apaga el recuerdo de una blanda aventura originada por un par de banderillas bien puesto. Los obsequios del marido no hacen olvidar del todo el recuerdo de aquel ramo de flores, de aquella pulsera con brillantes, de aquel estupendo mantón de Manila, regalo de un admirador ingenuo.

Hay cosas que no tienen remedio. En toda bailarina, en todo torero, en toda diva, en todo actor, en todo escritor público, hay, en el fondo, un histrión. Son esclavos de la farsa y del público, se vive de él y para él. No se pertenecen a sí mismos, porque han prodigado su tesoro, poniéndole precio. El amor puede ser posada donde se descanse una noche al pasar, nunca un retiro definitivo, un hogar. El hogar está en el ruedo, en las candilejas y en el periódico. Acordaos de la novela de los hermanos Goncourt, de *La Faustin*. La mueca trágica no muere en ella, ni aun en el lecho de muerte de su amante. D'Annunzio no olvida su *pose* ni aun en mangas de camisa. A Martínez Ruiz le hizo *Azorín* la ramplonería de los lectores de *Blanco y Negro*. La Guerrero no olvida un bello gesto al caer este verano del automóvil cerca de Llanes, en la frontera de Asturias y Santander. La misma infanta Eulalia, que también vive en público, no sabe vivir sino en princesa, hasta cuando quiere jugar una mala pasada a su corte.

Si el actor, la diva, el escritor, el torero y la bailarina, viven de su público, también este vive de ellos. Hasta las escenas de amor de las camareras de café pertenecen, en cierto modo, a la crítica de los parroquianos del turno. Y es natural; no se limitan a servir su café; sirven también sus sonrisas, según la cuantía de la propina, como Vico estaba mejor o peor, según el ingreso de la taquilla.

Pastora y Rafael tienen ya su altar. El ama los toros sobre todas las cosas, y ella, sobre todas, el baile. Y en las sonrisas de su mujer llevo yo mi parte, al verla bailar –y advierto a las fuerzas vivas de Salamanca que baila como los propios ángeles, si los ángeles bailasen– y en el arrojo –pase la metáfora– del Gallo, lleva su parte la espectadora de barrera, por lo menos. No se pertenecen el uno al otro, lo cual suele pasar en muchos matrimonios, sino los dos al público. Y acabarán por divorciarse, ahora o luego, con tal de no divorciarse del aplauso de las gentes.

Y que no sea avaro el Gallo. Su mujer es un monumento nacional, cuyo dominio eminente corresponde al Estado, lo cual lleva envuelto, claro es, el usufructo estético de todo ciudadano. Como la *Maja* de don Paco de Goya, como el sol, como la nieve, es de todos y de ninguno.

¡Honni soit qui mal y pense![347]

El Adelanto (01-01-1912)

[347] Debería avergonzarse quien piense mal de ello.

Toritos, barbarie

Al mismo tiempo que el generalísimo Foch golpea el frente alemán por distintos sitios, uno de nuestros cruzados más simpáticos y tenaces, Eugenio Noel[348], golpea las posiciones germanófilas y caseras con nuevas diatribas contra los toros. Ambos hechos de liberación, el del generalísimo francés y el del propagandista español, tienen una relación más estrecha de lo que pueda parecer a simple vista. La guerra entre nosotros es un espectáculo de aficionados. Los estrategas de la acera de enfrente son simplemente adictos a este o al otro ídolo, ganosos de imponer su popularidad y sus procedimientos de toreo. Las revistas de guerra son simplemente revistas de toros y argumentos de toros los que se emplean siempre para confundir al lector. El ídolo Hindenburg o el ídolo Ludendorff tienen a veces las proporciones de un Joselito o de un Juanito Belmonte.

Nuestra taurofilia explica nuestra insensibilidad ante la guerra y nuestros belmontianos o joselistas son sencillamente los mismos energúmenos que saborean a diario, con el chocolate y la ensaimada, la prosa del pontífice de la estrategia, que dice inevitablemente a los franceses: "Llama a otra puerta, Foch. Mira que están verdes, sir Douglas Haig[349]. A otro perro con otro hueso, Wilson" y que exclama, viendo a Makensen[350] a las puertas del frente occidental: "Señores aliados: que viene el coco". El coco de la guerra, puro belmontismo, al llegar a un país neutral se confunde y trueca con esa musa festiva y gallarda que hace satíricos a los comandantes retirados, peligrosos a los fabricantes de jabones y diplomáticos duchos y expertos a los pobres diablos, como Schneider[351], que no saben a ciencia cierta si Aporetto es un río, un monte o la sede de una universidad. El coco de la guerra es el miedo del aficionado ante el toro que salta a un tendido y comienza a hacer estragos a diestra y siniestra ante los que se gozaban momentos antes, en insultar a los diestros o en dirigir palabras feas a la señora madre del presidente de la corrida.

Germanofilia y tauromaquia son entre nosotros síntomas de la misma enfermedad y exteriorizaciones, aparentemente distintas, de una sola y única dolencia. La insensibilidad moral es patrimonio de los unos y de los otros perros. La pereza mental les corroe. La burda sed de sangre, la risa ante el dolor ajeno, la invocación a la virilidad, el anarquismo violento, el odio a la ley, distinguen igualmente a los chulos ante la guerra y a los chulos ante la lidia. Y para que nada les falte, de ambas cosas, lidia y guerra, tienen el mismo concepto.

Pues Eugenio Noel, una vez más, valientemente, flotando al aire los cabellos de la melena y el lazo amplio de su chalina de seda, va todos los domingos a los toros, a ponderarnos lo absurdo y aburrido de la fiesta esa, la cobardía de los chulos, la grosería moral de las mujeres que se regodean con el espectáculo de las tripas de los caballos, la inercia de una autoridad que permite y consiente esa lucha entre los tres animales, del público, del torero y del toro. Y no perdona ripio. Y cuando los críticos profesionales salen al paso de la cruzada de Noel, es la realidad española la que se encarga de hacernos ver la negrura del abismo. Así sabemos que en una aldea, después de cornear en el chiquero a dos aficionados, matándolos el toro de lidia, la doble desgracia no tuvo la virtud de acabar con la fiesta. Así, en otra aldea, mientras las gentes, angustiadas con el problema de las subsistencias, se reunían en las casas Consistoriales, una turba de mozos asaltaba la asamblea pidiendo toros. Y no hay día apenas sin que se consume algún acto de barbarie en las capeas, defendidas por los caciques y amparadas por los monterillas rurales. Aún hay más: en un pueblo donde escribo hace años que a un pobre abogadillo "parvenu" se le ocurrió disertar sobre las bellezas de la fiesta nacional, llevando sus cursilerías a las escuelas públicas y eligiendo el público de entre los niños de ellas. Y la autoridad municipal toleró el crimen de aquel sandio.

No sabemos la eficacia que tendrá, a la larga, esta nueva campaña de Noel. La mente popular es tan densamente espesa que es muy posible que, ni en Madrid siquiera, tenga Noel libertad absoluta para asistir a las cámaras domingueras donde lucen su ingenio nuestros pintorescos trogloditas y para andar con absoluta desenvoltura su camino de apóstol laico. Las autoridades no se

[348] Seudónimo de Eugenio Muñoz Díaz (1885 – 1936), novelista, ensayista y periodista español, enconado detractor de la tauromaquia y el flamenquismo.

[349] Douglas Haig (1861 – 1928). Mariscal de Campo del ejército británico durante la Primera Guerra Mundial.

[350] August von Mackensen (1849 – 1945). Mariscal prusiano, uno de los más importantes líderes militares de Alemania durante la Primera Guerra Mundial.

[351] Seudónimo con el que el periodista, escritor y político tradicionalista, Domingo Tejera de Quesada (1881 – 1944), firmaba sus artículos en el diario *ABC* comentando distintos episodios de la Primera Guerra Mundial.

preocupan de esta cuestión. Indirectamente, sin embargo, pudieron atacarla con grandes recargos fiscales y prohibiendo a los elementos oficiales, desde los Reyes para abajo, que asistieran a tales corridas. Ayer, siquiera, nuestros trogloditas pedían pan y toros. Hoy les importa bien poco el pan con tal de que haya fiestas. Esos mozos de la aldea que suspenden una reunión pública de subsistencias para pedir toritos al alcalde son todo un símbolo. Para luchar con el cual apenas hacen falta más que dos docenas de municipales con sendas mangas de riego. Los que se preocupan tanto del valor profesional no son nunca elementos peligrosos. Son una turba de señoritos bien, resignada y melancólica, que llenaría las butacas de un teatrillo sicalíptico para matar el tiempo que se les había robado de emplear en la plaza. Los fieros jaleadores de Ludendorff y de Belmonte son mansos como corderos y sencillos como palomos.

La Publicidad (20-09-1918)

Tauromaquia

Después de grandes vacilaciones, y para sacudir del todo la pereza que me domina ahora, he resuelto ocupar el último número en el escalafón de críticos taurinos. No tema mi querido amigo «El Timbalero» la competencia; cada uno ha de torear con su estilo, y, desde luego, en su terreno.

Para mí el arte de torear es un compendio o resumen de la vida nacional española y el recinto de los circos ha de servirme únicamente para otear lo que ocurra fuera de ellos. Así, Cagancho, por ejemplo, no es Cagancho para mí, es algo más. Nada más y nada menos que el símbolo del momento contemporáneo. ¿Figura del Montañés? No, señor.

A lo sumo, un barro más de Juanito Cristóbal. Y Cagancho, que es al toreo lo que Pepe Francés a la crítica, o lo que Gargallo al arte decorativo, o lo que Fernández Ardavín a la literatura dramática, no pasa de ser un síntoma de la dolencia que nos corroe, dolencia de ficción y dolencia de mentira.

¿Cagancho? ¡Dale! Ha pasado a figurón sin ser nunca figura. Han sonado demasiado las talegas llenas de calderilla para saludar su apoteosis. Es un torero de los profesionales madrileños, de los malos profesionales, esto es, de los que viven de su profesión. Me escaman demasiado los toreros que están aguardando siempre su toro. Recuerdan a los escolares que llevan en la manga de la chaqueta su bola para esquivar el suspenso. Cuando se presentan ante el tribunal, se olvidan de lo que llevan en la manga y pierden los cursos inevitablemente.

El secreto de Cagancho –que es un secreto a voces– es negocio de contaduría. Cuartos malgastados que se irán negando poco a poco, ante lo escandaloso del truco.

El Niño de la Palma ha llegado a torero por la razón contraria que Cagancho. Vino de reformador a sanear las costumbres, o mejor dicho, a decir que las saneaba. Creación de la amistad, se revolvió contra ella o hizo que se revolvía para acabar transigiendo con lo más corrompido y deleznable del grupito. Es, profesionalmente hablando, un gran cómico, que vistió la túnica de la austeridad para ocultar así mejor la ausencia de sus cualidades viriles.

Representa el nuevo régimen del toreo, que ya no convence a nadie, porque bebe en los mismos charcos o abrevaderos donde se hartaron los demás. Acabará cantando fandanguillos en Huelva o actuando en los tablados de comparsa de cuadros flamencos.

Juanito Belmonte y, en otro plano, Martín Agüero, han representado este año en Salamanca, el decoro profesional. Han ganado su dinero sin estafar a nadie, y eso es de agradecer en los tiempos que corremos.

Juanito no tuvo enemigos a su lado y aprovechó la fortuna del aumento y hasta la buena voluntad del concurso. Lo mismo, Martín. Venían a torear y torearon. Pudieron hacer mucho más pero cumplieron con la poca voluntad que hace falta para este género de empresas.

Los toreros, como todos los mortales, acostumbran a poner en sus trabajos la menor cantidad de riesgo. Agüero anunció en la primera corrida lo que pensaba hacer y lo que hizo en la corrida de ayer. Ayer, Marcial Lalanda, en la mejor faena de toros que hemos visto en la feria, nos comunicó su resolución de ser el héroe de la corrida de hoy. No habrá más que Lalanda esta tarde, si los Saltillos son tan bonitos, y tan alegres, y tan lidiables, como lo fueron ayer los bicharracos de doña María Montalvo. No tuvo suerte ayer Lalanda, pero tuvo arte y supo anticiparnos su voluntad para hoy. Los toreros, que conocen a los públicos, saben que les dejan contentos con un simple regalo o con una propina decorosa en el momento de despedirse. Márquez, en cambio, no quiso adelantarnos nada, y Mendoza nos adelantó demasiado en la tarde del domingo para saber a qué atenernos.

El arte elegante y señoril de Veiga, que supo resucitar la gracia de los antiguos torneos el domingo; el decoro profesional de Belmonte el lunes; la vergüenza torera de Martín, y los pases, naturales de Marcial los mejores pases y los toros de doña María lidiados ayer, he aquí las características de las tres corridas celebradas.

Volveré a contar, siempre al margen del circo, lo que ocurra esta tarde. ¿Qué cosa es esta del arte de torear que no tiene ya sorpresas y que comienza a reglamentarse demasiado, demasiado, como si la emoción y la inteligencia hubieran desaparecido para siempre de nuestras plazas?

El Adelanto (14-09-1927)

De toros y de otras cosas

Para mi querido amigo el pundonoroso Antonio Pérez Tabernero

Al reanudar estas conversaciones, hoy por hoy, semanales, con la familia, esto es, con el público de Salamanca, confieso, sin rebozo, que he notado en mi espíritu una desmedida afición a los toros. Me gustan los toros, asisto a la fiesta, tuteo a "Martín Agüero" –recomendado de Indalecio Prieto–, a "Fuentes Bejarano" –que está aprendiendo a torear–, he visto a "Chicuelo" y a Dorita en la Alameda de Hércules, de Sevilla; saludo a "don Juan Belmonte", doy bromas a Fortuna y las recibo de él, y en cuanto mis asuntos financieros han prosperado un poquitín, me he abonado, como un hombre, al 2, donde vamos los castizos y los aficionados. Vaya otra confesión por delante: Un ganadero me parece mejor persona que un editor, y un torero me entretiene mucho más que un intelectual. En este mundo taurófilo se vive de veras, y hasta se muere de veras también. No es como en el otro mundo, de los universitarios y de los escritores, donde todo –o casi todo– es una apariencia y torpe y desmedrada realidad. Estos días he visto, por ejemplo, asistiendo a la emoción con que esperaba Rafael Lamamié de Clairac su hermosísima media corrida de ayer, que la cría de las reses de lidia tiene para el ganadero la misma importancia que para mí la confección de una página literaria, y, a la postre, mayor importancia social.

Sin un libro más, la Humanidad puede pasar tan campante, y, en cambio, un torito terciado, noblote, confiado, querencioso, provoca la alegría y el entusiasmo de trece mil almas una tarde dominguera.

Por eso voy a cambiar de género literario, y, de vez en cuando, a escribir de toros. He de entrenarme, en primer lugar; en segundo, he de disertar aquí, en Madrid, de semejantes temas; en tercero, no vaya a creer el charrote receloso, que hay en todo salmantino, que ha ocurrido una grave escisión interna en EL ADELANTO y que voy a hacer airadamente la competencia a mi querido amigo Pepe "El Timbalero", cuyo magisterio acato y cuyas crónicas, donairosas, sencillas y justas, leo siempre con deleite y con sincera y honda admiración. Lo que ocurre, sencillamente, es que he comenzado a descubrir un mundo nuevo, con la misma sorpresa con que el Almirante genovés encontró tierra en la Isla de Santo Domingo el 12 de Octubre de 1492. Por ahora soy un estudiante nada más. Al tendido número 2, yo no voy a divertirme como un espectador vulgar, sino a estudiar y a documentarme. La lidia no es una cosa cualquiera, sino negocio muy serio y de muchos y muy complejos perendengues: que lo digan mis colegas, "Corinto y Oro"[352], "Clarito"[353], Eduardo Palacio Valdés, Retana[354], "El Timbalero" y otros pontífices máximos de la crítica taurina. El toro no cornea cuando puede, sino cuando debe cornear, y esta ciencia de penetrar en los secretos y en las intenciones ocultas de la res, no se aprende, así como así, como un sencillo problema matemático, o como una inocente lección de Derecho Mercantil de esas que explica don Prudencio Requejo, o como una breve digresión histórica de esas que comenta con tanto acierto mi querido amigo Pepe Ramos Loscertales. El arte de torear, o mejor todavía, de ser toreado, es una cosa que, como me decía Guerrita el verano pasado en su Club de la calle de Gondomar, en Córdoba, no está al alcance de todas las inteligencias y de todos los mozos. Esta es la razón de que haya, por ejemplo cien poetas líricos, noventa historiadores, cuarenta y tres eru-

[352] Pseudónimo del crítico taurino abulense Maximiliano Clavo de Santos (1879 – 1955)

[353] César Jalón Aragón (1889 - 1985). Periodista, político y crítico taurino español que firmaba sus crónicas bajo el seudónimo de "Clarito". En su faceta política, militó en el Partido Republicano Radical y desempeñó el cargo de ministro de Comunicaciones en varios de los gabinetes que presidió Alejandro Lerroux.

[354] Siro Fernández de Retana.

ditos, siete millares de oradores, hasta ochocientos diputados provinciales renovables, como los trajes, según la estación; un solo, y único, e imponderable, "Corinto y Oro". Una crónica literaria la escribe cualquiera; pero una revista de toros, ecuánime y sagaz, penetrando en los secretos que hay dentro del testuz y del morrillo, es patrimonio de los privilegiados y de los psicólogos a la usanza freudiana.

Porque el toro, lector mío, tiene su psicología. Según coma o no coma yerba; según se nutra o no se nutra de tubérculos y de verduras, sale al ruedo de esta o de la otra manera. Porque lo importante en las corridas de toros, son, creo yo, los toros. El torero, el ganadero, el crítico, el aficionado, el espectador, son cosa secundaria y accidental en este juego. A Salamanca, como productora de reses bravas, le interesa este problema de un modo capital. De mí sé decir, con toda verdad, que me siento más salmantino en el dos de la Plaza de Toros que en los Claustros de mi vieja y venerable y adorada Escuela. Los tiempos cambian, y ya que no podemos presentar a las gentes en este siglo un émulo de Fray Luis, que era de Cuenca, o de Rojas y Montalbán, el de "La Celestina", que era de Talavera, tenemos la obligación de cuidar nuestros toros, que son los más bravos, nobles y simpáticos toros de la península. ¡Hay que ver todo lo que puede salir del matrimonio, o de la alianza, en la dehesa, de una vaca sevillana y un semental salmantino! Doña Celsa Fronfrede, la viuda de Concha y Sierra (que en paz descanse), ya me decía el año pasado, en el precioso patio sevillano de su casa de la calle de O'Donell, que los toros de mi tierra eran los que hogaño se jugaban mejor. De las ramas de este juego, hablaremos, oportunamente, cuando se presente la debida coyuntura para ello. Pero vayan hoy las primicias de mis escarceos en torno a tema tan patriótico, consagradas a la amistad. Antonio Pérez Tabernero, caballeroso amigo, sabrá aceptarlas, seguramente. Yo no puedo olvidar su premura de servirme, hará cosa de dos años, con ocasión de un pleito local que llegó a afectarme personalmente durante unos días; le dije mi gratitud entonces, y se la guardo eternamente, que soy, a falta de otras muchas cosas, bien nacido. En cambio, crea mi amigo, el inteligente ganadero, que voy a cantar, en adelante, la nobleza y la bravura de los toros de mi tierra con el mismo amor que he puesto otras veces en descubrir las piedras doradas, los crepúsculos rojos, los vítores estudiantiles, y otras cosas vetustas en estos asendereados tiempos en que el Hado nos permite discurrir.

El Adelanto (22-05-1929)

Del arte y del valor

Hablemos de toros; hablemos siempre de toros. Es el único tema, verdaderamente español, que podemos desflorar, a nuestro gusto, por el momento. Los toros, abren su testuz y sus cuernos a toda suerte de polémicas y hasta de porrazos y caídas. Los toros de Salamanca, y los de Graciliano Pérez Tabernero, jugados en la corrida de esta tarde, son el tema candente de los aficionados y enterados del arte de torear. Hablemos de toros; hablemos siempre de toros...

Los de Graciliano, de hermosa y buena estampa, bravos, poderosos y recios –perdón, si todavía no domino los vocablos, como yo quisiera dominarlos– destruyen prácticamente la campaña sistemática y un tanto injusta que se viene haciendo de los astados de mi Salamanca. Parece, según las últimas pragmáticas, que los astados, para ser responsables, han de pesar una razonable cantidad de arrobas. El astado pequeñín y fino, por valiente que sea, no suele tomarse demasiado en serio. El astado para ser respetable ha de tener el volumen y el peso del Duomo de Milán o de la Catedral de Sevilla. El tema bien se me alcanza que dice relación al verdadero sentido de la lidia. Una Catedral aplasta siempre al transeúnte; una mona puede rasgar un tejido, muchas veces varios a la vez –las hay muy rabiosas y desagradecidas– pero, en general, las monas, como sabe el lector, no suelen ir a la Comisaría por asesinato, sino por lesiones más o menos graves. Se quiere, en una palabra, que el toro pueda matar rápidamente al torero de una sola cornada. Los astados de la tierra no suelen pesar veintiocho arrobas; el clima, los pastos, la proximidad de las patronas estudiantiles..., cada cual explica esto de la pequeñez como le viene en gana. El hecho, y que los astados andaluces suelen ser bastante más pesados; no hay más que asomarse al campo andaluz para verlo. Y contra Salamanca se esgrime el argumento del tamaño. ¡Deleznable argumento! Los astados salmantinos son de reciente creación, y, por lo tanto, no pudieron herir al "Espartero". Pero yo os digo que con los años harán buenas víctimas estos astados de la tierra. Ya se está fraguando la tragedia en lontananza.

Graciliano ha demostrado esta tarde que no peligra la lidia con sus toritos, y la lidia es el producto de dos factores espirituales a la vez: del arte y del valor. Un torero que sólo pone arte será

una tanguista pero no un torero. Un torero que solamente tenga valor podrá ser un héroe en los campos de batalla, pero no un torero. Sin el aleteo de la muerte, sin la posibilidad de que la tragedia brote a cada paso, la fiesta taurina no tendrá razón de ser. Me atrevo a decir una cosa: que el torero va desviando demasiado por los cauces de la estética. Cualquier niño pera aspira al aplauso en los circos. Nos vamos afeminando con exceso. Las figuras eran antes, en los tiempos gloriosos, ante todo y sobre todo, matadores de toros, y con ser matadores, les pagan precisamente precios verdaderamente tentadores por su trabajo. Valor gracioso: he aquí el secreto del torero. Lagartijo –en Córdoba tuve conciencia plena de la gran figura– Lagartijo era un hombre que juntaba a su arresto masculino la noción de la sobriedad, de la gracia, del temple, de la justeza, de la sencillez. Por no preocuparse de la figura, la componía siempre. Cuando comenzaba el despejo, él se ponía el capote de paseo de un modo inimitable, al desgaire, sin afectación, con esa naturalidad que es siempre el secreto oculto, el "quid divinum" de toda hermosura. Sus compañeros se ensayaban, por el contrario, al espejo, y salían hechos unos mamarrachos. Julio Romero de Torres, que entiende de toros y de "cante jondo", lo mismo que de pintura, me ha dicho mil veces que Lagartijo estaba siempre estatuario. Era un romano, pasado por los árabes y por Castilla, aquel fresno de Lagartijo.

Hoy....hoy advierto, desde mi tendido del 2, que el arte va degenerando. Este verano, Conchita Supervia, la rival de nuestro querido y admirado Miguel Fleta, quería conocer a toreros, a "toreros de verdad". No los comprendía rubios; yo, la verdad, tampoco los comprendo. Ni rubios, ni admiradores de los Quintero, ni jugadores de football, ni demasiado espirituales. Enrique Romero, el modestísimo y admirable director del Museo Cordobés, le presentó, en su club, es decir, en su propia casa, a don Rafael Guerra Bejarano, tan marchoso y gitanillo hoy, en sus días de vejez, como en sus primaveras mozas. Conchita respiró. Aquello era un hombre y un torero. ¡Conformes, señorita! Ahora, esto degenera. Detrás de los bastidores suele verse al apuntador bastante a las claras. Hoy la gente avía y cobra. Hay gentes que cuentan sus corridas por fracasos y sus billetes por corridas: El torero que espera "su toro" me escama siempre. Un torero debe saber, en cada momento, la lidia justa y precisa; si no, no es torero. Es como si un catedrático supiese un tema de su asignatura e ignorase los restantes. Me atrevo a decir, de paso, otra cosa para concluir. Advierto escaso pundonor. Pocos toreros tratan de justificar sus honorarios. Hay una crítica que lo tapa todo o lo destapa todo; hay un público infeliz que no ve más allá de sus narices; hay una serie de martingalas que un espectador del 2 descubre con poco esfuerzo, al llegar a la lección quinta de la asignatura. Pero de esto, otro día, por ejemplo, el de San Fernando, que estudiaremos un ratito en Aranjuez, después de haber trasegado los espárragos y las fresas. En realidad, lector querido, hay tema más que suficiente para otra crónica.

El Adelanto (29-05-1929)

Toros en Aranjuez

Aranjuez, mañana de Mayo, mañana del Corpus. Polvo, y autos, y sed en la carretera. Las riberas del Henares, primero, y las del Padre Tajo, abiertas y anchurosas, después. Los jardines, los aguaduchos, los pórticos italianos, el Hotel Pastor, que sirviera algún día de refugio al bellaco Godoy, el favorito de María Luisa la insaciable. Estamos en pleno capricho de Goya; primavera, Corpus, Aranjuez… se me ocurre pensar que el conde de Montijo, vestido de alcarreño, sigue conspirando a la vera del deseado Fernandito, mal hijo y mal monarca. Se me ocurre imaginar a don Mauricio de Onís con las orejas gachas y yendo al estribo de la carroza real en una tarde irrespirable. Veo a doña María Luisa, con sus ojos lascivos y sus brazos carnosos, referir una anécdota picante al sufrido Carlos IV, que no se ocupa más que de los venados de la Casa del Labrador. Dice María Cayetana, la duquesita de Alba, que en las horas restantes, se cura también don Carlos de sus venados propios…

Pero ¡caray! Estoy escribiendo una página literaria e histórica. La cabra siempre tira al monte. Voy a ceñirme, lector, al tema mondo y lirondo: los toros de Argimiro. Han sido terciados, finos, bonitos, de bella estampa, los toros de Argimiro Pérez Tabernero. El tercero, fino, negro, cornigacho, me gusta mucho. El sexto da también su juego; es terciado, negro meano y embiste derecho, pronta y corajudamente. Márquez tiene con él un instante del más puro estilo. Cagancho, que minutos antes daba su mitin número ochenta y cuatro de la temporada, hace una faena de muleta que tiene momentos, pero solo momentos, emocionantes… Lalanda no es tan correcto como Márquez, ni tan personal como el gitano. Estos tres toreros están perfectamente definidos.

Son, acaso, los tres mejor definidos de todos los lidiadores españoles. Antonio torea demasiado bien, pero… En cuanto a Marcial, ha podido llegar muy arriba, muy arriba, en temporadas que no ha tenido enemigo enfrente, y sin embargo… Respecto a Joaquín, hay opiniones para todos los gustos y gustos para todas las opiniones. He aquí tres toreros, amigo lector, que no rematan. Porque Antonio torea demasiado bien, resulta frio. Porque Lalanda no se supera a sí mismo, da la impresión de que siempre le estamos viendo filmar la misma estampa de un metraje verdaderamente abrumador. No creo ofender a Cagancho si aseguro que no tiene pundonor. Estos tres ases del toreo actual, son a los toros lo que Guerrero es la música, Blanco Coris a la pintura, y los hermanos Cuevas al sainete. Todo se corresponde y encaja perfectamente en este bendito país. Valorar un sector de la vida pública, tengo yo para mí que es valorarlos todos. No hablemos ahora de la crítica taurina, sin perjuicio de hacer las salvedades que son notorias y obligadas. Eso no es crítico; eso es una rama bien modesta de la ciencia financiera, para cuya clasificación se veía apurado un hacendista del fuste de don Francisco Cambó.

De los toros se han salvado los toros. Pese a la campaña que se hace contra nuestros ganaderos, Argimiro puede estar satisfecho. Y de hoy para siempre, dejemos sentado que los toros son como las mujeres. No hay modo humano de estudiarlos racionalmente. Los que alardean de conocer a los bichos me recuerdan a los "castigadores" que se ufanan en torear a las hembras. Los animalitos no tienen lógica en los cuernos, ni nuestras bellas amigas poseen un sistema nervioso que se parezca al sistema nervioso masculino. Mujeres y toros son siempre desconcertantes. Y así, los toreros se hacen la ilusión de que torean bien cuando a los animalitos les da el naipe de estar tranquilos. Y así los hombres, nos hacemos la ilusión de que, en el circo de la vida, capeamos y banderilleamos, y alguna vez estoqueamos a nuestras mujeres, novias, amigas, amantes o queridas. ¡Sí, sí! Los toreros viven de la caridad y de la benevolencia de los toros. Y los humanos podemos llevar adelante esta lidia perra que aguantamos, gracias a esa esperanza diariamente renovada que llamamos el amor. Es el espejismo con que nos engañan ellas, verdaderas artífices de la especie. Paralelamente al arte de amar, el de torear es el sello personal del valor y de la gracia, frente al instinto y frente a la barbarie. ¡Nada más que eso, señores críticos taurinos, y nada menos que eso!

El Adelanto (02-06-1929)

Diego, Nicanor y Martín

Toros de Aleas..., no los veas. Pero, ¿qué vamos a hacer sino ir a la Plaza? El cartel: Fortuna, Villalta, Martín Agüero...[355] Compromisos de amistad y hasta políticos con mi jefe don Indalecio Prieto y Tuero, compromisos con el público de EL ADELANTO, nos obligan, repito, a asistir puntualmente a clase en el aula número 2. El hado nos regala con la vecindad y con el donaire de Prieto, a quien se imagina vapulear estos días ese casto José de Laizana y del socialismo casero español que se llama Andresito Saborit, y del heredero de Prieto, Luis. Por cierto que Luis y yo estamos emparedados, él a la vera de los cien kilos monacales del autor de sus días, y yo a la vera de una castiza chamberilera[356], gorda, maciza, morena y limpia que tiene todo el aire de ser dueña de un bar en la calle de Santa Engracia. Y sudamos, y sudamos, Luis Prieto y yo, esperando el faenón de Martín que nos indemnice. Y no llega el faenón, no por culpa de Martín que está voluntarioso, sino de dos bueyes mansos e inlidiables que presenta Aleas. Uno es retirado al corral por cojo y los demás siguen en el ruedo con toda suerte de protestas. Ya tenemos aquí catedrales. Noventa arrobas. Cien metros de altura. ¡Qué tornen los toros de las vacadas salmantinas para divertirnos!

Fortuna tiene toda la tarde de cara. El público lo jalea cariñosamente, y muchas veces, justamente. A su primero, que es un toro patológico, a quien hurgan el trigémino con las banderillas, parece un juguete mecánico y no se da punto de reposo. Fortuna torea anormalmente, pero corajudamente, a este toro anormal y cobarde, cobarde y anormal como ciertos astados que yo conozco de procedencia equívoca. Y corta su oreja, después de una faena arriesgadísima, el hidalgo toreador de la Gran Vía y caballero de la orden de Beneficencia, excelentísimo señor don Diego de Mazquiarán, hijo de Vizcaya, como Miguel de Unamuno y Ramón de la Sota. En

[355] Corrida celebrada en Las Ventas de Madrid el 2 de junio de ese año con los diestros Diego Mazquiarán Fortuna, Nicanor Villalta y Serrés y Martín Agüero Ereño.
[356] Propia del barrio de Camberí (Madrid).

su segundo, Fortuna está francamente bien. Después, por la noche, en Regina, resplandece de gozo nuestro querido Diego.

El de Zaragoza no rezó por la mañana, como acostumbra, a la Virgen del Pilar, dispensadora de todos los beneficios y de todas las gracias. Nicanor ha estado desgraciadísimo esta tarde. Consignemos en su descargo que los cornúpetos de Aleas no querían nada, por regla general, con los maestros, y que preferían democráticamente a los peones, piqueros y puntilleros. Hasta un Romanones que estaba en la barrera fue objeto de un amago de embestida. Nicanor, sin embargo, hizo dos buenos quites y en el quinto, su segundo, remató un parón escalofriante. ¡Lástima de figura! Porque con la muleta sabe siempre el baturro lo que hace y tiene el coraje de los nobles, caballerosos y queridos hijos de Aragón. (No extrañes, lector, que me tire un poquito mi patria adoptiva; la tierra aragonesa. A Huesca la llevo tan dentro del corazón como a Salamanca. Aquel Coso, aquel San Lorenzo, aquellas muchachas, aquellas mañanitas frente a la Sierra de Guara..., ¿te acuerdas, corazón?[)]

Martín Agüero hizo todo lo que pudo por dejar bien puesto el pabellón bilbaíno. El jefe lo reconoció así privadamente, ante unas verónicas muy ceñidas con que paró a su primer toro, y yo lo reconozco también con toda franqueza. Todos los lotes eran malos, pero el de Martín fue peor que pésimo. Afortunadamente, este muchacho valiente y pundonoroso, que canta asturianadas cuando está de buen humor y que calla como un cartujo cuando anda preocupado con sus amores, es uno de nuestros más seguros y acertados matadores. Esta tarde ha hecho lo humano y lo divino por complacer, pero, en lugar de toros, ha tenido como enemigos unos bueyes miserables y locos, a quienes les da una higa el prestigio del turbio Nervión y de la invicta Villa que elegía diputado, en los nefandos tiempos constitucionales, a nuestro donoso jefe. ¡Vaya todo por Dios, Martín! Aplaudimos tu buena voluntad y reconocemos que fuiste el menos favorecido, con mucho, en el dichoso repartito de la bueyada de Aleas. Ya silbarás asturianadas en Vitoria, y en Bilbao, y en Salamanca, en las corridas de feria:

Deixu el puertu de Pallares,
deíxelu con mucha pena,
puque tenu la mia novia,
xuntu a la Pola de Lena...

Y yo, tu panegirista futuro, dejo con alegría estas cuartillas. No hago más que sudar. ¡Mozo: otra naranjada...! ¡De prisa, hombre...!

El Adelanto (06-06-1929)

Vicente Barrera, torero

Hace pocos días acompañaba yo, en un modesto taxis [sic] de alquiler, desde el Hotel Ritz donde se hospeda siempre que viene a la corte, hasta la estación del Norte, al señor Cambó. íbamos solos, y, naturalmente, cambiamos impresiones a nuestras anchas: el señor Cambó me hace siempre el honor de distinguirme y abrumarme con toda suerte de atenciones y delicadezas, que yo estimo y pondero en su justo valor. Cambiamos, digo, impresiones a nuestras anchas, y recayó la plática sobre un sujeto, muy conocido de los dos, que es hogaño figurón de cuenta y se retrata a cada dos por tres en todas las revistas, con su barbita entrecana y su carita un tanto ambigua de castigador de las Ramblas. "Es un cretino"–dije yo. "No –rectificó don Francisco– es un majadero a secas. Vino a casa a ofrecérseme, ¿qué iba yo a ofrecer a un majadero o qué iba a dejar ofrecerme de él?" Y acabó su semblanza del figurón, diciendo: "Ese majadero no sabe torear".

Toda la tarde me he acordado de la frase de Cambó, viendo a Vicente Barrera, porque este muchacho sabe torear. Torear, para Cambó, es conducirse bien, portarse con decoro, brujulear con desembarazo por los callejones de la vida. Torear, en mi vocabulario taurino, es saberlo todo: torear, matar, conocer al bicho, dominar su instinto a fuerza de valor y de gracia. Barrera se ha colocado esta tarde[357] a la cabeza de los coletudos. Se ha cuidado de la figura más que nunca, pero se ha arrimado más que nunca. Ha demostrado que sabe hacer lo que quiere y que quiere hacer, a cada momento, lo que sabe. La plaza, unánimemente, se ha rendido a sus dotes de grandísimo torero. Y a la hora de matar, ha matado; y con la muleta ha tenido una tarde maravillosa; y con

[357] Corrida celebrada en Madrid del día 6 de junio con toros de Albaserrada. Torearon Marcial Lalanda y Vicente Barrera.

el capote al brazo, ha sido el rey de la elegancia y de la donosura. Estética, sí, pero ética también. Monadas, "fiositture", pero bravura y juventud. Bella tarde para el torerito moreno y valenciano, que ha ganado el tercer entorchado entre los aplausos delirantes de un público que ha sabido aclamarle como una sabrosa y fecunda realidad. Y en su apoteosis no se olvidó de Salamanca. Visentet entregó al buen Alipio Pérez Tabernero una de las dos orejas cortadas a su segundo toro para la peña de los Brujos de Novelty. ¡Enhorabuena, cofrades! El presente quedará en los anales del toreo, que la tarde ha sido de las que no se olvidan jamás.

Marcial ha quedado borrado ante Vicente. De todos modos, el público ha estado injusto con él. Achuchado por el primer enemigo, toreó con desgana, y cuando vio que el valenciano era el héroe de la muchedumbre por sufragio unánime, se amoscó. Rectificó poniendo sin embargo dos pares estupendos al cambio en su tercero y arrodillándose materialmente ante el morrillo del Albaserrada, al comenzar sus primeros pases. Locuras que hubiera hecho Marcial esta tarde, locuras que hubieran pasado inadvertidas. Pero se le censuró algo muy censurable: su tristeza visible ante la victoria del compañero. Aquello parecía cualquier episodio de la vida pública salmantina, literaria, política o industrial. Y Marcial, en este respecto, estuvo bien castigado.

La tarde se presta a consideraciones de otro linaje que haremos otro día. Hoy no es posible. Sudamos demasiado. Y tenemos que enviar a mano estas cuartillas para que vean la luz en tiempo conveniente.

El Adelanto (09-06-1929)

En Plasencia

De Madrid a Baños, en un magnífico La Salle americano de ocho cilindros, a la vera de este niño grande que se llama Indalecio Prieto. Murallas de Ávila, puerto de Villatoro, alcores y serrijones de Piedrahita, Puente del Congosto, paisajes primitivos de Béjar, el Puerto, Cantagallo, el balneario. Siesta profunda, agua pura, paseo con el jefe por un atajo. Sueño tranquilo. Despertar con el alba. Versos de Antonio Machado al amanecer:

> Aunque me ves por la calle,
> también yo tengo mis rejas,
> mis rejas y mis rosales...

Y a Plasencia en un auto amigo. Olivares, paisajes serranos verdinegros, jaras y lentiscos. Plasencia, "ciudad grata a Dios y a los hombres". Un paseo por la ciudad a pleno sol. Plaza de Sosa; calle de Loaysa; la Catedral y su coro; polvo en la carretera; bueyes que tornan a la feria. A la Plaza, a pie, en la grata compañía de Graciliano Pérez Tabernero, de Antonio Clairac y de Gaspar Escudero. La corrida. Cagancho que torea para la galería en su primero y que da un mitin de los suyos en el segundo. Vicentito Barrera, mi amigo Visentet, que corta su oreja. Palmas, el delirio. "¡Moet ve, ansic meu!"[358]. Eladio Amorós, el querido Eladio, que torea de capa como un ángel, que juega en sus dos toros como un ángel. Estoconazo rápido y seguro, y valiente, en su segundo. ¡Los dioses sean contigo, querido Eladio! ¿Por qué no toreas en tu ciudad que es la mía, en nuestra Salamanca, en la feria de Septiembre, para que yo pueda, en algún espacio, ser tu panegirista sincero y cordial?

Porque hoy debo abstenerme de todo comentario técnico. "El Timbalero" está en Plasencia; ¡paso al maestro! Él tiene su misión y yo la mía; nuestros trabajos son paralelos. Yo no sé nada de toros y él lo sabe todo. ¡Mi placer de escribir dista mucho de ser técnico, lector! Yo soy un pobre hombre sin pretensiones que habla ahora de cuernos, como ayer hablaba de piedras y anteayer de política por puro pasatiempo. "El Timbalero", en cambio, sabe reseñar ampliamente cuanto acaece en el ruedo y comentarlo y apostillarlo en razón.

Por eso no digo más sino que Vicente Barrera y Eladio Amorós me han gustado mucho. Visentet ha estado muy alegre; Eladio, muy sobrio, muy torero, muy salmantino. Por estar tan salmantino debe torear en nuestras ferias. De noche –perdí el automóvil que me trajo desde Montemayor– he cenado con Amorós; no hay entre nosotros otros dames y otras dacas; las patatas, por cierto, estaban sabrosísimas. Visentet –todo hay que decirlo– me debe un magnífico veguero, a cambio de su gloriosa oreja, que fumaré religiosamente en Regina esta noche, al tornar yo a

[358] Creemos que quiere decir en catalán "¡Molt be, Amic meu!" (¡Muy bien, amigo mío!).

Madrid con mis huesos pecadores y mi corazón alegre y sin carga de pesares. Nada más. Digo, sí. Cuenta escandalosa a Eladio y a Cagancho en el hotel –sórdido hotel– sucursal de la venta de Sierra Morena. Cuatrocientas una pesetas a Eladio por pensión de seis personas y mi cena, todo comprendido, hasta las patatas; trescientas sesenta y dos a Joaquín. Regateos y amenazas. El ventero, sobrino de Juan Palomeque el Zurdo, lo deja en menos, en bastante menos de la mitad.

Y luego, de noche, comentarios de la corrida, paseos por la linda ciudad episcopal hasta el amanecer. Paso por la casita de "La serrana de la Vera", que amó Lope de Vega el mujeriego –¡todos los grandes hombres son mujeriegos!– junto a la Puerta de Trujillo, que no baña de luz de plata esta noche la luna. Me pierdo adrede por la torre de doña María la Brava en el palacio de los Mirabel. Contemplo el balcón esquinado de la plaza catedralicia, ¡tan evocadora! El tren. La Oliva, Aldeanueva, Montemayor. Prieto dormirá su sueño de niño grande y bueno. ¡Duerma en paz, mi amigo! Guijuelo. Alba con su vega, y su Tormes, y en San Jerónimo. ¡Bella cuna de mi niñez: buenos días! Las tapias del camposanto; cenizas sagradas en él... Le digo a mi interlocutor que una maldita chispa de la máquina me ha enturbiado un poquitín los ojos. ¡Buenos días, padre! El Carpio. Los cerros del Arapil. Y Salamanca con sus torres besadas por el sol. Desciendo del tren, Salamanca, ¿pero soy yo un transeúnte, un forastero, un ave de paso perdido en el oro rosado mañanero de tus piedras? ¡Ay, Salamanca: si tus hombres estuvieran llenos de sol, como tus piedras...!

El Adelanto (11-06-1929)

Toritos de la tierra

Estoy absolutamente seguro de que los dioses me protegen, y de que no hay bien que por mal no venga... En el solar de las desventuras pretéritas labramos muchas veces las dichas de hogaño... Pues, señor...; salgo con harta pena de mi Salamanca, a las doce y cinco de la tarde del jueves –de hoy– y no pienso, ni por un momento, ver los toritos de mi querido Antonio Pérez Tabernero. Lo siento de veras, porque, tratándose de Antonio, y a fuer de agradecido –que él se puso a mi lado cuando el ruralismo analfabeto de la ciudad quiso jugarme una mala partida– buscaré siempre, por los pelos, la ocasión de demostrarle que también yo soy bien criado. Me resigno. Aldealengua, y las lomas de Babilafuente. Peñaranda: "mírala y anda..." Voy leyendo hasta Ávila. En Ávila –cuatro y cuarto– no pueden enganchar la máquina al tren, porque la máquina ha descarrilado. Y salgo a la estación y tropiezo con el auto de mi amigo Pepe Campoy.

– "¿Vienes a los toros?"

– "¡Andando, tocayo!"

Yo no tengo automóvil, pero dispongo de ocho, de diez, de doce autos. ¡Suerte que tiene uno! Una hora, más bien setenta minutos –un recio y potente Hispano– y en Madrid. Antonio el rubio, y Posada, y el Niño de Ronda, están haciendo el despejo. Apoquino como los buenos, y me cuesta mi asiento de estudiante en el aula número 2, un horror, querido Antonio. Pero la obligación es la obligación. En el billete, con el recargo legal del veinte y el ilegal del ochenta, entra, por lo visto, la vecindad: una estupenda chica morena, egregio "Timbalero", que cuando reparte luz a su derredor, me hace perder el reposo que necesita todo escolar en clase. Los aviadores Iglesias y Jiménez[359], que ya conozco del lindo aeródromo sevillano de Tablada, en un palco. Las mujeres, les comen, y les meriendan, y les cenan, con los prismáticos. El torero es hoy una figura secundaria junto al aviador. Bendito sea el Jesús del Gran Poder, Señor, que se venera en San Lorenzo, de Sevilla, todos los días, y en especial, como sabemos los castizos, los viernes por la tarde.

El primer torito de Antonio, en el ruedo. Hay en los palcos flores, y tapices, y colgaduras, y mantones de Manila. Huele y sabe la plaza a mujer madrileña:

¿Dónde vas con Mantón de Manila,
dónde vas con vestido chiné?

¡Qué lástima de años y de espíritu! El mundo debía ser vuestro, chicos de veinte años; pero, en verdad, os digo que no aprovecháis... El primer torito de Antonio, en el ruedo... Gordo, negro,

[359] Francisco Iglesias Brage y Ignacio Jiménez Martínez. En 1929 intentaron llegar desde Sevilla a Río de Janeiro en el avión Jesús del Gran Poder. Se quedaron sin combustible por los fuertes vientos y aterrizaron en Salvador de Bahía. No obstante, hicieron 6.540 kilómetros en 44 horas.

fino, terciado. Cumple sin exceso el torito. Antonio –que sabe hacerlo– lo para y lo templa con capotazos bajos. A la hora de la verdad, el rubio aliña como puede. Buena lidia, buenas banderillas, y buena muerte le proporciona Posada. Bonito toro el tercero.

Márquez, con media verónica extraordinaria castiga al morlaco. Aplaudo a rabiar, con mi vecina, a don Antonio. Cayetano, el de Ronda, muletea con decisión y sabiduría, que es, al fin de cuentas, la muleta, y no el estoque, lo que mata al toro. En el juego del cuarto toro, no hay nada de notable, y "Fortuna", que está cerca de mí, es reconocido por el público, que le ovaciona. Mi vecinita también aplaude. Advierto que mi linda vecina es demasiado torera, y viro de frente, que la conquista no es cosa de toreo, sino de bolsillo... Márquez, en el tercio supremo, está muy bien de coraje y de sabiduría. El quinto, de Antonio, ha sido corneado en el corral, y le sustituye un toro de Pagés. Posada inicia dos verónicas excelentes. El animalito, vencido por el lado izquierdo, no deja lucir a Márquez, que quiere torear a modo, a su modo, que es el único modo torero, en el turno que por clasificación le corresponde. Cuando Posada va a administrarle la extremaunción, el pajarraco ladrón lo engancha, y la impresión, al voltearle, es densamente trágica. Cojeando, se levanta el herido, señala un gran pinchazo y torna a herir con una estocada monumental. ¡Tocan de gusto, en el sol de la tarde, las campanitas de plata de la Giralda, por la faena del niño! El sexto, de Antonio, juega discretamente –discretamente nada más– y discretamente se deshace el rondeño del torito.

¿Resumen? Buena corrida. La virulencia de la que se da contra el toro salmantino, irá cediendo, poco a poco... Los hermanos Tabernero, los Coquilla, los Clairac, los Angosos, los Blancos, saben ya a qué atenerse en cierta clase de enredos. Estos negocios del taurino mundo necesitan una compleja organización bancaria, que no todos tienen el humor de soportar. Porque aquí nadie escribe lo que debe, sino lo que "puede" escribir. Tal vez yo me he metido a crítico taurino porque diré siempre lo que me venga en ganas, sin otros respetos que los que me debo a mí mismo, a las gentilezas obligadas de la amistad y a esa roja y soleada tierra mía, que he abandonado esta tarde con pena, lector amigo, con verdadera pena. ¡Los pobres no podemos descansar a la vera de los afectos de siempre!

El Adelanto (15-06-1929)

Los toros y el público… de esta tarde

El conde de Romanones, que ha sido uno de los más sagaces, cucos y habilidosos políticos del viejo régimen, era un entusiasta aficionado a los toros. No le he visto esta temporada, pero su ausencia se explica con los achaques que comienzan a advertirle que ya camina para los setenta años, y más recientemente, con la muerte de su hermano Rodrigo, duque de Tovar y entusiasta ganadero. Romanones conocía su público –que es toda España– y estaba siempre al cabo de la calle. Transigía, pactaba, cedía, se negaba ante la opinión; estaba por decir que don Álvaro "chalaneaba" con ella. El público de toros era, "plus minusve"[360], el mismo de la Cámara baja, y el del Senado, y el de los corredores y pasillos de Gobernación. Si no fuera irrespetuosa la comparación para los novilleros que empiezan, escribiría que se parecían como un huevo a otro huevo a los aspirantes a gobernadores civiles, y a diputados a cortes y provinciales. El Pagés y el Dominguín y el Retana a un tiempo de todos estos cantores de sus virtudes, era el ilustre ex colegial de Bolonia y el travieso retoño de dos Villamejor. Un día fue un idiota a pedirle un acta. "Como usted no tiene nada de aquí (y le señalaba la cabeza), es preciso que tenga de aquí (y apuntó al bolsillo). ¿Cuánto quiere gastarse, amigo, si quiere ser diputado por Villacabras?".

He recordado a Romanones esta tarde, porque él tenía más paciencia que yo. Al cuarto toro he salido a la calle. El público estaba realmente inaguantable, ineducado, injusto, arbitrario, cruel. Las víctimas propiciatorias han sido dos toreros de pundonor: Márquez y Villalta. Milagros que hubieran hecho esta tarde, milagros que hubieran sido protestados. Los dos primeros bichos eran inlidiables, y los dos matadores sacaron todo el partido posible de su situación, desventajosa; inútil. Improperios soeces, injurias de mala crianza, incomprensión, bestialidad sin disimulo, era la fruta que hoy se comía por quintales en la Plaza de Madrid. Espectáculo más vergonzoso, no lo vi jamás en mi vida. Al acabar el arrastre del cuarto toro, tenía necesidad de respirar; marché a la

[360] En latín "más o menos".

Rosaleda, del Retiro; continué a pie hasta el recodo del Angel Caído. El atardecer era espléndido; oro de cielo sobre el plata goyesco de los aleros y tejadillos de Madrid. Ante la majestad y el color, y la luz de este crepúsculo maravilloso –oro y plata, como los trajes de los lidiadores– me olvidé de la fiesta y comprendí que solamente en aquella hora pudo el Arcángel anunciar a María que en sus entrañas había concebido el Espíritu Santo:

"– ¡Angelus Domini…!"

El público de Madrid, ha sido esta tarde el de Alcobendas de Abajo o de Villaburros de la Sierra. Mucha gente y pocas personas. En el 2, que suele tener un público correcto y apacible, menudeaban esta tarde esos fanáticos de Fulano o de Zutano, que son la causa de todos los fanáticos. Hizo mal Fortuna en prestarse a ovaciones que ya llevarán su merecido. Cuando estamos satisfechos de nosotros mismos, como hoy podían estarlo Villalta y Márquez[361], que sacaron, repito, todo el partido posible en los cuatro toros que yo vi jugar, debemos oír sin enojo, antes bien, con alegría, el fallo de los ignaros que nos rodean. Y cuando tenemos la conciencia de estar mal, ¿no nos saben a bofetadas los aplausos de las turbas?

¡Ay! El público español es un público de toros. En cinco minutos cambia de ídolo. En cinco minutos exalta lo que denigra y denigra los que exalta. He aprendido en la Plaza esta tarde, a no marearme con el incienso, ni a amilanarme ante la injuria plebeya. Salvando el círculo –siempre reducido– de nuestros grandes afectos, debemos acostumbrarnos a la soledad. ¿He de ser sincero? Me importa únicamente que mis libros gusten a una docena de personas; me importa el amor de otra docena. Un beso de un niño me conmueve más que el halago de un hombre. Un elogio o una censura "con matiz", me revuelve las entrañas; los demás...

Pero esto ¿es escribir de toros? –dirá el lector–. ¡Sí lector, de toros hablo! Para Márquez, que torea como hace tiempo que no se torea en España, un abrazo... Para Nicanor, lleno de bravura y de coraje siempre, otro abrazo. ¿Qué les importa hoy la opinión de un plumífero más? Vaya mi adhesión de hombre a su gesto de hombres esta tarde, oyendo graznar, juntos, todos los gansos de todos los capitolios. ¡Cómo ensancha el corazón cuando arrojamos margaritas a puercos, precisamente porque son puercos, y precisamente porque no sienten nunca la belleza humilde de las margaritas!

El Adelanto (19-06-1929)

A Zamora la bien cercada[362]

Sánchez Rojas, el admirable y admirado cronista castellano se ha hecho cantor de la fiesta española. Para ver a Lalanda, "Cagancho" y Barrera vino desde Madrid y antes de regresar a la Corte nos ha obsequiado con esa magnífica crónica que hoy honra las columnas de HERALDO.

El segundo expreso hasta los topes. Pero encuentro asiento gracias a unas preciosas muchachas burgalesas, amigas mías desde los tiempos donosos[363] de aquella Tuna Escolar que correteó conmigo por las ciudades del Norte, y departí[364] amablemente con ellas hasta Medina…

Recuerdan a Jesús Esperabé, recuerdan a Julio Santiago Mirat, recuerdan a un chico muy salado de Pepe Ávila… Medina, la terrible Medina del Campo, Medina con viento, y con lluvia, y con frío. En el pasillo tropiezo con Cagancho y juntos desayunamos una excelente agua de castañas y una mantequilla que estuvo fresca en los tiempos de Fernando VII el narigudo[365]. Capeo la terrible espera hasta las seis y veinte durmiendo ricamente en la fonda de la Estación: el buen

[361] Parece referirse a la corrida en Las Ventas del día 16 de junio con toros de Trespalacios y los diestros Antonio Márquez, Nicanor Villalta y Ricardo González.

[362] Como quiera que en el artículo "Fe de erratas" (O.C. Tomo V, página 431) se queja no sólo de ellas sino de las libertades del cajista de *El Adelanto* al copiar este mismo artículo, haremos referencia a las diferencias más notables entre el publicado en el *Heraldo de Zamora* y en el periódico salmantino. Las últimas referidas a los tres toreros resultan incluso pintorescas porque dice lo contrario de lo que el autor quiso expresar.

[363] gloriosos

[364] departo

[365] "ominosos tiempos de Fernando VII". Añade ominosos y omite narigudo.

Dios protege el sueño de los castizos. El alba amanece lloviznosa y sucia. Velada está la villa de Nava del Rey y velada la fertilísima[366] vega toresana con sus pinares y álamos centenarios, y sus viñedos. Toro, fortaleza natural, principado[367] de Doña Elvira la obscura[368], aparece diseminada sobre las peñas ingentes que le sirven de lecho y de sustento. Y contemplamos dos, tres veces el pardo[369] Duero que desciende lenta y majestuosamente hacia tierras lusitanas, para perderse en el mar. Coreses que se descuella[370] sobre el tren; Cagancho viene roncando como un bienaventurado. Coreses… A flor de labio tengo una plegaria por el alma de mi amigo Enrique de Mesa que cantó sus pastores hoscos con sus zamarras y Zamora, Zamora la bien cercada[371], en fin, y el sueño reparador hasta el almuerzo…

Yo no conocía Zamora en día de toros; la conocía pintoresca y abigarrada la noche del Viernes Santo; la conocía una mañana del jueves de Corpus, el día que murió[372] don Federico Requejo y Avedillo; la conocía madruguera y devota, comulgando a los pies de su Patrona la Virgen del Tránsito, frente a la Magdalena… Pero bulliciosa, jaranera y taurina, yo no conocía a la ciudad de doña Urraca, la pobre Infanta que de mocita conociera el desamor del Cid, y de Santiago Alba y Bonifaz, que los dioses protejan muchos años para decoro de la oratoria política castellana. En un día de toros, y en estos lugares céntricos, la calle de Balborraz, la de Santa Clara, Sagasta, San Andrés[373], se pasa revista a la ciudad y su provincia. Se ven, además, las lindas zamoranas, de las que dijo Cervantes al loar los encantos de aquella súbita Costanza, que era moza del mesón del sevillano, que, aunque a ratos son zahareñas y ásperas, como ortigas, tienen siempre una cara de "siempre novias" que no hay más que pedir. Las mujeres famosas, de mis años de muchacho, tienen la sucesión natural que las transfunde[374], los otoños sucios y templados, son seguro nuncio de las primaveras espléndidas y ardientes; las tardes soleadas de octubre fecundan las mañanitas dulces y tibias de Abril. La generación femenina zamorana de los 15 a los 25 años, merece todo un tratado en varios volúmenes de muchas páginas…

¡Ay juventud, juventud, divino tesoro, que te vas del cuerpo[375] para refugiarte lozanamente en el corazón, bendita seas!

Tampoco conocía yo la plaza taurina de Zamora. No es extraño por que el sarampión taurino no ha brotado copiosamente en la primavera, cuando ha llegado a convencerme –tarde para mi daño– de que el toreo es la única nota de valor y de arte que nos queda a los desmirriados españoles de hogaño. Yo prefiero "Cagancho" a Martínez Sierra[376], aunque se parezcan los dos en que no tienen palabra y se les olvida todo cuanto ofrecen, y Barrerita es para mí, para las multitudes, mucho más personaje que don Abilio Calderón Rojo. El mismo Lalanda[377], que jamás logra convencerme del todo, me parece muy superior en todos los aspectos a don José María Salaverria, a don Antonio de Hoyos y Vinnent, marques de ídem y a D. Alonso Alcalá Galiano[378]. Ya he escrito que tengo más alta opinión de los ganaderos que de los intelectuales, los catedráticos, los poetas líricos, los ensayistas, los editores sin excepción y los técnicos taurinos[379]. Digo que no conocía el ruedo zamorano y que estaba precioso de color, aunque escaso de gente, en la tarde velada y gris, refrescada por la lluvia que ha caído copiosamente en Zamora durante todo el día. (Otro paréntesis: Zamora es ciudad de lluvia y de niebla, que tan bien conciertan con las piedras areniscas y deleznables de sus estupendos monumentos románicos). Los toritos son una preciosidad de toritos: este querido y caballeroso Antonio Pérez Tabernero, se permite la delicada galantería de cuidar los morlacos de su esposa doña María Montalvo (c. p. b.)[380] más amorosamente que

[366] feracísima.
[367] señorío
[368] obscena
[369] padre
[370] despuebla
[371] cerrada
[372] cuando moría
[373] la calle de Balborrac, la de Sagasta, la de San Andrés, la de Santa Clara,…
[374] corresponde
[375] De los sentidos
[376] Gregorio Martínez Sierra, escritor, dramaturgo y empresario teatral.
[377] Marcial
[378] Dado que los dos anteriores son periodistas y escritores es probable que se refiera a Antonio y no a Álvaro que fue pintor y menos a Alonso o Alfonso Alcalá Galiano.
[379] Omite esta frase completa "Ya he escrito… técnicos taurinos."
[380] Fórmula de cortesía que significa Cuyos Pies Beso.

los suyos propios: nobleza y prosapia obligan…Toros pastueños, noblotes, bravos[381], codiciosos, alegres, de bonita estampa, no han sido lidiados sino corridos esta tarde.

Hoy que había toros, no había toreros. Cagancho seguía dormido como en Medina[382]. Lalanda, despachó en dos o tres contorsiones coreográficas de su exclusivo repertorio, y Barrerita que aquí tiene su club, sus amigos y no sé si también sus amigas, reserva para mañana en Madrid sus alegrías y elegancias más características[383]. No ha habido corrida, lector, aunque el empresario, que ha sido Antonio Pérez Tabernero, siempre tan romántico, piense para desgracia suya de muy distinto modo. Yo me he dedicado a mirar y remirar la Plaza. Allá una morena que parece una delicada figura de Romero de Torres, aquí una rubia de Tiépolo que se diría arrancada de un "canaletto" de Venecia. Allá arriba –negro, rojo y amarillo– la silueta gentil de Mary Santiago –medio charrita, medio zamorana– a su vera esa linda rosa temprana de Marujita Díez, representando las dos, en espiritual embajada de belleza, la ciudad del Tormes, hermana de la ciudad del Duero.

En el ruedo, parece que silban a Joaquín[384].

Heraldo de Zamora (01-07-1929)
El Adelanto (02-07-1929)

Fe de erratas

Una desgracia como otra cualquiera, la de tener mala letra. Es uno la desesperación de los cajistas, de estos buenos compañeros cajistas que siempre desean acertar y cuya labor se desluce fácilmente con estas garambainas que llamamos algunos letra. En mi crónica de ayer "A Zamora la bien cercada", se han deslizado varias erratas imperdonables. Así, por ejemplo, yo llamaba a la infanta doña Elvira, doña Elvira la obscura –tal vez porque fue caserita y vulgar la vida de la soberana de Toro– y el cajista traduce obscena por obscura[385]. Rectifíquese tan nefanda palabra tratándose de una señora. Yo no tengo el menor resentimiento con la dulce doña Elvira. Y truéquese en elogio la censura involuntaria del amigo cajista. Yo soy el culpable, con mi letra endemoniada, de semejante despropósito. Y en las líneas –en las pocas líneas que consagro a la corrida, sucede algo peor. Se diría que algún amigo de "Cagancho", de esos amigos que teme Joaquín más que a los tuertos, a los curiales y a los directores de las revistas taurinas a tanto el elogio; se diría que uno de esos plumíferos valencianos que tanto amargan la vida de Barrerita en la ciudad del Turia con sus pretensiones crematísticas exageradas; se diría que es uno de esos incondicionales de los que dice Marcial que nunca saben elogiarle ni censurarle a tiempo, ha cogido mis cuartillas a voleo y ha colocado buenamente los párrafos y las palabras que consagro a la corrida –siete líneas en conjunto– al buen tun tun, para expresar precisamente lo contrario de lo que yo expresaba. Yo hablaba mal de los tres toreros, porque los tres toreros estaban mal. Yo decía que "Cagancho" seguía dormido en la Plaza lo mismo que en el tren, y el hermano cajista traduce que "tuvo momentos brillantes y fugaces". Yo decía que Lalanda hizo las contorsiones coreográficas de su repertorio y aparece dando unas sabias lecciones el sábado que yo no le oí explicar por parte alguna. Yo dije que Barrerita se reservaba sin duda para Madrid y aparece, en "loor" suyo, el lote que el cronista adjudicaba a Marcial. Finalmente, oí silbidos a "Cagancho", pero no a Barrera, y en mi crónica, es Barrera el silbado. Como no tengo necesidad de faltar a la verdad a sabiendas, declaro, en esta fe de erratas, que el hermano cajista se ha excedido.

Porque yo no escribo al dictado, ni sobre toros ni sobre nada, ni tengo con los toreros más relaciones que las lícitas y confesables que un escritor curioso puede tener con estos hombres que serán dueños de las plumas mercenarias, pero nunca de las libres. Y basta ya. Tengo, en efecto, hermano cajista, muy mala letra, y en adelante te prometo enviar copiadas a máquina mis cuartillas...

El Adelanto (03-07-1929)

[381] francos
[382] "Cagancho" solo despertó de su sueño en brillantes, pero fugaces momentos.
[383] Lalanda despachó con dos o tres sabias lecciones de su exclusivo repertorio, y Barrerita, que tiene aquí su Club y sus amigos, prodigó sus contorsiones y danzas rítmicas, que son sus alegrías y elegancias más características.
[384] Barrerita
[385] Estas erratas están ya corregidas en el artículo que salió en El Heraldo de Zamora. Debió de conocerlas antes de su impresión.

Don Luis de Góngora, torero

...nunca merezcan mis ausentes ojos
ver tus muros, tus torres y tu río,
tu llano y sierra, ¡oh patria, oh flor de España!
(Góngora - A Córdoba)

Don Luis el racionero regresa a Córdoba desde su alegre destierro de Granada, 1620. Córdoba, Córdoba la sultana, estío. Toldos en la calle de la Feria, y en la del Reloj, toldos en el Portillo, y en el compás de San Francisco, y en el Rastro, y en la Plaza del Potro. Día de la Asunción; las mocitas han llenado de nardos y de claveles el altarcillo de la Mezquita. Los morenos les dicen piropos encendidos al pasar. Suena a madrigales el barrio de San Lorenzo. El desterrado, capa negra, chambergo de plumas, ropón medio eclesiástico, marcha a los toros, que hay toros y cañas en la Corredera.

1620, Córdoba, día de la Asunción, toros y cañas en la Corredera... Cuentan las malas lenguas del lugar que don Luis, el racionero, o está turbado de vinos, o tiene nuevos amores. Hace cada bobada que da compasión el racionero. Una niña morena,

de pura honestidad templo sagrado,
cuyo bello cimiento y gentil muro
de blanco nácar y alabastro duro
fue por divina mano fabricado,

Una niña morena –Córdoba ha conservado su nombre: María Romero– es ahora el blanco de los versos del gentil rimador cordobés. El racionero suspira cuando la ve y se detiene, con el semblante demudado y los ojos tristes. No ve ni descansa don Luis pensando en María Romero. Las más bellas plegarias para que entregue su fortaleza a los ataques de don Luis, compone y rima nuestro poeta al despertarse:

Ídolo bello, a quien humilde adoro,
oye piadoso al que por ti suspira
tus himnos canta y tus virtudes reza...

María ha salido de cañas y de toros a la Corredera. Detrás de la soga, el caldero; a retaguardia de Maruja, don Luis, perfumado con aceites granadinos, cuidada y puntiaguda la sotabarba, guantes de ante olorosos en las manos, espadín bruñido y cincelado a la cintura. En la calle del Pilero, junto a la plaza de los Dolores, vive la gentil Maruja. Unos cipreses denuncian el oculto jardín de su casita. (Más de una vez, Romero de Torres y yo, este verano, hemos recitado, de madrugada, a la vista de la casa de la novia del poeta, los lindos madrigales de plata y de cristal de don Luis de Góngora y Argote).

Desde la calle del Pilero a la Corredera, detrás de la bella, viene nuestro don Luis. Animado y alegre está el semblante del racionero; la noche anterior peló la pava con su Maruja y el Cristo de los Dolores, siempre tan triste ha sonreído de puro gozo ante un amor tan casto. Córdoba murmura; en el Cabildo y en las botillerías no se habla de otra cosa. Ella, tan niña –que cumple diecisiete años para San Rafael– y él tan maduro –que ya pasó de los cuarenta y siete, al ser nombrado racionero– son, la tarde de la Asunción de 1620, la comidilla de Córdoba...

Toros en la Corredera. Maruja y don Luis charlan animadamente, no lejos de la cuadra destinada al Cabildo. El señor Obispo frunce levemente su interesante entrecejo episcopal; don José de Rojas y Sandoval, Obispo de Córdoba, observa, de lejos, a la chita callando, el primoroso rostro, moreno y ovalado, de Marujita. Callan y sonríen los novios, y de pronto, cuando nadie lo espera, don Luis aparece en el ruedo, toma un estoque, saluda a Maruja, cita a volapié y el toro cae muerto, como una pelota, a los pies de la bella.

Don Luis está pálido y alegre. Maruja, la cordobesa, aparece como desmayada en los brazos de la dueña quintañona. Los canónigos comentan la osadía del racionero de la Mezquita; observador hay que advierte sonreír socarronamente a don José de Rojas y Sandoval, Conde de Denia y Obispo-Cardenal de Córdoba.

Al día siguiente –16 de Agosto de 1620– el señor Obispo prohíbe a nuestro racionero que asista a los toros "y que se abstenga, en las procesiones y actos religiosos donde acuda por fueros y razones de su oficio, de mirar el rostro a las mujeres". Don Luis de Góngora y Argote no hace caso mayor del oficio del señor Obispo. Verdad es que el señor Obispo no insiste más –tampoco– en sus recomendaciones. A la caída de la tarde, en la calle del Pilero, una mujer recuerda, angustiosamente, una faena torera; un hombre, al mirarla, cobra luz y alegría para todo el día y rima endechas que suenan como el trino de los pájaros al amanecer.

El Adelanto (05-07-1929)

La lidia de Jorge Manrique

Doña Isabel de Castilla es una mujer que siempre sabe lo que se hace. Cuando parte para Santa Fe, decidida a despejar al pobre y afeminado Boabdil el Chico de su último reducto de Granada –1491– doña Isabel se rodea de las muchachas más jóvenes, frescas y lozanas de su corte. Los romances moriscos, los consagrados a las peripecias de la última cruzada nacional, los que circulan por Nápoles sobre "re Ferdinando" y "regina Isabella", cuentan los idilios de estas apuestas damiselas con los guerreros más valientes y decididos. Doña Guiomar de Meneses y de Azevedo, forma parte de este plantel de rosas. Jorge Manrique, capitán, hijo del que fue después Comendador de León, conde de Paredes de Nava y trovador, es el caballero "que sirve" a doña Guiomar como decían antaño, o el que ponía los puntos a doña Guiomar, como dicen los "castigadores" de hogaño que suelen ser casi siempre los castigados. Mala suerte tiene el conde de Paredes de Nava con la coquetuela doña Guiomar. Coquetuela, rubia, parienta de los marqueses de Santillana y nacida allá arriba en un castillo de la Montaña, la rubita, que se ha criado y vivido casi siempre en Palencia, es una mujer imposible, absurda, contradictoria, de las de tira y afloja, con los nervios en punta siempre. Nuestro Jorge bebe los vientos por la ingrata. El que ha de llorar después la muerte de su padre como ningún hijo ha de llorar después al suyo en las letras castellanas, se duele de las flechas con que Cupido está llagando su corazón. Todo el Cancionero del capitán poeta está lleno de tales lamentaciones. Abundan los tropos guerreros y las metáforas bélicas en estas trovas. Pero la ingrata –Santillana por el padre, portuguesa y sentimental por línea materna– no da su brazo a torcer. Doña Isabel, que anhela premiar las hazañas de Jorge frente a la Torre de la Vela y después la pelea de este contra su primo Álvaro de Zúñiga, Duque de Arévalo, en los campos de Ávila, no lejos de nuestra Peñaranda de Bracamonte, obliga a doña Guiomar a que se comporte suavemente con el prometido.

Alusiones a esta protección real en sus amores tiene abundantemente Jorge Manrique en sus versos amorosos, un poco enmarañado y confusos. Son versos de clave, autobiográficos e íntimos. Un erudito de Valladolid, don José Nieto, supo descifrarlos pacientemente en un bello librito que leí hace dos años con singular atención. El poeta, como andando los siglos, su nieto el sevillano Gustavo Adolfo Bécquer, mezcla la intervención de la Providencia en sus dolores personales.

Sin Dios, y sin vos y mí,

vive Jorge cuando le voltea doña Guiomar, pero cuando los ojos azules de ella le acarician, la emoción religiosa inunda su corazón de alegría tranquila, y se desborda, y sabe ver el Universo –todo el Universo– a través de unos ojos azules y de una cabellera rubia, como los rayos del sol cuando amanece cabalgando por el Oriente.

1496, 1497... Toros y justas en Medina del Campo. Asiste la Reina a ellas. Al lado de la Reina, doña Guiomar. Jorge Manrique es caballero en plaza. Doña Guiomar, después de mil vacilaciones, está a punto de consentir que la llamen la condesa de Paredes de Nava. Nuestro Jorge ha cobrado fama ante las murallas de la fortaleza y en las escuelas de los trovadores. Sus versos, harto influidos por los troveros de las cortes italianas, comienzan a hacerse populares. Como capitán, ha quitado tres fortalezas a los moros, ha despojado del castillo de Arévalo a sus primos los Zúñigas y ha logrado que el padre, caballero santiaguista, haya sido nombrado Comendador Mayor de León. Señor de casi todos los pueblos y aldeas que ayer formaban la merindad y hoy el partido judicial de Saldaña, en tierras palentinas. Jorge, un robusto muchacho de treinta y dos años, acosa un bravo toro en la Plaza de Medina. ¿Recordáis el romance del caballero de Florencia que

juega cañas en la Plaza de Madrid? El hermoso bruto ruge y brama al pisar la arena; escarba la tierra con sus patas delanteras; levanta su testuz trágicamente ante el caballo, demandando pelea. Jorge le clava tres rejones, esquiva el caballo de los cuernos del toro, le acosa, le gana el terreno, juega con él. Doña Isabel sonríe satisfecha. Doña Guiomar ha lanzado su guante, su rosa y su pañuelo blanco al caballero; este tiene ya su divisa en el escudo: "Amo: ni miento ni me arrepiento". ¡Bravo escudo!

1496, 1497. Toros y justas en Medina del Campo. Pocos meses después, cambian los dichos ante el altar, en el palacio de Saldaña, la rubia doña Guiomar de Meneses y Azevedo y don Jorge Manrique, capitán, poeta, conde de Paredes de Nava, señor de las aldeas de la merindad de Saldaña, caballero santiaguista y trecenazgo de la Orden. Dos años después doña Guiomar queda viuda; a Jorge le han partido la cabeza de un arcabuzazo frente a la muralla de Uclés. Le amortajan vestido de franciscano; en la diestra del cadáver, envolviendo al Crucificado, doña Guiomar –que ya no coquetea– ha puesto con delicado instinto femenino las coplas que compusiera Jorge a la muerte de su padre:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

El Adelanto (06-07-1929)

Belmonte, estudiante

Los escolares madrileños, en nombre de sus compañeros de toda España, entregaron ayer, en el Círculo de Bellas Artes, un artístico pergamino al famoso ex matador de toros don Juan Belmonte, nombrándole estudiante honorario. Quieren premiar así estos muchachos el desinterés del torero que se prestó a jugar gratuitamente una corrida, cuyos fondos se han destinado a las obras de la futura Ciudad Universitaria. Comentemos brevemente el hecho. El señor Salaverria lo encontrará de mal gusto, y sintomático de los tiempos que corre, y hasta barométrico porque determina la presión moral que pesa sobre nuestro ambiente. Todas estas novedades nos reservará, desde luego, la glosa que no se hará esperar, del ex dibujante de la Diputación de Guipúzcoa don José María Salaverria. ¿Necesitamos decir nosotros que pensamos y sentimos precisamente todo lo contrario? Preferimos los toreros con hábitos intelectuales a los intelectuales y universitarios que tienen costumbres de lidiadores. Belmonte ha demostrado siempre su amor a los problemas y preocupaciones del espíritu. Muchas veces ha sido el paño de lágrimas de los artistas. A Julio Romero de Torres le adquirió "Carmen" cuando el pintor cordobés subía, hace ya algunos años, los primeros escalones de la gloria. Belmonte ha buscado y conseguido la amistad de hombres de tan recio corazón y de tan firme cabeza como Ramón Pérez de Ayala, Luis de Tapia, Enrique de Mesa, Julio Camba, Gregorio Marañón y otros. Belmonte ha sido torero, un gran torero solamente en el ruedo y mientras toreaba, y un perfecto caballero fuera de él. Formal, cordialísimo, inteligente, amigo de los libros y de los cuadros, su casa es la morada de un hombre nada vulgar. ¿Por qué no ha de ser nombrado estudiante honorario don Juan Belmonte?

El ex matador trianero se ha distinguido, ante todo y sobre todo, aparte de su arte impagable, por su decoro profesional. A todas horas se ha curado de justificar sus honorarios. Ha dado en valor y en emoción taurinos el equivalente de las doce o catorce mil pesetas que recibía. Además de llenar las plazas donde actuaba, no defraudaba jamás del todo al amigo, ni tampoco al adversario. Estaría mejor o peor Juan Belmonte, pero nunca estaba rematadamente mal. Más consecuente que muchos catedráticos, que desde que ganan sus oposiciones se tumban a la bartola, y que muchos escritores que componen libros solamente para cobrar unas pesetas mal ganadas al cajero de la Editorial, Juan Belmonte se renovaba a diario y mantenía a diario el prestigio de su altura. Ante un pleito de dignidad colectiva, Belmonte era el primero en defender los derechos de los demás. Era tan buen compañero como excelente lidiador. ¿Es que, en el mundo intelectual y universitario, pueden presentarse estos ejemplos con frecuencia?

Nos parece muy bien que Belmonte haya sido nombrado estudiante honorario por los escolares españoles. Han dado así una prueba de buen gusto y han fallado un pleito con ese instinto de justicia certera que tiene la juventud para sus fallos. Peor nos hubiera parecido que al señor Bermejo, rector de la Central, o al señor Díaz rector de Barcelona o al señor Garrido, rector de

Granada, o al señor Candau rector de Sevilla, les hubieran nombrado los toreros espadas honorarios. Y eso que, en realidad, no hubieran faltado razones para tales nombramientos "honoris causa". El torero de hoy, como el catedrático, como el intelectual, se parecen –salvo las excepciones– en que aquéllos despachan los toros y estos la cátedra o el ensayo solamente para vegetar. El aplauso de las gentes les tiene sin cuidado. Alcanzan próximamente la misma ética, el mismo desmadejamiento y la misma gandulería infiltradas en la conducta. No tienen nada que echarse en cara los unos y los otros. No comparemos los intelectuales a los toreros por el justo temor de herir a éstos en su bien probada susceptibilidad. Yo torno a decir ahora, mucho más en serio que en broma, que mientras de nuestra Escuela no surjan nuevos destellos de civismo y de inteligencia, celebraré más la actuación de los toritos charros en los circos taurinos que la pedantería doctoral en los grados y en los exámenes de prueba. Las cosas claras...

Por mi parte, yo, que no soy más ni menos que un estudiante eterno, acojo con un abrazo de bienvenida a este nuevo compañero que se llama Juan Belmonte. De este hombre podemos aprender muchas cosas los estudiantes. Y también los catedráticos de España, digan lo que quieran los Salaverrías de turno, que tienen la mentalidad encharcada por la disnea, la dispepsia, el herpetismo y toda suerte de malos humores y de pasiones plebeyas.

El Adelanto (07-07-1929)

En Villar de los Álamos

Tarde asfixiante, agobiadora. Modorrera, tierras en barbecho, Castilla tomando el sol. Julio que vale por todos los Agostos. A Villar de los Álamos. Y la Plaza irrespirable, y la calle de San Pablo, a las dos de la tarde, sin alma viviente, y el Puente metálico y el Arrabal del Puente, y Tejares que dormita y la calzada de Boadilla, en fin... Barbechos amarillos con fondo de encinares. El campanil de Larraz arañando y recortando el cielo azul. Dehesas y pastizales: cercados, el campo de Salamanca. A la derecha Barbadillo, y después Calzada de Don Diego –asiento un día de la dominación de los Tamames y cuchillo electorero del campesino–. Quejigal... Y en seguida la silueta de la dehesa de San Fernando con el encerradero de toros del Villar.

Por un momento, nos creemos en Córdoba. El mismo calor, el mismo polvo blanco que cierra y abate la vista. Nos creemos con los Nateras y con los Carbonell, camino de Mantilla. Jinetes con chaquetilla blanca nos escoltan y unas gitanas nos esperan en la calzada para decirnos la buenaventura. "Tú, resalao, buen moso, tiés ducas por una morena, y tó se arreglará con el tiempo que tó lo arregla, y tendrás hasta siete churumbelillos, lozanos y crecíos". Pero no: esto no es Córdoba. El fresco de la Sierra no azota nuestro rostro, encharcado de sudor, con ráfagas de frescura. Es Salamanca, y es el campo de Ledesma. Las jacas sí son andaluzas y los jinetes que vemos a lo lejos –los hermanos Pérez Tabernero, parapetados detrás de sus garrochas– tienen, a pesar del indumento cordobés, la señoril llaneza de la tierra. Los toritos de Rafael Clairac. Son negros, zaínos, iguales todos. Entran en sus jaulas con facilidad. Recuerdan la casta vieja de aquellos Parladés que tanto juego dieron en nuestros circos taurinos. Luego, los Piedras Negras. Están resabiados del largo viaje trasatlántico y se enjaulan con más dificultad. Uno de ellos, a quien el mayoral, Machaquito, llama "Cerillero" y tiene marcado en la piel me parece que él número 63, la embiste a cornadas con los pobres cabestros, a los que hiere gravemente. Antonio Pérez Tabernero, tiene que distraer y engañar a "Cerillero" para que entre en razón. Pero todavía, antes de enchiquerarse, destroza una puerta y brama y bufa lleno de coraje y de rabia. El mejicanito –¡ché!– es hijo de un viejo Saltillo español. La misma sangre, el mismo pelo, la misma gracia compuesta y armoniosa para acometer... Machaquito, casi ruge de gusto como su toro.

Mientras, el encerradero se ha convertido en una romería. Autos y más autos. Muchachas con trajes claros. Dos sombrillas que recortan la perspectiva cercana. Se encierra otra novillada salmantina de toritos utreros y de libras para Inca. El Villar es ahora una sucursal de Novelty. Algunos "brujos" están en mangas de camisa. Los técnicos hacen vaticinios. Yo, no... Yo me ahogó de sed. De toros solamente entienden los toros, los toreros alguna vez, los veterinarios cuando les conviene, el público casi nunca y los técnicos, jamás, pero jamás. Toda nuestra labor taurina se reduce, si se fija el lector, a desarrollar esta tesis, que a mí se me antoja incontrovertible...

El Adelanto (16-07-1929)

Los Clairac y los Piedras Negras[386]

(Por Teléfono)

San Sebastián 21 (doce noche). Noches de veraneo y vísperas de toros, con los expresos hasta los topes. El trayecto de Salamanca a Medina –como el de Zamora a Medina, que tanto asustaba a Martínez Villergas, cuando se largaba a la Habana– ya lo conocéis… Pitiegua, Cantalapiedra, Fresno, duermen el sueño de los justos. Estos pueblos de la "triste y ancha Castilla", que cantaba Maragall, no han vivido despiertos nunca. Medina, rebosante de maletas, de trenes ascendentes y descendentes, de muchachas con trajes claros y ligeros, de pollos que ponen caras interesantes de hombres, para los que ya no tienen secretos ni el amor ni la vida, toda esta turba de veraneantes que ha pasado el resto del año en el escritorio o en el mostrador y que no es dueño de sus movimientos en cuanto abandona el ritmo normal. Valladolid: pollastres despechugados en el andén. Burgos, de madrugada.

Las torres maravillosas de Juan de Colonia desaparecen y reaparecen en el arbolado. Un sueñecito reparador hasta Miranda de Ebro… Vitoria, el pueblo de las libertades vascas y de la Virgen Blanca, con el sol de Julio reflejándose en las solaneras. San Sebastián, al fin… Confort, limpieza, Francia que asoma su gesto de elegancia y de "politesse", muchachas guapas que os sonríen y os dan las gracias en el comercio, en el estanco, en la tienda de chucherías. El bronco mar de los cántabros, lamiendo el círculo de la Concha. Igueldo, allá arriba, a lo lejos…

Mucha gente. De Madrid, de Sevilla, de todas partes. Charlas taurinas en las terrazas. Antonio Márquez, elegante y distraído; Cagancho, aplastado por un viaje en tren; el niño de Bienvenida, perfumado y bruñido como un bronce recién salido de la fundición; Villalta, alto y desmadejado y desvaído, como el tono de los collados en sus tierras de Teruel.

Y la corrida, en fin…

La plaza, adornada primorosamente. Los toros de esta corrida organizada por la Asociación de la Prensa, lucen moñas preciosas, regaladas por las autoridades y por el doctor Asuero.

Los toros que ha enviado don Rafael Clairac (antes Parladé), han sido pequeños, pero codiciosos, alegres, bravísimos. Han dado un juego magnífico, lo mismo que los Saltillos mejicanos de Piedras Negras, de los que sobresalió "Cerillero", número 63, que había corneado, en el encerrado de Villar de los Álamos, a los cabestros, al ser enjaulado el pasado día 15.

Sidney Franklin es un hombre de movimiento automático. Parece un juguete mecánico, sin arte; una pianola, no un piano. Torea como mueven las piernas las "girls" en los "music-halls"; como tocan las horribles bandas yanquis, remedando las charangas pueblerinas de los circos acrobáticos. Me disgusta Mr. Franklin.

Lalanda nos ha hecho añorar las danzas cubitas de Isabelita Ruiz. Cagancho sigue esperando el toro que no acaba de llegar. Villalta, corajudo y bravo. Félix Rodríguez con ganas de agradar.

Lo interesante para nosotros ha sido que los toros de Rafael Clairac han dejado bien sentado el pabellón charro.

El Adelanto (23-07-1929)

Impresiones de Burgos[387]

Leo mi telegrama de San Sebastián en Burgos[388]. Varias erratas que ahora no puedo imputar al hermano cajista. Tal vez, al telegrafista transmisor, pero, desde luego, a mi letra. ¿Quién lleva una máquina de escribir a cuestas, amigo lector?

He aquí las erratas: "Elogiaba yo los toros de Rafael Lamamié de Clairac– "que dieron juego magnífico"– creo que decía literalmente en el despacho. "No así los Saltillos americanos, hoy Piedras Negras", seguía escribiendo. Y tradujeron "lo mismo" que los Saltillos, etc." Pues no fue así. Los Piedras Negras estaban cansados y tengo que añadir –aunque se moleste el simpático "Machaquito"– que eran broncos y burriciegos.

[386] Artículo firmado como "Rojas", inusual en él.

[387] Un día más tarde, el 27 de junio, Sánchez Rojas publicaría en este mismo periódico otro artículo de igual título, aunque distinto contenido (O.C. Tomo V, página 110).

[388] "Los Clairac y los Piedras Negras". *El Adelanto*, 23-07-1929 (Reproducido en esta misma página).

Decía yo después: "Bienvenida, corajudo y bravo. Eriberto [sic] García –el ¡mejicano– con ganas de agradar". Veo Villalta y veo Félix Rodríguez, en cambio, que no torearon el domingo en San Sebastián. No sé qué tiene esta prosa taurina, de suyo tan quebradiza y tan sutil, que todo son erratas, confusiones, distracciones...

De los Piedras Negras exceptué yo un toro que me gustó. Así lo consignaba. Era el 63, llamado "Cerillero", que se jugó en cuarto lugar y que correspondió al niño de Bienvenida. Fue el mismo que corneó los cabestros del simpático Antonio Pérez Tabernero en el encerradero del Villar de los Álamos el 15 de Julio. Manolito hizo una gran faena con ese toro, suave y bravo, como buen Saltillo. Manolo pasó tres veces al natural al buen mejicanito, siguió con pases altos y de pecho, cambió la muleta de mano, la pasó por la espalda, instrumentó –¿no se dice así, maestro "Timbalero"?– "instrumentó" dos molinetes, más ceñidos que un chotis de hace veinte años entre novios bien avenidos. Y toreó, en fin, más a la sevillana que a la cordobesa, es decir, con más elegancia que sobriedad. Fueron el toro, el torero y la faena cumbres. Los de mi condiscípulo Rafael L. de Clairac, aunque pequeños, hicieron, repito, magnífica pelea. De presentación, no dejaron nada que desear. Retanita, el colega taurino de "El Liberal" de Bilbao, excelente amigo mío, poco partidario de los toritos charros, me dijo que así lo consignaría en su reseña. Y Retanita es un muchacho simpatiquísimo que hace siempre honor a su palabra.

Míster Sídney Franklin no me gustó. ¡Bah! Yanquilandia es el país de los teléfonos automáticos, de las barberías automáticas, de los sastres rapidísimos. El ritmo de su vida no es el ritmo de la vieja Europa. No tiene pintores, no tiene escultores, no tiene más que un poeta –Watt Witman[389]– por casualidad. Ahora, por lo visto, quiere tener toreros automáticos. Me parece un pueblo, lleno de ventajas materiales, pero sin espíritu. Recuerdo la banda militar republicana de Filadelfia en Sevilla; los caballos sentían la comezón de hacer pantomimas oyendo aquellos horrísonos sonidos de metal, precisos, demasiado precisos.

Gracia es una palabra y una sensación que desconocen los burgueses de Chicago, de Filadelfia o de Nueva York. Y para ser torero hay que tener gracia: "ange", que dice el señor don Rafael Guerra y Bejarano.

No pude, tampoco, dedicar unas líneas al desfile en el telegrama. Fue una nota preciosa de color. Había chicas estupendas –francesitas y españolas– que habían llegado en los "autocards"[390] desde Biarritz, desde San Juan de Luz, desde Bayona, desde Vitoria, desde Pamplona... Personas conocidas en la corrida. Al doctor Asuero, que regaló una moña, le brindó Bienvenida el toro que le correspondió en segundo lugar. El doctor, de boina, parecía fatigado y distraído. Frasquito, el aviador, estaba en un tendido; padece –dicen– de reuma facial y le trata Asuero. La Legación de Méjico, en pleno, y junto a ella, con su traje de lagarto y un chambergo aterrador, el glorioso escultor mejicano Guillermo Ruiz, que vino, como delegado de su país, en unión del dibujante Gabriel Fernández Ledesma, a organizar la Exposición le Artes Plásticas de la Universidad Nacional de su país.

Por cierto que este me ofreció y hoy me lo reitera en carta, que en cuanto regrese a su país –embarca el día 30– me enviará a mí, para por mi conducto regalárselo al Museo de Salamanca, una colección de telas y de dibujos de los mejores artistas de su país. Como salmantino, di las gracias y traslado el ofrecimiento a la Comisión de Monumentos, y más concretamente al excelente catedrático y amigo mío don Antonio García Boiza. Es un regalo maravilloso –doy fe de ello– del Gobierno mejicano a la ciudad de Salamanca. No se hará esperar mucho el presente. Me sonroja que yo –que no seré nunca ni diputado provincial siquiera– sea el portador de esta gratísima embajada de un pueblo que es espíritu y sangre de la madre España.

El Adelanto (26-07-1929)

Márquez y el público

Márquez, nuestro mejor torero, nuestro único torero, acaso –temple, suavidad, quietud, gracia– ha sido herido gravemente por un toro en las corridas las ferias de Vitoria, recientemente celebradas. Las últimas noticias sobre el estado del herido acusan, por fortuna, una mejoría

[389] Walt Whitman.
[390] Autocars o autocares.

lenta, pero segura y progresiva, dentro del estado general de gravedad de Antonio. Podemos reconstruir fácilmente la desagradable escena. Márquez banderillea; el toro no consiente; unos espectadores, mal educados, de Bilbao, denostan e injurian al torero; el torero, brindando la hazaña a los protestantes, repite la suerte, el morlaco le gana el terreno y es aparatosamente y gravemente lesionado por el toro. Mal herido, sin movimiento, lleno de sangre, Márquez cae al suelo, los monos le recogen, y de la enfermería avisan al doctor Pérez Argote que Antonio está herido de gravedad. El público reacciona –un poquito tarde– contra los bravos que juzgan de toros y de toreros, gozando de la impunidad del tendido...

Márquez, más de una vez, ha sido víctima de la brutalidad del público; pero, artista consciente de su misión, ha prescindido de él y ha ido derechamente a su toro. Recuerdo que una tarde, en Madrid, toreando, por cierto, con otro torero pundonoroso –el formidable muletero Nicanor Villalta– hizo primores, sin que el público, ya predispuesto contra él, quisiera darse cuenta de ello. Yo no pude aguantar ese estado colectivo de imbecilidad, en que cae frecuentemente nuestro público de toros, y salí de la Plaza para tomar el aire en el Retiro. No pude resistir más allá de la lidia del cuarto toro. Recordaba entonces –y creo que me hacía eco de este recuerdo en las columnas de EL ADELANTO– que el público de nuestras plazas taurinas es el mismo de las elecciones y de las corporaciones populares, y comprendí, bien a las claras, la política del conde de Romanones y de otros aficionados de su categoría, que siempre han trasteado con destreza al público de los tendidos, es decir, de los comités y de las fuerzas vivas que se apoyan en los taberneros, cafeteros y otros muñidores electorales de esta condición.

Volviendo al caso lamentable de Márquez, propongo que se castigue al público que, adrede, distrae a los toreros de su labor. Está muy bien la crítica; pero luego que se hayan rematado y acabado las faenas. Hasta tanto, no. Injuriar a un torero desde el tendido, revela una capacidad de grosería igual a la del "castigador" de nuestro tiempo, que hiere gravemente los sentimientos de pudor de una mujer que va sola por la calle o deficientemente acompañada y representada. Estamos en pleno imperio de matonismo y de majeza. La ineducación anda suelta por esos circos y esas calles de Dios, y es hora de que las autoridades castiguen con sanciones a todo lo que huele a plebeyísimo, ordinariez y mala crianza. El mismo Márquez ha tenido que abofetear este año, en Pidoux, a un señorito, antiguo diputado y gobernador, que tenía la feísima costumbre de mezclar sus censuras al arte de Márquez con alusiones más o menos veladas a sus progenitores. Si los toros tienen algo de desagradable, es, precisamente, esa ola de brutalidad que se apodera de algunos energúmenos, que luego, a lo mejor, son, en sus hogares respectivos, maridos de cuota y padres complacientes y poco previsores. En la Plaza de toros se toleran comúnmente gestos y frases que son perfectamente censurables y delictivas fuera de ella. Ante la herida de Márquez, que resta, indudablemente, interés a muchas de las corridas que se celebran durante este mes, el mes taurino por antonomasia, conviene que meditemos todos que no tenemos derecho a ser soeces, ni a caminar sobre cuatro patas, por el mero hecho de haber comprado una localidad de barrera, de palco, de tendido, o de balconcillo, al sol o a la sombra. De otra suerte, conseguiremos solamente ahuyentar a las mujeres de estas fiestas, cuando ellas son su mejor nota de color y de alegría.

El Adelanto (07-08-1929)

Toros en Huesca

Mi amigo Santiago Sánchez Rico, tiene la gentileza de invitarme al embarque de los seis toros que destina a Huesca para la inauguración de la nueva plaza de toros, con motivo de la festividad de San Lorenzo, patrono de aquella ciudad. A la Maya, en un taxi, en esta tarde de fuego. Todos conocéis el camino; la carretera de Béjar es, en parte, la antigua calzada imperial que unía a Roma con la opulenta Emérita de ayer y la pobre y raquítica Mérida de hoy, nidal de galgos de caza y de señoritos melancólicos y ociosos.

La calzada es paralela a la carretera de Alba, mi pueblo, y uno de los caminos teresianos por excelencia. Santa Teresa viajaba por ella montada en un manso borriquillo, con la buena compañera de Sor María del Sacramento. Duermen varias veces en las chozas de Pelagarcía, y al lado de los dos cerros del Arapil. Estos pueblos –Mozárbez, Beleña, Buenavista– conocen la huella de la monja alta, morena, viajera y donairosa. Y en estos montes, en estas dehesas, y en estas filas de encinas, cubiertas por el manto azul del cielo castellano, hay una paz y una serenidad inalterables. Paisaje masculino, no sabe de blanduras; las perspectivas se limitan y recortan, y la mancha

azulenca de la Sierra de Béjar incita al ensueño y a la aventura. Paisaje de monjas, es también de pícaros el de esta llanura salamanquina. Hoy pastan en ella toritos de lidia, y los hombres, que ven acotado el suelo poco a poco emigran a la ciudad.

La Maya. El embarcadero coquetón y alegre. El marqués de Llén con unas señoras, un representante madrileño de la empresa de Huesca, mayorales y criados de Calzadilla. Los toros de Santiago Sánchez Rico, pastan en un otero vecino, a la sombra de las encinas. Escapamos unos momentos a Pedrosillo de los Aires. Ángel Coquilla nos ofrece una copa de coñac en su casa blanca, casita de cortijo cordobés en el riñón de la tierra. Azulejos de Triana decoran las paredes del portalón. Unos cuernos afilados como puñales, sirven de perchecheras. En un rincón luce su solidez de roble una hermosa mesa castellana de final del XVIII. Tornamos a La Maya. Sánchez Rico, de blanca chaquetilla corta, a caballo, con la garrocha en la diestra, nos saluda alegremente. Vienen los toros en tropel al embarcadero. Los toritos se encierran con facilidad. Sobresalen, para mi gusto, dos bichos de melenas rizadas y de abierta cornamenta; el «Granadino», que lleva el número 23, y el 24, que responde al nombre de «Estornino». Un cárdeno, ya no me gusta tanto. Hay otro buen mozo, «Vizcaíno», y dos más pequeños y terciados, negros. Pero, en conjunto, Santiago Sánchez Rico entrega una corrida presentable y brava al parecer.

Me interesa la bravura de estos toros, porque sin conocerlos, los he elogiado demasiado a mis amigos de Huesca. He mandado a toneladas postales del «Granadino» al ex diputado a cortes, a los republicanos, a los carlistas y a los amigos de la Unión Patriótica, sin contar a toda mi copiosa, lucida y floreciente sobrinería[391]. He dicho que no soy la vaca que parió al «Granadino», y que no tengo relaciones personales con el semental.

Si fracasa Santiago Sánchez Rico, no voy a poder pasar en Huesca serenamente los tres o cuatro días de asueto que quiero concederme allí, después de haber vivido tres años desterrado de la entrañable ciudad aragonesa[392].

Espero, con ansiedad de un niño caprichoso, el momento de la partida. Huesca, se mete en el corazón de todos los que hemos tenido la fortuna de pasear por el Coso y de beber las aguas de la fuente de San Lorenzo, puras y cristalinas como los corazones baturros. Pido al cielo que no fracase Santiago Sánchez Rico. El fracasado sería yo. Quiero que los toros de Salamanca sirvan, por lo menos, para entretener a los sencillos y nobles oscenses, que son tan fáciles de contentar.

El Diario de Huesca (09-08-192*9)*
El Adelanto[393] (04-08-1929)

Toros charros en Valencia

Cuando el famoso caballo "Rubán", de las cuadras del señor Duque de Toledo, ganó el gran premio en una carrera internacional, hubo "jockeys" envidiosos que inventaron una palabra que me quitó el sueño: la palabra "duping". Los caballos con "duping" parece que son siempre buenos para recelar. El duping es la operación de pasar por el cuello, las ancas y las patas de los animalitos una pintura peregrina que obra milagros. Obra sobre los caballos de carrera milagros análogos a los que atribuyen a la cuenta ciertos temperamentos decaídos. Y a lo que se me va alcanzando a mí, nada técnico en estos asuntos de la bella tauromaquia, yo creo que hay también toros con duping, que no son, ciertamente, los pequeños, nobles, bravos y pastueños del campo charro. ¡Hay que ver lo que recelan de cierta clase de astados algunas Empresas, dignas de mejor fortuna, por no corresponder el celo con la brillantez de las fiestas que preparan en sus respectivos circos taurinos!

Apenas llegó a Madrid por unas horas, de paso para esa libertad [sic] y simpatiquísima ciudad de Huesca, que tuvo para mi delicadezas de madre, a la que nunca sabrá corresponder bastante mi corazón agradecido, veo las mismas caras de Regina, y oigo las mismas conversaciones de siempre: las eternas e inevitables conversaciones de toros. Por esta vez, se comenta con entusias-

[391] "Sánchez Rojas se rodeó, en todas partes, de un ramillete de modistillas admiradas que le lavaban el cuello de la camisa o le cosían un botón, escuchaban con arrobamiento sus palabras encendidas y le devolvían las ganas de vivir: eran sus «sobrinas»". (Moreiro Prieto, Julián, *José Sánchez Rojas – Crónica de un cronista.* Salamanca, 1985.)

[392] Sin duda se trata de una errata propia del autor ya que aparece en los dos periódicos en que se reproduce el artículo en lugar de "tres meses". El confinamiento del autor en la ciudad altoaragonesa alcanzó poco más de dos meses.

[393] En *El Adelanto* lo tituló «Los toros de Huesca».

mo el juego que acaban de dar los toros de Antonio Pérez Tabernero en las corridas de Valencia. Toro hubo que dio dos vueltas al ruedo, entre una ovación delirante de la muchedumbre; otra vez, el mayoral tuvo que saludar desde los medios; siempre, y durante toda la tarde, los cornúpetos del buen Antonio fueron alegres, y codiciosos, y bravos, y juguetones, y entretenidos, y fáciles de lidiar.

Contertulio hay que se deshace en exclamaciones de asombro. Salamanca queda bien. Las glorias de nuestros campos corren parejas con las de nuestra Escuela. Por algo tiene un toro el escudo de Salamanca.

El Adelanto (11-08-1929)

Un romántico en una barrera

Ya en Tardienta, el paisaje me es enteramente familiar. Todo me recuerda todo: un valle, un libro; un alcor, una alegría íntima; una sierra, el rostro de una mujer... Huesca, y el Coso, y los porches de Vega Armijo, y los danzantes de San Lorenzo, y las chicas –tan guapas, tan serena y castamente guapas– que van a la fiesta mayor. ¡Sobrinicas…! Tañen a fiesta las campanas; también en mi corazón hay fiesta; sábado de gloria...

¡Huesca! ¡Ya estoy en tu regazo, madre…! Un día –hizo ya tres años– quisieron que fueras cárcel y fuiste para mí nido, nido tibio y amoroso. No conocí la soledad; no conocí la tristeza; supiste, ciudad noble, sonreírme y extenderme los brazos, y cobijarme en tu seno. Al día siguiente era un oscense más. ¡Me hiciste más que ciudadano de su hidalguía brava y tosca, hijo de tú corazón francote y entero, Huesca mía! Desde entonces, desde que te conocí –tú lo sabes bien– soy un poco hijo adoptivo tuyo. Y te quiero como tus propios hijos naturales.

¡Bah! Soy un infecto romántico. Mala cosa en estos tiempos de garbancismo agudo y repugnante. Así echamos el pelo que estamos echando… Decía que soy un infecto sentimental. Se me antoja pensar que Huesca hace la fiesta solamente para que yo la goce. En el Coso, ante un grupo de amigas y de amigos, estoy pasando por una completa enfobia [¿euforia?] espiritual. Estoy más que contento. Hacía ya tres años, tres meses y nueve días justos –desde el 1º de Mayo de 1926– que yo vivía en el destierro, sin saberlo. Pero, ¿qué saben de estas cosas las comadres y los pobres de corazón?

La corrida. Inauguración de la plaza... ¡Qué dentro de mi espíritu llevo yo el paisaje –tan aragonés– en que se ha levantado el coso taurino de la vieja Osca! En él leía a Joaquín Costa, a Mallada y Campos, a Miguel de Unamuno, a Teresa de Jesús... Allá arriba, en los picachos de Guava[394], florecía el almendro... Era una primavera tibia y suave; en el campo florecían las humildes florecillas silvestres y en las alturas blanqueaba la nieve, inocente y pura, que se trueca en agua para ser útil a la tierra... Bien dijo Enrique Federico Amiel cuando afirmó que el paisaje es un estado de alma. ¡Qué tengo yo de ese paisaje que cierro los ojos y lo veo, o qué lleva este trozo de tierra oscense de mis propios sueños que, ante él, resucita todo mi pasado y torna a revivir!

Malas reflexiones, querido Santiago Sánchez Rico, para hablar de toros esta tarde. La plaza está llena hasta los topes y las muchachas oscenses –¡quién tuviera veinte años y la vida por esperanza!– lucen sus galas en los palcos y en los balconcillos. Media Zaragoza se ha descolgado sobre la ciudad hermana. Las bellas francesitas de Bearn, vestidas de aldeanas, también están en la plaza. Veo ansotanos[395] con sus capas blancas y ansotanas con sus lindas esclavinas verdes. Y chesos[396]. Y baturros de Graus, y de Barbastro. Y solteras de Fraga con trajes de novia. Pocas provincias que conserven el traje y el carácter tan completo como esta ciudad de Huesca: "Urbs Victrix", esto es, ciudad Vencedora, dijeron respetuosamente los romanos al nombrarla...

Barrerita, y Félix, y Manolo Martínez… el despejo… Aplausos, alegría; botas por el aire; ¡"ridiós", qué alegres y comunicativos son estos nobles baturros! Ya sabe la Virgen del Pilar la tierra que pisa... El primer toro, manso; el segundo, manso, bronco, difícil; el tercero, como el segundo o como el jugado en primero o en quinto lugar... El cuarto –¿es el cuarto?– al corral... El cárdeno aquél que me gustaba ¿Si seré yo un técnico, sin saberlo? Pero no; no soy un técnico. Aquel

[394] Así en el original, por Guara. (Errata de imprenta)
[395] Del valle de Ansó.
[396] Del Valle de Hecho (Val d'Echo).

"Granadino" de mis amores, como el "Vizcaíno", como el "Estornino", no valen la pena de una mención especial. Santiago Sánchez Rico ha tenido mala suerte: eso es todo.

Y como faltaba "el elemento toro" –que dicen en pésimo castellano los críticos taurinos que se estilan– el torero ha brillado por su ausencia. Vicentico Barrera recibió un pisotón que pudo traer consecuencias. Manolo y Félix hicieron lo posible por alegrar la tarde, por alegrar a los espectadores. Una bronca imponente, baturra –una bronca como la de la campana en tiempos de Ramiro, el Monje como la de García López, cuando abandonó el Parlamento y el acta de Huesca al ir a cazar carlistas a las sierras de Graus y de Barbastro– una bronca oscense, en fin, estalló ¿al cuarto? toro. A mí me sorprendió cantando por lo bajo una coplica de ronda.

Porque esta tarde no quiero meterme con Santiago, ni con Vicente, ni con Félix, ni con Manolo...

"Il plent dans mon coerur",[397]

–cantó algún día Verlaine– "llueva en mi corazón". En el mío, por el contrario, luce un sol de mañana de Abril. ¡Qué alegría tornar a verme aquí, baturricos! Y yo que tengo que pasar como una exhalación. Me esperan Barcelona y el Mediterráneo, el mar de Italia y de Grecia, y del Renacimiento, y del Endecasílabo, y de la Cultura. Me espera también el Océano, el dulce y pequeño Portugal, el mar de los navegantes, y de los arlotes, y de las Lusiades, el mar de Camoëns. ¡Adiós, sierra de Guava [sic]! ¡Adiós, noble gente, viejos liberales de mi vieja Huesca, adiós! Si no existiera Salamanca, vendría a reposar aquí mis sueños. Junto a las rojas piedras de mi pueblo castellano, yo querría en sus gentes, hoy comidas por ruralismo, un poco del corazón que aquí sobra.

El Adelanto (14-08-1929)

Un torero de Alba

Novillada en Madrid, con seis preciosos novillos, mejor aún toros, de Manolo Arranz, este discípulo dilecto de Antonio Pérez Tabernero… Toritos bravos y finos de la tierra; torero de Salamanca, además… Julián Casas, Eladio Amorós, Isidoro Álvarez, son los nombres, en la historia taurina salmantina, de estos bravos. Isidoro es de Alba de Tormes. Le conocí en mantilla y le veo hoy, sereno y tranquilo, con el traje de luces, ante los novillos-toros de Manolo Arranz. Consolémonos de haber nacido. Alba de Tormes, que no ha dado ni diputados provinciales de fuste siquiera, puede dar, es muy posible que dé, un gran torero. El ingenio todo se lo llevó al sepulcro Santa Teresa, y mis paisanos apenas si han podido rebañar algunas migajas. El secreto de la elocuencia, del trabajo, de la lealtad, ha sido pocas veces descubierto al cobijo del castillo, que sirve de tema de sobremesa en los banquetes con pescadilla a los abogadillos turbios, mediocres y melancólicos. Isidoro Álvarez es, casi, una realidad y posiblemente una esperanza. Andando el tiempo, la calle en que nació llevará su nombre y los caciquillos esos, que hacen filigranas para nadar en todas las situaciones, le declararán hijo predilecto. ¡Permitidme, señoras y señores, que exalte la gloria más pura del pueblo triste que me vio nacer la mañana destemplada del 19 de abril de 18…! ¿Qué necesidad tengo de decir en público la edad exacta que llevo yo?

Toritos de Manolo Arranz en la plaza de Madrid… Toritos alegres, bravos, codiciosos; peritas en dulce los lidiados en primero, quinto y sexto lugar. Ningún matador ha podido, por ende, quejarse de su lote. Tres muchachos frente a frente, tres mundos de nuestra España. La Giralda, y el barrio de Santa Cruz, y Triana, espejándose en el río, representada por Eduardo Gordillo. ¡Gracia inefable la de este muchacho! Después Aragón, noble, bravo, corajudo, pero demasiado inconsciente. Una oreja a la inconsciencia. Verdad es que la gloria fue también con los inconscientes defensores de Zaragoza y que la gloria besó la frente de aquel buen brigadier Villacampa, después del intento de sublevación, camino del largo destierro. Mi querido paisano y amigo Isidoro Álvarez, ha representado la paz y la solemnidad augustas de nuestros campos y de nuestros encinares, sí, pero también lleva dentro esa… ¿cómo diría yo para no herirle?..., esa sombra de pachorra, ese divorcio con la aventura y con la emoción que caracterizan a nuestras gentes en los tiempos que corremos. Sevilla ha sonreído, Aragón ha empujado cuanto le ha sido posible, y Salamanca –o Alba de Tormes– ha seguido estacionaria. Isidoro, que sabe, no quiere… No se

[397] Escrito así en el original por "Il pleure dans mon coeur" [/ Comme il pleut sur la ville] (Llora en mi corazón [/ como llueve sobre la ciudad]). Poema de Paul Verlaine.

aventura. Hizo un quite magnífico en el quinto toro, salvando a Torón[398] de un serio peligro, y los aplausos no fueron para él. Estaba como desganado y ausente de la fiesta. Como están ausentes nuestra ciudad y nuestra provincia del momento histórico actual. Representamos, nos demos o no cuenta de ello, el ambiente que nos hace, y el de nuestra niñez se incorpora definitivamente a nuestro espíritu. Detrás de Isidoro Álvarez, veía yo esta tarde, la historia dolorosa de un pueblo, que es el mío. Sabe trabajar y tiene que emigrar para vivir. Todo por no decidirse, por no querer salir del marasmo. Sus caciquillos son cuatro fantasmones grotescos que no resisten un soplo fuerte. Y el pueblo no se decide a soplar.

Prefiero decir la verdad a Isidoro, porque le quiero bien, y, sobre todo, porque tiene madera de torero. Pero tiene que decidirse. La fortuna solamente es amiga de los audaces; ahí tiene, para ejemplo, el caso de Torón, que no sabe la mitad de Isidoro en achaques de torería.

Los novillos de Manolo Arranz –el discípulo dilecto de Antonio Pérez Tabernero– ya he dicho que han sido bravos y que han dado un magnífico juego. Y la fiesta, movida y alegre, no nos ha dejado bostezar.

A la salida de la fiesta felicito a Manolo Arranz, por su triunfo esplendoroso. Modestamente, me dice que transmita los aplausos que ha cosechado esta tarde, a Antonio Pérez Tabernero, que le ha pegado la afición. Queda cumplido el honroso encargo.

El Adelanto (31-08-1929)

Novillada trágica

Toritos salmantinos de Nemesio Villarroel, y dos chavales, "Gordillo" y "Torón", que juegan con la muerte sin saberlo, y un torero fino, Gil Tovar, que sabe lo que hace y que tiene desgracia a la hora de matar. Novillada pesada, y, sobre todo, trágica. En el 2 estamos con el alma en un hilo esperando la catástrofe inevitable, irreparable... Gordillo, pinturero, un sevillanito flojo, que no ha pasado del primer año del bachillerato taurino, no sufre más que coladas y desarmes a cada paso. Adelanta la capa, entra en el terreno del toro y este no le coge porque la Providencia está al quite esta tarde en la Plaza de Madrid. El niño de la Giralda –presumido, marchoso, flojo, frágil– a fuerza de componer la figura, no la compone jamás. Es lo que pasa siempre en la vida. El solemne, el presumido, el endiosado, el pagado de sí mismo, el que se admira demasiado y quiere que los demás mortales le admiren también, descubre en el acto su oquedad. El pinturero taurófilo es el "castigador", el niño fruta, de los circos. Las vacas, digo, los toros se ríen de él a cada paso. En lugar de rematar con temple, se aturde y adelanta las suertes con estrépito. El final es siempre burlón. Le pagan y le pagamos con una sonrisa despectiva, aunque él, no se entera nunca.

Torón es un caso, no de valor, que el valor es consciente, sereno y sabedor de sus propios alcances; no de temeridad ni de arrojo, que el arrojo y la temeridad se proponen siempre algo; es un caso Torón de pura y simple patología. Es el desdichado que enciende un cigarro en un polvorín o que dispara contra el pecho su propia escopeta. Torón torea según el gusto del público de Torones que le jalea. Toda la tarde ha estado entre la vida y la muerte, y las personas que había en la Plaza, cansadas de aguantarle, han iniciado sus protestas contra el suicidio. Delante del toro, desarmado, se coloca Torón sonriente. Otra vez prescindió de la muleta y aguantó unas arrancadas peligrosísimas. Con la capa es algo grotesco y absurdo este aragonés que está reclamando a grito pelado los cuidados de una clínica. En el sexto toro, ya casi de noche –la novillada fue extraordinariamente pesada– Torón, como era de esperar, recibió en el costado un varetazo. Y moría el Villarroel del estoconazo, cuando el baturro suicida entraba en la enfermería.

Gil Tovar ha sido el único torero de la tarde. Ya lo descubrí yo la tarde de la competencia entre Marcial y Barrera, toreando preciosamente de capa. Hoy no ha tenido suerte Gil Tovar. Aunque la hubiera tenido, el público no se hubiera dado cuenta. No tenía ojos y manos más que para Torón. Yo no sé a qué llaman valor ciertas gentes, ni qué concepto tienen de la civilidad algunos ciudadanos. Y conste que para mí, valor y arte, arte y valor, en proporciones inefables, son los elementos que componen eso que llamamos gracia en el mundo del espíritu y arte de torear en el de los cuernos.

El Adelanto (03-09-1929)

[398] Saturio Torón Goyanes (1902 – 1937). Torero navarro caracterizado por su valentía, arrojo y temeridad.

Toros en el campo

Ganaderos del campo de Salamanca; siempre ganaderos… En Moral de Castro, Lamaniré de Clairac[399], y en Terrones, los Sánchez Rico, y en San Fernando, Antonio Pérez Tabernero, y en Pedro Llén, Juan Terrones, y en Mozalbito, el joven marqués de Albayda, y los Sánchez en Coquilla… Manchones de encinares verdinegros en el horizonte, y tierras barbecheras, y trigales, y cebadales. A cuarenta kilómetros de Salamanca, Terrones, en busca de Santiago y Fernando Sánchez Rico, que forman rancho aparte. Son estos días la actualidad taurina. Hace poco apartaron los toros para la corrida del Montepío de Toreros en Madrid, que jugaron Márquez, Villalta, Marcial y el *Niño de la Palma*. Ahora me invitan a presenciar la selección de toros que han de lidiarse en la inauguración de la nueva Plaza de Huesca[400]. Bonitos ejemplares… Hay un *Carbonero*, núm. 22, negro; un *Estornino*, núm. 21, negro tostao, entrepelao, de estupenda lámina; un *Granadino*, en fin, núm. 23, negro. Toros noblotes, pastueños, bravos y alegres. *Joselito* los buscaba siempre para la lidia. Ganaderías prestigiosas, tienen en sus anales páginas muy curiosas por las orejas que con ellas ganaron, en tiempos memorables, *Joselito* y *Belmonte*.

Los toros en el campo me divierten mucho más que en el ruedo. Hasta las fieras son solamente fieras ante el acoso de los hombres. Podemos vivir entre ellos, cara a las encinas, acariciarles el morrillo, tocarles el testuz, jugar con los cuernos… No hay peligro de que se desmanden. En esta tierra mía, académica y universitaria, el interés se va desplazando de la ciudad hacia el campo; mientras los doctores dormitan, descansando en los laureles que les ganaron en tiempos pretéritos otros maestros, estos toritos, descansando al sol, preparan tardes españolísimas de arte y de valor a nuestros lidiadores.

Mundo Gráfico (04-09-1929)

Lagartijo

Para Julio Romero de Torres

Repasando lecturas y agrupando por obligación elementos de juicio en torno a la ciudad de los califas, tropiezo con la figura de Rafael Molina "Lagartijo", que pasa indudablemente a la posteridad con los mismos títulos que Almanzor, que don Luis de Góngora y Argote o que el duque de Rivas. La figura de Lagartijo, Maestro, es todavía más representativa que la del duque romántico, que la del racionero mujeriego y que la del caudillo mahometano. Rafael Molina es Córdoba con sus tres civilizaciones, la romana, la árabe y la cristiana. Es la tradición de la ciudad en una "larga" –en una de aquellas "largas" inefables que tuvieron la suerte de ver nuestros padres–, y en una "media" –una de aquellas "medias" lagartijeras que no han tornado a verse más en nuestros circos–. El antiguo peón del "Niño de Dios", el honrado vecino del Matadero Viejo, el esposo ejemplar y el varón callado –siempre callado– que había en Rafael, adquiere, con el tiempo, el relieve de un medallón romano. Pasa a la historia como sinónimo de la gracia. Es la gracia hecha hombre y hecha reposo. Aquí donde los currinches de la crítica taurina hablan de pases estatuarios –como si un pase, dinamismo, pudiera ser estatuario ("estética", de estar, de posar, de no moverse, de no pasar)– aquí, donde esos currinches evocan ante Gitanillo a nuestro Mariano Benlliure y ante Posadas a nuestro Clará[401], ¿qué absurdos no hubieran escrito ante aquel hombre, que era Fidias, que era Praxiteles, que era Miguel Angel, que hubiera sido, en todo caso, Augusto Rodín?

Las mujeres, con más precisión que los hombres, evocan magistralmente la figura del señor Molina. Recuerdan sus gestos y su figura. Era la naturalidad, era el "no saberse" que para Maragall es el quid de la gracia, era la armonía, y la compostura, y la sobriedad: era bello como el Cristo de la Plaza de los Dolores y señoril como aquellos príncipes, orientales y generosos, que acudían a la Mezquita a escuchar las lecciones de Averroes. Las mujeres le adoraban pero él parecía ignorarlo y seguramente lo ignoraba. Había en aquel hombre un respeto delicado, innato, tiernísimo, por la mujer. Sabía que era mujer su madre y mujeres las hijas de sus amores con... ella. Jamás una jac-

[399] Errata de imprenta. En realidad, se trata del famoso ganadero y político carlista salmantino José María Lamamié de Clairac.

[400] Artículo publicado con posterioridad a la celebración de la corrida inaugural de la plaza de toros de Huesca.

[401] Benlliure y Clará Ayats fueron escultores contemporáneos de Rojas.

tancia, una palabra vanidosa, una mueca de mimo o de castigador. En la plaza y fuera de la plaza, se colocaba en su terreno. Amaba la belleza y respetaba el entendimiento. Saludaba a la mujer, como saludaba Apolo a sus favoritas y el hombre, era para él, un mundo desconocido e inefable ante el que se descubría con respeto. No hay memoria de una impertinencia, de una grosería o de una salida de tono de "Lagartijo".

Cuando no sabía, callaba, y cuando hablaba era para decir algo. En los circos era el camarada que disimulaba, tapaba o justificaba el fracaso ajeno con una sonrisa de comprensión y de bondad, y fuera de los circos, el hombre a quien se respeta y se busca.

Si en el mundo de la tauromaquia, "Lagartijo" es la gracia, como Rafael Guerra la sabiduría –a su lado José era un compendio en rústica, un remediavagos– como Don Juan Belmonte ha sido en nuestros días la emoción, en la ciudad de Córdoba era Rafael Molina el ciudadano ejemplar, el varón integérrimo, el paño de lágrimas de los pobres y de los desvalidos. Su nombre pasa por Córdoba como una sonrisa luminosa por los ojos pícaros de una morena llena de gracia.

Maestro: algún día intentaré –lo intentaré muy pronto– trazar un ensayo sobre la estética de Rafael. Para el libro que preparo sobre Andalucía. Usted –otro cordobés representativo, siempre también en su terreno– me ha prometido apostillarlo con su lápiz. El Guadalquivir,

el río, gran rey de Andalucía,
de arenas nobles, ya que no doradas,

el río, con la Calahorra y las barandas de la Rivera, al fondo. Una mujer –Rocío, Carmelita, Amparo– pasa hacia el puente a rezarle a San Rafael. "Lagartijo" medita; en su faz –serena– hay una huella imperceptible de dolor. Esta sentado y apoya la bella frente en la diestra... La torre de la Mezquita araña el cielo azul, es la noche...

El Adelanto (06-09-1929)

De crítica taurina

Las impresiones taurinas que he cambiado estos días con ases y aficionados de tan primera línea como Antonio Márquez, Joaquín "Cagancho" y "Corinto y Oro", me tienen verdaderamente desorientado. Mientras que para este querido compañero, excelente amigo nuestro desde hace muchos años, la crítica taurina posee todo un verdadero, tecnicismo y es un "arca sanctorum" en el que no podemos penetrar los profanos ni a tres tirones, para Antonio Márquez, el suave y templado y estatuario Antonio, Madrid hecho arte con el capote, basta con las reglas elementales del buen gusto para entender todo lo que pueda entenderse de toros. Así, a juicio de Antonio, yo soy uno de los pocos hombres que entienden de toros en España. Joaquín Cagancho, en cambio, tiene una opinión ecléctica, muy personal y muy trianera. Lo de la crítica es cosa de "ange" o de "malange". Cagancho, gitano y faraónico, fatalista y oriental, pregunta antes de quién es amigo el crítico para deducir sus opiniones sobre el arte. La crítica taurina madrileña da la razón a "Cagancho". Cada torero tiene, en efecto, su mozo de estoques y su crítico de uso personal y privado. Hay hasta toreritas que tienen su prensa. De antemano sabemos siempre los juicios, de nuestros críticos en torno a nuestros toreros, porque son de tan exquisita consecuencia en sus juicios, que jamás se les ocurre cambiar de opinión. Eso sí, cuando cambien, viran en redondo y sirven, con la misma lealtad, a otro señor nuevo. La historia de la crítica taurina española contemporánea suministra elocuentes y repetidos ejemplos.

Entre las tres opiniones que me han tenido caviloso estas ferias, me inclino a la de Antonio Márquez, que es mi torero, y un poco también a la del señor Joaquín, que es todo un grande hombre y que sabe dónde le aprieta el zapato. De "Corinto y Oro" –el querido compañero– discrepo en absoluto. El torero, a mi modo de ver las cosas, es una suma integrada por dos sumandos: valor y arte.

Para juzgar de arte... hace falta saber de arte. El tecnicismo que es cosa de pocos días y está al alcance de la modesta fortuna mental. Torear con la izquierda, correr la mano, iniciar naturales, etc., etc., son términos que entiende el más obtuso. Las figuras que el diestro con la capa puede adoptar ante el toro son contadísimas, cuando el torero de hoy –Márquez, Cagancho, Gitanillo– no es un estilista. Pocos toreros con estilo propio poseen hoy el arte taurino español. Emociones inefables no nos han proporcionado en el ruedo, a nosotros más que Márquez, Chicuelo, Cagancho, Posada y Gitanillo de Triana. Todos los demás, en absoluto, pueden llamarse de tú. Podrán estar muy bien o muy mal, con mucha suerte o con ninguna suerte, con mucho valor o sin

valor alguno, pero están siempre lo mismo. Hablo de toreros completos, de verdaderos artistas. Especialistas hay varios: el pundonoroso Villalta, con la muleta; Diego Fortuna, con el estoque; Lalanda, con las banderillas. Todo esto, por lo que dice relación al arte. Nos queda el otro factor que integra el toreo: el valor. Juzgar del valor de una faena torera no es, francamente, labor del otro jueves. Basta tener ojos en la cara y un poco de honestidad en la pluma. Por sí sólo, el valor, no es nada. El arte ya es mucho más.

Cuando se dan en la debida proporción estos dos factores, surge el arte de torear, el de "Cuchares", "que vino del cielo" como asegura el cantar del pueblo. No puede venir, en realidad, de otro sitio. Estoy seguro que, a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, están sentados, Lagartijo, Frascuelo, Espartero, Joselito; con el traje de luces, admirados en el Empíreo, por las once mil vírgenes. Mientras la Iglesia, por ejemplo, con gran sentido, ha tenido muchos siglos sin enterrar en sagrado a los farsantes y a los verdugos, los toreros han gozado de capilla en la plaza, de capellán y hasta de indulgencias especiales.

Ante el mismo Alejandro VI, en la plaza del Vaticano, mató seis hermosos toros su hijo Alejandro Borgia, el año 1500, siendo la admiración de los cardenales y el deleite de las damas. Hay todo un romancero cordobés sobre "Lagartijo" y madrileño sobre Joselito, donde se habla del amor de estos genios a la Virgen Santísima. En el cuarto de Joaquín siempre hay velas encendidas en honor de Nuestra Señora de la Esperanza de Triana y del Santo Cristo del Cachorro. En el hotelito de Chicuelo, de Sevilla, veréis continuamente un azulejo con la triste faz del Señor del Gran Poder, que se venera en San Lorenzo, y ante el que rezaba todas las noches la "seña" Gabriela, pidiéndole por José y por Rafael, sus hijos, del alma. Antonio Márquez, aunque no lo diga, tengo para mí que es un gran devoto de la Virgencita de la Paloma, patrona de su barrio, y del Santo Cristo de Medinaceli. Barrerita reza dos salves seguidas todas las noches a la Virgen de los Desamparados. Atarfeño, a la de las Angustias. José –el chico del Algabeño– a la Macarena. Villalta, a la del Pilar. Solamente, estos mancebos del Norte –Agüero, Agüerito, Fortuna– son medio socialistas y tienen el mal gusto de ser librepensadores. ¡Así sale ello!

Decía que es el valor y el arte lo que integra el arte de torear. Cuando el arte es grande y grande el valor, surge la emoción. Cuando el arte se sobrepone al valor, o el valor al arte, viene el desequilibrio, y surge, o la cupletista, o el animal. Una cosa es el arte, claro está, siempre sobrio, y limpio, y natural, y personalísimo –el pseudo arte, hoy tan abundante, y no engaña al que sabe ver– y otra el remedo o la caricatura, tan frecuente en nuestros circos.

El Adelanto (17-09-1929)

Barrerita se casa

El 30 de Octubre contraerá matrimonio, en la capilla de la Virgen de los Desamparados, de su ciudad natal, el diestro Vicente Barrera, con la señorita Carmen Risueño Romero, que es bella como un botón de rosa y fragante como un clavelillo reventón de la huerta. Los novios, después de la ceremonia nupcial, saldrán para el extranjero. El viaje lo realizará la feliz pareja en un hermoso coche que acaba de comprar Barrerita y correrá por toda Europa.

Yo supongo que el matrimonio de Barrerita se ha realizado ya. La novia ha sido besuqueada y envidiada por las amigas; Pepita Samper ha asistido a la boda; los fotógrafos de la "Semana Gráfica", han tirado cientos de placas del momento solemne. Barrerita, más pálido que de costumbre, sonríe de puro gozo; Carmencita, ya con sombrero y abrigo de viaje, ha subido al Cadillac de su marido. El viaje hacia Francia: atardecer en Castellón; la playa desierta de Tortosa a la luz de la luna; los montes serrados de Montserrat, el arbolado de Manresa, a media noche; la luz de las Ramblas, en fin... Descanso en Barcelona, Luego, Arenys, y Gerona, y Port-Bou, y Cerbere, y el puerto de Cette. Toulouse, en fin. Los diarios dan cuenta del viaje de los novios: "Anoche llegaron en automóvil, procedentes de España –dicen– los señores de Barrera. Don Vicente Barrera, grande de España y duque de Valencia, es un famoso toreador.

Su padrino en la alternativa fue don Vicente Blasco Ibáñez. Como es sabido, la alternativa de los toreros tiene lugar después de la procesión del Jueves de Corpus. A la de Monsieur Barrera asistió el Arzobispo de Toledo con su Estado Mayor. Al matar a su toro el duque de Barrera, de siete preciosas estocadas moderno estilo, se enamoró de su gentileza la señorita Risueño su esposa hoy, que se desmayó, al mugir el toro y pedir venganza. El prefecto ha saludado a los nuevos esposos en el hall del hotel".

Toulouse, Tarascón, y por Lyon, a París. En París los esposos viven, ocho días. La prensa recoge el suelto de los diarios de Toulouse. Barrerita, pálido, sonriente, Grande de España y duque de nuevo cuño, es popular en los bulevares. Josefina Baker le ha dirigido una carta de amor. Edmonde Guy, la rubita ideal, le ha dedicado una "Chanson" en Folies-Bergeres. Briand, ha enviado un saludo a los ilustres huéspedes. Carco, el autor de "Primavera en España", ha celebrado con Barrerita, por señas, cinco entrevistas seguidas. Barrera es en París, casi tan popular como Mr. Fouquieres o Mr. Maurice Dekobra. Carolina Otero ha invitado a nuestros amigos a un té en su bello hotel de los Campos Elíseos. Carmencita prepara las maletas para Italia.

En el camino, la pareja se detiene en Ginebra.

En Ginebra, el toreador es Monsieur Barrera, a secas y Carmencita, Madame Barrera, a secas también. El cónsul de España, Flegeneimer, pide un autógrafo a Mr. Barrera, que pasea por el Lago Leman, en los pequeños vapores, hasta Montreux y hasta Chamonix. En el Kursaal, Carmencita y Barrera pierden unos francos al bacarrat. Se hospedan en el Hotel du Lac, frente al Leman, y contemplan con embeleso el Monte-Jura, mientras trasiegan, en el desayuno, mantequilla fresquísima y gran cantidad de frutas. Desde Ginebra sale la feliz pareja para Milán.

En Milán, "Il Corriere della Sera" saluda al "signor" Barrera. El diario recuerda el casticismo de la fiesta taurina y exalta, con este motivo las cualidades morales que adornan a la "sorella Spagna". De paso, el diario dirige un saludo al señor Primo de Rivera, salvador de nuestro país. Barrera y su esposa oyen "I Puritani" en el teatro de la Scala y comen macarrones y tagliatelle en el Grand Hotel d'Italie. Mussolini nombra a nuestro amigo Comendador. El síndico de la capital lombarda es el encargado de entregar el nombramiento a Barrerita. Barrerita pronuncia, con este motivo, un discurso de confraternidad latina.

Desde Milán, a Venecia. Los novios suspiran y se arrullan, sentados en las góndolas, sobre los canales; en el Puente de los Suspiros y en el de Rialto exclaman ¡che! a cada paso nuestros amigos; el Hotel tiene una terraza sobre el Canal Grande y desde ella se divisa la cúpula de la bella iglesia del Carmen. En Venecia –han transcurrido ya dos meses– Barrerita recibe un telegrama de Pagés. Despachos con cifras, palabras amables... Roma sobre el Tíber. Carmencita ve, desde lejos, al Papa, y, arrodillada, recibe su bendición; a la Madona de la Piedad le pide que los toros sean prudentes con Visentet... Estada larga en Florencia y Nápoles... Los primeros brotes primaverales en esta tierra celestial. El retorno a España. La pareja tiene su primera separación. Barrera torea en Madrid. Una mujer morena, de rodillas ante la Virgen de los Desamparados, llora sin consuelo, en las primeras horas de la tarde, en la dulce Valencia luminosa esperando un telegrama que puede ser de gloria y puede ser de muerte.

El Adelanto (19-09-1929)

Sobre la corrida goyesca

El año 27, con motivo del centenario del gran don Francisco de Goya y Lucientes, se inventaron la expresión y la corrida en la Plaza de Toros de Zaragoza: El pintor eibarrés, decoró la plaza y vistió los muñecos. Muy discutible el vestido de éstos y al tono de la decoración. Luego le imitaron San Sebastián y Barcelona.

Don Francisco de Goya y Lucientes dibujó a pluma casi únicamente las capeas, resaltando la barbarie trágica de las mismas. Sus maravillosas estampas, taurinas, que comienzan con el Cid y acaban con la suerte de poner banderillas con grillos en los pies –suerte que inventó un torero baturro, amigo suyo, "Martincho", un "Torón" de la época– son aguas fuertes, manchas de color, impresiones directas y simplistas de la realidad ambiente de aquel entonces. Hoy dibujaría Goya, no los ases, sino los pobres aficionados que arrojan el guante en las capeas de los pueblos; cuando más, algún quite difícil, con el jamelgo despanzurrado y el picador moribundo. Las corridas formales, con petos, anillos, reglamentos, no iban a Goya, que tenía alma de errabundo y de soñador. Solamente hace el cuadro de un gran torero, Pedro Romero, con sus patillas y sus tufos, sus ojos maliciosos y su cara impertinente; por cientos puedo recordar las aguas fuertes donde se deleita pintando aficionados y golfillos. Los mismos que hace pintar luego fusilados por los franceses en los altos de la Moncloa, los mismos que le sirven para sus "Dibujos" –geniales cien veces– sobre la guerra.

También ha oído campañas sin saber dónde las ha oído el que inventó la expresión de maja goyesca. Vestir a una mujer de "maja goyesca" si no se aquilatan bien las cosas, es un disparate.

Maja es su amiga Cayetana, la duquesita viuda, aristócrata; maja la deliciosa librera de la calle de Carretas, clase media; maja la morena "Tirana", que procede de las capas populares. Pero maja es también la marquesita de Santa Cruz, maja la tela impresionista de la lechera de Burdeos, maja la Venus que sonríe a Eros en el cuadro adquirido recientemente por don Francisco Cambó. La expresión maja no dice, pues, relación al vestido, sino a la gracia y al salero, al españolismo de la mujer. Maja, y bien maja, es la reina María Luisa en el cuadro "La familia de Carlos IV" y majo es el rey Fernando en el precioso retrato. El mismo don Paco es un majo en muchos de sus apuntes. La majeza está en la expresión, en la gracia, en el "aire" de las figuras. Madrid, a principios del siglo XIX, es majo, como durante la Restauración fue chulo, y como ahora, es incoloro, y bobo, y cursi –pantalones abotinados, trincheras sucias, corbatas microscópicas, niñas estilizadas y pollos no menos estilizados–. Una mujer guapa, que siempre tiene el instinto del traje que "la va", se vestirá bien de maja a la usanza goyesca, siempre que sea graciosa. Como lo son las bellas señoritas salmantinas que mañana presidirán la fiesta. A las que no lo son, ya las dibuja don Paco de brujas, sobre escobas, danzando bailes infernales con chivos cornudos.

En Salamanca estuvo Goya. Vivió en el palacio de San Boal, donde acompañó al duque de Wellington con su Estado Mayor; en Alba de Tormes, y en la que es hoy calle de Manterola, en la amplia casona que fue propiedad del presbítero don Calixto Vela Lorenzo, es fama que el pintor aragonés pintó el famoso retrato del generalísimo inglés. En uno de los tapices del Palacio Real de San Lorenzo del Escorial, Goya pintó al famoso Rico, jamonero de Candelario y proveedor de jamones de la Real Casa. Cuenta la tradición que estando don Carlos de caza en el Pardo, sintió hambre y le ofreció un pernil Rico, que se dirigía a Madrid. Súpole a cielo el jamón y los mejores perniles de la casa fueron en lo sucesivo bocados reales. Los biznietos del Rico pintado por Goya, son actualmente proveedores de Palacio.

Goya estuvo en Salamanca, y en Rico, el jamonero, nos dio la visión de nuestros aldeanos. Los pintó dignos, señoriles, reposados, serenos: como son. Goya no sabía, más aún, no podía mentir con su pincel, su pluma o su lápiz. La realidad se le imponía como era siempre y tienen sus mejores lienzos y sus aguas fuertes más celebradas, el sello de lo impersonal y de lo objetivo. Su realismo es absoluto, como el teatro en Shakespeare y la novela en Cervantes. Sus majas son las españolas vistas por él. Solamente en este sentido puede hablarse de majas de Goya. Y las corridas goyescas serán, en todo caso, las capeas. El famoso cuadro de Zuloaga de los torerillos de Turégano, es la última hijuela de la influencia goyesca en nuestra pintura.

Salamanca debe y puede organizar para el año que viene un festival taurino completamente original. Nosotros tenemos un pequeño proyecto que ofrecer a la Sociedad Explotadora de nuestra Plaza de Toros. Mañana diremos en qué puede consistir y, cómo se hace. Cuente, desde luego, con nuestro concurso desinteresado y –estoy seguro de ello– con el de la Prensa salmantina y con el de los Ayuntamientos de la provincia.

El Adelanto (20-09-1929)

Un proyecto de corrida

El comercio salmantino, y, en su representación, la Explotadora de la Plaza de Toros, desea que el día de San Mateo recobre su viejo prestigio tradicional y que la terminación de las ferias atraiga sobre la ciudad la mayor cantidad de gentes de la provincia. Nada más justo y razonable que semejante deseo. Este año se inicia la política de atracción con la corrida goyesca, esplendorosa y animada, que presenciaremos esta tarde. La fiesta, nueva en Salamanca, ha de gustar seguramente mucho. Muchachas bonitas en calesas, majas y chulos, despejo como en los tiempos de Pedro Romero. Para el año que viene hay que pensar en otra cosa. Ahí va un pequeño proyecto de festival taurino para el 21 de Septiembre de 1930.

Salamanca y su provincia tienen elementos de sobra para organizar una fiesta de toros sin tener que acudir para nada a la historia y tradición ajenas. Nuestra tierra posee elementos propios, peculiares y típicos. El gran cebo de todas estas cosas –la mujer– es cada día más lindo y más perfecto entre nosotros. La raza mejora. Las chavalas de hogaño –¡quién tuviera veinte abriles, aunque la mocedad de espíritu no se la envidiamos a nadie!–, son una bendición de Dios. No voy a proponer ningún concurso de belleza. La cosa degeneraría ya, o en el nombramiento de nuevas "madeimoselles". Mademoiselle Vitigudino, Mademoiselle Alba de Tormes, Mademoiselle Alberca, o en la clasificación de las nuevas Soberanas por barrios y por distritos: Mademoiselle

Azafranal, Mademoiselle Plaza Mayor, Mademoiselle Corrillo, Madeimoselle calle de Zamora, Mademoiselle Avenida de Mirat, etc., etc. De lo gracioso a lo grotesco no hay más que una pequeña línea divisoria, liviana e imperceptible. Lo que yo propongo es que la Asociación de la Prensa designe tres muchachas, sin presentación previa de las elegidas, para que presidan la corrida y sin que tengan el enojoso deber de acudir al concurso. Vestirán con los tres trajes provinciales de charra, serrana y candelaria. La designación se hará pública dos días antes de la corrida. El jurado lo designará la Asociación de la Prensa. Debe ser el mismo que eligió Reina de nuestras modistillas, a la encantadora Andreíta Núñez, señorita de toda mi admiración y respeto. Hay que ver las presiones de toda clase qué tuvimos que resistir para nombrar a esta deliciosa salmantina. Pero nos mantuvimos incólumes.

El 19 puede realizarse la proclamación. Así rellenamos tres días de festejos, presentando las nenas esa noche y la siguiente en nuestros dos teatros. La Diputación pondrá los automóviles –nunca mejor empleados– y las empresas de los teatros, dos palcos para las bellas y el jurado.

Y la Plaza se decorará salmantinamente. ¿Cómo? Con mantas y colchas y colgaduras charras, los escudos de Salamanca y de las cabezas de partido. Tapices tienen la Universidad y muchos nobles afincados entre nosotros que los cederían con placer –Alba, Somosancho, Gor, Cerralbo–. Una docena de muchachos distinguidos de la ciudad y de las cabezas de partido, darían, vestidos de charros, escolta a las Majestades en estos días. Y en el nuevo Hotel, ya en funciones, se daría una comida de gala y un baile de sociedad el día 22, invitando a la buena sociedad de nuestra provincia. A este baile, bien asesorado, invitaría el presidente de la Diputación.

Los toros de la tierra. Se elegirán de entre aquellas ganaderías que hubieran obtenido más lauros durante la temporada. Cada billete irá acompañado de un boletín de votación y el poseedor, tendrá derecho a elegir el bicho que a su juicio haya jugado mejor la lidia. Al ganadero premiado se le regalará una medalla de oro con el escudo salmantino: puente y torito simbólico. Y al torero que esté mejor, también, según el sufragio popular, se le regalará unos gemelos, ricos de filigrana salmantina u otro objeto cualquiera de orfebrería salmantina.

Ahí está el proyecto que puede perfeccionarse, modificarse. No quiero patente de invención. Tenemos un año por delante. La cosa es baratita y puede ser preciosa, bien organizada. Háganse fiestas hasta el 22 inclusive; póngase el mayor esmero en el decorado de la Plaza de Toros, arréglenselas nuestros bravos ganaderos para luchar en buena lid. Ruéguese, por ejemplo, a las bellas abonadas a los balconcillos, que vistan aquel día de charras, o de serranas, o de candelarias. Y el jurado, cumplirá con su misión a conciencia. –¡Buenos somos nosotros para someternos a influencias ajenas!– Hágase todo con serenidad, sin embarullarnos. Nada de percalinas. Una fiesta charra, polícroma, pero señoril. Pediremos el concurso de los Ayuntamientos de la Provincia y de la Diputación, ahora que el pandero de su Presidencia está en manos serias y caballerosas. Y todo se estudiaría despacito, despacito...

Y ahora, todos vosotros –empresas, entidades, Patronato de Turismo– tenéis la palabra. Aportad cada cual vuestro granito. Mejorad esto que se me ocurre al volar de la pluma, mientras despacho el cigarrillo del desayuno. No me ofenden las observaciones, busco los reparos para vencerlos. No me mueve otra cosa que el amor a esta Salamanca, tan desquiciada –¡ay!– y tan querida.

El Adelanto (21-09-1929)

La corrida de la Prensa

Regina.

Las mañanas de toros, en Regina, tienen una animación extraordinaria. Pululan los mangantes en él hasta las once; después de las once, los aficionados de pro, los mozos de estoques de los espadas, los provincianos en busca de la entrada, los críticos taurinos. La primera hora es la más pintoresca. Rostros famélicos del director de "Ases y no ases", del administrador de "Sangre y Arena", del pega-fajas de "El Puntillazo"; chaquetas verdinegras, con ribetes rojos y azulencos, de estos ganapanes y zampatortas que viven del pobre torero. Amenazas de publicación de fotografías equívocas; halagos de publicar bombos ditirámbicos. Para este, Lalanda es el Papa de la torería; para ese, Márquez el Emperador de la banderilla; para el otro, Cagancho el acabóse del volapié… Los mozos de estoques sudan, esquivan, tropiezan, estos rostros y estas chaquetas. Al fin, un billete de 25, de 50. Hoy come caliente el pega-fajas de "El Puntillazo", el administrador de "Sangre y Arena", el director de "Ases y no ases". Y esta noche caerán sobre los ganaderos para

cenar... Haremos un muro de carne humana en torno a Polito Lamamié de Clairac y de Antonio y de Arturo Sánchez Cobaleda, inexpertos navegantes salmantinos en el mar tempestuoso de los Madriles, para defenderles de esta población parasitaria del toreo que sienta sus reales en Riesgo, en Colón, en Regina, junto a las peripatéticas, un tanto decadentes por los rigores del verano, que por aquí también pululan, con los rostros un poco más ajados y las sonrisas un poco más forzadas que en las postrimerías de Junio,

cuando facen las calores,
y las mozas y los mozos,
todos andan en amores,

como escribió Juan del Encina, que conocía bastante bien este mismo mundo en rústica.

La Plaza.

Los chicos de la Prensa han decorado maravillosamente la Plaza de Toros para su fiesta. ¡Qué bien hubieran encuadrado en este marco esas deliciosas charritas que se llaman Mary Esperabé, Maruja Díez, Pilarita León, Petra Rodríguez Arias y Vicario, Amalita Veiga, María Antonia Blanco, Paquita Llorente!

No está el retrato de Goya en la Plaza, pero su espíritu, sí. ¡Y qué mujeres, cielo santo! No sé como nos las arreglamos los chicos de Prensa, que, modestia aparte, tenemos siempre buena amistad con las chicas más guapas. En un tendido veo a Maruja Caballé, con mantilla de madroños; Isabelita Ruiz, me dice adiós con su mano breve y principesca; tres preciosos retoños sevillanos de los marqueses de Bucharelli, cecean cerca de mí. ¡Qué mujerío, cielo santo! Y en los taxis, al entrar en la Plaza, veo a todas las señoritas de conjunto de los teatros. La Perucha, negra y saladísima; Amparito Guillot, con su hermosa coloración valenciana –nácar y oro– en la piel; a Elenita Cánovas, mucho más soberana por derecho propio de Murcia y de su huerta que el antipático don Juan de la Cierva y Peñafiel; Carmen Rico, que se hace la distraída, porque no me gustan ni Casimiro Orlas, ni "Sixto Sexto", lo mismo que a ustedes; luego, las peripatéticas todas, de renombre claro y de historia turbia. El "todo Madrid" del dinero, de la inteligencia, de la belleza, del placer, del escándalo, está en la Plaza cuando suenan los clarines y comienza el despejo...

Nuncio

Para loar a Nuncio como merece, había que hacerlo en un bello romance de ocho sílabas. El caballero portugués, es un torero, un rejoneador a caballo, no un caballista campero a la usanza de don Antonio, el señorito cordobés. Precioso caballo el suyo y bravo torito el de Rafael Clairac en su primera suerte. Juega con él, le corta, le mide, le gana los terrenos Branco Nuncio. Entra de frente; no clava. Luego, con decisión y arrojo, y alegría, le clava un arpón. Nuevas pasadas en falso. El rejón de muerte, al fin, en las mismas agujas. Y el morlaco cae.

En el segundo acto, con otro Clairac, buen mozo y con fundas metálicas en los cuernos para que no se astillen como los de ciertos prójimos, monta Branco Nuncio una jaca primorosa que quiebra con gracia y con ligereza. A una mano quiebra un par primoroso de banderillas. Cambia de jaca el caballero de Lusitania para colocar otro segundo par. Rápidamente esquiva el caballito a su enemigo y repite clavando los dos palos. Y entre ovaciones se retira.

Para mí. Branco Nuncio ha sido el héroe. Preciosos trajes, preciosos brutos. Fino, señoril, elegante, sobrio, arriesgado y natural, ha evocado en mi espíritu, durante sus dos intervenciones, el famoso toreo a caballo, que es el de las justas de Ávila con el Impotente, y las de Medina con Doña Isabel, y las de Granada. Carlos V también torea a caballo. Y a caballo también Felipe IV, que no consiente intervenciones de guapos a lo Villamediana en los torneos de la Plaza Mayor a los caballeros que pican demasiado, y demasiado alto.

Toros y toreros

Marcial y Márquez, mano a mano. Dos hombres y dos mundos distintos. No tiene suerte en su primero Antonio, un Cobaleda. Tampoco en el segundo, un bonito toro de Clairac, pero descompuesto y difícil. Quiere agradar, trabajar y no puede. En el último tercio, el toro no cuadra y se hace bien pesada la faena.

Marcial, en cambio, ha tenido el santo de cara y mejor lote. El primero es un morlaco corniabierto, negro, grande, que empieza mal y se arregla luego con unas verónicas, efectistas y alegres. Al mismo toro le torea con más suavidad Antonio, pero sin lucimiento mayor. La faena de Marcial tiene pases admirables: la verdad, ante todo. Señalo dos, uno de pecho y otro en redondo, muy buenos. La faena al segundo toro supera todavía a la primera. Es un Clairac precioso al que torea

muy bien Marcial, al que le pone un par aceptable y al que luego propina hasta seis naturales, seguidos de una estocada tendidilla y caída. Corta las dos orejas Marcial y Primo de Rivera le arroja un veguero.

Los toros de los dos ganaderos salmantinos magníficamente presentados todos, pero un poco desiguales. Ha habido de todo en la viña del señor. En general, han sido aplaudidos y sin llegar a entusiasmar a nadie, han gustado a casi todos.

El Adelanto (29-09-1929)

El tendido, observatorio nacional

Harta razón tiene el señor conde de Romanones: el público español es siempre un público de toros. El tendido es, por ende, un magnífico observatorio nacional, tal vez el mejor observatorio, acaso el único observatorio posible en la hora de ahora. La multitud se encrespa, se enfurece, se entrega, esquiva, aplaude hasta el paroxismo y chilla hasta la exaltación. Hay gentes que van a la plaza de toros como a una batalla campal. Ante el triunfo de su torero se pavonean, como si entre ellas y el torero –el torero en último lugar– hubieran realizado la hazaña juntos. Y ante el fracaso del favorito salen mustios, cabizbajos y tristes.

Luego, el público es partidista. Unos son de Márquez, otros de Lalanda, otros de Cagancho, otros de Bienvenida. Los críticos taurinos, en cambio, son eclécticos, según las temporadas: de hombres sabios es cambiar de consejo. Aquí, en realidad, no somos lerrouxistas o mauristas, sino caganchistas, lalandistas o villaltistas. La política, digan lo que quieran los catedráticos para darse tono, no es más que una derivación del arte de Cúchares, que es lo nuestro. El jefe es siempre el santón, el as, el espada. Hasta del arte de gobernar se tiene el mismo concepto que del de la lidia. El toro es el pueblo, el sufrido pueblo, al que toreamos, banderilleamos, estoqueamos y, a las veces, asesinamos a fuerza de puntillas y de puñaladas traperas. El público, siempre tan impresionable, jalea o silba según el humor.

Yo me he dedicado a crítico taurino en esta ciudad donde escribo, sencillamente porque he fracasado como exégeta o glosador político, después de haber escrito durante diez o doce años artículos políticos frecuentes en la Prensa de Cataluña y en la de Madrid. En realidad no he variado de tema. Estoy mucho más entrenado de lo que desean los críticos taurinos de mi mayor devoción. Admiro a Márquez por la misma razón que –personalmente– admiro a Cambó: por la sobriedad y la justeza y el «clasicismo» de ambos. Por Cagancho siento la honda simpatía que me inspira todo rebelde a las normas corrientes y molientes de la vida: Cagancho es un revolucionario de casta. Bienvenida, Lalanda son para mí algo así como el marqués de Lema, el primero, y Víctor María Pradera, el segundo. Tienen su público, naturalmente, su gran público; pero yo estoy siempre en minoría, a Dios gracias. Por Barrera siento la misma atracción que por una página alegre y festera de Blasco Ibáñez o por la pirotecnia de su país. Soy tan niño que me encantan y me divierten mucho los fuegos artificiales. El capote de Gitanillo me recuerda la prosa clara y limpia de fray Luis de León; el temple y la suavidad de Antonio Márquez, la concisión maravillosa de Gracián en «El Indiscreto» y «El Héroe»; Villalta, los panfletos políticos de Costa; Amorós –mi querido paisano–, la prosa correcta, pero sosa, de Meléndez Valdés; su hermano Pepe, las virulencias a todo meter de Luis de Tapia; Larita, los artículos que Pérez Bances llama ladrillos, y que se ajustan de relleno en las horas de penuria de original.

No he cambiado de tema ni me he metido a crítico taurino. Ya lo era en latencia desde que nací y en estado potencial. Todas estas monsergas de la iniciación taurina hace ya más de veinte años que las aprendí con algún aprovechamiento en la cátedra de Derecho Político comparado del Sr. Gil y Robles. Los pases naturales con la izquierda, ¿no son los pases de Romanones? Las largas de Lagartijo, ¿no son, por ventura, las mismas de Sagasta durante la Restauración? Hoy hace la «mariposa» Marcial: hace ya años que Pradera y Vázquez de Mella la hacían en nuestra Cámara de Diputados.

Los ganaderos son a la fiesta de los toros lo que los clásicos electoreros a los festivales del sufragio popular: nos cantan al pueblo, esto es, al toro. Si no embiste son los toreros los culpables. Si embiste bien y pronto, no remata porque los pobres morlacos no suelen tener enemigo enfrente. Para hombres de ingenio hay siempre salidas lógicas y lícitas. La conjunción de los astros –Fiera y Matador– es tan rara como la interposición de luz de los mismos, como los eclipses. Ahí está Cagancho que lo demuestra con su sabrosa historia taurina. Pero los días de conjunción –toros que

embisten y toreros que se arriman y torean– repican solas las campanas y se reverdece el moho del escudo de las ciudades taurinas. El torito del escudo de Salamanca sobre el puente simbólico muge con frecuencia, de puro gusto.

El tendido, observatorio nacional. Hay quien va a la plaza a divertirse; yo no; yo voy a, estudiar. Por eso hice la maleta para ver en Madrid la corrida organizada por la Asociación de la Prensa, y volví en seguida a mi salmantina plaza Mayor. Se trataba de un «mano a mano» –como ahora escriben los literatos taurinos– entre Márquez y Marcial. Interpelación amplia y brillante de Mella: respuesta ceñida, breve y seca de Cambó. Buena tarde para los ujieres de las tribunas, digo, de los tendidos. Toritos bravos y bien presentados de Rafael Lamamié de Clairac y de la antigua ganadería de Paco Villar, hoy de Arturo Sánchez Cobaleda. Nuncio, el elegante caballero portugués, rejoneando dos toros nos recordó el lindo romance del alcaide de Florencia, que lleva en su peto las iniciales del nombre de la amada y que rejonea toros en la plaza de Madrid, desesperado porque la damita morena y retrechera y española no cree en el valor ni en la gracia ni en la apostura ni en la entereza del caballero italiano, de la marlota y del espaldar... ¿Recordáis las viejas asonancias, tan bellas, del lindo romance?

Heraldo de Madrid (01-10-1929)
El Adelanto (25-09-1929)

El pueblo, público de toros

Dice con frecuencia el señor Romanones que el pueblo español es un público de toros, y por lo tanto impresionable, absurdo, contradictorio y harto difícil de manejar. He asistido durante este mes de septiembre, en estas tierras de Salamanca donde apuro mi vacación, a media docena de corridas de toros, me he acordado muchas veces de la frase del conde. No hay modo de poner nunca de acuerdo a los espectadores. Asisten a los toros lo mismo que a una batalla campal. Todos van a presenciar la faena de su torero, con absoluto desprecio del trabajo de los toreros restantes. Ante el éxito, se ufanan como si entre ellos y su santón –el santón en último lugar, es claro– hubieran realizado juntos la faena cumbre. Ante el fracaso, encuentran mil espaciosas razones para diluirlo, borrarlo y hasta justificarlo y atenuarlo por completo. Y los espectadores llevan su etiqueta visible. Unos son caganchistas, otros lalandislas, esotros villaltistas. Hay tantos partidos taurinos como astros de grande o de pequeña magnitud. Los devotos no pueden ser más fieles y consecuentes. Solamente muestran sus preferencias eclécticas los críticos taurinos que asisten a todas las capillas y consumen en todos los altares. Los partidos taurinos sienten por ellos una explicable ojeriza cuando no comparten sus puntos de vista.

El pueblo español es, indudablemente, de acuerdo con la observación del conde de Romanones, que ha sido un buen aficionado, un público de toros. Hay, pues, mucha analogía entre el arte de gobernar el pueblo español y el de presidir una corrida de toros. Lo primero que hay que tener en cuenta para gobernarle o presidirle es que varía de humor a cada paso. Podemos comparar los lidiadores a los jefes de los partidos y el presidente de la corrida al del Poder ejecutivo. Hay jefes, digo toreros, que gobiernan o torean de acuerdo con la mayoría de los espectadores. Lalanda, por ejemplo, es hombre perdido cuando le silban y capaz de todas las monerías y filigranas cuando le aplauden y le jalean desde los tendidos. Sueña con la popularidad a ultranza. Otros están pendientes de su deber, esto es, de la calidad del toro, y dan la lidia que conviene, sin tener para nada en cuenta las manifestaciones de los técnicos espontáneos que ven la función cómodamente, sin peligro alguno, desde la barrera. Los hay bisoños que salen sin necesidad a los medios para provocar ovaciones a cada paso, y los hay justos y ecuánimes, que rechazan orejas cuando sus faenas, que han satisfecho a la multitud, no les han satisfecho a ellos mismos. Yo ya conozco, a fuerza de ver corridas desde que se inauguró este año la temporada taurina en Madrid hasta la fecha, la psicología de los jefes, digo de los matadores. Antonio Márquez evoca en mi espíritu la figura de Cambó, Lalanda la de Pradera. Larita la de Francos Rodríguez. En otros diestros veo equivalentes literarios. Villalta, aragonés, me sabe a panfleto violento de Joaquín Costa; Amorós, salmantino, a la prosa sosa y desvaída de Meléndez Valdés, el de los alegatos forenses; Cagancho a una canción popular gitana, de esas que oímos en Córdoba, a la luz de la luna, oliendo a nardos, claveles y a carne de mujer morena... Márquez, por ejemplo, es clásico –suavidad, temple, contención, inteligencia, en suma–, y Cagancho, revolucionario de estos que hogaño se estilan para

andar por casa[402]. Y Lalanda, reaccionario, que recuerda a Pradera en lo político, literariamente parece discípulo de Ricardo León. Sus mariposas preciosistas son al toreo lo que el prólogo de "Casta de hidalgos" a la literatura contemporánea. Barrerita, con sus alegrías y fiestas llenas de color, evoca en nuestro espíritu la prosa de su paisano Blasco Ibáñez y el arte de la pirotecnia de su noble tierra valenciana. Los toreros de Vizcaya –Cochero, ya fallecido, Martín Agüero, Diego Fortuna– saben ya a socialismo, nos dan la sensación del sirimiri y del cielo encapotado y gris, y hasta recuerdan a Indalecio Prieto y a las luchas del proletariado. No tienen sino empuje, y nervio, y acometividad, estos vascos con trajes de luces. Se tiran a matar pase lo que pase y suceda lo que suceda. No son toreros, sino muleteros, del mismo modo que era solo muletero Indalecio Prieto en las lides parlamentarias. Recordemos las veces que entró al volapié el diputado por Bilbao.

Público de toros el pueblo español, el que sabe ver y observar encuentra en las corridas de toros no pocos temas de meditación que puede trasladar, desde luego, a otros sectores de la vida pública. Hay quien no se conforma con torear como Larita, sino que tiene que ser exégeta de su propia labor y loador incansable y entusiasta de las tareas propias. Cualquiera recuerda en seguida varios Laritas en la historia política actual de los pueblos europeos. Los hay que brindan en camelo y otros que se aprenden la retahíla de las glorias locales para soltarlas al presidente y a su acompañamiento. Las analogías y semejanzas con determinados políticos saltan también a la vista inmediatamente. Hay toreros reaccionarios y toreros progresistas, y si valiera aducir ejemplos, no hacer este artículo interminable, demostraríamos con ellos, bien fácilmente, que los reaccionarios están en mayoría. Finalmente, el toreo como la política viven en período de decadencia. Están pasando por una evolución fecunda. Las varietés y el fútbol se han apoderado de ambas ciencias. Veremos lo que sale de tales influencias que se advierten al primer golpe de vista.

Público de toros el pueblo español, es bueno, en el fondo, y bien llevadero. No importa que silbe lo que acaba de aplaudir, y lo contrario. La cosa es denostar o elogiar: el secreto está en que se exalta a cada paso el buen pueblo. Ama intensamente un minuto, y si olvida intensamente, es por otro minuto de reloj tan sólo. Necesita adorar. No puede vivir sin ídolos. La idea no la comprende sino encarnada y plasmada en un hombre. Le pasa lo que al secretario florentino Nicolás Maquiavelo, que no daba importancia maldita a los programas y que la daba en toda su integridad a los navíos de Fernando el Católico o al buen humor de César Borgia. Hasta el espectáculo de los toros se va pareciendo al de la política en que es poco sangriento. Los caballos llevan petos, y los programas están erizados de distingos. Hay un anillo sagrado de cortesía en estas luchas y todos somos buenos chicos[403]. Y como los ganaderos se entienden con los picadores, hay santones que tienen la voz al parecer alterada por la emoción, pero en realidad es que tienen la boca ocupada en menesteres digestivos y fisiológicos.

El Progreso *(Lugo)* (11-10-1929)
El Noroeste (04-10-1929)
El Luchador (02-10-1929)
La Voz de Guipúzcoa (02-10-1929)

Un "mano a mano" y los toros de la tierra

Un "mano a mano" Lalanda-Bienvenida fracasó ruidosamente porque tenía que fracasar. Es lo mismo que, si en el terreno literario, se intentase un mano a mano Antonio Grilo-Cienhigos. Lalanda tenía que habérselas con otro Lalandilla menos cuajado, menos hecho, alumno del Instituto y declinador todavía del musa, musae. Fundamentalmente, y dejando la erudición y la sabiduría a un lado, los dos toreros, el veterano y el bisoño, tienen el mismo concepto de la estética taurina. Son ampulosos, retóricos, amigos del ripio y del tópico.

Lalandilla cobra como si fuera Lalanda. Lo que pasa es que dando oídos a los afectos familiares, ha venido a los Madriles en calidad de divo de Fleta del toreo, en el momento preciso en que se ha quedado afónico y sin voz. Y como el niño cobra para que le oigamos notas altas, la bronca

[402] Frase censurada en *La Voz de Guipúzcoa*: ", y Cagancho, revolucionario de estos que hogaño se estilan para andar por casa."
[403] Frase censurada en *La Voz de Guipúzcoa*: "Y como los ganaderos se entienden con los picadores, hay santones que tienen la voz al parecer alterada por la emoción, pero en realidad es que tienen la boca ocupada en menesteres digestivos y fisiológicos."

se ha oído en Belchite. El niño sabe también de maturrangas, y de herir a paso de banderillas, y de cerrar los ojos a la hora del peligro, y de aliñar como un ganapán cualquiera; una vez, al soltar el estoque como quien suelta la solitaria, se encontró sin toro y le dio una estocada tendenciosa al espacio; a poco ve el suelo el niño. Y otras dos veces, los ocupantes de barreras del 1 y del 10, temieron que el estoque rebotase sobre sus cabezas. Marcial, encantado de la vida mientras tanto. Dijo una décima sonora, esto es, remató una mariposa como quien remata las cenefas de un camisón y pasó toda la tarde viendo cómo se estrellaba el prestigio, hecho demasiado a prisa, del Pepito Arriola de la tauromaquia. No hubo competencia por las razones dichas. Lalanda no apretó, dentro de los cánones de su escuela que es la misma del otro, y nos aburrimos lindamente toda la tarde. Con los espectáculos que se anuncian demasiado, ocurre siempre lo mismo. El que quiera sorpresas, que vaya a las novilladas. Estos ases administran muy bien sus éxitos, y mejor todavía, sus fracasos. Así hay posibilidad de revanchas que el coro de bobos paga al precio que le pidan. Lalandista hubo ayer que pagó treinta duros por una barrera y unas vecinitas mías de tendido –fila cuarta, números 17 y 19– pagaron por el suyo cincuenta pesetas. ¡Y el Niño sin sonreírlas! Estafa más notoria no se ha visto nunca.

Los toros de Alipio Pérez-Tabernero, no fueron ni mejores ni peores que los de otros ganaderos y los de otras corridas. Alguno, el picado en tercer lugar, fue bravo, y noble, y codicioso, y alegre. El quinto proporcionó fugaces momentos de expansión cordial a los lalandistas. Bienvenida –justo es decirlo– apencó con un lote más desigual. Pero había ganas de meterse con Alipio y con las divisas salmantinas. ¡La campaña de "Clarito" tuvo su eco en los tendidos! Para el amigo "Clarito" los toros salmantinos han sufrido un cambio radical de tres años a esta parte. Antes eran los toros más nobles, más poderosos y más recios de nuestra España los toros salmantinos; ahora son blanduchos, huidos y cobardes. Las diatribas de hoy contrastan poderosamente con los ditirambos y con las loas de ayer. ¿Cuándo se equivocó "Clarito" –su buena fe ha sido siempre angelical– hace tres años o en esta temporada? Este prurito de encerrar a todos los ganaderos salmantinos en la misma censura, ¿no es un hábil recurso dialéctico para cargar la suerte, acaso, sobre los Pérez Tabernero determinadamente? La próxima temporada nos descifrará el enigma. El mano a mano ha sido aburrido, soso, y no ha tenido interés ni emoción en ningún momento de la lidia. Manolo estuvo muy mal, pero muy mal; torpe, inhábil, daba la sensación de que él era el toreado. Por lo demás, a mí me ha parecido siempre que no mata los toros, sino que los marea. Lalanda, buen administrador de sus facultades, no tuvo para qué derrocharlas en la tarde de la Fiesta de la Raza, que es también la tarde de la fiesta del Pilar. El calendario, con sus solemnidades, nada tiene que ver con el bolsillo y nuestras combinaciones crematísticas.

La verdad es –y esta afirmación es como el resumen de mis estudios taurinos durante la temporada que está finalizando ya– es que, con excepción de Márquez, de "Gitanillo de Triana" y de "Cagancho"–, del que he dicho recientemente en otra parte que me da la sensación de una copla gitana, vivida en Córdoba a la luz de la luna, oliendo a jazmines, a nardos y a carne morena de mujer; la verdad es que, fuera de estos hombres que a las veces se esposan con la Gracia, y encienden en nuestro espíritu emociones sagradas, todo lo demás es jayanismo y convención. Maturrangas, combinaciones, farsas, comadrerías, toreo de camarilla o acometida de bestia a bestia. Y se cierra la temporada con un síntoma terrible para la temporada que viene: los toreros comienzan a ser obreros, jornaleros, a destajo, de la fiesta, pero no artistas. El Niño de Bienvenida dejó ayer de administrar las sonrisas y los brindis conmemorativos como una persona mayor. Como una persona mayor que sabe lo que cobra y por qué cobra. ¡La estética no tiene nada que ver con los talonarios del Banco, caballeros del "mano a mano" de ayer!

El Adelanto (16-10-1929)

Andalucía en Salamanca

Andalucía va penetrando poco a poco en los solemnes montes y encinares salamanquinos. Con los toros de casta y de media casta han venido los caballos de sangre –alegres y finos–, y las chaquetillas blancas y los chambergos anchos. En Moral de Castro, en Villar de los Álamos, en Coquilla, nunca sabe el viajero a punto fijo si se encuentra junto a la ciudad académica, o junto a la Mezquita, o junto a la Giralda. Las casonas ganaderas ostentan azulejos trianeros, hierros andaluces, estampas del Señor Jesús del Gran Poder, que se venera en San Lorenzo, de Sevilla. Las dos Esperanzas, la de los trianeros y la del barrio de la Macarena, muestran sus ojos rasgados

y piadosos al visitante. Y las terrazas están dispuestas lo mismo que en los cortijos andaluces: si no cecean sus dueños es porque se les ha olvidado cecear.

El campo ha invadido la ciudad en la comarca salamanquina, y Andalucía ha invadido el campo. Antes exportábamos doctores, pero ahora exportamos toros. No creo que sea irreverencia asegurar honradamente, con la diestra puesta sobre el corazón, que hayamos perdido cosa alguna en el cambio. Los doctores salmantinos rara vez se aclimatan en otras tierras; lo peor de todo es que, cuando se aclimatan, se aclimatan demasiado y pierden lamentablemente el hierro de origen. Los toros, cuyos papás y cuyos abuelos pastaban, hará cosa de quince o veinte años, en las dehesas sevillanas y cordobesas, son unos sufridos animalitos que se hacen a todo, incluso a las habas y a las algarrobas de la tierra, al frío invernal, a las marceñas destemplanzas y a las alegres y locas alternativas de Abril. Aunque comen a placer, y mucho más abundantemente que los mismos doctores (los cuales, si no tienen ayuda de costas, además de la pelada cátedra, no pueden salir de la sota, del caballo y del rey –sopa, garbanzos, carne correosa y chorizo de exportación–), aunque comen los toritos a placer, se crían los condenados pequeñitos, porque en esta tierra los astados rara vez son de libras y de peso. Los cuernos van unidos, generalmente al tamaño pequeño y a la flaqueza corporal. La historia taurina de Salamanca, tan unida a las glorias de su Universidad, lo demuestra siempre, como es notorio. Los toritos –fines del siglo XV– que, lanceados por graduandos y doctores, vemos esculpidos en la magnífica escalera de los Reyes Católicos de la Universidad, son siempre de pocas libras. Don Diego de Torres y Villarroel, torero antes que catedrático, capeando de muchacho por estos pueblos de Dios en las postrimerías del siglo XVII, nos muestra bien a las claras que los cornúpetos delante de los cuales se ponía eran pequeñitos, porque se limitaban a pisarle, y le hacían pupa rara vez. Eso sí, pequeños y todo, son alegres y codiciosos, y bravos de veras. Ahí están las vacadas de Clairac, de los Pérez Tabernero, de los Coquillas, de los Cobaledas, para demostrarlo.

Digo que Andalucía ha invadido el campo salamanquino. Contemplad estas fotografías de la terraza de Moral de Castro, propiedad de mi amigo y condiscípulo Rafael Lamamié de Clairac, donde pastan los toros de su vacada, antes Parladé. Rafael parece un cortijero de Montilla. Su hijo Leopoldo, que también tiene vacada, es todo un barbián de María Santísima. Yo mismo, para andar por el campo, prefiero para mayor comodidad, el sombrero cordobés. Es más cómodo ese sombrero que la toga, de la que algunos profesores no saben desprenderse ni aun para torear. Andalucía ha invadido el campo salamanquino, y no es extraño que un sabio francés haya preguntado a mi querido amigo el pundonoroso ganadero de San Fernando Antonio Pérez Tabernero, si en la Universidad funciona una clase de Tauromaquia. A lo mejor, Antonio, con ligereza censurable, le ha respondido que no.

Nuevo Mundo (25-10-1929)

Una amiga de Cagancho

Mi amigo "Cagancho" tiene sus admiradoras... Ya me lo decía una noche, en secreto, este verano, sentados los dos, mano a mano, indolentemente vueltos de espaldas al escenario, en un palco de Stambul.

– La muhere, chico, no le dehan a uno tranquilo. Zon la niña de lo condeze, de lo marqueze, de lo duqueze. Que zi uno tié tipo, que zi tié eztilo... ¡Ná, que no le dehan vivir! Er día que me zale er toro, er mío, ¡eto e er delirio, don Jozelito de mi arma!

– ¿Contestas a todas, Joaquín?

– ¡Cá, hombre! ¡Zi no zé lee!

– Entonces ¿contesta Botas, Joaquín?

– ¡Tampoco! ¡No ze contezta!

– ¡Hombre! A propósito; una chica de teatro, Fulana, quiere conocerte.

– ¿De teatro, tú? Dile que me he mudao.

– ¿Por qué?

– Una vé, me metí en un treato, y cuatro corríaz me coztó. ¡Por eztaz!

Joaquín, en aquel ambiente veraniego cursi, de cocineras escotadas, chauffeurs vestidos de caballeretes, fuerzas vivas de Nerva y de Calatorao, señoritos que han ganado al póker la partida de la tarde, estaba magnífico hablando de mujeres. Le rodeaban las volanderas como las moscas. Él, con un gesto, apuntaba al camarero:

– ¡Oye, Manolo! Eche a eztaz de beber, de comer... y me guiñaba sentencioso:
– El amor con jambre, no es amor.
– ¡Eso creo, Joaquín!
– ¡Bebe!
– ¿Beber yo? Otra Benítez...
– ¡No, Carbonell!
– ¡Quiá! Una vez la he cogido en mi vida. Y fue en Córdoba. Y en la bodega de los amigos Carbonell, precisamente...

Ahí está la noticia, implacable. Una mujer ha seguido a Cagancho en su trasatlántico "Alfonso XIII" hasta el desembarco en Veracruz. Era una admiradora de Joaquín. Le seguía por todas las plazas, le aplaudía desde el tendido de todos los circos; era la sombra de su cuerpo serrano y juncal.

De todos modos, la noticia es un poco absurda. Una admiradora así no llevaba dinero para el pasaje. Apareció en alta mar, lejos de las costas. Joaquín no conoció, a primera vista, la arriscada hembra que de tal modo le sigue.

Toda la noticia tiene los buenos caracteres de un "bluf", un poquito yanquee.

– Eso es propaganda –me decía anoche sentenciosamente "Fortuna", tal vez pesaroso de la no muy congruente que hace él, a partir del famoso episodio de la estocada de la Gran Vía.

¡Puede ser! A lo mejor, Joaquín, a pesar de su pura sangre gitana y trianera –de la trianería castiza de la calle de Castilla, allí donde se venera el Santo Cristo del Cachorro– se ha sentido un poco norteamericano en la travesía. A lo mejor, el "bluf" se lo ha sugerido Botas, o ese buen reportero gráfico de "El Universal", de Méjico, que no le deja a sol ni a sombra, porque hay reporteros de baja estofa que son algo así como moluscos por lo bien que se adhieren a coletudos y ganaderos. Sea lo que sea, la leyenda circula gloriosamente por Madrid con los primeros fríos y con las primeras castañas asadas.

El Adelanto (30-10-1929)

"De re taurina"

Estoy leyendo, con atención creciente, el formidable estudio de Ludwig Pfande[404], "Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII", editado con el esmero, el gusto y la escrupulosidad que son las normas editoriales a que nos tiene bien acostumbrados el señor Avaluce, de Barcelona. En la obra encuentro algunas noticias taurinas de interés, y a su divulgación y publicación limitaré esta mi primera impresión del libro. A él volveré, seguramente, varias veces, porque obligado a escribir en casa, y casi siempre desde la cama, apenas si puedo ponerme en contacto con la realidad ambiente, sin más solaz que el que me procuro con el comercio y la lectura de los buenos libros.

Las corridas de toros, como todos los demás espectáculos públicos –las comedias en los corrales, las procesiones, los autos sacramentales, las danzas, los festejos universitarios– son estudiados concienzudamente por este buen Ludwig Pfande, que más que un erudito de Múnich, parece un gacetero madrileño de aquellos buenos tiempos en que podían circularse y explicarse las noticias de todas clases.

Para Pfande, el festejo taurino comienza nada menos que en 1100. Este es también el parecer de un historiador veneciano, Bernardo Giustiniani, que señala la misma fecha. Pero lo que durante la Edad Media fue un deporte voluntario de caballeros, se trocó, en los siglos XVI y XVII, en ocupación profesional y remunerada. En los comienzos, el lidiador, generalmente a caballo, no hacía otra cosa sino dejar al toro fuera de combate, encargándose manos mercenarias y plebeyas de rematarle. Los "espadas" eran precisamente estas gentes. Véase, cómo andando el tiempo, la palabra ha cambiado enteramente de significación.

En Madrid, y en [el] siglo XVII, no se corrían arriba de tres corridas al año en la Plaza Mayor. "Un caballero –escribe Pfande, página 238– alanceaba a caballo al animal, al que después daban

[404] Ludwig Pfandl (1881 – 1942). Escritor biógrafo e hispanista alemán.

muerte doce lacayos o "espadas" armados de sables." Como cosa curiosa describe la plaza de Lerma, junto al Arlanza, ciudad que pertenece hoy a la provincia de Burgos. La plaza, "a causa de la elevada situación del lugar, permitía realizar un ardid o trampa sumamente curiosa." Si el toro era muy bravo y no podía ser muerto en el tiempo reglamentario, se abría un burladero en la valla de la plaza. Si hacia él iba el toro en busca de libertad, caía en un carril de madera, y, caía por la pendiente hasta dar en el río.

Felipe IV presencia este espectáculo el 23 de Abril de 1660, según refiere el cronista del viaje real Leonardo del Castillo. La "arena" de Valladolid era también muy semejante a la plaza de Lerma; con la diferencia de que en Valladolid resbalaban los toros por un plano engrasado de madera hasta dar en el Pisuerga. Ya en el río, se continuaba la lucha desde las barcas, y, a veces, también, por diligentes nadadores. El encanto de la fiesta consistía en ver cómo el animalito se ponía a salvo, saltando de la orilla al río y del río a la orilla.

Los cortesanos de Aranjuez gozaban de espectáculos semejantes a los que era muy aficionado el rubio y jaranero monarca. Detrás de Aranjuez se extendía el bosque de Ontígola. Y en una isla, rodeada de una verja de hierro, había una casita de recreo –tal vez en el paraje donde hoy se levanta la casita del Labrador– donde acudían los cortesanos en góndolas bellamente adornadas que hendían el Tajo. Un plano de madera, engrasado y resbaladizo, comunicaba la jaula de los animales con la parte más profunda de las aguas. Así caían hacia el estanque toros, y jabalíes, y camellos, que eran después muertos a tiros por la escopeta de su majestad, ya que los cortesanos no tenían jamás la pretensión de apuntarse estos tantos en su cuenta. Hasta aquí, las noticias curiosas que he encontrado. Y ahora estaba casi decidido a comentar, valiéndome de una linda comedia de Tirso de Molina, de "Marta, la piadosa", por ejemplo, de qué modo los escritores, los buenos escritores, utilizaban las corridas de toros como elemento dramático y arsenal de episodios descriptivos. El escritor tiene, en efecto, que apoderarse de un tema, del que ha sido despojado por eso que se llama tecnicismo, y que no es, en suma, otra cosa que el conjunto de unas normas elementales de buen gusto y de estética. Desde las tribunas de antaño, y desde los tendidos de hogaño, hay que saber ver y mirar más allá de los tendidos y de las tribunas. Todo lo demás, es perder el tiempo lamentablemente. Pero como el tema es tentador, sobre él volveré otro día.

El Adelanto (17-11-1929)

De Joselito a Belmonte

En estas vacaciones forzadas para el escritor que acostumbre tratar el tema de las torerías y demás armas al hombro, es conveniente releer las fuentes taurinas de mayor predicamento y empaparse de "ciencia" para ir afinando la puntería en las temporadas próximas, desde nuestra amada aula madrileña del tendido número 2. Ya sabe el lector lo que pienso de la técnica; mientras los toros no hablen ni divulguen sus intenciones antes de salir a los circos, estaremos siempre a ciegas. Lo que hay, completamente hecha, es una historia taurina, manantial, como historia, de toda suerte de sugestiones agudas. Yo ahora estoy repasando la época de Joselito y de Belmonte, y quiero poner al margen de este repaso unas breves apostillas o glosas de estudiantillo aplicado.

Las dos escuelas, la sevillana y la cordobesa, son análogas en la historia de la literatura y del toreo. La alegría, la improvisación, la gracia y la facundia, la facundia sobre todo, son las notas salientes del hijo de la Alameda. La concisión, la brevedad, y al mismo tiempo, la lentitud y el temple, caracterizan a los indígenas de la Torre de las Calahorras y del Campo de la Merced. Frascuelo o Joselito, pueden representar a Sevilla; Lagartijo y Rafael Guerra, sobre todo Lagartijo, a Córdoba. En las letras, estos nombres pueden sustituirse por Herrera o Rodrigo Caro, antaño, y por Montoto y Muñoz Pavón, hogaño, representando a la Giralda, y por Góngora o don Juan Valera llevando la voz cantante de la Mezquita. Y lo que se llama toreo rondeño es una derivación, o una sublimación, una estilización más bien, de la manera cordobesa. También –no lo olvidemos– hay el rondeñismo en las escuelas literarias andaluzas. Se llamaban rondeñas ciertas asonancias compuestas para ser acompañadas a la guitarra.

En estos tiempos, han sido Joselito y Belmonte los representantes de ambas escuelas. Y no se me diga que ambos son de Sevilla, porque Juan nació en Triana. Triana tiene autonomía propia; un trianero no dirá jamás que es de Sevilla; separa a los dos pueblos el río, y aunque hoy Triana es uno de los barrios más populosos y castizos de la gran ciudad andaluza, sigue conservando su personalidad frente a Sevilla. De Belmonte dicen los sevillanos, desde sus comienzos, que es

"rondeño". El paisanaje de Joselito, en cambio, es reconocido desde el primer día, y la Alameda de Hércules viste de luto y las campanas de la Giralda doblan solas cuando ocurre la tragedia de Talavera.

Sin embargo, Belmonte, en sus principios, como Espartero, Reverte y el mismo Emilio Bomba, es un fenómeno corajudo a la sevillana. Después, el artista va tapando al valiente y el valor aparece como una escuela del arte y de la sabiduría. Juan, que es la emoción en la historia del arte –como Lagartijo es la gracia y Rafael el Guerra la sabiduría– cambia, como un genio que es, todas las prácticas del toreo. La vieja división de los terrenos del toro y del lidiador pasa a mejor vida. Belmonte llega a la cumbre de la perfección precisamente cuando se mueve dentro del "terreno" de su adversario.

La mano, alta y despegada, pendiente de despedir al toro, hurtándola, para que torne a su terreno, está en Juan al nivel de la rodilla, para engañar, humillar y sujetar al enemigo. El lidiador, siempre en el plano más alto que corresponde al hombre consciente, se recrea en su engaño cuando es franco el viaje del toro; si se desmanda, si vacila, siempre le queda tiempo para enmendarse y volver a engañar. Pero la mano es la que manda en Belmonte. De Belmonte arranca la apertura del toreo actual, pero como no son Belmonte los lidiadores de hogaño, se traban y precipitan casi siempre.

Hablando en pura técnica, sabe observar que el cambio de la mano trae como precisa consecuencia la quietud de la fiera, como ha observado sagacísimamente "Clarito", así como la graduación de la velocidad en las suertes, el ritmo de los lances y de los pases, o dicho en la jerga taurina "el temple". Márquez, que es el mejor torero actual, aprendió muy bien esta genial innovación belmontiana. Gitanillo de Triana, Cagancho, Félix Rodríguez, dan frecuentemente, esta bella sensación de soberanía sobre el toro.

Conquista de la técnica, es al mismo tiempo, un momento estético puro, o como diría Benedetto Croce, "logrado". El hombre es dueño de su campo y la bravura del animalito se estrella ante el genio y ante la belleza. Por eso, las tardes de Belmonte son inolvidables e inolvidables también las faenas de estos cuatro toreros, cuando son completas, o en estos destellos y segundos felices. En cambio, otros toreros, que cortan más orejas, se olvidan y quedan borrados en la memoria al día siguiente de sus apoteosis. Los versos que han compuesto están llenos de ripios, y si se pegan al oído, se despegan en el acto. Lo otro pertenece al dominio de la emoción ¿Quién olvida aquel famoso quite de Félix en Salamanca? ¿Y quién la faena de Joaquín en Zamora a su segundo toro, el 12 de septiembre de 1927? ¿Y quién unos pases ligados de Antonio en Abril del año de gracia que se está acabando?

Joselito, pese a las apariencias, se hace belmontiano, cuando la competencia entre ambos muchachos, en los circos, es pan nuestro de cada tarde. Empieza a torear de cerca, despacio, y, sobre todo, "con unidad". En Belmonte, la faena del último tercio es un todo completo y armónico. Cada pase explica el anterior y es el padre del que nace, del que va a surgir. Parece la faena fácil porque es bella y porque es lógica y porque el torero tiene perfecta conciencia de la totalidad de su obra. Concibe en bloque, pero ejecuta en bloque también.

Joselito, al final de su carrera, ha sabido asimilarse a la innovación belmontiana –hija del genio–, y en todo caso de la necesidad de sus comienzos en los corrales trianeros, donde no puede moverse, y donde se alumbra a la mortecina luz de un farol, y ayudado de su intuición, logra los grandes triunfos inolvidables. La Mezquita se traga a la Giralda y el torero rondeño se rubrica así: Belmonte.

Repasando esta época, en estas vacaciones invernales, nos damos cuenta de la tremenda crisis porque [sic] hoy atravesamos. Tenemos los dioses demasiado cerca y nos ciegan la vista todavía. Y surge el especialismo, y viene la competencia, porque ya no se concibe ni se ejecuta íntegramente. Los detalles están matando el conjunto. Hoy vamos en busca del momento, del destello y de la improvisación genial, de la inspiración rápida, pero no de la emoción sostenida y continua, que parece que ha desaparecido, hoy por hoy, de nuestros circos.

El Adelanto (23-11-1929)

El arte de Antonio Márquez

Desde hace tiempo comparto, con mi amor a los libros y a las ciudades viejas, la afición a los toros. Ha brotado naturalmente, en mi espíritu esa afición espontánea y naturalmente. De los dos

deportes nacionales –el futbol y los toros–, es el más artístico y el más emocionante. Se juega con la muerte a cada paso. "Aquí se muere de veras", parece que dijo a Máiquez, el gran cómico, un gran torero de principios de siglo XIX. "Viene el toro y se quita usted o le quita el toro", definía el gran Rafael Lagartijo a Don Alfonso XII, que le preguntaba por la ciencia y el arte de torear. No necesito decir que no soy técnico; no creo en los técnicos ni en los tecnicismos; el técnico es siempre –en los toros y fuera de los toros– en todas las manifestaciones de la vida nacional, un respetable cuco, muy aprovechado, que hace de su oficio un *arca sanctórum* donde no puede asomarse jamás el profano. El técnico taurino es un bicho aparte fuera de toda clasificación zoológica. Mi experiencia en las veinticinco o treinta corridas que he visto este año me permite afirmar, en estas acogedoras páginas, que de toros, solamente entienden los toros, que, como es natural, no saben comunicarnos sus impresiones; algunas veces, los toreros; los veterinarios, de higos a brevas; el público, casi nunca, y los técnicos, jamás, pero jamás. El menos técnico, pero el más inteligente y mejor escritor de arte taurino, el amigo *Corrochano*, yo tengo para mí que dirá en su fuero interno que tengo más razón que un santo.

Pues… un torero que entiende siempre de toros, que tiene decoro profesional, y arte y valor en una pieza, es precisamente el madrileño don Antonio Márquez. Yo, que estaba un poco contaminado por la literatura de los técnicos antes de asistir a los toros, creía que un torero rubio no podía ser torero; pero he alejado de mi tan funesto error. Rubio era César Borgia, que capeaba y lanceaba toros delante de su padre, el Papa Alejandro VI, en los patios del Vaticano, como los propios ángeles. En 1500, y en las fiestas de la boda de su hermana Lucrecia, mata el solito hasta seis *bravissimi tori spagnoli* ante la admiración de las damas. Rubio es aquel caballero de Florencia de nuestro romancero que juega cañas en la Plaza de Madrid. Rubio y madrileño es Antonio. Por madrileño –Goya hace sus dibujos de toros en Madrid, no en Sevilla– torea Márquez suave, templada y quietamente. Tiene toda la gracia del pueblo de Madrid este diestro artista y estatuario. Córdoba duerme ahora, y del Matadero viejo ha ya tiempo que no surgen nuevos Rafaeles –Lagartijos y Guerritas–. Sevilla es siempre más coreográfica que Madrid; Valencia más efectista; Bilbao más rápido; Zaragoza más impulsiva. Pero en los dominios del arte, de la estética taurina, vence Madrid, y con Madrid, su hijo Antonio se lleva hogaño la palma. Está bien Márquez muchas tardes en que su pueblo se empeña en querer que este mal. Yo he visto en esa plaza de Madrid terribles injusticias con Márquez. En el fondo, es que los madrileños lo esperan todo de su paisano. Y en este sentido tienen su adarme de razón para protestarle cuando no lo encuentran del todo bien.

Antonio es clásico, es decir, sobrio, sencillo, natural, quieto, inteligente, consciente, estatuario. No es una bailarina Antonio Márquez. Yo le he visto este año, en Madrid y en Sevilla, faenas inenarrables. Hace lo que sabe, y sabe también casi siempre lo que hace. Quiero decir que como estupendo torero que es Antonio, tiene conciencia de su propio valor. Ni la censura injusta le amilana ni el aplauso exagerado le hace perder el control. Hoy es el torero que más me gusta. Es de Madrid. Madrid es también el pueblo que tiene más conciencia de su gracia y de su finura espirituales a la hora de ahora…

La Fiesta Brava (14-03-1930)
Mundo Gráfico (26-02-1930)

Nicanor Villalta

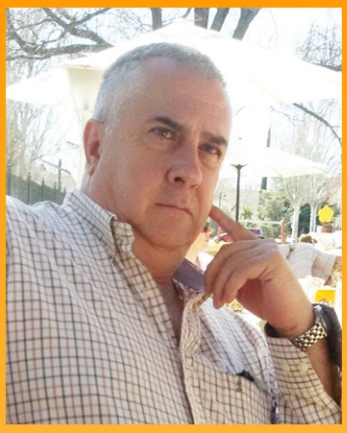
En la calle, en el café, en la tertulia, en el campo, Nicanor Villalta –el arrojado y valentísimo torero aragonés– es un ciudadano más. Ni el más pequeño trazo exterior que indique o marque al transeúnte distraído su profesión taurina. Estamos muy lejos del caso del chulo profesional. Alto, delgado, nervioso, cenceño y moreno, Nicanor puede ser perfectamente un oficinista corriente y un mondo y lirondo señor particular. El torero se deslocalizó de Andalucía; de la Plaza del Potro y del Matadero de Córdoba, de la calle de las Sierpes de Sevilla, de las calles rondeñas, de la Algaba y de sus aledaños. Visitó la calle de Embajadores y se detuvo en ella con amor; y asomó, desde el Miquelet, a las rientes huertas valencianas, hasta en Sestao y en el bulevar bilbaíno se tiznó con el humo de las fábricas de fundición. Hoy la lidia es una profesión nacional. Y ayer Villita y hoy este buen mozo de un pueblecito de Teruel han hecho de la brava y españolísima Virgen del Pilar una rival de la Macarena y una excelente Madre –¡Dulce Señora!– del Señor del Gran Poder. Las torres del Pilar, espejándose en el Ebro, son hoy tan toreras como la Giralda o

la torre de la Mezquita asomándose a la feracísima vega cordobesa. Ayer, Villita, y hoy, Nicanor, los cachorros de Aragón, pueden llamar de tú a los morenos del Matadero y de las Siete Puertas.

En la calle repetimos, Nicanor es nada más y nada menos que un sencillo ciudadano. Nadie reconocería en él al torero que, en las tardes de triunfo, apasiona y electriza a las multitudes. Y en las de desgracia –toros inlidiables, momentos de pereza y desgana–, cumple –al fin aragonés– con su elemental decoro profesional. Del mismo modo que su paisano Miguel Fleta procede del campo y se convierte al urbanismo en los días de gloria, Nicanor, en pleno triunfo, va al campo y el campo le deleita. En su hermosa finca de Velilla de San Antonio, a las puertas de Madrid, tiene su descanso de cuerpo y de espíritu el lidiador. Allí le veréis discutiendo la calidad de unos tomates o tomando de la diestra la rienda de dos hermosas muletas. Y madruga, y la hermosura de la mañana tonifica sus nervios y su corazón.

Luego va a la plaza, Nicanor se crece. Y el mozo aragonés, alto, y delgado, y espigado, y cenceño, que sabe coplas de ronda y reza a la Pilarica, se arrima a los morlacos, les castiga, les domina, les sugestiona y hace faenas inolvidables de arte serio, norteño, baturro y de valor sin trampa ni cartón, de valor puro.

Mundo Gráfico (23-04-1930)



GERARDO NIETO ARIAS

Creador y propietario del blog *Entre el Tormes y Butarque* –un verdadero fondo documental de Alba de Tormes– donde lleva recopilando los periódicos en que escribió José Sánchez Rojas desde 2009. Fruto de esta recopilación fue la antología de este autor que publicó bajo el título *Sol entre nieblas* (Biblioteca de Temas Albenses, 2016).

JESÚS MARÍA GARCÍA GARCÍA

Ha dedicado muchas horas de su tiempo libre a estudios salmantinos y albenses. Es autor de *Prensa y vida cotidiana en Salamanca. Siglo XIX, Fernando Araújo: Un krausista salmantino. Alba de Tormes: páginas sueltas de su historia, Alba de Tormes: Historia y Urbanismo,* y *Fuero de Alba de Tormes.*

Ha escrito también breves estudios sobre *El Soplón del Diarista de Salamanca* y *Teresa de Jesús en los principios de la Psiquiatría.* Ha llevado a cabo ediciones de las *Leyendas de Bécquer* y *Vicente Sainz Pardo, un poeta suicida* entre otros trabajos.

En 2015 junto con Julián Moreiro creó una Biblioteca de Temas Albenses.

José Sánchez Rojas nació en Alba de Tormes (Salamanca) en 1885 y falleció en Salamanca en 1931. A pesar de los elogios que recibió en vida por su depurada y excelente prosa, fue olvidado relativamente pronto, aunque aún a mediados del siglo pasado algunos periodistas le recordaron en sus respectivos periódicos con nostalgia.

Su pueblo natal le dedicó una calle que aún lleva su nombre y su recuerdo. Y algunos albenses llevamos años reivindicando su buen oficio periodístico y su obra esparcida en más de ciento setenta y cinco periódicos de la época. Obra basada esencialmente en artículos de muy variados temas destacando los dedicados a crónicas del momento, retratos de personajes políticos, literarios y mujeres, descripciones de Castilla, de su paisaje, de su gente, de sus problemas... Y todo ello con un estilo elegante que mereció el halago de Antonio Machado: "Sánchez Rojas –diría de él– es, sin duda el mejor cronista contemporáneo. Escribe maravillosamente".

Además de los artículos periodísticos dio a la imprenta algunos libros que fueron compilaciones de estos. Entre los más conocidos se encuentran *Tratado de la perfecta novia*, *Paisajes y cosas de Castilla*, *Sensaciones de Salamanca* y *Las mujeres de Cervantes*. Este último fue reeditado en varias ocasiones desde 2005 a 2016.

Julián Moreiro además de su biografía (*Crónica de un cronista*, 1985) dio a conocer algunos de sus escritos en la antología *El encanto de la vega y otros artículos* (1986). Gerardo Nieto elaboró otra antología con artículos dedicados a Alba de Tormes en la Biblioteca de Temas Albense bajo el título *Sol entre nieblas* (2016).

Estas Obras Completas recogen y ordenan por temas cuanto dio a la luz este extraordinario periodista durante treinta y un años de su vida.